TORMENTA ROJA

TOM CLANCY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

NOTA DEL AUTOR.

Este libro comenzó hace algún tiempo. Conocí a Larry Bond a través de un anuncio en los Proceedíngs del Instituto Naval de los Estados Unidos, cuando compré un juego de guerra "Harpoon". Resultó ser asombrosamente útil, y sirvió como fuente de consulta para La caza del submarino ruso. Me pareció tan fascinante que ese verano (1982) resolví viajar a una Convención de productores y aficionados a los juegos de guerra para conocer a Larry personalmente, y llegamos a hacernos muy buenos amigos.

En 1983, mientras se preparaba la edición del Submarino ruso, Larry y yo empezamos a hablar de uno de sus proyectos: «Convoy—84», un macrojuego de guerra o «campaña», en el cual, empleando el sistema del «Harpoon», se realizaría una nueva Batalla del Atlántico Norte. Me sentí cautivado y comenzamos a hablar sobre la posibilidad de escribir un libro basado en esa idea, ya que ambos estábamos de acuerdo. Fuera del Departamento de Defensa, nadie había examinado nunca, con el debido detalle, cómo sería semejante campaña con armas modernas. Cuanto más hablábamos, mejor nos parecía el proyecto. Pronto estábamos probando un posible desarrollo y tratando de encontrar la forma de limitar el guión a un campo manejable..., pero sin quitar de escena ninguno de los elementos esenciales. Esto se reveló como un problema sin solución, a pesar de las interminables discusiones..., ¡y no pocos violentos desacuerdos!

Aunque el nombre de Larry no aparece junto al título del libro, la obra es tanto mía como suya. Nunca llegamos a decidir una división del trabajo, pero lo que Larry y yo conseguimos fue completar un libro como coautores, aunque nuestro único contrato había sido un apretón de manos... ¡y divertirnos hasta el cansancio mientras lo hacíamos! Ahora es el lector quien debe decidir hasta qué punto hemos tenido éxito.

AGRADECIMIENTOS.

Tanto a Larry como a mí nos resulta imposible hacer patente nuestro agradecimiento a todos aquellos que nos ayudaron de tantas formas distintas en la preparación de este libro. Si lo intentáramos podríamos omitir los nombres de personas cuyas contribuciones fueron importantísimas. A cuantos nos dieron desinteresadamente su tiempo, contestando interminables preguntas y luego explicando con paciencia sus respuestas... Nosotros sabemos quiénes son y qué hicieron. Todos están en este libro. Sin embargo, debemos particular gratitud al comandante, los oficiales y los tripulantes del «FFG—26», quienes durante una maravillosa semana mostraron a un ignorante terrestre algo de lo que significa ser marino.

Desde tiempo inmemorial, el propósito de una marina de guerra ha sido influir, y a veces decidir, situaciones en tierra. Así lo hicieron, en la Antigüedad, los griegos y los romanos, que crearon una flota de combate para derrotar a Cartago; los españoles, cuya armada intentó y fracasó en la conquista de Inglaterra; y muy especialmente los aliados en el Atlántico y el Pacífico durante las dos guerras mundiales. El mar siempre ha proporcionado al hombre transporte a bajo coste y facilidad de comunicación a grandes distancias. También le ha permitido el ocultamiento, porque su ubicación debajo del horizonte significaba hallarse fuera de la vista y, en la práctica, más capacidad y apoyo a lo largo de toda la Historia, y quienes han fracasado en la prueba del poder marítimo (en particular Alejandro, Napoleón y Hitler) han fracasado también en la de perdurabilidad.

EDWARD L. BEAcH, en Keepers of the Sea

1. MECHA LENTA.

NIZHNEVARTOVSK, URSS.

Se movían rápida y silenciosamente, en una cristalina noche estrellada, en el oeste de Siberia. Eran musulmanes, pero difícilmente se podría haberlo deducido de su manera de hablar; lo hacían en ruso, si bien modulando con el monótono acento de Azerbaiján que equivocadamente hacía gracia a los jefes del personal de ingeniería. Los tres acababan de completar una complicada tarea en el lugar de estacionamiento de trenes y camiones, la apertura de cientos de válvulas de carga. Ibrahim Tolkaze era el líder, aunque no iba al frente. Quien mostraba el camino era Rasul, el fornido ex sargento del MVD, que ya había matado a seis hombres en esa fría noche, tres con la pistola que ocultaba entre sus ropas y tres a mano limpia. Nadie los oyó. una refinería de petróleo es un lugar ruidoso. Dejaron los cuerpos en las sombras y los tres hombres subieron al auto de Tolkaze para iniciar la fase siguiente de su trabajo.

El Control Central era un moderno edificio de tres pisos adecuadamente ubicado en el centro del complejo. En una extensión de por lo menos cinco kilómetros a la redonda se levantaban las torres de cracking, cisternas, cámaras catalíticas y, sobre todo, los miles de millares de metros de cañería de gran diámetro que hacían de Nizhnevartovsk uno de los complejos de destilación más grandes del mundo. El cielo se iluminaba a intervalos irregulares con las llamaradas del gas que se venteaba, y el aire estaba viciado por el hedor de los destilados del petróleo queroseno para aviación, gasolina, gasóleo, bencina, tetróxido de nitrógeno para misiles intercontinentales, aceites lubricantes de diversos grados y complejos productos petroquímicos sólo identificados por sus prefijos alfanuméricos.

Se acercaron al edificio de paredes de ladrillo y sin ventanas en el «Zhiguli» personal de Tolkaze, y el ingeniero entró en un lugar de estacionamiento reservado; después caminó solo hasta la puerta mientras sus camaradas se acurrucaban en el asiento posterior.

Después de pasar la puerta de cristal, Ibrahim saludó al guardia de seguridad, el cual le respondió con una sonrisa y tendió la mano pidiendo a Tolkaze su pase. Allí eran necesarias esas medidas, pero como hacía más de cuarenta años que estaban en vigencia, nadie las tomaba con más seriedad que a cualquiera de las otras complicaciones burocráticas pro forma que existen en la Unión Soviética[1]. El guardia había estado bebiendo, única manera de procurarse consuelo en aquellas tierras frías y crueles. Sus ojos no enfocaban bien y había rigidez en su sonrisa. Tolkaze movió torpemente la mano como para entregar su pase y el guardia se agachó tambaleándose para tomarlo. Nunca volvió a incorporarse. Lo último que sintió fue la pistola de Tolkaze, un círculo frío en la base del cráneo, y murió sin saber por qué..., y ni siquiera cómo. Ibrahim se dirigió a la parte posterior del escritorio del guardia para apoderarse del arma que el hombre siempre había exhibido feliz ante los ingenieros que protegía. Levantó el cadáver y lo acomodó para dejarlo desplomado sobre la mesa. Sólo sería un trabajador más, postergado en el cambio de guardia y dormido en su puesto. Luego, hizo señas a sus camaradas para que entraran en el edificio. Rasul y Mohammet corrieron hacia la puerta.

—Ya es la hora, hermanos míos.

[1] Unidad política basada en el modelo filosófico comunista, que existió centrada en Rusia y las repúblicas bajo su influencia desde 1917 hasta 1991.

Tolkaze entregó al más alto de sus amigos el fusil «AK-47» y la bandolera con munición.

Rasul sopesó brevemente el arma y cuidó de que hubiera un proyectil en la recámara y que el seguro estuviera quitado. Después se pasó la bandolera sobre el hombro y colocó en su lugar la bayoneta. Entonces habló por primera vez en esa noche:

—El paraíso nos espera.

Tolkaze se recompuso, se alisó el cabello, se ajustó el nudo de la corbata y enganchó el pase de seguridad en su chaqueta blanca de laboratorio, antes de conducir a sus camaradas para subir los seis tramos de la escalera.

El procedimiento normal imponía que, para entrar en el salón principal de control, era necesario que lo reconociera antes alguno de los miembros del personal de operaciones. Y así fue. Nikolai Barsov pareció sorprendido al ver a Tolkaze a través de la diminuta ventanita de la puerta.

—Esta noche no estás de turno, Isha.

—Esta tarde se descompuso una de mis válvulas y olvidé comprobar si había quedado bien reparada antes de retirarme. Tu sabes cuál es, la válvula auxiliar número ocho de alimentación de queroseno. Si mañana todavía está descompuesta tendremos que cambiar la circulación, y ya sabes lo que eso significa.

Barsov expresó su acuerdo con un gruñido.

—Muy cierto, Isha —dijo el ingeniero, un hombre de mediana edad que creía que a Tolkaze le gustaba ese diminuto semirruso; pero estaba completamente equivocado—. Apártate hacia atrás para que pueda abrir esta maldita escotilla.

La pesada puerta de acero giró hacia fuera. Barsov no había podido ver antes a Rasul y Mohammet, y apenas tuvo tiempo ahora. Tres proyectiles calibre 7.62 disparados por el «Kalashnikov» explotaron dentro de su pecho.

La sala principal de control tenía un turno de vigilancia de veinte hombres, y se parecía mucho al centro de control de un ferrocarril o una planta de poder. Los altos muros estaban cruzados con esquemas de las tuberías, que mostraban mediante puntos luminosos la posición de cientos de válvulas e indicaban la función que estaban cumpliendo. Representaban solamente el despliegue principal. Segmentos particulares del sistema, expuestos en tableros de situación separados, controlados en su mayor parte por computadoras, y vigilados sin cesar por la mitad de los ingenieros de turno. El personal no pudo dejar de oír el ruido de los tres disparos.

Pero nadie estaba armado.

Con una calma casi elegante, Rasul empezó a avanzar por la sala, usando hábilmente su «Kalashnikov» para pegar un tiro a cada uno de los ingenieros de vigilancia. Al principio los hombres intentaron huir..., hasta que comprendieron que Rasul los estaba llevando como ganado hacia un rincón, matando mientras caminaba. Dos de ellos alcanzaron con valentía sus teléfonos de comando para llamar con urgencia a un equipo de tropas de seguridad de la KGB. Rasul mató a uno en su puesto, pero el otro consiguió gatear detrás de la línea de consolas de comando para evitar el fuego del fusil y se precipitó hacia la puerta, donde estaba de pie Tolkaze. Era Boris (Tolkaze lo reconoció), el favorito del partido, jefe del kollektiv local, el hombre que lo había «protegido», convirtiéndolo en el nativo mimado de los ingenieros rusos. Ibrahim no podía olvidar todas las veces que aquel cerdo impío lo había amparado: el salvaje extranjero importado para divertir a sus amos rusos. Tolkaze levantó la pistola.

—¡Ishaaa! —gritó el hombre, aterrorizado.

Tolkaze le disparó en la boca, esperando que Boris no muriera demasiado rápido para oír el desprecio de su voz:

—Infiel.

Se alegraba de que a éste no lo hubiera matado Rasul. Su silencioso amigo podía quedarse con todo el resto.

Los demás ingenieros gritaron, arrojaron tazas, sillas, manuales. No había a dónde correr, no quedaba espacio para rodear al enorme y robusto asesino. Algunos levantaron las manos en una súplica inútil. Otros llegaron a rezar en voz alta..., pero no a Alá, lo que podría haberlos salvado. El ruido disminuyó cuando Rasul llegó a grandes zancadas al sangriento rincón. Sonrió mientras mataba al último que quedaba, sabiendo que ese sudoroso cerdo infiel le serviría a él en el paraíso. Recargó su fusil y luego volvió hacia atrás cruzando la sala de control. Tocó con su bayoneta cada uno de los cuerpos y volvió a disparar contra los cuatro que aún daban alguna leve señal de vida. Había en su cara una macabra expresión de satisfacción. Por lo menos veinticinco cerdos ateos muertos. Veinticinco invasores extranjeros que ya no se interpondrían entre su pueblo y su Dios. ¡Realmente había cumplido la obra de El!

El tercer hombre, Mohammet, ya estaba empeñado en su propia tarea cuando Rasul ocupó su puesto en lo alto de la escalera. Trabajando en el fondo de la sala, cambió de posición la llave de comando para control del sistema. La pasó de «automático-computadora» a «manual-emergencia»; con ello producía un puente que evitaba el funcionamiento de todos los sistemas automáticos de seguridad.

Como era un hombre metódico, Ibrahim había planificado y memorizado durante meses todos los detalles de la operación, pero aun así llevaba en el bolsillo una lista de control. La desplegó y la puso cerca de la mano sobre la consola maestra de supervisión. Tolkaze miró a su alrededor observando los tableros de situación para orientarse; luego, hizo una pausa.

De su bolsillo trasero sacó lo que era su más preciada posesión personal, la mitad del Corán de su abuelo, y lo abrió por una página cualquiera. Era un pasaje de El Capítulo del Botín. A su abuelo lo habían matado durante las infructuosas rebeliones contra Moscú: hubo de sufrir la vergüenza de una inevitable subordinación al Estado infiel; y Tolkaze fue seducido por maestros rusos para que se uniera a su sistema ateo. Otros lo habían instruido como ingeniero en petróleo para trabajar en las instalaciones más valiosas del Estado, en Azerbaiján. Sólo entonces lo había salvado el dios de sus padres, a través de las palabras de un tío, un imán «no registrado» que permaneció fiel a Alá y conservó ese desgarrado fragmento del Corán que acompañara a uno de los propios guerreros de Alá. Tolkaze leyó el pasaje que tenía bajo su mano:

«Y dice que maquinaban los que negaron para prenderte o matarte o echarte, y maquinaban: pero Alá es el mejor de los maquinadores.»

Tolkaze sonrió, seguro de que era ésta la señal última de un plan que estaban ejecutando manos más grandes que las suyas. Sereno y confiado, comenzó a cumplir su destino.

Primero la gasolina. Cerró dieciséis válvulas de control, la más cercana de las cuales se encontraba a tres kilómetros, y abrió diez, con lo que desvió ochenta millones de litros de gasolina y provocó que salieran como torrentes por las bocas de las válvulas de llenado de camiones. La gasolina no se encendió en seguida. Ninguno de los tres hombres había dejado elementos de ignición para provocar la explosión, el primero de los muchos desastres que ocurrieron. Tolkaze razonó que, si en verdad él estaba cumpliendo la obra de Alá, seguramente su dios proveería.

Y así lo hizo El. Un pequeño camión que circulaba por la playa de carga tomó una curva con exceso de velocidad, patinó sobre el combustible derramado y se deslizó de costado hasta

dar contra una larga lanza de llenado. Sólo hizo falta una chispa..., y ya se estaba volcando más combustible en la playa de trenes.

Con las llaves conmutadoras del conducto principal, Tolkaze tenía un plan especial. Tecleó rápidamente en la consola de comando de una computadora, agradeciendo a Alá que Rasul hubiera sido lo suficientemente hábil como para no dañar nada importante con su fusil. El conducto principal que llegaba desde el campo de producción cercano era un caño de dos metros de diámetro, y tenía muchas ramificaciones que se extendían hasta los pozos de producción. El petróleo que circulaba por esas cañerías llevaba una tremenda presión suministrada por las estaciones de bombeo que había en los campos de obtención. las órdenes de Ibrahim abrieron y cerraron rápidamente las distintas válvulas. las tuberías se quebraron en una docena de lugares y los impulsos de la computadora mantuvieron las bombas en funcionamiento. El crudo liviano que escapaba comenzó a inundar el campo de producción, donde sólo se necesitó una chispa más para iniciar un gigantesco incendio favorecido por el viento del invierno..., y se produjo otra ruptura donde los conductos del petróleo y de gas cruzaban juntos sobre el río Obi.

—¡Llegaron los verdes! —gritó Rasul segundos antes de que el equipo de emergencia de los guardias de frontera de la KGB atronara subiendo la escalera. una corta descarga del «Kalashnikov» mató a los dos primeros, y el resto del pelotón quedó paralizado detrás de la curva de la escalera, mientras su joven sargento se preguntaba dónde diablos se habían metido.

Las alarmas automáticas ya estaban empezando a aturdir en torno de él en la sala de control. En el tablero principal de situación se advertían cuatro incendios en aumento; sus bordes estaban definidos por las luces rojas que parpadeaban. Tolkaze se dirigió a la computadora maestra y arrancó el carrete que contenía los códigos digitales de control. las cintas de recambio se encontraban abajo, en la bóveda, y los únicos hombres en un radio de diez kilómetros que conocían la combinación se hallaban en esa sala..., muertos. Mohammet se había dedicado a arrancar furiosamente todos los teléfonos del local. El edificio entero se sacudió con la explosión de un depósito de gasolina situado a dos kilómetros.

El estallido de una granada de mano anunció otro movimiento de los miembros de la KGB. Rasul devolvió el fuego, y los gritos de los hombres que morían casi igualaban al ruido penetrante de las bocinas de alarma de incendio que taladraban los oídos. Tolkaze corrió hacia un rincón. El suelo estaba resbaladizo por la sangre. Abrió la puerta de la caja de fusibles eléctricos, cerró el interruptor principal del circuito y luego disparó su pistola contra la caja. Quien intentara arreglar las cosas tendría que trabajar en la oscuridad.

Ya estaba todo hecho. Ibrahim vio que su corpulento amigo había sido herido mortalmente en el pecho por los fragmentos de la granada. Se tambaleaba, luchaba para mantenerse de pie junto a la puerta, cuidando a sus compañeros hasta lo último.

—Me refugio en el Señor de todos los mundos —gritó Tolkaze, desafiante, a las tropas de seguridad, que no comprendían una sola palabra en árabe—. El Rey de los hombres, el Dios de los hombres, del mal del insinuante demonio...

El sargento de la KGB dio un salto en el descansillo de la escalera y su primera ráfaga arrancó el fusil de las manos exangües de Rasul. Dos granadas cruzaron el aire en arco y el sargento desapareció de nuevo detrás del ángulo de la pared.

No había lugar, ni motivo, para correr. Mohammet e Ibrahim se quedaron inmóviles junto a la entrada mientras las granadas rebotaban y se deslizaban sobre el pavimento de mosaicos. Alrededor de ellos parecía que el mundo entero empezaba a incendiarse, y por causa de ellos, el mundo entero realmente habria de incendiarse.

—Allahu akhbar!

SUNNYVALE, CALIFORNIA.

—¡Santo Dios! —murmuró el suboficial principal, conteniendo el aliento.

El incendio iniciado en la sección gasolina/diesel de la destilería había bastado para alertar a un satélite estratégico que se hallaba en órbita geosincrónica a treinta y ocho mil kilómetros de altura sobre el Océano Indico. La señal fue transmitida a un puesto de máxima seguridad de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

El oficial jefe de guardia en la Unidad de Control de Satélites era un coronel de la Fuerza Aérea. Se volvió hacia su técnico.

—Sitúelo en el mapa.

—Si, señor.

El sargento escribió una orden en la consola para lograr que las cámaras del satélite cambiaran su sensibilidad. Con la imagen reducida en la pantalla, el satélite rápidamente marcó en un punto la fuente de energía térmica. Sobre otra pantalla adyacente al monitor, un mapa controlado por computadora les dio la localización exacta.

—Señor, es un incendio en una destilería de petróleo. ¡Diablos, y parece una cosa descomunal! Coronel, dentro de veinte minutos tendremos un pasaje de un satélite «Big Bird» y la trayectoria está dentro de unos ciento veinte kilómetros.

—Ajá —asintió el coronel.

Se acercó más a una pantalla y la observó detenidamente para asegurarse de que la fuente de calor no se movía; con la mano derecha levantó el tubo del teléfono dorado para comunicarse con el cuartel general del NORAD[2], Cheyenne Mountain, Colorado.

—Aquí Control Argus. Tengo tráfico urgente para CINC-NORAD.[3]

—Un segundo —pidió la primera voz.

—Aquí CINC-NORAD —dijo la segunda, el Comandante en Jefe del Comando de Defensa Aeroespacial Norteamericano.

—Señor, habla el coronel Burnette, del Control Argus. Observamos inmensa fuente de energía térmica en coordenadas sesenta grados cincuenta minutos Norte, setenta y seis grados cuarenta minutos Este. El lugar está catalogado como una destilería de petróleo. La fuente no se mueve, repito, no se mueve. Dentro de dos cero minutos tenemos un «KH-11» que pasará cerca de la fuente. Mi evaluación primaria, general, es que se trata de un grave incendio en un campo de producción de petróleo.

—¿No están proyectando un destello láser sobre su satélite? —preguntó CINC-NORAD, pues siempre existía la posibilidad de que los soviéticos estuvieran tratando de hacer una jugarreta al satélite.

—Negativo. La fuente luminosa cubre infrarrojo, y la totalidad del espectro visible no es, repito, no es monocromática. En pocos minutos sabremos más, señor. Hasta ahora todo coincide con un inmenso incendio en tierra.

Treinta minutos después estuvieron seguros. El satélite de reconocimiento «KH-11» pasó sobre el horizonte lo bastante cerca como para que las ocho cámaras de televisión que llevaba pudieran captar el caos con toda claridad. Uno de sus transmisores envió la señal a un satélite

[2] NORAD, Comando de Defensa Aeroespacial Norteamericana. (Nota del Traductor)

[3] Comandante en jefe del NORAD. (N. del T.)

geosincrónico de comunicaciones, y Burnette pudo observarlo todo «en vivo» y en colores. El fuego ya había cubierto medio complejo de destilación y más de la mitad del cercano campo de producción. En el río Obi caía más petróleo crudo en combustión que se derramaba del oleoducto quebrado. Pudieron observar cómo se extinguía el incendio; las llamas avanzaban rápidamente impulsadas por un viento de superficie de cuarenta nudos. El humo oscurecía la mayor parte del área dificultando la visibilidad directa, pero los sensores infrarrojos lo penetraban mostrando muchas fuentes de calor, que no podían ser otra cosa que enormes charcas de productos del petróleo que ardían intensamente en el suelo. El sargento de Burnette era del este de Texas y, de muchacho, había trabajado en los campos petrolíferos. Buscó y puso en el monitor de su computadora fotografías del lugar tomadas con luz de día y las comparó con la imagen de la pantalla adyacente, para determinar qué zonas de la destilería se habían incendiado.

—Diablos, coronel. —El sargento meneó la cabeza impresionado y habló con palabras de experto—. Esa destilería..., bueno, desapareció, coronel. El fuego se va a extender con ese viento, y no habrá forma de detenerlo ni en el infierno. La destilería se ha perdido por completo, y va a arder durante tres o cuatro días... Algunas partes tal vez una semana. Y a menos que encuentren una forma de parar el fuego, parece que el campo de producción también va a desaparecer, señor. Cuando el satélite haga el próximo pasaje, todo estará ardiendo; esas torres de pozos lanzarán petróleo incendiado... ¡ Santo Dios, no creo que nadie quiera estar allí!

—¿Que no va a quedar nada de la destilería? Hummm. —Burnette hizo retroceder la cinta y volvió a observar el pasaje del «Big Bird»—. Es la más nueva que tienen, y la más grande; les va a causar un daño tremendo en la producción de petróleo mientras reconstruyan las ruinas de eso. Y una vez que consigan apagar los fuegos, tendrán que reacomodar toda la producción de gas y diesel. Pero debo decir algo respecto a Iván. Cuando tiene un accidente industrial, no pierde por completo la cabeza. para nuestros amigos rusos es sólo un inconveniente mayor, sargento.

Al día siguiente la CIA confirmó ese análisis, y un día después lo hicieron los servicios de seguridad franceses y británicos.

Todos ellos estaban equivocados.

2. UN HOMBRE DISTINTO ENTRA EN JUEGO.

FECHA—HORA 01/31—06: 15 COPIA 01 DE INCENDIO SOVIÉTICO BC—Incendio soviético, Bjt, 1809.FL.

Se informa de desastroso incendio producido en el campo petrolífero soviético de Nizhnevartovsk.

EDS:Avance para «WEDNESDAY PMs.FL.»

Por William Blake. FC.

AP Redactor de los Servicios de Información militares.

WASHINGTON (AP). — «El más grave incendio producido en un campo petrolífero desde el desastre de Ciudad de México de 1984. o el incendio de Texas City en 1947», sumió en la oscuridad a la región central de la Unión Soviética en el día de hoy de acuerdo con fuentes militares y de los servicios secretos de Washington.

El fuego fue detectado por los «Medios Técnicos Nacionales» norteamericanos, nombre generalmente referido a satélites de reconocimiento controlados por la Agencia Central de Inteligencia. Fuentes de la CIA se niegan a hacer comentarios sobre el incidente.

Fuentes del Pentágono confirmaron este informe, señalando que la energía liberada por el fuego era suficiente como para causar cierta inquietud en el Mando de la Defensa Aeroespacial norteamericana, al que le preocupaba que el fuego se tratara de un posible lanzamiento de misiles dirigidos a los Estados Unidos, o un intento de cegar los satélites de vigilancia norteamericanos mediante rayos láser u otros medios disponibles desde tierra.

La fuente señaló que en ningún momento se consideró oportuno incrementar los niveles de alerta estadounidenses, o en poner a las fuerzas nucleares norteamericanas a punto de ataque. «Todo había pasado en menos de treinta minutos», aseguró la fuente informativa.

No se ha recibido ninguna confirmación de la agencia de noticias soviética TASS, pero los soviéticos raras veces publican noticias sobre tales catástrofes.

El hecho de que las autoridades norteamericanas se refiriesen a dos accidentes industriales épicos indica que pueden derivarse muchas calamidades de este gran incendio. Fuentes de la Defensa se mostraban reacias a especular sobre la posibilidad de pérdidas humanas civiles. La ciudad de Nizhnevartovsk se halla junto al complejo petrolífero.

La producción del campo petrolífero de Nizhnevartovsk alcanza casi al 31,3 % de la totalidad del crudo soviético, según el Instituto Americano del Petróleo, y la recientemente construida refinería adyacente de Nizbnevartovsk produce el 17,3 % del petróleo de ese país.

Donald Evans, un portavoz del mencionado Instituto, ha explicado: «Afortunadamente para ellos, el petróleo del subsuelo arde con mucha dificultad, y es de esperar que el fuego se extinga en unos pocos días.» Sin embargo, la refinería, según su grado de destrucción, puede constituir una gran pérdida. «Cuando pasan estas cosas, por lo general son catastróficas —dijo Evans—. Pero los rusos poseen una gran capacidad de refinado como para superar el golpe, especialmente después de todo el trabajo que han hecho en su complejo de Moscú.»

Evans se mostró incapaz de especular acerca de la naturaleza del incendio, y manifestó: «El tiempo atmosférico pudo tener algo que ver con esto. Nosotros tuvimos algunos problemas con los campos de Alaska, y costó bastante resolverlos. Por lo demás, cualquier refinería es terreno perfectamente abonado para los incendios, y son precisos unos equipos de hombres inteligentes, cuidadosos y bien entrenados para cuidarlos.»

Éste es el último de una serie de fracasos de La industria petrolífera soviética. En el pleno del Comité Central del Partido Comunista celebrado el pasado otoño, se admitió finalmente que los planes de producción tanto en los campos de Siberia como en los occidentales «no habían colmado las esperanzas iniciales».

En los círculos occidentales se interpreta esta prudente declaración como una implícita acusación contra la gestión del ministro de la Industria petrolífera, Zatyzhin, remplazado por Mikhail Sergetov, antiguo jefe del aparato del partido en Leningrado, considerado como un valor en alza dentro de la cúpula del Partido. Se trata de un tecnócrata que se ha dedicado previamente a la ingeniería además de realizar política de partido. La labor de Sergetov para reorganizar la industria petrolífera soviética se considera un trabajo que puede durar años.

AP—BA—01—31 0501EST.FL.

*****FIN DE LA NOTICIA*****

MOSCU, RFSSR

Mikhail Eduardovich Sergetov no había tenido oportunidad de leer el informe telegráfico. Avisado en su dacha oficial situada en los bosques de abedules que rodean Moscú, voló en seguida hacia Nizhnevartovsk y permaneció allí sólo diez horas antes de que lo llamaran para que fuese a informar a Moscú. «*Tres meses en el cargo, ¡y tenía que suceder esto!*», pensó mientras estaba sentado en la cabina delantera vacía del aparato «IL-86».

Sus dos principales ayudantes, un par de jóvenes ingenieros altamente cualificados, se habían quedado en el lugar del siniestro a fin de aclarar las razones de aquel caos y salvar lo que se pudiese salvar. Entretanto, Sergetov repasaba sus notas para la reunión del Politburó que se celebraría a última hora de aquel día. Se sabía que, combatiendo el fuego, habían muerto trescientos hombres y, milagrosamente, menos de doscientos ciudadanos en la población de Nizhnevartovsk. Aquello era muy lamentable, pero nada excesivamente grave, con excepción del hecho de que aquellos obreros especializados que habían muerto deberían ser remplazados por otros hombres igualmente bien entrenados procedentes de las plantillas de otras grandes refinerías.

La planta de destilación estaba destruida casi por completo. para su reconstrucción se necesitarían como mínimo dos o tres años, y requeriría un considerable porcentaje de la producción nacional de tuberías de acero, más todos los elementos especiales para instalaciones de ese tipo. Quince mil millones de rublos. ¿Y qué parte del equipo tendría que ser adquirida en el extranjero? ¿Cuánto oro y cuántas preciosas divisas fuertes habría que gastar?

Y ésas eran las buenas noticias.

Las malas: el fuego que se había tragado el campo de producción también había destruido por completo las torres de los pozos. Tiempo para remplazarlas: ¡por lo menos treinta y seis meses!

«*Treinta y seis meses* —reflexionaba Sergetov desolado—, *si es que podemos traer de otra parte los equipos y el personal de perforación para volver a abrir todos esos malditos pozos y al mismo tiempo reconstruir los sistemas EOR.*[4] *Durante dieciocho meses como mínimo, la Unión Soviética tendrá un enorme déficit en la producción de petróleo. Y es probable que sean treinta meses. ¿Qué pasará con nuestra economía?*»

De su cartera portafolio sacó una agenda de hojas rayadas y empezó a hacer algunos cálculos. Era un vuelo de tres horas, y Sergetov no se dio cuenta de que habían llegado hasta que el piloto se le acercó para comunicarle que estaban en tierra.

Miró con ojos entrecerrados las tierras cubiertas de nieve de «Vnukovo-2», el único aeropuerto VIP en las afueras de Moscú, y caminó solo bajando la escalerilla hasta la limusina «ZIL» que lo esperaba. El automóvil partió de inmediato a gran velocidad, sin detenerse en ninguno de los puestos de control de seguridad. Los oficiales de la milicia, ateridos de frío, golpearon los talones tomando la posición militar cuando pasó el «ZIL», después volvieron a la tarea de mantenerse calientes en aquellas temperaturas bajo cero. El sol brillaba y el cielo estaba claro, excepto por algunas altas y finas nubes. Sergetov miraba distraído por la ventanilla, con su mente ocupada por cifras y más cifras que había controlado ya media docena de veces. El Politburó lo estaba esperando, le dijo su conductor de la KGB.

Hacía sólo seis meses que Sergetov era «candidato» (miembro sin voto) del Politburó, lo que significaba que, junto con sus otros ocho colegas jóvenes, asesoraban a los trece únicos

[4] EOR, Sistema de presurización artificial para recuperar la salida del petróleo. (N. del T.)

hombres que tomaban las decisiones trascendentes en la Unión Soviética. Su cartera ministerial se refería a la producción y distribución de energía. Tenía ese cargo desde setiembre, y sólo estaba comenzando a establecer su plan para una reorganización total de los siete Ministerios de todos los gremios y regiones que ejercían funciones relacionadas con la energía, los cuales, como era de prever, pasaban la mayor parte del tiempo peleando unos con otros, en un solo departamento general que dependiera directamente del Politburó y Secretariado del Partido, en vez de tener que trabajar a través de la burocracia del Consejo de Ministros. Cerró un instante los ojos para agradecer a Dios (*tal vez hubiera uno*, pensó) que su primera recomendación, entregada sólo un mes antes, se hubiera referido a la seguridad y la responsabilidad política en muchos de los campos. Había propuesto específicamente una mayor «rusificación» de la fuerza laboral, en gran parte «extranjera». Por ese motivo, no temía en cuanto a su propia carrera, que hasta ahora estaba jalonada por una serie ininterrumpida de éxitos. Se encogió de hombros. En todo caso, sería la tarea que estaba a punto de iniciar la que decidiría su futuro. Y quizás el de su país.

El «ZIL» avanzó por Leningradsky Prospekt, que daba vueltas hacia Gorkogo; la limusina aceleraba a lo largo del carril central que la Policía mantenía libre de tránsito para uso exclusivo del vlasti. Pasaron por el «Intourist Hotel», entraron en la Plaza Roja y finalmente se aproximaron a los portones del Kremlin. Allí el conductor se detuvo para los controles de seguridad que fueron tres, realizados por soldados de la KGB y de la Guardia Taman. Cinco minutos después la limusina se detuvo frente a la entrada del Consejo de Ministros, única estructura moderna en la fortaleza. Los guardias que la custodiaban conocían de vista a Sergetov y le hicieron un rígido saludo mientras mantenían abierta la puerta para que la exposición a la helada temperatura no durara más que unos segundos.

Hacia sólo un mes que el Politburó estaba realizando sus reuniones en esa sala del cuarto piso mientras efectuaba una detenida renovación en sus habituales salones del viejo edificio Arsenal. Los hombres más viejos se quejaban por la pérdida de las antiguas comodidades zaristas, pero Sergetov prefería la modernidad. Ya era hora, pensaba, de que los miembros del partido se rodearan de productos del socialismo en lugar del mohoso boato de los Romanov.

La sala estaba mortalmente silenciosa cuando él entró. De haber sido esto en el Arsenal, reflexionó el tecnócrata de cincuenta y cuatro años, la atmósfera habría parecido la de un verdadero funeral..., que ya se habían realizado muchos. Lentamente, el partido iba desprendiéndose de los hombres más ancianos que habían sobrevivido al terror de Stalin, y la actual cosecha, todos ellos hombres «jóvenes» de cincuenta o sesenta años, empezaba por fin a hacerse oír. Se estaba cambiando la guardia. Demasiado lentamente.., con una maldita lentitud, para Sergetov y su generación de líderes del partido, a pesar del secretario general. El hombre ya era abuelo. A Sergetov le parecía a veces que, cuando todos esos viejos se fueran, él mismo sería uno de ellos. Pero por ahora, mirando alrededor en esa sala, se sintió suficientemente joven.

—Buenos días, camaradas —saludó Sergetov, entregando su abrigo a un ayudante, el cual se retiró de inmediato y cerró la puerta. Los demás se dirigieron en el acto a sus asientos. Sergetov ocupó el suyo, en la mitad del lado derecho.

El secretario general del partido llamó al orden en la reunión. Su voz sonó grave y controlada.

—Camarada Sergetov, puede iniciar su informe. Primero queremos oir su explicación sobre lo que sucedió exactamente.

—Camaradas, ayer a las veintitrés, aproximadamente, hora de Moscú, tres hombres armados entraron en la sala central de control del complejo petrolífero de Nizhnevartovsk y cometieron un complicadísimo acto de sabotaje.

—¿Quiénes eran? —preguntó en tono cortante el ministro de Defensa.

—Sólo tenemos la identificación de dos de ellos. Uno de los bandidos era un electricista del propio personal. El tercero —Sergetov sacó de su bolsillo la tarjeta de identidad y la arrojó sobre la mesa— era el ingeniero jefe I. M. Tolkaze. Es evidente que utilizó su detallado conocimiento de los sistemas de control para iniciar el incendio masivo que se extendió rápidamente debido a los fuertes vientos. Un equipo de seguridad de diez guardias de frontera de la KGB respondió de inmediato a la alarma. Uno de los traidores, el que aún no está identificado, mató e hirió a cinco de ellos con un fusil arrebatado al guardia del edificio, al que también mataron. Después de entrevistar al sargento de la KGB, pues el teniente murió al frente de sus hombres, debo decir que los guardias de frontera respondieron rápido y bien. Mataron a los traidores en pocos minutos, pero no pudieron impedir la completa destrucción de las instalaciones, tanto de la destilería como de los campos de producción.

—Y si los guardias respondieron con tanta rapidez, ¿cómo no pudieron impedir este acto? —preguntó enfurecido el ministro de Defensa examinando la fotografía del pase con un odio palpable reflejado en sus ojos—, Y, ante todo, ¿qué estaba haciendo allí este musulmán culo negro?

—Camarada, el trabajo en los campos de Siberia es muy penoso, y hemos tenido serias dificultades para llenar los puestos que hay allá. Mi predecesor decidió incorporar trabajadores con experiencia en campos petrolíferos procedentes de la región de Bakú y llevados a Siberia. Fue una locura. Ustedes recordarán que mi primera recomendación, el año pasado, se refirió a cambiar esa política.

—Lo sabemos, Mikhail Eduardovich —dijo el presidente de la reunión—. Continúe.

—El puesto de guardia graba todo el tráfico telefónico y de radio. El equipo de emergencia se puso en movimiento antes de dos minutos. Desgraciadamente, el puesto de guardia se halla situado junto al antiguo edificio de control. El actual fue construido a tres kilómetros de distancia, cuando hace dos años se adquirió en Occidente el nuevo equipo de control computerizado. Habría sido necesario construir también un nuevo puesto de guardia, y se obtuvieron los materiales necesarios para hacerlo. Al parecer, esos materiales de construcción fueron malversados por el director del complejo y el secretario local del partido, con el objeto de edificar dachas sobre el río, a pocos kilómetros de allí. Estos dos hombres han sido arrestados por orden mía, por crímenes cometidos contra el Estado —informó Sergetov con la mayor naturalidad, y no hubo reacción alguna alrededor de la mesa; por mudo consenso aquellos dos hombres estaban sentenciados a muerte; las formalidades serían cumplidas por los Ministerios correspondientes; Sergetov continuó—: Ya he ordenado un considerable aumento de la seguridad en todos los emplazamientos petroleros. También por orden mía, las familias de los dos traidores identificados han sido arrestadas en sus casas en las afueras de Bakú y están siendo rigurosamente interrogadas por Seguridad del Estado, junto con cuantos los conocían o trabajaban con ellos.

»Antes de que los guardias de frontera pudieran matar a los traidores, éstos lograron sabotear los sistemas de control del campo petrolífero de manera tal que consiguieron crear una tremenda conflagración. También lograron destrozar el equipo de control, de modo que, aunque los soldados de la guardia hubieran podido llamar a un equipo de ingenieros para que restableciera el funcionamiento, es muy poco probable que se hubiese podido salvar algo. Los soldados de la KGB se vieron forzados a evacuar el edificio, que poco después quedó consumido por las llamas. Ellos no podrían haber hecho nada más. —Sergetov recordaba la cara gravemente quemada del sargento, y las lágrimas que le corrían sobre las ampollas mientras relataba lo sucedido.

—¿Y la brigada de incendios? —preguntó el secretario general.

—Más de la mitad murió combatiendo el fuego —replicó Sergetov—. Junto con más de cien ciudadanos que se unieron a la batalla para salvar el complejo. Realmente no hay aquí culpas que atribuir a nadie, camarada. Cuando este bastardo Tolkaze comenzó su trabajo diabólico..., habría sido más fácil controlar un terremoto. En su mayor parte el incendio está

ahora apagado, debido al hecho de que casi todos los combustibles almacenados en la destilería se consumieron en unas cinco horas; también por la destrucción de las cabezas de pozo en el campo de petróleo.

—¿Pero cómo ha sido posible esta catástrofe? —preguntó uno de los miembros titulares.

Sergetov se hallaba sorprendido por la calma que observaba en la sala. ¿Se habían reunido antes y discutido ya el asunto?

—Mi informe del 20 de diciembre describí a los peligros que había allí. Esa sala literalmente controlaba las bombas y válvulas en más de cien kilómetros cuadrados. Lo mismo es válido para todos nuestros grandes complejos petrolíferos. Desde ese centro nervioso, un hombre familiarizado con los procedimientos de control podía manipular a voluntad los diversos sistemas en todo el campo, logrando, con gran facilidad, que el complejo íntegro se autodestruyera. Tolkaze tenía esa capacidad. Era un nativo de Azerbaiján elegido para tratamiento especial por su inteligencia y supuesta lealtad; estudiante de honor en la Universidad de Moscú, y miembro en buena posición del partido local. Parecería además que era un fanático religioso capaz de una increíble traición. Todas las personas asesinadas en la sala de control eran amigos suyos, o por lo menos así lo creían. Después de quince años en el partido, un buen salario, el respeto profesional de sus camaradas, hasta su propio automóvil, sus últimas palabras fueron una estridente invocación a Alá. —Sergetov añadió secamente—: No se puede predecir con exactitud la fiabilidad de las personas de esa región, camaradas.

El ministro de Defensa volvió a asentir con un movimiento de cabeza.

—Entonces, ¿qué efecto tendrá esto en la producción petrolera?

La mitad de los hombres que se hallaban junto a la mesa se inclinaron hacia delante para escuchar la respuesta de Sergetov:

—Camaradas, hemos perdido el treinta y cuatro por ciento de nuestra producción total de petróleo crudo por un período de al menos un año, y es posible que llegue a ser hasta de tres. —Levantó la vista de sus notas para observar cómo se arrugaban las caras, hasta ese momento impasibles; parecían haber recibido una bofetada—. Sería necesario volver a perforar todos los pozos productivos y reconstruir los conductos de distribución, desde los campos hasta la destilería y otros lugares. La pérdida de la destilería es grave, pero no una preocupación inmediata. dado que puede volver a levantarse y, en último caso, representa menos de una séptima parte de nuestra capacidad total de destilación. El daño mayor a nuestra economía resultará de la pérdida de nuestra producción de petróleo crudo.

»En términos reales, debido a la composición química del petróleo de Nizhnevartovsk, la pérdida neta total de la producción puede motivar una infravaloración del verdadero efecto sobre nuestra economía. El petróleo de Siberia es «liviano, suave» en su estado crudo, lo que significa que contiene cantidades desproporcionadamente grandes de las fracciones más valiosas: las que se emplean para obtener gasolina, queroseno y combustible diesel, por ejemplo. La pérdida neta en estas áreas en particular son las siguientes: cuarenta y cuatro por ciento de nuestra producción de gasolina; cuarenta y ocho por ciento de queroseno, y cincuenta por ciento de diesel. Tales cifras son cálculos aproximados que he realizado en el vuelo de regreso, pero deben de estar ajustadas con un error, no mayor del dos por ciento. Mi personal tendrá listas las cifras exactas en uno o dos dias.

—¿La mitad? —preguntó rápidamente el secretario general.

—Exacto, camarada —respondió Sergetov.

—¿Y cuánto tiempo se necesita para restablecer la producción?

—Camarada secretario general, si traemos todos los equipos de perforación y les hacemos operar durante las veinticuatro horas, mi estimación aproximada es que podremos empezar a

restablecer la producción en un año. Limpiar de ruinas el lugar llevará por lo menos tres meses, y otros tres se necesitarán para reinstalar nuestro equipo y comenzar las operaciones de perforación. Como tenemos información exacta sobre la situación y profundidad de los pozos, el acostumbrado factor de incertidumbre no forma parte de la ecuación. Dentro del año, seis meses después de que comencemos las nuevas perforaciones, empezaremos a obtener petróleo de los pozos productivos, y la recuperación total se logrará en dos años más. Mientras esté sucediendo todo esto, necesitaremos también remplazar el equipo EOR...

—¿Y qué representaría eso? —preguntó el ministro de Defensa.

—Sistemas de recuperación forzada de petróleo, camarada ministro. Si los pozos hubieran sido relativamente nuevos, presurizados por el gas subterráneo, los incendios podrían haber durado varias semanas. Como ustedes saben, camaradas, de estos pozos ya se ha extraído gran cantidad de petróleo. para aumentar la producción hemos estado bombeando agua hacia el interior, lo que produce el efecto de forzar la salida de más crudo. Puede haber producido también el efecto de dañar el estrato que contiene el petróleo. Esto es algo que nuestros geólogos todavía están tratando de evaluar. Con lo ocurrido, cuando se interrumpió la energía eléctrica cesó la presión enviada desde la superficie para extraer el petróleo, y los incendios de los campos de producción empezaron a quedarse sin combustible. La mayor parte de ellos se estaban extinguiendo cuando partí en mi avión hacia Moscú.

—¿De manera que ni siquiera habrá seguridad de que la producción esté completamente restablecida dentro de tres años? —preguntó el ministro del Interior.

—Así es, camarada ministro. No existe ninguna base científica para hacer una estimación de la producción total. La situación que tenemos aquí nunca se ha producido, ni en Occidente ni en el Este. En los próximos dos o tres meses podremos perforar algunos pozos de prueba que nos den ciertas indicaciones. El equipo de ingenieros que quedó allá está haciendo los arreglos necesarios para iniciar el proceso con la mayor rapidez posible, utilizando materiales que ya se encuentran en el lugar.

—Muy bien —asintió el secretario general—. La siguiente pregunta es cuánto tiempo puede operar el país sobre esa base.

Sergetov volvió a consultar sus notas.

—Camaradas, no se puede negar que éste es un desastre sin precedentes en nuestra economía. El invierno ha hecho descender nuestras existencias de petróleo pesado más de lo normal. Algunos consumos de energía deben permanecer relativamente intactos. Por ejemplo, el año pasado, la generación de energía eléctrica requirió el treinta y ocho pór ciento de nuestros productos del petróleo, mucho más de lo planificado, debido a las sobreestimaciones en la producción de carbón y gas, que habíamos esperado que redujeran las demandas de petróleo. La industria del carbón necesitará por lo menos cinco años para recuperarse, a causa de fallos en la modernización. Y las operaciones de perforación para gas están actualmente demoradas por condiciones ambientales. Ciertas razones técnicas hacen que sea dificilísimo operar ese equipo con tiempo excesivamente frío.

—¡Entonces hay que hacer trabajar más duro a esos perezosos bastardos de los equipos de perforación! —sugirió el jefe del partido de Moscú.

—No se trata de los trabajadores, camarada —suspiró Sergetov—. Son las máquinas. La temperatura muy fría afecta más al metal que a los hombres. las herramientas y equipos se rompen simplemente porque se vuelven quebradizos por el frío. las condiciones del tiempo dificultan más el reabastecimiento de repuestos hacia los campos petroleros. El marxismo-leninismo no puede ordenar el estado del tiempo.

—¿Será muy difícil ocultar las operaciones de perforación? —preguntó el ministro de Defensa.

Sergetov se mostró sorprendido.

—¿Difícil? No, camarada ministro, difícil no, es imposible. ¿Cómo se pueden ocultar varios cientos de aparejos de perforación, cada uno de los cuales mide de veinte a cuarenta metros de altura? Sería tan difícil como intentar ocultar los complejos de lanzamiento de los misiles de Plesetsk.

Sergetov advirtió por primera vez las miradas de reojo que intercambiaban el ministro de Defensa y el secretario general.

—Entonces tendremos que reducir el consumo de petróleo por parte de la industria eléctrica —se pronunció el secretario general.

—Camaradas, permítanme que les dé algunas cifras aproximadas sobre la forma en que consumimos nuestros productos del petróleo. Por favor, comprendan que lo hago de memoria, ya que el informe anual que hace el departamento se halla en proceso de elaboración.

»El año pasado nuestra producción fue de quinientos ochenta y nueve millones de toneladas de petróleo crudo. El déficit con respecto a la producción planificada era de treinta y dos millones de toneladas, y la cantidad que se obtuvo sólo resultó posible gracias a las medidas artificiales que ya les expliqué. Aproximadamente la mitad de esa producción fue semirrefinada para obtener mazut, o fuel-oil pesado, para ser usado en plantas de energía eléctrica, calderas de fábricas y cosas semejantes. La mayor parte de este petróleo sencillamente no se puede utilizar de otra manera, ya que sólo tenemos tres..., perdón, ahora sólo dos, destilerias con las complicadas cámaras de cracking catalítico necesarias para refinar el petróleo pesado y obtener productos destilados ligeros.

»Los combustibles que producimos sirven a nuestra economía de diversas formas. Como ya hemos visto, un treinta y ocho por ciento se emplea en la generación de energía eléctrica y de otras clases; y, afortunadamente, mucho de ello es mazut. De los combustibles más livianos, diesel, gasolina y queroseno, más de la mitad de la producción fue absorbida el año pasado por la actividad agrícola y la industria de la alimentación, transporte de mercaderías y artículos de intercambio, el traslado de pasajeros y el consumo público y, finalmente, los usos militares. En otras palabras, camaradas, con la pérdida del campo de Nizhnevartovsk, los usuarios que acabo de mencionar requerirán más de lo que podemos producir, sin dejar nada para la metalurgia, la maquinaria pesada y los usos químicos y de la construcción; sin mencionar lo que habitualmente exportamos a nuestros fraternales aliados socialistas en Europa Oriental y en todo el mundo.

»Para responder a su pregunta específica, camarada secretario general, tal vez logremos hacer una modesta reducción en el uso de petróleos livianos en la generación de energía eléctrica, pero ya en este momento tenemos un serio déficit en ese campo, lo que da lugar a ocasionales caídas de tensión y hasta completos apagones. Nuevos cortes de fluido afectarían de manera adversa a algunas actividades cruciales del Estado. Usted recordará que hace tres años hicimos experimentos alterando el voltaje de la energía generada para conservar combustibles, y esto determinó daños en los motores eléctricos en toda la zona industrial del Donets.

—¿Qué hay del carbón y el gas?

—Camarada secretario general, la producción de carbón ya está un dieciséis por ciento por debajo de la obtención planificada, y empeorando, lo que ha motivado la conversión al petróleo de muchas calderas alimentadas por carbón. Además, la reconversión de esas instalaciones nuevamente del petróleo al carbón es muy costosa y lleva tiempo. una alternativa más atractiva y menos cara es la conversión a gas, y la hemos estado propiciando con todo nuestro esfuerzo. La producción de gas también está por debajo de lo previsto, pero va mejorando. Habíamos esperado superar las metas planificadas hacia finales de este año. Aquí debemos también tener en cuenta que mucho de nuestro gas se envía a Europa Occidental. Y de allí es de donde obtenemos divisas occidentales con las que podemos comprar petróleo extranjero y, por supuesto, granos en el exterior.

El miembro del Politburó responsable de la agricultura frunció el ceño ante esa referencia. ¿Cuántos hombres, preguntó Sergetov, habían sido destituidos por su incapacidad para hacer rendir la industria agrícola soviética? el actual secretario general, por supuesto, que de alguna manera se las había arreglado para avanzar, a pesar de sus fracasos en esa materia. Pero se suponía que los bí nos marxistas no necesitaban creer en milagros. Su promoción a la presidencia titular del Politburó había tenido su propio precio, que Sergetov apenas estaba empezando a comprender.

—Entonces, ¿cuál es su solución, Mikhail Eduardovich? —preguntó el ministro de Defensa con inquietante ansiedad.

—Camaradas, debemos llevar esta carga de la mejor forma posible, mejorando la eficiencia en todos los niveles de nuestra economía. —No se molestó en hablar sobre el aumento de las importaciones de petróleo; el déficit, como ya había explicado, determinaría un aumento equivalente a treinta veces las actuales importaciones, y las reservas de divisas fuertes apenas permitirían duplicar las adquisiciones de petróleo extranjero—. Necesitaremos incrementar la producción y el control de calidad en la fábrica de equipos de perforación «Barricade», en Volgogrado, y comprar más equipos de perforación en Occidente, de manera que podamos expandir la exploración y explotación de yacimientos conocidos. Y necesitamos aumentar nuestras construcciones de plantas de reactores nucleares. para conservar la producción que definitivamente obtengamos, podemos restringir el abastecimiento de que disponen los camiones y automóviles; hay mucho derroche en ese sector, como todos sabemos, tal vez un tercio del consumo total. Cabe reducir por un tiempo la cantidad de combustible asignada a usos militares y tal vez desviar también parte de la producción de maquinaria pesada de los arsenales militares a las áreas industriales necesarias. Estamos frente a tres años muy duros..., pero sólo tres —sintetizó Sergetov poniendo una nota de aliento.

—Camarada, su experiencia en asuntos exteriores y de defensa es escasa, ¿verdad? —planteó el ministro de Defensa.

—Nunca he pretendido lo contrario, camarada ministro —contestó cauteloso Sergetov.

—Entonces le diré por qué esta situación es inaceptable. Si hacemos lo que usted sugiere, Occidente se enterará de nuestra crisis. Un aumento en las compras de petróleo y de equipos de producción, y las señales inocultables de actividad en Nizhnevartovsk, les mostrarán con demasiada claridad lo que está ocurriendo aquí, lo cual nos hará vulnerables ante sus ojos. Y esa vulnerabilidad será explotada. Y, al mismo tiempo —dijo dando fuertes golpes con el puño sobre la pesada mesa de roble—, ¡usted propone reducir el suministro de combustible a las fuerzas que nos defiénden del Occidente!

—Camarada ministro de Defensa, yo soy ingeniero, no soldado. Usted me pidió una evaluación técnica, y yo se la he dado. —Sergetov mantuvo su voz razonablemente calma—. Esta situación es muy grave, pero no afecta, por ejemplo, a nuestras Fuerzas de Misiles Estratégicos. ¿No pueden ellos solos protegernos de los imperialistas durante nuestro período de recuperación?

¿Para qué otra cosa los habían construido?, se preguntó Sergetov. Todo ese dinero sepultado en agujeros improductivos. ¿No era suficiente ser capaz de aniquilar a Occidente más de diez veces? ¿Por qué veinte? ¿Y ahora eso no bastaba?

—¿Y no se le ha ocurrido a usted que Occidente no nos permitirá comprar lo que necesitamos? —preguntó el teórico del partido.

—¿Cuándo se han negado los capitalistas a vendernos...?

—¿Cuándo han dispuesto los capitalistas de semejante arma para usarla contra nosotros? —observó el secretario general—. Por primera vez Occidente tiene la posibilidad de estrangularnos en un solo año. ¿Y qué ocurrirá ahora si también nos impiden nuestras compras de cereales?

Sergetov no había considerado eso. Al cabo de otro año de desalentadoras cosechas de grano, el séptimo en los últimos once, la Unión Soviética necesitaba hacer enormes adquisiciones de trigo. Y este año, los Estados Unidos y Canadá eran los únicos proveedores seguros. El mal tiempo en el hemisferio sur había malogrado la cosecha de la Argentina, y algo menos la de Australia, mientras que los Estados Unidos y Canadá seguían obteniendo habituales cosechas récord. Precisamente en esos momentos estaban haciendo negociaciones en Washington y en Otawa para lograr las compras; y los norteamericanos no presentaban objeciones, excepto que el alto valor del dólar hacía que sus granos fueran desproporcionadamente caros. Pero el embarque de esos cereales llevaría meses. «*¡Que fácil sería* —pensó Sergetov— *que por "dificultades técnicas" en los puertos cerealeros de Nueva Orleáns y Baltimore se demorara, e incluso se paralizaran, los embarques en un momento tan crucial!*»

Miró alrededor de la mesa. Veintidós hombres, de los cuales sólo trece decidían realmente los temas, y uno de ellos faltaba, se encontraban allí en silencio contemplando la perspectiva de más de doscientos cincuenta millones de trabajadores y campesinos soviéticos, todos ellos hambrientos y en la oscuridad, al mismo tiempo que las tropas del Ejército Rojo, el Ministerio del Interior y la KGB tenían serias dificultades en sus abastecimientos de combustible y, por tanto, en su entrenamiento y movilidad.

Los hombres del Politburó se hallaban entre los más poderosos del mundo, mucho más que cualquiera de sus contrapartes occidentales. No rendían cuentas a nadie, ni al Comité Central del Partido Comunista, ni al Soviet Supremo ni, por supuesto, tampoco al pueblo de su nación. Hacía años que estos hombres no caminaban por las calles de Moscú; sólo se desplazaban velozmente, llevados por sus chóferes en automóviles construidos a mano, hacia y desde sus lujosos apartamentos dentro de la ciudad o hasta sus dachas oficiales en las afueras de la capital. Efectuaban sus compras, si es que las hacían, en tiendas custodiadas y reservadas sólo para la élite, y los atendían ciertos médicos en clínicas establecidas exclusivamente para esa élite. Por todo ello, estos hombres se consideraban a sí mismos como dueños de su destino.

Y sólo ahora comenzaba a sacudirlos la idea de que, como al resto de los humanos, también ellos estaban sujetos a un destino que su inmenso poder personal no haría otra cosa que tornarlo por demás insufrible.

Se hallaban inmersos en un país cuyos ciudadanos vivían mal alimentados y pobremente alojados; en el que los únicos artículos abundantes eran los carteles pintados y los lemas que alababan el progreso y la solidaridad soviéticos. Sergetov sabía muy bien que algunos de los hombres que rodeaban esa mesa creían fervientemente en esos lemas. A veces, también él tenía fe en ellos, sobre todo en homenaje a su juventud idealista. Pero el progreso soviético no había alimentado a su país. ¿Y cuánto tiempo duraría la solidaridad soviética en los corazones de un pueblo hambriento, con frío y en la oscuridad? ¿Se mostrarían entonces orgullosos de los misiles de los bosques de Siberia? ¿De los miles de tanques y cañones que producían todos los años? ¿Mirarían hacia el cielo donde flotaba una estación espacial «Salyut» y se sentirían inspirados..., o se preguntarían qué clase de alimentos estaba comiendo esa élite? Todavía no había pasado un año desde que Sergetov fue caudillo en el partido regional, y en Leningrado había podido escuchar con interés las descripciones de su propio personal dependiente, sobre las bromas y quejas en las colas que soportaba la gente para conseguir dos trozos de pan, un tubo de dentífrico o unos zapatos. Aislado aún entonces de las más duras realidades de la vida en la Unión Soviética, se había preguntado a menudo si algún día las cargas del trabajador común no llegarían a ser demasiado pesadas para aguantarlas. ¿Cómo se enteraría él entonces? ¿Cómo podría conocerlo ahora? ¿Alguna vez lo sabrían esos hombres más viejos que estaban allí?

Narod, le llamaban. Un nombre masculino que no obstante era forzado y violado en todo sentido: las masas, la colección de hombres y mujeres sin cara que se afanaban diariamente,

en Moscú. y en toda la nación, en fábricas y en granjas colectivas, con sus pensamientos ocultos bajo máscaras de amargura. Los miembros del Politburó se autoconvencían de que esos obreros y campesinos envidiaban a sus líderes los lujos que acompañaban a la responsabilidad. Después de todo, la vida en el campo había mejorado en considerable medida. Eso era lo convenido, Pero el convenio estaba a punto de romperse. ¿Qué podía ocurrir entonces? Nicolás II no lo había sabido. Pero estos hombres si.

El ministro de Defensa rompió el silencio:

—Debemos obtener más petróleo. Así de simple. La alternativa es una economía contrahecha, ciudadanos hambrientos y una reducida capacidad de defensa. las consecuencias de todo ello no son aceptables.

—No podemos comprar petróleo —argumentó uno de los miembros candidatos.

—Entonces debemos tomarlo.

FUERTE MEADE, MARYLAND

Bob Toland frunció el ceño frente a su tarta de canela. No debería comer postre, se recordó a sí mismo el analista de Inteligencia. Pero en el comedor de la Agencia Nacional de Seguridad sólo la servían una vez por semana. La tarta de canela era su favorita y no contenía más que unas doscientas calorías. Eso era todo. Tendría que hacer otros cinco minutos de ejercicio en la bicicleta cuando llegase a su casa.

—¿Qué piensas de ese artículo en el periódico, Bob? —preguntó un compañero de trabajo.

—¿El asunto del campo petrolífero? —Toland observó una vez más el distintivo de Seguridad que llevaba el hombre; no estaba autorizado para conocer temas de Inteligencia satelitaria—. Parece que han tenido un incendio tremendo.

—¿No has visto nada oficial sobre el caso?

—Digamos que la noticia que se filtró a los periódicos salió de un nivel de autorización en Inteligencia más alto que el mío.

—¿Periodismo..., ultrasecreto?

Ambos hombres rieron.

—Algo así. El artículo tenía información que yo no he visto —dijo Toland, expresando la verdad, en su mayor parte; el incendio se había apagado, y la gente de su departamento estuvo especulando sobre lo que habría hecho Iván para extinguirlo tan pronto—. Pienso que no debería haberles causado mucho daño. Quiero decir que ellos no tienen millones de personas transitando por los caminos en las vacaciones de verano, ¿no es cierto?

—Naturalmente que no. ¿Cómo está la tarta?

—No está mal.

Toland sonrió, dudando ya si necesitaría ese tiempo extra en la bicicleta.

MOSCU, URSS.

El Politburó volvió a reunirse a las nueve y media de la mañana siguiente. Por las ventanas de cristales dobles se veía un cielo gris y se apreciaba una cortina de espesa nieve que comenzaba a caer de nuevo, para agregarse al medio metro que ya cubría el suelo. *Esa noche se verían los trineos en las colinas del parque Gorky*, pensó Sergetov. Y tal vez barrieran la nieve sobre los dos lagos helados para poder patinar bajo las luces con la música de Chaikovski y Prokofiev. Los moscovitas reirían, beberían su vodka y aprovecharían el frío, felices e ignorantes de lo que estaba por decirse allí, y de los vuelcos que darían las vidas de todos ellos.

El cuerpo principal del Politburó se había reunido la tarde anterior a las cuatro de la tarde, y luego los cinco hombres que constituían el Consejo de Defensa volvieron a reunirse solos. Ni siquiera los restantes miembros del Politburó completo tenían acceso a ese cuerpo resolutivo.

Los vigilaba desde el fondo del salón un retrato de cuerpo entero de Vladimir Ilich Ulianov, Lenin, el santo revolucionario del comunismo soviético, con la abovedada frente echada hacia atrás como si estuviera disfrutando de una fresca brisa, y sus ojos penetrantes mirando al infinito hacia el glorioso futuro que proclamaba confiado con expresión austera, futuro que la «ciencia» del marxismo-leninismo llamaba determinismo histórico. Glorioso futuro. «¿Qué futuro? —se preguntaba Sergetov—. ¿Qué ha sido de nuestra Revolución? ¿Qué ha sido de nuestro partido? ¿Quería realmente el camarada Ilich que todo fuera así?»

Sergetov miró al secretario general, el hombre «joven» que Occidente suponía que se hallaba a cargo de todo, el hombre que aun en esos momentos estaba cambiando las cosas. Su acceso al puesto más alto en el partido había sido una sorpresa para algunos, Sergetov entre ellos. *Occidente todavía lo miraba con tanta esperanza como lo hicimos nosotros mismos*, pensó Sergetov. Su propia llegada a Moscú había cambiado su forma de pensar con bastante rapidez. Un sueño más que se rompía. El hombre que había mantenido una cara feliz durante años de fracasos agrícolas, ahora aplicaba su encanto superficial en un marco mucho mayor. Estaba trabajando intensamente (cualquiera de los que estaba junto a esa mesa lo admitiría), pero la suya era una tarea imposible. para llegar allí se había visto obligado a hacer demasiadas promesas, a establecer demasiados acuerdos con la vieja guardia. Incluso los hombres «jóvenes», de cincuenta y sesenta, que él había agregado al Politburó tenían sus propias ataduras con los regímenes anteriores. Nada había cambiado realmente.

Occidente pareció no comprender nunca la idea. Después de Kruschev, ningún hombre solo había tenido el dominio total. El gobierno de un solo individuo significaba peligros que las generaciones más viejas del partido recordaban perfectamente. las gentes de menor edad habían oído los relatos de las grandes purgas de Stalin las veces suficientes como para aprender la lección de memoria, y el Ejército tenía su propio recuerdo institucional de lo que había hecho Kruschev a su jerarquía. En el Politburó, como en la selva, lo único que mandaba era la necesidad de supervivencia, y la seguridad colectiva dependía en un todo del gobierno colectivo. Por este motivo, los hombres elegidos para el puesto titular de secretario general no lo eran tanto por su dinamismo personal como por su experiencia en el partido..., una organización que no recompensaba a su gente por destacarse demasiado de la masa. Como Brezhnev, Andropov y Chernenko, el actual jefe del partido carecía del poder de su personalidad para dominar esa sala con su simple voluntad. Había tenido que aceptar compromisos para ocupar ese sillón, y tendría que seguir haciéndolo para mantenerse allí. Los verdaderos centros de poder eran cosas amorfas, relaciones entre hombres y lealtades que cambiaban con las circunstancias y sólo sabían de conveniencias. El verdadero poder estaba en el partido mismo.

El partido gobernaba todo, pero el partido ya no era la expresión de un solo personaje. Se había transformado en una colección de intereses representados allí por otros doce miembros. Defensa tenía su interés y la KGB y la industria pesada y hasta agricultura. Cada interés poseía su propia parte de poder y el jefe de cada uno se aliaba individualmente con otros a fin de asegurarse en su puesto. El secretario general, tratando de cambiar eso, había nombrado gradualmente hombres leales a él en los puestos que quedaban vacantes por fallecimiento. ¿Habría aprendido luego, como sus antecesores, que la lealtad moría muy fácilmente alrededor de esa mesa? Porque ahora él todavía sobrellevaba la carga de sus propios compromisos. Sin tener todavía colocados a todos sus hombres en sus sitios, el secretario general sólo era el miembro principal de un grupo que podría apartarlo de su puesto con tanta facilidad como lo había hecho con Kruschev. ¿Qué diría Occidente si supiera que el «dinámico» secretario general sólo servía de ejecutor de las decisiones de otros? Ni siquiera ahora fue él quien habló primero.

—Camaradas —empezó el ministro de Defensa—. La Unión Soviética debe tener petróleo, por lo menos doscientos millones de toneladas más de las que podemos producir. Ese petróleo existe, a sólo unos pocos cientos de kilómetros de nuestras fronteras, en el golfo Pérsico..., más petróleo del que jamás necesitaremos. Tenemos capacidad para tomarlo, por supuesto. En menos de dos semanas podemos reunir suficientes aviones y tropas aerotransportadas como para lanzarlas sobre esos campos petrolíferos y apoderarnos de ellos.

»Desgraciadamente, es inevitable que haya una violenta respuesta de Occidente. Esos mismos campos abastecen a Europa Occidental, Japón y, en menor proporción, a los Estados Unidos. Los paises de la OTAN[5] carecen de capacidad para defender esos campos con medios convencionales. Los norteamericanos tienen su fuerza de rápido despliegue, una cáscara hueca de cuarteles y jefaturas y unas pocas tropas ligeras. Ni siquiera con su equipo predispuesto en Diego García pueden esperar detener a nuestros paracaidistas y tropas mecanizadas. Y en caso de intentarlo, y lo intentarán, sus huestes de élite serán superadas y aniquiladas en pocos días..., lo cual haría que se enfrentaran a una única alternativa: armas nucleares. Éste es un riesgo verdadero que no podemos desatender. Sabemos con seguridad que los planes de guerra norteamericanos consideran el uso de armas nucleares en este caso. Esas armas están almacenadas en cantidad en Diego García, y podemos tener la certeza de que serán usadas.

»Por lo tanto, antes de tratar de tomar el golfo Pérsico, hemos de hacer otra cosa. Debemos eliminar a la OTAN como fuerza política y militar.

Sergetov se hallaba tieso en su sillón de cuero. ¿Qué era eso? ¿Que estaba diciendo? Hizo un esfuerzo para mantener el rostro impasible mientras el ministro de Defensa continuaba:

—Si primero eliminamos del tablero a la OTAN, los Estados Unidos quedarán en una posición muy curiosa. Podrán satisfacer sus propias necesidades de energía desde fuentes del hemisferio occidental, dejando así de lado la necesidad de defender a los Estados Arabes que, en ultimo caso, no son demasiado populares ante la comunidad judía sionista norteamericana.

¿Creían ellos realmente eso?, se preguntó Sergetov. ¿Podían creer de verdad que los Estados Unidos se iban a quedar sentados? ¿Qué sucedió en la última reunión de ayer?

Por lo menos una persona compartía su preocupación.

—Entonces, ¿lo único que tenemos que hacer es conquistar Europa Occidental, camarada? —preguntó un miembro candidato—. ¿No son éstos los paises contra cuyas fuerzas convencionales usted nos advierte todos los años? Siempre nos habla usted de la amenaza que representan para nosotros los ejércitos en masa de la OTAN..., ¿y ahora dice con toda naturalidad que debemos conquistarlos? Discúlpeme, camarada ministro de Defensa, pero ¿no

[5] Organización del Tratado del Atlántico Norte (Alianza política y militar de los países de Europa Occidental y los Estados Unidos de Norte América)

tienen Francia e Inglaterra sus propios arsenales nucleares? ¿ Y por qué no habrían de cumplir los Estados Unidos la promesa de su tratado en el sentido de usar armas nucleares para defender a la OTAN?

Sergetov se sorprendió ante el hecho de que uno de los miembros jóvenes hubiera puesto tan rápidamente las cartas sobre la mesa. Y más se sorprendió al ver que era el ministro de Asuntos Exteriores quien respondía. Pues bien, otra pieza del rompecabezas. Pero, ¿qué pensaba de todo esto la KGB? ¿ Por qué no se encontraba representada allí? El titular se estaba recuperando de una operación quirúrgica, pero tenía que haber ido alguien en su lugar..., a menos que eso se hubiera resuelto la noche anterior.

—Nuestros objetivos deben ser limitados, y en forma evidente, lo cual nos obliga a realizar diversas tareas políticas. Primero, hemos de producir una sensación de seguridad en los Estados Unidos, para hacerles bajar la guardia hasta que sea demasiado tarde para que puedan reaccionar con todas sus fuerzas. Segundo, debemos intentar desenlazar la alianza de la OTAN, en sentido político. —El ministro de Asuntos Exteriores aventuró una extraña sonrisa—. Como ustedes saben, la KGB ha estado trabajando en ese plan desde hace varios años. Ahora se encuentra en su fase final. Se la explicaré.

Así lo hizo, y Sergetov asintió con un movimiento de cabeza ante su audacia y, además, con una nueva comprensión del equilibrio de poder dentro de esa sala. De modo que se trataba de la KGB. Debió haberlo sabido. ¿Pero estaría de acuerdo el resto del Politburó? El ministro continuó:

—Ustedes ven cómo ocurrirían las cosas. una pieza tras otra iría cayendo en su lugar. Dadas estas condiciones previas, con las aguas tan exhaustivamente enturbiadas, y el hecho de que proclamaríamos nuestra falta de intención de amenazar directamente, apreciamos que el riesgo nuclear, si bien existe, es menor que el riesgo ante el que se halla nuestra economía.

Sergetov se echó hacia atrás en su sillón de cuero. Bueno, allí está: la guerra fría ofrecía menos riesgos que una paz de hielo y de hambre. Ya lo habían decidido. ¿O no? ¿ Podría ocurrir que alguna combinación de otros miembros del Politburó tuviera el poder o el prestigio que hacía falta para que se reconsiderara esa decisión? ¿Podría atreverse él a hablar en contra de esa locura? Tal vez una prudente pregunta antes:

—¿Tenemos la capacidad necesaria para derrotar a la OTAN?

Quedó helado ante la petulante e irresponsable respuesta:

—Por supuesto —contestó la Defensa—. ¿Para qué cree usted que poseemos un Ejército? Ya lo hemos consultado con nuestros comandantes más antiguos.

Y cuando usted nos pidió el mes pasado más acero para nuestros tanques, camarada ministro de Defensa, ¿acaso fue su fundamento que la OTAN era demasiado débil?, se preguntó Sergetov indignado. ¿Qué maquinaciones se habían estado realizando? ¿Habían hablado ya con sus asesores militares, o el ministro de Defensa explotaba su tan cacareada experiencia personal? ¿Se estaba dejando intimidar el secretario general por el ministro de Defensa? ¿Y por el ministro de Asuntos Exteriores? ¿Habrá objetado, por lo menos? ¿ Era así como se tomaban las decisiones para jugar el destino de las naciones? ¿Qué habría pensado de todo esto Vladimir Ilich?

—Camaradas, ¡esto es una locura! —dijo Piotr Bromkovski, el más viejo entre todos ellos, frágil y de más de ochenta años, y cuya conversación a menudo divagaba sobre las épocas de idealismo, mucho tiempo atrás, cuando los miembros del Partido Comunista realmente creían ser Precursores en los vaivenes de la Historia; pero las purgas de Yezhovschina habían terminado con eso—. Si, es verdad que se nos plantea un grave peligro económico. Sí, nos hallamos ante un grave peligro para la seguridad del Estado, pero, ¿vamos a cambiarlo por un peligro aún mayor? ¿Considere lo que puede suceder..., camarada ministro de Defensa, antes de que usted pueda iniciar su conquista de la OTAN? ¿Cuánto tiempo precisaría para ello?

—Estoy seguro de que, en cuatro meses, podemos tener nuestro Ejército completamente listo para operaciones de combate.

—Cuatro meses. Supongo que dentro de cuatro meses vamos a tener combustible..., ¡combustible suficiente como para iniciar una guerra! —Petia era viejo, y nada tonto.

—Camarada Sergetov.

El secretario general hizo un gesto hacia la mesa, evadiendo una vez más su responsabilidad.

¿Qué partido tomar? El joven miembro candidato adoptó una rápida decisión.

—La reserva de combustibles ligeros, es decir, gasolina, diesel, etc., es alta en estos momentos —tuvo que admitir Sergetov—. Siempre aprovechamos los meses de tiempo frío, cuando el consumo es bajo, para aumentar nuestras existencias, y a esto hay que agregar nuestros depósitos para defensa estratégica, suficientes para cuarenta y cinco...

—¡Sesenta! —insistió el ministro de Defensa.

—Cuarenta y cinco días es una cifra más realista, camarada. —Sergetov mantuvo su posición—. Mi departamento ha estudiado el consumo por las unidades militares como parte de un programa para incrementar las reservas estratégicas de combustible, algo que se descuidó en años pasados. Ahorrando en otras cosas y con ciertos sacrificios industriales, podemos aumentar la previsión a sesenta dias de existencia de guerra, y tal vez hasta setenta, además de darle a usted otras cantidades para expandir los entrenamientos militares. Los costes económicos a corto plazo no serán importantes; pero a mediados del verano la situación cambiará rápidamente. —Hizo una pausa, bastante inquieto por la facilidad con que había acompañado la decisión no expresada. He vendido mi alma... ¿O he actuado como un patriota? ¿Me he convertido en uno más de los hombres que se hallan en torno a esta mesa, o he dicho simplemente la verdad? ¿Y qué es verdad? De lo único que podía estar seguro, se dijo, es de que había sobrevivido. Por ahora—. Tenemos realmente una capacidad limitada, como les dije ayer, para reorganizar nuestra producción de destilados. En este caso, mi personal considera que un nueve por ciento de aumento en los combustibles de importancia militar se puede lograr..., basado en nuestra reducida producción. Debo prevenir, sin embargo, que los analistas de mi personal opinan que todas las estimaciones existentes de consumo de combustible en condiciones de combate son groseramente optimistas.

Por fin, había realizado un débil intento de protesta.

—Entréguenos el combustible, Mikhail Eduardovich —sonrió friamente el ministro de Defensa—, y nosotros nos ocuparemos de que sea utilizado de manera adecuada. Mis analistas estiman que podemos alcanzar nuestros objetivos en dos semanas, quizá menos..., pero voy a concederle el poder de las fuerzas de la OTAN, y duplicaré nuestras apreciaciones a treinta días. Aun así tendremos más que suficiente.

—¿Y qué sucederá si la OTAN descubre nuestras intenciones? —preguntó el viejo Petia.

—No lo harán. Ya estamos preparando nuestra maskirova, nuestras trampas. La OTAN no es una alianza fuerte. No puede serlo. Los ministros riñen por la contribución de cada país a la defensa. Sus pueblos están divididos y son débiles. No pueden estandarizar sus armas, y por esa razón su situación de abastecimiento es un caos total. Su miembro más importante y poderoso está separado de Europa por cinco mil kilómetros de océano. La Unión Soviética se halla a sólo una noche de viaje en tren hasta la frontera alemana. Pero, Petia, mi viejo amigo, responderé a su pregunta. Si todo fracasa y se descubren nuestras intenciones, siempre podremos detenernos, decir que estamos realizando unas maniobras, y volver a las condiciones de tiempo de paz... las cosas no serán peores que si no hacemos nada. Solamente golpearemos si todo está listo. En cualquier momento podremos retroceder.

Todos los que estaban alrededor de la mesa sabían que eso era una mentira, aunque hábil, y nadie tuvo el coraje de denunciarla como tal. ¿Qué ejército había sido movilizado alguna vez tan sólo para ser retirado luego? No habló nadie más para oponerse al ministro de Defensa. Bromkovski continuó divagando unos minutos más, citando censuras de Lenin con respecto a poner en peligro la cuna del socialismo mundial; pero ni siquiera eso motivó respuesta alguna. El peligro para el Estado, concretamente para el Politburó y el partido, era manifiesto. No podía agravarse más. La alternativa era la guerra.

Diez minutos después, el Politburó votó. Sergetov y sus ocho compañeros candidatos eran meros espectadores. El resultado de la votación fue de once a dos a favor de la guerra. El proceso había comenzado.

FECHA—HORA 02/03 17:15 COPIA 01 DE 01 DE INFORME SOVIÉTICO

BC—Informe Soviético, Jjt, 2310.FL.

TASS Confirma Fuego en Campo Petrolífero.FL.

EDS: Presentado en avance para SATURDAY PMs.FL.

Por: Patrick Flynn.FL.

Corresponsal de AP en Moscú

MOSCU (AP). — TASS, la agencia de noticias soviética, ha confirmado hoy que «un tremendo incendio» se ha declarado en la región siberiana occidental de la Unión Soviética.

Un artículo de última página en Pravda, el órgano oficial del Partido Comunista, daba cuenta del incendio, comentando que «el heroico cuerpo de bomberos» ha salvado innumerables vidas merced a su habilidad y entrega al deber, evitando también mayores daños a las cercanas instalaciones petrolíferas».

Según se ha informado, el fuego se inició a causa «de un fallo técnico» en los sistemas automáticos de control de la refinería, y se extendió rápidamente, aunque fue sofocado en seguida «no sin pérdida de vidas entre los hombres valientes destinados a atacar el incendio, y los heroicos obreros que se apresuraron a acudir junto a sus camaradas».

Aunque hay algunas diferencias con los informes occidentales, el fuego en esa zona se extinguió más rápidamente de lo esperado. las autoridades occidentales están especulando ahora acerca de la existencia de un sistema altamente sofisticado para combatir incendios construidos en la planta de Nizhnevartovsk que permitió a los soviéticos extinguir el fuego.

AB.—BA—2—3 16: 01 EST.FL.

*****FIN DEL RELATO*****

3. CORRELACIÓN DE FUERZAS

MOSCU, URSS.

—A mí no me preguntaron —explicó el jefe del Estado Mayor General, mariscal Shavyrin—. No pidieron mi opinión. La decisión política ya estaba tomada en el momento en que me llamaron el jueves a la noche. ¿Cuándo fue la última vez que el ministro de Defensa me consultó para una decisión estimativa importante?

—¿Y qué dijiste tú? —preguntó el mariscal Rozhkov, comandante en jefe de las fuerzas terrestres.

La respuesta inicial fue una sonrisa irónica y severa.

—Que las fuerzas armadas de la Unión Soviética eran capaces de cumplir su misión si disponían de cuatro meses para prepararse.

—Cuatro meses... —Rozhkov miró fijamente a través de la ventana; luego, se volvió—. No estaremos listos.

—Las hostilidades comenzarán el 15 de junio —replicó Shavyrin—. Debemos hallarnos dispuestos, Yuri. ¿Y qué otra cosa podría haber hecho? ¿Hubieras querido que le dijera: «Lo siento, camarada secretario general, pero el Ejército soviético no es capaz de cumplir su misión»? Me habría destituido y remplazado por alguien más dócil..., tú sabes quién habría sido mi sustituto. ¿Hubieras preferido depender del mariscal Bukharin...?

—¡Ese inbécil! —gruñó Rozhkov.

Había sido el plan del entonces teniente general Bukharin el que decidió la invasión de Afganistán por el Ejército soviético. Profesionalmente era una nulidad, pero sus conexiones políticas no sólo lo habían salvado sino que le habían permitido continuar su carrera hasta alcanzar casi la culminación del poder uniformado. Bukharin era un hombre astuto. En ningún momento intervino personalmente en las operaciones de montaña, y así pudo señalar la brillantez de su plan en los papeles y quejarse de que lo habían ejecutado mal, después de que lo nombraran en el comando del distrito militar de Kiev, históricamente la puerta dorada hacia la jerarquía de mariscal.

—¿Te habría gustado tenerlo en esta oficina, dictándote los planes que tú mismo deberías hacer? —preguntó Shavyrin.

Rozhkov negó con la cabeza. Los dos hombres eran camaradas y amigos desde que comandaran tripulaciones de tanques en el mismo regimiento, cuando se efectuó la ofensiva hacia Viena en 1945.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Rozhkov.

—«Tormenta Roja» —contestó simplemente el mariscal. «Tormenta Roja» era el plan para la realización de un ataque mecanizado contra Alemania Occidental[6] y los Países Bajos. Adaptado constantemente a los cambios de estructuras de las fuerzas de ambos bandos, requería una campaña de dos a tres semanas que se iniciaría después de una rápida escalada de las tensiones entre el Este y el Oeste. A pesar de eso y según la clásica doctrina estratégica soviética, necesitaba también la sorpresa como condición previa para el triunfo, y el uso exclusivo de armas convencionales.

[6] Antes del derrumbe de la Unión Soviética, Alemania estuvo dividido en dos Estados, Alemania Occidental y Alemania Oriental. Ello fue consecuencia de las diferencias entre los estados victoriosos en la Segunda Guerra Mundial.

—Por lo menos no se habla de armas atómicas —gruñó Rozhkov.

Otros planes, con otros nombres y diferentes desarrollos, incluían además de los convencionales, armas nucleares tácticas y hasta estratégicas, algo que nadie de uniforme quería contemplar. A pesar de todo el patrioterismo de sus amos políticos, estos soldados profesionales sabían demasiado bien que el uso de armas nucleares no podía producir otra cosa que horribles incertidumbres.

—¿Y la maskirova? —preguntó.

—En dos partes. La primera es puramente política, para que funcione contra los Estados Unidos. La segunda, inmediatamente antes de que se inicie la guerra, es de la KGB. Tú lo sabes, el Grupo Nord de la KGB. La revisamos hace dos años.

Rozhkov rezongó. El Grupo Nord era un comité ad hoc de los jefes de departamento de la KGB, reunido por primera vez a mediados de la década de los setenta, cuando el jefe de la KGB era Yuri Andropov. Su propósito consistía en investigar medios para romper la alianza de la OTAN y, en general, realizar operaciones políticas y psicológicas dirigidas a minar la voluntad de Occidente. Su plan específico para sacudir las estructuras militar y política de la OTAN en preparación para una guerra efectiva era el juego de manos que con mayor orgullo exhibía el Grupo Nord. ¿Pero daría resultado? Los dos antiguos oficiales compartieron una irónica mirada. Como la mayoría de los soldados profesionales, desconfiaban de los espías y de todos sus planes.

—Cuatro meses —repitió Rozhkov—. Tenemos mucho que hacer. ¿Y si esos juegos de magia de la KGB fracasan?

—Es un buen plan. Sólo necesita engañar a Occidente por una semana, aunque mejor serían dos. La clave, naturalmente, es con qué rapidez puede alcanzar su total aislamiento la OTAN. Si logramos demorar siete días el proceso de movilización, la victoria está asegurada.

—¿Y si no? —preguntó vivamente Rozhkov, sabiendo que ni el retraso de siete días representaba garantía alguna.

—En ese caso no está asegurada, pero el equilibrio de fuerzas se halla de nuestra parte. Tu lo sabes, Yuri.

La opción de hacer retroceder a las fuerzas movilizadas no había sido tratada en ningún momento con el jefe del Estado Mayor General.

—Ante todo deberemos mejorar la disciplina en toda la fuerza —dijo el comandante en jefe de las fuerzas terrestres—. Y tengo que informar de inmediato a nuestros comandantes más antiguos. Necesitamos iniciar operaciones de entrenamiento intensivo. ¿Cómo es de grave ese problema del combustible?

Shavyrin mostró las notas a su subordinado.

—Podría ser peor. Tenemos lo suficiente para efectuar un entrenamiento incrementado en las unidades. Tu función no es fácil, Yuri, pero cuatro meses es mucho tiempo para esa tarea, ¿no?

No lo era, pero de nada valía manifestarlo.

—Como has dicho, cuatro meses bastan para infundirles disciplina de combate. ¿Tendré mano libre?

—Con limitaciones.

—Una cosa es lograr que un soldado raso se cuadre ante las órdenes de un sargento, y otra muy distinta conseguir que oficiales acostumbrados a mover papeles cambien hasta convertirse en líderes de batalla. —Rozhkov orillaba el tema, pero su superior recibió el mensaje con suficiente claridad.

—Mano libre en ambos casos, Yuri. Pero actúa con cuidado, por ti y por mí.

Rozhkov movió ligeramente la cabeza, asintiendo. Sabía a quién iba a encomendar la realización de la misión.

—Con las tropas que condujimos hace cuarenta años, Andrei, podríamos hacer esto. —Rozhkov se sentó—. En realidad tenemos ahora la misma materia prima que poseíamos entonces..., y mejores armas. El principal interrogante siguen siendo los hombres. Cuando llevamos nuestros tanques hasta Viena, nuestros soldados eran bravos, duros, veteranos...

—Y también los bastardos de la SS que aplastamos —sonrió Shavyrin recordando—. No olvides que las mismas fuerzas son las que actúan en Occidente, y aún mejores. ¿Hasta qué punto combatirán bien, sorprendidas y divididas? Lo nuestro puede tener éxito. Nosotros debemos hacer que lo tenga.

—El lunes voy a reunirme con nuestros comandantes de campo. Se lo diré personalmente.

NORFOLK, VIRGINIA.

—Espero que lo cuide bien —dijo el alcalde.

Pasó un momento antes de que el capitán de fragata Daniel X. McCafferty reaccionara. Hacía sólo seis semanas que el USS[7] Chicago estaba en servicio; un incendio en el astillero había demorado su terminación, y la ceremonia de puesta en servicio activo se malogró por la ausencia del alcalde de Chicago a causa de una huelga de trabajadores de la ciudad. Al regresar de cinco semanas de duras tareas de puesta a punto en el Atlántico, su dotación se hallaba ahora cargando provisiones para su primera intervención operativa. McCafferty seguía extasiado con su nuevo comando, y no se cansaba de mirar a su flamante nave. Había hecho pasear al alcalde a lo largo de la curvada cubierta superior, la primera parte del recorrido en cualquier submarino, aunque por allí no había casi nada que ver.

—¿Me decía?

—Que cuide muy bien a nuestro barco —repuso el alcalde de Chicago.

—Les llamamos buques, señor, y yo me ocuparé de cuidárselo muy bien. ¿Quiere reunirse con nosotros en la cámara de oficiales?

—Más escaleras.

El alcalde simuló una mueca, pero McCafferty sabía que el hombre había sido jefe de bomberos. *Hubiera sido útil hace unos meses*, pensó el capitán de fragata.

—¿Hacia dónde parten ustedes mañana? —preguntó el Visitante.

—Al mar, señor.

El comandante del buque empezó a bajar por la escalera. El alcalde de Chicago lo siguió.

—Me lo imaginaba.

Para ser un hombre próximo a los sesenta años, utilizó la escalera de acero con bastante facilidad. Se encontraron de nuevo abajo.

—¿Qué hacen exactamente en estas cosas?

—Señor, en la Armada lo denominamos «investigación oceanográfica».

McCafferty le indicó el camino hacia proa, dándose vuelta con una sonrisa al responder la torpe pregunta. las cosas estaban empezando rápido para el Chicago. La Armada quería saber cuánto tenían de efectivos sus nuevos sistemas de silenciamiento. Todo pareció muy bien en las corridas de pruebas acústicas frente a las Bahamas. Ahora querían saber si funcionaban igualmente bien en el mar de Barents.

El alcalde rió al saberlo. —¡Ah, supongo que irán a contar ballenas para Greenpeace.

—Bueno, puedo asegurarle que hay ballenas en el lugar al que vamos.

—¿Qué son esas tejuelas en el piso? Nunca supe que los barcos tuvieran pisos de goma.

—Se llaman planchuelas anecoicas, señor. La goma absorbe las ondas de sonido. Nos hace más silenciosos en nuestra operación y más difíciles de detectar con el sonar si alguien nos encuentra. ¿Café?

—Hubiera pensado que en un día como éste...

El comandante se rió.

---

[7] USS. United States Ship, buque de los Estados Unidos. (N. del T.)

—Yo también. Pero va en contra de los reglamentos.

El alcalde levantó su taza y la hizo chocar contra la de McCafferty.

—Suerte.

—Brindo por eso.

MOSCU, URSS

Se reunieron en el «Club Principal de Oficiales» del distrito militar de Moscú, en Ulitsa Krasnokazarmermaya, un impresionante e imponente edificio de los tiempos de los zares. Era la época del año en que solían conferenciar en Moscú los comandantes de campo, y esos encuentros siempre daban ocasión para celebrar copiosos banquetes protocolarios. Rozhkov saludó a sus compañeros oficiales en la entrada principal y, una vez que todos estuvieron reunidos, los condujo escaleras abajo hasta la decorada sala de baños de vapor. Estaban presentes todos los comandantes de teatros de operaciones, cada uno de ellos acompañado por su segundo, su comandante de la fuerza aérea y los comandantes de flotas: una pequeña galaxia de soles, estrellas, cintas doradas y galones. Diez minutos después, desnudos excepto por un par de pequeñas toallas y un puñado de ramas de abedul en sus manos, no eran otra cosa que un grupo más de hombres de mediana edad, tal vez un poquito más en línea que el promedio en la Unión Soviética.

Todos se conocían entre sí. Aunque algunos fueran rivales, formaban parte de la misma profesión; en la intimidad característica de los baños de vapor en Rusia, conversaron de asuntos sin importancia durante algunos minutos. Muchos de ellos ya eran abuelos, y hablaban animadamente sobre sus descendientes. A pesar de las competencias personales era normal confiar que, entre los oficiales antiguos, cada uno de ellos habría de cuidar las carreras de los hijos de sus camaradas, y así intercambiaban breves informaciones sobre cuáles de ellos tenían hijos bajo los comandos de otros y anhelaban promociones a ciertos nuevos puestos. Finalmente llegaron a la clásica disputa de los rusos sobre la «fuerza» del vapor. Rozhkov terminó perentoriamente la discusión con una fina pero constante lluvia de agua fría sobre los calientes ladrillos que ocupaban el centro de la sala. El silbido resultante sería suficiente para interferir cualquier dispositivo de escucha que hubiera en el local, si el aíre húmedo no lo había corroído ya hasta inutilizarlo. Rozhkov no había anticipado el menor indicio de lo que estaba ocurriendo. Pensaba que era mejor que se impresionaran al darles a conocer la situación, obteniendo así reacciones francas en el momento.

—Camaradas, debo anunciarles algo.

Las conversaciones se silenciaron, y los hombres lo miraron intrigados. Aquí vamos:

—Camaradas, el 15 de junio de este año, apenas dentro de cuatro meses, lanzaremos una ofensiva contra la OTAN.

Por un momento sólo se oyó el silbido del vapor, después, tres de los presentes lanzaron una carcajada; habían bebido unos tragos en la santidad de sus autos oficiales en viaje desde el Kremlin. Los que estaban más cerca y pudieron ver la cara del comandante en jefe terrestre, no rieron.

—¿Habla en serio, camarada mariscal? —preguntó el Comandante en jefe del Teatro Oeste y al recibir un asentimiento como respuesta, continuó—: Entonces tal vez pueda tener la amabilidad de explicar el motivo de esa acción.

—Por supuesto. Todos ustedes se hallan enterados del desastre del campo petrolífero de Nizhnevartovsk. Lo que no conocen todavía son sus consecuencias estratégicas y políticas. —Tardó seis tensos minutos en resumir todo lo que había decidido el Politburó.—. En poco más de cuatro meses, a partir de ahora, lanzaremos la operación militar más crucial en la historia de la Unión Soviética: la destrucción de la OTAN como fuerza política y militar. Y triunfaremos.

Cuando hubo terminado, miró fijamente y en silencio a los oficiales. El vapor estaba produciendo el efecto deseado en la asamblea de comandantes. Su intenso calor les afectaba la

respiración y devolvió la sobriedad a los que habían estado bebiendo. Y les hizo sudar. «*Van a sudar mucho más todavía en los próximos meses*», pensó Rozhkov.

Entonces, Pavel Alekseyev, segundo comandante del Teatro Sudoeste, habló:

—Había oído rumores —dijo—. ¿Pero es tan malo?

—Si. Tenemos abastecimientos de petróleo y derivados suficientes para doce meses de operaciones normales, o para sesenta días de operaciones de guerra después de un breve período de actividades de entrenamiento intensivo hasta mediados de junio.

No dijo que a costa de destrozar la economía nacional.

Alekseyev se inclinó hacia delante y se dio unos golpes con su manojo de ramas. El gesto resultó extrañamente parecido al de un león al agitar la cola. A los cincuenta años era el segundo de los oficiales más jóvenes que se encontraban allí, un soldado respetado desde el punto de vista intelectual y un hombre elegante y apuesto, con hombros de hachero. Sus ojos oscuros e intensos se entrecerraron mirando hacia abajo a través de la columna de vapor que se levantaba.

—¿Mediados de junio?

—Sí —repuso Rozhkov—. Disponemos de ese tiempo para preparar nuestros planes y nuestras tropas.

El comandante en jefe terrestre miró alrededor. El techo estaba ya parcialmente oscurecido por la bruma.

—Supongo que estamos aquí para poder hablar con franqueza entre nosotros, ¿no?

—Así es, Pavel Leonidovich —replicó Rozhkov, que no se había sorprendido lo más mínimo de que Alekseyev fuera el primero en hablar.

El comandante en jefe terrestre había adelantado cuidadosamente su carrera durante la última década. Era el único hijo de un agresivo general de tanques de la gran guerra patriótica, uno de los muchos hombres valiosos que se vieron privados de su pensión durante las incruentas purgas de Nikita Kruschev en los años finales de la década de los cincuenta.

—Camaradas. —Alekseyev se puso de pie, descendiendo lentamente por los bancos hasta el suelo de mármol—. Yo acepto todo lo que nos ha dicho el mariscal Rozhkov. Pero..., ¡cuatro meses! Cuatro meses durante los cuales pueden detectarnos, cuatro meses en los que es posible perder totalmente el elemento sorpresa. Y entonces, ¿qué puede ocurrir? No, nosotros ya tenemos un plan para esto: ¡Zhukov—4! ¡Movilización al instante! Todos podemos volver a nuestros comandos en seis horas. Si vamos a realizar un ataque sorpresa, hagámoslo de manera que nadie pueda detectarlo a tiempo..., ¡setenta y dos horas a partir de este momento!

De nuevo el único sonido en la sala fue el del agua que se convertía en vapor sobre los ladrillos de color pardo. Luego, el local estalló en un pandemonio. Zhukov—4 era la variante de invierno de un plan según el cual se descubría hipotéticamente la intención de la OTAN de lanzar un ataque por sorpresa contra las fuerzas del Pacto de Varsovia. En tal caso, la doctrina militar soviética era la misma que la de cualquier otra nación: la mejor defensa es un buen ataque. Por tanto, había que aferrar a los ejércitos de la OTAN atacándolos de inmediato con las divisiones mecanizadas categoría A de Alemania Oriental.

—¡Pero no estamos listos! —objetó el comandante en jefe del Oeste.

Su comando era «clave», con asiento en Berlín, el comando militar único más poderoso del mundo. Un ataque contra Alemania Occidental era de su responsabilidad.

Alekseyev levantó los brazos.

—Ellos tampoco lo están. En realidad, se hallan menos dispuestos que nosotros —dijo en tono razonable—. Fíjense: consideren nuestra información de Inteligencia. El catorce por ciento de sus oficiales se encuentran de vacaciones. Es cierto que están saliendo de un ciclo de instrucción, pero justamente por esa causa, mucho de su equipamiento permanece fuera de servicio para mantenimiento, y muchos de sus oficiales más antiguos andarán lejos, en sus respectivas capitales para consultas, como nosotros ahora. Sus tropas están en cuarteles de invierno, haciendo prácticas de invierno. Ésta es la época del año para mantenimiento y papeleo. El entrenamiento físico se encuentra restringido... ¿Quién quiere correr en la nieve, eh? Sus hombres tienen frío y beben más que de costumbre. ¡Éste es nuestro momento para actuar! Todos sabemos que, históricamente, el combatiente soviético se conduce mejor que nunca en mvierno, y la OTAN se halla en su peor situación de aislamiento.

—¡...Pero igual estamos nosotros, jovencito fatuo! —respondió gruñendo el comandante en jefe del Teatro Oeste.

—Eso podemos cambiarlo en cuarenta y ocho horas —replicó Alekseyev.

—Imposible —observó el segundo del Teatro Oeste, tratando de respaldar a su jefe.

—Alcanzar nuestro alistamiento máximo llevará algunos meses —aceptó Alekseyev, cuya única posibilidad de llevar adelante su punto de vista con sus superiores era razonar con ellos, pues sabía que estaba casi con seguridad condenado al fracaso, pero debía intentarlo—. Ocultarlo será difícil, si no imposible.

—Como nos dijo el mariscal Rozhkov, Pavel Leonidovich, nos han prometido una maskirova política y diplomática —observó un general.

—Yo no dudo que nuestros camaradas de la KGB y nuestra hábil dirigencia política sean capaces de hacer milagros. —Después de todo, aún podía haber dispositivos de escucha funcionando—. Pero, ¿no es excesivo esperar que los imperialistas, tanto como nos temen y nos odian, tan activos como están sus agentes y satélites espías, dejen de advertir una duplicación de nuestras actividades de entrenamiento? Sabemos que la OTAN aumenta su alistamiento cuando iniciamos tareas de entrenamiento con alguna de nuestras unidades mayores, y sus actividades de preparación se incrementarán en forma automática por sus propios ciclos de primavera. Si nosotros continuamos nuestros trabajos de instrucción militar más allá de los patrones normales, ellos se alertarán aún más. Lograr un alistamiento completo para el combate requiere que hagamos demasiadas cosas fuera de lo normal. Como si eso fuera poco, Alemania Oriental está llena de espías occidentales. La OTAN se dará cuenta. Y reaccionará. Nos esperarán en las fronteras con todo lo que tienen en sus arsenales colectivos.

»Si, en cambio, atacamos con lo que tenemos..., ¡ahora!, llevamos la ventaja. ¡Nuestros hombres no han salido a esquiar en los malditos Alpes! Zhukov—4 está pensado para pasar de la paz a la guerra en cuarenta y ocho horas. La OTAN no tiene forma posible de reaccionar en tan poco tiempo. Necesitarán cuarenta y ocho horas para reorganizar su información de Inteligencia y presentarla a sus ministros. ¡En ese tiempo nuestras granadas estarán cayendo en el valle del Fulda, y nuestros tanques avanzarán detrás de ellas!

—¡Demasiadas cosas pueden salir mal!

El comandante en jefe del Teatro Oeste se levantó tan rápido que la toalla estuvo a punto de desprenderse de su cintura. Alcanzó a asirla con la mano izquierda mientras usaba la derecha para amenazar con el puño cerrado al hombre más joven.

—¿Y qué hay del control de tráfico? —le preguntó—. ¿Y qué del entrenamiento que necesitan nuestros soldados con su nuevo equipo de combate? ¿Y cómo alisto a mis pilotos de la aviación frontal para operaciones de enfrentamiento con los imperialistas? Ahí está... ¡Ahí mismo existe un problema insuperable! Nuestros pilotos necesitan por lo menos un mes de

entrenamiento intensivo. ¡Y otro tanto ocurre con los que se ocupan de los tanques, las ametralladoras y los fusiles!

Si cumplieras bien tu trabajo, ya estarían listos, ¡puñetero e inútil hijo de puta!, pensó Alekseyev, pero no se atrevió a decirlo en voz alta. El comandante en jefe del Teatro Oeste era un hombre de sesenta y un años, al que le gustaba demostrar proezas varoniles (hacia alarde de ellas) en detrimento de sus deberes profesionales. Alekseyev había escuchado bastante a menudo aquellos rumores, susurrados jovialmente en esa misma sala. Pero el comandante en jefe del Teatro Oeste era políticamente confiable.

Así es el sistema soviético, reflexionó el joven general. Necesitamos soldados combatientes, ¿y qué nos dan para defender a la Rodina[8]? ¡Confiabilidad política! Recordó amargamente lo que le había sucedido a su padre en 1958. Pero Alekseyev no se permitía protestar el control que tenia el partido sobre las fuerzas armadas. El partido era el Estado, después de todo, y él era un servidor del Estado bájo juramento. Había aprendido esas perogrulladas sobre las rodillas paternas. una carta más para jugar:

—Camarada general, usted tiene buenos oficiales en el comando de sus divisiones, regimientos y batallones. Confíe en que ellos conocen sus deberes.

«No puede doler que se enarbolen las enseñas del Ejército Rojo», razonó Alekseyev.

Rozhkov se levantó, y todos los que estaban en la sala se pusieron en tensión para escuchar su pronunciamiento:

—Lo que usted dice tiene mérito, Pavel Leonidovich. ¿Pero no estamos jugando con la seguridad de la madre patria? —Agitó la cabeza, citando exactamente la doctrina como lo había venido haciendo durante muchos años—. No, es verdad que dependemos de la sorpresa en el primer golpe de peso para abrir el camino al intrépido empuje de nuestras fuerzas mecanizadas. Y lograremos nuestra sorpresa. Los occidentales no van a querer creer lo que esté sucediendo, y mientras nuestro Politburó actúe para tranquilizarlo, aun cuando estemos preparando el primer golpe, tendremos nuestra sorpresa estratégica. Occidente dispondrá tal vez de tres días, cuatro como máximo, para saber lo que se les viene encima, y ni siquiera entonces se encontrarán mentalmente preparados para nosotros.

Los oficiales salieron de la sala siguiendo a Rozhkov camino de las duchas para quitarse el sudor de sus cuerpos con agua fría. Diez minutos después, refrescados y vestidos con sus uniformes completos, volvieron a reunirse en el salón de banquetes del segundo piso. Los camareros, muchos de ellos informantes de la KGB, notaron el tono reprimido y las conversaciones en voz baja que frustraban sus intentos para escucharlas. Los generales sabían que la prisión de Lefortovo, de la KGB, se hallaba a menos de un kilómetro de distancia.

—¿Nuestros planes? —preguntó a su segundo el comandante en jefe del Teatro Sudoeste.

—¿Cuántas veces hemos realizado este juego de guerra? —planteó Alekseyev—. Hemos revisado durante años todos los mapas y fórmulas. Conocemos las concentraciones de tropas y de tanques. Estamos al tanto de las rutas, las autopistas, los cruces de caminos que debemos usar; y los que usará la OTAN. Sabemos nuestros programas de movilización y los de ellos. Lo único que ignoramos es si nuestros planes cuidadosamente trazados funcionarán bien en la realidad. Deberíamos atacar de inmediato. Entonces, los factores desconocidos obrarían equilibradamente sobre ambos bandos.

—¿Y si nuestro ataque tiene demasiado éxito y la OTAN recurre a una defensa nuclear? —preguntó el oficial más antiguo.

Alekseyev aceptó la importancia del punto y la gravedad de la incertidumbre.

[8] Madre Patria

—Podrían hacerlo de todos modos, camarada, nuestros planes dependen siempre de la sorpresa, ¿no? La mezcla de sorpresa y triunfo obligará a Occidente a considerar las armas nucleares...

—En eso está equivocado, mi joven amigo —corrigió su comandante—. La decisión de usar armas nucleares es política. Y evitar su uso también es un ejercicio político para el cual se requiere tiempo.

—Pero si esperamos más de cuatro meses..., ¿cómo podemos estar seguros de la sorpresa estratégica? —preguntó Alekseyev.

—Nuestra directiva política lo ha prometido.

—El año en que ingresé en la academia Frunze, el partido nos dijo la fecha en que tendríamos con seguridad el «verdadero comunismo de toda nuestra vida». una solemne promesa. La fecha pasó hace seis años.

—Esas palabras no son peligrosas conmigo, Pasha, yo lo comprendo. Pero si no aprende a controlar la lengua...

—Perdóneme, camarada general. Debemos aceptar la posibilidad de que no se logre la sorpresa: «En el combate, a pesar de las más cuidadosas preparaciones, los riesgos no pueden evitarse. —Alekseyev citó enseñanzas del programa de estudios de la academia Frunze—. Por lo tanto, hay que prestar particular atención y preparar los más detallados planes para cualquier exigencia razonable de la operación en su totalidad. Por esta razón, la abnegada vida de un oficial de Estado Mayor se encuentra entre las más exigentes de las que han sido honradas para servir al Estado».

—Usted tiene la memoria de un kulak, Pasha —rió el comandante en jefe del Teatro Sudoeste, y llenó el vaso de su segundo con vino de Georgia—. Pero está en lo correcto.

—Un fracaso en el logro de la sorpresa significa que estaremos forzando una campaña de agotamiento a gran escala, una versión de alta tecnología de la guerra 1914—1918.

—Que nosotros ganaremos.

El comandante en jefe de las fuerzas terrestres se sentó junto a Alekseyev.

—Que nosotros ganaremos —repitió Alekseyev.

Todos los generales soviéticos aceptaban la premisa de que la incapacidad para obtener una rápida decisión obligaría a empeñarse en una sangrienta guerra de agotamiento que desgastaría por igual a ambos bandos. Los soviéticos disponían de muchas más reservas de hombres y material para emprender semejante guerra. Y la voluntad política para usarlos.

—Siempre que, y sólo siempre que, seamos capaces de imponer el ritmo de batalla, y si nuestros amigos de la Armada pueden impedir el reabastecimiento de la OTAN desde los Estados Unidos —concluyó—. La OTAN tiene existencias de materiales de guerra para combatir durante unas cinco semanas. Nuestra bonita y costosa flota debe cerrar el Atlántico.

—Maslov. —Rozhkov llamó con una seña al comandante en jefe de la Armada soviética—. Queremos oir su opinión sobre la relación de fuerzas en el Atlántico Norte.

—¿Cuál es nuestra misión? —preguntó cautelosamente Maslov.

—Si fracasamos en conseguir la sorpresa en el Oeste, Andrei Petravich, será necesario que nuestros amados camaradas de la Armada aislen Europa de los Estados Unidos —sentenció Rozhkov, y parpadeó intensamente mientras esperaba la respuesta.

—Si me dan una división de tropas aerotransportadas podré cumplir esa misión —respondió sobriamente Maslov mientras sostenía en la mano un vaso de agua mineral, pues se había cuidado de evitar el alcohol en esa fría noche de febrero—. La duda es si nuestra actitud estratégica en el mar debe ser ofensiva o defensiva. las Armadas de la OTAN son una

amenaza directa a la Rodina, especialmente la de los Estados Unidos, pues ella sola posee los portaaviones y aviones necesarios para atacar el territorio nacional en la península de Kola. En realidad, sabemos que tienen planes para hacer exactamente eso.

—¿Entonces qué? —planteó el comandante del Teatro Sudoeste—. Ningún ataque al suelo soviético debe ser tomado con ligereza, por supuesto; pero por más que luchemos brillantemente vamos a tener graves pérdidas en esta campaña. Lo que importa es el resultado final.

—Si los norteamericanos consiguen éxito en el ataque a Kola, lograrán impedir nuestro cierre del Atlántico Norte. Y usted se equivoca al infravalorar esos ataques. La entrada de los norteamericanos en el mar de Barents significará una amenaza directa a sus fuerzas nucleares de disuasión, y puede alcanzar consecuencias más temibles de lo que usted imagina. —El almirante Maslov se inclinó hacia delante—. En caso contrario, si usted convence a STAVKA[9] para que nos dé los recursos que nos permitan ejecutar la «Operación Gloria Polar», podemos ganar la iniciativa en el combate e imponer la clase de operaciones en el Atlántico Norte en los términos que nosotros elijamos. —Levantó el puño—. Si hacemos esto, podemos: primero —subrayó estirando un dedo—, impedir un ataque naval norteamericano contra la Rodina; segundo —otro dedo—, usar la mayor parte de nuestras fuerzas de submarinos en la hoya del Atlántico Norte, donde se encuentran las rutas comerciales, en vez de mantenerlas como defensa pasiva; y tercero —un último dedo—, hacer el maximo empleo de nuestros efectivos de aviación naval. De un solo golpe, esta operación convierte a nuestra flota en un arma ofensiva en lugar de defensiva.

—¿Y para cumplir ese objetivo usted sólo necesita una de nuestras divisiones de infantería aerotransportada? Expónganos su plan, por favor, camarada almirante —pidió Alekseyev.

Maslov lo hizo durante cinco minutos. Concluyó:

—Con suerte, en un solo golpe daremos a las Armadas de la OTAN más de lo que pueden afrontar, y quedaremos en una valiosa posición para explotarla después de la guerra.

—Es mejor atraer a sus fuerzas de portaaviones y destruirlas —intervino el comandante en jefe del Teatro del Oeste, uniéndose a la discusión.

Maslov le respondió:

—Los norteamericanos tendrán en el Atlántico cinco o seis portaaviones disponibles para luchar contra nosotros. Cada uno de ellos lleva cincuenta y ocho aviones que se pueden usar para obtener la superioridad aérea o en misión de ataque nuclear, aparte de los empleados para defensa de la flota. Yo propongo, camarada, que en nuestro propio interés mantengamos esos buques tan lejos de la Rodina como sea posible.

—Andrei Petravich, estoy impresionado —manifestó Rozhkov en actitud pensativa, notando igualmente el respeto reflejado en los ojos de Alekseyev, pues la «Operación Gloria Polar» era a la vez audaz y sencilla—. Quiero una exposición completa de este plan mañana a la tarde. ¿Usted dice que si podemos asignar los recursos, el éxito de esta empresa es muy probable?

—Hemos estado trabajando en este plan desde hace cinco años, poniendo particular énfasis en la simplicidad. Si se puede mantener la seguridad, sólo hace falta que marchen bien dos cosas para lograr el triunfo.

Rozhkov asintió.

—Entonces, tendrá todo mi apoyo.

[9] Alto mando militar soviético. (N. del T.)

4. «MASKIROVA I»

MOSCU, URSS.

El ministro de Asuntos Exteriores entró en escena por la izquierda, como hacia siempre, y se dirigió al atril caminando con un paso vivo que contradecía sus setenta años. Tenía al frente una multitud de periodistas ordenados por los guardias soviéticos en sus respectivos grupos; los de la Prensa escrita, acompañados de sus fotógrafos, hacían garabatos en las agendas; los de los medios visuales, instalados frente a sus lámparas de arco portátiles. El ministro de Asuntos Exteriores odiaba aquellas malditas cosas, y odiaba a la gente que se hallaba frente a ellos. La Prensa occidental, con su falta de educación, siempre fisgoneando, siempre tanteando, siempre haciendo preguntas y exigiendo respuestas que él no necesitaba dar ni siquiera a su propia gente. *«Qué extraño es* —pensó, mientras levantaba la vista de sus notas— *que a menudo tuviera que hablar más abiertamente a estos espías extranjeros a sueldo que a los miembros del Comité Central del partido.*» Espías, eso eran exactamente...

Se podían manipular, por supuesto, siempre que lo hiciera un hombre hábil, con una colección cuidadosamente preparada de informaciones falsas..., que era precisamente lo que él estaba a punto de hacer. Pero en general eran una amenaza, porque nunca dejaban de hacer lo que fuera que hiciesen. Era algo que el ministro de Asuntos Exteriores jamás olvidaba, y el motivo por el cual no los menospreciaba. Tratar con ellos siempre significaba un riesgo potencial. Aun cuando se estuviera manipulándolos podían ser peligrosos en su búsqueda de información. Si al menos lo entendiese asi el resto del Politburó.

—Señoras y señores —comenzó hablando en inglés—. Voy a hacer una breve declaración y lamento no poder responder preguntas esta vez. Se entregará un folleto a cada uno de ustedes cuando salgan..., es decir, creo que en ese momento ya estarán listos. —Hizo una seña a un hombre que se hallaba al fondo del salón, que asintió moviendo exageradamente la cabeza. El ministro de Asuntos Exteriores ordenó sus papeles durante un momento y comenzó a hablar con la precisa dicción de quien conoce el tema:

—El Presidente de los Estados Unidos ha pedido, con frecuencia «hechos y no palabras», en la búsqueda del control de las armas estratégicas. Como ustedes saben, y ante la decepción del mundo entero, las negociaciones sobre armamento, que aún continúan en Viena, no han logrado progresos significativos desde hace más de un año y cada una de las partes acusa de ello a la otra. Es bien conocido por todos los pueblos del mundo amantes de la paz que la Unión Soviética nunca ha deseado la guerra, y que solamente un loco podría considerar siquiera la confrontación atómica como una opción política viable en nuestro moderno mundo del contragolpe, la lluvia radiactiva y el «invierno nuclear».

—Maldito... —murmuró Patrick Flynn, jefe de la agencia «AP».

Los soviéticos apenas admitían el «invierno nuclear» y nunca habían mencionado el concepto en un marco tan formal. Sus antenas ya empezaban a crisparse ante lo que fuese que pudiera estar en el aire.

—Ha llegado el momento de efectuar considerables reducciones en las armas estratégicas. Nosotros hemos presentado numerosas propuestas, serias y sinceras, para una verdadera reducción de armamentos y, a pesar de ello, los Estados Unidos han continuado el desarrollo y despliegue de sus armas desestabilizadoras y abiertamente ofensivas: el misil «MX Peacekeeper», tan cínicamente llamado asi; el avanzado «Trident D—5», misil balístico de lanzamiento desde el mar; dos variedades separadas de misiles crucero cuyas características conspiran para que la verificación del control de armamento sea casi imposible; y, por supuesto, la llamada Iniciativa de Defensa Estratégica, que llevará armas ofensivas al espacio. Éstos son los hechos de los Estados Unidos. —Levantó la vista de sus notas y continuó con

ironía—: Y a través de todo eso, las piadosas palabras de los Estados Unidos piden hechos a la Unión Soviética. A partir de mañana, veremos de una vez por todas si sus palabras deben ser creídas o no. A partir de mañana vamos a ver qué diferencia tan grande existe entre las frases de paz norteamericanas y los hechos soviéticos para la paz. Mañana, la Unión Soviética pondrá sobre la mesa, en Viena, una propuesta para reducir los arsenales existentes de armas nucleares estratégicas y tácticas en un cincuenta por ciento; esta reducción deberá ser completada en un periodo de tres años a partir de la ratificación del acuerdo, sujeto a la verificación en el lugar por parte de equipos de inspección integrados por terceros, cuya composición será acordada por todos los signatarios. Por favor, fíjense que estoy diciendo «todos los signatarios». La Unión Soviética invita al Reino Unido, a la República Francesa, y —levantó la vista— a la República Popular de China, a unirse a nosotros en la mesa de negociaciones.

La exposición de flashes le obligó a apartar la vista por un momento.

—Señoras y señores, por favor... —Sonrió escudando sus ojos con la mano junto a la cara— Estos viejos ojos ya no están en condiciones de soportar una agresión asi, y no he memorizado mi discurso..., ¡a menos que ustedes quieran que continúe en ruso!

.Hubo una oleada de risas y luego unos cuantos aplausos por el chiste. *El viejo bastardo estaba poniendo realmente en funcionamiento su encanto*, pensó Flynn, tomando notas con furia. Esto era dinamita en potencia. Se preguntó qué vendría después y, sobre todo, quería saber cuál era la redacción exacta de la propuesta. Flynn había estado presente como periodista en anteriores conferencias sobre armamento, y sabía demasiado bien que las descripciones generales de las propuestas podían distorsionar groseramente los detalles exactos de los verdaderos temas a negociar. Los rusos no podían ser tan abiertos... Simplemente, no podían serlo.

—Para continuar —el ministro de Asuntos Exteriores parpadeó a fin de aclarar su vista—, hemos sido acusados de no hacer nunca un gesto de buena fe. La falsedad del cargo es manifiesta, aunque esta malvada ficción continúa en Occidente. Pero no más. Ya nadie tendrá motivo para dudar de la sinceridad de la búsqueda del pueblo soviético de una paz duradera y justa.

»Hoy mismo, como un signo de buena fe con el que desafiamos a que nos igualen los Estados Unidos y otras naciones interesadas, comenzaremos a retirar del servicio activo en la Unión Soviética toda una clase de submarinos nucleares lanza misiles. Occidente conoce estos submarinos como pertenecientes a la clase «Yankee». Nosotros les llamamos de otra manera, naturalmente —dijo con una sonrisa de ingenuidad que motivó otra oleada de risas de cortesia—. Veinte de esas naves están actualmente en servicio, y cada una de ellas lleva doce misiles balísticos lanzables desde el mar. Todos los miembros activos de la clase se hallan asignados a la flota soviética del Norte, con base en la península de Kola. A partir de hoy, empezaremos a desactivar estas naves a razón de una por mes. Como ustedes saben, la desactivación completa de una máquina tan compleja como un submarino lanzamisiles requiere los servicios de un astillero, pues el compartimento de misiles debe ser retirado fisicamente del cuerpo de la nave; de modo que estos buques no se pueden desarmar por completo de la noche a la mañana. Sin embargo, para que la honestidad de nuestras intenciones sea innegagle, invitamos a los Estados Unidos a hacer una de estas dos cosas:

»Primera: permitiremos que un grupo elegido de seis oficiales navales norteamericanos inspeccione las veinte naves para verificar que los tubos de sus misiles han sido llenados con lastre de cemento, y que sólo falta retirar las salas de misiles completas de todos los submarinos. En reciprocidad, pediriamos que se permitiera una visita de inspección semejante a los astilleros norteamericanos por parte de un grupo igual de oficiales soviéticos, en fecha que se convendría más adelante.

»Segunda: si los Estados Unidos no estuvieran dispuestos a permitir la verificación recíproca de la reducción de armas, nosotros autorizaremos como alternativa que otro grupo

de seis oficiales realice este servicio; estos oficiales serán de un país, o países, designados por mutuo acuerdo de los Estados Unidos y la Unión Soviética dentro de los próximos treinta días. En principio, para la Unión Soviética sería aceptable un grupo procedente de paises neutrales, como Suecia o la India. »Señoras y señores, ha llegado el momento de poner fin a la carrera de armamento. Yo no voy a repetir la florida retórica que hemos estado oyendo durante las dos últimas generaciones. Todos conocemos la amenaza que representan estas espantosas armas para las naciones. Que nadie vuelva a decir que la Unión Soviética no ha hecho cuanto estaba en su mano para reducir el peligro de guerra. Gracias.

La sala quedó de repente en silencio, excepto por el sonido de los pequeños motores eléctricos que accionaban las cámaras fotográficas. Los representantes de la Prensa occidental asignados a sus agencias en Moscú figuraban entre los mejores de su profesión. Uniformemente brillantes, uniformemente ambiciosos y uniformemente cínicos sobre lo que encontraban en Moscú y las condiciones a que estaban sometidos para desempeñar su trabajo, quedaron todos pasmados y en silencio.

—Maldito —murmuró Flynn, al cabo de diez segundos.

—No puedo menos que admirar tu modesto juicio, viejo —aprobó William Calloway, corresponsal de «Reuter»—. ¿No fue tu Wilson quien habló de los pactos abiertos a los que se había llegado abiertamente?

—Si, mi abuelo hizo la crónica de esa conferencia de paz. ¿Recuerdas qué bien resultó? —comentó Flynn haciendo una mueca y observando la salida del ministro de Asuntos Exteriores, que sonreía a las cámaras—. Vamos a ver el folleto. ¿Quieres volver en el auto conmigo?

—Si a las dos cosas.

Era un día terriblemente frío en Moscú. A los lados de la carretera se habían acumulado montones de nieve. El cielo tenía un color azul cristalino. Y la calefacción del automóvil no funcionaba. Flynn conducía mientras su amigo leia el folleto en voz alta. El proyecto del tratado ocupaba diecinueve páginas. El corresponsal de «Reuter» era un londinense que habia empezado como cronista de noticias policiales, pasando luego a cubrir tareas en todo el mundo. Flynn y él se habían encontrado y conocido muchos años atrás en el famoso «Hotel Caravelle», en Saigón, y compartieron copas y cintas de máquinas de escribir de un lado a otro durante más de dos décadas. Frente al invierno ruso, recordaban el agobiante calor de Saigón con algo semejante a la nostalgia.

—Esto me parece muy justo —dijo Calloway pensativo, y su aliento daba un fantasmal apoyo a sus palabras—. Proponen una desaceleración eliminando muchas armas existentes, permitiendo a ambas partes remplazar plataformas de lanzamiento obsoletas hasta que cada una alcance un total de cinco mil cabezas de guerra proyectables; ese número deberá permanecer invariable durante cinco años, después del periodo de reducción de tres años. Hay una propuesta separada para negociar el retiro total de los misiles «pesados» y sustituirlos por misiles móviles, pero limitar los vuelos de prueba de los misiles a un número fijo por año... —Pasó esa página y recorrió rápidamente las restantes—. ¿No hay nada en el proyecto de tratado sobre las investigaciones de ustedes en la guerra de las galaxias ... ? ¿No lo mencionó el ministro en su declaración? Patrick, mi viejo amigo, como tú dices, esto es dinamita. Podría haber sido escrito en Washington. Llevará meses resolver todos los puntos técnicos, pero ésta es una propuesta condenadamente seria..., y condenadamente generosa.

—¿Nada sobre la guerra de las galaxias?

Flynn arrugó ligeramente el entrecejo mientras doblaba a la derecha. ¿Significaba eso que los rusos habían conseguido sus propios progresos? Tendría que investigar en Washington al respecto...

—Tenemos una nota formidable, Willie. ¿Has pensado ya el título que le pondrás? ¿Que te parece: «Paz»?

Calloway no pudo menos que reírse.

FUERTE MEADE, MARYLAND.

Los servicios norteamericanos de Inteligencia, como sus contrapartes en todo el mundo, hacen escucha de todos los despachos de noticias por cable. Toland estaba examinando los informes de «AP» y «Reuter» al igual que muchos de los jefes de las agencias de noticias, y comparándolos con la versión transmitida por los circuitos soviéticos de microondas para su publicación en las ediciones locales de Pravda e Izvestia. La manera en que se daban en la Unión Soviética las noticias importantes llevaba la intención de mostrar a los miembros del partido cómo se sentían sus líderes.

—Ya hemos pasado antes por esto —dijo su jefe de sección—. La última vez todo se vino abajo por ese asunto de los misiles soviéticos. Ambas partes lo quieren; lo que ocurre es que sienten miedo de que la otra los tenga.

—Pero el tono del informe...

—Ellos siempre están eufóricos con sus propuestas de control de armamento. ¡...Malditos sean! Diablos, Bob, usted lo sabe muy bien.

—Es verdad, señor, pero ésta es la primera vez, que yo me haya enterado, que los rusos han retirado unilateralmente del servicio una plataforma de lanzamiento.

—Los «Yankee» son obsoletos.

—Eso no significa nada. Ellos nunca se desprenden de nada, obsoleto o no. Todavía tienen piezas de artillería de la Segunda Guerra Mundial esperando en los depósitos para el caso de que las necesiten de nuevo. Esto es diferente, y las ramificaciones políticas...

—No estamos hablando de política, hablamos de estrategia nuclear —le contestó con un gruñido el jefe de sección.

«Como si hubiera alguna diferencia», se dijo Toland.

KIEV, UCRANIA.

—¿Y qué, Pasha?

—Camarada general, estamos realmente frente a una tarea muy grande y con medios insuficientes —respondió Alekseyev, permaneciendo en posición militar en el comando del Teatro Sudoeste, en Kiev—. Nuestras tropas necesitan entrenamiento intensivo de unidad. Durante el fin de semana he leido más de ochenta informes de alistamiento, a nivel de regimiento, enviados por nuestras divisiones de tanques y de infantería motorizada.

Alekseyev hizo una pausa antes de continuar. El entrenamiento táctico y el grado de preparación eran la ruina de los militares soviéticos. Sus hombres de tropa eran casi enteramente reclutas que entraban y salían dos años después; la mitad de su tiempo de prestación con uniforme se empleaba simplemente en adquirir los conocimientos militares básicos. Hasta los mismos suboficiales, columna vertebral de todos los ejércitos desde la época de las legiones romanas, eran soldados temporales elegidos para cursar en academias especiales de instrucción, y perdidos luego tan pronto como finalizaba su servicio militar. Por esas razones, los altos mandos del Ejército soviético se apoyaban casi totalmente en sus oficiales, quienes a menudo debían ejecutar tareas que en Occidente cumplían los sargentos. El cuerpo de oficiales profesionales era su único elemento permanente y el único confiable. En teoría.

—La verdad es que no conocemos por ahora nuestra situación de alistamiento. Todos nuestros coroneles usan idéntico lenguaje en sus informes, sin la más mínima diferenciación. Todos informan estar cumpliendo los objetivos, con la misma cantidad de horas de instrucción, adoctrinamiento político, la misma cantidad de tiros de práctica disparados, es decir, ¡con una diferenciación menor al tres por ciento! El número requerido de ejercicios en el campo también cumplido, y, por supuesto, del tipo establecido.

—Según lo prescrito en nuestros manuales de instrucción —agregó el teniente general.

—Por supuesto. Exactamente..., ¡demasiado exactamente, maldita sea! No existen diferencias por mal tiempo. Ni por demoras en las entregas de combustible. No hay diferenciaciones por nada en absoluto. Por ejemplo, el regimiento de infantería motorizada 703 pasó todo el mes de octubre último realizando tareas de cosecha al sur de Jarkov... Sin embargo, de alguna manera cumplieron sus objetivos mensuales de instrucción de unidad al mismo tiempo. las mentiras son ya bastante malas por si mismas, ¡pero éstas son mentiras estúpidas!

—No puede ser todo tan malo como usted teme, Pavel Leonidovich.

—¿Podemos atrevernos a suponer otra cosa, camarada?

El general bajó la vista hacia su escritorio.

—No. Muy bien, Pasha. Usted ha formulado su plan. Quiero escucharlo.

—Por el momento, usted estará delineando el plan para nuestro ataque en tierras musulmanas. Yo debo salir al campo para exigir a nuestros comandantes de unidades que se pongan en forma. Si queremos alcanzar las metas a tiempo para la campaña contra Occidente, debemos tomar medidas ejemplares con los autores de las peores faltas. He pensado en cuatro de los comandantes. Su conducta ha sido grosera e innegablemente criminal. Aqui están los nombres y los cargos.

Entregó una hoja de papel.

—Hay dos hombres buenos aquí, Pasha —objetó el general.

—Son guardianes del Estado. Disfrutan de posiciones de la mayor confianza. Han traicionado esa confianza mintiendo, y al hacerlo han puesto en peligro al Estado —dijo Alekseyev, preguntándose cuántos serían los hombres de ese pais de quienes podría decirse lo mismo.

Rechazó el pensamiento. Ya tenía bastantes problemas allí.

—¿Usted se da cuenta de las consecuencias de los cargos que presenta?

—Por supuesto. La pena por traición es de muerte. ¿Falsifiqué yo alguna vez un informe de alistamiento? ¿Lo hizo usted? —Alekseyev apartó la vista un instante—. Esto es muy duro, y no me causa ningún placer..., pero, a menos que pongamos en forma a nuestras unidades, ¿cuántos muchachos jóvenes morirán por los fallos de sus oficiales? Necesitamos más el alistamiento para el combate que a esos cuatro mentirosos. Si existe alguna manera menos dura de lograr eso, no sé cuál puede ser. Un ejército sin disciplina es una turba inservible. Tenemos la directriz de STAVKA de castigar ejemplarmente a los soldados revoltosos y restaurar la autoridad de nuestros suboficiales. Es lógico que, si los soldados deben sufrir por sus errores, también hayan de hacerlo sus coroneles. La mayor responsabilidad es suya. Así como la mayor recompensa es para ellos. Unos pocos ejemplos aquí y ahora harán mucho bien para reconstituir nuestro Ejército.

—¿La inspectoría?

—La mejor elección.

Alekseyev estuvo de acuerdo. De esa manera la culpa no se volvería hacia atrás hasta los mismos comandantes superiores.

—Puedo mandar personal del servicio del inspector general a esos regimientos pasado mañana. —dijo—. Nuestro memorándum de instrucción llegó a todas las jefaturas de regimientos y comandos divisionales esta mañana. La noticia sobre estos cuatro traidores alentará a nuestros comandantes de unidades a prepararlas con todo su vigor. Aun asi, pasarán dos semanas antes de que tengamos un cuadro claro de los puntos donde debemos enfocar la atención; pero una vez que hayamos identificado las áreas que necesitan refuerzo tendremos tiempo suficiente para conseguir lo que necesitamos conseguir.

—¿Qué hará el comandante en jefe del Teatro Oeste?

—Lo mismo, es de esperar. —Alekseyev meneó la cabeza— ¿Ha pedido ya alguna de nuestras unidades?

—No, pero lo hará. A nosotros no nos ordenarán lanzar operaciones ofensivas contra el flanco sur de la OTAN..., parte de la continuación de la maskirova. Se puede imaginar que van a destacar a Alemania a muchas de nuestras unidades categoría B, y posiblemente algunas de nuestras fuerzas A de tanques. No importa cuántas divisiones tenga ese imbécil, siempre querrá más.

—Basta con que dispongamos de suficientes fuerzas para tomar los campos petrolíferos cuando llegue el momento —observó Pasha—. ¿Qué plan vamos a ejecutar?

—El viejo. Tendremos que ponerlo al día, por supuesto.

El viejo plan era anterior a la invasión soviética a Afganistán, y ahora el Ejército Rojo tenia una perspectiva completamente nueva para enviar tropas mecanizadas a una zona ocupada por musulmanes armados.

Alekseyev cerró los puños.

—Maravilloso. Tenemos que formular un plan sin saber cuando será puesto en práctica ni con qué fuerza contaremos para ejecutarlo.

—¿Recuerda lo que me dijo sobre la vida de un oficial de Estado Mayor, Pasha? —bromeó el comandante en jefe del Teatro Sudoeste.

El más joven de los dos hombres asintió de mala gana, cazado en su propia trampa.

—Es cierto, camarada general: podremos dormir después de la guerra.

5. MARINOS Y FANTASMAS.

LA BAHIA CHESAPEAKE, MARYLAND.

Sus ojos doloridos echaron un vistazo al horizonte. El sol asomaba sólo la mitad sobre la línea verde pardusca de la costa oriental de Maryland; eso le recordó (como si necesitara un recuerdo) que el día anterior había trabajado hasta tarde, y que se había acostado más tarde aún, para levantarse a las cuatro y media y poder tomarse un dia de pesca. Un rebelde dolor de cabeza, casi una sinusitis, también le recordaba las seis latas de cerveza que había consumido frente al televisor.

Pero era su primera jornada de pesca del año, y disfrutaba con la caña en las manos cuando le dio un suave impulso hacia la pequeña onda que vio sobre la superficie calma de la bahía Chesapeake. ¿Un pez azul o de las rocas? Lo que fuera, no mordió su anzuelo «Bucktai». Pero no habia prisa.

—¿Café, Bob?

—Gracias, Ned.

Robert Toland calzó la caña en su soporte y se echó hacia atrás en la silla giratoria de su «Boston Whaler Outrage». Su suegro, Edward Keegan, quitó la taza de plástico que servía de tapa a una gran jarra térmica. Bob sabía que el café sería bueno. Ned Keegan había sido oficial de la Marina de guerra y sabía apreciar una buena taza, preferiblemente mejorada con un chorrito de coñac o whisky irlandés..., algo que hiciera abrir los ojos y pusiera un poco de fuego en el estómago.

—Haga frío o no, ¡vaya si es bueno venir aqui!

Keegan paladeó su café, apoyando un pie sobre la caja de azulejos. No era solamente la pesca, coincidieron ambos hombres; salir al agua era una cura segura para la civilización.

—Además, me gustaría que ese pez de las rocas volviera —observó Toland.

—Qué diablos..., no hay teléfonos.¿dónde está tu transmisor?

—Creo que lo dejé en mis otros pantalones —dijo Keegan con una risita—. La AID[10] se tendrá que arreglar sin mi hoy.

—¿Crees que podrán?

—Bueno, la Marina pudo.

Keegan era un graduado de la academia que había cumplido sus treinta años de servicios retirándose luego para buscar otro sueldo. De uniforme, fue especialista en Inteligencia, y ahora tenía básicamente el mismo trabajo, lo que agregaba el sueldo del servicio civil a su retiro.

Toland era teniente de corbeta y estaba destinado en un destructor con base en Pearl Harbor cuando vio por primera vez a Martha Keegan, una joven estudiante de la Universidad de Hawai que cursaba Psicología y practicaba surf. Hacía ya quince años que estaban casados y vivían felices.

—Bien. —Keegan se puso de pie y levantó la caña—. ¿Y cómo andan las cosas en el fuerte?

Bob Toland era un analista de nivel medio en la ASN, Agencia de Seguridad Nacional. Había abandonado la Marina después de seis años, cuando la aventura del servicio en

[10] Agencia de Inteligencia de Defensa.

uniforme perdió para él su atractivo, pero siguió siendo un reservista activo. Su trabajo en la ASN se complementaba perfectamente con su servicio de reserva naval. Experto en comunicaciones y graduado en Electrónica, su actual tarea consistía en escuchar las señales soviéticas reunidas por los numerosos puestos de escucha de la ASN y los satélites exploradores. De paso, había obtenido también un título de experto en idioma ruso.

—La semana pasada oí una cosa realmente interesante, pero no pude convencer a mi jefe de que significaba algo.

—¿Quién es tu jefe de sección?

—El capitán Albert Redman, de la Marina. —Toland observó una lancha de pesca que pasaba a poca distancia—. Es una bestia.

Keegan rió.

—Debes tener cuidado al decir en voz alta cosas como ésa, Bob, especialmente ahora que vas a entrar en servicio activo la semana que viene. Bert trabajó conmigo..., bueno, debe de haber sido hace unos quince años. Tuve que castigarlo unas cuantas veces. Tiene tendencia a ser algo porfiado.

—¿Porfiado? —Toland lanzó un bufido—. ¡Ese bastardo tiene tal estrechez mental que usa agendas de sólo tres centímetros de ancho! Primero fue aquel asunto del nuevo control de armamento, después le llevé algo realmente fuera de lo común el último miércoles, y él ordenó archivarlo. Diablos, no sé para qué se molesta siquiera en mirar los nuevos informes..., hace cinco años que tomó su decisión.

—¿Supongo que no puedes decirme de qué se trataba?

—No debería.

Bob vaciló un momento. «*Demonios, si no podía hablar con el propio abuelo de sus hijos...*»

—Uno de nuestros pájaros buscadores —dijo— estaba la semana pasada sobre la jefatura de un distrito militar soviético e interceptó una conversación telefónica por microondas. Era un informe a Moscú acerca de cuatro coroneles del distrito militar de los Cárpatos a quienes se había fusilado por falsificar información sobre alistamiento. Estaban preparando la nota sobre el juicio en el consejo de guerra y la ejecución para publicarla esta semana, probablemente en el Red Star.

Había olvidado por completo todo lo del incendio del campo petrolífero.

—¿Ah, si? —Las cejas de Keegan se levantaron—. ¿Y qué dijo Bert?

—Dijo: «Ya era hora de que los tipos se sinceraran.» Y eso fue todo.

—¿Y tú qué opinas?

—Ned, yo no estoy en Tendencias e Intenciones, ¡esos estúpidos adivinos! Pero sé que ni siquiera los rusos matan gente para divertirse. Cuando Iván mata públicamente a alguien, lo hace con una finalidad precisa. ¡Ésos no eran oficiales de incorporación de reclutas que aceptaban sobornos para hacer excepciones. No los mataron por robar combustible diesel o construir dachas con maderas malversadas. Yo controlé nuestros registros y resultó que teníamos legajos sobre dos de ellos. Ambos eran experimentados oficiales de escuela, veteranos de combate en Afganistán y miembros del partido en buena posición. Uno de ellos era graduado de la Academia Frunze y hasta había publicado varios artículos en Military Thought. ¡Por amor de Dios! Pero a los cuatro los sometieron a juicio en consejo de guerra por falsificar los informes de preparación de sus regimientos..., y los fusilaron tres días después. Esa historia invadirá las calles publicada. en el Krasnaya Zezda durante los próximos días y en dos o tres partes, bajo la firma de El Observador..., y eso lo convierte en un asunto político con P mayúscula.

El Observador ocultaba el nombre de muchos oficiales de alta graduación que colaboraban en el Red Star, el diario de las fuerzas armadas soviéticas. Cualquier cosa que apareciera en la primera página y bajo esa firma era tomada muy en serio, tanto por las propias fuerzas armadas soviéticas como por aquellas cuya misión consistía en vigilarlas, porque esa firma se usaba explicitamente para hacer declaraciones políticas aprobadas por el alto comando militar y el Politburó en Moscú.

—¿Una historia en varias partes? —preguntó Keegan.

—Si, éso es; uno de los aspectos interesantes del asunto. Todo esto está fuera de lo habitual, Ned. Algo extraño está ocurriendo. Es cierto que fusilan con frecuencia a oficiales y otro personal militar..., pero no a coroneles que han escrito para el diario del Estado Mayor general, y menos por alterar algunas líneas en una declaración de alistamiento.

Dejó escapar un largo suspiro, feliz de haberse sacado aquello de adentro. La lancha de pescadores había puesto ahora rumbo sur y su estela se propagaba en líneas de ondas paralelas que llegaban hasta ellos. La escena hizo lamentar a Toland no haber llevado su cámara.

—Tiene sentido —murmuró Keegan.

—¿Eh?

—Lo que tú acabas de decir. Todo eso suena fuera de lo habitual.

—Si; anoche me quedé hasta tarde analizando un presentimiento. En los últimos cinco años, el Ejército Rojo ha publicado los nombres de catorce oficiales; ejecutados. Ninguno de ellos de jerarquía superior a la de coronel, y el único de ese grado fue un oficial de potencial humano de la Georgia soviética. El tipo estaba aceptando sobornos para exceptuar reclutas. Los otros casos fueron: uno de espionaje, para nosotros o para otros; tres abandonos de servicio bajo la influencia del alcohol, y nueve casos convencionales de corrupción, por haber vendido cualquier cosa, desde gasolina hasta el esquema de una computadora completa nalyevo, «en la izquierda», el mercado de espionaje. Ahora, de repente, eliminan cuatro comandantes de regimiento, y todos en el mismo distrito militar.

—Podrías llevarle eso a Redman —sugirió Keegan.

—Es perder el tiempo.

—Esos otros casos..., creo que recuerdo a aquellos tres tipos que...

—Si, fue parte de la campaña antialcohólica. Demasiados tipos se emborrachaban estando de servicio, y eligieron tres voluntarios, pour encourager les autres. —Bob movió la cabeza—. ¡Diablos, cómo los hubiera amado Voltaire!

—¡¿No tienes contacto con gente que esté en Inteligencia Civil?

—No, los que se hallan conmigo pertenecen todos a telecomunicaciones militares.

—Cuando estábamos almorzando el último... lunes, creo, conversábamos con un tipo de Langley. Había sido del Ejército y empezamos a hablar de cosas pasadas. Pero luego hizo comentarios sobre la nueva escasez que hay allá.

—¿Otra más?

Bob pareció divertido. las escaseces no eran nada nuevo en Rusia. Un mes era dentífrico, o papel higiénico, o limpiaparabrisas..., él había oído de muchas cosas que faltaban, mientras almorzaba en la cafetería de la ASN.

—Si, batería para automóviles y camiones.

—¿Cierto?

—Desde hace un mes es imposible conseguir allá una batería para tu auto o camión. Hay un montón de coches inmovilizados y las baterías se roban por todas partes, de manera que la gente las desconecta de noche y se las lleva a sus casas. ¿Puedes creerlo?

—Pero en Togliattishtadt... —empezó a decir Toland, y se interrumpió.

Se refería a la inmensa ciudad—fábrica de automóviles en la Rusia europea, cuya construcción era un «proyecto heroico», y para la que habían movilizado miles de trabajadores. Se hallaba entre los complejos fabriles más modernos del mundo para la industria del automotor, y había sido construido con tecnología italiana principalmente.

—Allí tienen instalaciones fenomenales para fabricar baterías —concluyó—. No la han hecho volar, ¿verdad?

—Están trabajando en tres turnos. ¿qué te parece?

NORFOLK, VIRGINIA.

Toland se contempló a si mismo de cuerpo entero en el espejo, en el casino de oficiales de Norfolk. Habia viajado alli en automóvil la tarde anterior. El uniforme todavía le quedaba bien, notó quizás un poquito ajustado en la cintura, pero eso no era más que la obra de la Naturaleza, ¿verdad? Su «ensalada de barras» de condecoraciones consistía esta vez en una simple fila y media; pero tenía su distintivo de oficial de guerra de superficie, sus «alas de agua» (no siempre habia sido un radiooperador glorificado). En sus bocamangas lucía los dos galones y medio de capitán de corbeta. Un toque final a sus zapatos con un paño y ya estaba saliendo en esa brillante mañana de lunes listo para iniciar las dos semanas de servicio que debía cumplir todos los años con la flota.

Cinco minutos después conducía su auto por Mitcher Avenue hacia el asentamiento del comandante en jefe de la flota del Atlántico (CINCLANT), un edificio chato y vulgar que había sido alguna vez un hospital. Madrugador habitual, Toland encontró medio vacía la explanada de estacionamiento de la calle Ingersoll, pero aún así tuvo cuidado de no ocupar ninguno de los sitios reservados para no provocar la ira de algún oficial superior.

—¿Bob? ¡Bob Toland! —gritó una voz.

—¡Ed Morris!

Era ahora el capitán de fragata Edward Morris, de la Marina de Guerra de los Estados Unidos, advirtió Toland, y la diminuta estrella dorada en la chaquetilla de su uniforme lo distinguía como comandante de algún buque. Toland hizo el saludo militar a su amigo antes de estrecharle la mano.

—¿Sigues jugando al bridge, Bob?

Toland, Morris y otros dos oficiales habían formado el cuarteto de bridge más consecuente del club de oficiales de Pearl Harbor.

—Algo; Marty no es muy buena jugadora, pero tenemos un grupo en la oficina que se reúne una vez por semana.

—¿Tan bueno como éramos nosotros? —preguntó Morris mientras caminaban juntos.

—¿Te estás burlando? ¿Sabes dónde trabajo ahora?

—Oí decir que habías terminado en Fuerte Meade después de retirarte.

—Sí, y los jugadores de bridge de la ASN están conectados a las malditas computadoras.... ¡esas asesinas!

—¿Y cómo está tu familia?

—Muy bien. ¿Y la tuya?

—Esos condenados crecen demasiado de prisa..., hacen que te sientas viejo.

—Es cierto —comentó riendo Toland; luego apoyó un dedo sobre la estrellita del uniforme de Morris—. Ahora quiero que me hables de tu nuevo hijo.

—Mira mi coche.

Toland se dio vuelta. El «Ford» de Morris tenía una placa de matrícula personalizada: FF-1094. para el que no sabía nada, se trataba de un número cualquiera. Pero indicaba a quien estuviera informado: Fragata antisubmarina número mil noventa y cuatro. USS Pharris.

—Siempre fuiste un tipo simpático y modesto —apuntó Toland con una sonrisa—. Muy bien, Ed. ¿Cuánto hace que la tienes?

—Dos años. Es grande, es bonita, ¿y es mia! Debiste haberte quedado en actividad, Bob. El día que me hice cargo del comando..., diablos, fue como el día que nació Jimmy.

—Te comprendo. La diferencia, Ed, es que yo siempre supe que tú llegarías a tener tu buque, y yo no.

En el legajo personal de Toland habia una nota de amonestación porque un destructor había encallado mientras él estaba de guardia en el puente. No había sido más que mala suerte. una ambigüedad en la carta náutica y condiciones adversas de la marea motivaron el error; pero fue suficiente para arruinar una carrera naval.

—¿Así que estás cumpliendo tus dos semanas?

—Exacto.

—Celia se halla fuera, visitando a sus padres, y yo me encuentro llevando vida de soltero. ¿qué piensas hacer esta noche a la hora de cenar?

—¿Ir a MacDonalds? —dijo Toland riendo.

—Ni soñar, Danny McCafferty está también en la ciudad. Tiene el Chicago, que está amarrado en el dique 22. Mira, si conseguimos otro más, tal vez podamos jugar un poco al bridge, como en los viejos tiempos. —Morris apoyó un dedo contra el pecho de su amigo—. Ahora tengo que irme. Vamos a encontrarnos en el vestíbulo del club de oficiales a las cinco y media, Bob. Danny me invitó a cenar en su buque a las ocho y media, asi que tendremos una hora libre para ajuste de actitud antes de ir allá. Cenaremos en el camarote de oficiales y jugaremos unas horas a las cartas, como en los viejos tiempos.

—Comprendido, comandante.

—El asunto es que yo estaba en el Will Rogers —decía McCafferty—. Hacia cincuenta días que navegábamos en patrullaje y yo cumplía en ese momento mi guardia. El sonar me avisa que tienen una señal poco clara con marcación cero cinco dos. Estamos a profundidad de periscopio, entonces lo hago levantar, lo giro apuntando a cero cinco dos y aparece un velero Gulfstream-36 que avanza a cuatro o cinco nudos con el autogobierno colocado. Pero es un día brumoso, entonces regulo las lentes del periscopio para acercar al máximo y, ¿a que no lo adiviná is? El capitán y su primer oficial.... ¡esa chica si que no se va a ahogar nunca! Están los dos acostados sobre el techo de la cabina, horizontales y uno encima del otro. La distancia del velero no excedía de novecientos metros..., asi que era como estar allí. Entonces encendimos la cámara de televisión del periscopio y la pusimos en funcionamiento. Por supuesto, tuvimos que maniobrar para tener una vista mejor. Duró quince minutos. Durante toda la semana siguiente la dotación pasó varias veces la cinta. Es muy bueno para la moral saber para qué está luchando uno.

Los tres oficiales soltaron una carcajada.

—Como siempre te dije, Bob —comentó Morris—, estos chóferes de submarinos son una pandilla de puercos encubiertos. Por no decir pervertidos.

—¿Y cuánto tiempo hace que tienes el Chicago, Danny? —preguntó Toland bebiendo su segunda taza de café después de la cena.

Tenían para ellos tres solos el camarote de oficiales del submarino, pues los otros que se encontraban a bordo estaban de guardia o durmiendo.

—Tres duros meses, sin contar el tiempo en el astillero —dijo McCafferty, terminando su leche.

Era el primer comandante de ese nuevo submarino de ataque, el mejor de todos los mundos posibles: comandante, y de un buque nuevo y suyo desde el primer momento. Toland se dio cuenta de que Dan no se había unido a ellos para el «ajuste de actitud» en el club de oficiales

de la base; Morris y él se habían echado al estómago tres rebosantes copas cada uno. No era el mismo McCafferty de antes. Tal vez no quería dejar su submarino, temiendo que el sueño de su carrera terminara de algún modo mientras él se hallaba lejos.

—¿Tú puedes diferenciar entre los submarinistas y esos tipos pálidos y descoloridos que habitan en las cavernas? —bromeó Morris—. ¿Y qué decir de ese brillo débil que tienen los muchachos de los reactores nucleares?

McCafferty sonrió. Esperaron que llegara el cuarto. Era un ingeniero subalterno, que iba a terminar ya la guardia en el reactor del Chicago, el cual no estaba operando. La nave recibía energía eléctrica desde el muelle, pero los reglamentos exigían la guardia completa del reactor tanto si la tetera trabajaba como si no.

—Voy a decirles algo, muchachos. Estuve bastante pálido hace cuatro semanas.

McCafferty se puso serio..., todo lo serio que era capaz.

—¿Por qué? —preguntó Bob Toland.

—Bueno, vosotros sabéis cómo es el trabajo podrido que hacemos con estos buques, ¿no?

—Si te refieres a la búsqueda costera de Inteligencia, Dan, deberías estar enterado de que ese material electrónico que tú recoges viene a mi oficina. Diablos, es probable que yo conozca a la gente que origina muchos de los pedidos de información que motivan tus órdenes de operaciones. ¿No te revuelve las tripas pensarlo?

Bob se echó a reir, tratando de contener su deseo de mirar a cada instante a su alrededor de modo demasiado descarado, pues nunca había estado en un submarino nuclear. Hacía frío ya que los submarinos nucleares hacen funcionar el acondicionamiento de aire con el propio reactor, y el ambiente era pesado con olor a aceite de máquinas. Todo lo que podía ver relucía, y por dos motivos: primero porque era casi nuevo, y segundo porque McCafferty sin duda se había asegurado de que la dotación trabajara para presentar muy bien las cosas a sus amigos. Pues bien, ésta era la máquina de mil millones de dólares que reunía toda la información ELINT (Inteligencia Electrónica).

—Ah, bueno, estábamos allí arriba, en el mar de Barents, ustedes saben, al noroeste del fiordo de Kola, siguiendo a un submarino ruso, un «Oscar», a unas..., diez millas de él y, de repente, ¡nos encontramos en medio de un maldito ejercicio con fuego real! Los misiles volaban por toda la zona. Hundieron tres cascos viejos e hicieron volar media docena de barcazas que hacian de blanco.

—¿El «Oscar» solo? —preguntó Morris.

—Resultó que había también un «Papa» y un «Mike» en el ejercicio. Ése es uno de los problemas que nos causa el silencio con que se mueven nuestros bebés. ¡Si ellos no saben que estamos allí, podemos encontrarnos en medio de algún lío de todos los diablos! Bueno, de pronto el sonar empieza a dar señales de que algo está pasando. No existía forma de hallarnos seguros de que no se estaban preparando para poner en el agua algunos torpedos de verdad; levantamos nuestro ESM[11] y tomamos los radares de sus periscopios; entonces pude ver algunas de aquellas cosas que nos pasaban zumbando sobre la cabeza. Demonios, muchachos, durante unos tres minutos estuvo bastante peludo, ¿no les parece? —McCafferty agitó la cabeza—. Menos mal que, dos horas después de eso, los tres buques se alejaron a veinte nudos para volver a sus bases. El ejercicio clásico de salida—práctica de tiro real—regreso. ¿Qué les parece para un primer empleo?

—¿Tienes la impresión de que los rusos están haciendo algo fuera de lo normal, Dan? —preguntó Toland, repentinamente interesado.

[11] Medidas de Apoyo Electrónico (Sensores de radar pasivo y otros para conocer la situación del enemigo)

—¿No lo has oido?

—¿Oir qué?

—Han reducido mucho sus patrullajes de submarinos diesel en el Norte. Yo sé que normalmente son muy difíciles de detectar, pero desde hace unos dos meses se puede decir que ya no se encuentran allí. Yo escuché uno, solamente uno. Y no fue así la última vez que estuve en el Norte. Hemos recibido algunas fotos que los satélites les han tomado; aparecen un montón de submarinos diesel amarrados uno junto a otro por alguna razón. En síntesis, su actividad de patrullaje allá arriba en el Norte se ha reducido por completo, y hay en cambio una intensificación en las tareas de mantenimiento. La apreciación del momento es que están cambiando sus ciclos de instrucción. Ésta no es la época del año habitual para prácticas de tiro real. —McCafferty rió—. Claro que..., podría ser que se hayan cansado al fin de remendar y pintar esas latas viejas, y decidieran terminar con ellas.... lo mejor que podian hacer con una «lata», en realidad.

—Cretino —murmuró Morris con los dientes apretados.

—¿Qué razón tendrían ustedes para poner fuera de servicio un montón de submarinos diesel, todos al mismo tiempo? —planteó Toland. Estaba lamentando no haber rechazado la segunda y tercera vuelta durante la Hora Feliz. Algo importante encendía y apagaba lucecitas dentro de su cabeza, pero el alcohol le tiraba abajo su agilidad de pensamiento.

—Mierda —sentenció McCafferty—. No hay ninguna.

—¿Entonces qué están haciendo con los submarinos diesel?

—Yo no he visto las fotos de los satélites, Bob, solamente oí hablar de ellas. Pero no hay actividades especiales en los diques secos, así que no puede ser demasiado importante.

Finalmente se encendió la lámpara en la cabeza de Toland.

—¿Es muy difícil cambiar baterías en un submarino?

—Es un trabajo duro y sucio. No se necesita maquinaria especial, ni nada. Nosotros lo hacemos con los equipos «Tiger», y a veces tardan tres o cuatro semanas. Los submarinos de Iván están diseñados para baterías de capacidad mayor que las nuestras, y para efectuar el recambio (al parecer agotan sus baterías con mayor rapidez que los submarinos occidentales) han tomado medidas para remplazarlas con más facilidad, planchas reforzadas en el casco, y otras cosas. Probablemente es un cambio muy grande para ellos. ¿A qué quieres llegar exactamente, Bob?

Toland relató la historia sobre los cuatro coroneles soviéticos que habían fusilado, y por qué.

—Después oí lo de la falta de abastecimiento de baterías en Rusia. No las tienen para autos ni camiones. Que falten para los turismos es algo que se puede comprender, pero para los camiones... vaya, todos los camiones que hay en Rusia pertenecen al Gobierno. Todos tienen empleo para movilización. Es la misma clase de baterías, ¿no?

—Si, todos usan baterías de plomo. ¿Se incendió la fábrica? —preguntó el capitán de fragata Morris—. Yo sé que a Iván le gusta más una gran fábrica que un montón de fábricas pequeñas.

—Están trabajando a tres turnos.

McCafferty se echó hacia atrás separándose de la mesa.

—Bueno, ¿y que usos tienen las baterías? —preguntó retóricamente Morris.

—Submarinos —declaró McCafferty— Y tanques, y vehículos blindados, vehículos comando, arrancadores para aviones, un montón de cosas pintadas de verde, ¿te das cuenta? Bob, lo que estás diciendo..., mierda, lo que estás diciendo es que de repente Iván ha decidido

aumentar y mejorar su alistamiento en todos los campos. Y yo te pregunto: ¿sabes de qué diablos estás hablando?

—Puedes apostar hasta el culo sobre eso, Danny. El asunto de los cuatro coroneles pasó por mi escritorio; yo mismo revisé ese informe. Lo recibió uno de nuestros satélites espía. Iván no sabe lo sensibles que son esos pájaros, y todavía sigue enviando mucho material en texto claro por las redes de microondas de superficie. Nosotros escuchamos las transmisiones de voz y de télex en todo momento... Vosotros, muchachos, debéis olvidar que habéis oído esto, ¿de acuerdo? —Los otros miraron a Toland, asintiendo— Lo de las baterías lo pesqué por accidente, pero, lo confirmé con un tipo que conozco en el Pentágono. Y ahora oigo tu historia sobre el aumento de los ejercicios de tiro real, Dan. Acabas de llenar un espacio en blanco. Ya nos es posible confirmar que esos submarinos diesel realmente están fuera de servicio para recambio de baterías, tenemos el inicio de un cuadro. ¿Cómo es de Importante para un submarino diesel tener baterías nuevas?

—Es muy importante —dijo el comandante de submarinos—. Depende mucho del control de calidad y mantenimiento, pero las baterías nuevas pueden duplicar el alcance y la potencia que dan las viejas, y eso es un factor táctico muy importante.

—Cristo, ¿sabes qué me hace pensar esto? Iván se encuentra listo para salir al mar, y ahora da la impresión de que quiere hallarse realmente listo —observó Morris—. Pero todos los periódicos dicen que están actuando como verdaderos ángeles con este asunto del desarme y control de armamento. Hay algo que no concuerda, caballeros.

—Tengo que llevar esto a alguien de la cadena del comando. Podría dejarlo en Fuerte Meade; pero tal vez no llegaría nunca al alto mando.

—Lo harás —dijo McCafferty después de una breve pausa—. Tengo una entrevista mañana por la mañana con el comandante de la fuerza de submarinos del Atlántico. Creo que vas a venir conmigo, Bob.

El último de los cuatro que necesitaban para el bridge llegó diez minutos después. Quedó decepcionado ante la calidad del juego. Había supuesto que su comandante era mucho mejor.

Toland pasó veinte minutos exponiendo su información frente al vicealmirante Richard Pipes, comandante de la fuerza de submarinos de la flota de los Estados Unidos en el Atlántico. Pipes era el primer submarinista negro que alcanzaba el grado de las tres estrellas, un hombre que se había ganado sus derechos con un brillante desempeño mientras ascendía por esa escala que tradicionalmente habia sido una profesión exclusiva de blancos, y tenía fama de ser un jefe duro y exigente. El almirante escuchó sin pronunciar palabra mientras bebía café en una taza con tres estrellas. Se había sentido algo molesto por tener que oir el discurso de un reservista en vez del informe de patrullaje de McCafferty..., pero esa actitud sólo duró tres minutos. Ahora, las líneas que bordeaban su boca se profundizaron.

—Hijo, usted ha violado unas cuantas restricciones de seguridad para proporcionarme esto.

—Lo sé, señor —dijo Toland.

—Ha necesitado tener pelotas para hacerlo, y es bueno ver eso en un oficial joven..., con todos los que hay que sólo quieren cubrirse el culo. —Pipes se levantó—. No me gusta nada lo que acaba de decirme, hijo, ni un poquito. Iván anda jugando al Santa Claus con todas esas estupideces diplomáticas y, al mismo tiempo, está afinando su fuerza de submarinos. Podría ser una coincidencia. Pero también podría no serlo. ¿qué le parece si usted y yo vamos a hablar con el comandante en jefe de las fuerzas del Atlántico y su jefe de Inteligencia?

Toland arrugó el entrecejo. ¿En qué me he metido?

—Señor, yo he venido aqui para una rotación de entrenamiento, no para...

—A mi me parece que usted tiene una idea bastante clara de esta mierda de Inteligencia, capitán. ¿Está convencido de que lo que me ha dicho es verdad?

Toland se puso rígido.

—Si, señor.

—Entonces, voy a darle la oportunidad de probarlo. ¿Tiene miedo de poner la cabeza.... o sólo da sus opiniones a los parientes y amigos? —preguntó secamente el almirante.

Toland había oído que Pipes era un caso verdaderamente duro. El reservista se puso de pie.

—Vamos a hacerlo, almirante.

Pipes tomó el teléfono y marcó un número de tres dígitos, su línea directa con el comandante en jefe del Atlántico.

—¿Bill? Dick. Tengo aquí un muchacho en mi oficina y pienso que tienes que hablar con él. ¿Recuerdas lo que discutimos el jueves pasado? Es posible que tengamos confirmación. —Una breve pausa—. Sí, eso es exactamente lo que estoy diciendo... Comprendido, señor, voy para allá. —Pipes cortó la comunicación—. McCafferty, gracias por traer a este hombre con usted. Esta tarde veremos su informe sobre el patrullaje; vuelva a las tres y media. Toland, usted venga ahora conmigo.

Una hora después, el capitán de corbeta Robert A Toland, de la reserva de la Marina de Guerra de los Estados Unidos, fue informado de que, por resolución del secretario de Defensa, había sido colocado en situación de servicio activo prolongado. En realidad era por orden del comandante en jefe del Atlántico, pero el trámite de los documentos necesarios requeriría una o dos semanas.

Ese mismo dia, a la hora del almuerzo en el sector de almirantes del Edificio Uno del complejo, el comandante del Atlántico convocó a todos sus comandantes dependientes, los almirantes de tres estrellas que controlaban a los aviones, buques de superficie, submarinos y buques de abastecimiento. Conversaron en voz baja y se interrumpían cada vez que entraban los camareros. Eran todos hombres de más de cincuenta años, serios y experimentados, que cumplían la doble tarea de planificar las políticas y hacerlas poner en práctica, preparándose para algo que esperaban que no llegara nunca. Esa esperanza continuaba; pero, cuando ya estaban todos bebiendo su segunda taza de café, se decidió que los ciclos de entrenamiento de la flota serían incrementados, y, además, se realizarían unas cuantas inspecciones sorpresa. El comandante del Atlántico concertó una reunión con el jefe de operaciones navales para la mañana siguiente, y su segundo jefe de Inteligencia tomó un avión comercial para un rápido viaje a Pearl Harbor, a fin de establecer contacto con su contraparte en el Pacífico.

Toland fue relevado de su puesto y transferido a Intenciones, parte del equipo de personal asesor de Inteligencia del mando en jefe de las fuerzas del Atlántico.

6. VIGILANCIA.

NORFOLK, VIRGINIA.

Intenciones era una pequeña oficina del segundo piso, que solía estar ocupada por cuatro oficiales. Colocar a Toland allí dentro fue difícil, especialmente porque todo el material clasificado como secreto debió ser cubierto mientras los civiles que cargaban los muebles terminaban de acomodar en su lugar el escritorio. Cuando por fin se fueron, Bob descubrió que apenas le había quedado lugar para sentarse en su sillón giratorio y salir de él. La puerta de la oficina tenía una cerradura de combinación con cinco pasadores ocultos en un contenedor de acero. La oficina se hallaba situada en el ángulo noroeste del comando, y desde sus ventanas con rejas se dominaba una autopista y poco más. De todos modos, unas oscuras y tristes cortinas se encontraban siempre corridas. En el interior, las paredes debieron de haber estado pintadas alguna vez de color beige; pero el yeso habia aparecido ya en manchas blancuzcas desde abajo, dando a la estancia ese aspecto descolorido y pálido que podia esperarse en la sala de fiebre amarilla de un hospital.

El oficial más antiguo era un coronel de infantería de Marina llamado Cruck Lowe; había observado todo el proceso de la mudanza con un silencioso resentimiento que Bob sólo pudo comprender cuando el hombre se puso de pie.

—Creo que ahora ya no podré llegar nunca a tiempo al cuarto de baño —refunfuñó Lowe, apoyándose en un bastón al caminar rodeando su escritorio.

Se estrecharon las manos.

—¿Qué le ha pasado en la pierna, coronel?

—En la Escuela de Guerra de Montaña, allá en California, al día siguiente de Navidad, esquiando en mi maldito tiempo libre. El doctor dice que uno no debería romperse nunca la tibia cerca de la punta —explicó Lowe con una sonrisa irónica—. Y uno no se acostumbra nunca a la picazón. Me sacarán esta cosa dentro de tres o cuatro semanas. Entonces tendré que acostumbrarme otra vez a correr. Me paso tres años rompiéndome el culo para tratar de salir de Inteligencia, y cuando al fin me dan mi maldito regimiento..., me pasa esto. Bien venido a bordo, Toland. ¿Por qué no nos trae una taza de café a cada uno?

Había una cafetera sobre el armario archivador más lejano. Lowe explicó que los otros tres oficiales estaban en una reunión.

—Vi el informe que usted le dio al comandante del Atlántico. Material interesante. ¿Qué cree que se propone Iván?

—Parece que está aumentando sus preparativos en todos los campos, coronel...

—Aqui dentro me puedes llamar Chuck.

—Muy bien..., yo soy Bob.

—Tú haces Inteligencia de comunicaciones en la ASN, ¿verdad? Oí decir que eres uno de los especialistas en satélites.

Toland asintió con un movimiento de cabeza.

—Nuestros y de ellos, pero sobre todo de los nuestros. De tanto en tanto veo también fotografías, pero trabajo mucho más con comunicaciones. Así es como interceptamos el informe sobre los cuatro coroneles. Han estado aumentando mucho las maniobras operativas, y eso no es normal en esta época del año. Iván ha estado controlando también cómo andan sus tanquistas, y algo menos preocupado cuando sus batallones atraviesan un campo arado, por ejemplo.

—Y se supone que tú debes mirar cualquier cosa fuera de lo habitual, sin importar lo tonta que parezca, ¿no es así? En ese sentido, recibimos algo interesante de la AID. Fíjate en esto.

Lowe sacó de un sobre grande color marrón un par de fotografías de veinticuatro por treinta, y se las dio a Toland. Parecían mostrar la misma parcela, pero desde ángulos ligeramente distintos y en diferentes épocas del año. En la esquina superior izquierda había un par de isbas, las miserables barracas de los campesinos rusos. Toland levantó la vista.

—¿Granja colectiva?

—Si. Número 1.196, es pequeña y se encuentra a unos doscientos kilómetros al noroeste de Moscú. Dime cual es la diferencia entre las dos.

Toland volvió a examinar las fotografías. En una de ellas se veía una línea recta de terrenos cercados, tal vez de media hectárea cada uno. En la otra pudo ver un cerco nuevo para cuatro de los terrenos, y un quinto terreno cuya superficie cercada había sido casi duplicada.

—Me las envió un coronel, un tipo del Ejército, con quien trabajé en un tiempo. Pensó que me parecerían divertidas. Es que, ¿sabes?, yo me crié en Iowa, en el campo, y allí cultivábamos maiz.

—Así que Iván está agrandando los terrenos privados para que los campesinos trabajen en los suyos propios, ¿eeh?

—Eso parece.

—No lo han anunciado, ¿verdad? No he leído nada de eso.

Toland no leía la publicación secreta del Gobierno, de repartición interna, National Intelligence Digest, pero los chismes en la cafetería de la ASN por lo general trataban asuntos inocentes como éste. Los tipos de Inteligencia hablaban de su trabajo tanto como todos los demás. Lowe movió brevemente la cabeza.

—No, y eso es algo extraño. Es una cosa que ellos deberían haber anunciado. Los periódicos la habrían calificado como otro signo seguro de la tendencia a la liberalización» que hemos estado viendo.

—¿Solamente esta granja, quizá?

—En realidad, han podido comprobar lo mismo en otros cinco lugares. Pero generalmente no usamos nuestros satélites de reconocimiento para tales cosas. Supongo que obtuvieron éstas en un día de pocas novedades. El material importante debe de haber estado cubierto por nubes.

Toland asintió. Los satélites de reconocimiento se usaban para evaluar las cosechas de granos de la Unión soviética, pero eso ocurría más avanzado el año. Los rusos también lo sabían; había sido publicado abiertamente en la Prensa durante más de una década, explicando por qué en el departamento de Agricultura de los Estados Unidos había un equipo de agrónomos autorizados para conocer asuntos especiales de Inteligencia.

—Es un poco tarde para hacer eso, ¿no? Quiero decir si les servirá de algo darles esas tierras a esta altura de la temporada.

—Me enviaron las fotos hace una semana. Creo que son un poco anteriores a eso. Es más o menos la época en que la mayoría de sus granjas empieza a sembrar. Recuerda que allá el frío dura bastante, pero las latitudes altas hacen que los días de verano sean más largos. Debemos suponer que éste es un movimiento de su parte que abarca toda la nación. Evalúame eso, Bob.

Los ojos del coronel se entrecerraron por un instante.

—Una hábil jugada, desde luego. Podría resolverles muchos de sus problemas de abastecimiento de alimentos, especialmente los hortícolas, como tomates, cebollas y cosas de ésas.

—Puede ser. Y puedes notar también que esa clase de cultivos requieren mucha mano de obra pero no mucha maquinaria. ¿Qué piensas del aspecto demográfico de la maniobra?

Toland parpadeó. En la Marina de los Estados Unidos había una tendencia a deducir que los infantes de Marina eran estúpidos y que la gente más vieja es la que trabaja en la mayoría de las tierras privadas, mientras que las tareas mecanizadas, como manejar las cosechadoras y los camiones, que rinden mucho más, las llevan a cabo los trabajadores más jóvenes.

—Me estás diciendo que de esa manera pueden aumentar la producción de algunos alimentos sin recurrir a los hombres jóvenes..., que están en edad de cumplir servicio militar.

—Es una forma de verlo —repuso Lowe—. Políticamente es dinamita. No se puede quitar a la gente lo que se le ha dado. En la década de los sesenta se inició un rumor, que ni siquiera era verdad, según el cual Kruschev iba a reducir o eliminar los terrenos privados que tenían esos pobres infelices. ¡Aquello fue un infierno! Yo estaba en la escuela de idiomas en Monterrey, y recuerdo los periódicos rusos que nos llegaban. Se pasaron semanas negando el rumor. Esos terrenos privados son el sector más productivo de su sistema agrícola. Es menos del dos por ciento de sus tierras cultivables, y produce aproximadamente la mitad de sus frutas y patatas, más de un tercio de los huevos, verduras y carne. Diablos, en la única parte de ese maldito sistema agrícola que funciona. Los jerarcas de allá han sabido durante años que valiéndose de esto pueden resolver sus problemas de escasez de alimentos, y aún así no lo han hecho, por razones políticas. No podían correr el riesgo de que el Estado patrocinara a toda una nueva generación de kulaks. Hasta ahora. Pero parecería que lo han hecho, sin lanzar un anuncio formal. Y justamente ocurre que están aumentando su alistamiento militar al mismo tiempo. Yo no creo nunca en coincidencias, ni siquiera cuando me porto como un estúpido oficial de línea corriendo para cruzar una playa.

La chaquetilla del uniforme de Lowe estaba colgada en un rincón. Mientras bebía su café, Toland observó las cuatro líneas de condecoraciones. Había tres pequeñas estrellas en la cinta de servicio en Vietnam. Y una Cruz Naval. Vestido con el suéter verde oliva que usaban los oficiales de infantería de Marina, Lowe no era un hombre corpulento, y su acento del Medio Oeste lo mostraba como alguien que mira la vida con calma, casi con aburrimiento. Pero sus ojos castaños decían algo completamente distinto. El coronel Lowe ya estaba pensando igual que Toland y no sentía la menor felicidad por ello.

—Chuck, si ellos ya se están preparando para cualquier acción..., en gran escala, no pueden dedicarse solamente a unos pocos coroneles. Algo más va a empezar a aparecer. Tendrán que hacer también algún trabajo de fondo.

—Si, ésa es la próxima cosa que debemos buscar. Ayer envié un requerimiento a la AID. A partir de ahora, cuando salga el Red Star, el agregado de Moscú nos va a transmitir sus páginas por fotofacsímil vía satélite. Si ellos empiezan a hacer lo que pensamos, es seguro que saldrán en el Kraznaya Zvesda. Bob, creo que tú has abierto una muy interesante lata de gusanos, y no vas a estar solo para examinarla.

Toland terminó el café. Los soviéticos habían retirado del servicio una clase completa de submarinos de flota de misiles balísticos. Estaban participando en las conversaciones de desarme en Viena. Compraban granos en Estados Unidos y Canadá en condiciones muy favorables, permitiendo incluso que los barcos norteamericanos transportaran el veinte por ciento de la carga. ¿Concordaba todo esto con los signos que él había visto? Lógicamente no era asi, excepto en un caso específico..., y eso no era posible. ¿O si?

SHPOLA, UCRANIA.

El ruido atronador del cañón de ciento veinticinco milímetros del tanque era suficiente para ponerle a uno los pelos de punta, pensó Alekseyev, pero después de cinco horas de participar en ese ejercicio, penetraba a través de los protectores de sus oídos como un ruido sordo y resonante. Aquella mañana, la tierra había estado cubierta de hierbas y punteada de nuevos pimpollos, pero ahora era una superficie yerma de puro barro, sólo marcada por las huellas de las orugas de los tanques de batalla «T-80» y de los vehículos de combate de la infantería blindada. El regimiento había realizado tres veces el mismo ejercicio, simulando un ataque frontal de tanques e infantería montada contra un enemigo de fuerzas equivalente. Noventa cañones móviles le dieron el apoyo de fuego, junto con una batería de lanzadores de cohetes. Tres veces.

Alekseyev se volvió, se quitó el casco y los protectores de los oídos, y miró al jefe.

—¿Un regimiento de guardias de infanteria, eh, camarada coronel? ¿Soldados de élite del Ejército Rojo? Estos niños de teta no serían capaces de ser guardias de un burdel turco, ¡y mucho menos de hacer algo que valiera la pena dentro de él! ¿Y qué ha estado haciendo usted en los últimos cuatro años al frente de este circo ambulante, camarada coronel? ¡Ha hecho todo lo necesario para matar a todo su comando tres veces! ¡Sus observadores de artillería no tienen buenas posiciones! ¡Sus tanques y carros de infantería todavía no pueden coordinar sus movimientos, y los artilleros de sus tanques no han podido encontrar blancos de tres metros de altura! ¡Si hubieran sido fuerzas de la OTAN las que defendieran esa colina, usted y su comando ya estarían muertos! —Alekseyev examinó la cara del coronel; su actitud la estaba haciendo cambiar del rojo del miedo al blanco de la ira—. La pérdida de toda esa gente no es un castigo demasiado grande para el Estado, pero ese equipo es muy valioso, el combustible quemado es valioso, la munición consumida es valiosa, ¡y es valioso el tiempo que me han hecho perder! Camarada coronel, debo dejarlo ahora. Primero voy a vomitar. Después voy a volar a mi puesto de mando. Volveré. Cuando regrese, haremos de nuevo este ejercicio. Sus hombres se comportarán correctamente, camarada coronel, ¡o usted pasará el resto de su miserable vida contando árboles!

Alekseyev se alejó pisando fuerte, sin contestar el saludo del coronel. Su ayudante, un coronel de tropas blindadas, mantuvo abierta la portezuela del vehículo y luego subió detrás de su jefe.

—Están poniéndose en forma bastante bien, ¿no? —preguntó Alekseyev.

—No lo suficiente, pero han progresado mucho —comentó el coronel— Y no les quedan más que seis semanas antes de empezar a moverse hacia el Oeste.

Fue lo peor que podría haber dicho. Alekseyev se había pasado dos semanas atormentando a esa división para mejorar su alistamiento para el combate, nada más que para enterarse, el día anterior, de que la habían destinado a Alemania en vez de integrarla a su propio plan, incompleto hasta el momento, para bajar hacia Iraq e Irán. Ya le habían sacado cuatro divisiones (todas sus unidades de élite de blindados) y cada cambio del orden de batalla del comandante en jefe del Teatro Sudoeste le obligaba a modificar su propio plan para el Golfo. Un círculo interminable. Le estaban obligando a elegir unidades menos entrenadas, lo que a su vez le forzaba a dedicar más tiempo a la instrucción de las unidades y menos al plan que debería completar en otras dos semanas.

—Esos hombres van a tener seis semanas muy ocupadas. ¿Y qué piensa del comandante? —preguntó el coronel.

Alekseyev se encogió de hombros.

—Hace demasiado tiempo que está en ese puesto. Cuarenta y cinco años es mucha edad para esa clase de mando, y lee sus malditos manuales de desfile más de lo que debe, en vez de salir al campo. Pero es un buen hombre. Demasiado bueno para mandarlo a contar árboles.

Alekseyev se rió francamente. Era una expresión rusa que se usaba desde la época de los zares. Se decía que la gente exiliada en Siberia no tenía otra cosa que hacer más que contar árboles. Otra de las cosas que Lenin había cambiado. Ahora, los que estaban en el gulag tenian muchas cosas que hacer.

—Las dos últimas veces —dijo— lo hicieron lo suficientemente bien como para lograr el éxito, creo. Este regimiento va a estar listo, junto con todo el resto de la división.

USS, PHARRIS.

—Puente, aquí sonar: ¡tenemos un contacto con marcación cero nueve cuatro! —anunció una voz por el altavoz Instalado sobre el mamparo. El capitán de fragata Morris giró en su sillón para observar la reacción de su oficial de guardia en el puente.

El oficial dirigió sus binoculares hacia la zona de contacto. No había nadie allí.

—La marcación está despejada.

Morris se levantó de su sillón.

—Ordene Condición Uno Antisubmarina.

—Comprendido. Estaciones de combate.

El oficial de guardia en el puente repitió la orden. El suboficial auxiliar caminó hacia el sistema de transmisión de órdenes e hizo sonar el silbato de tres notas.

—Atención, atención, todos a estaciones de combate para guerra antisubmarina.

Después sonó el gong de alarma..., y así terminó una tranquila guardia previa al mediodía.

Morris caminó hacia popa, bajó la escalerilla hasta el CIC, Centro de Informaciones de Combate. Su oficial ejecutivo se haría cargo del buque en el puente, permitiendo que el combate controlara los sensores y las armas de la nave desde su Centro nervioso táctico. Por toda la nave corrieron los hombres a sus puestos de combate. las puertas estancas y las escotillas se colocaron en posición y ajustaron para conseguir un total aislamiento. Los grupos de control de averías tomaron sus equipos de emergencia. Sólo tardaron cuatro minutos. «*Vamos mejorando*», pensó Morris, a medida que los gritos de: «Listo en su puesto» le llegaban retransmitidos por el suboficial del CIC. Desde el momento de dejar Norfolk, cuatro días antes, se hacían en el Pharris tres llamadas diarias de alarma general, de acuerdo con lo ordenado por el comandante de las fuerzas navales de superficie en el Atlántico. Nadie lo había confirmado; pero Morris suponía que la información de su amigo habia pateado un hormiguero. Los ejercicios de entrenamiento se habían duplicado, y las órdenes para el incremento de actividades tenían un grado de secreto tan alto que jamás se habia visto. Y lo más notable era que los periodos de instrucción intensificada iban a coincidir con los programas de mantenimiento, algo que no se dejaba de lado muy fácilmente.

—¡Todas las estaciones informan listas en sus puestos! —comunicó al fin el suboficial— Condición Zebra establecida en todo el buque.

—Muy bien —respondió el oficial de acción táctica.

—El informe, teniente —ordenó Morris.

—Señor, los radares de navegación y búsqueda están encendidos y en espera y el sonar en modo pasivo —replicó el OAT— El contacto parece un submarino que ha subido al schnorkel.[12] Apareció de pronto con claridad. Estamos haciendo un seguimiento de análisis de traslación del blanco. Su marcación va cambiando de proa a popa, y bastante rápido además. Es todavía muy pronto para estar seguros, pero todo hace suponer que está buscando un rumbo recíproco, probablemente a no más de diez millas.

—¿Informaron ya el contacto a Norfolk?

—Esperamos su orden.

—Muy bien. Vamos a ver si somos capaces de ganar este ejercicio, teniente.

[12] Dispositivo para tomar aire por sobre el nivel del agua.

Antes de que transcurrieran quince minutos, el helicóptero del Pharris estaba lanzando sonoboyas sobre el submarino, y la fragata lo castigaba con sus poderosas emisiones del sonar activo. No cesaría hasta que el submarino soviético admitiera la derrota volviendo a profundidad de schnorkel..., o hasta que consiguiera evadirse de la fragata, lo que significaría una pésima nota en el cuaderno de Morris. El objetivo de este ejercicio no letal era bastante sucio: quebrar la confianza del comandante del submarino en su buque, en su dotación..., y en si mismo.

USS, CHICAGO.

Estaban a mil millas de la costa, con rumbo noroeste y navegando a veinticinco nudos. La tripulación se sentía decididamente desdichada, aunque todos ellos habían pasado ya antes por eso. Lo que debía haber sido una estancia de tres semanas en Norfolk quedó reducida a ocho días, una amarga píldora después de un largo primer crucero. Habían interrumpido viajes y vacaciones. Algunas tareas de mantenimiento menor, que supuestamente debieron efectuarse en tierra con los técnicos especialistas, se realizaban ahora durante las veinticuatro horas con los propios tripulantes. McCafferty comunicó a la tripulación las órdenes que le habían entregado selladas, dos horas después de la inmersión; llevar a cabo durante dos semanas ejercicios intensivos de seguimientos y prácticas con torpedos, y continuar después hasta el mar de Barents para proseguir trabajos de reunión de inteligencia.

7. OBSERVACIONES INICIALES.

NORFOLK, VIRGINIA.

Toland esperaba que su uniforme se hallase preparado. Eran las seis y media de la mañana de un miércoles, y él estaba levantado desde las cuatro ensayando su presentación y maldiciendo al comandante en jefe del Atlántico por ser un madrugador que probablemente quería ir a jugar al golf después de almorzar. Él pasaría la tarde como lo había hecho desde hacía varias semanas, examinando interminables documentos de Inteligencia y copias de publicaciones soviéticas en el cuchitril de Intenciones, a medio edificio de distancia.

La sala de reuniones de almirantes parecía un mundo diferente del resto de ese edificio de mal gusto; pero no era de sorprender. A los almirantes les gustaban sus comodidades. Bob hizo un viaje rápido al cercano cuarto de baño para eliminar el efecto de haber bebido demasiado café a fin de mantenerse despierto. Cuando volvió, los almirantes ya estaban entrando. Intercambiaron saludos, pero no hubo bromas, ninguno de los chistes que podían esperarse a esa hora de la mañana. Los oficiales cogieron sus sillones de cuero por orden de antigüedad. Los pocos que fumaban tenían ceniceros. Cada uno disponía de una agenda. Los camareros llevaron varias jarras de café, crema y azúcar en bandejas de plata; después se retiraron. las tazas ya estaban en su lugar. Cada uno de los oficiales se sirvió una como parte del ritual de la mañana. El comandante en jefe hizo una seña a Toland.

—Buenos días, caballeros. Hace aproximadamente un mes fueron enjuiciados en un consejo de guerra y ejecutados por falsificar datos en sus informes sobre entrenamiento y alistamiento de sus unidades cuatro coroneles del Ejército Soviético, todos ellos comandantes de regimientos en divisiones mecanizadas —comenzó Toland, explicando el significado de esto—. A principios de esta semana, Kraznava Zvesda, Red Star, el diario de las Fuerzas Armadas soviéticas, publicó la ejecución de cierta cantidad de soldados del Ejército soviético. Excepto dos de ellos, los demás se hallaban en el periodo de los seis meses finales de incorporación, y a todos se les acusó de desobedecer las órdenes de sus sargentos. ¿Por qué esto es significativo?

»Desde hace mucho tiempo se le reconoce al Ejército ruso su férrea disciplina; pero, como en muchos Otros aspectos de la Unión soviética, no todo es del modo que parece. Un sargento del Ejército soviético no es un soldado profesional, como en la mayor parte de los ejércitos. Originariamente es un recluta, igual al resto de los soldados, elegido al comenzar su periodo de incorporación para que realice un entrenamiento especial; la selección se efectúa basándose en su inteligencia, confiabilidad política o presumibles aptitudes para el mando. Lo envían a un duro curso de seis meses para convertirlo de inmediato en sargento y enviarlo después de regreso a su unidad operativa. En realidad, tiene tan poca experiencia práctica como sus subordinados y su superioridad en materia de conocimientos sobre armas y tácticas es muy reducida y no existen las diferencias mucho más acentuadas entre los sargentos y la tropa propias de los ejércitos de Occidente. »Por este motivo, el verdadero orden jerárquico en las formaciones terrestres soviéticas no deriva necesariamente del grado, sino de su tiempo en servicio. Los soviéticos incorporan sus hombres a filas dos veces al año, en diciembre y en junio. Como la duración normal del servicio es de dos años, vemos que en cualquier formación hay cuatro «clases»: la más baja está en su primer período de seis meses, y la más alta, en el cuarto. Los jóvenes que tienen una posición efectiva en una compañía de infantería soviética son los que se encuentran en el último período de seis meses. Típicamente piden y obtienen lo mejor, o por lo menos la mayor cantidad de alimentos, uniformes y asignaciones de trabajo. Y típicamente evitan la autoridad de los suboficiales de la compañía. De hecho, las órdenes les llegan directamente de los oficiales, no del sargento encargado de los pelotones y secciones, y las cumplen generalmente sin prestar mayor atención a lo que nosotros consideramos disciplina militar convencional en el nivel de suboficiales. Como pueden

imaginarse, esto introduce una enorme tensión sobre los jóvenes oficiales y, en muchas formas, obliga a vivir a esos oficiales aceptando ciertas cosas que claramente no les gustan ni pueden gustarles.

—Usted está diciendo que sus formaciones militares operan bajo el principio de la anarquía organizada —observó el comandante de la flota de choque del Atlántico—. No ocurre lo mismo con su Marina de guerra. De eso estoy más que seguro.

—Es verdad, señor. Según sabemos, sus marineros permanecen incorporados durante tres años en vez de dos, y su situación, si bien es similar, presenta muchas diferencias con las del Ejército soviético. Y parecería que esta situación está finalizando también en él; que la disciplina en las subunidades empieza a ser restablecida rápida y vigorosamente.

—¿Cuántos soldados fueron los ejecutados? —preguntó el general comandante de la segunda división de infantería de Marina.

—Once, señor, detallados en una lista con nombre y unidad. Esa información se halla en sus carpetas. La mayoría de ellos estaban en su «cuarta clase», es decir, en los últimos seis meses de su período de incorporación.

—El artículo que usted leyó, ¿llegaba a determinadas conclusiones? —preguntó el comandante en jefe del Atlántico.

—No, almirante. En la Unión soviética existe una regla no escrita para las publicaciones, tanto militares como civiles: que se puede criticar, pero no generalizar. Eso significa que las faltas y errores individuales se pueden identificar y castigar sin restricciones; pero, por razones políticas, es inaceptable hacer críticas generales aplicables a toda una institución. Porque una crítica que señalara alguna condición expandida en todas partes, estaria criticando ipso facto a la sociedad soviética como un todo y, por lo tanto, al Partido Comunista, que supervisa la totalidad de la vida soviética. Es una diferenciación sutil, pero para ellos filosóficamente importante. En realidad, cuando se menciona a los malhechores individuales, se está criticando al sistema como un todo, pero en una forma políticamente aceptable. Ese artículo es una señal para cada oficial, suboficial y soldado de las fuerzas armadas soviéticas: los tiempos están cambiando. La pregunta que nos hacemos en Intenciones es: ¿por qué?

»Parecería que éste no es un caso aislado en el que se aprecie que los tiempos están cambiando. —Toland encendió un proyector y colocó en su lugar un gráfico—. Dentro de la Marina de guerra soviética, los disparos reales de misíles en superficie han aumentado en un setenta y cinco por ciento con respecto al año anterior; no es la Cifra más alta de todos los tiempos; pero, como ustedes pueden ver en este gráfico, está bastante cerca de ella. El despliegue de Submarinos, especialmente el que se refiere a submarinos díesel, se ha reducido; y los informes de Inteligencia nos dicen que hay un número excepcionalmente grande de submarinos en los astilleros, para lo que parece ser mantenimiento de rutina, aunque no programado. Tenemos razones para creer que esta situación se relaciona con una escasez de baterías de minio generalizada en todo el país. Parece probable que estén remplazando las baterías de todos los submarinos soviéticos, y que la producción normal de baterías se está derivando a los segmentos militarmente importantes de la economía soviética.

»También hemos notado niveles de actividad más altos en las fuerzas navales soviéticas de superficie, en las unidades de aviación naval y otras formaciones de aviones de largo alcance, así como una intensificación en ejercicios con armas. Finalmente, ahora son más prolongados los períodos en que los elementos combatientes de superficie se encuentran fuera de sus bases. Aunque las cifras en días no representan más que un pequeño aumento, los planes operativos son diferentes de los que hemos observado siempre. En vez de navegar de uno a otro punto y fondear, sus buques de combate de superficie parecen estar realizando ejercicios más realistas. Lo habían hecho antes, pero nunca sin anunciarlo.

»En resumen, lo que estamos viendo en la Marina de guerra soviética es una retirada en lo general, acompañada de una intensificación en el ritmo de los ejercicios reales que se están

realizando. Si unimos esto a lo que vemos en el Ejército soviético y en la fuerza aérea, parecería que sus preparativos militares se están acelerando en todos los campos. Al mismo tiempo que proponen reducciones de las armas nucleares estratégicas, sus fuerzas convencionales mejoran rápidamente su capacidad para empeñarse en operaciones de combate. Nosotros, en Intenciones, consideramos esta combinación de factores como potencialmente peligrosa.

—A mí me parece un poco vago y confuso —dijo un almirante que mordía su pipa—. ¿Cómo se puede esperar que convenzamos a alguien de que esto significa algo?

—Una buena pregunta, señor. Cualquiera de estos indicadores considerado en forma aislada aparecería completamente lógico en sí mismo. Lo que a nosotros nos preocupa es por qué están ocurriendo todos al mismo tiempo. El problema de la utilización del potencial humano en el área militar soviética ha subsistido durante varias generaciones. El problema de las normas de entrenamiento y el de la integridad en sus cuerpos de oficiales tampoco es exactamente nuevo. Lo que me interesó mucho fue el asunto de las baterías. Estamos presenciando el comienzo de lo que puede ser una importante desorganización dentro de la economía soviética. Los rusos planifican todo en forma centralizada en su economía, y sobre una base política. La principal fábrica de baterías está trabajando con tres turnos diarios en vez de los dos normales, de modo que la producción ha aumentado, pero el abastecimiento a la economía civil ha descendido. De todas maneras, almirante, usted tiene razón. Aisladamente, estas cosas no significan absolutamente nada. Sólo cuando se analizan en forma combinada vemos algo como para preocuparnos.

—Pero usted está preocupado —dijo el comandante en jefe.

—Sí, señor.

—Yo también, —dijo—. ¿Y qué otra cosa está haciendo al respecto?

—Hemos solicitado a SACEUR[13] que nos haga notificar cualquier cosa que les parezca fuera de lo habitual en las actividades actuales del grupo de las fuerzas soviéticas en Alemania. Los noruegos han incrementado sus observaciones en el mar de Barents. Estamos empezando a tener acceso a fotografías de satélites de los puertos y bases de la flota. La AID ha recibido información sobre nuestros datos y está llevando su propia investigación. Comienzan a aparecer más piezas e indicios.

—¿Y qué hay de la CIA?

—La AID nos está arreglando eso a través de su jefatura en Arlington Hall.

—¿Cuándo inician ellos sus maniobras de primavera? —Preguntó el comandante en jefe del Atlántico.

—Señor, el ejercicio anual de Primavera del Pacto de Varsovia, al que este año llaman Progreso, está programado para dentro de tres semanas. Existen indicaciones de que, para mantener el espíritu de la entente, los soviéticos van a invitar a representantes militares de la OTAN a fin de que observen todo lo que hacen, y también a gente de la Prensa de Occidente...

—Les diré lo que asusta un poco en todo esto —gruñó el comandante de las fuerzas navales de superficie en el Atlántico—. De repente han empezado a hacer lo que siempre les hemos pedido que hagan.

—Trate de convencer de eso a los diarios —sugirió el comandante de las fuerzas aeronavales en el Atlántico.

—¿Recomendaciones? —preguntó a su oficial de operaciones el comandante en jefe.

---

[13] Supreme Allied Commander Europe = Comandante Supremo Aliado en Europa

—También nosotros estamos ya cumpliendo programas de entrenamiento y bastante activos. No creo que haga mal a nadie fortalecernos un poco. Toland, usted dijo que fue el asunto de las baterías lo que más lo inquietó por sus efectos sobre la economía civil. ¿Está investigando otros derrumbes económicos?

—Sí, señor, estamos haciéndolo. Eso se halla dentro del ámbito de la AID, y mi contacto en Arlington Hall también ha pedido a la CIA que efectúe algunos otros controles. Si me permiten ampliar algo sobre este punto, señores, la economía soviética se conduce en forma centralizada, como dije antes. Los planes industriales que tienen son sumamente rígidos. No se desvían de ello porque sí, ya que esas desviaciones tienden a provocar un efecto de onda sobre la economía en su totalidad. «Derrumbe» puede ser una palabra demasiado fuerte por ahora...

—Usted sólo tiene una sucia sospecha —dijo el comandante en jefe—. Muy bien, Toland, para eso le pagamos. Buena exposición.

Bob tomó sus papeles y salió. Los almirantes se quedaron para continuar hablando del tema.

Fue un alivio marcharse. Si bien le gustaba tener la atención en el microscopio, eso podía envejecer a uno con increíble rapidez. Caminó por un pasadizo cubierto para regresar a su edificio, y observó a los que llegaban tarde buscando lugar para estacionar sus coches. El césped estaba poniéndose cada vez más verde. Un grupo de civiles trabajaba cortándolo y fertilizando. Los arbustos ya empezaban a crecer, y Toland esperaba que los dejaran expandirse un poco antes de empezar a podarlos de nuevo, Norfolk podía ser muy agradable en primavera, él lo sabía, con la fragancia de las azaleas imponiéndose en el aire cargado de sol. Se preguntó si en verano sería también agradable.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Chuck.

Toland se quitó la chaquetilla y permitió que sus rodillas cedieran teatralmente frente al infante de Marina.

—Bastante bien. Nadie me cortó la cabeza.

—Yo no quise preocuparte de entrada, pero allí dentro hay gente famosa por hacer eso. Dicen que lo que más le gusta para desayuno al comandante en jefe es capitán de fragata frito con una guarnición de capitán de corbeta cortado en daditos.

—Gran sorpresa. ¿Es un almirante, verdad? Yo he hecho exposiciones antes, Chuck.

Los infantes de Marina pensaban que todos los marinos eran unos aduladores presumidos, recordó Toland para sus adentros. No tenía sentido dar pie a que Chuck tuviera ese concepto.

—¿Algunas conclusiones?

—El jefe de operaciones del comando en jefe habló de identificar los programas de instrucción. Después de eso me autorizaron a retirarme.

—Bien. Hoy deberíamos tener varias tomas de satélites un poco más tarde. Desde Langley y Arlington nos han llegado algunas preguntas. Nada firme todavía..., pero creo que deben de estar tropezando con algunas informaciones extrañas. Si resulta que tenías razón, Bob..., bueno, tú sabes cómo son las cosas.

—Seguro. Alguien que esté más cerca de Washington hará el descubrimiento. Mierda. Eso no me importa, Chuck; ¡yo quiero estar equivocado! Quiero que todo este maldito lío explote y se desinfle, así podré irme a mi casa y jugar en el jardín.

—Bueno, tal vez tenga algunas buenas noticias para ti. Conectamos nuestro televisor a un nuevo receptor de satélites. Hablé con los tipos de comunicaciones para que nos hicieran una derivación con la televisión rusa para captar sus noticias de la noche. No sacaremos nada muy importante, pero es una buena manera de tantear situaciones y estados de ánimo. Estuve

probando antes de que llegaras y me encontré con que Iván está realizando un festival cinematográfico con todos los clásicos de Sergei Eisenstein. Esta noche, El acorazado Potemkin; después siguen todas las otras y termina el 30 de mayo con Alexander Nevsky.

—¿Ah, sí? Yo tengo grabada Nevsky en vídeo.

—Bueno, ellos tomaron los negativos originales, los llevaron en avión a «EMI», en Londres, para hacer las matrices digitales y luego volvieron a grabar el original de Prokofiev en sistema «Dolby». Vamos a registrar cintas. ¿Tu máquina es VHS o Beta?

—VHS —rió Toland— Puede ser que este trabajo ofrezca algunas pocas diversiones después de todo. Bueno, ¿qué material nuevo tenemos?

Lowe le alcanzó una carpeta de documentos de veinte centímetros de espesor. Era hora de volver al trabajo. Toland ocupó su sillón y empezó a revisar los papeles.

KIEV, UCRANIA.

—Las cosas se presentan mejor, camarada —Informó Alekseyev— La disciplina ha mejorado muchísimo en el cuerpo de oficiales. El ejercicio con el 2611 de infantería salió muy bien esta mañana.

—¿Y el 173 de infantería? —preguntó el comandante del Sudoeste.

—Ellos también necesitan trabajar más, pero estarán listos a tiempo —respondió Alekseyev confiado— Los oficiales están actuando como oficiales. Ahora tenemos que conseguir que los soldados actúen como soldados. Lo veremos cuando comience Progreso. Tenemos que hacer que nuestros oficiales se aparten de la acostumbrada coreografía rígida y busquen libretos más realistas para el combate. Podemos usar el ejercicio Progreso para identificar a los líderes incapaces de adaptarse a una verdadera situación de guerra y sustituirlos por hombres más jóvenes que sí pueden.

Se sentó al otro lado del escritorio de su comandante. Alekseyev calculaba que tenía un mes de atraso en sus horas de sueño.

—Parece cansado, Pasha —observó el comandante.

—No, camarada general, no he tenido tiempo de cansarme —rió Alekseyev—. Pero si hago un viaje más en helicóptero creo que me van a crecer alas.

—Pasha, quiero que se vaya a su casa y no vuelva en veinticuatro horas.

—Yo...

—Si usted fuera un caballo —observó el general—, ya se habría caído agotado. Es una orden de su comandante en jefe: veinticuatro horas de descanso. Preferiría que las pasara todas durmiendo, pero eso es cosa suya. Piénselo Pavel Leonidovich. Si estuviésemos ya empeñados en operaciones de combate, usted estaría más descansado..., lo requieren los reglamentos; una dura lección de nuestra última guerra con los alemanes. Yo necesito su talento sin mella, y si usted se exige demasiado ahora, ¡no servirá para nada cuando realmente me haga falta! Lo espero mañana a las cuatro para revisar nuestro plan del golfo Pérsico. Ya estará despejado y como nuevo.

Alekseyev se puso de pie. Su jefe era un viejo oso gruñón, tal como lo había sido su padre. Y un soldado de soldados.

—Que se lea en mi legajo que obedezco todas las órdenes de mi comandante en jefe.

Ambos hombres rieron. Lo necesitaban. Alekseyev abandonó la oficina y bajó las escaleras hasta su automóvil oficial. Cuando éste llegó al edificio de apartamentos, a pocos kilómetros de allí, el conductor tuvo que despertar a su general.

USS, CHICAGO.

—Procedimientos de aproximación cercana —ordenó McCafferty.

Hacía dos horas que venía siguiendo un buque de superficie, desde que los hombres del sonar lo detectaron a una distancia de cuarenta y cuatro millas. La aproximación se estaba efectuando solamente con sonar y, cumpliendo órdenes del comandante, sonar no había informado al grupo de control de fuego qué estaban siguiendo. Por el momento, todo contacto de superficie era tratado como un buque de guerra hostil.

—Distancia tres cinco cero cero —informó el oficial ejecutivo—. Marcación uno cuatro dos, velocidad dieciocho nudos, rumbo dos seis uno.

—¡Periscopio arriba! —ordenó McCafferty. El periscopio de ataque se deslizó subiendo dentro de su pozo en el lado de estribor del pedestal. Un suboficial se puso detrás del instrumento, colocó las empuñaduras en su sitio y lo hizo girar hasta la marcación anunciada. El comandante apuntó la cruz de la mira sobre la proa del blanco.

—Marcación..., ¡ya! El suboficial apretó el botón correspondiente transmitiendo la marcación a la computadora «MK-117» de control de fuego.

—Angulo en la proa, estribor veinte.

El técnico de control de fuego oprimió la tecla dando entrada en la computadora al dato recibido. Los microchips computaron rápidamente distancias y ángulos.

—Solución dada. ¡Listo para tubos tres y cuatro!

—Está bien. —McCafferty dio un paso atrás apartándose del periscopio y miró al oficial ejecutivo— ¿Quiere ver lo que hundimos?

—¡Maldito! —El ejecutivo rió y bajó el periscopio—. ¡Aléjate, Otto Kretchrner!

McCafferty tomó el micrófono del intercomunicador, que llevaría su voz a todos los altavoces instalados en el submarino.

—Les habla el comandante. Acabamos de completar el ejercicio de seguimiento. para el que le interese, el barco que acabamos de «hundir» es el Universe Ireland, un petrolero supergrande, de trescientas cuarenta mil toneladas. Eso es todo.

Volvió a colocar el micrófono en su soporte.

—¿La crítica, oficial ejecutivo?

—Fue demasiado fácil, jefe —respondió éste— Su rumbo y velocidad eran constantes. Podríamos habernos ahorrado cuatro o cinco minutos en el análisis de traslación del blanco después que lo detectamos, pero nosotros estábamos esperando un curso en zigzag en vez de constante. Yo creo que es mejor proceder así con un blanco lento. Diría que las cosas se hicieron bastante bien.

McCafferty manifestó su acuerdo asintiendo. Un blanco de alta velocidad como un destructor podría muy bien enfrentarlos y dirigirse hacia ellos. Los lentos irían probablemente alterando su rumbo, en condiciones de tiempo de guerra.

—Ya estamos llegando —dijo el comandante y miró a los integrantes del grupo de control de fuego—. Han estado muy bien. Sigan así.

La próxima vez, pensó McCafferty*, dispondría que el sonar no informara sobre el blanco hasta que no estuvieran realmente cerca*. Entonces podría ver y medir la rapidez con que sus hombres manejaban su encuentro relámpago. Hasta entonces resolvió ordenar una serie agotadora de prácticas de combate simuladas en computadora.

NORFOLK, VIRGINIA.

—Ésas son baterías. Muy bien, está confirmado.

Lowe le tendió las fotografías de satélite. Se veían numerosos camiones, y aunque la mayoría de ellos tenían cubierta con lonas su caja de carga, otras habían quedado expuestas al satélite de gran altura. Lo que contempló eran las formas de bañera de las celdas de baterías super grandes, y muchos marineros que las llevaban a mano a través del muelle.

—¿Qué tiempo tienen estas fotos? —preguntó Toland.

—Dieciocho horas.

—Hubieran sido útiles esta mañana —comentó el oficial joven— Parecen tres Tangos amarrados juntos. Estos camiones son de diez toneladas. Yo cuento nueve. Estoy averiguando: cada celda individual de batería pesa, vacía, doscientos dieciocho kilos...

—¡Oh! ¿Cuántas hacen falta para llenar un submarino?

—¡Muchas! —sonrió Toland— Eso no lo sabemos con exactitud. Me dieron cuatro estimaciones distintas, con un treinta por ciento de diferencia. De cualquier manera, es probable que no sean las mismas en uno y otro buque. Cuanto más obtienes de un diseño, mayor es la tentación de andar perdiendo el tiempo con él. Eso es lo que hacemos. —Toland levantó la vista—. Necesitamos mayor acceso a estas fotos.

—Ya me he ocupado. De ahora en adelante estaremos en la lista de distribución de todas las fotografías de instalaciones navales. ¿Qué piensas de la actividad en los buques de superficie?

Toland levantó los hombros. las fotografías mostraban alrededor de una docena de naves de combate de superficie, desde cruceros hasta corbetas. Todas tenían las cubiertas llenas de cables y cajones; se veían también gran número de hombres.

—No se puede saber mucho viendo esto. No hay grúas, de modo que no deben de estar cargando nada grande ni pesado; pero las grúas también se pueden mover. Ése es el problema con los buques. Todo lo que necesitas conocer está bajo cubierta. Lo único que podemos saber de estas fotos es que están amarrados juntos. Cualquier otra cosa es pura suposición. Aun con los mismos submarinos..., sólo deducimos que están cargando baterías a bordo.

—Vamos, Bob —dijo Lowe con un bufido.

—Piénsalo, Chuck —replicó Toland—. Ellos saben para qué son nuestros satélites, ¿no es cierto? Están enterados de cuáles son sus pasajes orbitales y de cuándo estarán en determinado punto en el espacio. Si realmente quieren engañarnos, ¿es tan difícil? Si tu misión fuera engañar satélites y supieras cuándo vienen, ¿no crees que podrías jugar con la cabeza de los otros? Dependemos demasiado de estas cosas. Es cierto que son más útiles que el diablo, pero tienen sus limitaciones. Sería bueno aportar algo de inteligencia humana sobre esto.

POLYARNYY, URSS.

—Qué extraño es estar observando a un tipo mientras vuelca cemento en el interior de un buque —observó Flynn en el viaje de regreso a Múrmansk. Nadie le había hablado nunca de lastre.

—¡Ah, pero puede ser algo hermoso! —exclamó su acompañante, un capitán de corbeta de la Marina de guerra soviética—. ¡Si pudieran hacer lo mismo las Marinas de ustedes!

Flynn y Calloway notaron cómo estaban manejando cuidadosamente al pequeño grupo de periodistas que habían autorizado a situarse en un muelle para presenciar la neutralización de los dos primeros submarinos de misiles balísticos de la clase «Yankee». Los fueron llevando de un lado a otro en grupos de dos o tres; cada grupo con un oficial naval y un chófer. Difícilmente podrían haberlos sorprendido, por supuesto. En cambio, ambos hombres estaban asombrados de que les hubieran permitido siquiera entrar en una base tan restringida.

—Es una lástima que su presidente no haya autorizado a un grupo de oficiales norteamericanos para que observen esto —continuó el acompañante.

—Sí, en eso tengo que coincidir con usted, capitán —asintió Flynn.

La nota periodística podría haber sido mucho mejor. Tal como habían ido las cosas, un oficial sueco y otro indio, ninguno de ellos submarinista, se habían acercado para una mejor visión de lo que los periodistas llamaron la «ceremonia del cemento», e informaron vagamente después que sí, que se había volcado cemento en el interior de cada tubo de lanzamiento de misiles de los dos submarinos. Flynn había tomado el tiempo a la duración de cada vuelco, y controlaría algunas cosas cuando volviera. ¿Cuál era el volumen de cada tubo de misiles? ¿Cuánto cemento hacía falta para llenarlo? ¿Cuánto tiempo se tardaba en echar todo el cemento?

—Pero aun así, capitán —concluyó—, no puede negarme que la respuesta norteamericana a la posición de negociación de su país ha sido muy positiva.

William Calloway siguió todo esto con suma tranquilidad, mirando por la ventanilla del coche. Había trabajado como periodista en el servicio de radiogramas durante la guerra de las islas Malvinas, pasando mucho tiempo con la Marina real, tanto embarcado como en los astilleros navales; observando entonces los preparativos para enviar al Sur la flota de la reina. Ahora estaban pasando junto a los muelles y áreas de trabajo correspondientes a varios buques de guerra de superficie. Algo raro había allí, pero no podía ver exactamente qué. Lo que Flynn no sabía era que su colega trabajaba a menudo informalmente con el servicio secreto de Inteligencia británico. Nunca en funciones demasiado delicadas, ya que era un corresponsal, no un espía; pero, como muchos periodistas, era un hombre astuto y observador, cuidadoso de no perder cosas que luego los editores no permitirían que colmaran demasiado una nota. Ni siquiera sabía quién era el jefe de estación (de Inteligencia) en Moscú, pero él podía informar sobre todo esto a un amigo en la Embajada de Su Majestad. La información hallaría su camino hasta la persona indicada.

—¿Y qué piensa nuestro amigo inglés acerca de los astilleros soviéticos? —inquirió el capitán con una amplia sonrisa.

—Mucho más modernos que los nuestros —replicó Calloway— Y tengo entendido que aquí no hay sindicatos en los puertos. ¿No es así, capitán?

El oficial rió.

—No tenemos necesidad de gremios en la Unión Soviética. Aquí los trabajadores ya son dueños de todo.

Era la actitud típica del partido, notaron ambos periodistas. Por supuesto.

—¿Usted es oficial de submarinos? —preguntó el inglés.

—¡No! —exclamó el capitán, y lanzó una carcajada que hizo pensar a Flynn: «Los rusos saben reír cuando quieren»—. Yo soy de las estepas. Me gusta el cielo azul y los amplios horizontes. Tengo gran respeto por mis camaradas de los submarinos, pero no deseo unirme a ellos.

—Yo siento exactamente lo mismo, capitán —coincidió Calloway—. Nosotros, los británicos maduros, gozamos en nuestros parques y jardines. ¿Qué clase de marino es usted?

—Ahora estoy destinado en tierra, pero mi último barco fue el Leonid Brezhnev, un rompehielos. Hacemos cierto trabajo de vigilancia y abrimos paso a los mercantes desde la costa del Artico al Pacífico.

—Seguramente es un trabajo que exige mucho —dijo Calloway—, y además peligroso.

«Sigue hablando, muchacho.»

—Requiere precauciones, sí; pero nosotros los rusos estamos acostumbrados al frío y al hielo. Es una tarea que enorgullece, ayudar al crecimiento económico del país.

—Yo no podría nunca ser marino —continuó Calloway, y vio una curiosa mirada en los ojos de Flynn: «Al diablo que no podrías ... »—. Demasiado trabajo, aun estando en puerto. Como ahora. ¿Están siempre tan atareados en sus astilleros como en este momento?

—Ah, esto no es estar atareados —dijo el capitán sin pensarlo mucho.

El hombre de «Reuter» asintió. Los buques estaban atestados, pero la actividad no era tanta como para guardar relación con eso. No se veía demasiada gente moviéndose de un lugar a otro. Muchas grúas se hallaban inmóviles, Los camiones, estacionados. Pero los buques de guerra de superficie se encontraban colmados como si... Consultó su reloj. las tres y media. Difícilmente habría concluido la jornada de trabajo.

—Un gran día para la détente Este—Oeste —dijo para disimular Sus sentimientos—. Un hecho muy importante que Pat y yo podremos contar a nuestros lectores—. Ya es hora de que tengamos una paz verdadera.

—Eso es bueno. —El capitán sonrió otra vez.

Los corresponsales llegaron de regreso a Moscú cuatro horas después, al término del incómodo vuelo —como siempre— en un jet de «Aeroflot», con sus asientos dignos de Torquemada. Los dos periodístas caminaron hacia el automóvil de Flynn, pues el de Calloway estaba con problemas mecánicos. Protestaba por haber obtenido un automóvil soviético en vez de llevar su «Morris» con él. Pero era absolutamente imposible conseguir repuestos.

—¿Una buena nota la de hoy, eh, Patrick?

—Ya lo creo. Aunque me habría gustado poder tener una o dos fotografías.

Les habían prometido algunas tomas de la cceremonia del cemento», sacadas por «Sovieto».

—¿Qué te pareció el astillero?

—Bastante grande. una vez pasé el día en Norfolk. Todos se me antojan iguales.

Calloway asintió pensativo. Es verdad que los astilleros dan la sensación de ser todos iguales, razonaba, pero ¿por qué? ¿Polyarnyy parecía extraño? ¿Era su desconfiada mente de periodista? La pregunta constante era: ¿Qué está escondiendo? Pero los soviéticos nunca le habían permitido entrar en una base naval, y éste era su tercer o cuarto viaje a Moscú. Había estado antes en Múrmansk. Cierta vez había hablado con el alcalde y le preguntó si el

personal naval no afectaba su administración de la ciudad. Siempre se veían uniformes en las calles. El alcalde había intentado evadir la pregunta, y finalmente dijo:

—No hay nada de marina en Múrmansk.

Una típica respuesta rusa a una pregunta embarazosa..., pero ahora, en cambio, permitían entrar a una docena de periodistas occidentales en una de sus bases más restringidas. Con lo que querían demostrar que no tenían nada que ocultar. ¿O sí? Después de completar el trabajo con su nota, Calloway resolvió que iría a tomar un coñac con su amigo en la Embajada. Además, había una recepción para celebrar algo.

Llegó a la Embajada, en Morisa Toreza Embanknient, al otro lado del río frente a las murallas del Kremlin, poco después de las nueve de la noche. Terminó bebiendo cuatro copas de coñac. Cuando iba por la cuarta, el corresponsal señalaba en un mapa la base naval, usando su entrenada memoria, e indicaba exactamente qué actividad había visto y dónde. Una hora después, la información estaba cifrada y transmitida a Londres por radio.

8. NUEVAS OBSERVACIONES.

GRASSAU, REPúBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

El personal técnico del informativo de televisión se divertía en grande. Hacía años que no se les permitía filmar una unidad militar soviética en acción, y el valor como entretenimiento Y de los errores que estaban presenciando daba un especial atractivo al comentario que aparecía en el noticiario nocturno de la «NBC». Mientras seguían observando, un batallón de tanques se hallaba atascado en un cruce de carreteras sobre la autopista 101, cincuenta kilómetros al sur de Berlín. Habían doblado erróneamente en alguna parte, y el comandante del batallón estaba gritando enfurecido a sus subordinados. Después de dos minutos de hacerlo, un capitán dio un paso al frente y señaló repetidas veces el mapa. Un mayor fue obligado a retirarse de la escena cuando, aparentemente, el oficial más joven resolvió el problema. La cámara siguió al oficial expulsado hasta un automóvil de servicio que partió hacia el Norte por la carretera principal. A los cinco minutos, el batallón se encontraba de nuevo en marcha. El equipo técnico del noticiero se tomó unos minutos para cargar los materiales en el trailer especial, y el jefe de los periodistas aprovechó el tiempo para acercarse caminando a un oficial francés que había observado también el procedimiento.

El francés era miembro del grupo militar conjunto de enlace, un conveniente organismo procedente de la Segunda Guerra Mundial, que permitía a ambos bandos espiar al otro. Era un hombre delgado de rostro imperturbable, que llevaba puesto un emblema de paracaidista y fumaba «Gauloises». Naturalmente, era un oficial de Inteligencia.

—¿Qué opina de esto, mayor? —preguntó el periodista de la «NBC».

—Se equivocaron cuatro kilómetros atrás. Tendrían que haber doblado a la izquierda, pero no lo hicieron.

Y se encogió de hombros al estilo galo.

—Una actuación no muy brillante para los rusos, ¿no? —rió el periodista.

El francés estaba más pensativo.

—¿Se ha dado cuenta de que llevaban un oficial alemán con ellos?

El periodista había notado un uniforme distinto, pero no comprendió su significado.

—¡Ah! ¿Era eso? ¿Por qué no le pidieron ayuda a él?

—Sí —contestó el mayor francés. No dijo que ésa era la cuarta vez que veía a un oficial soviético contenerse de pedir ayuda a su guía de Alemania del Este.... y tan sólo en los dos últimos días. Que las unidades soviéticas se perdieran era una vieja historia. Los rusos usaban un alfabeto distinto, además del ídioma distinto. Eso determinaba que se cometieran fácilmente errores en los traslados, y los soviéticos siempre llevaban oficiales de la República Democrática Alemana para que les ayudaran a orientarse. Hasta ahora. El francés lanzó su cigarrillo al camino:

—¿Qué otra cosa le llamó la atención, Monsieur?

—El coronel estaba muy enojado con ese mayor. Después, un capitán, creo, les mostró el error, me parece, y cómo corregirlo.

—¿Cuánto tardó?

—Menos de cinco minutos después de que se detuvieron.

—Muy bien.

El francés sonrió. El mayor estaba en camino de regreso a Berlín, y ese batallón tenía ahora un nuevo oficial de operaciones. La sonrisa desapareció.

—Parece bastante estúpido haberse perdido así, ¿no?

El francés volvió a su automóvil para seguir a los rusos.

—¿Usted se ha perdido alguna vez en un país extranjero, Monsieur?

—Sí, ¿y quién no?

—Pero ellos descubrieron su error con mucha rapidez, ¿no?

El mayor hizo seña a su chófer para que partiera. Y una vez ellos solos, pensó: «*Intéresant...*»

El periodista de televisión se encogió de hombros Y caminó en dirección a su propio vehículo. Siguió al último tanque de la columna, molesto porque no superaban los treinta kilómetros por hora en su avance. Se dirigieron hacia el Noroeste a esa velocidad hasta que llegaron a la autopista 187, donde milagrosamente se unieron a otra unidad soviética y, volviendo a su velocidad normal de veinte kilómetros por hora, reanudaron el avance hacia el Oeste, en dirección a la zona de ejercicio.

NORFOLK, VIRGINIA.

Era impresionante. En el programa de noticias de la televisión de Moscú, que estaban observando, un regimiento completo de tanques se desplazaba atravesando una llanura. Su objetivo quedó convertido en una extensa nube de polvo cuando el ataque de la artillería batió las posiciones del enemigo simulado. Los cazabombarderos cruzaban el cielo Y los helicópteros efectuaban su propia danza de la muerte. La voz del comentarista proclamaba la extraordinaria preparación del Ejército soviético para enfrentarse a cualquier amenaza extranjera. Y en realidad daba la impresión de que era así.

El siguiente bloque de cinco minutos se refería a las conversaciones sobre armamento en Viena. Se oyeron las acostumbradas quejas por la forma en que los Estados Unidos se oponían a determinados aspectos de la propuesta original soviética, claramente generosa..., pero el locutor siguió adelante para explicar que se estaba haciendo un verdadero progreso a pesar de la intransigencia norteamericana y que, para finales del verano, era posible que se lograra un amplio acuerdo. Toland se sintió intrigado por la forma en que los soviéticos describían las negociaciones. Hasta entonces, nunca había prestado mucha atención a esta clase de retórica, y le parecían curiosas las descripciones buen tipo o mal tipo.

—Todo esto es muy normal —dijo Lowe respondiendo a una pregunta suya—. Sabrás que el acuerdo está próximo a lograrse cuando empiecen a desaparecer las quejas, Entonces hablan de lo ilustrado que es nuestro presidente para ser un enemigo de clase. Y cuando llega el momento de firmar Pueden llegar a ponerse verdaderamente eufóricos. En realidad, esto de hoy es bastante suave. Piensa un momento. ¿Qué lenguaje usan habitualmente cuando hablan de nosotros?

—El ejercicio parecía normal, ¿no?

—Es normal, por supuesto. ¿Alguna vez pensaste qué divertido debe de ser enfrentarse a cien tanques? ¿Notaste que todos tienen cañones de doce centímetros? Después piensa en el apoyo de artillería que poseen. Acuérdate también de los aviones. Los rusos creen fervientemente en esta cuestión de operaciones con armas combinadas. Cuando vienen hacia ti..., traen todo el inventario. Lo han aprendido bien.

—¿Cómo lo contrarrestamos?

—Tú tomas la iniciativa. Si dejas que el otro tenga todo listo para hacer la batalla a su manera, hijo, puedes darte por perdido.

—Lo mismo ocurre en el mar.

—Ah...

KIEV, UCRANIA.

En una actitud nada común, Alekseyev, antes de acercarse al escritorio de su comandante, se sirvió una taza de té de la mesa del rincón. Mientras caminaba, su sonrisa tenía un metro de ancho.

—Camarada general, el Progreso marcha muy bien.

—Ya lo veo, Pavel Leonidovich.

—Nunca lo habría creído. Es extraordinario cómo ha mejorado nuestro cuerpo de oficiales. Los inútiles han sido eliminados, y los hombres que hemos ascendido a los nuevos puestos son capaces y están ansiosos.

—¿De modo que el fusilamiento de los cuatro coroneles dio resultado? —observó con sarcasmo el comandante en jefe del Teatro Sudoeste.

Había dirigido los dos primeros días del ejercicio desde el asiento de su comando, anhelando poder ir al campo, donde estaba la verdadera acción. Pero ésa no era la misión de un comandante de teatro. Alekseyev era su mejor par de ojos para lo que estaba ocurriendo realmente.

—Una elección dura, pero buena. Los resultados hablan por si mismos.

Alexeyev había perdido parte de su entusiasmo. Su conciencia todavía recordaba aquello. Hubo de aprender que el problema de las decisiones duras no era tomarlas, sino poder vivir con las consecuencias, por más necesarias que hubieran sido. Hizo a un lado sus pensamientos una vez más, y concluyó:

—Con otras dos semanas de entrenamiento intensivo el Ejército Rojo estará listo. Podemos hacerlo. Podemos derrotar a la OTAN.

—Nosotros no tenemos que pelear con la OTAN, Pasha.

—¡Entonces, que Alá proteja a los árabes —exclamó Alekseyev.

—Que Alá nos proteja a nosotros. Al comandante del Oeste le han dado otra de nuestras divisiones de tanques —El general mantuvo en alto un radiograma—. Precisa mente la misma que tuvo hoy usted. Me pregunto cómo lo está haciendo.

—Mis espías me lo han dicho: muy bien.

—¿Y usted ha ingresado en la KGB, Pasha?

—Un compañero mío de clase pertenece al estado mayor del comandante en jefe del Teatro Oeste. Ellos también han adoptado una política de eliminar incompetentes. Y yo he visto los beneficios. Un hombre nuevo en un puesto tiene un incentivo mucho mayor para cumplir correctamente su trabajo que otro para quien ya todo se ha hecho rutina.

—Excepto en la cumbre, naturalmente.

—El comandante en jefe del Oeste es un hombre a quien nunca esperé defender, pero todo lo que me han dicho hace pensar que alista sus fuerzas tan bien como nosotros.

—Las cosas verdaderamente deben de estar mejorando si usted es tan magnánimo.

—Lo están, camarada. Otra división blindada perdida para Alemania. Bueno, él la necesita más que nosotros. Le diré una cosa: vamos a barrer a un lado a los árabes como el polvo en un brillante piso de baldosas. En realidad, siempre pudimos hacerlo. No son tantos, y si estos árabes se parecen a los libios que vi hace tres años..., ahora no tienen montañas donde ocultarse. Esto no es Afganistán. Nuestra misión es conquistar, no pacificar. Y eso creo que

podemos hacerlo en dos semanas. El único problema que preveo es la destrucción de los campos petrolíferos. Pueden usar la defensa de la tierra arrasada tal como lo hemos hecho nosotros, y será difícil que podamos impedirlo, incluso usando paracaidistas. Con todo, nuestro objetivo es factible de lograr. Nuestros hombres estarán listos.

9. UNAMIRADA FINAL.

NORFOLK, VIRGINIA.

Estaban viendo la cuarta película rusa vía satélite. Toland le acercó el tazón de maíz frito.

—Será una pena perderte cuando vuelvas al cuerpo, Chuck.

—¡Muérdete la lengua! El martes a las cuatro, el coronel Charles De Winter Lowe vuelve a los asuntos de ¡infantería de Marina. Dejaré que vosotros sigáis revolviendo los papeles, ¡insectos!

Toland rió.

—¿Y no echarás de menos las películas a la noche?

—Tal vez un poco.

A menos de un kilómetro, un receptor de satélites estaba siguiendo a uno soviético de comunicaciones. Llevaba ya varias semanas pirateando transmisiones de ése y de otros dos satélites, para mantenerse informados sobre las noticias soviéticas de televisión y, además, recibir la película nocturna. Ambos hombres admiraban la obra de Sergei Eisenstein.

Y Alexander Nevsky era su obra maestra.

Toland abrió una lata de «Coca-Cola».

—Me pregunto cómo reaccionaría Iván ante una película del Oeste de John Ford. En el fondo, tengo la sensación de que el camarada Eisenstein puede haber estado expuesto a una o dos.

—Sí, el Duque habría encajado muy bien aquí. O todavía mejor: Erroy Flynn. ¿Te vas a casa esta noche?

—En cuanto termine la película. Dios Santo, un fin de semana de cuatro días libres. Apenas puedo creerlo.

Los títulos mostraron un nuevo formato, distinto del de la grabación que él tenía en su casa de esa misma película. La banda de sonido original con el diálogo era igual, algo más limpia, pero la música había sido grabada de nuevo por la orquesta sinfónica de Moscú y coro. Hacían verdadera justicia a la obra evocativa de Prokofiev.

La película comenzaba con una vista de las..., ¿estepas? rusas. Toland dudó. ¿O se suponía que eso era la parte sur del país? De todos modos, mostraba una zona de pastizales cubierta de huesos y armas de una antigua batalla contra los mongoles. El «peligro amarillo», todavía el viejo fantasma ruso. La Unión Soviética había absorbido muchos mongoles..., pero ahora los chinos tenían armas nucleares y el ejército más grande del mundo.

—La nitidez es perfecta —comentó Lowe.

—Mucho mejor que mi grabación —coincidió Toland.

Estaban utilizando un par de máquinas VHS, aunque la Marina no les había provisto de cintas. Cada oficial se compraba la suya. El inspector general administrativo tenía una terrible reputación.

Todo eso sucedía muy cerca de la costa del Báltico, recordó Toland. La presentación del personaje principal se hacía mediante una canción mientras él se destacaba dirigiendo a algunos hombres que tenían una red de pescar. Una buena introducción socialista, comentaron ambos oficiales: el héroe participando en labores manuales. una breve confrontación verbal

con los mongoles; luego, una reflexión acerca de qué peligro era más grande para la integridad rusa, si el alemán o el mongol.

—Cristo, ¿te das cuenta de que todavía piensan así? —rió Toland.

—Cuanto más cambian las cosas... —Lowe abrió su lata de «Coca-Cola».

—Pero yo me hago preguntas sobre ese tipo. Cuando volvió a meterse en el agua detrás de la red, corría igual que una muchacha, con los brazos levantados como si volara.

—Tú deberías tratar de correr con el agua por las rodillas —gruñó el infante de Marina.

Y la escena cambió ahora hacia el «peligro alemán».

—Una pandilla de caballeros sin trabajo, como los cruzados. Diablos, igual a las películas de indios de los años treinta. Cortándoles la cabeza a la gente, arrojando criaturas al fuego.

—¿Tú crees que realmente hicieron cosas así?

—¿Oíste hablar alguna vez de un lugar llamado Auswitz, Bob? —preguntó Lowe— Y, como sabes, en el civilizado siglo xx.

—Esos tipos no traían un obispo con ellos.

—Procura leer la liberación de Jerusalén por los cruzados. O mataban, o primero violaban y después mataban, todo por la Mayor Gloria de Dios, con obispos y cardenales que los animaban. Linda pandilla. Sí, probablemente es verdad. Dios sabe las cosas que se vieron en ambos bandos en el frente del Este en la guerra 1941-45. una campaña sucia, eso es lo que fue. ¿Quieres más maíz frito? Finalmente, el pueblo se movilizaba solo, especialmente los campesinos.

Vstavaitye, lyude russkiye,

na slavny boi, na smyertny boi...

—¡Diablos! —Toland se adelantó en el sillón—. Realmente han mejorado esa canción.

La banda de sonido era casi Perfecta, aun teniendo en cuenta las dificultades de la transmisión por satélite.

Levántate, pueblo ruso,

en una batalla justa, en una lucha a muerte:

levántate, pueblo libre y valiente,

¡defiende nuestra hermosa patria!

Toland contó más de veinte usos específicos de la palabra «Rusia» o «ruso».

—Es extraño —observó— Están tratando de dejar todo aquello. Debe suponerse que la Unión Soviética es una sola y feliz familia y no el nuevo imperio ruso.

—Supongo que tú lo consideras una rareza histórica —comentó Lowe—. Stalin ordenó la película para alertar a su pueblo sobre la amenaza nazi. El viejo Joe era georgiano; pero terminó convertido en un feroz nacionalista ruso. Es raro pero, en ese sentido, era un curioso snob.

Se veía con toda claridad que la película había sido producida en la década de los treinta. Aparecían los estridentes personajes propios de John Ford o Raoul Walsh; una sola y

destacada figura heroica, la del príncipe Alexander Nevsky, dos ayudantes valientes pero bufones, y el asunto amoroso de rigor. Los enemigos alemanes eran arrogantes y prácticamente invisibles detrás de unos grotescos cascos diseñados por el mismo Eísenstein. Aquellos invasores ya se habían dividido Rusia entre ellos; un caballero era ahora el «príncipe» de Pskov, donde, en un horrible ejemplo de pacificacíón, habían asesinado hombres, mujeres y niños, a los cuales arrojaban a una hoguera, para mostrar quién era el amo. La escena de la gran batalla se desarrollaba en un lago helado.

—¿Qué clase de lunático va a luchar en un lago helado si lleva puesta media tonelada de chapa de acero? —gruñó Toland.

Lowe explicó que así había sucedido realmente, más o menos.

—Estoy seguro de que algunos cambios hicieron, como en *Murieron Con las Botas Puestas* —comentó el coronel—. Pero ocurrió de verdad.

La batalla era una escena verdaderamente épica. Los caballeros alemanes atacaban sin preocuparse mucho de las tácticas convenientes y los campesinos rusos, hábilmente liderados por Alexander y sus dos compañeros, los rodearon con una maniobra circular envolvente y al estilo de Cannas. Después, naturalmente, llegaba el combate personal entre el príncipe Alexander y el jefe alemán. No había dudas sobre el resultado. Con su comandante derrotado en el duelo, las filas alemanas se desorganizaron y, cuando trataron de escapar hacia el borde del lago, el hielo cedió y se ahogaron casi todos.

—¡Eso sí que es realista! —gritó Lowe—. ¡Piensa cuántos ejércitos fueron tragados por el campo ruso!

El resto de la película resolvía los intereses amorosos (cada uno de los bufones se quedaba con una bonita muchacha), y liberaban Pskov. Curiosamente, aunque el príncipe alzaba a varios niños a su silla para la entrada triunfal, en ningún momento mostró el menor interés por la compañía femenina..., y finalizaba con un sermón: Alexander solo y de pie hablando sobre lo que había sucedido a la gente que invadió Rusia.

—Tratando de hacer que Nevsky parezca Stalin, ¿no?

—Hay algo de eso... —coincidió Lowe—. El hombre fuerte, por sí mismo como benefactor paternal.., ¡vaya un benefactor! De cualquier forma que lo mire, ésta es la mejor película de propaganda que se ha hecho. Lo más notable fue que, cuando al año siguiente Rusia y Alemania firmaron el pacto de no agresión, encargaron a Eisenstein la dirección de las Valkirias, de Wagner. Se podría pensar en una penitencia por haber ofendido la sensibilidad germana.

—Uf, tú estudias a estos tipos mucho más que yo, Chuck.

El coronel Lowe sacó una caja de cartón que tenía debajo de su escritorio y empezó a guardar sus efectos personales.

—Sí..., bueno, si tienes que enfrentarte a la posibilidad de pelear contra un hombre, será mejor que aprendas todo lo que puedas sobre él.

—¿Tú crees que eso nos sucederá?

Lowe frunció por un instante el entrecejo.

—Vi bastante de eso en Vietnam, pero nos pagan para ello, ¿no es así?

Toland se puso de pie y se desperezó. Tenía por delante un viaje de cuatro horas en automóvil.

—Coronel, este insecto ha tenido un verdadero placer en trabajar con usted.

—Y no ha sido tan malo para esta mula[14]. Oye, cuando tenga la familia instalada en Lejeune, ¿por qué no vienes a vernos alguna vez? Hay muy buena pesca por allá.

—Hecho. —Y se estrecharon las manos—. Mucha suerte con tu regimiento, Chuck.

—Suerte aquí, Bob.

Toland caminó hacia su coche. Ya había cargado antes el equipaje y condujo de prisa saliendo por Terminal Boulevard hasta Interstate 64. La peor parte del viaje a casa era el tránsito hacia el túnel Hampton Roads; después las cosas se tranquilizaban hasta reducirse a la habitual lucha por obtener ventaja en la autopista. Durante todo el viaje Toland siguió pensando en la película de Eisenstein. La escena que no podía apartar de su mente era la más horrible de todas: un caballero alemán, que ostentaba una cruz de cruzado, tirando dé un niño de Pskov para apartarlo del pecho de su madre y arrojarlo luego a una hoguera. ¿Quién podía ver eso sin enfurecerse? No era de extrañar que la agitadora canción *Levántate, pueblo ruso* hubiera sido verdaderamente popular y favorita durante años. algunas escenas pedían a gritos una sangrienta venganza, el tema para el cual había hecho Prokofiev su vehemente llamada a las armas. Pronto se encontró tarareando la canción. «*Eres un verdadero oficial de Inteligencia...»,* sonrió Toland*, pensando igual que la gente que se supone debes estudiar..., defiende nuestra hermosa patria..., za nashu zyemlyu chestnuyu!*

—Disculpe, señor —dijo la muchacha cobradora del peaje.

Toland meneó la cabeza. ¿Había estado cantando en voz alta? Entregó los setenta y cinco centavos con una sonrisa avergonzada. ¿Qué pensaría aquella mujer? ¿Un oficial naval norteamericano cantando en ruso?

[14] Apelativo que daban en la Segunda Guerra Mundial a los infantes de Marina norteamericanos (jarhead).

MOSCU, URSS.

Era poco después de medianoche, cuando el camión cruzó hacia el Norte el puente Kemenny, hacia la plaza Borovitskaya y dobló a la derecha hasta llegar al Kremlin. El chófer se detuvo junto al primer grupo de guardias del Kremlin. Sus papeles estaban en orden, naturalmente, y le hicieron señas de que pasara. El camión continuó hacia el segundo punto de control, en el Kremlin Palace, donde también encontraron en orden su documentación. Desde allí, quedaban quinientos metros hasta la puerta de entrada del edificio del Consejo de Ministros.

—¿Qué traen a esta hora de la noche, camaradas? —preguntó el capitán del Ejército Rojo.

—Elementos de limpieza. Venga, le mostraré. —El conductor descendió y caminó lentamente hacia la parte posterior del camión—. Debe de ser bueno trabajar aquí de noche, cuando todo está tan tranquilo.

—Es cierto —respondió el capitán, cuyo turno iba a terminar al cabo de hora y media.

—Mire.

El conductor retiró la cubierta de lona. Había doce latas de disolvente industrial y un cajón de repuestos para máquinas.

—¿Suministros alemanes?

El capitán se mostró sorprendido. Hacía sólo dos semanas que había empezado a prestar guardia en el Kremlin.

—Da, los krauts fabrican maquinaria de limpieza muy eficiente y nosotros la usamos. Éste es un fluido para limpieza de alfombras. Éste es para las paredes de los cuartos de baño. El que ve aquí es para las ventanas. El cajón..., voy a abrirlo. —La tapa se levantó con facilidad porque los clavos ya estaban sueltos en parte— Como puede ver, camarada, son repuestos para algunas de las máquinas —le dirigió una afectuosa sonrisa—. Hasta las máquinas alemanas se rompen.

—Abra una de las latas —ordenó el capitán.

—Sí, bueno; pero no le gustará el olor. ¿Cuál quiere que abra?

El conductor tomó una pequeña palanca.

—Ésa.

Señalaba una lata de limpiador para cuarto de baño. El conductor rió.

—Es la que huele peor de todas. Apártese un poco, camarada, no queremos salpicar con esta porquería su flamante uniforme.

El capitán era tan nuevo en la tarea que no dio el paso atrás. «*Bien*», pensó el conductor. Metió la palanca debajo de la tapa de la lata y golpeó con la mano libre en el extremo. La tapa voló y el capitán recibió de lleno las salpicaduras del disolvente que escapó del envase.

—¡Mierda!

Realmente olía mal.

—Se lo advertí, camarada capitán.

—¿Qué es esta inmundicia?

—Se usa para limpiar el moho de las baldosas de los cuartos de baño. Saldrá bien del uniforme, camarada capitán. Pero envíelo pronto a la tintorería. Es una solución ácida, ¿sabe? Podría dañar el paño.

El capitán quería enfurecerse, pero había sido prevenido. «*La próxima vez haré mejor las cosas*», pensó.

—Muy bien, entre.

—Gracias, siento lo del uniforme. No olvide enviarlo a limpiar.

El capitán hizo una seña a un soldado y se alejó. El soldado quitó el cierre y abrió la puerta. El conductor y su ayudante entraron a buscar un carrito de mano de dos ruedas.

—Yo le avisé —dijo el conductor al soldado.

—Seguro que lo hizo, camarada.

El soldado parecía divertido. También él estaba deseando terminar su turno, y no era común poder ver a un oficial en posición perdedora.

El conductor observó a su ayudante mientras cargaba las latas en el carrito de mano y lo siguió luego hasta el montacargas. Después, ambos regresaron para llevar más.

Tomaron el ascensor hasta el tercer piso, cortaron la energía y llevaron su carga hasta un local de depósito situado directamente debajo de la amplia sala de conferencias del cuarto piso.

—Qué bueno fue eso..., con el capitán —dijo el ayudante—. Ahora vamos a trabajar.

—Sí, camarada coronel —se apresuró a contestar el conductor.

Las cuatro latas de líquido limpiador de alfombras tenían la parte superior falsa; el teniente las fue quitando y las colocó a un lado. Luego, sacó del interior las bolsas con las cargas explosivas. El coronel había memorizado los planos del edificio. las columnas de la pared estaban en los ángulos exteriores del local. Pusieron una carga en cada una, fijada del lado de dentro. Luego acomodaron las latas vacías junto a las cargas para ocultarlas. Después, el teniente retiró dos de los paneles del falso cielo raso, dejando al descubierto las vigas de acero que sostenían las losas del cuarto piso. Allí aseguraron las cargas restantes, y volvieron a poner en su sitio los paneles del techo. Los explosivos ya tenían adheridos sus detonadores. El coronel sacó del bolsillo el dispositivo electrónico que les haría estallar; miró su reloj y esperó tres minutos antes de apretar el botón que habría de activar el mecanismo de tiempo. las bombas iban a hacer explosión exactamente ocho horas después.

El coronel observó al teniente mientras ponía todo en orden y luego empujó el carrito hacia el ascensor. Al cabo de dos minutos ambos abandonaban el edificio. El capitán había vuelto.

—Camarada —díjo al conductor—, no debería dejar que este viejo haga todo el trabajo pesado. Tenga un poco de respeto.

—Usted es muy amable, camarada capitán. —El coronel sonrió con picardía y extrajo una botella de medio litro de vodka de su bolsillo— ¿Bebe?

La actitud solícita del capitán concluyó abruptamente. Un trabajador bebiendo durante su servicio..., ¡en el Kremlin!

—¡Váyanse!

—Buenos días, camarada.

El conductor subió al camión y Partieron. Tuvieron que pasar a través de los mismos controles de seguridad, pero sus papeles seguían estando en orden.

Después de dejar atrás el Kremlin, el camión dobló hacia el Norte por Marksa Prospekt y siguió derecho hasta el final, llegando al edificio de la jefatura de la KGB, en el número dos de Dzerzhinsky Square.

CROFTON, MARYLAND.

—¿Dónde están los chicos?

—Dormidos. —Martha Toland abrazó a su marido; tenía puesto algo transparente y atractivo—. Los tuve nadando todo el día, y ya no aguantaban más despiertos.

Una traviesa sonrisa. Toland recordó aquella primera sonrisa traviesa, en Sunset Beach, Oabu, cuando ella sostenía una tabla de Surf y llevaba puesto un diminuto traje de baño. Todavía amaba el agua. Y el bikini seguía quedándole bien.

—¿Por qué tengo la sensación de que aquí hay un plan?

—Probablemente porque eres un espectro sucio Y desconfiado. —Marty entró en la Cocina y salió con una botella de «Lancers Rosé» y dos Copas enfriadas—. Ahora, por qué no te das una buena ducha caliente y te relajas un poco. Cuando hayas terminado, podremos descansar.

Sonaba tremendamente bueno. Lo que siguió fue aún mejor.

10. RECUERDA, RECUERDA.

CROFTON, MARILAND.

Toland despertó al oír el teléfono en la oscuridad. Estaba todavía un poco embotado por el viaje desde Norfolk y también a causa del vino. El timbre tuvo que sonar más de una vez para que él reaccionara. Su primer acto consciente fue mirar la radio—reloj: Dos y once. «¡*Las dos de la maldita mañana!*», pensó, seguro de que la llamada se debía a un bromista o a alguien que se había equivocado de número. Levantó el auricular.

—Hola —dijo gruñendo.

—El teniente de corbeta Toland, por favor.

—Al habla.

—Aquí oficial de turno de Inteligencia del comando en jefe del Atlántico —dijo la incorpórea voz—. Debo transmitirle la orden de que regrese inmediatamente a su puesto. Por favor, contésteme si ha comprendído, capitán.

—Regreso a Norfolk de inmediato. Comprendido.

Instintivamente, Bob se sentó en la cama y puso los pies descalzos en el suelo.

—Muy bien, capitán.

La comunicación se cortó.

—¿Qué pasa, querido? —preguntó Marty.

—Me necesitan de vuelta en Norfolk.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Esto terminó de despertarlo. Martha Toland se incorporó en la cama como con un resorte. las mantas resbalaron descubriendo su pecho desnudo, y la luz de la luna que entraba por la ventana dio a su piel un brillo pálido casi etéreo.

—¡Pero si acabas de llegar!

—Lo sé muy bien.

Bob se puso de pie y caminó torpemente hacia el cuarto de baño. Tenía que darse una ducha y tomar un poco de café si quería tener alguna esperanza de llegar a Norfolk con vida. Cuando volvió, diez minutos después, haciendo espuma en su cara para afeitarse, vio que su mujer había encendido el televisor de su dormitorio y estaba viendo el noticiario de la CNN (Cable Network News).

—Bob, escucha esto.

—Soy Rich Suddler, transmitiendo para ustedes en directo desde el Kremlin —decía un periodista vestido con un blazer azul.

Detrás de él, Toland pudo ver la severa muralla de piedra de la antigua ciudadela fortificada por Iván el Terrible en la que en ese momento patrullaban unos soldados armados y vestidos con uniforme de combate. Toland interrumpió lo que estaba haciendo y se acercó al televisor. Algo muy extraño ocurría. una compañía completa de tropas armadas en el Kremlin podía significar varias cosas y todas ellas malas.

—Se ha producido una explosión en el edificio del Consejo de Ministros, aquí en Moscú —continuaba diciendo el cronista—. Aproximadamente a las nueve y media de esta mañana,

hora de Moscú, mientras yo grababa un informe a menos de ochocientos metros, nos sorprendió un ruido tremendo que llegó desde la nueva estructura de cristal y acero, y...

—Rich, soy Dionna McGee, desde los estudios. —La imagen de Suddler y del Kremlin se retiró a una esquina de la pantalla cuando el director insertó la atractiva mujer negra que estaba a cargo de la guardia nocturna de CNN— Supongo que estabas acompañado en el momento por cierto personal soviético de seguridad. ¿Cómo reaccionaron?

—Bueno, Dionna, podemos mostrarles eso si esperan un minuto hasta que mis técnicos preparen la cinta; yo —Se apretó los auriculares contra las orejas—. Muy bien, ya viene, Dionna...

La cinta de vídeo interrumpió la escena en vivo, ocupando toda la pantalla. Estaba en un instante de pausa y Suddler aparecía congelado en un gesto señalando algo, *probablemente la parte de la muralla donde están enterrados los comunistas importantes*, pensó Toland. La cinta de vídeo empezó a correr.

Al mismo tiempo, Suddler pareció encogerse y se dio vuelta cuando un ruido atronador llegó cruzando el vacío de la Plaza. Por instinto profesional el operador de la cámara giró instantáneamente hacia el origen del ruido y, tras un momentáneo tambaleo, la lente se fijó en una bola de polvo y humo que se expandía hacia fuera y arriba desde el edificio extrañamente moderno que formaba parte del complejo eslavo rococó del Kremlin. Un segundo después, la lente del zoom acercó rápidamente la escena. Tres pisos completos del edificio habían perdido sus paredes de cristal, y la cámara siguió a una larga mesa de conferencias en el momento en que caía; se había abierto el suelo que la sostenía y sus restos quedaron colgando de media docena de varillas de hierro de refuerzo. La cámara bajó al nivel de la calle, donde se veía perfectamente un cuerpo, y tal vez otro, junto a una colección de automóviles aplastados por los restos del derrumbamiento.

En pocos segundos, la plaza se llenó de hombres de uniforme que corrían y llegó el primero de muchos autos oficiales. una borrosa figura, que no podía ser otra cosa que un hombre de uniforme, bloqueó de golpe la lente de la cámara. La cinta de vídeo se detuvo en ese instante, y Rich Suddler volvió a la pantalla con una escena en directo en el ángulo inferior izquierdo.

—En ese momento, el capitán de milicia que nos había estado acompañando (la milicia es el equivalente soviético a..., bueno, como una especie de fuerza policial de un Estado en nuestro país), nos hizo suspender nuestras tomas y confiscó la cassette. No nos permitieron tomar los camiones contra incendio ni los varios cientos de tropas armadas que llegaron y ahora están custodiando toda el área. Pero después nos devolvieron la cinta, lo que nos permitió ofrecer a ustedes estas tomas del edificio, ahora que el incendio ya ha sido apagado. Honestamente, no puedo decir que culpe a ese capitán..., durante unos cuantos minutos las cosas estuvieron muy feas aquí.

—¿Te amenazaron de alguna manera, Rich? Quiero decir, ¿actuaron como si pensaran que tú...?

La cabeza de Suddler se movió de un lado a otro enfáticamente.

—De ninguna manera, Dionna. En realidad y más que cualquier otra cosa, parecieron preocupados por nuestra seguridad. Además del capitán de milicia, ahora tenemos con nosotros a un grupo de infantes del Ejército Rojo, y su oficial tuvo mucho cuidado en aclarar que estaban allí para protegernos y no para amenazarnos. No nos permitieron acercarnos al lugar del incidente y, como es natural, tampoco nos permitieron abandonar la zona..., aunque de todos modos no lo habríamos hecho. Hace pocos minutos nos devolvieron la cinta de vídeo y nos informaron que podíamos hacer esta transmisión en vivo. —La cámara gíró otra vez hacia el edificio—. Como pueden ver, todavía hay aquí unos quinientos hombres, entre bomberos, policía y militares, revisando los escombros y buscando más cadáveres; y a nuestra derecha se encuentra un equipo ruso de televisión haciendo lo mismo que nosotros.

Toland examinó de cerca la pantalla del televisor. El único cadáver que podía ver parecía terriblemente pequeño. Lo atribuyó a la distancia y la perspectiva.

—Dionna, parece que estamos frente al primer incidente terrorista importante en la historia de la Unión Soviética...

—Desde que los muy bastardos se instalaron en el poder —protestó Toland con un bufido.

—Sabemos con seguridad, por lo menos eso nos han dichho, que ha estallado una bomba en el edificio del Consejo de Ministros. Tienen la certeza de que fue una bomba, no un accidente de ninguna clase. Y nosotros hemos podido saber con seguridad que tres personas resultaron muertas, aunque probablemente sean más, y tal vez algo así como cuarenta o cincuenta heridos. Ahora bien, lo realmente interesante de todo esto es que el Politburó tenía previsto realizar una reunión allí, aproximadamente a esa misma hora.

—¡Madre Santa! —Toland dejó la lata de aerosol sobre la mesa de noche, con una mano aún cubierta de espuma de af eitar.

—¿Puedes decirnos si alguno de ellos resultó muerto herido? —preguntó Dionna.

—No. Es que nosotros estamos a más de cuatrocientos metros y los más altos funcionarios del Kremlin llegan en automóvil, cuando lo hacen; es decir, entran desde el lado opuesto de la fortaleza, por otro portón. De manera que en ningún momento pudimos saber si estaban siquiera allí, pero sí lo sabía el capitán de milicia que se hallaba con nosotros, y aparentemente se le escapó. Sus palabras exactas fueron: «¡Dios mío, el Politburó se encuentra allí!»

—Rich, ¿puedes decirnos cómo ha sido la reacción en Moscú?

—Todavía es muy difícil que podamos medirla, Dionna, porque hemos permanecido aquí para cubrir la información a medida que suceden los hechos. La reacción de los guardias del Kremlin es la que te puedes imaginar, la misma que tendría la gente del Servicio Secreto norteamericano, supongo: una mezcla de ira y horror. Pero quiero dejar bien aclarado que esa ira no está dirigida contra nadie, y ciertamente no contra los norteamericanos. Dije al oficial de milicia que ha estado con nosotros que yo me encontraba en el edificio del Capitolio de los Estados Unidos cuando estalló la bomba de los meteorólogos, en 1970, y él me respondió casi con disgusto que el comunismo ya se estaba poniendo a la par del capitalismo, que la Unión Soviética empezaba a recoger una abundante cosecha de matones inadaptados. El hecho de que un oficial de la Policía soviética comente con tanta libertad un tema que normalmente no están dispuestos a discutir, es una medida de la seriedad con que están tomando esto. De modo que, si yo tuviera que elegir una palabra para describir la reacción de aquí, esa palabra sería «conmoción». Entonces, para sintetizar lo que sabemos hasta este momento, se ha producido un estallído de una bomba dentro de los muros del Kremlin, posiblemente un atentado para eliminar al Politburó soviético, aunque debo poner énfasis en que no estamos seguros de eso, La Polícía destacada aquí nos ha confirmado que por lo menos tres personas perdieron la vida, y otras cuarenta, aproximadamente, resultaron heridas y están siendo evacuadas a los hospitales más cercanos. Continuaremos informando durante todo el día a medida que vayamos recibiendo nueva información. Les habló Rich Suddler, de la CNN, en directo desde el Kremlin.

La escena cambió una vez más para volver a los estudios.

—Eso es todo: una nota exclusiva de «Cable Network News».

Dionna sonrió y la imagen dio lugar a un anuncio publicitario.

Martha se levantó y se cubrió con una bata.

—Voy a preparar el café.

—Madre Santa —dijo Toland de nuevo. Tardó más que nunca en afeitarse y se cortó dos veces; su vista, clavada en el espejo, miraba a sus propios ojos en vez de su barbilla. Se vistió rápidamente y luego entró a contemplar a sus hijos que dormían. Decidió no despertarlos.

Cuarenta minutos después estaba en su coche viajando hacia el Sur por la autopista U.S. 301, con las ventanillas abiertas para que el aire fresco de la noche le diera de lleno en la cara. La radio permanecía sintonizada en una estación que transmitía noticias. Era bastante claro lo que estaba ocurriendo en los ambientes militares de los Estados Unidos. Había estallado una bomba..., probablemente una bomba en el Kremlin. Toland se recordó a sí mismo que los periodistas acosados por las horas límite, o los tipos de TV cuando quieren lanzar una primicia, a menudo carecen del tiempo necesario para comprobar bien los hechos. ¿Y si fuera una conducción general de gas? ¿Existían cañerías maestras de gas en Moscú? Si realmente había sido una bomba, Toland estaba seguro de que los soviéticos pensarían instintivamente que Occidente tenía algo que ver con el asunto —a pesar de lo que opinaba ese tipo Suddler— y pasarían de inmediato a un mayor grado de alerta. Occidente probablemente haría lo mismo anticipándose a una posible acción soviética. Nada demasiado obvio, nada que los provocara aún más, simplemente un ejercicio conducido por gente de Inteligencia y Vigilancia. Los soviéticos lo comprenderían. Así era como se practicaba el juego, más desde su lado que desde el nuestro, reflexionó Toland, recordando los intentos de asesinato contra presidentes norteamericanos.

«¿*Y qué pasará si ellos realmente lo piensan?*», se preguntó Toland. *No, decidió, ellos tenían que saber que nadie era tan loco. ¿Verdad?*

NORFOLK, VIRGINIA.

Condujo su auto durante otras tres horas, deseando haber tomado más café y menos vino, y escuchando la radio para mantenerse despierto. Llegó poco después de las siete, la hora normal del comienzo de las actividades del día. Se sorprendió al encontrar al coronel Lowe en su escritorio.

—No tengo que presentarme en Lejeune hasta el martes, entonces decidí venir y echar una ojeada a esto. ¿Qué tal el viaje?

—Llegué vivo..., eso es casi todo lo que puedo decir. ¿Qué está sucediendo?

—Te encantará. —Lowe le mostraba una hoja de télex—. Interceptamos esto de un cable de »Reuter» hace media hora, y la CIA lo confirma, eso significa que quizás ellos también lo habían robado, que la KGB ha arrestado a un tal Gerhardt Falken, un ciudadano de Alemania Federal, ¡y lo ha acusado de poner una bomba en el piojoso Kremlín —El infante de Marina dejó escapar un largo suspiro—. Fracasó con los grandes cabecillas, pero ahora están diciendo que entre las víctimas hay seis Jóvenes Octubristas, ¡de Pskov, por Dios!, que estaban haciendo una presentación al Politburó. Chicos. Pagar eso va a ser un infierno.

Toland movió la cabeza. las cosas no podían ponerse peor.

—¿Y dicen que lo hizo un alemán?

—Un alemán occidental —corrigió Lowe—. Los servicios de Inteligencia de la OTAN se están volviendo locos tratando de rastrearlo. La declaración oficial soviética da su nombre y dirección (un suburbio de Bremen) y su ocupación; tiene una pequeña oficina de exportación e importación. Todavía no hay nada más sobre ese tema; pero el ministro de Asuntos Exteriores ruso sí dijo algo más: que esperaban que «este acto despreciable de terrorismo internacional» no tenga efecto sobre las conversaciones de desarme de Viena, y que, sí bien no creían por ahora que Falken hubiera actuado por sí mismo, no experimentaban deseo alguno de pensar que nosotros tuviésemos algo que ver con ese hecho.

—Precioso. Va a ser una pena perderte cuando regreses a tu regimiento, Chuck. Tienes una forma tan linda de encontrar las citas importantes...

—Capitán, justamente podríamos necesitar pronto ese regimiento. para mí, todo este asunto huele a pescado podrido. Anoche: la última película del festival cinematográfico de Eisenstein, Alexander Nevsky, con una nueva copia digitalizada y una nueva banda sonora... ¿Y cuál era el mensaje?: «Levántate, pueblo ruso», ¡vienen los alemanes! Esta mañana tenemos seis chicos rusos muertos, ¡de Pskov!, Y se supone que quien puso la bomba fue un alemán. Lo único que llama la atención es que no sea demasiado sutil.

—Puede ser —dijo especulativamente Toland, hablando como un indiferente abogado del diablo—. ¿Tú crees que podemos hacer creer esta combinación de factores a los periódicos o a alguien en Washington? Es demasiada locura pero demasiado fortuito... ¿Qué te parece si fuera sutil pero al revés? Además, el propósito del ejercicio no sería convencernos a nosotros, sino a sus propios ciudadanos. Y puedes afirmar que daría resultado en ambos sentidos. ¿Lo consideras razonable, Chuck?

Lowe asintió moviendo la cabeza.

—Lo suficiente como para intentar averiguarlo. Vamos a husmear un poco en todo esto. En primer lugar, quiero que llames a la CNN, en Atlanta, y le preguntes cuánto hace que este tipo Suddler ha estado tratando de grabar en vídeo su nota sobre el Kremlin, qué tiempo de ventaja tuvo, cuándo se lo aprobaron, a través de quién trabajó para lograrlo y si alguien más que su normal contacto de Prensa lo aprobó finalmente.

—De acuerdo —dijo Toland en voz alta.

Se preguntaba si estaban procediendo con inteligencia..., o si eran paranoicos. Sabía lo que pensaría la mayoría de la gente.

—En Rusia no puedes meter de contrabando ni una revista si no usas el correo diplomático, ¿y ahora debemos creer que un alemán pudo introducir una bomba? ¿Y sí después intenta volar al Politburó?

—¿Podemos hacerlo nosotros? —se preguntó en voz alta Toland.

—¿Si la CIA fuese lo bastante loca como para intentarlo? Dios mío, eso es más que una simple locura. —Lowe movió la cabeza—. Yo no creo que nadie pudiera hacerlo, ni siquiera los mismos rusos. Tiene que haber varios niveles de protección. Máquinas de rayos X. Perros rastreadores. Un par de centenares de guardias, y de los tres diferentes comandos, el Ejército, la KGB, MVD, y los probablemente también de su milicia. Diablos, Bob, tú sabes cómo son los paranoicos contra su propio pueblo. ¿Cómo crees que se sienten respecto a los alemanes?

—Entonces no pueden decir que era un loco operando por su cuenta.

—Entonces sólo queda....

—Síií. —Toland cogió el teléfono para llamar a la CNN.

KIEV, UCRANIA.

—¡Niños! —Alekseyev apenas lo pronunció en voz alta—. ¡...El partido asesina niños para vuestra maskirova! Nuestros propios niños. ¿A dónde hemos llegado?

¿A qué he llegado? Si puedo racionalizar el crimen legal de cuatro coroneles y algunos soldados, ¿por qué el Politburó no habría de hacer volar a unos pocos niños? Alekseyev se contestó a sí mismo que había una diferencia.

Su general también estaba pálido cuando apagó el televisor.

—«Levántate, pueblo ruso.» Debemos echar a un lado estas ideas, Pasha. Es difícil, pero debemos hacerlo. El Estado no es perfecto, pero es a él al que debemos servir.

Alekseyev observó de cerca a su comandante. El general casi se había ahogado al pronunciar esas palabras; ya estaba practicando cómo debía usarlas con las pocas aunque cruciales personas que se enterarían de su indignación, y sin embargo tenía que cumplir sus deberes como si nunca la hubiera sentido. Llegará el día en que ajustemos cuentas, se dijo Pasha, el día de responder de todos los crímenes cometidos en nombre del Progreso Socialista. Se preguntó si él viviría para verlo, y llegó a la conclusión de que no era probable.

MOSCU, URSS.

La Revolución ha llegado a esto, pensó. Sergetov observaba fijamente los escombros. El sol estaba todavía alto, aunque ya era bastante avanzada la hora de la tarde. Los bomberos y soldados habían casi finalizado la revisión de todos los restos, cargando los trozos sueltos en unos camiones estacionados a pocos metros de donde él estaba de pie. Su traje se había cubierto de polvo. *Tendré que hacerlo limpiar*, pensó, contemplando el séptimo cuerpo pequeño, que alzaban con una delicadeza que llegaba demasiado tarde y que parecía obsesivamente fuera de lugar. Todavía faltaba otro niño, y aún quedaban débiles esperanzas. Se encontraba cerca un médico uniformado del Ejército, con vendajes desempaquetados en sus manos temblorosas. Hacia su izquierda, un mayor de infantería estaba llorando de ira. Un hombre que tenía familia, sin duda.

Las cámaras de televisión no podían faltar, por supuesto. una lección aprendida de los medios masivos norteamericanos, pensó Sergetov; los técnicos se abrían camino para captar cuanta escena horrible pudieran presenciar en las noticias de la noche. Se sintió sorprendido al ver un equipo norteamericano con sus contrapartes soviéticos. De modo que hemos hecho del crimen en masa un deporte para espectadores internacionales.

Sergetov estaba demasiado enojado para que sus emociones fueran visibles. *Ése podría haber sido yo*, pensó. Siempre vengo temprano para las reuniones de los jueves. Todos lo saben. Los guardias, el personal de las oficinas y, por supuesto, mis camaradas del Politburó. De manera que éste es el penúltimo tramo de la maskirova. para motivar a nuestra gente, para conducirla, tenemos que hacer esto. ¿Se suponía que debía haber algún miembro del Politburó entre los escombros?, se preguntó. Uno de los miembros nuevos, por supuesto.

Seguramente estoy equivocado, se dijo Sergetov. una parte de su mente examinaba el interrogante con fría objetividad, mientras la otra consideraba su amistad personal con algunos de los miembros más antiguos del Politburó. No supo qué pensar. Una extraña posición para un líder del partido.

NORFOLK, VIRGINIA.

—Yo soy Gerhardt Falken —dijo el hombre—. Entré en la Unión Soviética hace seis días por el puerto de Odessa. Durante diez años he sido agente del Bundesnachrichtendienst, el aparato de inteligencia del gobierno de Alemania Occidental. Mi misión era asesinar al Politburó en su reunión del jueves por la mañana, mediante una bomba colocada en un depósito instalado justo debajo de la sala de conferencias del piso catorce, donde ellos se iban a reunir.

Toland y Lowe contemplaban fascinados sus televisores. Era perfecto. Falken hablaba un ruso perfecto, con la dicción y la sintaxis precisas que trataban de lograr los maestros de escuela en la Unión Soviética. Su acento era el de Leningrado.

—Durante muchos años —continuó—, he tenido un negocio de importación y exportación en Bremen, y me especialicé en comercio con la Unión Soviética. He viajado a este país numerosas veces, y en muchas de ellas he usado mi identidad comercial para dirigir agentes cuya misión era debilitar y espiar al partido soviético y la infraestructura militar.

La cámara se acercó. Falken leía monótonamente un papel escrito y sus ojos pocas veces se levantaban hacia los objetivos. Detrás de las gafas, a un lado, tenía una gran herida. las manos le temblaban ligeramente cuando volvía las páginas del escrito.

—Parece que le pegaron un poco —observó Lowe.

—Interesante —replicó Toland—. Nos están haciendo saber que torturan a la gente para obtener información.

—¿A un tipo que hace volar criaturas? —protestó Lowe—. Puedes quemarlo en una hoguera, ¿y quién va a dar algo por él? Esto lo han pensado muy bien, amigo.

—Quiero dejar bien aclarado —continuó Falken con voz más firme— que no tenía intención de hacer daño a ningún niño. El Polítburó era un legítimo blanco político, pero mi país no hace guerra a los niños.

Desde detrás de las cámaras llegaron gritos de disgusto. Como siguiendo una consigna, se amplió el campo en la pantalla y aparecieron dos oficiales uniformados de la KGB que flanqueaban al hombre que estaba hablando, sus caras se mantenían impasibles. El auditorio estaba compuesto por unas veinte personas vestidas con ropas civiles.

—¿Para qué entró en nuestro país? —preguntó uno de ellos.

—Ya se lo he dicho.

—¿Por qué quiere su país matar a los líderes de nuestro Partido Soviético?

—Yo soy un espía —replicó Falken—. Cumplo misiones. No hago preguntas como ésa. Sólo obedezco órdenes.

—¿Cómo lo capturaron?

—Me arrestaron en la estación de ferrocarril de Kiev. No me han explicado de qué medios se valieron para encontrarme.

—Precioso —comentó Lowe.

—Se llamó a sí mismo espía —objetó Toland—, Nadie dice eso; para uno mismo, se usa la palabra «oficial». Un «agente» es un extranjero que trabaja para uno, y un «espía» es un mal tipo. Ellos usan los mismos términos que nosotros.

El informe de CIA/AID llegó por télex una hora después. Gerhardt Eugen Falken. Edad cuarenta y cuatro años, Nacido en Bonn. Educado en escuelas públicas, con buenas

calificaciones en los registros..., pero faltaba su fotografía en el libro anual de la escuela secundaria. Servicio militar en un batallón de transporte, cuyos documentos y antecedentes quedaron destruidos por el fuego en el incendio de un cuartel hace doce años; en sus efectos personales se encontró su baja con honores. Título universitario en artes liberales, buenas calificaciones pero otra vez faltaba su fotografía, y tres profesores que lo calificaron muy bien no pueden aparentemente recordarlo. Un pequeño negocio de importación y exportación. ¿De donde salió el dinero para iniciarlo? Nadie pudo contestar eso. Vivió en Bremen tranquila y modestamente, y solo. Un hombre amistoso en cierto modo. Siempre saludó con cortesía a sus vecinos, pero nunca intimó con ellos. Un buen patrón para sus empleados («muy correcto», decía su secretaria, una mujer mayor). Viajaba mucho. En resumen, mucha gente sabía que existía, unos cuantos hicieron negocios con su firma, pero en realidad nadie sabía nada acerca de él.

—Ya estoy viendo lo que van a decir los diarios: este tipo tiene escrito «agencia» por todas partes.

Toland arrancó el papel impreso y lo guardó en una carpeta. Tenía que hacer una exposición ante el comandante en jefe del Atlántico media hora después..., y se preguntaba qué le diría.

—Cuéntale que los alemanes van a atacar a Rusia. Quién sabe, quizás esta vez tomen Moscú —murmuró Lowe.

—¡No seas maldito, Chuck!

—Muy bien, a lo mejor es sólo una operación para debilitar a los rusos y poder unificar a Alemania de una vez por todas. Eso es lo que está diciendo Iván, Bob. —Lowe miró por la ventana—. Lo que tenemos aquí es una clase de operación de Inteligencia. Este tipo Falken es un mistificador rematado. Ni por todos los diablos hay forma de saber quién es, de dónde viene ni, por supuesto, para quién está trabajando, a menos que salte algo grande, y yo te apostaría a que no. Sabemos, o más bien pensamos, que los alemanes no son tan locos, pero la única prueba disponible apunta hacia ellos. Di al almirante que algo malo está pasando.

Toland hizo precisamente eso, pero sólo para conseguir que casi le cortara la cabeza un hombre de elevado rango que quería y necesitaba información precisa.

KIEV, UCRANIA.

—Camaradas, dentro de dos semanas iniciaremos operaciones ofensivas contra las fuerzas terrestres de la OTAN —comenzó Alekseyev, y explicó las razones para ello; los comandantes de cuerpo y de división allí reunidos aceptaron impasibles la información—. El peligro para el Estado es el más grande al que hayamos tenido que enfrentarnos en más de cuarenta años. Hemos empleado los últimos cuatro meses para poner en forma a nuestro Ejército. Ustedes y sus subordinados han respondido bien a nuestras exigencias, y sólo puedo decir que estoy orgulloso de haber prestado servicios a su lado. Voy a dejar la habitual arenga del partido a los oficiales políticos de sus grupos. —Alekseyev aventuró una única sonrisa en su discurso—. Nosotros somos los oficiales profesionales del Ejército soviético. Sabemos cuál es nuestra tarea. Sabemos por qué la tenemos. La vida de la Rodina depende de nuestra capacidad para triunfar en nuestra misión. Es lo único que importa —concluyó. Al diablo que sólo importa eso...

11. ORDEN DE BATALLA.

ShPOLA, UCRANIA.

—Puede proceder, camarada coronel —dijo Alekseyev usando su equipo de radio.

No dijo: ¡Hazme quedar como un estúpido ahora e irás a contar árboles! El general se hallaba de pie en una colina, quinientos metros hacia el Oeste del puesto de comando del regimiento. Con él estaba su ayudante y el miembro del Politburó Mikhail Sergetov. *Como si me hiciera falta esa distracción*, pensó fastidiado el general.

Primero los cañones. Vieron los relámpagos mucho antes de oír avanzar el atronador ruido de los disparos. Estaban haciendo fuego desde detrás de otra colina, a unos tres kilómetros de allí; las granadas describían sus trayectorias de arco cruzando el cielo hacia la izquierda de ellos, cortando el aire con un ruido semejante al lienzo que se desgarra. El hombre del partido se encogió al oírlo. Alekseyev lo notó—, otro civil flojo...

—Nunca me gustó ese ruido —dijo Sergetov.

—¿Lo había oído antes, camarada ministro? —preguntó solícito el general.

—Cumplí mis cuatro años en un regimiento de infantería motorizada —replicó— Y nunca aprendí a confiar en mis camaradas ni en sus tablas de artillería. Es tonto, lo sé. Discúlpeme, general.

A continuación vinieron los cañones de los tanques. Observaron a través de los binoculares cómo emergían de entre los bosques los enormes carros de combate, como algo que surge de una pesadilla, vomitando fuego por las bocas de sus largos cañones mientras se desplazaban cruzando las tierras de la zona de ejercicio. Entremezclados con ellos se veían los vehículos de infantería. Luego vinieron los helicópteros de ataque, que se precipitaban sobre el objetivo desde derecha e izquierda, disparando sus misiles guiados contra los modelos de refugios y vehículos blindados.

Ya en esos momentos el objetivo situado en lo alto de la colina estaba prácticamente oculto por las explosiones y polvo en suspensión, mientras la artillería lo barría de arriba abajo repetidamente. El ojo experimentado de Alekseyev evaluó exactamente el ejercicio. Cualquiera que se encontrase en esa colina estaría pasando muy mal rato. Aún en un pequeño, profundo y seguro hoyo de tirador, o en el interior de algún tanque inutilizado, ese fuego de artillería sería aterrador; suficiente para confundir a los hombres de Comunicaciones, quizás incluso de anular a los oficiales que estuvieran allá. Quizá. Pero..., ¿y cómo sería el fuego con que respondería la artillería enemiga? ¿Y los helicópteros antitanques y los aviones que pudieran lanzarse sobre los batallones de tanques en avance? Son tantos los interrogantes en las batallas. Tantos imponderables. Tantas razones para jugarse, y tantas para no hacerlo. ¿Qué habría pasado si en aquella colina hubieran estado los alemanes? ¿Acaso se desconcertaron los alemanes? ¿Ni siquiera en 1945 en las puertas de Berlín? ¿Alguna vez se habían desmembrado los alemanes?

Pasaron doce minutos antes de que los tanques y los vehículos de infantería llegaran a lo alto de la colina.

El ejercicio había terminado.

—Muy bien, camarada general.

Sergetov se quitó los protectores de los oídos. *Y qué bueno era estar fuera de Moscú*, pensó, aunque sólo fuese por unas pocas horas. ¿Por qué, se preguntó, se sentía más cómodo allí que en su propia casa elegida? ¿Acaso era ese hombre?

—Según recuerdo —dijo—, el tiempo normal para este ejercicio era de catorce minutos. Los tanques y vehículos de infantería cooperaron muy bien. Nunca había visto el empleo de helicópteros con artillería, pero eso también fue impresionante.

—El mayor perfeccionamiento ha sido precisamente la coordinación del fuego de artíllería con la infantería en la última fase del ataque. Antes fallaban miserablemente. Esta vez lo hicieron como corresponde..., un procedimiento difícil.

—Vaya, yo lo sé muy bien —ríó Sergetov—. En mi compañía nunca tuvimos bajas por eso, pero dos amigos míos resultaron heridos, aunque afortunadamente ninguno de ellos tuvo un resultado fatal.

—Discúlpeme por lo que voy a decir, camarada ministro, pero es bueno ver que los miembros de nuestro Politburó también han servido al Estado en servicios de armas. Eso hace que la comunicación sea más fácil para nosotros, pobres soldados.

Alekseyev sabía que a nadie hacía mal tener un amigo en las altas esferas, y Sergetov parecía un tipo decente.

—El mayor de mis hijos terminó el servicio militar el año pasado. Y mi hijo menor también se incorporará al Ejército Rojo cuando deje la Universidad.

No era frecuente que el general se sintiera tan sorprendido. Alekseyev bajó los binoculares para fijar brevemente sus ojos en el hombre del partido.

—No necesita decirlo, camarada general —sonrió Sergetov—. Sé que son muy pocos los hijos de los altos funcionarios del partido que hacen tal cosa. Yo he opinado en contra de ese hecho. Quienes van a gobernar, deben antes servir. Así es que tengo que hacerle algunas preguntas.

—Sígame, camarada ministro, hablaremos sentados.

Los dos hombres caminaron hacia el vehículo blindado de comando de Alekseyev. El ayudante del general ordenó a los tripulantes que se retiraran e hizo lo propio él mismo, dejando solos a los dos altos funcionarios en el interior del vehículo de infantería convertido. El general sacó de un compartimiento un termo con té caliente y llenó dos tazas metálicas con el líquido humeante.

—A su salud, camarada ministro.

—Y a la suya, camarada general. —Sergetov bebió un sorbo y luego apoyó la taza sobre la mesa de mapas—. ¿Estamos realmente listos para «Tormenta Roja»?

—Los progresos logrados desde enero son notables. Nuestros hombres se hallan bien preparados. Han estado practicando sus tareas sin parar. Honestamente, yo preferiría tener otros dos meses, pero, sí, creo que estamos listos.

—Bien dicho, Pavel Leonidovich. Ahora, ¿vamos a hablar la verdad?

El miembro del Politburó dijo esto con una sonrisa, pero Alekseyev se puso instantáneamente en guardia.

—No soy tonto, camarada ministro. Mentirle a usted sería una locura.

—En nuestro país, la verdad es a menudo una locura mayor. Hablemos francamente. Yo soy miembro candidato del Politburó. Tengo poder, sí; pero tanto usted como yo sabemos muy bien cuáles son los límites de ese poder. Solamente los miembros candidatos hemos salido ahora para estar con nuestras fuerzas, y tenemos la misión de informar a nuestro regreso a los miembros titulares. Usted puede sacar también alguna conclusión del hecho de que yo esté aquí, con usted, y no en Alemania.

Aquello no era del todo verdad, notó Alekseyev. Esa unidad se embarcaría hacia Alemania dentro de tres días, y por eso estaba allí el hombre del partido.

—¿Estamos realmente listos, camarada general? ¿Ganaremos?

—Si logramos la sorpresa estratégica, y si la maskirova tiene éxito, pienso que deberemos ganar —dijo muy cautelosamente Alekseyev.

—¿No «ganaremos con toda seguridad»?

—Usted ha prestado servicios de armas, camarada ministro. En el campo de batalla no existe la certeza. La medida de un Ejército no se conoce hasta que no se ha cubierto de sangre. El nuestro aún no lo está. Hemos hecho todo lo que sabemos hacer para que nuestro Ejército se encuentre listo...

—Usted dijo que le habría gustado tener dos meses más —le hizo notar Sergetov.

—Una tarea como ésta nunca está totalmente concluida. Siempre hay mejoras que deben hacerse. El mes pasado iniciamos un programa para remplazar a algunos antiguos oficiales en los niveles de batallones y regimientos con subordinados más jóvenes y dinámicos. Eso está dando muy buenos resultados, por cierto; pero algunos de esos capitanes, que ahora cumplen funciones de mayores, ganarían si pudieran madurar un poco más.

—Entonces, ¿usted todavía tiene dudas?

—Siempre hay dudas, camarada ministro. Pelear en una guerra no es un ejercicio matemático. Actuamos con hombres, no con números. Los números tienen su propia y especial naturaleza de perfección. las personas siguen siendo personas sin que importe lo que intentemos hacer con ellas.

—Eso es bueno, Pavel Leonidovich. Eso es muy bueno. He encontrado un hombre honesto. —Sergetov invitó a brindar al general con su té— Yo pedí venir aquí. Un camarada del Politburó, Piotr Bronkovski, me habló de su padre.

—¿El tío Petya? —asintió Alekseyev—. Era comisario en la división de mi padre en el avance hacia Viena. Visitaba nuestra casa con frecuencia cuando yo era joven. ¿Está bien?

—No, está viejo y enfermo. Dice que el ataque a Occidente es una locura. Desvaríos de anciano, quizá, pero su legajo de guerra es distinguido, y por eso quiero su evaluación de nuestras posibilidades. No informaré sobre usted, general. Demasiada gente tiene miedo de decirnos la verdad a los miembros del Politburó. Pero éste es un momento para conocer esa verdad. Necesito su opinión profesional. Si yo puedo confiar en usted para que me la diga, usted puede confiar en mí en el sentido de que no le perjudicaré.

El ruego terminó como una áspera orden. Alekseyev miró a su invitado fijamente a los ojos. Ahora el encanto había desaparecido. El azul era el color de hielo. Había peligro allí, peligro incluso para un general, pero lo que el hombre había dicho era verdad.

—Camarada, hemos planificado una campaña rápida. El objetivo es que podamos alcanzar el Rin en dos semanas. Más prudente que el de nuestros planes de hace sólo cinco años. La OTAN ha mejorado su preparación, especialmente su capacidad antitanque. Yo diría que tres semanas es más realista, dependiendo siempre del grado de sorpresa táctica y de los muchos imponderables que se presentan en una guerra.

—¿De modo que la sorpresa es la clave?

—La sorpresa es siempre la clave —respondió Alekseyev en seguida, citando con exactitud la doctrina soviética—. La sorpresa es el factor más importante de la guerra. Hay dos clases de sorpresa: la táctica y la estratégica. La táctica es un arte operativo. Un eficaz comandante de unidad puede generalmente obtenerla. La sorpresa estratégica se consigue en el nivel político. Ésa es la misión de ustedes, no la mía, y es mucho más importante que cualquier cosa que podamos hacer nosotros en el Ejército. Con una verdadera sorpresa estratégica, si nuestra maskirova da resultado, sí, casi con certeza ganaremos en el campo de batalla.

—¿Y si no?

Entonces habremos asesinado a ocho criaturas para nada, pensó Alekseyev. ¿Y qué participación tenía en eso este encantador personaje?

—En ese caso, podríamos fracasar. ¿Puede responderme usted a una pregunta? ¿Seríamos capaces de dividir políticamente a la OTAN?

Sergetov se encogió de hombros, incómodo al ser encerrado en una de sus propias trampas.

—Como usted dijo, Pavel Leonidovich, hay muchos imponderables. Si eso fracasa, ¿entonces qué?

—Entonces la guerra se convertirá en una prueba de voluntades y una prueba de reservas. Deberíamos ganar nosotros. Nos resulta más fácil reforzar y remplazar a nuestras tropas. Tenemos más soldados entrenados, más tanques, más aviones cerca de la zona de acción que las potencias de la OTAN.

—¿Y los Estados Unidos?

—Los Estados Unidos se hallan en el lado opuesto del océano Atlántico. Tenemos un plan para cerrar el Atlántico. Podrán traer tropas a Europa por aire..., pero solamente tropas, no sus armas ni su combustible, que requieren buques, y es más fácil hundir buques que destruir una división combatiente. Si no se logra una sorpresa total, esa zona operativa pasará a ser sumamente importante.

—¿Y qué se puede decir de las sorpresas de la OTAN?

El general se echó hacia atrás en su sillón.

—Por definición no se pueden predecir las sorpresas, camarada. para eso tenemos los órganos de Inteligencia, para reducirlas y, si es posible, eliminarlas. También por eso nuestros planes contemplan diversas alternativas. Por ejemplo: ¿qué debe hacerse si se pierde por completo la sorpresa y la OTAN ataca primero? —Alekseyev se encogió de hombros—. No llegarán muy lejos, pero trastornarán las cosas. Lo que a mí todavía me preocupa son las respuestas nucleares. De nuevo, un interrogante que es de naturaleza política.

—Sí.

La preocupación de Sergetov era por su hijo mayor. Cuando movilizaran las reservas, Iván volvería a trepar a su tanque, y él no necesitaba ser miembro del Politburó para saber a dónde sería enviado ese carro de combate. Alekseyev sólo tenía hijas. *Hombre afortunado*, pensó Sergétov.

—¿Así que esta unidad va a Alemania?

—El fin de semana.

—¿Y usted?

—Durante la fase inicial nuestra misión es constituir la reserva estratégica para las operaciones del comando en jefe del Teatro del Oeste, además de defender a la madre patria contra posibles incursiones desde el flanco sur. Eso no nos preocupa demasiado. para que fueran una amenaza, Grecia y Turquía deberían aliarse. Y no lo harán, a menos que nuestra información de Inteligencia sea completamente falsa. Mi comandante y yo ejecutaremos después la Fase Dos del plan, para apoderarnos del golfo Pérsico. Esto no supone ningún problema. Los árabes están armados hasta los dientes, pero no son muchos. ¿Qué hace ahora su hijo?

—¿El mayor? Está terminando su primer año de la escuela de graduados en idiomas. El primero de su clase..., idiomas del Medio Oriente.

Sergetov se sintió sorprendido de sí mismo por no haber pensado en aquello.

—Me vendrían muy bien unos cuantos de esos muchachos. La mayoría de nuestros hombres que hablan idiomas árabes son musulmanes, y para esta misión yo preferiría gente en la que se pudiera confiar más.

—¿Y usted no confía en los seguidores de Alá?

—En la guerra no confío en nadie. Si su hijo es bueno en esos idiomas, voy a encontrar la forma de emplearlo, puede estar seguro de eso.

El acuerdo formal quedó cerrado con movimientos de cabeza, y cada uno de ellos se preguntaba si el otro lo había planeado así.

NORFOLK, VIRGINIA.

—El ejercicio Progreso no ha finalizado como estaba previsto —dijo Toland—. Los satélites y otras fuentes de reconocimiento muestran que las fuerzas soviéticas en Alemania y Polonia occidental están todavía reunidas en formaciones operativas y viviendo en el campo. Hay indicaciones de que los transportes ferroviarios son dirigidos a diversos puntos dentro de la Unión Soviética..., es decir, a puntos que responden a los planes para mover grandes concentraciones de tropas hacia el Oeste.

La flota del Norte soviética hizo salir esta mañana seis submarinos. Este movimiento es ostensiblemente el que corresponde a una rotación prevista para remplazar su escuadrón operativo en el Mediterráneo; de manera que durante los próximos quince días tendrán en el Atlántico Norte más submarinos de lo normal.

—Háble me del grupo que saldrá del Mediterráneo en la rotación —ordenó el comandante en jefe del Atlántico.

—Un «Victor», un «Eco», tres «Foxtrot», y un «Juliet». Todos ellos estuvieron amarrados la última semana junto a su buque auxiliar en Trípoli..., el buque auxiliar permanece en el mismo sitio, en aguas territoriales libias. Pasarán por el estrecho de Gibraltar mañana, alrededor de la una del mediodía hora Zulú.[15]

—¿No van a esperar que el nuevo grupo les releve antes?

—No, almirante. Generalmente esperan que el grupo de remplazo entre en el Mediterráneo, pero algunas veces lo hacen de esta otra manera, lo cual significa que habrá doce submarinos soviéticos en tránsito hacia el Norte o el Sur, además de un «November» y otros tres «Foxtrot» que han estado realizando ejercicios con la Marina cubana. Por el momento, todos ellos están también amarrados... Esta mañana lo confirmamos, y el informe es de hace dos horas.

—Muy bien, ¿y qué se sabe de Europa?

—No hubo más informaciones sobre Mr. Falken. Los servicios de Inteligencia de la OTAN se han dado contra una pared en blanco, y de Moscú tampoco ha llegado nada nuevo, ni siquiera una fecha para el juicio público. Los alemanes dicen no saber absolutamente nada de ese sujeto. Es como si el hombre hubiera aparecido ya grande, a los treinta y un años, cuando inició sus negocios. Su apartamento fue registrado hasta el más mínimo detalle. No se encontró evidencia alguna...

—Muy bien, capitán, denos su impresión personal.

—Almirante, Falken es un agente soviético en espera, introducido en la República Federal Alemana hace trece años y usado en muy pocas misiones o, más probablemente, en ninguna, hasta esta ocasión.

—Entonces usted cree que todo este asunto es una operación de Inteligencia soviética. No representa ninguna gran sorpresa. ¿Cuál es su objetivo? —preguntó bruscamente el almirante.

—Señor, en el mejor de los casos, están tratando de aplicar una enorme presión política sobre Alemania Federal, tal vez para obligarla a salir de la OTAN. En el peor...

—Creo que ya conocemos cuál sería la situación en el peor de los casos. Muy buen trabajo, Toland. Y le debo una disculpa por lo de ayer. No fue culpa suya no tener toda la información que yo quería. —Toland parpadeó, pues no era frecuente que un almirante de cuatro estrellas

[15] Hora del meridiano de Greenwich

se disculpara ante un capitán de corbeta de la reserva y frente a otros almirantes—. ¿Qué está haciendo su flota?

—Almirante, no tenemos fotos de satélites de la zona de Múrmansk. Ha estado demasiado cubierta por nubes, pero esperamos cielo despejado mañana por la tarde. Los noruegos están efectuando cada vez más patrullajes aéreos sobre el mar de Barents, y dicen que, aparte de los submarinos, por el momento los rusos tienen relativamente pocos buques en el mar. Claro que..., hace un mes que los tienen.

—Y eso puede cambiar en tres horas —observó el almirante—. ¿Su evaluación sobre el grado de alistamiento de su flota?

—El mejor desde que empecé a estudiarlos —replicó Toland—. Tan próximo a un ciento por ciento como nunca lo había visto. Usted acaba de decirlo, señor, pueden salir al mar en cualquier momento con casi todos sus efectivos.

—Si salen, lo sabremos en seguida. Tengo tres submarinos allá vigilando las cosas —dijo el almirante Pipes.

—Hablé con el secretario de Defensa minutos antes de venir aquí. Va a reunirse hoy con el Presidente y le pedirá una alerta «DEFCON—3»[16] global. Los alemanes están solicitando que mantengamos «Espiral Verde» en operación hasta que los rusos muestren signos de estar aflojando las cosas. ¿Qué cree usted que van a hacer los rusos, capitán? —preguntó el comandante en jefe del Atlántico.

—Señor, vamos a saber algo más en las últimas horas de hoy. El secretario del Partido Soviético hablará en una reunión de emergencia del Soviet Supremo, y quizá también en el funeral de mañana.

—Bastardo sentimental —gruñó Pipes.

Una hora después, frente al televisor de la oficina, Toland echó de menos a Chuck Lowe para que le ayudara en la traducción. El secretario tenía una molesta tendencia a hablar rápidamente, y el ruso que sabía Toland apenas le permitía seguirlo. El discurso duró cuarenta minutos, y tres cuartas partes de él fueron dedicadas a la acostumbrada fraseología política estereotipada. Sin embargo, al final, el secretario anunció la movilización de las unidades de reserva categoría B para responder a la potencial amenaza alemana.

[16] Condición de Defensa - Grado 3: Se refiere al estado de alerta de las fuerzas de Defensa. Puede ser local o global. Los grados van desde 5 (Paz) hasta 1 (Guerra)

12. ARREGLOS FÚNEBRES.

NORFOLK, VIRGINIA.

Toland pudo ver que la Casa de los Sindicatos estaba repleta de gente como nunca. Por lo general efectuaban esa ceremonia cada vez que inhumaban a un héroe. En cierta ocasión los muertos habían sido tres cosmonautas; pero ahora se trataba de once héroes. Ocho Jóvenes Octubristas de Pskov, tres niños y cinco niñas cuyas edades iban desde los ocho a los diez años, y tres empleados de oficinas, todos hombres que trabajan directamente para el Politburó, se hallaban alineados en sus brillantes ataúdes de abedul, rodeados por un mar de flores. Toland examinó detenidamente la escena. Los féretros estaban elevados para que las víctimas quedaran visibles, pero dos de las caras se hallaban cubiertas con seda negra y encima de los ataúdes habían puesto fotografías enmarcadas para que se viera cómo habían sido los niños en vida. Fue un tóque horrible y lastimoso para que las cámaras de televisión prolongaran la toma.

El Vestíbulo de las Columnas tenía colgaduras en rojo y negro, y hasta las adornadas arañas estaban cubiertas en esta ocasión solemne. las familias de las víctimas se hallaban de pie en una fila. Padres sin sus hijos, esposas e hijos sin sus maridos y padres. Todos iban vestidos con esa ropa como bolsas, mal cortadas y tan características de la Unión Soviética. Sus rostros no mostraban emociones pero se veían conmocionados, como si estuviesen tratando de adaptarse al daño causado a sus vidas, esperando todavía despertar de esa espantosa pesadilla para encontrar a sus seres queridos seguros en sus propias camas. Y sabiendo que no sería así.

El secretario general del Partido caminó junto a la fila con gesto sombrío, abrazando a cada uno de los afligidos; llevaba un brazalete de luto, que contrastaba con la chillona Orden de Lenin que lucía en la solapa. Toland miró detenidamente su rostro. Había verdadera emoción en él. Casi habría podido pensarse que estaba velando a miembros de su propia familia.

Una de las madres recibió el abrazo, luego el beso, y estuvo a punto de desmayarse, cayendo de rodillas y ocultando la cara entre sus manos. El secretario general se agachó de inmediato a su lado, antes incluso que su propio marido, y le hizo apoyar la cabeza en su hombro. Después de un momento la ayudó a ponerse de nuevo de pie, acompañándola suavemente hacia el brazo protector del esposo, un capitán del Ejército Soviético, cuyo rostro era una enfurecida máscara de piedra.

Dios Todopoderoso, pensó Toland*, aunque el mismo Eisenstein la hubiera dirigido, no podrían haber representado mejor esa escena*.

MOSCÚ, URSS.

Bastardo insensible, dijo Sergetov para sus adentros. Él y el resto del Politburó estaban en otra fila a la izquierda de los ataúdes. Mantenía su cara dirigida al frente, hacia la línea de féretros, pero desvió la vista y se encontró con cuatro cámaras de televisión que registraban la ceremonia. Todo el mundo los estaba mirando; así lo había asegurado la gente de TV. Tan exquisitamente organizado se hallaba todo. Ése era el penúltimo acto de la maskirova. La guardia de honor de los soldados del Ejército Rojo, mezclada con muchachos y chicas de los Jóvenes Pioneros de Moscú, custodiaba a los niños asesinados. Los compases de los violines. ¡Qué farsa!, se dijo Sergetov. ¡Miren que piadosos somos con las familias de los que hemos asesinado! Había visto muchas mentiras en sus treinta y cinco años de Partido. Él mismo las había dicho..., pero nunca nada que se acercara siquiera a esto.

Sin proponérselo, sus ojos volvieron a la cara de aspecto cerúleo de uno de los niños. Recordó las caras dormidas de sus propios hijos, ya mayores. Tantas veces, cuando volvía tarde a su casa después de trabajar para el Partido, había echado una mirada al interior de su dormitorio para ver sus tranquilos rostros, deteniéndose siempre un poco para ver si respiraban normalmente, para escuchar los ruiditos de un posible resfriado o los murmullos de un sueño. ¿Cuántas veces se había repetido a sí mismo que él y el Partido estaban trabajando por el futuro de ellos? No más resfriados, pequeño, dijo con los ojos al niño más cercano. No más sueños. Mira lo que ha hecho el Partido por tu futuro. Se le llenaron los ojos de lágrimas..., y se ódió a si mismo por eso. Sus camaradas podían suponer que lo hacía como parte de la representación. Quería mirar a su alrededor para ver qué pensaban de su obra sus colegas del Politburó. Se preguntó qué pensarían ahora de su misión los hombres de la KGB que habían realizado la hazaña. Si es que están todavía vivos, reflexionó. Era tan fácil ponerlos en un avión y hacerlo estrellar contra el suelo de manera que ni siquiera los verdugos sabrían de ellos. Estaba seguro de que ya habrían destruido todos los rastros de la confabulación de la bomba; y de los treinta hombres que la conocían, más de la mitad estaban en ese momento allí mismo, de pie en una fila junto con él. Sergetov casi deseó haber entrado en el edificio cinco minutos antes. *Mejor estar muerto que ser beneficiario de esa infamia, aunque*..., lo pensó mejor. En ese caso, él habría jugado un papel aún más importante en esa farsa brutal.

NORFOLK, VIRGINIA.

—Camaradas. Estamos viendo frente a nosotros a los Inocentes niños de nuestra nación —comenzó el secretario general, hablando lentamente y con una clara dicción que facilitó el trabajo de Toland para traducirla; el jefe de Inteligencia del Comando del Atlántico estaba a su lado—. Asesinados por la maquinaria infernal del terrorismo de Estado. Asesinados por una nación que ha profanado dos veces a nuestra Madre Patria con perversos sueños de crímenes y conquistas. Vemos frente a nosotros a los dedicados y humildes servidores de nuestro Partido, que no piden otra cosa que ser útiles al Estado. Vemos mártires de la seguridad de la Unión Soviética. Vemos mártires de la agresión de los fascistas.

»Camaradas, a las familias de estos inocentes niños y a las de estos tres meritorios hombres, les aseguro que habrá un ajuste de cuentas. Les aseguro que sus muertes no serán olvidadas. Les aseguro que haremos justicia por este crimen atroz...

—Cristo.

Toland dejó de traducir y miró a su superior.

—Sí. Habrá guerra. En el edificio de enfrente hay un grupo lingüístico que está haciendo una traducción completa, Bob. Vamos a ver al jefe.

—¿Estás seguro? —preguntó el comandante en jefe del Atlántico.

—Es posible que se conformen con algo menos, señor —replicó Toland—. Pero no lo creo. Han ido cumpliendo todo lo relativo a este ejercicio en tal forma que inflame al pueblo ruso en un grado que yo no había visto nunca.

—Vamos a poner todo esto sobre la mesa. Usted está diciendo que ellos asesinaron deliberadamente a esta gente para fomentar una crisis —el comandante en jefe bajó la vista hacia su escritorio—. Es difícil de creer..., incluso de ellos.

—Almirante, o creemos eso o creemos que el gobierno de Alemania occidental ha decidido precipitar una guerra contra la Unión Soviética por su propia cuenta. En el segundo caso, los alemanes tendrían que haber perdido por completo sus malditas cabezas, señor —exclamó bruscamente Toland, olvidando que sólo los almirantes pueden perder la paciencia frente a otros almirantes.

—Pero, ¿por qué?

—No conocemos el porqué. Ése es un problema con Inteligencia, señor. Es mucho más fácil decir el qué, que el porqué.

El comandante en jefe del Atlántico se puso de pie y caminó hasta el rincón de su despacho. Habría una guerra y él no sabía por qué. Quería el porqué. El porqué podía ser importante.

—Estamos empezando a convocar reservas. Toland, en los dos últimos meses usted ha cumplido un magnífico trabajo. Voy a solicitar que lo asciendan a capitán de fragata. Está fuera de la zona normal, pero creo que eso puede arreglarse. Hay un puesto de inteligencia libre con el Estado Mayor del comandante en jefe de la Segunda Flota. Él le ha pedido a usted si las cosas se ponen feas, y parece que ya lo están. Usted va a ser el número tres en su equipo de Inteligencia, y estará embarcado en un portaaviones. Yo lo quiero a usted allá afuera.

—Me gustaría pasar uno o dos días con mi familia, señor.

El almirante asintió.

—Se lo debemos, Toland. De cualquier manera, el Nimitz se encuentra en tránsito. Usted se embarcará frente a la costa de España. Preséntese otra vez aquí con sus maletas el miércoles por la mañana —se acercó para estrecharle la mano—. Ha hecho un buen trabajo, capitán.

A poco más de tres kilómetros, el Pharris estaba amarrado al costado de su buque auxiliar. Mientras Ed Morris observaba desde el puente, una grúa cargaba torpedos ASROC[17], impulsados por cohetes, que depositaban en la proa del buque para ser luego acomodados en el pañol. Otra grúa bajaba abastecimientos en el hangar del helicóptero, a popa, y un tercio de los hombres de su dotación trabajaba duramente para mover cada cosa hasta su sitio apropiado de almacenamiento en todos los rincones de la nave. Hacía dos años casi que Ed Morris tenía el Pharris, y ésta era la primera vez que cargaba armas al completo. Algunos técnicos de tierra estaban atareados con el «pimentero», el lanzador de ocho celdas de ASROC, para corregir un desajuste mecánico menor. Otro grupo, del buque auxiliar, estaba revisando una falla de un radar con sus propios operadores. Era el final de su lista de problemas que debían ser arreglados. La planta de potencia del buque estaba funcionando perfectamente, mejor de lo que él había esperado de un barco que tenía casi veinte años. En pocas horas más, el Pharris estaría completamente listo..., ¿para qué?

—¿Todavía no hay órdenes de partida, jefe? —preguntó su oficial ejecutivo.

—No. Me imagino que todo el mundo se está preguntando qué vamos a hacer, pero puedo apostar que ni siquiera los almirantes lo saben. Mañana por la mañana habrá una reunión de comandantes con el comandante en jefe de la Flota del Atlántico. Supongo que entonces podré saber algo. Tal vez —dijo dudando.

—¿Qué opina de ese asunto alemán?

—Yo he trabajado en el mar con alemanes y son buena gente. Tratar de hacer volar a toda la estructura del comando ruso..., nadie es tan loco. —Morris se encogió de hombros y su cara morena arrugó el entrecejo—. No existe ninguna regla que diga que el mundo tiene que tener sano juicio.

—Diablos, si no es cierto eso. Creo que esos ASROC nos van a venir muy bien, jefe.

—Me temo que tiene razón.

[17] Torpedo antisubmarino impulsado por cohete. Es un arma autónoma, que se lanza desde un buque de superficie hacia la posición estimada del submarino. Al entrar al agua, se enciende la hélice y el sonar del torpedo, que localiza y hunde a su blanco por sí mismo.

CROFTON, MARYLAND.

—¿Al mar? —preguntó Martha Toland.

—Allí es donde me necesitan, y es allí adonde pertenezCo, nos guste o no.

A Bob le costaba mirar a los ojos a su mujer. Ya era bastante malo oír el tono de su voz en ese momento. Él no quería asustarla, pero eso era precisamente lo que acababa de hacer.

—Bob, ¿es tan malo como yo creo?

—No se puede saber, querida. Podría ser, pero no se puede saber. Oye, Marty, tú te acuerdas de Ed Morris y Dan McCafferty, ¿verdad? Ahora los dos tienen sus propios comandos de buques, y han de salir. ¿Quieres que yo me quede en un lugar bonito y seguro en la playa?

La respuesta de su esposa fue rotunda.

—Ellos son profesionales, y tú no lo eres —dijo friamente—. Tú haces de guerrero el fin de semana y cumples tus dos semanas por año nada más que para aparentar que aún estás en la Marina, Bob. Eres un civil entrometido, no perteneces allí. ¡Ni siquiera sabes nadar!

Marty Toland era capaz de dar lecciones a los leones marinos.

—¡Diablos que no sé! —protestó Toland, dándose cuenta de que era absurdo ponerse a discutir sobre eso.

—¡Es cierto! Hace cinco años que no te veo en una piscina. Oh, Bob, maldito sea ¿y si te sucede algo? Tú te vas allá a jugar a tus malditos juegos y me dejas aquí con los chicos. ¿Qué les digo a ellos?

—Diles que no me escapé, que no me escondí, que...

Toland apartó la vista. No lo había esperado. Marty era de una familia de marinos. Se suponía que debía comprender. Pero ahora había lágrimas en sus mejillas, y los labios le temblaban. Toland adelantó un paso para abrazarla.

—Mira, voy a estar en un portaaviones, ¿comprendes? El buque más grande que tenemos, con una docena de otros buques que lo rodean para mantener alejados a los bandidos, y cien aviones. Hago falta para ayudar a conocer qué se proponen hacer los bandidos, así pueden mantenerlos tan alejados como sea posible. Marty, lo que voy a hacer es necesario. Me necesitan. El almirante me solicitó por mi nombre. Soy importante..., por lo menos alguien piensa así.

Sonrió amablemente para ocultar su mentira. Un portaaviones era el buque mejor protegido de la flota porque tenía que serlo: el portaaviones era también el blanco número uno para los rusos.

—Lo lamento —Martha se apartó de sus brazos y caminó hacia la ventana—. ¿Cómo están Danny y Ed?

—Mucho más ocupados que yo. El submarino de Danny está en algún lugar allí arriba..., bueno, en este momento está mucho más cerca de los soviéticos que lo estaré yo jamás. Ed se está preparando para zarpar. Tiene un «1052»[18], un buque escolta, y probablemente tendrá

[18] Se refiere al modelo de barco. El número 1052 es el de la primera fragata antisubmarina de ese modelo. Del mismo modo, "688" es el número del submarino nuclear de ataque rápido "Los Ángeles", y todos los submarinos de ese modelo son "Clase Los Ángeles" ó "Clase 688"

que salir a proteger algún convoy o cualquier otra cosa. Los dos tienen familias. Por lo menos tú has tenido la posibilidad de verme antes de que me vaya.

Marty se volvió sonriendo por primera vez desde que él atravesó inesperadamente la puerta de entrada.

—Cuídate.

—Me cuidaré como todos los diablos, querida.

¿Pero le serviría de algo?

13. LOS DESCONOCIDOS LLEGAN Y SE VAN.

AACHEN, REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA.

Fue el tránsito el que tuvo la culpa. El sobre llegó según lo prometido a la correspondiente oficina de correos, y la llave de la casita indicada funcionó como él esperaba. Que intervenga el mínimo de personal. El mayor protestó por tener que exponerse él de esa manera y en forma abierta, pero no era la primera vez que había tenido que trabajar con la KGB, y necesitaba esa información actualizada si quería tener alguna posibilidad de éxito en su misión. Además —sonrió brevemente—, los alemanes están tan orgullosos de su servicio postal...

El mayor dobló el sobre tamaño folio y lo metió en el bolsillo de su chaqueta antes de abandonar el edificio. Sus ropas eran todas de origen alemán, lo mismo que las gafas de sol que se puso mientras abría la puerta. Miró la acera en ambas direcciones, buscando alguien que pudiera haberlo seguido. Nada. El oficial de la KGB le había prometido que en la casa de seguridad estaría absolutamente a salvo; que nadie tenía la menor sospecha de que se encontraba allí. Tal vez. El taxi lo esperaba al otro lado de la calle. Él tenía prisa. Los automóviles se habían detenido en la calzada y decidió cruzar directamente en vez de caminar hasta la esquina. El mayor era de Rusia y no estaba acostumbrado al revuelto tránsito europeo, donde se espera que los peatones también cumplan las reglamentaciones. Se hallaba a cien metros del policía de tráfico más próximo, y los conductores alemanes cercanos notaron que el agente del orden estaba de espaldas. Debió haber sido una sorpresa tan grande para el mayor como para los turistas norteamericanos comprobar que, al volante de un vehículo, los disciplinados alemanes no tenían nada de eso. El mayor descendió del bordillo sin mirar, justo en el momento en que la circulación empezaba a moverse.

En ningún momento alcanzó a ver al «Peugeot» que aceleraba. No iba a gran velocidad, sólo a veinticinco kilómetros por hora. Lo suficientemente rápido. El mayor quedó inconsciente antes de saber qué le había pasado; sus piernas sobresalían hacia la calle y una de las ruedas traseras del «Peugeot» pasó sobre ellas y le destrozó ambos tobillos. las heridas en la cabeza eran espectaculares. Se había cortado una arteria importante, y la sangre corría por la acera mientras él permanecía inmóvil con la cara apoyada en el suelo. El auto se detuvo de inmediato y su conductora saltó afuera para ver qué había hecho. Se oyó un grito de un niño que jamás había visto tanta sangre, y un cartero corrió hasta la esquina para llamar al oficial de policía que estaba dirigiendo el tráfico, mientras otro hombre entraba en una tienda para llamar a una ambulancia. El tránsito detenido permitió al chófer del taxi abandonar su vehículo y acercarse. Quiso arrimarse más, pero ya habia media docena de personas agachadas sobre el cuerpo.

—Er ist tot —observó uno de ellos.

El accidentado estaba tan pálido como para hacer pensar que así era. El mayor estaba sufriendo una profunda conmoción. Otro tanto ocurría a la conductora del «Peugeot», de cuyos ojos ya estaban brotando lágrimas y cuya respiración entrecortada se confundía con sus sollozos. Intentaba decir a todo el mundo que el hombre había bajado de la acera justo delante de su coche y que no había tenido oportunidad de frenar. Hablaba en francés, lo que hacía aún más difíciles las cosas.

Abriéndose camino entre los espectadores, el taxista se había acercado ya como para tocar el cuerpo. Tenía que quitarle aquel sobre..., pero en ese momento llegó el policía.

—Alle zurück! —ordenó, recordando sus viejas instrucciones, poner las cosas bajo control.

Esas enseñanzas lo habían capacitado para resistir el instinto de mover el cuerpo. Era una herida en la cabeza y quizá también en el cuello, y en esos casos no había que moverlos; sólo

podía hacerlo un ***Experten***. Uno de los presentes gritó que él ya había llamado a una ambulancia. El policía asintió secamente y esperó que llegara pronto. Confeccionar informes sobre accidentes de tráfico era un acto mucho más rutinario que estar observando un hombre inconsciente, ¿o muerto?, que sangraba ensuciando toda la acera. Un momento después levantó la vista aliviado al ver que un teniente, un supervisor más antiguo, se abría paso hasta allí.

—¿Ambulancia?

—En camino, Herr teniente. Mi nombre es Dieter, Gunther, agente de tráfico. Mi puesto está en la esquina.

—¿Quién guiaba el coche? —preguntó el teniente.

La conductora se irguió todo lo que pudo y empezó a repetir jadeando toda la historia en francés. Un testigo, que había presenciado el accidente, la interrumpió.

—Este señor bajó de la acera sin mirar. La señora no tuvo posibilidad de frenar. Yo soy banquero, y salí de la oficina de correos detrás de él. Trató de cruzar por donde no debía y bajó a la calle sin mirar la circulación. Mi tarjeta.

El banquero entregó al teniente su tarjeta comercial.

—Gracias, doctor Miller. ¿No tiene objeciones para hacer una declaración?

—Claro que no. Puedo ir directamente a la Comisaría si usted lo desea.

—Perfecto.

El teniente rara vez contaba con alguien tan elegante y bien dispuesto.

El taxista se mantuvo de pie al borde del grupo. Era un experimentado oficial de la KGB que ya había visto antes operaciones que salían mal, pero esto era..., absurdo. Siempre aparecía algo nuevo que podía arruinar una operación, con mucha frecuencia el detalle más simple, la cosa más tonta. ¡Este orgulloso comando paralizado por una francesa de mediana edad al volante de un sedán! ¿Por qué no había mirado a los malditos coches? Debí haber buscado algún otro que recogiera el sobre y mandar al diablo las condenadas instrucciones del Departamento de Seguridad, insultó mentalmente detrás de una cara impasible. Órdenes del Centro de Moscú: que intervenga un mínimo de personal. Cruzó la calle caminando para volver a su taxi y se preguntó cómo haría para explicar esto a su control. Los errores jamás eran culpa del Centro.

En seguida llegó la ambulancia. El sargento retiró el billetero de la víctima del bolsillo de su pantalón. Era un tal Siegfried Baum (*bravo*, pensó el teniente, *un judío*) del distrito de Altona, Hamburgo. La conductora del auto era francesa. Resolvió que tendría que viajar en la ambulancia hasta el hospital, con la víctima. Un accidente «internacional»: habría trabajo extra de papeles. El teniente lamentó no haberse quedado en el Gasthaus de la acera de enfrente y haber terminado su cerveza después del almuerzo. Vaya por su devoción al servicio. Además, estaba preocupado por su posible movilización...

El personal de la ambulancia trabajó rápidamente. Pusieron un collar cervical alrededor del cuello de la víctima y llevaron un tablero rígido antes de darle la vuelta para colocarlo en la camilla. Inmovilizaron las piernas rotas en la parte inferior con tablillas de cartón duro. Todo el procedimiento llevó seis minutos controlados por el reloj del teniente; luego él subió a la ambulancia y dejó a tres oficiales de policía a cargo de los trámites restantes y para despejar la escena del accidente.

—¿Está muy mal?

—Tiene probable fractura de cráneo. Ha perdido mucha sangre. ¿Qué sucedió?

—Bajó de la acera sin mirar.

—Idiota —comentó el auxiliar médico—. Como si no tuviésemos bastante trabajo.

—¿Vivirá?

—Depende de la herida de la cabeza —el hombre de la ambulancia se encogió de hombros—. Los cirujanos empezarán a ocuparse de él antes de una hora. ¿Sabe cómo se ¿llama? Tengo que llenar un formulario.

—Baum, Siegfried. Kaisertrasse 17, Distrito de Altona, Hamburgo.

—Bueno, dentro de cuatro minutos estará en el hospital —el sanitario le tomó el pulso e hizo una anotación—. No parece judío.

—Tenga cuidado al decir esas cosas —le advirtió el teniente.

—Mi mujer es judía. La presión arterial le está bajando rápidamente.

El hombre de la ambulancia dudó si debía empezar con suero intravenoso, pero resolvió no hacerlo. Mejor dejar que los cirujanos tomaran la decisión.

—Hans, ¿avisaste por radio?

—Ja, ellos saben qué les llevamos —contestó el chófer—. ¿No está Biegler de guardia hoy?

—Así lo espero.

El conductor tomó velozmente una curva cerrada a la izquierda mientras la sirena de dos tonos seguía despejando el tránsito delante de ellos. Un minuto después detuvo el «Mercedes» y retrocedió hasta el sitio de recepciones de emergencia. Un médico y dos enfermeros ya estaban esperando.

Los hospitales alemanes son sumamente eficientes. En diez minutos la víctima —ahora el paciente—, estaba entubado para mantener abiertas las vías respiratorias, inyectado para colocarle una unidad de sangre 0-positiva y una botella de fluidos intravenosos, y llevado en una camilla hasta neurocirugía para una inmediata intervención del profesor Anton Ziegler. El teniente tuvo que permanecer en la sala de emergencia con el profesional de guardia.

—Entonces, ¿quién era? —preguntó el joven médico.

El policía le dio la información.

—¿Un alemán?

—¿Le parece extraño? —preguntó el teniente.

—Bueno, cuando llegó la llamada de radio, y dijeron que también venía usted, supuse que esto era..., bueno, algo delicado, como si el herido fuera un extranjero.

—La mujer que guiaba el auto es francesa.

—Ah, eso explica todo. Yo creí que el extranjero era él.

—¿Por qué?

—Por el trabajo que tiene en la dentadura. Me di cuenta cuando lo entubé. Tiene varias cavidades reparadas con acero inoxidable..., un trabajo descuidado.

—Tal vez vino de la Zona Oriental —observó el teniente. El médico recepcionista lanzó un bufido.

—¡Ningún alemán pudo haber hecho ese trabajo! Un carpintero lo habría realizado mejor.

El médico llenó rápidamente el formulario de admisión.

—¿Qué me quiere decir?

—Tiene un trabajo dental muy pobre. Extraño. Está muy bien vestido. En buen estado físico. Judío. Pero tiene un trabajo dental miserable —el médico se sentó—. Vemos muchas cosas extrañas, por supuesto.

—¿Dónde están sus efectos personales?

El teniente era un tipo naturalmente curioso; ésa era una de las razones por las cuales se había hecho policía después de prestar servicios en la Bundeswehr. El médico atravesó la sala e indicó al oficial una habitación donde una empleada del hospital había inventariado los efectos personales para guardarlos con seguridad.

Encontraron las ropas cuidadosamente acomodadas; la chaqueta y la camisa separadas para que sus manchas de sangre no ensuciaran nada más. Habían puesto a un lado, para registrarlos, un juego de llaves, algunas monedas y un sobre de tamaño grande. La empleada estaba completando otro formulario, cuidando de anotar lo que había llegado con el paciente.

El policía cogió el sobre de papel manila. Lo habían despachado desde Stuttgart la tarde del día anterior. Un sello de diez marcos. Siguiendo un impulso, sacó un cortaplumas y lo abrió. Ni el médico ni la empleada objetaron nada. Después de todo, era un oficial de Policía.

En el interior había un sobre grande y otros dos más pequeños. Abrió primero el mayor y extrajo el contenido. Era un diagrama. Parecía bastante común, hasta que vio que se trataba de un documento del Ejército Alemán sellado ***Geheim***. Secreto. Después observó el membrete: Lammersdorf. Tenía en sus manos un mapa de una jefatura de comunicaciones de la OTAN, a menos de treinta kilómetros dé donde él se encontraba. El teniente de Policía era capitán de la reserva del Ejército Alemán, y estaba habilitado como oficial de Inteligencia. ¿Quién era Siegfried Baum? Abrió los otros sobres. Después se dirigió al teléfono.

ROTA, ESPAÑA.

El jefe de transporte llegó exactamente a su hora. Una suave brisa los saludó desde el mar cuando Toland emergió por la puerta de carga, Había allí un par de marineros para dirigir las llegadas. A Toland le señalaron un helicóptero que se hallaba a unos cien metros, con su rotor ya dando vueltas. Caminó vivamente hacia la máquina, junto con otros cuatro hombres. Cinco minutos después estaba en el aire; su primera visita a España había durado exactamente once minutos. Nadie intentó iniciar una conversación. Toland miró por una de las pequeñas ventanillas.

Estaba sobre aguas azules, volando evidentemente hacia el suroeste. Se hallaban a bordo de un helicóptero Sea King antisubmarino. El suboficial de la tripulación era también operador de sonar, y estaba manipulando su aparato, seguramente haciendo alguna clase de prueba. Las paredes interiores de la aeronave no tenían tapizado. Hacia atrás se hallaban depositadas las sonoboyas, y el transductor del sonar estaba insertado en su compartimiento en el suelo. Con todo eso, el helicóptero quedaba lleno, la mayor parte de su espacio ocupado por armas e instrumental de sensores. Hacía media hora que estaba en el aire cuando la aeronave empezó a descender en círculos. Dos minutos después, aterrizaron en el USS Nímitz.

La cubierta de vuelo era calurosa, llena de ruidos y hedía a combustible jet. Un tripulante de cubierta los llevó hacia una escalerilla que descendía hasta la pasarela que rodeaba la cubierta, y a un pasadizo debajo de ella. Allí encontraron aire acondicionado y relativo silencio, aislados de las operaciones de vuelo que continuaban arriba.

—¿Capitán de corbeta Toland? —llamó un cabo oficinista.

—Aquí.

—Por favor, señor, venga comnigo.

Toland siguió al marino a través de una conejera de compartimientos debajo de la cubierta de vuelo, hasta que finalmente le indicaron una puerta abierta.

—Usted debe de ser Toland —observó un oficial con aspecto de agotado.

—Debo de ser..., a menos que los cambios de uso horario hayan hecho algo.

—¿Quiere primero las buenas noticias o las malas?

—Las malas.

—Muy bien, tendrá una litera. Los camarotes no alcanzan para todos nosotros, los tipos de Inteligencia. Aunque no debería tener mucha importancia. Hace tres días que no duermo..., una de las razones por las que usted está aquí. La buena noticia es qúe acaban de darle otro galón. Bienvenido a bordo, capitán de fragata. Yo soy Chip Bennett. —El oficial mostró a Toland una hoja de télex—. Parece que el comandante en jefe del Atlántico lo aprecia mucho. Es bueno tener amigos en las alturas.

El mensaje anunciaba simplemente que el capitán de corbeta Robert A. Toland, III, de la Reserva de Marina de Guerra de los Estados Unidos, había sido promovido a capitán de fragata de la reserva, lo que le daba derecho a usar los tres galones dorados correspondientes al nuevo grado, pero no a cobrar todavía el sueldo de esa jerarquía.

—Creo que es un paso en la dirección correcta. ¿Qué voy a tener que hacer aquí?

—Teóricamente se supone que usted debe ser mi auxiliar, pero estamos tan sobrecargados de información en este momento que vamos a repartir las responsabilidades. Voy a dejar que usted se haga cargo de los informes de la mañana y de la noche para el comandante del grupo de batalla. Eso lo hacemos a las siete de la mañana y a las ocho de la tarde. Al contralmirante

Samuel B. Baker, Jr. Hijo de P. Es un ex nuclear. Le gusta todo rápido y limpio, con notas a pie de página y fuentes de obtención, en el escrito que lee después. No duerme casi nunca. Su puesto de combate estará en el CID, con el oficial de operaciones tácticas del grupo —Walter se frotó los ojos—. ¿Y qué diablos está pasando en este mundo chiflado?

—¿Qué parece? —contestó Toland.

—Algo nuevo acaba de llegar. Hoy retiraron de la plataforma de lanzamiento, en Kennedy, el transbordador espacial Atlantis; supuestamente por un fallo de las computadoras, ¿cierto? Tres diarios han publicado una historia diciendo que la retiraron para remplazar la carga. Iban a poner en órbita tres o cuatro satélites comerciales de comunicaciones. En cambio, ahora la carga será de satélites de reconocimiento.

—Creo que la gente está empezando a tomar esto en serio.

AACHEN, REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA.

«Siegfried Baum» se despertó seis horas después y vio a tres hombres que vestían ropas de cirujano. El efecto de la anestesia todavía le pesaba, y sus ojos no podían enfocar bien.

—¿Cómo se siente? —le preguntó uno de ellos en ruso.

—¿Qué me ha pasado? —El mayor respondió en ruso. Achn so.

—Lo atropelló un automóvil y ahora está en un hospital militar —mintió el hombre. Se encontraban todavía en Aáchen, cerca de la frontera germano belga.

—Que..., yo iba saliendo hacia...

La voz del mayor era la de un borracho, pero se interrumpió bruscamente. Sus ojos trataron de enfocar mejor.

—Ya terminó todo para usted, mi amigo —ahora el hombre que hablaba cambió al alemán—. Sabemos que es un oficial soviético, y ha sido hallado en posesión de documentos secretos del gobierno. Dígame, ¿cuál es su interés en Lammersdorf?

—No tengo nada que decir —contestó «Baum», en alemán.

—Ya es un poquito tarde para eso —le advirtió el interrogador, volviendo a emplear el ruso—. Pero vamos a facilitarle las cosas. El cirujano nos ha dicho que ahora ya podemos probar una medicina nueva con usted, y entonces nos dirá todo lo que sabe. Compréndalo bien. Nadie es capaz de resistir esta forma de interrogación. Usted tendría que considerar también su posición —dijo el hombre con severidad—. Es un oficial del Ejército de un gobierno extranjero, ilegalmente aquí en la República Federal, viajando con papeles falsos y en posesión de documentos secretos. Como mínimo, podemos enviarlo a prisión para toda la vida. Pero, teniendo en cuenta lo que está haciendo su gobierno en estos momentos, no nos interesan las medidas «mínimas». Si usted coopera, vivirá; y probablemente un tiempo después lo devolvamos a la Unión Soviética para canjearlo por un agente alemán. Además, diremos que obtuvimos de usted toda la información mediante el empleo de drogas; esto no podría producirle daño alguno. Si usted no coopera, morirá por las heridas recibidas en un accidente automovilístico.

—Yo tengo familia —dijo en voz baja el mayor Andre Chernyavin, tratando de recordar sus obligaciones.

La combinación del miedo con el aturdimiento producido por la droga provocaba una total confusión en sus emociones. No podía saber que le habían colocado una ampolla de pentotal sódico en el frasco gotero intravenoso, que ya estaba produciendo efectos y debilitando sus funciones cerebrales más elevadas. Pronto perdería la capacidad de comprender las consecuencias a largo plazo de sus actos. Sólo importaría el aquí y el ahora.

—Nada les pasará a ellos —prometió el coronel Weber, un oficial del Ejército asignado al Bundesnachrichtendients, que había interrogado a muchos agentes soviéticos—. ¿Usted cree que castigamos a las familias de todos los espías que capturamos? Pronto no vendría nadie a espiarnos.

Weber dejaba que su voz se fuera suavizando. las drogas ya estaban produciendo su efecto y, como la mente del extranjero se hallaba ya sumida en la confusión, podía actuar con amabilidad, extrayéndole la información con halagos y engaños. *Lo gracioso era que quien le había instruido sobre cómo hacer esto había sido un psiquiatra*, pensó. A pesar de tantas películas sobre brutales interrogadores alemanes, él jamás había sido preparado para obtener informaciones por la fuerza. *Qué lástima*, pensó. De haberlo necesitado alguna vez habría sido

justamente ahora. La mayor parte de la familia del coronel vivía en las afueras de Kulmbach, a pocos kilómetros de la frontera.

KIEV, UCRANIA.

—Capitán Iván Mikhailovich Sergetov presentándose de acuerdo con lo ordenado, camarada general.

—Siéntese, camarada capitán.

El parecido con su padre era notable, pensó Alekseyev. Bajo y fornido. El mismo orgullo en los ojos, la misma inteligencia. Otro hombre joven en pleno camino ascendente.

—Me ha dicho su padre que usted es un distinguido estudiante de idiomas del Medio Oriente.

—Sí, camarada general.

—¿Ha estudiado también a la gente que los habla?

—Eso forma parte del programa, camarada. —El joven Sergetov sonrió—. Hasta hemos tenido que leernos el Corán. Es el único libro que la mayoría de ellos lee en toda su vida y, por lo tanto, un factor importante para comprender a los salvajes.

—¿Entonces, no le gustan los árabes?

—No en particular. Pero nuestro país debe hacer negocios con los suyos. Y yo me llevo bastante bien con ellos. Mi clase tendrá oportunidad de reunirse con diplomáticos de países políticamente aceptables para practicar nuestro aprendizaje de idiomas. Especialmente con Libia y también con representantes del Yemen y Siria.

—Usted ha actuado tres años con tanques. ¿Podemos derrotar a los árabes en una batalla?

—Los israelíes lo han hecho con toda facilidad, y ellos no tienen ni una fracción de nuestros recursos. El soldado árabe es un campesino analfabeto, pobremente instruido y mal conducido por oficiales incompetentes.

Un joven que tiene todas las respuestas. ¿Y tal vez puede explicarme Afganistán?, pensó Alekseyev.

—Camarada capitán, usted va a estar incorporado a mi estado mayor personal durante las futuras operaciones contra los Estados del golfo Pérsico. Voy a confiar en usted para toda la tarea idiomática, y para ayudar en nuestras apreciaciones de inteligencia. Entiendo que usted se está preparando para ser diplomático. Eso es muy útil para mí. Siempre me gusta tener una segunda opinión sobre la información de Inteligencia que nos envían la KGB y la GRU[19]. No es que desconfíe de nuestros camaradas especialistas en Inteligencia, usted me comprende. Simplemente me gusta tener a alguien que piense con la mentalidad «Ejército» para que revise la información. La circunstancia de que usted ha prestado servicios en tanques es doblemente valiosa para mí. una pregunta más: ¿Cómo están reaccionando a la movilización los reservistas?

—Con entusiasmo, desde luego —replicó el capitán.

—Iván Mikhailovich, supongo que su padre le habló de mí. Yo escucho atentamente la palabra de nuestro Partido, pero los soldados que se preparan para una batalla necesitan conocer la verdad descarnada, para que podamos convertir en realidad los deseos del Partido.

El capitán Sergetov advirtió con cuánto cuidado había elegido las palabras.

—Nuestra gente está enojada, camarada general. Se hallan enfurecidos por el atentado en el Kremlin, el asesinato de los niños. Creo que «entusiasmo» no es una gran exageración.

[19] Agencia de Inteligencia Militar Soviética

—¿Y usted, Iván Mikhailovich?

—Camarada general, mi padre me anunció que usted me haría esa pregunta. Me dijo que le asegurara que él no tenía conocimiento anticipado de aquello, y que lo importante era salvaguardar a nuestro país, de manera que nunca más sean necesarias tragedias similares.

Alekseyev no contestó de inmediato. Quedó helado al tener la confirmación de que Sergetov le había leído el pensamiento tres días antes, y pasmado ante el hecho de que hubiera confiado a su hijo tan enorme secreto. Pero era bueno saber que él no se había equivocado al juzgar al hombre del Politburó. Se podía confiar en él. ¿Quizá también en su hijo? Evidentemente, Mikhail Eduardovich lo piensa así.

—Camarada capitán, éstas son cosas que tienen que ser olvidadas. Ya tenemos bastante de qué ocuparnos. Usted trabajará abajo en el vestíbulo, en la oficina veintidós. Hay mucho trabajo que lo está esperando. Puede retirarse.

BONN, REPÚBLICA FEDERAL ALEMANA.

—Es todo un fraude —informó Weber al canciller cuatro horas más tarde. El helicóptero en el que había volado hasta Bonn todavía no había dejado siquiera el suelo—. Todo el asunto del atentado con la bomba es un fraude cruel y deliberado.

—Sabemos eso, coronel —respondió el canciller malhumorado. En ese momento hacía ya dos días completos que se mantenía despierto tratando de luchar a brazo partido con la repentina crisis germano-rusa.

—Herr canciller, el hombre que tenemos ahora en el hospital es el mayor Andre Ilych Chernyavin. Entró en el pais por la frontera checoslovaca hace dos semanas con un juego separado de papeles falsos. Es oficial de las fuerzas soviéticas Spetznaz[20], sus Sturmtruppen de élite. Quedó gravemente herido en un accidente automovilístico: el muy imbécil bajó de la acera sin mirar y justo delante de un auto; llevaba con él un diagrama completo de la base de comunicaciones de la OTAN en Lammersdorf. Los puestos de seguridad de esa estación se cambiaron hace sólo un mes. Este documento no tiene más de dos semanas. También llevaba los horarios de guardias y una lista de los oficiales que las harían..., ¡y eso sólo tiene tres días en vigencia! Él y un grupo de diez hombres pasaron por la frontera checoslovaca y luego recibieron sus órdenes operativas. las cuales consisten en atacar la base exactamente a la medianoche un día después de recibir la señal de alerta. También existe una señal de cancelación para el caso de que cambien los planes. Tenemos ambas señales.

—Ese hombre entró en Alemania mucho antes...

El canciller estaba sorprendido a pesar de si mismo. El asunto era tan irreal.

—Exactamente. Todo coincide, Herr canciller. Por alguna razón Iván va a atacar a Alemania. Hasta este momento, todo ha sido un fraude, destinado a cogernos con la guardia baja. Aquí tengo una transcripción completa de nuestra entrevista con Chernyavin. Él tiene conocimiento de otras cuatro operaciones Spetznaz, todas ellas consistentes con un ataque en gran escala a través de nuestras fronteras. Ahora está en nuestro hospital militar de Koblenz bajo rigurosa vigilancia. Tenemos también un vídeo de su confesión.

—¿No existe la posibilidad de que todo esto sea una especie de provocación rusa? ¿Por qué no trajeron esos documentos cuando cruzaron la frontera?

—La reconstrucción de la estación de Lammersdorf significó que hubieron de corregir la información que tenían. Como usted sabe, nosotros hemos estado aumentando las medidas de seguridad en nuestras estaciones de comunicaciones de la OTAN desde el último verano, y nuestros amigos rusos también deben de haber estado poniendo al día sus planes de ataque. El hecho de que hayan logrado obtener esos documentos, algunos de ellos de sólo pocos días de vigencia, es alarmante en extremo. En cuanto a cómo ocurrió que pudiésemos echar mano a este hombre —Weber explicó las circunstancias del accidente—. Tenemos todas las razones para creer que el accidente fue auténtico, no provocado. La conductora, una tal Madame Anne-Marie LeCourte, es una representante de modas. Vende vestidos para algún diseñador de Paris; no es probable que sea la máscara de una espía soviética. ¿Y para qué hacer semejante cosa? ¿Acaso esperan ellos que nosotros lancemos un ataque contra la República Democrática Alemana basado en esto? Primero nos acusan de bombardear el Kremlin, ¿y después tratan de provocarnos? No es lógico. Lo que tenemos aquí es un hombre cuya misión es preparar el camino para una invasión soviética a Alemania paralizando las comunicaciones de la OTAN inmediatamente antes de comenzar las hostilidades.

[20] Tropas de "Tareas Especiales" (Tropas de comandos)

—Pero hacer semejante cosa..., aun en el caso de que ese ataque se halle planeado...

—Los soviéticos están ebrios con los grupos de «operaciones especiales», una lección de Afganistán. Estos hombres se encuentran muy bien entrenados, son muy peligrosos. Y es un plan muy astuto. La identificación judía, por ejemplo. Los bastardos apuestan a nuestra sensibilidad con los judíos, ¿no es así? Si al individuo lo detiene un oficial de Policía, puede hacer una fortuita observación sobre cómo tratan los alemanes a los judíos, ¿y qué haría un joven policía? Probablemente pedirle disculpas y permitirle que se marchara. —Weber sonrió frunciendo el ceño; había sido un detalle muy bien pensado, y tenía que admirarlos—. Lo que no pudieron prever fue lo inesperado. Hemos tenido suerte. Y ahora deberíamos hacer uso de esa suerte. Herr canciller, esta información debe ir en seguida al alto mando de la OTAN. Por el momento, tenemos en observación su casa de seguridad. Podríamos estar dispuestos a atacarla. Nuestros guardias de frontera, GSG-9[21], están listos para la misión, pero quizá debería ser una operación de la OTAN.

—Primero debo reunirme con mi gabinete. Después hablaré por teléfono con el Presidente de los Estados Unidos y con los otros jefes de la OTAN.

—Discúlpeme, canciller, pero no hay tiempo para eso. Con su permiso, antes de una hora entregaré una copia del vídeo al oficial de enlace de la CIA, y también a los británicos y los franceses. Los rusos van a atacarnos. Es mejor alertar primero a los servicios de Inteligencia, que dispondrán lo necesario para su conversación con el Presidente y con quien sea. Debemos movernos de inmediato, herr canciller. Ésta es una situación de vida o muerte.

El canciller bajó la vista y miró fijamente su escritorio.

—De acuerdo, coronel. ¿Qué propone hacer con este Chernyavin?

Weber ya había tomado medidas en ese terreno.

—Murió por las heridas recibidas en el accidente automovilístico. Aparecerá esta noche en los noticiarios de televisión y en los diarios. Naturalmente, lo pondremos a disposición de nuestros aliados para nuevos interrogatorios. Estoy seguro de que la CIA y otros querrán verlo antes de la medianoche.

El canciller de la República Federal alemana miró fijamente a través de las ventanas de su oficina de Bonn. Recordaba su servicio en las fuerzas armadas cuarenta años antes: un asustado adolescente con un casco que casi le cubría los ojos.

—Está sucediendo de nuevo. ¿Cuántos morirán esta vez?

—Ja.

—¡Dios mio! ¿Cómo irá a ser?

[21] Grupo de Comandos del Ejército Alemán.

LENINGRADO, URSS.

El capitán observaba el costado de babor de su buque desde el ala del puente. Los remolcadores empujaban la última barcaza hacia el elevador de popa y luego se retiraban en retroceso. El elevador subía unos pocos metros y la barcaza quedaba colocada en su lugar sobre los carritos que esperaban en las vías que iban de proa a popa. El primer oficial del Julius Fucik supervisaba el proceso de carga desde la estación de control de cabrestantes del buque y se comunicaba por medio de su transmisor con otros hombres, repartidos en los sectores de popa de la nave. El elevador igualó el nivel de la tercera cubierta de carga, que quedó expuesta al abrirse la amplia puerta de acceso. Unos tripulantes sujetaron cables a los carritos y los aseguraron rápidamente.

Los cabrestantes tiraron de la barcaza para hacerla entrar en la tercera cubierta de carga, la más baja, del buque portabarcazas de desembarco. Cuando los carritos se encontraron sobre las marcas pintadas, la puerta a prueba de agua se cerró y se encendieron las luces para permitir a los hombres encargados que aseguraran firmemente la barcaza en su sitio. *Perfectamente cumplido*, pensó el primer oficial. Todo el procedimiento de carga había quedado completado en sólo once horas, casi un récord. Se dedicó a supervisar las tareas de aseguramiento para el mar de toda la parte posterior de la nave.

—La última barcaza estará completamente amarrada en treinta minutos —informó el suboficial al primer oficial, quien a su vez transmitió la información al puente.

El capitán Kherov apretó las teclas de su teléfono que lo comunicarían con la sala de máquinas.

—Debe estar listo para responder al telégrafo de aquí a media hora.

—Muy bien.

El ingeniero de máquinas colgó.

En el puente, el capitán se volvió hacia su pasajero de mayor jerarquía, un general paracaidista que se había puesto la chaqueta azul de oficial del buque.

—¿Cómo están sus hombres?

—Algunos ya tienen mareo de mar —rió el general Andreyev.

Los habían llevado a bordo en el interior de las barcazas completamente cerradas; excepto al general, desde luego, junto con toneladas de carga militar.

—Le agradezco que haya autorizado a mis hombres a caminar por la cubierta inferior.

—Yo estoy a cargo de un buque, no de una prisión. Espero que no estropeen nada.

—Se les ha dicho —le aseguró Andreyev.

—Muy bien. Tendremos muchos trabajos para darles dentro de unos pocos días.

—¿Sabe que éste es mi primer viaje en barco?

—¿De verdad? No tema, camarada general. Es mucho más cómodo que viajar en avión..., ¡y después saltar de él! —El capitán rió—. Éste es un buque grande y navega muy bien, incluso con una carga tan liviana.

—¿Carga liviana? —preguntó el general—. Usted tiene a bordo más de la mitad del equipo de mi división.

—Podemos llevar mucho más de treinta y cinco mil toneladas métricas de carga. Su equipamiento es voluminoso, pero no tan pesado.

Era un nuevo concepto para el general, que habitualmente debía hacer los cálculos para trasladar el equipo por avión.

Abajo, más de mil hombres del Regimiento de Infantería de Ataque Aerotransportada 2340, se arremolinaban y caminaban de un lado a otro bajo el control de sus oficiales y suboficiales. Excepto unos ratitos durante la noche, deberían permanecer allí abajo hasta que el Fucik dejara atrás el Canal de la Mancha. Lo toleraban sorprendentemente bien. Aunque estaban amontonados con las barcazas y los equipos, los cavernosos espacios de carga eran mucho más amplios que las cabinas de los aviones militares de transporte a los que se hallaban acostumbrados. Los miembros de la dotación del barco estaban colocando planchas desde la parte superior de una barcaza hasta otra, de modo que pudieran disponer de más lugar para dormir y no ocuparan los grasientos lugares de trabajo que los marineros debían vigilar. Poco tiempo después iban a explicar a los oficiales de los regimientos todo lo relativo a los sistemas de la nave, especialmente lo referente a lucha contra el fuego. Se insistió en el cumplimiento del reglamento que prohibía fumar; pero los marineros profesionales no querían arriesgar. Estaban sorprendidos ante el humilde comportamiento de los jactanciosos paracaidistas. Comprendieron que hasta las más destacadas tropas de élite podían sentirse acobardadas en un ambiente nuevo y desconocido. Fue una observación placentera para marinos mercantes.

Tres remolcadores empezaron a tirar de los cabos que colgaban por los costados del buque, alejándolo lentamente del muelle. Se unieron otros dos en cuanto la nave se halló en espacio abierto y empujaron la proa enfrentándola al mar para salir de la terminal de Leningrado. El general contempló cómo el capitán controlaba el procedimiento, corriendo de un ala del puente a la otra con un joven oficial a remolque, dando órdenes al timón cuando pasaba. El capitán Kherov tenía cerca de sesenta años, y más de dos tercios de su vida habían transcurrido en el mar.

—¡Timón a la vía! —ordenó—. Lento adelante.

El timonel repitió ambas órdenes en menos de un segundo, según comprobó el general. *No está mal*, pensó, recordando los torpes comentarios que había escuchado de tanto en tanto sobre los marinos mercantes.

El capitán volvió a reunirse con él.

—Bueno, lo peor ya quedó atrás.

—Pero tuvo ayuda para eso —comentó el general.

—¡Vaya ayuda! Los que gobiernan estos malditos remolcadores son borrachos. Provocan daños en los buques con bastante frecuencia.

El capitán se acercó a la carta marina. Que bueno: canal recto y profundo hasta el Báltico. Podía aflojarse un poco. Se dirigió a su sillón en el puente, se sentó y pidió:

—¡Té!

En seguida apareció un camarero con varias tazas en una bandeja.

—¿No hay bebidas alcohólicas a bordo? —Andreyev estaba sorprendido.

—No, a menos que sus hombres las hayan traído, camarada general. No tolero el alcohol en mi buque.

—Ya lo creo —el primer oficial se unió a ellos—. Todo asegurado a popa. las medidas para mar especial están tomadas. Vigías en sus puestos. La inspección de cubierta se está realizando.

—¿Inspección de cubierta?

—Normalmente, en cada cambio de guardia, controlamos que no haya escotillas abiertas, camarada general —explicó el primer oficial—. Con sus hombres a bordo lo comprobaremos cada hora.

—¿No confía en mis hombres?

El general estaba ligeramente ofendido.

—¿Usted confiaría en uno de nosotros a bordo de su Avión? —replicó el capitán.

—Tiene razón, por supuesto. Discúlpeme, por favor. —Andreyev sabía reconocer a un profesional cuando lo veía—. ¿Puede designar unos pocos de sus hombres para enseñar a mis oficiales jóvenes y sargentos lo que necesitan aprender?

El primer oficial sacó del bolsillo unos cuantos papeles.

—Las clases comenzarán dentro de tres horas. En dos semanas, sus hombres serán buenos marinos.

—Nos hallamos preocupados en especial respecto al control de averías —dijo el capitán.

—¿Eso le preocupa?

—Naturalmente. Estamos entrando en el peligro, camarada general. También me gustaría ver qué pueden hacer sus hombres para la defensa del buque.

El general no había pensado en eso. La operación había sido montada con demasiada rapidez para su gusto, sin que tuviera oportunidad de instruir a sus hombres en sus obligaciones en el buque. Consideraciones de seguridad. Bueno, ninguna operación llegaba nunca a estar completamente planificada, ¿verdad?

—Ordenaré a mi comandante antiaéreo que se reúna con usted cuando usted lo disponga —hizo una pausa—. ¿Qué clase de daño puede absorber este buque y sobrevivir?

—No es un buque de guerra, camarada general. —Kherov sonrió misteriosamente—. Sin embargo, usted notará que casi toda nuestra carga está en barcazas de acero. Esas barcazas tienen paredes dobles, con un metro de espacio entre ellas, lo que hasta puede ser mejor que la cómpartimentación en un buque de guerra. Con suerte, espero no tener que comprobarlo. Lo que más me preocupa es el fuego. Si podemos lograr una buena preparación en la lucha contra incendios, tal vez podamos sobrevivir por lo menos a un impacto de misil, y tal vez a dos o tres.

El general asintió pensativo.

—Mis hombres estarán disponibles para usted cada vez que lo desee.

—Tan pronto como dejemos atrás el Canal. —El capitán se levantó y consultó de nuevo la carta de navegación—. Lamento que no podamos ofrecerle un crucero de placer. Tal vez el viaje de regreso.

El general alzó su taza.

—Brindo por eso, camarada. Mis hombres están a su disposición hasta que llegue el momento. ¡Étxito!

—Sí. ¡Éxito!

El capitán Kherov alzó también su taza, deseando casi que hubiera sido un vaso de vodka, para brindar adecuadamente por su misión. Estaba listo. Desde su juventud en los barreminas de la armada, no había tenido ocasión de servir directamente al Estado, y estaba resuelto a ver que su misión se cumplía con éxito.

COBLENZA, REPÚBLICA FEDERAL ALEMANA.

—Buenas tardes, mayor.

En una ala muy vigilada del hospital militar, el jefe de la estación de Bonn de la CIA se sentó con sus homólogos británico y francés y un par de traductores.

—¿Vamos a hablar de Lammersdorf? —preguntó.

Sin que los alemanes lo supieran, los británicos tenían un expediente sobre las actividades del mayor Chernyavin en Afganistán, que incluía una fotografía, mala pero reconocible, del hombre recordado por el Mujadín como el Demonio de Kandahar. El general Jean-Pierre de Ville, de la DGSE francesa, condujo el interrogatorio por ser quien mejor hablaba el ruso. En esos momentos, Chernyavin ya era un hombre quebrado. Su único intento de resistencia quedó destruido al escuchar la cinta grabada de su confesión inducida por las drogas. Hombre muerto para sus propios compatriotas, el mayor repetía lo que estos hombres ya sabían, pero tenían que oírlo personalmente. Tres horas más tarde, los despachos de prioridad FLASH[22] salieron hacia tres capitales occidentales, y los representantes de los tres servicios de seguridad prepararon documentos informativos para sus contrapartes en los demás paises de la OTAN.

[22] Extremadamente urgente. De primera prioridad.

14. GAS.

WANDLITZ, REPÚBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

Momento 6.

Condiciones de tiempo características de primavera—verano (humedad y temperaturas moderadas; probabilidad de lluvia 35 % diaria); vientos del Oeste y Suroeste, de 0 a 30 km/h a nivel del suelo, según la altura; uso de agentes muy persistentes contra los enlaces de comunicaciones, instalaciones POMCUS, aeródromos y otras instalaciones de abastecimientos y depósitos de armas nucleares (índice de error de entregas normales computadas, véase Apéndice F del Anexo 1).

El jefe del Partido Comunista de la República Democrática alemana siguió leyendo hasta el final del extracto, a pesar de la terrible acidez de estómago que sentía:

Como en los Momentos 1, 3, 4 y 5, cualquier alarma de más de quince minutos asegurará virtualmente una completa protección MOPP-4 del personal de combate y apoyo que reciba la alerta. Se mantiene el problema de las bajas civiles, ya que más de cien blancos de las categorías citadas más arriba se encuentran cerca de importantes centros de población.

La biodegradación de los agentes persistentes tales como el GD (el agente soviético que se espera sea elegido; para un análisis de la información soviética sobre este tópico, véase Apéndice C del Anexo 2) será demorada por temperaturas generalmente templadas y una acción fotoquímica del sol reducida por la nubosidad. Esto permitirá que los agentes, en forma de aerosoles, deriven siguiendo las corrientes de los vientos. Dada una concentración mínima sobre los blancos de dos miligramos por metro cúbico, pronosticados los gradientes de temperatura vertical y los impulsos por espesores de nubes, vemos que el riesgo del vapor tóxico arrastrado por el viento a grandes zonas de la República Federal Alemana y la República Democrática Alemana, será de aproximadamente 0,3 (más o menos un cincuenta por ciento en nuestros cálculos, considerando esperadas impurezas y descomposición química en las municiones químicas), tan grande como el de los mismos blancos.

Como la documentación soviética requiere que las concentraciones en las fuentes (es decir, los blancos) estén bastante más allá de la dosis media letal (LCT—50), vemos que toda la población civil alemana corre el más grave riesgo. La esperada represalia aliada a semejantes golpes químicos sería de naturaleza sobre todo psicológica... Solamente el uso de municiones soviéticas contaminará en forma efectiva casi toda la gran Alemania; se espera que ningún sector de ella situado al este del Rin pueda considerarse seguro para personal desprotegido, a partir de doce horas después del uso de las primeras municiones. Pueden esperarse efectos similares en partes de Checoslovaquia e incluso en el oeste de Polonia, dependiendo de la dirección y velocidad del viento. Además, no debe esperar que dicha contaminación continúe como mínimo 1.5 veces el nivel medio de persistencia de los agentes usados.

Éste es el último (y estadisticamente el más probable) de los momentos que responden a los lineamientos especificados en el contrato.

SECCION VIII: SUMARIO EJECUTIVO.

Como podrá apreciar el lector, aunque la alarma táctica se dé con unos pocos minutos de anticipación, se puede esperar con alto grado de confianza que las formaciones militares sufran muy pocas bajas (aunque con un treinta a un cincuenta por ciento de degradación en la efectividad de combate; sin embargo, es probable que esta degradación sea igual para ambos lados), y las bajas esperadas entre civiles serán mucho más altas que las anticipadas como resultantes de un intercambio de Nivel-2 de armas nucleares tácticas (doscientas cabezas de guerra 100 kt; véase Apéndice A del Anexo 1) en una mezcla de blancos militares y civiles/industriales fijos, deben esperarse graves efectos económicos a corto y largo plazo. Incluso el empleo de agentes no persistentes en el FAZBA (Frente Anterior de la Zona de Batalla) no puede menos que producir un grave impacto sobre la población civil, debido a la gran urbanización del campo alemán y la evidente incapacidad de cualquier gobierno para proveer protección adecuada a su población civil.

En términos de efectos inmediatos, la cifra base de más de diez millones de bajas civiles expuesta en el Momento 2, representa un problema de salud pública peor que el producido después del desastre del ciclón de Bangladesh en 1970, y es probable que determine efectos sinérgicos que exceden el alcance de este estudio. (Las especificaciones del contrato excluían taxativamente la investigación de los efectos biológicos de un intercambio químico en gran escala. Si bien es imposible estimar en este documento las dificultades asociadas con un examen profundo de este asunto, se advierte al lector que esos efectos de largo alcance son más fáciles de estudiar que de resolver en la realidad. Podría ser necesario, por ejemplo, importar toneladas de larvas de insectos antes de que pudieran crecer de nuevo plantaciones de los más simples productos comestibles en Europa Occidental.) Por el momento, ni siquiera es posible asegurar la capacidad de los ejércitos mejor organizados para deshacerse de millones de cadáveres de civiles en avanzado estado de descomposición. Y los civiles necesarios para el restablecimiento de la producción industrial (según lo que casi con seguridad son estimaciones optimistas) habrán sido por lo menos diezmados, en el sentido literal clásico.

Un análisis de los efectos de la Guerra Química en el Teatro de Operaciones Europeo utilizando el Pronóstico de Consultores sobre liberación atmosférica.

Laboratorios Lawrence—Livermore —National

LLNL 82—2504 CR 8305/89/178

SIGMA 2

Solamente Distribuidor Externo Especificado.

—SECRETO—

Johannes Bitner no arrojó el informe a su cesto de papeles pero le pareció sentir necesidad de lavarse las manos. *Una similitud más entre el Este y el Oeste,* pensó friamente. *Los informes de su gobierno están escritos por computadoras para ser leídos por calculadores. Igual que los nuestros. Exactamente igual que los nuestros.*

—Herr Generaloberts.

El jefe del Partido Comunista de la República Democrática Alemana levantó la vista para mirar a su comandante en jefe que, acompañado por otro oficial, había ido esa mañana temprano, y en ropas civiles, a visitarlo en su elegante residencia privada en Wandlitz, enclave de la élite del Partido en las afueras de Berlín. Le habían llevado el documento obtenido dos días antes a través de un agente de la República Democrática muy bien situado en un puesto de jerarquía en el Ministerio de Defensa de Alemania Occidental.

—¿Qué grado de exactitud tiene este documento? —preguntó el secretario.

—Camarada secretario, no podemos comprobar sus modelos de computadora, desde luego, pero sus fórmulas, sus estimaciones sobre la persistencia de las armas químicas soviéticas, sus patrones de pronóstico de tiempo, es decir, toda la información sobre la que supuestamente se sustenta este estudio, ha sido examinada por miembros de mi personal de inteligencia y supervisada por algunos profesionales elegidos de la Universidad de Leipzig. No existen razones para creer que no sea auténtico.

—En realidad —dijo el coronel Mellethin, director de Análisis de Operaciones Extranjeras, un hombre enjuto y austero cuyos ojos mostraban claramente que no había dormido desde hacía varios días—, los norteamericanos desestiman las cantidades totales de munición empleada, porque constantemente exageran la exactitud de los sistemas de lanzamiento rusos. —Los otros dos hombres presentes en la habitación notaron en seguida que había dicho rusos en ver de soviéticos.

—¿Quiere decir algo más, Mellethin? —preguntó Bitner con tono severo.

—Camarada secretario, desde el punto de vista ruso, ¿cuál es el objetivo de esta guerra?

—La neutralización de la OTAN y el acceso a mayores bienes económicos. Diga lo que tenga que decir, camarada coronel —ordenó Bitner.

—Camarada, el éxito del Pacto de Varsovia dejaría una Alemania unida. Yo hago notar que una Alemania unida, incluso una Alemania socialista, sería considerada como una amenaza estratégica por la Unión Soviética..., después de todo, nosotros somos mejores socialistas que ellos, ich wuízr? —Mellethin respiró profundamente antes de continuar. ¿Estaba arriesgando su vida? ¿Importaba eso? El nombre de la familia había sido alguna vez von Mellethin, y el comunismo no había enseñado a su cuerpo de oficiales profesionales a mantener una inquebrantable lealtad hacia el Estado—. Camarada secretario del Partido, el triunfo soviético en esta operación dejará a Alemania, socialista y capitalista, tan árida como la superficie de la luna, un mínimo de diez a treinta por ciento de nuestro pueblo muerto, nuestras tierras envenenadas, aun sin la represalia química de Occidente, hoy hemos sabido que los norteamericanos están dispuestos a utilizar sus armas químicas, entonces la OTAN tomará represalias con la misma especie, y es muy posible que nuestro país, y la propia cultura alemana, deje de existir por completo. Semejante objetivo no es defendible militarmente, pero yo sugiero, camarada, que éste podría ser un objetivo adicional, político, del plan ruso.

La expresión de Bitner no cambió en lo más mínimo, y sus visitantes no pudieron ver el frío que estaba envolviendo a su líder nacional. La reunión que había tenido en Varsovia la semana anterior había sido bastante inquietante, pero ahora, las razones existentes detrás de las aduladoras seguridades que le había ofrecido la dirigencia soviética aparecían con toda claridad.

—¿No hay forma de proteger a nuestra población civil? —preguntó Bitner.

—Camarada —suspiró el general—. Estos agentes persistentes no sólo se acumulan por la respiración. También lo hacen a través de la piel. Si alguien toca una zona contaminada, queda envenenado. Aunque ordenemos a nuestra gente que permanezca en sus hogares con puertas y ventanas cerradas..., las casas y edificios de apartamentos no son sellados a prueba de aire. Y la gente necesitará comer. En ciertas industrias esenciales, los obreros de las fábricas deben salir a trabajar. El personal de sanidad, la Policía y el de seguridad interior, algunos de nuestros ciudadanos más valiosos, serán los más gravemente expuestos. Estos aerosoles viajarán en forma invisible a través de todo nuestro país, y su detección será virtualmente imposible. Dejarán una película tóxica sobre los prados, árboles, cercos, paredes, camiones..., casi todo , casi todo. las lluvias lavarán bastante, pero las pruebas que se han hecho años atrás muestran que algunos de estos venenos, los que quedan en el interior de los cercos, por ejemplo, persistirán durante semanas, y hasta meses. Necesitaremos miles de equipos de hombres para descontaminación, nada más que para iniciar la tarea de dar a nuestro país la seguridad imprescindible que permita a nuestros ciudadanos caminar hasta sus

mercados. El coronel Mellehtin tiene razón: si los rusos emplean sus armas de gas, y los norteamericanos responden en la misma forma, seremos afortunados si dentro de seis meses sigue con vida la mitad de nuestra población. Es realmente más fácil proteger a nuestros ciudadanos de las armas nucleares que de los gases, y los efectos nucleares tienen una duración menor.

—Du lieber Gott.

MOSCU, URSS.

—Nuestros fraternales camaradas socialistas de la República Democrática Alemana nos han informado que no pueden menos que considerar el uso de armas químicas dentro de su territorio como un asunto de la más grave preocupación nacional —el ministro de Asuntos Exteriores hablaba secamente—. Más aún, nos han hecho llegar informes de inteligencia en los que se aprecia claramente que el uso de dichas armas sólo serviría para endurecer la resolución de la OTAN..., y posiblemente abrir las puertas a otras armas de destrucción masiva.

—¡Pero son parte del plan! —objetó Defensa.

—Camaradas —dijo Sergetov—. Todos sabemos que el uso de municiones químicas tendrá efectos calamitosos sobre los civiles... ¿No comprometería eso nuestra maskirova política? ¿Acaso no estamos declarando que nuestra lucha es contra el gobierno de Alemania Occidental? ¿Cómo quedaríamos entonces si en el primer día de la guerra exterminamos friamente a muchos miles de civiles?

¿Cuántos inocentes más vamos a sacrificar?, pensó.

—Y hay otro interrogante —dijo Bromokovsky, que aunque viejo y frágil, era todavía un hombre con experiencia de la última guerra contra los alemanes, y sus puntos de vista sóbre cuestiones de Defensa aún provocaban respeto—. Si usamos esas armas contra todos los ejércitos de la OTAN..., ¿cómo podemos limitarlas a las formalidades alemanas? Estados Unidos y Francia han dicho con toda claridad que consideran el gas como un arma de destrucción masiva, a la cual responderán de la misma manera.

—El arsenal químico norteamericano es una broma —replicó Defensa.

—Yo he visto estudios de su ministerio que sugieren lo contrario —comentó Bromokovsky—. ¡Y tal vez usted se ría de sus armas nucleares! Si nosotros matamos muchos miles de civiles alemanes, su gobierno exigirá el uso de armas atómicas contra blancos en nuestro territorio. Si nuestras armas de gas matan algunos miles de soldados norteamericanos, ¿usted cree que el Presidente de los Estados Unidos se va a contener de usar sus propias armas de destrucción en masa? Camaradas, ya hemos discutido esto antes. Esta guerra contra la OTAN es una operación política, ¿no? ¿Vamos a tirar por la borda nuestro camuflaje político usando un arma como ésta? Ahora ya tenemos la seguridad de que por lo menos un país de la OTAN no participará en una guerra germano-rusa. Ésa es una gran victoria para nuestra política. El uso de armas químicas nos hará perder esa ventaja y abrirá peligros políticos desde más de una dirección. Yo creo que nosotros deberíamos mantener el control de esas armas en el Politburó. Camarada ministro de Defensa, ¿usted quiere decirnos que sólo podemos ganar si se usan armas de destrucción masiva? —el viejo se inclinó hacia delante y habló con firme resolución—. ¿Ha cambiado la situación? Usted debe recordar cuando nos dijo que si se perdía la sorpresa estratégica podíamos hacer retroceder a nuestros ejércitos. ¿Se ha perdido la sorpresa?

El rostro del ministro de Defensa quedó rígido por unos instantes.

—El Ejército soviético está listo y es capaz de cumplir con su misión. Ahora es demasiado tarde para retirarse. Ésta también es una cuestión política, Petia.

—La OTAN está movilizada —dijo Sergetov.

—Demasiado tarde y con demasiada indecisión —replicó el director de la KGB—. Ya hemos logrado separar un país de la alianza de la OTAN. Estamos trabajando con otros, y actuamos intensamente en Europa y Estados Unidos sembrando desinformación sobre el ataque con las bombas. La voluntad del pueblo en los países de la OTAN es débil. No querrán

pelear en una guerra a favor de los asesinos alemanes, y sus líderes políticos encontrarán la forma de aislarse del conflicto.

—Pero no si nosotros exterminamos civiles con gas —insistió el ministro de Asuntos Exteriores—. Petia y el joven Sergetov tienen razón: el coste político de estas armas es sencillamente demasiado alto.

WASHINGTON, D.C.

—¿Pero, por qué? ¿por qué están haciendo esto? —preguntó el Presidente.

—Lo ignoramos, señor —el director de la CIA se mostró incómodo por la pregunta—. Sabemos que ese asunto del atentado con la bomba en el Kremlin fue una absoluta mixtificación...

—¿Vio lo que dice el Post de esta mañana? La Prensa opina que ese tipo Falken tiene escrito por todas partes «agencia» o su equivalente alemán.

—Señor Presidente, la verdad del asunto es que Herr Falken era casi con total seguridad un agente soviético en espera, bajo el control de la KGB. Los alemanes no han podido descubrir mucho sobre él. Es como si hubiera surgido a la vida hace trece años, y ha esperado manejando silenciosamente su negocio de importación y exportación durante los últimos doce. Todos los indicios que tenemos nos dicen que los soviéticos están preparados para lanzar un ataque contra la OTAN. Por ejemplo, no hay síntomas de que estén desmovilizando a sus reclutas que han llegado al final de su servicio, ni evidencia alguna de preparativos para la nueva «clase» de mozos que debieron haber empezado a llegar hace varios días. Finalmente, está el caso de ese mayor del Spetznaz que los alemanes descubrieron y capturaron. Estaba infiltrado en la República Federal desde antes del atentado de la OTAN. En cuanto al porque..., señor Presidente, simplemente no lo sabemos. ,Podemos describir lo que están haciendo los rusos, pero no la razón por la que lo hacen.

—Anoche dije al país que seríamos capaces de controlar esta situación a través de medios diplomáticos...

—Todavía podríamos. Necesitamos comunicarnos directamente con los soviéticos —manifestó el consejero de seguridad nacional del Presidente—. Pero hasta que ellos respondan positivamente, tenemos que demostrarles que nosotros también obraremos con decisión. Señor Presidente, es necesario que se haga una nueva llamada de reservistas.

ATLANTICO NORTE.

El Julius se balanceaba inclinándose diez grados a cada lado con mar de través. El capitán Kherov notó que la navegación se había hecho dura para los soldados, pero estaban soportándolo bastante bien para ser hombres de tierra. Sus propios tripulantes se hallaban colgados en los costados del barco armados con sopletes de pintura para tapar las marcas distintivas de «Interlighter» que tenían, y preparar las superficies para remplazar con los emblemas de «Lykes Line». Los soldados desarmaban y quitaban partes de la superestructura para imitar la silueta del Doctor Lykes, un buque portabarcazas de bandera norteamericana notablemente parecido al Fucik. La nave soviética había sido construida hacía varios años en un astillero finlandés «Valmet», según planos adquiridos en los Estados Unidos. La zona de popa, donde se encontraban los cabrestantes y el elevador, ya estaba pintada totalmente de negro para igualar los colores de la empresa armadora de la línea norteamericana; y en ambos lados de la superestructura habían pintado un diamante negro. Varios hombres estaban cambiando las formas y colores de las dos chimeneas con partes prefabricadas. El trabajo más difícil que aún quedaba por hacer era pintar el casco. las marcas de «Interlighter» estaban hechas con letras de seis metros. para distribuirlas hacían falta plantillas de lona, y el diseño tenía que ser minucioso a menos que lanzaran al agua la lancha del barco, algo que el capitán no tenía ni el tiempo ni ganas de hacer.

—¿Cuánto falta, camarada capitán?

—Cuatro horas por lo menos. El trabajo va bien.

Kherov no podía ocultar su preocupación. Allí estaban, en medio del Atlántico, lejos de las rutas habituales de navegación, pero no podía decir...

—¿Y si nos detecta algún avión o buque norteamericano? —preguntó el general Andreyev.

—Entonces sabremos si nuestra instrucción de control de averías fue buena o no..., y nuestra misión fracasaría. —Kherov deslizó la mano sobre la barandilla de madera de teca lustrada; llevaba seis años al frente de ese buque, y lo había llevado a casi todos los puertos del Atlántico Norte y Sur—. Estamos avanzando bien. El buque navegará mejor con mar de proa.

MOSCU, URSS.

—¿Cuándo has pensado marcharte? —preguntó Flynn a Calloway.

—Pronto, Patrick. ¿Y espero que vengas conmigo? —Los hijos solteros de ambos hombres estaban en la Universidad, y los dos habían enviado a sus esposas al Oeste el día anterior.

—No sé. Nunca he huido antes —dijo Flynn mirando ceñudo el escenario vacío al frente de la sala. Tenía las cicatrices que podían probar lo afirmado. Me pagan para informar las noticias.

—No vas a informar ninguna maldita noticia desde la prisión de Lefortovo, amigo mio —observó Calloway—. ¿No es suficiente un Premio Pulitzer?

—Creí que sólo yo lo recordaba —rió Flynn—. ¿Qué sabes tú que no sepa yo, Willie?

—Yo sé que no me iría sin tener una muy buena razón. Y si es bueno para mí que me vaya, Patrick, también lo es para ti.

La noche anterior le habían dicho que ahora había menos de un cincuenta por ciento de probabilidades de que se produjera una solución pacífica de la crisis. Por centésima vez, el corresponsal de «Reuter» bendijo su decisión de cooperar con el Servicio Secreto de Inteligencia británico.

—Ya empezamos. —Flynn sacó su agenda.

El ministro de Asuntos Exteriores entró por la puerta de siempre y caminó con aire de cansancio. Su traje estaba ajado, el cuello de la camisa arrugado y no muy limpio, como si hubiera estado levantado toda la noche anterior trabajando para resolver la crisis con Alemania por intermedio de los canales diplomáticos. Cuando levantó la cabeza, sus ojos miraron entrecerrados a través de sus gafas para leer.

—Señoras y señores, un año que había transcurrido tan bien para las relaciones Este-Oeste ha quedado reducido a cenizas ante el asombro de todos nosotros. Los Estados Unidos, la Unión Soviética y las otras naciones que aceptaron nuestra invitación a Viena están a pocas semanas de lograr un acuerdo global sobre el control de las armas nucleares estratégicas. Los Estados Unidos y la Unión Soviética han firmado un convenio y puesto en marcha, con una velocidad y cooperación sin precedentes, un acuerdo de venta de grano, y mientras estamos aquí hablando de eso, se realizan entregas en Odessa, sobre el mar Negro. El turismo de Occidente hacia la Unión Soviética ha alcanzado los niveles más altos de todos los tiempos, y ése es tal vez el reflejo más genuino del espíritu de la detente: ahora, por fin, nuestros pueblos están empezando a confiarse mutuamente. Todo este esfuerzo, los esfuerzos del Este y el Oeste para obtener una paz justa y perdurable, han sido arruinados por un puñado de hombres revanchistas que no han aceptado de corazón las lecciones de la Segunda Guerra Mundial.

»Señoras y señores, la Unión Soviética ha recibido pruebas irrefutables de que el gobierno de la República Federal Alemana ha hecho explotar su bomba en el Kremlin como parte de una maquinación tendente a lograr por la fuerza la reunificación de Alemania. Tenemos en nuestro poder documentos secretos alemanes que demuestran que el gobierno de Alemania Occidental planeaba derribar al gobierno de la Unión Soviética y aprovechar el consiguiente periodo de confusión interna para cumplir su propósito de rehacer una vez más Alemania, convirtiéndola en la principal potencia continental de Europa. Todos los europeos saben lo que eso significaría para la paz mundial.

»En este siglo, Alemania ha invadido a mi país dos veces. Más de cuarenta millones de ciudadanos soviéticos murieron para rechazar esas dos invasiones, y no olvidamos las muertes de tantos millones de amigos europeos que también fueron víctimas del nacionalismo alemán.

Polacos, belgas, holandeses, franceses, ingleses y norteamericanos, hombres y mujeres, trabajaron como aliados nuestros para salvaguardar la paz de Europa. Después de la Segunda Guerra Mundial, todos pensamos que ese problema estaba absolutamente terminado. Ése fue el razonamiento predominante en los tratados que dividieron Alemania y Europa en zonas de influencia (recuerden que esas zonas fueron ratificadas una vez más por los acuerdos de Helsinki en 1975), cuyo equilibrio bastaría para hacer imposible una guerra europea.

»Sabemos que Occidente ha vuelto a armar a Alemania, supuestamente como medida defensiva contra la imaginaria amenaza del Este, a pesar de que el Pacto de Varsovia no se formó siquiera hasta mucho después de haberse integrado la alianza de la OTAN; y aquella decisión ha sido el primer paso en el propio plan de Occidente para unificar Alemania como un factor de contrapeso respecto a la Unión Soviética. Que ésta fue una política innecesaria y estúpida queda ahora manifiestamente aclarado. Yo les pregunto a ustedes si hay alguien en Europa que realmente quiera una Alemania unificada. Los propios países de la OTAN hace años que dejaron de actuar por esa idea. Excepto, desde luego, algunos alemanes que recuerdan los días del poder alemán desde un punto de vista bastante diferente del que tenemos quienes fuimos sus víctimas.

»Es evidente que la República Federal Alemana se ha vuelto ahora hacia sus aliados occidentales, y piensa usar la alianza de la OTAN como un escudo detrás del cual pueda lanzar sus propias operaciones ofensivas, cuyo objetivo sólo puede alterar el equilibrio de poder que ha salvaguardado la paz de Europa durante dos generaciones. Aunque podemos culpar a Occidente por crear esta situación, el gobierno de la Unión Soviética no, lo repito, no considera a los Estados Unidos o sus aliados de la OTAN responsables de todo esto. También mi país ha aprendido la amarga lección de que los aliados pueden volverse contra sus supuestos amigos, así como un perro puede volverse contra su amo.

»La Unión Soviética no tiene ningún deseo de desperdiciar los impresionantes progresos logrados este año en las relaciones exteriores con Occidente —el ministro hizo una pausa antes de proseguir—. Pero la Unión Soviética no puede ignorar, no puede hacer a un lado el hecho de que se ha cometido un deliberado acto de agresión contra ella, en suelo soviético.

»El gobierno de la Unión Soviética entregará hoy una nota al gobierno de Bonn. Como precio por nuestra tolerancia, como precio por conservar la paz, exigimos que el gobierno de Bonn proceda de inmediato a desmovilizar su ejército hasta un nivel compatible con el mantenimiento de la paz civil. Hacemos también una llamada al gobierno de Bonn para que admita el acto agresivo, para que se disuelva y llame a nuevas elecciones, de manera que el propio pueblo alemán pueda juzgar si ha sido o no bien servido. Finalmente, exigimos y esperamos que se pague una completa reparación al gobierno de la Unión Soviética y a las familias de quienes fueron tan cruelmente asesinados por los revanchistas alemanes nacionalistas que se esconden en su ciudad sobre la orilla oeste del Rin. En caso de que estas exigencias no sean satisfechas deberán esperarse consecuencias de la mayor gravedad posible.

»Como he dicho antes, no tenemos razón alguna para creer que cualquier otra nación del Oeste haya tenido la más mínima complicidad en este acto de terrorismo internacional. Esta crisis es, por lo tanto, una cuestión entre el gobierno de la Unión Soviética y el gobierno de Bonn. Abrigamos la esperanza de que la crisis pueda resolverse por medios diplomáticos. Pedimos al gobierno de Bonn que considere las consecuencias de sus actos con el mayor cuidado y que proceda de forma que permita preservar la paz.

»Eso es todo lo que tengo que decir.

El ministro de Asuntos Exteriores juntó sus papeles y salió. Los periodistas allí reunidos no intentaron siquiera gritar preguntas a la figura que desaparecía.

Flynn volvió a meter en el bolsillo la agenda y puso el capuchón a su bolígrafo. El corresponsal de «AP» se había quedado en Phnom Penh para ver la llegada del Khmer Rojo, casi al costo de su vida. Había sido corresponsal en guerras, revoluciones, tumultos, y lo

habían herido dos veces como resultado de la devoción por su trabajo. Pero ser corresponsal en una guerra era una ocupación para hombres jóvenes.

—¿Cuándo piensas partir?

—El miércoles como máximo. Ya tengo dos billetes en la «SAS» para Estocolmo —respondió Calloway.

—Voy a enviar un cable a Nueva York para cerrar la oficina de Moscú mañana mismo. Me quedaré por aquí hasta que tú te vayas; pero Wilie, es hora de irse. Si he de enviar más información sobre esta historia será desde un lugar más seguro.

—¿En cuántas guerras has sido corresponsal, Patrick?

—Corea fue la primera. Desde entonces no son muchas las que me he perdido. Unos malditos me hirieron y estuve a punto de morir desangrado en un lugar que se llama Con Thien. Y también me pescaron dos fragmentos de mortero en el Sinaí en 1973.

USS PHARRIS.

DEFCON-2. ENTRAN YA EN VIGENCIA REGLAS DE COMBATE OPCION BRAVO. ESTE MENSAJE DEBE INTERPRETARSE COMO ALARMA DE GUERRA, leyó Morris en la intimidad de su camarote. ***HOSTILIDADES ENTRE OTAN Y PACTO VARSOVIA DEBEN CONSIDERARSE AHORA COMO PROBABLES PERO NO SEGURAS. TOME TODAS LAS MEDIDAS RELATIVAS A LA SEGURIDAD DE SU COMANDO. HOSTILIDADES PUEDEN INICIARSE SIN, REPITO, SIN ADVERTENCIA.***

Ed Morris levantó el auricular de su teléfono.

—Llame al oficial ejecutivo a mi camarote.

Estuvo allí en menos de un minuto.

—Oí que recibió un mensaje importante, jefe.

—DEFCON-2, ROE OPCION BRAVO —dijo entregándole el formulario que contenía el conciso mensaje—. Vamos a empezar de inmediato a mantener durante las veinticuatro horas la Condición-Tres de navegación. Los directores de tubos de torpedos y de ASROC tienen que estar con sus operadores en sus puestos en todo momento.

—¿Qué les decimos a los hombres?

—Antes quiero tratar esto reunido con los oficiales. Después hablaré con La dotación. Todavía no tenemos órdenes de operaciones específicas. Supongo que vamos a ir a Norfolk o a Nueva York para ocuparnos del convoy.

USS NIMITZ.

—Muy bien, Toland, quiero escucharlo.

Baker se echó hacia atrás en su sillón.

—Almirante, la OTAN ha aumentado su nivel de alerta. El Presidente autorizó DEFCON-2. La Flota de reserva de Defensa Naval ha recibido órdenes de movilización. Reforger[23] comenzará a la una Zulú. Ya están incorporando al servicio militar a los jets comerciales. Los británicos han puesto en vigencia la Orden de la Reina Dos. En Alemania, muchos aeropuertos van a tener un trabajo de todos los diablos.

—¿Cuánto tiempo para completar Reforger?

—De ocho a doce dias, señor.

—Podríamos no tener ese tiempo.

—Sí, señor.

—Háble me del reconocimiento que hacen ellos por satélite —ordenó Baker.

—Almirante, actualmente ellos tienen colocado un satélite de reconocimiento oceánico por radar, el Kosmos 1801. Trabaja junto con el Kosmos 1813, un pájaro de inteligencia electrónica. El 1801 es el satélite de radar que dispone de energía nuclear, y pensamos que podría tener capacidad fotográfica para apoyar el sistema de radar.

—Nunca había oído hablar de eso.

—La Agencia de Seguridad Nacional detectó indicaciones de una señal de vídeo hace varios meses, pero esa información no se pasó a la Marina porque no fue confirmada. —Toland no dijo que en aquel momento habían decidido que la Marina no necesitaba saber eso; pero ahora sí lo necesitaban, a su juicio. Y yo estoy aquí ahora—. Yo me inclino a pensar que Iván tiene otro de sus satélites de radar listo para lanzamiento inmediato, y probablemente varios más en depósito. Han estado lanzando una cantidad no común de satélites de comunicaciones de baja altura, además de un montón de satélites de inteligencia electrónica..., lo normal es que tengan colocados seis o siete de ellos; pero en estos momentos hay un total de diez. Eso les proporciona un cubrimiento extraordinariamente bueno de inteligencia electrónica. Cualquier ruido electrónico que nosotros hagamos, ellos lo escucharán.

—Y no hay ni una maldita cosa que nosotros podamos hacer para evitarlo.

—Por un tiempo, no, señor —respondió Toland—. La fuerza aérea tiene sus misiles antisatélites, seis o siete si no recuerdo mal, pero los han probado una sola vez contra un satélite verdadero, y desde el año pasado ha existido una moratoria en las pruebas ASAT (antisatélites). Probablemente la fuerza aérea pueda sacudirles el polvo e intentar reactivar el programa, pero eso llevará unas cuantas semanas. Su prioridad son los satélites de radar —concluyó Toland con tono esperanzado.

—Muy bien, nuestras órdenes consisten en reunirnos con el Saratoga en las Azores y escoltar a nuestra Unidad Anfibia de Infantería de Marina hasta Islandia. ¡Supongo que los rusos estarán observándonos durante todo el viaje! Espero que cuando lleguemos allá, el gobierno islandés nos permita desembarcarlos. Acabo de enterarme de que el gobierno no ha podido decidir si esta crisis es real o no. Santo Dios. ¿Se mantendrá unida la OTAN?

[23] Plan de envío de refuerzos desde los Estados Unidos hacia los países de Europa en caso de guerra.

—Supuestamente tenemos pruebas de que se trata de algo que va en aumento; pero no necesitamos saber qué es esa prueba. El problema es que muchos países están aceptando este engaño, por lo menos ante el público.

—Sí, me gusta eso. Quiero que siga afinando su apreciación sobre la amenaza de los submarinos y aviones soviéticos de modo continuo. Deseo información sobre el más pequeño cambio de lo que tienen en el mar, en el momento en que usted lo perciba.

15. EL GAMBITO DEL BALUARTE.

USS CHICAGO.

—¿Cuánto es el sondeo? —preguntó McCafferty en voz baja.

—Cincuenta pies debajo de la quilla —contestó en seguida el navegante—. Todavía estamos fuera de las aguas territoriales rusas; pero unas veinte millas adelante vamos a empezar a acercarnos a una zona de blancos, jefe.

Era la octava vez en la última media hora que el hombre comentaba lo que tenían ante ellos.

McCafferty asintió con un movimiento de cabeza; no quería hablar, no quería hacer ningún ruido innecesario. En la central de ataque del Chicago flotaba la tensión, igual que el humo de cigarrillo que los sistemas de ventilación no lograban eliminar del todo. Mirando a su alrededor pudo captar cómo los hombres de su tripulación revelaban, levantando una ceja o meneando levemente la cabeza, un estado de ánimo que pretendían ocultar.

El navegante era el más nervioso de todos. Había toda clase de buenas razones para no estar allí. El Chicago podía encontrarse o no en aguas territoriales soviéticas, eso era en sí una cuestión legal de no poca complejidad. Hacia el Noreste estaba el cabo Kanin; hacia el Noroeste, el cabo Svyatoy. Los soviéticos reclamaban toda la región como la «bahía histórica», mientras que los Estados Unidos preferían atenerse a la regla internacional del límite de las veinticuatro millas. A bordo, todos sabían que era mucho más probable que los rusos abrieran fuego en el momento, antes de solicitar una decisión basada en la Ley Internacional de la Convención del Mar. ¿Los encontrarían los rusos?

Estaban en aguas de treinta brazas apenas y, como los grandes tiburones, los submarinos nucleares de ataque eran criaturas de las profundidades, no de los niveles cercanos a la superficie. El peloteo táctico mostraba marcaciones de tres naves soviéticas de patrullaje, dos fragatas clase «Grisha» y una corbeta clase «Pot», todas especializadas en la lucha antisubmarina. las tres se hallaban a muchas millas, aunque ello no impedía que constituyesen una amenaza muy real.

La única noticia buena era la tormenta que había arriba. El viento de superficie de veinte nudos y los chaparrones hacían ruidos que interferían el funcionamiento del sonar..., pero eso incluía al propio sonar de ellos, único medio seguro de lograr información.

Además, estaban los imponderables. ¿Qué equipos de detección poseían los soviéticos en esas zonas? ¿Tendría el agua la claridad suficiente como para que pudieran verlos desde un helicóptero de reconocimiento o un avión «ASW» (lucha antisubmarina)? ¿Podría haber allí algún submarino diesel de la clase «Tango», moviéndose lentamente con sus silenciosos motores eléctricos impulsados por baterías? La única forma de obtener respuesta a aquellas preguntas era percibir el aullido metálico de las hélices de alta velocidad de un torpedo, o la simple explosión de una carga de profundidad. McCafferty consideró todas esas cosas y puso los peligros en un platillo de la balanza y en el otro la prioridad de su directiva FLASH del Comando de Submarinos en el Atlántico.

Determine de inmediato las zonas de operaciones de los submarinos de la Flota Roja.

Esa clase de texto no le dejaba mucho lugar a dudas.

—¿Qué exactitud tenemos con la posición inercial? —preguntó McCafferty con toda la naturalidad que pudo.

—Más o menos doscientas yardas.

El navegante no levantó la cabeza siquiera.

El comandante gruñó, sabiendo lo que estaba pensando el navegante. Deberían haber obtenido una posición con el satélite NAVSTAR[24] pocas horas antes, pero el riesgo de detección era muy grande en una zona cubierta de buques soviéticos de superficie. Doscientas yardas, más o menos, era una exactitud aceptable en cualquier situación común racional..., pero no encontrándose sumergidos en aguas poco profundas frente a una costa hostil. ¿Y cómo serian de exactas sus cartas de navegación? ¿Habría restos de naufragios sin marcar en esos lugares? Aunque fueran absolutamente exactas, pocas millas más adelante las cuartas serían tan apretadas que un error de doscientas yardas podía hacerlos encallar, dañando el submarino..., y haciendo ruido. El comandante se encogió de hombros. El Chicago era la mejor plataforma del mundo para esa misión. Había hecho antes ese tipo de cosas, y no podía preocuparse por todo al mismo tiempo. McCafferty avanzó unos cuantos pasos y se inclinó hacia el compartimento del sonar.

—¿Qué está haciendo nuestro amigo?

—Continúa igual que antes, jefe. No hay ningún cambio en los niveles de ruido que emite el blanco. Sigue navegando inocente a quince nudos, directamente al frente, a no más de dos mil yardas. Parece en crucero de placer —concluyó el suboficial encargado del sonar con marcada ironía.

— Crucero de placer. Los soviéticos estaban lanzando a sus submarinos de misiles balísticos a intervalos de uno cada cuátro horas. La mayoría de ellos ya se encontraban en el mar. Nunca habían hecho eso antes. Y todos parecían estar navegando con rumbo Este..., no al Norte o Noroeste como habitualmente lo hacían cuando navegaban en el mar de Barents o en el de Kara o, más recientemente, por debajo de la misma capa de hielo del Artico. El Comando Aéreo Estratégico en el Atlántico había obtenido esa información de un avión noruego «P-3»[25] que patrullaba sobre el Punto de Control C (Charlie), el lugar situado a cincuenta millas mar adentro, donde siempre se sumergían los submarinos soviéticos. El Chicago, el más cercano de los submarinos que se hallaban en la zona, había recibido órdenes de investigar.

No tardaron en detectar y en colocarse en posición de seguimiento detrás de un «Delta III», un moderno submarino soviético balístico. Mientras lo seguían, se habían mantenido dentro de la curva de cien brazas durante todo el tiempo..., hasta que el blanco viró al Sudeste entrando en aguas poco profundas en dirección a Mys Svyatov Nog, que conducía a la boca del mar Blanco..., todo lo cual eran aguas territoriales soviéticas.

¿Hasta dónde se atreverían a seguir? ¿Y qué estaba pasando? McCafferty regresó a control y se acercó al pedestal del periscopio.

—Voy a echar una mirada —dijo—. Arriba el periscopio. Un suboficial hizo girar el control hidráulico y el periscopio de búsqueda del lado de babor empezó a deslizarse hacia arriba desde su pozo.

—¡Alto!

McCafferty se inclinó en el puesto de comando y empuñó el instrumento cuando el suboficial lo detuvo debajo de la superficie. Desde una posición terriblemente incómoda, el comandante caminó agachado, dando vueltas con el periscopio hasta describir un círculo completo. En el mamparo anterior había un monitor de televisión que operaba con una cámara incorporada al periscopio. Lo miraban atentamente el oficial ejecutivo y uno de los suboficiales más antiguos.

---

[24] Satélite para orientación en navegación

[25] El “P3” Orión es un avión de patrullaje marítimo cazador de submarinos. Utiliza sensores magnéticos y boyas para ubicar a su blanco. Lo ataca con torpedos lanzados desde el aire y bombas. También posee una limitada capacidad contra buques de superficie, usando misiles “Harpoon”.

—No se ven sombras —dijo McCafferty.

Nada hacía sospechar que allí hubiera algo.

—De acuerdo, jefe —confirmó el oficial ejecutivo.

—Controle con el sonar.

Hacia proa, el operador del sonar escuchaba con atención. Cualquier avión que volara en círculo hacía ruido, y había una posibilidad de que ellos pudieran oírlo. Pero no percibían nada..., lo cual no significaba que no lo hubiese; por ejemplo, un helicóptero que estuviera volando muy alto, o bien otra fragata «Grisha»» por allí cerca, con sus máquinas diesel detenidas mientras iba a la deriva escuchando para detectar algo como el Chicago.

—Sonar dice que no tiene nada, jefe —informó el oficial ejecutivo.

—Otros dos pies —ordenó McCafferty.

El suboficial actuó de nuevo sobre el control e hizo subir el periscopio sesenta centímetros más, apenas sobre el nivel variable de la superficie del agua en las depresiones de las olas.

—¡Jefe! —exclamó el técnico que estaba al frente de ESM (Medidas de Apoyo Electrónico).

El más alto de los elementos del periscopio del Chicago era una antena en miniatura que captaba señales y alimentaba con ellas a un receptor de banda ancha. En el instante mismo en que salió por encima de la superficie del agua, se encendieron tres luces en el tablero de advertencia táctica del ESM.

—Se detectaban tres..., cinco, tal vez seis radares de búsqueda en la banda India —dijo—. Por las características de la emisión, son radares de búsqueda de buques, y con base en tierra, señor; no son, repito, no son, equipos de aviones. No hay nada en la banda Juliet.

El técnico empezó a leer las marcaciones.

McCafferty se distendió un poco. No había forma de que un radar pudiera detectar, en medio de esas olas, un blanco tan pequeño como su periscopio, al que hizo dar una vuelta completa.

—No veo ningún buque de superficie. Ningún avión. Olas, un metro y medio. Viento estimado en superficie..., unos veinte a veinticinco nudos. Del Noroeste. —Levantó de un golpe las empuñaduras y dio unos pasos atrás—. Abajo el periscopio.

El engrasado tubo de acero ya estaba bajando antes de que él hubiera terminado la orden. El comandante aprobó el trabajo del suboficial, que tenía en la mano un cronómetro, interrogándolo con un movimiento de cabeza. El periscopio había estado arriba, sobre la superficie, 5,9 segundos en total. Después de quince años en submarinos, todavía se asombraba de que tanta gente pudiera hacer tanto en seis segundos. Cuando él cursaba en la escuela de submarinos, lo aceptable era una exposición de siete segundos.

El navegante examinó rápidamente su carta, y un suboficial le ayudó a pilotar las marcaciones de las fuentes de emisiones.

—Comandante —el navegante levantó la vista—. las marcaciones corresponden a dos transmisores de radar de costa ya conocidos, y tres equipos «Don-2». coinciden con las marcaciones de Sierra-2, 3 y 4. —Se refería a las posiciones establecidas de los tres buques de superficie soviéticos—. Tenemos uno conocido, con marcación cero cuatro siete, ¿Qué puede ser ése, Harkins?

—Un equipo de búsqueda de superficie con base en tierra banda India, una de esas nuevas «Latas de Costa» —respondió el técnico, leyendo las cifras de frecuencia y amplitud del pulso—. Señal débil y algo confusa, señor. Pero mucha actividad, y todos los transmisores están sincronizados en distintas frecuencias.

El técnico quería decir que los radares estaban bien coordinados de modo que los transmisores de radar no se interfirieran unos a otros.

Un electricista rebobinó el vídeo para permitir a McCafferty que volviera a examinar lo que había visto por el periscopio. La única diferencia era que la cámara de TV del periscopio era en blanco y negro. Tuvieron que pasar la cinta a baja velocidad para evitar una imagen borrosa, tan rápida había sido la exploración visual del comandante.

—Es asombroso lo bueno que puede resultar no ver nada, ¿eh, Joe? —comentó a su oficial ejecutivo.

El techo de nubes estaba bastante por debajo de los trescientos metros, y la acción de las olas había enturbiado en seguida la lente del periscopio con gotas de agua. Nadie había inventado todavía un procedimiento eficiente para mantener clara esa lente, reflexionó McCafferty; cualquiera pensaría que después de unos ochenta años...

—El agua parece un poco turbia también —dijo Joe, esperanzado.

Una de las pesadillas que comparten todos los submarinistas es la posibilidad de que un avión equipado para lucha antisubmarina los descubra visualmente.

—No parece un lindo día para volar, ¿verdad? No creo que tengamos que preocuparnos de que alguien pueda avistarnos.

El comandante alzó la voz lo suficiente como para que lo oyeran los tripulantes de la sala de control.

—Aumenta un poco la profundidad del agua en la proa, mas dos millas —informó el navegante.

—¿Cuánto?

—Cinco brazas, jefe.

McCafferty miró al oficial ejecutivo, que estaba a cargo del comando en ese momento.

—Aprovéchelas. De lo contrario, algún piloto de helicóptero podría tener suerte...

—Comprendido. Oficial de inmersión, abajo otros seis metros. Suave.

—Comprendido.

El oficial de inmersión transmitió las órdenes necesarias a los hombres que actuaban sobre los planos de ascenso y descenso, y habría sido posible oír los suspiros de alivio en toda la central de ataque.

McCafferty movió la cabeza. ¿Cuándo había sido la última vez que viera a sus hombres mostrarse aliviados por un cambio de profundidad de seis metros?, se preguntó. Después se adelantó hacia el sonar. No recordó que había estado allí tan sólo cuatro minutos antes.

—¿Qué están haciendo ahora nuestros amigos?

—Los buques de patrullaje todavía se oyen débiles, señor. Parece que se hallan navegando en círculo..., las marcaciones cambian continuamente hacia delante y atrás. las revoluciones de las hélices del submarino balístico son también constantes, señor, sigue avanzando a quince nudos. Y no está especialmente silencioso. Quiero decir, todavía tenemos numerosos ruidos mecánicos, ¿sabe? Hay mucho trabajo de mantenimiento en ese buque, por el ruido que está haciendo. ¿Quiere escucharlo, jefe?

El operador le ofreció unos auriculares. La búsqueda con sonar se hacía en gran parte visualmente: las computadoras de a bordo convertían las señales en una presentación sobre tubos tipo TV, que parecían más que todo una especie de juego de salón. Pero aun no existía un verdadero sustituto para la escucha. McCafferty tomó los auriculares.

Primero oyó el zumbido de las bombas del reactor del «Delta». Estaban funcionando a media velocidad, extrayendo agua del contenedor del reactor para llevarla al generador de vapor. Después, se concentró en los ruidos de las hélices. El submarino ruso tenía un par de hélices de cinco palas, y él trató de hacer su propia cuenta del ruido chuga-chuga que producía cada pala al completar su vuelta. Normalmente tendría que confiar en la palabra del operador, como lo hacía de costumbre... ¡Clang!

—¿Qué fue eso?

El operador jefe se volvió hacia su ayudante.

—¿Un golpe de escotilla?

El sonarista de primera clase meneó la cabeza con autoridad.

—Se parece más al ruido de una herramienta que alguien dejara caer. Pero cerca, bastante cerca.

El comandante tuvo que sonreír. Todo el mundo a bordo estaba tratando de simular una actitud de tranquilidad que se notaba falsa. Por cierto que todos estaban tan tensos como él, y McCafferty no deseaba otra cosa que marcharse de aquella miserable laguna. Por supuesto, no podía actuar en forma tal que su dotación se preocupara demasiado; el comandante debe estar en todo momento ejerciendo un control absoluto... ¡A qué juegos malditos debemos dedicarnos!, se dijo, ¿Qué estamos haciendo? ¿Qué está pasando en este mundo enloquecido? ¡Yo no quiero pelear en una maldita guerra!

Estaba apoyado contra el marco de la puerta, en la parte anterior de la sala de control, a escasos metros de su propio camarote, deseando poder entrar en él, acostarse por uno o dos minutos para respirar profundamente varias veces; poder acercarse a su lavatorio y refrescarse con un poco de agua fría..., claro que entonces podía mirar accidentalmente el espejo. Nada de eso, lo sabia. El comando de su submarino era una de las últimas tareas de semidiós que quedaban en el mundo, y a veces requería una conducta de verdadero semidiós. Como ahora. Practica el juego, Danny, se dijo. Sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se limpió la nariz, luego dio a su cara una expresión neutra, casi de aburrimiento, mientras sus ojos recorrían los monitores del sonar. El frío comandante...

McCafferty volvió a la central de ataque un momento después, diciéndose a sí mismo que había dejado pasar el tiempo justo como para que sus especialistas de sonar se inspiraran, sin presionarlos demasiado con la presencia del comandante. Un buen equilibrio. Miró a su alrededor despreocupado. La sala estaba tan llena de gente como un bar irlandés el día de San Patricio. las caras de sus hombres, frías en apariencia, estaban sudando, a pesar del aire acondicionado que accionaba el reactor nuclear. Especialmente los hombres que operaban los planos de profundidad se habían concentrado en sus instrumentos, guiando al submarino en descenso según un gráfico definido electrónicamente, mientras el oficial de inmersión, el más antiguo de los suboficiales del Chicago, se mantenía vigilante de pie a sus espaldas.

En el centro de la sala de control, los dos periscopios de ataque, situados lado a lado, estaban completamente retraídos, y un cabo de guardia se hallaba listo para levantarlos. El oficial ejecutivo se paseaba de un lado a otro, mirando la carta cada veinte segundos, cuando daba la vuelta en el extremo de la sala. No había mucho de qué quejarse. Todo el mundo estaba tenso, pero el trabajo se cumplía.

—Teniendo todo en cuenta —dijo McCafferty para que nadie dejara de oírlo—, las cosas marchan bastante bien. las condiciones en superficie les están dificultando que nos puedan detectar.

—Control, aquí sonar.

—Aquí control, adelante.

El comandante tomó el teléfono.

—Ruidos de burbujas de casco. Parece que están saliendo a superficie. Sí, ahora el blanco está soplando los tanques, jefe.

—Comprendido. Manténganos al tanto, sonar. —McCafferty colgó el teléfono y dio tres pasos atrás, hacia la mesa de la carta—. ¿Por qué salir a la superficie ahora?

El navegante robó un cigarrillo a un marinero y lo encendió. McCafferty sabía que no fumaba. El teniente casi se ahoga, provocando una disimulada sonrisa en uno de los suboficiales y una mueca de arrepentimiento del navegante. Miró al comandante.

—Señor, hay algo raro en esto —dijo en voz baja el teniente.

—Una cosa solamente —observó el comandante—. ¿Por qué sale a la superficie aquí?

—Control, aquí sonar —McCafferty se adelantó para tomar de nuevo el teléfono—. Jefe, el submarino sigue soplando tanques, realmente parece que fuera a reventarlos, señor.

—¿Alguna otra cosa extraña?

—No, señor, pero tiene que haber usado casi toda su reserva de aire.

—Está bien, sonar, gracias.

McCafferty colgó el teléfono y se preguntó si aquello tendría algún significado en particular.

—Señor, ¿usted había hecho esto antes? —preguntó el navegante.

—He seguido un montón de submarinos rusos, pero no, nunca aquí adentro.

—En algún momento el blanco tiene que salir a la superficie; aquí en Terskiy Bereg, hay sólo dieciocho metros de agua.

El navegante pasó el dedo por la carta.

—Y nosotros tendremos que interrumpir el seguimiento —afirmó McCafferty—. Pero para eso faltan otras cuarenta millas.

—Sí —el navegante asintió con la cabeza—. Pero desde cinco millas atrás este golfo empieza a estrecharse como un embudo, en un solo pasaje seguro. Diablos, yo no sé...

McCafferty volvió atrás otra vez para examinar la carta.

—Se conformó con navegar a quince nudos a profundidad de periscopio durante todo este trayecto desde Kola. La profundidad utilizable ha sido aproximadamente la misma desde hace unas cinco horas, y un poco mayor en algunas partes; y parecería que seguiría igual durante una o dos horas más..., pero él sale a superficie de cualquier manera. Entonces —dijo McCafferty—, el único cambio en las condiciones ambientales es el ancho del canal, y para eso faltan todavía más de veinte millas...

El comandante reflexionó, mirando fijamente la carta.

La sala del sonar volvió a llamar.

—Aquí control; ¿qué pasa, sonar?

—Nuevo contacto, señor, marcación uno nueve dos. Señala blanco Sierra-5, buque de superficie de hélices dobles, máquinas diesel. Entró de golpe, señor. Suena como una clase «Natya»». La marcación va cambiando lentamente de derecha a izquierda; parece ir convergiendo con el submarino. Contando las vueltas de las palas da una velocidad de unos doce nudos.

—¿Qué está haciendo el submarino?

—La velocidad y la marcación no han cambiado, señor. Ya ha terminado de soplar los tanques. Está en la superficie, jefe; empezamos a recibir un golpeteo y algo de aceleración en las hélices..., un momento..., han encendido un sonar activo, estamos recibiendo

reverberaciones, la marcación parece estar más o menos en uno nueve cero, probablemente del «Natya». Es un sonar de muy alta frecuencia, por encima de la gama audible..., yo lo calculo en veintidós mil hertz.

McCafferty sintió de pronto una pelota helada en el estómago.

—Oficial ejecutivo, me hago cargo del comando.

—Comprendido, comandante, usted tiene el comando.

—Oficial de inmersión: arriba a dieciocho metros, lo más alto que pueda sin salir del todo. ¡Observación! ¡Arriba el periscopio! —el periscopio de búsqueda empezó a subir y McCafferty lo empuñó como había hecho antes y rápidamente controló la superficie del mar buscando sombras—. Un metro más. Está bien. Todavía nada. ¿Qué se lee en el ESM?

—Ahora hay siete fuentes de radar activo, jefe. La posición es más o menos la misma de antes más el nuevo uno nueve uno; otro banda India, parece otro «Don-2..

McCafferty hizo girar la empuñadura del periscopio para darle mayor aumento hasta la marca más alta: doce. El submarino balístico soviético flotaba extremadamente alto sobre la superficie del agua.

—Joe, dígame qué ve —pidió McCafferty, que necesitaba rápidamente una segunda opinión.

—Es un «Delta-III», como habíamos pensado. Parece que ha soplado todo lo que tenía, jefe, ha salido muy alto, parece como un metro o metro y medio más de lo habitual. Ha usado todo su aire... Ése debe de ser el mástil del «Natya» adelante de él, es difícil estar seguro.

McCafferty sintió que su Chicago se balanceaba. El golpe de las olas sobre el periscopio se transmitía hasta sus manos. También golpeaban al »Delta», y él pudo ver cómo el agua entraba y salía de los imbornales alineados en los flancos del submarino.

—El tablero del equipo ESM dice que la fuerza de las señales se acerca a los valores de detección —advirtió el técnico.

—Tiene los dos periscopios arriba —informó McCafferty, sabiendo que su propio periscopio había estado levantado durante demasiado tiempo; apretó el mecanismo para duplicar el aumento de la imagen; perdía detalles ópticamente, pero el cuadro se acercó hasta la torre de control del «Delta»—. La estación de control en lo alto de la torre está llena de gente. Todos tienen binoculares..., pero no están mirando hacia atrás. Abajo el periscopio. Oficial de inmersión, llévenos abajo tres metros. Buen trabajo con los planos. Vamos a ver esa cinta, Joe.

La imagen volvió al monitor de TV en pocos segundos.

Estaba dos mil metros detrás del «Delta». Más allá del submarino, a una media milla, había un domo esférico de radar, probablemente del «Natya», balanceándose pronunciadamente con mar de través. Para alojar sus dieciséis misiles «SS-18», el submarino ruso tenía una especie de giba que se prolongaba hacia popa en ángulo descendente; visto directamente desde atrás parecía el acceso a una autopista. Un diseño nada elegante, el «Delta», pero sólo necesitaba sobrevivir lo suficiente como para lanzar sus misiles, y los norteamericanos no tenían duda alguna de que sus misiles funcionaban a la perfección.

—Miren eso, lo han soplado hasta ponerlo tan alto que la mitad de las hélices están al aire —señaló el oficial ejecutivo.

—Navegante, ¿cuánto falta para las aguas poco profundas?

—Siguiendo este canal hay un mínimo de veinticuatro brazas por otras diez millas.

¿Por qué el «Delta» salió a la superficie tan lejos?

McCafferty levantó el teléfono.

—Sonar, infórmeme sobre el «Natya».

—Jefe, está emitiendo sonar activo como loco. No hacia nosotros, pero recibimos muchas señales reflejadas y reverberaciones desde el fondo.

El «Natya» era un barreminas especializado , empleado también como escolta de seguridad de submarinos para entrar y salir de ciertas áreas. Pero su sonar VHF detector de minas estaba operando... ¡Santo Dios!

—¡Todo timón a la izquierda! —gritó McCafferty.

—¡Todo timón a la izquierda, comprendido! —el timonel habría golpeado el techo con la cabeza de no haber estado sujeto por el cinturón del sillón; instantáneamente giró su comando hacia babor—, señor, ¡el timón está todo a la izquierda!

—Campo minado —el navegante soltó el aliento. Todas las cabezas que había en la sala se volvieron.

—Es una buena apuesta —asintió McCafferty con rostro serio—. ¿A qué distancia estamos del punto donde el submarino se reunió con el «Natya»?

El navegante examinó cuidadosamente el gráfico.

—Nos detuvimos unos cuatrocientos metros antes, señor.

—Paren máquinas.

—Paren máquinas, comprendido.

El timonel movió las empuñaduras del telégrafo de mando.

—Sala de máquinas contesta máquinas detenidas, señor. Pasando por la izquierda de uno ocho cero, señor.

—Muy bien. Aquí tendríamos que estar completamente seguros. Hay que calcular el encuentro del «Delta» con el barreminas unos cuantos metros antes del campo de minas, ¿verdad? ¿Alguien de ustedes cree que Iván jugaría con un submarino balístico?

Era una pregunta retórica.

Nadie jugaba con submarinos balísticos.

Todos los hombres que se hallaban en la sala de control respiraron profundamente al mismo tiempo. El Chicago fue perdiendo velocidad con rapidez, su giro lo llevó derivando hasta su rumbo previo.

—Timón a la vía —McCafferty ordenó adelantarse un tercio y cogio el teléfono para comunicarse con el sonar—. ¿El submarino está haciendo algo distinto?

— No, señor. La marcación sigue constante a uno nueve cero. La velocidad todavía es de quince nudos. Seguimos oyendo las emisiones activas del «Natya», que se acerca a uno ocho seis; la cuenta de sus palas es ahora también de unos quince nudos.

—Navegante, empiece a calcular un rumbo que nos saque de aquí. Queremos mantenernos bien lejos de esos buques de patrullaje para entregar esta información tan pronto como podamos.

—Comprendido. Por el momento, tres cinco ocho parece bastante bueno, señor.

Hacia dos horas que el navegante calculaba anticipadamente ese rumbo a cada momento.

—Señor, si Iván realmente ha sembrado un campo de minas, parte de él está en aguas internacionales —hizo notar el oficial ejecutivo—. Precioso.

—Sí. Por supuesto, para ellos en aguas territoriales, de manera que si alguien tropieza con una mina, sólo dirán que lo lamentan mucho...

—¿Y puede ser un incidente internacional? —observó Joe.

—¿Pero por qué emiten sonar activo? —preguntó el oficial de comunicaciones—. Si tienen un canal limpio pueden navegar visualmente.

—¿Y si no hay ningún canal? —respondió el oficial ejecutivo—. ¿Qué pasaría si han colocado minas de fondo y las han amarrado ensartadas a una profundidad uniforme..., digamos, de quince metros? Uno se imagina que estarán algo nerviosos pensando que alguna mina pueda tener un cable de amarre un poco más largo. De manera que están tomando todas las precauciones, tal como lo haríamos nosotros. ¿Qué le dice todo esto?

—Que nadie puede seguir a sus submarinos balísticos sin salir a superficie... —razonó el teniente.

—Y pueden estar seguros de que nosotros no lo vamos a hacer. Nadie dijo nunca que Iván fuera estúpido. Tienen un sistema perfecto aquí. Están todos los submarinos balísticos donde nosotros no los podemos alcanzar —siguió diciendo McCafferty—. Ni siquiera los cohetes de buques de superficie pueden llegar desde donde estamos nosotros hasta el interior del mar Blanco. Finalmente, si tienen que dispersar sus submarinos, no necesitan complicarse con un solo canal; pueden salir todos a superficie, separarse y y escapar buscando la luz del día.

—Lo que significa, caballeros, que en vez de destacar un submarino de ataque para custodiar a cada submarino balístico de alguien como nosotros, puedan poner todos los balísticos en un bonito y único canasto seguro, y liberar a los submarinos de ataque para que cumplan otras misiones. Salgamos ya mismo de aquí.

ATLANTICO NORTE.

—Buque a la vista, aquí avión naval de los Estados Unidos por su banda de babor. Por favor identifíquense. Cambio.

El capitán Kherov pasó el teléfono puente—a—puente a un mayor del Ejército Rojo.

—Avión naval, aquí el Doctor Lykes. ¿Cómo les va?

Kherov hablaba un inglés vacilante; y en cambio, el acento que tenía el mayor podía haber sido kurdo. Casi no podían distinguir el avión patrullero, de un color gris brumoso, que ahora volaba sobre su buque, en círculos de cinco millas de radio, según observaron, y seguramente los inspeccionaba con binoculares.

—Amplíe, Doctor Lykes —ordenó secamente la voz.

—Salimos de Nueva Orleáns con destino a Oslo, con carga general, avión naval. ¿Qué diablos pasa?

—Usted está muy al norte de la ruta a Noruega. Por favor, explique, cambio.

—¿Ustedes no han leído los malditos diarios, avión naval? Se puede poner peligroso por aquí afuera, y este barco grande y viejo cuesta dinero. Tenemos órdenes de nuestras oficinas de mantenernos cerca de algunos tipos amistosos. Diablos, nos alegra encontrarnos con ustedes, muchachos. ¿No quieren acompañarnos?

—Entendido, recibido. Doctor Lykes, le comunico que no hay submarinos conocidos en esta zona.

—¿Ustedes me lo garantizan?

Se escuchó una carcajada.

—No del todo, Doc.

—Eso es lo que me imaginaba, avión naval. Bueno, si le parece bien vamos a seguir con rumbo norte por un trecho y trataremos de mantenernos cubiertos por ustedes, cambio.

—No podemos emplear un avión para escoltarlos a ustedes.

—Comprendido, pero vendrán silos llamamos, ¿verdad?

—Entendido... —accedió «Penguin 8».

—De acuerdo, vamos a continuar al Norte, después viraremos al Este hacia las Feroe. Alértennos si aparecen algunos bandidos, cambio.

—Si encontramos alguno, Doc, lo que vamos a hacer es hundirlo primero —exageró el piloto.

—Me parece bien. Buena caza, muchachos. Cambio y corto.

PENGUIN 8.

—Dios mio, ¿hay realmente tipos que hablan así? —preguntó en voz alta el piloto del «Orion».

—¿Nunca oíste hablar de «Líneas Lykes»? —contestó riendo el copiloto—. Solían decir que jamás empleaban a ningún tipo que no tuviera acento sureño. Yo no lo había creído hasta hoy. No hay nada como la tradición. Aunque éste se hallaba fuera de lo común.

—Sí, pero hasta que se formen los convoyes..., diablos, yo trataría de ir rebotando de un área protegida a otra. De cualquier manera, vamos a terminar la inspección visual.

El piloto aumentó la potencia y se acercó al buque mientras el copiloto sostenía el libro de reconocimiento.

—Muy bien, tenemos un casco todo negro, escrito «Lykes Lines» en el costado, en la mitad de la eslora. Superestructura blanca con un diamante negro y una L dentro del diamante. —Levantó los binoculares—. El mástil de observación delante de la superestructura. Controlado. La superestructura tiene una bonita inclinación. El mástil de electrónica no. Insignias y banderas de la casa, correctas. Chimeneas negras. Cabrestantes a popa junto al elevador de barcazas..., no dice cuántos cabrestantes. Diablos, está lleno de barcazas, ¿no? La pintura parece bastante pobre. De cualquier manera, coincide todo con el libro; es amigo.

—Bueno, vamos a saludarlos con los planos.

El piloto giró el volante a la izquierda, llevando al «Orion» directamente hacia el portabarcazas. Balanceó los planos cuando pasó por encima, y dos hombres que estaban en el puente agitaron los brazos devolviéndoles el saludo. Los pilotos no alcanzaron a distinguir a los dos hombres que los iban siguiendo y apuntando con misiles superficie-aire cargados sobre los hombros.

—Buena suerte, muchachos. Tal vez la necesiten.

MV JULIUS FUCIK.

—La pintura nueva les va a dificultar la identificación visual, camarada general —dijo tranquilamente el oficial de defensa aérea—. No vi que estuviera armado con misiles aire-superficie.

—Eso va a cambiar muy pronto. En cuanto nuestra flota salga al mar los van a cargar. Además, si nos identifican como enemigo, ¿a qué distancia podemos escapar hasta que llamen a otro avión o simplemente vuelen a su base para rearmarse?

El general observaba el avión, que se alejaba, pero ahora pudo caminar hasta donde estaba Kherov de pie en el ala descubierta del puente. Solamente a los oficiales del buque les habían provisto de uniforme color caqui estilo norteamericano.

—Mis felicitaciones a su oficial de idiomas. ¿Supongo que estaba hablando inglés?

Andreyev rió jovialmente, ahora que el peligro había pasado.

—Eso me han dicho. La Marina solicitó un hombre que tuviera esas particulares habilidades. Es un oficial de Inteligencia. Prestó servicios en los Estados Unidos.

—De todos modos, tuvo éxito. Ahora podemos acercarnos a nuestro objetivo con seguridad —dijo Kherov, usando la última palabra con cierta reticencia.

—Será bueno estar otra vez en tierra, camarada capitán.

Al general no le gustaba encontrarse en semejante blanco tan grande y desprotegido, y no se sentiría seguro hasta que no notara la tierra bajo sus pies. Por lo menos el infante tiene un fusil con el que defenderse, casi siempre un hoyo para esconderse, y siempre dos piernas para escapar. No es así en un barco, había aprendido. Un barco era un enorme blanco, y éste, en particular, estaba virtualmente desprotegido. *Es asombroso,* pensó*, que en otra cosa pudiera sentirse peor que en un avión de transporte*. Pero allí tenía un paracaídas. Y no se hacía ilusiones sobre su capacidad para llegar hasta tierra nadando.

SUNNYVALE, CALIFORNIA.

—Ahí va otro —dijo el suboficial mayor encargado.

Ahora ya era casi aburrido. En la memoria del coronel, los soviéticos nunca habían tenido más de seis satélites de reconocimiento fotográfico en órbita. Ahora eran diez; y diez más de búsqueda de inteligencia electrónica; algunos lanzados desde el cosmódromo de Baikonur, en las afueras de Lemmsk, en la R.S.S. de Kazakh; los otros desde Plesetsk en el norte de Rusia.

—Este cohete es del tipo F, coronel. El tiempo de encendido no corresponde al tipo A —dijo el suboficial, levantando la vista de su reloj.

Aquel impulsor ruso era una derivación del antiguo SS-9 ICBM, y sólo tenía dos funciones: lanzar satélites de reconocimiento oceánico por radar, llamados RORSATS, con monitores en buques en el mar, y poner en órbita el sistema soviético antisatélite. Los norteamericanos han observado el lanzamiento mediante un satélite propio de reconocimiento KH-11 recientemente colocado, que barría la región central de la URSS. El coronel cogió el teléfono para comunicarse con Cheyenne Mountain.

USS PHARRIS.

Debería estar durmiendo, se dijo Morris. Debería almacenar sueño, acumularlo para cuando llegue el momento en que no pueda dormir. Pero se hallaba demasiado excitado para hacerlo.

El USS Pharris navegaba describiendo «ochos» frente a la boca del río Delaware. Treinta millas hacia el Norte, en los muelles de Filadelfia, Chester y Camdem, había buques de la Flota de Reserva de la Defensa Nacional que durante años habían estado en situación de espera alistados, y ahora se aprestaban a zarpar. Sus bodegas estaban llenas de tanques, cañones y cajones de munición explosiva. Su radar de búsqueda aérea mostraba los trazos de numerosos transportes de tropas que despegaban de la Base Dover de la Fuerza Aérea. Los enormes aviones del Comando de Transporte Aéreo podían cruzar las tropas de Alemania, donde se juntarían con sus equipos que ya habían llegado; pero cuando el abastecimiento de municiones de sus unidades se agotara, el reabastecimiento tendría que ser llevado en la misma forma de siempre, en feos, gordos y lentos «buques-blancos» mercantes. Tal vez ya no fueran tan lentos, y tuvieran mayor capacidad que antes, pero había menos buques. Durante su carrera naval, la flota mercante norteamericana había caído pronunciadamente, aun contando el suplemento de esos navíos federales. Ahora un submarino podía hundir un barco y obtener el mismo beneficio que en la Segunda Guerra Mundial sólo había logrado hundiendo cuatro o cinco.

Las tripulaciones mercantes eran otro problema. Tradicionalmente tenidas en menos por los marinos de la Armada. —En la Marina de Guerra de los Estados Unidos decían que no había que navegar demasiado cerca de ningún mercante, porque podría decidir alegrar su día chocándolo con tu barco—,el promedio de edad de las tripulaciones que conducían esos buques era de alrededor de cincuenta años, más del doble que el de los hombres de la Marina de Guerra. ¿Podrían aguantar esos abuelos las tensiones de las operaciones de combate?, se preguntaba Morris. Estaban bastante bien pagados —algunos de los marinos más antiguos ganaban tanto como él— pero..., ¿se desvalorizarían sus cómodos salarios, negociados por el sindicato, frente a los misiles y torpedos? Tenía que borrar la idea de su cabeza. Estos hombres viejos, con chicos en la escuela secundaria y la Universidad, eran su rebaño. Él era el pastor, y había lobos que acechaban debajo de la superficie del Atlántico.

No se trataba de un rebaño grande. Hacía sólo un año que había visto las cifras: la cantidad total de barcos de carga de propiedad privada que operaban con bandera norteamericana era de ciento sesenta, de unas dieciocho mil toneladas cada uno. De ellos, apenas ciento tres realizaban transporte regular de carga interoceánica. La Flota de Reserva de Defensa Nacional suplementaria estaba formada por sólo ciento setenta y dos barcos de carga. Decir que esta situación era una desgracia equivalía a describir una violación como una ligera desviación social. No podían permitirse que se perdiera ni uno solo.

Morris se acercó al equipo de radar del puente y observó a través del visor con su protector de goma para los ojos; quería ver los despegues de los aviones que salían de Dóver. Cada punto luminoso contenía de trescientos a quinientos hombres. ¿Qué pasaría cuando se les terminaran las municiones?

—Otro «mercantito», jefe. —El oficial de guardia en el puente señaló un punto en el horizonte—. Es un portacontenedores holandés. Espero que venga a buscar carga militar.

—Necesitaremos toda la ayuda que podamos conseguir —gruñó Morris.

SUNNYVALE, CALIFORNIA.

—Ya no hay ninguna duda, señor —dijo el coronel—. Es un pájaro soviético ASAT (satélite antisatélite), a setenta y tres millas náuticas detrás de uno de los nuestros.

El coronel habia ordenado a su satélite que girara en el espacio y apuntara sus cámaras a su nuevo compañero. La luz no era del todo buena, pero la forma del satélite matador soviético era inconfundible: un cilindro de casi treinta metros de largo, con un motor cohete en un extremo y una antena buscadora de radar en el otro.

—¿Qué recomienda usted, coronel?

—Señor, le solicito autoridad ilimitada para maniobrar a voluntad con mis satélites. Tan pronto como se acerque a menos de cincuenta millas cualquier cosa con una estrella roja pintada, voy a efectuar una serie de maniobras «Delta-V» para perturbarles sus cálculos de intercepción.

—Eso le va a costar un montón de combustible, hijo —advirtió el comandante en jefe de defensa aeroespacial norteamericana.

—Lo que se nos presenta, general, es un planteamiento de solución binario. —El coronel respondió como un verdadero matemático—. Alternativa uno: maniobramos nuestros satélites y arriesgamos la pérdida de combustible. Alternativa dos: no los maniobramos y corremos el riesgo de que nos los destruyan. una vez que hayan conseguido acercarse a cincuenta millas pueden lograr la intercepción y eliminar a nuestro pájaro en menos de cinco minutos. Tal vez mucho más rápido. Cinco minutos es sólo la mejor marca que les hemos observado cuando lo han hecho. Señor, ésa es mi recomendación.

El coronel era doctor en matemáticas, procedente de la Universidad de Illinois, pero no era allí donde había aprendido a acorralar a los generales.

—Muy bien. Informaré eso a Washington, pero les voy a dar su recomendación con mi propio respaldo.

USS NIMITZ.

—Almirante, acabamos de recibir un informe inquietante desde el mar de Barents.

Toland leyó el despacho del comandante en jefe de la flota del Atlántico.

—¿Cuántos submarinos más pueden lanzar ahora contra nosotros?

—Tal vez unos treinta, almirante.

—¿Treinta? —Hacía ya una semana que a Baker no le gustaba nada de lo que le decían. Y especialmente no le gustó esto.

El grupo de batalla del Nimitz, en compañía del Saratoga y del portaaviones francés Foch, estaban escoltando una unidad anfibia de infantería de Marina, llamada MAU, que iría a reforzar las defensas terrestres en Islandia. una corrida de tres días. Si la guerra empezaba en seguida, después de haber cumplido ellos su entrega, la misión siguiente sería apoyar el plan de defensa de la barrera GIUK, el enlace de importancia crítica que cubría el océano entre Groenlandia, Islandia y el Reino Unido. La fuerza de tareas del portaaviones 21 era poderosa. Pero, ¿lo suficiente? La doctrina requería que un grupo de cuatro portaaviones peleara y sobreviviera allí arriba, pero la flota aún no estaba completamente reunida. Toland estaba recibiendo informes que una frenética actividad diplomática apuntaba a evitar la guerra que parecía estar a punto de estallar, si bien todo el mundo esperaba que no fuera así. ¿ Cómo reaccionarían los soviéticos ante la presencia de cuatro o más portaaviones en el mar de Noruega? Parecía que en Washington nadie estaba dispuesto a averiguarlo, pero Toland se preguntaba si eso importaría algo. Según se presentaban las cosas, Islandia había aprobado los refuerzos que ellos estaban escoltando sólo doce horas antes, y ésa posición avanzada de la OTAN necesitaba inmediato apoyo.

USS CHICAGO.

McCafferty se encontraba treinta millas al norte de la entrada del fiordo Kola. La tripulación se hallaba relativamente feliz de estar allí, después de la tensa carrera de dieciséis horas desde el cabo Svyatoy. Aunque el mar de Barents parecía hervir de buques antisubmarinos, inmediatamente después de haber enviado su informe les habían ordenado retirarse de la entrada al mar Blanco por temor a provocar un incidente mayor. Aquí tenían ciento treinta brazas de agua, y espacio para maniobrar; confiaban en su habilidad para mantenerse alejados de cualquier problema. Se suponía que a menos de cincuenta millas del Chicago navegaban dos submarinos norteamericanos, además de un británico y dos noruegos, todos ellos diesel. Sus sonaristas no los podían oir, aunque sí oían un cuarteto de fragatas de la clase Grisha que buscaban algo hacia el Sudoeste con sus sonares activos. Los submarinos aliados que se encontraban allí tenían como misión observar y escuchar. Era casi una misión ideal para ellos, ya que no debían hacer otra cosa que deslizarse silenciosamente, evitando el contacto con los buques de superficie, a los que podían detectar desde una larga y saludable distancia. Ya no había ocultamiento. McCafferty ni pensó siquiera en no decir a sus hombres el significado de lo que habían descubierto sobre los submarinos balísticos soviéticos. En los submarinos, los secretos no tienen larga vida. Todo se presentaba como si estuvieran a punto de empezar a luchar en una guerra. Los políticos de Washington y los estrategas de Norfolk y otros sitios podían tener todavía sus dudas; pero allí, en la punta afilada de la lanza, los oficiales y el resto de los tripulantes del Chicago hablaron sobre la forma en que los soviéticos estaban usando sus buques y terminaron con una sola respuesta. Los tubos de torpedos del submarino estaban cargados con torpedos «MK-48» y misiles «Harpoon». En los tubos verticales para misiles, delante del casco presurizado, había doce «Tomahawk», tres misiles de cabeza nuclear para ataque a tierra y nueve modelos convencionales antibuque. Cuando una máquina de a bordo mostraba los primeros indicios de un fallo, un técnico la desarmaba de inmediato para arreglarla. McCafferty estaba complacido y bastante sorprendido por su dotación. Eran tan jóvenes (el promedio de edad en un submarino era de veintiún años) pará tener que adaptarse a eso.

Permaneció en la sala de sonar, a proa y a estribor de la central de ataque. A pocos centímetros, una gran computadora investigaba a través de un alud de sonidos procedentes del agua, analizando las bandas individuales de frecuencias conocidas, para determinar la particular característica acústica de algún envío soviético. las señales aparecían en forma visual en una pantalla llamada presentación en cascada, una cortina de un solo color amarillo, cuyas líneas más brillantes indicaban la marcación hacia un sonido que podía constituir una fuente de interés. Cuatro líneas indicaron los Grishas, y otros tantos puntos luminosos marcaron los impulsos de sus sonares activos. McCafferty se preguntaba detrás de qué andarían. Su interés era meramente académico. No estaban emitiendo contra su buque, pero siempre había algo que aprender sobre cómo hacía su trabajo el enemigo. Un grupo de oficiales en la central de ataque estaban siguiendo los movimientos de los buques patrulleros soviéticos, anotando cuidadosamente sus técnicas de formación y tácticas.

Apareció una nueva serie de puntos en el fondo de la pantalla. Un sonarista apretó un botón para colocar una frecuencia más selectiva, alterando ligeramente la imagen; después enchufó un par de micrófonos. En la pantalla apareció una generación de imagen en alta velocidad, y McCafferty vio que los puntos se convertían en línea hacia la marcación uno nueve ocho, la dirección del canal Kola.

—Hay un montón de ruidos confusos, jefe —informó el sonarista— Yo interpreto que son Alfas y Charlies que están saliendo, con alguna otra cosa detrás de ellos. La cuenta de palas de hélice en un Alfa es algo así como de treinta nudos. Muchos ruidos detrás de ellos. señor.

La presentación visual lo confirmó un minuto después.

Las líneas de frecuencia, o de tono, estaban en las zonas que representaban clases específicas de submarinos, todos moviéndose a altas velocidades para salir de puerto. las líneas de contacto a las marcaciones se separaban a medida que los barcos se abrían en abanico. Los buques ya se habían sumergido, notó McCafferty. Generalmente, los submarinos soviéticos no se sumergían hasta que se encontraban bien alejados de la costa.

—La cuenta de buques es de más de veinte, señor —dijo el suboficial sonarista con tranquilidad—. Es una salida muy importante.

—Es verdad que lo parece.

McCafferty retrocedió hacia la central de ataque. Sus hombres ya estaban alimentando la computadora de control de fuego con los datos de las posiciones de contacto, y bosquejando derrotas de papel sobre la mesa de la carta. La guerra no había empezado todavía, y aunque parecía que podía llegar en cualquier momento, las órdenes de McCafferty eran de mantenerse alejados de cualquier formación soviética hasta que no recibiera la palabra. No le gustaba, pues consideraba mejor dar pronto sus golpes; pero Washington había dejado perfectamente aclarado su deseo de que nadie causara un incidente que pudiera impedir algún tipo de arreglo diplomático. Eso era razonable, admitió para sí el comandante. Tal vez los tipos de calzones con encaje pudieran todavía poner las cosas bajo control. una esperanza débil, pero cierta. Lo suficientemente cierta como para superar su deseo táctico de ponerse en posición de ataque.

Ordenó alejar más el submarino de las costas. En media hora las cosas estaban aún más claras, y el comandante dispuso que se lanzara una boya SLOT. La boya estaba programada para permitir que el Chicago se alejara de la zona durante treinta minutos, y después empezaba a emitir una verdadera explosión de transmisiones en una banda de satélite de altísima frecuencia. Desde diez millas de distancia, escuchó a los buques soviéticos enloquecidos alrededor de la radio boya, pensando que se trataba del submarino. El juego estaba haciéndose demasiado real.

La boya operó durante más de una hora, enviando continuamente su información a un satélite de comunicaciones de la OTAN. Cuando caía la noche esa información se difundía a todas las unidades de la OTAN que se hallaban en el mar. Ya vienen los rusos.

16. ÚLTIMAS ACCIONES. PRIMERAS ACCIONES.

USS NIMITZ.

Hacía dos horas que comunicaron por los megáfonos la puesta del sol; pero Bob había tenido que terminar su trabajo. las puestas de sol en el mar, lejos del aire contaminado de la ciudad, con un limpio y definido horizonte donde el sol se ocultaba, eran algo que a él siempre le gustaba contemplar. Lo que veía en ese momento era casi tan bueno como aquello. Estaba de pie con las manos apoyadas en la barandilla; miró primero hacia abajo, la espuma que se formaba junto al pulido casco del portaaviones; después, tras un breve momento de preparación, hacia arriba. Nacido y criado en Boston, Toland no había sabido qué era la Vía Láctea hasta que ingresó en la Marina; y el descubrimiento de esa amplia y brillante faja de estrellas allá arriba había sido siempre motivo para que se sintiera maravillado. Estaban allí las estrellas con las que él había aprendido a navegar, con sextante y tablas trigonométricas, remplazadas ahora en gran parte por las ayudas electrónicas como el Omega y el Lorán; pero seguían siendo hermosas para admirarlas. Arturo, Vega y Altair, todas parecían guiñarle a él, con sus propios colores, sus características únicas que las convertían en puntos de referencia en el cielo nocturno.

Se abrió una puerta y salió un marinero vestido con lo que daba la impresión de ser la camisa púrpura de los abastecedores de combustible a los aviones, y se le unió en la pasarela de la cubierta de vuelo.

—Hay oscurecimiento en el buque, marinero. Yo arrojaría ese cigarrillo —dijo Toland bruscamente, molesto por ver destruida su preciosa soledad.

—Lo siento, señor. —La colilla voló sobre la borda. El hombre permaneció unos minutos en silencio y luego miró a Toland— ¿Usted conoce las estrellas, señor?

—¿Qué quiere decir?

—Ésta es mi primera navegación, señor, y yo crecí en Nueva York. Nunca vi así las estrellas, pero no sé siquiera cuáles son..., los nombres, quiero decir. Ustedes los oficiales saben todas esas cosas, ¿verdad?

Toland rió discretamente.

—Comprendo lo que quiere decir. Me pasó lo mismo la primera vez que salí. Es hermoso, ¿verdad?

—Sí, señor. ¿Cuál es ésa?

La voz del muchacho sonaba cansada. *No era de extrañar,* pensó Toland*, después de todas las operaciones de vuelo que han tenido que atender hoy*. El chico estaba señalando el punto más brillante en el cielo del Este, y Bob tuvo que pensar durante unos pocos segundos.

—Ése es Júpiter. Es un planeta, no una estrella. Con el anteojo del suboficial de guardia puede alcanzar a ver sus lunas..., por lo menos algunas de ellas.

Luego, continuó señalando algunas de las estrellas que él había utilizado para navegar.

—¿Cómo las usa, señor? —preguntó el marinero.

—Usted toma un sextante y mide su altura sobre el horizonte... Suena más difícil de lo que es, pero sólo requiere un poco de práctica... Y luego se busca ese dato en un libro de posiciones de estrellas.

—¿Y quién lo hace, señor?

—¿El libro? Es una cosa muy común. Supongo que el que nosotros tenemos viene del Observatorio Naval de Washington D.C., pero la gente ha estado midiendo la trayectoria de las estrellas y los planetas desde hace tres o cuatro mil años, mucho antes de que inventaran el telescopio. Entonces, si usted sabe la hora exacta y dónde está una estrella en particular, puede marcar en el globo dónde se encuentra, con bastante exactitud; pueden ser pocos cientos de metros si conoce bien el oficio. Lo mismo se hace con el sol y la luna. Tales conocimientos se han dominado desde hace cientos de años. Lo más difícil fue inventar un reloj que marcara muy bien la hora. Eso se consiguió hace unos doscientos años.

—Yo creía que usaban satélites y cosas de ésas.

—Lo hacemos ahora, pero las estrellas siguen siendo igualmente bonitas.

—Sí.

El marinero se sentó, con la cabeza echada hacia atrás para observar la cortina de puntos blancos. Debajo de ellos, el buque batía el agua convirtiéndola en espuma con el ruido constante de las olas que se rompían. De alguna manera el cielo y el rumor del agua hacían perfecto juego.

—Bueno, por lo menos aprendí algo sobre las estrellas. ¿Cuándo va a empezar todo, señor?

Toland levantó la vista para mirar la constelación de Sagitario. Detrás de ella estaba el centro de la galaxia. Algunos físicos astrónomos decían que allí había un agujero negro. La fuerza más destructiva conocida por esos científicos, que hacía parecer insignificantes a las fuerzas controladas por los hombres. Pero destruir a los hombres era mucho más fácil.

—Pronto.

USS CHICAGO.

El submarino estaba ahora lejos de la costa, al oeste de las fuerzas soviéticas submarinas y de superficie, que iban apareciendo. Aún no habían oído ninguna explosión, pero no podía faltar mucho. El buque soviético más cercano se encontraba unas treinta millas hacia el Este y, además, habían localizado otros doce. Todos seguían castigando el mar con sus sonares activos.

McCafferty quedó sorprendido por su orden operativa FLASH. El Chicago debía abandonar el mar de Barents y ocupar un área de patrullaje en el mar de Noruega. Misión: interceptar los submarinos soviéticos que se esperaba pondrían rumbo al Sur hacia el Atlántico Norte. Se había tomado una decisión política: no debía parecer que la OTAN estaba forzando a los soviéticos para entrar en guerra. En un solo golpe se había desechado la estrategia de preguerra que consistía en enfrentar a la Flota Soviética en su propio patio trasero. Como todos los planes de batalla de preguerra de este siglo, reflexionó el comandante del submarino, también éste se dejaba de lado, porque el enemigo no iba a cooperar haciendo lo que nosotros habíamos pensado que iba a hacer. Por supuesto. Estaba poniendo en el Atlántico muchos más submarinos de lo que se había calculado.... y lo que era peor, ¡nosotros le estábamos facilitando las cosas! McCafferty se preguntó qué otras sorpresas irían apareciendo. Los torpedos y misiles del submarino ya estaban completamente armados, los sistemas de control de fuego tenían asignado personal permanente, y toda la tripulación se encontraba en la Condición—3, con procedimientos de guardias de tiempo de guerra. Pero por el momento las órdenes que tenían eran de escapar. El comandante lanzó para sí mismo un juramento, enojado con quien hubiese tomado esa resolución, aunque esperando todavía, en un recóndito lugar de su mente, que de alguna manera pudieran detener la guerra.

BRUSELAS, BÉLGICA.

—Tiene que suceder pronto —observó el comandante aéreo de Europa Central—. Mierda, tienen lista sus tropas como yo jamás había visto. No pueden esperar hasta que nuestras unidades de la reserva estén totalmente situadas. Tienen que golpearnos pronto.

—Yo sé lo que estás diciendo, Charlie, pero no podemos movernos primero.

—¿Alguna noticia de nuestros visitantes?

El general de la fuerza aérea se refería al equipo de comandos Spetznaz del mayor Chernyavin.

—Todavía los tienen apretados.

Una unidad de los guardias de frontera alemanes, la élite, GSG-9, tenía bajo constante vigilancia la casa de seguridad, y había un segundo equipo inglés de emboscada entre ellos y su blanco supuesto en Lammersdorf. Formaban parte del equipo de vigilancia oficiales de inteligencia de la mayor parte de los países de la OTAN, y cada uno tenía una línea directa con su gobierno. ¿Y qué pasará si son un anzuelo para tratar de que nosotros ataquemos primero?

—Yo sé que no podemos hacer eso, general. Lo que quiero es la luz verde para iniciar Dreamland[26] en cuanto sepamos que ya todo se ha hecho realidad. Tendremos que movernos muy rápido, jefe.

SACEUR se echó hacia atrás. Atrapado por sus obligaciones en el puesto de comando subterráneo, hacía diez días que no iba a su residencia oficial. Se preguntaba si algún oficial de la jerarquía de general, en el mundo entero, habría podido dormir en las dos últimas semanas.

—Cuando des las órdenes, ¿cuánto puede tardar la reacción?

—Ya tengo todos los aviones cargados y listos. Los tripulantes han cumplido las reuniones de instrucciones previas. En cuanto les dé la orden de alistarse, puedo poner en marcha Dreamland treinta minutos después de tu señal.

—Muy bien, Charlie. El Presidente me ha dado autoridad para reaccionar ante cualquier ataque. Ordena a tu gente que se prepare.

—De acuerdo.

El teléfono de SACEUR empezó a llamar. Levantó el auricular, escuchó brevemente y levantó la vista.

—Nuestros visitantes se están moviendo —dijo el comandante aéreo, y se dirigió a su oficial de operaciones—: La palabra código es Firelight.

Las fuerzas de la OTAN entraban ahora en situación de alerta máxima.

[26] Dreamland: Tierra de los Sueños. Nombre de una operación militar.

AACHEN, REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA.

El grupo Spetznaz salió de la casa de seguridad y partió en dos pequeños furgones; se dirigió hacia el Sur por el camino de Lammersdorf. Muerto su líder en un accidente de tráfico, el segundo en el mando, un capitán, recibió copias de los papeles que su jefe había conseguido cuando murió, y pudo instruir perfectamente a sus hombres. Iban silenciosos y tensos. El oficial se había esforzado hasta el cansancio para explicarles que su escape estaba cuidadosamente planeado; que una vez alejados del blanco irían a otra casa de seguridad y allí esperarían que llegaran sus camaradas del Ejército Rojo cinco días después. Ellos eran la crema del Ejército Rojo, les dijo, magníficamente entrenados para llevar a cabo peligrosas misiones detrás de las líneas enemigas y valiosas para el Estado. Cada uno de esos hombres tenía experiencia de combate luchando en las montañas de Afganistán, les recordó. Se hallaban bien instruidos, y estaban listos.

Ellos aceptaron su discurso como lo hacen habitualmente las tropas de élite, en total silencio. Elegidos casi todos por su inteligencia, cada uno sabía que el discurso no era más que eso. La misión dependía en gran parte de la suerte, y su suerte ya había empezado a fallarles. Todos deseaban que el mayor Chernyavin hubiera estado allí, y se preguntaban si de alguna manera podían haber descubierto la misión. Uno por uno, fueron echando a un lado estos pensamientos. Pronto empezaron a repasar su parte en la misión de destruir Lammersdorf.

Los chóferes eran agentes de la KGB bien experimentados en el trabajo en países extranjeros, y se preguntaban exactamente las mismas cosas. Ambos vehículos se mantenían juntos, transitando en forma prudente y vigilando con recelo a los coches que les seguían. Cada uno tenía una radio provista de antena direccional y sintonizada en las frecuencias de la Policía local, y otro equipo para comunicarse entre sí. Los oficiales de la KGB habían tratado esa misión una hora antes. El Centro de Moscú les informó que la OTAN todavía no se hallaba del todo alertada. El chófer que iba delante, cuyo habitual trabajo simulado era el de conducir un taxi, se preguntó si una «total» alerta de la OTAN significaría un desfile por la Plaza Roja.

—Doblando a la derecha ahora. Auto tres, acérquese. Auto uno, doble a la izquierda en la próxima intersección y adelánteseles.

El coronel Weber hablaba por una radio táctica de las que emplean las unidades FIST (equipos de apoyo en fuego). Hacía varios días que estaba preparada la emboscada, y tan pronto como sus blancos abandonaron la casa de seguridad, la información circuló por toda la República Federal en forma urgente. las unidades de la OTAN, que ya estaban en alerta, pasaron de inmediato a la situación de listos para el combate. Esto podía ser el movimiento de apertura en una guerra imprevisible.... a menos, admitió Weber para sus adentros, que estuvieran simplemente trasladándose de una casa de seguridad a otra para seguir esperando allí. No sabía qué camino podían tomar las cosas, aunque con seguridad todo tenía que comenzar pronto. ¿No era así?

Los dos pequeños camiones estaban en un sector rural de Alemania Occidental, circulando hacia el Sureste a través del Parque Natural germanobelga, una ruta escénica transitada a menudo por los turistas y admiradores del paisaje. Habían elegido ese camino secundario para evitar el tráfico militar de las autopistas importantes, pero cuando atravesaron Mularstshutte, el chófer del primer vehículo frunció el ceño al ver un convoy militar de tanques cargados sobre trailers de baja altura. Resultaba extraño que los tanques estuvieran cargados al revés, con sus imponentes cañones dirigidos hacia atrás. Eran tanques británicos, pudo ver, los nuevos «Challenger». Bueno, él no había esperado ver tanques alemanes «Leopard» sobre la

frontera con Bélgica. En ningún momento existió la posibilidad de impedir una movilización de Alemania, pero él trató de convencerse a sí mismo de que el resto de los países de la OTAN no se habían movido tan rápido como pudieron haberlo hecho. Ah, si esta misión tuviera éxito, las comunicaciones de la OTAN quedarían seriamente interferidas y, a lo mejor, las puntas de lanza de los blindados llegaban realmente a rescatarlos. El convoy disminuyó la velocidad. El chófer de la KGB consideró la posibilidad de sobrepasarlo, pero tenía órdenes de no llamar la atención.

—¿Todos listos? —preguntó Weber desde su vehículo de caza.

—Listos.

¡Qué operación condenadamente compleja, ésta!, pensó el coronel Armstrong*. Tanquistas, SAS*[27]*, y alemanes, trabajando todos juntos. Pero vale la pena, para embolsar una banda de Spetznaz*. El convoy siguió disminuyendo la velocidad y se paró del todo en un espacio abierto que se usaba para picnics. Weber detuvo su vehículo a cien metros de distancia. Ahora todo quedaba en manos del grupo de emboscada inglés.

Hubo una erupción de bengalas alrededor de los dos pequeños furgones.

El chófer de la KGB se encogió al encontrarse en el centro de tanta luz. Después miró hacia delante y vio que el tubo del cañón del tanque situado a menos de cincuenta metros empezaba a levantarse de su posición de descanso para transporte y quedaba directamente apuntado al centro de su propio parabrisas.

—Atención —gritó una voz en ruso por un megáfono—. Soldados Spetznaz, atención. Están rodeados por una compañía de tropas mecanizadas. Salgan de uno en uno de sus vehículos, y sin armas. Si abren fuego, los matarán en segundos.

Se oyó otra voz que empezaba a hablar:

—Salgan, camaradas, les habla el mayor Chernyavin. No pueden hacer nada.

Los comandos intercambiaron miradas de horror. En el vehículo de delante, el capitán comenzó a quitar el anillo de una granada. Un sargento saltó sobre él y tomó en sus manos las del capitán.

—¡No podemos dejar que nos atrapen con vida! ¡Ésas son nuestras órdenes! —gritaba el capitán.

—¡Por la madre del diablo que no podemos...! —gritó el sargento— De uno en uno, camaradas..., salgan con las manos en alto. ¡Y tengan cuidado!

Por la puerta trasera del furgón apareció un soldado, avanzando lentamente.

—Dirígete hacia donde estás oyendo mi voz, Ivanov ——ordenó Chernyavin desde un sillón de ruedas.

El mayor había dicho muchas cosas para ganar el derecho de salvar a su destacamento. Había trabajado durante dos años con esos hombres, Y no podía dejar que los mataran sin propósito alguno. una cosa era ser leal al Estado, y otra ser leal a los hombres que él había conducido en operaciones de combate.

—Nadie les hará daño —díjo—. Si tienen armas, arrójenlas ahora. Yo sé que tú llevas un cuchillo, soldado Ivanov. Muy bien, Ahora el que sigue.

Todo fue muy rápido. Un grupo conjunto de comandos del Servicio Aéreo Especial y del GSG—9 reunieron a sus contrapartes soviéticas, les colocaron esposas y les vendaron los ojos. Pronto quedaron solamente dos. Pero la granada hacía difíciles las cosas. Ya en esos momentos el capitán había comprendido la inutilidad de su acción, pero le resultaba imposible

[27] Special Air Service. Servicio Aéreo Especial. Comandos de la Fuerza Aérea Británica.

encontrar el anillo para quitar el seguro. El sargento gritó una advertencia a Chernyavin, que quiso adelantarse personalmente, pero no podía. El capitán fue el último en salir. Quería arrojar la granada al oficial que, según creía él, había traicionado a su país, pero sólo vio un hombre que tenía ambas piernas enyesadas.

Chernyavin pudo ver la mirada en la cara del hombre.

—Andrey Ilych, ¿preferirías que tu vida terminara para nada? —preguntó el mayor—. Estos bastardos me drogaron y supieron lo suficiente para matarlos a todos ustedes. No pude dejar que lo hicieran.

—¡Esta granada va a explotar! —gritó con fuerza el capitán— Voy a arrojarla al camión.

Y lo hizo antes de que nadie pudiera gritar para detenerlo. Un momento después el camión explotó, destruyendo los mapas del grupo y los planes de escape. Por primera vez en una semana, la cara de Chernyavin se iluminó con una amplia sonrisa.

—¡Bien hecho, Andrushka!

Otros dos grupos Spetznaz fueron menos afortunados y, cuando estaban a la vista de sus blancos, los interceptaron ciertas unidades alemanas secretamente enteradas de la captura de Chernyavin. Pero había veinte grupos más en la República Federal, y no todas las dependencias de la OTAN habían recibido a tiempo la alarma. Sobre ambas márgenes del Rin hubo una veintena de sangrientas escaramuzas. una guerra que habría de envolver a millones de personas comenzó con encuentros de secciones y pelotones que pelearon desesperadamente en la oscuridad.

17. LOS FRISBEES DE DREAMLAND.[28]

ALEMANIA, BORDE ANTERIOR DE LA ZONA DE BATALLA.

La vista había sido aterradora para la mayoría de los hombres. Arriba, una sólida capa de nubes a mil doscientos metros. Él iba volando entre chaparrones, que oía más que veía, en esa noche negra, y las siluetas oscuras de los árboles parecían alzarse para agarrar su veloz avión de combate. Sólo un loco volaría tan bajo en una noche como ésa..., tanto mejor, sonrió debajo de su máscara de oxígeno.

Las puntas de los dedos del coronel Douglas Ellington acariciaron la palanca de mando de su «F-19A Ghostrider», de ataque, mientras la otra mano descansaba en los controles aparcados de los aceleradores, instalados en el lado izquierdo de la cabina. La imagen del HUD[29] proyectada frente a él sobre el parabrisas le informaba: seiscientos veinticinco nudos de velocidad indicaba, treinta y un metros de altura, rumbo trece grados y, alrededor de los números, había una imagen monocolor del terreno que se extendía frente a él. La imagen se originaba en una cámara infrarroja apuntada hacia delante e instalada en el morro del avión, aumentada por un láser invisible que interrogaba el terreno ocho veces por segundo. para la visión periférica, su casco sobremedida contaba con antiparras para luz baja.

—Arriba se está armando un infierno —le informó su acompañante desde el asiento posterior, el mayor Don Eisly, que controlaba las señales de radio y radar y sus propios instrumentos— Todos los sistemas continúan nominales, distancia al blanco en este momento, noventa millas.

—Está bien —respondió el Duque. El sobrenombre había sido algo automático para Ellington, quien hasta se parecía un poco al famoso músico de jazz.

Ellington estaba disfrutando con esa misión. Volaban hacia el Norte «raspando» el suelo, a una altura peligrosamente baja sobre el terreno irregular de Alemania del Este, y su «Frisbee», siempre a menos de sesenta metros, iba arriba y abajo, saltando debido a los constantes ajustes que hacía el piloto sobre los mandos.

Lockheed lo había denominado Ghostrider. Los pilotos le llamaban Frisbee; era el «F-19A», el avión de combate de ataque fantasma secretamente desarrollado. No tenía ángulos marcados, ni formas cuadradas que permitieran rebotar limpiamente en ellas las señales del radar. Sus motores turbofán estaban diseñados de manera tal que sólo emitían una borrosa señal infrarroja característica en el peor de los casos. Desde arriba, sus alas parecían imitar la forma de una campana de catedral. Desde el frente, se curvaban extrañamente hacia el suelo, lo que le había hecho ganar el cariñoso apodo de Frisbee. Aunque en su interior era una obra maestra de tecnología electrónica, no usaba sus sistemas activos. Los radares y las radios producían ruidos electrónicos que un enemigo podía detectar, cuando justamente la idea del Frisbee era que pareciese no existir.

A mucha altura sobre sus cabezas y a ambos lados de la frontera, cientos de aviones de combate realizaban un mortal juego de engaño, acercándose velozmente a la frontera para virar en seguida y alejarse; ambas partes trataban de provocar a la otra para que se empeñara en la lucha. Cada bando tenía un avión radar que estaba continuamente en vuelo y con el cual podía controlar ese combate ganando así la ventaja en una guerra que, aunque pocos aún lo sabían, ya había comenzado.

---

[28] Frisbee: Juguete en forma de plato, que se arroja y vuela. Por extensión, cualquier objeto volador de aspecto redondeado.

[29] Head Up Display, presentación visual electrónica a la altura de la vista.

Y nosotros les estamos dando un rápido golpe, pensó Ellington*. ¡...Por fin hacemos algo inteligente!* Había participado en cien misiones sobre Vietnam en los aviones de combate «F-111A»[30] de la primera producción. El Duque era el mejor especialista de la Fuerza Aérea en operaciones secretas a muy baja altura, y se decía de él que sería capaz de « dar en el centro del blanco en medio de un tornado en Kansas, a medianoche». Aunque no era del todo cierto. El Frisbee no podría nunca superar un tornado. La triste verdad era que el «F-19» se comportaba como un cerdo..., consecuencia de su particular diseño que lo hacía desgarbado y nada aerodinámico. Pero a Ellington no le importaba. Ser invisible era mejor que ser maniobrable, juzgaba, sabiendo que se hallaba a punto de comprobar el acierto o la falsedad de esa afirmación.

El escuadrón de aviones Frisbee estaba penetrando ahora en el cinturón de mayor concentración de misiles antiaéreos que se viera en la historia.

—La distancia al blanco es de cien kilómetros ahora —informó Eisly— Todos los asistentes de a bordo continúan nominales. Ningún radar nos ha detectado. Todo parece bien, Duque.

—Comprendido.

Ellington empujó hacia delante la palanca y picó el avión después de pasar sobre la cresta de una pequeña montaña; después niveló a veinticinco metros sobre un campo de trigo. El Duque seguía practicando su juego hasta el límite, aprovechando años de experiencia en ataques a bajo nivel. Su blanco primario era un «IL-76 Mainstay» soviético; una aeronave equipada con un radar de advertencia temprana tipo AWAC[31], que estaba volando en círculo cerca de Magdeburgo, a menos de treinta kilómetros de su blanco secundario, los puentes de la autopista E-8 sobre el Elba, en Hohenroarthe. La misión se hacía cada vez más arriesgada. Cuanto más se acercaban al «Mainstay», más numerosas eran las emisiones de radar que daban contra su avión, y la intensidad crecía en progresión geométrica. En cualquier momento, las señales serían suficientemente reflejadas, y recogidas por el «Mainstay» como para que fueran detectados, a pesar de esas alas curvas construidas con compuestos transparentes al radar. Todo lo que lograba la tecnología Stealth era dificultar la detección del radar, pero no hacerla imposible. ¿Los captaría el «Mainstay»? De ser así, ¿cuándo reaccionarían los rusos y con qué rapidez?

Quédate a ras del suelo, se dijo. Sigue jugando con las reglas que siempre has practicado. Habían ensayado esa misión durante nueve días en el «Dreamland», la zona del ejercicio ultra secreto en las vecindades de la Base Nellis de la Fuerza Aérea, en Nevada. Ni siquiera el «E-3A Sentry»[32] pudo detectarlos hasta que se encontraron a menos de sesenta kilómetros, y el «Sentry» era una plataforma de radar mucho mejor que el «Mainstay», ¿no era así?

Eso es lo que has venido a averiguar aquí, muchacho...

Había cinco «Mainstay» en operación, todos a cien kilómetros al este de la frontera entre las dos Alemanias. una buena y segura distancia, teniendo en cuenta que había más de trescientos aviones de combate entre ellos y la frontera.

—Treinta y dos kilómetros, Duque.

—Bien. Ya lo tenemos, Don.

---

[30] Avión de bombardeo ligero, supersónico, de geometría variable (las alas cambian de posición según la velocidad). Por la forma de su trompa, los pilotos lo llaman Hardvaark (El nombre del cerdo hormiguero sudafricano).

[31] Air Warning And Control System: Sistema de Alerta Aérea Y Control. Se refiere a un avión con un gran radar de detección por sistemas múltiples y un sistema de comunicaciones avanzado, que le permite funcionar como puesto de control de la batalla aérea.

[32] El avión tipo AWACS de la Fuerza Aérea de los EEUU. El nombre Sentry significa Centinela.

—Entendido. Todavía no poseo sensibilidad de control de fuego sobre nosotros, y no capto nada que nos esté buscando. Hay mucho tráfico de radio, muchas voces, pero todo hacia el Oeste. Llega muy poco desde el lado del blanco.

Ellington movió la mano izquierda para armar los cuatro misiles aire-aire «AIM-9M Sidewinder» que colgaban de sus alas. La luz indicadora de estado de armamento parpadeó hasta quedar encendida en un amistoso pero letal verde.

—Treinta kilómetros. El blanco parece seguir volando en círculos normalmente; no ha iniciado acción evasiva.

Dieciséis kilómetros por minuto, computó mentalmente Ellington: un minuto cuarenta segundos.

—Veinticinco kilómetros.

Eisly leyó los números en la pantalla de una computadora que estaba programada con el sistema de navegación del satélite NAVSTAR.

El «Mainstay» no iba a tener ninguna posibilidad. El Frisbee no empezaría a ascender hasta que estuviera directamente debajo del blanco. Veintidós kilómetros. Diecinueve. Dieciséis. Doce. Nueve kilómetros hasta el transporte aéreo convertido.

—El «Mainstay» acaba de invertir su viraje..., sí, ya empieza a evadir. Y un «Foxfire» se ha lanzado sobre nosotros —dijo Eisly sin variar de tono.

Un interceptor «Mig-25», actuando presumiblemente por instrucciones del «Mainstay», los estaba buscando ahora. Con su elevada potencia y alta maniobrabilidad, el «Foxfire» tenía muy buenas posibilidades de detectarlo, con tecnología «Stealth» o sin ella.

—Es probable que el «Mainstay» ya nos tenga.

—¿Tenemos señales de que nos hayan detectado?

—Todavía no —los ojos de Eisly estaban clavados en los instrumentos del «receptor de amenazas», que podía detectar cualquier radar que los hubiera descubierto a ellos; tampoco se había centrado todavía sobre el Frisbee ningún radar de control de misiles— Ya estamos debajo del blanco.

—Bien. Ahora iniciamos la subida.

Ellington echó hacia atrás la palanca y empujó totalmente el mando de los posquemadores. Los motores del Frisbee sólo podían darle una velocidad de Mach 1,3, pero ése era el momento de usar toda la potencia de que disponía. Según la gente de meteorología, esas nubes tenían un tope de seis mil metros, y el «IL-76» seguramente estaría unos mil quinientos metros por encima de ese nivel. Ahora el Frisbee ya era vulnerable. Había dejado de estar confundido entre los diversos accidentes del terreno y sus motores emitían al máximo sus señales características; era como si difundiera por radio su presencia. Trepa más rápido, nene...

—¡Tallyho! —gritó Ellington con voz demasiado fuerte para el intercomunicador, en el momento en que irrumpieron bruscamente fuera de las nubes.

Los sistemas de visión nocturna le permitieron ver instantáneamente al «Mainstay» a ocho kilómetros, picando delante de él para esconderse entre las nubes. Demasiado tarde. La velocidad de encuentro de frente era de casi mil seiscientos kilómetros por hora. El coronel centró sobre el blanco el punto luminoso de su mira. El sonido, casi un gorjeo, que le llegó a través de sus auriculares le indicaba que los dispositivos buscadores de los «Sidewinders» habían captado ya el blanco. Con el pulgar derecho movió la llave del seguro, y con el índice apretó dos veces el disparador. Los dos «Sidewinders» abandonaron el avión con una separación entre ambos de medio segundo. Las brillantes llamaradas de sus toberas de escape lo deslumbraron, pero Ellington no apartó los ojos de los misiles mientras volaban velozmente

hacia el blanco. Tardaron ocho segundos. Él los siguió con la vista durante toda la trayectoria. Los dos misiles apuntaban hacia el ala de estribor del «Mainstay». Diez metros antes del impacto, las espoletas láser de proximidad detonaron, llenando el aire con fragmentos letales. Todo sucedió demasiado rápido. Los dos motores del lado derecho del «Mainstay» explotaron, el ala se desprendió, y el avión soviético empezó a caer violentamente mientras daba vueltas sobre la otra ala; segundos después se perdía entre las nubes.

¡Cristo!, pensó Ellington mientras viraba con brusquedad y picaba para volver a la altura rasante y a la seguridad. *No es nada parecido al cine*. El blanco recibió el impacto y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. *Bueno, está bien, eso fue bastante fácil. Blanco primario, listo. Ahora viene la parte más difícil...*

A bordo de un «E-3A Sentry» que volaba en círculo sobre Estrasburgo, los técnicos de radar notaron con satisfacción que los cinco aviones de radares soviéticos habían sido derribados en menos de dos minutos: todo iba saliendo bien, el «F-19» realmente logró sorprenderlos.

El brigadier general que estaba al mando de la Operación Dreamland se inclinó hacia delante en su sillón de comando y empuñó el micrófono.

—Trompetero, Trompetero, Trompetero —dijo, y después cerró el micrófono— Bueno, muchachos —respiró profundamente— Ahora con todo.

De entre las nubes de aviones tácticos de combate de la OTAN que se mantenían volando cerca de la frontera, se destacaron y picaron cien de ataque en vuelo bajo. La mitad eran «F-111A Hardvaark», la otra mitad «GR-1 Tornados», pesadas sus alas con tanques de combustible y bombas. Seguían a la segunda ola de Frisbees, que ya habían penetrado cien kilómetros en Alemania del Este, abriéndose hacia cada uno de sus blancos terrestres. Detrás de los aviones de ataque, iban los de todo tiempo, los interceptores «Eagle» y «Phantom», dirigidos por los «Sentries» que volaban en círculo sobre el Rin. Empezaron a lanzar sus misiles guiados por radar contra los aviones de combate soviéticos que acababan de perder sus controladores aéreos. Finalmente, un tercer grupo de aviones de la OTAN entró a baja altura, buscando las posiciones de los radares terrestres que empezaban a aparecer para remplazar la cobertura de radar de los derribados «Mainstay».

HOHENROARTHE, REPUBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

Ellington voló en círculo alrededor de su blanco a trescientos metros de altura y manteniendo una distancia de varios metros con su numeral.

El blanco era un puente doble, con un par de arcos, cada uno de aproximadamente quinientos metros, con dos carriles para el tránsito y que cruzaba el río Elba en medio de una suave curva en S. Un puente muy bonito. Ellington calculó que sería de los años treinta, ya que esa ruta de Berlín a Braunshweig había sido una de las primeras autopistas. Tal vez el viejo Adolfo en persona haya cruzado ese puente, reflexionó Ellington. Tanto mejor.

En ese momento, el equipo de televisión para luz baja de su sistema de búsqueda de blancos, mostró al puente cubierto de tanques «T-80» rusos, todos circulando en dirección Oeste. Ellington evaluó la imagen de la pantalla de su televisor. Ése sólo podía ser el segundo escalón del ejército desplegado para atacar a la OTAN. Había una batería «SA-6»[33] en lo alto de la Colina 76, al sur del puente y sobre la orilla del río, instalada allí para defenderlo. Seguramente ya estaría en alerta máxima. En sus auriculares se oía un constante chisporroteo producido por su receptor de vulnerabilidad, debido a la acción de una veintena de radares de búsqueda de las baterías de defensa aérea que barrían constantemente el espacio aéreo donde volaba su avión. Si una sola de ellas lograba una buena respuesta... Estaba listo, reflexionó preocupado Ellington.

—¿Cómo está el «Pave Tack»?

—Nominal —respondió secamente Eisly.

Tanto el piloto como su acompañante en el asiento posterior se hallaban sometidos a una enorme tensión.

—Ilumina —ordenó Ellington.

En el asiento trasero, Eisly activó el «Pave Tack», equipo láser de iluminación electrónica de blancos.

El complicado dispositivo del «Pave Tack» estaba instalado dentro del cono del morro abatíble del Frísbee. En su parte inferior tenía un soporte rotativo que contenía un láser de dióxido de carbono y la cámara de televisión. El mayor usaba sus controles en un joystick para centrar la imagen de TV sobre el puente, luego conectó el láser infrarrojo. Un punto invisible apareció en el centro del segmento del puente del lado norte. Un sistema de computadora había de mantenerlo allí hasta recibir otra orden en contrario, y un grabador de vídeo registraría visualmente el éxito o el fracaso de la operación.

—El blanco está iluminado —dijo Eisly— Todavía no hay radares de control de fuego sobre nosotros.

—Nemo, aquí Shade 4. El blanco está iluminado.

—Comprendido.

Quince segundos después, el primer «Aardvark» pasó aullando hacia el Sur a diez metros apenas sobre el agua, tomó altura bruscamente y lanzó una sola bomba «GBU-15 Paveway» guiada por láser, antes de efectuar un violento viraje hacia el Este, en dirección a Hohenroarthe. Un sistema óptico computadorizado en la punta de la bomba recibía el rayo infrarrojo reflejado, lo centraba y ajustaba consecuentemente los timones orientadores.

[33] Misil antiaéreo de origen soviético.

Al sur del puente, el comandante de la batería de misiles superficie-aire estaba tratando de descifrar qué era el ruido. Su radar de búsqueda no mostraba al Frisbee. Le habían informado que no debía esperar la presencia de aviones «amigos»..., la aerovía de seguridad de vuelo pasaba a veinticinco kilómetros hacia el Norte, sobre la base de la Aviación Frontal en Mahlminkel.

Quizás era de allí de donde venía el ruido, pensó*. No han difundido ninguna alarma especial...*

En el Norte, el horizonte tomó una brillante coloración amarilla. Aunque él no lo sabía, cuatro «Tornados» de la Luftwaffe acababan de efectuar una sola pasada sobre Mahlminke1, arrojando cientos de municiones en racimos explosivos en su vuelo rasante. Media docena de aviones de ataque soviéticos «Sukhoi» estallaron en llamas, originando una inmensa bola de fuego con el combustible jet incendiado que se elevó en el cielo lluvioso.

El comandante de la batería ya no dudó.. ., ordenó a gritos a sus hombres que modificaran las llaves selectoras de los radares de control de fuego, de «Espera» a «Activo», y que los orientaran alrededor de «sus» puentes. Instantes después, uno de ellos detectaba a un «F-111» que se acercaba río arriba.

—¡Oh, mierda!

El operador de sistemas del «Aardvark» lanzó de inmediato un misil antirradar «Strike» a la batería «SAM», otro, por las dudas, al radar de búsqueda, una segunda bomba «Paveway» al puente y después el «F-111» viró rápidamente hacia la izquierda.

Uno de los oficiales de lanzamiento de misiles palideció al darse cuenta de que era lo que estaba apareciendo desde quién sabe dónde en sus visores, y lanzó en salva sus tres misiles de devolución. El avión que estaba entrando tenía que ser hostil, y de él acababan de separarse tres objetos más pequeños...

Su primer «SAM» chocó contra las líneas de energía eléctrica de alta tensión que cruzaban el río algo más al sur del puente, y explotó. En todo el valle se produjeron efectos de luces estroboscópicas cuando los cables de alta tensión cayeron al río produciendo fuertes chispazos. Los otros dos «SAM» pasaron velozmente sobre la explosión surrealista y su trayectoria quedó definida por la atracción que ejercía el segundo «F-111».

La primera bomba «Paveway» dio precisamente en el centro del segmento norte del puente. Era una bomba de acción retardada y penetró profundamente en el cemento antes de explotar a pocos metros del tanque del comandante de un batallón. El segmento norte era fuerte (hacía más de cincuenta años que estaba en uso) pero los cuatrocientos veinticinco kilos de explosivo de alta potencia lograron partirlo. En un instante, el bonito arco de cemento quedó cortado en dos, con una separación irregular de seis metros entre los dos inseguros arbotantes. Estos apoyos no estaban diseñados para sostenerse solos, especialmente con el peso de los vehículos blindados que roncaban encima de ellos. La bomba lanzada por el segundo «Aardvark» cayó más cerca de la costa, y el costado este del sector cedió totalmente arrastrando ocho tanques en su caída al Elba.

Pero el segundo «F-111» no vivió para verlo. Uno de los misiles «SA-6» dio de lleno en el avión y lo hizo volar en pedazos tres segundos después de que los «Shrike» que alcanzó a lanzar eliminaron el par de vehículos de radar soviéticos. Ninguna de las dos partes tuvo tiempo para el dolor. Otro «F-111» apareció rugiendo sobre el río mientras los operadores supervivientes de los «SAM» buscaban blancos frenéticamente.

Treinta segundos después, el segmento norte del puente había quedado totalmente destruido, y sus restos, reducidos a pequeños trozos de cemento armado por los impactos de tres bombas, quedaron diseminados en el fondo del río.

Eisly modificó el selector de su láser hacia el segmento sur del puente. Estaba atascado por los tanques, detenidos por un vehículo «BMP-I» de transporte de personal, que había volado

entero desde un segmento del puente hasta el otro por efectos de la primera bomba, y luego se partió en dos y se incendió sobre el extremo oeste del puente. El cuarto «Aardvark» arrojó un par de bombas que dieron implacablemente en el punto determinado por el láser, clavado ahora en la torreta de un tanque detenido. El cielo se iluminó con el combustible diesel que ardía y se vio surcado por las trayectorias de los misiles superficie-aire de lanzamiento manual disparados a ciegas por los infantes presa del pánico.

Las dos bombas «Paveway» explotaron simultáneamente, a tres metros una de otra, y todo el segmento del puente se derrumbó de inmediato, llevando a una compañía entera de vehículos blindados al fondo del Elba.

Una cosa más por hacer, se dijo Ellington, ¡allí! Los soviéticos habían acumulado equipo para construcción de puentes en el camino secundario que corría paralelo al río. Probablemente los ingenieros estaban cerca. El Frisbee pasó aullando sobre las filas de camiones, cada uno de los cuales cargaba una sección de puente de campaña, y lanzó una serie de bengalas antes de zambullirse a baja altura con rumbo Oeste para regresar a la República Federal Alemana..., y a la seguridad. Los tres «Aardvark» que sobrevivieron entraron de uno en uno, lanzando sobre el parque de camiones un par de contenedores «Rockeye» cada avión, desintegrando el equipo de armado de puentes y, según esperaban fervientemente sus pilotos, matando también a algunos de los ingenieros especialistas. Después, los «Aardvark» viraron al Oeste para seguir a casa a los «F-19».

Antes de eso, un segundo grupo de aviones de combate «F-15 Eagle» había penetrado velozmente en Alemania del Este para limpiar cuatro fajas por donde regresarían los aviones de ataque de la OTAN. Dispararon sus misiles guiados por radar e infrarrojos a los «Mig» que intentaban interceptar a los cazabombarderos en su vuelo de regreso. Pero los aviones de combate norteamericanos aún contaban con sus radares aéreos para dirigirlos; no así los soviéticos. Los resultados reflejaron esa situación. Los interceptores soviéticos no habían tenido tiempo para reorganizarse después de la pérdida de sus «Mainstay», y sus formaciones quedaron desintegradas. Y lo que era peor, las baterías «SAM» con las que se había pensado apoyar a los «Mig», recibieron órdenes de empeñarse contra los aviones invasores, y los misiles superficie-aire empezaron a eliminar blancos en el cielo sin la menor discriminación, mientras los aviones de la OTAN volaban pegados al suelo.

En el momento en que el último avión volvió a cruzar la frontera y entró en Alemania Occidental, la Operación «Dreamland» llevaba un total de veintisiete minutos de duración. Había sido una misión costosa. Se habían perdido dos de los inapreciables Frisbee y once aviones de ataque. Sin embargo, podía considerarse un gran éxito. Los aviones de combate de la OTAN habían destruido más de doscientos aviones soviéticos para todo tiempo; y tal vez otros cien habían caído por acción de los «SAM» «amigos». Los mejores escuadrones de élite de la fuerza de defensa aérea soviética estaban irremisiblemente perdidos y, gracias a ellos y por el momento, la OTAN sería dueña de los cielos nocturnos sobre Europa. De treinta y seis puentes importantes elegidos como blancos, treinta quedaron destruidos por completo, y el resto quedó dañado. El ataque inicial soviético por tierra, preparado para comenzar dos horas después, no recibiría el apoyo del segundo escalón, ni de las unidades especiales de los «SAM» móviles, ni ingenieros ni de otras fuerzas recientemente terminadas de instruir en la URSS, y cuya llegada era crucial. Finalmente, los tanques contra los aeródromos darían a la OTAN paridad aérea, al menos por un tiempo. las fuerzas aéreas de la OTAN habían cumplido su misión más trascendente: la tan temida superioridad terrestre soviética quedó reducida en forma decisiva. Ahora, la batalla en la superficie por Alemania Occidental iba a enfrentar fuerzas casi equivalentes.

USS PHARRIS.

Todavía era el día anterior en la costa este de los Estados Unidos. La fragata USS Pharris mostraba el camino de salida del Delaware a las diez de la noche. Detrás de ella navegaba un convoy de treinta buques, con una docena de naves de escolta. En ambos casos, se trataba de todo lo que se había podido reunir en plazo tan breve. Docenas de barcos de bandera norteamericana y de otras naciones se dirigían a toda máquina hacia los puertos de Estados Unidos, muchos de ellos tomando rutas desviadas hacia el Sur para mantenerse lo más alejados posible de los submarinos soviéticos que, según los informes, habían salido del mar de Noruega con rumbo al Sur. Los primeros días iban a ser duros, Morris lo sabía.

—Comandante, venga por favor a Comunicaciones —dijo una voz penetrante por el sistema de anuncios.

Morris se dirigió de inmediato hacia popa, a la siempre cerrada sala de radio.

—Esta vez es cierto.

El oficial de comunicaciones le entregó el formulario amarillo del mensaje. Morris lo leyó bajo la pálida luz de las lámparas de intensidad reducida.

Z0357215JUNIO De: SACLANT[34]

A: TODOS LOS BUQUES SACLANT MAXIMO SECRETO.

1. EJECUTE SIN RESTRICCIONES OPERACIONES DE GUERRA AÉREA Y MARITIMA CONTRA FUERZAS PACTO VARSOVIA.

2. PLAN DE GUERRA GOLF TAC 7.

3. VALOR Y RESOLUCION. ADELANTE SACLANT.

Reglas de Combate Opción de Guerra Siete. Eso significaba que no había armas nucleares, notó feliz el comandante... Su buque no tenía ninguna por el momento. Ahora estaba en libertad para atacar sin previo aviso a cualquier buque de guerra o mercante del Bloque Oriental. Bueno.... asintió Morris con movimientos de cabeza. Guardó en el bolsillo el formulario del mensaje, volvió al puente y se acercó al micrófono sin pronunciar una sola palabra.

—Les habla el comandante. Escuchen bien: esto es oficial. Estamos en situación real de guerra. Ya no son prácticas, señores. Si oyen una alarma de aquí en adelante, significa que allí afuera hay un Bandido, y ellos también tienen armas de verdad. Eso es todo —colgó el micrófono en su soporte y se volvió para mirar al oficial de guardia en el puente— Señor Johnson, quiero que los sistemas «Prairie/Masker» operen en forma continua. Si se interrumpen, quiero saberlo de inmediato, eso va en el libro de órdenes.

—Comprendido, señor.

El «Prairie/Masker» era un sistema destinado a frustrar a los equipos de sonar de los submarinos. Dos bandas metálicas rodeaban el casco de la fragata, delante y detrás de la zona de máquinas. Esa parte era el «Masker». Tomaba aire comprimido y lo soplaba hacia el agua alrededor del buque, produciendo millones de diminutas burbujas. La parte del sistema llamada «Prairie» hacía lo mismo con las palas de las hélices. las burbujas de aire creaban una barrera semipermeable que atrapaba los sonidos originados por el buque y dejaba escapar solamente una fracción de los ruidos de propulsión..., lo que hacía al buque sumamente difícil de detectar por un submarino.

[34] Supreme Allied Commander Atlantic: Mando Supremo Aliado en el Atlántico.

—¿Cuánto falta para salir del canal? —preguntó Morris.

—Estaremos en la boya del mar dentro de noventa minutos.

—Está bien, dígale al auxiliar de guardia que esté listo para largar la cola y el «Nixie» —el sonar de remolque y el señuelo «Nixie» para torpedos— a las doce menos cuarto. Voy a dormir un rato. Despiérteme a las once y media. Si hay cualquier novedad, llámeme.

—Comprendido, señor.

Tres aviones antisubmarinos «P-3C, Orion», barrieron la zona al frente de ellos. El único riesgo era el de la navegación normal y, de pronto, la posibilidad de rozar el fondo o chocar contra una boya suelta parecían asuntos sin importancia. Ahora necesitaba dormir un poco, pensó Morris, porque no le sorprendería nada encontrar un submarino esperándolos justo en el borde de la plataforma continental tres horas después. para el caso, quería estar perfectamente descansado.

SUNNYVALE, CALIFORNIA.

«¿Qué estaba deteniendo a Washington?», se preguntaba el coronel. Todo lo que necesitaba era un simple sí o no. Controló sus tableros. En ese momento había tres satélites de reconocimiento fotográfico tipo «KH», además de nueve pájaros de búsqueda electrónica. Ésa era su «constelación» de bajo nivel. No temía por sus satélites de comunicaciones y de navegación, de órbitas mucho más altas, pero los doce que se hallaban a menor altura sobre la tierra, especialmente los «KH», eran muy valiosos y vulnerables. Dos de ellos tenían en sus proximidades satélites matadores rusos, y uno de sus pájaros estaba ahora aproximándose a territorio soviético; otro le seguía sólo cuarenta minutos detrás. El tercer pájaro «Key-Hole» no tenía todavía ningún satélite asignado, pero la última pasada sobre Leninsk permitió ver otro cohete tipo «F» recibiendo combustible en la plataforma de lanzamiento.

—Observe otra vez al perseguidor —ordenó.

Un técnico efectuó las operaciones necesarias y, del otro lado del mundo, el satélite disparó sus impulsores de control de actividad y giró en el espacio para que sus cámaras pudieran buscar al satélite matador ruso. Había mantenido una posición a ochenta kilómetros de distancia hacia atrás y catorce kilómetros más abajo que el satélite norteamericano, pero ahora..., no estaba allí.

—Lo movieron. Lo movieron en la última media hora.

Cogió el teléfono para informar al comandante en jefe del NORAD que iba a mover el satélite bajo su propia responsabilidad. Demasiado tarde. Cuando el satélite giraba de nuevo para apuntar sus cámaras a tierra, una masa cilíndrica cubrió un considerable porcentaje de la cara de la tierra.... se produjo un relámpago y la pantalla de TV quedó en blanco. Sólo eso.

—Chris, ¿tiene preparados esos comandos de maniobra?

—Sí, señor —contestó el capitán, mirando todavía fijamente la pantalla.

—¡Ejecute los movimientos ahora mismo!

El capitán introdujo la secuencia de comando en la consola de su computadora y oprimió la tecla Enter. El teléfono del coronel llamó al mismo tiempo que los motores cohete incorporados a los satélites efectuaban suaves cambios en las trayectorias de sus órbitas.

—Aquí Control Argus —contestó el coronel.

—Habla el comandante en jefe del NORAD. ¿Qué demonios ha pasado?

—Ese satélite matador ruso se acercó y detonó. No tenemos señal del «KH-11», señor. Debo suponer que han tenido éxito para eliminar el pájaro. Acabo de ordenar a los otros dos «Key—Hole» que hagan delta-V[35] a cien pies por segundo. Dígale a Washington que esperaron demasiado tiempo, señor.

[35] Delta-V: Cambio de velocidad, en la jerga astronáutica.

18. GLORIA POLAR.

KIEV, UCRANIA.

Se había resuelto reunir a todos los comandantes de teatro y de frentes para informarles acerca del desarrollo de los hechos en Alemania. Alekseyev y su superior sabían por qué: si alguien debía ser relevado de su comando, el nuevo hombre tendría que conocer la situación. Escucharon fascinados el informe de Inteligencia. Ninguno de ellos había esperado demasiado de los ataques de los grupos «Spetznaz»; sin embargo, parecía que algunos lograron éxito, especialmente los efectuados en los puertos alemanes. Después, el oficial de Inteligencia operativa informó sobre los puentes del Elba.

—¿Por qué no nos advirtieron de eso? —preguntó el comandante del Teatro Sudoeste.

—Camarada general —respondió el oficial de la fuerza aérea— Nuestra información decía que este avión «Stealth» era un prototipo que aún no estaba en servicio regular. De alguna forma los norteamericanos han logrado construir cierto número, por lo menos parte de un escuadrón. Lo usaron para eliminar la cobertura de nuestros radares aéreos de advertencia, y así prepararon el camino para una operación de penetración contra nuestras bases aéreas y líneas de abastecimiento, además de una bien planeada batalla aérea contra nuestros interceptores de todo tiempo. Su misión fue afortunada, pero no decisiva.

—Aja, y el comandante de las Fuerzas Aéreas del Oeste fue arrestado por rechazarla eficazmente, ¿eh? —dijo Alekseyev con un gruñido— ¿Cuántos aviones perdimos?

—No estoy autorizado para revelarlo, camarada general.

—¡Entonces puede hablarnos de los puentes!

—Casi todos los puentes sobre el Elba han sido dañados en mayor o menor medida. Además, hubo ataques sobre las unidades constructoras de puentes estacionadas cerca de ellos para un eventual remplazo táctico.

—Ese estúpido maniático..., ¡tenía las unidades de puentes justo al lado de los blancos primarios!

El comandante del suroeste levantó la vista al techo como si esperara un ataque aéreo allí mismo, en Kiev.

—Es donde están los caminos, camarada general —dijo en voz baja el oficial de Inteligencia.

Alekseyev le hizo señas de que abandonara el salón.

—No es un buen comienzo, Pasha.

Ya había sido arrestado un general. Aún no estaba designado su sustituto.

Alekseyev asintió con movimiento de cabeza, luego miró su reloj.

—Los tanques cruzarán la frontera dentro de treinta minutos, y les tenemos reservadas algunas sorpresas. Solamente la mitad de sus refuerzos está en posición. Todavía no han alcanzado el grado de preparación psicológica que tienen nuestros hombres. El primer golpe que les demos les hará daño. Si es que nuestro amigo en Berlín ha cumplido correctamente sus responsabilidades.

KEFLAVIK, ISLANDIA.

—Tiempo perfecto —sentenció el primer teniente Mike Edwards, alzando la vista de la carta que acababa de surgir de la máquina de facsimilado— Tenemos un intenso frente frío que debe entrar desde Canadá en las próximas veinte o veinticuatro horas. Eso traerá muchas lluvias, tal vez hasta veinticinco milímetros, pero durante todo el resto del día de hoy tendremos cielo claro, con menos de dos décimas de nubes altas, sin probabilidades de precipitaciones. Los vientos en superficie, desde el Oeste girando al Suroeste con una intensidad de quince a veinte nudos. Y mucho sol—concluyó con una sonrisa.

Hacía casi cinco semanas que el sol se había levantado desde el horizonte por última vez, y no volvería a ocultarse por completo hasta dentro de otras tantas. Estaban tan cerca del Polo Norte allí en Islandia, que en verano el sol recorría el cielo azul describiendo perezosos círculos, descendiendo en parte hasta el horizonte noroeste pero sin desaparecer por completo. Algo a lo que hacía falta acostumbrarse.

—Tiempo para cazadores —coincidió el teniente coronel Bill Jeffers, comandante del Escuadrón de Caza Interceptora 57, los «Black Knight», cuyos interceptores «F-15 Eagle» estaban casi todos estacionados a la intemperie a menos de cien metros de allí. Los pilotos se encontraban en los aviones, esperando. Llevaban ya noventa minutos de espera. Dos horas antes los habían alertado sobre el despegue de un gran número de aviones soviéticos desde sus bases aéreas tácticas en la Península Kola, con destino desconocido.

Keflavik era siempre un sitio muy concurrido, pero durante la última semana había sido un manicomio. El aeropuerto estaba convertido en una combinación de base de la Marina y la fuerza aérea, y un aeropuerto internacional de gran actividad en el que aterrizaban muchas líneas aéreas para reabastecerse.

Durante la semana anterior todo ese movimiento se había incrementado por el tránsito de los severos cazabombarderos tácticos que volaban desde los Estados Unidos y Canadá hacia Europa, las aeronaves de carga que transportaban materiales y equipos esenciales, y aviones de líneas aéreas que volvían a Estados Unidos colmados de pálidos turistas y miembros de las familias del personal militar que se hallaban ahora en el frente de combate. Lo mismo había sucedido a Keflavik. Tres mil esposas e hijos tuvieron que ser evacuados. las instalaciones de la base quedaron despejadas para la acción. Si los soviéticos iniciaban la guerra que parecía estar a punto de surgir de la tierra como un nuevo volcán, Keflavik estaría tan lista como fuera posible.

—Con su permiso, coronel. Quiero comprobar algunas cosas en la torre. Este pronóstico es bastante firme, de todos modos, para las próximas doce horas.

—¿La corriente jet?

El coronel Jeffers levantó la vista de la carta de isobaras y símbolos de vientos.

—Ha estado toda la semana en el mismo lugar, señor; no hay ningún signo de que vaya a cambiar.

—Está bien, vaya.

Edwards se puso la gorra y salió. Tenía puesta una chaquetilla de oficial liviana, de color azul, sobre sus ropas de faena estilo infante de marina, agradecido por el hecho de que la fuerza aérea siguiera siendo bastante poco exigente en cuanto a los reglamentos de uniforme. Tenía en su jeep el resto de su «equipo de batalla», un revólver calibre 38 con cinturón y pistolera, y la chaqueta de campaña que formaba parte del equipo de camuflaje provisto a todo el mundo hacía tres días. Habían pensado en todo, reflexionaba Edwards mientras ponía en marcha el jeep para cubrir el trayecto de cuatrocientos metros hasta la torre. Había incluso chaqueta para fuego antiaéreo.

Keflavik tenía que ser atacada, se recordó Edwards. Todos lo sabían, se preparaban para eso, y después trataban de no pensar más en ello. La más aislada de todas las avanzadas de la OTAN sobre la costa Oeste de Islandia, era la puerta de entrada al Atlántico Norte. Si Iván quería iniciar una guerra naval, Islandia tenía que ser neutralizada. Desde las cuatro pistas de aterrizaje y despegue de Keflavik volaban dieciocho interceptores «Eagle», nueve cazasubmarinos «P-3C Orion» y, los más temibles,tres E-3A Sentry. Éstos eran los ojos de los aviones de combate. Dos estaban operando en ese momento: uno describía círculos treinta y cinco kilómetros al noroeste de Cabo Fontur; el otro, directamente sobre Ritstain, doscientos cuarenta kilómetros al norte de Keflavik. Eso no era nada normal. Teniendo solamente tres pájaros «AWAC» disponibles, mantener uno constantemente en el aire resultaba ya bastante difícil. El comandante de las fuerzas de defensa de Islandia estaba tomando todo esto muy en serio. Edwards se encogió de hombros. Si realmente volaban hacia ellos los bombarderos soviéticos «Backfire», ya no había nada más que él pudiera hacer. Era el flamante oficial de meteorología del escuadrón, y acababa de dar su último informe sobre el estado del tiempo.

Edwards estacionó su jeep en un lugar reservado para oficiales, cerca de la torre, y decidió llevar con él su 38. En este sector no había cercos y era imposible saber si alguien no intentaría «tomar prestada» su arma. Había en la base una compañía de infantes de Marina y otra de policías de la fuerza aérea, todos ellos con aspecto bastante amenazador por sus fusiles «M-16» y las cintas en bandolera llenas de granadas de mano. Confió en que tuvieran cuidado con ellas. En las últimas horas del día siguiente debía llegar una unidad completa anfibia de infantería de Marina, para reforzar la seguridad de la base; algo que tenía que haberse hecho una semana antes, pero que había sufrido demoras, en parte por la sensibilidad islandesa para considerar grandes cantidades de efectivos armados extranjeros, pero, sobre todo, debido a la increíble rapidez con que se había desarrollado esta crisis. Subió trotando las escaleras exteriores y se encontró con una sala de control atestada con ocho personas en vez de las cinco habituales.

—Hola, Jerry —dijo al jefe, el teniente de corbeta Jerry Simon.

Los controladores civiles islandeses que trabajaban normalmente allí no se veían por ninguna parte. *Bueno,* pensó Edwards*, no hay ningún tránsito aéreo civil que deban controlar ellos.*

—Buenos días, Mike —fue la respuesta. La broma corriente en Keflavik.

Eran las tres y cuarto, hora local. El sol ya estaba arriba, brillando para ellos desde el Noreste, a través de las cortinillas semitransparentes que habían bajado para atenuar la luminosidad que no alcanzaban a filtrar los cristales de las ventanas inclinadas.

—¡Vamos a hacer un control de actitud! —dijo Edwards mientras se acercaba a sus instrumentos meteorológicos.

—¡Me revienta este lugar de mierda! —contestó de inmediato el personal de la torre.

—Ahora un control de actitud positiva.

—¡Este lugar de mierda me revienta positivamente!

—Y un control de actitud negativa.

—¡No aguanto este lugar de mierda!

—Ahora un control de actitud abreviado.

—¡A la mierda!

Todo el mundo lanzó grandes carcajadas. las necesitaban.

—Me alegra ver que todos seguimos manteniendo el equilibrio —comentó Edwards.

Era un oficial bajito y delgado, que se había hecho instantáneamente popular a su llegada, hacía dos meses. Nacido en Eastpoint, Maine, y graduado en la Academia de la Fuerza Aérea,

no había podido volar porque necesitaba usar gafas. Su cuerpo disminuido (un metro sesenta, y cincuenta y cuatro kilos) no se preocupaba para que infundiera respeto; pero su contagiosa sonrisa, su provisión de chistes siempre listos y la reconocida experiencia para interpretar acertadamente los confusos mapas del tiempo en el Atlántico Norte, todo se había combinado haciendo de él un agradable compañero para cualquiera en Keflavik. Cuantos lo conocían pensaban que algún día sería un meteorólogo de primera por TV.

—Vuelo MAC cinco dos cero, comprendido. Autorizado a despegar. Grandote, necesitamos el espacio —dijo con voz cansada el controlador.

A unos pocos cientos de metros, un «C-5A Galaxy» de carga empezó a acelerar corriendo por la pista de despegue uno ocho. Edwards tomó un par de binoculares para observarlo. Era difícil acostumbrarse a que algo tan monstruoso pudiera volar realmente.

—¿Alguna noticia de alguna parte?

—No, nada después del informe de los noruegos. Mucha actividad en Kola. Tú sabes, me costó mucho poder venir a trabajar aquí —respondió Mike.

Se volvió para controlar la calibración de su barómetro digital.

Todo había comenzado seis semanas antes. Los grupos soviéticos de aviación naval y de largo alcance, basados en media docena de aeródromos situados alrededor de Severomorsk, habían estado ejercitándose casi de continuo, volando en misiones con perfiles de ataque que podrían haber sido dirigidas contra lo que se quisiera. Luego, dos semanas antes, la actividad había cesado. Ésa era la parte siniestra: primero instruían a todas sus tripulaciones de vuelo a la perfección, y luego entraban en un período de mantenimiento de total paralización, como para asegurarse de que cada pájaro y cada instrumento quedara también en perfectas condiciones operativas... ¿Qué estaban haciendo ahora? ¿Un ataque contra Bodo, en Noruega? ¿O tal vez Islandia? ¿Otro ejercicio? Era imposible saberlo.

Edwards levantó un tablero de anotaciones para firmar el control del instrumental de la torre ese día. Podía haber dejado esa tarea a sus técnicos voluntarios, pero estaban ayudando a los especialistas de los aviones en el escuadrón de combate, y él resolvió hacerlo por ellos. Además, le daba una excusa para visitar la torre y...

—Señor Simon —dijo el controlador, y continuó con urgencia—: Acabo de recibir un FLASH de «Sentry Uno»: Alerta Roja. Muchos Bandidos con rumbo hacia aquí, señor. se acercan desde el noroeste... «Sentry Dos» está controlando..., ellos también los tienen. Cristo. Suena como cuarenta o cincuenta bandidos, señor.

Edwards notó que llamaban Bandidos a los aviones que se acercaban, en vez de emplear la definición habitual de Zombies.

—¿Hay algo propio que esté entrando?

—Señor, tenemos un «MAC C-141», a veinte minutos de vuelo, y detrás vienen otros ocho con intervalos de cinco minutos, todos procedentes de Dover.

—Dígales que vuelvan, ¡y asegúrese de que lo reciban y comprendan! Keflavik está cerrado para todos los vuelos entrantes hasta nueva orden. —Simon se volvió hacia su hombre de comunicaciones— Dígale a Operaciones Aéreas que informe por radio al comandante supremo del Atlántico que nos están atacando, y que lo transmitan. Yo...

Estridentes bocinas empezaron a sonar alrededor de ellos. Abajo, entre las largas sombras de las primeras horas de la mañana, los mecánicos de tierra retiraban las clavijas de seguridad con sus banderitas rojas a los interceptores que se hallaban en espera. Edwards vio un piloto en su cabina que terminaba una taza de café y luego empezaba a ajustar sus correas. De los carros de arranque próximos a cada uno de los aviones surgieron bocanadas de humo negro cuando comenzaron a generar energía para poner en marcha los motores.

—Torre, aquí Hunter Leader. Nos dispersamos. ¡Despeje todas las pistas, muchacho!

Simon tomó el micrófono.

—Entendido, Hunter Leader, tiene libre todas las pistas. Dispersión Plan Alfa. ¡Adelante! Cambio y corto.

Allá abajo, los techos transparentes de las cabinas empezaban a bajar de los «Eagles» con posquemadores. Les ordenaron poner rumbo hacia un vivo saludo a su piloto. El aullido de los motores jet se convirtió en un rugido cuando las máquinas empezaron a rodar pesadamente abandonando la línea de estacionamiento para dirigirse a la cabecera de despegue.

—¿Dónde está tu puesto de combate, Mike? —preguntó Simon.

—En el edificio de meteorología —contestó Edwards y se dirigió hacia la puerta— ¡Suerte, muchachos!

A bordo del «Sentry Dos», los operadores de radar observaron un amplio semicírculo de puntos luminosos que convergían hacia ellos. Cada punto tenía indicadas las letras «BGR» a un lado, además de la información sobre rumbo, altura y velocidad. Cada punto luminoso representaba un «Tu-16 Badger», bombardero de la Aviación Naval Soviética. Eran veinticuatro en total, con rumbo hacia Keflavik y a una velocidad de seiscientos nudos. Se habían acercado a baja altura para mantenerse por debajo del lóbulo de detección del radar del «E-3A», pero una vez detectados, estaban ahora elevándose rápidamente a trescientos veinte kilómetros de distancia. El perfil de la misión permitía que los operadores de radar los clasificaran instantáneamente como hostiles. Había cuatro «Eagles» en PAC (Patrulla Aérea de Combate), dos de ellos operando con los «AWAC» pero estaban próximos a la hora de relevo y los aviones tenían ya poca cantidad de combustible como para correr detrás de los «Badgers» con posquemadores. Los ordenaron poner rumbo hacia los bombarderos rusos incursores a seiscientos nudos, pero aún no habían podido detectar a los «Badgers» con sus propios radares de orientación de los misiles hacia los blancos.

El «Sentry Uno», frente a Cabo Fontur, informó algo todavía peor. Sus puntos luminosos eran «Tu-22M Backfires», que se acercaban a una velocidad lo suficientemente lenta como para indicar que estaban pesadamente cargados con armamento exterior. También salieron «Eagles» a interceptarlos. Ciento sesenta kilómetros detrás de ellos, los dos «Eagles F-15», que se encontraban efectuando defensa local sobre Reykiavik, habían terminado de reabastecerse de combustible en vuelo y al completo, de un avión cisterna que volaba orbitando en la zona, y se dirigían ahora hacia el Noreste a mil nudos, mientras el resto del escuadrón estaba en ese momento despegando del suelo. La imagen de radar de ambos aviones «AWAC» se transmitía por enlace digital al centro de operaciones de combate de Keflavik, de manera que el personal de tierra podía observar la operación. Cuando los aviones de combate rotaban ya despegando en las pistas, los equipos de especialistas de todos los aviones de la base aérea trabajaron frenéticamente para alistar sus pájaros para el vuelo.

Habían practicado esas tareas ocho veces en el último mes. Algunas tripulaciones aéreas habían estado durmiendo con sus aviones. A otros se los llamó a sus alojamientos, a no más de cuatrocientos metros de allí. Los aviones que acababan de regresar de un patrullaje cargaron combustible al completo, y los especialistas de tierra volvieron a prepararlos para sus nuevas salidas. Los guardias de la marina y de la fuerza aérea que aún no habían ocupado sus puestos, corrieron a hacerlo. Fue bueno que el ataque se hubiera producido a esa hora. Solamente había por allí unos cuantos civiles, y el tránsito aéreo comercial se hallaba en el punto más bajo. Desde otro punto de vista, hacía ya una semana que los hombres de Keflavik debían cumplir doble turno, y estaban cansados. Lo que podría haberse hecho en cinco minutos, requería ahora siete u ocho.

Edwards, que había vuelto a su oficina de meteorología, se puso la chaqueta de campaña, la de artillería antiaérea, y el casco estilo «fritz». Su puesto de combate de emergencia —no

podía pensar en su oficina como un puesto de «combate»— era el lugar que le habían asignado. ¡Como si alguien hubiera podido necesitar una carta de tiempo particularmente mortal para atacar a un bombardero incursor! El servicio debía tener un plan para todo, Edwards lo sabía. Tenía que haber un plan. Pero no tenía que poseer sentido. Descendió por la escalera hasta Operaciones Aéreas.

—Pude zafarme del Bandido ocho, uno..., dos misiles lanzados. La máquina dice que son «AS-4» —informó un controlador de «Sentry».

El jefe de la tripulación se comunicó por radio con Keflavik.

MV JULIUS FUCIK.

Veinte millas al suroeste de Keflavik, el “Doctor Lykes” era también una colmena en actividad. A medida que cada escuadrón soviético de bombardeo lanzaba sus misiles aire—tierra, su comandante transmitía un mensaje codificado que recibía el Fucik. Había llegado su hora.

—Timón a la izquierda —ordenó el capitán Kherov— Poner proa al viento.

Un regimiento completo de infantería aerotransportada, muchos de cuyos integrantes se hallaban mareados por las dos semanas que llevaban embarcados en el enorme portabarcazas, trabajaba probando y cargando las armas. La reforzada tripulación del Fucik retiraba las falsas estructuras que deformaban a las cuatro últimas «barcazas», revelando que cada una de las cuales era, en realidad, un hovercraft de asalto, del tipo Lebed. La tripulación, de seis hombres por embarcación, quitaba las cubiertas sobre las tomas de aire que llegaban hasta los motores, cuidados con verdadero cariño durante un mes entero. Satisfechos, hicieron señas con las manos a los comandantes de los vehículos anfibios, quienes pusieron en marcha los tres motores.

El primer oficial del buque se hallaba de pie en su puesto de control del elevador, a popa. Con una señal de la mano, el vehículo cargó una compañía de infantería de ochenta y cinco hombres y un grupo de morteros. Aumentaron la potencia, el hovercraft se levantó sobre su colchón de aire y lo arrastraron hacia atrás. En otros cuatro minutos, los vehículos descansaban sobre el elevador de barcazas que formaba la popa del buque Seabee.[36]

—Abajo —ordenó el primer oficial.

Los operadores de los cabrestantes hicieron descender el elevador hasta la superficie. El mar estaba picado y las olas de un metro veinte golpeaban contra la popa bifurcada del Fucik. Cuando el elevador estuvo a nivel con el mar, los comandantes de los Lebed, uno tras otro, aumentaron potencia y se retiraron. De inmediato, el elevador volvió a subir hasta la cubierta más alta, mientras el primer par de hovercraft daba vueltas alrededor de su buque madre. Cinco minutos después, los cuatro vehículos de asalto se alejaron en formación cerrada hacia la Península Keflavik.

El Fucik continuó virando para volver a rumbo Norte y acortar así el viaje al próximo par de hovercraft. Su cubierta superior estaba ahora ocupada por tropas armadas que llevaban ametralladoras y misiles superficie-aire. Andreyev permaneció en el puente sabiendo que allí debía estar, pero deseando haber podido encabezar a sus tropas de asalto.

[36] Seabee: buques de desembarco de tropas y equipos de infraestructura.

KEFLAVIK, ISLANDIA.

—Operaciones Keflavik, los bandidos están volviéndose después de lanzar sus MAS[37]. Hasta ahora, han sido dos pájaros por avión. Tenemos cincuenta o tal vez cincuenta y seis, misiles dirigidos a la base y están lanzando más. Detrás de ellos no hay nada. repito, nada detrás de la fuerza de bombardeo. No tenemos paracaidistas que se acerquen. Agáchense, muchachos, ahora son sesenta los misiles disparados. —Edwards escuchaba mientras entraba en la sala.

—Por lo menos no van a ser nucleares —dijo un capitán.

—Nos están disparando cien misiles..., ¡mierda, no necesitan nucleares! —replicó otro.

Por encima del hombro de uno de los oficiales, Edwards observó la imagen del radar. Era horripilante, parecía un juego electrónico de tiro. Unos puntos luminosos grandes y de movimiento lento mostraban los aviones. Otros más pequeños y rápidos eran los misiles «Mach-2».

—¡Te agarró! —gritó el operador de radar.

El «Eagle» líder se había colocado dentro del radio de acción de sus misiles para atacar a los «Badgers» Y logró derribar a uno con un misil «Sparrow»..., diez segundos después que el ruso lanzara sus propios misiles. Un segundo «Sparrow» erró a su blanco separado, pero apareció un tercero que se orientó hacia él. El piloto numeral del primer «Eagle» estaba también lanzando contra otro ruso. Los soviéticos habían planeado bien su operación, apreció Edwards. Estaban atacando desde una línea que abarcaba todo el litoral Norte, con mucho espacio entre uno y otro bombardero, de modo que ningún interceptor aislado pudiera atacar a más de uno o dos. Era casi como si...

—¿Alguien se ha fijado en la forma geométrica de este ataque? —preguntó.

—¿Qué quiere decir? —El capitán se volvió— ¿Por qué no está usted donde tiene que estar?

Edwards ignoró la inoportuna observación.

—¿No hay una posibilidad de que estén tratando de alejar a nuestros aviones de combate?

—Un anzuelo muy caro. —El capitán desechó la idea—. Usted piensa que pudieron haber lanzado sus MAS desde mucho más lejos. Tal vez no tienen el alcance que nosotros pensábamos. El asunto es que esos misiles están a diez minutos de aquí el primero de ellos, con cinco a siete minutos de retardo hasta el último. Y no podemos hacer ni una maldita cosa al respecto.

—Sí —corroboró Edwards.

El edificio de Operaciones Aéreas y Meteorología era una estructura de dos pisos que vibraba cada vez que el viento alcanzaba los cincuenta nudos. El teniente sacó del bolsillo una pastilla de chiclé y empezó a mascarla. Dentro de diez minutos empezarían a caer cien misiles, con una tonelada de alto explosivo cada uno de ellos (o una cabeza de guerra nuclear). Los hombres que se hallaban fuera recibirían lo peor; los soldados voluntarios y los especialistas de aviones que estaban tratando de alistar a los suyos para que salieran de inmediato. Su propia tarea asignada era simplemente mantenerse fuera del paso. Lo avergonzaba un poco. Y el miedo que paladeaba ahora junto con la menta lo avergonzaba aún más.

[37] Misiles aire—superficie.

Los «Eagles» estaban en ese momento todos en el aire, volando a máxima velocidad hacia el Norte. Los últimos «Backfire» acababan de lanzar sus misiles y estaban virando al Noreste a máxima potencia cuando los «Eagles» se acercaban a mil doscientos nudos para alcanzarlos. Tres de los interceptores lanzaron misiles; lograron abatir un par de «Backfire» y dañar un tercero. Los interceptores «Zulú», que habían despegado para dispersarse, no pudieron alcanzar a los «Backfire», advirtió el jefe de controladores del «Sentry Uno», y se maldijo a sí mismo por no haberlos lanzado tras los «Badges», más viejos y menos valiosos; pero a algunos de los cuales podrían haber alcanzado. En vez de eso, les ordenó disminuir la velocidad e hizo que sus controladores les dieran rumbo, distancia y altura hacia los misiles supersónicos.

«Penguin 8», el primero de los aviones de guerra antisubmarina «P-3C», estaba ahora corriendo por la pista de despegue y aterrizaje dos dos. Había estado haciendo patrullaje sólo cinco horas antes, y sus tripulantes aún trataban de sacudirse el sueño mientras su avión rotaba para despegarse del cemento.

—Van a empezar a caer —dijo el operador de radar. El primer misil ruso estaba casi encima de ellos, comenzando su picada final. Los «Eagle» habían derribado dos de los misiles, pero los rumbos y las condiciones desfavorables impidieron que la mayoría de sus «Sparrow» tuvieran éxito, incapaces de alcanzar a los misiles «Mach-2».

Los «F-15» orbitaban sobre Islandia central, muy lejos de su base y los pilotos se preguntaban si tendrían un aeropuerto adonde regresar.

Edwards se encogió cuando aterrizó el primero..., o no aterrizó. El misil aire-superficie tenía una espoleta de proximidad por radar. Detonó a veinte metros del suelo y sus efectos fueron horrendos. Explotó exactamente sobre la autopista internacional, a doscientos metros de operaciones aéreas, y sus fragmentos penetraron en numerosos edificios; el impacto principal fue sobre el local de servicio de incendios de la base. Edwards se arrojó al suelo cuando algunos fragmentos atravesaron las paredes de madera. La puerta se desprendió de sus bisagras por la fuerza de la onda explosiva y el aire se llenó de polvo. Instantes después, en instalaciones de la «Esso», distante cien metros, explotó un camión de transporte de combustible y se elevó una bola de fuego que ganó altura rápidamente en el cielo, mientras dejaba caer combustible jet encendido sobre los edificios de los alrededores. La energía eléctrica se cortó en seguida. Los radares, las radios y las lámparas de las habitaciones dejaron de funcionar en el acto; las luces de emergencia que funcionaban con baterías no se encendieron como debieron haberlo hecho. Durante un instante de terror, Edwards se preguntó si el primer misil no habría sido realmente un arma nuclear. La explosión le había producido un profundo estremecimiento en todo el cuerpo, y llegó a sentir repentinas náuseas hasta que su organismo comenzó a normalizarse después de las agresivas sensaciones que había sufrido. Miró a su alrededor y vio un hombre caído inconsciente por el golpe de un artefacto de luz desprendido. No sabía si debía cerrar la hebilla de la correa de su casco, o no, y por algún motivo esa duda le pareció muy importante en ese momento, aunque no recordaba por qué.

Otro misil cayó más lejos y luego, durante un minuto aproximadamente, los estampidos se mezclaron formando una serie irregular de ruidos atronadores que sobrecogían por su intensidad. Edwards sentía que se ahogaba por el polvo. Era como si su pecho quisiera estallar; impulsivamente saltó en dirección a la puerta buscando aire puro. Se encontró con una sólida pared de calor. las instalaciones de la «Esso» eran ahora una rugiente masa de llamas, que ya habían devorado al laboratorio fotográfico vecino y la tienda de artículos económicos de la base. Más humo se levantaba de la zona de alojamiento del personal voluntario, hacia el Este. una media docena de aviones que se hallaban todavía en la línea de prueba, jamás la abandonarían. Sus alas se desprendieron como si fueran de juguete, por el efecto de un misil que había explotado sobre la intersección de las pistas de aterrizaje. Un «E-3A Sentry» destruido ardió de pronto frente a sus ojos. Cuando se volvió pudo ver que la torre

de control también había sufrido daños; todos los cristales de sus ventanas habían desaparecido. Edwards corrió en esa dirección, sin pensar en usar su jeep.

Dos minutos después, entró sin aliento en la torre y encontró muertos a todos sus ocupantes, lacerados y despedazados por los cristales que habían volado, y el suelo de baldosas cubierto de sangre. Los receptores de radio todavía emitían ruidos por los altavoces instalados en la mesa, pero no pudo encontrar un transmisor que funcionara.

«PENGUIN 8»

—¿Qué diablos es eso? —exclamó el piloto del «Orion».

Hizo girar a su avión violentamente a la izquierda y aumentó la potencia. Habían estado orbitando a unos quince kilómetros de Keflavik, observando el humo y las llamas que se levantaban de su propia base, cuando vio pasar debajo de ellos cuatro enormes objetos.

—Es un... —el copiloto se interrumpió— ¿De dónde...?

Los cuatro «Lebeds» se desplazaban a cuarenta nudos, balanceándose pronunciadamente sobre olas de un metro cincuenta. Tenían unos veinticinco metros de largo y diez de ancho; cada uno de ellos llevaba en la parte superior un par de hélices envueltas en conductos y situadas inmediatamente delante de un alto timón tipo avión, pintado con las insignias de la Marina soviética, la hoz y el martillo rojos sobre una banda azul. Ya se hallaban demasiado cerca de la costa para que el «Orion» pudiera usar cualquiera de sus armas.

El piloto observaba incrédulo mientras se acercaba y cualquier duda que pudiera haberle quedado desapareció cuando vio que les disparaba un cañón de treinta milímetros. Erró con bastante distancia, pero el piloto dio un tirón a los mandos para hacer virar el «Orion» hacia el Oeste.

—Coordinador táctico, informe a Operaciones de Keflavik que van a tener compañía. Cuatro hovercraft, de tipo desconocido, pero rusos.... y tienen que estar llevando tropas.

—Comandante —respondió el coordinador táctico al cabo de treinta segundos— Keflavik está fuera de servicio, sin radio. El Centro de Operaciones no existe, la torre ha desaparecido también. Estoy tratando de comunicarme con los «Sentrie». Tal vez podamos conseguir uno o dos cazabombarderos.

—Está bien, pero siga intentando con Keflavik. Encienda nuestro radar. Vamos a ver si podemos descubrir de dónde vienen. Encienda también nuestros «Harpoon».

KEFLAVIK, ISLANDIA.

Edwards estaba observando con binoculares los daños cuando oyó el mensaje que llegaba.... pero no pudo contestarlo. ¿Ahora qué hago? Miró a su alrededor y vio una cosa útil, una radio Hammer Ace. Tomó la voluminosa mochila y corrió bajando los escalones. Tenía que encontrar a los oficiales de infantería de Marina y prevenirlos.

Los hovercraft se aproximaron velozmente por la Ensenada Djupivogur y llegaron a tierra un minuto después y a menos de mil quinientos metros de la base aérea. Los paracaidistas notaron agradecidos cómo se suavizaba el viaje mientras sus vehículos se abrían en línea de frente con trescientos metros de separación entre uno y otro, y así cruzaban el terreno llano y rocoso en dirección a la base aérea de la OTAN.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir un cabo de infantería de Marina.

Como un dinosaurio en busca de comida, apareció en el horizonte un objeto enorme, desplazándose aparentemente sobre la tierra a gran velocidad.

—¡Usted! ¡Infante, venga aquí! —gritó Edwards, y un gran jeep con un sargento y dos voluntarios se detuvo y luego se acercó rápidamente a él— ¡Llévenme a su comandante, pronto!

—El comandante está muerto, señor —dijo el sargento— El jefe de compañía, herido, el teniente... ¡ha desaparecido!

—¿Dónde está el sustituto?

—En la escuela elemental.

—Vamos, he de avisarle; tenemos unos bandidos que vienen desde la costa..., ¡mierda! Usted lleva una radio.

—Traté de llamar, señor, pero no hay respuesta.

El sargento dobló hacia el Sur por la autopista internacional. Por lo menos tres misiles habían caído allí, a juzgar por el humo. En los alrededores, la pequeña ciudadela que había sido la base aérea de Keflavik había quedado convertida en una colección de restos en llamas o humeantes. Numerosa gente de uniforme corría por todos lados, haciendo cosas que Edwards no tuvo tiempo de adivinar. ¿Estaba alguien al frente?

La escuela elemental también había sido alcanzada. una tercera parte del edificio, todavía en pie, era una masa de llamas.

—Sargento, ¿esa radio funciona?

—Sí, señor, pero no está sincronizada con la guardia perimetral.

—¡Bueno, sintonícela!

—Está bien.

El sargento movió el dial hasta la frecuencia buscada. Los «Lebed» se detuvieron en dos pares, cada uno a cuatrocientos metros del perímetro. Se abrieron las puertas de proa y descendieron de cada una dos vehículos BMD de asalto de infantería, seguidos por los grupos de morteros que empezaron de inmediato a instalar sus armas. Los cañones de setenta y tres milímetros y los lanzadores de misiles de los minitanques empezaron a atacar las posiciones defensivas de la infantería de Marina, mientras las compañías reforzadas de cada vehículo avanzaban lenta y hábilmente, usando su cobertura y aprovechando su apoyo de fuego. Esa fuerza de asalto había sido seleccionada de unidades con experiencia de combate en Afganistán. Cada uno de aquellos hombres sabía lo que era estar bajo el fuego enemigo. Los

«Lebed» giraron de inmediato como cangrejos y volvieron rápidamente a la costa para cargar aún más infantes. En esos momentos, ya eran elementos de dos batallones de élite de paracaídas los que estaban combatiendo contra una sola compañía de infantes de Marina.

Las frenéticas palabras que se oían por la pared de comunicaciones radiales de los pelotones eran demasiado claras. La energía eléctrica de la base estaba cortada, y con ella las radios principales. Los oficiales de infantería de Marina habían muerto, y no había nadie que coordinara la defensa. Edwards se preguntó si alguien sabría realmente qué estaba pasando. Decidió que probablemente no importaba nada.

—¡Sargento, hay que salir zumbando de aquí!

—¿Quiere decir escapar?

—Quiero decir alejarnos y llegar adonde podamos informar de lo que ha pasado, sargento. Alguien tiene que llevar el informe para que no manden más aviones a aterrizar en este lugar. ¿Cuál es el camino más rápido para Reykiavik?

—¡Pero, señor, hay infantes de Marina allá..., maldito sea!

—¿Quiere ser prisionero ruso? ¡Perdimos! ¡He dicho que tenemos que ir a informar y usted va a hacer lo que yo le diga, sargento! ¿Me comprende?

—Comprendido, señor.

—¿Qué armas tenemos?

Por propia iniciativa, un infante de Marina corrió a lo que quedaba de la escuela. Otro infante yacía allí de cara al suelo, en medio de un charco de sangre que brotaba de alguna herida fatal e invisible. El primero volvió con el «M-16» del muerto, su mochila, un cinturón con munición, y entregó el conjunto a Edwards.

—Ahora todos tenemos uno, señor.

—Hagamos que nos saquen en seguida de aquí.

El sargento puso el jeep en marcha.

—¿Cómo vamos a hacer para informar?

—Deje que yo me preocupe por eso, ¿de acuerdo?

—Como usted diga.

El sargento hizo dar una vuelta completa al jeep, volvió a la autopista internacional y se dirigió a la destruida antena de satélites.

MV JULIUS FUCIK.

—¡Avión avistado, por la proa a babor! —gritó un vigía.

Kherov levantó sus binoculares y lanzó por lo bajo una maldición. Lo que vio no podía ser otra cosa que misiles que colgaban de cada ala del multimotor que habían avistado.

«PENGUIN 8».

—Vaya, mira lo que tenemos aquí —dijo con calma el piloto del «Orion»— Nuestro viejo amigo, el Doctor Lykes. Combate, aquí comandante, ¿qué otra cosa se ve por ahí?

—Nada, comandante; no hay otro buque de superficie dentro de los doscientos kilómetros.

Acababan de completar un viraje de trescientos sesenta grados explorando el horizonte con su radar de búsqueda.

—¡...Y es seguro como que hay Dios que esos hovercraft no salieron de un submarino!

El piloto ajustó el rumbo para hacer un pasaje a menos de dos mil metros del buque, con el sol a espaldas del avión de patrullaje cuatrimotor. Su copiloto examinaba el buque con binoculares. las cámaras de TV de a bordo, operadas por los tripulantes de armamento, permitirían imágenes aún más cercanas. Vieron un par de helicópteros de calentamiento. A bordo del Fucik alguien entró en pánico y disparó con un lanzador de hombro un misil «SA-7». Su dispositivo de orientación no pudo captar al «Orion» y el proyectil se extinguió directamente atraído por el sol a baja altura.

MV JULIUS FUCIK.

—¡Idiota! —gruñó Kherov; el humo del motor del cohete ni siquiera pasó cerca del avión— Ahora él nos va a disparar. ¡Todo adelante flanco! ¡Timonel, manténgase alerta!

«PENGUIN 8».

—Muy bien —dijo el piloto, dejando de mirar al mercante—. Coordinador táctico, aquí tenemos un blanco para sus «Harpoon». ¿Tuvo suerte con Keflavik?

—No, pero el «Sentry Uno» está retransmitiendo la información a Escocia. Dice que un montón de misiles batieron Keflavik; parece que la base está cerrada, ya sea la mantengámos o no.

El piloto maldijo en voz baja.

—Está bien. Vamos a hacer volar del agua a este pirata.

—Entendido, comandante —contestó el coordinador técnico— Dos minutos antes de que podamos lanzar el.... ¡mierda! Tengo una luz roja en el «Harpoon» de babor. El muy imbécil no quiere armarse.

—¡Bueno, arréglenlo al hijo de puta! —gruñó el piloto.

Pero no hubo nada que hacer, no funcionó. En el apuro para despegar, los cables de control del misil no habían quedado completamente asegurados, por descuido de los fatigados especialistas de tierra.

—Bien. Tengo uno que funciona. ¡Listo!

—¡Dispare!

El misil se separó limpiamente del ala y cayó diez metros antes de que su motor entrara en ignición. En la cubierta del Fucik estaban alineados los paracaidistas; muchos de ellos tenían en sus manos lanzadores portátiles de misiles superficie-aire, y esperaban poder interceptar el «Harpoon» que les habían disparado.

—Coordinador táctico, vea si puede comunicarse con un «F-15». A lo mejor ellos son capaces de abrir por la mitad a este bebé con sus cañones de veinte milímetros.

—Ya lo estoy haciendo. Tenemos un par de «Eagle» en vuelo hacia aquí, pero están escasos de combustible. Podrán hacer una o dos pasadas solamente.

Adelante, el piloto tenía los binoculares pegados a los ojos, sin apartarse un instante del misil blanco que volaba raspando las crestas de las olas.

—Vamos, chiquito, vamos...

MV JULIUS FUCIK.

—Se acerca un misil, bajo en el horizonte, a babor.

Por lo menos tenemos buenos vigías, pensó Kherov. Estimó la distancia hacia el horizonte y apreció la velocidad del misil en mil kilómetros por hora...

—¡Todo timón a la derecha! —gritó el timonel y movió rápidamente la rueda hasta que hizo tope y la mantuvo con firmeza.

—No puede escapar a un misil, Kherov —dijo con calma el general.

—Lo sé. Observe, amigo.

El casco negro de la nave estaba virando bruscamente a estribor. Mientras lo hacía, el buque se inclinó pronunciadamente hacia el lado contrario, en la misma forma en que lo hace un automóvil que dobla velozmente una curva cerrada. Con eso logró elevar artificialmente la línea de flotación en la vulnerable banda de babor.

Por propia iniciativa, algunos de los oficiales de a bordo dispararon bengalas de señales, con la esperanza de que atrajeran al misil y lograran alejarlo, pero todo lo que importaba a los microchips del cerebro del misil era el enorme blip que ocupaba el centro del radar de su cabeza buscadora. Detectó que el buque estaba cambiando ligeramente de rumbo y modificó su propia orientación en el ángulo correspondiente. A media milla de su objetivo, el «Harpoon» ascendió bruscamente desde su altura de tres metros iniciando la maniobra final programada de elevarse antes de caer definitivamente sobre el blanco. Los hombres de tropa que se hallaban a bordo del Fucik dispararon en el acto una docena de «SAM». Tres de ellos fueron atraídos por la estela de escape del motor del «Harpoon», pero no pudieron virar con la rapidez suficiente como para caer sobre el misil que se acercaba, y continuaron hasta sobrepasarlo. El «Harpoon» llegó al punto más alto de su prevista trayectoria, se estabilizó y de inmediato inició la picada final.

«PENGUIN 8».

—Perfecto... —susurró el piloto. Ya no había forma de detenerlo.

El misil hizo impacto contra el casco del Fucik a casi dos metros por encima de la línea de flotación, un poco atrás del puente. La cabeza de guerra explotó instantáneamente, pero el cuerpo del misil continuó penetrando y proyectó casi cien kilos de combustible jet que explotó en una bola de fuego dentro de la más baja de las cubiertas de carga. En segundos, el buque desapareció detrás de una pared de humo. Tres paracaidistas, levantados del suelo por el impacto, dispararon accidentalmente hacia arriba sus misiles superficie-aire.

—Coordinador táctico, su pajarraco dio exactamente en el blanco. Hubo detonación de la cabeza de guerra. Parece que...

Los ojos del piloto se esforzaron detrás de los binoculares para apreciar los daños.

MV JULIUS FUCIK.

—¡Timón a la vía!

Kherov había esperado que la explosión lo levantara del suelo, pero el misil no era muy grande, y el Julius Fucik todavía tenía una masa de treinta y cinco mil toneladas. Corrió hacia el ala del puente para comprobar los daños. Cuando el buque se enderezó, el agujero dentado que tenía en el costado se elevó tres metros sobre el nivel de las olas. Salía humo por él. Había fuego a bordo, pero la nave no iba a inundarse a raíz del impacto del misil, juzgó el capitán. Había un solo peligro. Kherov impartió rápidamente las órdenes a sus equipos de control de averías, y el general envió a uno de sus hombres para que colaborara. Cien de los paracaidistas habían recibido instrucción durante los últimos diez días para combatir incendios a bordo. Ahora aplicarían lo que habían aprendido.

«PENGUIN 8».

El Fucik emergió del humo a veinte nudos, con un agujero de cuatro metros y medio en su banda. Salía humo por la abertura, pero el piloto comprendió en seguida que el daño no iba a ser fatal. Pudo ver cientos de hombres en la cubierta superior; algunos de ellos corrían hacia las escalerillas para bajar a combatir el incendio.

—¿Dónde están esos cazas? —preguntó el piloto.

El coordinador táctico no respondió. Cambió de posición una llave, de su radio.

—Penguin ocho, aquí Cobra Uno. Tengo dos aviones. No nos quedan misiles, pero dispongo de cargas completas de munición en los cañones de veinte. Puedo hacer para usted dos pasadas, después tendremos que volver a Escocia.

—Comprendido, Cobra Líder. El blanco tiene algunos helicópteros con motores en marcha. Cuidado con los «SAM» portátiles. Los he visto disparar unos veinte de esos hijos de puta.

—Entendido, Penguin. ¿Alguna noticia más de Keflavik?

—Por un tiempo vamos a tener que buscarnos otra casa.

—Recibido, comprendido. Bien, queden atentos, vamos a llegar con el sol de espaldas.

El «Orion» continuó orbitando a unos cinco mil metros de distancia. Su piloto no vio los aviones de combate hasta que comenzaron a disparar. Los dos «Eagle» volaban muy cerca uno de otro y aproximadamente a cinco o seis metros del agua cuando en los morros de sus fuselajes parecieron encenderse miles de chispas al abrir el fuego con sus cañones rotativos de veinte milímetros.

MV JULIUS FUCIK.

Nadie de a bordo los vio llegar. Un instante después, el agua que rodeaba el costado del Fucik se convirtió en espuma, por los piques de los proyectiles que caían cortos; luego, su cubierta principal quedó oculta por el polvo. una repentina bola de fuego color naranja anunció la explosión de uno de los helicópteros rusos, y el combustible encendido se derramó por el puente, cayendo muy cerca del general y el capitán.

—¿Qué ha sido eso? —jadeó Kherov.

—Cazas norteamericanos. Entraron muy bajo. Deben de tener solamente sus cañones, si no, ya nos hubieran bombardeado. Todavía no terminó, mi capitán.

Los cazas se separaron, pasando por la izquierda y la derecha del buque, que continuó navegando a veinte nudos en un amplio círculo. No dispararon ningún «SAM» que siguiera a los cazas en su escape y ambos efectuaron un viraje, volvieron a formar y enfrentaron la proa del Fucik. Su próximo blanco era la superestructura. Segundos después, una lluvia de cientos de proyectiles alcanzaba el puente del carguero. Desaparecieron los cristales de todas las ventanas y resultaron muertos casi todos los miembros de la tripulación que se hallaban allí, pero la condición de estanqueidad de la nave no había sufrido en lo más mínimo.

Kherov contempló la carnicería. Su timonel había quedado despedazado por la acción de media docena de proyectiles explosivos, y todos los hombres presentes en el puente estaban muertos. Tardó un segundo en superar la conmoción y notar un dolor que parecía carcomerlo en su propio abdomen; su oscura chaqueta estaba oscureciéndose aún más al teñirse de sangre.

—Usted está herido, capitán.

Solamente el general había respondido al instinto de agacharse detrás de algo sólido. Miró a los ocho cuerpos mutilados y se preguntó una vez más por qué tendría él tanta suerte.

—Tengo que llevar el buque a puerto. Vaya a popa. Diga al primer oficial que continúe las operaciones de desembarco. Usted, camarada general, supervise los incendios. Tenemos que llevar mi buque a puerto.

—Le enviaré ayuda.

El general salió corriendo por la puerta mientras Kherov se dirigía al timón.

KEFLAVIK, ISLANDIA.

—¡Alto, deténgase aquí mismo! —gritó Edwards.

—¿Qué pasa ahora, teniente? —preguntó el sargento. Detuvo el jeep en la zona de estacionamiento del casino de oficiales.

—Vamos a buscar mi auto. Este jeep es demasiado llamativo.

El teniente saltó del jeep y sacó las llaves del coche del bolsillo del pantalón. Los infantes de Marina se miraron uno a otro durante unos instantes y luego corrieron detrás de él.

Su automóvil era un «Volvo» que tenía más de diez años y que Edwards había comprado hacía pocos meses a un oficial que se iba de la base. En los caminos de Islandia, la mayoría no pavimentados, había sufrido un trato bastante severo..., y se notaba.

—¡Bueno, suban!

—Señor, ¿qué demonios estamos haciendo, exactamente?

—Mire, sargento, hemos de abandonar la zona. ¿Qué pasa si Iván tiene helicópteros? ¿A qué supone que se parece un jeep visto desde el aire?

—Ah, está bien —asintió el sargento— ¿Pero qué estamos haciendo, señor?

—Vamos a alejarnos por lo menos hasta Hafnarfjórdur, escondemos el coche y empezamos a caminar hacia atrás buscando refugio entre las rocas. Tan pronto como lleguemos a un sitio seguro llamaremos por radio. Esa radio que tengo trabaja con satélites. Hay que conseguir que Washington sepa lo que está sucediendo aquí. Eso significa que debemos averiguar qué está trayendo Iván. Los nuestros van a intentar, por lo menos, retomar esta isla. Nuestra misión, sargento, es mantenernos con vida, informar y, a lo mejor, hacerles las cosas más fáciles.

Edwards no había pensado realmente en esto hasta pocos segundos antes de decirlo. ¿Tratarían de retomar Islandia? ¿Tendrían capacidad para intentarlo? ¿Qué otra cosa estaba saliendo mal en este podrido mundo? ¿Tenía sentido algo de todo esto? Decidió que no era necesario que lo tuviera. una sola cosa cada vez, se dijo. Se resistía a ser prisionero de los rusos, y tal vez si pudieran transmitir alguna información lograrían desquitarse por lo ocurrido a Keflavik.

Edwards puso en marcha el automóvil y partió hacia el Este por la autopista 41. ¿Dónde esconder el auto? Había un centro comercial en Hafrarflórdur..., único sitio en Islandia donde vendían el pollo frito de Kentucky. ¿Qué mejor lugar que ése para ocultar el vehículo? El joven teniente sonrió a pesar de sí mismo. Estaban con vida, y tenían el arma más peligrosa con que podía contar un hombre, una radio. Iría resolviendo los problemas a medida que se presentaran. Su misión, resolvió, sería mantenerse con vida e informar. Después de eso, alguien podría decirles qué hacer. una sola cosa cada vez, se repitió para sus adentros, y pidió a Dios que alguien supiera qué diablos estaba pasando...

«PENGUIN 8».

—Parece que han conseguido controlar el fuego —comentó amargamente el copiloto.

—Sí, ¿cómo habrán podido hacerlo? Mierda, ese barco debió haber volado como..., pero no voló.

Mientras observaban, salió de la nave un segundo cargamento de tropas a bordo de los cuatro hovercraft. El piloto no había pensado en que los dos «Eagles» disponibles, que ya estaban volando con rumbo a Inglaterra, dispararan sus cañones contra ellos, en vez de hacerlo contra ese enorme buque negro. Vaya que eres un perfecto imbécil como oficial, se dijo. El «Penguin 8» llevaba ocho sonoboyas, cuatro torpedos «Mx—46» para operaciones de guerra antisubmarina, y algunas otras armas de alta tecnología, ninguna de las cuales tenía la menor aplicación contra un blanco grande y simple como aquel mercantito. A menos que quisiera hacerse el kamikaze..., el piloto meneó la cabeza.

—Si quiere llegar a Escocia, nos quedan treinta minutos de combustible —advirtió el ingeniero de vuelo.

—Bien, vamos a echar un último vistazo a Keflavik. Subiré a dos mil metros. Será suficiente para ponernos fuera del alcance de los «SAM».

Dos minutos después ya sobrevolaban la costa. Un «Lebed» estaba aproximándose a la estación de SOSUS[38] y SIGINT[39], frente a Hagnir. Sólo alcanzaron a distinguir ciertos movimientos en tierra y una leve columna de humo que surgía del edificio. El piloto no sabía mucho sobre las actividades del SIGINT; pero el SOSUS, el sistema oceánico de vigilancia por sonar, era el medio principal de detección de blancos para que las tripulaciones de los «P-3C Orion» los atacaran. Esa estación cubría los claros entre Groenlandia e Islandia, y desde Islandia hasta las Islas Feroes. La línea de vigilancia fundamental para mantener fuera de las rutas comerciales a los submarinos rusos estaba a punto de desaparecer del aire definitivamente. Bravo.

Un minuto más y se encontraron sobre Keflavik. Siete u ocho aviones no habían alcanzado a abandonar el suelo. Todos estaban ardiendo. El piloto examinó con los binoculares las pistas de aterrizaje y quedó horrorizado al comprobar que no tenían cráteres.

—Coordinador, ¿sigue en contacto con un «Sentry»?

—Hay uno justo en este momento, señor. Hable directamente, tiene a «Sentry Dos».

—«Sentry Dos», aquí «Penguin 8». ¿Me recibe bien? Cambio.

—Afirmativo, «Penguin 8», aquí controlador jefe. Los tenemos detectados a ustedes sobre Keflavik. ¿Cómo lo ven?

—He contado ocho pájaros en el suelo, todos destrozados y ardiendo. Los misiles no rompieron, repito, no rompieron la pista.

—¿Está seguro de eso, «Ocho»?

—Afirmativo. Hay mucho daño por explosiones, pero no se ven agujeros ni cráteres en el suelo. Los tanques de combustible de primera línea no tienen daños, y el parque de combustible de Haktstangar parece intacto. Les estamos dejando a nuestros amigos un maldito mar de combustible jet y una pista de vuelo. En cuanto a la base..., veamos. La torre todavía está de pie. Hay mucho humo y fuego alrededor de operaciones aéreas..., la base parece estar en muy malas condiciones, pero las calles de aterrizaje se hallan perfectamente utilizables. Cambio.

—¿Qué pasó con el buque que atacaron ustedes?

---

[38] Sonar Surveillance System Vigilancia y control de submarinos por sonar. (Cadenas de hidrófonos que se extienden a lo ahcho del Atlántico Norte).

[39] Sistema y procedimientos de comunicaciones de Inteligencia.

—Un impacto directo con el misil y dos de los «F-15» de ustedes los cañonearon a muerte en dos pasadas, pero no es suficiente. Es muy probable que llegue a puerto. Supongo que intentará entrar en Reykiavik, o tal vez en Hafnorf Sur, para descargar. Tiene que estar transportando mucho material. Es un buque de cuarenta mil toneladas. Puede hacer puerto en dos o tres horas, a menos que con un silbido podamos llamar a alguien que lo ponga fuera de combate.

—No cuente con eso. ¿Cómo está en situación de combustible?

—Tenemos que poner rumbo a Stornoway ahora mismo. Mis especialistas han sacado fotografías de la zona, y del buque. Es todo lo que podemos hacer.

—Perfecto, «Penguin 8». Vaya a buscarse un lugar para aterrizar. Nosotros también nos vamos dentro de unos minutos. Buena suerte. Corto.

HAFNARFJóRDUR, ISLANDIA.

Edwards estacionó el auto en el centro comercial. A lo largo del camino de entrada había algunas personas, la mayoría mirando hacia el Oeste, en dirección a Keflavik, alertadas por los ruidos a pocos kilómetros de distancia y preguntándose qué estaba sucediendo. *Igual que nosotros*, pensó Edwards. Afortunadamente, parecía que ya no quedaba nadie allí. Cerró el coche con llave y se guardó el llavero en el bolsillo sin pensar mucho en lo que hacía.

—¿A dónde ahora, teniente? —preguntó el sargento Smith.

—Sargento, vamos a poner unas cuantas cosas en claro. Usted es el especialista en tierra. Si tiene alguna idea, quiero conocerla, ¿de acuerdo?

—Bueno, señor, yo diría que tenemos que marchar directamente hacia el Este por un trecho, para alejarnos de los caminos y encontrar un lugar donde usted pueda jugar un poco con la radio. Y hacerlo rápido.

Edwards miró a su alrededor. Todavía no había nadie allí en las calles, pero ellos querían llegar al campo antes de que alguien los viera y pudiera decirlo. Asintió moviendo la cabeza, y el sargento ordenó a un soldado que iniciara la marcha. Se quitaron los cascos y terciaron los fusiles para que su aspecto fuera lo más inofensivo posible. Los tres estaban seguros de que había cien pares de ojos clavados en ellos desde detrás de las cortinas de las ventanas. *Qué manera de empezar una guerra...,* pensó Edwards.

MV JULIUS FUCIK.

—¡Los incendios se apagaron, por Dios! —proclamó el general Andreyev— Nuestro equipo tiene muchos daños, principalmente a causa del agua. ¡Pero los fuegos se han apagado!

Su expresión cambió cuando vio a Kherov.

El capitán tenía una palidez fantasmal. Un médico del ejército le había vendado la herida, pero debía de haber una hemorragia interna. Luchaba para mantenerse de pie junto a la carta náutica.

—A la derecha, a rumbo cero cero tres.

Un joven oficial se había hecho cargo del timón.

—A la derecha a cero cero tres, camarada capitán.

—Debe acostarse, mi capitán —dijo suavemente Andreyev.

—¡Primero tengo que llevar mi buque a puerto seguro!

El Fucik navegaba con rumbo casi norte verdadero, el mar y el viento estaban de través y el agua lamía la herida causada por el misil. El primitivo optimismo del capitán comenzaba a ceder. Algunas uniones en la parte inferior del casco se habían abierto como consecuencia del impacto, y estaba entrando agua en la bodega de carga de más abajo, aunque hasta ese momento las bombas lograban extraerla en su totalidad. Había veinte toneladas de carga para entregar.

—Capitán, usted debe recibir atención médica —insistió Andreyev.

—Después que pasemos la punta. Cuando la banda dañada de babor quede a sotavento, entonces me haré atender. Diga a sus hombres que estén alerta. Un ataque más, que tenga éxito, podría terminar con nosotros. Y dígales que lo han hecho muy bien. Me gustaría mucho poder navegar otra vez con ellos.

USS PHARRIS.

—Contacto de sonar, posible submarino, marcación tres cinco tres —anunció el sonarista.

Parece que ya empezamos, se dijo Morris. La fragata Pharris navegaba en situación de zafarrancho general cumpliendo la primera parte del viaje que la alejaba de la costa de los Estados Unidos. El sonar táctico de arrastre del buque iba a remolque dentro de la estela. Se hallaban veinte millas al norte del convoy y a ciento diez millas al este de la costa, cruzando el borde de la plataforma continental para entrar en aguas profundas en el Cañón Lindenkohl. Un lugar perfecto para que se escondiera un submarino.

—Muéstreme qué tiene —ordenó el oficial de lucha antisubmarina.

Morris se limitaba a observar el trabajo de sus hombres.

El sonarista señaló la pantalla de presentación en cascada. Mostraba una serie de pequeños bloques digitales y muchos tonos de gris sobre un fondo negro. Seis bloques en una fila eran diferentes del diseño variable del fondo. Luego un séptimo. El hecho de que formaran una línea vertical significaba que el ruido era generado desde una marcación constante con respecto al buque, ligeramente al oeste del norte absoluto. Hasta ese momento, todo lo que tenían era una dirección hacia una posible fuente de ruido. No había forma de saber la distancia, ni había nada que permitiera definir si se trataba realmente de un submarino, o de un barco de pesca equipado con un motor muy ruidoso..., o simplemente, de alguna perturbación en el agua. La señal no se repitió durante un minuto, después volvió. Y luego desapareció de nuevo.

Morris y su suboficial de lucha antisubmarina consultaron la indicación del batitermógrafo. Cada dos horas dejaban caer uD instrumento que medía la temperatura del agua mientras iba bajando y la transmitía a través de un cable hasta que lo dejaban caer libre —hasta el fondo. El trazo mostraba una línea irregular. La temperatura del agua disminuía con la profundidad, pero no de manera uniforme.

—Podría ser algo —dijo en voz baja el oficial de lucha antisubmarina.

—Naturalmente —coincidió el comandante.

Volvió a la pantalla del sonar. «Eso» estaba todavía allí. El trazo había permanecido casi constante desde hacía ya unos nueve minutos.

Pero, ¿a qué distancia se encontraba? El agua constituía un medio excelente para la propagación del sonido, mucho más eficaz que el aire, pero tenía sus propias reglas. A treinta metros debajo de la Pharris se extendía «la capa», un cambio brusco de la temperatura. Como un panel de vidrio opuesto en ángulo, permitía que la atravesaran algunos sonidos, pero reflejaba la mayor parte de ellos. Algo de esa energía se encaminaba entre capas y retenía su intensidad a lo largo de distancias enormes. La fuente de sonido que ellos estaban escuchando podía encontrarse a cinco millas o a cincuenta. Mientras observaban, el trazo en la pantalla empezó a caer un poco hacia la izquierda, lo que significaba que ellos se estaban desplazando hacia el este de la señal.... o la señal se corría hacia el oeste de ellos, igual que podría deslizarse un submarino hacia atrás de su blanco, como parte de su maniobra de caza. Morris caminó hacia delante, a la mesa de localización.

—Si es un blanco, está bastante lejos, creo —dijo el cabo de guardia en voz baja.

Era sorprendente comprobar qué silenciosos eran todos durante los ejercicios de lucha antisubmarina, pensó Morris, como si un submarino pudiera oír sus voces.

—Señor —dijo el oficial de ASW[40] después de un momento— Como no hay un cambio perceptible en la marcación, el contacto tiene que estar a unas buenas quince millas, Eso significa que debe de ser una fuente muy ruidosa, y probablemente demasiado lejana para ser una amenaza inmediata. Si es un submarino nuclear, podemos hacer un corto avance rápido y sacar una marcación cruzada.

Morris miró hacia el mamparo posterior de la CIC[41]. Su fragata estaba navegando a cuatro nudos. Levantó el teléfono intercomunicador.

—Puente, aquí Central de Combate.

—Aquí Puente, habla el oficial ejecutivo.

—Joe, vamos a aumentar a veinte nudos durante cinco minutos. para ver si podemos sacar una marcación cruzada sobre el contacto que tenemos.

—Comprendido, jefe.

Un minuto después, Morris pudo sentir el cambio en el desplazamiento de su buque cuando su planta de vapor impulsó con energía a la fragata en medio de un mar con olas de casi dos metros. Esperó pensativo, deseando que su buque hubiera tenido uno de los equipos de arrastre «2X», más sensibles, que estaban instalando en las fragatas de la clase «Perry». Sabía que esos cinco minutos serían muy largos, pero la guerra antisubmarina era un juego que exigía paciencia.

Redujeron la potencia y, a medida que la nave disminuía su velocidad, el diseño en la pantalla del sonar dejó de ser un sonido originado en una fuente indeterminada para convertirse en un sonido aleatorio ambiental, algo que era mucho más fácil de percibir que de describir. El comandante, su oficial de ASW y el operador de sonar observaron atentamente la pantalla durante diez minutos. El trazado del sonido anómalo no reapareció. En un ejercicio de tiempo de paz habrían decidido que se trataba de anomalía; el agua generaba ruidos que cesaban tan imprevistamente como habían comenzado, tal vez un remolino menor que disminuía hacia la superficie. Pero ahora, todo lo que detectaban tenía una estrella roja potencial y un periscopio en medio.

Mi primer dilema, pensó Morris. Si investigaba enviando su propio helicóptero o uno de los aviones patrulleros «Orion», podría estar haciéndolo para nada, a la vez que los alejaba de un sector en el que tal vez encontraran un contacto real. Si no hacía nada, podría estar omitiendo la persecución de un contacto verdadero. Morris se preguntaba a veces si no sería bueno que proveyeran a los comandantes de monedas con un SI y un NO estampados en una y otra cara, a la que quizá pudieran llamarla «generador digital de decisiones» para no apartarse del amor de la Marina hacia los títulos que sonaran a electrónica.

—¿Algún motivo para creer que es real? —preguntó a su oficial de ASW.

—No, señor —el oficial empezaba a preguntarse si habría hecho bien en llamar a su comandante— Ahora no.

—Me alegro. No será el último.

[40] Lucha antisubmarina.

[41] Centro de Información de Combate

19. VIAJES QUE TERMINAN ... VIAJES QUE COMIENZAN.

HAFNARFJóRDUR, ISLANDIA.

El sargento James Smith era un encargado de compañía, lo que significaba que era el portador de los mapas de su comandante. Edwards dio gracias al enterarse, aunque se habría sentido mucho menos complacido si hubiese sabido lo que pensaba Smith sobre lo que estaban haciendo, y acerca de quién era el líder de ese grupo. Se supone que un encargado de compañía debe también llevar con él un hacha, pero como en Islandia hay una casi absoluta falta de árboles, la suya había quedado en el alojamiento de la compañía y ahora estaría quemada y reducida a una cabeza sin mango. Caminaron en silencio hacia el Oeste, con los ojos mortificados por el sol bajo, sobre el horizonte; pasaron dos kilómetros de campo de lava, testimonio mudo del origen volcánico de Islandia.

Caminaban de prisa, sin detenerse para descender. El mar estaba a sus espaldas y, mientras ellos pudieran verlo, los hombres que estuviesen en la costa también podrían verlos a ellos. Cada nubecita de polvo que levantaban con las botas les hacía sentirse más vulnerables; y el soldado García, que marchaba a retaguardia de la pequeña unidad, periódicamente se volvía y caminaba unos cuantos metros hacia atrás para asegurarse de que nadie los seguía. Los otros miraban hacia delante, a los lados y arriba. Estaban seguros de que Iván había pensado en llevar con ellos uno o dos helicópteros. Pocas cosas hay que hagan sentir a un hombre tan desnudo como un avión lleno de ojos.

El terreno era casi totalmente árido. Aquí y allá unas pocas y pequeñas ramitas luchaban para abrirse camino hacia el sol entre las rocas, pero la mayor parte del suelo era tan yermo como la superficie de la luna. Edwards recordó que los astronautas de la «Apollo» se habían entrenado en algún lugar de Islandia justamente por esa razón. Los vientos moderados en la superficie barrían las colinas que estaban trepando, levantando pequeñas cantidades de polvo que hacían estornudar de tanto en tanto al teniente. Ya se estaba preguntando qué harían cuando se les acabaran las raciones. Ése no era lugar donde pudieran vivir de la Naturaleza. Hacía apenas unos pocos meses que estaba en Islandia, y no había tenido una sola oportunidad de recorrer el campo. Cruza un puente solo cada vez, se dijo Edwards. La gente cultiva sus propios alimentos en todas partes. Tiene que haber granjas en los alrededores y podrás encontrarlas en los mapas.

—¡Helicóptero! —gritó García.

El soldado tenía un extraordinario par de ojos, notó Edwards. Todavía no podía oírlo, pero allá estaba sobre el horizonte, entrando desde el mar.

—Todo el mundo a tierra. Déjeme ver con los anteojos, sargento.

Edwards extendió la mano mientras se sentaba. Smith se agachó junto a él, con los binoculares pegados a la cara.

—Es un «Hip», señor. Transporte de tropas.

Le entregó los prismáticos.

—Le tomo la palabra —replicó Edwards, y alcanzó a ver la fea figura a unos cinco kilómetros tal vez, con rumbo sureste hacia Hafnarfjibrdur—. Parece que va en dirección a los muelles. Vinieron de un buque. Desean entrarlo a puerto y querrán explorar y asegurar primero el sector.

—Es razonable —coincidió el sargento Smith.

Edwards siguió al helicóptero hasta que desapareció detrás de unos edificios. Menos de un minuto después volvió a subir y ahora puso rumbo al Noroeste. El teniente miró con atención al horizonte.

—Parece que hay un buque allá lejos.

MV JULIUS FUCIK.

Kherov retrocedió despacio hacia la mesa de la carta con el médico del ejército a su lado. las bombas seguían equilibrando casi la entrada y salida de agua. El Fucik estaba hundido medio metro en la proa. Seguían instalando bombas de incendio portátiles cerca de las sentinas para extraer más agua de mar y lanzarla por el costado, a través del agujero que había hecho el misil norteamericano. Kherov sonrió tristemente para sí. El médico del ejército lo seguía por todas partes. El general lo había obligado prácticamente a punta de pistola para que permitiera que el médico le aplicara morfina y una botella de plasma sanguíneo. Se sentía agradecido por la primera... El dolor todavía estaba allí, pero no tan fuerte como al principio. El contenedor de plasma era una maldita molestia, porque el médico debía sostenerlo en todo momento mientras él se movía dentro del puente de mando. Pero sabía que lo necesitaba. Kherov quería seguir con vida durante unas horas más.... *y quién sabe,* pensó*, si el médico del regimiento es hábil, tal vez hasta podría vivir...*

Había cosas más importantes a mano. Había estudiado las cartas de ese puerto, pero nunca estuvo allí. No tenía piloto. No habría remolcadores de puerto, y los pequeños remolcadores de barcazas que llevaba en la popa de su buque serían inútiles para atracar en el muelle.

El helicóptero describió varios círculos sobre su buque después de terminar su primer viaje. Era un milagro que pudiera volar, pensó el capitán, cuando al que se hallaba estacionado a su lado lo habían destrozado los cañones de los aviones en sus pasadas. Los mecánicos lograron extinguir rápidamente aquel fuego y rodear al segundo helicóptero con una cortina de agua. Necesitaron hacer algunas reparaciones menores, pues había alrededor de una docena de perforaciones en el recubrimiento metálico; pero allí estaba, sobrevolando unos metros más atrás de la superestructura, aterrizando lenta y trabajosamente en el aire turbulento.

—¿Cómo se siente, capitán? —inquirió el general.

—¿Cómo?

Una valiente sonrisa que no pudo ser contestada por otra igual. El general sabía que él debía haber llevado físicamente al capitán al puesto médico de emergencia de su cirujano militar, pero entonces, ¿quién entraría el buque a puerto? El capitán Kherov estaba muriendo ante sus ojos. El médico lo había manifestado con toda claridad. Existía hemorragia interna. No se podía esperar que el plasma y los vendajes solucionaran eso.

—¿Pudieron sus hombres alcanzar los objetivos?

—Me informan que continúa cierta lucha en la base aérea, pero pronto quedará bajo control. El primer grupo en el muelle principal dice que no hay nadie aquí. Estará asegurado, mi capitán. Ahora debería descansar un poco.

Kherov agitó la cabeza como un borracho.

—Muy pronto tendré ese descanso. Quince kilómetros más. Estamos entrando demasiado rápido, en realidad. Los norteamericanos todavía pueden tener algunos aviones volando hacia nosotros. Tenemos que llegar al muelle y descargar todo su equipo antes de mediodía. He perdido demasiados hombres de mi dotación como para fracasar ahora.

HAFNARFJORDUR, ISLANDIA.

—Tenemos que informar esto —dijo Edwards con calma. Se quitó la mochila y la abrió. Antes había observado cómo un hombre operaba la radio, y además vio que sobre un costado del equipo estaban pintadas algunas instrucciones. las seis partes de la antena calzaron fácilmente en el soporte. Después enchufó el cable de sus auriculares y conectó la radio.

Debía apuntar la antena en forma de flor a un satélite en el meridiano de los treinta grados, pero no tenía un compás que le dijera dónde estaba eso. Smith desdobló un mapa y eligió un punto notable del terreno en esa dirección general. Edwards apuntó hacia allí la antena y la paseó lentamente barriendo el cielo hasta que oyó el sonido distintivo de la onda portadora del pájaro de comunicaciones.

Edwards giró el botón de frecuencias hasta un canal preseleccionado y apretó la llave de transmisión.

—A cualquiera que escuche en esta frecuencia, aquí Mike Edwards, primer teniente, Fuerza Aérea de los Estados Unidos, transmitiendo desde Islandia. Por favor, informe si me recibe. Cambio.

No pasó nada. Edwards volvió a leer las instrucciones para asegurarse de que estaba haciendo las cosas bien, y transmitió de nuevo tres veces el mismo mensaje.

—Al que transmite en esta frecuencia, por favor identifíquese. Cambio —respondió al fin una voz.

—Edwards, Michael D., primer teniente, Fuerza Aérea Estados Unidos, número de serie 328-61-4030. Soy el oficial de meteorología agregado al Escuadrón 57 de Caza Interceptora de Keflavik. ¿Con quién hablo? Cambio.

—Si usted no sabe eso, compañero, no pertenece a esta red. Retírese, la necesitamos para tráfico oficial —contestó fríamente la voz.

Edwards se quedó mirando durante varios segundos enmudeciendo de ira hasta que finalmente explotó.

—¡Escúcheme, imbécil! El tipo que sabía operar con esta maldita radio está muerto, y yo soy todo lo que les queda a ustedes. Un ataque ruso aéreo y terrestre destruyó hace siete horas casi toda la base de Keflavik. La zona está llena de Bandidos, hay un buque ruso que está entrando en el puerto de Hafnarfjórdur en este momento, ¡y usted me habla de malditos juegos de palabras! Vamos a ponernos de acuerdo, caballero. ¡Cambio!

—Recibido y comprendido. Quede atento. Tenemos que verificar quién es usted.

Ni el más mínimo asomo de remordimiento.

—Maldito sea; esta cosa trabaja con baterías. ¿Quiere que se me agoten mientras usted revisa un archivo?

Una nueva voz entró en el circuito.

—Edwards, habla el oficial jefe de la guardia de comunicaciones. Apague su radio. Podrían localizarlo. Nosotros haremos la verificación y lo llamaremos dentro de tres cero minutos a partir de este momento. ¿Comprendido? Cambio.

Eso era más razonable. El teniente contempló su reloj.

—Comprendido. Volveremos dentro de treinta minutos. Corto. —Edwards apagó el equipo— Sigamos caminando. No sabía que podían rastrearnos con esto.

Lo bueno era que la radio había estado emitiendo menos de dos minutos, y ya se habían puesto en marcha otra vez.

—Sargento, vamos a esta Colina 152. Desde allá arriba podremos ver muy bien, y tendremos agua en el camino.

—Es agua caliente, señor, llena de azufre. No se puede beber esa mierda, usted me comprende.

—Como le parezca. —Edwards empezó a alejarse con un trote lento. Cierta vez, cuando era chico, había tenido que llamar para avisar sobre un incendio. Aquella vez le creyeron. ¿Por qué no ahora?

MV JULIUS FUCIK.

Kherov sabía que él iba a terminar el trabajo que los norteamericanos habían comenzado. Entrar su buque al puerto a dieciocho nudos era más que imprudente. Allí el lecho del mar era de roca, no de barro, y un roce del buque podía fácilmente abrir un rumbo o destrozar completamente el fondo. Pero temía más aún otro ataque aéreo, y estaba seguro de que en ese momento se acercaba una escuadrilla de cazas norteamericanos cargados con misiles y bombas que, a última hora, lo despojarían del éxito en la misión más importante de su vida.

—¡A la vía! —gritó.

—Timón a la vía —repitió el timonel.

Kherov se había enterado minutos antes de que su primer oficial estaba muerto, a causa de las heridas recibidas en el primer ataque de cañoneos de los aviones. Su mejor timonel había muerto gritando ante sus ojos, junto con muchos otros de sus tripulantes experimentados. Sólo contaba con un hombre capacitado para seguir visualmente la línea de costa y establecer con acierto la posición. Pero el muelle ya estaba a la vista, y él iba a depender del ojo de un marinero.

—Lento a media fuerza —ordenó.

El timonel transmitió la orden a la sala de máquinas con el telégrafo.

—Timón todo a la derecha.

Observó cómo caía lentamente la proa hacia la derecha. Estaba de pie sobre la línea central del puente, alineando con cuidado la bandera de proa con el muelle. No había nadie instruido para trabajar con los cabos de amarre. Se preguntó si los soldados podrían hacerlo.

El buque tocó fondo. Kherov cayó al suelo jurando en voz alta con dolor y furia a la vez. Había calculado mal la aproximación. El Fucik trepidó mientras se deslizaba sobre el fondo rocoso. No había tiempo para controlar la carta. Cuando cambiara la marea, las fuertes corrientes arremolinadas del puerto convertirían su amarre en una pesadilla imposible.

—Timón al otro lado.

Un minuto después el buque estaba otra vez completamente a flote. El capitán ignoró las alarmas de inundación que sonaban detrás de él. El casco estaba perforado, o quizá las uniones dañadas se habían abierto más. No importaba. El muelle se hallaba a unos mil metros apenas. Era una construcción sólida, hecha de piedra.

—A la vía. Paren máquinas.

El buque estaba desplazándose demasiado rápido para detenerse. Los soldados que esperaban en el muelle se dieron cuenta y comenzaron a retroceder lentamente, apartándose del borde; temían que se destrozase cuando el buque chocara. Kherov gruñó, divertido en parte. Adiós a los cabos de amarre. Ochocientos metros.

—Máquinas todo atrás.

Seiscientos metros. La tremenda mole del buque se estremeció cuando las máquinas se esforzaron para disminuir la velocidad. Enfiló hacia el muelle en un ángulo de treinta grados, con la velocidad reducida ahora a ocho nudos. Kherov caminó hacia el tubo de intercomunicación con la sala de máquinas.

—Cuando yo lo ordene, detengan por completo las máquinas, bajen la palanca manual para abrir los picos de lluvia contra incendio y evacuen la sala de máquinas.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el general.

—No podemos amarrar al muelle —respondió Kherov—. Sus soldados no saben cómo usar los cabos, y muchos de mis marineros están muertos. —El amarradero que Kherov había elegido tenía exactamente medio metro menos de profundidad que el calado de su buque; volvió al tubo intercomunicador— ¡Ahora, camaradas!

Abajo, el jefe de máquinas dio las órdenes. El ayudante maquinista detuvo por completo las máquinas diesel y corrió hacia la escalerilla de escape. El jefe tiró de la palanca de emergencia para el sistema de apagado de incendios y lo siguió, después de haber contado para asegurarse de que no quedara allí ninguno de sus hombres.

—¡Todo timón a la derecha!

Un minuto después, la proa del Julius Fucik chocó contra el muelle a una velocidad de cinco nudos. Se arrugó como si hubiera estado construida con papel, y todo el buque rotó hacia la derecha, golpeando su banda contra las rocas con una lluvia de chispas color naranja. El impacto terminó de abrir el fondo de la nave a la altura de las sentinas de estribor. Instantáneamente sus bodegas más bajas se inundaron, y el buque se apoyó en seguida en el fondo del amarradero, pocos centímetros más abajo que su quilla plana. El Julius Fucik jamás volvería a navegar. Pero había logrado su objetivo.

Kherov hizo una seña al general.

—Mis hombres van a desplegar las dos pequeñas lanchas de remolque que tenemos en la popa. Dígales que retiren dos barcazas y las coloquen entre la popa y el extremo del muelle. Mis hombres les enseñarán cómo asegurar bien las barcazas para que no zafen de su lugar. Después, utilice su equipo de aparejos para llevar sus vehículos del elevador a las barcazas y luego de las barcazas al muelle.

—Podemos hacer eso fácilmente. Ahora, camarada capitán, usted irá a ver a mi médico del regimiento. No voy a permitir más discusiones.

El general llamó a su ayudante y ambos hombres ayudaron a descender al capitán. Tal vez hubiera tiempo todavía.

COLINA 152, ISLANDIA.

—¿Decidieron ya quién soy yo? —preguntó Edwards malhumorado. Otra cosa realmente molesta era la marcada demora motivada por el tiempo de viaje de la señal hacia y desde el satélite.

—Afirmativo. El problema es, ¿cómo sabemos que se trata realmente de usted?

El oficial tenía en la mano un télex en el que le confirmaban que un primer teniente Michael Edwards, de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, había sido designado efectivamente como oficial de meteorología del Escuadrón 57 de Caza Interceptora, información que con toda facilidad podría haber estado en manos rusas antes del ataque.

—Mire, inservible, yo estoy en posición en la Colina 152, al este de Hafnarfjórdur, ¿de acuerdo? Un helicóptero ruso anda dando vueltas por aquí, y un maldito barco enorme acaba de entrar en el puerto. Se halla demasiado lejos para ver la bandera, pero no me imagino que ese hijo de puta venga de Nueva York, ¿sabe? Los rusos han invadido esta roca. Hicieron pedazos a Keflavik y tienen tropas por todas partes.

—Descríbame el buque.

Edwards ajustó los binoculares junto a sus ojos.

—Negro, superestructura blanca. Letras mayúsculas grandes en el costado. No puedo distinguirlas bien. Líneas—Algo. La primera palabra empieza por L. Es algún tipo de buque portabarcazas. Ahora hay una lancha remolcando una barcaza alrededor del buque.

—¿Ha visto tropas rusas?

Edwards pensó un momento antes de contestar.

—No. Sólo oí informes por radio de los infantes de Marina en Keflavik. Los estaban rebasando. Desde ese momento no se oyó más la radio. Veo gente en el muelle, pero no puedo decir qué son.

—Está bien, vamos a comprobar eso. Por el momento le sugiero que busque un lugar seguro para esconderse y que se mantenga en silencio de radio. Si tenemos que comunicarnos con usted, emitiremos cada hora, a la hora en punto. Si usted necesita hablarnos, estaremos aquí. ¿Comprendido?

—Recibido, comprendido. Cambio y corto. —Edwards apagó el equipo— No lo creo.

—Nadie sabe qué demonios está pasando, teniente —observó Smith— ¿Por qué habrían de saberlo ellos? Por todos los diablos..., nosotros tampoco.

—¡Eso no es cierto! —Edwards volvió a guardar la radio— Si esos idiotas me escucharan, podrían mandarnos algunos cazabombarderos para que hicieran volar a ese buque en menos de dos horas. Santo Dios, qué grande es. ¿Qué cantidad de equipo pueden embarcar en una cosa así de grande ustedes los infantes de Marina?

—Mucha —dijo Smith en voz baja.

—¿Usted cree que intentarán desembarcar más tropas?

—Se supone, señor. No pueden haber atacado Keflavik con ese..., supongo que es un batallón, como máximo. Esta roca donde estamos es muy grande. Que me vaya al infierno si no me gustaría tener más tropas que eso para conservarla... Claro, yo no soy más que un simple sargento.

HAFNARFJORDUR, ISLANDIA.

El general pudo por fin ponerse a trabajar. Su primera tarea fue embarcarse en el único helicóptero que quedaba en servicio, el cual operaba ahora desde el muelle, con el regocijo de sus pilotos al ver al buque semihundido. Dejó una compañía de infantería para dar seguridad a la zona del puerto, envió otra compañía al aeropuerto de Reykiavik para reforzarlo y empleó la última para sacar del buque todo el equipo de la división. Luego voló hacia Keflavik para comprobar personalmente la situación.

Pudo ver que la mayoría de los incendios todavía estaban ardiendo. El depósito de combustible para aviones más próximo a la base se encontraba en llamas; pero los tanques principales de almacenamiento a cinco kilómetros de distancia parecían intactos y, como alcanzó a ver, ya se hallaban bajo custodia de varios hombres y un vehículo de asalto «BMD». El jefe del regimiento de asalto se reunió con él en una pista de aterrizaje que no había sufrido daños.

—¡La base aérea de Keflavik está tomada, camarada general! —informó orgulloso.

—¿Cómo anduvo todo?

—Fue duro. Los norteamericanos se desorganizaron; uno de los misiles dio en su puesto de mando; pero no se rindieron fácilmente. Nosotros tenemos diecinueve muertos y cuarenta y tres heridos. Hemos dado cuenta de la mayor parte de los infantes de Marina y otras tropas de seguridad, y aún estamos contando los otros prisioneros.

—¿Cuántos hombres armados escaparon?

—Ninguno, que sepamos. Es demasiado pronto para saberlo, por supuesto, porque es indudable que algunos murieron en los incendios. —El coronel hizo un movimiento con la mano cubriendo desde la zona de la base destrozada hacia el Este— ¿Cómo está el buque? Oí que recibió un impacto de misil.

—Y nos atacaron con cañones unos cazas norteamericanos. El buque se halla amarrado al muelle y en este momento están descargando el equipo. ¿Podemos usar estas pistas? Yo...

—Van a darme el informe ahora.

El radiooperador del coronel le alcanzó el radioteléfono. El coronel habló durante un minuto más o menos. Un grupo de cinco hombres del personal de la Fuerza Aérea había acompañado a la segunda ola y estaba ahora evaluando las instrucciones de la base.

—Camarada general, los sistemas de radio y de radar de la base están destruidos. las pistas de aterrizaje y despegue se encuentran cubiertas de escombros y otros restos, y me dicen que necesitarán algunas horas para barrerlas hasta que queden limpias. La tubería de combustible aparece cortada en dos partes. Afortunadamente no se incendió. Por el momento, tendremos que usar los camiones del aeropuerto para trasladar combustible. Parecen estar todos intactos..., ellos recomiendan que el puente aéreo llegue a Reykiavik. ¿Lo hemos tomado ya?

—Sí, y está intacto. ¿Alguna esperanza de obtener información sobre los aviones norteamericanos?

—Desgraciadamente, no, camarada. Los aviones quedaron muy dañados por los misiles. Y los que no se quemaron por el ataque fueron incendiados por sus tripulaciones. Como dije antes, pelearon duro.

—Muy bien. Enviaré el resto de sus dos batallones con su equipo tan pronto como tengamos organizadas las cosas. Necesitaré el tercero en el muelle, por el momento. Establezca su perímetro. Comience la limpieza, necesitamos estas pistas lo antes posible.

Reúna a los prisioneros Y que se dispongan para partir. Esta noche los sacaremos de aquí en vuelo. Deberán ser tratados correctamente.

Tenía órdenes muy precisas al respecto. Los prisioneros son valores positivos.

—Como usted diga, camarada general. Y por favor envíeme algunos ingenieros para que podamos reparar esa tubería de combustible.

—¡Buen trabajo, Nikolay Gennadyevich!

El general volvió corriendo al helicóptero. Solamente diecinueve muertos. Él había esperado un número mucho mayor. Hacer desaparecer el centro de comando de la infantería de Marina había sido un verdadero golpe de suerte. En pocos minutos su «Hip» regresó al muelle; el equipo ya estaba en parte descargado. Habían puesto a las barcazas del buque unas puertas de carga, como buques de desembarco en miniatura, lo que permitía que los vehículos rodaran directamente para salir. Ya habían empezado a organizar las unidades en el muelle y en los lugares cercanos. Sus oficiales del estado mayor estaban completamente a cargo de todo, comprobó el general. Hasta ese momento, la «Operación Gloria Polar» era un triunfo total.

Cuando aterrizó el «Hip», se reabasteció de combustible de una manguera extendida desde el buque. El general se acercó a su oficial de operaciones.

—El aeropuerto de Reykiaviik también está tomado y asegurado, camarada general, y en él tenemos instalaciones completas de carga de combustible. ¿Quiere que el puente aéreo se dirija allá?

El general pensó durante unos instantes. El aeropuerto de Reykiavik era pequeño, pero él no quería esperar a que el de Keflavik, más grande, estuviera despejado, para hacer venir sus refuerzos.

—Sí. Envíe al comando la palabra código: quiero que el puente aéreo comience de inmediato.

COLINA 152, ISLANDIA.

—Tanques —García tenía los binoculares— Un grupo de tanques, y todos tienen la estrella roja. Van hacia el Oeste por la ruta 41. Esto tendrá que convencerlos, señor.

Edwards tomó los anteojos de campaña. Podía ver los tanques, pero no las estrellas.

—¿De qué clase son? No parecen verdaderos tanques.

Ahora era el turno de Smith.

—Ésos son «BMP».... tal vez «BMD». Es un vehículo de asalto de infantería. Lleva un pelotón de hombres y un cañón de setenta y tres milímetros. Son rusos, eso es seguro, teniente. He contado once de esos hijos de puta y tal vez veinte camiones con hombres adentro.

Edwards conectó la radio y transmitió de nuevo. García tenía razón. Esto consiguió interesarlos.

—Bien, Edwards, ¿a quiénes tiene con usted?

Edwards le fue dando los nombres de sus infantes de Marina.

—Pudimos escabullirnos antes de que los rusos entraran a la base.

—¿Dónde están ustedes ahora?

—En la Colina 152, cuatro kilómetros al este de Harfnarflórdur. Tenemos visibilidad en todo el terreno hasta el puerto. Hay vehículos rusos que se desplazan hacia el Oeste, en dirección a Keflavik, y algunos camiones no sabemos de qué clase, que van por la carretera 41 hacia el Noroeste, en dirección a Reykiavik. Miren, muchachos, si ustedes pudieran pegar un silbido para llamar a un par de «Aardvark», tal vez podríamos hundir ese buque antes de que termine de descargar —dijo el teniente con tono de urgencia.

—Me temo que los «Vark» están un poquito ocupados en este momento, amigo. En caso de que nadie se lo haya dicho, ya empezó la guerra en Alemania. La Tercera Guerra Mundial tuvo el puntapié inicial hace diez horas. Estamos tratando de conseguir un pájaro de reconocimiento para la zona donde ustedes están, pero eso podría llevar cierto tiempo. Nadie ha resuelto tampoco qué hacer con ustedes. Por ahora, tendrán que arreglárselas como puedan.

—Mierda, no... —replicó Edwards, mirando a sus hombres.

—Está bien, Edwards. Use la cabeza, evite contacto con el enemigo. Si entiendo bien todo esto, ustedes son las únicas «tropas propias» que tenemos allá por el momento. Se supone que van a querer que sus informes sigan viniendo. Observe e informe. Ahorre la carga de batería que tiene. Pórtese bien y manténgase frío, amigo. Les va a llegar ayuda, pero puede tardar un poco. Esperen donde están. Pueden escucharnos cada hora, a la hora en punto. ¿Tiene un buen reloj?

Mientras tanto, pensó el oficial de comunicaciones*, trataremos de encontrar la forma de saber si tú eres realmente quien dices ser, y si no te han puesto una pistola rusa en la cabeza.*

—Recibido; tengo el reloj en hora Zulú. Estaremos escuchando, cambio y corto.

—Más tanques —dijo Smith—. ¡Diablos, qué actividad hay en ese barco!

HAFNARFJóRDUR, ISLANDIA.

El general no pensó nunca que las cosas marcharían tan bien. Cuando vio aquel misil «Harpoon» que se acercaba, tuvo la seguridad de que su misión iba a ser un fracaso.

La tercera parte de sus vehículos ya habían salido del buque y se hallaban en camino hacia sus destinos previstos. Ahora, esperaba que trajeran por aire el resto de su división. Después vendrían más helicópteros. Por el momento, estaba rodeado por cien mil islandeses cuya amistad no podía esperar. Un grupo de personas en actitud hostil estaba observándolo desde el lado opuesto del puerto, y él ya había enviado un pelotón de soldados para que los alejara. ¿Cuánta gente estaría haciendo llamadas telefónicas? ¿Estaría todavía intacta la estación transmisora de mensajes telefónicos por satélite? ¿Podrían estar llamando a los Estados Unidos para decirles lo que sucedía en Islandia? Tantas cosas de qué preocuparse.

—General, el puente aéreo ya está en camino. El primer avión despegó hace diez minutos con escolta de cazas. Deberían empezar a llegar dentro de cuatro horas —informó su oficial de comunicaciones.

—Cuatro horas.

El general levantó la vista desde el puente del buque hacia el cielo azul claro. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que los norteamericanos reaccionaran y le enviaran un escuadrón de cazabombarderos? Señaló hacia su oficial de operaciones:

—Tenemos demasiados vehículos estacionados en el muelle. Tan pronto como termine de reunirse cada grupo de hombres como para formar un pelotón, sáquenlos de aquí y llévenlos a sus objetivos. No hay tiempo para esperar grupos de compañías. ¿Qué hay del aeropuerto de Reykiavik?

—Tenemos una compañía de infantería en posición, y otra a veinte minutos de marcha. No hay oposición. Los controladores aéreos civiles y la gente de mantenimiento del aeropuerto están todos bajo vigilancia de guardias. una patrulla que atravesó Reykiavik informó que hay muy poca actividad en las calles. El personal de nuestra Embajada nos ha comunicado que una estación de radio del gobierno ha recomendado a la gente que permanezca en sus casas, y la mayoría parece aceptarlo.

—Diga a la patrulla que tome las instalaciones de comunicaciones telefónicas. Dejen tranquilas y en libertad a las estaciones de radio y televisión, ¡pero tomen las comunicaciones telefónicas!

Se volvió en el momento en que el pelotón de paracaidistas llegaba hasta el grupo que se había reunido ahora en el extremo opuesto del puerto. Estimó que serían unas treinta personas. Los ocho soldados se acercaron rápidamente después de bajar del camión, con los fusiles empuñados en posición. Un hombre caminó en dirección al pelotón agitando furiosamente los brazos. Le dispararon y el hombre cayó. El resto del grupo corrió.

El general gritó maldiciendo.

—¡Averigüe quién hizo eso!

USS CHICAGO.

McCafferty regresó a la central de ataque después de una breve visita a su pequeño cuarto de baño privado. *El café siempre lo mantiene a uno despierto,* pensó*, ya sea por la cafeína o*

por la molestia de andar siempre con la vejiga llena. Las cosas ya no estaban marchando bien. Quienquiera que hubiese sido el genio que resolvió ordenar a los submarinos norteamericanos que salieran del mar de Barents con la esperanza de evitar un «incidente», había conseguido sacarlos limpiamente del paso. Justo a tiempo para que comenzara la guerra, gruñó el comandante, olvidando que la idea no le había parecido tan mala en aquel momento.

De haberse ceñido al plan, tal vez ya hubiera podido hincar el diente en la Marina soviética. En cambio, alguien había caído en el pánico, por el despliegue de los nuevos submarinos balísticos soviéticos y, hasta el momento, según lo que él sabía, el resultado era que nadie había logrado nada de nada. Los submarinos soviéticos que abandonaron en tropel el fiordo Kola no habían navegado hacia el Sur para entrar al mar de Noruega, como se esperaba. El sonar de largo alcance de McCafferty había detectado posibles ruidos de submarinos muy lejos hacia el Norte y con rumbo al Oeste, antes de desaparecer. *Pues bien,* pensó*, ¿Iván está enviando sus submarinos hacia el estrecho de Dinamarca?* La línea del SOSUS entre Islandia y Groenlandia podría hacer que esa idea les saliera muy cara.

El USS Chicago navegaba a ciento cincuenta metros, un poco al norte del paralelo 69, a unas cien millas al oeste de las rocosas costas de Noruega. La colección de submarinos diesel noruegos estaba más adentro, custodiando sus propias costas. McCafferty lo comprendía, pero no le gustaba.

Hasta ese momento, nada había salido bien, y McCafferty estaba preocupado. Era lo previsto, y él era capaz de superarlo. Podía basarse en su pensamiento. Sabía lo que su submarino podía hacer, y tenía una idea bastante acertada de lo que podían hacer los submarinos rusos. Él poseía capacidades superiores, pero algún ruso siempre podía tener más suerte. Esto era la guerra. Un ambiente completamente distinto, ya no juzgado por árbitros y libros de reglamentos. Ahora los errores no serían cuestión de una crítica escrita de su comandante de escuadrón. Y por ahora, la suerte parecía estar del otro lado.

Miró a los hombres que se hallaban a su alrededor. Tenían que estar pensando las mismas cosas, estaba seguro, pero todos ellos dependían de él. Los tripulantes de su submarino eran esencialmente extensiones físicas de su propia mente. Él era el control central de toda esa entidad colectiva conocida como el USS Chicago y, por primera vez, la tremenda responsabilidad lo conmocionó. Si él cometía errores, todos esos hombres morirían. Y él, también moriría..., con la conciencia de que les había fallado.

No puedes pensar así, se dijo el comandante. Esto acabará contigo. Es mejor tener una situación de combate en la que pueda limitar mis pensamientos a lo inmediato. Consultó el reloj. Bien.

—Llévenos arriba, a profundidad de periscopio —ordenó— Ya es hora de comprobar si no hay órdenes y vamos a intentar un barrido de ESM para ver qué está sucediendo.

El procedimiento no era tan simple. El submarino ascendió e hizo girar bruscamente el instrumento. Un avión sonar se asegurara de que no había buques alrededor.

—Arriba la antena ESM.

Un técnico en electrónica apretó el botón para levantar el mástil con la antena de su receptor de banda ancha. El tablero se iluminó en el acto.

—Hay muchas fuentes electrónicas, señor. Tres equipos de búsqueda de banda J, y otras cosas. Muchas conversaciones en VHF y UHF. Los grabadores en marcha.

Era de esperar, pensó McCafferty*. Pero las probabilidades de que haya alguien aquí para darnos caza son bastante bajas*.

—Arriba el periscopio.

El comandante apuntó las lentes del periscopio de búsqueda en ángulo hacia arriba para explorar el cielo tratando de hallar algún avión cercano, y dio una rápida vuelta completa

alrededor del horizonte. Notó algo extraño, y tuvo que modificar hacia abajo el ángulo de las lentes para ver qué era.

Había una baliza de señalización, de humo verde, a menos de doscientos metros de distancia. McCafferty se encogió e hizo girar bruscamente el instrumento. Un avión multimotor estaba saliendo de la bruma..., y volaba directamente hacia ellos.

El comandante estiró la mano y dio vuelta a la rueda del periscopio para hacer bajar el instrumento.

—¡Inmersión! ¡Todo adelante! ¡Profundidad doscientos cuarenta metros! ¡¿De dónde diablos salió?

Las máquinas del submarino estuvieron a punto de explotar. El nerviosismo y la suma de órdenes hicieron que los hombres que llevaban los mandos empujaran al tope los controles.

—¡Torpedo en el agua, a estribor! —gritó un sonarista. La reacción de McCafferty fue inmediata.

—¡Todo timón a la izquierda!

—¡Todo timón a la izquierda, comprendido!

El indicador de velocidad estaba en diez nudos y subía rápidamente. Pasaron en el descenso la línea de los treinta metros.

—Marcación del torpedo uno siete cinco relativo. Está buscando el blanco. Todavía no nos tiene.

—Disparen un señuelo de ruido.

Veintiún metros hacia popa, desde la sala de control, enviaron una lata de quince centímetros mediante un lanzador especial. En seguida empezó a producir toda clase de ruidos para atraer el torpedo.

—¡Señuelo afuera!

—Timón quince grados a la derecha —McCafferty estaba más calmo ahora, pues había practicado antes ese juego—. Nuevo rumbo: uno uno cero. Sonar, quiero marcaciones exactas a ese torpedo.

—Comprendido. Marcación al torpedo dos cero seis, pasando de babor a estribor.

El Chicago seguía descendiendo y estaba ahora a sesenta metros. El submarino llevaba un ángulo de veinte grados abajo. Los operadores de los planos de profundidad y la mayor parte de los técnicos habían tenido que sujetarse a sus asientos con los cinturones para no deslizarse. Los oficiales y algunos otros tripulantes que tenían que circular se agarraban de pasamanos y montantes.

—Control, sonar. Parece que el torpedo sigue una trayectoria circular. Ahora está pasando de estribor a babor, con marcación uno siete cinco. Sigue buscando el blanco todavía, pero no creo que nos tenga.

—Muy bien. Continúe informándome así —McCafferty tuvo que trepar hacia atrás para ir a la sala de marcación—. Parece que hizo un mal lanzamiento.

—Puede ser —dijo el navegador asintiendo— ¿Pero cómo diablos ... ?

—Tiene que haber sido una pasada con MAD. El detector de anomalías magnéticas. ¿Estaba funcionando la cinta grabadora? No lo tuvo el tiempo suficiente para identificarlo. —McCafferty observó. Ahora estaban a una milla y media del lugar donde se encontraban cuando lanzaron el torpedo— Sonar, informe sobre el pescado.

—Marcación uno nueve cero, casi exactamente a popa. Sigue haciendo círculos y parece que está bajando un poco. Creo que a lo mejor el señuelo lo atrajo y el torpedo está tratando de dar con él.

—Todo adelante, dos tercios.

Ya es hora de disminuir la velocidad, pensó McCafferty. Habían pasado el punto inicial de cálculo, y la tripulación del avión necesitaría unos minutos para evaluar su ataque, antes de iniciar una nueva búsqueda. En ese tiempo, ellos estarían ya dos o tres millas más alejados, debajo de la capa y produciendo muy poco ruido.

—Comprendido, todo adelante dos tercios. Nivelando a doscientos cincuenta metros.

—Podemos empezar a respirar de nuevo, señores —dijo MacCafferty.

Su propia voz no era tan tranquila como él hubiera deseado. Por primera vez notó algunas manos temblorosas. *Es como un accidente de automóvil,* pensó*. Uno sólo tiembla cuando ya está a salvo*.

—Timón quince grados a la izquierda. Nuevo rumbo: dos ocho cero.

Si el avión efectuaba un nuevo lanzamiento no era conveniente navegar en línea recta. Pero ya deberían estar bastante seguros. Todo el episodio, comprobó, no había durado más de diez minutos.

El comandante se adelantó hasta el mamparo anterior y rebobinó el vídeo, luego empezó a pasarlo normalmente. Se vio el periscopio cuando aparecía en la superficie, la primera búsqueda rápida..., después el humo del marcador de señalización. Y luego apareció el avión; McCafferty inmovilizó la imagen.

El avión parecía un «Lockheed P-3 Orion».

—¿Ése es uno de los nuestros! —exclamó el electricista de turno.

El comandante se adelantó hacia el sonar.

—El pescado está desvaneciéndose, señor. Quedó atrás, y probablemente está tratando de atacar al señuelo, Me parece que cuando cayó al agua empezó a virar en dirección equivocada, alejándose de nosotros, quiero decir.

—¿Cómo suena?

—Muy parecido a uno de nuestros «Mark—46» —el jefe de sonaristas se estremeció—, ¡realmente sonaba como un cuarenta y seis!

Rebobinó su propia cinta grabada y la conectó al altavoz. El ruido chillón del pescado de dos hélices era suficiente como para poner los pelos de punta. McCafferty asintió y volvió en dirección a popa.

—Está bien; puede haber sido un «P-3» noruego. Y también podría haber sido un «May» ruso. Son muy parecidos y cumplen exactamente la misma tarea. Muy buen trabajo, señores. Vamos a alejarnos de esta zona.

El comandante se felicitó a sí mismo por su actuación. Acababa de realizar una evasión al primer ataque que recibía en la guerra.... ¡hecho por un avión propio! Pero lo había evadído. No toda la suerte estaba del otro lado. ¿O sí?

USS PHARRIS.

Morris estaba dormitando en su silla en el puente y preguntándose qué significaba en la vida. Tardó unos cuantos segundos en darse cuenta de que no estaba trabajando con ningún papel, su pasatiempo normal por las tardes.

Tenía que transmitir informes de posición cada cuatro horas, informes de contacto cuando tuviera alguno. Hasta ese momento no los había tenido; pero ese manoseo de papeles de rutina que le consumía casi todo su tiempo, era cosa del pasado. *¡Qué pena,* pensó*, que fuera necesaria una guerra para aliviarlo de eso!* Hasta casi podía imaginarse a sí mismo empezando a disfrutar de ella.

El convoy seguía navegando a veinte millas de distancia hacia el Sudeste con respecto a su buque. La fragata Pharris era el piquete exterior de sonar. Su misión consistía en detectar, localizar y atacar a cualquier submarino que intentara acercarse al convoy. Para hacer eso, la fragata se adelantaba (hacía una carrera a máxima velocidad de tanto en tanto, y luego se iba quedando lentamente para permitir que su sonar trabajara con la máxima eficiencia). Si el convoy hubiera continuado a veinte nudos en línea recta, aquella maniobra habría sido casi imposible. Pero las tres columnas de buques mercantes avanzaban zigzagueando, haciendo las cosas un poco más fáciles en todo sentido. Excepto para los marinos mercantes, para quienes ocupar posiciones de combate era algo tan extraño como marchar.

Morris bebía una «Coca-Cola». Era una tarde calurosa y prefería consumir cafeína fresca.

—Mensaje del Talbot, señor —informó el oficial de guardia en el puente.

Morris se levantó y caminó hacia el alerón de estribor del puente con sus binoculares. Se enorgullecía de ser capaz de leer las señales de Morse casi tan rápidamente como sus especialistas en comunicaciones y señaleros: ***INFORMAN ISLANDIA ATACADA Y NEUTRALIZADA POR FUERZAS SOVIÉTICAS X PREVIA AMENAZA AÉREA Y SUBMARINA MAS GRAVE X.***

—Más buenas noticias, jefe —comentó el oficial de guardia.

—Sí.

USS NIMITZ.

—¿Cómo pudieron hacerlo? —se preguntó en voz alta Chip.

—Cómo no importa un cuerno —replicó Toland— Tenemos que llevar esto al jefe.

Hizo una rápida llamada telefónica y partió hacia el sector de los almirantes.

Estuvo a punto de perderse. El Nimitz tenía más de dos mil compartimientos. El almirante sólo ocupaba uno de ellos, y Toland había estado allí una vez nada más. Encontró un centinela de infantería de Marina junto a la puerta. El comandante del portaaviones, capitán de navío Svenson, ya estaba allí.

—Señor, tenemos un mensaje FLASH de que los soviéticos han atacado y neutralizado Islandia. Pueden tener tropas allí.

—¿Tienen aviones? —preguntó Svenson de inmediato.

—No lo sabemos. Están tratando de lograr que un satélite de reconocimiento haga una observación, probablemente los británicos, pero nosotros no tendremos buena información por lo menos hasta después de seis horas. El último pasaje de un satélite nuestro fue hace dos horas, y no habrá otro hasta dentro de nueve.

—Está bien, dígame ahora lo que tenga —ordenó el almirante.

Toland comenzó a desarrollar la sintética información recibida en el mensaje desde Norfolk.

—Por lo que sabemos, no fue un plan muy ortodoxo, pero parece haber tenido éxito.

—Nadie dijo nunca que Iván fuera estúpido —comentó amargamente Svenson— ¿Y qué hay de nuestras órdenes?

—Nada todavía.

—¿Qué efectivos de tropas tienen en Islandia? —preguntó el almirante.

—No dicen nada de eso, señor. La tripulación del «P-3» observó dos viajes de cuatro hovercraft. A cien hombres por carga, eso significa ochocientos hombres; por lo menos un batallón, o lo que es más probable, un regimiento. El buque es lo suficientemente grande como para transportar toda la carga de materiales y equipos de una brigada completa, y algo más. Dice en uno de los libros de Gorshkov que esta clase de buque es particularmente útil para operaciones de desembarco.

—Es demasiado para que pueda resistir un MAU, señor —dijo Svenson.

El MAU (Unidad anfibia de infantería de Marina) estaba integrado por un batallón reforzado.

—¿Con tres portaaviones para respaldarlos? —dijo bufando enojado el almirante Baker, aunque en seguida adoptó una actitud pensativa—. Podría tener razón. ¿Cómo incide esto en la amenaza aérea para nosotros?

—Islandia tenía un escuadrón de «F-15» y un par de aviones «AWAC». una importante protección para nosotros..., ahora desaparecida. Hemos perdido la capacidad de reacción rápida sobre ataques aéreos, desgaste y combate, y seguimiento de tanques —a Svenson no le gustaba nada de todo esto—. Deberíamos ser capaces de controlar a esos «Backfire» con nuestros propios medios, pero habría sido mucho más fácil con la participación de esos «Eagle».

Baker bebía café.

—Nuestras órdenes no han cambiado.

—¿Qué otra cosa está pasando en el mundo? —preguntó Svenson.

—Están golpeando fuerte a Noruega, pero todavía no hay detalles. Lo mismo con respecto a Alemania. Se supone que la fuerza aérea ha causado fuertes pérdidas a los soviéticos, pero tampoco hay detalles. Todavía es demasiado pronto para tener una apreciación sustantiva de Inteligencia sobre lo que está ocurriendo.

—Si Iván ha conseguido suprimir a los noruegos y neutralizar completamente a Islandia, la amenaza aérea contra este grupo de batalla se ha duplicado, por lo menos —dijo Svenson— Tengo que empezar a hablar con mi grupo aéreo.

El comandante se marchó. El almirante Baker quedó en silencio durante unos minutos. Toland debía permanecer en su sitio. Aún no tenía autorización para retirarse.

—¿Sólo atacaron a Keflavik?

—Sí, señor.

—Averigüe qué otra cosa tiene allí y tráigame el informe.

—Sí, señor.

Mientras Toland caminaba de regreso hacia la cueva de Inteligencia, reflexionó sobre lo que había dicho a su esposa. El portaaviones es el buque mejor protegido de toda la flota. Pero el comandante estaba preocupado...

COLINA 152, ISLANDIA.

Ya casi estaban considerando aquello como si fuera su casa. Por lo menos, la posición era fácilmente defendible.

Nadie podía acercarse a la Colina 152 sin ser visto, y eso significaba tener que cruzar un campo de lava y luego trepar una empinada y árida cuesta. García encontró un pequeño lago a un kilómetro de allí, evidentemente formado por el deshielo de las nieves del invierno que habían tardado en fundirse. El sargento Smith comentó que habría sido perfecta para mezclar con bourbon..., si hubieran tenido bourbon.

Estaban hambrientos, pero todos llevaban raciones para cuatro días, y era un banquete comer habas y jamón en lata. Edwards aprendió un nuevo y nada delicado nombre para ese artículo.

—¿Alguno de ustedes sabe cocinar una oveja? —preguntó Rodgers.

Había un gran rebaño a algunos kilómetros al sur de su posición.

—¿Cocinarla con qué? —preguntó Edwards.

—¡Ah! —Rodgers miró a su alrededor; no había un solo árbol a la vista— ¿Cómo es que no hay árboles?

—Rodgers sólo lleva aquí un mes —explicó Smith—. Muchacho, no sabes lo que es un día de viento hasta que no hayas pasado un invierno en este lugar. La única forma en que aquí puede crecer un árbol es plantándolo en cemento. He visto vientos lo suficientemente fuertes como para arrancar un diablo y medio del camino.

—Aviones. —García, que tenía los binoculares, señaló hacia el Noroeste— Muchos.

Edwards cogió los anteojos de campaña. Eran apenas puntos, pero fueron tomando forma.

—Yo cuento seis, grandes, parecidos a los «C-141»..., mi entonces tienen que ser «IL-76», creo. Tal vez algunos cazas también. Sargento, consiga papel y lápiz.... tenemos que llevar la cuenta.

Duró varias horas. Los cazas aterrizaron primero y rodaron de inmediato a la zona de reabastecimiento de combustible; después rodaban hacia una de las pistas más cortas. Entraba un avión cada tres minutos, y Edwards no pudo evitar sentirse impresionado. El «IL-76», designado por los países de la OTAN con el nombre código de «Candid», tenía un diseño tosco, nada elegante, como su contraparte americana. Los pilotos aterrizaban, se detenían y salían de la pista de aterrizaje norte—sur para entrar en la pista de rodaje, como si lo hubieran practicado durante meses..., como Edwards se inclinó a sospechar que lo habían hecho. Descargaban frente al edificio terminal del aeropuerto, luego se dirigían al área de carga de combustible y despegaban, coordinando perfectamente las operaciones con los aviones que iban a aterrizar. En el ascenso posterior al despegue pasaban muy cerca de la colina, tan cerca que Edwards pudo copiar unos cuantos de los números pintados en la cola. Cuando la suma llegó a cincuenta, conectó la radio.

—Aquí Edwards transmitiendo desde la Colina 152. Dígame si me recibe. Cambio.

—Recibido, comprendido. —La voz contestó en el acto—. De ahora en adelante su nombre código es Beagle. Nosotros somos Doghouse. Continúe su informe.

—Entendido, Doghouse. Tenemos un puente aéreo en marcha. Hemos contado cincuenta, cinco cero, aviones soviéticos de transporte tipo India—Lima—Siete—Seis. Están entrando en Reykiavik, descargan y vuelven a despegar hacia el Noreste.

—Beagle, ¿está seguro?, repito, ¿está seguro de su cuenta?

—Respuesta afirmativa, Doghouse. Después de despegar pasan sobre nuestras cabezas mientras ascienden, y estamos llevando un registro con papel y lápiz. No hay duda, cinco—cero aviones. —Smith levantó su hoja— Ahora ya son cincuenta y tres aviones y la operación continúa. También tenemos seis monoplazas haciendo espera al final de la pista cuatro. No conozco el tipo, pero seguro como el diablo que parecen aviones de caza. ¿Recibió todo, Doghouse?

—Recibí cincuenta y tres transportes y seis posibles cazas. Muy bien, Beagle, tenemos que llevar arriba esta información en seguida. Quede atento y mantendremos el programa de transmisión que acordamos. ¿Es segura su posición?

Ésa sí que es una buena pregunta, pensó Edwards.

—Entendido, Doghouse. No podemos hacer otra cosa que quedarnos. Cambio y corto. —Se quitó los auriculares— ¿Estamos seguros, sargento?

—Por supuesto, teniente, nunca me he sentido más seguro desde que estuve en Beirut.

HAFNARFJóRDUR, ISLANDIA.

—Una hermosa operación, camarada general —dijo el embajador, radiante.

—Su apoyo fue muy valioso —mintió el general entre dientes.

La Embajada soviética en Islandia tenía más de sesenta miembros, casi todos tipos de la Inteligencia de una o de otra clase. En vez de hacer algo útil, como incautarse del servicio telefónico, se habían puesto sus uniformes y estaban acorralando a las figuras políticas locales. Muchos de los miembros del antiguo parlamento de Islandia, el Althing, habían sido arrestados. Era necesario, acordó el general, pero las formas habían sido demasiado violentas: uno de ellos había muerto en el proceso y otros dos habían recibido heridas. Es mejor ser amables con ellos, pensaba. Esto no era Afganistán. Los islandeses no tenían tradición guerrera, y un acercamiento más pacífico y bondadoso podía dar mejores resultados. Pero ese aspecto de la operación estaba bajo control de la KGB, que ya tenía su gente colocada entre el personal de la Embajada.

—Con su permiso, aún tengo muchas cosas que hacer.

El general regresó al Fucik y subió por la escala. Habían surgido problemas al descargar un batallón de misiles de la división. El impacto del «Harpoon» en el buque había dañado las barcazas que contenían ese equipo. las puertas recientemente instaladas para desembarco se habían atascado y tuvieron que ser aflojadas con soldadores. El general se encogió de hombros. Hasta ese momento, «Gloria Polar» había sido una operación para el libro de texto. No estaba mal para gente sin experiencia. La mayor parte de su equipo mecanizado —doscientos vehículos blindados y muchos camiones— ya se habían unido a sus tropas y dispersado. El batallón de «SA—11» era todo lo que quedaba.

—Malas noticias, camarada general —le informó el comandante del batallón de cohetes superficie-aire.

—¿Tengo que ponerme a esperarlas? —preguntó malhumorado el general. Había sido un día muy largo.

—Tenemos tres cohetes en servicio.

—¿Tres?

—Estas dos barcazas sufrieron daños cuando el misil norteamericano explotó en el buque. El impacto causó algunos destrozos. Pero lo más grave fue la acción del agua que usaron para apagar los incendios.

—Ésos son misiles portátiles —protestó el general—, ¡Los diseñadores podrían haber imaginado que iban a recibir humedad!

—Pero no con agua salada, camarada. Ésta es la versión para el ejército, no para la armada, y no están protegidos contra la corrosión del agua salada. Los hombres que lucharon contra los incendios lo hicieron con todo entusiasmo, y la mayor parte de los cohetes quedaron empapados. El encablado exterior de control y las cabezas de radares en el morro de los misiles sufrieron daños. Mis hombres han probado electrónicamente todos los cohetes. Tres funcionan perfectamente. Quizá podamos limpiar y reparar cuatro más. El resto está perdido. Tenemos que pedir que nos envíen más por avión.

El general dominó su mal carácter. Así que..., una nimiedad en la que nadie había pensado. A bordo de los buques, los incendios se combaten con agua salada. Deberían haber pedido la variedad naval de esos cohetes. Siempre la culpa era de las pequeñas cosas.

—Divida sus lanzadores según lo planificado. Ponga en posición todos los misiles utilizables en el aeropuerto de Reykiavik, y los que piensa que pueden arreglarse en Keflavik. Yo ordenaré que nos envíen cohetes de repuesto. ¿Algún otro daño?

—Aparentemente no. las antenas de los radares estaban cubiertas con plástico, y el instrumental dentro de los vehículos no sufrió porque los vehículos estaban perfectamente cerrados. Si recibimos nuevos cohetes, mi batallón está completamente listo. Podremos partir dentro de veinte minutos. Lo siento, camarada.

—No es culpa suya. ¿Sabe a dónde tiene que ir?

—Dos de mis comandantes de batería ya han revisado las rutas.

—Excelente. Continúe, camarada coronel.

El general trepó por la escala hasta el puente buscando a su oficial de comunicaciones. En el término de dos horas, un avión cargado con cuarenta misiles superficieaire «SA—11», estaba despegando del aeropuerto de Múrmansk, Kilpyavr, con destino a Islandia.

20. LA DANZA DE LOS VAMPIROS.

USS NIMITZ.

Durante las últimas doce horas, Toland había estado terriblemente ocupado. La información sobre Islandia entraba con lentitud, en partes confusos y de uno en uno. Todavía no tenía lo suficiente como para formarse un cuadro claro y preciso. Las órdenes del grupo habían sido cambiadas, aunque sólo después de demasiadas horas de indecisión. La misión de reforzar Islandia fracasó por completo. Durante las diez últimas horas, el grupo de batalla había estado navegando con rumbo Este absoluto, buscando la cobertura aérea propia que podrían brindarle Inglaterra y Francia. Alguien había resuelto que si los infantes de marina no podían ir a Islandia, podrían tener un útil empleo en Alemania. Bob había confiado en que los desviarían hacia Noruega, donde ya estaba en posición una brigada anfibia de infantes de Marina, pero llevarlos hasta allá podía resultar difícil. Durante casi veinte horas se había desencadenado una furiosa batalla aérea sobre el Norte de Noruega, con fuertes pérdidas para ambos lados. Los noruegos habían iniciado la guerra con apenas unos cien aviones de combate modernos. Estaban gritando para conseguir ayuda, pero hasta el momento no había ayuda para nadie.

—No solamente están dando una paliza a los noruegos —observó Toland— Los están empujando hacia el Sur. La mayor parte de los ataques son sobre las bases del Norte, y no les dan respiro.

Chip asintió.

—Tiene sentido. Eso les da a sus «Backfire» capacidad para atacarnos más directamente. Acorta el tiempo.

—Ah.

Toland reunió sus papeles y se dirigió otra vez hacia el sector de los almirantes. Esta vez fue más fácil.

—Muy bien, capitán —dijo el almirante Baker— Empiece con las áreas periféricas.

—En el Pacífico no parece estar sucediendo nada todavía. Es evidente que los soviéticos aplican mucha presión diplomática sobre el Japón. La misma historia que han dado al resto del mundo..., todo es una confabulación alemana.

—Hipócritas infames.

—Así es, almirante, pero la patraña está tan bien ideada que Grecia se niega a cumplir sus tratados internacionales, y un montón de países del tercer mundo se lo creen angelicalmente. De cualquier manera, los rusos están dejando trascender que devolverán las islas Sakhalin si acceden a jugar a la pelota..., o las convertirán en un infierno si se niegan. Resultado final: Japón no permitirá bases en su territorio para lanzar ofensivas sobre la Unión Soviética. Lo que tenemos en Corea lo necesitan allá. El único grupo de portaaviones que tenemos en el Pacífico Occidental se halla centrado en el Midway. En este momento están bien adentro en el mar, y no tendrán la iniciativa de acercarse solos a Kamchatka. Hay cierta actividad aérea en el sur del mar de China, al oeste de las Filipinas, pero nada importante todavía. En la bahía Cam Rahn parece que no hay buques soviéticos. De modo que el Pacífico está tranquilo, pero eso no va a durar mucho.

»En el océano Indico, alguien lanzó un ataque con misiles contra Diego García, probablemente un submarino. No provocó grandes daños, pues casi todo lo que había allí salió al mar hace cinco días, pero fue una llamada de atención. En el último informe, su

escuadrón del océano Indico estaba en quince Norte, noventa Este, muy lejos de nuestra gente, y con rumbo Sur.

»En el flanco sur de la OTAN no hay ninguna actividad. Los turcos no piensan atacar a Rusia por su propia cuenta, y Grecia se mantiene a un lado de lo que llama «esta disputa germano—rusa». De manera que Iván también tiene seguro el flanco Sur, y parece muy feliz de poder mantenerlo así. Hasta este momento los rusos sólo están luchando en Europa Occidental y contra instalaciones norteamericanas elegidas en otras zonas. Van diciendo, a cuantos estén dispuestos a escucharlos, que ni siquiera desean pelear contra nosotros. Incluso han garantizado la seguridad de los turistas y comerciantes norteamericanos que se encuentren en la Unión Soviética. Supuestamente los están sacando a todos por avión a través de la India. Hemos infravalorado aquí el aspecto político, señor. Hasta ahora está trabajando en favor de ellos.

»Bien. En Europa sus operaciones comenzaron con veinte o treinta ataques de comandos «Spetznaz» en diversos lugares de Alemania. Los derrotaron en su mayor parte, pero en dos sitios ellos tuvieron éxito. El puerto de Hamburgo está bloqueado. Hundieron un par de buques mercantes en el canal principal, y el grupo que lo hizo pudo huir limpiamente. Intentaron hacer lo mismo en Bremen; bloquearon parcialmente un canal e incendiaron tres buques en una de las terminales de contenedores. Este grupo no pudo escapar. Los otros ataques fueron contra depósitos de armas nucleares, puestos de comunicaciones, y uno muy grande contra un agrupamiento de tanques. Nuestra gente estaba lista para recibirlos. Tuvimos pérdidas, pero en la mayoría de los casos, esos comandos «Spetznaz» no sobrevivieron.

»El Ejército soviético atacó al Oeste ayer poco antes del amanecer. La buena noticia aquí es que la fuerza aérea hizo algo realmente admirable. Ese nuevo caza «Stealth», del que se habían oído rumores, ya está en servicio en escuadrones, y lo usaron para causar un pandemónium detrás de las líneas rusas. La fuerza aérea dice que tiene la superioridad aérea, o algo muy cerca de ella, de modo que Iván debe de haber recibido un golpe muy fuerte. Cualquier cosa que hayan hecho, el ataque inicial ruso no fue tan poderoso como se esperaba. Están avanzando, pero hasta media noche, nada más que quince kilómetros y, en dos posiciones se han quedado detenidos por completo. Hasta ahora, nada se ha oído de armas nucleares o químicas. Se informan fuertes pérdidas de ambos lados, especialmente en el norte de Alemania, donde más extenso ha sido en el Canal de Kiev con ataques aéreos o aerotransportados, no estamos seguros, pero parte de él está bajo control ruso. Esa situación es un poco confusa. También en el Báltico hay mucha actividad. Los rápidos submarinos de ataque de las Marinas alemana y danesa dicen haber logrado muchos daños sobre un ataque combinado de la Unión Soviética y Alemania del Este; pero de nuevo las cosas son bastante confusas.

Toland continuó ahora con la situación en Noruega:

—Las amenazas directas contra nosotros son los submarinos y los aviones. Los submarinos de Iván han estado bastante ocupados. Tenemos informes de veintidós buques mercantes hundidos. El peor fue el Ocean Star, un transatlántico de pasajeros de bandera panameña que regresaba de un crucero por el Mediterráneo. Se hallaba a ochocientas millas al noroeste de Gibraltar cuando recibió un impacto de misil, de naturaleza desconocida, pero probablemente de un «Juliet». Se incendió y hubo una enorme cantidad de bajas. Dos fragatas españolas están navegando hacia el lugar en misión de búsqueda y rescate.

»Tenemos información sobre tres submarinos que se encuentran cerca de nuestra ruta, un «Echo», un «Tango» y un «Foxtrot». Podría haber más, pero los informes de Inteligencia sitúan a la mayoría de ellos al sur y al oeste de nosotros. Cuando neutralizaron a Islandia, perdimos la línea del SOSUS Groenlandia-Islandia-Reino Unido, y eso permitirá que los submarinos de Iván tengan un acceso más fácil al Atlántico Norte. SACLANT está despachando submarinos para bloquear los espacios descubiertos. Tendrán que moverse muy

de prisa; poseemos informes de numerosos submarinos soviéticos que se dirigen al Estrecho de Dinamarca.

—¿Cuántos submarinos hemos eliminado? —preguntó Svenson.

—Lajes y Brunswick reclaman cuatro destrucciones totales. Los «P-3» empezaron bien. La mala noticia es que hay un «Orion» desaparecido, y otro transmitió que estaba recibiendo fuego de misiles lanzados por un submarino. Se está evaluando ahora esto último y esperamos algo en firme para el mediodía. De todos modos, la mayor amenaza para nosotros parecen ser por ahora los aviones, no los submarinos. Aunque eso podría cambiar mañana.

—Un día cada vez. Ahora veamos Islandia —ordenó Baker.

—Los informes que recibimos ayer eran correctos. Evidentemente una unidad de tamaño aproximado al de un regimiento entró por el mar, y el resto de su división fue aerotransportada, empezando alrededor de las dos de la tarde. Debemos suponer que en estos momentos ya están todos allá.

—¿Cazas? —preguntó Svenson.

—Ninguno informado, pero es posible. Islandia tiene cuatro pistas operables...

—Está equivocado, Toland, son tres —dijo secamente Baker.

—Perdón, señor, cuatro. La gran base es Keflavik. Cinco calles de aterrizaje, dos de ellas tienen más de tres mil metros de largo. Esas pistas las construimos nosotros para usarlas con los «B-52», y tienen instalaciones completas. Iván las ha tomado virtualmente intactas. Planificaron sus ataques en forma deliberada para no provocar cráteres en las pistas. Segundo, tienen el aeropuerto civil de Reykiavik. Allí la pista más larga mide unos dos mil metros, suficiente para aviones de combate, y está rodeada por la ciudad. Atacar ese lugar significa correr el riesgo de producir muchas bajas entre la población civil. En la zona Norte de la isla está Akureyri, una angosta faja consolidada. Y la cuarta, almirante, es la antigua Keflavik, a unos tres kilómetros al Sureste de la actual base de la OTAN. En los mapas aparece como inoperable, pero yo he conocido un hombre que estuvo dos años en Islandia: esa pista es utilizable, especialmente por aviones preparados para el despegue y aterrizaje en terreno áspero, como nuestro «C-130». El personal de la base la aprovecha para correr allí con sus coches deportivos y especiales. Él cree que también pueden salir desde allí aviones de combate. Finalmente, todas las ciudades de esa isla tienen pequeñas pistas de grava para su línea aérea local. El «MiG-23» y varios otros aviones de caza rusos pueden operar desde pistas y terrenos pedregosos, y podrían utilizar cualquiera de los que hemos mencionado.

—Usted está lleno de buenas noticias —observó el comandante del grupo aéreo del Nimitz, designado como el CAG— ¿Y qué nos dice de los otros servicios de la base, como el de combustible?

—El depósito de combustible de la base quedó destruido durante el ataque, pero el parque de combustible situado fuera de ella, no lo fue, ni tampoco la nueva terminal de Hakotstanguer. A menos que alguien se lo quite, hemos dejado a los rusos combustible suficiente como para operar durante meses.

—¿Qué grado de solidez tiene todo esto? —quiso saber Baker.

—Tenemos un informe directo de una tripulación de un «P-3» naval que reconoció los daños inmediatamente después del ataque. La RAF envió dos pájaros de reconocimiento para observación visual. El primero obtuvo buenas tomas de Keflavik y sus alrededores. El segundo nunca volvió, se desconocen las razones.

—Misiles superficie-aire.

Ahora el CAG parecía francamente desolado. Toland asintió.

—Una buena apreciación. las fotos muestran vehículos que confirman la presencia de una división reforzada soviética de infantería. La radio de Islandia y la TV no están en el aire. Los británicos informan que han hecho contacto con radioaficionados que se encuentran en la costa islandesa pero no se escucha absolutamente nada que se origine en el extremo Suroeste de la isla. Allí es donde está la mayor parte de la población, y parece que se halla completamente dominada por los soviéticos. Estamos recibiendo alguna información de Inteligencia, pero no puede durar.

—Lo que usted nos está diciendo es que no podemos esperar advertencia alguna de ataques aéreos desde Noruega, y que hemos perdido nuestra valla de defensa antisubmarina en Islandia. ¿Qué otras posibilidades tenemos? —preguntó Svenson.

—Es evidente que tenemos algo. Me han dicho que espere posibles advertencias de ataques aéreos de algo cuyo nombre código es «Realtime». Si sale de Kola una gran fuerza de aviones soviéticos, nosotros tendríamos que saberlo.

—¿Qué es «Realtime»? —preguntó el CAG.

—No me lo han explicado.

—Un submarino —sonrió débilmente Baker— Que Jesús lo proteja cuando transmita. Bueno, Iván envió ayer sus bombarderos contra Islandia. ¿Alguien ha pensado a dónde vendrán hoy?

—Para el caso de que alguien quiera saberlo, mi apreciación oficial de inteligencia es: exactamente aquí —dijo Toland.

—Siempre es agradable tener una opinión profesional —dijo incisivamente el CAG—. Tendríamos que poner rumbo Norte y atacar a esos rusos —por experiencia y entrenamiento, el CAG era un piloto de ataque—, pero no podemos hacerlo hasta que nos ocupemos de los «Backfire». ¿De qué magnitud es la fuerza que nos amenaza?

—Yo supongo que no tendrán el apoyo de las unidades de la fuerza aérea. Con la aviación naval soviética solamente, tenemos seis regimientos de aviones de ataque, tres de «Backfire» y tres de «Badger». Un regimiento de «Badgers» para interferencia electrónica. Un regimiento de pájaros «Bear» de reconocimiento. A eso deberá agregarle algunos aviones cisternas. Cada regimiento tiene veintisiete aviones. Eso hace un total de ciento sesenta aviones de ataque, y cada uno de ellos puede llevar dos o tres misiles aire—superficie.

—Esos «Badger» van a tener que esforzarse mucho para llegar aquí. El viaje redondo debe de tener unos buenos seis mil kilómetros, aunque corten a través de Noruega. Son unos pájaros viejos y cansados —dijo el CAG— ¿Y qué hay de sus satélites?

Toland consultó su reloj.

—Dentro de cincuenta y dos minutos, un RORSAT[42] hará un pasaje sobre nosotros. Además, ya nos detectaron hace doce horas.

—Espero que la fuerza aérea intervenga pronto junto con sus satélites antisatélites —dijo con calma Svenson. Si Iván puede calcular y controlar bien los pasajes de ese satélite de inteligencia, no necesita enviar esos malditos «Bear». Pueden calcular fácilmente nuestra ruta, y para ellos sólo es un vuelo de cuatro horas hasta donde nos encontramos.

—¿Y si intenta un cambio de rumbo cuando esté pasando por aquí arriba? —preguntó el CAG.

—No tiene objeto —replicó Baker— Llevamos diez horas con rumbo Este. Ellos no pueden ignorar eso, y no podemos navegar a más de veinte nudos. Podemos hacerles errar su cálculo en unas ochenta millas. ¿Cuánto tiempo tardan en cubrir esa distancia?

[42] Satélite ruso de reconocimiento oceánico por radar.

Toland notó que Svenson y el CAG no compartían esa decisión, pero ninguno de ellos discutió el punto. Le habían dicho que Baker no era un hombre con quien se pudiera discutir, y se preguntó si ésa era o no una buena condición en un comandante combatiente.

COLINA 152, ISLANDIA.

Edwards sintió cierto consuelo por haber pronosticado acertadamente la llegada de un frente frío. Había empezado exactamente a tiempo, justo después de medianoche. Si pudo haber algo que empeorara aún más la situación, fue esa lluvia fría y constante. Ahora los chaparrones eran intermitentes, con un techo de nubes grises a seiscientos metros sobre sus cabezas, que se desplazaban velozmente impulsadas por un viento de treinta nudos hacia el centro montañoso de Islandia.

—¿Dónde están los cazas? —preguntó Edwards.

Barrió con sus binoculares el aeropuerto de Reykiavik, pero no pudo encontrar a los seis aviones de combate que él había avistado y de los cuales informara la tarde anterior. También se habían ido todos los de transporte. Vio un helicóptero soviético y algunos tanques. Muy poco tránsito en las calles y caminos que alcanzaba a enfocar. Ciertamente no era mucho para un lunes por la mañana. ¿No tendrían que estar marchando hacia sus barcas los pescadores comerciales?

—¿Alguien los vio despegar? —preguntó.

—No, señor. El tiempo que tuvimos anoche fue tan malo que toda la Fuerza Aérea rusa podría haber entrado y salido. —El sargento Smith también estaba irritado, especialmente con el mal tiempo— Podrían estar en esos hangares.... a lo mejor.

La noche anterior, alrededor de las once, habían observado una raya luminosa como la que deja un cohete recién disparado, pero si a algo había sido apuntado, se perdió detrás de un fuerte chaparrón. Edwards no había informado sobre eso, preguntándose a medias si no habría sido un relámpago.

—¿Qué es aquello? No es un tanque. García, mírelo bien a unos..., quinientos metros al Oeste de la terminal.

El teniente le entregó los anteojos de campaña.

—Bueno. Es una especie de vehículo semioruga. Parece que tiene algún tipo de. .., no, no es un cañón, son tres. Un lanzador de cohetes, puede ser.

—Misiles superficie-aire —comentó el sargento— ¿Cuánto quieren apostar a que eso es lo que vimos disparar anoche?

—Es hora de llamar a casa.

Edwards empezó a preparar su radio.

—¿Cuántos lanzadores y de qué tipo? —preguntó Doghouse.

—Vemos un lanzador, es muy posible que tenga tres misiles. No conocemos de qué tipo. Y no sabría la diferencia de todos modos. Puede ser que hayan lanzado un misil anoche a eso de las once, hora local.

—¿Por qué diablos no nos lo dijo? —preguntó Doghouse gritando.

—¡Porque no sabía qué era eso! —Edwards también gritó— ¡Maldito sea! ¡Les estamos informando todo lo que vemos, y ustedes ni siquiera nos creen la mitad de lo que les decimos!

—Tranquilícese, Beagle. Le creemos. Comprendo que es duro. ¿Está ocurriendo alguna otra cosa?

—Dice que sabe que es duro —informó Edwards a sus hombres— No veo mucha actividad de ninguna clase, Doghouse. Todavía es temprano, pero esperábamos ver tránsito civil en las calles.

—Comprendido. Muy bien, Edwards, vamos a ver ahora, bien rápido; ¿cuál es el segundo nombre de su padre?

—No tiene segundo nombre —contestó Edwards—. ¿Qué...?

—¿El nombre de su barco?

—Annie Jay. ¿Qué diablos es esto?

—¿Qué le pasó a su amiga Sandy?

Fue como una puñalada en las tripas. El tono de su voz contestó por él.

—¡Váyase a la mierda!

—Comprendido —respondió la voz— Lo siento, teniente, pero era necesario que usted pasara por esa prueba. Todavía no tenemos órdenes para usted. A decir verdad, nadie ha decidido qué hacer con ustedes. Quédense quietos y eviten los contactos. Sigue el mismo horario de transmisiones. Si los agarran y quieren obligarles a hacer triquiñuelas con la radio, empiece todas las comunicaciones con nuestro código de llamada y diga que todo está perfecto. ¿Me comprendió? Todo perfecto.

—Entendido. Si me oye decir eso, sabrá que algo anda mal. Cambio y corto.

KEFLAVIK, ISLANDIA.

El mayor que mandaba el destacamento de la fuerza aérea se sentía verdaderamente a gusto, aunque hacía más de treinta horas que estaba levantado. Keflavik era una magnífica base y los paracaidistas la habían capturado casi intacta. Y lo que era más importante, los norteamericanos, muy previsores, habían almacenado todo el equipo de mantenimiento en refugios dispersos por la base; y ese material había sobrevivido. Mientras observaba desde la dañada torre de control, media docena de camiones barredores estaban despejando de restos la calle de aterrizaje nueve. Treinta minutos más y quedaría en condiciones seguras de empleo. Ocho camiones de combustible a presión esperaban llenos y listos cerca de las pistas, y hacia el final del día, la tubería de combustible ya estaría reparada. Entonces, esto se habría convertido ya en una verdadera base aérea soviética, completamente funcional.

—¿Cuánto falta para que lleguen nuestros cazas?

—Media hora, camarada mayor.

—Que empiece a funcionar el radar.

Los soviéticos habían cargado la mayor parte del equipo requerido para una base aérea más adelantada en una de las barcazas del Fucik. Un radar móvil de largo alcance estaba operando ya, situado un poco al Oeste de la intersección de las pistas principales, y había además un furgón desde el cual los controladores de tierra podían dirigir operaciones de intercepción a blancos que se aproximaran. Tres camiones cubiertos, cargados de repuestos y misiles aire-aire se hallaban también en la base y, un día antes, habían llegado en vuelo trescientos hombres de mantenimiento. una batería completa de misiles «SA-11» custodiaba las pistas, además de ocho cañones antiaéreos móviles y un pelotón de infantes armados con los «SAM» lanzables desde el hombro para usar contra los incursores en vuelo bajo, El único inconveniente se había producido con los cohetes «SAM», pero pocas horas antes habían llegado por vía aérea los de repuesto Y ya los habían cargado en los vehículos de lanzamiento. Cualquier avión de la OTAN que entrara en Islandia bailando el vals se encontraría con una dura sorpresa, como lo había descubierto la noche anterior un «Jaguar» de la real fuerza aérea, derribado del cielo de Reykiavik antes de que su piloto pudiera reaccionar.

—La calle nueve ha quedado operativa —informó el radiooperador.

—¡Excelente! Ahora que trabajen en la uno ocho. Quiero que todas las calles de aterrizaje estén operables para la tarde.

COLINA 152, ISLANDIA.

—¿Qué es eso?

Esta vez, para variar, Edwards lo vio primero. las amplias alas plateadas de un bombardero «Badger» entraban y salían de la capa de nubes más bajas. Después algo más. Era más pequeño, y volvió a desaparecer dentro de las nubes.

—¿Eso era un caza?

—Yo no vi nada, señor.

García había estado mirando en dirección contraria. Oyeron el ruido sobre sus cabezas, el característico aullido de los turboejes con potencia reducida.

El teniente ya era un maestro para poner en operación la radio.

—Doghouse, aquí Beagle, las cosas se están pudriendo. ¿Me recibe?

—Recibido, Beagle, comprendido. ¿Qué puede informarnos?

—Tenemos aviones en vuelo sobre nosotros, con rumbo al Oeste, probablemente hacia Keflavik. Quede atento.

—Los oigo, pero no veo nada.

García devolvió los anteojos.

—Vi un bimotor, probablemente un bombardero, y otro avión, mucho más pequeño, tipo caza. Se oyen ruidos de aviones arriba, pero existe una capa cerrada de nubes a seiscientos metros. No hay más observaciones visuales.

—¿Dice que van hacia Keflavik?

—Afirmativo. El bombardero volaba con rumbo Oeste y en descenso.

—¿Alguna posibilidad de que ustedes se acerquen caminando a Keflavik para ver qué está ocurriendo allá?

Edwards mantuvo silencio durante un segundo. ¿Ese hijo de puta no era capaz de leer un mapa? Aquello significaría caminar cincuenta kilómetros sobre terreno desnudo.

—Negativo. Repito, negativo: no hay posibilidad. Cambio.

—Comprendido, Beagle. Lo siento. Recibí órdenes de preguntar. Vuelva a llamar cuando tenga una nueva cuenta. Lo están haciendo muy bien, muchachos. Manténganse allí. Cambio y corto.

—Preguntaban si queríamos caminar hasta Keflavik —anunció Edwards mientras se quitaba los auriculares—. Dije que no.

—Estuvo muy bien, señor —observó Smith.

Por lo menos los oficiales de la fuerza aérea no eran totalmente idiotas.

KEFLAVIK, ISLANDIA.

El primer «MiG-29 Fulcrum» aterrizó en Keflavik un minuto después. Rodó siguiendo un jeep de la base y se detuvo cerca de la torre.

El mayor que estaba al mando de ella lo esperaba allí para saludarlo.

—¡Bienvenido a Keflavik!

—Excelente. Muéstreme dónde hay un cuarto de baño —replicó el coronel.

El mayor lo invitó a su propio jeep —los norteamericanos habían dejado atrás varios jeep y más de trescientos automóviles particulares— y lo llevó hasta la torre. las radios norteamericanas habían quedado destruidas, pero la plomería estaba hecha con material más duro.

—¿Cuántos?

—Seis —contestó el coronel— Un maldito «F-16» noruego nos interceptó en Hammersfest y derribó a uno antes de que nosotros supiéramos que estaba allí. Otro abortó con problemas de motor, y un tercero tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia en Akureyri. ¿Hay gente nuestra allá?

—Todavía no. Tenemos solamente un helicóptero. Hoy deben venir más. —Estacionaron junto a la puerta—. Adentro, segunda puerta a la derecha.

—Gracias, camarada mayor. —El coronel estuvo de vuelta en tres minutos— Éste es el aspecto nada encantador de volar aviones de caza. Por una cosa o por otra, nunca advertimos sobre esto a nuestros cadetes.

—Aquí tiene café. Los ocupantes anteriores fueron muy amables con nosotros. —El mayor destapó un termo norteamericano; el coronel tomó la taza y lo saboreó como si hubiese sido un delicioso coñac, mientras observaba los aterrizajes de sus cazas— Tenemos los misiles listos para ustedes, y podemos reabastecer todos los aviones con nuestros camiones de combustible. ¿Cuándo pueden volver a salir?

—Yo preferiría que mis hombres tuvieran por lo menos dos horas para comer y descansar. Y quiero que dispersen esos aviones después que los carguen de combustible. ¿Los han atacado ya?

—Solamente dos aviones de reconocimiento, y derribamos a uno. Sí, tenemos suerte...

—La suerte es para los tontos. Los norteamericanos van a atacarnos hoy. Yo lo haría.

USS NIMITZ.

—Tenemos una nueva fuente de inteligencia en Islandia; el nombre clave es Beagle —informó Toland; estaban en ese momento en la central de informaciones de combate— Ha contado más de ochenta aviones de transporte que entraron anoche en Reykiavik, y por lo menos diez cazas con ellos. Esa capacidad de transporte aéreo es suficiente para transportar toda una división y algo más. Doghouse, en Escocia, dice que poseen un informe no confirmado sobre cazas soviéticos que están aterrizando ahora.

—Tienen que ser de largo alcance. «Foxhound», o tal vez «Fulcrum» —dijo el CAG—. Parece que les están sobrando. Bueno, nosotros no teníamos intenciones de visitar ese lugar por ahora. Aunque podríamos tener un problema con ellos si hacen escolta a los bombarderos.

—¿Alguna noticia sobre el apoyo de «E-3» del Reino Unido? —preguntó Baker a Svenson.

—Parece que no hay ninguna.

—Toland, ¿cuándo espera que lleguen nuestros amigos?

—El RORSAT debe pasar por allí arriba dentro de veinte minutos. Ellos probablemente querrán la información antes de despegar. Después de eso, podrían despegar a cualquier hora, almirante. Si los «Backfire» reabastecen en vuelo y continúan a máxima potencia, dos horas. En el peor de los casos. Más probable sería de cuatro a cinco horas.

—¿CAG?

El comandante del grupo aéreo parecía tenso.

—Cada portaaviones tiene en el aire un avión radar «Hummer», y un par de «F-14 Tomcat» cada uno. Dos «Tomcat» más sobre las catapultas, listos para salir con previo aviso de cinco minutos, otro «Hummer» y un cisterna. El resto de los cazas están alistados para subirlos en quince minutos al techo, cargados de combustible y armamento. las tripulaciones de vuelo ya han tenido las reuniones previas aclaratorias. Un «Buscador» sobre la formación, el resto listo para salir a más de quince. Los «A—7» tienen cargadas las estaciones exteriores. Estamos listos. El Foch tiene sus «Crusader» a más quince. Buenos pajaros, pero de patas cortas. Cuando llegue el momento los usaremos para cobertura aérea local.

KIROVSK, URSS.

El satélite de reconocimiento oceánico por radar, llamado RORSAT, pasó sobre la formación a las tres y diez de la mañana. Su transmisor de radar detectó la formación y sus cámaras captaron sus estelas. Cinco minutos después, la información estaba en Moscú. Y transcurrido un cuarto de hora, en cuatro bases aéreas militares agrupadas alrededor de la ciudad de Kirovsk en la Península Kola, las tripulaciones de los aviones recibían la información de detalle en la reunión final previa al vuelo. las tripulaciones estaban en silencio, no menos tensas que sus objetivos norteamericanos. Los dos bandos reflexionaban sobre las mismas cosas. Éste era el ejercicio que ambos habían practicado durante más de quince años. Millones de horas de planificación, estudios y simulaciones estaban a punto de ser puestos a prueba.

Los «Badger» despegaron primero, impulsados por sus dos motores «Mikulin». Cada despegue era un verdadero esfuerzo. Los bombarderos estaban tan cargados hasta el límite de peso que los controladores de la torre acompañaban mentalmente y hacían fuerza para que cada uno de los aviones subiera y se afirmara en el aire calmo de la mañana. Después del ascenso ponían rumbo Norte, adoptando una formación abierta, un poco al norte de Múrmansk, antes de virar al Oeste y pasar cerca del cabo Norte; finalmente efectuaban un nuevo viraje lento a la izquierda para quedar enfrentados al Atlántico Norte.

A veinte millas de la costa del norte de Rusia, el USS Narwhal rondaba bajo la superficie de un mar color gris pizarra. Era el submarino más silencioso de la flota de los Estados Unidos, una plataforma especializada en búsqueda de Inteligencia, que pasaba más tiempo sobre las costas soviéticas que algunos buques de la propia Marina rusa.

Levantaron sus tres delgadas antenas de ESM, y el periscopio de búsqueda, de un millón de dólares. Los técnicos de a bordo escucharon las conversaciones entre los aviones por radios de baja potencia, mientras iban formando. Tres especialistas uniformados de inteligencia y un civil de la Agencia de Seguridad Nacional evaluaron la magnitud del ataque y decidieron que era un riesgo muy grande que merecía emitir un mensaje de alarma. Levantaron un mástil adicional y lo apuntaron a un satélite de comunicaciones situado a treinta y ocho mil kilómetros de distancia. La transmisión comprimida duró menos de un quinceavo de segundo.

USS NIMITZ.

Automáticamente, el mensaje fue retransmitido a cuatro estaciones de comunicaciones separadas, y antes de treinta segundos estaba en el mando de SACLANT. Cinco minutos después, Toland tuvo en sus manos el formulario amarillo del mensaje. Fue en seguida a ver al almirante Baker y le entregó el mensaje:

04:18 «REALTIME» ENVIA ALARMA ATAQUE AÉREO DESPEGUE 04:00 RUMBO OESTE DESDE KOLA ESTIMADOS MAS DE CINCO REGIMIENTOS.

Baker miró su reloj.

—Trabajaron rápido. ¿CAG?

El comandante del grupo aéreo contempló el formulario y se dirigió al teléfono.

—Lancen los «más cinco», llamen de regreso a los aviones patrulleros cuando lleguen a la posición y pongan otros dos «Tomcat» y un «Hummer» a «más cinco». Quiero que los aviones que regresen vuelvan a alistarse inmediatamente. Reserve una catapulta para los cisternas —Se apartó del teléfono para volver—. Con su permiso, señor, propongo poner otro par de «F-14» y otro «Hummer» en vuelo dentro de una hora, y todos los cazas en «más cinco». A las seis de la madrugada salen el resto de los cazas con el apoyo de los cisternas. Los encontraremos con todo lo que tenemos a unas doscientas millas de aquí, y les daremos una buena patada en el culo.

—Muy bien. ¿Comentarios?

Svenson miró pensativamente la localización general. Ya estaban trazando círculos para representar el mayor avance posible de los bombarderos soviéticos.

—¿Los británicos reciben la misma alarma?

—Sí, señor —respondió Toland— Y también los noruegos. Con suerte, uno u otro podría hacer contacto con los atacantes y darles un mordisco. Tal vez seguirlos.

—Buena idea, pero no confíe en ella. Si yo estuviera a cargo del ataque, me iría muy lejos hacia el Oeste y viraría sobre Islandia —Svenson volvió a mirar la marcación— ¿Usted cree que «Realtime» habría emitido una alarma por «Bear-D»?

—Señor, mi información es que les permiten emitir sólo por tres regimientos o más. Diez o veinte «Bears» no serían suficientes. Hasta podrían no haberlo notado.

—Entonces en este momento es probable que tengamos allá una bandada de «Bears», que no emiten nada, limitándose a volar por ahí y a escuchar nuestras señales de radar.

Toland asintió con un movimiento de cabeza. El grupo de batalla era un círculo de buques con un radio de treinta millas. los portaaviones y los transportes de tropas iban en el centro, rodeados por nueve buques escolta armados con misiles y otros seis especializados en lucha antisubmarina. Ninguno de ellos llevaba encendido transmisor alguno. En cambio, recibían toda la información electrónica de los dos aviones de exploración aérea «E—2C», conocidos coloquialmente como los «Hummers», que se hallaban en vuelo y cubrían con sus radares un círculo de un diámetro de más de cuatrocientas millas.

El drama que se estaba jugando era mucho más complejo que el más intrincado de los juegos. Más de una docena de factores variables podían actuar interrelacionados, y sus permutaciones podían ser miles. El alcance de detección del radar dependía de la altura y, en consecuencia, de la distancia del horizonte, más allá del cual ni los ojos ni el radar eran capaces de ver. Un avión podía eludir, o por lo menos demorar, la detección volando casi

rasante sobre las olas. Pero esto implicaba severas penalidades en el consumo de combustible y, por lo tanto, en el radio de acción.

Tenían que localizar el grupo de batalla sin haber sido detectados antes por ellos. Los rusos sabían donde estaba el grupo de portaaviones, pero iba a moverse durante las cuatro horas que tardaban los bombarderos en llegar allí. Sus misiles necesitaban información precisa para «engancharse» en el blanco primario del ataque aéreo, los dos portaaviones norteamericanos y el francés; de lo contrario, la misión sería inútil.

Colocar a los cazas en posición para interceptar a los bombarderos incursores dependía de un exacto pronóstico de su velocidad y rumbo. Su misión: localizarlos y atacarlos antes de que pudieran encontrar a los portaaviones.

Para ambos bandos, una elección fundamental era emitir o no emitir, usar o no sus transmisiones de radar. Cualquier elección acarreaba beneficios y riesgos, y no existía «la mejor» solución al problema. Casi todos los buques norteamericanos estaban equipados con poderosos radares de búsqueda aérea que podían localizar a los bombarderos a doscientas o más millas. Pero esas señales de radar se podían detectar a distancias aún mayores, generando una señal de retorno que potencialmente permitiría a los soviéticos situar a la formación en un punto, y luego converger sobre ella desde todas las direcciones del compás.

El juego consistía en esconderse y buscar, jugando sobre un millón de millas cuadradas de océano. El que perdía, moría.

ATLÁNTICO NORTE.

Los aviones soviéticos de reconocimiento de bombardeo «Bear-D» estaban pasando por el sur de Islandia. Eran diez, y cubrían un frente de mil seiscientos kilómetros. las monstruosas aeronaves impulsadas por motores de hélice volaban cargadas de equipos electrónicos y tripuladas por hombres que tenían años de entrenamiento y experiencia para localizar grupos de portaaviones norteamericanos. En el morro, en la cola y en las puntas de las alas, las antenas sensoras ya estaban actuando, tratando de descubrir señales de los transmisores de radar norteamericanos. Podían definir con precisión el punto de origen de esas señales, fijarlas en los mapas con todo cuidado, pero debían mantenerse siempre fuera del radio estimado de detección. Su mayor temor consistía en que los norteamericanos no utilizaran ningún radar, o que encendieran y apagaran los equipos con intervalos y posiciones imprevisibles; se daba entonces la peligrosa posibilidad de que los «Bear» tropezaran de golpe con buques y aviones armados. El «Bear» tenía veinte horas de autonomía; pero a cambio de ello, carecía virtualmente de capacidad combativa. Era demasiado lento para huir de un interceptor y no tenía la más mínima posibilidad de luchar contra él. una amarga broma de los tripulantes decía: «Hemos encontrado la fuerza de batalla enemiga. ¡Dosvidania, Rodina!» Pero formaban un orgulloso grupo de profesionales. Los bombarderos de ataque dependían de ellos..., al igual que su país.

Cuando se hallaban a mil trescientos kilómetros al norte de Islandia, los «Badgers» alteraron el rumbo y tomaron uno ocho cero, sur absoluto, a quinientos nudos. Habían eludido a los todavía peligrosos noruegos, y no se creía que los ingleses llegaran hasta allí. Estos tripulantes mantenían una nerviosa vigilancia a través de las ventanillas, a pesar de que disponían de sensores electrónicos completamente operativos y en constante búsqueda. Se esperaba en cualquier momento un ataque contra Islandia con cazabombarderos tácticos, y los tripulantes de los bombarderos soviéticos sabían que cualquier piloto de caza de la OTAN que mereciera su denominación, se desprendería en el acto de sus cargas de bombas para tener oportunidad de trenzarse en un combate aire-aire con un blanco tan indefenso como esos viejos «Badger» de hacía más de veinte años. Habían llegado al término de su vida útil. En sus alas comenzaban a aparecer fisuras. Los álabes de las turbinas de sus motores jet estaban ya gastados, lo que reducía el rendimiento y la eficacia del combustible.

Detrás de ellos, a poco más de trescientos kilómetros, los bombarderos «Backfire» estaban terminando sus operaciones de reabastecimiento de combustible en vuelo. Aviones cisterna habían acompañado a los «Tu-22M», y después de completar sus tanques pusieron rumbo hacia el Sur, ligeramente al oeste de la ruta de los «Badgers». Con un misil «AS-6 Kingfish» colgando debajo de cada ala, también los «Backfire» eran potencialmente vulnerables, pero el «Backfire» podía volar a un elevado número de Mach y tenía grandes probabilidades de sobrevivir, aun después de enfrentarse a la oposición de determinados cazas enemigos. Sus tripulantes constituían la élite de la Aviación Naval Soviética, bien pagados y mimados por la sociedad; sus comandantes les habían recordado en las reuniones previas a los vuelos que ahora había llegado el momento de retribuir.

Los tres grupos de aviones volaban hacia el Sur a la óptima velocidad de crucero y sus tripulantes controlaban el consumo de combustible, las temperaturas de los motores y muchos otros indicadores, para ese largo vuelo sobre el agua.

USS NIMITZ.

Toland salió a respirar un poco de aire fresco. Era una hermosa mañana; arriba, las nubes como algodones comenzaban a teñirse ligeramente de color rosado, por el sol que se levantaba en el horizonte. El Saratoga y el Foch se veían a distancia, a unas ocho millas más o menos, y su tamaño impresionaba incluso desde lejos. Más cerca, el Ticonderoga cortaba las olas de un metro y medio, y sus misiles pintados de blanco se veían en sus lanzadores dobles. Unos cuantos destelladores transmitían señales luminosas. De no ser por ellas, los buques a la vista sólo eran sombras grises y silenciosas que esperaban. La cubierta del Nimitz estaba llena de aviones. En todas partes había interceptores «F-14 Tomcat». Dos de ellos estaban enganchados en las catapultas, en medio de la nave, a sólo treinta metros de donde él se encontraba. Sus dos tripulantes dormitaban. Los aviones de combate llevaban misiles de largo alcance «Phoenix». Los bombarderos de ataque estaban equipados con tanques exteriores en vez de armas. Los emplearían para reabastecer en vuelo a los cazas, capacitándolos para permanecer dos horas más en el aire. Los auxiliares de cubierta, con sus camisas multicolores, corrían de un lado a otro revisando y volviendo a revisar sus aviones. El portaaviones empezó a virar a babor, hasta quedar frente al viento del Oeste, preparándose para lanzar los aviones. Toland miró su reloj: las cinco y cincuenta y ocho. Hora de volver a la CIC. El portaaviones pasaría dentro de dos minutos a situación de alarma general de combate. El oficial de guardia de Inteligencia respiró profundamente una vez más el aire puro y se preguntó si sería la última.

ATLANTICO NORTE.

—¡...Contacto! —dijo el técnico por el intercomunicador del «Bear»—. las señales indican un transmisor de radar aerotransportado norteamericano, del tipo de portaaviones.

—¡Deme una marcación! —ordenó el piloto.

—Paciencia, camarada mayor.

El técnico hizo un ajuste en su tablero. Los interferómetros de su radio tomaban el tiempo a las señales a medida que llegaban a las antenas instaladas por todo el avión.

—Sudeste —dijo— La marcación a la señal es de uno tres uno. Fuerza de la señal, uno. Está muy distante. La marcación no cambia nada. Recomiendo que mantengamos rumbo constante por ahora.

Piloto y copiloto intercambiaron miradas, pero no hablaron. En alguna parte, lejos hacia su izquierda, se hallaba un avión radar norteamericano «E—2C Hawkeye». Con dos pilotos, un oficial de intercepción con radar y dos operadores de radar, podía controlar la batalla aérea para más de cien aviones enemigos, podía dirigir contra ellos un interceptor armado con misiles, pocos segundos después de la detección. El piloto se preguntó qué exactitud tendría su información sobre el radar del «Hawkeye». ¿Y si hubieran detectado ya al «Bear»? Él sabía cuál era la respuesta. Su primer aviso vendría cuando se oyera el radar de control de fuego de un «F-14 Tomcat» norteamericano orientado directamente hacia él. El «Bear» mantuvo el rumbo uno ocho cero mientras el oficial de localización seguía el cambio de marcación en la señal de radar. En diez minutos más podrían llegar a tener una posición bastante exacta. Si alcanzaban a vivir todo ese tiempo. No romperían el silencio de radio hasta que no tuvieran esa posición.

—La tengo —informó el controlador— La distancia estimada al contacto es de seiscientos cincuenta kilómetros, posición cuarenta y siete grados, nueve minutos norte; treinta y cuatro grados, cincuenta minutos oeste.

—Transmítalo —ordenó el piloto.

Una antena direccional de alta frecuencia instalada sobre el timón de dirección en la cola giró dentro de su alojamiento y emitió la información al comandante de la operación de ataque, cuyo avión comando «Bear» se hallaba ciento sesenta kilómetros detrás de los fisgones.

El comandante de la operación comparó la información que acababa de recibir con la del satélite de reconocimiento. Ahora tenía dos datos de información. La posición de los norteamericanos tres horas antes era sesenta millas al sur del cálculo del «Hawkeye». Probablemente los norteamericanos tenían dos de ellos en vuelo, al noreste y al noroeste de la formación. Ésa era la doctrina normal de la flota. Por lo tanto, el grupo de portaaviones estaba justo por... aquí. Los «Badger» ya volaban hacia ese sitio. Encontrarían la cobertura norteamericana de radar en un par de horas. Bien, se dijo. Todo está marchando según lo planeado.

USS NIMITZ.

Toland observó en silencio el control de aviones. las imágenes de radar de los «Hawkeye» se estaban transmitiendo al portaaviones mediante enlace digital de radio, permitiendo seguir absolutamente todo al comandante del grupo de batalla. La misma información iba al jefe de defensa aérea del grupo, a bordo del Ticonderoga, y a todos los otros buques equipados con el Sistema de Datos Tácticos Navales. Eso incluía a los buques franceses, equipados desde hacía mucho tiempo para operar junto a la Marina de los Estados Unidos. Hasta ese momento, no había nada que ver, excepto los rastros de los aviones militares y comerciales que transportaban hombres y materiales a través del océano, y funcionarios y empleados de regreso a los Estados Unidos. Todos ellos habían empezado a desviarse hacia el Sur. Advertidos de que era posible una batalla aérea, los pilotos de los «DC-10» y «C-5A» se apartaban prudentemente del camino, aunque ello representara tener que aterrizar para reabastecerse en la ruta hacia sus destinos.

Los cuarenta y ocho «Tomcat» interceptores estaban ya en su mayoría en las posiciones asignadas, separados entre sí y formando una línea de casi quinientos kilómetros. Cada par de «Tomcat» tenía un avión cisterna en espera. Los pájaros de ataque, «Corsariod» e «Intruder», llevaban grandes depósitos de combustible con sus mangueras y embudos; y los «Tomcat», uno tras otro, estaban ya empezando a completar sus depósitos de combustible tomándolo de aquéllos. Los «Corsario» empezaron en seguida a regresar a sus portaaviones para volver a cargar. Podían mantener este procedimiento durante horas. Los aviones que habían permanecido en los portaaviones estaban situados en las cubiertas para poder despegar de inmediato. Si llegaba un ataque aéreo, serían lanzados en el acto con las catapultas para eliminar el peligro de incendio que representaba cualquier avión.

Toland había visto antes esto, pero no podía dejar de asombrarse. Todo funcionaba con la misma fluidez que un ballet. Los aviones volaban perezosamente en sus posiciones de patrullaje, trazando amplios círculos en el aire. Los portaaviones navegaban velozmente, con rumbo este ahora, a treinta nudos, para recuperar la distancia perdida durante el lanzamiento. Los buques de desembarco de infantería de Marina Saipan, Ponce y Newport, sólo podían navegar a veinte nudos y, esencialmente, estaban indefensos. Al este del grupo, los aviones antisubmarinos «S—3A Viking», del portaaviones, y «P-3C Orion» con base en tierra, estaban patrullando en busca de submarinos soviéticos. Dependían del comandante de lucha antisubmarina del grupo, que se hallaba a bordo del destructor Caron. Hasta ese momento no había nada para que nadie pudiera desahogar su frustración. La vieja historia que conocen todos los hombres que han combatido. Esperen.

ATLANTICO NORTE.

El comandante de la fuerza que atacaba estaba acumulando información rápidamente. Ya tenía las posiciones de cuatro «Hawkeyes» norteamericanos. Apenas habían terminado de rastrear a los dos primeros cuando apareció el segundo par, hacia fuera y al sur del primero. Sin proponérselo, los norteamericanos le habían proporcionado un cuadro bastante exacto de dónde estaba el grupo de batalla, y la lenta y constante deriva hacia el Este de los «Hawkeyes» le indicaba el rumbo y la velocidad. Sus «Bear» se encontraban ahora describiendo un amplio semicírculo alrededor de los norteamericanos, y los «Badger» se hallaban treinta minutos al norte de la cobertura de radar norteamericana, cuatrocientas millas al norte de la posición estimada de los buques.

—Transmita al Grupo A: «Formación enemiga en las coordenadas de la parrilla 456/810, velocidad veinte, rumbo uno cero cero. Ejecute Plan Ataque A, a 0615 hora Zulú.» Envíe lo mismo al Grupo B. El control táctico del Grupo B pasa al Coordinador del Equipo Este.

La batalla había comenzado.

Las tripulaciones de los «Badger» intercambiaron miradas de alivio. Habían detectado las señales norteamericanas de radar quince minutos antes, y sabían que cada kilómetro hacia el Sur significaba una mayor probabilidad de que se encontraran con una nube de cazas enemigos. A bordo de cada avión, el navegador y el bombardero trabajaron rápidamente para alimentar con información de ataque a los misiles «Kelt» colgados debajo de cada ala.

Mil trescientos kilómetros hacia el sudoeste, las tripulaciones de los «Backfire» adelantaron ligeramente sus aceleradores, siguiendo un rumbo que los llevaba al punto indicado por el comandante de la operación. Después de haber descrito un lejano círculo alrededor de la formación norteamericana, ahora pasarían a ser controlados por el oficial de ataque que se hallaba a bordo del primer «Bear» que hiciera contacto electrónico con los «Hawkeye». Tenían un dato firme sobre la posición de la formación de la OTAN; pero necesitaban coordenadas más precisas si debían localizar y atacar a los portaaviones. Estas tripulaciones no se hallaban aliviadas, pero sí excitadas. Ahora venía la parte de desafío. Ese plan de batalla estaba formulado desde hacía un año, y lo habían practicado, sobre tierra exclusivamente, cinco veces. Cuatro de las cuales había tenido éxito.

A bordo de los ochenta bombarderos «Badger», los pilotos controlaban sus relojes, contando los segundos que faltaban para las seis y cuarto Zulú.

—¡Lancen!

El «Badger» líder se anticipó ocho segundos. Primero uno, después el segundo, los «Kelt» con sus formas de pequeños aviones cayeron libres de sus pilones de sostén más de cien metros antes de que sus motores turbojet llegaran a su máxima potencia. Orientados por un piloto automático, los «Kelt» volvieron a tomar altura y ascendieron hasta diez mil metros. Volaban con rumbo sur a seiscientos nudos de velocidad indicada. Los tripulantes de los bombarderos observaron cómo se alejaban sus pájaros durante uno o dos minutos; después, cada uno de los aviones viró suave y elegantemente para regresar a casa; su misión estaba cumplida. Seis «Badger-J», equipados para interferencia electrónica, continuaron hacia el Sur. Iban a mantenerse unos sesenta kilómetros detrás de los «Kelt». Sus tripulaciones estaban nerviosas pero confiadas. No sería fácil para los radares norteamericanos superar sus poderosos equipos de interferencia y, en último caso, pronto tendrían muchos blancos de que ocuparse.

Los «Kelt» continuaban avanzando, en vuelo recto y nivelado. Tenían su propio equipo electrónico, que actuaba automáticamente al recibir los impulsos de los sensores que llevaban instalados en la cola sobre los timones de dirección. Cuando entraron en el arco teórico de

alcance de los radares de los «Hawkeye», los ingenios alojados en el morro de los aviones se encendieron de inmediato.

USS NIMITZ.

—¡Contactos radar! Designación Raid-1, marcación tres cuatro nueve; distancia cuatro seis cero millas. Contactos numerosos, cuento uno cuatro cero contactos, rumbo uno siete cinco, velocidad seiscientos nudos.

La pantalla táctica principal exploraba electrónicamente los contactos, y un par de planchas de plástico mostraban otra presentación visual.

—Así que..., aquí vienen —dijo Baker con calma—. Exactamente a tiempo. ¿Comentarios?

—Yo...

Toland no tuvo oportunidad.

La presentación de la computadora quedó en blanco.

—Base Clipper, aquí «Hawk—Tres». Estamos recibiendo algunas interferencias —informó el oficial jefe de control desde el avión— Hemos localizado seis, quizá siete, aviones de interferencia, con marcación tres cuatro cero a cero tres cero. Equipos muy poderosos. Estimamos que tenemos interferencias de proximidad, pero no de acompañamiento. En este momento se pierden los contactos. Estimamos que vamos a superarlas dentro de diez minutos. Solicito libre empleo armamento y autorización adoptar vectores intercepción.

Baker lanzó una mirada a su oficial de operaciones aéreas.

—Que empiecen ya las cosas.

Operaciones Aéreas asintió y empuñó un micrófono.

—«Hawk-Tres», aquí Base Clipper. Armamento libre. Repito. Armamento libre. Delegación autoridad otorgada. Mande por mí algunos bombarderos al agua. Cambio y corto.

Svenson frunció el entrecejo mirando la pantalla.

—Almirante, las cubiertas de vuelo están quedando casi vacías. Recomiendo cerrar la formación ya —un movimiento de cabeza fue la respuesta afirmativa— Flota Clipper, aquí Base Clipper, caiga a la izquierda a dos siete cero. Lancen todos los aviones restantes. Ejecuten.

Cumpliendo la orden, la formación hizo un viraje a la izquierda de ciento ochenta grados. Los buques que aún no tenían misiles en sus lanzadores se apresuraron e hicieron la rectificación correspondiente. Los radares de control de fuego se apuntaron hacia el Norte, pero quedaron en posición de espera. Treinta comandantes y capitanes distintos esperaban la orden para activarlos.

ATLANTICO NORTE.

Estaba enfurecida. *Claro,* pensaba*, soy suficientemente buena para volar. Soy suficientemente buena para ser instructora de pilotos para el «Eagle». Piloto de pruebas de ingeniería, oficial ayudante de proyecto para el programa ASAT... Soy suficientemente buena para invitarme a Houston... ¿Pero acaso me dejan volar en combate? No. ¡Estamos en guerra y yo no soy nada más que una maldita piloto de ferry!*

—Mierda.

El nombre de la muchacha era Amy Nakamura. Tenía el grado de mayor de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, y había reunido tres mil horas de vuelo en jet, dos tercios de las cuales en «F-15». De poca estatura y maciza como muchos pilotos de caza, solamente su padre le había dicho alguna vez que era guapa. Él también la llamaba Bunny. Cuando sus compañeros pilotos lo descubrieron, el sobrenombre quedó reducido en seguida a Buns. Ella y tres hombres estaban trasladando cuatro cazas «Eagle» nuevos a Alemania, donde otros (¡hombres!) los usarían apropiadamente. Cada uno de los aviones llevaba depósitos suplementarios para realizar el vuelo en una sola y larga etapa y, para defensa propia, un solo misil «Sidewinder» además de la carga normal de munición para el cañón de veinte milímetros. *¡Los rusos dejaron que las mujeres volaran en combate en la Segunda Guerra Mundial,* pensó*. ¡Un par de ellas hasta llegaron a ser ases!*

—¡Eh, Buns, mira a tu derecha, a las tres! —gritó el hombre que volaba a su lado.

Nakamura tenía una vista fenomenal, pero apenas pudo creerlo.

—Dime tú lo que ves, Butch.

—¿«Badger»...?

—Podridos «Tu-16 Badger»... tallyho! ¿Dónde diablos está la Marina?

—Cerca. ¡Trata de comunicarte, Buns!

—Fuerza de Tareas Navales, Fuerza de Tareas Navales, aquí vuelo ferry de la Fuerza Aérea Golf—Cuatro—Nueve. Volamos hacia el Este con cuatro Foxtrot-Uno-Cinco. Tenemos contacto visual con formación bombarderos rusos, posición..., mierda, ¿me escuchan, cambio?

—¿Quién diablos es ése? —preguntó en voz alta un tripulante de un «Hawkeye».

El técnico en comunicaciones contestó:

—Golf-Cuatro-Nueve, necesitamos verificación. Noviembre Cuatro Whisky.

Podía ser un ruso haciendo triquiñuelas con la radio. La mayor Nakamura juraba para sus adentros mientras recorría con el dedo la lista de claves de comunicaciones. ¡Aquí está!

—Alfa Seis Hotel.

—Golf-Cuatro-Nueve, aquí Hawk—Uno naval, dígame su posición. Le advierto, estamos atrayendo a todos los «Badger». Será mejor que se vaya. Deme su comprendido.

—Ni lo sueñe, marino. Tengo contacto visual con más de tres «Badger». Con rumbo norte, posición cuarenta y nueve norte, treinta y tres este.

—¿Rumbo norte? —dijo el oficial de intercepción—. Golf, aquí Hawk—Uno. Confirme su contacto visual. Repita su contacto visual.

—Hawk—Uno, aquí Golf; ahora tengo una docena de «Badger», repito bombarderos Tango-Uniform-Uno-Seis, visual, al sur de mi posición, con rumbo hacia mí y acercándose rápido. Vamos a combatir. Corto.

—No tengo nada en el radar, jefe —dijo el operador—. Eso está muy lejos de aquí hacia el Norte.

—¿Entonces de qué diablos está hablando ése?

La mayor Amelia Buns Nakamura estiró el brazo sin mirar, para ajustar los controles de lanzamiento de misil y el HUD en la posición táctica. Después giró la llave para conectar su radar de interposición aérea. Su sistema IFF[43] interrogó al blanco para eliminar la posibilidad de que fuera un avión propio, y la respuesta fue negativa. Era suficiente.

—Frank, lleva tu sección hacia el Este. Buitch, sígueme. Todos vigilen situación combustible. ¡Ataquen!

Los pilotos de los «Badger» estaban bastante relajados, ahora que la parte más peligrosa de su misión había quedado detrás de ellos. No vieron a los cuatro cazas norteamericanos hasta que estaban a menos de dos mil metros de distancia, confundidos perfectamente en el cielo claro de la mañana gracias a los colores rojo, amarillo y azul de su pintura.

Buns eligio el cañón para la primera pasada y disparó doscientos proyectiles hacia la cabina de pilotaje de un «Badger». El bombardero bimotor quedó instantáneamente fuera de control y se invirtió como una ballena muerta. Uno. La mayor lanzó encantada un fuerte alarido, tiró de la palanca para levantar el «Eagle» en un looping de cinco grados, y luego pisó sobre el blanco siguiente. Ahora los soviéticos estaban alertados, y el segundo «Badger» intentó huir en picado. No tenía la menor probabilidad. Nakamura disparó su «Sidewinder» desde una distancia muy reducida y siguió con la vista la trayectoria del misil hasta que explotó dentro del motor izquierdo y causó el desprendimiento del ala. Dos. Otro «Badger» se hallaba delante, a unos cinco kilómetros. Paciencia, se dijo. Tienes una gran ventaja en velocidad. Casi olvidó que el bombardero ruso llevaba armamento en la cola. Un sargento soviético se encargó de recordárselo. Erró, pero ella se llevó un susto de todos los diablos. El «Eagle» entró bruscamente en un viraje de seis grados a la izquierda y se cerró en un rumbo paralelo antes de enfrentar el blanco. La descarga siguiente de su cañón provocó la explosión total del «Badger», y ella tuvo que picar para evitar una colisión con los restos. El combate duró en total noventa segundos, pero Buns estaba empapada de sudor.

—Butch, ¿dónde estás?

—¡Bajé a uno, Buns! ¡Bajé a uno!

El «Eagle» dio un salto hacia arriba para formar junto al otro.

Nakamura miró a su alrededor. De pronto el cielo estaba limpio. ¿A dónde se habían ido todos?

—Naval Hawk—Uno, aquí Golf. ¿Me escucha? Cambio.

—Afirmativo, Golf.

—Muy bien, naval. Acabamos de borrar cuatro, repito, cuatro, «Badger» para ustedes.

—¡Que sean cinco, Buns! —informó en ese instante el otro jefe de sección.

—Algo anda mal, señor —el operador de radar del HawkUno se inclinó sobre su pantalla—. Esos bichos aparecen Dios sabe de dónde, y dicen que bajaron algunos, tienen que ser tres, a seiscientos kilómetros de donde estamos.

[43] Identificación Friend or Foe: Equipo para identificar electrónicamente «amigo» o «enemigo»

—Base Clipper, aquí Hawk-Uno. Acabamos de hacer contacto con un ferry de la fuerza aérea en vuelo hacia el Este. Dicen haber derribado cuatro «Badger» que iban con rumbo norte, a varios cientos de kilómetros al norte de nosotros. Repito, los «Badger» con rumbo norte.

Las cejas de Toland se levantaron.

—Probablemente algunos tuvieron que volverse —observó Baker— Esto está cerca de su límite de combustible, ¿no es así?

—Sí, señor —respondió Operaciones Aéreas, y no pareció muy feliz con su propia respuesta.

—Anulamos las interferencias —informó el operador de radar— Hemos vuelto a captar los blancos.

Los «Kelt» habían continuado su vuelo, con absoluta independencia del furor desatado cerca de ellos. Sus imágenes en el radar les hacían aparecer como «Badger» de treinta y tres metros. Sus propios equipos de interferencia estaban actuando, y lograban oscurecerlos en las pantallas de los radares, y los controles del piloto automático empezaron a ordenarles saltos de cien metros hacia arriba, abajo, derecha e izquierda, como podría haberlo hecho un avión que trataba de evitar un misil. Los «Kelt» habían sido en una época verdaderos misiles, pero al retirarlos seis años atrás de la primera línea de servicio, sus cabezas de guerra fueron sustituidas por depósitos adicionales de combustible, quedando relegados a un papel de simuladores de blancos, misión que estaban cumpliendo ahora admirablemente.

—TallYho!

El primer escuadrón de doce «Tomcat» se encontraba en ese momento a doscientos cuarenta kilómetros. Los «Kelt» aparecían claramente en el radar, y los oficiales de intercepción, en el asiento trasero de cada avión de combate, establecieron rápidamente los rumbos hacia los blancos. Los «Kelt» se aproximaban a lo que habría sido normalmente la distancia apropiada para lanzamiento de misiles..., si hubieran sido los bombarderos que todos creían que eran.

Los «Tomcat» lanzaron una descarga de misiles de un millón de dólares «AIM—54C Phoneix», a una distancia de doscientos veinte kilómetros. Los misiles viajaron despidiendo llamaradas hacia sus blancos, dirigidos por los radares de los cazas. En menos de un minuto, los cuarenta y ocho misiles habían derribado treinta y nueve blancos. El primer escuadrón se retiró cuando llegó el segundo a la posición de lanzamiento.

USS NIMITZ.

—Almirante, aquí hay algo que anda mal —dijo Toland en voz baja.

—¿Qué podrá ser?

A Baker le gustaba cómo estaban marchando las cosas. las señales de los bombarderos enemigos iban desapareciendo de su pantalla, del modo que lo habían previsto los juegos de guerra.

—Los rusos están entrando estúpidamente, señor.

—¿ Y qué?

—¡Hasta ahora los soviéticos no han sido nunca tan estúpidos! Almirante, ¿por qué los «Backfire» no están volando supersónicos? ¿Por qué un grupo de ataque? ¿Por qué una dirección?

—Restricciones de combustible —respondió Baker—. Los «Badger» se hallan en el límite de su radio de acción, tienen que entrar directamente.

—¡Pero no los «Backfire»!

—El rumbo es correcto, la cuenta de ataque también.

Baker meneó la cabeza y se concentró en el cálculo táctico.

El segundo escuadrón de cazas acababa de realizar su lanzamiento. Imposibilitados de hacer disparos de frente, la exactitud y efectividad de sus misiles se resintió en parte. Derribaron treinta y cuatro blancos con cuarenta y ocho misiles. Los blancos localizados habían sido ciento cincuenta y siete.

Los escuadrones tercero y cuarto de «Tomcat» llegaron juntos y lanzaron otro grupo. Terminados los últimos misiles «Phoenix», quedaban todavía diecinueve blancos. Los dos escuadrones de caza se colocaron en posición para combatir a los blancos restantes con sus cañones.

—Base Clipper, aquí Jefe SAM— Vamos a tener algunas filtraciones. Recomiendo que empecemos a encender los radares SAM.

—Comprendido, Jefe SAM. Permiso concedido —contestó el coordinador de operaciones tácticas del grupo.

ATLANTICO NORTE.

—Tengo radares de búsqueda aérea, con marcación cero tres siete —informó el oficial de Medidas de Apoyo Electrónico (ESM ') del «Bear»— Nos han detectado. Recomiendo que nosotros también iluminemos.

El «Bear» puso en funcionamiento su radar «Big Bulge».

USS NIMITZ.

—Nuevo contacto de radar. Designación Raid—2...

—¿Qué? —exclamó Baker. Y en seguida llegó una llamada de los cazas.

—Base Clípper, aquí Líder Slugger. Tengo contacto visual con mi blanco. —El comandante del escuadrón estaba tratando de examinar el blanco a través de su cámara de TV de largo alcance; cuando habló de nuevo, era evidente la aflicción en su voz—: Atención, atención, no era un «Badger». ¡Hemos estado disparando contra misiles «Kelt»!

—Raid—2 está formado por sesenta y tres aviones, marcación dos uno siete, distancia uno tres cero millas. Tenemos un radar «Big Bulge» siguiendo a la formación —dijo el anunciador de la CIC.

Toland se encogió cuando localizaron los nuevos contactos.

—Almirante, nos han engañado.

El oficial de operaciones tácticas del grupo estaba pálido mientras se ajustaba los auriculares y abría el micrófono:

—Alerta Aérea Roja. ¡Fuego libre! El eje de ataque es dos uno siete. Todos los buques procedan lo necesario para desenmascarar baterías.

Todos los «Tomcat» se habían alejado atraídos por el combate, dejando a la formación prácticamente desnuda. Los únicos aviones de combate que volaban sobre la formación eran los ocho «Crusader» del Foch, retirados del inventario norteamericano hacía ya mucho tiempo. Respondiendo a una lacónica orden de sus portaaviones, encendieron los posquemadores y partieron como cohetes hacia el Sudoeste en busca de los «Backfire». Demasiado tarde.

El «Bear» ya tenía una imagen clara de las formaciones norteamericanas. Los rusos no podían determinar el tipo de buque; pero les era posible distinguir los grandes de los pequeños, e identificar al crucero misilístico Ticonderoga por sus emisiones características de radar. Los portaaviones tenían que estar muy cerca de él. El «Bear» retransmitió la información a sus camaradas. Un minuto después, los sesenta bombarderos «Backfire» lanzaron sus ciento cincuenta misiles «AS—6 Kingfish» y viraron hacia el Norte con máxima potencia militar. El «Kingfish» no era nada parecido al «Kelt». Impulsado por un motor cohete de combustible líquido, aceleró a novecientos nudos e inició su descenso; su cabeza orientada por radar lo llevaba a una zona preprogramada del blanco, de diez millas de amplitud. Todos los buques del centro de la formación tenían asignados varios misiles.

—¡Vampiro, vampiro! —gritó el anunciador de la CIC, a bordo del Ticonderoga— Nos han lanzado numerosos misiles. ¡Fuego libre!

El oficial de lucha antiaérea del grupo ordenó que se colocara el sistema de armas «Aegis» del crucero en posición totalmente automática. El Tico estaba diseñado y construido pensando exactamente en esa situación. Su poderoso sistema de radar/computadora identificó inmediatamente como hostiles a los misiles que se aproximaban y asignó a cada uno de ellos una prioridad de destrucción. La computadora trabajaba absolutamente sola, libre para disparar según su electrónica voluntad a cualquier cosa definida como amenaza. Los números, símbolos y vectores desfilaban a través de la pantalla táctica principal. Los lanzadores dobles de misiles, de proa y de popa, apuntaban a los primeros blancos y esperaron las órdenes para disparar. El «Aegis» es una obra de arte, el mejor sistema SAM ideado hasta la fecha, pero tenía una debilidad importante: el Tico sólo llevaba noventa y seis misiles superficie-aire

«SM—2»; y los «Kingfish» atacantes eran ciento cuarenta. La computadora no había sido programada para resolver eso.

A bordo del Nimitz, Toland sintió que el portaaviones se inclinaba pronunciadamente al iniciar un violento cambio de rumbo con sus máquinas aceleradas al máximo para impulsar la enorme nave de guerra a más de treinta y cinco nudos. Sus buques escolta Virginia y California, de propulsión nuclear, también estaban siguiendo en sus radares a los «Kingfislí», con sus propios misiles apuntados sobre sus lanzadores.

Los «Kingfish» se encontraban a dos mil cuatrocientos metros de altura y a ciento sesenta kilómetros de distancia, cubriendo mil seiscientos metros en cuatro segundos. Cada uno de ellos había escogido ya un blanco, eligiendo el más grande dentro de sus campos de detección. El Nimitz era el mayor de los buques más cercanos, con sus escoltas misilísticos hacia el Norte.

El Tico lanzó sus primeros cuatro misiles cuando los blancos alcanzaron una distancia de ciento cincuenta y nueve kilómetros. Los cohetes salieron al aire acompañados de una explosión y dejando una estela de humo gris pálido. Apenas habían abandonado los rieles de lanzamiento cuando las plataformas ya estaban verticales y giradas para recibir las nuevas cargas. El promedio de lanzamiento del crucero podía ser de un misil cada dos segundos. Tan sólo tres minutos después, sus depósitos de misiles estaban vacíos. El crucero apareció en la base de un enorme arco de humo gris. las únicas defensas que le quedaban eran las de su sistema de cañones.

Los «SAM» volaban velozmente hacia sus blancos con una velocidad de acercamiento de más de tres mil kilómetros por hora, dirigidos por las ondas reflejadas de los propios radares de control de fuego del buque. A una distancia de ciento cincuenta metros de sus blancos, las cabezas de guerra detonaron. El sistema «Aegis» fue sumamente efectivo. Poco más del sesenta por ciento de los blancos fueron destruidos. Quedaban ahora ochenta y dos misiles atacantes dirigidos a un total de ocho buques.

Otros buques equipados con misiles se unieron al combate. En algunos casos se enviaron dos o tres hacia el mismo blanco, que, por lo general, quedó destruido. El número de «vampiros» atacantes descendió a setenta, después a sesenta, pero esa cantidad no decrecía lo bastante rápido. Todos conocían ahora la identidad de los blancos. Pusieron en funcionamiento poderosos equipos de interferencia. Los buques iniciaron una serie de violentas maniobras, como una extraña danza estilizada, prestando poca atención al mantenimiento de sus posiciones relativas. las probables colisiones en el mar eran ahora la preocupación menor que tenían todos. Cuando los «Kingfish» llegaron a una distancia de treinta kilómetros, todos los buques de la formación empezaron a disparar cohetes chaff [44], que llenaron el entorno con millones de fragmentos aluminizados «Mylar», los cuales quedaron flotando en el aire, creando docenas de nuevos blancos entre los cuales deberían elegir los misiles que se aproximaban. Algunos de los «Kingfish» perdieron el verdadero blanco que hasta ese momento los había atraído y empezaron a cazar fantasmas «Mylar». Dos de ellos se perdieron, y eligieron nuevos blancos en uno de los flancos lejanos de la formación.

La imagen del radar en el Nimitz se oscureció de repente. Los que habían sido diferenciados puntos luminosos que señalaban las posiciones de los buques en la formación, se convirtieron en nubes sin forma. Solamente los misiles se mantenían constantes: eran una V invertida, con vectores lineales que indicaban dirección y velocidad. La última ola de «SAM» destruyó tres más. La cuenta de los vampiros llegaba ahora a cuarenta y uno. Toland contó cinco que se dirigían al Nimitz.

---

[44] El “Chaf” o “Window” es un medio de interferir el radar con nubes de partículas de metal o de plástico metalizado cuyo tamaño guarda relación con la longitud de onda del radar que se desea interferir.

Arriba, las últimas armas defensivas ya estaban siguiendo a los blancos. Eran los cañones «Gatling» de veinte milímetros, equipados con radar, que podían causar la explosión de los misiles atacantes a una distancia inferior a los dos mil metros. Diseñados para operar en forma totalmente automática, los dos cañones de popa del portaaviones levantaron sus tubos en ángulo y empezaron a seguir la trayectoria del primer par de «Kingfish». La pieza de al lado de babor disparó primero; el cañón de seis tubos hizo un ruido similar al de un enorme cierre de cremallera. Su sistema de radar captó y siguió el blanco y siguió a los proyectiles recién disparados, ajustando la puntería para que ambos se encontraran.

El primer «Kingfish» explotó a ochocientos metros del cuarto de babor del Nimitz. Los mil kilogramos del explosivo provocaron el balanceo del buque. Toland lo sintió, preguntándose si la nave no habría sido afectada. A su alrededor, el personal de la Central de Informaciones de Combate se concentraba nerviosa en su tarea. una de las trayectorias de los blancos desapareció de la pantalla. Quedaban cuatro.

El siguiente «Kingfish» se dirigía a la proa del buque, pero los cañones anteriores lo hicieron explotar, aunque demasiado cerca. Muchos fragmentos barrieron la cubierta del portaaviones y mataron a una docena de mecánicos y auxiliares que estaban expuestos.

El número tres se dejó atraer por una nube de señuelo de los chaff y cayó directamente al mar a unos ochocientos metros detrás del buque. Su cabeza de guerra causó fuertes vibraciones en la nave y levantó una columna de agua de trescientos metros de altura.

Los misiles cuarto y quinto llegaban desde atrás, a menos de treinta metros uno de otro. Los cañones de popa los captaron pero no pudieron decidir a cuál de ellos atacar primero. Su mecanismo automático puso el radar en la posición «Reset» (volver a programar) y, con toda petulancia, no atacó a ninguno de los dos. Con un segundo de diferencia entre uno y otro, ambos misiles hicieron impacto, uno en la esquina de popa de la cubierta de vuelo, del lado de babor, el otro sobre el cable de frenado número dos.

Toland fue lanzado a cinco metros y se golpeó contra una consola de radar. Después vio una pared de llamas rosadas que llegaron a lamerlo brevemente. Luego vinieron los ruidos. Primero, el trueno de la explosión. A continuación los gritos. El mamparo posterior de la CIC ya no estaba allí; en su lugar sólo se veía una masa de fuego. A seis metros de donde él se hallaba había hombres envueltos en llamas, que gritaban y se tambaleaban ante sus ojos. El único pensamiento de Toland era huir. Saltó hacia la puerta estanca. Milagrosamente pudo abrirla con la mano y corrió hacia estribor. Los sistemas contra incendio del portaaviones ya estaban funcionando, mojando todo con lluvias de agua salada. Eso le hizo arder la piel cuando salió, con el pelo y el uniforme chamuscados, hacia la pasarela de la cubierta de vuelo. Un marinero le dirigió una manguera cuya fuerza estuvo a punto de hacerle caer por la borda.

—¡Fuego en la CIC! —jadeó Toland.

—¡Dónde diablos no hay! —gritó el marinero.

Toland cayó de rodillas y miró hacia el costado del buque. Recordaba que el Foch había estado al norte de ellos. Ahora había una enorme columna de humo. Mientras observaba, hicieron estallar el último «Kingfish» a treinta metros sobre la cubierta del Saratoga. El portaaviones parecía no haber sufrido daños. A unos cinco kilómetros estaba el Ticonderoga. La superestructura del buque se hallaba destrozada y en llamas; un cohete había explotado a pocos metros. En el horizonte, una bola de fuego anunció la destrucción de un buque más... *Dios mío,* pensó Toland*, ¿no será el Saipan?* Llevaba dos mil infantes de Marina a bordo...

—¡Corra hacia proa, imbécil! —le gritó uno de los hombres que combatían el fuego.

Otro hombre salió a la pasarela.

—Toland, ¿está bien?

Era el capitán Svenson, con la camisa desgarrada y el pecho sangrando por media docena de heridas.

—Sí, señor —respondió Bob.

—Vaya al puente. Dígales que pongan el viento por el través de estribor. ¡Muévase!

Svenson subió de un salto a la cubierta de vuelo. Toland hizo otro tanto y corrió hacia proa. La cubierta estaba llena de espuma contra incendio, resbaladiza como aceite. Toland corrió imprudentemente y cayó varias veces antes de alcanzar la isla del portaaviones. Llegó al puente en menos de un minuto.

—¡El comandante dice que pongan el viento por el través de estribor! —dijo Toland sin aliento.

—¡Ya está por el maldito través! —le espetó el oficial ejecutivo; el suelo del puente estaba lleno de vidrios rotos— ¿Cómo está el comandante?

—Vivo. A popa, combatiendo el incendio.

—¿Y quién diablos es usted? —preguntó el oficial ejecutivo.

—Toland, Inteligencia del grupo. Yo estaba en la CIC.

—Entonces es un bastardo con suerte. El segundo de esos pájaros hizo impacto a cincuenta metros de usted. ¿El comandante salió ileso? ¿Algún otro?

—No sé. Está ardiendo todo como el infierno.

—Parece que a usted le tocó una parte, capitán.

Bob sentía la piel de la cara como si se hubiera afeitado con un trozo de vidrio. las cejas se deshacían al tocarlas.

—Quemaduras superficiales, creo. Me pondré bien. ¿Qué quiere que haga para colaborar?

El oficial ejecutivo señaló el distintivo naval que tenía Toland.

—¿Puede llevar el mando del buque? Muy bien, hágalo. De cualquier manera no queda nada para mandar. Yo voy atrás para hacerme cargo del incendio. las comunicaciones no funcionan, el radar no funciona, pero las máquinas están en buenas condiciones y el casco también. señor Bice, tiene la guardia del puente. El señor Toland tiene el mando —anunció el oficial ejecutivo y se marchó.

Toland jamás había comandado nada mayor que «Boston Whaler» en los últimos diez años, y ahora tenía un portaaviones averiado. Tomó un par de binoculares y miró a su alrededor para ver qué buques navegaban cerca. Lo que contempló lo dejó helado.

El Saratoga era el único buque que parecía intacto, pero, cuando lo observó por segunda vez pudo notar que el mástil de radar estaba torcido. El Foch se hallaba mucho más bajo de lo que debía estar, y ardía de proa a popa.

—¿Dónde se encuentra el Saipan?

—Voló como los fuegos artificiales —replicó el capitán Bice—. ¡Santo Dios, había dos mil quinientos hombres a bordo! El Tico destruyó un misil muy cerca sobre cubierta. El Foch recibió tres impactos, parece que está perdido. Dos fragatas y un destructor también perdidos... ¡así como lo oye! ¡Perdidos! ¿Quién metió la pata? ¿Usted estaba en la CIC, no? ¿Quién metió la pata?

Los ocho «Crusader» franceses estaban entrando en contacto con los «Backfire». Los bombarderos rusos habían encendido los posquemadores y volaban casi a la misma velocidad que los cazas. Los pilotos del portaaviones oyeron cómo desaparecía del aire su buque, y estaban enardecidos a consecuencia de lo que había sucedido; ya no eran los profesionales fríos que operaban aviones desde los buques. Sólo diez «Backfire» se hallaban dentro de su

alcance. Los «Crusader» derribaron a seis de ellos con sus misiles y averiaron a dos más antes de verse obligados a interrumpir el combate.

El USS Caron —el más importante de los buques no dañados— siguió a los rusos con sus radares, pidiendo a los británicos que los interceptaran con sus cazas en el viaje de regreso. Pero los rusos lo habían previsto y efectuaron un amplio rodeo pasando muy lejos hacia el oeste de las Islas Británicas; se encontraron con sus aviones cisterna a seiscientos cincuenta kilómetros al oeste de Noruega.

Los soviéticos ya estaban evaluando los resultados de su misión. La primera batalla importante entre modernos portaaviones y bombarderos armados con misiles ya tenía un ganador y un perdedor. Ambos bandos sabían cuál era cada uno.

El incendio en el Nimitz quedó apagado en menos de una hora. Sin aviones a bordo, los combustibles no abundaban en la nave, y sus posibilidades de lucha contra el fuego eran equivalentes a las de una gran ciudad. Toland llevó el buque de nuevo a un rumbo general este, El Saratoga estaba recibiendo aviones, los reabastecía y los enviaba a tierra menos a los cazas. Tres fragatas y un destructor quedaron atrás en la zona para recoger supervivientes, mientras los grandes buques ponían rumbo a Europa.

—Máquinas todo adelante —ordenó Svenson desde su sillón en el puente— Toland, ¿se siente bien?

—No me quejo.

No tenía sentido hacerlo; el hospital del buque estaba más que lleno con cientos de casos de heridos graves. Aún no se había hecho una cuenta de las bajas, y Toland no quería pensar en eso.

—Usted tenía razón —dijo el comandante, con voz apagada y un tono de indignación— Usted tenía razón. Lo presentaron demasiado fácil, y nosotros caímos en la trampa.

—Habrá otro día, comandante.

—¡...Maldito si tiene razón! ¡Ya lo creo que lo habrá! Hemos puesto rumbo a Southampton. Vamos a ver si los británicos pueden arreglar una cosa grande como ésta. Mi gente todavía está ocupada a popa. ¿Cree que puede llevar el comando un rato más?

—Sí, señor.

El Nimitz y sus escoltas nucleares navegaban a velocidad máxima, cerca de cuarenta nudos, y pronto dejaron atrás la formación. Una maniobra temeraria, adelantarse, demasiado rápido para las patrullas antisubmarinas; pero cualquier submarino habría tenido que moverse realmente muy aprisa para alcanzarlos.

21. MARTILLO NÓRDICO.

COLINA 152, ISLANDIA.

—Sé que eso fue un caza, y tenían que ser más de uno —dijo Edwards.

Estaba lloviendo de nuevo, probablemente por última vez. Hacia el sudoeste las nubes habían empezado a abrirse, y sobre el horizonte se veía un asomo de cielo claro. Edwards permanecía sentado inmóvil, cubierto con su casco y su manta, contemplando cielo y tierra a la distancia.

—Creo que tiene razón, señor —respondió Smith.

El sargento se hallaba nervioso. Llevaba casi veinticuatro horas en lo alto de aquella colina, mucho tiempo para mantenerse en una misma posición en terreno hostil. El momento mejor para haberse marchado habría sido durante los fuertes chaparrones, que limitaban la visibilidad a unos pocos cientos de metros. Pronto el cielo estaría claro otra vez, y no se oscurecería de nuevo por bastante tiempo. Tal vez como se presentaban las cosas, seguirían sentados en lo alto de la colina, con sus mantas camufladas que los mantenían secos en parte y abatidos por completo.

Una fuerte lluvia que caía en esos momentos al Norte les impedía ver Reykiavik, y apenas podían distinguir Hafnarfjórdur un poco hacia el Oeste; eso preocupaba al sargento, que quería saber lo que estaba haciendo Iván. ¿Qué pasaría si detectaran la radio de Edwards y empezaban a hacer triangulaciones sobre ella? ¿Y si salían las Patrullas?

—¿Teniente?

—¿Sí, sargento?

—De un lado tenemos esas líneas telefónicas, y del otro, esos cables de energía eléctrica...

—¿Quiere hacer volar algo? —sonrió Edwards.

—No, señor, pero Iván va a empezar a patrullar muy pronto a fin de vigilarlas, y éste no es un buen lugar para que los nuestros nos encuentren.

—Se supone que tenemos que observar e informar, sargento —dijo Edwards sin convicción.

—Sí, señor.

Edwards consultó su reloj. Eran las diecinueve cincuenta y cinco Zulú. Doghouse podía querer hablar con ellos, aunque todavía no los había llamado. Sacó la radio de la mochila, armó la antena con empuñadura de pistola yse colocó los auriculares. A las diecinueve cincuenta y nueve la encendió y empezó a recibir la onda portadora del satélite.

—Doghouse llamando a Beagle. Doghouse llamando a Beagle. ¿Me recibe? Cambio.

—Vaya, qué les parece.

Movió la llave del transmisor para conectarlo.

—Recibido, estamos aquí, Doghouse.

—¿Algo nuevo para informar?

—Negativo, a menos que quiera saber sobre la lluvia. La visibilidad ha disminuido. No podemos ver mucho.

El oficial de guardia en comunicaciones, en Doghouse, observó la carta del tiempo. De modo que realmente estaba lloviendo allá. No había podido convencer a su jefe de que se podía confiar en Beagle. Edwards había contestado todas las preguntas con que lo habían probado los tipos de contrainteligencia. Hasta habían usado un analizador de emoción en la voz, sobre las cintas grabadas de sus respuestas. La aguja había permanecido clavada durante la última contestación sobre su amiga. Eso no había sido fingido. Les habían transmitido por facsímil copias de la parte de interés de su legajo personal. Quinto en orden de mérito de su clase en Colorado Springs. Muy bueno en los estudios de matemáticas e ingeniería, y sobresaliente en los de posgrados sobre meteorología. Durante su permanencia en Colorado Springs había ido perdiendo agudeza visual hasta empeorar lo suficiente como para que no le permitieran volar. Lo consideraban tranquilo e introvertido, pero era evidentemente apreciado por sus compañeros de clase. No se trataba de uno de esos tipos guerreros, decía el perfil psicológico. ¿Cuánto tiempo duraría el muchacho?

KEFLAVIK, ISLANDIA.

Estaba volando un «MiG-29». Los otros se hallaban en los refugios que los norteamericanos acababan de construir cerca del final de la pista once. La misión del caza era doble. Por un lado, avión de patrulla aérea de combate para el caso de que detectaran la proximidad de un ataque aéreo; pero, lo que era más importante aún, lo estaban siguiendo con suma atención los controladores del radar terrestre que necesitaba calibración. El terreno irregular de Islandia producía problemas en el rendimiento de los radares y, al igual que con los misiles superficie-aire, los propios instrumentos habían sufrido bastante en el viaje a bordo del Fucik. El caza volaba en círculos alrededor del aeropuerto mientras los operadores de radar comprobaban si lo que les decían sus instrumentos era correcto.

Todos los aviones de caza se encontraban repletos de combustible y armados, y sus pilotos descansaban cerca de ellos en camastros. En esos momentos, los auxiliares estaban cargando combustible en el bombardero «Badger» que había proporcionado a los cazas apoyo electrónico y de navegación. Pronto partiría nuevamente para traer con él nueve más. El destacamento de la fuerza aérea estaba terminando con rapidez su tarea de limpiar la zona útil para el vuelo. Todas las calles de aterrizaje y despegue, menos una, habían quedado ya libres de fragmentos y obstáculos. Los restos de los aviones norteamericanos fueron retirados del pavimento con topadoras. La tubería principal de combustible se hallaría reparada en una hora, según decían los ingenieros.

—Un día de mucho trabajo —comentó el mayor al comandante de los cazas.

—Todavía no ha terminado. Voy a sentirme mejor cuando llegue el resto del regimiento —observó el coronel con voz tranquila— Ya deberían habernos atacado.

—¿Cómo espera que nos ataquen?

El coronel se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo. Si realmente se propusieran cerrar esta pista, usarían una cabeza nuclear.

—¿Siempre es tan optimista, camarada coronel?

Faltaba una hora para el ataque. Los dieciocho bombarderos «B-52H» habían despegado de Luisiana hacía ya diez horas y aterrizado para reabastecer de combustible en la base de la Fuerza Aérea de Sondrestrom, en la costa oeste de Groenlandia. Unos ochenta kilómetros delante de ellos volaba un avión de interferencia electrónica «Raven EF-111» y cuatro «F-4 Phantom» creados para ataques a las defensas.

El proceso de calibración del radar estaba a la mitad, aunque lo hecho era la parte más fácil. El caza que aterrizara pocos minutos antes había estado volando en círculos ovales como los de una pista de hipódromo, desde el norte absoluto pasando por el horizonte oeste hasta el sur absoluto con respecto a Keflavik. La zona del oeste de la base, aunque no exactamente llana, sólo tenía unas lomas rocosas de muy poca altura. Después venía la parte difícil, comprobar la cobertura del radar en el arco oriental, sobre el centro montañoso de Islandia, una colección de montañas que iban aumentando de altura hacia el elevado pico central de la isla, Otro «Fulcrum» despegó de la pista para iniciar su tarea; su piloto se preguntaba cuánto tiempo le llevaría fijar en el mapa los ángulos muertos, zonas oscuras para la cobertura del radar debido a los valles profundos y escarpados y que un avión atacante podría usar para ocultar su aproximación a Keflavik.

Los oficiales de radar estaban rastreando lugares de dificultades probables en sus mapas topográficos cuando uno de los operadores gritó una alarma. Sus limpias pantallas de radar

acababan de convertirse en un embrollo debido a poderosas interferencias electrónicas. Sólo podía significar una cosa.

Las bocinas de alarma sonaron en los refugios de los cazas en el extremo de la pista once. Los pilotos de los aviones, que habían estado dormitando o jugando al dominó, se pusieron de pie de un salto y corrieron hacia sus máquinas.

El oficial de la torre levantó el teléfono de pista para dar una alerta más exacta a los cazas; luego, llamó al comandante de la batería de misiles:

—¡Ataque aéreo inminente!

Por toda la base, los hombres corrían para entrar en acción. Los mecánicos y auxiliares de tierra de los aviones de combate oprimieron los arrancadores incorporados de cada avión poniendo en marcha los motores jet, aun antes de que los pilotos terminaran de instalarse en las cabinas. La batería «SAM» encendió sus sistemas de búsqueda y control de fuego mientras los vehículos de lanzamiento hacían girar sus misiles hasta la posición de disparo.

Apenas debajo del horizonte del radar, dieciocho bombarderos «B-52H» acababan de conectar sus sistemas de interferencia ECM.[45] Estaban desplegados en seis grupos de tres aviones cada uno. El primero pasó rozando la cumbre del Monte Snaefells, a unos cien kilómetros al norte de Keflavik, y el resto se aproximaba en semicírculo, ocupando todo el lado oeste del compás y convergiendo sobre el blanco detrás de una pared de ruido electrónico producido por sus propios sistemas y los de apoyo del «Raven EF-111».

El avión de caza ruso que acababa de despegar tomó altura; el piloto mantenía apagado su radar mientras exploraba visualmente el cielo, esperando información de intercepción procedente del radar instalado en tierra. Sus camaradas todavía estaban rodando fuera de sus refugios; iniciaban la carrera de despegue y abandonaban en seguida el suelo. El avión que había aterrizado unos minutos antes fue hasta un puesto de carga de combustible. Su piloto gesticulaba e insultaba a los hombres de tierra, que se esforzaban por llenar el depósito. Con las prisas, derramaron más de treinta litros de combustible sobre el ala. Asombrosamente no se encendieron, y una docena de hombres corrieron con extintores de CO2 para evitar una explosión: el caza estaba cargado al completo.

[45] Contramedidas Electrónicas.

COLINA 152, ISLANDIA.

Edwards estiró el cuello al oír el ruido, el zumbido característico de los aviones jet de caza. Vio una oscura estela de humo que se acercaba desde el Este, y las siluetas pasaron a menos de un kilómetro y medio. las figuras parecían pesadas por la carga exterior de armamento, y las punteras de ala dobladas hacia arriba hacían fácil la identificación.

—¡Son «F-4»! —gritó entusiasmado— ¡Son gente nuestra!

Eran jets «Phantom» de la Guardia Aérea Nacional de Nueva York, configurados como «Wild Weasel SAM—killers»[46]. Mientras la atención de los rusos se concentraba en el ataque convergente de los bombarderos, ellos se aproximaron en vuelo casi rasante sobre los cerros y pegándose al suelo en los valles, aprovecharon las irregularidades del terreno para evitar que los detectaran al acercarse. En cada avión el hombre del asiento trasero, contó los radares de misiles y eligió los blancos más peligrosos. Cuando se encontraban a unos quince kilómetros de Keflavik, se elevaron por sorpresa hasta la altura apropiada y dispararon una ráfaga de misiles antirradar «Standard ARM».

Los rusos fueron cogidos desprevenidos. Empeñados en dirigir su fuego de misiles a los bombarderos, no esperaron un ataque de dos partes. No detectaron los misiles que ya se les habían lanzado. Tres de los «ARM» alcanzaron sus blancos destruyendo a dos radares de búsqueda y un vehículo de lanzamiento. Un comandante de lanzamiento dio una vuelta completa a su vehículo y lo apuntó a mano contra el nuevo atacante. Los «Phantom» interfirieron su radar de control de fuego y dejaron atrás una serie de nubes de chaff, cuando se hallaban a una altura de diez metros sobre el suelo. Mientras cada piloto volaba hacia la zona de blancos que le habían asignado, realizó simultáneamente una rápida inspección visual. Uno de ellos vio un lanzador «SAM» intacto y a él se dirigió, dejando caer latas de bombas, racimos «Rockeye» que cayeron cortas pero se liberaron más de cien pequeñas bombas y fragmentos en toda la zona. El lanzador «SA-11» explotó inmediatamente; sus operadores jamás supieron qué había pasado. A mil metros de distancia, detrás del lanzador, había un vehículo móvil con un cañón antiaéreo. «El Phantom» lo atacó con su propio cañón, dañándolo totalmente antes de pasar rozando y cruzar el resto de la península para escapar nuevamente al mar, dejando una nube de chaff y bengalas en su estela. Había sido una perfecta misión Weasel hasta la última letra. Los cuatro aviones desaparecieron antes de que los operadores soviéticos de los misiles fueran capaces de reaccionar. Los dos «SAM» que alcanzaron a disparar explotaron sin causar daños en nubes de señuelos chaff. La batería había perdido dos tercios de sus vehículos de lanzamiento y todos sus radares de búsqueda. Tres de los cañones móviles también estaban destruidos o dañados. Los bombarderos se hallaban a unos treinta kilómetros de distancia apenas, y sus poderosos sistemas de interferencia «ECM» ahogaban a los radares soviéticos en ruidos electrónicos.

Pero no podían anular a los radares de los cañones móviles. El nuevo sistema tenía un radar para el cual ellos no estaban equipados; pero no importaba. Esos cañones habían sido diseñados para trabajar con pequeños aviones de caza, y cuando sus radares trataron de aferrarse a los enormes bombarderos se encontraron con un blanco tan grande que sus señales de radar variaban de un lugar a otro. las computadoras no podían decidir cuál era la distancia al blanco y continuaron reciclándose automáticamente, y tornando inútil todo el conjunto electrónico. Los operadores de los cañones no se cansaron de insultar y cambiaron el control de fuego a la posición manual, usando sus ojos para apuntar a los inmensos blancos que se acercaban.

[46] “Wild Weasel” ó “SAM Killer”: en la jerga de la Fuerza Aérea de los EEUU es un avión configurado para atacar a los sistemas de defensa antiaérea y los radares del enemigo.

Los bombarderos se elevaron de pronto a doscientos sesenta metros, esperando poder evitar lo peor del fuego de cañones y escapar sin pérdidas. No los habían prevenido sobre la posible presencia de aviones de caza. Su misión consistía en destruir Keflavik antes de que los cazas pudieran aterrizar allí.

Ahora fueron los soviéticos quienes dieron la sorpresa. Los «Fulcrum» picaron desde el sol sobre los bombarderos. Sus radares de control de fuego resultaron casi innecesarios al acercarse; pero la mitad de sus misiles eran guiados por el sistema infrarrojo, y los bombarderos norteamericanos desprendían suficiente calor como para atraer la atención de un ciego hacia una estufa.

La escuadrilla de tres aviones que atacaba con rumbo sur no los vio venir. Dos de ellos explotaron en el aire al recibir impactos directos de misiles. El tercero pidió por radio cubierta aérea a los cazas propios y comenzó a efectuar maniobras evasivas violentas..., demasiado violentas. Tardó mucho en sacar el avión de la segunda picada y se desintegró contra el suelo al norte de Keflavik en una bola de fuego visible desde la posición de Edwards a cincuenta kilómetros de distancia.

Los pilotos rusos estaban viviendo el sueño de un cazador. Los ocho aviones tenían sus blancos individuales, y se separaron para atacar cada uno el suyo antes de que Keflavik recibiera demasiados impactos de bombas. Los tripulantes de los bombarderos se habían lanzado contra sus blancos. Era demasiado tarde para escapar, y lo único que podían hacer era rogar que sus cazas volvieran y los salvaran.

Los cañones emplazados en tierra se unieron al combate. Dispararon con punterías hechas con miras abiertas, un joven sargento hizo blanco en un bombardero en el instante en que dejaba caer su mortífera carga. El compartimiento de bombas recibió una docena de proyectiles, y la pesada aeronave desapareció del cielo en una explosión ensordecedora que sacudió el suelo y averió además a otro «B-52». Los operadores de un lanzador de misiles lograron cambiar el sistema de control de su arma a la posición secundaria infrarroja, y dispararon un solo cohete a un bombardero. Le dieron instantes después de lanzar las bombas. El ala del bombardero estalló en llamas y el avión empezó a perder altura en dirección al Este dejando atrás un verdadero río de humo negro.

Edwards y su grupo observaron cómo se aproximaba a su colina: un monstruo herido cuya ala derecha desprendía una estela de combustible encendido. El piloto estaba tratando de mantener la altura para que su tripulación pudiera lanzarse; pero los cuatro motores del lado derecho no funcionaban y el ala incendiada se quebró. El bombardero pareció vacilar en el aire y luego cayó rodando hacia la ladera oeste de la Colina 152. Ninguno de los tripulantes pudo escapar. Edwards no tuvo que dar ninguna orden. En cinco segundos, sus hombres habían recogido sus cosas y ya estaban corriendo hacia el Noroeste.

Los bombarderos restantes se hallaban todos sobre el blanco y pidiendo ayuda a gritos a sus cazas escolta. Ocho lograron lanzar con éxito sus cargas de bombas antes de virar y alejarse de la zona. Los cazas soviéticos ya habían informado la destrucción de cinco, y las tripulaciones supervivientes estaban desesperadas por escapar del inesperado peligro. Los rusos se quedaron sin misiles, e intentaron atacar con sus cañones, lo cual era peligroso para ellos. Los «B-52» tenían sus artilleros de cola y uno de los «Fulcrum» resultó averiado por fuego de ametralladora y tuvo que abandonar el combate.

El elemento final de confusión fue el regreso de los «Phantom» norteamericanos. Cada uno de ellos sólo llevaba tres misiles «Sparrow», todos los cazas soviéticos recibieron los avisos de alarma de sus sistemas de defensa. Los «Fulcrum» se dispersaron frente a los doce «Sparrow» que los atacaban y picaron para pegarse al suelo. Cuatro de ellos terminaron su picada justo sobre el grupo de Edwards y pasaron luego muy bajo sobre un «B-52» estrellado al este de Hafrarfjúrdur. Cuando volvieron a tomar altura el cielo estaba otra vez limpio. A los «Phantom» les quedaba poco combustible. No pudieron continuar su ataque y viraron para regresar sin haber logrado destruir un solo avión. Los bombarderos que aún quedaban se

hallaban ahora ocultos a salvo en medio de la nube de interferencia electrónica. Los soviéticos volvieron a formar y regresaron a Keflavik.

La primera impresión que tuvieron fue mala. Un total de doscientas bombas habían caído dentro del perímetro de la base aérea, y nueve de ellas dieron en las pistas de aterrizaje. Pero la pista once estaba intacta. Mientras ellos observaban, el solitario «Fulcrum» abandonó el suelo y ascendió rugiendo; su piloto temblaba de ira exigiendo un vector hacia el blanco. Le ordenaron patrullar mientras el resto del escuadrón aterrizaba para reabastecerse de combustible.

La primera batalla tuvo resultados mixtos. Los norteamericanos perdieron la mitad de su fuerza de bombardeo en pago por haber dañado tres de las cinco pistas de aterrizaje de Keflavik. Los soviéticos sufrieron la destrucción de la mayor parte de su batería de «SAM» para obtener ganancias muy reducidas, pero Keflavik seguía todavía operable. El personal logístico ya estaba corriendo en busca del equipamiento de reparación de pistas que los norteamericanos habían abandonado. Cerca del extremo de cada una de ellas había montañas de grava, y una media docena de refugios contenían mallas de acero. El equipo pesado de topadoras limpiaría de escombros y rellenaría con ellos los agujeros, los nivelaría y luego los cubriría con grava y mallas de acero. Keflavik había sufrido daños, pero sus pistas estarían utilizables antes de la medianoche.

USS PHARRIS.

—Creo que esta vez es cierto, señor —dijo en voz baja el oficial de lucha antisubmarina.

La línea de caracteres coloreados en la presentación del sonar pasivo había durado siete minutos. La marcación iba cambiando lentamente hacia atrás, como si el contacto estuviese navegando en dirección al convoy, pero no hacia la fragata Pharris.

La fragata avanzaba a doce nudos, y sus sistemas Prairie/Masker estaban en funcionamiento. Ese día eran mejores las condiciones para el sonar. una definida variación de gradiente térmico a sesenta metros de profundidad formaba una capa que impedía la utilización del sonar de superficie. La Pharris podía descolgar por debajo de ella su equipo de sonar de arrastre, y las temperaturas inferiores del agua allá abajo formaban un excelente canal de sonido. Y lo mejor era que la capa actuaba en ambas direcciones. El sonar de un submarino tendría tantas dificultades para penetrar las capas de gradiente térmico como un sonar de superficie. La Pharris sería virtualmente indetectable para un submarino que se encontrara debajo de la capa.

—¿Cómo se ve? —preguntó el oficial de acción táctica.

—Está afirmándose —respondió el especialista de lucha antisubmarina— Siempre el problema de la distancia. Dadas las condiciones del agua y el rendimiento conocido de nuestro sonar, su mejor indicación nos dará una distancia de contacto de cinco a catorce millas en rumbo directo, o hacia el interior de la primera zona de convergencia. Eso predice de diecinueve a veintitrés millas...

Una zona de convergencia es una jugarreta de la física. El sonido que viaja por el agua se irradia en todas direcciones. El ruido que se desplazaba hacia abajo era gradualmente desviado por la temperatura y la presión del agua en una serie de curvas, que se levantaban hacia la superficie para volver a desviarse hacia abajo una vez más. Si bien la fragata podía oír ruidos a una distancia de unas catorce millas náuticas, la zona de convergencia tenía la forma de una corona (el área entre dos círculos concéntricos), una masa de agua con la forma de una cámara de automóvil que empezaba a diecinueve millas y terminaba a veintitrés. La separación con respecto al submarino era desconocida; pero probablemente no sería mayor de veintitrés millas. Eso resultaba ya demasiado cerca. El submarino podía atacarlos, a ellos o al convoy que custodiaban, con torpedos o con misiles superficie-superficie, una tecnología en la cual los soviéticos eran precursores.

—¿Recomendación, caballeros? —preguntó Morris.

El oficial de acción táctica fue el primero en hablar.

—Pongamos arriba el helicóptero para la solución cercana, y consigamos que un «Orion» trabaje en la lejana.

—Suena bien —coincidió el oficial de lucha antisubmarina.

En menos de cinco minutos, el helicóptero de la fragata se hallaba a cinco millas lanzando sonoboyas del tipo «Lofar». Al dar en el agua, estos equipos que constituían verdaderos sonares pasivos en miniatura desplegaban un transductor de sonar no direccional, a una profundidad prefijada. En este caso, todos quedaron encima de la capa del gradiente térmico para determinar si el blanco se encontraba cerca. La información fue transmitida a la central de informaciones de combate de la Pharris: nada. Sin embargo, el sonar pasivo todavía mostraba un submarino, o algo que sonaba como un submarino. El helicóptero empezó a tomar distancias, lanzando sonoboyas a medida que se alejaba.

Después llegó el «Orion». La aeronave de cuatro motores recorrió en vuelo bajo el rumbo determinado por la marcación del blanco según lo informado por la fragata. El «Orion» llevaba más de cincuenta sonoboyas, y en seguida comenzó a lanzarlas en pares, tanto arriba como debajo de la capa térmica.

—Recibo una señal débil de la número seis y una mediana de la número siete —informó un operador de sonar en cuya voz se apreciaba entusiasmo.

—Comprendido, solicito confirmación —dijo el coordinador táctico en el «Bluebird-Tres» y aunque hacía seis años que estaba actuando en la especialidad de lucha antisubmarina, también se mostró excitado— Vamos a empezar a hacer pasadas con el MAD[47].

—¿Quiere que nuestro helicóptero intervenga con usted?

—Afirmativo; pero dígale que se mantenga bajo.

Segundos después, el helicóptero «SH-2F Sea Sprite» de la fragata aceleró con rumbo norte; su detector de anomalías magnéticas colgaba mediante un cable de un soporte en el costado derecho de la aeronave. En lo esencial, era un magnetómetro sumamente sensible que podía detectar perturbaciones en el campo magnético de la tierra causadas por un elemento metálico de grandes proporciones..., como el casco de acero de un submarino.

—La señal del número seis es ahora medianamente fuerte. La del número siete se mantiene mediana.

El grupo de hombres de localización interpretó esto como una indicación de que el submarino se dirigía hacia el Sur.

—Puedo darle una cifra de distancia para trabajar —dijo el ASW al TAO[48]—. Cuarenta y dos a cuarenta y cinco mil metros; marcación tres cuatro cero a tres tres seis.

La fragata transmitió esto en el acto al «Orion». Mientras los observaban en el radar, el «P-3C» dividió en cuartos la zona, volando trayectos precisos a través de los sectores de océano definidos por la información del sonar de la Pharris como posibles situaciones del submarino. Un sistema de computadoras exploraba las líneas a medida que se extendían hacia el Sur.

—Pharris, aquí Bluebird. Nuestra información indica que no hay submarinos propios en la zona. Por favor confirme, cambio.

—Recibido, Bluebird, comprendido. Confirmamos que no existen informes sobre elementos propios en la zona.

Morris lo había comprobado personalmente media hora antes.

—La intensidad de la señal aumenta en el número seis. Y ahora tenemos una señal débil en el número cinco. El número siete se va desvaneciendo. —En esos momentos el técnico luchaba ya por mantenerse profesionalmente impasible.

—La distancia se afirma. Velocidad estimada del blanco unos ocho nudos, distancia cuarenta y tres mil metros.

—¡Ruido breve! ¡Ruido breve! —gritó el operador de sonar del buque.

Desde el punto de marcación del blanco había llegado un ruido metálico fugaz. una escotilla que se cerraba, una herramienta que se caía, una puerta de tubo de torpedo que se abría..., algo había provocado ese sonido decididamente causado por un hombre.

—Confirmo ruido mecánico pasajero, recibido desde las boyas cinco y seis —informó inmediatamente el avión.

---

[47] Magnetic Anomaly Detector = Detector de Anomalías Magnéticas

[48] Tactical Action Officer = Oficial de Acción Táctica

—Confirmado —contestó el oficial de acción táctica de la Pharris—. También lo escuchamos en el sonar de remolque. Esta vez evaluamos el contacto como submarino, positivamente.

—De acuerdo —replicó el «Orion»— Clasificación positiva submarino rojo... ¡Operador del MAD! Operador del MAD! ¡Largue el humo! Tenemos un contacto en el MAD.

Una figura grande en forma de espina apareció en la presentación del MAD. Instantáneamente uno de los tripulantes accionó una llave para dejar caer un marcador de humo, y el avión se cerró en un escarpado viraje a la derecha para volar en círculo sobre el punto de contacto.

—¡Localizado!

El oficial de acción táctica marcó la posición en su pantalla de situación táctica con una gran letra V.

El helicóptero se acercó velozmente al punto de contacto mientras el «Orion» volvía a virar.

—¡Operador del MAD —gritó su operador de sistemas, y el helicóptero lanzó su propia bomba de humo, ligeramente al Sudoeste de la que había lanzado el «Orion».

Ahora estaban transmitiendo la información a los directores de ataque con torpedos y cohetes antisubmarinos de la fragata. Ninguno de ellos tenía siquiera la distancia para calcular el lanzamiento al blanco; pero eso podría cambiar muy pronto.

—Paciencia —murmuró Morris en su sillón de la CIC, y luego dijo en voz alta—: Tómense tiempo, muchachos. Vamos a aferrar bien a este tipo antes de dispararle.

El coordinador táctico del «Orion» estuvo de acuerdo, esforzándose por relajarse y tomarse el tiempo que fuera necesario. El «P-3» y el helicóptero hicieron otra carrera de MAD, de Norte a Sur, y ambos obtuvieron la línea del rumbo del blanco. Después efectuaron otra carrera de Este a Oeste. Al principio, ambos erraron; pero en la segunda carrera lo detectaron. El contacto ya no era algo. Ahora era una cosa definida, un submarino conducido por un hombre. El control de la operación pasaba ya exclusivamente al coordinador táctico del «Orion». El gran avión patrullero seguía describiendo círculos a tres kilómetros de distancia mientras el helicóptero se alineaba para la pasada final. El piloto controló cuidadosamente la presentación táctica en su pantalla, después clavó los ojos en el compás giroscópico.

El helicóptero inició la última pasada de MAD, con el «Orion» detrás de él a tres kilómetros.

—¡Operador MAD, operador MAD, afuera el humo!

Cayó el último marcador de humo, una bengala verde que flotaba en la superficie. El «Sea Sprite» se inclinó violentamente a la derecha para despejar el área mientras el «Orion» entraba volando bajo. El piloto observó la inclinación del humo para deducir la deriva causada por el viento mientras él se alineaba sobre el blanco. las compuertas de alojamiento de bombas del «P-3C» se abrieron. Un solo torpedo «Mk-46 ASK» estaba armado para lanzamiento.

—¡Torpedo fuera!

El torpedo cayó limpiamente y su paracaídas de frenado salió por la cola y se abrió para asegurarse de que el arma entrara en el agua con la punta hacia abajo. El «Orion» lanzó además una sonoboya adicional, esta vez una DIFAR direccional.

—Señal fuerte, marcación uno siete nueve.

El torpedo se sumergió a sesenta metros antes de iniciar su búsqueda circular. Su sonar de alta frecuencia se conectó en forma automática cuando alcanzó la profundidad de búsqueda. las cosas empezaron a suceder rápidamente.

El submarino había ignorado por completo la actividad que se desarrollaba por encima de él. Era un antiguo «Foxtrot». Demasiado viejo y demasiado ruidoso para operaciones de primera línea; sin embargo estaba allí, esperando alcanzar al convoy que, según le informaron, se hallaba hacia el Sur de su posición. Su operador de sonar había notado e informado una posible caída de un objeto en el agua, sobre ellos, pero el comandante estaba ocupado buscando la posición del convoy al que le habían ordenado acercarse. El sonar de orientación del torpedo cambió la situación. Instantáneamente, el «Foxtrot» pasó a velocidad máxima, virando a la izquierda con gran brusquedad, en una maniobra de evasión previamente calculada. El ruido en repentino aumento de la rotación de sus hélices resultó inconfundible para varias sonoboyas y el sonar táctico de la Pharris.

El torpedo estaba en posición de emitir y escuchar, usando ambos sonares, el activo y el pasivo, para encontrar su blanco. Cuando completó su primer círculo, los receptores pasivos que llevaba instalados en la punta oyeron los ruidos del submarino y quedaron automáticamente atraídos hacia ellos. Pronto las emisiones pings del sonar activo empezaron a reflejarse desde la popa del submarino mientras éste serpenteaba a izquierda y derecha tratando de escapar. El torpedo pasó automáticamente a emisiones activas pings continuadas, aumentando a máxima velocidad al encontrarse orientado irremisiblemente hacia su blanco..., como el despiadado robot que era.

Los operadores de sonar del avión y de la fragata tuvieron las mejores imágenes de lo que estaba pasando. Mientras observaban, las líneas de marcación del submarino y del torpedo empezaron a converger. A quince nudos, el «Foxtrot» era demasiado lento para escapar del torpedo que se desplazaba a cuarenta nudos. El submarino inició una serie de violentos virajes mientras el torpedo lo perseguía. El «Mk-46» erró su primer intento de impacto por seis metros, e inmediatamente giró para un nuevo intento. Entonces, el comandante del submarino cometió un error. En vez de continuar su vuelta a la izquierda, la invirtió, con la esperanza de confundir al torpedo atacante. Y se cruzó directamente en su trayectoria...

Exactamente encima de ellos, la tripulación del helicóptero vio que el agua parecía saltar, luego se llenó de espuma, y finalmente la onda expansiva de la explosión llegó a la superficie.

—Tenemos detonación de cabeza de guerra —informó el piloto.

Un momento después, su operador de sistemas lanzó una sonoboya pasiva. El sonido les llegó en menos de un minuto.

El «Foxtrot» estaba muriendo. Oyeron los ruidos del aire soplado a sus tanques de lastre y de la potencia máxima de sus motores eléctricos; sus hélices luchando por superar el peso del agua que entraba en el casco, para poder impulsar el submarino hasta la superficie. De pronto, los ruidos del motor cesaron. Dos minutos después oyeron el chirrido metálico de los mamparos interiores que se destrozaban por la presión del agua mientras el sumergible caía por debajo de la profundidad de destrucción por aplastamiento.

—Aquí Bluebird. Anotamos una destrucción total. ¿Puede confirmar? Cambio.

—Comprendido, Bluebird —respondió el oficial de lucha antisubmarina— Escuchamos ruidos de aire soplado y desgarramientos metálicos. Confirmamos su destrucción.

Los tripulantes gritaron vivas, olvidando el decoro que debía acompañar al servicio de la CIC.

—¡Muy bien! Uno menos de quien preocuparse. Haremos un buen informe de ustedes sobre su ayuda en esta destrucción, Pharris. Buen trabajo de sus sonaristas y del helicóptero. Cambio y corto.

El «Orion» aumentó la potencia y regresó a su posición de patrullaje, delante del convoy.

—¡Su ayuda...! ¡Mierda! —protestó el oficial de lucha antisubmarina—. Ese contacto lo hicimos nosotros. Y podríamos haber lanzado el torpedo sobre el submarino con la misma facilidad con que él lo hizo.

Morris le tocó el hombro y ambos subieron la escala hasta el puente de navegación. Los tripulantes que se hallaban allí eran todo sonrisas. El suboficial contramaestre pronto pintaría la mitad de un submarino rojo cerca de la puerta del puente de navegación. Todavía no se les había ocurrido la idea de que habían ayudado a matar cien hombres jóvenes no muy diferentes de ellos mismos, que vieron interrumpirse sus vidas por la aplastante presión del Atlántico Norte.

—¿Qué es aquello? —gritó un vigía— ¡Posible explosión por el través de estribor!

Morris alzó sus binoculares y corrió hacia la puerta abierta. El vigía estaba señalando.

Una columna de humo negro se elevaba hacia el cielo desde la posición donde navegaba el convoy. Alguien más acababa de lograr su primera destrucción total.

USS NIMITZ.

Toland nunca había visto trabajar tantos soldadores juntos. Bajo la supervisión del oficial ejecutivo y tres expertos en control de averías, varios tripulantes estaban usando soldadores de acetileno para cortar las partes dañadas de la cubierta de vuelo del Nimitz y sus columnas de acero de soporte. Lo que pareció ya bastante malo resultó peor después de una detenida y cuidadosa inspección.

Seis de los enormes recuadros debajo de la cubierta de vuelo habían sufrido deterioros, y los daños se extendían hasta dos cubiertas más abajo. La tercera parte del suelo del hangar estaba quemada. Casi toda la red de abastecimiento de combustible de los aviones y el sistema íntegro de elevadores para armamento tenían que ser reparados. La Central de Informaciones de Combate había desaparecido, y con ella todas las computadoras y equipos de comunicaciones necesarios para que la nave pudiera intervenir en combate. Los mecanismos de los cables de frenado iban a tener que ser remplazados en su totalidad. El radar principal de búsqueda tampoco existía. Y la lista continuaba.

Algunos remolcadores empujaron al portaaviones herido para hacerle entrar en la dársena oceánica de Southampton, tarea doblemente difícil por la inclinación de diez grados que tenía la nave. Desde el enorme casco del portaaviones caía el agua como de un acantilado, casi una catarata, mientras más agua penetraba por abajo a las sentinas. Ya estaban a bordo un experto de alta jerarquía en materia de reparaciones, perteneciente a la Marina Real, y el jefe del astillero de reparaciones navales Vosper, inspeccionando los daños de la parte inferior y catalogando los materiales necesarios para poner al buque en condiciones de operar. El capitán de navío Svenson observaba el lanzamiento de los cabos hacia el muelle para asegurar la nave. Toland pudo notar que estaba indignado. De sus hombres, había quinientos muertos comprobados, otros trescientos heridos, y la cuenta aún no había terminado de completarse. las pérdidas más serias se habían producido entre el personal auxiliar que prestaba servicios en la cubierta de vuelo, muchos de cuyos refugios habían sido destruidos por los dos misiles soviéticos. También ellos tendrían que ser remplazados antes de que el Nimitz pudiera zarpar y pelear nuevamente.

—Toland, usted deberá viajar a Escocia.

—¿Perdón, señor?

—Se ha modificado la organización del ala aérea, que ha quedado dividida. Los cazas y los «Hawkeye» van a ir al Norte. Iván ha estado golpeando la línea septentrional de radares de los británicos, y sus cazas han recibido una paliza tratando de ayudar a los noruegos. Los «Tomcat» ya están en camino, y vamos a bajar sus misiles al muelle para que los británicos puedan llevarlos al Norte por avión. Yo quiero que usted vaya a operar con las tripulaciones de los cazas para evaluar qué se propone Iván con sus «Badger», y tal vez ayudar a nuestra gente a eliminar algunos de esos bastardos. Los aviones de ataque, por ahora, van a unirse a la reserva aérea táctica de la OTAN.

—¿Cuándo debo partir?

Toland reflexionó. No tenía que preparar ningún equipaje. Los «Kingfish» también se habían hecho cargo de eso. Su primera orden de operaciones consistía en telegrafiar a su familia que estaba bien.

ISLANDIA.

—Doghouse, aquí Beagle, ¿se puede saber qué diablos ha pasado?

—Beagle, estoy autorizado para informarle que acaba de lanzarse un ataque contra Keflavik.

—¡No me diga! ¿Está bromeando? Un «B-52» se estrelló hace un rato en nuestra maldita colina. ¿No le dijo nadie que yo había informado sobre los cazas?

—Su información se evaluó como no confirmada, y no la retransmitieron, Beagle. Yo no estuve de acuerdo con esto. Continúe su informe.

—Vi cuatro, repito, cuatro aviones monoplaza soviéticos con una configuración de dos derivas y timones de dirección. No estoy seguro de qué tipo de aviones son, pero tienen cola doble: ¿recibió eso?

—Doble timón, recibido. Confirme que vio cuatro.

—Uno dos tres cuatro, Doghouse. No les puedo informar que desfilen sobre mi cabeza. Pero si vuelven a enviar aquí bombarderos sin escolta, no me echen a mí las culpas.

—¿Hay supervivientes en el accidente que presenció?

—Negativo. No hubo paracaídas, y no existía forma de que ninguno pudiera haber sobrevivido. Además vi una bola de fuego en el horizonte, pero no estoy seguro de lo que era. ¿Cómo les fue a los «Weasel»?

—No puedo decírselo, Beagle, pero gracias por el aviso de los «SAM».

—¿Tiene instrucciones para mí?

—En estos momentos están evaluando de nuevo su situación. Volveré dentro de una hora.

—Que sean dos, amigo. Tenemos que movernos un poco, antes de que los bandidos manden una patrulla hacia este lado. Cambio y corto.

Los infantes de Marina estaban a su alrededor, con las armas listas, alerta ante la posible aparición de una patrulla o un helicóptero (o ambas cosas), que tenían que estar dirigiéndose hacia allí. Edwards se quitó bruscamente los auriculares y acondicionó la radio.

—Bien..., ¡...qué bien! —murmuró—. A moverse, señores.

Habían trotado un kilómetro desde su primer hogar, alejándose hacia el Este y metiéndose en un territorio deshabitado en esa parte de la isla. Smith los conducía manteniéndolos sobre las faldas de las colinas, evitando las crestas y cumbres que podían destacar sus siluetas contra un cielo que iba aclarando. Había un lago hacia la izquierda, con muchas casas sobre su costa oeste. Tenían que conducirse con mucho cuidado. No había forma de saber si alguien los veía e informaba a otros sobre su paso. Cruzaron corriendo por debajo de las líneas de alta tensión, desplazándose al Sur para mantenerse detrás de una cresta que los ocultara de la vista de la mayoría de las casas. Al cabo de una hora, llegaron al campo de lava de Holmshraum, un increíble conjunto de rocas que se alzaba junto a la autopista 1, una de las dos principales vías de comunicación de Islandia. Pasaban por ella vehículos en ambas direcciones. Muchos llevaban soldados.

—¿Qué vamos a hacer ahora, señor? —preguntó con marcado énfasis Smith.

—Bueno, sargento, aquí tenemos un buen escondite. Diablos, aunque estuviera a cincuenta metros, nadie podría vernos aquí metidos en esta mierda. Creo que nos conviene esperar a que oscurezca más y pasarnos al Norte de la ruta. Después que la hayamos pasado, la población es

cada vez más escasa..., por lo menos, eso es lo que dice el mapa. Tendríamos que estar bastante seguros una vez que nos hayamos alejado de los centros poblados.

—¿Qué dirán de eso nuestros amigos de la radio?

—Será mejor que lo averigüemos.

Edwards consultó su reloj. Se había pasado casi dos horas. Doghouse estaba molesto con él.

—¿Por qué no usaba la radio?

—Acabamos de movernos ocho kilómetros. Tal vez usted habría preferido que esperásemos cerca y contáramos cuántos eran los rusos que inspeccionaban el accidente. Escúcheme bien, nosotros estamos solos aquí, y eso mete un poco de miedo, ¿sabe?

—Comprendido, Beagle. Tenemos órdenes para usted. ¿Posee un mapa de la zona en la que se encuentran?

—Afirmativo, escala uno por cincuenta mil.

—Está bien, quieren que se traslade a Grafarholt. Hay una montaña. Deberán buscar un lugar seguro cerca de allí y esperar escondidos nuevas instrucciones.

—Oiga, Doghouse, antes de seguir adelante. ¿Qué pasará si Iván empieza a jugar con receptores direccionales y trata de descubrir la posición de nuestras transmisiones?

—Está bien, ya era hora de que preguntara eso. La radio que usted tiene es banda lateral única, UFIF (ultra alta frecuencia) codificada. Eso significa que dispone de miles de canales, y no es nada probable que ellos puedan captar uno. Segundo, usted tiene una antena direccional. Cuando transmita, asegúrese de que haya una montaña entre usted y ellos. La UHF se propaga solamente en la línea visual. de modo que por ese lado puede tener absoluta seguridad. ¿Está contento ahora?

—Algo ayuda.

—¿Cuánto tiempo tardará en llegar a esa montaña?

Edwards miró el mapa. Unos siete kilómetros. Dos cómodas horas de marcha en tiempo de paz, quizá tres o cuatro no tan cómodas, teniendo en cuenta cómo era el terreno allí. Tendrían que esperar un poco de oscuridad, dar rodeos alrededor de algunos poblados.... y había esa otra pequeña cosa para preocuparse...

—Doce horas, como mínimo.

—Recibido, comprendido, Beagle. Doce horas. Muy bien. Cuando hayan pasado, volveremos a llamarlo. ¿Algo más que informar?

—Cierta actividad en la ruta que corre debajo de nosotros. Algunos camiones, del tipo del ejército, pintados de verde. Un montón de vehículos de personal, cuatro por cuatro. Pero nada blindado.

—Muy bien. Tómense tiempo y manténganse seguros. Su misión es evitar el contacto e informar. Aquí estaremos si nos necesita. Cambio y corto.

En Doghouse, al norte de Escocia, el oficial de comunicación se echó hacia atrás en su sillón giratorio.

—Ese chico suena un poco nervioso —comentó el oficial de Inteligencia mientras saboreaba su té.

—No es como la gente del SAS, ¿verdad? —preguntó otro.

—No seamos demasiado impacientes —dijo un tercero— Es inteligente, tiene algo de atleta, y tuvo presencia de ánimo como para escapar cuando llegó la ocasión. Parece un poquito tenso, pero considerando su situación, eso es comprensible, me parece.

El primero señaló el mapa.

—¿Doce horas para hacer esa corta distancia?

—Cruzando terreno abierto y montañoso, con una maldita división entera de paracaidistas dando vueltas en camiones y vehículos especiales, y con un sol que nunca se pone, ¿qué diablos esperas de esos cuatro hombres? —preguntó el cuarto, un hombre vestido con ropas civiles, que había sido gravemente herido mientras actuaba en el Regimiento 22 del SAS—. Si ese chico tuviera algún sentido común, ayer habría abandonado todo. Es un perfil psicológico interesante. Si consigue llegar a esa montaña a tiempo para nosotros, creo que nos servirá muy bien.

USS PHARRIS.

El convoy se había dispersado. Morris miró la pantalla del radar: era un amplio anillo de buques, que empezaban ahora a virar otra vez hacia el Este para reunirse de nuevo. Los rusos habían hundido un mercante, otro estaba seriamente averiado y volvía penosamente al Oeste. Tres fragatas estaban tratando de localizar al submarino que había producido los daños. La Gallery había logrado un posible contacto y disparado contra él un torpedo, pero sin resultado. Cuatro helicópteros lanzaban sonoboyas, con la esperanza de volver a detectarlo, y media docena de sonares se encontraban efectuando emisiones activas, pero hasta ese momento todo hacía parecer que el submarino había logrado evadirse de las furiosas escoltas.

—Hizo una hermosa aproximación —observó gruñendo el oficial de acción táctica— Su única estupidez fue atacar la última parte del convoy.

—Su control de fuego no estuvo tan bien —dijo Morris—. Dicen que habían detectado cinco pescados en el sonar. Piensen que puede haber tenido tres blancos. Dos impactos para destruir uno de ellos, y un roce en otro, al que solamente causó averías. Los demás erraron limpiamente. No fue un trabajo tan malo..., para después de almorzar. ¿Qué está haciendo ahora ese submarino, señores?

—¿Cuánto quieren apostar a que es un viejo submarino nuclear? —preguntó el oficial de acción táctica—. Sus sistemas de control de fuego no corresponden a la última palabra, ni pueden navegar a demasiada velocidad sin descubrirse. Apenas pudo hacer la intersección y atacar a dos buques. Cuando se dispersaron, careció de capacidad para perseguirlos sin delatar su posición, y es demasiado listo para eso.

—¿Entonces qué hizo? —preguntó el oficial de lucha antisubmarina.

—Estaba muy cerca cuando lanzó. Se sumergió dentro del convoy a bastante profundidad. Aprovechó el fuerte ruido de todos los otros buques para esconder el suyo, y finalmente pudo alejarse a salvo...

—Hacia el Norte. —Morris se inclinó sobre la pantalla—. La mayoría de los mercantes iban hacia el Noreste cuando recibieron la orden de dispersión. Él probablemente fue hacia el Norte para perseguirlos, y tal vez tenga la esperanza de lograr otro impacto más tarde. ¿Qué clase de enemigo les parece que tenemos?

—Inteligencia dice que en esta zona había tres «Foxtrot» y un «November», y tal vez otro nuclear. El que hundimos nosotros era probablemente un «Foxtrot». No tiene velocidad para perseguir el convoy. —El oficial de lucha antisubmarina levantó la vista—. Pero un «November» sí la tendría. Nuestro enemigo no es un nuclear moderno. Todavía estaría atacando. Seguramente es un «November».

—Muy bien, digamos que vino hacia el Norte a seis o siete nudos, después viró al Este con la esperanza de encontrarnos de nuevo mañana, por ejemplo. ¿Dónde estaría ahora?

—Ahora.., aquí, señor —dijo el oficial de lucha antisubmarina, señalando un punto quince millas detrás de la fragata— No podemos retroceder para buscarlo.

—No, pero podemos hacer escucha para detectarlo, si es que intenta cogernos en una trampa.

Morris pensó intensamente. El convoy cambiaría su rumbo a uno dos cero al cumplirse la próxima hora, para dirigirse más hacia el Sur, alejándose de la amenaza repentinamente intensificada de los bombarderos soviéticos de largo alcance. Necesitarían más tiempo para restablecer la formación y situarse en las posiciones adecuadas. Eso permitiría al submarino cortar camino y acercarse al blanco. Con todo el zigzagueo que estaban haciendo los

mercantes, su velocidad de avance efectiva era de sólo dieciséis nudos aproximadamente, y un «November» podría intentar alcanzarlos.

—Quiero que los operadores pongan particular atención en este sector. Nuestro amigo podría intentar volver.

—¿Y si llamamos un «P-3»? —preguntó el oficial táctico.

Morris movió negativamente la cabeza.

—Ellos quieren mantener su posición delante. La principal amenaza todavía está al frente. Nosotros, las fragatas, tenemos que preocuparnos por los que pueden perseguirnos; por lo menos hasta que dispongamos de un contacto concreto. Yo creo que este tipo nos va a perseguir y podría intentar obtener un informe de contacto.

KIEV, UCRANIA.

—Buenas noticias —dijo el oficial naval— Nuestros bombarderos informan haber hundido tres portaaviones, dos cruceros y dos destructores.

Alekseyev y su jefe intercambiaron una mirada: sus colegas de azul se pondrían insufribles ahora.

—¿Cuánto tiene de firme esa evaluación? —preguntó el comandante en jefe del teatro Sudoeste.

—Antes del ataque había cuatro buques tipo portaaviones fotografiados. El pasaje siguiente del satélite, ocho horas después del ataque, muestra sólo uno. Faltaban también dos cruceros y dos destructores. Finalmente, tenemos informes de Inteligencia sobre muchos aviones del tipo de portaaviones que aterrizaron en bases aeronavales francesas, en Bretaña. Nuestros submarinos no pudieron hacer contacto con la formación..., al parecer uno de ellos fue hundido, desgraciadamente; pero nuestra primera batalla aeronaval fue un éxito aplastante. Nosotros les cerraremos el Atlántico, camaradas —predijo el capitán.

—Probablemente necesitaremos que esté cerrado —dijo Alekseyev cuando el capitán se hubo marchado.

Su jefe gruñó para apoyarlo. las cosas no estaban saliendo bien en Alemania. La fuerza aérea soviética había recibido golpes mucho más fuertes que lo temido y, como resultado de eso, la campaña terrestre estaba ya sumamente atrasada con respecto a lo planificado. En el segundo día de guerra, los primeros objetivos sólo se habían podido lograr en una de las zonas del ejército, que estaba sufriendo intensos contraataques veinte kilómetros al este de Hamburgo. las pérdidas de tanques habían sido un cincuenta por ciento mayores de lo previsto, y la superioridad aérea se hallaba en peligro: muchas unidades informaban sobre ataques aéreos recibidos mucho más graves que lo esperado. Hasta el momento, solamente la mitad de los puentes sobre el Elba habían podido ser remplazados, y los puentes de pontones no resistían todo el peso de las cargas admitidas por los puentes fijos que habían tenido que sustituir. Los ejércitos de la OTAN todavía no habían alcanzado el punto máximo de su fuerza. Los envíos norteamericanos seguían llegando por aire, uniéndose a los grupos adelantados. El primer escalón soviético estaba siendo desangrado, y el segundo escalón aún se hallaba en gran parte atrapado detrás del Elba.

ISLANDIA.

—Creo que no vamos a tener más oscuridad que ésta —dijo Edwards.

El grado de luminosidad era lo que los meteorólogos y marinos llaman crepúsculo náutico. La visibilidad no llegaba a quinientos metros, con el sol apenas debajo del horizonte en el Noroeste. El teniente se puso su mochila y se levantó. Sus infantes de Marina hicieron lo mismo, con el entusiasmo de un chico que va caminando a la escuela.

Descendieron por una suave ladera del río Sudura, *más bien un arroyo ancho*, pensó Edwards. El campo de lava proporcionaba una buena cobertura. El terreno estaba lleno de rocas, algunas hasta un metro de altas. Era un escenario en el que las cosas parecían perder sus formas, y los movimientos podían permanecer inadvertidos para cualquier observador casual. Edwards confió en que no hubiera nada más que eso allá lejos. Había divisado algunas patrullas soviéticas, en su mayor parte camiones militares, que pasaban por la zona con intervalos de unos treinta minutos. No vieron posiciones fijas. Naturalmente, habían instalado destacamentos en la estación de energía hidroeléctrica de Burfell, algo más lejos hacia el Este siguiendo la Ruta 1. Nadie la había bombardeado todavía; las luces seguían brillando en algunas de las casas que se veían más abajo.

Las rocas se fueron haciendo cada vez más pequeñas y el terreno cambió para convertirse en una pradera con vestigios de hierbas. Seguramente habrían andado ovejas por allí, poco tiempo antes, pues el olor era inconfundible y la hierba estaba muy corta. Instintivamente los hombres se agacharon para dirigirse hacia un camino de grava. Allí las casas y graneros estaban diseminados en forma irregular. Eligieron un sector en el que la distancia entre edificaciones era por lo menos de unos quinientos metros, con la esperanza de que la penumbra y sus uniformes de camuflaje los hicieran invisibles para cualquier observador. En la parte abierta no había nadie. Edwards detuvo a su grupo y miró atento a través de sus binoculares hacia las casas más cercanas. En algunas de ellas, aunque se encontraran encendidas las luces, no se veía a nadie fuera. Tal vez los rusos hubieran impuesto un toque de queda..., con la amenaza de que cualquiera que fuese visto en movimiento sería fusilado. Feliz idea.

Las márgenes del río caían a pico unos seis metros hasta el nivel del agua, y estaban cubiertas por rocas desgastadas en años de erosión durante las épocas de las crecidas. Smith bajó primero mientras los otros esperaban cuerpo a tierra con las armas listas junto al borde de la margen sur. El sargento se movió despacio al principio, tanteando la profundidad del agua antes de cruzar rápidamente con el fusil en alto. Edwards quedó sorprendido cuando lo vio pasar tan velozmente al otro lado y subir a la orilla. El sargento agitó el brazo y el resto de los hombres lo siguió. Edwards descubrió en seguida por qué el sargento había cruzado la corriente con tanta rapidez. El agua, que les llegaba hasta la cintura, estaba fría como el hielo, lo mismo que la mayoría de los ríos y arroyos de Islandia, alimentados por los glaciares. Contuvo la respiración y cruzó todo lo de prisa que pudo, sosteniendo sobre su cabeza el fusil y la radio. En un minuto se halló en lo alto de la margen opuesta.

Smith comentó riendo en la oscuridad.

—Creo que esto nos despertó a todos.

—Casi se me congelan las pelotas, sargento —se quejó Rodgers.

—Todo parece despejado en adelante —dijo Edwards—. Más allá de esta pradera hay otro arroyo, después la ruta principal, un camino secundario y tendremos que subir una montaña para llegar a un nuevo campo de lava. En marcha.

—Está bien, teniente.

Smith se puso de pie y empezó a caminar. Los demás lo siguieron con intervalos de cinco metros. Este pequeño hijo de puta está apurado, ¿eh?

Allí el terreno era satisfactoriamente llano, la hierba era alta hasta las rodillas. Avanzaban con rapidez, manteniéndose agachados y con las armas listas contra el pecho mientras se desviaban un poco hacia el Este para evitar el poblado de Holmur. El arroyo siguiente era menos profundo que el Sudura, aunque no menos frío. Se detuvieron después de cruzarlo; estaban a menos de doscientos metros de la autopista. De nuevo fue Smith el primero en avanzar, esta vez completamente doblado hasta la cintura y moviéndose en cortas carreras seguidas de pausas, en las que se arrodillaba para examinar el campo una y otra vez. Los hombres que iban detrás de él imitaron sus movimientos con exactitud, y el grupo volvió a reunirse entre pastos altos, a cincuenta metros de la autopista.

—Muy bien —dijo Smith— Cruzaremos de uno en uno, con un minuto de separación. Yo voy primero. Me voy a detener a unos quince metros del otro lado, entre aquellas rocas. Cuando ustedes crucen, no se detengan ni pierdan tiempo; corran y manténganse agachados, y lleguen hasta donde yo estaré. Si ven venir algo, salgan de la autopista, corran lo más lejos que puedan y arrójense al suelo. No podrán verlos sí se quedan acostados quietos. Tómense las cosas con calma. ¿De acuerdo?

Todos, incluido Edwards, asintieron con movimientos de cabeza. El sargento era tan hábil como parecía por sus palabras. Después de una última mirada para asegurarse de que nada se movía en dirección a ellos, corrió atravesando la autopista con todos sus pertrechos golpeándole el cuerpo. Esperaron un minuto y entonces lo siguió García. Al cabo de otro minuto se lanzó Rodgers. Edwards contó hasta sesenta y saltó hacia delante. El teniente se sintió asombrado y aterrado, al comprobar el esfuerzo que significaba. El corazón le latía con fuerza cuando alcanzó el borde de la calzada, Y quedó paralizado en el centro. Se acercaban desde el Norte las luces de los faros de algún vehículo. Edwards permaneció quieto, mirando cómo se iban aproximando.

—¡Mueva el culo, teniente! —la voz del sargento le impresionó.

El teniente movió la cabeza como para desentumecerse y corrió hacia el lugar de donde llegaba el grito del sargento, sujetándose el casco con una mano.

—¡Vienen unas luces! —jadeó.

—A la mierda... Tranquilícese, señor. Muchachos, vamos a separarnos. Busquen un buen lugar para esconderse y quédense inmóviles. ¡Y fíjense bien en que las armas tengan puesto el seguro! Usted quédese conmigo, señor.

Los dos infantes de Marina corrieron, uno a la izquierda y otro a la derecha, a ocultarse entre altos matorrales y desaparecieron de la vista tan pronto como se quedaron quietos. Edwards estaba en el suelo junto al sargento Smith

—¿Cree que me vieron?

La oscuridad impidió que notara la expresión de enojo que acompañó la respuesta de Smith:

—Probablemente, no. No vuelva a paralizarse en medio del camino, señor.

—No lo haré. Lo siento, sargento, esto no es exactamente lo mío.

—No tiene más que escuchar y aprender lo que le decimos. ¿De acuerdo? —susurró Smith— Nosotros somos infantes de Marina. Vamos a cuidarlo muy bien.

Las luces se acercaban lentamente, pasando casi debajo de ellos y continuando hacia el Norte. El conductor no confiaba en el suelo deteriorado. Así, el camino nortesur se dividía en una bifurcación a izquierda y derecha hacia la Ruta 1. Vieron que se trataba de un camión

militar; las luces eran rectangulares, con cintas adheridas a los faros instalados en la enorme fábrica soviética de «Karna River», construida en su mayor parte con ayuda de Occidente.

El camión se paró.

Edwards contuvo su reacción, pero su mano se apretó sobre la culata plástica de su fusil. ¿Y si alguien los hubiera visto cruzar el camino y telefoneado a los rusos?

La mano de Smith se movió para empujar hacia abajo el fusil del teniente.

—Tenemos que tener cuidado con eso, teniente —susurró Smith.

Los diez hombres del camión descendieron y se dispersaron entre los pastos, alejándose unos quince o veinte metros del camino. Edwards no hubiera podido decir si llevaban armas o no. Todos se detuvieron y, casi al unísono, se abrieron la bragueta para orinar. Edwards miró sorprendido y estuvo a punto de lanzar una carcajada. Cuando terminaron, volvieron al camión, que arrancó de inmediato y tomó el ramal oeste de la bifurcación hacia la ruta principal, alejándose en medio del ruido del mal silenciado motor diesel. Los infantes de Marina volvieron a reunirse después que las luces traseras del camión se hundieron en el horizonte.

—¡Qué lástima! —sonrió Rodgers en la semioscuridad—. Podría haberle hecho volar el pito a alguno de esos tipos!

—Estuvieron bien, muchachos —dijo Smith— ¿Listo para seguir, teniente?

—Sí.

Avergonzado por sus torpezas, el teniente dejó a Smith que los condujera. Cruzaron el camino de grava y unos cien metros más allá se encontraron en otro campo de lava, trepando entre las rocas que cubrían el terreno yermo. Los pantalones de sus uniformes de faena estaban húmedos y se les pegaban a las piernas, aunque comenzaban a secarse lentamente por la brisa fría del Oeste.

USS PHARRIS.

—Nuestro amigo, el «November», no tiene revestimiento anecoico —dijo en voz baja el oficial de lucha antisubmarina, señalando la pantalla— Creo que ése es él, corriendo para alcanzar al convoy.

—Tenemos explorado este trazo a unos cuarenta y seis mil metros —dijo el oficial de acción táctica.

—Que despegue el helicóptero —ordenó Morris.

Cinco minutos después, el helicóptero de la fragata Pharris iba a toda velocidad hacia el sudoeste, y el «Bluebird—Siete», otro «P-3C Orion», se acercaba desde el Este al punto establecido. Ambas aeronaves volaban bajo, esperando sorprender al submarino que había hundido uno de los del rebaño y averiado seriamente a otro. Probablemente los rusos habían cometido un error al aumentar su velocidad. Tal vez tenían órdenes de seguir al convoy y transmitir por radio información para uso de otros submarinos. Quizá lo quería alcanzar para atacarlo de nuevo. Cualquiera que fuese el motivo, las bombas de su reactor se movían mucho y producían ruidos que el casco no podía contener. Había levantado el periscopio, y eso dio al avión la posibilidad de detectarlo con sus propios radares de exploración. El helicóptero estaba más cerca, y su piloto se comunicó con el coordinador táctico del «Orion». Si las cosas iban bien, éste podría ser un ataque de libro de texto.

—Muy bien, Bluebird, ahora estamos a cinco kilómetros del contacto. Dígame su posición.

—Nos encontramos tres kilómetros detrás de ustedes, Papa-Uno-Seis. ¡Ilumine!

El operador de sistemas levantó la pequeña cubierta de la llave de contacto del radar y la pasó de la posición de espera a Activo. Instantáneamente comenzó a producirse la radiación de energía desde el transmisor del radar colgado debajo de la nariz del helicóptero.

—¡Contacto! ¡Tenemos un contacto radar con marcación uno seis cinco, distancia once mil metros!

—¡Larguen el equipo MAD!

El piloto adelantó los aceleradores para acercarse rápidamente al contacto.

—Nosotros también lo tenemos —dijo el coordinador táctico en seguida.

El suboficial que se hallaba junto a él armó un torpedo, colocándole una profundidad inicial de búsqueda de treinta metros.

Se encendieron las luces anticolisión del helicóptero; eran unos destellos rojos que brillaban en la oscuridad. Carecía ya de lógica ocultar su aproximación. El submarino tenía que haber detectado sus señales de radar y ahora estaría intentando una violenta inmersión en busca de profundidad. Pero eso llevaba más tiempo del que disponía.

—¡Operador MAD, operador MAD, afuera el humo! —gritó el operador de sistemas.

El humo era invisible en la oscuridad, pero la corta llama verde formaba una intensa baliza que no podía dejar de verse. El helicóptero se inclinó hacia la izquierda y viró, dejando libre el camino al «Orion», que se encontraba ahora a sólo quinientos metros detrás de él.

Las poderosas luces de búsqueda del «P-3C» se encendieron, mostrando la acusadora estela dejada por el ahora invisible periscopio. El contacto del MAD había sido exactamente encima del blanco, notó de inmediato el piloto. las puertas del compartimiento de bombas del «Orion» se abrieron y el torpedo cayó hacia las negras aguas junto con una sonoboya.

—¡Contacto sonar positivo, evaluado como un submarino! —dijo por el intercomunicador un operador de la consola del sonar; las líneas de tono qpe aparecían en su pantalla eran exactamente lo que representaba a un «November» lanzado a gran velocidad, y el torpedo ya estaba dándole caza con sus emisiones de sonar activo en forma continua— El torpedo se acerca rápidamente al blanco... Todo va bien, Tacco[49], está cerca.... cerca... ¡Impacto!

El trazado del sonido del torpedo se unió al del submarino y en la presentación tipo cascada, en la pantalla, apareció una brillante mancha. El operador del «Orion» cambió la sonoboya de activa a pasiva, grabando el fragor sostenido de la explosión de la cabeza de guerra del torpedo. El ruido de las hélices del submarino cesó, y otra vez se oyó el sonido del aire soplado, que terminó muy pronto, cuando el sumergible inició su última inmersión hacia las profundidades.

—¡Lo destruimos, lo hundimos! —gritó exultante el coordinador táctico.

—Confirmo el hundimiento —dijo Morris por la radio— Buen trabajo, Bluebird. ¡Fue realmente una reacción rápida!

—Recibido, comprendido, Pharris. ¡Gracias, señor! Muy buen trabajo con el helicóptero y la detección, muchachos. Han conseguido otro informe de ayuda. Diablos, creo que nos vamos a quedar cerca de ustedes por un buen rato, comandante, parece que acapara toda la acción. Cambio y corto.

Morris fue hasta un rincón y se sirvió una taza de café. Así que..., ellos sólo habían ayudado a hundir un par de submarinos soviéticos...

El oficial de acción táctica se mostró menos entusiasta.

—Terminado con un viejo y ruidoso «Foxtrot», y un «November» que cometió una estupidez. ¿No creen que pudo haber tenido órdenes de seguirnos e informar, y por eso lo hundimos?

—Es posible —asintió Morris— Si Iván induce a sus comandantes a hacer cosas como ésa es que le gusta centralizar el control, pero puede cambiar si se da cuenta de que le está costando submarinos. Nosotros aprendimos esa lección cierta vez.

[49] Tacco= Tactical Coordinator = Coordinador Táctico.

USS CHICAGO.

McCafferty tenía su propio contacto. Hacía ya más de una hora que venían detectándolo; los operadores de sonar luchaban para distinguir ruidos indeterminados de una discreta señal en sus presentaciones visuales. Pasaron su información al grupo de seguimiento de control de fuego, cuatro hombres que se alternaban en inclinarse sobre la mesa de la carta de navegación en el extremo posterior de la central de ataque.

La tripulación ya estaba murmurando, McCafferty lo sabía. Primero el incendio en el astillero antes de su entrada en servicio. Después, los había sacado del mar de Barents fuera de oportunidad. Luego, el ataque por un avión propio . ¿Sería el Chicago un submarino con mala suerte?, se preguntaban. Los oficiales y suboficiales harían todo lo posible para apartar esos pensamientos, pero también los tenían, ya que los marinos creen en la suerte, una fe institucional de todos los submarinistas. Si usted no tiene suerte no nos sirve, dijo una vez un famoso almirante de submarinos. McCafferty había oído esa historia con mucha frecuencia. Hasta ese momento, él había sido un hombre sin suerte.

El comandante se acercó a la mesa de la carta.

—¿Qué está pasando?

—No mucho en cuanto a cambio de marcación. Debe de hallarse muy lejos de aquí, jefe, como en la tercera zona de convergencia. Tal vez ochenta millas. No puede estar acercándose a nosotros. Habríamos perdido la señal en el momento de salir de la zona.

El oficial ejecutivo también mostraba la tensión producida por las operaciones de la semana anterior.

—Señor, si yo tuviera que arriesgar una apreciación, diría que estamos siguiendo un submarino nuclear. Probablemente uno ruidoso. las condiciones acústicas son muy buenas, de manera que tenemos que considerar tres zonas de convergencia. Y apostaría que él está haciendo igual que nosotros, patrullando una posición determinada. Diablos, es posible que esté yendo y viniendo en un circuito tipo hipódromo, lo mismo que nosotros hacemos. A eso se deberían los cambios mínimos de marcación.

El comandante frunció el ceño. Éste era el único contacto real que había tenido desde que comenzó la guerra. Estaba cerca del borde norte de su zona de patrullaje, y el blanco se hallaba probablemente justo al otro lado de este borde. Seguirlo significaba abandonar el grueso del sector que le habían asignado y dejarlo desprotegido...

—Vamos tras él —ordenó McCafferty— Timón diez grados a la izquierda; caiga a la izquierda hasta nuevo rumbo tres cinco uno. Todo adelante dos tercios.

El Chicago viró rápidamente hacia un rumbo general norte y aceleró hasta quince nudos, su máxima velocidad «silenciosa». A quince nudos el submarino sólo emitía una reducida intensidad de ruidos. El riesgo de la contradetección era mínimo, ya que aun a esa velocidad sus sonares podían detectar un blanco a diez millas. Sus cuatro tubos estaban cargados con un par de torpedos «Mk-48» y dos misiles antibuque «Harpoon». Tanto si se trataba de un submarino como de un buque de superficie, el Chicago podría hacerse cargo de él.

GRAFARROLT, ISLANDIA.

—Sale al aire temprano, Beagle —replicó Doghouse.

Edwards estaba sentado entre dos rocas con la espalda apoyada en una tercera y la antena sostenida sobre la rodilla. Esperaba estar apuntando en la dirección correcta y segura. Los rusos, pensaba, eran fuertes sobre todo a lo largo de la costa desde Reykiavik hasta Keflavik, bastante al oeste de la dirección del satélite. Pero había casas y fábricas debajo de él, y si disponían de un puesto de escucha allá abajo...

—Teníamos que haber llegado aquí antes de que hubiera demasiada luz —explicó el teniente.

Habían corrido el último kilómetro mientras el sol se levantaba detrás de ellos. Edwards se sintió algo reconfortado al comprobar que los infantes de Marina jadeaban mucho más que él.

—¿Cuál es su grado de seguridad?

—Hay algún movimiento en el camino debajo de nosotros, pero bastante lejos, tal vez un kilómetro y medio.

—Muy bien. ¿Alcanza a ver la estación transformadora de electricidad al sudoeste de ustedes?

Edwards tomó con una mano los binoculares para intentarlo. El sitio figuraba en el mapa con el nombre de Artum. Allí se hallaban los transformadores eléctricos principales para la red de energía en esa parte de la isla. Los tendidos de alta tensión entraban desde el Este, y los cables de alimentación salían desde ese punto en forma radial.

—Sí, la veo.

—¿Cómo andan las cosas, Beagle?

Edwars casi dice que todo andaba muy bien, pero se detuvo.

—Podridas. las cosas se están poniendo podridas.

—Comprendido, Beagle. Mantenga un ojo sobre esa estación eléctrica. ¿Hay algo alrededor de ella?

—Quede atento —Edwards apoyó la antena y miró el lugar con más detenimiento— ¡Ajá! Veo un vehículo blindado que apenas se distingue a la vuelta de una esquina sobre el lado oeste. Tres..., no, cuatro hombres armados en el sector abierto. No veo nada más.

—Muy bien, Beagle. Mantenga la vigilancia sobre ese lugar. Avísenos si aparecen por allí algunos misiles tierra-aire. También queremos información si ve aviones de caza. Empiece a llevar registros sobre cuántos camiones y hombres de tropa se divisan, y a dónde se dirigen. No olvide escribir todo. ¿Comprendido?

—Comprendido. Escribimos todo y después lo informamos.

—Bien. Está haciendo todo muy bien, Beagle. Sus órdenes consisten en observar e informar —les recordó Doghouse— Eviten contactos. Si ven tropa enemiga que se dirige hacia ustedes, escóndanse. No se preocupen por llamarnos; escóndanse lo mejor que puedan e informen después. Ahora corten la comunicación por un rato.

—Comprendido. Cambio y corto.

Edwards acondicionó de nuevo la radio. Ya sabía manejarla con los ojos cerrados.

—¿Qué hay que hacer, teniente? —preguntó Smith. El teniente gruñó.

—Nos quedamos quietos sentados y observando aquella planta de electricidad que hay allá.

—¿Piensa que van a pedirnos que apaguemos algunas luces?

—Hay demasiada tropa allá abajo, sargento —replicó Edwards.

Se desperezó y abrió su cantimplora. García estaba de guardia en lo alto de un montículo a su derecha, y Rodgers se había dormido.

—¿Qué tenemos de desayuno?

—Bueno, si usted tiene mantequilla de cacahuete y galletas, se lo cambio por mis melocotones.

Edwards rasgó para abrirlo el envase de la Ración-C e inspeccionó el contenido.

—Trato hecho.

22. RAPIDOS CONTRAGOLPES.

USS CHICAGO.

El submarino disminuyó la velocidad para volver a detectar el blanco. Durante más de una hora había navegado en profundidad a quince nudos, y ahora estaba subiendo a ciento cincuenta metros y avanzando más despacio, exactamente en el centro del canal de sonido profundo. McCafferty ordenó un rumbo general este, lo que permitía que su sonar de arrastre, su «cola», pudiera captar el supuesto blanco hacia el Norte. Tardó varios minutos en lograr que el remolque quedara derecho y alineado en la dirección apropiada para que los operadores de sonar estuvieran en condiciones de iniciar por fin su tarea. La información apareció poco a poco en sus pantallas, y un antiguo oficial enchufó los auriculares esperando lograr una detección sonora. No había nada que detectar. Durante veinte minutos la pantalla mostró solamente eventuales ruidos indefinidos.

McCafferty examinó la exploración gráfica. Su antiguo contacto estaría ahora exactamente a dos zonas de convergencia de distancia y debería ser fácilmente detectado teniendo en cuenta las condiciones conocidas del agua. Pero sus pantallas no mostraron nada.

—En ningún momento tuvimos realmente una clasificación —el oficial ejecutivo se encogió de hombros—. Se ha ido.

—Subamos a profundidad de antena. Vamos a ver qué está pasando arriba.

McCafferty se acercó al pedestal del periscopio. No pudo dejar de advertir la instantánea tensión que hubo en el compartimiento. El submarino niveló a una profundidad de veinte metros. Hicieron un nuevo control con el sonar y no encontraron nada. El mástil ESM subió, y el técnico en electrónica informó que sólo se escuchaban señales muy débiles. Elevaron entonces el periscopio de búsqueda. McCafferty efectuó una inspección muy rápida del horizonte..., nada en el aire, nada en la superficie.

—Hay una tormenta hacia el Norte, un frente de chubascos —dijo— Abajo el periscopio.

El oficial ejecutivo gruñó un insulto inaudible. El ruido de la tormenta haría casi imposible la tarea, ya de por sí difícil, de localizar un submarino convencional que estuviera navegando con energía procedente de baterías. una cosa era que se hubieran apartado breve y rápidamente de su zona de patrullaje con una buena perspectiva de hundir un blanco, y otra abandonarla por todo un día buscando algo que tal vez nunca encontraran. Miró al comandante esperando una decisión.

—Ordene situación normal: pueden dejar los puestos de combate —dijo McCafferty— Oficial ejecutivo, llévenos de regreso a la zona de patrullaje, a diez nudos. Navegue en profundidad. Yo voy a dormir una siesta. Despiérteme dentro de dos horas.

El comandante caminó unos cuantos pasos hacia su camarote. La litera ya estaba desplegada, sin hacer, junto al mamparo del lado de babor. Los instrumentos repetidores le informarían constantemente rumbo y velocidad, y un aparato de televisión podría mostrarle cualquier cosa que se estuviera observando por el periscopio, o una película grabada en vídeo. McCafferty había estado despierto desde hacía unas veinte horas, pero la tensión agregada que resulta de encontrarse en un ambiente de combate le hacía sentirse como si hubiera sido una semana. Se quitó los zapatos y se acostó, pero el sueño no quería venir.

KEFLAVIK, ISLANDIA.

El coronel pasó la mano sobre la silueta del bombardero pintada en el costado del fuselaje de su avión de caza. Su primera victoria en combate, registrada por las cámaras de su cañón. Desde que un puñado de camaradas suyos pelearon en los cielos de Vietnam del Norte, ningún otro piloto de la Fuerza Aérea soviética había ganado una verdadera victoria aire-aire, y ésta había sido sobre un bombardero de aptitud nuclear, que de lo contrario podría haber sido una amenaza para su país.

Había ahora veinticinco cazas «MiG-29» en Islandia, y cuatro de ellos estaban siempre en vuelo para proteger las bases, mientras las tropas de tierra ajustaban sus controles en la isla.

El ataque de los «B-52» les había producido serios daños. Su principal radar de búsqueda se hallaba ligeramente averiado, pero ese mismo día deberían recibir otro por avión, uno más moderno, en una unidad móvil cuya posición podría cambiarse dos veces diarias. Le habría gustado tener un radar aéreo, pero sabía que las pérdidas sobre Alemania habían limitado severamente su disponibilidad. las noticias acerca de la guerra aérea más allá no eran buenas, aunque los dos regimientos de «MiG-29» lo estaban haciendo bastante bien. El coronel miró su reloj. Dentro de dos horas estaría conduciendo un escuadrón de escolta a una pequeña fuerza de «Backfire» que se hallaba a la búsqueda de un convoy.

GRAFARHOLT, ISLANDIA.

—Muy bien, Doghouse, estoy viendo seis aviones de combate estacionados sobre las pistas de aterrizaje en Reykiavik. Todos tienen pintada la estrella roja. La configuración es de dos timones y parecen estar armados con misiles aire-aire. Hay dos lanzadores «SAM», y cierto tipo de cañón, que da la impresión de ser un cañón «Gatling», montado sobre un vehículo oruga.

—Eso es un Zulú-Sierra-Uniform Tres-Cero, Beagle. Son muy malas noticias. Queremos saber todo respecto a esos hijos de puta. ¿Cuántos hay?

—Solamente uno; está sobre el triángulo de césped a unos pocos metros hacia el oeste del edificio terminal.

—¿Los cazas se encuentran juntos o dispersos?

—Dispersos, dos en cada pista. Al lado de cada par hay un pequeño furgón y cinco o seis soldados. Estimo unos cien soldados allí, con dos vehículos blindados y nueve camiones. Están patrullando el perímetro del aeropuerto y tienen varios emplazamientos de ametralladoras. Parece que los rusos están utilizando aviones de corto alcance, de la línea aérea local, para llevar de un lado a otro a sus tropas. Hemos visto soldados abordando a esos pequeños bimotores. Hoy pude contar cuatro vuelos. No hemos visto helicópteros rusos desde ayer.

—¿Cómo se ve la ciudad de Reykiavik? —preguntó Doghouse.

—Es difícil ver dentro de las calles. Vemos un valle que se extiende hacia el aeropuerto, pero solamente distinguimos unas pocas calles. Estamos observando un vehículo blindado allí, parece estacionado en una intersección. Algunas tropas dando vueltas, como si fueran policías, o algo parecido, en cada cruce de calles que podemos ver. Si tuviera que suponerlo, diría que la mayoría de sus tropas están en Reykiavik y en Keflavik. No se ven muchos civiles, y casi no hay tránsito civil. Existe mucho movimiento en los caminos principales, tanto a lo largo de la costa hacia nuestro oeste como al este por la Ruta 1. Todo el tránsito es de idas y venidas como si estuvieran patrullando. Hemos contado un total de cincuenta y tantos viajes, en partes más o menos iguales en las dos principales. Otra cosa. Vimos algunos rusos usando vehículos civiles. Todavía no hemos visto ningún jeep, excepto algunos de los nuestros dentro de los terrenos del aeropuerto. Los rusos tienen jeeps, de otro tipo, ¿no? Creo que han expropiado los «cuatro-por-cuatro» de la gente. Ése es prácticamente el vehículo nacional aquí, y hay muchos en todos los caminos.

—¿Llegaron más vuelos de transporte?

—Cinco. Tenemos muy buen tiempo, y podemos verlos cuando parten en dirección a Keflavik. Cuatro eran «IL-76», y el otro algo parecido a un «C-130». No conozco la designación de ese último.

—¿Los cazas están volando?

—Despegó uno hace dos horas. Yo diría que tienen patrullaje en el aire, y hay cazas tanto aquí como en Keflavik. Es una suposición, pero apostaría dinero que no me equivoco. También diría que los cazas que estamos viendo pueden despegar en menos de cinco minutos. Se parece mucho a una especie de alerta roja.

—Muy bien, recibido, Beagle. ¿Cómo está la situación de ustedes?

—Estamos bien escondidos, y el sargento tiene dos rutas de escape ya exploradas. Todavía no hemos visto rusos que anden batiendo los matorrales. La mayoría de ellos se quedan en las

zonas donde hay mucha gente y en los caminos. Si empiezan a venir hacia aquí, tendremos que escabullirnos.

—Exacto, muy bien, Beagle. Probablemente les ordenaremos pronto que abandonen ese monte, de todos modos. Lo están haciendo muy bien, muchacho. Esperen allí. Cambio y corto.

ESCOCIA.

—El chico se está portando bien —dijo el mayor. Se encontraba en una posición difícil: un oficial norteamericano en un puesto de comunicaciones de la OTAN dirigidos por tipos de la Inteligencia británica, que estaban divididos por partes iguales en cuanto a la conflabilidad que podían depositar en Edwards.

—Yo diría que lo está haciendo maravillosamente —asintió el más antiguo de los británicos, que había perdido un ojo, al parecer hacía mucho tiempo según su apariencia, pero aún era un tipo de aspecto recio, pensaba el mayor— Fíjense cómo distingue entre cuáles son observaciones y cuáles sus opiniones.

—Pronosticador —dijo otro bufando— Tenemos que poner profesionales allí. ¿Cuánto tiempo tardaremos en hacerlo?

—Tal vez mañana. La Marina quiere llevarlos en submarino, y yo estoy de acuerdo. Es un poquito peligroso para infiltración de paracaidistas. Ya lo saben. Islandia está cubierta de rocas; ese lugar ha sido creado para quebrar piernas y tobillos. Además, están los cazas soviéticos. Y no hay ninguna prisa en poner tropas allí, ¿no es cierto? Primero tenemos que reducir sus efectivos aéreos y hacerles la vida todo lo difícil que podamos.

—Eso empieza esta noche —dijo el mayor—. Martillo Nórdico Fase Dos atacará aproximadamente a la hora de puesta del sol local.

—Espero que funcione mejor que la Fase Uno, viejo.

STORNOWAY, ESCOCIA.

—¿Y cómo andan las cosas por arriba? —preguntó Toland a su contraparte de la Real Fuerza Aérea.

Poco antes de abordar el vuelo había enviado el telegrama a Marty: ***ESTOY MUY BIEN. EN TIERRA POR UN TIEMPO. BESOS***. Esperaba que eso la tranquilizara. Probablemente la noticia de la batalla con el portaaviones ya habría aparecido en los diarios.

—Podrían estar mejor. Perdimos ocho «Tornado» tratando de ayudar a los noruegos. Estamos casi en los mínimos para defensa local, e Iván empezó a atacar nuestras instalaciones de radar en el Norte. Lamento lo que le ocurrió al portaaviones de ustedes, pero debo ser franco y reconocer que nos alegra tenerlos con nosotros por un tiempo, muchachos.

Los interceptores y aviones radar del Nimitz se encontraban repartidos entre tres bases de la RAF. El personal de mantenimiento todavía estaba llegando por transporte aéreo, y alguna pequeña dificultad se había producido en los misiles; pero cada uno de los «F-14» tenía carga completa para un combate, y podían usar los «Sparrow» de la RAF para recargar. Operando desde una base en tierra, el avión de caza tenía posibilidad de llevar una carga mucho mayor en combustible y armamento, lo que le posibilitaba para aplicar golpes más contundentes que si hubiera despegado de un buque. Los pilotos de los cazas estaban con un humor de perros. Después de usar sus aviones y preciosos misiles para derribar señuelos, habían regresado a la formación y comprobado los espantosos resultados del error. La pérdida total de vidas aún no era segura, pero apenas doscientos hombres se habían salvado del Saipan, y solamente mil del Foch. En términos de cantidad de bajas, ésta había sido la derrota más sangrienta en la historia de la Marina de Guerra de los Estados Unidos: miles de hombres perdidos y ni una sola destrucción para compensar el fracaso. Solamente los franceses habían logrado victorias contra los «Backfire», triunfando con sus «Crusader» de hacía veinte años donde los cacareados «Tomcat» habían fallado.

Toland se sentó en su primera reunión previa al vuelo, conducida por la RAF. Los pilotos de caza estaban absolutamente silenciosos. Le costó medir su estado de ánimo. No había bromas. Ni observaciones susurradas. Ni sonrisas. Sabían que el error no había sido suyo, que de ninguna manera la culpa era de ellos, pero eso parecía no importar. Estaban impresionados por lo que había ocurrido a su buque.

Como también lo estaba él. La mente de Toland volvía a traerle constantemente la imagen del acero de doce centímetros de espesor de la cubierta de vuelo doblado hacia el cielo como celofán, con una caverna ennegrecida debajo de ella, donde había estado la cubierta del hangar. las filas de bolsas..., tripulantes muertos a bordo del buque de guerra más poderoso del mundo...

—¿Capitán de fragata Toland? —Un soldado lo tocó en el hombro— ¿Quiere venir conmigo, por favor?

Los dos hombres se dirigieron a la sala de operaciones. Bob noto en el acto que estaban localizando un nuevo ataque aéreo. El oficial de operaciones, un primer teniente, hizo señas a Toland para que se acercara a él.

—Un regimiento, tal vez menos. Uno de los «EP-3» de ustedes está haciendo un reconocimiento allá arriba y captó sus conversaciones por radio mientras efectuaba reabastecimiento de combustible al norte de Islandia. Pensamos que irán a buscar uno de estos convoyes.

—¿Ustedes quieren que los «Tomcat» los intercepten cuando vuelvan a sus bases? El tiempo va a ser muy justo.

—Muchísimo. Otra complicación. Ellos van a usar Islandia para su control de navegación y como un lugar seguro de reunión. Sabemos que Iván dispone de aviones de caza allí, y ahora han informado que tienen cazas operando desde esos dos aeropuertos en Islandia.

—¿La fuente de esa información es algo llamado Beagle?

—¡Ah, usted ya sabe eso! Sí.

—¿Qué clase de cazas?

—De doble cola; es lo que informó el muchacho. Podrían ser «MiG 25, 29 o 31».

—«Fulcrum» —dijo Toland— Los otros son interceptores. ¿No los vieron los «B-52»?

La reunión previa al vuelo que él acababa de dejar había tratado también la misión de la fuerza aérea sobre Keflavik. Más buenas noticias para alegrar a las tropas.

—Evidentemente no tienen nada de buenas; a primera vista los aviones son muy parecidos. Estoy de acuerdo en que probablemente sean «Fulcrum», y lo más inteligente que podría hacer Iván es establecer con sus cazas un corredor de seguridad para los bombarderos.

—Tal vez tengan que reabastecerse en vuelo durante el regreso... ¿Y si atacamos a los aviones cisterna?

—Ya hemos pensado en eso. Pero tenemos un millón de millas cuadradas de océano para buscarlos. —La superficie saltaba a la vista en la carta— El tiempo necesario para eso lo hace virtualmente imposible, aunque creemos que valdrá la pena intentarlo alguna vez en el futuro. Por el momento, nuestra preocupación principal es la defensa aérea. Después de eso, pensamos que Iván puede estar planificando una operación anfibia para Noruega. Si su flota de superficie sale al mar, será nuestra responsabilidad golpearla.

USS PHARRIS.

—Alerta de ataque aéreo, jefe —dijo el oficial ejecutivo— Hay unos veinticinco «Backfire» en vuelo hacia abajo, blanco desconocido.

—Bueno, no querrán ir a atacar al grupo de portaaviones..., con veinticinco aviones, ahora que ellos se encuentran bajo la cobertura aérea de la OTAN. ¿Dónde están ahora?

—Probablemente sobre Islandia. De tres a cinco horas de vuelo de aquí. Nosotros no somos el convoy más grande dentro de su alcance, pero sí el más expuesto.

—Por otra parte, si buscan todos esos independientes que andan por allí, pueden cazar buques indefensos en pleno océano. Pero yo no lo haría. Nuestros buques están transportando material de guerra...

El convoy sólo tenía cinco buques equipados con «SAM». Un blanco maduro.

GRAFARHOLT, ISLANDIA.

—Estelas de condensación, Doghouse, tenemos estelas de condensación sobre nosotros; unas veinte. Están pasando por encima justo en este momento.

—¿No puede identificarlas?

—Negativo. Son aviones grandes, sin motores visibles en las alas; pero no puedo estar seguro de qué tipo. Van muy alto, con rumbo hacia el Sur. Tampoco puedo medir la velocidad... No se oyen estampidos sónicos, pero si estuvieran volando a Mach 1, ya deberíamos haberlos oído.

—Repita su cuenta —ordenó Doghouse.

—Yo cuento veintiún pares de estelas, dos uno pares, con rumbo aproximado uno ocho cero. Todos los cazas de Reykiavik despegaron y volaron hacia el Norte alrededor de treinta minutos antes de que pasaran éstos por aquí; pero no sabemos dónde están. Los bombarderos no parecen ir escoltados. Ninguna otra cosa nueva que informar.

—Comprendido, Beagle. Avísenos cuando aterricen los cazas. Sería bueno tener una idea de su autonomía. Cambio y corto.

El mayor se volvió hacia su sargento:

—Saque eso por el teletipo ahora mismo. Confirme, un ataque de un regimiento de «Backfire» hacia el Sur; sobre Reykiavik en este momento, rumbo estimado uno ocho cero. Posiblemente con escolta de cazas..., sí, será mejor que ponga también eso.

El centro de comunicaciones de la OTAN era casi lo único que estaba trabajando de acuerdo con lo planificado. Los satélites de comunicaciones en sus todavía inalcanzables órbitas sobre el ecuador, proporcionaban información a las unidades de todo el mundo, y allí en Escocia se hallaba uno de los principales «nudos» según la jerga militar para un intercambiador telefónico de alta tecnología.

USS PHARRIS.

Un día bueno para las estelas, observó Morris. Justo la mezcla adecuada de temperatura y humedad a grandes alturas para producir la condensación de los gases calientes que dejaban atrás los motores de los aviones. Así pudieron advertir las huellas del tránsito aéreo que cruzaba el Atlántico. Los grandes binoculares de veinte aumentos, que generalmente se guardaban en las alas del puente para tareas de vigía en la superficie, se estaban usando ahora desde el puente abierto, en lo alto de la parte anterior de la superestructura, y los vigías trataban de identificar a los aviones. Buscaban ante todo a los «Bear», los aviones soviéticos de exploración, que descubrían blancos para los «Backfire».

Todo el mundo estaba tenso, y no podían esperar alivio alguno. La amenaza de los submarinos ya era bastante mala, y con el desmantelamiento del grupo de portaaviones del día anterior, el convoy había quedado virtualmente desnudo ante los ataques aéreos. Estaban demasiado lejos dentro del mar para esperar cualquier protección de cazas con base en tierra. La fragata Pharris sólo contaba con las defensas aéreas más rudimentarias. Apenas podía protegerse a sí misma y no era de utilidad alguna para ningún otro buque. las naves equipadas con misiles superficie-aire estaban reuniéndose ahora en línea sobre el límite del convoy, veinte millas al sur de la fragata, mientras ésta continuaba su búsqueda antisubmarina. Todo lo que podía hacer era mantener la vigilancia con sus instrumentos de alerta y amenaza, y transmitir por radio cualquier información que obtuviera. Estaban seguros de que Iván emplearía sus propios radares de búsqueda «Big Bulge», a bordo de los «Bear», para localizar y clasificar el blanco. El plan del comandante del convoy consistía en usar los buques «SAM» como si fueran una fila adicional de blancos, formados exactamente igual que los mercantes. Con suerte, algún «Bear» particularmente curioso podía confundirlos con buques desarmados y sentirse tentado de efectuar una búsqueda visual. Poco probable, pero era la única carta que ellos podían jugar...

—¡Contacto! —Tenemos un radar «Big Bulge» con marcación cero cero nueve. La intensidad de la señal es baja.

—No nos descubras, hijo de puta —murmuró suspirando el oficial de acción táctica.

—Eso es muy difícil que ocurra —dijo Morris— Pasen la información al comandante de la escolta.

El «Bear» llevaba un rumbo general sur, y estaba usando su radar sólo durante dos minutos cada diez, a medida que se iba acercando al convoy. Pronto detectaron otro, ligeramente hacia el Oeste. Los grupos de exploración estimaron sus posiciones, y enviaron un informe vía satélite al comandante en jefe de la Flota del Atlántico, en Norfolk, con un pedido urgente de ayuda; diez minutos después supieron que no había ninguna ayuda disponible.

En la Pharris, los artilleros prepararon el cañón. El sistema de defensa contra misiles y el radar del cañón «Gatling» a popa fueron activados a la posición de alerta. Otros radares permanecían apagados. Sus operadores en la central de informaciones de combate se mantenían sentados en sus puestos, nerviosos, con los dedos apoyados en las llaves de contacto mientras escuchaban los informes radiales MAS y echaban alguna mirada ocasional a la mesa de exploración.

—Probablemente ambos nos han detectado ya.

Morris asintió.

—Después vendrán los «Backfire».

El comandante pensaba en las batallas que había estudiado en la academia naval, a principios de la Segunda Guerra Mundial, cuando la Flota Japonesa tenía superioridad aérea,

o cuando los alemanes usaron sus aviones «Cóndor», de gran autonomía, para descubrir y marcar los convoyes transmitiendo por radio sus posiciones a quien pudiera interesarle, y los aliados nada podían hacer en aquellos días. Él no había pensado nunca que podría verse en una situación semejante. ¿Después de cuarenta años se repetía la misma situación táctica? Era absurdo, se dijo Morris. Absurdo y espantoso.

—Tenemos contacto visual con un «Bear», un poco por encima del horizonte a dos ocho cero —dijo el comunicante.

—Director, utilice sus medios ópticos para seguir el blanco —dijo en seguida el oficial de acción táctica, y se volvió hacia Morris— A lo mejor se acerca lo suficiente para un disparo.

—No conecten todavía ningún radar. Podría ocurrir que se metiera dentro del radio de acción de algún misil, si no tiene cuidado.

—Es imposible que sea tan imbécil.

—Va a tratar de evaluar las defensas del convoy —dijo Morris con calma— Todavía no puede hacerlo visualmente. Durante un rato, todo lo que podrá ver será a esos panzudos con las estelas detrás de ellos. Pero no es fácil identificarlos o distinguir un buque de un avión. Vamos a ver hasta dónde llega la curiosidad del tipo...

—El avión acaba de cambiar el rumbo —comunicó el informante—. Está virando hacia el Este, en dirección a nosotros.

—¡Acción aérea a estribor! ¡Timón a la derecha. Adelante a toda fuerza! Caiga a nuevo rumbo uno ocho cero —ordenó inmediatamente Morris. Viraba hacia el Sur para inducir al «Bear» a que se acercara más a los buques «SAM»—. Iluminen el blanco. ¡Fuego! Ataquen cuando esté dentro del alcance.

La Pharris se inclinó pronunciadamente hacia la izquierda cuando empezó a virar. A proa, el cañón de trece milímetros giró en el sentido de las agujas del reloj mientras la fragata se ponía en posición respecto a la marcación del blanco. Tan pronto como el instrumental del cañón quedó activado, el radar de control de fuego le dio los cálculos de puntería, y el largo tubo del cañón se elevó a treinta grados y quedó aferrado al seguimiento del blanco. A popa, el montaje de defensa puntual hizo otro tanto.

—El blanco está a diez mil metros de altura, distancia quince millas y acercándose.

El comandante de la escolta aún no había autorizado el lanzamiento de misiles. Era mejor esperar que Iván disparara primero los suyos, antes de que supiera lo que le esperaba en su pasaje. Los informes sobre la batalla de los portaaviones ya habían salido para la flota. Los grandes misiles rusos aire-superficie no eran blancos demasiado difíciles de derribar; su trayectoria era recta. Pero había que reaccionar con mucha rapidez porque eran sumamente veloces, Morris pensó que el «Bear» todavía estaba haciendo una evaluación de los blancos y aún no conocía el poder de la fuerza de escolta. Cuanto más tiempo permaneciera en la oscuridad, mejor sería, porque los «Backfire» no dispondrían de mucho tiempo para perder estando tan lejos de sus bases. Y si el «Bear» se acercaba apenas un poquito más...

—¡Comiencen el fuego! —gritó el oficial de acción táctica.

El cañón de la Pharris, en posición totalmente automática, comenzó a efectuar disparos cada dos segundos. El «Bear» aún no estaba del todo dentro del alcance del cañón y las probabilidades de derribarlo eran muy pocas, pero ya era hora de darle algo de que preocuparse.

Los primeros cinco disparos fueron cortos y explotaron sin causar daños a más de mil metros del «Bear», pero los tres siguientes se acercaron y uno de ellos explotó a menos de doscientos metros de su ala izquierda.El piloto soviético viró instintivamente a la derecha para escapar. Fue un error. No sabía que la fila más próxima de «mercantes» llevaba misiles.

Segundos después partieron dos misiles y el «Bear» picó inmediatamente en acción evasiva, largando una lluvia de chaff en su estela y dirigiéndose en línea recta hacia la Pharris, lo que daba a sus tripulantes una nueva oportunidad de lograr un derribo. Efectuaron otros veinte disparos mientras el avión se aproximaba. Tal vez dos de ellos explotaron lo bastante cerca como para averiar al bombardero, aunque no hubo resultados visibles. En seguida lanzaron nuevos misiles, pequeños dardos blancos que desprendían largas columnas de humo gris. Uno de ellos erró y detonó dentro de la nube de chaff; pero el segundo lo hizo a menos de cien metros del bombardero. La cabeza de guerra explotó lanzando junto con la onda expansiva miles de fragmentos; varios desgarraron el ala del lado de babor del «Bear». El enorme avión turbohélice perdió potencia en uno de los motores y sufrió un grave daño en el ala, pero el piloto pudo recuperar el control, ya fuera del alcance del cañón de la Pharris. Puso rumbo Norte y se alejó echando humo.

El otro «Bear» se mantuvo discretamente fuera del alcance de todos. El comandante de la operación de ataque acababa de aprender una lección que no tardó en transmitir a su oficial de Inteligencia.

—Se acercan más radares ¡«Down Beats»! —alertó el técnico de medidas de apoyo electrónico ESM—. Cuento diez..., y van aumentando. ¡Catorce.... dieciocho! —cantó después el operador del radar de búsqueda.

—Contactos radar, marcación cero tres cuatro, distancia uno ocho cero millas. Cuento cuatro blancos, ahora cinco, seis blancos. Rumbo dos uno cero, velocidad seiscientos nudos.

—Aquí vienen los «Backfire» —dijo el oficial de acción táctica.

—¡Contacto radar! —fue el siguiente aviso— ¡Vampiros! ¡Vampiros! Vienen misiles hacia aquí.

Morris se encogió interiormente. Todos los escoltas encendieron sus transmisores de radar. Los misiles quedaron apuntados hacia los blancos que se acercaban. Pero la Pharris no tomó parte en ese juego. Morris ordenó en su buque adoptar la máxima velocidad y viró hacia el Norte para escapar de la posible zona de blanco de los misiles soviéticos.

—Los «Backfire» están regresando. El «Bear» mantiene su posición. Tenemos algún tráfico de radio. Ahora cuento veintitrés misiles que vienen. las marcaciones están cambiando en todos los contactos —dijo el oficial táctico—. Se dirigen todos hacia el convoy. Parece que nosotros estamos fuera de peligro.

Morris alcanzó a oír un profundo y casi colectivo suspiro de alivio de los tripulantes de la central de informaciones de combate. Él mismo observó también aliviado la pantalla de radar. Los misiles se veían con trazos que llegaban desde el Noreste, y los «SAM» ascendían para encontrarlos. Otra vez se ordenó dispersión al convoy, y los mercantes se alejaban a toda máquina del centro de la zona de blanco. Lo que siguió tenía una extraña semejanza con los juegos electrónicos de salón. De los veintitrés misiles soviéticos lanzados nueve pudieron sobrepasar la defensa de «SAM» y se precipitaron hacia el convoy. Hicieron impacto en siete buques mercantes.

Los siete se perdieron totalmente. Algunos se desintegraron en el acto con la demoledora acción de las cabezas de guerra de mil kilogramos. Otros se mantuvieron en la superficie el tiempo suficiente como para que sus dotaciones pudieran salvar la vida. El convoy había partido del Delaware con treinta buques. Quedaban sólo veinte, y aún quedaban casi mil quinientas millas de océano abierto entre ellos y Europa.

GRAFARHOLT, ISLANDIA.

Dos de los «Backfire» estaban quedándose sin combustible y decidieron aterrizar en Keflavik. Detrás de ellos se encontraba el averiado «Bear». Hizo virajes en círculo sobre Reykiavik esperando que los «Backfire» despejaran la pista. Edwards informó diciendo que se trataba de un avión de hélice con un motor dañado. El sol estaba bajo sobre el horizonte del Noroeste, y el «Bear» brillaba amarillento contra el cielo azul cobalto.

—Manténganse en el aire, Beagle —ordenó Doghouse. Tres minutos después, Edwards vio por qué. Esta vez no hubo interferencias electrónicas lejanas que alertaran a los soviéticos. Ocho «FB-111» aparecieron en vuelo casi rasante sobre las rocas, al sudoeste del centro montañoso de la isla. Siguieron en vuelo muy bajo por el fondo del Valle Selja en elementos de dos; el camuflaje de su pintura gris y verde los hacía casi invisibles para los cazas que volaban en círculo a mayor altura. La pareja líder viró hacia el Oeste, con otra pareja siguiéndola a ochocientos metros de distancia. Los cuatro aviones restantes se dirigieron hacia el Sur rodeando el monte Hus.

—¡Mierda!

Smith fue el primero que los vio: dos timones de cola que se desplazaban velozmente. En el momento exacto en que Edwards los descubría, el primer avión se elevó bruscamente y lanzó un par de bombas dirigidas por televisión. El otro hizo lo mismo, y ambos atacantes viraron violentamente hacia el Norte. las cuatro bombas cayeron sobre la estación transformadora y dentro del perímetro vallado. Como si alguien hubiera bajado una sola llave, se apagaron todas las luces que estaban a la vista. El segundo par de «Aardvark» pasaron rugiendo muy bajo sobre la Autopista 1, y rozaron casi los techos de Reykiavik para alinearse con su blanco. El líder alzó el avión para lanzar sus bombas, y su pareja rompió a la izquierda en dirección al parque de combustible del aeropuerto, sobre los muelles. Instantes después explotó la torre de control al mismo tiempo que un hangar, y las bombas-racimo «Rockye» destrozaron los depósitos de combustible. Cogidos por sorpresa, los artilleros de los cañones y lanzadores de misiles rusos dispararon demasiado tarde.

En Keflavik, las tropas de defensa también fueron sorprendidas, primero por la repentina pérdida de energía eléctrica y después por los bombarderos, que llegaron sólo un minuto después. También aquí los blancos primarios eran la torre de control y los hangares, y en su mayor parte quedaron destruidos por el impacto de las bombas de mil kilogramos. La segunda pareja encontró dos «Backfire» estacionados y un vehículo lanzamisiles; los atacaron con bombas «Rockeye», que sembraron pequeñas bombas del tamaño de una pelota de béisbol sobre las pistas de aterrizaje y las pistas de rodamiento. Mientras tanto, los «FB-111» continuaron hacia el Oeste con los posquemadores encendidos mientras los aviones de combate rusos procuraban darles caza, con misiles y fuego de cañones. Seis «Fulcrum» picaron hacia los «Vark» que se alejaban, y cuyos equipos de interferencia llenaron el aire de ruidos electrónicos para protegerse.

Libres de sus cargas ofensivas, los bombarderos norteamericanos hendían el aire como rayos, a setecientos nudos y a menos de treinta metros sobre las olas; pero el comandante de los cazas soviéticos no pensaba abandonar esa persecución. Había visto los daños causados a Keflavik, y estaba furioso porque lo habían pillado desprevenido a pesar de tener a sus cazas en el aire. Los «Fulcrum» poseían una ligera ventaja en velocidad y fueron acortando distancias poco a poco. Se habían alejado de la costa unos ciento sesenta kilómetros cuando los radares de sus misiles pudieron atravesar la barrera de interferencias electrónicas de los norteamericanos. Dos cazas lanzaron inmediatamente sus misiles, y los «FB-111» empezaron a practicar maniobras evasivas para eludirlos. Uno de ellos recibió un impacto y se precipitó

al mar girando sobre sí mismo como una rueda. Los soviéticos estaban preparando una segunda descarga cuando se encendieron sus receptores de amenaza de ataque.

Cuatro «Phantom» norteamericanos los estaban esperando en emboscada. En un momento, ocho misiles «Sparrow» descendieron picando hacia los «Fulcrum». Ahora había llegado el turno a los soviéticos para escapar. Los «MiG-29» viraron violentamente y pusieron rumbo hacia Islandia conectando sus posquemadores. Uno de ellos fue derribado por un misil, y otro dañado. Toda la batalla había durado en total cinco minutos.

—Doghouse, aquí Beagle. ¡La planta de electricidad ha desaparecido! Los «Vark» la borraron del mapa, amigo. Hay un incendio de todos los diablos en el borde sudoeste del aeropuerto, y parece que la torre de control quedó partida por la mitad. Dos hangares quedaron bastante averiados. Veo dos, tal vez tres, aviones civiles que se hallan ardiendo. Los cazas despegaron hace media hora. ¡Mierda, ese parque de combustible se encuentra en llamas como un infierno! Hay un montón de gente corriendo de un lado para otro debajo de nosotros.

Mientras Edwards observaba, una docena de vehículos con las luces encendidas iban y venían por los caminos que pasaban debajo de él. Dos de ellos se detuvieron a un kilómetro de distancia para que descendieran tropas.

—Doghouse, creo que ya es hora de que nos vayamos de esta colina.

—Comprendido, Beagle. Diríjanse al Nordeste, hacia la Colina 482. Esperamos que nos llamen dentro de diez horas. ¡En marcha, muchacho! Cambio y corto.

—Es hora de dejar esto, señor. —Smith tendió su mochila al teniente e indicó a sus compañeros que iniciaran la marcha— Parece que podemos anotar un punto a favor de los buenos...

KEFLAVIK, ISLANDIA.

Los «MiG» aterrizaron en la pista uno ocho, que no había sufrido daños y era la más larga de la base. Apenas habían terminado la carrera de aterrizaje cuando los auxiliares de tierra empezaron el proceso de ponerlos en condiciones para nuevas operaciones. El coronel se mostró sorprendido al ver todavía con vida al comandante de la base.

—¿Cuántos derribó, camarada coronel?

—Solamente uno, y ellos bajaron uno de los míos. ¿No detectó nada en el radar? —preguntó el coronel.

—Nada en absoluto. Atacaron primero Reykiavik. Dos grupos de aviones, que entraron desde el Norte. Estos hijos de puta deben de haber volado entre las rocas —gruñó el mayor, y señaló el radar móvil estacionado en terreno abierto, entre dos pistas de aterrizaje— No le hicieron ningún daño. Asombroso.

—Tenemos que sacarlo de ahí. Algún lugar alto, muy alto. Nunca conseguiremos un radar aéreo, y a menos que mejoremos la alarma a distancia, este asunto del vuelo bajo va a terminar con nosotros. Busque un buen lugar en la cima de una colina. ¿Son importantes los daños en las instalaciones y servicios?

—Hay muchos agujeros pequeños en las pistas de aterrizaje por esas bombitas. Dentro de dos horas van a estar todos tapados. La pérdida de la torre nos causará dificultades para operar con un número grande de aviones. Cuando nos quedamos sin energía eléctrica perdimos también la posibilidad de bombear combustible por el sistema de tuberías. Probablemente perdimos el servicio local de teléfonos. —Se encogió de hombros— Podemos hacer ajustes, pero son problemas mayores. Demasiado trabajo y muy pocos hombres. Tenemos que dispersar los interceptores y hacer arreglos alternativos para carga de combustible, pues el próximo blanco serán los depósitos.

—¿Esperaba que esto fuera fácil, camarada?

El coronel paseó la mirada por las impresionantes hogueras que sólo media hora antes habían sido un par de «Tu-22M Backfire». El «Bear» averiado estaba en esos momentos tomando contacto con la pista.

—El cálculo de tiempo que hicieron ellos fue demasiado bueno. Nos atacaron cuando la mitad de mis cazas estaba escoltando una fuerza de bombarderos frente a la costa norte. Puede ser suerte, pero yo no creo en la suerte. Quiero que los soldados del ejército busquen posibles enemigos infiltrados alrededor de todos los aeropuertos, Y, exijo mejores medidas de seguridad. Yo..., ¿qué diablos es eso?

A menos de seis metros de ellos, sobre el cemento, había una pequeña bomba «Rockeye». El mayor tomó de su jeep una banderola de plástico y la colocó cerca de la bomba.

—Los norteamericanos largan algunas con espoletas de efecto retardado. Mis hombres ya las están buscando. Quédese tranquilo, camarada, todos sus aviones han aterrizado con total seguridad. Y sus áreas de dispersión están limpias.

El coronel retrocedió un poco.

—¿Y qué hacen con ellas?

—Ya lo hemos practicado. Usamos una topadora especialmente preparada para barrerlas fuera del cemento. Unas explotan y otras no. A las que no lo hacen por sí mismas les provoca la explosión un hombre de buena puntería, con un fusil.

—¿Y la torre?

—Había tres hombres de turno. Buenos hombres. —El mayor volvió a encogerse de hombros— Le pido que me disculpe. Tengo mucho trabajo.

El coronel lanzó una última mirada a la pequeña bomba antes de empezar a caminar hacia sus aviones. Había infravalorado al mayor.

ISLANDIA.

—Hay una luz en nuestra colina —dijo García.

Todos se arrojaron cuerpo a tierra. Edwards lo hizo junto al sargento.

—Es sólo algún hijo de puta que encendió un cigarrillo —observó amargamente Smith, que había terminado el último que le quedaba varias horas antes, y estaba pasando por las penurias de toda retirada— ¿Ahora ve por qué siempre llevamos todas nuestras basuras con nosotros?

—¿Nos están buscando? —preguntó Edwards.

—Lo supongo. Ese ataque fue muy exacto. Se preguntarán si esos perros del aire tuvieron alguna ayuda. Me sorprende que no lo hayan hecho antes. Habrán estado ocupados con otras cosas.

—¿Le parece que pueden vernos?

A Edwards no le gustaba nada la idea.

—¿A tres kilómetros de distancia? Está demasiado oscuro para eso, y si se encuentran fumando quiere decir que se sienten muy confiados y en descanso. Tranquilícese, teniente. No es tan fácil encontrar a cuatro tipos. Hay muchas colinas para inspeccionar en esta isla. Tendremos que tener cuidado cuando caminemos. No hacerlo por los bordes, por ejemplo. Aunque tengan equipos para ver de noche o con poca luz, no van a distinguirnos tan fácilmente si nos mantenemos en los valles. Pongámonos en marcha, y caminemos por abajo.

USS PHARRIS

Seguía ardiendo el último mercante. Su dotación había abandonado el buque dos horas antes, pero todavía se veían sus llamas en el horizonte del lado oeste. *Más muertes*, pensó Morris. Solamente logró salvarse la mitad de los tripulantes, y no disponían de tiempo para efectuar una búsqueda más minuciosa. El convoy había zarpado sin que se designara especialmente un buque de rescate. Los helicópteros consiguieron sacar a muchos del agua, pero todavía se necesitaba a la mayoría de ellos para cazar submarinos. Morris recibió un mensaje en el que le informaban que aviones «Orion» salidos de Lajes habían perseguido y probablemente hundido un submarino lanzamisiles de la clase «Echo» que encontraron en su ruta. Buenas noticias, aunque Inteligencia informaba sobre indicaciones de otros dos.

La pérdida de Islandia era un desastre cuyas dimensiones sólo ahora estaban haciéndose evidentes. Los bombarderos soviéticos tenían una vía despejada para alcanzar las rutas comerciales. Sus submarinos cruzaban velozmente el estrecho de Dinamarca aunque las Marinas de la OTAN trataban de situar a sus submarinos en posiciones que sustituyeran la barrera que habían perdido..., la barrera de la cual dependían los convoyes. La Fuerza Aérea de los Estados Unidos y la Marina pronto intentarían establecer una cobertura de aviones de combate para hostigar a los «Backfire», pero esas medidas eran recursos provisorios. Hasta que Islandia fuera totalmente neutralizada o, mejor aún, retomada, la Tercera Batalla del Atlántico Norte estaba pendiente de un marcado desequilibrio en la situación.

En las bases de la flota del Pacífico de San Diego y Pearl Harbor, oscurecidos buques se hacían a la mar. una vez en el océano abierto, todos ellos pusieron proa al Sur, hacia Panamá.

23. DEVOLUCIONES.

USS PHARRIS.

Las cosas habían vuelto otra vez a la normalidad. Aunque la afirmación era muy relativa: los «Backfire» continuaban descendiendo a través del claro sobre Islandia, y esa tarde habían atacado otro convoy y hundido once buques mercantes en el proceso. Todos los convoyes que se dirigían al Este estaban desviándose hacia el Sur, prefiriendo alargar bastante el viaje a Europa para reducir así la amenaza aérea. Tan graves habían sido las pérdidas hasta ese momento (casi sesenta buques hundidos) que una modificación de las rutas llevándolas más al Sur significaba por lo menos que los bombarderos soviéticos sólo podrían cargar un misil en vez de dos.

Ya empezaba a notarse la tensión en todos. Hacía una semana que la tripulación de Morris soportaba una intensa actividad, cuatro horas en servicio, cuatro horas libres. las normas de sueño habían quedado sin efecto. Los hombres no hacían las comidas adecuadas. Los requerimientos cruciales de mantenimiento interrumpían las cuotas de sueño adjudicadas a los tripulantes. Y, por encima de todo, estaba el conocimiento de que, en cualquier momento, podían ser atacados por un avión o un submarino. Los trabajos aún se cumplían, pero Morris notó que sus hombres empezaban a dar muestras de brusquedad y mal carácter. Muchos estaban tropezando constantemente en los umbrales de las puertas, signo seguro de fatiga. Pronto vendrían errores más graves. La relación entre fatiga y errores era tan segura como peligrosa. En uno o dos días más, Morris confiaba en que se establecería por sí misma una sólida rutina, algo para que sus hombres tuvieran a qué ajustarse. Había señales de esto, y los suboficiales le decían que no debía preocuparse. Pero él se preocupaba.

—Puente, aquí Combate. Contacto sonar, posible submarino, marcación cero cero nueve.

—Aquí empezamos de nuevo —dijo el oficial a cargo del comando. Era la vigésimo cuarta vez, en ese viaje, que los tripulantes de la fragata Pharris debían correr a ocupar sus puestos de combate.

Esta vez se necesitaron tres horas. No había aviones «Orion» disponibles para ellos, y las escoltas enviaron al aire a sus helicópteros para buscar al submarino, dirigidos todos por Morris y el personal de su CIC. El comandante de este submarino conocía realmente su oficio. Ante la primera sospecha de que lo habían detectado (tal vez su propio sonar había captado un helicóptero que sobrevolaba, o el ruido hecho por una sonoboya al caer al agua) se sumergió profundamente y comenzó una confusa serie de cortas y rápidas carreras y detenciones, pasando de arriba abajo de la capa y trabajando duro para romper el contacto..., pero hacia el convoy. Este submarino no estaba interesado en huir. Aparecía y desaparecía en el control táctico, siempre acercándose pero sin revelar nunca su posición en forma lo bastante clara como para dispararle.

—Se fue otra vez —dijo pensativamente el oficial de lucha antisubmarina.

Una sonoboya lanzada diez minutos antes había captado una señal débil; se mantuvo durante dos minutos, y luego se perdió.

—Este tipo es preciso.

—Y está demasiado cerca —dijo Morris.

Si el submarino seguía con rumbo Sur, estaba ahora en el borde del alcance del sonar activo de la fragata. Hasta ese momento, la Pharris no se había revelado. El comandante del submarino sabría que algunos buques de superficie andaban por allí cerca debido a la

presencia de los helicópteros, pero era poco probable que hubiese sospechado la presencia de una fragata a sólo diez millas al Sur de su posición.

Morris miró al oficial de lucha antisubmarina.

—Actualice nuestro perfil de temperaturas.

Treinta segundos después dejaron caer un sensor batítermográfico. El instrumento medía la temperatura del agua y la transmitía a una pantalla en la sala de sonar. La temperatura del agua era la condición ambiental más importante que afectaba el rendimiento del sonar. Los buques de superficie la controlaban periódicamente, pero un submarino podía hacerlo en forma continua.... una ventaja más que tenía el submarino.

—¡Ahí está! —exclamó Morris. Ahora el gradiente es mucho más marcado y este tipo está explotando eso. Se mantiene fuera del canal profundo y probablemente hace sus carreritas sobre la capa y no debajo de ella, como nosotros esperábamos. Muy bien...

Los helicópteros continuaron lanzando sonoboyas, y los breves indicios que recogían eran de un blanco que se dirígía al Sur, hacia la fragata Pharris. Morris esperó diez minutos.

—Puente, aquí Combate, timón a la izquierda; caiga a nuevo rumbo cero uno uno —ordenó Morris, apuntando con su buque a la posición estimada del submarino.

La fragata navegaba a cinco nudos, avanzando silenciosamente en un mar calmo. El personal de la Central de Informaciones de Combate observaba en el indicador de rumbo del mamparo posterior cómo iban cambiando lentamente el primitivo rumbo Este.

La pantalla de presentación táctica estaba inutilizada. La abundancia de breves informes de las sonoboyas —muchos de los cuales eran probablemente señales falsas— confundían a la computadora para generar una exacta estimación de la posición del submarino, y daba así resultados que cubrían más de cien millas cuadradas. Morris se acercó al marcador gráfico en la esquina posterior de la ala.

—Creo que está exactamente aquí —dijo, dando unos golpecitos en la carta náutica— ¿Comentarios?

—¿A poca profundidad? Eso es contrario a la doctrina —observó el oficial de lucha antisubmarina. Los informes de Inteligencia de la flota decían que los submarinistas soviéticos se ajustaban estrictamente a la doctrina.

—Vamos a averiguarlo. Búsqueda yanqui.

El oficial especialista dio las órdenes de inmediato. La búsqueda yanqui significaba conectar el sonar activo de la fragata y martillar el agua para controlar al submarino. Morris estaba arriesgando. Si el submarino se hallaba tan cerca como él pensaba, le estaba proporcionando gratuitamente la posición de su propio buque e invitándolo a que le lanzara un ataque con misiles, y sus sistemas de defensa de punto estaban mal equipados para detenerlo. El operador de sonar observaba intensamente su pantalla. las cinco primeras emisiones ping no mostraban nada mientras la onda del sonar barría de Oeste a Este. La siguiente pintó un punto brillante en la pantalla.

—Contacto..., contacto positivo de sonar, trayectoria directa, marcación cero uno cuatro, distancia once mil seiscientos metros. Evaluado como probable submarino.

—Clávenlo —ordenó Morris.

El impulsor de combustible sólido del ASROC entró en combustión, levantándose violentamente del buque y describiendo en el cielo una curva, seguido por una estela de humo gris pálido. El cohete se quemó por completo en tres segundos. Estaba a trescientos metros de altura cuando el torpedo se separó del impulsor e inició su lento descenso hacia el agua, retardado por un paracaídas.

—Ha cambiado de rumbo, señor —avisó el operador de radar— El blanco está virando y aumentando de velocidad. Yo..., ahí está el pescado, ya tenemos el torpedo en el agua y está haciendo emisiones activas. Cayó bastante cerca.

El oficial de acción táctica estaba ignorando esto. Tres helicópteros convergían en ese momento sobre el punto de detección del blanco. Había una buena probabilidad de que el torpedo errara, y ahora la tarea consistía en no dejar escapar el contacto. Morris ordenó un giro a la derecha, permitiendo que el sonar pasivo de arrastre de la fragata pudiera captar y aferrar al submarino, que se desplazaba ahora velozmente para evadir el torpedo, produciendo elevado ruido. Llegó el primer helicóptero y dejó caer una sonoboya.

—Dos hélices y ruido de cavitación. Suena como un «Charlie» a máxima velocidad, señor —informó un suboficial— Creo que el torpedo puede tenerlo aferrado.

Automáticamente, el torpedo pasó de «ping»-y-«escucha» a ping continuado, a la caza del submarino que describía velozmente un arco en busca de mayor profundidad. El torpedo perdió momentáneamente al submarino cuando éste atravesó la capa del gradiente térmico, pero luego volvió a localizarlo cuando él también penetró en aguas profundas y más frías, y fue cerrando rápidamente la distancia. El submarino soltó un artefacto emisor de ruidos, para perturbar al torpedo, pero funcionó defectuosamente. Cargaron otro en el lanzador. Demasiado tarde. El torpedo hizo impacto en el submarino sobre su hélice de babor y explotó.

—¡Bravo! —gritó un suboficial sonarista— Tenemos detonación de cabeza de guerra. ¡Acabamos con el maldito!

—Tenemos impacto. Tenemos detonación —confirmó la tripulación de un helicóptero— Quede atento. Los motores del blanco no se han detenido del todo... Hay ruidos de propulsión adicional.... golpeteo metálico. Están soplando. Están soplando los tanques. Sube.... está subiendo. Hay burbujas en la superficie. ¡Cristo Santo, lo tenemos ahí!

La proa del «Charlie» partió la superficie a seis millas de la fragata. Tres helicópteros volaron en círculo, como lobos, sobre la nave herida y la Pharris viró hacia el Norte para acercarse al blanco, sin que su cañón de trece centímetros dejara de apuntarle. Pero no fue necesario. La escotilla de proa se abrió y empezaron a salir los hombres apresuradamente. Aparecieron otros en la torreta y todos saltaron al agua mientras la sala de máquinas del submarino se inundaba rápidamente. Alcanzaron a salir diez hombres antes de que la nave empezara a deslizarse hacia atrás y desapareciera bajo la superficie. Se vio un hombre más entre las olas unos segundos después, pero nada más.

Los helicópteros arrojaron chalecos salvavidas a los que estaban en el agua. Uno de los helicópteros, que tenía una grúa de rescate, logró izar a dos náufragos antes de que la fragata llegara a la escena. Morris supervisó la operación desde el puente. Sin pérdida de tiempo descendieron al agua el bote de motor y efectuaron un fácil rescate. Los tripulantes rusos estaban aturdidos y no resistieron. Los helicópteros guiaron el bote hasta cada hombre, buscando cuidadosamente en la zona, por si había otros. Recogieron a los once y el bote regresó a la fragata para ser izado de nuevo. El suboficial contramaestre de la Pharris supervisó la operación, con un alférez de pie y en silencio junto a él.

Nadie había considerado seriamente esa posibilidad. En teoría, el impacto de un torpedo en un submarino debía destruirlo por completo. *Prisioneros*, pensó Morris para sí. *¿Qué diablos se supone que debo hacer con prisioneros?* Tenía que decidir dónde alojarlos, cómo tratarlos. Cómo interrogarlos... ¿Había a bordo alguien que hablara ruso? El comandante entregó el control a su oficial ejecutivo y apretó el paso hacia popa.

Ya estaban allí algunos tripulantes armados, que sostenían torpemente sus fusiles «M-14» mientras miraban hacia abajo, con enorme curiosidad, el bote que iban a subir. Aseguraron los cables del torno a los puntos de amarre para levantarlo, y el marinero del cabrestante empezó a elevarlo.

El grupo de los soviéticos no causaba demasiada impresión; muchos de ellos permanecían en estado de conmoción a raíz de su virtual escape de la muerte. Morris contó tres oficiales; uno de los cuales era probablemente el comandante. Susurró una rápida orden al contramaestre Clarke.

El suboficial hizo dar unos pasos atrás al grupo armado, y sacó el silbato del bolsillo. Cuando el bote quedó asentado en su lugar, hizo un toque de tres notas y saludó al comandante soviético rindiendo honores como si llegase un dignatario.

La reacción del ruso fue de completo asombro. Morris se adelantó para ayudarle a salir del bote.

—Bien venido a bordo, comandante. Yo soy el capitán de fragata Morris, de la Marina de los Estados Unidos.

Ed miró brevemente a su alrededor y pudo ver la expresión de incredulidad en las caras de sus hombres. Pero su actitud no dio resultado. El ruso dijo algo en su propio idioma; o no hablaba inglés o tuvo la astucia de fingir que no lo hacía. Alguien, y no él, tendría que hacerse cargo del interrogatorio. Morris ordenó al contramaestre que continuaran. Llevaron abajo a los rusos para un control médico. Por el momento los mantendrían bajo guardia en la enfermería. El contramaestre volvió muy apurado.

—Jefe, ¿qué diablos fue todo eso? —preguntó el suboficial segundo contramaestre Clarke.

—Probablemente les han dicho que nosotros les dispararíamos en la cabeza. una vez leí un libro donde decía que la técnica más efectiva..., oiga, estaba ese alemán, el tipo especializado en sacarle información a nuestra gente en la Segunda Guerra Mundial, ¿sabía? Era bueno en eso, y lo que hacía era tratar decentemente a los nuestros. Diablos, lo invitaron y ayudaron para que viniera después de la guerra, y ahora es ciudadano norteamericano. Separe los oficiales de los suboficiales, y los suboficiales antiguos de los más modernos. Manténganlos separados. Y asegúrese de que estén cómodos. Denles de comer, ofrézcanles cigarrillos, hagan que se sientan seguros. Si usted supiera de alguien que tenga una botella a bordo, consígala y ofrezca a nuestros huéspedes un par de tragos. Que todos tengan ropas nuevas. Nosotros nos quedaremos con las suyas. Envíelas todas a la cámara de oficiales. Veremos si tienen algo de valor. Asegúrese de que los traten bien y, a lo mejor, logramos que uno o dos de ellos nos larguen todo lo que sepan.

—Comprendido, jefe.

El suboficial salió meneando la cabeza. Por lo menos, esta vez podría pintar un submarino entero en el puente de navegación.

Morris volvió al puente. Ordenó que los hombres abandonaran la situación de puestos de combate y que la fragata regresara a su posición de patrullaje. Después llamó por radio al comandante de la escolta y le informó sobre los prisioneros.

—Pharris —contestó el comandante— Le ordeno que pinte una «A» dorada en su lanzador ASROC. Felicitaciones a todos a bordo, Ed. Ustedes son los campeones en esta operación. Volveré a llamarle con relación a los prisioneros. Cambio y corto.

El comandante se dio cuenta y vio que la guardia del puente no se había retirado. Todos habían oído al comandante por la radio. La fatiga había desaparecido, y las sonrisas que dirigieron a Morris significaron para él más que las palabras de su jefe.

KIEV, UCRANIA.

Alekseyev revisó el material de Inteligencia que tenía sobre el escritorio. Su jefe estaba en Moscú asistiendo a una conferencia de alto nivel, pero esta información era, debía de ser, se corrigió, un poco diferente de lo que estaba escuchando su comandante.

—¿Las cosas no van bien en Alemania? —preguntó el capitán Sergetov.

—No. Tendríamos que haber alcanzado las afueras de Hamburgo a la hora H + 36. Un día y medio, según lo establecido en el plan. En cambio, todavía no hemos llegado del todo allí, y el Tercer Ejército de Choque ha sufrido terribles pérdidas por los aviones de la OTAN. —Hizo una pausa, mirando el mapa— Si yo fuera el comandante de la OTAN, contraatacaría de nuevo, allí mismo.

—Tal vez no pueden hacerlo. El primer contraataque fue rechazado.

—A costa de una división de tanques destrozada y sesenta aviones. Es preferible no tener victorias como ésa. El cuadro en el Sur es apenas un poco mejor. las fuerzas de la OTAN están cambiando espacio por tiempo, y lo están haciendo muy bien. Sus fuerzas terrestres y de aviación táctica se encuentran operando sobre las mismas bases de instrucción y entrenamiento que han empleado desde hace treinta años. Nuestras pérdidas se acercan al doble de las estimadas, y no podemos mantener eso.

Alekseyev se inclinó hacia atrás. Se reprendió a sí mismo por ser derrotista. Se debía, sobre todo, a su deseo de hallarse presente en las acciones. Estaba seguro, como lo habría estado cualquier general, de que él hubiera podido hacer mejor las cosas.

—¿Y qué hay de las pérdidas de la OTAN?

—Graves, creemos. Ellos han sido notablemente pródigos en sus gastos de armamento. Los alemanes han apostado demasiado a la defensa de Hamburgo, y tiene que estar costándoles mucho. En su lugar, si yo no pudiera contraatacar, me retiraría. una ciudad no merece que se destruya el equilibrio de un ejército. Aprendimos esa lección en Kiev...

—Perdón, camarada general, ¿y qué dice de Stalingrado?

—Fue una situación algo diferente, capitán. Es notable, sin embargo, cómo puede repetirse la historia —murmuró Alekseyev, estudiando el mapa en la pared; movió la cabeza; Alemania Occidental tenía demasiado en lo referente a comunicaciones por carretera para que eso diera resultado— Los informes de la KGB dicen que la OTAN tiene dos semanas de abastecimiento de municiones, como máximo tres. Ése será el factor decisivo.

—¿Y nuestros propios abastecimientos y combustible? —preguntó el joven capitán.

La respuesta fue una mirada ceñuda.

ISLANDIA.

Por lo menos había agua. Los arroyos estaban alimentados por los glaciares formados en el centro de la isla; agua que había caído en forma de nieve hacía más de mil años, mucho antes de la contaminación atmosférica, y había quedado comprimida y convertida en hielo. Cuando finalmente se derretía para llenar los arroyos entre las rocas, volvía a ser agua de cristalina pureza y maravilloso gusto, aunque sin valor alguno en cuanto al aspecto nutritivo. También era fría como el hielo y costaba encontrar vados para cruzar.

—Sólo tenemos raciones para un día, teniente —observó Smith cuando terminaron de comer.

—Sí, tendremos que pensar en eso.

Edwards recogió sus restos de comida. Y García reunió los de todos para enterrarlos. De haber existido una forma de cubrir sus huellas en la tierra, Smith los habría obligado a hacer eso también.

No era fácil. Mientras Edwards armaba su radio, escuchó algunos murmullos de insultos en español y el ruido de una pala plegable que golpeaba contra las rocas sueltas que constituían el suelo en lo alto de la Colina 482.

—Doghouse; aquí Beagle; nos estamos quedando sin comida, cambio.

—Lamento oír eso, Beagle. Tal vez les hagamos llegar algunas pizzas.

—Gracioso, hijo de puta —dijo Edwards sin apretar la tecla del transmisor— ¿Qué quiere que hagamos ahora?

—¿Alguien los ha descubierto?

—Estamos vivos, ¿no? Negativo.

—Dígame qué puede ver.

—Muy bien. Al pie de la colina, hacia el Norte y a unos tres kilómetros, hay un camino de grava. Algo que parece una granja..., campos labrados.... pero no puedo decirles qué hay sembrado. Otra granja de ovejas hacia el Oeste; la pasamos cuando veníamos hacia aquí. Muchas ovejas. Hace diez minutos vimos un camión en el camino; iba en dirección oeste. Hoy no hemos visto volar nada todavía, pero supongo que eso va a cambiar. Los únicos civiles que vimos estaban junto a sus casas; ni siquiera hemos descubierto pastores con sus ovejas, y la granja que está hacia el Norte no tiene actividad visible. No hay nada, repito, cero, de tránsito civil en los caminos. Iván ha clausurado totalmente esta isla, Doghouse, realmente clausurada. Eso es más o menos todo lo que alcanzamos a observar. Dígales a esos chóferes de «Vark» que hicieron un trabajo perfecto en la planta eléctrica. No quedó nada más que un agujero en el suelo. Desde entonces no hemos vuelto a ver ni una sola bombilla encendida.

—Comprendido, Beagle. Muy bien; sus órdenes ahora son marchar en dirección al Norte, hacía Hvammsfjördur. Tienen que hacer un amplio rodeo por el Este para evitar todas estas bahías que estoy viendo. Queremos que estén allá dentro de diez días. Repito, diez días, doce como máximo. Pueden hacerlo tranquilos. Eviten contactos con cualquiera que sea. Continúen el programa normal de enlaces e informen todo lo que vean que les parezca de interés. Deme su comprendido.

—Comprendido, Doghouse; quiere que estemos a la vista de Hvammsfjördur para fines de la próxima semana, y mantengamos la rutina de enlaces de radio acostumbrada. ¿Alguna otra cosa?

—Tengan cuidado. Cambio y corto.

—¿Hvammsfjördur? —preguntó Smith— Eso está a ciento sesenta kilómetros en línea recta.

—Ellos quieren que hagamos un rodeo hacia el Este para evitar contactos.

—Trescientos kilómetros..., caminando sobre esta mierda. —El gesto ceñudo de Smith habría podido partir una roca— ¿A fines de la semana que viene? ¿Diez u once días?

Edwards asintió tontamente. No sabía que aquello estaba tan lejos.

—Va a ser un poco duro, señor Edwards. —El sargento sacó de su bolsa un mapa a gran escala— Ni siquiera tengo cartas de toda la línea de costa. Maldito sea. Mire, teniente, los acantilados y los ríos en esta isla llegan desde el centro como los rayos de una rueda, ¿ve? Eso quiere decir que tendremos que subir y bajar mucho, y éstas no son colinas bajitas. Todos los lugares bajos tienen caminos y, por supuesto, no podemos seguir por los caminos, ¿no es así? —movió la cabeza.

Edwards forzó una sonrisa.

—¿No pueden hacerlo? Yo creí que los infantes de Marina siempre estaban en buena forma.

Smith era un hombre que corría ocho kilómetros todas las mañanas. Y no recordaba haber visto en ningún momento a este torpón de la fuerza aérea corriendo por el campo.

—Está bien, señor Edwards. Dicen que nadie se ahogó nunca en sudor. Arriba, infantes de Marina, tenemos órdenes de hacer una pequeña excursión.

Rodgers y García intercambiaron miradas. El tono con que había pronunciado señor no era exactamente una muestra de afecto por un oficial; pero Smith suponía que la insubordinación sólo quedaba configurada cuando el superior sabía que lo estaban insultando.

KEFLAVIK, ISLANDIA.

Tardaron bastante en armar los helicópteros. El enorme transporte «AN-22» había llevado dos helicópteros de ataque «Mi-24»; considerable carga, incluso para aquel monstruo cuatrimotor. Otro vuelo de «IL-76» había trasladado a los técnicos y tripulaciones de vuelo para armarlos, abastecerlos y volarlos. El plan tenía un importante fallo, pensó el general. Aquel único helicóptero que sobreviviera al ataque con cañones durante el primer día, se hallaba ahora dañado y, por supuesto, la parte estropeada no estaba incluida en la carga preparada con anterioridad. Debían haber tenido más helicópteros. Se encogió de hombros con gesto elocuente. Ningún plan era perfecto. Les traerían otros helicópteros, algunos radares móviles más y unos cuantos lanzadores «SAM». Los norteamericanos parecían tener intenciones de hacerles muy difícil su ocupación de Islandia, y él necesitaba equipamiento para poder contrarrestarlo...

Además, estaban esos hijos de puta de la KGB. Tenemos que pacificar la isla, decían. Como si Islandia no fuera ya suficientemente pacífica. *No se había producido ningún incidente de resistencia activa hasta ese momento, ni uno solo,* pensó el general, recordando sus servicios durante un año en Afganistán. Comparado con aquel infierno montañoso, esto era por sí mismo el paraíso. ¡Pero eso no era suficiente para la KGB! Bárbaros nekulturny. Habían tomado mil rehenes, y sólo después se dieron cuenta de que no había espacio suficiente en la cárcel para encerrarlos. Entonces mis paracaidistas deben custodiar a esos pobres e inofensivos desgraciados desaprovechando una compañía entera de soldados. Él tenía órdenes de cooperar con el contingente local de la KGB. Por supuesto, uno no cooperaba con la KGB..., era dominado por ella. Había oficiales de la KGB con patrullas móviles, para aconsejar, según decían ellos.

El general Andreyev estaba empezando a preocuparse. Sus paracaidistas de primera no eran aptos para ser buenos carceleros. Si les hubiera ordenado tratar bien a los islandeses habría sido una cosa; pero, en cambio, sus órdenes los obligaban a ser rudos, lo que generaba hostilidad. Había oído vitorear a algunas personas cuando llegaron los últimos bombarderos norteamericanos. Absurdo*, pensó el general. Ellos habían perdido la energía eléctrica; pero nosotros no habíamos perdido nada..., y ellos se alegraban. A causa de las órdenes de la KGB. Qué estupidez. una oportunidad perdida.* Consideró la posibilidad de protestar esas órdenes a su comando central en Moscú, pero ¿hasta qué punto? Un oficial que mostrara su disgusto por la KGB era un oficial a quien le disgustaba el Partido mismo.

Despertó de sus cavilaciones con el penetrante aullido de los motores del helicóptero al ponerse en marcha. El primero de los «Mi-24 Hinds» estaba girando su rotor, probando los motores. Un oficial corrió hacia él.

—Camarada general, con su permiso, estamos listos para un vuelo de prueba. Vamos a hacerlo livianos, desarmados. Cargaremos las armas cuando volvamos.

—Muy bien, capitán, observen las cimas de las colinas alrededor de Keflavik y Reykiavik. ¿Cuánto tardarán para disponer el segundo? —preguntó Andreyev.

—Dos horas.

—Excelente, Buen trabajo, camarada capitán.

Un minuto después, el pesado helicóptero de ataque empezaba a ascender.

—¡A tierra y muy quietos! —gritó García.

No llegó a acercarse a ellos, pero pudo verlo lo suficiente.

—¿De qué clase?

—«Hind». Es un pájaro de ataque, como el «Cobra». Malas noticias, teniente. Lleva ocho hombres y una maldita carga de cohetes y cañones. Y ni se les ocurra dispararle. Esa bestia está blindada como un podrido tanque.

El «Mi-24» voló en círculo sobre la colina que ellos acababan de abandonar y luego desapareció con rumbo sur para observar otra colina.

—Creo que no nos ha visto —dijo Edwards.

—Y vamos a tratar de que siga así. Mantenga la radio guardada por un rato, teniente. Podemos hacer la llamada después, cuando nos hayamos alejado bastante, ¿de acuerdo?

Edwards asintió con un movimiento de cabeza. Recordaba una clase sobre helicópteros rusos en la Academia de la Fuerza Aérea:

—No tememos a los rusos —citaban las declaraciones de un afgano—, pero les tenemos miedo a sus helicópteros.

BITBURG, REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA.

Aquella tarde, el coronel Ellington se despertó a las seis.

Se afeitó y salió; el sol aún estaba alto en el cielo del atardecer. Se preguntaba qué misión irían a darles esa noche. No era un hombre de carácter amargado, pero haber perdido en una semana casi un cuarto de sus tripulantes, hombres con quienes llevaba trabajando dos años enteros, era algo difícil de aceptar. Había pasado demasiado tiempo desde sus experiencias en Vietnam, y ya no recordaba cuánto pueden doler las pérdidas. Sus hombres no podían quedarse un día para lamentar y llorar las muertes de sus compañeros y calmar sus penas, por más que lo necesitaran mucho. Sus períodos de descanso estaban cuidadosamente calculados. las órdenes les daban ocho horas para dormir por día... Como los cazadores nocturnos, ellos sólo dormían durante el día.

Sin embargo, el balance era positivo. Estaba seguro de ello. Todas las noches, los «Frisbees» verdes y negros despegaban hacia uno u otro blanco especial, y los rusos aún no habían hallado la forma de contrarrestarlos. las cámaras montadas en cada avión para registrar los ataques traían de regreso imágenes que los oficiales de Inteligencia apenas podían creer. Pero a qué precio.

En fin. El coronel se recordó a sí mismo que una sola salida diaria era una carga mucho más liviana que la que estaban soportando otras tripulaciones, y que los pilotos de apoyo directo experimentaban pérdidas iguales a las suyas. Esa noche lo esperaba otra misión. Ordenó a su cerebro que sólo se ocupara de eso.

Las reuniones previas a la operación duraron una hora. Aquella noche iban a volar diez aviones: dos a cada uno de los cinco blancos seleccionados. Como comandante, él atacaría el más difícil. El reconocimiento aéreo indicaba que Iván tenía un depósito de combustible adelantado (hasta entonces no detectado) al oeste de Wittenberg, que estaba apoyando la ofensiva sobre Hamburgo y que los alemanes querían que se eliminara. El piloto que tenía como pareja iría con «Durandals», y él lo seguiría con «Rockeyes». No habría aviones de apoyo esta vez, y el coronel no quiso que fueran con él aviones de perturbación electrónica. Dos de sus aparatos perdidos habían tenido ese apoyo, y la perturbación lo único que logró fue alertar a las defensas.

Examinó con atención los mapas topográficos. El terreno era llano. No había mucho para esconderse detrás, ni de montañas ni colinas; pero en cambio podía volar casi rasante, a la altura de las copas de los árboles, y eso era tan bueno como lo otro. Se aproximaría desde el Este, por detrás del blanco. Había un viento del Oeste, de veinte nudos, y si él entraba desde sotavento, los defensores no podrían oírlo hasta el propio lanzamiento de las bombas..., probablemente. Harían la maniobra de escape de la zona hacia el Sur. Total de duración de la misión: sesenta y cinco minutos. Hizo los cálculos para la carga del combustible necesario, con el cuidado de siempre y teniendo en cuenta la resistencia aerodínámica de las bombas. para afinar el cálculo de combustible, sumó cinco minutos de vuelo con posquemador en caso de combate aire-aire, y diez minutos de permanencia en circuito, en Bitburg antes de aterrizar. Satisfecho, salió a tomar el desayuno. Cada vez que mordía su tostada, su mente recorría la futura misión como una película, tratando de prever todo hecho, todo obstáculo, todo emplazamiento de misiles superficie-aire, que debería evitar. A veces, sin pensarlo mucho, incluía algo inesperado. ¿Qué efecto podría tener sobre la misión una escuadrilla de cazas en vuelo bajo en el blanco? ¿Qué aspecto tendría el blanco al acercarse? Si tenía que hacer una segunda pasada de bombardeo, ¿desde qué dirección? El mayor Eisly comió en silencio con su comandante, reconociendo esa mirada en blanco que había en su rostro, y recorriendo mentalmente su propia lista de control.

Entraron volando directamente en Alemania del Este unos ochenta kilómetros antes de virar hacia el norte en Rathenow. Había dos aviones soviéticos «Mainstay» arriba, a una buena distancia desde la frontera, y rodeados de ágiles interceptores «Flanker». Manteniéndose bien fuera del alcance efectivo del radar ruso, los dos aviones volaban muy bajo y en formación cerrada. Cuando debían cruzar alguna de las principales carreteras, lo hacían siempre en un rumbo divergente del que los llevaba hacia su blanco. Evitaban ciudades, pueblos e instalaciones conocidas del enemigo, donde pudiera haber defensas de misiles superficie-aire. Los sistemas de navegación inercial mostraban su recorrido real en un mapa presentado electrónicamente en el panel de instrumentos del piloto. La distancia al blanco se acortó rápidamente mientras el avión viraba en una amplia curva hacia el Oeste.

Pasaron como un rayo sobre Wittenberg, a quinientos nudos. las cámaras infrarrojas permitían ver vehículos de carga de combustible en los caminos que los llevaban a la zona del blanco... ¡Ahí está! Se veían por lo menos veinte camiones cisterna debajo de los árboles, tomando combustible de los depósitos subterráneos.

—Blanco a la vista. Ejecute de acuerdo al plan.

—Entendido —respondió Shade-Dos— Los tengo visualizados.

El Duque rompió a la izquierda, dejando libre el camino para que su compañero efectuara la primera carrera de bombardeo. El avión de Shade-Dos era el único que habían dejado con las parrillas adecuadas para cargar las voluminosas bombas para blancos resistentes.

—¡Dios mío!

La pantalla del Duque mostraba un lanzador «SA-11» exactamente en su trayectoria de vuelo, con sus misiles apuntados al Noroeste. Uno de sus aviones había conocido, en forma trágica, que el «SA-11» tenía un orientador infrarrojo de un poder que nadie había sospechado. El coronel apartó su avión del lanzador con un violento viraje a la derecha, preguntándose dónde estaría el resto de los vehículos de la batería de misiles.

El Shade-Dos pasó casi rasante sobre el blanco. El piloto lanzó sus cuatro bombas y continuó con rumbo oeste. El fuego de cañones y ametralladoras cruzó el cielo sobre su estela. Demasiado tarde.

Las bombas de fabricación francesa «Durandal» se desprendieron de las parrillas eyectoras y se dispersaron. una vez libres, apuntaron hacia abajo y se encendieron unos cohetes para acelerar las bombas directamente contra el suelo. Estaban diseñadas para romper pistas de cemento y eran ideales para estos depósitos subterráneos de combustible. las bombas no explotaron al hacer impacto. Su cuerpo de acero duro se clavó en la superficie y penetró un par de metros antes de detonar. Tres de ellas lo hicieron en depósitos de combustible subterráneo. las «Durandal» explotaron hacia arriba, rompiendo y abriendo una salida para que el combustible ardiente surgiera al aire.

Fue lo más parecido a una explosión nuclear. Tres columnas blancas de fuego hendieron el aire como cohetes, se expandieron y dejaron caer combustible encendido en cientos de metros. Todos los vehículos que se hallaban en la planta quedaron envueltos en fuego, y sólo pudieron escapar con vida los hombres próximos a los límites del perímetro afectado. Unos depósitos de goma para combustible explotaron pocos segundos después y un río de gasolina y diesel inflamados corrió entre los árboles. En cuestión de segundos, diez hectáreas de bosques quedaron transformadas en una bola de fuego que se elevó velozmente hacia el cielo mientras persistían numerosas explosiones secundarias. El avión de Ellington se estremeció violentamente al pasar la onda expansiva.

—¡Diablos! —dijo en voz baja.

Según el plan, él debería usar sus bombas racimo para provocar incendios en las aberturas producidas por las «Durandal».

—No creo que sean necesarias las «Rockeye», Duque —observó Eisly.

Ellington parpadeó tratando de borrar los puntos luminosos en sus ojos mientras viraba para alejarse, manteniéndose todo lo bajo que pudo. Se encontró volando justo a lo largo de un camino.

El comandante en jefe soviético del Teatro del Oeste ya estaba furioso, y lo que vio hacia el Este no ayudó para evitarlo. Terminaba de conferenciar con el comandante del Tercer Ejército de Choque en Zarrentin, quien le informó de que el ataque se había atascado nuevamente a la vista de Hamburgo. Indignado por el hecho de que su más poderosa fuerza blindada hubiera fracasado en el logro de su objetivo, acababa de relevar en el acto al comandante y estaba regresando ahora a su propio puesto de mando. Y entonces vio lo que no podía ser otra cosa que uno de sus tres principales depósitos de combustible elevándose incendiado en el cielo claro. El general se puso de pie y lanzó un juramento, a la vez que hacía a un lado el panel del techo de su vehículo blindado. Cuando estaba parpadeando con sus ojos deslumbrados, una masa negra dio la impresión de aparecer en el borde inferior de la bola de fuego.

¿Qué es eso?, se preguntó Ellington. Su pantalla de TV le mostraba cuatro vehículos blindados en columna cerrada... ¡Uno de ellos era un lanzador «SAM»! Colocó en la posición de «Armado» el control de lanzamiento de bombas y dejó caer sus cuatro racimos «Rockeye»; de inmediato viró hacia el Sur. las cámaras montadas en la cola para registro de ataques filmaron lo que siguió.

Las «Rockeye» se abrieron esparciendo sus bombitas a través del camino. Explotaron al hacer impacto.

El comandante en jefe del Oeste tuvo la muerte de un soldado. Su último acto fue empuñar una ametralladora y abrir fuego contra el avión. Cuatro de las bombas pequeñas cayeron a pocos metros de su vehículo. Sus fragmentos atravesaron el blindaje liviano y mataron a todos los que se encontraban en el interior, aun antes de que explotara su depósito de combustible, agregando una nueva bola de fuego a un cielo que todavía no había vuelto a la oscuridad.

USS CHICAGO.

El submarino salía lentamente a la superficie, describiendo espirales ascendentes para permitir que su sonar controlara toda la zona mientras la nave alcanzaba la profundidad de antena. Hasta ese momento había tenido mala suerte, consideraba McCafferty, lo que no le alentaba a asumir riesgos. Cuando el submarino se niveló debajo de la superficie, subió primero el mástil de ESM, husmeando posibles señales electrónicas hostiles; luego, el periscopio de búsqueda. El comandante hizo un rápido barrido por el cielo, y a continuación por la superficie. Su oficial ejecutivo observaba atentamente la pantalla de televisión para respaldar las observaciones del jefe. Todo se veía despejado. Había un mar moderado, con olas de metro y medio, y el cielo estaba decorado con nubes en cúmulo, signo de buen tiempo. En resumen, un hermoso día. Excepto por la guerra.

—Muy bien, transmita —ordenó McCafferty.

Sus ojos aún no habían abandonado el periscopio, al que hacía girar constantemente, modificando el ángulo de las lentes arriba y abajo, buscando eventuales problemas. Un suboficial levantó la antena de UHF, y la luz de «listo para transmitir» parpadeó en la sala de radio, hacia popa de la central de ataque.

Un mensaje de radio por frecuencia extremadamente baja y con su indicativo, QZB, los había llamado a la superficie. El radiooperador encargado conectó el transmisor, pulsó QZB por la banda de emisión de UHF por satélite, y esperó una respuesta. No la hubo. Echó una mirada a su vecino y repitió el procedimiento. El satélite tampoco captó la señal. El suboficial lanzó un profundo suspiro y transmitió QZB por tercera vez. Dos segundos después, la impresora instalada en el rincón posterior de la sala empezó a escribir automáticamente una respuesta en clave. El oficial de comunicaciones apretó una tecla de mando de la máquina de cifrado, y el texto claro empezó a aparecer en otra impresora. ULTRA SECRETO

DE: COMSUBLANT (Comando Fuerza Submarinos Atlántico)

A: USS CHICAGO

1: INFORMO IMPORTANTE GRUPO ANFIBIO FLOTA ROJA PARTIó KOLA JUNIO 19 11:50Z. COMPOSICION FUERZA MAS 10 ANFIBIOS CON MAS 15 ESCOLTA COMBATE INCLUYENDO KIROV, KIEV, ESTE GRUPO FUERTE REPITO FUERTE APOYO AÉREO ANTISUBMARINO. SE ESPERA TAMBIÉN APOYO A ESTE GRUPO ANTISUBMARINO BUQUES SUPERFICIE Y SUBMARINOS FLOTA ROJA. RUMBO GENERAL OESTE, ALTA VELOCIDAD.

OBJETIVO EVALUADO ESTE GRUPO BODO. DIRIJASE A SU MEJOR VELOCIDAD A 70N 16W ATAQUE Y DESTRUYA. INFORME CONTACTO SI ES POSIBLE ANTES ATAQUE. HAY TRAFICO EN ZONA OTROS BUQUES SUPERFICIE OTAN. APOYO AÉREO POSIBLE PERO NO REPITO NO PROBABLE POR AHORA.

AMPLIARÉ POSICIóN ESTE GRUPO COMO SEA POSIBLE.

McCafferty leyó el mensaje sin comentarios y luego lo entregó al navegante.

—¿Cuánto tardaremos en llegar allí a quince nudos?

—Unas once horas. —El navegante tomó un compás de puntas secas y trabajó con él en la carta— A menos que vuelen, llegaremos allá mucho antes que ellos.

—¿Joe?

El comandante miró a su oficial ejecutivo.

—Me gusta. Justo en la curva de las cien brazas, y las condiciones del agua son un poco difíciles allá, con esa corriente del Golfo que entra tan cerca, y agua fría que llega desde los fiordos. Ellos no van a querer acercarse demasiado a las costas por los submarinos diesel noruegos, y no querrán internarse mucho en el mar por los nucleares de la OTAN. Si tuviera que hacer una apuesta, diría que van a venir directos a nosotros.

—Muy bien, llévenos a doscientos sesenta metros y ponga rumbo este. Abandonen puestos de combate. Que todo el mundo vaya a comer y a descansar.

Diez minutos después, el Chicago navegaba a quince nudos con rumbo cero ocho uno. A bastante profundidad, pero en aguas relativamente cálidas debido a la corriente oceánica que nace en el golfo de México y continúa hasta el mar de Barents, el submarino se desplazaba en condiciones de sonar que harían imposible su detección por buques de superficie. La presión del agua impedía los ruidos de cavitación. Sus motores podían impulsar el submarino a esa velocidad con sólo una fracción de su potencia máxima, evitando la necesidad de las bombas del reactor, cuya agua de enfriamiento circulaba por corrientes de convección naturales, y eso eliminaba la mayor fuente de radiación de ruidos. El Chicago se hallaba en su elemento; una sombra silenciosa que se movía a través de negras aguas.

El estado de ánimo de la dotación cambió ligeramente, notó McCafferty. Ahora tenían una misión. una misión peligrosa, pero para la cual se habían estado preparando. Se cumplían las órdenes con tranquilidad y precisión. En la cámara de oficiales, sus especialistas tácticos revisaban procedimientos de búsqueda, detección y ataque, memorizados desde hacía tiempo, y se hicieron un par de ejercicios en una computadora. Se examinaron las cartas para prever lugares probables de condiciones meteorológicas especialmente malas en las que pudiera esconderse. En la sala de torpedos, dos cubiertas debajo de la central de ataque, unos marineros efectuaban comprobaciones electrónicas en los misiles «Harpoon» y el torpedo pintado de verde «Mk-48». una de las armas mostró un fallo electrónico y un par de torpedistas se apresuraron a dejar al descubierto un panel de inspección para remplazar un componente. Se hicieron pruebas similares en los misiles «Tomahawk», en sus tubos verticales de lanzamiento instalados en la proa. Finalmente el grupo de control de armamento realizó un ejercicio simulado por computadora a través del director de ataque «Mk-117», para asegurarse de que estaba en condiciones perfectas de operación. En el término de dos horas estuvieron seguros de que todos los sistemas de a bordo se hallaban funcionando dentro de las limitaciones esperadas. Los tripulantes intercambiaban esperanzadas sonrisas. Después de todo, razonaban, no era culpa de ellos que ningún ruso hubiera sido lo suficientemente tonto como para cruzárseles en su camino, ¿verdad? Acaso muy pocos días antes ¿no habían prácticamente tocado las playas (¡en Rusia!) sin que los detectaran? El Viejo era un verdadero Profesional, ¿no?

USS PHARRIS.

La cena fue sumamente incómoda, por no decir otra cosa. Los tres oficiales rusos se sentaron al final de la mesa, sin dejar de pensar en los dos guardias armados que tenían a tres metros, y en el cocinero (en la despensa de la cámara) que hacía alarde de un gran cuchillo siempre a la vista. Servía a los oficiales un muchacho imberbe de unos diecisiete años que miró a los rusos frunciendo el entrecejo en forma manifiesta mientras ofrecía la ensalada.

—Bien —planteó Morris cordialmente—, ¿alguno de ustedes habla inglés?

—Yo lo hablo —contestó uno de ellos— Mi comandante me ha instruido para que le dé a usted las gracias por rescatar a nuestros hombres.

—Diga a su comandante que la guerra tiene reglas, y también las tiene el mar. Por favor, dígale también que mostró gran pericia en su aproximación.

Morris se sirvió un poco de condimento «Thousand Island» en la lechuga mientras traducían el mensaje. Sus oficiales se mantenían atentos mirando a sus huéspedes. Morris tuvo cuidado de desviar la mirada. Su comentario produjo el efecto deseado. En el extremo opuesto de la mesa hubo un rápido cambio de palabras.

—Mi comandante pregunta cómo nos encontró. Nosotros, ¿cómo dicen ustedes?, escapamos de sus helicópteros, ¿no?

—Sí, lo hicieron —respondió Morris— No comprendimos su plan de maniobras.

—¿Entonces cómo nos encontró?

—Yo sabía que el «Orion» los había atacado antes y que ustedes navegaban a gran velocidad para alcanzarnos. El ángulo de su ataque era previsible.

El ruso meneó la cabeza.

—¿Qué ataque es éste? ¿Quién atacó a nosotros? —Se volvió hacia su comandante y habló durante treinta segundos.

Hay otro «Charlie» allá abajo, pensó Morris*, si él no nos está mintiendo. Tendríamos que tener alguien que hablara ruso para que conversara con los tripulantes. Maldito sea, ¿por qué no lo tengo?*

—Mi comandante dice que usted está equivocado en esto. Nuestro primer contacto con ustedes fue con helicópteros. No esperábamos que su buque estuviera aquí. ¿Ésta es táctica nueva?

—No, lo hemos practicado desde hace algunos años.

—¿Cómo encuentra a nosotros entonces?

—¿Usted sabe lo que es sonar de arrastre? Primero los detectamos con él, unas tres horas antes de que les disparásemos.

Los ojos del ruso se abrieron enormes.

—¿Su sonar tan bueno como eso?

—A veces.

Después que lo tradujeron al comandante ruso, éste habló algo que pareció una severa orden, y la conversación cesó. Morris se preguntó si sus radiotécnicos ya habrían colocado micrófonos en el alojamiento de los rusos. Tal vez lo que dijeran entre ellos fuera de utilidad para Inteligencia de la flota. Hasta entonces, él continuaría en su propósito de hacer que se sintieran cómodos.

—¿ Cómo es la comida a bordo de un submarino soviético?

—No igual que ésta —respondió el navegante después de conferenciar con su jefe— Buena, pero no igual. Tenemos comidas diferentes. Más pescado, menos carne de vaca. Bebemos té, no café.

Ed Morris vio que sus prisioneros consumían sus platos uno tras otro sin ocultar su gusto. Ni siquiera los tipos de nuestros submarinos comen suficientes verduras frescas, se recordó. Un suboficial entró en la cámara y esperó junto a la puerta. Era el encargado de los radiooperadores. Morris le hizo señas para que se acercara.

El hombre entregó a Morris un formulario de mensaje de radio. EL TRABAJO ESPECIAL YA ESTA HECHO, decía, y Morris notó que el suboficial se había tomado el trabajo de imprimirlo en ese tipo de hoja de mensajes, de manera que nadie sospechara lo que significaba. El alojamiento de los rusos ya tenía instalados los correspondientes micrófonos. Morris autorizó al suboficial para que se retirara y se guardó el formulario en el bolsillo. Su contramaestre había descubierto de forma milagrosa dos botellas de bebida fuerte (probablemente en los camarotes de los suboficiales más antiguos, aunque Morris prefirió no preguntarlo) que esa misma noche irían a parar a manos de los rusos. Él esperaba que la bebida les soltara la lengua.

24. VIOLACION.

USS PHARRIS.

Morris no saludó con el brazo al avión que pasaba en vuelo bajo, aunque hubiera querido hacerlo. Aquel patrullero naval francés significaba que ya se encontraban dentro del radio de acción de la cobertura aérea con base en tierra. Un comandante de submarinos rusos tendría que ser muy valiente para estar dispuesto a arriesgarse allí, con una cortina de submarinos diésel franceses pocas millas al norte de la ruta del convoy y varios aviones patrulleros «ASW» que formaban una sombrilla tricolor sobre el convoy.

Los franceses habían enviado también un helicóptero para recoger a los submarinistas rusos. Los llevaban a Brest para someterlos a un interrogatorio completo por parte de los tipos de Inteligencia de la OTAN. Morris no les envidiaba el viaje. Iban a ser prisioneros de los franceses, y él no tenía duda alguna de que la Marina francesa estaría de muy mal humor después de la pérdida de uno de sus portaaviones. Habían enviado también las cintas de sus conversaciones grabadas por los tripulantes de la fragata. Los rusos habían hablado mucho entre ellos, ayudados por la bebida de los suboficiales, y quizá sus conversaciones susurradas tuvieran algún valor.

Pronto entregarían el convoy a una fuerza mixta de escolta franco-británica y ellos se harían cargo de un grupo de cuarenta buques mercantes que viajarían con destino a Estados Unidos. Morris estaba de pie en el alerón del puente, y cada cinco minutos más o menos se volvía para mirar a las dos medias siluetas (y una completa) que el contramaestre había pintado en ambos lados del puente de navegación.

—No tendría sentido que algún imbécil dejara de verlas por estar del otro lado del buque —había observado muy seriamente el contramaestre.

Sus tácticas «ASW» habían funcionado bastante bien. Con la fragata Pharris, como piquete exterior de sonar y un fuerte apoyo de los «Orion», habían interceptado todos menos uno de los submarinos rusos que se acercaron. Existió mucho escepticismo en ese sentido, pero las tácticas habían dado buen resultado, a Dios gracias. Aunque tenían que ser mejores aún.

Morris sabía que las cosas irían poniéndose cada vez más difíciles. para el primer viaje, los soviéticos no habían podido poner en combate contra ellos más que una parte de sus submarinos, los cuales estaban ahora apresurándose por el estrecho de Dinamarca. La fuerza de submarinos de la OTAN que trataría de bloquear el pasaje ya no contaba con la línea SOSUS para proporcionarle los vectores de intercepción, ni con aviones «Orion» para golpear sobre los contactos que los submarinos no pudieran alcanzar. Iban a hundir submarinos soviéticos; pero..., ¿hundirían los suficientes? ¿Cuánto mayor sería la amenaza esta semana? Al ver su ruta de regreso a los Estados Unidos, Morris notó que se iban a sumar casi quinientas millas a la travesía, desviándose bastante lejos hacia el Sur; en parte por los «Backfire»; pero ahora más para disminuir la amenaza de los submarinos. Dos peligros para preocuparse. Su buque estaba equipado para combatir solamente con uno de ellos.

Habían perdido un tercio del convoy principalmente por los aviones. ¿Podrían continuar soportando eso? Se preguntó cómo lo estarían tomando las tripulaciones de los buques mercantes.

Se estaba acercando bastante al convoy, y alcanzaba a ver la fila de buques que navegaba más al Norte. En el horizonte, un enorme buque portacontenedores les dirigía señales con un destellador. Morris levantó sus binoculares para leer el mensaje.

«GRACIAS POR NADA, MARINA DE GUERRA.» una de las preguntas estaba contestada.

USS CHICAGO.

—Bueno..., allí están —dijo McCafferty.

El trazo aparecía casi blanco en la pantalla, un grueso trazo que representaba un ruido de banda ancha, con una marcación de tres dos nueve. No podía ser otra cosa que la fuerza de tareas soviéticas navegando hacia Bodo.

—¿A qué distancia? —preguntó McCafferty.

—Por lo menos dos zonas de convergencia, jefe, tal vez tres. La señal aumentó de intensidad hace apenas cuatro minutos.

—¿Puede contar vueltas de palas de hélices, de algo?

—No, señor —respondió el sonarista moviendo la cabeza— Por el momento no es más que un montón de ruidos no diferenciados. Hemos tratado de aislar unas pocas frecuencias distintas; pero incluso ésas se oyen muy mezcladas. Tal vez más tarde, pero por ahora todo lo que tenemos es un tropel atronador.

McCafferty asintió. La tercera zona de convergencia se hallaba todavía a cien o más millas. Y con esa separación las señales acústicas perdían definición hasta el punto de que su marcación hacia el blanco era sólo una estimación aproximada. La formación rusa podía encontrarse varios grados a izquierda o derecha de lo que ellos pensaban y, a esa distancia, significaba una diferencia que se medía en millas. Se dirigió a la sala de control.

—Llévenos cinco millas hacia el Oeste, a veinte nudos —ordenó McCafferty.

Era una jugada, aunque no muy grande. Cuando llegaron a la posición en que se hallaban, habían encontrado condiciones del agua extraordinariamente buenas, y la pequeña maniobra significaba el riesgo de perder el contacto temporalmente. Por otra parte, si lograba información precisa sobre la distancia, tendría un cuadro táctico mejor que los capacitaría para efectuar un informe más sólido sobre el contacto..., y hacerlo por radio UHF antes de que la formación soviética se acercara lo suficiente como para interceptar la transmisión del submarino. Mientras navegaba velozmente hacia el Oeste, McCafferty observaba las indicaciones del batitermógrafo. En tanto la temperatura del agua no cambiara, seguiría conservando ese buen canal de sonido. No cambió, El submarino disminuyó rápidamente la velocidad y McCafferty volvió al compartimiento del sonar.

—Muy bien, ¿dónde están ahora?

—¡Los tenemos! Exactamente allí, marcación tres tres dos.

—Oficial ejecutivo, haga la localización y ordene que efectúen un informe de contacto.

Diez minutos después el informe era enviado vía satélite. La respuesta ordenaba al Chicago que atacara: BUSQUE A LOS PESCADOS.

ISLANDIA.

La granja estaba a unos cinco kilómetros; por suerte, cuesta abajo, a través de pastos altos y ásperos. Era una típica casa de campo islandesa, con blancas paredes estucadas, con contrafuertes de vigas de madera dura, adornos pintados en contrastante rojo vivo y un tejado muy alto y de pronunciado ángulo que parecía salido de un cuento de los hermanos Grimm. Había unos graneros grandes y separados, pero más bajos, y con techos de paja. las praderas que descendían hasta el río estaban punteadas por cientos de ovejas grandes, de extraño aspecto, cubiertas con espesas capas de lana y dormidas en la hierba a casi un kilómetro de la casa.

—Aquí termina el camino —dijo Edwards, plegando el mapa— Y no nos vendría mal un poco de comida. Caballeros, vale la pena correr el riesgo; pero nos acercaremos con cuidado. Seguiremos esta pendiente hacia la derecha y mantendremos esa cresta entre nosotros y la granja hasta que lleguemos a unos quinientos metros más o menos.

—Muy bien, señor —aceptó el sargento Smith.

Los cuatro hombres se sentaron con esfuerzo para acomodarse una vez más sus equipos. Habían estado caminando casi sin parar durante dos días y medio, y ahora se encontraban a unos cincuenta kilómetros al noroeste de Reykiavik. Lo que hubiera sido un avance modesto sobre caminos llanos, representaba un esfuerzo matador para hacerlo a través del campo, en particular porque tenían que mantenerse en constante vigilancia para no ser avistados por los helicópteros que ahora patrullaban continuamente.

Hacía seis horas que habían consumido sus últimas raciones. Las bajas temperaturas y el agotador esfuerzo físico conspiraban para agotar las pocas energías de sus cuerpos, y así tuvieron que rodear y ascender montañas de seiscientos metros de altura que flanqueaban las costas de Islandia como postes de una cerca.

Varias cosas los mantenían en movimiento. una era que la división soviética aerotransportada que ellos habían visto llegar expandiera sus límites y los sorprendiera y capturara. Nadie soportaba la idea de encontrarse en cautiverio de los rusos. Pero peor que esto era el miedo al fracaso. Tenían una misión, y no existe celador más exigente que las propias expectativas fijadas por uno mismo. Además, estaba el orgullo. Edwards debía dar el ejemplo a sus hombres, un principio que recordaba de Colorado Springs. Los infantes de Marina, por supuesto, no podían permitir que un «lavador de aviones» los superara. Así, sin pensar conscientemente en ello, los cuatro hombres lograban vencer las dificultades del terreno... Todo en nombre del orgullo.

—Va a llover —anunció Smith.

—Sí, será una buena cubierta —respondió Edwards, y se quedó sentado— Esperaremos la lluvia. Cristo, nunca pensé que trabajar a la luz del día podía ser tan difícil. Es extraño no tener un sol que baje del horizonte.

—Dígamelo a mí... Y yo ni siquiera cuento con un cigarrillo —gruñó Smith.

—¿Lluvia otra vez? —preguntó el infante García.

—Hay que acostumbrarse —repuso Edwards— En junio llueve diecisiete días de promedio y, hasta ahora, éste ha sido un año lluvioso. ¿Por qué creen que el pasto ha crecido tanto?

—¿Le gusta este lugar? —preguntó García, tan asombrado como para olvidar el «señor». Islandia tenía muy poco en común con Puerto Rico.

—Mi padre era un pescador de langostas que trabajaba en Eastpoint, Maine. Cuando yo era chico, salía en la lancha todas las veces que podía, y era siempre así.

—¿Qué vamos a hacer ahora cuando lleguemos a esa casa, señor?

Smith les hizo volver a lo más importante.

—Pedir comida...

—¿Pedir? —García quedó sorprendido.

—Pedir. Y pagarla, en efectivo. Y sonreír. Y decir: «Gracias, señor» —respondió Edwards—. No olviden sus buenos modales, muchachos, a menos que quieran que él llame por teléfono a Iván diez minutos después de que nos vayamos.

Miró a los hombres que lo rodeaban. La idea los calmó a todos.

Empezaron a caer las primeras gotas. Dos minutos después llovía copiosamente, limitando la visibilidad a unos pocos cientos de metros. Venciendo su fatiga, Edwards se puso de pie, obligó a sus hombres a que hicieran lo mismo y todos iniciaron el descenso por la colina mientras el sol, desde lo alto de las nubes, descendía en el cielo del Noroeste y se ocultaba detrás de otra colina. Como probablemente tendrían que treparla al día siguiente, ellos ya la consideraban una montaña. Tenía un nombre pero ninguno pudo pronunciarlo. Cuando se hallaban a unos trescientos metros de la casa, la oscuridad alcanzó el máximo de ese día, y la visibilidad había quedado reducida a unos ochenta metros.

—Viene un automóvil.

Smith fue el primero que vio el reflejo de los faros. Los cuatro hombres se arrojaron al suelo e instintivamente apuntaron sus fusiles a los puntos que aparecían en el horizonte.

—Tranquilos, muchachos. Este sendero se abre del camino principal y esos faros podrían ser solamente..., ¡mierda!

Edwards se interrumpió. Los faros no habían doblado siguiendo la curva de la autopista costera. Habían seguido por el camino que conducía a la granja. ¿Era un coche particular o un vehículo militar con los faros encendidos?

—Será mejor que se dispersen y se mantengan atentos.

Smith se quedó con Edwards, y los dos infantes descendieron la colina unos cincuenta metros.

Edwards estaba acostado boca abajo, con los codos apoyados en la hierba húmeda y los binoculares junto a los ojos. No creía que pudieran verlo. El camuflaje de los uniformes de Infantería de Marina los hacía prácticamente invisibles a la luz del día, mientras no se movieran bruscamente. En la oscuridad eran sombras transparentes.

—Parece una pick-up, cuatro por cuatro, algo así. Los faros están muy altos sobre el suelo y se mueve demasiado para ser un vehículo oruga —pensó Edwards en voz alta.

Los faros se acercaron despacio; pero directamente a la granja, y se detuvieron. Se abrieron las puertas del vehículo, bajaron unos hombres y uno de ellos quedó frente a los faros antes de que otro los apagara.

—¡Maldito seas! —dijo Smith con un gruñido.

—Ajá, parecen cuatro o cinco rusos. Que vengan aquí García y Rodgers, sargento.

—Bien.

Edwards mantuvo los binoculares enfocados hacia la casa. No había luces eléctricas encendidas. Pensó que esa zona recibía la electricidad desde Artun, y él había visto cómo las bombas borraban del mapa a la planta. Pero había cierta iluminación interior, quizá velas, o alguna lámpara de queroseno. «En realidad, se parecía mucho a lo que ocurría en casa —se dijo Edwards—; nuestra electricidad se cortaba bastante a menudo, por las tormentas del Noroeste o por hielo en los cables.» La gente de esa casa tenía que estar durmiendo. *Granjeros*

trabajadores; acostarse temprano, levantarse temprano..., lo consume a uno y le embota el cerebro, pensó Edwards. Observó a los rusos a través de las lentes; contó cinco, que rodeaban la casa. *Como ladrones,* pensó*. Están buscando a..., ¿nosotros? Si nos estuvieran buscando serían más de cinco tipos en un cuatro por cuatro. Es interesante. Tienen que estar saqueando..., pero, ¿qué pasará si alguien ... ? Santo Dios, nosotros sabemos que hay quien vive allí. Alguien encendió esa lámpara. ¿Qué se proponen?*

—¿Qué pasa, señor? —preguntó Smith.

—Parece que tenemos cinco rusitos. Están espiando, mirando por las ventanas y..., ¡uno dio una patada a la puerta y entró! No me gusta lo que está sucediendo, muchachos, yo...

Un grito confirmó su apreciación, un grito de mujer, que rasgó el aire a través de la lluvia y les hizo percibir el terror de alguien, helando hasta los huesos a esos hombres que ya estaban sintiendo frío.

—Muchachos, acerquémonos un poco. Hemos de quedarnos juntos y mantenernos atentos.

—¿Por qué vamos a acercarnos ahora, señor? —preguntó de pronto Smith.

—Porque lo digo yo. —Edwards guardó sus anteojos de campaña— Síganme.

Se encendió otra luz en la casa y pareció que se movía de un lado a otro. Edwards caminó rápidamente, manteniéndose tan agachado que le dolía la espalda. En dos minutos se hallaba a pocos metros del camioncito que había llegado, y a no más de veinte de la puerta principal de la casa.

—Señor, se está descuidando un poco —le recordó Smith.

—Sí, bueno, si no me equivoco, ellos también. Apuesto...

Se oyó un ruido de vidrios que se rompían. Un disparo en la semioscuridad, seguido de un agudo aullido que congelaba la sangre..., y un segundo disparo, y un tercero. Después hubo un penetrante grito.

—¿Qué diablos está pasando allí? —preguntó García con voz muy áspera.

Una ronca voz masculina gritó algo en ruso. Se abrió la puerta de enfrente y salieron cuatro hombres. Hablaron entre sí durante un momento y luego se dividieron en dos parejas, dirigiéndose a izquierda y derecha hacia las ventanas laterales; allí se detuvieron y se pusieron a mirar hacia dentro. En ese instante llegó otro grito agudo, y ya fue perfectamente claro lo que estaba ocurriendo.

—Esos hijos de puta... —observó Smith.

—Sí —coincidió el teniente Edwards— Volvamos un poco hacia atrás y pensemos unos minutos en esto.

Los cuatro hombres retrocedieron unos cincuenta metros y se unieron.

—Creo que es hora de que hagamos algo. ¿Alguien está en desacuerdo? —preguntó Edwards; Smith se limitó a asentir, interesado en el cambio de actitud de Edwards— Muy bien, vamos a tomarnos tiempo y hacer las cosas bien, Smith, usted vendrá conmigo y nos acercaremos por la izquierda. García y Rodgers lo harán por la derecha. Lleven a cabo un rodeo amplio y entren muy despacio. Diez minutos. Si pueden agarrarlos vivos, está bien. Si no, clávenlos. Trataremos de no hacer ruido. Pero si tienen que disparar, asegúrense de que el primer tiro acabe con ellos. ¿Entendido?

Edwards miró a su alrededor para comprobar que no hubiera más rusos. Ninguno. Los cuatro hombres se quitaron las mochilas, consultaron sus relojes y se pusieron en movimiento, arrastrándose por la hierba mojada.

Hubo otro grito, pero fue el último. Edwards se alegró de que no lo hubiera.... no quería distraerse. Se arrastraban con mucha lentitud, haciendo un tremendo esfuerzo que iba dejando

sin fuerzas sus brazos. Edwards y Smith siguieron un largo camino, alrededor de un tractor y otros aparatos de labranza. Cuando llegaron al claro, había un solo hombre al lado de la casa. ¿Dónde está el otro?, se preguntó el teniente. ¿Qué hacemos ahora? Debes seguir ajustado al plan. Todos están dependiendo de ti.

—Apóyeme.

Smith quedó pasmado.

—Déjeme a mí, señor, Yo...

—Apóyeme —susurró Edwards. Dejó en el suelo su «M-16» y sacó su cuchillo de combate.

El soldado ruso facilitó las cosas. Estaba de puntillas, absorto en lo que sucedía dentro de la casa. Cuando se hallaba a tres metros de él, Edwards se incorporó y se acercó paso a paso. En un momento dado se dio cuenta de que su blanco le llevaba una cabeza completa en altura... ¿Cómo podía capturar vivo a ese monstruo?

No tuvo que hacerlo. Debió haberse producido una interrupción en el interior de la granja. El soldado soviético bajó de un salto y buscó en su bolsillo un paquete de cigarrillos; luego giró un poco para encender uno con el fósforo que tenía en la mano ahuecada. Captó a Edwards con el rabillo del ojo, y en ese instante el teniente norteamericano se lanzó hacia delante con su cuchillo y lo clavó en la garganta del fornido ruso. El hombre empezó a gritar, pero Edwards lo hizo caer al suelo y le puso la mano en la boca mientras volvía a hundirle el cuchillo. Edwards giró la cabeza del hombre en un sentido y el cuchillo en el otro. La hoja se incrustó en algo duro y la víctima quedó exánime.

Edwards no sintió nada; sus emociones estaban sumergidas en un torrente de adrenalina. Limpió el cuchillo en sus pantalones y se subió al cadáver del ruso para mirar hacia dentro. Lo que vio le hizo contener el aliento.

—¡Oigan, muchachos! —susurró García.

Dos soldados rusos se volvieron para enfrentarse a un par de «M-16». Ellos habían dejado sus fusiles en el vehículo. García les dirigió órdenes con gestos y con su fusil, y ambos hombres se arrojaron al suelo, boca abajo y con brazos y piernas abiertas. Rodgers los cacheó y luego caminó dando la vuelta por el frente para informar.

—Los agarramos vivos a los dos, señor.

Se sorprendió al ver a su teniente «lavador de aviones» con sangre en las manos.

—Voy a entrar —dijo Edwards a Smith. El sargento asintió.

—Yo lo cubriré desde aquí. Rodgers, usted apóyelo.

El teniente avanzó a través de la puerta entreabierta. La estancia estaba desierta y a oscuras. El ruido de respiraciones agitadas llegaba desde un rincón oculto de la habitación, junto con un pálido reflejo de luz. Edwards se acercó al ángulo de la pared..., y se encontró frente a frente con un ruso que estaba desabrochándose los pantalones. No había tenido tiempo para nada.

Edwards clavó el cuchillo junto con la empuñadura de nudillos de bronce para empujar la hoja hasta el fondo. El hombre lanzó un grito, se levantó sobre las puntas de sus pies y empezó a caer hacia atrás mientras trataba desesperadamente de quitarse el cuchillo. Edwards lo sacó y volvió a hundirlo, cayendo sobre el hombre en una posición grotescamente sexual. las manos del paracaidista intentaron apartarlo, pero el teniente sintió que las fuerzas abandonaban a su víctima mientras él se adelantaba todavía un poco más para volver a apuñalarlo en el pecho. Se movió una sombra; Edwards levantó la vista y vio a un hombre que se adelantaba dando traspiés, con una pistola..., y la habitación explotó con un ruido ensordecedor.

—¡Quieto, hijo de puta! —gritó Rodgers, con su «M-16» apuntando al pecho del hombre, mientras los oídos de todos seguían zumbando por el ruido atronador de la cerrada descarga de tres tiros— ¿Está bien, jefe?

Era la primera vez que lo llamaban así.

—Sí.

Edwards se puso de pie, dejando que Rodgers lo precediera para hacer levantar al ruso. El hombre estaba desnudo de cintura para abajo, y los pantalones caídos le sujetaban los tobillos. El teniente recogió la pistola que el soviético había dejado caer y miró hacia abajo, al hombre que acababa de apuñalar. No había duda de que estaba muerto. Su rostro eslavo y bien parecido se hallaba desencajado por la sorpresa y el dolor; la blusa de su uniforme se veía empapada y ennegrecida por la sangre. Los ojos podrían haber sido de mármol, a juzgar por la falta de vida que se apreciaba en ellos.

—¿Está bien, señora? —preguntó Rodgers, girando apenas la cabeza.

Edwards la vio por segunda vez, tendida sobre el suelo de madera. una bonita muchacha. Tenía destrozado su camisón de lana, que apenas le cubría un pecho, y el resto de su pálido cuerpo, ya enrojecido y lastimado en varias partes, había quedado descubierto, a la vista de todos. Detrás de ella, en la cocina, Edwards vio las piernas inmóviles de otra mujer. Entró de inmediato y pudo ver un hombre y su perro, también muertos. Cada uno de los cuerpos tenía un solo círculo rojo en el pecho.

Entró también Smith. Miró todo y luego dirigió la vista a Edwards. El tipo tenía garra.

—Voy a inspeccionar la planta alta. Arriba ese ánimo, jefe.

Rodgers hizo caer al ruso al suelo de un puntapié y le apoyó la bayoneta en medio de la espalda.

—¡Si te mueves, te corto por la mitad! —rugió el infante.

Edwards se inclinó sobre la muchacha rubia. Estaba empezando a hinchársele la cara por los golpes que había recibido en la mejilla y la mandíbula, y respiraba en medio de estremecimientos. Calculó que tendría unos veinte años. Su camisón estaba completamente desgarrado. Edwards miró a su alrededor y, quitando el mantel de la mesa del comedor, la envolvió con él.

—¿Estás bien? Vamos, estás con vida, preciosa, Estás a salvo. Ahora estás bien.

Al principio, los ojos de la chica parecían mirar en diferentes direcciones, luego pudo enfocarlos sobre la figura del joven teniente. Edwards se sintió sobrecogido por la expresión que vio en ellos. Tocó la mejilla de la muchacha con toda la suavidad que pudo.

—Ven, vamos a levantarte del suelo. Nadie te hará daño. Ahora ya no.

Ella empezó a temblar tan violentamente, que daba la impresión de que toda la casa de pronto lo haría también. Edwards le ayudó a levantarse, cuidando de envolverle el cuerpo con el mantel.

—Arriba no hay nada, señor. —Smith regresaba trayendo una bata—. ¿No quiere ponerle esto a la señora? ¿Le hicieron alguna otra cosa?

—Mataron a su padre y a su madre. Y a un perro. Supongo que también iban a matarla a ella..., cuando terminaran. Sargento, empiece a organizar las cosas. Registre a los rusos, consiga comida, y cualquier otra cosa que parezca útil. Apresúrese, Jim. Hemos de hacer un montón de cosas. ¿Tiene elementos de primeros auxilios?

—Sí, jefe. Aquí están.

Smith le tendió un pequeño paquete de vendas y antisépticos y luego volvió hacia la puerta para ayudar a García.

—Iremos arriba para limpiarte.

Edwards envolvió los hombros de la muchacha con su brazo izquierdo y la ayudó a subir la empinada escalera de viejos peldaños de madera. Se sintió afectivamente atraído por ella. Tenía unos hermosos ojos azules patéticamente faltos de vida, aunque aun así captaban la luz de una manera tal que seguramente llamarían la atención de cualquier hombre. *Como acaba de suceder,* pensó Edwards. Medía sólo tres centímetros menos que él, y tenía una piel pálida, casi transparente. Su cuerpo estaba ligeramente deformado por un bulto no muy pronunciado en el abdomen, y Mike se imaginaba muy bien qué era eso, pues el resto de su figura era perfecta. Y hacía pocos minutos la había violado un ruso, preparando el ambiente para continuar con ello toda la noche. Mike lo pensaba con rabia; una vez más ese infame delito había intervenido en su vida. Había una pequeña habitación en lo alto de la retorcida escalera.

Ella entró y se sentó en la cama de una plaza.

—¿Qqqq..., qqui..., quién...? —tartamudeó penosamente.

—Somos norteamericanos. Escapamos de Keflavik cuando los rusos atacaron. ¿Cómo te llamas?

—Vidgis Agustdottir.

Había apenas un ligero signo de vida en su voz. Vidgis, la hija de Agust, muerto en la cocina. Se preguntó cuál sería el significado de Vidgis, seguro que no era lo bastante bonito.

Apoyó la lámpara sobre la mesita de noche y abrió el paquete. La piel de la muchacha estaba cortada a lo largo de la línea de la mandíbula, y Edwards limpió la herida con desinfectante. Tenía que dolerle, pero ella no hizo el menor gesto. El resto de su cuerpo, él había podido verlo, sólo estaba amoratado por algunos golpes, y había también rasguños en la espalda, producidos por el pavimento de madera dura. La muchacha había luchado furiosamente para defenderse y debió recibir una docena de puñetazos. Por cierto, no era virgen. Podía haber sido peor, pero la ira de Edwards iba en aumento. Un rostro tan bonito..., profanado, bueno, él ya había tomado una decisión.

—No puedes quedarte aquí. Tenemos que marcharnos en seguida. Y tú tendrás que marcharte también.

—Pero...

—Lo siento. Yo comprendo..., quiero decir, cuando los rusos atacaron, perdí algunos amigos yo también. No es lo mismo que tu madre y tu padre; pero... ¡Santo Dios! —Las manos de Edwards temblaron en medio de su frustración mientras tropezaba intentando palabras sin sentido— Lamento que no hayamos llegado antes.

¿Qué es eso que dicen algunas feministas? ¿Que la violación es el crimen que emplean los hombres para subyugar a todas las mujeres? Entonces, ¿por qué quieres ir abajo ... ? Edwards sabía que en las obras podía haber algo casi tan satisfactorio. Le cogió la mano y ella no resistió.

—Tendremos que marcharnos. Te llevaremos donde podamos. Debes tener familia por aquí, o amigos. Te llevaremos con ellos y te cuidarán. Pero no puedes quedarte aquí. Si lo haces, seguramente te matarán. ¿Comprendes?

Vio entre las sombras que su cabeza asentía nerviosamente.

—Sí. Por favor..., por favor, déjeme sola. Tengo que estar sola durante unos minutos.

—Está bien. —Le acarició de nuevo la mejilla— Si necesitas algo, llámanos.

Edwards volvió a la planta baja. Smith se había hecho cargo de la situación. Había tres hombres de rodillas, con los ojos vendados, amordazados y con las manos atadas a la espalda. García estaba de pie junto a ellos. Rodgers se hallaba en la cocina. Smith parecía estar clasificando algunas cosas sobre la mesa.

—Muy bien, ¿qué tenemos aquí?

Smith miró a su oficial con algo parecido al afecto.

—Bueno, señor, tenemos un teniente ruso con el asunto todavía húmedo. Un sargento muerto y dos vivos. El teniente tenía esto, señor.

Edwards tomó el mapa y lo desplegó.

—¡Vaya! ¡Qué bonito! —El mapa estaba cubierto de marcas y garabatos.

—Tenemos otro par de binoculares, una radio..., ¡lástima que no podamos usarla! Algunas raciones. Parece mierda, pero es mejor que nada. Hicimos las cosas bien, jefe. Embolsamos cinco rusos y gastamos solamente tres tiros.

—¿Qué necesitamos llevar, Jim?

—Comida, jefe, nada más. Es decir, podríamos llevarnos un par de fusiles de ellos; con eso tendríamos el doble de cargas de munición, ¿sabe? Pero ya llevamos una impedimenta bastante pesada...

—Y no estamos aquí para pelear en una guerra, sino solamente para hacer un poco de exploración. De acuerdo.

—Creo que tendríamos que coger algunas ropas, jerseys y cosas así. ¿Vamos a llevar a la señora con nosotros?

—Tenemos que hacerlo.

Smith asintió.

—Sí, es lógico. Espero que le guste caminar, señor. Parece que se halla en buenas condiciones físicas, excepto que está embarazada. Cuatro meses, calculo.

—¿Embarazada? —García se dio vuelta— ¿Violó a una mujer embarazada? —Murmuró una frase en español.

—¿Alguno de ellos dijo algo? —preguntó Mike.

—Ni una palabra, señor —respondió García.

—Jim, vaya a ver a la chica y tráigala aquí abajo. Se llama Vidgis. Tenga paciencia con ella.

—No se preocupe, señor.

Smith subió la escalera.

—El teniente es el que todavía lo tiene colgando, ¿no?

García asintió y Edwards dio la vuelta para enfrentarse a él. Tuvo que quitarle la mordaza y la venda. El hombre tendría aproximadamente su misma edad. Estaba sudando.

—¿Habla inglés? —le preguntó.

El teniente movió la cabeza, negando.

—Spreche Deutsch.

Edwards había estudiado alemán durante dos años en la escuela secundaria, pero de pronto comprendió que no deseaba hablar con ese hombre. Ya había resuelto matarlo, y no quería hablar con alguien a quien estaba a punto de matar..., podría perturbarle la conciencia. Él no quería que su conciencia le recordara esto, pero lo observó durante un minuto o dos, examinando qué clase de persona haría lo que él había hecho. Esperaba descubrir algo monstruoso, pero no fue así. Levantó la vista. Smith estaba ayudando a Vidgis a bajar la escalera.

—Tiene un buen equipo, jefe. Buenas ropas de abrigo; sus botas están ablandadas. Espero que podamos conseguirle una cantimplora, un capote y una mochila de campaña. Voy a dejarle que lleve un cepillo y esas cosas de mujeres, señor. Conseguiré un poco de jabón para nosotros también, y tal vez una maquinilla de afeitar.

—Tenemos mucho camino por delante, sargento. Vidgis —dijo Edwards, captando la atención de ella—, vamos a partir en seguida.

Se volvió para mirar al ruso.

—Leutmant. Wófur? Warum? ¿Por qué...? ¿Por qué hizo todo esto? No por mí. Por ella.

El hombre supo lo que le esperaba. Se encogió de hombros.

—Afganistán.

—Jefe, son prisioneros —dijo de pronto Rodgers— Quiero decir..., señor, usted no puede...

—Caballeros, de acuerdo con el Código de Justicia Militar, se le acusa de un delito de violación y dos asesinatos. Éstos son crímenes capitales —dijo Edwards, principalmente para calmar su conciencia por los otros dos— ¿Tiene algo que decir en su defensa? ¿No? Se le declara culpable. Queda sentenciado a muerte.

Con la mano izquierda, Edwards empujó hacia atrás la cabeza del teniente. Su mano derecha lanzó hábilmente el cuchillo al aire y le hizo dar vuelta; luego lo apartó a un lado para tomar impulso y con toda la violencia de su rencor golpeó al hombre con el pomo en la laringe. Se oyó en la habitación un ruido sorprendentemente alto, y Edwards lo tiró hacia atrás de un puntapié.

Fue horrible presenciarlo, y duró varios minutos. La laringe del teniente había quedado fracturada en el acto, y su hinchazón bloqueaba la tráquea. Imposibilitado de respirar, movía el torso desesperadamente de lado a lado mientras su rostro se oscurecía. Todos los que estaban en la habitación y podían verlo, no dejaron de mirar. Si alguien sintió piedad por él, nadie lo demostró. Finalmente, dejó de moverse.

—Siento mucho que no hayamos llegado antes, Vidgis; pero esta cosa ya no hará más daño a nadie.

Edwards esperaba que su psicología de aficionado diera resultado. La muchacha volvió a subir la escalera, *probablemente a lavarse*, pensó él. Había leído que, después de ser violada, una de las cosas que una mujer quería hacer era bañarse, como si existiera un estigma visible de que había sido víctima de la lujuria de algún animal.

Edwards se volvió hacia los dos que quedaban. No había forma de que ellos pudieran manejar prisioneros, y ya tenía una buena excusa con sólo considerar cuáles habían sido sus intenciones. Pero estos dos todavía no habían abusado de la muchacha, y...

—Yo me haré cargo, señor —dijo en voz baja García.

El soldado estaba de pie detrás de los rusos, que continuaban arrodillados. Uno de ellos hacía algunos ruidos, pero, aunque no hubiese estado amordazado, ninguno de los norteamericanos sabía una palabra de ruso. No tenían la menor probabilidad. García descargó un golpe desde un lado, clavando el cuchillo hasta el mango en el cuello del primero; luego hizo lo mismo con el otro. Ambos hombres cayeron. Todo terminó con gran rapidez. El soldado y el teniente fueron a la cocina a lavarse las manos.

—Muy bien, vamos a cargarlos otra vez en el cuatro por cuatro y llevamos el vehículo hasta el camino principal. Veremos si podemos simular un accidente e incendiarlo. Busquen algunas botellas de bebida fuerte. Haremos parecer como que hubieran estado borrachos.

—Y lo estaban, señor.

Rodgers sostenía en la mano una botella de licor claro. Edwards lanzó una breve mirada a la botella, pero desechó la idea...

—Tiene sentido. Si no me equivoco, estos tipos eran los guardias del cruce de caminos en la carretera principal..., o tal vez solamente una patrulla. Yo no creo que ellos puedan tener guardias en todos los cruces de la isla. Con un poquito de suerte solamente, sus jefes ni se van a imaginar que nosotros tuvimos algo que ver en esto.

Es bastante difícil —pensó—*, pero, ¡qué diablos!*

—Jefe —dijo Smith— Si quiere hacer eso, tenemos que...

—Lo sé. Usted y Rodgers quédense aquí y prepárense. Si ven algo más que podamos llevar, pónganlo en las mochilas. En cuanto volvamos, saldremos disparados.

Edwards y García cargaron los cadáveres en la parte posterior del camión, teniendo cuidado de separar los equipos de combate. Descargaron los capotes impermeables, cuyos diseños de camuflaje eran casi idénticos a los suyos, y unos pocos elementos más que no serían echados de menos; después, condujeron rápidamente el camión hacia el camino.

La suerte estaba con ellos. No había un puesto de guardia permanente en el cruce de caminos, tal vez porque el de la granja no llevaba a ninguna parte. Los rusos probablemente habían constituido un equipo de patrullaje, y eligieron la granja para tomarse un pequeño descanso informal. Después de recorrer unos doscientos metros se encontraron con que el camino principal bordeaba un pronunciado precipicio. Detuvieron allí el vehículo y colocaron los cuerpos en los asientos. García vació un recipiente de gasolina en la parte posterior y entre los dos empujaron el camión hasta el borde, con la puerta trasera abierta. En el momento en que el vehículo superaba el borde, García lanzó al interior una granada rusa. Ninguno de los dos hombres quiso admirar su trabajo. Corrieron casi ochocientos metros para llegar en seguida a la granja. Todo estaba listo.

—Tenemos que incendiar la casa, señorita Vidgis —estaba explicando Smith— Si no lo hacemos, con toda seguridad los rusos querrán saber qué pasó aquí. Sus padres se hallan muertos; pero estoy seguro de que ellos habrían querido que usted salve su vida, ¿de acuerdo?

Ella se hallaba todavía demasiado conmocionada como para ofrecer algo más que una resistencia simbólica. Rodgers y Smith habían retirado los cadáveres llevándolos arriba, a su propio dormitorio. Habría sido mejor enterrarlos; pero realmente no había tiempo.

—Pongámonos en marcha, muchachos —ordenó Edwards; pues debían estar ya en movimiento, ya que alguien tenía que estar viniendo para investigar el camión incendiado y era probable que usaran un helicóptero—. García, usted cuide a la señorita. Smith, en la retaguardia. Rodgers, tome la punta. Tenemos que poner diez kilómetros entre nosotros y este lugar en las próximas tres horas.

Smith esperó diez minutos antes de arrojar su granada al interior de la casa. El queroseno que había volcado en la planta baja se inflamó de inmediato y se elevaron grandes llamaradas.

USS CHICAGO.

Ahora el contacto era mucho mejor. Habían clasificado a uno de los buques como un destructor misilístico de la clase «Kashin», y la cuenta de revoluciones de las palas de sus hélices indicaba una velocidad de veintiún nudos. Los elementos líderes de la formación soviética se hallaban ya a una distancia de treinta y siete millas. Parecían ser dos grupos, la formación anterior abierta en forma de abanico y haciendo de cortina a la segunda. McCafferty ordenó que levantaran el mástil ESM. Mostró gran actividad, pero él no esperaba otra cosa.

—Arriba el periscopio.

El contramaestre actuó sobre el anillo de operación y luego bajó las empuñaduras a su posición y dio unos pasos atrás. McCafferty barrió rápidamente el horizonte. Después de diez segundos, dobló hacia arriba las empuñaduras y bajaron el periscopio a su pozo.

—Va a ser un día muy movido, señor —dijo el comandante; siempre informaba dentro de lo posible todo lo que estaba ocurriendo a su personal de la central de ataque, pues cuanto más supieran, mejor podrían cumplir sus tareas—. Vi un par de «Bear-F», uno hacia el Norte y el otro en el Oeste. Los dos se hallaban bastante lejos, pero pueden apostar a que están lanzando sonoboyas. Oficial ejecutivo, llévenos otra vez abajo, a ciento cincuenta metros, velocidad cinco nudos. Vamos a dejar que ellos vengan hacia nosotros.

—Control, aquí sonar.

—Aquí control; adelante —contestó McCafferty.

—Estamos recibiendo algunas sonoboyas activas hacia el Noroeste. Contamos seis, todas muy débiles. —El suboficial sonarista leyó las marcaciones hacia las fuentes de las señales— Todavía no hay emisiones de sonares activos que vengan de la formación blanco, señor.

—Muy bien. —McCafferty dejó el micrófono en su soporte. La profundidad del Chicago iba aumentando rápidamente: la inmersión se producía en un ángulo de quince grados. El comandante observó la indicación del batitermógrafo. A sesenta y cinco metros la temperatura del agua empezó a descender marcadamente: en veinte metros había bajado doce grados. Eso era bueno, una poderosa capa debajo de la cual podrían esconderse, y agua fría en profundidad para permitir un buen rendimiento de sonar para sus propios sensores.

Dos horas antes había ordenado retirar un torpedo de uno de sus tubos y remplazarlo con un misil «Harpoon». Eso le dejaba solamente un torpedo listo para uso instantáneo si encontraba un blanco submarino, pero en cambio le proporcionaba una salva de tres misiles para lanzar a los buques de superficie, además de sus «Tomahawk». Estaba ya en condiciones de disparar con muchas probabilidades de lograr impactos, pero McCafferty no quería atacar sin saber exactamente a qué. No tenía sentido gastar un misil en una pequeña nave patrullera cuando había allí un crucero y un portaaviones que lo estaban esperando. Primero quería identificar blancos específicos. No sería fácil, pero él sabía que las cosas fáciles no eran los submarinos clase «688». Se dirigió al compartimiento de sonar. El suboficial lo vio de reojo.

—Jefe, es posible que tenga una marcación sobre el Kirov. Acabo de recibir seis pings de un sonar de baja frecuencia. Creo que es él, con una marcación cero tres nueve. Ahora estoy tratando de aislar las características de sus máquinas. Y si..., bueno, están cayendo algunas sonoboyas más hacia la derecha.

La presentación de la pantalla mostraba nuevos puntos luminosos bastante a la derecha del primer cordón, con un considerable espacio entre los dos.

—¿Le parece que las está lanzando como insignias de grado, suboficial? —preguntó McCafferty.

Obtuvo una sonrisa y un movimiento de cabeza asintiendo como respuesta. Si los soviéticos estaban repartiendo sus sonoboyas en líneas que formaban ángulos a izquierda y derecha de la formación, podía significar que sus buques habían puesto proa directamente hacia el Chicago. El submarino no necesitaría efectuar maniobra alguna para interceptarlos. Podía permanecer tan quieto como una tumba abierta.

—Parece que las están alternando por encima y por debajo de la capa, señor. Con una separación entre sí bastante marcada, además.

El suboficial encendió un cigarrillo sin apartar sus ojos de la pantalla. El cenicero que tenía a su lado estaba colmado de colillas.

—Vamos a separarlo en la localización. Buen trabajo, Barney.

El comandante dio unos golpecitos en el hombro al sonarista y volvió a la central de ataque. El grupo de seguimiento de control de fuego ya estaba rastreando los nuevos contactos. Parecía algo así como un intervalo de poco más de dos millas entre las sonoboyas. Si los soviéticos estaban alternándolas arriba y abajo de la capa, había muchas probabilidades de que él pudiera filtrarse entre dos de ellas. El otro interrogante era la posible presencia de boyas pasivas, que no podía detectar.

McCafferty se hallaba de pie junto al pedestal del periscopio, observando cómo trabajaban sus hombres mientras introducían información en los ordenadores de control de fuego, respaldados por otros hombres que usaban marcaciones sobre papel y calculadoras de mano. El panel de control de armamento estaba iluminado por los indicadores que mostraban su situación de listos. El submarino se encontraba en condiciones de combate inmediato.

—Vamos arriba, a sesenta metros. Escucharemos sobre la capa durante unos minutos.

La maniobra dio resultado en seguida.

—Tengo un rumbo directo a los blancos —informó el suboficial sonarista.

Ahora pudieron detectar y seguir la energía del sonido irradiado directamente por los buques soviéticos, sin depender del efecto físico de las zonas de convergencia.

McCafferty se ordenó a sí mismo tranquilizarse. Pronto tendría bastante trabajo.

—Señor, estamos casi en tiempo para otro lanzamiento de sonoboyas. Lo han estado haciendo con intervalos aproximados de quince minutos, y ésta puede estar cerca.

—Estoy recibiendo otra vez ese sonar «Horse-Jaw», señor —advirtió el sonarista—. Con marcación tres dos cero esta vez. Señal débil. Clasificamos este contacto como el crucero Kirov. Un momento..., hay otro. Tenemos un sonar activo de frecuencia media con marcación tres tres uno, maniobrando de izquierda a derecha. Clasificamos este contacto como un crucero «Kresta-II ASW».

—Me parece que tiene razón —dijo el oficial de búsqueda— La marcación tres dos cero se aproxima a nuestra marcación sobre un par de buques de cortina, pero a mayor distancia de eso, probablemente es un contacto diferente. Tres tres uno concuerda con el buque central de la cortina. Tiene sentido. El «Kresta» sería el comandante de la cortina, y el buque insignia estaría navegando bastante detrás de él. Pero necesitamos algún tiempo para resolver las distancias.

El comandante ordenó que su submarino se mantuviera encima de la capa, en condiciones de inmersión urgente en materia de segundos. Ahora el despliegue táctico estaba evolucionando. Tenía una marcación sobre el Kirov con la que podía trabajar. Casi tan buena como para disparar, aunque todavía precisaba información de distancia. Parecía que hubiese un par de escoltas entre él y el crucero y, a menos que tuviera una buena estimación de

distancia, cualquier misil que lanzara al buque insignia soviético podía atacar un destructor o una fragata por error.

Entretanto, la solución en el director de ataque graduó los «Harpoon» para que volaran directamente hacia lo que él creía que era el crucero de batalla Kirov.

El Chicago empezó a zigzaguear a derecha e izquierda sobre su rumbo. Cada vez que el submarino cambiaba su posición, las marcaciones de los contactos de su sonar lo hacían también. El grupo de seguimiento podía usar las desviaciones del submarino con respecto a su propio rumbo como una línea de base para calcular las distancias a los diversos contactos, Era un procedimiento sencillo (un ejercicio de trigonometría de escuela secundaria); sin embargo, llevaba tiempo, porque debía estimar la velocidad y el rumbo de los blancos móviles. Ni siquiera el apoyo del ordenador permitía acelerar mucho el proceso, y uno de los contramaestres se enorgullecía de su capacidad para emplear una regla circular de cálculos y disputar una carrera al ordenador para obtener la solución del problema.

La tensión parecía crecer gradualmente y por momentos se estabilizaba. Los años de entrenamiento estaban dando resultados ahora. Recibían la información, la examinaban y actuaban en consecuencia, todo en materia de segundos. De pronto, los tripulantes parecían formar parte física de los equipos que estaban operando, con sentimientos anulados, emociones sumergidas y sólo el sudor de sus frentes traicionaba las apariencias y los mostraba como hombres que eran, y no máquinas. Dependían por completo de sus operadores de sonar. La energía del sonido era su única indicación sobre lo que estaba sucediendo, y cada nuevo informe de marcación desataba una furiosa actividad. Estaba claro que sus blancos también zigzagueaban, lo que hacía aún más difíciles los cálculos de distancias.

—¡Control, aquí sonar! ¡Sonoboya activa cerca, a babor! Debajo de la capa, creo.

—Todo timón a la derecha; todo adelante dos tercios —ordenó en el acto el oficial ejecutivo.

McCafferty se acercó al sonar y enchufó un par de auriculares. Los pings se oían tensos, pero..., distorsionados, pensó. Si la boya estaba debajo del gradiente de temperatura, las señales que irradiaba hacia arriba no podrían detectar su submarino..., probablemente.

—¿Fuerza de la señal? —preguntó.

—Intensa —repuso el suboficial— Podrían habernos captado. Quinientos metros más lejos y nos pierden con toda seguridad.

—Muy bien, pero no pueden controlarlas a todas al mismo tiempo.

El oficial ejecutivo alejó al Chicago unos mil metros antes de volver al rumbo inicial. Allá arriba, ellos lo sabían, estaba un avión «ASW Bear-F» armado con torpedos autoorientables y tripulantes cuya misión era escuchar las señales de la sonoboya. ¿Qué efectividad tendrían las boyas y los hombres? Eso era algo que ellos ignoraban. Pasaron tres tensos minutos y nada ocurrió.

—Todo adelante, un tercio, caiga a la izquierda a tres dos uno —ordenó el oficial ejecutivo.

Estaban cruzando ahora la línea de boyas. Entre ellos y su blanco había tres líneas más de boyas. Tenían casi determinada la distancia a tres de las escoltas, pero todavía no al Kirov.

—Muy bien, muchachos, los «Bear» están detrás de nosotros. una cosa menos de qué preocuparse. ¿Distancia al próximo buque? —preguntó el oficial de aproximación.

—Veintiséis mil metros. Creemos que es un «Sovremenny». El Kresta se encuentra a unos cinco mil metros al este de él. Está operando con emisiones de sonar activo, de casco y de profundidad variable.

McCafferty asintió. El sonar de profundidad variable estaría debajo de la capa y tenía pocas probabilidades de detectarlos. El sonar de casco era el que merecería su atención, pero todavía

no sería problema por un rato. «*Estupendo* —pensó el comandante—*, las cosas están saliendo bastante de acuerdo con lo planificado...*»

—¡ Control, sonar, torpedos en el agua, marcación tres dos cero! Señal débil. Repito, torpedos en el agua, tres dos cero, cambiando la marcación..., además, muchos sonares activos acaban de encenderse. Estamos recibiendo ruidos de hélices aumentados de todos los contactos.

McCafferty estaba ya en la sala de sonar antes de que terminara el informe.

—¿La marcación del torpedo cambia?

—¡Sí! Se mueve de izquierda a derecha... Cristo, me parece que alguien está atacando a los rusos. ¡Impacto!

El suboficial apoyó el dedo contra la pantalla. Exactamente en la marcación al Kirov se vio una serie de tres manchas luminosas. La presentación pareció enloquecerse de golpe. las que indicaban buques se iluminaban con más brillo cuando éstos aumentaban la velocidad de sus máquinas, y cambiaban de dirección cuando ellos comenzaban a maniobrar.

—Explosión secundaria en este contacto... ¡A la mierda! Ahora hay un montón de explosiones en el agua. Cargas de profundidad, tal vez; algo está haciendo revolver el agua hacia arriba. Hay otro torpedo.... lejos, su marcación cambia de derecha a izquierda.

La presentación en la pantalla era ya demasiado compleja para que McCafferty pudiera seguirla. El suboficial amplió la escala de tiempo para permitir una interpretación más fácil, pero solamente él y sus experimentados operadores eran capaces de comprenderla.

—Jefe, da la impresión de que alguien ha caído sobre ellos y lanzado un ataque. Lograron tres impactos sólidos en el Kirov, y ahora están tratando de terminar con él. Estos dos buques parecen estar convergiendo sobre algo. Yo.... otro torpedo en el agua, no sé de quién. ¡Dios, mire todas esas explosiones!

McCafferty se dirigió hacia popa.

—¡Altura de periscopio, ya!

El Chicago tomó un ángulo ascendente y tardó un minuto en alcanzar el nivel.

El comandante vio lo que podría haber sido un mástil en el horizonte, y una columna de humo negro, en dirección tres dos cero. Estaban operando más de veinte radares junto con numerosas comunicaciones de radio.

—Abajo el periscopio. ¿Tenemos solución para algún blanco?

—No, señor —respondió el oficial ejecutivo—. Cuando empezaron a maniobrar, toda nuestra información se fue al diablo.

—¿A qué distancia nos encontramos de la próxima línea de sonoboyas?

—A dos millas. Estamos en posición de cruzar cincuenta metros. Todo un claro.

—Vamos a una profundidad de doscientos cincuenta metros. Todo adelante; llévenos allá dentro.

Las máquinas del Chicago cobraron vida y aceleraron el submarino a treinta nudos. El oficial ejecutivo llevó la nave a doscientos cincuenta metros, pasando por debajo de una sonoboya colocada para búsqueda en poca profundidad. McCafferty se mantenía junto a la mesa de la carta; sacó un lápiz del bolsillo e inconscientemente empezó a morder el extremo de plástico mientras observaba cómo el avance de su submarino en ese rumbo lo acercaba cada vez más a la formación enemiga. El rendimiento del sonar cayó virtualmente a cero con la alta velocidad; pero pronto resonaron en todo el casco de acero los sonidos de baja frecuencia producidos por explosiones de munición. El Chicago navegó durante veinte

minutos en un ligero zigzagueo para evitar las sonoboyas rusas, mientras los hombres de control de fuego seguían actualizando sus soluciones.

—Muy bien, todo adelante un tercio y volvamos a profundidad de periscopio —dijo McCafferty— Grupo de seguimiento, atentos para abrir fuego.

La imagen del sonar se aclaró rápidamente. Los soviéticos continuaban frenéticos dando caza a quienquiera que fuese el que había atacado a su buque insignia. Uno de los trazos de buques había desaparecido completamente... Por lo menos un buque ruso hundido o averiado. las explosiones se transmitían en el agua, interrumpidas por el sonido de los torpedos, que las ocultaban mientras se desplazaban hacia los blancos. Todo estaba lo suficientemente cerca como para ser motivo de real preocupación.

—Observación de tiro. ¡Arriba el periscopio!

El periscopio de búsqueda se deslizó hacia arriba. McCafferty lo empuñó y barrió el horizonte.

—Yo... ¡Cristo!

El monitor de TV mostró un «Bear» a la derecha, a unos ochocientos metros y con rumbo Norte, hacia la formación. Pudo ver siete buques, especialmente los topes de sus mástiles, pero un destructor de la clase «Sovremenny» estaba semihundido, a unas cuatro millas aproximadamente. El humo que había visto antes ya no existía. El agua resonaba con el ruido de los sonares rusos.

—Levante el radar, dele potencia y quede atento.

Un suboficial apretó el botón para levantar el radar de búsqueda de superficie del submarino; activó el sistema, pero lo mantuvo en la posición de espera.

—Ahora, energía y dos barridas —ordenó el comandante. Allí había verdaderamente peligro. Los soviéticos detectarían casi con seguridad el radar del submarino y tratarían de atacarlo.

El radar permaneció activado por un total de doce segundos. «Pintó» en la pantalla un grupo de veintiséis blancos, dos de ellos muy juntos y más o menos donde él esperaba que hubiera estado el Kirov. El operador de radar leyó marcaciones y distancias, que introdujeron en el director de control de fuego «Mk–117» y fueron retransmitidos a los misiles «Harpoon», que se encontraban en los tubos de torpedos, dándoles rumbo al blanco y la distancia a la cual debían encender sus cabezas buscadoras. El oficial de armamento controló el estado de las luces, luego eligió los dos blancos más propicios para los misiles.

—¡Listo!

—Inunden tubos. —McCafferty observó al operador del panel de armamento que comenzaba la secuencia de lanzamiento— Abriendo puertas exteriores.

—Solución controlada y válida —dijo con calma el oficial de armamento— Secuencia de fuego: dos, uno, tres.

—¡Disparen! —ordenó McCafferty.

—Fuego dos. —El submarino se estremeció cuando el poderoso impulso del aire comprimido eyectó el arma del tubo, a lo que siguió el ruido del agua llenando el vacío—. Fuego uno.... fuego tres. Fuego con dos, uno y tres, señor. las puertas de tubos de torpedos, cerradas; bombeando para vaciar y recargar.

—Recarguen con «Mark-48». ¡Prepárense para disparar «Tomahawk»! —dijo McCafferty.

Los hombres de control de fuego cambiaron los controles del director de ataque para activar los misiles montados a proa.

—¡Arriba el periscopio!

El contramaestre hizo girar la rueda de mando. McCafferty dejó que subiera por completo. Pudo ver la estela de humo del último «Harpoon», y justo detrás de ella...

McCafferty cerró de golpe las empuñaduras del periscopio y dio un paso atrás.

—¡Un helicóptero hacia aquí! ¡Inmersión urgente, todo adelante, velocidad máxima!

El submarino se sumergió velozmente. Un helicóptero soviético antisubmarinos había visto el lanzamiento del misil y volaba hacia ellos con toda su potencia.

—Todo timón a la izquierda.

— ¡Todo timón a la izquierda, comprendido!

—Pasando por treinta metros. Velocidad, quince nudos —informó el oficial ejecutivo.

—Allí está —dijo McCafferty, y los pings del sonar activo del helicóptero resonaron a través de todo el casco—. Timón todo al otro lado. Disparen un equipo de ruido.

El comandante ordenó que llevaran el submarino a un rumbo general Este y redujeran la velocidad mientras atravesaban la capa. Con suerte, los soviéticos confundirían el equipo emisor de ruido con los sonidos de cavitación del submarino y lo atacarían, mientras el Chicago escapaba indemne.

—Control, sonar, viene hacia aquí un destructor, marcación tres tres nueve. Suena como un «Sovremenny».... torpedo en el agua, atrás, Tenemos un torpedo en el agua con marcación de dos seis cinco.

—Timón veinte grados a la derecha. Todo adelante dos tercios. Caiga a nuevo rumbo un siete cinco.

—Control, sonar, nuevo contacto, hélices dobles, acaba de empezar con sonar de baja frecuencia, probablemente un «Udaloy», la cuenta de hélices dice veinticinco nudos, marcación tres cinco uno y constante. Marcación del torpedo cambiando, se dirige hacia atrás y pierde intensidad.

—Muy bien —asintió McCafferty—, El helicóptero lanzó sobre el aparato de ruidos. Ya no tenemos que preocuparnos por éste. Todo adelante un tercio, vamos a profundidad trescientos metros.

Al «Sovremenny» no le temía demasiado, pero el «Udaloy» era otra cosa completamente distinta. El nuevo destructor soviético llevaba un sonar de baja frecuencia que podía penetrar la capa bajo ciertas condiciones, además de dos helicópteros, y un torpedo impulsado por cohete a larga distancia, que era superior al «ASROC» norteamericano.

¡Ba—uahh! El sonido de un sonar de baja frecuencia. Los había detectado en el primer intento. ¿Daría la posición del Chicago al «Udaloy»? ¿O lo impediría el recubrimiento de goma del submarino?

—Marcación del blanco tres cinco uno. La cuenta de hélice se ha reducido, indica una velocidad de diez nudos —informó el sonar.

—Bien, ha disminuido la velocidad para buscarnos. Sonar, ¿qué fuerza tiene ese ping?

—Límite inferior de la gama de detección, señor. Probablemente logró un retorno de nosotros. El contacto está maniobrando, ahora la marcación es tres cinco tres. Sigue emitiendo pings, pero su sonar está iluminado en búsqueda de Oeste a Este, lejos de nosotros. Hay otro helicóptero que se halla emitiendo activo, señor, marcación cero nueve ocho. Está debajo de la capa, pero bastante débil.

—Oficial ejecutivo, llévenos al Oeste. Trataremos de virar alrededor de ellos hacia la dirección del mar y aproximarnos a sus anfibios desde el Oeste.

McCafferty volvió a la sala de sonar. Estaba tentado de atacar al «Udolay», pero no podía lanzar un torpedo a esa profundidad sin usar una peligrosa cantidad de sus reservas de aire comprimido. Además, su misión consistía en destruir a los buques comando, no a los escoltas. De todos modos, su grupo de control de fuego tuvo lista una solución para el caso de que el hundimiento del destructor ruso se convirtiera en una necesidad.

—¡Santo Dios, qué revoltijo! —suspiró el suboficial—. las cargas de profundidad en el Norte van disminuyendo un poco. las marcaciones sobre estos contactos se estabilizan. O han vuelto a tomar su rumbo básico, o se están alejando. No puedo decir cuál de las dos cosas. Oh, oh..., están cayendo más sonoboyas. —El dedo del suboficial mostró los nuevos puntos luminosos, en una línea continua..., que apuntaba hacia el Chicago—. La próxima va a caer muy cerca, señor.

McCafferty metió la cabeza en la central de ataque.

—Viren hacia el Sur y pasen a dos tercios.

La sonoboya siguiente cayó en el agua directamente sobre ellos. Su cable desplegó el transductor debajo de la capa e inició automáticamente las emisiones de pings.

—¡Seguro que nos agarraron, jefe!

McCafferty ordenó otro cambio de rumbo hacia el Oeste y un nuevo aumento a máxima velocidad para salir de la zona. Tres minutos después cayó un torpedo al agua, lanzado por el «Udaloy» o dejado caer por el «Bear», no podían saberlo. El torpedo empezó a buscarlos desde una distancia de una milla, pero viró, alejándose. una vez más, su recubrimiento anecoico de goma los había salvado. Detectaron frente a ellos un sonar de profundidad de un helicóptero. McCafferty viró al Sur para esquivarlo, sabiendo que lo estaban obligando a alejarse de la flota soviética, pero incapacitado de hacer nada por el momento. Ahora eran dos los helicópteros que andaban detrás de él y, para un submarino, derrotar dos sonares de profundidad no era un simple ejercicio. Estaba claro que el propósito no era tanto encontrarlo como alejarlo, y él no podía maniobrar con la velocidad suficiente como para sobrepasarlos. Después de dos horas de intentarlo, se desprendió por última vez. La fuerza soviética se había desplazado más allá del alcance del sonar, su último rumbo informado los llevaba al Sudeste, hacia Andoya.

McCafferty lanzó por lo bajo un juramento. Había hecho todo bien, atravesó las defensas exteriores soviéticas, y tenía una idea clara de cómo meterse por debajo de la cortina de destructores. Pero alguien había llegado allí primero, probablemente había atacado al Kirov (¡su blanco!) y producido un tremendo alboroto que le impidió aproximarse. Sus tres «Harpoon» tal vez habían encontrado blancos a menos que Iván los hubiera derribado..., pero él ni siquiera había podido comprobar sus impactos. Si es que habían hecho impactos. El comandante del USS Chicago escribió su informe de contacto para que lo transmitieran al comandante de submarinos de la flota del Atlántico, Y se preguntó por qué las cosas estaban ocurriendo de esta manera.

STORNOWAY, ESCOCIA.

—Es una distancia bastante grande —dijo el piloto de caza.

—Sí —asintió Toland— Según nuestro último informe, el grupo navegaba con rumbo Sudeste para evitar el ataque de un submarino. Suponemos que ahora han vuelto a un rumbo general Sur, pero no sabemos dónde están. Los noruegos enviaron su último «RF-5» para efectuar un reconocimiento, y el avión desapareció. Tenemos que atacarlos antes de que llegue a Bodo. Y, para atacarlos, necesitamos todos sus «Tomcat» para escolta en el ataque de mañana.

—Estaré listo en una hora.

El piloto se marchó.

—Que tenga suerte, muchacho —dijo en voz baja.

Era el tercer intento para localizar desde el aire a la fuerza soviética de invasión. Después que desapareciera el avión noruego de reconocimiento, los británicos habían tratado de lograrlo con un «Jaguar». También ese avión había desaparecido. La solución obvia era enviar un «Hawkeye» junto con el ataque para realizar una búsqueda por radar, pero los británicos no permitían que los «E-2» se alejaran demasiado de sus costas. las estaciones de radar del Reino Unido habían soportado un terrible ataque, y necesitaban a los «Hawkeye» para defensa local.

—No suponíamos que fuera tan difícil —observó Toland.

Tenían ahora una brillante oportunidad para atacar a la flota soviética. Una vez localizada, podían llevar el ataque contra la fuerza al amanecer del día siguiente. Los aviones de la OTAN entrarían por sorpresa con sus misiles aire-superficie. Pero la distancia extrema que debían recorrer los aviones no les permitía perder tiempo en la búsqueda. Debían conocer la situación del blanco antes del despegue. Los noruegos habrían tenido que ocuparse de eso, pero los planes de la OTAN no previeron el virtual aniquilamiento, en una semana, de toda la Real Fuerza Aérea Noruega. Los únicos triunfos tácticos importantes de los soviéticos los habían obtenido en el mar, y realmente habían sido triunfos, pensó Toland. Mientras la guerra terrestre en Alemania estaba evolucionando hacia un estancamiento motivado por la paridad en materia de alta tecnología, hasta ese momento las jactanciosas Marinas de la OTAN se veían superadas en maniobra y en planificación por sus supuestamente incapaces adversarios soviéticos. La toma de Islandia había sido una obra maestra como operación. La OTAN todavía estaba tratando de hallar la manera de restablecer la barrera Groenlandia-Islandia-Reino Unido con submarinos previstos para cumplir otras misiones. Los «Backfire» rusos entraban profundamente en el Atlántico Norte, atacando todos los días un convoy, y la principal fuerza submarina soviética ni siquiera había llegado allí todavía, La combinación de ambas fuerzas podía cerrar por completo el Atlántico, pensó Toland. Entonces sí que los ejércitos de la OTAN perderían seguramente, a pesar de su brillante desempeño hasta el momento.

Tenían que evitar que los rusos tomaran Bodo en Noruega. Si se establecían allí, los aviones soviéticos podrían atacar Escocia, drenando recursos al frente germano e impidiendo todo esfuerzo para interceptar a las fuerzas de bombardeo que se dirigían al Atlántico, Toland meneó la cabeza. una vez que localizaran a la fuerza rusa, la golpearían hasta hacerla pedazos, Disponían de las armas adecuadas y la doctrina adecuada. Podían lanzar sus misiles desde fuera del alcance de los »SAM» rusos, tal como lo estaba haciendo Iván con los convoyes. Ya era hora de que cambiaran las cosas.

El avión cisterna despegó primero, seguido media hora después por el caza. Toland y su contraparte británica se sentaron en la central de Inteligencia a dormitar una siesta, sin prestar atención a la máquina teletipo que golpeteaba en un rincón. Si entraba algo importante, los jóvenes oficiales de guardia les avisarían, y los oficiales más antiguos también tenían que dormir.

—¿Eeeh?

Toland se sobresaltó cuando el suboficial le tocó en el hombro.

—Está entrando, señor..., su «Tomcat» está llegando, capitán. —El sargento de la RAF tendió a Bob una taza de café—. Está a quince minutos del aterrizaje. Pensé que usted querría refrescarse un poco.

—Gracias, sargento.

Toland se pasó una mano sobre la cara sin afeitar y decidió no hacerlo. El comandante se afeitó, en especial para preservar el aspecto que correspondía a un bigote de la RAF.

El «F-14» entró con elegancia, llevando sus motores completamente reducidos y las alas extendidas, como agradecido por la posibilidad de aterrizar en algo más que un portaaviones. El piloto rodó hasta un refugio de cemento y descendió rápidamente. Unos técnicos ya estaban retirando el rollo de película de la cámara exterior.

—No hay nada de la flota, señores —dijo de inmediato.

El oficial del radar de intercepción llegó detrás del piloto.

—¡Dios, qué cantidad de cazas allá arriba! —exclamó—. No había visto tanta actividad desde la última vez que pasé por la escuela de ataque.

—Y yo bajé a uno de esos «Bandidos», además. Pero no hay señales de la flota. Cubrimos la costa desde Orland hasta Skagen antes de volver; no había ni un solo buque de superficie visible.

—¿Está seguro?

—Puede observar mi película, señor. Ninguna observación visual, nada en infrarrojo, ninguna emisión de radar que no fueran las de los aviones, nada, pero un montón de cazas. Empezamos a encontrarlos un poco al sur de Stoke y contamos..., ¿cuántos fueron, Bill?

—Siete escuadrillas, principalmente «MiG-23», creo. En ningún momento los vimos, pero captamos un montón de radares «High-Lark». Uno de los tipos se acercó demasiado y tuve que dispararle un «Sparrow». Vimos el resplandor. Fue un derribo difícil. De todas maneras, señores, nuestros amigos no están yendo hacia Bodo, a menos que sea en submarino.

—¿Usted volvió desde Skagen?

—Nos quedamos sin película, y teníamos poco combustible. La oposición de los cazas en realidad empezó a captarse al norte de Bodo. Si quiere mi opinión, creo que debemos controlar Andoya, pero necesitamos algo más para hacerlo, el «SR-71», quizá. Yo no creo que pueda entrar y salir de allí si no es con un posquemador. Y tendría que recargar combustible muy cerca del lugar, si deseara intentarlo, porque..., como le dije, allá están operando los cazas, y hay muchísimos.

—La cosa se ha puesto difícil —dijo el comandante—. Nuestros aviones no tienen autonomía para un ataque tan lejos sin un apoyo masivo de aviones cisterna, y la mayor parte de nuestros cisternas están cumpliendo misiones en otro sitio.

25. PENOSAS CAMINATAS.

ISLANDIA.

Después de pasar la pradera volvieron a lo que el mapa llamaba páramo. Durante los primeros mil metros se extendía a nivel, luego empezó a subir paulatinamente exigiéndoles un verdadero esfuerzo para trepar el Glymsbrekkur, una elevación de doscientos metros. *Tan pronto te abandonan tus piernas,* pensó Edwards. La lluvia no había perdido intensidad y la escasa luminosidad que tenían para guiarse les obligaba a marchar muy despacio. Encontraban sueltas muchas de las rocas en que intentaban apoyarse al caminar. Pisar en algunos sitios era traicionero, y un mal paso podía ser fatal. las constantes torceduras les habían hinchado los tobillos, y los borceguíes con sus cordones bien apretados no parecían ya ayudarles en ese terreno tan desigual.

Después de seis días internados en la isla, Edwards y sus infantes de Marina estaban empezando a comprender qué era la fatiga. Con cada paso sus rodillas cedían unos dos centímetros más, haciendo que el paso siguiente aumentara el esfuerzo, para compensar. Las correas de sus mochilas se clavaban en sus hombros. Tenían los brazos cansados de llevar las armas y de ajustarse constantemente las correas. Sus cuellos cedían, y era un esfuerzo más levantar la cabeza para mirar hacia arriba y alrededor; debían estar siempre alerta ante una posible emboscada.

A sus espaldas, el resplandor del incendio de la casa desapareció detrás de una cresta, la primera cosa buena que había ocurrido. Ningún helicóptero todavía, ningún vehículo que investigara el fuego. ¡Qué bien! Pero, ¿cuánto duraría eso? ¿Cuánto tardarían en echar de menos a la patrulla? Todos ellos se lo preguntaban.

Todos, excepto Vidgis. Edwards caminaba unos pasos delante de ella, oyendo su marcada respiración, escuchando sus posibles sollozos, queriendo decirle algo, pero sin saber qué. *¿Había hecho lo correcto? ¿Era asesinato? ¿Era oportunidad? ¿Era justicia? ¿Acaso importaba? Tantas preguntas*... las apartó a un lado. *Tenían que sobrevivir. Eso era lo que importaba.*

—Tomaremos un descanso —dijo— Diez minutos.

El sargento Smith comprobó dónde estaban los otros y luego se sentó al lado de su oficial.

—Hemos avanzado bien, teniente. Calculo de seis a ocho kilómetros en las dos últimas horas. Creo que podemos aflojar un poco.

Edwards sonrió tristemente.

—¿Por qué no nos detenemos del todo y construimos una casa por aquí?

Smith soltó una risita en la oscuridad.

—Lo oí, jefe.

El teniente estudió brevemente el mapa y levantó la vista para ver hasta dónde coincidía con lo que alcanzaba a ver.

—¿Qué le parece si rodeamos este pantano por la izquierda? El mapa muestra una caída de agua aquí, la Skulafoss. Puede ser un lindo cañón profundo, Tal vez tengamos suerte y encontremos una caverna o algo parecido. Si no es profundo, ningún helicóptero entraría allí, y tendremos sombras para ocultarnos. ¿Cinco horas?

—Más o menos —asintió Smith— ¿Hay que cruzar camínos?

—No se ven más que senderos.

—Me gusta. —Smith se volvió a la muchacha, que los observaba sin pronunciar palabra, sentada con la espalda apoyada en una roca—. ¿Cómo se siente, señora? —preguntó, amable.

—Cansada,

Su voz decía más que eso, pensó Edwards. No había allí ninguna emoción, ninguna en absoluto. Se preguntó si era bueno o malo. ¿Qué debía hacerse por las víctimas de crímenes graves? Sus padres asesinados frente a sus ojos, su propio cuerpo brutalmente violado... ¿Qué pensamientos estaban pasando por aquella cabeza? «*Hay que hacerle pensar en otra cosa*», decidió.

—¿Conoces bien esta zona? —preguntó el teniente.

—Mi padre pesca aquí. Yo vengo con él muchas veces.

Inclinó la cabeza hacia atrás, ocultándola en las sombras. Su voz se quebró y empezó a sollozar despacito.

Edwards quería rodearla con su brazo, decirle que las cosas estaban bien ahora, pero temía que resultara peor. Además, ¿quién podía creer que las cosas estaban bien ahora?

—¿Cómo andamos en cuanto a comida, sargento?

—Calculo que tenemos latas para cuatro días. Revisé bastante bien toda la casa, señor —susurró Smith—. Conseguí un par de cañas de pescar y algunos anzuelos. Con un poco más de tiempo, creo que podremos alimentarnos nosotros mismos. Hay muchos arroyos con peces por aquí, tal vez en ese mismo lugar adónde vamos. Salmones y truchas. Yo nunca pude permitirme el lujo de hacerlo, pero he oído decir que pescar es muy divertido. Usted dijo que su padre era pescador, ¿no?

—Capturaba langostas..., bastante parecido. ¿Por qué dijo que no podía permitirse el lujo...?

—Cobran doscientos dólares diarios para venir a pescar aquí —explicó Smith— Eso no se puede pagar con el sueldo de un sargento, ¿sabe? Pero, si cobran tanto, es porque tiene que haber toneladas de peces en el agua, ¿no es cierto?

—Suena razonable —coincidió Edwards— Es hora de moverse. Cuando lleguemos a esa montaña, nos acostaremos un buen rato y todo el mundo podrá descansar.

—Brindaré por eso, jefe. Podría hacernos llegar tarde a...

—¡Al diablo con eso! Llegaremos tarde. Las reglas de juego han cambiado un poco. Es posible que Iván nos esté buscando. De ahora en adelante vamos a tomarlo con calma. Si a nuestros amigos del otro lado de la radio no les gusta..., lo lamento mucho. Vamos a llegar tarde allá, pero llegaremos.

—Tiene razón, jefe. ¡García! Tome la punta. Rodgers, cubra la puerta de atrás, Cinco horas más, infantes; después, dormiremos.

USS PHARRIS.

El agua vaporizada le golpeaba la cara, y para Morris era un placer. El convoy de buques en lastre navegaba contra un vendaval de cuarenta nudos. El mar tenía una horrible tonalidad verde con sectores de espuma batida, y de las crestas blancas se desprendían gotas que cruzaban el aire volando horizontalmente. Su fragata remontaba las abruptas laderas de interminables olas gigantescas de más de seis metros, y luego caía otra vez en una sucesión que llevaba ya seis horas, El movimiento de la nave era brutal. Cada vez que la proa bajaba pronunciadamente, era como si se hubieran clavado los frenos en un auto. Los hombres se agarraban de los puntales y se afirmaban con las piernas abiertas para compensar el continuo movimiento. Los que se hallaban en sitios descubiertos, como Morris, se habían colocado chalecos salvavidas y chaquetas con capuchones. Por lo general, muchos de sus tripulantes más jóvenes habrían estado sufriendo bastante con ese tiempo (hasta los marinos profesionales deseaban evitarlo), pero en esos momentos la mayoría de ellos dormía. La fragata había vuelto a la normal condición-3 de navegación, lo cual permitía que los hombres se pusieran al día con sus horas de descanso.

Aquel tiempo hacía casi imposible el combate. Los submarinos quedaban convertidos en plataformas de un solo sensor. Casi todos ellos detectaban a los blancos mediante el sonar, pero los atronadores ruidos del mar agitado borraban los que producían normalmente los buques y que eran escuchados por los submarinos. Un comandante de submarino extremadamente belicoso podía intentar situarse a profundidad de periscopio para poder operar con su radar de búsqueda, pero eso significaba correr el riesgo de quedar sometido a bruscos cambios de posición del buque y perder momentáneamente el control, algo que ningún comandante de submarino nuclear podía aceptar de buen grado. Cualquier submarino tendría que embestir prácticamente a un buque para detectarlo, y no eran pocas las probabilidades de que ello ocurriera. Tampoco tenían que preocuparse por los ataques aéreos en esas circunstancias. La superficie almenada del mar bastaría seguramente para confundir a la cabeza buscadora de un misil ruso.

Por su parte, el sonar montado en la proa era totalmente inútil, ya que subía y bajaba en un arco de seis metros, y por momentos se levantaba hasta quedar completamente fuera del agua. El sonar de arrastre iba detrás del buque en aguas más tranquilas, unas cuantas decenas de metros bajo la superficie; teóricamente podría funcionar bastante bien; pero, en la práctica, un submarino tendría que estar navegando a muy altas velocidades para que su ruido se distinguiera de los de superficie, y aun así, combatir contra un blanco en esas condiciones no era empresa fácil. Su helicóptero se mantenía inmovilizado en el buque. Despegar podría haber sido posible, pero aterrizar en esas condiciones era una imposibilidad absoluta. Un submarino habría tenido que hallarse dentro del alcance de un torpedo «ASROC» (cinco millas) para estar vulnerable ante la fragata, pero hasta eso era sólo una débil posibilidad. Siempre podían llamar un «P-3 Orion» (había dos operando con el convoy). Morris no envidiaba lo más mínimo a sus tripulantes, que estarían saltando violentamente entre las nubes a menos de trescientos metros.

La tormenta significaba para todos un descanso en la batalla; ambos bandos reponían energías para los próximos encuentros. A los rusos les sería más fácil. Sus aviones de gran autonomía permanecerían en tierra para el mantenimiento necesario, y sus submarinos, navegando a ciento veinte metros de profundidad, podían mantener cómodamente sus guardias de sonar.

—¿Café, jefe?

El contramaestre Clarke salió del puente de navegación; llevaba en sus manos una taza cubierta con un plato para protegerla del agua salada.

—Gracias. —Morris tomó la taza y bebió la mitad—. ¿Cómo lo está pasando la tripulación?

—Demasiado cansados para vomitar, señor —rió Clarke— Duermen como bebés. ¿Cuánto tiempo más va a durar esta mierda?

—Doce horas; después, esperamos que aclare. Detrás de esto hay un sistema de alta presión.

El informe meteorológico con el pronóstico a largo plazo acababa de llegar de Norfolk. El seguimiento de la tormenta mostraba que estaba desplazándose hacia el Norte. Para las próximas dos semanas se estimaba que habría en general buen tiempo. Maravilloso.

El suboficial se inclinó hacia fuera por la borda para controlar cómo aguantaban el rigor los distintos equipos instalados en la cubierta de proa. Cada tercera o cuarta ola, la fragata hundía con fuerza la proa, recibiendo ocasionalmente agua sobre la cubierta. Esta agua golpeaba violentamente contra un montón de cosas, y era responsabilidad del suboficial hacerlas arreglar. Como muchas de las asignadas al tormentoso Atlántico, la fragata Pharris estaba provista de planchas que aumentaban la altura de la proa y contrarrestaban el agua vaporizada, colocadas en ocasión de los últimos trabajos de mantenimiento que le efectuaran. Eso reducía, pero no eliminaba enteramente, el problema conocido por todos los marinos desde que el hombre salió por primera vez al mar: el océano tratará por todos los medios de destruirte si tú le faltas al respeto que él exige. El ojo experimentado de Clarke captó cien detalles antes de que les diera la espalda.

—Parece que esta vez está capeando bien.

—Diablos, me conformaría con tener esto durante todo el camino de regreso —dijo Morris después de terminar su café—. Cuando haya pasado, sin embargo, tendremos que volver a juntar a muchos de los mercantes.

Clarke movió la cabeza, asintiendo. Mantener las posiciones no era precisamente fácil con un tiempo así.

—Hasta ahora, todo bien, señor. Todavía no se ha soltado nada grande.

—¿Cómo va «la cola»?

—No hay problema, señor. Tengo un hombre vigilando el sonar de arrastre. Tiene que aguantar bien, a menos que debamos aumentar mucho la velocidad.

Ambos sabían que no la aumentarían. Navegaban a diez nudos, y la fragata no podía hacerlo mucho más rápido en ese mar, cualquiera que fuese el motivo.

—Me voy a popa, señor.

—Muy bien. Arriba ese ánimo.

Morris miró hacia lo alto para comprobar que sus vigías estuvieran todavía alerta. Con muchas o pocas probabilidades, había peligro a su alrededor. De todas clases.

STORNOWAY, ESCOCIA.

—Andoya. Después de todo, no iban a Bodo —dijo Toland mientras analizaba detenidamente las fotografías de satélite de Noruega.

—¿Cuántos hombres le parece que habrán puesto en tierra?

—Por lo menos una brigada, comandante. Tal vez una división reducida. Aquí se ve un montón de vehículos oruga, y muchos «SAM» también. Ya están situando aviones de caza en el aeropuerto. Los próximos serán bombarderos..., quizá ya se encuentren allá en estos momentos. Estas tomas son de hace tres horas.

La fuerza naval rusa ya había puesto proa de regreso al Fiordo Kola. Ahora podrían reforzar por aire. Se preguntó qué habría pasado al regimiento noruego que debía haber estado en ese lugar.

—Sus bombarderos livianos «Blinder» pueden alcanzarnos desde allí. Y estos bastardos pueden entrar y salir a velocidades sónicas; será tremendamente difícil interceptarlos.

Los soviéticos habían lanzado ataques sistemáticos contra las estaciones de radar de la RAF distribuidas en la costa escocesa. Algunos de esos ataques los hicieron con misiles aire-superficie; otros, con misiles crucero lanzados desde submarinos. Hasta habían realizado un ataque con cazabombarderos apoyados por aviones de perturbación electrónica en gran número..., pero ese ataque les había resultado bastante costoso.

Los «Tornado» de la RAF pudieron derribar a la mitad de los atacantes, especialmente en el vuelo de regreso. Los bombarderos bimotores «Blinder» podían lanzar sus pesadas cargas de bombas después de aproximarse muy bajo y a gran velocidad. Ésa era quizá la causa por la que Iván había querido Andoya, pensó Toland. Estaba perfectamente situada para ellos. Fácil de apoyar desde sus propias bases instaladas más al Norte, y justo un poco lejos para que los cazabombarderos con base en Escocia pudieran atacarlos sin tener muchos aviones cisterna disponibles.

—Podemos llegar allá —dijo el norteamericano—, pero eso significa llevar la mitad de nuestros aviones de ataque cargados con tanques exteriores suplementarios.

—No lo creo probable. Es difícil que los liberen de la fuerza de reserva.

El comandante movió negativamente la cabeza.

—Entonces tenemos que empezar a realizar un patrullaje intenso sobre las Feroes, y eso evitará que molestemos demasiado a Islandia. —Toland miró a los que rodeaban la mesa— ¿No les encanta cuando un plan sale redondo? ¿Cómo hacemos para quitarles la iniciativa a esos hijos de puta? Estamos siguiendo su juego. Reaccionamos a sus acciones, y no hacemos lo que nosotros queremos hacer. Así es como se pierde, amigos. Iván ha mantenido en tierra a sus «Backfire» debido a ese frente de tormenta que está cruzando el Atlántico central. Mañana volverán a volar, después de un día entero de descanso, y saldrán a atacar a nuestros convoyes. Si no podemos golpear Andoya, llevar a cabo ninguna acción en Islandia, ¿qué diablos vamos a hacer? ¿Quedarnos aquí sentados y preocuparnos por defender Escocia?

—Si dejamos que Iván establezca superioridad aérea sobre nosotros...

—Si Iván puede destruir los convoyes, ¡nosotros perdemos esta maldita guerra! —sentenció Toland.

—Es verdad. Tiene mucha razón, Bob. El problema es, ¿cómo atacamos a los «Backfire»? Parece que están volando hacia el Sur, directamente sobre Islandia. Muy bien, conocemos la zona de tránsito, pero esa zona está protegida por «MiG», muchacho. Terminaríamos enviando cazas para que pelearan contra cazas.

—Entonces, vamos a intentar algo indirecto. Atacaremos a los cisternas que están usando.

Estaban presentes los pilotos de cazas y dos oficiales de operaciones de los escuadrones. Todos ellos habían escuchado en silencio los diálogos de los tipos de Inteligencia.

—¿Y cómo diablos vamos a encontrar a sus cisternas? —preguntó ahora uno de ellos.

—¿Usted cree que pueden reabastecer en vuelo treinta o más bombarderos sin ningún contacto de radio? —preguntó Toland—. Yo he escuchado por satélite operaciones con aviones tanque rusos, y sé que conversan entre ellos. Digamos que podemos poner un avión allá arriba que haga escucha, y descubra dónde están reabasteciendo. ¿Por qué no enviarles algunos «Tom» para que los intercepten en su ruta de regreso?

—¿Derribarlos después de que ellos hayan dado el combustible para el ataque...? —reflexionó uno de los pilotos de caza.

—No podré evitar el ataque de hoy, digamos, pero esos bastardos quedarán paralizados para el de mañana. Si tenemos éxito aunque sea una vez, Iván tendrá que cambiar sus planes de operaciones, tal vez enviando cazas junto con ellos. Aunque sólo fuera eso, por lo menos los tendríamos a ellos reaccionando ante nosotros, para variar.

—Y quizá nos alivie bastante la presión que tenemos —dijo el comandante— Muy bien, vamos a ocuparnos de ello.

ISLANDIA.

El mapa no insinuaba siquiera lo duro que sería aquello. El río Skula había cavado una serie de gargantas a través de los siglos. El río estaba alto, y las caídas originaban nubes de agua pulverizada que formaban un arco iris con el sol de la mañana. Edwards sintió fastidio. Hasta entonces siempre le habían gustado los arco iris, pero éste en particular significaba que las rocas que ellos tendrían que trepar estarían húmedas y resbaladizas, Calculó que sería un descenso de sesenta metros hasta un suelo de granito y cantos rodados. Luego le pareció mucho más.

—¿Alguna vez ha practicado la escalada de rocas, teniente? —preguntó Smith.

—No, nada como esto. ¿Y usted?

—Sí, excepto que practicamos mucho más el ascenso. Esto debe de ser bastante más fácil, No se preocupe demasiado por resbalar. Estas botas se adhieren bastante bien. Sólo ha de asegurarse de que apoya el pie en algo sólido, ¿de acuerdo? Tómelo con calma y despacito. Deje que García muestre el camino. Ya me está gustando este lugar, jefe. ¿Ve ese laguito debajo de la caída de agua? Hay peces, y no creo que nadie nos encuentre nunca dentro de ese agujero.

—Muy bien, usted vigile a la muchacha.

—Bueno. García, vaya al frente. Rodgers, cubra la retaguardia.

Smith se cruzó el fusil en la espalda mientras se acercaba a Vidgis.

—Señora, ¿cree que podrá bajar bien por aquí? —Le tendió la mano.

—He estado antes aquí.

Estuvo a punto de sonreír, hasta que recordó quién la había llevado allí, y cuántas veces. No cogió la mano de Smith.

—Eso es bueno, señorita Vidgis. A lo mejor usted puede enseñarnos un par de cosas. Tenga cuidado, ahora.

Podría haberles resultado bastante fácil de no haber sido por las pesadas mochilas. Cada uno de los hombres llevaba una carga de veinticinco kilos. El peso agregado y la fatiga afectaban el equilibrio, con el resultado de que, si alguien los observaba desde lejos, podría haber confundido a los infantes de Marina con un grupo de mujeres viejas que estaba cruzando una calle con hielo. Era un plano descendente de unos cincuenta grados, en algunas partes casi vertical, con algunos senderos marcados por desgaste en el suelo, tal vez por los ciervos salvajes que habitaban allí. Por primera vez el cansancio trabajaba en favor de ellos. De haber estado más frescos quizás habrían intentado moverse con mayor rapidez; pero en el estado en que se encontraban, cada hombre cerca de su límite, temían más a su propia debilidad que a las rocas. Tardaron más de una hora, pero llegaron abajo con nada más grave que algunos cortes en las manos y unas cuantas contusiones en otras partes del cuerpo.

García cruzó el río hasta la ribera oeste, donde la pared del cañón era más vertical, y acamparon en una especie de palco rocoso a unos tres metros sobre el nivel del agua. Edwards miró su reloj. Hacía más de dos días que se hallaba en movimiento continuado. Cincuenta y seis horas. Cada uno encontró para sí un lugar en medio de las sombras más densas.

Primero comieron. Edwards vació una lata de algo, sin preocuparse de saber qué era. Por sus eructos dedujo que había sido pescado. Smith dejó que los dos soldados durmieran primero, y ofreció a Vidgis su propio saco de dormir. La muchacha se durmió agradecida, casi tan rápidamente como los infantes. Edwards vigilaba, sorprendido de que aún le quedara algún vestigio de energía.

—Éste es un buen lugar, jefe —murmuró al fin el sargento, dejándose caer pesadamente junto a su oficial—. ¿Fuma?

—No fumo. Creí que se le habían acabado.

—Así era. Pero el padre de la chica fumaba, y conseguí unos cuantos paquetes.

Smith encendió un cigarrillo sin filtro con un encendedor «Zippo» que tenía grabados el globo y el ancla del cuerpo de Infantería de Marina. Aspiró profundamente.

—¡Cristo! ¿No es maravilloso esto?

—Supongo que podemos quedarnos aquí todo un día para descansar.

—A mí me parece muy bien. —Smith se echó hacia atrás—. Usted resiste bastante bien, teniente.

—Yo era corredor en la academia de la fuerza aérea, Diez mil metros, algunas maratones, cosas de ésas...

Smith le dirigió una mirada triste.

—¿Quiere decir que yo he estado tratando de ganarle en el terreno a un tipo que sabe correr?

—Le ha estado ganando a un maratonista en este maldito terreno.

Edwards se masajeaba los hombros. Se preguntó si el dolor que le habían producido las correas de su mochila se le pasaría alguna vez. Sentía las piernas como si alguien las hubiera golpeado con un bate de béisbol. Se apoyó hacia atrás y ordenó descansar a todos los músculos de su cuerpo. El suelo rocoso no ayudaba, pero no podía acumular energía siquiera para buscar un sitio mejor. Recordó algo.

—¿No tendría que haber alguien haciendo guardia?

—Pensé en eso —dijo Smith. También él se hallaba recostado hacia atrás, con el casco caído sobre los ojos— Creo que sólo por esta vez podemos olvidarlo. La única forma de que alguien nos descubra es que un helicóptero se mantenga volando justo sobre este lugar. El camino más próximo pasa a dieciséis kilómetros de aquí. Aprovechemos. ¿Qué le parece, señor?

Edwards no oyó la pregunta.

KIEV, UCRANIA.

—Iván Mikhailovich, ¿tiene preparadas sus maletas? —preguntó Alekseyev.

—Sí, camarada general.

—El comandante en jefe del Oeste ha desaparecido. Se hallaba en camino desde el Tercer Ejército de choque hacia su puesto de comando adelantado, y desapareció. Se cree que pueden haberlo matado en un ataque aéreo. Vamos a hacernos cargo nosotros.

—¿Así, sin más?

—No tanto —dijo enojado Alekseyev— ¡Tardaron treinta y seis horas en decidir que probablemente estaba muerto! El muy maniático acababa de relevar al comandante del Tercero de choque, después desapareció, y su segundo no podía decidir qué hacer. Un ataque que debían haber lanzado, nunca se hizo; y los malditos alemanes contraatacaron..., ¡mientras nuestros hombres seguían esperando órdenes! —Alekseyev meneó la cabeza como para despejarla y continuó un poco más tranquilo—: Bueno, ahora vamos a tener soldados a cargo de la campaña, en vez de un tratante de putas políticamente confiable.

Sergetov notó una vez más la vena puritana de su superior. Era uno de los pocos rasgos que coincidía exactamente con la política del Partido.

—¿Nuestra misión? —preguntó el capitán.

—Mientras el general se hace cargo del puesto de mando, usted y yo vamos a recorrer las divisiones adelantadas para asegurarnos de cuál es la situación en el frente. Lo siento, Iván Mikhailovich, me temo que éste no es el puesto seguro que le prometí a su padre.

—Hablo buen inglés, además del árabe —replicó el hombre más joven.

Alekseyev ya lo había comprobado antes de escribir las órdenes de transferencia. El capitán Sergetov había sido un buen oficial de campaña, pero luego lo persuadieron para que dejara el uniforme con la promesa de llevar una vida cómoda cumpliendo tareas en el Partido.

—¿Cuándo nos vamos?

—Salimos en vuelo dentro de dos horas.

—¿Con la luz del día? —se sorprendió el capitán.

—Parecería que el viaje por aire es más seguro de día. La OTAN pretende que domina el cielo de noche. Nuestra gente dice lo contrario, pero a nosotros nos llevan con luz diurna. Saque usted sus propias conclusiones, camarada capitán.

BASE DOVER DE LA FUERZA AÉREA, DELAWARE.

Un avión de transporte «C-5A» se hallaba estacionado frente a su hangar, en espera. Dentro de la cavernosa estructura, un grupo de cuarenta hombres (la mitad oficiales de uniforme naval y la otra mitad civiles vestidos con los monos de «General Dynamics») trabajaba en misiles «Tomahawk». Mientras unos retiraban las grandes ojivas antibuque y las remplazaban con una cosa diferente, la tarea de los otros era más difícil. Estaban sustituyendo los sistemas de guía de los misiles; los habituales dispositivos para la caza de buques se retiraban, colocando en su lugar sistemas apropiados para tierra. Los hombres sabían que se usaban para misiles con cabezas nucleares empleados contra blancos terrestres. Las cajas de guiado eran nuevas, recién salidas de fábrica. Había que comprobarlas y calibrarlas. una tarea delicada. Aunque los sistemas ya estaban certificados por el fabricante, la rutina de tiempo de paz ya no se cumplía, había sido suplantada por una urgencia que todos sentían pero que nadie sabía a qué obedecía. La misión era un secreto absoluto.

Delicados instrumentos electrónicos alimentaban con información preprogramada a los dispositivos de guiado, y otros monitores examinaban las órdenes generadas por los ordenadores de a bordo. Había sólo la cantidad suficiente de hombres como para controlar tres misiles por vez, y cada control requería poco más de una hora. Ocasionalmente, alguno de ellos levantaba la vista para observar al enorme transporte Galaxy, todavía en espera, cuya tripulación se paseaba entre uno y otro viaje a la oficina meteorológica. Cuando cada misil quedaba certificado, le hacían una marca con un lápiz graso junto a la letra «F» del código, sobre la cabeza de guerra, y el arma de forma de torpedo era cuidadosamente cargada dentro de su contenedor de lanzamiento. Casi un tercio de los sistemas de guiado fueron descartados y remplazados. Varios habían fallado completamente, pero los problemas con la mayoría eran sumamente pequeños, aunque lo bastante graves como para que se resolviera su cambio después de su reparación. Los técnicos e ingenieros de «General Dynamics» se extrañaban. ¿Qué clase de blanco requería tanta precisión?

En total, el trabajo llevó veintisiete horas, seis más de lo esperado. Aproximadamente la mitad de los hombres abordaron el avión, que despegó veinte minutos después con destino a Europa. Todos durmieron en los asientos echados hacia atrás, demasiado cansados para preocuparse por los peligros que podían esperarles en su destino, dondequiera que fuese.

SKULAFOSS, ISLANDIA.

Edwards ya se había sentado, antes de saber por qué. Smith y sus infantes de Marina fueron todavía más rápidos; ya estaban de pie, con sus armas en la mano y corriendo en busca de cubierta. Sus ojos recorrían el borde rocoso de su pequeño cañón mientras Vidgis continuaba gritando. Edwards dejó su fusil y se le acercó.

La reacción automática de los infantes de Marina había sido la de suponer que ella hubiese visto algún peligro allá arriba. Edwards, instintivamente, comprendió otra cosa. Los ojos de la muchacha miraban sin ver en dirección a las rocas desnudas que tenía a pocos metros, y sus manos apretaban con fuerza los bordes de su saco de dormir. Cuando él llegó hasta donde la joven se encontraba, había dejado de gritar. Esta vez Edwards no se detuvo a pensar. Pasó un brazo sobre sus hombros y le atrajo la cabeza contra la suya.

—Está a salvo, Vidgis, está a salvo.

—Mi familia —dijo ella, con el pecho agitado mientras recuperaba el aliento— Mataron a mi familia. Y después...

—Sí, pero usted está con vida.

—Los soldados, ellos...

La muchacha evidentemente se había aflojado las ropas para dormir más cómoda. Se apartó de Edwards y volvió a ceñírselas. Casi sin tocarla, el teniente la envolvió con el saco de dormir.

—No volverán a hacerte daño. Recuerda todo lo que ocurrió. No volverán a hacerte daño.

Vidgis lo miró a la cara. Él no supo cómo interpretar su expresión. El dolor y la pena eran evidentes, pero había algo más allí, y Edwards no conocía lo suficiente a la muchacha como para saber qué estaba pensando.

—El que mató a mi familia. Usted mata..., mató a él.

Edwards asintió.

—Todos han muerto. Ya no pueden hacerte daño.

—Sí.

Vidgis bajó la mirada hacia el suelo.

—¿Está bien? —preguntó Smith.

—Sí —contestó Edwards—. Tuvo una pesadilla.

—Ellos vuelven —dijo Vidgis— Ellos vuelven otra vez.

—Señora, ellos no van a volver nunca más para hacerle daño a usted. —Smith le cogió el brazo a través del saco de dormir— Nosotros la protegeremos. Nadie le hará daño mientras se halle con nosotros. ¿Comprende?

La muchacha asintió nerviosamente.

—Muy bien, señorita Vidgis. Ahora, ¿por qué no trata de dormir un poco? Nadie le hará nada mientras nosotros estemos por aquí. Si nos necesita, puede llamarnos.

Smith se alejó. Edwards empezó a levantarse, pero la mano de Vidgis salió de la bolsa de dormir y le asió el brazo.

—Por favor, no se vaya. Yo..., miedo, miedo estar sola.

—Muy bien. Me quedaré con usted. Acuéstese y duerma un poco.

Cinco minutos después ella cerró los ojos y comenzó a respirar regularmente. Edwards trataba de no mirarla. Si la muchacha despertaba de golpe y veía los ojos de él sobre ella..., ¿qué podía pensar? Y quizá tuviera razón, admitió Edwards para sí. De haberla encontrado dos semanas antes en el club de oficiales de Keflavik..., él era un hombre joven, sin compromisos, y ella evidentemente una mujer joven y libre. Su principal pensamiento después del segundo trago habría sido llevarla a su alojamiento. Un poco de música suave. Qué hermosa habría estado allá, quitándose con coquetería sus ropas de moda, bajo la tenue luz que se filtraba entre las cortinas. En cambio, la había conocido completamente desnuda, con cortes y contusiones en su piel expuesta. Tan extraño era todo ahora. Sin pensarlo, Edwards sabía que si otro hombre intentaba ponerle las manos encima, él lo mataría sin vacilar, y no podía llegar a pensar en cómo sería para él tomar a la muchacha..., su único pensamiento probable si la hubiera encontrado en la calle. «*¿Y si yo no hubiera resuelto entrar en su casa?* —se preguntaba— *Ahora ella estaría muerta, junto con sus padres.*» Probablemente, alguien los habría hallado pocos días después..., así como ellos habían descubierto a Sandy. Y ésa (Edwards lo sabía muy bien) era la razón por la cual había matado al teniente ruso y disfrutado con el lento viaje de ese hombre hasta el infierno. una lástima que nadie como él lo hubiera visto...

Smith le hacía señas con los brazos. Edwards se levantó silenciosamente y se acercó.

—He puesto a García de guardia. Creo que será mejor que volvamos a ser infantes de Marina. Si aquello hubiera sido una cosa real, ahora estaríamos todos convertidos en carne fría, teniente.

—Todavía estamos todos demasiado cansados para movernos.

—Sí, señor. ¿La señora está bien?

—Ha pasado por momentos muy duros. Cuando se despierte..., diablos, no sé. Tengo miedo de que pueda caer en una crisis entre nosotros.

—Tal vez. —Smith encendió otro cigarrillo— Es joven. Puede recuperarse si le damos la oportunidad.

—¿Darle algo para hacer?

—Lo mismo que nosotros, jefe. Usted es mejor para hacer que para pensar.

Edwards miró el reloj. En realidad había alcanzado a dormir seis horas antes de que ocurriera todo eso. Aunque tenía las piernas endurecidas, se sentía mejor de lo que hubiera pensado. Sabía que era una ilusión. Necesitaba por lo menos otras cuatro horas y un buen desayuno antes de sentirse listo para marchar.

—No nos iremos de aquí hasta las once, más o menos. Quiero que todo el mundo duerma un poco más y que podamos comer algo decente antes de salir.

—Es razonable, ¿cuándo va a llamar por radio?

—Tendría que haberlo hecho hace rato; es que no quiero tener que trepar esas malditas rocas.

—Teniente, yo no soy más que un pesado sin muchas luces, pero..., en vez de hacer eso, ¿por qué no camina corriente abajo unos ochocientos metros? Así podría dirigir su antena de satélite, ¿no?

Edwards se volvió para mirar hacia el Norte. Si caminaba más o menos esa distancia se reduciría el ángulo al satélite y también la altura a trepar... ¿Por qué no pensé en eso? Porque como todo buen graduado de la Academia de la Fuerza Aérea, tú piensas en términos de arriba-abajo, y no hacia los lados. El teniente movió la cabeza, enojado, notando la ligera sonrisa del sargento antes de levantar la radio y empezar a bajar por el rocoso suelo del cañón.

—Ha tardado mucho, Beagle —dijo Doghouse de inmediato— Repita su situación.

—Doghouse, las cosas están terribles. Tuvimos un encuentro con una patrulla rusa.

En dos minutos, Edwards explicó todo lo sucedido.

—Beagle, ¿ha perdido su maldito juicio? Usted tiene órdenes de evitar, repito, evitar todo contacto con el enemigo. ¿Cómo sabe ahora que alguien no se ha enterado de que ustedes se hallan ahí? ¡Cambio!

—Están todos muertos. Empujamos el vehículo a un precipicio y lo incendiamos. Hicimos parecer que había sido un accidente, igual que en la televisión. Ya pasó todo, Doghouse. No tiene sentido seguir preocupándonos por eso. Ahora estamos a diez kilómetros de donde ocurrió. Estoy haciendo descansar a mis hombres por el resto del día. Continuaremos nuestra marcha hacia el Norte esta noche. Esto puede llevar más tiempo de lo esperado por ustedes. El terreno está más accidentado que el diablo, pero haremos todo lo que podamos. No tengo nada más que informar. No podemos ver mucho desde donde estamos.

—Muy bien. Sus órdenes siguen sin cambios y, por favor, no quiera jugar de nuevo al caballero..., informe si ha comprendido.

—Comprendido. Cambio y corto.

Edwards sonrió para sí mientras guardaba la radio. Cuando regresó hasta donde se hallaban los otros, vio que Vidgis se estremecía en sueños. Se acostó a su lado, cuidando de dejar un buen espacio entre ambos.

ESCOCIA.

—¡Maldito cowboy.... John Wayne rescatando a los colonizadores de los malditos pieles rojas!

—Nosotros no estábamos allí —dijo el hombre con el parche en el ojo, tocándoselo brevemente— Es un error juzgar a un hombre desde mil quinientos kilómetros. Él estaba allí, él vio lo que pasaba. Lo que interesa ahora es, ¿qué nos dice esto sobre los soldados de Iván?

—Los soviéticos no tienen exactamente antecedentes ejemplares en cuanto a su trato con civiles —observó el primero de los hombres.

—Las tropas paracaidistas soviéticas son famosas por su férrea disciplina —replicó el segundo, que había sido mayor, miembro del «SAS» y, al quedar físicamente disminuido, tenía un alto cargo en el grupo de Ejecución de Operaciones Especiales, el SOE—. Conductas como éstas no son indicativas de tropas bien disciplinadas. Eso puede ser muy importante más adelante. Por el momento, como les dije antes, este muchacho está resultando muy efectivo, por cierto.

Lo dijo sin el menor signo de autosuficiencia.

26. IMPRESIONES.

STENDAL, REPUBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

El vuelo de ida fue bastante malo. Habían viajado a bordo de un bombardero ligero que marchaba veloz a muy baja altura, entrando en un aeropuerto militar al este de Berlín; no iban más de cuatro miembros del Estado Mayor en cada avión. Todos llegaron a salvo, pero Alekseyev se preguntaba cuánto había en ello de eficiencia y cuánto de suerte. Era claramente visible que los aviones de la OTAN habían visitado recientemente ese aeropuerto, y el general ya tenía sus dudas sobre lo que le habían dicho sus colegas de la Fuerza Aérea con respecto a su capacidad para controlar el cielo incluso durante las horas de luz. Desde Berlín, un helicóptero llevó a su grupo hasta el puesto adelantado de mando del comandante en jefe del Oeste, en las afueras de Stendal. Alekseyev fue el primer oficial superior que llegó al complejo del búnker subterráneo, y no le gustó lo que vio. Los oficiales de Estado Mayor que se encontraban presentes estaban demasiado preocupados por lo que hacían en esos momentos las fuerzas de la OTAN, y no lo suficientemente preocupados por lo que se suponía que el Ejército Rojo les debería estar haciendo a ellas. No habían perdido la iniciativa, pero su primera impresión fue que el peligro era real. Alekseyev localizó al oficial de operaciones del comando y empezó a reunir información sobre cómo estaba marchando la campaña. Su comandante llegó media hora más tarde e inmediatamente hizo pasar a Alekseyev a su oficina.

—Qué hay, Pasha?

—Tengo que ver el frente en seguida. Tenemos tres ataques en desarrollo. Necesito saber cómo están evolucionando. El contraataque alemán en Hamburgo fue rechazado, otra vez, pero ahora no tenemos las fuerzas para explotarlo. En este momento la zona septentrional se halla estacionaria. Hasta ahora nuestra máxima penetración alcanza a poco más de cien kilómetros. La planificación en tiempo se ha ido completamente al diablo; las pérdidas son mucho más altas de lo previsto..., en ambos bandos, pero peor en el nuestro. Hemos menospreciado el poder de las armas antitanques de la OTAN, y esto ha sido grave. A nuestra artillería le ha resultado imposible anularlas de manera suficiente como para que nuestras fuerzas puedan lograr una ruptura importante. El poder aéreo de la OTAN nos está castigando duramente, en especial de noche. Los refuerzos no llegan a las primeras líneas tan bien como lo esperábamos. Todavía tenemos la iniciativa en la mayoría de las zonas, pero a menos que logremos una ruptura, eso no puede durar muchos días más. Tenemos que encontrar un punto débil en las líneas de la OTAN y lanzar pronto un importante ataque coordinado.

—¿La situación de la OTAN?

Alekseyev se encogió de hombros.

—Sus fuerzas están totalmente en el campo. Vienen más refuerzos desde los Estados Unidos, pero por lo que nos han dicho nuestros prisioneros, no andan tan bien como ellos esperaban. Mi impresión es que su despliegue tiene muy poca profundidad en muchas zonas, aunque todavía no hemos podido identificar ningún sector débil de cierta consideración. Si podemos hacerlo y explotarlo, creo que lograremos romper el frente y lanzar una penetración con varias divisiones. No es posible que ellos sean fuertes en todas partes. las exigencias alemanas de defensa adelantadas obligan a las fuerzas de la OTAN a tratar de detenernos en todas partes. Nosotros cometimos el mismo error en 1941. Y nos costó muy caro. A ellos tiene que estar ocurriéndoles lo mismo.

—¿Cuándo quiere visitar el frente?

—Antes de una hora. Llevaré conmigo al capitán Sergetov...

—¿El hijo del hombre del Partido? Si le pasa algo, Pasha...

—Es un oficial del Ejército soviético, quienquiera que sea su padre. Lo necesito.

—Muy bien. Infórmeme continuamente dónde está. Que venga la gente de operaciones. Tenemos que tener el control de esta choza.

Alekseyev ordenó poner a su disposición un nuevo helicóptero de ataque «Mi-24» para

efectuar el reconocimiento. A mayor altura, una escuadrilla de ágiles cazas «MiG-21» escoltaban al general mientras el helicóptero volaba casi rasante sobre las copas de los árboles. Renunció al asiento, prefiriendo agacharse junto a las ventanillas para ver todo lo que pudiera. una vida entera de servicios militares no lo habían preparado para la destrucción que comprobó en los campos que pasaban bajo él. Parecía que en todos los caminos había un tanque o un camión quemado. Los principales cruces de carreteras habían merecido la particular atención del poder aéreo de la OTAN. Se veía un puente completamente destruido e, inmediatamente detrás, una compañía de tanques, que seguramente esperaba su reparación, había sido arrasada. Los restos quemados de aviones, vehículos y hombres transformaban el bonito y pintoresco paisaje alemán en un vertedero de chatarra de armas de alta tecnología. Cuando cruzaron la frontera y entraron en Alemania Occidental, las cosas empeoraron. Habían luchado por cada uno de los caminos, por cada una de las pequeñas villas. Contó once tanques destruidos en los alrededores de una de esas aldeas, y se preguntó cuántos otros habrían tenido que retirar del campo de batalla para enviarlos a reparar. El poblado estaba casi totalmente destruido por el fuego de artillería y los incendios resultantes. Vio un solo edificio que aún parecía habitado. Cinco kilómetros hacia el Oeste se repetía la misma historia, y Alekseyev comprendió que se había perdido un regimiento entero de tanques en un avance de diez kilómetros por un solo camino. Empezó a ver material de la OTAN: un helicóptero alemán de ataque, sólo identificable por el rotor de cola, que emergía de un círculo de cenizas; unos cuantos tanques y vehículos de infantería. En ambos bandos, los orgullosos transportes de tropa, fabricados con las mejores técnicas y los mayores gastos, estaban diseminados en el terreno como basura arrojada desde la ventanilla de un automóvil. El general sabía que los soviéticos podían disponer de repuestos, pero, ¿cuántos más?

El helicóptero aterrizó al borde de un bosque. Entre los árboles de la primera línea Alekseyev vio que había cañones antiaéreos que los siguieron hasta que tocaron el suelo. Él y Sergetov saltaron a tierra, pasando agachados debajo del rotor principal, que aún giraba, y corrieron hacia los árboles. Allí encontraron un grupo de vehículos de mando.

—Bien venido, camarada general —dijo un coronel del Ejército Rojo, que tenía pintada la cara.

—¿Dónde está el comandante de la división?

—Estoy yo al mando. El general murió anteayer por fuego de la artillería enemiga. Tenemos que cambiar la posición del puesto de mando dos veces al día. Están haciéndose cada vez más hábiles para localizarnos.

—¿Su situación? —preguntó secamente Alekseyev.

—Los hombres están agotados, pero todavía pueden pelear. No tenemos apoyo aéreo suficiente y los aviones de la OTAN no nos dejan descansar de noche. Tenemos aproximadamente la mitad de nuestro potencial de combate nominal, excepto en artillería. Allí ha descendido un tercio. Los norteamericanos han cambiado sus tácticas con nosotros. Ahora, en vez de atacar las formaciones de tanques de vanguardia, envían primero sus aviones contra nuestros cañones. Anoche sufrimos graves pérdidas. Justo cuando estábamos lanzando un ataque de regimiento, cuatro de sus cazabombarderos casi nos aniquilan un batallón de cañones móviles. El ataque fracasó.

—¿Qué pasa con la cobertura? —preguntó Alekseyev con energía.

—Pregúntele a la madre del diablo por qué no funciona —le replicó el coronel—. Evidentemente, sus aviones radar pueden seguir los movimientos de los vehículos en tierra... Hemos intentado perturbación electrónica, hemos intentado con señuelos. Unas veces da resultado, otras no. El puesto de mando divisional ha recibido dos ataques. Los comandantes de mis regimientos son mayores y los de mis batallones, capitanes. una táctica de la OTAN es buscar a los comandos de unidades, y los muy hijos de puta son buenos para eso. Cada vez que nos acercamos a un poblado, mis tanques tienen que luchar a través de un enjambre de misiles. Hemos intentado suprimirlos con cohetes y artillería, pero no hay tiempo para aplastar a todos los edificios que están a la vista..., no llegaríamos nunca a ninguna parte.

—¿Qué necesita?

—Apoyo aéreo, y mucho. Consígame el apoyo para romper todo lo que se me opone, y yo le

daré su maldita ruptura!
Diez kilómetros detrás del frente había una división de tanques que estaba esperando la ruptura del frente que debía realizar esa misma unidad... Pero, ¿cómo podía explotar una ruptura que nunca se hacía?
—¿Su situación de abastecimiento?
—Podría ser mejor, pero estamos recibiendo suficiente aquí en primera línea como para abastecer a lo que nos queda..., no sería suficiente para proveer a una división intacta.
—¿Qué está haciendo ahora?
—Dentro de una hora exactamente vamos a lanzar un ataque con dos regimientos. Otra población, llamada Bieben. Estimamos el potencial enemigo como de dos batallones de Infantería reducidos, apoyados por tanques y artillería. El pueblo domina un cruce de caminos que necesitamos. El mismo que tratamos de tomar anoche. Este ataque debería tener éxito. ¿Quiere observarlo?
—Sí.
—Entonces será mejor que lo llevemos adelante. Olvide el helicóptero a menos que quiera morir. Además —el coronel sonrió—, yo puedo emplearlo para apoyar el ataque. Le daré un semioruga de infantería para que lo lleve al frente. Será peligroso allá, camarada general —advirtió el coronel.
—Magnífico. Usted puede protegernos. ¿Cuándo salimos?

USS PHARRIS.

El mar calmo significaba que la fragata Pharris había vuelto a la navegación normal. La mitad de la tripulación estaba siempre en servicio mientras la nave mantenía su posición al norte del convoy. El sonar de arrastre corría detrás del buque, y el helicóptero se hallaba alistado sobre la cubierta de vuelo; sus tripulantes dormitaban en el hangar. Morris también dormía, roncando en su sillón de cuero del puente, ante la diversión de sus hombres. De manera que también los oficiales lo hacían. Los alojamientos de los tripulantes a menudo resonaban como una convención de venta de sierras a cadena.
—Señor, mensaje de CINCLANTFLT.
Morris levantó la vista para mirar al oficinista y firmó el recibo del formulario del mensaje. Un convoy que viajaba hacia el Este y se encontraba al norte de ellos a ciento cincuenta millas, estaba siendo atacado. Morris caminó hacia la mesa de la carta para comprobar distancias. Los submarinos que se hallaban allá no constituían amenaza alguna para él. Así de simple. Él tenía sus propias preocupaciones, y su mundo se había encogido para abarcarlos solamente a ellos. Faltaban aún otras cuarenta horas para Norfolk, donde se reabastecerían de combustible, recargarían la munición que habían consumido y zarparían de nuevo en menos de veinticuatro horas.
—¿Qué diablos es eso? —dijo en voz alta un marinero señalando una larga y baja estela de humo blanco que se extendía a pocos metros del agua.
—¡Es un misil! —respondió el oficial de guardia—. ¡Ocupar puestos de combate! Señor, eso era un misil crucero dirigido hacia el Sur, una milla al frente de nosotros.
Morris dio un salto para incorporarse en su sillón y parpadeó para aclararse los ojos.
—Haga señales al convoy. Den energía al radar. Disparen el chaff.
Corrió hacia la escala que lo conducía a la CIC. La alarma del buque ya estaba lanzando su estridente nota antes de que él llegara allí. A popa, dos cohetes chaff «Super-RBOC» cruzaron el aire y explotaron, rodeando a la fragata con una nube de hojuelas de aluminio.
—Cuento cinco misiles en esta dirección general —dijo un operador de radar—. Uno viene hacia nosotros. Marcación cero cero ocho, distancia siete millas, velocidad quinientos nudos.
—Puente, todo timón a la derecha, caiga a cero cero ocho —ordenó el oficial de acción táctica—. Atentos para disparar más chaff. Acción aérea de proa, fuego libre.
El cañón de trece centímetros giró ligeramente y soltó varios disparos, ninguno de los cuales se acercó siquiera al misil que se aproximaba.
—Distancia dos millas y acercándose —informó el radarista.
—Disparen otros cuatro «Super—RBOC».
Morris oyó el ruido del lanzamiento de los cohetes. El radar mostraba el chaff como una nube opaca que envolvía al buque.
—CIC —llamó un vigía—, lo veo. Viene hacia aquí a estribor por la proa.... pero va a cerrar, tengo un cambio de marcación. Allá..., allá va, pasó hacia atrás. Falló por unos doscientos metros.
El chaff había confundido al misil. Si su cerebro hubiera tenido la capacidad de pensar, se habría sorprendido por el hecho de que no había chocado contra nada. En cambio, al volver a salir al cielo limpio, el buscador del radar simplemente trató de encontrar otro blanco. Halló uno, quince millas al frente, y cambió el rumbo para dirigirse hacia él.
—Sonar —ordenó Morris—, controle en marcación cero cero ocho. Allá hay un submarino armado con misiles.
—Estoy mirando, señor. No se ve nada en esa marcación.
—Un misil de vuelo rasante sobre el mar a quinientos nudos. Ése es un submarino clase «Charlie», tal vez a unas treinta millas de aquí —dijo Morris—. Que vaya el helicóptero. Yo voy a subir.
El comandante llegó al puente justo a tiempo para ver la explosión en el horizonte. Aquello no era un carguero. La bola de fuego sólo podía significar un buque de guerra cuya santabárbara había estallado por obra de un misil, quizás el mismo que acababa de errar con

ellos. ¿Por qué ese otro buque no había podido detenerle? Siguieron tres explosiones más. El ruido viajó lentamente a través del mar, llegando a la Pharris como el sonido profundo de un enorme timbal. El helicóptero «Sea Sprite» de la fragata despegaba en ese momento, y se dirigió velozmente hacia el Norte con la esperanza de encontrar al submarino soviético cerca de la superficie. Morris ordenó que su buque redujera la velocidad a cinco nudos; una velocidad menor permitiría un mejor rendimiento de su sonar. Todavía nada. Volvió al CIC.

El helicóptero lanzó una docena de sonoboyas. Dos de ellas mostraron algo, aunque el contacto se desvaneció y ya no volvió a establecerse. Pronto apareció un «Orion» que reinició la búsqueda, pero el submarino había escapado limpiamente, después de que sus misiles hundieran un destructor y dos buques mercantes. *Así sin más* —pensó Morris— *Sin la menor advertencia.*

STORNOWAY, ESCOCIA.

—Ataque aéreo otra vez —dijo el comandante. —¿Realtime? —preguntó Toland, refiriéndose al agente de Inteligencia.

—No, otro agente que tenemos en Noruega. Estelas de condensación a gran altura, con rumbo Sudoeste. He contado veinte, más o menos. Tipo de avión desconocido. Tenemos un «Nimrod» que está patrullando ahora al norte de, Islandia. Si son «Backfire», y si se reúnen con un grupo de aviones cisterna, tal vez consigamos algo. Veremos si su idea da resultado, Bob.

Cuatro interceptores «Tomcat» estaban listos, estacionados en la línea de prueba. Dos de ellos se hallaban armados con misiles. El otro par llevaba depósitos suplementarios exteriores, diseñados para transferir combustible en vuelo a otros aviones. La distancia calculada para realizar con éxito una intercepción significaba un vuelo redondo de tres mil doscientos kilómetros, por lo que solamente dos aviones podían alcanzarla, y haciendo un esfuerzo hasta el límite máximo.

El «Nimrod» volaba en círculos, unos trescientos kilómetros al este de la tierra de Jan Mayen. La isla noruega había sido objeto de varios ataques que lograron destruir su radar, aunque hasta ese momento los rusos no habían lanzado una ofensiva terrestre como se esperaba. El avión británico de patrullaje estaba erizado de antenas, pero no llevaba armamento propio. Si los rusos enviaban aviones de combate como escoltas de la fuerza de bombarderos y cisternas, el patrullero no podría hacer otra cosa que huir. Un grupo de tripulantes escuchaba en las bandas que usaban los rusos para comunicarse de avión a avión; otro, en las frecuencias de radar.

Fue una espera larga y nerviosa. Dos horas después de la alarma de ataque, se oyó una transmisión mutilada. La interpretaron como una advertencia a un piloto de «Backfire» que estaba aproximándose a un avión cisterna. Localizaron la marcación, y el «Nimrod» viró hacia el Este, esperando poder obtener otra marcación cruzada en la próxima transmisión semejante. Pero no detectó ninguna. Sin una posición en firme, los cazas tenían muy pocas posibilidades de interceptar. Los mantuvieron en tierra. Decidieron que la próxima vez habría un par de patrulleros allá arriba.

USS CHICAGO

La llamada de radio llegó justo después del almuerzo. McCafferty llevó su submarino a profundidad de antena y recibió órdenes de dirigirse a Faslane, la base de submarinos de la Marina Real Británica, en Escocia. Desde que perdieron comunicación con la fuerza soviética de superficie, no habían detectado ni un solo contacto positivo. Era una locura. Todas las informaciones de preguerra recibidas por McCafferty le habían dicho que debía esperar un «ambiente rico en blancos». Hasta ese momento solamente era rico en frustraciones. El oficial ejecutivo ordenó sumergirse de nuevo a una profundidad de crucero mientras McCafferty empezaba a redactar su informe de patrullaje.

BIEBEN, REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA

—Usted está bastante expuesto aquí —observó el capitán, agachándose detrás de la torreta.
—Eso es muy cierto —aceptó el sargento Mackall.

Su tanque «Abrams M-1» estaba enterrado en la falda de una colina y su caflón sobresalía apenas de la tierra, detrás de una fila de arbustos. Mackall miró hacia abajo, a lo largo de un valle no muy profundo, hasta una fila de árboles a mil quinientos metros. Allí estaban los rusos, observando los cerros con poderosos anteojos de campaña, y él esperaba que no pudieran distinguir la rechoncha y amenazadora figura del gran tanque de batalla. Mackall se hallaba en una de las tres posiciones de fuego preparadas, un agujero en la pendiente del terreno, cavado por las topadoras de los ingenieros, ayudados en los últimos días por los granjeros locales alemanes, que se habían dedicado al trabajo con entusiasmo. La parte mala de las noticias era que la próxima línea de esas posiciones requería atravesar quinientos metros de campo abierto. Hacía apenas seis semanas que habían planeado algo allí. El sargento adivinaba que esa cosecha no seria muy abundante.

—A Iván debe de encantarle este tiempo —observó Mackall.

El cielo estaba completamente cubierto, con nubes a cuatrocientos metros de altura. Cualquier apoyo aéreo que esperara tendría apenas cinco segundos para adquirir sus blancos y atacarlos, antes de verse obligado a apartarse violentamente del campo de batalla.
—¿Qué puede darnos, señor?
—Puedo llamar a cuatro «A-10», tal vez algunos pájaros alemanes —contestó el capitán de la Fuerza Aérea. Él exploraba a su vez el terreno desde una perspectiva distinta. ¿Cuál era la mejor forma de que entraran y salieran los aviones de ataque contra blancos terrestres? El primer ataque ruso contra esa posición había sido rechazado, pero él podía ver todavía los restos de dos aviones de la OTAN que habían caído en el esfuerzo—. Tendríamos que tener también tres helicópteros.

Eso sorprendió a Mackall.... y le preocupó. ¿Qué clase ,de ataque estaban preparando allí?

—Muy bien. —El capitán se puso de pie y se volvió en dirección a su vehículo blindado de comando—. Cuando usted escuche «Zulu, Zulu, Zulu», significa que el apoyo aéreo está a menos de cinco minutos. Si ve algunos vehículos «SAM» o cañones antiaéreos, por amor de Dios, elimínelos. A los «Warthog» les han dado realmente fuerte, sargento.

—Cuento con eso, capitán. Y ahora será mejor que me mande mudar rápido, porque pronto vamos a tener fuegos artificiales.

Una cosa que Mackall había aprendido era cuánta importancia tenía un buen oficial adelantado de control aéreo, y éste había sacado al sargento y sus hombres de una situación verdaderamente grave, tres días antes. Observó al oficial que corría cincuenta metros hasta el vehículo que lo esperaba con el motor en marcha. La puerta trasera todavía no estaba cerrada cuando el conductor arrancó bruscamente y empezó a zigzaguear bajando la cuesta y cruzando el campo sembrado en dirección al puesto de mando.

La compañía B, del primer escuadrón del regimiento 11 de caballería blindada, había contado en cierto momento con once tanques. De los originales se habían perdido cinco y los remplazados sólo fueron dos. Del resto, todos tenían algún daño, mayor o menor. Su jefe de pelotón había muerto en el segundo día de la guerra, dejando a Mackall al mando del pelotón de tres tanques, que cubrían casi un kilómetro de frente. Metida entre sus tanques había una compañía de infantería alemana (hombres de la Landwehr, equivalente local de la Guardia Nacional), granjeros y propietarios de tiendas en su mayoría, hombres que peleaban para defender no sólo su país, sino sus propios hogares. También ellos habían sufrido graves pérdidas. La «compañía» no tenía más efectivos que dos pelotones. Seguramente los rusos

saben qué poca profundidad tiene nuestro despliegue, pensó Mackall. Todo el mundo estaba enterrado.... a bastante profundidad. El poder de la artillería rusa había provocado conmoción, a pesar de todas las advertencias de preguerra que habían tenido.

—Los norteamericanos estarán encantados con esto. —El coronel hizo un gesto señalando las nubes bajas—.Sus malditos aviones llegan como balas, demasiado bajo para nuestros radares, y de esa manera prácticamente no tenemos forma de verlos antes de que abran fuego.

—¿Le han producido mucho daño?

—Compruébelo usted mismo. —El coronel hizo un ademán, señalando al campo de batalla, donde se veían los restos quemados de quince tanques—. Ese cazabombardero norteamericano que entró en vuelo bajo fue el que hizo esto.... el «Thunderbolt». Nuestros hombres le llaman la Cruz del Diablo.

—Pero ustedes derribaron dos aviones ayer —objetó Sergetov.

—Sí, y de cuatro cañones autopropulsados, sólo uno sobrevivió al esfuerzo. El mismo cañón derribó a los dos; fue el sargento primero Lupenko. Voy a recomendarle para una condecoración. Será póstuma.... el segundo avión se estrelló justo sobre su vehículo. Mi mejor artillero —dijo amargamente el coronel.

A dos kilómetros de allí, los restos de un «Alphajet» alemán parecían un adorno carbonizado sobre lo que había quedado de un cañón autopropulsado «ZSU—30». No cabían dudas de que había sido algo deliberado, pensó el coronel; ese alemán había querido matar unos cuantos soviéticos más antes de morir. Un sargento tendió a su coronel los auriculares de un equipo de radio. El oficial escuchó durante medio minuto antes de emitir unas pocas palabras que subrayó con un rápido movimiento de cabeza afirmativo.

—Cinco minutos, camaradas. Todos mis hombres están en posición. ¿Quieren seguirme, por favor?

El puesto de mando había sido apresuradamente construido con tierra y leños, con una cubierta de un metro de espesor. Había veinte hombres amontonados dentro de él, hombres de Comunicaciones para los dos regimientos en el ataque. El tercer regimiento de la división esperaba para explotar la ruptura y preparar el camino a fin de que la división blindada de reserva penetrara hasta la retaguardia del enemigo. Eso en caso de que, se recordó Alekseyev, todo marchara de acuerdo a lo planificado.

No se veían tropas ni vehículos enemigos, desde luego. Estarían en los bosques en lo alto de la colina, a menos de dos kilómetros, profundamente enterrados. Vio que el comandante de la división hacía un movimiento de cabeza al jefe de su artillería, el cual levantó un teléfono de campaña y pronunció tres palabras:

—Comiencen el fuego.

Pasaron varios segundos hasta que el ruido les llegó. Todos los cañones de la división, más una batería adicional de la división de tanques, hablaron como una sola y espantosa voz, y el trueno resonó a través de los campos. Las granadas describían arcos en la altura; al principio cayeron cortas con respecto a la línea de la cumbre que se levantaba al frente, después se fueron acercando. Lo que antes había sido una suave colina cubierta con exuberantes pastizales, se convirtió en una escabrosa superficie parda de tierra desnuda y humo.

—Creo que van en serio, sargento —dijo el auxiliar de carga, bajando y ajustando su escotilla.

Mackall se acomodó el casco y el micrófono mientras miraba hacia fuera por las pequeñas aberturas de observación. las gruesas planchas blindadas impedían casi completamente la entrada de ruidos, pero cuando el terreno se estremeció debajo de ellos, el temblor se transmitió a través de las orugas y la suspensión y sacudió al tanque; cada uno de los tripulantes pensó para sus adentros en la fuerza que se necesitaba para mover un vehículo de

sesenta toneladas. Así era como había muerto el teniente.... uno entre mil disparos de un cañón pesado había colocado una granada exactamente en su torreta y se había abierto camino a través del blindaje superior más débil, para explotar dentro del tanque.

A derecha e izquierda del tanque de Mackall, los alemanes de la guardia territorial, casi todos de mediana edad, se encogían aterrorizados en sus estrechos y profundos agujeros; sus emociones oscilaban entre el miedo y la furia ante lo que les estaba ocurriendo a ellos, a su país... y a sus hogares.

—Buen plan de fuego, camarada coronel —dijo Alekseyev con calma. Un ruido agudo y penetrante pasó sobre sus cabezas— Ahí está su apoyo aéreo.

Cuatro cazabombarderos rusos describieron un viraje para entrar en vuelo paralelo a la cumbre de la colina y dejaron caer sus cargas de napalm. Cuando viraban para regresar a las líneas rusas, uno de ellos explotó en pleno vuelo.

—¿Qué fue eso?

—Probablemente un «Roland» —contestó el coronel—.La versión occidental de nuestro cohete «SA—8». Ahora vamos nosotros. Un minuto.

Cinco kilómetros detrás del puesto de mando, dos baterías de lanzacohetes móviles dispararon simultáneamente sus armas en una lámina continuada de fuego. La mitad llevaban cabezas de guerra de alto explosivo, la otra mitad, humo.

Treinta cohetes cayeron en el sector de Mackall y treinta en el valle frente a él. El impacto de los explosivos sacudió violentamente su tanque, y pudo oír los golpes metálicos de los fragmentos que chocaban contra su blindaje. Pero fue el humo lo que más le atemorizó. Eso significaba que Iván se aprestaba a avanzar. Desde treinta puntos separados se levantaron oleadas de humo formando al instante una nube que envolvió todo el terreno hasta donde llegaba la vista. Mackall y su artillero activaron sus visores de imágenes térmicas.

—Búfalo, aquí Seis —llamó el comandante de compañía por el circuito de mando— Responda.
Mackall escuchó atentamente. Los once vehículos estaban intactos, protegidos por sus profundas fosas. Otra vez bendijo a los ingenieros, y a los granjeros alemanes, que habían cavado los refugios. No se transmitieron más órdenes. No se necesitaban.

—Enemigo a la vista —informó el artillero.

El visor térmico medía las diferencias de temperatura y pudo penetrar casi toda esa extensión de un kilómetro y medio cubierta por el humo. Y el viento estaba del lado de ellos. una brisa de dieciséis kilómetros por hora impulsaba a la nube hacia atrás, haciéndola plegarse sobre el Este. El sargento primero Terry Mackall suspiró profundamente y empezó a trabajar.

—Tanque blanco, a las diez. ¡Sabot![50] ¡Fuego!

El artillero orientó su arma a la izquierda y centró la retícula de la mira en el tanque de batalla soviético más cercano. Con los pulgares apretó el botón del láser y un delgado rayo de luz rebotó en el tanque. La información de'distancia apareció en su mira: 1.310 metros. El ordenador de control de fuego registraba la distancia al blanco y su velocidad, y elevaba el cañón. Medía también la dirección y velocidad del viento, la densidad y la humedad del aire, su temperatura y la de las propias granadas del tanque; y todo lo que tenía que hacer el

[50] Sabot = Salero. Se refiere a una munición perforante en forma de flecha, que es sostenida dentro del cañón del tanque por un soporte de plástico en forma de salero. Cuando es disparada, el sabot se desprende y la munición llega al blanco enemigo, al que perfora. La flecha está construída en metales pesados, tal como uranio reducido o carburo de tungsteno.

artillero era poner el blanco en el centro de su mira. Toda la operación requirió menos de dos segundos, y los dedos del artillero presionaron a fondo en los disparadores.

Una lengua de fuego de doce metros desde la boca del cañón aniquiló los arbustos plantados dos años antes por algunos boy scouts alemanes. El cañón de ciento cinco milímetros del tanque se movió bruscamente hacia atrás en retroceso, arrojando la vaina usada de aluminio. La granada se abrió en el aire, el sabot cayó libre del proyectil: una especie de dardo de cuarenta milímetros hecho de tungsteno y uranio que cruzaba el aire a casi mil seiscientos por segundo.

El proyectil dio en el blanco menos de un segundo después, en la base de la torreta del cañón. En el interior, un artillero ruso estaba levantando una granada para su propio cañón cuando el núcleo de uranio atravesó el blindaje protector. El tanque ruso explotó; su torreta se levantó casi diez metros en el aire.

—¡Batido! —dijo Mackall—. Tanque blanco, a las doce. ¡Sabot! ¡Fuego!

Los tanques ruso y norteamericano dispararon casi al mismo tiempo, pero la granada del ruso subió demasiado, errando al encubierto «M-1» por casi un metro. El ruso tuvo menos suerte.

—Es hora de irse —anunció Mackall—. ¡Derecho atrás! En dirección a la posición de alternativa.

El conductor ya tenía acoplada la marcha atrás, y presionó en el control del acelerador. El tanque dio un tirón hacia atrás, luego giró hacia la derecha y avanzó cincuenta metros hasta la otra posición previamente preparada.

—¡Maldito humo! —juró Sergetov. El viento lo traía de vuelta contra sus caras, y no podían saber qué estaba ocurriendo. La batalla se hallaba ahora en manos de capitanes, tenientes y sargentos. Todo lo que podían ver eran las bolas de fuego de color naranja producidas por los vehículos que explotaban, y no había forma de saber de quién eran. El coronel que mandaba las fuerzas tenía puestos los auriculares de su radio y no dejaba de ladrar órdenes a los comandantes de las subunidades.

En menos de un minuto, Mackall llegó a su posición de alternativa que había sido cavada en sentido paralelo a la línea de la cresta, y su maciza torreta debió orientarse hacia la izquierda. Ahora podía ver a la infantería, desmontada y corriendo delante de sus carros de asalto. La artillería aliada, tanto alemana como norteamericana, comenzó a desintegrar sus filas, pero no lo bastante rápido...

—Blanco.... tanque con antena, que acaba de salir de la fila de árboles.

—¡Lo tengo! —contestó el artillero.

Vio un tanque principal de batalla, ruso, «T-80», con una gran antena de radio que se proyectaba desde la torreta. Ése tenía que ser un comandante de compañía..., tal vez un comandante de batallón. Hizo fuego.

El tanque ruso giró exactamente en el momento en que la granada salía de la boca del cañón. Mackall observó la trayectoria que erraba por muy poco al compartimiento del motor.

—¡Quiero un buen disparo! —gritó el artillero por el intercomunicador.

—¡Listo!

—Vuelve a virar, madre...

El tanque ruso, conducido por un experimentado sargento, avanzaba zigzagueando a través del valle. Cambiaba de dirección cada cinco segundos, y en ese instante se desvió otra vez hacia la izquierda...

El artillero disparó su granada. El tanque dio un salto por el retroceso y la vaina golpeó con un elang en la parte posterior de la torreta. El casco cerrado del vehículo ya apestaba con el olor a amoníaco del propulsor.

—¡Batido! ¡Buen tiro, Woody!

El proyectil hizo impacto en el tanque ruso entre las dos ruedas traseras y destruyó su motor diesel. En seguida los tripulantes empezaron a lanzarse al exterior, «escapando» hacia un terreno que hervía de fragmentos de granadas.

Mackall ordenó a su conductor que se moviera otra vez. Cuando llegaron a la siguiente posición de fuego, los rusos estaban a menos de quinientos metros. Efectuaron dos disparos más, que destrozaron un carro de combate de infantería y dañaron la oruga de un tanque.

—Búfalo, aquí Seis; empezar a trasladarse a «Línea Bravo».... ejecuten.

Como jefe de pelotón, Mackall fue el último en salir. Vio a sus dos tanques compañeros mientras rodaban descendiendo la ladera abierta de la colina. También cambiaba de posición la infantería, en sus vehículos blindados o a la carrera. La artillería propia cubría la cresta con munición explosiva o de humo para enmascarar la retirada. Su tanque dio un salto hacia delante obedeciendo a los mandos; aceleró a cincuenta kilómetros por hora y avanzó hasta la siguiente línea de defensa antes de que los rusos pudieran ocupar la cresta de la colina que ellos habían dejado atrás. El fuego de la artillería estaba sobre ellos, y dos transportes de personal alemanes explotaron.

—Zulu, Zulu, Zulu!

—¡Deme un vehículo! —ordenó Alekseyev.

—No puedo permitirlo. No puedo dejar que un general...

—¡Deme un maldito vehículo! Tengo que observar esto —repitió Alekseyev.

Un minuto después, Sergetov y él se unían al coronel en un vehículo blindado de comando «BMP», que corría hacia las posiciones que las tropas de la OTAN acababan de abandonar.

Encontraron un hoyo donde se habían refugiado dos hombres.... hasta que un cohete cayó a un metro.

—¡Dios! ¡Hemos perdido veinte tanques aquí! —dijo Sergetov, mirando hacia atrás.

—¡Abajo!

El coronel empujó a ambos hombres al interior del hoyo ensangrentado. Una tormenta de granadas de la OTAN cayó sobre la cresta de la colina.

—¡Allá hay un cañón «Gatling»! —dijo el artillero.

Un cañón antiaéreo motorizado ruso apareció en lo alto de la colina. Un momento después, un proyectil «HEAT» lo hizo explotar como si hubiera sido un juguete de material plástico. Su blanco siguiente fue un tanque ruso que descendía por la ladera que ellos habían abandonado.

—¡Arriba ese ánimo, vienen aviones propios!— Mackall se encogió, esperando que el piloto pudiera distinguir cabras de ovejas..

Alekseyev observó cómo el bimotor cazabombardero picaba para entrar en el valle. El morro del avión desapareció detrás de una masa de fuego cuando el piloto disparó su cañón antitanque. Cuatro tanques explotaron ante sus ojos mientras el «Thunderbolt» parecía detenerse en el aire para virar luego bruscamente hacia el Oeste, con un misil que lo perseguía. El «SA-7» quedó corto.

—¿La Cruz del Diablo? —preguntó.

El coronel respondió asintiendo, y Alekseyev comprendió de dónde venía el nombre. Desde cierto punto de vista, el caza norteamericano parecía realmente un estilizado crucifijo ortodoxo ruso.

—Acabo de llamar al regimiento de reserva. Es posible que ya los tengamos vencidos —dijo el coronel.

¿Esto —pensó incrédulo Sergetov— *es un ataque con éxito?*

Mackall vio caer un par de misiles antitanque dentro de las líneas rusas. Uno erró, el otro dio en el blanco. Llegó más humo desde ambos lados cuando las tropas de la OTAN se retiraron otros quinientos metros. La población que estaban defendiendo ya se hallaba a la vista. El sargento contó mentalmente un total de cinco blancos destruidos por su tanque. Aún no había sufrido daño alguno, pero eso no duraría. La artillería propia participaba plenamente en la lucha. La infantería rusa se había reducido a la mitad de los efectivos que él había visto al principio, y sus vehículos oruga se quedaban atrás, tratando de llegar a las posiciones de la OTAN con sus propios misiles. Cuando apareció el tercer regimiento, las cosas parecían estar marchando razonablemente bien.

Cincuenta tanques llegaron a la cumbre de la colina, frente a él. Un «A-10» hizo una veloz pasada baja hacia el enemigo y destruyó dos tanques; luego fue bruscamente borrado del cielo por un «SAM». Los restos incendiados cayeron a trescientos metros de donde él se encontraba.

—Tanque blanco, a la una. ¡Fuego! —El «Abrams» se balanceó hacia atrás al efectuar el disparo— Batido. —Atención, atención —llamó el comandante de compañía—. Helicópteros enemigos se acercan desde el Norte. Diez «Mi-24 Hind» llegaron tarde; pero, en una especie de justificación, batieron un par de tanques en menos de un minuto. Entonces aparecieron unos jets «Phantom» alemanes, y atacaron a los helicópteros con misiles aire-aire y cañones, en una confusa refriega que de pronto incluyó también misiles superficie-aire. El cielo quedó cruzado por estelas de humo y de pronto no hubo nlás aviones a la vista.

—¡Esto se ha atascado! —dijo Alekseyev.

Acababa de aprender una importante lección: los helicópteros de ataque no pueden esperar sobrevivir frente a aviones de caza enemigos. Justo cuando él pensaba que los «Mi-24» iban a establecer una diferencia decisiva, se habían visto forzados a retirarse ante la aparición de los cazas alemanes. El apoyo de la artillería estaba cediendo. Los artilleros de la OTAN contraatacaban a los cañones soviéticos con eficacia, ayudados por los aviones cazabombarderos. Tendría que conseguir más apoyo aéreo de primera línea.

—¡Diablos, que se ha atascado! —replicó el coronel, y transmitió por radio nuevas órdenes a los batallones que ocupaban su flanco izquierdo.

—Parece un vehículo comando, a las diez, sobre la cresta de la colina.

—Es un tiro largo, yo...

¡Uuaaang! Un proyectil chocó en el frente de la torreta y se desvió.

—Tanque, a las tres, se acerca...

El artillero intentó operar con los controles y no pasó nada. Inmediatamente buscó la barra manual. Mackall atacó al blanco con su ametralladora; las balas rebotaban en el «T-80», que seguía avanzando no se sabía de dónde. El artillero continuaba tirando frenéticamente de la palanca cuando otro proyectil hizo impacto en su blindaje. El conductor le ayudó, haciendo girar el vehículo y rezando para que pudieran devolver el fuego.

El ordenador no funcionaba, dañado por la conmoción del primer impacto. El «T-80» estaba a menos de mil metros cuando el artillero pudo apuntarle. Disparó un proyectil

«HEAT», y erró. El auxiliar de carga metió con fuerza otro en la recámara. El artillero trabajó con sus controles y disparó de nuevo. Impacto.

—Hay más detrás de ése —advirtió el artillero. —Búfalo Seis, aquí tres uno, vienen «bandidos» desde nuestro flanco. Necesitamos refuerzos aquí. —Llamó por radio Mackall; luego, se dirigió al conductor—: ¡Atrás por la izquierda, rápido!

El conductor no necesitaba estímulo. Se agachó, mirando hacia fuera por los pequeños prismas visores, y echó bruscamente hacia atrás la palanca del acelerador, haciéndole recorrer toda su carrera. El tanque retrocedió y giró por la izquierda mientras el artillero intentaba apuntar a otro blanco..., pero la estabilización automática tampoco funcionaba. Tenían que permanecer inmóviles para disparar con exactitud, y quedarse quietos significaba la muerte.

Entró volando muy bajo otro «Thunderbolt», y lanzó bombas racimo sobre la formación rusa. Otros dos tanques soviéticos quedaron detenidos, pero el cazabombardero se alejó echando humo. El fuego de la artillería se unía ahora para frenar la maniobra soviética.

—¡Por amor de Dios, deténgase un momento para que pueda tirar contra alguno de esos hijos de puta! —gritó el artillero.

El tanque se detuvo de inmediato. Disparó, e hizo blanco en la oruga de un «T—72».

—¡Recarguen! Un segundo tanque se unió al de Mackall, cien metros a su izquierda. Estaba intacto, y disparó rápidamente tres veces, obteniendo dos impactos. Entonces reapareció un helicóptero soviético y lanzó un misil que causó la explosión del tanque del comandante de compañía. Otro misil, un «Stinger» disparado desde el hombro, derribó al helicóptero mientras la infantería alemana volvía a desplegarse. Mackall vio pasar por la derecha y la izquierda de su torreta un par de misiles «HOT» antitanque, en busca de la avanzada soviética. Ambos abatieron sus blancos.

—Tanque con antena, directo al frente. —Lo tengo a la vista. ¡Sabot!

El artillero hizo girar la torreta de nuevo a la derecha. Elevó el cañón para usar la mira de combate y disparó.

—¡Capitán Alexandrov! —gritó por el micrófono el comandante de la división.

La transmisión del comandante del batallón se había interrumpido de repente. El coronel estaba usando demasiado su radio. A dieciséis kilómetros de allí, una batería alemana de cañones móviles de ciento cincuenta y cinco milímetros determinó la posición por las comunicaciones radiales y efectuó veinte rápidos disparos.

Alekseyev oyó llegar las granadas y saltó al interior de una cueva cavada por los alemanes, arrastrando consigo a Sergetov. Cinco segundos después, la zona quedó totalmente cubierta de ruido y humo.

El general asomó la cabeza y vio al coronel aún de pie, dando órdenes por radio. Detrás de él, el vehículo comando se incendiaba, y con él las radios. Cinco hombres habían muerto y otra media docena gritaba de dolor por las heridas recibidas. Alekseyev observó fastidiado un hilo de sangre en el dorso de su mano.

Mackall destruyó un tanque más, pero fueron los alemanes los que detuvieron el ataque, usando para ello sus últimos misiles «HOT». El comandante ruso que quedaba perdió el valor cuando vio la destrucción de la mitad de los tanques del batallón. Los supervivientes conectaron sus generadores de humo para cubrirse, y se retiraron rodeando la colina hacia el Sur. La artillería continuaba acosándolos. Por el momento, la batalla terrestre había terminado.

—Mackall, ¿qué está sucediendo? —preguntó el oficial ejecutivo de la compañía.

—¿Dónde está el Seis?

—Hacia su izquierda.

Mackall miró y vio que el tanque del comandante de la compañía estaba ardiendo. De manera que era ése...

—Solamente nosotros, señor. ¿Qué queda?

—Cuento cuatro.

Dios mío, pensó el sargento.

—Si me dan un regimiento de la división de tanques, puedo hacerlo. ¡No les queda nada! —insistió el coronel, que tenía sangre en la cara, por una herida superficial.,

—Voy a hacerlo. ¿Cuánto tiempo necesita para continuar el ataque? —preguntó Alekseyev.

—Dos horas. Me hacen falta para reagrupar mis fuerzas.

—Muy bien. Tengo que volver al comando. La oposición enemiga fue más dura de lo que usted esperaba, camarada coronel. Por otra parte, sus fuerzas actuaron muy bien. Ordene a su sección de Inteligencia que trabaje más. ¡Reúna a sus prisioneros e interróguelos con todo rigor! Alekseyev se marchó seguido de Sergetov.

—¿Peor de lo que yo esperaba? —preguntó el capitán, cuando ya se encontraban en el interior del vehículo. —Deben haber tenido casi un regimiento para hacernosfrente.

Alekseyev se encogió de hombros— No podemos cometer esa clase de errores con frecuencia y esperar tener éxito. Avanzamos cuatro kilómetros en dos horas, pero el costo fue tremendo. ¡Y esos hijos de puta de la fuerza aérea! ¡Tengo mucho que decirles a los generales de nuestra aviación frontal cuando los vea!

—Después de eso, usted es el nuevo oficial ejecutivo de la compañía —dijo el teniente; habían sobrevivido cinco tanques, uno de los cuales tenía ambas radios destrozadas— Usted cumplió muy bien, realmente muy bien.

—¿Cómo les fue a los alemanes? —preguntó Mackall a su nuevo jefe.

—Pérdidas por un cincuenta por ciento, e Iván nos hizo retroceder cuatro kilómetros. No podemos sobrevivir a muchas acciones como ésta. Puede ser que nos lleguen refuerzos dentro de una hora. Creo que convencí al regimiento de que Iván realmente quiere conquistar este lugar. Vamos a recibir ayuda. Y lo mismo los alemanes. Prometieron otro batallón para el anochecer, y quizás uno más cuando amanezca. Lleve su tanque para cargar combustible y munición. Nuestros amigos pueden volver pronto.

—Han realizado un ataque menor y dos bastante grandes para tomar esta población. Y todavía no la tienen, señor.

—Otra cosa. Hablé de usted con el jefe del regimiento. El coronel dice que a partir de ahora usted ha pasado a ser oficial.

El tanque de Mackall tardó diez minutos en llegar al lugar de reabastecimientos. La carga de combustible duró diez minutos más, mientras los exhaustos tripulantes se proveían de una nueva colección de granadas. El sargento quedó sorprendido al saber que debía regresar al frente con cinco granadas menos.

—Lo han herido, Pasha.

El hombre más joven negó con la cabeza.

—Me raspé la mano cuando bajaba del helicóptero. La dejaré sangrar un rato más para castigarme por mi torpeza.

Alekseyev se sentó frente a su comandante y se bebió una cantimplora entera de agua, de un litro. Estaba avergonzado por su ligera herida y decidió mentir respecto a ella.

—¿Cómo fue el ataque?

—La oposición..., feroz. Nos habían dicho que podíamos esperar dos batallones de infantería con tanques. Yo aprecio que el verdadero potencial enemigo fue de un maldito regimiento, y tenían posiciones muy bien presentadas. Aun así, estuvimos a punto de lograr la ruptura. El coronel comandante tenía un buen plan, y sus hombres pelearon con toda la garra que se podía esperar. Les obligamos a retirarse hasta estar a la vista del objetivo. Quiero sacar un regimiento de tanques de los OMG para el próximo ataque.

—No estamos autorizados a hacer eso.

—¿Qué? —Alekseyev quedó pasmado.

—Los Grupos de Maniobras Operacionales deben permanecer intactos hasta que se logre la ruptura. órdenes de Moscú.

—Con un regimiento más podríamos hacerlo. ¡El objetivo estaba a la vista! Hemos desgastado una división de infantería mecanizada para llegar hasta allí, y perdimos la mitad del potencial de otra. Podemos ganar esta batalla y lograr la primera ruptura importante en las líneas de la OTAN.... ¡pero tenemos que actuar ahora!

—¿Está completamente seguro?

—Sí, pero debemos movernos rápido. Los alemanes tienen que haberse dado cuenta de la situación a que se ha llegado en esta batalla. Ellos también intentarán obtener refuerzos. El regimiento de vanguardia de la división blindada número 30 se encuentra a una hora del frente. Si podemos conseguir que se pongan en marcha dentro de treinta minutos, intervendrán en el próximo ataque. En realidad, deberíamos hacer avanzar a toda la división. Esta oportunidad no va a durar mucho.

—Muy bien. Llamaré a STAVKA para solicitar el permiso.

Alekseyev se echó hacía atrás y cerró los ojos. La estructura de comando soviética: para apartarse del Plan, ¡hasta un comandante de teatro tenía que solicitar permiso! Pasó más de una hora hasta que los genios de Estado Mayor de Moscú examinaron los mapas. Liberaron al regimiento de vanguardia de la división 30, y le ordenaron unirse a la división de infantería mecanizada en el siguiente ataque. Pero llegaron tarde, y el ataque tuvo que retrasarse noventa minutos.

El subteniente Terry Mackall —todavía usaba las insignias de sargento y estaba demasiado cansado para ocuparse de su cambio de grado— se preguntó qué importancia tendría para el comando esta pequeña batalla de tanques. Llegaron dos batallones de tropas regulares alemanas en vehículos semioruga, relevando a los agotados hombres de la Landwehr, que se retiraron a retaguardia para preparar posiciones defensivas dentro y alrededor del pueblecito. una compañía de tanques «Leopard» y dos pelotones de «M-1» reforzaron la posición, con un coronel alemán al mando del conjunto. Llegó en un helicóptero e inspeccionó todas las fuerzas de la posición defensiva. Era un tipo bajito, de aspecto recio y cara de pocos amigos; tenía algunas vendas en la cabeza y una boca apretada que difícilmente podía sonreír. Mackall recordó que si Iván lograba irrumpir por allí, podría quedar en condiciones de flanquear a las fuerzas británicas y alemanas que habían frecuentado el avance de la penetración rusa en los suburbios de Hannover. Eso era lo que hacía que la batalla fuera tan importante para los alemanes.

Los «Leopard» alemanes tomaron las posiciones frontales, aliviando a los norteamericanos. Era ahora una compañía entera, de nuevo con catorce tanques. El comandante de la compañía dividió la fuerza en dos partes; Mackall quedó a cargo de un grupo del Sur. Encontraron la última línea de refugios cavados, justo al sudeste de la población. Mackall asumió a

conciencia su nuevo comando: controló a pie cada una de las posiciones y conferenció con los comandantes de los tanques. Los alemanes estaban muy bien preparados. Hicieron trasplantar arbustos frente a todas las posiciones en que faltaban. Habían evacuado a casi todos los civiles que vivían allí, aunque unas cuantas personas se resistían a abandonar las casas que ellas mismas habían construido. Una de ellas llevó comida caliente a los tripulantes de los tanques, pero los hombres de Mackall no tuvieron tiempo para comerla. El artillero reparó dos conexiones sueltas y el ordenador de control de fuego. El auxiliar de carga y el conductor trabajaron en una de las orugas. Antes de que terminaran empezaron a caer proyectiles de artillería.

Alekseyev quería estar allí. Tenía enlace telefónico con la división, y podía escuchar en el circuito de mando divisional. El coronel —Alekseyev quería ascenderlo a general si el ataque tenía éxito— se quejaba de que los habían obligado a esperar demasiado tiempo. Pidió y obtuvo una misión de reconocimiento sobre las líneas enemigas. Uno de los aviones desapareció. El piloto del otro informó que había movimientos, pero no pudo establecer una estimación de fuerzas; había estado muy ocupado para evitar los misiles superficie-aire. El coronel temía que se hubiera producido un fuerte incremento en el potencial enemigo, pero sin pruebas cabales no podía justificar un nuevo aplazamiento ni la demanda de más refuerzos.

Mackall también observaba a distancia. La última línea de colinas estaba a más de un kilómetro y medio de su posición. En el espacio intermedio existió en algún tiempo una granja, pero ahora estaba cubierto en gran parte por pequeños árboles, como si la tierra hubiera quedado exhausta. las fuerzas se hallaban organizadas en dos pelotones de tres tanques cada uno. Como comandante, su tarea consistía en mantenerse detrás de ellos y dirigirlos por radio.

Veinte minutos después de que la radio informara de un fuerte avance ruso, Mackall empezó a ver movimientos. Los vehículos semioruga alemanes de transporte de personal comenzaron a descender la colina en dirección al poblado. En el Norte aparecieron algunos helicópteros soviéticos, pero esta vez una batería de «Roland» escondida en la población los atacó de inmediato y consiguió derribar a tres, que explotaron en el aire antes de poder retirarse de la zona. Después venían los «Leopard» alemanes. Mackall los contó y notó que faltaban tres tanques. La artillería de la OTAN comenzó a batir las cumbres de las colinas, y los caflones soviéticos disparaban granadas sobre los campos que rodeaban a los tanques norteamericanos. Entonces aparecieron los rusos.

—Búfalo, todas las unidades cesen el fuego. Repito, todo el mundo cese el fuego —ordenó el comandante de compañía por la radio.

Mackall vio que los alemanes pasaban en retirada a través de la población. *Así que eso es lo que ha planificado ese cochino alemán hijo de puta* —pensó— *Precioso...*

—¡Los tenemos en retirada! —informó el coronel a Alekseyev por el circuito de mando.

Sobre la mesa de mapas, frente al general, se cambiaron las posiciones de las siluetas representativas de las unidades y los oficiales de localización dibujaron nuevas marcas con lápices blandos. En la carta de situación pintaron con color rojo un claro entre las líneas alemanas.

Los tanques soviéticos de vanguardia estaban ahora a quinientos metros del poblado, y avanzaban velozmente por el claro de dos kilómetros que había entre los tanques de la compañía B. El coronel alemán dio la orden al comandante de tanques norteamericano.

—Búfalo, aquí Seis..., —¡a ellos!

Doce tanques dispararon simultáneamente y destruyeron nueve blancos.

—Woody, busque antenas —ordenó Mackall a su artillero.

Usaba sus visores prismáticos para no perder de vista a sus subordinados mientras el artillero giró a la derecha, buscando los tanques soviéticos de retaguardia.

—¡Allí hay uno! ¡Carguen una granada «HEAT»! Blanco tanque. Distancia dos mil seiscientos...

El tanque se tambaleó lateralmente. El artillero observó el arco de la munición trazadora a través del aire a lo largo de su trayectoria de más de dos kilómetros... —¡Batido!

La segunda salva de los «M-1» destruyó ocho tanques; luego empezaron a explotar otros al recibir misiles antitanque lanzados desde la población. Los rusos habían quedado con carros de combate medio enterrados en sus flancos, frente a una población que hervía de misiles antitanques; el coronel alemán les tenía preparada una verdadera emboscada; y los rusos, en la persecución, habían caído en ella. Los tanques «Leopard» ya estaban saliendo por derecha e izquierda desde detrás del poblado para coger a los rusos en campo abierto. El oficial de control aéreo trajo a sus cazabombarderos sobre las posiciones de la artillería soviética una vez más. Los cazas soviéticos los atacaron, pero mientras lo hacían no podían intervenir en la batalla terrestre. Por último, un escuadrón de helicópteros alemanes «Gazelle» armados con misiles sumó su ataque contra los blancos en tierra. Los tanques soviéticos conectaron sus lanzadores de humo y trataron desesperadarnente de atacar al enemigo, pero los norteamericanos estaban hundidos en profundas posiciones; y los lanzamisiles alemanes, escondidos en la población, cambiaban hábilmente de posición después de cada disparo.

Mackall modificó la situación de sus pelotones llevando uno a la izquierda y el otro a la derecha. Su propio artillero localizó y abatió un segundo tanque de mando y luego los alemanes encerraron a la formación rusa desde el Norte y el Sur. Aunque todavía estaban superados en número, los alemanes tomaron a los rusos desestabilizados y barrieron la columna de tanques con sus grandes cañones de ciento veinte milímetros. El comandante soviético ordenó a sus helicópteros que volvieran para que les abrieran una ruta de escape. Así lo hicieron, y lograron sorprender y destruir tres tanques alemanes antes de que los misiles comenzaran a derribarlos otra vez. De pronto, ya fue demasiado. Mientras Mackall observaba, la fuerza soviética giró en redondo y se retiró hacia las montañas, con los alemanes en su persecución. Llevaron el contraataque hasta el límite, y Mackall sabía que nadie era capaz de hacer eso tan bien como los alemanes. Cuando finalmente recibió órdenes de moverse, la posición inicial de defensa estaba de nuevo en propias manos. La batalla había durado apenas algo más de una hora. Dos divisiones soviéticas blindadas quedaban diezmadas en el camino a Bieben.

Los tripulantes abrieron las escotillas para permitir que entrara aire fresco en la sofocante torreta. Quince vainas utilizadas entrechocaban en el suelo. El ordenador de control de fuego estaba otra vez fuera de servicio; pero Woody había destruido otros cuatro tanques, dos de ellos mandados por oficiales soviéticos. El comandante de compañía se le acercó en un jeep.

—Tres tanques dañados —informó Mackall— Será necesario sacarlos de aquí para repararlos. —Su rostro se iluminó en una amplia sonrisa—. ¡Éstos nunca nos van a quitar ese pueblo!

—Aquellos regulares de la Bundeswehr marcaron la diferencia —asintió el teniente— Muy bien, empiece a llevar a su gente para reabastecimiento.

—Ah, sí. La última vez que volví traje cinco tiros de menos.

—Están reduciendo la provisión de munición. No nos llegan con la rapidez que calculábamos.

Mackall lo pensó un momento y no le gustó nada.

—¡Que alguien les diga a esos podridos marinos que, si ellos cumplen con lo suyo, nosotros podemos parar a esos hijos de puta!

USS PHARRIS

Morris nunca había visto Hampton Roads tan concurrido. Por lo menos sesenta buques mercantes fondeados se balanceaban amarrados a sus anclas, junto con una reforzada fuerza de escolta que se preparaba para sacarlos al mar. También se encontraba allí el Saratoga; le faltaba el mástil principal y sobre el muelle estaban preparando otro para sustituirlo, mientras se efectuaban reparaciones en los daños menos visibles producidos por el ataque sufrido. Numerosos aviones volaban en círculo sobre el sector, y varios buques tenían sus radares encendidos.... no fuera que algún submarino soviético hubiese podido acercarse a la costa y lanzar un misil crucero sobre el conjunto de buques.
La fragata Pharris estaba amarrada al muelle de carga de combustible, cargando fuel-oil para sus calderas y combustible jet para su helicóptero. El único «ASROC» empleado ya había sido repuesto, al igual que los seis cohetes de chaff. Aparte de eso, lo único que faltaba subir a bordo era comida. Ed Morris entregó su informe de patrullaje a un mensajero que lo llevaba a su comandante de escuadrón. Habría ido él en persona, pero no disponía de tiempo. Debían zarpar en doce horas.

Era otro convoy de veinte nudos, que partiría a los puertos franceses de Le Havre y Brest, con equipo pesado y munición.

Morris recibió el informe de Inteligencia de la flota. las cosas habían empeorado. Veinte submarinos de la OTAN ocupaban ahora posiciones en el pasaje Groenlandia-Islandia-Reino Unido, tratando de compensar la pérdida de la línea SOSUS. Ellos informaban haber destruido un considerable número de submarinos soviéticos, pero aclaraban también que algunos habían logrado pasar; y Morris estaba seguro de que por cada filtración conocida, había otras cuatro o cinco desconocidas.

El primer convoy había gozado prácticamente de un viaje gratis. Aquellos pocos submarinos soviéticos que se hallaban en el Atlántico en esos momentos, estaban muy diseminados y se veían forzados a navegar a altas velocidades para cazar a sus blancos en el convoy. Ahora ya no. Se suponía que. habría aproximadamente sesenta en el Atlántico, y por lo menos la mitad de propulsión nuclear. Morris repasó las cifras, pensó en el inventario soviético, en cuántos hundidos informaba la OTAN, y se preguntó si la cantidad de sesenta no sería una estimación optimista.

Además, estaban los «Backfire». El convoy debería tomar una ruta desviada hacia el Sur, agregando dos días completos al tiempo normal de cruce, pero obligando a los bombarderos soviéticos a estirarse hasta el límite de su combustible. También, treinta minutos antes de cada pasaje de satélite, el convoy invertiría el rumbo dirigiéndose momentáneamente hacia el Oeste, con la esperanza de que los soviéticos orientasen entonces sus bombarderos y submarinos hacia posiciones equivocadas.

Un par de grupos de portaaviones de combate se hallaba en el mar y, de ser posible, les brindaría apoyo. Estaba claro que querían hacer caer a los «Backfire» en una trampa.

Los grupos de portaaviones navegarían siguiendo un curso evasivo, tratando por todos los medios de evitar la detección de satélites. Morris sabía que esto era posible, un, simple ejercicio de geometría, pero determinaba serias limitaciones en la libertad de acción de los portaaviones..., y el hecho de que los grupos de portaaviones se encontraran en la zona haría necesario que se les asignaran algunos de los aviones de patrullaje antisubmarino, quitándoselos así al convoy que dependía en gran parte de ellos. Era una solución de compromiso, aunque toda la vida, y por cierto cualquier operación de guerra, constituía una serie de soluciones de compromiso.

Morris encendió un cigarrillo sin filtro. Hacía varios años que había abandonado el hábito, pero al promediar su primer viaje de ida en operación de guerra, se encontró en el almacén del buque comprando una caja de cigarrillos libres de impuestos, para fumar «en el mar». El

riesgo extra para su salud, juzgó, no era más que incidental. Los rusos ya habían hundido nueve destructores y fragatas, dos de los buques con todos sus hombres.

ISLANDIA

Edwards había aprendido a odiar esas curvas de nivel, representadas por líneas de color óxido, que aparecían en sus mapas. Cada una de ellas anunciaba un cambio de veinte metros. Trató de efectuar el cálculo en su cabeza, pero no llegó más allá de sesenta y cinco coma sies pies, por cada una de las malditas líneas marrón rojizas, las cuales estaban a veces separadas por algo así como tres milímetros. Otras, se hallaban tan juntas que el teniente casi esperaba encontrarse con una verdadera pared. Recordó una visita que había hecho a Washington D. C., y aquella vez en que él y su padre habían pasado en actitud de burla junto a la fila en que los turistas esperaban el ascensor para subir a lo lalto del monumento a Washington; ellos prefirieron hacer a pie los ciento cincuenta metros de altura, por la escalera de caracol, hasta el puesto de observación. Ahora él estaba haciendo la misma subida cada noventa minutos más o menos, excepto que esta vez no tenía escalones lisos regulares, ni los esperaba ningún ascensor en lo alto para hacer más descansado el descenso.... ni un taxi para volver al hotel.

Subieron diez curvas de nivel —doscientos metros o seiscientos cincuenta y seis pies— en las siguientes tres horas después de haber levantado campamento; según el mapa, cruzaron desde la división administrativa de segundo orden Skorradalshreppur, hasta la división administrativa de segundo orden Lundarreykjadashreppur. No había grandes carteles verdes de autopista para señalar esa circunstancia; los islandeses eran lo bastante inteligentes como para saber que por allí sólo viajaban los que vivían en la zona, y por lo tanto no hacía falta poner indicaciones. Mientras caminaban entre dos pantanos, tuvieron la recompensa de dos kilómetros de terreno relativamente llano. Estaba sembrado de rocas y cenizas de una elevación que parecía ser un volcán extinto, a unos seis kilómetros de allí.

—Descansemos un poco —dijo Edwards.

Se sentó junto a una roca alta para poder apoyar la espalda contra ella, y se sorprendió al ver que Vidgis se le acercaba. Se sentó frente a él, a un metro.

—¿Cómo estás hoy? —preguntó.

Notó que ahora ya había vida en los ojos de la muchacha. ¿Tal vez se hubieran ido los demonios que la habían despertado la noche anterior? «*No* —pensó—*, jamás se irán del todo.... pero para sufrir pesadillas hay que estar vivo, y quizá fueran desapareciendo con el tiempo. Con el tiempo, uno puede recobrarse de cualquier cosa, excepto del crimen.*»

—No he dicho a usted gracias por mi vida.

—No podíamos quedarnos allí y dejar que te mataran —dijo Edwards, preguntándose si no era una mentira.

Si los rusos hubieran matado a las tres personas de la casa, ¿él los habría atacado, o habría esperado sin otro propósito que saquear el lugar después de que se fueran? Era el momento de la verdad.

—No lo hice sólo por ti.

—Yo no comprendo.

Edwards sacó su cartera del bolsillo y la abrió, dejando a la vista una fotografía de cinco años atrás.

—Ésta es Sandy, Sandra Miller. Crecimos en la misma manzana y cursamos juntos toda la escuela. Tal vez algún día nos hubiésemos casado —dijo en voz baja; *o tal vez no*, admitió para sus adentros; *pues la gente cambia*—, Yo ingresé en la Academia de la Fuerza Aérea, y ella en la Universidad de Connecticut, en Hartford. En octubre de su segundo año, ella desapareció. La violaron y asesinaron. La encontraron una semana después en una zanja. El

tipo que lo hizo..., nunca probaron que fue él quien mató a Sandy, pero violó a otras dos chicas en la escuela. Bueno, ahora el tipo se halla en un hospital para enfermos mentales. Dicen que estaba loco, que no era realmente responsable. Así que algún día el doctor dirá que se encuentra curado y lo dejarán salir, pero Sandy seguirá muerta. —Edwards bajó la vista hacia las rocas— Yo no pude hacer nada. No soy policía, y estaba a tres mil kilómetros de distancia. Pero esta vez, no. —Su voz no demostraba emoción alguna—. Esta vez fue diferente.

—¿Usted amar a Sandy? —preguntó Vidgis.

«¿*Cómo contestar eso*?», se preguntó Mike. Realmente, parecía que sí, cinco años antes, ¿verdad? Pero, ¿habría dado resultado? Tú no has sido exactamente un célibe durante estos últimos cinco años, ¿no es así? Pero nunca fue lo mismo, ¿verdad? Miró la fotografía, tomada tres días antes de que asesinaran a Sandy. Le había llegado a Colorado Springs después de la muerte de ella, aunque en ese momento él no lo supiera. Su pelo oscuro y largo hasta los hombros, la inclinación de la cabeza, la traviesa sonrisa que precedía a una risa contagiosa..., todo perdido.

—Sí. —Ahora había ya emoción en su voz.

—¿Usted hace por ella entonces?

—Sí —mintió Edwards, *lo hice por mí*.

—Yo no sé su nombre.

—Mike. Michael Edwards.

—Usted hace eso por mí, Michael. Gracias por mi vida.

Aparecieron los primeros indicios de una sonrisa. Ella colocó su mano sobre la de él. Era suave y tibia.

27. PÉRDIDAS

KEFLAVIK, ISLANDIA

—Al principio pensamos que simplemente se había salido del camino y caído por el precipicio. Encontramos esto en el vehículo. —El mayor de la Policía de campaña mostró la parte superior de una botella de vodka destrozada— Pero el enfermero que recogió sus efectos descubrió esto otro.

El mayor levantó la sábana engomada que cubría el único cuerpo despedido del vehículo cuando éste se estrelló contra las rocas. La herida de una puñalada en el pecho era inconfundible.

—Y usted dice que los islandeses son tan pacíficos como las ovejas, camarada general —observó irónicamente el coronel de la KGB.

El mayor continuó:

—Es difícil reconstruir exactamente lo que sucedió. A poca distancia había una granja, y la casa se quemó hasta los cimientos. Encontramos dos cadáveres entre los restos. Ambas personas habían sido asesinadas con armas de fuego.

—¿Quiénes eran? —preguntó el general Andreyev.

—Es imposible la Ídentificación. Por lo único que supimos que les habían disparado fue por el orificio de bala en el esternón, de manera que probablemente lo hicieron desde muy poca distancia. Los hice revisar por uno de nuestros médicos militares. Un hombre y una mujer, como de mediana edad. Según un funcionario del Gobierno local, la granja estaba ocupada por una pareja casada y con una hija, edad... —el mayor buscó entre sus notas— veinte años. A la hija no la han encontrado.

—¿Qué pasó con la patrulla?

—Iban hacia el Sur por el camino de la costa cuando desaparecieron...

—¿Nadie vio los incendios? —preguntó vivamente el coronel de la KGB.

—Esa noche llovía con fuerza. Tanto el vehículo que se quemó como la casa de la granja estaban debajo del horizonte para las patrullas cercanas de observación. Como usted sabe, las condiciones de los caminos han trastornado nuestros horarios de patrullaje, y las montañas interfieren las transmisiones de radio. Por eso, cuando la patrulla tardó en regresar, no se consideró anormal. El vehículo no se puede ver desde el camino, y como resultado de eso, no los descubrieron hasta que el helicóptero voló sobre él.

—Los otros, ¿cómo murieron? —quiso saber el general.

—Cuando el vehículo se incendió, las granadas de los soldados estallaron, con los resultados lógicos, Excepto este sargento, no hay forma de saber cómo murieron. Por lo que hemos visto, no faltan las armas. Todos los fusiles estaban allí, aunque no se han encontrado algunos elementos: un estuche de mapas y otras cosas menores. Es probable que las explosiones las despidieran lejos del vehículo y cayeran al mar, aunque lo dudo.

—¿Conclusiones?

—Camarada general, no hay mucho en que basarse, pero yo deduzco que la patrulla visitó la casa de la granja, «liberó» esta botella de vodka, probablemente mató a tiros a las dos personas que vivían allí, e incendiaron la casa. La hija ha desaparecido. Estamos rastreando la zona en busca de su cadáver. En algún momento después de ocurrido todo, alguna partida armada sorprendió a la patrulla y la mató. Entonces quisieron hacer aparecer sus muertes

como un accidente con el vehículo. Debemos suponer que hay por lo menos una banda suelta de combatientes de la resistencia.

—No estoy de acuerdo —manifestó el coronel de la KGB—. No hemos tenido informes exactos sobre todas las tropas enemigas. Creo que sus «combatientes de la resistencia» deben de ser personal de la OTAN que escapó cuando tomamos Keflavik. Ellos tendieron una emboscada a nuestros hombres; luego, asesinaron a la gente de la granja con la esperanza de irritar a la población local.

El general Andreyev intercambió una furtiva mirada con el mayor de su Policía de campaña. El comandante de la patrulla había sido un teniente de la KGB. El chekista había insistido en que algunos de sus hombres acompañaran a las patrullas móviles. Justo lo que le faltaba, pensó el general. Ya era bastante malo que sus magníficos paracaidistas fueran destinados a servicio de guarnición, siempre destructor de la disciplina y la moral de la unidad; pero ahora debían ser carceleros también y, en algunos casos, a las órdenes de carceleros. De modo que el joven y arrogante oficial de la KGB (él nunca había conocido uno que fuera humilde) pensó en divertirse un poco. ¿Dónde estaba la hija? Por cierto, la respuesta a este misterio se encontraba en ella. Pero el misterio no era lo más importante, ¿o sí?

—Creo que deberíamos interrogar a los habitantes locales, para ver qué saben —declaró el oficial de la KGB.

—No hay «habitantes», camarada —respondió el mayor—. Mire bien su mapa. Ésta es una granja aislada. El vecino más cercano se halla a siete kilómetros.

—Pero...

—Quién mató a estos infelices y por qué, carece de importancia. Tenemos enemigos armados allá —dijo Andreyev— Este es un asunto militar y no algo para nuestros colegas de la KGB. Ordenaré que un helicóptero revise toda la zona alrededor de la granja. Si encontramos ese grupo de resistencia, o lo que sea, los trataremos como a cualquier banda de enemigos armados. Usted podrá interrogar a todos los prisioneros que podamos capturar, camarada coronel. Además, por el momento, cualquier oficial de la KGB que acompañe a nuestras patrullas de seguridad lo hará en calidad de observador, no de comandante. No podemos arriesgar a sus hombres en situaciones de combate, para las cuales no han sido entrenados como es debido. Bien. Permítame hablar con mi oficial de operaciones para ver cómo podemos organizar la búsqueda. Camaradas, hicieron muy bien en informarnos de este asunto para nuestra consideración. Pueden retirarse.

El chekista quería permanecer allí, pero, KGB o no, era sólo un coronel, y el general estaba ejerciendo sus legítimas prerrogativas como comandante.

Una hora después, un helicóptero de ataque «Mi-24» despegó para registrar la zona en las proximidades de la granja incendiada.

STORNOWAY, ESCOCIA

—¿Otra vez? —preguntó Toland.

—No es día de fiesta, capitán —replicó el comandante—. Hace veinte minutos despegaron de sus bases dos regimientos de «Backfire». Si queremos sorprender a sus cisternas tenemos que movernos con inteligencia.

En pocos minutos, dos «EA-6B Prowlers», diseñados para descubrir e interferir las señales enemigas del radar y de radio, estaban trepando hasta la altura prefijada, con un rumbo general Noroeste. Bautizado con equívoco cariño como el Queer[51], el «EA-6B» tenía una característica extraordinaria y sumamente llamativa: el techo de sus habitáculos tenía aplicaciones de oro verdadero, para proteger de la radiación electromagnética a algunos instrumentos de a bordo muy sensibles. A medida que los aviones iban ascendiendo, sus pilotos y oficiales de electrónica ya estaban trabajando en sus jaulas doradas.

Dos horas después detectaron su presa, transmitiendo a las bases las marcaciones de las señales.... y cuatro «Tomcat» iniciaron el despegue en la pista de Stornoway.

[51] Uno de los significados de Queer es “maricón”.

MAR DE NORUEGA

Los «Tomcat» volaban a una altura de diez mil ochocientos metros describiendo circuitos con forma de pista de hipódromo, que cubrían al Norte y al Sur la ruta prevista de los aviones cisterna soviéticos. Sus poderosos radares de búsqueda de misiles guiados estaban apagados. En cambio, barrían el cielo con su cámara de televisión incorporada, que podía identificar aviones a distancias que alcanzaban hasta sesenta y cinco kilómetros. Las condiciones eran ideales: cielo claro con pocas y altas nubes cirros; los cazas no dejaban estelas de condensación que pudieran prevenir de su presencia a otros aviones. Los pilotos viraban sin cesar con sus aviones mientras observaban alternadamente y en ciclos que se repetían cada diez segundos hacia fuera y a lo lejos sobre el horizonte y luego hacia el interior de sus cabinas para controlar el instrumental.

—Vaya, mire aquí... —dijo el comandante del escuadrón a su operador de armamento.

El primer teniente que ocupaba el asiento posterior del «Torncat» centró la cámara de televisión en la aeronave.

—A mí me parece que es un «Badger».

—No creo que esté solo. Vamos a esperar.

—De acuerdo.

El bombardero se hallaba a más de sesenta kilómetros. Pronto aparecieron otros dos, junto con algo más pequeño.

—Ése es un caza. ¿Así que tienen escoltas de cazas que llegan tan lejos? Cuento un total de seis blancos. —El operador de armamento se ajustó las correas de los hombros, luego activó sus controles de los misiles— Todo el armamento en posición de armado y listo. ¿Primero los cazas?

—Primero los cazas, ilumínelos —indicó el piloto, y oprimió el interruptor de su radio—. Dos, aquí Líder, tenemos cuatro cisternas y un par de cazas en un rumbo aproximado de cero ocho cinco, sesenta kilómetros al oeste de mi posición. Vamos a atacarlos ya. Acérquese. Cambio.

—Comprendido. Voy allá, Líder. Cambio y corto.

El Dos puso su interceptor en un viraje cerrado y empujó a tope los aceleradores. El radar del Líder se activó. Ya tenían identificados a los dos cazas y a los cuatro aviones cisterna. Los dos primeros misiles «Phoenix» iban a dirigirlos a los cazas.

—¡Dispare! Los dos misiles cayeron de sus puntos de sostén y entraron en ignición, precediendo al «Tomcat» hacia los blancos

Los cisterna rusos habían detectado el radar «AWG-9» del caza y ya estaban intentando maniobras evasivas. Sus cazas de escolta aceleraron al máximo y activaron sus radares de guiado de misiles; pero descubrieron que todavía se hallaban fuera del alcance de sus proyectiles con respecto a los cazas atacantes. Ambos encendieron sus equipos de perturbación electrónica y empezaron a sacudir sus aviones arriba y abajo mientras se acercaban con la esperanza de poder realizar sus propios disparos. No tenían combustible suficiente para escapar, y su misión consistía en mantener alejados de sus aviones cisterna a los cazas enemigos.

Los misiles «Phoenix» cruzaban el aire a «Mach 5», y llegaron a sus blancos en poco menos de un minuto. Uno de los pilotos soviéticos no vio el misil y se transformó en el cielo en una bola roja y negra. El otro sí lo vio y mandó a fondo la palanca un segundo antes de que el misil explotara. Estuvo a punto de errar, pero los fragmentos penetraron en el ala de babor

del caza. El piloto luchó para recuperar el control, mas el aparato comenzó a caer inevitablemente.

Detrás de los cazas, los aviones cisterna se separaron; dos pusieron rumbo al Norte, el otro par hacia el Sur. El «Tomcat» Líder se hizo cargo del par del Norte y derribó a ambos con sus dos «Phoenix» restantes. El segundo avión, acelerando desde el Norte, disparó dos misiles; hizo blanco con el primero y erró el segundo. El misil había sido confundido con el equipo de interferencia del «Badger». El «Tomcat» continuó acercándose y disparó otra vez. para entonces ya se hallaba bastante cerca como para seguirlo visualmente. El misil «AIM—54» voló en línea recta y explotó a sólo tres metros de la cola del «Badger». Los fragmentos al rojo penetraron en el interior del bombardero y provocaron la detonación de los vapores residuales de sus depósitos de reabastecimiento de combustible. El bombardero soviético desapareció en medio de un inmenso relámpago color naranja.

Los cazas barrieron el cielo con sus radares, con la esperanza de encontrar más blancos para los misiles que aún les quedaban. Había otros seis «Badger» a ciento sesenta kilómetros, pero los primeros cisterna ya les habían advertido el peligro y ahora se alejaban con rumbo Norte. Los «Tomcat» no tenían combustible suficiente para perseguirlos. Viraron iniciando el regreso a casa y una hora después aterrizaron en Stornoway con los depósitos casi vacíos.

—Cinco derribos confirmados y uno con daflos —informó a Toland el comandante del escuadrón— Dio resultado.

—Por esta vez.

Sin embargo, Toland estaba complacido. La Marina de los Estados Unidos acababa de realizar su primera misión ofensiva. Ahora, a la próxima. Terminaba de entrar la información sobre el ataque de los «Backfire». Habían operado un convoy frente a las Azores, y un par de «Tomcat» se hallaba esperando a trescientos kilómetros al sur de Islandia para interceptarlos en el vuelo de regreso.

STENDAL, REPOBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA

—Nuestras pérdidas han sido espantosas —dijo el general de la Aviación frontal soviética.

—Informaré a nuestras tropas mecanizadas de la gravedad de sus pérdidas —replicó fríamente Alekseyev.

—Hemos perdido casi el doble de lo calculado.

—¡También nosotros! Pero por lo menos nuestras tropas terrestres están luchando. Yo presencié un ataque. Ustedes enviaron cuatro aviones de ataque. ¡Cuatro!

—Me informaron sobre ese ataque. Había un regimiento entero asignado, más de veinte, además de sus propios helicópteros de ofensiva. Los cazas de la OTAN están atacándonos diez kilómetros detrás del frente. Mis pilotos deben pelear arriesgando sus vidas simplemente para llegar adonde están sus tanques..., y entonces, ¡con demasiada frecuencia, los atacan nuestros propios misiles tierra-aire!

—Explíquese —ordenó el superior de Alekseyev.

—Camarada general, los aviones con radares de búsqueda de la OTAN no son blancos fáciles.... están demasiado bien protegidos. Con su radar en el aire, ellos pueden dirigir a sus cazas contra los nuestros de manera que están en condiciones de lanzar sus ataques con misiles, manteniéndose fuera del alcance visual. Cuando nuestros pilotos se dan cuenta de que los están atacando, deben evadir, ¿no? ¿Acaso sus tanques se quedan quietos para facilitar el tiro a sus enemigos? A veces, esto significa que ellos deben desprenderse de sus bombas para poder maniobrar. Finalmente, cuando consiguen llegar a la zona de combate, frecuentemente les disparan nuestras propias unidades de misiles, que no se paran a distinguir entre amigo o enemigo.

Era una vieja historia, y no meramente un problema soviético.

—¿Usted nos está diciendo que la OTAN tiene el dominio del aire? —preguntó Alekseyev.

—No, no es así. Ninguno de los dos bandos lo tiene. Nuestros misiles superficie-aire les niegan la posibilidad de controlar el aire sobre la línea de batalla, y sus cazas .... ayudados por sus misiles superficie-aire, ¡y los nuestros ... ! nos la niegan a nosotros. El cielo sobre el campo de batalla no pertenece a nadie.

Excepto a los muertos, pensó el general de la fuerza aérea.

Alekseyev recordó lo que había visto en Bieben, y se preguntó si todo aquello era correcto.

—Tenemos que hacer mejor las cosas —dijo el comandante del Teatro— El próximo ataque en masa que lancemos contará con el apropiado apoyo aéreo, aunque para ello tengamos que sacar cazas de todas las unidades del frente.

—Estamos tratando de tener más aviones en el frente usando maniobras de engaño. Ayer intentamos provocar que los cazas de la OTAN acudieran a una posición equivocada. Estuvo a punto de funcionar, pero cometimos un error. Ese error ya ha sido identificado.

—Mañana a las seis atacaremos al sur de Hannover. Quiero doscientos aviones de apoyo a mis divisiones en la línea del frente.

—Los tendrá —accedió el general de la fuerza aérea.

Alekseyev observó al aviador cuando se marchaba.

—¿Qué le parece, Pasha?

—Es algo para empezar.... si es que los doscientos aviones de combate consiguen llegar.

—También tenemos nuestros helicópteros.

—Yo vi lo que ocurría a los helicópteros en un ambiente dominado por misiles. Cuando yo creía que iban a forzar un paso a través de las líneas alemanas, la combinación de «SAM» y cazas estuvo a punto de aniquilarlos. Tienen que exponerse demasiado para disparar sus misiles. El valor de los pilotos es notable, pero el valor solo no es suficiente. Hemos desestimado el poder de fuego de la OTAN... o quizá sería mejor decir que hemos sobrevalorado nuestra capacidad para neutralizarlo.

—Hemos estado atacando posiciones preparadas desde que comenzó esta guerra. una vez que logremos la ruptura hacia campo abierto...

—Sí. una campaña móvil reducirá nuestras pérdidas y nos permitirá una lucha más pareja. Tenemos que lograr esa ruptura. —Alckseyev consultó el mapa; poco después del amanecer del día siguiente, un ejército (cuatro divisiones mecanizadas, apoyadas por una división de tanques) se lanzaría contra las líneas de la OTAN— Y el mejor lugar parece ser aquí. Yo quiero ir al frente otra vez.

—Como desee, Pasha. Pero tenga cuidado. A propósito, el médico me dice que el corte en su mano fue de un fragmento de granada. Se ha hecho acreedor a una condecoración.

—¿Por esto? —Alekseyev miró el vendaje— Me he hecho cortaduras peores afeitándome. No quiero ninguna medalla por ello; sería un insulto a nuestras tropas.

ISLANDIA

Estaban descendiendo una ladera rocosa cuando apareció el helicóptero a tres kilómetros de ellos. Volaba bajo, a unos cien metros sobre la cresta de la colina, y se movía lentamente hacia donde estaban. Los infantes de Marina se arrojaron de inmediato cuerpo a tierra y se arrastraron a lugares donde podían esconderse en las sombras. Edwards avanzó unos pasos hacia Vidgis y la empujó también a tierra. Tenía puesto un suéter con diseños blancos que podía distinguirse con facilidad. El teniente se quitó su chaqueta de campaña y cubrió a Vidgis con ella; le mantuvo la cabeza baja para mantener la capucha sobre su pelo rubio.

—No te muevas. Nos están buscando.

Edwards levantó fugazmente la cabeza para ver dónde estaban sus hombres. Smith le hizo señas de que la bajara. Lo hizo, pero mantuvo los ojos abiertos para poder mirar de medio lado al helicóptero. Era otro «Hind». Pudo distinguir los racimos de cohetes que colgaban de unas pequeñas Y anchas alas en los costados del fuselaje. Por las dos puertas abiertas del compartimiento de pasajeros se veía un pelotón de infantes, con sus armas listas, mirando hacia abajo.

—Oh, mierda.

El ruido de los motores turbo-reactor aumentó cuando el «Hind» estuvo más cerca, y el enorme rotor principal de cinco alas agitó el aire revolviendo y levantando el polvo volcánico que cubría toda la planicie que acababan de cruzar. La mano de Edwards apretó la empuñadura de pistola del «M-16», y con el pulgar deslizó hacia fuera la corredera del seguro. El helicóptero se acercaba volando casi de costado; sus cohetes apuntaban hacia las tierras llanas a espaldas de los infantes de Marina. Edwards alcanzó a ver las ametralladoras en el morro del «Hind», una especie de cañón rotativo parecido al pequeño cañón norteamericano que dispara cuatro mil tiros por minuto. Contra eso, no tendrían la más mínima probabilidad.

—Vete a otro lado, hijo de puta —dijo Mike entre dientes.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Vidgis.

—Tranquilízate. No te muevas. *«Oh, Dios, no dejes que nos vean ... »*

—¡Allá! ¡Mire allá, a la una! —dijo el artillero desde el asiento anterior del helicóptero.

—Bueno..., después de todo, parece que esta misión no ha sido inútil —contestó el piloto— ¡Adelante!

El artillero centró los aparatos de puntería y armó la ametralladora, colocando el selector para una descarga de cinco disparos. Su blanco se hallaba satisfactoriamente inmóvil, y él apretó la cola del disparador.

—¡Le di!

Edwards dio un salto al oír el ruido. Vidgis no se movió. El teniente cambió ligeramente la posición de su fusil para apuntarla en dirección al helicóptero, que voló hacia el Sur, desapareciendo detrás de la loma. Vio tres cabezas que se levantaban. ¿A qué le habían disparado? El ruido de los motores fue cambiando mientras el helicóptero aterrizaba no muy lejos de allí.

El artillero había herido al animal con tres balas, produciendo poco daño en la carne comestible. Esos cuarenta kilos eran suficientes para alimentar al pelotón y a los tripulantes del helicóptero. El sargento paracaidista cortó el cuello del ciervo con su cuchillo de combate y luego se preparó para retirar las vísceras. Los ciervos de esa zona no eran nada comparados con los animales que su padre solía cazar en Siberia, pero por primera vez en tres semanas

podría comer un poco de carne fresca, y eso bastaba para que su aburrida misión hubiera valido la pena. Cargaron el cuerpo del animal en el «Hind». Dos minutos después empezó a tomar altura en círculos y puso rumbo a Keflavik.

Ellos observaron la partida; el tartamudeo del ruido del rotor iba disminuyendo en la brisa.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Edwards a su sargento

—A mí no me gusta nada, jefe. Creo que debemos irnos pronto de aquí. Seguro que ellos estaban buscando algo, y yo apostaría que era a nosotros. Vamos a mantenernos cerca de lugares que tengan alguna cubierta.

—De acuerdo, Jim. Usted delante. Edwards volvió adonde estaba Vidgis.

—¿Es seguro ahora?

—Se han ido. Déjate puesta la chaqueta. Es más difícil que te vean con ella.

La guerrera era dos números más grande que la medida de Edwards, y sobre el menudo cuerpo de Vidgis parecía una carpa. Ella estiró los brazos todo lo que pudo, en un esfuerzo para sacar las manos de las mangas, y, por primera vez desde que Edwards la conocía, Vidgis Agustdottir sonrió.

USS PHARRIS

—Todo adelante un tercio —ordenó el oficial ejecutivo.

—Todo adelante un tercio, comprendido —respondió el suboficial de guardia en el puente, y movió la palanca del telégrafo hacia arriba desde la posición Adelante Toda Máquina, y un momento después el puntero interior también cambió— Sala de máquinas responde todo adelante un tercio.

—Muy bien.

La fragata disminuyó la velocidad, terminando la corrida de veinticinco nudos, e inició otra maniobra de suave deriva, para permitir que el sonar de arrastre percibiera la presencia de algún submarino hostil. Morris se hallaba en su sillón del puente, revisando los mensajes recibidos desde tierra. Se restregó los ojos y encendió otro «Pall Mall».

—Puente —llamó la voz urgente de un vigía— ¡Estela de periscopio por la proa a babor! ¡A media distancia al horizonte, por la proa a babor!

Morris sacó sus binoculares y miró a través de ellos. No vio nada.

—¡A sus puestos de combate! —ordenó el oficial ejecutivo.

El gong de alarma sonó un segundo después, y los fatigados y aburridos hombres corrieron una vez más hacia sus puestos. Morris se colgó del cuello los binoculares y bajó corriendo la escala hacia su propio puesto de combate en la CIC.

El sonar lanzó una docena de emisiones activas para medición de distancia hacia babor mientras Morris ocupaba su puesto. Nada. El helicóptero despegó cuando la fragata maniobraba virando al Norte para permitir que su sonar de arrastre detectara el posible contacto.

—Contacto de sonar pasivo, evaluado como posible submarino con marcación cero uno tres —comunicó el operador del dispositivo de remolque—. Ruidos de vapor, suena como un posible nuclear.

—Yo no tengo nada allí —dijo el operador del sonar activo.

Morris y su oficial de lucha antisubmarina examinaron la tabla de condiciones del agua. Había una capa térmica a sesenta metros. El sonar pasivo estaba debajo de ella y podía muy bien detectar un submarino que las emisiones ping activas no podían alcanzar. El vigía pudo haber visto cualquier cosa, desde el chorro de una ballena —era la época de aparcamiento de las gibosas— hasta una franja de espuma..., o la estela con apariencia de pluma dejada por un periscopio. Si era un submarino, tuvo tiempo de sobra para meterse debajo de la capa. El blanco estaba cerca para reflejar una emisión activa en el fondo, y demasiado lejos para que el sonar lo castigara directamente a través de la capa.

—Menos de cinco millas —dijo el ASW— Más de dos. Si esto es un submarino, estamos frente a uno bueno. —Mejor. ¡Pongan el helicóptero sobre él ahora mismo!

Morris examinó la localización. El submarino podía haber oído su fragata mientras efectuaba el recorrido a veinticinco nudos. Ahora, con velocidad reducida, y con el sistema «Prairie/Masker» en operación, la Pharris sería muy difícil de descubrir..., por lo que a la solución de control de fuego del submarino la habrían tirado por la ventana. Pero Morris tampoco tenía una solución, y el submarino estaba peligrosamente cerca. Transmitieron por radio un informe urgente de contacto al comandante de la escolta, a veinte millas de ellos.

El Sea Sprite lanzó una serie de sonoboyas siguiendo un determinado diseño. Pasaron varios minutos.

—Tengo una señal débil de la numero seis y una mediana de la número cuatro —dijo el suboficial encargado del sistema.

Morris observó el indicador. Según eso, el contacto se hallaba a menos de tres millas.

—Lance algunas activas —ordenó.

Detrás de él, el oficial de armamento del buque mandó armar los lanzadores de «ASROC» y torpedos. A tres millas, el helicóptero hizo un viraje y cruzó sobre la zona del blanco, dejando caer boyas «CASS» esta vez, que enviaran emisiones ping activas, no direccionales.

—Contacto, fuerte contacto en la boya nueva. Clasificado como posible submarino.

—Lo tengo, marcación cero uno cinco.... éste es un submarino.... clasificado como contacto positivo de un submarino —dijo el hombre del sonar de remolque— Acaba de aumentar la potencia. Algunos ruidos de cavilación. Submarino de una sola hélice, tal vez de clase «Victor»: la marcación cambia rápidamente, de izquierda a derecha.

El sonar activo todavía no lo tenía, a pesar de sus pings de máxima potencia, que seguían la correcta línea de marcación; el submarino estaba decididamente debajo de la capa.

Morris hubiera querido maniobrar, pero decidió no hacerlo. Un brusco giro habría provocado que se curvara su sonar de arrastre, inhabilitándolo durante varios minutos. Entonces él tendría que depender de las sonoboyas solamente, y Morris confiaba más en su sonar de remolque que en las sonoboyas.

—La marcación al contacto es ahora cero uno cinco y estable.... el nivel de ruido ha descendido un poco.

El operador señaló su pantalla. Morris quedó sorprendido. La marcación del contacto había estado cambiando rápidamente primero, ¿y ahora se había estabilizado?

El helicóptero hizo otra pasada más. una nueva sonoboya registró el contacto, pero el equipo «MAD» no confirmó la presencia de un submarino y el contacto empezaba a desvanecerse. El nivel de ruido siguió cayendo. Morris observó que la posición relativa del contacto pasaba hacia atrás. ¿Qué diablos estaba haciendo este personaje?

—¡Periscopio a estribor, por la proa! —informó el anunciador.

—Error de posición, señor..., a menos que estemos mirando un señuelo de ruido —dijo el operador.

El oficial de lucha antisubmarina cambió la orientación del sonar activo y los resultados fueron inmediatos.

—¡Marcación del contacto tres cuatro cinco, distancia mil quinientos metros!

Una brillante señal se destacaba en la pantalla del sonar.

—¡Adelante a toda máquina! —gritó Morris; de alguna manera el submarino había evadido al sonar de arrastre; luego subió cruzando la capa de gradiente térmico y sacó su periscopio, pues no había dudas de lo que eso significaba—. ¡Todo timón a la derecha!

—Efectos hidrofónicos.... ¡torpedos en dirección hacia aquí, marcación tres cinco uno!

Instantáneamente, el oficial de armamento ordenó lanzar un torpedo antisubmarino con esa misma marcación, ya que tenía la esperanza de que pudiera interferir la acción del submarino atacante. Si los torpedos del ruso eran guiados por cable, tendría que cortar esos cables para poder maniobrar su submarino y evadir el disparo norteamericano de respuesta.

Morris trepó corriendo la escala hacia el puente. El submarino había roto el contacto de algún modo y maniobrado para tomar una posición de disparo. La fragata cambió rumbo y velocidad en un intento de inutilizar la solución obtenida por control de fuego del submarino.

—¡Veo uno! —dijo el oficial ejecutivo, señalando por encima de la proa.

El torpedo soviético dejaba una visible estela blanca en la superficie. Morris la vio, algo que él no había esperado. La fragata viraba rápidamente.

—Puente, veo dos torpedos, marcación constante tres cinco cero y distancia decreciente —dijo el oficial de acción táctica, hablando muy de prisa—. Ambos emiten pings contra nosotros. El nixie[52] está operando.

Morris levantó un teléfono.

—Informe de la situación al comandante de la escolta.

—Ya lo hice, jefe. Vienen hacia aquí otros dos helicópteros.

La fragata Marris estaba navegando ahora a veinte nudos y aumentando la velocidad, volviendo su popa a los torpedos. Su helicóptero se hallaba detrás de la señal, y hacía frenéticas corridas con su detector de anomalías magnéticas, tratando de localizar al submarino soviético.

La estela del torpedo cruzó sobrepasando la proa de la fragata mientras ésta mantenía aplicado a fondo el timón. Hubo una explosión atrás. Cuando el primer «pescado» ruso chocó con el torpedo señuelo nixie, se levantó una columna de agua blanca hasta treinta metros de altura. Pero sólo habían lanzado un nixie. Y allí había otro torpedo.

—¡Todo timón a la izquierda! —ordenó Morris al suboficial de guardia— Combate, ¿qué pasa con el contacto?

La fragata navegaba ahora a veinticinco nudos.

—No estoy seguro, señor. las sonoboyas tienen nues tro torpedo, pero nada más.

—Vamos a recibir un impacto —dijo el oficial ejecutivo. Señaló una estela blanca en el agua, a menos de doscientos metros de la nave. Seguramente había errado a la fragata en su primer intento y ahora regresaba para el segundo. Los torpedos autoguiados siguen buscando hasta que se quedan sin combustible.

Morris no pudo hacer nada. El torpedo se acercaba por la proa a babor. Si él viraba a la derecha, no haría otra cosa que presentar al pescado un blanco más grande. Debajo de él, el lanzador de «ASROC» giró hacia la izquierda orientándose en dirección a la posible posición del submarino, pero sin tener orden de disparar; todo lo que podía hacer el operador era apuntar. La estela blanca seguía acercándose. Morris se inclinó sobre la barandilla mirándola fijamente con todo su odio, mientras se extendía como un dedo próximo a tocar la proa. Ya no era posible que errara.

—No debe quedarse así, señor. —La mano del contramaestre Clarke agarró con fuerza el hombro de Morris y le obligó a arrojarse al suelo. Estaba tratando de hacer lo mismo con el oficial ejecutivo, cuando el torpedo dio contra la nave.

El impacto levantó a Morris treinta centímetros del pavimento de acero. No oyó la explosión, pero un instante después volvió a sentirse en el aire y se vio acometido por una masa de agua blanca que lo arrojó contra un montante. Su primer pensamiento fue que había saltado por la borda. Se levantó, y vio a su oficial ejecutivo.... sin cabeza, desplomado contra la puerta del puente de navegación. El alerón del puente había sido arrancado, el grueso blindaje metálico estaba perforado por los fragmentos. Los ventanales habían desaparecido. Lo que vio después era aún peor.

El torpedo había dado en la fragata unos metros detrás del sonar montado en la proa, que ya se hallaba completamente caída hacia delante; la quilla estaba agrietada por la explosión. La cubierta superior de proa había quedado al nivel del agua, y el horrible crujido del metal le

[52] Nixie = Señuelo remolcado por un navío de superficie, hace ruidos semejantes a los de su nave madre, para confundir a los torpedos.

dijo que todo ese sector estaba a punto de separarse de su buque. Morris se levantó tambaleándose, entró en el puente y de un manotón empujó la palanca del telégrafo a «Paren Máquinas», sin advertir que los ingenieros ya lo habían hecho. La inercia del buque seguía impulsándolo. Mientras Morris miraba, la proa se torció hacia estribor, diez grados con respecto al rumbo, y el montaje del cañón quedó a flor de agua; sus operadores trataban de retirarse hacia popa. Debajo del montaje había otros hombres. Morris sabía que estaban muertos, esperaba que hubiera sido una cosa instantánea y que no se estuvieran ahogando, atrapados en una jaula de acero que se hundía. *Sus hombres. ¿Cuántos tenían sus puestos de combate delante del lanzador de «ASROC?*

En ese momento se desprendió la proa. Treinta metros del buque se separaron del resto con intensos chirridos metálicos. Morris vio que la proa giraba y chocaba contra la parte posterior del buque mientras daba vueltas en el agua como un pequeño témpano. Hubo algún movimiento en una puerta estanca que se esforzaba por liberarse, y lo conseguía; saltó al agua y nadó para alejarse de la proa que se bamboleaba en el mar.

Los tripulantes del puente estaban con vida, todos ellos habían sufrido cortes por los vidrios, pero se hallaban en sus puestos. El contramaestre Clarke echó una rápida mirada al puente de navegación y luego corrió abajo para ayudar en control de averías. Los grupos de especialistas ya corrían hacia delante con mangueras de incendio y equipos para soldar, y en la central del control de averías los hombres examminaban el tablero indicador de fallas para comprobar la verdadera gravedad de la inundación. Morris cogió un teléfono y llamó a la central.

—¡Informe de control de daños!

—La entrada de agua llega hacia atrás hasta la cuaderna treinta y seis, pero creo que el buque flotará..., por un rato al menos. No hay incendios. Estoy esperando otros informes.

Morris hizo otra llamada telefónica.

—Combate, transmita por radio al comandante de la escolta que hemos recibido un impacto y necesitamos ayuda.

—Ya está hecho, señor. La fragata Gallery viene hacia aquí. Parece que el submarino logró huir. Todavía lo están buscando. Aquí también tenemos algunos daños por el impacto. No funciona ninguno de los radares. Tampoco tenemos el sonar de proa. El «ASROC» ha quedado fuera de servicio. Pero la cola todavía trabaja y también los montajes de «Mark—32». Espere.... el comandante de la escolta nos envía un remolcador, señor...

—Muy bien, queda usted en el control. Yo voy abajo a ver los daños.

Queda usted en el control, pensó Morris. ¿Cómo se controla un buque que no se mueve? Un minuto después estaba junto a un mamparo, observando a los hombres que trataban de apuntalarlo con una viga de madera.

—]Éste ha quedado bastante firme, señor, el siguiente hacia delante tiene filtraciones como un maldito colador, no hay forma de arreglarlo todo. Cuando se soltó la proa debió de haberlo torcido y aflojado en muchas partes.

El oficial asió por el hombro a un marinero y le ordenó buscar otros elementos de reparación en el depósito de popa.

—¿Aguantará éste?

—No sé. Clarke está controlando el fondo. Tendremos que soldar algunos parches y refuerzos. Deme unos diez minutos más y le diré si el buque seguirá flotando o no.

Apareció Clarke. Respiraba agitadamente.

—Encima de los depósitos ha cedido el mamparo, y además hay una pequeña grieta. Está filtrando bastante. las bombas no funcionan y apenas pueden mantener el nivel. Creo que podemos apuntalarlo, pero tenemos que darnos prisa.

El oficial de control de averías condujo de inmediato a los soldados abajo. Llegaron dos tripulantes con una bomba portátil. Morris les ordenó que bajaran.

—¿Cuántos hombres han desaparecido? —preguntó Morris al suboficial Clarke, que se sujetaba el brazo de una manera extraña.

—Todos los muchachos consiguieron salir del montaje de trece centímetros, pero no he visto a nadie de debajo de la cubierta. Mierda, me parece que yo también me he roto algo. —Clarke miró su brazo derecho y meneó la cabeza con fastidio—. No creo que muchos tipos hayan podido salir de la proa, señor. las puertas estancas quedaron un poco retorcidas, tienen que estar atascadas.

—Que le vean ese brazo —ordenó Morris.

—Bah, ¡al diablo el brazo, jefe! Usted me necesita.

El hombre tenía razón. Morris volvió a subir y Clarke lo siguió.

Al llegar al puente, Morris llamó por teléfono a ingeniería. El ruido que alcanzaba a oír contestó su primera pregunta.

El ingeniero imponía su voz sobre el silbido del escape de vapor.

—Daño por impacto, señor. Tenemos algunas cañerías de vapor rotas en la caldera número uno. Tengo la impresión de que la número dos todavía puede trabajar; pero he abierto las válvulas de seguridad en las dos, por las dudas. Los generadores diesel están en buenas condiciones. Aquí tengo algunos hombres heridos. Voy a enviarlos fuera. Yo.... está bien, está bien. Acabamos de hacer un control en la caldera número dos. Tiene algunas pérdidas menores, pero podemos arreglarlas en seguida. El resto, parece estar todo bastante bien. Puedo tener todo sin novedad en quince minutos.

—Nos hace falta. —Morris colgó el teléfono.

La fragata Pharris flotaba muerta en el agua. Con las válvulas de seguridad abiertas, el vapor escapaba en el interior de la enorme y compleja estructura, produciendo un sonido penetrante y penoso que parecía el grito de dolor del buque. La elegante proa de clíper de la fragata se había transformado en una cara plana y chata de metal desgarrado, con cables colgantes. El agua que rodeaba al buque estaba sucia a causa del petróleo derramado de los depósitos de combustible rotos. Por primera vez Morris notó que la nave estaba inclinada con un ángulo de caída hacia popa; cuando él se paró bien derecho, el buque quedaba mal alineado. Sabía que tenía que esperar otro informe de control de averías. Igual que con la víctima de un accidente, el diagnóstico dependía de las tareas de los médicos, y no se les podía apremiar ni molestar. Cogió el teléfono y llamó a la CIC.

—Combate, aquí Puente. ¿Qué se sabe del contacto con el submarino?

—El helicóptero de la fragata Gallery lanzó sonoboyas sobre él, pero el torpedo terminó su carrera sin encontrar nada. Parece que se alejó hacia el Noreste, aunque no hemos recibido nada desde hace cinco minutos. Ahora hay un «Orion» en la zona.

—Dígales que controlen dentro de nuestra formación. Este personaje no va a escapar, a menos que tenga que hacerlo. Puede estar entrando hacia nuestro convoy, y no saliendo. Dígaselo al comandante de la escolta.

—Comprendido, señor.

No acababa de colgar el teléfono, cuando sonó de nuevo.
—Aquí el comandante.

—Va a seguir flotando, señor —dijo apresuradamente el oficial de control de daño—. Ahora estamos poniendo un parche en el mamparo. No quedará muy sólido, pero las bombas extractoras pueden superar la entrada de agua. A menos que tengamos otro percance, podremos llevarlo a casa. ¿Están enviándonos el remolcador?

—Sí.

—Si van a remolcarnos, señor, será mejor que lo hagan desde popa. No quiero pensar que tengamos que navegar con mar gruesa.

—Muy bien. —Morris miró a Clarkt— Que vaya un grupo de hombres a popa. Vamos a amarrar allí el remolque. Ordene que lancen la lancha ballenera para buscar supervivientes. Yo he visto por lo menos un hombre en el agua. Y póngase ese brazo en cabestrillo.

—Usted gana, señor.

Clarke se retiró hacia popa.

Morris se dirigió a la CIC y encontró una radio que funcionaba.

—X—Ray Alfa, aquí Marris —llamó al comandante de la escolta.

—Informe su condición.

—Recibimos un impacto a proa; perdimos todo ese sector hasta el lanzador «ASROC». Nos es imposible maniobrar. Puedo mantener el buque a flote, a no ser que encontremos mal tiempo. Ambas calderas están sin presión en este momento, pero podríamos volver a disponer de potencia en menos de diez minutos. Tenemos bajas, aunque no sé todavía cuántas ni de qué gravedad. Comandante, el impacto que sufrimos fue de un submarino nuclear, probablemente un «Victor». Si no me equivoco, se dirige ahora hacia ustedes.

—Lo hemos perdido, pero estaba alejándose —dijo el comandante.

—Empiece a buscar dentro, señor —urgió Morris—.Este individuo se nos acercó como para pelear a punta de cuchillo y actuó muy bien contra nosotros. No creo que vaya a escapar durante mucho tiempo, es demasiado bueno para eso, maldito sea.

El comandante reflexionó un momento.

—Está bien, lo tendré en cuenta. La fragata Gallery está navegando hacia ustedes. ¿Qué otra ayuda necesitan?

—Ustedes necesitan a la Gallery más que nosotros. Envíenos simplemente el remolcador —respondió Morris. Sabía que ese submarino no iba a regresar para darle el golpe de gracia. Ya había cumplido esa parte de su misión. Ahora, trataría de hundir algunos mercantes.

—Comprendido. Avíseme si necesita algo más. Buena suerte, Ed.

—Gracias, señor. Cambio y corto.

Morris ordenó a su helicóptero que lanzara una doble línea de sonoboyas que rodearan en círculo su buque, por las dudas. Luego el Sea Sprite encontró tres hombres en el agua, uno de ellos muerto. La lancha ballenera los izó, dejando que el helicóptero volviera a reunirse con el convoy. Lo asignaron a la Gallery, que ocupó la posición de la Pharris mientras el convoy tomaba rumbo en ángulo hacia el Sur.

Abajo, los soldados trabajaban con sus equipos, hundidos hasta la cintura en agua salada, mientras luchaban para sellar las grietas en los mamparos estancos de la fragata, tarea que duró nueve horas. Luego, las bombas extrajeron todo el agua de los compartimientos inundados.

Antes de que terminaran, el remolcador de flota Papago se acercó a la cuadrada popa de la fragata. El suboficial Clarke supervisó la operación de pasar y asegurar el robusto cable de remolque. una hora después el remolcador llevaba a la fragata con un rumbo general Este, a

cuatro nudos, y hacia atrás, para proteger la proa dañada. Morris ordenó que su sonar de arrastre se fijara a la proa y lo dejaron caer para llevarlo detrás de la nave y contar así con cierta capacidad de defensa. Apostaron varios vigías más de lo acostumbrado para que observaran el mar en busca de periscopios. Sería un lento y peligroso viaje de regreso a casa.

28. RUPTURAS

STENDAL, REPUBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA

—Tenga cuidado, Pasha.

—Como siempre, camarada general —sonrió Alekseyev— Vamos, capitán.

Sergetov siguió a su superior ligeramente atrás y a un lado. A diferencia de su previa salida al frente, ambos hombre iban con mallas metálicas para proteger el cuerpo. El general llevaba sólo una pistola en el cinturón y su cartera portafolios para mapas, pero el capitán, que ahora era guardaespaldas además de oficial de Estado Mayor, tenía una pequeña pistola ametralladora checoslovaca colgada del hombro. Ese día el general era un hombre diferente, notó el capitán. En el primer viaje de Alckseyev al frente, se había mostrado cauteloso, casi indeciso en sus actitudes. Al militar más joven no se le había ocurrido que, por más antiguo en jerarquía que fuera Alekseyev, nunca había estado antes en combate, y se había acercado a esa terrible lucha con la misma aprensión que hubiera podido sentir un soldado sin experiencia. Sin embargo, ya no era lo mismo. Había olido el humo. Ahora sabía si las cosas marchaban bien o no. El cambio era notable. Su padre tenía razón, pensó Sergetov; era un hombre para tener en cuenta.

En el helicóptero se unió a ellos un coronel de la fuerza aérea. El «Mi-24» despegó en la oscuridad, mientras su escolta de cazas lo cubría en lo alto.

LAMMERSDORF, REPUBLICA FEDERAL ALEMANA

No era mucha la gente que apreciaba la importancia de la grabadora de videotapes. Un aspecto útil y conveniente para el hogar, sin duda; pero hasta que un capitán de la Real Fuerza Aérea holandesa no demostró su brillante idea, hacía dos años, no se había probado su utilidad en el campo de batalla, en ejercicios secretos en Alemania primero y luego en el oeste de los Estados Unidos.

Los aviones de exploración por radar de la OTAN mantenían sus posiciones de costumbre, a gran altura sobre el Rin. las aeronaves «E-3A Sentry», más conocidas como «AWAC», y las más pequeñas y menos conocidas «TR-1», cumplían sus misiones volando en aburridos círculos o en líneas rectas, a bastante distancia del frente de batalla. Sus funciones eran similares, pero distintas.

El «TR-1», una modernizada versión del venerable «U-2», buscaba vehículos en tierra.

Inicialmente, el «TR-1» había resultado poco menos que un fracaso, porque detectaba demasiados vehículos; muchos de ellos eran reflectores de radar inmóviles, colocados en todas partes por los soviéticos. Los comandantes de la OTAN se veían inundados de informaciones demasiado desordenadas, que no se podían utilizar. Entonces fue cuando llegó la grabadora de vídeo. La información recogida por el avión se grababa en su totalidad en videotapes, puesto que constituían un medio conveniente para almacenamiento de datos; pero las grabadoras construidas para el sistema de la OTAN tenían algunas características operativas. El capitán holandés pensó en llevar su aparato personal a su oficina, y demostró cómo, empleando el avance rápido o el retroceso rápido, se podía usar la información de radar para ver no sólo a dónde iban las cosas, sino también de dónde habían venido. La ayuda del ordenador lo hizo más fácil al eliminar todos los elementos que no se movían más de una vez cada dos horas —borrando así los señuelos rusos para los radares—, y con eso quedó completada la flamante herramienta de Inteligencia.

Haciendo varias copias de cada tape, un grupo de más de cien expertos en Inteligencia y en control de tráfico examinaba constantemente la información. Algunos la interpretaban directamente como inteligencia táctica. Otros buscaban doctrina. Muchos camiones que se movían de noche desde y hacia las primeras líneas del frente no podían significar otra cosa que idas y venidas a los depósitos de munición y combustible. Los numerosos vehículos que se desprendían de un convoy divisional y se desplegaban en línea paralela al frente, revelaban artillería en preparación para un ataque. Era imprescindible, lo aprendieron por experiencia, hacer llegar en seguida la información a los comandantes del frente, para que pudieran hacer uso de ella.

En Lammersdorf, un teniente belga estaba terminando de preparar un tape que hacía ya seis horas que había sido obtenido, y su informe se envió por línea terrestre a los comandantes adelantados de la OTAN. Decía que sobre la Autobahn-7 habían trasladado por lo menos tres divisiones al Norte y al Sur. Los soviéticos atacarían con centro en Bad Salzdetfurth, antes de lo esperado. De inmediato llevaron el frente unidades de reserva de los Ejércitos belga, alemán y norteamericano, y las unidades aéreas aliadas entraron en alerta para operaciones de apoyo terrestre en una importante batalla. La lucha en ese sector ya había sido terriblemente cruel. las fuerzas alemanas que cubrían la zona situada al sur de Hannover se encontraban disminuidas a menos de un cincuenta por ciento de su potencial, y la batalla que aún no había comenzado estaba tomando ya el cariz de una carrera, pues ambos bandos trataban de poner reservas en el punto de ataque antes que el otro.

HOLLE, REP17BLICA FEDERAL ALEMANA

—Treinta minutos —dijo Alekseyev a Sergetov. Cuatro divisiones de infantería mecanizadas estaban en línea, cubriendo un frente de menos de veinte kilómetros. Detrás de ellas, una división de tanques se hallaba en espera para explotar la primera brecha en las líneas alemanas. El objetivo era el pueblo de Alfeld, sobre el río Leine. El pueblo dominaba dos carreteras que la OTAN utilizaba para trasladar unidades y abastecimientos al Norte y al Sur, y su captura abriría una brecha en las líneas de la OTAN, permitiendo que los grupos soviéticos operacionales de maniobra irrumpieran en la retaguardia de la OTAN.

—Camarada general, ¿cómo están progresando las cosas, en su opinión? —preguntó el capitán en voz baja.

—Pregúnteme dentro de unas horas —respondió el general.

El valle del río, a sus espaldas, era todavía terreno cubierto por un derroche de tropas y armas. Estaban a sólo treinta kilómetros de la frontera..., y ellos habían confiado en que los tanques del Ejército Rojo alcanzaran Holle en dos días solamente. Alckseyev frunció el ceño, preguntándose quién habría sido el genio de Estado Mayor que calculó ese desarrollo en tiempo. una vez más habían pasado por alto el factor humano. La moral y el espíritu de lucha de los alemanes era algo que él jamás había visto. Recordó los relatos de su padre sobre las batallas a través de Ucrania y Polonia, pero nunca los creyó del todo. Ahora sí lo hizo. Los alemanes disputaban cada palmo de tierra en su país como lobos que defienden sus cachorros, retirándose solamente cuando se veían forzados a hacerlo, contraatacando en toda oportunidad, agotando la sangre de las unidades rusas en avance, para lo cual empleaban cuantas armas podían.

La doctrina soviética había pronosticado pérdidas. La batalla de movimientos sólo podía efectuarse mediante un costoso ataque frontal que provocara primero una apertura en las líneas del frente.... pero los Ejércitos de la OTAN negaban esa apertura a los soviéticos. Sus perfeccionadas armas, disparadas desde posiciones preparadas y seguras, iban deshaciendo a cada ola atacante. Sus operaciones aéreas en la retaguardia soviética minaban las fuerzas de unidades antes de que pudieran enviarlas a la batalla decisiva, y practicaban tiro al blanco contra las piezas de artillería de apoyo, a pesar de todas las medidas de engaño.

El Ejército Rojo avanzaba, se recordó Alekseyev, y la OTAN estaba pagando su propio precio.

Sus reservas también sufrían un marcado desgaste. las fuerzas alemanas no usaban su movilidad como lo hubiera hecho Alckseyev, atándose con demasiada frecuencia a determinadas situaciones geográficas en vez de pelear con operaciones de movimiento. Por supuesto, pensó el general, ellos no tenían mucho terreno para negociar a cambio de tiempo. Miró su reloj.

Cuando la artillería rusa comenzó su bombardeo de preparación, una sábana de fuego surgió de los bosques que se extendían debajo de él. Después fueron los lanzadores de cohetes múltiples, y el cielo de la mañana se encendió con los trazos ígneos. Alekseyev reguló el enfoque de sus binoculares. Pocos segundos después pudo ver las explosiones anaranjadas y blancas de los impactos en las líneas de la OTAN. Estaba demasiado lejos del frente de combate para divisar los detalles, pero una zona que se hallaba a muchos kilómetros se iluminó como los carteles de neón tan populares en Occidente. Se oyó un rugido en lo alto, y el general contempló los primeros elementos de los cazas de ataque terrestre en veloz desplazamiento hacia el frente.

—Gracias, camarada general —respiró, aliviado, Alekseyev.

Contó por lo menos treinta cazabombarderos «Sukhoi» y «MiG», todos ellos acercándose al suelo mientras se dirigían a la línea de combate. Su cara se arrugó en una decidida sonrisa cuando entró en el búnker de mando.

—Los elementos de vanguardia ya están avanzando —anunció un coronel.

Encima de una mesa improvisada con rústicas tablas apoyadas sobre caballetes, habían extendido los mapas tácticos, y sobre ellos hacían diversas marcas con lápices de cera. las flechas rojas empezaron su marcha hacia una serie de líneas azules. Los que hacían los cálculos eran tenientes, y llevaban auriculares telefónicos que los comunicaban con las jefaturas de determinados regimientos. Los oficiales que estaban en enlace con unidades de reserva se mantenían de pie alejados de la mesa y fumaban cigarrillos mientras observaban la marcha de las flechas. Detrás de ellos, el comandante del Octavo Ejército de infantería, también de pie, contemplaba en silencio cómo se iba desarrollando su plan de ataque.

—Se encuentra moderada resistencia. Se recibe fuego de artillería y de tanques —dijo el teniente.

Unas explosiones sacudieron el puesto de mando. A dos kilómetros de distancia, una escuadrilla de «Phantom» alemanes acababa de atacar un batallón de cañones móviles.

—Tenemos cazas enemigos arriba —dijo el oficial de defensa aérea, con atraso.

Algunos miraron con aprensión el techo de madera del refugio. Alekseyev no lo hizo. una bomba explosiva de la OTAN los mataría a todos en un abrir y cerrar de ojos. Si bien le gustaba mucho su puesto como segundo comandante del Teatro, le habría gustado más volver atrás, a los días en que mandaba una división combatiente. Aquí, sólo era un observador, y él sentía la necesidad de empuñar las riendas con sus propias manos.

—La artillería informa intenso fuego de contrábatería y ataques aéreos. Nuestros misiles están atacando a los aviones enemigos en la zona de retaguardia de la división de infantería mecanizada 57 —continuó el oficial de defensa aérea— Intensa actividad aérea sobre el frente.

—Nuestros cazas atacan a los aviones de la OTAN —informó el oficial de la aviación frontal, y alzó la vista con expresión de ira— ¡Hay misiles propios superficie-aire que están derribando a nuestros cazas!

—¡Oficial de defensa aérea! —gritó Alekseyev— Ordene a sus unidades que identifiquen a sus blancos.

—Tenemos cincuenta aviones sobre el frente. ¡Nosotros solos podemos hacernos cargo de los cazas de la OTAN! —insistió el aviador.

—Comunique a todas las baterías «SAM» que no disparen sobre blancos que se encuentren por encima de los mil metros —ordenó Alekseyev.

Lo había discutido la noche anterior con su comandante de la aviación frontal. Los pilotos de los «MiG» iban a mantenerse en altura después de efectuar sus corridas de ataque, dejando a las baterías de cañones y misiles en libertad para combatir solamente a los aviones de la OTAN que constituyeran una amenaza inmediata para las unidades de tierra. ¿Por qué sufrían la agresión de sus propios aviones?

A nueve mil metros de altura sobre el Rin, dos aviones radar «E-3A» de la OTAN luchaban por sus vidas. Estaba desarrollándose una decisiva ofensiva soviética, con dos regimientos de interceptores «MiG-23» que cruzaban el cielo como cohetes en dirección a ellos. Los controladores de a bordo llamaron pidiendo ayuda, lo cual provocó su distracción para eludir el ataque, y sustrajo aviones de combate de otras misiones. Descuidando su propia seguridad, los rusos venían hacia el Oeste a más de mil millas por hora, con un fuerte apoyo de interferencias electrónicas. Aviones jets norteamericanos «F-15 Eagle» y «Mirage» franceses convergieron hacia la zona, llenando el aire de misiles. No fue suficiente. Cuando los «MiG»

se acercaron a menos de cien kilómetros, los «AWAC» apagaron sus radares y picaron hacia tierra para eludir el ataque. Los cazas de la OTAN, sobre Bad Salzdetfurth, quedaron solos. Por primera vez los soviéticos habían conseguido la superioridad aérea sobre un importante campo de batalla.

—El regimiento 143 de infantería informa que han logrado romper las líneas alemanas —dijo un teniente; no levantó la vista, pero extendió la flecha de la que era responsable— las unidades enemigas se retiran en desorden.

—El 145 de infantería comunica —informó el oficial de exploración que se hallaba junto al anterior—. La primera línea de la resistencia alemana ha cedido. las unidades enemigas en retirada... El regimiento continúa hacia el Sur a lo largo de la línea del ferrocarril. Los alemanes no se reagrupan ni intentan volver al frente.

El general comandante del Octavo Ejército de infantería echó una triunfal mirada a Alekseyev.

—¡Que se ponga en movimiento esa división de tanques!

Las dos disminuidas brigadas alemanas que cubrían ese sector habían sufrido demasiado, convocadas en varias ocasiones para detener demasiados ataques. Con sus hombres exhaustos y sus armas anuladas, no tuvieron otra alternativa que correr huyendo del enemigo, con la esperanza de recomponer una nueva línea en los bosques detrás de la autopista 243. En Hackenstedt, a cuatro kilómetros de allí, la división de tanques número 20 empezó a moverse por la carretera. Con sus trescientos grandes tanques «T-80», apoyados por otros varios cientos de carros de asalto de infantería, se abrió a izquierda y derecha de la ruta secundaria y adoptó su formación de ataque en columnas de regimiento. La división 20 de tanques era el grupo de maniobras operacionales del Octavo Ejército de infantería. Desde que comenzó la guerra, el Ejército soviético había estado tratando de penetrar con alguna de estas poderosas unidades hasta la retaguardia de la OTAN. Ahora era posible.

—Muy bien hecho, camarada general —dijo Alekseyev. La mesa de marcaciones mostraba una ruptura general. Tres de las cuatro divisiones mecanizadas de infantería atacantes habían logrado irrumpir a través de las líneas alemanas.

Los «MiG» consiguieron derribar a uno de los «AWAC» y tres cazas «Eagle», al precio de diecinueve de los suyos, en una furiosa batalla aérea que duró quince minutos. El «AWAC» superviviente volvió a tomar altura, a ciento treinta kilómetros detrás del Rin, y sus operadores de radar se hallaban trabajando para restablecer el control de la batalla aérea sobre Alemania central, mientras los «MiG» volaban velozmente de regreso a casa a través de una nube de misiles superficie-aire de la OTAN. Con un costo tremendo, habían cumplido una misión para la cual no habían recibido siquiera una mínima explicación previa.

Pero esto era sólo el comienzo. Ahora que el ataque inicial había tenido éxito, se ponía en marcha la parte más difícil de la batalla. Los generales y coroneles que comandaban el ataque tenían que hacer avanzar rápidamente a sus unidades, cuidando de mantener intactas las formaciones mientras la artillería se desplazaba dando saltos hacia el Sudoeste para proveer continuo apoyo a los regimientos que se adelantaban. La división de tanques tenía la prioridad, pues debía llegar a las próximas posiciones alemanas sólo minutos después de las tropas de infantería, a fin de alcanzar Alfeld antes de la caída de la noche. las unidades de policía de campaña establecieron puntos preplanificados de control de tránsito, y dirigían a las unidades por caminos cuyos carteles indicadores habían sido retirados por los alemanes. El proceso no era tan fácil como podrían haber supuesto. las unidades no estaban intactas. Algunos de los comandantes habían muerto, muchos vehículos se hallaban averiados, y los daños en los caminos demoraban el tráfico muy por debajo de los promedios normales de avance.

Por su parte, las tropas alemanas estaban tratando de reorganizarse. las unidades de retaguardia se quedaban atrás en cada curva del camino, preparándose para lanzar sus misiles

antitanque contra la entusiasta vanguardia soviética que avanzaba rápidamente. Eso costó un alto precio en cuanto a comandantes de unidades. Los aviones aliados también estaban reorganizándose, y los cazabombarderos que atacaban en vuelo bajo empezaron a hostigar a las unidades soviéticas en terreno abierto.

Cruzando la quebrada línea de batalla, una brigada alemana de tanques entró en la localidad de Alfeld, y diez minutos después lo hizo un regimiento motorizado belga. Los alemanes siguieron hacia el Noroeste por el camino principal, observados por ciudadanos a quienes acababan de ordenar que evacuaran sus casas.

FASLANE, ESCOCIA

—No hay suerte, ¿eh? —preguntó Todd Simms, comandante del USS Boston.

—Ninguna —confirmó McCafferty.
Hasta el mismo viaje de entrada a Faslane había sido desafortunado. La nave de guardia en el corredor de tránsito de seguridad, el HMS Osiris, se había colocado en posición de ataque y ellos no lo habían detectado. Si hubiese sido un submarino ruso en vez del diesel británico, a estas alturas McCafferty muy bien podría haber estado muerto.

—Tuvimos nuestra buena oportunidad contra ese grupo anfibio. las cosas iban saliendo a la perfección, ¿sabes? Los rusos habían desplegado sus líneas de sonoboyas afuera, y nosotros las pasamos limpiamente, y teníamos a nuestros blancos alineados para el ataque con misiles.... supongo que les habríamos lanzado primero los misiles, y luego los torpedos...

—Eso me suena muy bien —coincidió Simms.

—Y entonces llega alguien y lanza su propio ataque con torpedos. Arruinó todo. Nosotros le enviamos tres «Harpoon», pero cuando lo hacíamos nos vio un helicóptero y.... ¡bingo!, todos los hijos de puta se nos vinieron encima. —McCafferty abrió la puerta del club de oficiales— ¡Necesito un trago!

—¡Diablos, sí! —rió Simms— Después de unas cuantas cervezas, todo parece mejor. Bueno.... siempre pasan cosas de ésas. La suerte cambia, Danny. —Simms se inclinó sobre la barra—. Dos bien fuertes.

—Como usted diga, capitán.

Un camarero de chaqueta blanca les sirvió dos jarras de cerveza, oscura y tibia. Simms recogió la cuenta y llevó a su amigo a una mesa apartada en un rincón. En el extremo opuesto del salón parecían estar celebrando algo.

—Danny, no debes lamentarte, cálmate. No es culpa tuya si Iván no te envió ningún blanco, ¿verdad?

McCafferty bebió un largo trago. A tres kilómetros y medio de allí, el Chicago se reaprovisionaba. Iban a estar dos días en puerto. El Boston y otro submarino clase «688» estaban amarrados en el mismo muelle, y dos más llegarían un poco más tarde ese mismo día. Debían prepararlos para una misión especial, pero todavía no sabían de qué se trataba. Mientras tanto, los oficiales y demás tripulantes empleaban su breve tiempo libre para respirar aire fresco y calmar un poco los nervios.

—Tienes razón, Todd, como siempre.

—Bueno. Toma algunas galletitas saladas. Parece que hay una buena fiesta allá. ¿Qué te parece si vamos a ver? Simms cogió su cerveza y caminó hasta el extremo del salón.

Se encontraron con una reunión de oficiales submarinistas, lo que no era ninguna sorpresa; pero sí lo era el centro de toda la atención. Un capitán noruego, rubio y de unos treinta años, que evidentemente hacía varias horas que había dejado de estar sobrio. Tan pronto como terminó una jarra de cerveza, un capitán de fragata británico le ofreció otra.

—¡Tengo que encontrar al hombre que nos salvó! —insistía el noruego en voz alta, turbada por la borrachera.

—¿Qué pasa? —preguntó Simms.

Hicieron las presentaciones. El oficial británico era el comandante del HMS Oberon.

—Éste es el muchachito que hizo volar al Kirov hasta Múrmansk —dijo—. Repite toda la historia cada diez minutos. Ahora iba a empezar de nuevo.

—Hijo de puta —dijo McCafferty.

¡Ése era el tipo que había hundido su blanco! El noruego se puso a hablar otra vez.

—Hacemos nuestra aproximación lentamente. Ellos vienen directamente —eructo— hacia nosotros, y nosotros nos movemos muy despacio. Yo pongo periscopio arriba, ¡y allá está! Cuatro mil metros, veinte nudos, él va a pasar a menos de quinientos metros a estribor. —El jarro de cerveza iba regando el suelo— ¡Abajo periscopio! Arne.... ¿ dónde te has metido, Arne? Oh, está borracho en la mesa. Arne es oficial de armamento. Preparó cuatro torpedos para disparar. Tipo treinta y siete, torpedos norteamericanos.

Hizo un gesto para señalar a los siete oficiales norteamericanos que se habían unido al grupo.

¡Cuatro «Mark-37»! McCafferty se estremeció de sólo pensarlo.

—Kirov está muy cerca ahora. ¡Arriba periscopio! Mismo rumbo, igual velocidad, distancia ahora dos mil metros.... yo disparo... ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! Vuelvo a cargar y sumerjo profundo.

—¡Usted es el tipo que arruinó mi aproximación! —gritó McCafferty.

El noruego casi pareció sobrio por un momento. —¿Quién es usted?

—Dan McCafferty, del USS Chicago.

—¿Usted estaba allí?

—Sí.

—¿Usted disparó misiles?

—Sí.

—¡Héroe! —El comandante del submarino noruego corrió hacia McCafferty y casi lo derribó al envolverlo en un sofocante abrazo de oso— ¡Usted salva a mis hombres! ¡Usted salva a mi buque!

—¿Qué diablos es esto? —preguntó Simms.

—Ah, las presentaciones —dijo otro oficial naval británico— El capitán Bjorn. Johannsen, del submarino de Su Majestad noruega, Kobben. El capitán Daniel McCafferty, del USS Chicago.

—Después que nosotros atacamos Kirov, ellos nos rodean como lobos. Kirov explota entero...

—¿Cuatro pescados? No lo dudo —aprobó Simms.

—Rusos vienen a nosotros con crucero, dos destructores —continuó Johannsen, ahora completamente sereno—. Nosotros, ah..., evadir, sumergir, pero ellos nos encuentran y disparan sus cohetes «RBU».... muchos, muchos cohetes. Mayoría lejos, algunos cerca. Nosotros recargamos y disparamos contra crucero.

—¿Le dieron?

—Un impacto; averiado, pero no se hunde. Esto lleva, no estoy seguro, diez minutos, quince. Estábamos muy ocupados en esos momentos.

—Yo también. Nosotros entramos rápido, siguiendo el radar. Había tres buques donde pensamos que se hallaba el Kirov.

—Kirov estaba hundido.... ¡explotado! Lo que usted ve era crucero y dos destructores. Entonces usted dispara misiles, ¿sí?

Los ojos de Johannsen echaban chispas.

—Tres «Harpoon». Un helicóptero vio el lanzamiento y vino sobre nosotros. Evadimos, y nunca supimos si los misiles habían abatido algo.

—¿Abatido? ¡Ah! Déjeme decirle —gesticuló Johannsen— Nosotros muertos, sin baterías. Tenemos daños ahora, no podemos correr. Nosotros evadir ya cuatro torpedos, pero ellos tienen ahora a nosotros. Sonar tiene a nosotros. Destructor dispara «RBU» a nosotros. Primero tres fallan; pero ellos tienen a nosotros. Entonces... ¡Buum! ¡Buum! ¡Buum! Muchos más. Destructor vuela. Otro averiado, pero no hundir, creo. Nosotros escapamos. —Johannsen abrazó de nuevo a McCafferty y ambos derramaron sus cervezas; el norteamericano no había visto nunca a un noruego que demostrara tanta emoción, ni siquiera por su esposa— Mi tripulación viva por usted, ¡Chicago! Lo invito a un trago. Invito a todos sus hombres a un trago.

—¿Usted está seguro de que hundimos ese destructor?

—Usted no hunde... —dijo Johannsen—, mi buque muerto, mis hombres muertos, yo muerto. Usted hunde.

Hundir un destructor no es exactamente tan bueno como hundir un crucero de batalla de propulsión nuclear, se dijo McCafferty, pero era mucho mejor que nada. *«Y averías a otro* —se recordó a sí mismo— *Y quién sabe, a lo mejor ése se hundió en el viaje de regreso a casa.»*

—No fue tan miserable, Dan —comentó Simms.

—¡Hay gente —exclamó el comandante del HMS Oberon— que tiene toda la maldita suerte del mundo!

—¿Sabes, Todd? —dijo el comandante del USS Chicago—, esta cerveza es bastante buena.

USS PHARRIS

La ceremonia fúnebre seria para dos hombres solamente. Otros catorce habían desaparecido y se daban por muertos; pero, con todo, Morris se consideraba afortunado. Veinte marineros tenían heridas de mayor o menor gravedad. El antebrazo quebrado de Clarke, cierta cantidad de fracturas de tobillos por la conmoción del impacto del torpedo, y media docena de quemaduras por las roturas de tuberías de vapor. Sin contar las heridas y cortes menores por los trozos de vidrio que habían volado.

Morris leyó toda la ceremonia en el manual, con voz carente de emoción mientras se refería a aquellas palabras sobre la esperanza segura y cierta de que el mar devolveria algún día a sus muertos... Obedeciendo una orden, los marineros inclinaron las mesas de la cámara. Los cuerpos, envueltos en bolsas plásticas y lastrados con acero, se deslizaron por debajo de las banderas y cayeron directamente al agua. Había tres mil metros de profundidad allí, un largo último viaje para su oficial ejecutivo y el auxiliar artillero de tercera clase, de Detroit. Siguió el saludo con fusiles, pero no hubo toques de rendición de honores. No había nadie a bordo que supiera tocar el clarín, y la grabadora estaba rota. Morris cerró el libro.

—En descanso y a sus puestos.

Doblaron cuidadosamente las banderas y las llevaron a sus cofres. Bajaron las mesas a la cámara de oficiales y los montantes volvieron a sus sitios. La fragata USS Pharris seguía siendo nada más que media nave, que serviría únicamente para desguace y aprovechamiento de chatarra. Morris lo sabía.

El remolcador Papago la llevaba hacia atrás a poco más de cuatro nudos. Tres días hasta la costa. Habían puesto rumbo a Boston, el puerto más cercano, y no a una base naval. La razón era bastante clara. las reparaciones durarían más de un año, y la Marina no quería ocupar una de sus instalaciones propias de reparación con algo que requiriera tanto tiempo. Solamente aquellos buques que se podían reparar para empleo útil en la guerra recibían rápida atención. Hasta la misma continuación de su mando en la Pharris era una broma. El remolcador tenía una dotación de reserva, muchos de ellos expertos en salvamento en la vida civil. Tres se hallaban a bordo para vigilar el cable de remolque y «aconsejar» a Morrís sobre lo que debía hacer. Sus consejos eran realmente órdenes, aunque muy corteses.

Había muchas cosas para mantener ocupada a su tripulación. Los mamparos delanteros necesitaban constante vigilancia y atención. Ya habían comenzado las reparaciones en la planta de máquinas. Solamente trabajaba una caldera, que entregaba vapor para mover los turbogeneradores y proveer energía eléctrica. La segunda caldera exigía por lo menos otro día de trabajo. Su principal radar de búsqueda aérea estaría en servicio en las próximas cuatro horas, según decían. La antena para el satélite se hallaba ya reparada y ajustada. Cuando llegaran a puerto, si es que llegaban, todo lo que había a bordo susceptible de ser reparado por la tripulación, estaría reparado. Eso realmente no importaba, pero una tripulación ocupada, como decía siempre la Marina, es una tripulación feliz.

En términos prácticos, significaba que los tripulantes, a diferencia de su comandante, no tenían que preocuparse por los errores que pudieran haberse cometido, por las vidas que se perdieran debido a ellos, ni por quién fuera el responsable.

Morris se dirigió a la Central de Informaciones de Combate. La tripulación táctica estaba volviendo a proyectar la cinta y el registro en papeles del encuentro con el «Victor», tratando de descubrir qué había pasado.

—Yo no sé. —El operador de sonar se encogió de hombros— A lo mejor eran dos submarinos, no uno solo. Es decir.... está aquí, ¿cierto? Este rastro brillante que se ve ahí..., después, al cabo de un par de minutos, el sonar activo lo detecta.

—Fue un solo submarino —dijo Morris— Llegar de aquí hasta allá es una carrera de unos cuatro minutos, a veinticinco nudos.

—Pero nosotros no lo oímos, señor, y no apareció en la pantalla. Además, cuando lo perdimos iba con rumbo para el otro lado.

El sonarista rebobinó la cinta de vídeo para volver a pasarla.

—Ajá.

Morris volvió al puente, repitiendo todo mentalmente una vez más. Ahora ya tenía memorizada la secuencia completa. Salió al alerón del puente. Los deflectores de vapor de agua estaban todavía perforados, y había una débil mancha de sangre en el sitio donde murió el oficial ejecutivo. Alguien debía volver a pintarlo, ese mismo día. El suboficial Clarke tenía toda clase de grupos de trabajo en funcionamiento. Morris encendió un cigarrillo y clavó la vista en el horizonte.

REYDARVATH, ISLANDIA

El helicóptero fue la última advertencia que necesitaban. Edwards y su grupo caminaban en dirección Noreste. Atravesaron una zona de muchos lagos pequeños, cruzaron un camino de grava después de esperar una hora para ver cómo era el tránsito allí (no lo había), y empezaron a caminar a través de una serie de pantanos.

Ahora Edwards ya había llegado a una confusión total respecto al terreno. La mezcla de rocas desnudas, praderas con pastos, campos de lava, y ahora un pantano de agua dulce, hizo que se preguntara si Islandia no sería el lugar donde Dios había puesto todo lo que le había sobrado después de construir el mundo. Aunque resultaba evidente que había hecho un cálculo muy justo de la cantidad de árboles, porque allí no había ninguno, y su mejor cubierta eran los pastos que llegaban a la altura de las rodillas y sobresalían del agua. Tenía que ser un pasto resistente, pensó Edwards, ya que ese pantano había estado congelado no hacía mucho tiempo. Todavía se hallaba muy frío, y a los pocos minutos de entrar, a todos les dolían las piernas. Resistieron el sufrimiento. La alternativa era viajar sobre tierras desnudas y ligeramente elevadas; pero, teniendo en cuenta los helicópteros que merodeaban, debían desecharla.

La resistencia de Vidgis sorprendió a todos. Mantenía el mismo ritmo que los infantes de Marina, sin quejarse ni retrasarse. *«Una verdadera muchacha de campo* —pensó Edwards—; *todavía gozaba de las ventajas físicas de una niñez al aire libre, ocupada en pastorear las ovejas de la familia y trepar esas malditas montañas.»*

—Bueno, muchachos, tómense diez minutos —gritó Edwards.

—Todos se apresuraron a buscar un lugar seco para desplomarse. Por lo general, encontraban rocas. ¡Rocas en un pantano!, pensó Edwards. García se hizo cargo de la guardia, con los binoculares robados a los rusos. Smith encendió un cigarrillo. Edwards miró a su alrededor y vio que Vidgis se había sentado a su lado.

—¿Cómo te sientes?

—Muy cansada —dijo ella con una ligera sonrisa—. Pero no tan cansada como usted.

—¿Ah, sí? —rió Edwards— Tal vez deberíamos apretar el paso.

—¿A dónde vamos?

—A Hvammsfjórdur. No me dijeron para qué. Calculo otros cuatro o cinco días. Queremos evitar todos los caminos que podamos.

—Para protegerme a mí, ¿sí? Edwards negó con la cabeza.

—Para protegernos todos nosotros. No queremos pelear con nadie. Hay demasiados rusos por todas partes para ponernos a jugar a los soldados.

—Entonces, ¿yo no los daño.... este, los molesto, para otras cosas importantes? —preguntó Vidgis.

—Para nada. Estamos muy felices de tenerte con nosotros. ¿A quién no le gustaría un paseo por el campo con una chica hermosa? —dijo Edwards con galantería. ¿Había sido hábil decir eso?

Ella le lanzó una mirada extraña. —Usted cree yo bonita ... , después de...

—Vidgis, aunque te hubiera atropellado un camión.... sí, eres muy hermosa. Ningún hombre podría cambiar eso. Lo que te ocurrió no fue culpa tuya. Cualesquiera hayan sido los cambios que eso produjo, son interiores, no exteriores. Y yo sé que a alguien debes gustarle.

—¿Por mi bebé? Error. Él encuentra otra muchacha. Esto no es importante, todas mis amigas tienen bebés.

Se encogió de hombros.

Ese estúpido hijo de puta, pensó Edwards. Recordó que en Islandia no se consideraba un estigma ser hijo natural. Como nadie usaba apellido (la mayoría de los islandeses tenía un primer nombre seguido por un patronímico), era imposible saber la diferencia entre los legítimos y los ilegítimos. Además, a los islandeses parecía importarles un bledo que alguien fuera lo uno o lo otro. las muchachas jóvenes solteras tenían hijos, los cuidaban bien y eso era todo. Pero, ¿quién sería capaz de abandonar a esa chica?

—Bueno, en lo que a mí respecta, Vidgis, nunca he conocido una muchacha más bonita que tú.

—¿De verdad?

Tenía el pelo hecho un desastre, sucio y enmarañado, debió admitir Edwards para sus adentros; la cara y las ropas estaban cubiertas de tierra y de barro, aunque todo eso podía cambiar en unos instantes con una ducha caliente que revelara su hermosura. Pero la belleza surge del interior, y él estaba empezando a apreciar a la persona que ella era por dentro. Le pasó la mano por la mejilla.

—Cualquier hombre que diga otra cosa es un idiota.

Se volvió y pudo ver que el sargento Smith se acercaba.

—Hora de marchar, a menos que quiera que se nos pongan las piernas tiesas, teniente.

—Muy bien, quiero hacer otros doce o quince kilómetros. Al otro lado de la montaña que estamos rodeando hay caminos y granjas. Tendremos que mirar bien esa zona antes de intentar cruzarla. Además, voy a llamar desde allá.

—De acuerdo, jefe. ¡Rodgers! Tome la punta y tuerza un poquito hacia el Oeste.

BODENBURG, REPÚBLICA FEDERAL ALEMAN

El traslado que seguía al avance no había sido fácil. El Octavo Ejército de infantería llevaba su puesto de mando adelantado inmediatamente detrás de las tropas de vanguardia y tan cerca de ellas como era posible. Su comandante, como Alekseyev, creía que era necesario mantener los ojos y oídos todo lo próximos al frente que pudiera. El viaje en los carros blindados de infantería (era demasiado peligroso usar helicópteros) requirió cuarenta minutos, durante los cuales Alekseyev observó un par de terribles ataques aéreos sobre las columnas rusas.

Refuerzos alemanes y belgas se habían unido a las acciones, y los mensajes de radio interceptados indicaban que había también unidades norteamericanas y británicas en el camino. Por su parte, Alckseyev había perdido más unidades rusas. Lo que había empezado como un ataque relativamente simple de un ejército mecanizado, iba convirtiéndose en una batalla mayor. Lo tomó como un buen signo. La OTAN no estaría empeñando esfuerzos si no considerara que la situación era peligrosa. La tarea de los soviéticos consistía ahora en lograr los resultados deseados antes de que los refuerzos entraran en acción.

El general que dirigía la división de tanques número 20 estaba en el puesto de mando. Lo habían instalado en una escuela secundaria, un edificio nuevo, con mucho espacio disponible, que tendría que servir hasta que pudieran preparar un búnker subterráneo. El ritmo del avance era menos rápido, en parte por las dificultades del control de tráfico y en parte por los alemanes.

—Derecho por ese camino hasta Sack —dijo el comandante del Octavo Ejército al jefe de los tanques— Mis tropas de infantería tendrían que haberlo despejado para cuando ustedes lleguen allá.

—Cuatro kilómetros hasta Alfeld. Sí, pero asegúrese de que podrán apoyarnos cuando crucemos el río.

El general se puso el casco y salió. «*Todo resultaría bien*», pensó Alekseyev. Este general había cumplido una excelente tarea cuando trasladó su división al frente en un orden casi perfecto.

Segundos después oyó una tremenda explosión. Los vidrios de las ventanas saltaron en pedazos; alrededor de él cayeron trozos de techo. La Cruz del Diablo había vuelto una vez más.

Alekseyev corrió hacia fuera y se encontró con una docena de vehículos blindados que estaban en llamas. Mientras miraba, se lanzó de un flamante tanque «T-80» toda su tripulación. Un instante después el vehículo se incendió, el fuego llegó a los nichos donde se hallaba acondicionada la munición, y una columna de llamas se levantó hacia el cielo como un pequeño volcán.

—¡El general ha muerto! ¡El general ha muerto! —gritó un sargento, señalando un carro de infantería «BMD», del cual nadie había escapado con vida.

Alekseyev oyó a sus espaldas los insultos que profería el comandante del Octavo Ejército.

—El segundo comandante de esa división de tanques es un coronel muy nuevo.

Pavel Leonidovich tomó una rápida y conveniente decisión.

—No, camarada general. ¿Por qué no yo?

Sorprendido, el comandante lo miró fijo; luego recordó la reputación de Alekseyev como comandante de tanques, y la de su padre. También tomó una rápida decisión por su cuenta.

—La veinte de tanques es suya. Ya conoce la misión.

Otro carro de asalto de infantería se adelantó. Alekseyev y Sergetov subieron y el conductor aceleró hacia el puesto de mando divisional. Pasó media hora antes de que se detuvieran. Alekseyev vio filas de tanques estacionados detrás de la línea de árboles. El bombardeo de la artillería aliada estaba cayendo bastante cerca, pero él lo ignoró. Sus comandantes de regimiento se encontraban reunidos. Rápidamente, el general impartió las órdenes respecto a objetivos y horarios.

Todos aquellos hombres conocían bien su misión, lo cual hablaba a favor del general muerto hacía una hora. La división estaba perfectamente organizada y cada parte del plan de ataque quedó confirmada. Alekseyev comprobó de inmediato que tenía un buen Estado Mayor de combate. Los puso a trabajar mientras los jefes de unidades se reintegraban a las suyas respectivas.

Su primer puesto de mando para la batalla se encontraba a la sombra de un árbol muy alto. Su padre no habría podido desear nada mejor. Alekseyev sonrió. Se reunió con el oficial de Inteligencia de la división.

—¿Cómo está la situación?

—Un batallón de tanques alemanes contraataca sobre este camino en dirección al Este, desde Sack. Deberían ser contenidos, y en todo caso nuestros vehículos se desplazarán hacia el Sudoeste, por detrás de ellos. La vanguardia de las tropas mecanizadas de infantería ya está en el interior. de la localidad, e informan resistencia menor solamente. Nuestros elementos más adelantados ya se hallan en marcha y deberían encontrarse allá en una hora.

—¿Oficial de defensa aérea?

—Los «SAM» y los cañones antiaéreos móviles están inmediatamente detrás de los primeros escalones. Tenemos también cubierta aérea propia. Dos regimientos de «MiG-21» permanecen en alerta para defensa aérea, pero no nos han asignado todavía aviones cazabombarderos para ataques a superficie. Esta mañana les dieron una paliza—, aunque también la recibió el otro bando. Derribamos doce aviones de la OTAN antes del mediodía.

Alekseyev asintió, dividiendo la cifra por tres, como había aprendido.

—Permítame, camarada general. Soy el coronel Popov, su oficial político divisional.

—Muy bien, camarada coronel. Mi contribución al Partido está pagada hasta fin de año y, con suerte, voy a vivir para volver a pagarla. Si tiene algo importante que decir, ¡dígalo pronto!

Si había algo que Alekseyev no necesitaba para nada en ese momento, era un zampolit.

—Cuando capturemos Alfeld...

—Si capturamos Alfeld, le entregaré las llaves de la ciudad. Por ahora, déjeme cumplir con mi trabajo. ¡Puede retirarse!

Probablemente quería permiso para fusilar a los fascistas sospechosos. Como general de cuatro estrellas, Alekseyev no podía ignorar a los oficiales políticos, aunque por lo menos podía ignorar a quienes no habían alcanzado la jerarquía de general. Se adelantó en dirección a las cartas tácticas. De un lado, como antes, unos tenientes mostraban el avance de sus *(¡sus!)* unidades. Del otro, los oficiales de Inteligencia reunían cuanta información tenían sobre la oposición enemiga. Cogió por el hombro al oficial de operaciones.

—Quiero que ese regimiento de punta se sitúe exactamente detrás de las tropas de infantería mecanizada. Si necesitan alguna ayuda, désela. Quiero esa ruptura, y quiero que sea hoy. ¿Qué artillería hemos empleado?

—Dos batallones de cañones pesados ya están listos.

—Bien. Si esos infantes tienen blancos para ellos, averígüelo, y empecemos a castigarlos desde ahora. Éste no es un momento para sutilezas. La OTAN sabe que nos encontramos aquí, y nuestro peor enemigo es el tiempo. El tiempo trabaja a favor de ellos, no de nosotros.

El oficial de operaciones se reunió con el comandante de artillería, y dos minutos después sus cañones de ciento cincuenta y dos milímetros estaban disparando contra el frente. Alekseyev decidió que tendría que hacer otorgar una medalla al fallecido ex comandante de la vigésima de tanques; el hombre merecía una recompensa de alguna clase por la evidente buena preparación que él tanto apreciaba en su personal.

—Se aproxima ataque aéreo enemigo —dijo un oficial de marcaciones.

—Tanques enemigos emergen de los bosques al este de Sack, se estima la fuerza en un batallón. Intenso fuego de artillería en apoyo de los alemanes.

Alekseyev sabía que ahora tenía que confiar en sus coroneles. La época en que un general podía observar toda la batalla y controlarla había pasado hacía mucho tiempo. Sus oficiales de Estado Mayor hacían sus pequeñas marcas en la carta. Los alemanes deberían haber esperado —pensó el general—; deberían haber dejado que la división penetrara en punta de lanza y luego atacar a su columna de abastecimiento. Aquello había sido tonto; era la primera vez que veía a un comandante alemán cometer un error táctico. Tal vez se tratara de un oficial joven sustituto de algún superior muerto o herido, o tal vez un hombre cuyo hogar se hallaba cerca. Cualquiera que fuera la razón, había sido un error y Alekseyev se beneficiaba con él. Sus dos regimientos de tanques de vanguardia tuvieron pérdidas, pero desorganizaron el contraataque alemán en diez furiosos minutos.

—Dos kilómetros.... los primeros elementos se hallan ahora a dos kilómetros de Sack. Oposición de artillería solamente. Unidades propias a la vista. las tropas de infantería de Sack informan resistencia menor. El pueblo está prácticamente despejado. ¡Exploradores adelantados comunican que el camino a Alfeld está abierto!

—Rodeen Sack —observó Alekseyev—. El objetivo es Alfeld sobre el Lein

ALFELD, REPOBLICA FEDERAL ALEMAN

Era un equipo improvisado, sin experiencia. Infantería mecanizada norteamericana y el escuadrón líder de tanques de una brigada británica reforzaban los restos de alemanes y belgas aplastados ese día por cinco divisiones soviéticas. Disponían de poco tiempo. Los ingenieros de combate trabajaban furiosamente con sus topadoras blindadas a fin de cavar refugios para los tanques, mientras los soldados de infantería hacían hoyos de tirador para sus armas anticarro. Una nube de polvo en el horizonte era toda la alerta que necesitaban. Les informaron que una división de tanques avanzaba hacia ellos, y que los civiles aún no habían evacuado el pueblo. A unos treinta kilómetros, volaba en círculo un escuadrón de aviones de ataque a tierra, esperando la señal de llamada.

—¡Enemigo a la vista! —transmitió por radio un vigía instalado en la torre de una iglesia.

Segundos después, el fuego de la artillería empezaba a castigar a las columnas soviéticas de vanguardia, Los operadores de los misiles antitanques retiraron las cubiertas de sus pantallas de puntería y cargaron las primeras armas. Prometía ser una larga tarde. Los tanques «Challenger» del tercer regimiento real de tanques se metieron en sus agujeros, con las escotillas cerradas y ajustadas, mientras los artilleros colocaban en el cero de sus miras los blancos todavía distantes. las cosas estaban demasiado confusas, y no habían tenido tiempo para establecer allí una firme cadena de mando. Un norteamericano fue el primero que disparó. El misil «TOW-2» partió velozmente, arrastrando los cables de control que parecían telarañas, mientras recorría los cuatro kilómetros que le separaban de un tanque «T-80»...

—Los elementos avanzados se hallan ahora bajo fuego de misiles enemigos —informó un oficial de cálculos.

—¡Aplástenlos! —ordenó Alekseyev a su comandante de artillería.

En menos de un minuto, los lanzadores de cohetes múltiples de la división llenaron el cielo con estelas de fuego. Los disparos de la artillería de tubos contribuyeron a la carnicería desatada en la línea de batalla. Y entonces la artillería de la OTAN se unió a la lucha con toda su potencia.

—El regimiento de punta está sufriendo pérdidas.

Alekseyev observaba el mapa en silencio. Allí no había espacio para ninguna maniobra de engaño. Ni tiempo. Sus hombres tenían que pasar a través de las líneas enemigas a la mayor velocidad posible, a fin de apoderarse de los puentes sobre el Leine, lo cual significaba que las tripulaciones de los primeros tanques iban a tener fuertes bajas. La ruptura les costaría un precio muy alto, pero había que pagarlo.

Doce cazabombarderos belgas «F-16» barrieron el frente en vuelo bajo a quinientos nudos, lanzando toneladas de bombas racimo sobre el regimiento soviético de vanguardia, destrozando cerca de treinta tanques y una veintena de carros de asalto de infantería, a menos de un kilómetro de las líneas aliadas. Un hervidero de misiles cubrió el cielo detrás de ellos, y los cazas monomotores viraron al Oeste, casi rozando el suelo en su intento de evadir. Tres de ellos se precipitaron a tierra, cayendo sobre las tropas de la OTAN y aumentando así la tremenda matanza ya iniciada por el fuego soviético. El comandante de los tanques británicos vio que carecía del poder de fuego para detener el ataque soviético. Lo que tenía no era suficiente. Había llegado el momento de retirarse mientras su batallón fuera todavía capaz de pelear. Alertó a sus compañías para que estuvieran listas para iniciar el retroceso y trataran de pasar el aviso a sus unidades vecinas. Pero las tropas que rodeaban Alfeld provenían de cuatro ejércitos diferentes, con distintos idiomas y frecuencias de radio. No habían tenido tiempo de establecer exactamente quién estaba en el mando general. Los alemanes no querían retirarse. Todavía no habían evacuado totalmente el pueblo, y las tropas alemanas no pensaban desertar

de sus posiciones hasta que sus compatriotas no se encontraran completamente a salvo al otro lado del río. Los norteamericanos y los belgas empezaron a desplazarse cuando el coronel británico lo indicó, pero no los alemanes, y el resultado fue el caos en las líneas de la OTAN.

—Observadores adelantados informan que algunas unidades enemigas se están retirando sobre la derecha, repito, unidades enemigas parecen estar desprendiéndose en el sector norte de la población.

—Mueva hacia el Norte al segundo regimiento, que den un rodeo y avancen hacia los puentes, todo lo rápido que puedan. ¡Olviden las pérdidas y carguen para tomar esos malditos puentes! Oficial de operaciones, mantengan la presión sobre todas las unidades enemigas. Queremos atraparlos de este lado y terminar con ellos, si podemos —ordenó Alekseyev—. Sergetov, venga conmigo. Tengo que ir al frente.

El ataque había desgarrado el corazón de su regimiento de vanguardia; Alekseyev lo sabía, pero había valido la pena. para llegar a los puentes, las fuerzas de la OTAN tendrían que hacer avanzar sus unidades a través de un pueblo destrozado, y el hecho de que las unidades aliadas en el sector norte se retiraran primero era un regalo de los dioses. Ahora, con un regimiento fresco, él podría sobrepasarlos y, si tenían suerte, tomar intactos los puentes. Eso tendría que supervisarlo personalmente. Alekseyev y Sergetov subieron a un vehículo semioruga, que se dirigió hacia el Sudeste para alcanzar al regimiento que estaba efectuando la maniobra. Detrás de ellos, el oficial de operaciones empezó a transmitir nuevas órdenes a través de la red de radio de la división.

A cinco kilómetros de allí, al otro lado del río, una batería de cañones alemanes de ciento cincuenta y cinco milímetros estaba esperando esa oportunidad. Habían permanecido en silencio, aguardando que sus expertos en intercepción de radio descubrieran la posición del mando provisional. Rápidamente los artilleros alimentaron sus ordenadores de control de fuego con los datos del blanco, mientras otros cargaban las granadas de alto poder explosivo. Todos los cañones de la batería apuntaron a la misma posición calculada. La tierra tembló cuando comenzaron el fuego rápido.

En menos de dos minutos cien granadas cayeron sobre el mando divisional y alrededor de él. La mitad del personal del Estado Mayor de combate murió de inmediato; casi todos los demás resultaron heridos.

Alekseyev miró los auriculares de su radio. Era la tercera vez que la muerte lo rozaba. Eso fue culpa mía. Debí haber impedido la localización de los transmisores. No debo volver a cometer ese error... ¡Maldición! íMaldición! ¡Maldición!

Las calles de Alfeld estaban atascadas con vehículos civiles. Los norteamericanos, en sus semiorugas «Bradley», evitaron por completo el pueblo, apresurándose para descender hacia la orilla derecha del río Leine y poder cruzar en orden al otro lado. una vez allí, tomaron posiciones sobre las colinas que dominaban el río, y se prepararon para cubrir el cruce de las otras tropas aliadas. Los siguientes fueron los belgas. Solamente había sobrevivido un tercio de sus tanques, y con ellos cubrieron el flanco sur de la orilla opuesta del río, esperando poder detener a los rusos antes de que lograran cruzar. La Staatspolizei alemana había detenido el tránsito de civiles para permitir que pasaran las unidades blindadas; pero esto cambió cuando la artillería soviética empezó a disparar en el aire cerca del río. Los rusos lo hacían con la intención de paralizar el tránsito, y lo consiguieron. Los civiles que tardaron en obedecer las órdenes de abandonar sus viviendas pagaban ahora su error. La artillería causó poco daño a los vehículos de combate, pero destruyó totalmente los automóviles y camiones civiles. En minutos, las calles de Alfeld quedaron obstruidas con coches averiados e incendiados. La gente los dejó, desafiando el fuego para correr hacia los puentes, y los tanques que intentaban cubrir la distancia hasta el río encontraron el camino bloqueado. Su única posibilidad era pasar sobre los cuerpos civiles inocentes y hasta se dio la orden de proceder; pero los conductores no pudieron hacerlo. Los artilleros hicieron rotar sus torretas para enfrentarse a la

retaguardia, y empezaron a combatir con los tanques rusos que ya estaban entrando en la población. El humo de los edificios que ardían flotaba en el aire reduciendo el campo visual de unos y otros. Los cañones abrían fuego contra blancos vistos fugazmente, las granadas caían en cualquier parte, y las calles de Alfeld se convirtieron en un matadero de combatientes y no combatientes.

—¡Allá están! —señaló Sergetov. Tres puentes de carreteras principales se extendían de uno a otro lado del Leine. Alekseyev empezó a dar órdenes, pero no eran necesarias. El comandante de regimiento ya tenía conectado su micrófono y estaba dirigiendo por radio a un batallón de tanques con apoyo de infantería para que avanzaran hasta la orilla oeste, siguiendo el mismo camino, todavía relativamente abierto, que habían usado los norteamericanos.

Desde la orilla opuesta del río, los vehículos de combate norteamericanos iniciaron el fuego con misiles y cañones ligeros, y destruyeron media docena de tanques; el resto del regimiento se empleó en un fuego directo, mientras Alckseyev personalmente pedía artillería sobre las cimas de las colinas.

En Alfeld, la batalla había llegado a una sangrienta paralización. Los tanques británicos y alemanes tomaron posiciones en intersecciones ocultas por los restos de autos y camiones destrozados, y fueron retirándose lentamente hacia el río mientras peleaban para dar tiempo a los civiles. La infantería rusa trató de combatirlos con misiles, pero sucedió que los escombros caídos en las calles rompieron en muchos casos los cables de control de dirección, motivando que los misiles perdieran el sistema de guiado y explotaran sin causar daños. Los fuegos de artillería de los aliados y los rusos redujeron el pueblo a ruinas.

Alekseyev observó cómo avanzaban sus tropas hacia el primer puente. Al sur de su posición, el comandante del regimiento de vanguardia estaba furioso por sus pérdidas. Habían quedado destruidos más de la mitad de sus tanques y vehículos de asalto. La victoria estaba a su alcance, pero ahora sus tropas se hallaban detenidas otra vez por calles obstruidas y un encarnizado fuego. Vio que los tanques de la OTAN se retiraban despacio y, pensando enfurecido que escapaban, pidió la intervención de la artillería.

Alekseyev se sorprendió cuando el fuego de la artillería cambió de blanco, pasando del centro de la población a la orilla del río. Se sintió molesto cuando advirtió que no era fuego de artillería de tubos, sino cohetes. Mientras observaba, las explosiones comenzaron a aparecer por todas partes en los terrenos próximos al río. Después las vio en el propio río, en rápida sucesión. El ritmo de fuego aumentaba a medida que más y más lanzadores apuntaban al blanco, y ya era demasiado tarde para que él pudiera detenerlos. El más lejano de los puentes fue el primero. Le cayeron tres cohetes al mismo tiempo y se partió. Alekseyev vio horrorizado que más de cien civiles se precipitaban a las agitadas aguas. Aunque su horror no era por las pérdidas de vidas..., ¡él necesitaba ese puente! Otros dos cohetes cayeron en el puente central. No se derrumbó, pero el daño producido era suficientemente grave como para impedir que lo usaran los tanques. ¡Imbéciles! ¿Quién era responsable de esto? Se volvió hacia Sergetov.

—Llame de inmediato a los ingenieros. Que vengan al frente unidades de construcción de puentes y botes de asalto. Tienen prioridad absoluta. Después, quiero todos los misiles superficie-aire y baterías de cañones antiaéreos que pueda encontrar. Cualquiera que se interponga en su camino, será fusilado. Asegúrese de que los oficiales de control de tránsito estén enterados. ¡Vaya!

Los tanques soviéticos y la infantería habían alcanzado el único puente que quedaba intacto. Tres vehículos de infantería cruzaron velozmente hasta el otro lado y, mientras buscaban cubierta, los recibieron con intenso fuego los belgas y norteamericanos. Los siguió un tanque. El «T-80» cruzó rugiendo, alcanzó la orilla opuesta y explotó por el impacto de un misil. Le siguió otro, y luego un tercero. Ambos llegaron a la orilla del lado oeste. Entonces emergió un «Chieftain» británico desde detrás de un edificio y siguió a los tanques soviéticos

en el cruce. Alckseyev vio asombrado cómo el inglés corría exactamente en medio de los dos soviéticos, ninguno de los cuales lo había visto. Un misil norteamericano cayó justo a su espalda y se clavó en tierra, levantando una nube de polvo. Otros dos «Chieftain» aparecieron en la cabeza del puente. Uno explotó por un tiro a bocajarro de un «T-80», el otro devolvió el disparo un segundo más tarde y acabó con el tanque ruso. Mientras Alekseyev recordaba un cuento de su niñez sobre un valiente campesino que se hallaba en un puente, el tanque británico atacó y destruyó dos tanques soviéticos, y luego sucumbió bajo una cortina de fuego directo. Otros cinco vehículos soviéticos cruzaron rápidamente el puente.

El general levantó su radiotransmisor y marcó para llamar al mando del Octavo Ejército.

—Aquí Alekseyev. Tengo una compañía al otro lado del Leine. Necesito apoyo. Hemos logrado la ruptura. Repito: ¡Hemos logrado la ruptura del frente alemán! Quiero apoyo aéreo y helicópteros para atacar a las unidades de la OTAN que se encuentran al norte y al sur del puente 439. Necesito dos regimientos de infantería para ayudar en el cruce del río. Si me dan apoyo, podría tener toda mi división en la otra orilla hacia la medianoche.

—Le daré todo lo que tengo. Mis unidades de puentes están en camino.

Alekseyev se apoyó contra el costado de su «BMP». Desenganchó la cantimplora y bebió un largo trago observando a su infantería que trepaba los cerros bajo fuego. Ya habían cruzado dos compañías completas. Y ahora el fuego aliado estaba tratando de destruir el único puente que quedaba. Él tenía que poner al otro lado por lo menos un batallón entero si quería mantener esa cabeza de puente durante algo más de varias horas.

—Encontraré al hijo de puta que abrió fuego contra mis puentes —se prometió el general.

—Los botes de asalto y los puentes vienen para acá, camarada general —informó Sergetov— Tienen primera prioridad, y los oficiales de control de tránsito del sector ya lo saben. Hay dos baterías de «SAM» que iniciaron el traslado, y encontré tres cañones antiaéreos móviles a pocos kilómetros de aquí. Dicen que pueden llegar dentro de quince minutos.

—Muy bien.

Alekseyev apuntó sus binoculares hacia la margen opuesta.

—Camarada general, nuestros carros de infantería son anfibios. ¿Por qué no cruzamos el río con ellos?

—Fíjese en la orilla, Vanya. —El general le pasó los anteojos.

Hasta donde se podía ver, la orilla opuesta tenía un borde de piedra y cemento para evitar la erosión. Sería difícil, si no imposible, que los vehículos oruga pudieran trepar eso. ¡Malditos alemanes por semejante idea!

Además, no le gustaría intentarlo con menos de un regimiento.

—Ese puente es todo lo que tenemos, y no puede durar mucho más. Con la mejor de las suertes, pasarán algunas horas antes de que hayamos podido tender los puentes de asalto. las tropas que se encuentran al otro lado tendrán que valerse por sí mismas durante ese tiempo. Pasaremos por el puente todas las tropas y los vehículos que podamos, y después reforzaremos con los botes de asalto de infantería en cuanto lleguen. Según el libro, este tipo de cruce con botes de asalto debe hacerse bajo cubierta de humo, o de noche. Yo no quiero esperar hasta la noche, y necesito que los cañones disparen granadas explosivas y no las inocuas. Tenemos que vulnerar el reglamento, Vanya. Afortunadamente, el libro lo autoriza. Usted se ha conducido muy bien, Iván Mikhailovich. A partir de ahora tiene el grado de mayor. No me lo agradezca..., se lo ha ganado.

STORNOWAY, ESCOCIA

—No erramos mucho. Si los hubiéramos visto cinco minutos antes, podríamos haber eliminado unos cuantos. Pero...

El piloto del «Tomcat» se encogió de hombros. Toland asintió. Los cazas tenían órdenes de mantenerse fuera de la cobertura del radar soviético.

—¿Sabe? Es gracioso. Tres de ellos estaban volando en una bonita formación cerrada. Yo los capté con mi sistema de televisión desde ochenta kilómetros de distancia. Ellos no tenían ningún modo de saber que nosotros estábamos allí. Si hubiéramos tenido más autonomía podríamos haberlos seguido en todo el viaje de regreso hasta su casa. Como aquella jugarreta que nos hicieron los alemanes hace mucho tiempo: mandaron un pájaro justo detrás de varios aviones que regresaban de una misión de ataque, y en cuanto terminaron de aterrizar tiró unas cuantas bombas.

—Nunca podríamos hacer pasar nada a través de su IFF —replicó Toland.

—Es cierto, pero conoceríamos la hora de llegada a sus bases dentro de los... diez minutos. Eso tiene que ser de utilidad para alguien.

El capitán Toland dejó su taza en la mesa. —Sí, tiene razón.

Decidió que transmitiría esa idea al comandante del Atlántico oriental.

LAMMERSDORF, REPÚBLICA FEDERAL ALEMANA

No cabía error alguno. Decididamente, las primeras líneas de la OTAN habían sido quebradas al sur de Hannover. Tomaron dos brigadas de las peligrosamente débiles reservas terrestres de la OTAN y las enviaron a Alfeld. A menos que taparan ese agujero, Hannover se perdería y, con ella, toda la zona de Alemania situada al este del Weser.

29. REMEDIOS

ALFELD, REPCBLICA FEDERAL ALEMANA

Como estaba previsto, el puente duró menos de una hora. Durante ese tiempo Alekseyev había logrado que cruzara un batallón completo de infantería mecanizada, y aunque las fuerzas de la OTAN lanzaron un par de furiosos contraataques sobre su cabeza de puente, los tanques que él había colocado en la orilla este pudieron rechazarlos con fuego directo.

Ahora la OTAN había recobrado el aliento, y estaba reuniendo su artillería. Los cañones pesados empezaron a golpear su cabeza de puente y los tanques que se encontraban del lado soviético del río; para empeorar las cosas, los botes de asalto habían quedado detenidos por increíbles atascamientos de tránsito en el camino entre Sack y Alfeld. Los cañones pesados alemanes estaban cubriendo el camino, y las tierras que lo flanqueaban, con minas lanzadas por la artillería, cada una de las cuales era lo bastante potente como para destrozar la oruga de un tanque o las ruedas de un camión. Los zapadores barrían constantemente los caminos, usando ametralladoras pesadas para hacer detonar las minas, pero eso llevaba tiempo, y no lograban detectarlas todas antes de que explotaran bajo las ruedas de algún vehículo muy cargado. las pérdidas de camiones y tanques ya eran bastante graves en sí mismas; pero eran peor aún las obstrucciones de tránsito que causaba cada uno de esos vehículos inmovilizados.

El puesto de mando de Alekseyev estaba en una tienda de fotografía que daba al río. A cada paso, sus botas hacían crujir los fragmentos del vidrio destrozado del escaparate. Con los binoculares exploró la orilla opuesta y se angustió por sus hombres, que trataban de rechazar a las tropas y tanques situados en las colinas por encima de ellos. A pocos kilómetros, todos los cañones móviles del Octavo Ejército se desplazaban velozmente para brindar apoyo de fuego a su división de tanques, y él y Sergetov les ordenaron contraatacar a los cañones de las baterías de la OTAN.

—¡Aviones enemigos! —gritó un teniente.

Alekseyev estiró el cuello y vio una manchita en el Sur, la cual creció rápidamente hasta transformarse en un caza alemán «F-104». Líneas trazadoras amarillas surgieron de los cañones antiaéreos y lo borraron del cielo antes de que pudiera atacar, pero instantáneamente apareció otro; éste disparaba su propio cañón e hizo explotar a un cañón antiaéreo. Alekseyev lanzó una maldición cuando el cazabombardero logró penetrar, arrojó dos bombas en la otra orilla del río y escapó como un rayo. las bombas cayeron lentamente, retardadas por pequeños paracaídas; y luego, a unos veinte metros sobre el suelo,pareció que llenaban el aire de niebla. Alekseyev se arrojó al suelo de la tienda en el momento en que detonaba la nube de vapor explosivo producida por las bombas de combustible-aire. La onda de choque fue aterradora, y sobre su cabeza se quebró en pedazos una caja de exposición de productos, que lo cubrió con una lluvia de trozos de vidrio.

—¿Qué diablos fue eso? —chilló Sergetov, ensordecido por el cambio de presión; luego, mirando hacia arriba, dijo—: ¡Usted está herido, camarada general!

Alekseyev se pasó la mano por la cara. Cuando la miró, vio que estaba roja. Los ojos le ardían, y se echó el contenido de la cantimplora sobre el rostro, para limpiarse los ojos cubiertos de sangre. El mayor Sergetov colocó un vendaje sobre la frente del general. Lo hizo con una sola mano, y Alekseyev lo notó.

—¿Qué le ha pasado?

—¡Caí sobre unos malditos vidrios! Quédese quieto, camarada general; está sangrando como una vaca degollada.

En ese momento apareció un teniente general. Alekseyev lo reconoció: era Viktor Beregovoy, el segundo en el mando del Octavo Ejército.

—Camarada general, tiene orden de regresar al mando. Yo estoy aquí para remplazarlo.

—¿Qué demonios está diciendo? —rugió Alekseyev. —La orden viene del comandante en jefe del Teatro Oeste, camarada. Yo soy general de blindados, puedo desenvolverme bien aquí. Si me permite decirlo, su actuación ha sido brillante. Pero a usted lo necesitan en otra parte.

—¡No será hasta que haya terminado!

—Camarada general, si usted quiere que este cruce tenga éxito, necesitamos más apoyo aquí. ¿Quién puede resolver mejor ese apoyo, usted o yo? —preguntó razonablemente Beregovoy.

Alekseyev lanzó un suspiro de resignada resignación. El hombre estaba en lo cierto..., pero, por primera vez, Pavel Leonodovich Alekseyev había conducido, ¡realmente conducido!, hombres al combate, y lo había hecho bien. Él lo sabía.... ¡lo había hecho bien!

—No hay tiempo para discutir. Usted tiene su misión y yo la mía —dijo el hombre.

—¿Conoce bien la situación?

—Al dedillo. Atrás hay un vehículo que lo llevará de regreso al mando.

Alekseyev se apretó el vendaje de la cabeza (Sergetov no lo había atado bien) y caminó hacia la parte posterior de la tienda. Encontró un tremendo agujero en el lugar donde había estado la puerta. Allí lo esperaba un carro de infantería «BMD», con el motor en marcha. Subió y se encontró con un enfermero, que se agachó de inmediato sobre él y se puso a trabajar. Mientras el vehículo se alejaba, el general sintió cómo disminuía el combate. Fue el sonido más triste que oyera en su vida

BASE LANGLEY DE LA FUERZA AÉREA, VIRGINIA

No había nada mejor que una «Cruz de Vuelo Distinguido» para hacer feliz a una persona que volaba, y ella se preguntó si podría llegar a ser la primera mujer piloto de la Fuerza Aérea en tener una. «*¿Y si no* —decidió la mayor Nakamura—, *¿qué diablos me importa?*» Tenía el videotape de la cámara de su cañón, donde se veían los tres «Badger», y un piloto naval que había conocido en Gran Bretaña, antes de tomar el vuelo de Stateside, la había calificado como «un piloto endemoniadamente bueno para ser una asquerosa representante de la Fuerza Aérea». Después de lo cual, ella le había recordado que si los estúpidos pilotos navales la hubieran escuchado, tal vez su base aeronaval no estaría ahora en un taller de chapa y pintura. «*Game, set y match* —sonrió—, *ganados por la mayor Amelia Nakamura, de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.*»

Ya habían trasladado todos los «F-15» que se podían llevar al otro lado del Atlántico, y ahora ella tenía otro trabajo. Solamente cuatro de los «Eagle» del escuadrón 48 de caza interceptora estaban todavía en Langley. El resto se hallaba distribuido a lo largo de la Costa Este, y eso incluía a los dos pilotos capacitados para operar con los misiles entisatélite «ASAT». Tan pronto como se enteró, llamó por teléfono e informó al mando espacial que ella era el piloto de «Eagle» que había trabajado en el perfil de vuelo de la operación «ASAT», y argumentó que para qué sustraer de la línea un piloto de combate cuando ella podía desempeñar muy bien esa misión.

Revisó hasta asegurarse de que el feo misil estuviera convenientemente enganchado en la estructura del avión. Lo habían retirado del almacenamiento de seguridad y luego lo reexaminaron los distintos especialistas. Buns meneó la cabeza. Se había hecho una sola prueba real del sistema antes de que todo el proyecto quedara paralizado. Una prueba con éxito, es verdad, pero sólo una. Ella confiaba en que todo saliera bien. La Marina realmente necesitaba ayuda de los asquerosos miembros de la Fuerza Aérea. Además, aquel piloto de «A-6» era precioso.

La mayor Nakamura terminó su vuelta completa de inspección alrededor del avión tomándose el tiempo que quiso, pues el blanco aún no estaba sobre el océano Indico; luego, ajustó las correas que la aseguraban al «Eagle», recorrió con la vista todos los instrumentos y palancas, graduó el asiento y, finalmente, introdujo en el sistema de navegación inercial del avión los números pintados en la pared del refugio de la aeronave, de manera que el caza sabría dónde estaba.

Cuando terminó, empezó a poner en marcha los motores. Su casco de vuelo la protegió del aullido penetrante de los dos «Pratt» y «Whitney». Las agujas indicadoras del instrumental de motores giraron hasta las posiciones correctas. Desde tierra, el jefe de mecánicos examinaba cuidadosamente el avión; luego le hizo señas para que comenzara a rodar y sacara el avión del refugio. Allí fuera había seis personas, de pie detrás de la línea roja de advertencia para proteger los oídos del ruido. Siempre es agradable tener público, pensó ella, ignorando a todos.

—«Eagle» Uno-Cero-Cuatro listo para el rodamiento —informó a la torre.

—Uno-Cero-Cuatro, comprendido. Autorizado —contestó el operador de la torre— Viento de los dos cinco tres, a doce nudos.

—Entendido. Uno-Cero-Cuatro rodando.

Buns bajó el techo de la cabina. El jefe de mecánicos se puso en posición militar e hizo un perfecto saludo a la mayor. Nakamura lo contestó con aire triunfal, avanzó ligeramente los

aceleradores y el caza «Eagle» partió hacia la cabecera de pista como una cigüeña tullida. Un minuto después estaba en el aire, y una suave y sedosa sensación de pura potencia la envolvía cuando apuntó su «Eagle» hacia el cielo.

El «Kosmos 1801» estaba completando el segmento sur de su trayectoria, girando alrededor del estrecho de Magallanes para dirigirse luego al Norte sobre el Atlántico. Su órbita lo iba a llevar a trescientos veinte kilómetros de la costa de los Estados Unidos. En la estación de control terrestre, los técnicos se preparaban para conectar el poderoso radar de exploración sobre el mar. Estaban seguros de que un grupo de batalla de portaaviones norteamericanos se hallaba en el mar, pero no habían podido localizarlo. Tres regimientos de «Backfire» esperaban la información que les permitiría repetir la hazaña cumplida en el segundo día de guerra.

Nakamura acomodó su caza debajo de la cola del avión tanque, y el operador de la manguera de reabastecimiento de combustible en vuelo introdujo hábilmente el extremo en el lomo del fuselaje del caza. Cuatro mil quinientos kilos de combustible pasaron a sus tanques en pocos minutos, y cuando ella desconectó, una pequeña nube de vapor de queroseno escapó en el cielo.

—Gulliver, aquí Uno-Cero-Cuatro, cambio —llamó Buns por la radio.

—Uno-Cero-Cuatro, aquí Gulliver —respondió un coronel en el compartimiento de pasajeros de un «LearJet» que volaba a doce mil metros de altura.

—Combustible completo y listo para iniciar. Todos los sistemas a bordo sin novedad. Orbitando en Punto Sierra. Listo para comenzar trepada de intercepción.En espera.

—Entendido, Uno-Cero-Cuatro.

La mayor Nakamura mantenía su «Eagle» en un círculo de pequeño radio. No quería malgastar una sola gota de combustible cuando iniciara el ascenso, Se movió con la mayor delicadeza para acomodarse en el asiento, algo que para ella era una violenta demostración de emoción cuando volaba, y se concentró en su avión. Mientras los ojos iban de uno a otro instrumento del tablero, se dijo que debía controlar la respiración.

Los radares del comando espacial detectaron al satélite soviético no bien pasó la panza de América del Sur. Los ordenadores compararon su rumbo y velocidad con los de la información conocida, las relacionaron con la posición del caza de Nakamura y un ordenador escupió sus órdenes, que fueron retransmitidas al «LearJet».

—Uno-Cero-Cuatro, tome rumbo dos cuatro cinco.

—Virando ya. —La mayor puso su máquina en viraje escarpado—. Tengo rumbo dos cuatro cinco.

—Atento..., atento.... ¡inicie!

—Comprendido.

Buns empujó los aceleradores hasta los topes y encendió bruscamente los posquemadores. El «Eagle» dio un salto hacia delante como un caballo espoleado, acelerando y pasando «Mach 1» en segundos. En seguida llevó hacia atrás la palanca, poniendo el «Eagle» en un ángulo de trepada de cuarenta y cinco grados mientras seguía aumentando la velocidad y entrando en un cielo cada vez más oscuro. Ella no miraba fuera. Tenía los ojos clavados en los indicadores de su cabina: el interceptor tenía que mantener un perfil de vuelo especifico durante los dos minutos siguientes. A medida que el «Eagle» surcaba el espacio como un cohete, la aguja del altímetro giraba con rapidez en el cuadrante de su instrumento. Quince mil metros, veinte mil, veinticinco mil, veintisiete mil. Ya se veían las estrellas en el cielo casi negro, pero Nakamura no reparó en ellas.

—Vamos, bebé, encuentra a ese hijo de puta... —pensaba en voz alta.

Debajo del avión, la cabeza buscadora del misil «ASAT» empezó a actuar, buscando en el cielo la huella de calor infrarrojo del satélite soviético. En el panel de instrumentos de Buns parpadeó una luz.

—¡Misil en seguimiento! Repito: misil en seguimiento. Equipo de secuencia de autolanzamiento activado. Altura, veintiocho mil cuatrocientos metros.... ¡desprendido!, ¡misil desprendido!

Sintió que el avión daba un salto cuando el pesado misil se soltó. De inmediato llevó atrás los aceleradores para disminuir la potencia, y también la palanca para poner el caza en un viraje cerrado. Controló el estado de los medidores de combustible. La trepada con posquemadores había vaciado casi los tanques; pero tenía lo suficiente para llegar a Langley sin necesidad de volver a reabastecerse en vuelo. Ya había virado para regresar, cuando se dio cuenta de que no había visto al misil. De todas maneras, no importaba. Nakamura viró al Oeste, dejando que el «Eagle» se estabilizara en una suave picada que terminaría sobre la costa de Virginia.

A bordo del «LearJet», una cámara siguió al misíl en su ascenso. El motor cohete de combustible sólido se mantuvo encendido durante treinta segundos; después, la cabeza de guerra se separó. El Vehículo Miniatura de Orientación (MHV), un sensor de calor infrarrojo empotrado en su achatada cara anterior, había detectado y «adquirido» el blanco desde hacía un buen rato. El reactor nuclear que tenía a bordo el satélite soviético despedía al espacio un intenso calor, y la huella infrarroja que dejaba rivalizaba con la del sol. Cuando su cerebro de microchips computó el rumbo de intercepción, el MHV efectuó una mínima alteración de rumbo, y la distancia entre la cabeza de guerra y el satélite fue disminuyendo a pasmosa velocidad. El satélite orbitaba en dirección al Norte, a veintiocho mil novecientos kilómetros por hora, y el MHV se dirigía hacia el Sur a más de dieciséis mil, convertido en un kamikaze de alta tecnología. Entonces...

—¡Cristo! —dijo el oficial superior que viajaba en el «LearJet» mientras parpadeaba y apartaba la vista de la pantalla de televisión, pues muchos kilos de acero y cerámica acababan de convertirse en vapor— ¡Objetivo destruido; repito: objetivo destruido!

La imagen televisiva estaba conectada con el mando especial, donde una presentación de radar la reforzaba. El macizo satélite era ahora una nube de basura orbitante en continua expansión.

—Blanco eliminado —dijo con calma una voz.

LENINSK, KAZAKH, U.R.S.S

La pérdida de la señal del «Kosmos 1801» quedó registrada pocos segundos después de haber sido borrado del cielo. No fue sorpresa para los expertos espaciales rusos, ya que el «1801» había agotado sus impulsores de maniobra hacía varios días, por lo que resultaba un blanco fácil. En el complejo del cosmódromo de Baikonur ya estaba colocado en su plataforma de lanzamiento otro cohete «F-1M». una secuencia abreviada de cuenta regresiva para el lanzamiento comenzaría antes de dos horas..., pero, en adelante, la capacidad de la Marina soviética para localizar convoyes y flotas de combate estaba en peligro.

BASE LANGLEY DE LA FUERZA AÉREA, VIRGINIA

—¿Qué? —preguntó Buns mientras saltaba al bajar de su caza interceptor.

—Destruido. Lo tenemos en tape —dijo otro mayor—. Funcionó todo bien.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en lanzar otro que lo sustituya?— *¡Un derribo más y seré un as!*

—Creo que ya tienen uno en plataforma. Doce a veinticuatro horas. No se puede saber cuántos repuestos tienen listos.

Nakamura asintió. La Fuerza Aérea disponía de un saldo total de seis cohetes «ASAT». Quizá fueran suficientes, quizá no..., un éxito no determinaba que se hubiera de confiar totalmente en el arma. Se dirigió a la jefatura de escuadrón, en busca de un café con rosquillas

STENDAL, REPUBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA

—¡Por todos los diablos, Pasha! —rugió el comandante en jefe del teatro de operaciones del Oeste— Yo no tengo un segundo comandante de cuatro estrellas para que se ponga a jugar a comandante de división. ¡Mírenlo! ¡Le podrían haber cortado la cabeza!

—Necesitábamos una ruptura. El comandante de división de tanques murió, y su segundo era demasiado joven. Yo he logrado la ruptura.

—¿Dónde está el capitán Sergetov?

—Mayor Sergetov —corrigió Alekseyev— Se portó muy bien como ayudante mío. Se cortó en una mano y lo están atendiendo. Bueno, ¿qué refuerzos tenemos en avance hacia el Octavo Ejército?

Ambos generales se adelantaron hasta un gran mapa.

—Estas dos divisiones de tanques ya llevan en camino diez o doce horas. ¿Qué grado de firmeza tiene su cabeza de puente?

—Podría ser mayor —admitió Alekseyev— Había tres puentes allí; pero alguien se volvió loco y empezó a lanzar cohetes a la población, con lo que arruinó dos de ellos. Quedó uno sólo. Nos las arreglamos para hacer cruzar un batallón mecanizado, junto con algunos tanques, antes de que los alemanes pudieran destruirlo. Tienen mucho apoyo de artillería, y cuando yo salí de allá, estaban a punto de llegar botes de asalto de infantería y equipos para construcción de puentes. El hombre que me relevó tratará de reforzar tan pronto como pueda hacer cruzar efectivos considerables.

—¿Oposición?

—Débil, pero el terreno está de parte de ellos. Yo estimaría un regimiento más o menos; los restos de otras unidades de la OTAN. Algunos tanques, pero principalmente infantería mecanizada. También ellos tienen mucho apoyo de artillería. Cuando yo vine hacia aquí las fuerzas estaban muy igualadas. Nosotros tenemos mayor potencia de fuego, pero casi toda está atrapada dentro de nuestro lado del Leine. Es una carrera para ver quién puede recibir más rápido los refuerzos.

—Después que usted partió, la OTAN lanzó aviones en la zona. Nuestra gente está tratando de mantenerlos atrás, pero la OTAN parece tener prioridad en el aire.

—No podemos esperar a la noche. Esos bastardos tienen superioridad aérea en el cielo nocturno.

—¿Hacerlo ahora?

Alekseyev asintió con un movimiento de cabeza, pensando en las bajas que estaba provocando para «su» división.

—Tan pronto como podamos reunir los botes de asalto. Hay que expandir a dos kilómetros la cabeza de puente y luego completar el cruce. ¿Qué está enviando la OTAN a ese frente?

—Según lo que se logró interceptar en la radio, se han identificado dos brigadas en camino. una británica y otra belga.

—Enviarán más. Ellos deben de saber lo que podemos obtener si explotamos esto. Tenemos en reserva al Primer Ejército blindado...

—¿Comprometer aquí la mitad de nuestras reservas?

—No se me ocurre mejor lugar.

Alekseyev hizo unos gestos señalando el mapa. La ofensiva contra Hannover había sido detenida cuando se hallaban a la vista de la ciudad. Los grupos de ejército del Norte habían

llegado hasta las afueras de Hamburgo, a costa de tener que destripar las formaciones del Tercer Ejército blindado de choque.

—Con suerte, podremos penetrar con todo el Primero hasta la retaguardia del enemigo. Eso nos llevará hasta el Weser por lo menos.... y tal vez al Rín.

—Un juego ambicioso, Pasha —suspiró el comandante en jefe del teatro Oeste; pero allí las probabilidades eran mejores que cualquier otra cosa en el mapa, y si el despliegue de las fuerzas de la OTAN tenía tan poca profundidad como decían los especialistas de Inteligencia, tendrían que derrumbarse en algún lugar, ¿por qué no allí?— Muy bien, comience a impartir las órdenes.

FASLANE, ESCOCIA

—¿Cómo son sus fuerzas «ASW»? —preguntó el comandante del USS Pittsburgh.

—Considerables. Estimamos que Iván tiene dos importantes grupos de lucha antisubmarina, uno centrado en el Kiev, el otro en un crucero de la clase «Kresta». Además hay cuatro grupos más pequeños, compuestos cada uno de ellos por una fragata de la clase «Krivak» y cuatro o seis fragatas de patrullaje, de las clases «Grisha» y «Mirka». A eso debe agregarse una gran colección de aviones «ASW» y, finalmente, unos veinte submarinos, la mitad nucleares, la mitad convencionales —contestó el oficial que tenía a cargo la exposición previa a la operación.

—¿Por qué no dejamos que se queden con el mar de Barents? —murmuró Todd Simms, del USS Boston.

Esa sí que es buena idea, coincidió en silencio Dan McCafferty.

—¿Siete días para llegar allá? —preguntó Pittsburgh.

—Sí, eso nos da mucha libertad de acción para resolver cómo entrar a la zona. ¿Capitán Little?

El comandante del HMS Torbay ocupó el podio. James Little no llegaba al metro ochenta; pero era muy ancho de hombros y su cabeza estaba coronada por una rojiza mata de pelo revuelto. Cuando habló, lo hizo con firme seguridad.

—Hemos estado desarrollando una campaña a la que denominamos «Keypunch». Su objetivo es evaluar qué defensas «ASW» tiene Iván operando en el mar de Barents.... y también, por supuesto, eliminar a cualquier soviético que se interponga en nuestro camino... —Sonrió; el Torbay tenía en su haber cuatro hundimientos— Iván ha instalado una barrera desde la isla Bear hasta la costa de Noruega. La zona inmediata alrededor de la isla Bear es un compacto campo minado. Iván ha estado colocando esas cosas desde que tomó la isla mediante un asalto de paracaidistas hace dos semanas. Al sur de esa zona, hasta donde hemos podido determinar, la barrera está formada por algunos pequeños campos minados y submarinos diesel de la clase «Tango», respaldados por grupos móviles de «ASW» y submarinos nucleares de la clase «Victor-III». Su propósito parece que no es tanto el de hundir, sino más bien el de alejar a quien pretenda acercarse. Cada vez que nuestros submarinos han dirigido un ataque a esa barrera, la respuesta ha sido vigorosa.

»Dentro del Barents, las cosas no son muy diferentes. Esos pequeños grupos cazadores y matadores pueden ser tremendamente peligrosos. Yo personalmente tuve un encuentro con un «Krivak» y cuatro «Grisha». Cerca de las costas tienen helicópteros y aviones de ala fija, para apoyo directo, y fue una experiencia de lo más desagradable. Encontramos también varios campos minados nuevos. Parece que los soviéticos los están sembrando casi al azar, en aguas profundas hasta de cien brazas. Por último, parece que también han instalado cierta cantidad de trampas. una de ellas nos costó el Trafalgar. Colocan un pequeño campo minado y en su interior ponen un señuelo productor de ruidos, que suena exactamente igual a un «Tango» cuando usa su schnorkel para tomar aire para sus motores diesel. Por lo que hemos podido deducir, el Trafalgar entró para atacar al «Tango» y chocó directamente con una mina. Es algo para no olvidar, caballeros.

Hizo una pequeña pausa para permitir que esa información duramente obtenida calara hondo en su audiencia.

—Bien —continuó— Lo que queremos que hagan ustedes, muchachos, es poner rumbo hacia el Nor-noroeste, en dirección al borde del pack de hielo de Groenlandia; y luego al Este,

siguiendo el borde del pack hasta la depresión Svyatana Anna. Dentro de cinco días, tres de nuestros submarinos van a desatar un verdadero pandemonio sobre la barrera, apoyados por nuestros propios aviones «ASW» y algunos cazas, si podemos obtenerlos. Eso tendrá que captar la atención de Iván y atraer hacia el Oeste sus fuerzas móviles. Entonces ustedes podrían continuar penetrando hacia el Sur, en dirección a su objetivo. La ruta es un enorme rodeo, por supuesto, pero eso les permite usar sus sonares de arrastre durante el mayor tiempo posible y, además, podrían navegar a velocidades relatívamente altas junto al borde del pack de hielo sin que los detecten.

McCafferty pensó en eso, El borde del pack de hielo era un sector muy ruidoso: había billones de toneladas de hielo en constante movimiento.

—El HMS Spectre y el HMS Superb han explorado toda la ruta. Solamente encontraron patrullajes menores. Vieron dos «Tangos» en la zona; pero nuestros muchachos tenían órdenes de no combatir. —Ese detalle indicó a los norteamericanos lo importante que era esa misión—. Estarán esperándolos, de modo que deberán cuidarse de no atacar a nadie en el camino

—¿Cómo saldremos? —preguntó Todd Sim

—Todo lo rápido que puedan. En ese momento, nosotros tendremos por lo menos un submarino más para ayudarles. Se mantendrán aproximadamente doce horas delante de ustedes, de acuerdo con su velocidad estimada de avance, eliminando cualquier oposición que encuentren. Una vez que alcancen el pack de hielo, quedarán librados a su propia suerte. Nuestros muchachos se quedarán allá solamente el tiempo necesario para que ustedes alcancen el pack de hielo. Después de eso, tienen otras tareas que cumplir. Esperamos que los grupos «ASW» de Iván saldrán tras ustedes... No es para sorprenderse, ¿verdad? Nosotros trataremos de mantener presión al sur de la isla Bear, para aferrar cuantos podamos; pero, en este caso, la mejor defensa de ustedes será la velocidad.

El comandante del USS Boston asintió. Su velocidad de escape era mucho mayor que la velocidad de caza de los rusos.

—¿Alguna pregunta? —dijo el comandante de la flota de submarinos del Atlántico oriental— Buena suerte, entonces. Les daremos todo el apoyo que podamos.

McCafferty revisó su documentación sobre la exposición para controlar con respecto a las órdenes de fuego, después se metió las órdenes de operaciones en el bolsillo trasero de su pantalón. «Operación Doolittle.» Simms y él salieron juntos. Sus submarinos se hallaban en el mismo muelle. Fue un viaje corto y en silencio. Cuando llegaron vieron que estaban cargando misiles «Tomahawk»; en el caso del Chicago, en el interior de los doce tubos verticales instalados delante del casco presurizado en la proa del submarino. El Boston era un buque más antiguo, y había tenido que descargar alguno de sus torpedos para hacer lugar a aquéllos. A ningún comandante de submarino le hace feliz la descarga de torpedos.

—No te preocupes, yo te respaldaré —dijo McCafferty.

—Espero que lo hagas. Parece que ya casi ha terminado. Habría sido bueno tomar una cerveza más, ¿no escierto? —bromeó Simms.

—Te veré cuando volvamos.

Simms y McCafferty se estrecharon las manos. Un minuto después ambos estaban abajo, controlando los detalles finales para volver al mar.

USS PHARRIS.

El helicóptero Sikorsky Sea King apenas cabía en la plataforma de la fragata, calculada para aeronaves más pequeñas, pero en caso de heridos graves, las reglas tenían cierta flexibilidad. Los diez peores casos, todas las quemaduras profundas y miembros fracturados, fueron cargados a bordo después del abastecimiento de combustible, y Morris los vio despegar y alejarse a tierra. El comandante de lo que quedaba de la USS Pharris se puso de nuevo la gorra y encendió un cigarrillo. Todavía no sabía con certeza qué había salido mal con ese «Victor». De alguna manera, el comandante ruso se había autotrasplantado de un lugar a otro.

—Hundimos a tres de esos hijos de puta, señor. —El suboficial Clarke apareció al lado de Morris— A lo mejor éste solamente tuvo suerte.

—¿Sabe leer el pensamiento, suboficial?

—Perdone, señor. Usted quería que le informara acerca de varias cosas. las bombas ya casi han achicado todo. Yo diría que estamos haciendo agua a razón de unos treinta y cinco litros por hora en la grieta del rincón inferior de estribor; casi no vale la pena hablar de eso. El mamparo está aguantando, y tenemos gente que lo vigila constantemente. Lo mismo que el cable de remolque. Esos tipos del remolcador saben lo que hacen. El jefe de máquinas informa que las dos calderas están completamente reparadas. El Prairie Masker se encuentra operando. El Sea Sparrow está en servicio de nuevo, para el caso de que lo necesitemos, pero los radares todavía no funcionan.

Morris hizo un movimiento de cabeza, asintiendo.

—Gracias, suboficial. ¿Cómo están los hombres?

—Ocupados. Bastante silenciosos. Enojados.

—Ésa es una ventaja que tienen ellos sobre mí —pensó Morris—. Están ocupados.

—Si me permite decirlo, jefe, a usted lo veo muy cansado —dijo Clarke.

El contramaestre estaba preocupado por su comandante, pero ya había hablado más de lo que debía.

—Ya vamos a tener todos un buen descanso dentro de poco.

SUNNYVALE, CALIFORNIA.

—Estamos viendo el lanzamiento de un pájaro —informó el oficial de guardia al mando de Defensa Aeroespacial de los Estados Unidos de América del Norte (NORAD)—. Está saliendo del cosmódromo de Baikonur con un rumbo de uno cinco, indicando una probable inclinación orbital de sesenta y cinco grados. las características de su rastro dicen que es un «SS-11 ICBM» o un cohete especial tipo «F-1».

—¿Sólo uno?

—Exacto, un pájaro nada más.

Muchos oficiales de la Fuerza Aérea se habían puesto de repente muy tensos. El misil llevaba un rumbo que lo pondría en órbita directa sobre la zona central de los Estados Unidos en cuarenta o cincuenta minutos. El cohete en cuestión podía ser una de varias cosas. El misil ruso «SS-9», como muchos de sus equivalentes norteamericanos, era ya obsoleto y lo habían adaptado como cohete impulsor para colocación de satélites en órbita. A diferencia de los norteamericanos, lo habían diseñado originariamente como un sistema de bombardeo de órbita fraccionario (FOBS), un misil que podía poner una cabeza nuclear de veinte megatones en una trayectoria de vuelo que imitaba a la de un inofensivo satélite.

—Motor impulsor extinguido... Muy bien, vemos separación e ignición de la segunda etapa —dijo el coronel por teléfono. *Los rusos quedarían espantados si supieran qué buenas son nuestras cámaras*, pensó—. La trayectoria de vuelo continúa igual que antes.

El NORAD ya había transmitido en forma urgente una alarma a Washington. Si esto era un ataque nuclear, la autoridad nacional de mando estaba lista para reaccionar. Eran muchos los estudios de situación que comenzaban con la explosión de una gran cabeza de guerra a alturas orbitales sobre el país blanco, motivando daños electromagnéticos en gran escala a los sistemas de comunicación. El «SS-9 FOBS» estaba hecho a la medida para eso.

—Segunda etapa extinguida..., hay ignición de una tercera etapa. ¿Usted recibe nuestro cálculo de posición, NORAD?

—Afirmativo —respondió el general que se encontraba debajo del monte Cheyenne.

La señal del satélite de advertencia temprana estaba en enlace con el mando del NORAD, y un grupo de vigilancia de treinta personas contenía el aliento, observando la imagen del impulsor espacial que se desplazaba a través de la proyección del mapa. Dios mío, no permitas que sea un ataque nuclear...

En Australia, un radar con base en tierra detectó el vehículo, mostrando la tercera etapa en ascenso, y la extinguida segunda etapa que caía en el océano Indico. Su información también se comunicaba por satélite con Sunnyvale y el monte Cheyenne.

—Eso parece un desprendimiento de pantalla protectora —dijo el hombre de Sunnyvale.

La imagen del radar mostraba cuatro nuevos objetos que aleteaban separándose de la tercera etapa. Probablemente era la cubierta de aluminio protectora que se necesitaba para vuelo atmosférico, pero resultaba un peso innecesario para un vehículo espacial. Todos empezaron a respirar con mayor regularidad. Un ingenio de retorno necesitaba esa cubierta protectora; pero un satélite no. Después de cinco tensos minutos, era la primera buena noticia. Los «FOBS» no hacían eso.

Un avión «RC-135» de la Fuerza Aérea ya estaba despegando en la base Tinker de la Fuerza Aérea, en Oklahoma, con sus motores acelerados a tope por su tripulación, que apuraba al convertido «707» de línea aérea para que tomara altura. El techo de lo que antes había sido el compartimiento de pasajeros, tenía una gran cámara telescópica que se usaba

para inspeccionar los vehículos espaciales soviéticos. Más atrás, unos técnicos activaban los complicados sistemas de seguimiento empleados para fijar la cámara en su lejano blanco.

—Consumido —anunciaron en Sunnyvale— El vehículo ha alcanzado la velocidad orbital. las cifras iniciales parecen definir un apogeo de doscientos cincuenta kilómetros y un perigeo de doscientos treinta y ocho.

Tendrían que afinar esos números, pero el NORAD y Washington necesitaban algo sin demora.

—¿Su evaluación? —preguntó el NORAD a Sunnyvale.

—Todo concuerda con un lanzamiento de satélite de reconocimiento oceánico por radar. El único cambio es que la trayectoria de entrada en órbita fue en dirección general sur, en vez de norte.

Aquello tenía perfecto sentido, como todos sabían. Cualquier clase de cohete lanzado sobre el Polo suponía peligros que no todos querían contemplar.

Treinta minutos después, ya estaban seguros. Los tripulantes del «RC-135» obtuvieron buenas fotografías del nuevo satélite soviético. Antes de que hubiera completado su primera órbita fue clasificado como un «RORSAT». El nuevo satélite de reconocimiento oceánico por radar iba a ser un problema para la Marina, pero no algo que terminara con el mundo. La gente de Sunnyvale y del monte Cheyenne mantuvieron su vigilancia.

ISLANDIA.

Siguieron un sendero que rodeaba la colina. Vidgis les informó que era uno de los lugares favoritos de los turistas. Un pequeño glaciar en el sector norte de la montaña alimentaba a media docena de arroyos, que descendían hasta un amplio valle donde se veían muchas granjas. Tenían un excelente punto de observación. Casi todo lo que veían estaba debajo de ellos, incluyendo varios caminos que pudieron vigilar casi constantemente. Eso les daba buenas ventajas. Edwards consultó sobre la conveniencia de cortar directamente a través del valle hacia su objetivo, o mantenerse sobre el terreno escabroso del lado este.

—Me gustaría saber qué clase de estación de radio es ésta —dijo Smith.

Había una torre a unos diez o doce kilómetros hacia el Oeste.

Mike miró a Vidgis, pero ella respondió encogiéndose de hombros. No acostumbraba a escuchar la radio.

—No es fácil decirlo desde esta distancia —observó Edwards—. Pero tal vez haya algunos rusos allí.

Desplegó su gran mapa. Esa parte de la isla mostraba muchos caminos, pero la información debía tomarse con reservas. Solamente dos tenían pavimentos aceptables. El resto figuraban como «estacionales»... ¿*Qué significaba eso exactamente*?, se preguntaba Edwards. De éstos, unos estaban bien conservados y otros no; pero el mapa no decía cuáles eran. Todas las tropas soviéticas que ellos habían visto en tierra conducían vehículos tipo jeep, no los carros de infantería semioruga que habían observado el día de la invasión. Pero un buen conductor en un vehículo con tracción en las cuatro ruedas podía ir a casi cualquier parte. Quién sabe cómo serían de buenos los rusos para conducir jeeps sobre terrenos accidentados... Tantas cosas para preocuparse, pensaba Edwards.

Apuntó los anteojos de campaña sobre la zona que se extendía al Oeste. Vio despegar un avión biturbohélice de línea aérea desde un pequeño aeródromo. Te habías olvidado de eso, ¿verdad? Los rusos están usando esos saltamontes para llevar sus tropas de un lado a otro...

—Sargento, ¿qué opina usted?

No vendrá mal tener una decisión profesional.

Smith hizo una mueca. Había que elegir entre el peligro físico y el agotamiento físico. *Vaya una elección* —pensó— *Creíamos que para eso estaban los oficiales.*

—Si fuera yo, tendría por lo menos algunas patrullas allá abajo, teniente. Hay muchos caminos, necesitan puntos de control para poder vigilar a la gente del lugar. Supongamos que esa radio es para orientación de la navegación. Habrá guardia. Si fuera una radio común, también tendría guardia. Todas esas granjas..., ¿qué clase de granjas son, señorita Vidgis?

—Ovejas, algunas vacas lecheras. Patatas —contestó ella.

—Entonces, cuando los rusitos están libres de servicio, algunos andarán merodeando para conseguir un poco de comida fresca en lugar de sus porquerías en lata. Nosotros también lo haríamos. No me gusta mucho, teniente.

Edwards asintió.

—Muy bien, vamos hacia el Este. Ya nos queda poca comida.

—Siempre habrá peces.

FASLANE, ESCOCIA.

El Chicago lideraba la procesión. Un remolcador de la Real Marina británica le había ayudado a apartarse del muelle, y el submarino norteamericano iba saliendo por el canal a seis nudos. Estaban aprovechando un claro en la cobertura del satélite soviético. Pasarían por lo menos seis horas antes de que otro satélite ruso estuviera allí arriba. Detrás de McCafferty iban el Boston, el Pittsburgh, el Providence, el Key West y el Groton, con intervalos de dos millas.

—¿Qué profundidad tenemos? —preguntó McCafferty por el intercomunicador.

—Ciento sesenta metros.

Era hora. McCafferty ordenó bajar a los vigías. las únicas naves a la vista se hallaban detrás. El Boston era claramente visible: su torre negra y los planos dobles de inversión se deslizaban sobre el agua como un ángel de la muerte. *Bastante buena comparación*, pensó. El comandante del USS Chicago hizo una inspección final del puesto de control en lo alto de la torre; luego bajó por la escala cerrando tras él la escotilla. Otros siete metros y llegó a la central de ataque, donde cerró otra escotilla, haciendo girar la rueda de ajuste hacia el tope.

—Panel en orden y cerrado —informó el oficial ejecutivo, iniciando la letanía oficial de control hasta llegar a la conclusión de que el submarino estaba listo para la inmersión. Los submarinistas inventaron las listas de control mucho antes de que los aviadores las descubrieran. McCafferty inspeccionó personalmente los paneles de situación, y lo mismo hicieron, furtivamente, otros de la tripulación de la central de ataque. Todo estaba como debía estar.

—Inmersión. Llévenos a sesenta metros —ordenó McCafferty.

Llenaron el submarino los fuertes ruidos de chorros de agua y aire, y el delgado casco negro inició el descenso.

McCafferty repasó la carta en su mente. Sesenta y cuatro horas hasta el pack de hielo y cambio de rumbo al Este. Cuarenta y tres horas a Svyatana y cambio de rumbo al Sur. Y entonces venía la parte realmente difícil.

STENDAL, REPUBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

La batalla de Alfeld estaba convirtiéndose en una cosa viviente que devoraba hombres y tanques como un lobo devora conejos. Alekseyev se irritaba por el hecho de encontrarse a doscientos kilómetros de la división blindada que ahora consideraba como suya. No podía quejarse de su relevo..., lo que hacía peores las cosas para él. El nuevo comandante había logrado cruzar el río con éxito, poniendo otros dos regimientos de infantería mecanizada sobre la orilla opuesta, y ahora se estaban construyendo tres puentes de sectores a través del Leine..., o al menos estaba en marcha un entusiasta intento para construirlos, a pesar del tremendo fuego de artillería de las unidades de la OTAN.

—Hemos creado una «asamblea obligatoria», Pasha —dijo el comandante en jefe del Oeste, fijando su vista en la carta de situación.

Alekseyev asintió con un movimiento de cabeza. Lo que había empezado como un ataque limitado estaba transformándose rápidamente en el punto focal de todo el frente de guerra. Otras dos divisiones blindadas soviéticas se hallaban ahora en las proximidades de la zona de combate, y se acercaban velozmente al Leine. Se sabía que tres brigadas de la OTAN se desplazaban en la misma dirección, junto con artillería. Ambos bandos estaban retirando aviones tácticos de otras zonas; para destruir la cabeza de puente y para apoyarla. El terreno en el frente no daba a los operadores de «SAM» tiempo suficiente para distinguir entre amigo y enemigo. Los rusos tenían muchos más misiles superficie-aire, de manera que habían establecido en Alfeld una zona de fuego libre. Cualquier cosa que volara era automáticamente un blanco para los misiles rusos, mientras que los aviones soviéticos se mantenían alejados de allí, trabajando para localizar y destruir la artillería de la OTAN y los refuerzos. Todo esto iba contra la doctrina de preguerra..., otra jugada, pero esta vez favorable, juzgó Alekseyev, dadas sus experiencias en el frente. Era una lección importante, que no se había recalcado demasiado en la instrucción: los comandantes superiores tenían que ver con sus propios ojos lo que estaba ocurriendo. *¿Cómo pudimos olvidar eso, alguna vez?,* se preguntó Pasha.

Pasó la mano por el vendaje que tenía en la frente. Alekseyev padecía un espantoso dolor de cabeza. Un médico había tenido que darle doce puntos de sutura en la herida, los cuales iban a dejarle una cicatriz, según le había dicho. Su padre tenía varias de esas cicatrices, todas lucidas con orgullo. Él aceptaría la condecoración de ésta.

—¡Hemos tomado la sierra al norte de la población! —llamó el comandante de la división blindada 20—. ¡Desalojamos a los norteamericanos!

Alekseyev tomó el teléfono.

—¿Cuánto tardarán los puentes?

—Tendríamos que tener uno listo dentro de media hora. El apoyo de artillería de ellos estaba cediendo. Nos mandaron al diablo una unidad de puentes; pero podremos terminar éste. Tengo ya un batallón de tanques alineados. Los «SAM» están actuando muy bien. Desde donde estoy puedo apreciar los restos de cinco aviones. Veo...

El general se interrumpió con un ruido atronador.

Alekseyev no podía hacer otra cosa que mirar fijamente el receptor del teléfono. Su puño se cerró con furia sobre el auricular.

—Discúlpeme. Eso estuvo cerca. La sección final del puente ya está rodando. Esos ingenieros han tenido unas pérdidas terribles, camarada general. Merecen una atención particular. El mayor al mando de la unidad lleva ya tres horas de exposición. Quiero que le den la Estrella de Oro.

—Entonces, la tendrá.

—Bien, bien..., la sección del puente ya está fuera del camión y en el agua. Si nos dan diez minutos para anclar el extremo, pasaré de inmediato esos tanques que usted quiere. ¿Cuánto falta para que lleguen mis refuerzos?

—Los elementos de vanguardia estarán ahí poco después de la puesta del sol.

—¡Excelente! Ahora debo irme. Volveré cuando empecemos a pasar los tanques.

Alekseyev devolvió el teléfono a un joven oficial. ¡Era como escuchar por radio un partido de hockey!

—¿El próximo objetivo, Pasha?

—Hacia el Noroeste en dirección a Hameln, y más allá. Tal vez podamos cortar los grupos de ejércitos del Norte de la OTAN. Si ellos empiezan a retirar las fuerzas que rodean Hamburgo, ¡iremos a un ataque general y las perseguiremos hasta el canal de la Mancha! Creo que hemos logrado la situación que estábamos deseando.

BRUSELAS, BÉLGICA.

En el Cuartel General de la OTAN, los oficiales de Estado Mayor observaban idénticos mapas y llegaron a las mismas conclusiones, con menos entusiasmo. las reservas eran peligrosamente bajas..., pero no había alternativa. Hombres y armas convergían sobre Alfeld en cantidades siempre crecientes.

PANAMA.

El tránsito de buques de la Armada de los Estados Unidos era el más intenso que se había observado en muchos años. Los cascos grises usaban los sistemas de compuertas, impidiendo que se moviera el tráfico que se dirigía al Oeste. Todo se hacía con gran urgencia. Había helicópteros que trasladaban a los pilotos del canal desde y hacia los buques; se vulneraban las restricciones de velocidad, sin prestar atención a los problemas de erosión en Gaillard Cut. Los buques que necesitaban abastecerse de combustible lo hacían tan pronto como salían del canal en las compuertas Gatun, y luego formaban una barrera antisubmarina en Bahía Limón. El tránsito de la formación desde el Pacífico hasta el Atlántico duró doce horas, en implacables condiciones de seguridad. Una vez finalizado, partieron hacia el Norte con una velocidad de flota de veintidós nudos. Tenían que cruzar el pasaje Windward de noche.

30. APROXIMACIONES.

BOSTON, MASSACHUSETTS.

Dicen que es el olor del mar —pensó Morris—, pero en realidad no lo es. Es el olor de la tierra. Surgía de los pantanos de las mareas: de todas las cosas que vivían, morían y acababan pudriéndose cerca del borde del agua; eran todos los olores que fermentaban en las tierras húmedas marginales y que al liberarse soplaban hacia el mar. Los marinos lo consideraban un olor amistoso, porque significaba que estaban cerca la tierra, el puerto, el hogar, la familia. En otro sentido, era algo que tenía que neutralizarse con «Lysol».

Mientras Morris observaba, el remolcador Papago acortó el cable de remolque para un mejor control en aguas restringidas. Tres remolcadores del puerto se colocaron junto al buque, sus tripulantes lanzaron cabos mensajeros a los marineros de la fragata. Cuando quedaron asegurados, el Papago se separó y navegó río arriba para cargar combustible.

—Buenas tardes, comandante.

El piloto del puerto hablaba desde uno de los remolcadores. Parecía haber estado metiendo y sacando buques del puerto desde hacía cincuenta años.

—Buenas tardes, capitán —respondió Morris.

—Veo que hundió tres submarinos rusos.

—Sólo uno por nuestros propios medios. Los otros son colaboraciones.

—¿Cuánto es su calado?

—Un poco menos de siete metros cincuenta... No... —Morris tuvo que corregirse, pues el domo del sonar estaba ahora en el fondo del Atlántico.

—Hizo bien en traerla de vuelta, comandante —dijo el piloto, mirando hacia delante—. Mi buque no sobrevivió. Antes de que usted naciera, supongo. El Callaghan, siete noventa y dos. Oficial auxiliar de artillería; yo acababa de graduarme de guardiamarina. Derribamos doce aviones japoneses, pero poco antes de medianoche, el número trece, un kamikaze, llegó hasta nosotros. Cuarenta y siete hombres..., bueno.

El piloto sacó el walkie—talkie del bolsillo y empezó a dar indicaciones a los remolcadores. La fragata Pharris inició un desplazamiento lateral hacia un muelle. Directamente al frente había un dique seco de mediana capacidad, pero no se movían en esa dirección.

—¿No va al dique seco? —preguntó Morris, sorprendido y enojado al ver que llevaban a su buque a un muelle común.

—El dique tiene problemas mecánicos. Todavía no está listo para recibirlo. Mañana o pasado mañana, con seguridad. Yo sé cómo se siente, comandante. Es como si a su hija no se la admitiera en el hospital. Arriba ese ánimo. Yo vi hundirse a la mía.

No tenía sentido protestar. Morris lo comprendió. El hombre llevaba razón. Si su fragata no se había hundido durante el remolque, estaría segura junto al muelle por uno o dos días. El piloto era un experto. Su ojo avezado midió el viento y la marea, y dio las órdenes apropiadas a los capitanes de los remolcadores. En treinta minutos la fragata quedó amarrada al muelle de carga. Tres equipos de personal de noticiarios de Televisión los estaban esperando detrás de una cortina de marineros vestidos con uniforme de guardacostas. En cuanto terminaron de acomodar la planchada, un oficial subió corriendo a bordo y fue directamente al puente.

—Comandante, soy el capitán de corbeta Anders. Tengo esto para usted, señor.

Le entregó un sobre que parecía oficial.

Morris lo abrió y extrajo un formulario común de mensaje de la Marina. Con la forma más lacónica de lenguaje naval le ordenaban presentarse en Norfolk empleando el medio de transporte más rápido.

—Tengo un auto esperando. Puede alcanzar el puente aéreo hasta D. C., y después llegará en seguida a Norfolk.

—¿Qué pasará con mi buque?

—Ésa es mi responsabilidad, comandante. Yo se lo cuidaré muy bien.

Así, sin más, pensó Morris. Asintió y se dirigió abajo para hacer su equipaje. Diez minutos después pasó sin hablar junto a las cámaras televisivas, y lo llevaron al aeropuerto internacional «Logan».

STORNOWAY, ESCOCIA.

Toland examinó las fotografías de satélite de los cuatro aeródromos de Islandia. Era extraño que los rusos no estuvieran utilizando el viejo campo de Keflavik, prefiriendo en cambio situar sus aviones de combate en Reykiavik y, en la nueva base de la OTAN. Ocasionalmente, uno o dos «Backfire» aterrizaban en Keflavik, bombarderos que tenían problemas mecánicos o con escasez de combustible, pero eso era todo. Las barridas de los cazas hacia el Norte habían producido sus efectos. Ahora los rusos reabastecían combustible en vuelo mucho más al Norte y al Este, lo que determinaba que los «Backfire» sufrieran un acortamiento marginal pero, de todos modos, negativo en su autonomía y alcance. Los expertos estimaban que habían perdido treinta minutos del tiempo que tenían para buscar los convoyes. A pesar de la exploración que efectuaban los «Bear» y el reconocimiento por satélite, solamente dos tercios de las salidas llegaban a atacar. Toland no sabía por qué. ¿Había algún problema con las comunicaciones de los soviéticos? De ser así, ¿no podían ellos encontrar la forma de explotarlo?

Los «Backfire» todavía estaban afectando a los convoyes, y gravemente. Después de una considerable insistencia de la Marina, la Fuerza Aérea empezaba a instalar aviones de combate en Terranova, Bermudas y en las Azores. Apoyados por aviones cisterna prestados por el Comando Aéreo Estratégico, estaban tratando de mantener patrullas aéreas de combate sobre aquellos convoyes que podían alcanzar. No había esperanza alguna de impedir realmente un ataque de «Backfire»; pero podían lograr una disminución en la cantidad de «Bear». Los soviéticos tenían sólo unos treinta aviones de reconocimiento de largo alcance «Bear-D». Aproximadamente diez de ellos volaban todos los días con sus poderosos radares «Big Bulge» encendidos para guiar a los bombarderos y submarinos hacia los convoyes; lo cual hacía que fuesen relativamente fáciles de descubrir, si se podía poner allí un caza que los buscara. Después de experimentarlo mucho, los rusos habían adoptado un patrón previsible en sus operaciones aéreas. Habrían de pagar por ello. Al día siguiente, la Fuerza Aérea tendría patrullas aéreas de combate, de dos aviones, sobre seis diferentes convoyes.

También harían pagar un precio a los rusos por instalar aviones en Islandia.

—Yo calculo que es un regimiento..., digamos, entre veinticuatro y veintisiete aviones. Todos son «MiG-29 Fulcrum» —dijo Toland— Pero parece que nunca vemos más de veintiuno en tierra. Supongo que mantienen en forma bastante estable sus patrullas aéreas de combate, digamos, cuatro pájaros en vuelo en forma casi permanente. También parecen tener tres radares instalados en tierra, y los cambian constantemente de posición. Eso quizá signifique que disponen de instalaciones para controlar desde tierra las intercepciones. ¿Hay algún problema para interferir los radares de búsqueda?

Un piloto de combate meneó la cabeza.

—Con el apoyo necesario, no.

—De modo que sólo tendríamos que obligar a salir a los «MiG» y derribar algunos. —Los comandantes de los dos escuadrones de «Tomcat» estaban con Toland examinando los mapas— Aunque queremos mantenernos alejados de esos «SAM». Según lo que dicen los tipos de Alemania, el «SA-11» es muy mala noticia.

El primer esfuerzo de la Fuerza Aérea para eliminar Keflavik con los «B-52» había resultado un desastre. Los siguientes, con «FB-111», más pequeños y rápidos, habían hostigado a los rusos; pero no pudieron poner completamente fuera de servicio a Keflavik. El Mando Aéreo Estratégico no estaba dispuesto a dividir sus efectivos de bombarderos en número suficiente para alcanzar ese objetivo. Todavía no se había efectuado con éxito una misión contra las principales instalaciones de depósitos de combustible. Se hallaban

demasiado cerca de una zona densamente poblada, y las fotos de satélites revelaban que todavía se encontraban civiles allí. Naturalmente.

—Debemos conseguir que la Fuerza Aérea intente otra operación con los «B-52» —sugirió uno de los pilotos de combate— Se aproximan igual que antes; pero... —Trazó un esquema con algunos cambios en el perfil del ataque— Ahora que tenemos con nosotros a nuestros Maricones, todo puede salir muy bien.

—Si usted quiere mi ayuda, capitán, por lo menos podría ser un poco más correcto al hablar. —Quedó muy claro que al piloto del «ProwIer» que estaba en la sala no le gustó que llamaran con ese apodo a su avión de cuarenta millones de dólares—. Yo puedo anular los radares de esos «SAM» desde un poco más lejos; no se olviden que el «SA-11» tiene el apoyo de un buscador de rayos infrarrojos. Si ustedes se ponen dentro de los quince kilómetros de los lanzadores, ellos tienen todas las probabilidades de bajar del cielo a sus «Tomcat» como si los estuvieran fumando.

Los pilotos sabían que lo realmente horrible de los «SA-11» era que casi no dejaban estela de humo y por eso resultaba muy difícil detectarlos, y era más difícil evadir un «SAM» que no pudieran ver.

—Nos mantendremos lejos de Mr. SAM. Ésta es la primera vez, caballeros, que tenemos las probabilidades de nuestro lado.

Los pilotos de combate empezaron a organizar un plan. Ahora tenían sólida inteligencia sobre cómo operaban en combate los cazas rusos. Los soviéticos poseían buenas tácticas, pero eran también previsibles. Si los aviones norteamericanos podían ingeniarse en presentar una situación para la cual los rusos no estaban entrenados, sabrían cómo iba a reaccionar Iván ante ella.

STENDAL, REPúBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

Alekseyev nunca había esperado que fuera fácil, pero tampoco se había imaginado que las fuerzas aéreas de la OTAN llegarían a tener el control del cielo nocturno. Cuatro minutos después de medianoche, un avión no detectado por el radar había destruido la estación transmisora de radio para el cuartel general del comandante en jefe del Oeste.

Sólo habían tenido tres estaciones alternativas, cada una de ellas a más de diez kilómetros del búnker subterráneo. Ahora poseían una, además de un transmisor móvil que ya había sufrido una vez un bombardeo. Los cables del teléfono subterráneo todavía se podían usar, desde luego, pero los avances que penetraban en territorio enemigo habían hecho poco confiables las comunicaciones telefónicas. Con demasiada frecuencia, los cables tendidos por las tropas del cuerpo de señales quedaban destruidos por ataques aéreos o vehículos mal conducidos.

Necesitaban los enlaces de radio, y la OTAN los eliminaba sistemáticamente. Hasta habían intentado un ataque sobre el mismo complejo del búnker.... la posición simulada, situada exactamente entre dos transmisores, había sido atacada por ocho cazabombarderos y regada generosamente con napalm, munición racimo y bombas de alto explosivo con espoletas retardadas. Si el ataque se hubiera producido sobre el verdadero complejo, decían los expertos en armamento, podría haber habido bajas. Un tanto a favor de la capacidad de nuestros ingenieros. Se suponía que los búnkers podrían resistir un impacto cercano de una cabeza de guerra nuclear.

Alekseyev tenía ahora una división combatiente completa al otro lado del Leine... Los restos de una división, se corrigió a sí mismo. las dos divisiones blindadas de refuerzo estaban tratando de cruzar en ese momento; pero durante la noche habían bombardeado los puentes recién tendidos junto con las divisiones que avanzaban. Los refuerzos de la OTAN estaban empezando a llegar; durante sus avances por los caminos habían sufrido ataques aéreos, aunque produciendo tremendas pérdidas a los cazabombarderos soviéticos. Las tácticas..., no, los aficionados discuten las tácticas. Los soldados profesionales estudian la logística, pensó Alekseyev. La clave para que él pudiera lograr el éxito residiría en su capacidad para mantener puentes sobre el río Leine y para mover con eficacia el tránsito por los caminos que conducían a Alfeld. El sistema de control de tránsito ya había fracasado dos veces antes de que Alekseyev enviara un grupo de coroneles para que manejaran las cosas.

—Deberíamos haber elegido un sitio mejor —murmuró Alekseyev.

—¿Cómo dice, camarada general? —preguntó Sergetov.

—En Alfeld hay un solo camino bueno. —El general sonrió irónicamente—. Tendríamos que haber hecho nuestra ruptura en una población que tuviera por lo menos tres.

Ambos observaron cómo se movían las fichas de madera sobre la línea que había en el mapa. Cada ficha representaba un batallón. las unidades de misiles y cañones antiaéreos se encolumnaban en el corredor que se extendía al norte y al sur de ese camino, el cual debía ser constantemente barrido para limpiarlo de las minas sembradas a distancia, que la OTAN estaba usando por primera vez en cantidad.

—La división blindada 29 ha sido bastante maltratada —suspiró el general.

Sus tropas. Podrían haber logrado una rápida ruptura.... de no haber sido por los aviones de la OTAN.

—Las dos divisiones de refuerzo van a completar la maniobra —predijo Sergetov, confiado.

Aleseyev pensó que tenía razón. A menos que alguna otra cosa anduviera mal.

NORFOLK, VIRGINIA.

Morris ocupó un sillón al otro lado del escritorio del comandante de las fuerzas navales de superficie de la flota del Atlántico de los Estados Unidos. Era un almirante de tres estrellas, que había pasado toda su carrera en lo que a él le gustaba llamar «la verdadera Armada»: fragatas, destructores y cruceros. Esos pequeños buques grises no tenían el romántico atractivo de la aviación ni el misterio de los submarinos, pero en esos momentos constituían la clave para que los convoyes pudieran cruzar el Atlántico.

—Iván ha cambiado de táctica con nosotros, y lo ha hecho con una rapidez de todos los diablos, mucho mayor de lo que creímos que era capaz. Ahora están atacando a los escoltas. El ataque a su fragata fue deliberado; usted no tropezó con él en su camino. Probablemente él lo estaba esperando.

—¿Están tratando de disminuir la cantidad de escoltas?

—Sí, pero con particular interés en los buques con colas. Nosotros les hemos causado graves pérdidas en su fuerza de submarinos, aunque no los suficientes; pero les hemos hecho daño. Los sistemas de los remolcadores están ya solucionados. Iván se ha ocupado de eso y ahora está tratando de eliminarlos. Está buscando también los buques SURTASS, pero ésa es una tarea más difícil. Hundimos tres submarinos que intentaron acercarse a ellos.

Morris asintió. Los Buques de Superficie de Sonares de Arrastre (SURTASS) eran clípers atuneros modificados, que arrastraban cables con enormes sonares pasivos. No los había en número suficiente como para proporcionar cobertura a más de la mitad de las rutas de los convoyes, pero suministraban excelente información al cuartel general de ASW en Norfolk.

—¿Por qué no envían «Backfire» tras los buques?

—Nosotros también nos hemos preguntado eso. Evidentemente, los rusos no creen que valen lo suficiente como para desviar hacia ellos tanto esfuerzo. Además, dentro de ellos, tenemos instalada una capacidad electrónica mucho mayor de lo que cualquiera pudiera creer. No son fáciles de localizar por radar.

El almirante no siguió dando detalles del tema, pero Morris se preguntó si la tecnología stealth (sobre la cual la Marina trabajaba hacía años) no habría sido empleada en la fuerza SURTASS. «*Si los rusos estaban limitando sus capacidades para localizar y hundir con submarinos a los buques atuneros* —pensó—*, tanto mejor.*»

—Voy a proponerle para una condecoración, Ed. Usted se ha portado muy bien. Tengo solamente tres comandantes que lo han superado, y a uno de ellos lo mataron ayer. ¿Qué gravedad tienen sus daños?

—Puede llegar a ser una pérdida total, señor. Fue un «Victor». Recibimos un impacto en la proa. Se abrió un rumbo en la quilla, y..., se partió la proa, señor. Perdimos todo lo que se encontraba delante del lanzador de «ASROC». Hubo muchas averías por la conmoción, pero la mayor parte ya están reparadas. Antes de que vuelva a navegar, tendremos que hacerle construir una proa nueva.

El almirante asintió. Ya había visto los informes sobre los daños.

—Hizo bien en salvarla, Ed. Muy bien. La Pharris no lo necesita a usted, por el momento. Quiero tenerlo aquí, con mi gente de operaciones. Hemos de cambiar las tácticas también. Deseo que usted revise toda la información que poseen en Inteligencia y Operaciones, y me sugiera algunas ideas.

—Para empezar, podríamos detener a esos malditos «Backfire».

—Estamos trabajando en eso.

La respuesta contenía tanta confianza como escepticismo.

EL PASAJE WINDWARD.

Hacia el Este se hallaba Haití, en la isla La Española. Hacia el Oeste, Cuba. Completamente oscurecidos, con los sistemas de radares encendidos y colocados en la posición de espera, los buques navegaban en formación de combate, escoltados por destructores y fragatas. Los misiles estaban en posición en los lanzadores, apuntados hacia babor; y los controladores de lanzamiento sudaban en los puestos de combate a pesar del aire acondicionado.

No esperaban que hubiera problemas. Castro había dado su palabra al Gobierno norteamericano en el sentido de que no tenía parte alguna en esto, y estaba resentido por el hecho de que los soviéticos no le hubieran informado de sus planes. Sin embargo, era diplomáticamente importante que la flota norteamericana cruzara el pasaje en la oscuridad, de manera que los cubanos pudieran decir, sin falsear la verdad, que no habían visto nada. Como señal de buena fe, Castro había alertado también a los norteamericanos sobre la presencia de un submarino soviético en el estrecho de Florida. Que lo tuvieran como vasallo, era una cosa; pero que utilizaran a su país como base para una guerra sin habérsele informado, ya era demasiado.

Los marinos no sabían nada de esto; solamente confiaban en que no se esperaba una oposición grave. Pero lo tomaban con reserva y cumplieron todos los informes de Inteligencia. Sus helicópteros habían sembrado una hilera de sonoboyas y sus receptores de radar «ESM» escuchaban por si se oía la señal pulsante de algún radar de fabricación soviética. En lo alto, los vigías apuntaban al cielo sus grotescos anteojos para mirar estrellas, buscando aviones que podrían estar atacándolos visualmente..., lo que no les habría resultado demasiado difícil.

A veinticinco nudos, todos los buques dejaban una estela de espuma que parecía fluorescente como el neón en la oscuridad.

El comandante de una de las fragatas se hallaba sentado en su sillón en la central de informaciones de combate de su nave. A su izquierda estaba la mesa de la carta de navegación; frente a él (se había sentado mirando hacia atrás) el joven oficial de acción táctica observaba su pantalla de exploración. Se sabía que los cubanos tenían baterías de misiles superficie-superficie desplegadas en las líneas de sus costas como las fortalezas de la Antigüedad. En cualquier momento, los buques podrían detectar un hervidero de vampiros que se acercaban. Hacia proa, su lanzador simple de misiles estaba cargado y apuntando, lo mismo que su cañón de tres pulgadas, El café fue un error, pero él tenía que mantenerse alerta, El precio fue un agudo dolor de estómago. Tal vez debería hablar con el enfermero, pensó, y en seguida lo descartó encogiéndose de hombros. No había tiempo para eso. Hacía tres meses que trabajaba todo el día a fin de tener listo su buque para la acción, corriendo para lograr las pruebas de aceptación y dirigiendo constantemente las tareas, haciendo trabajar duro a sus hombres y a su buque, pero trabajando él más que nadie. Era muy orgulloso para admitir que exigía demasiado, aun a sí mismo.

Se produjo en el momento en que terminaba su tercera taza de café. Por toda advertencia, sintió un dolor tan fuerte y sorpresivo como si le hubieran lanzado un puñal. El comandante se dobló y vomitó sobre el piso de baldosas de la CIC. Un marinero lo limpió en seguida, y estaba demasiado oscuro para ver que había sangre en la baldosa. A pesar de los dolores, no podía dejar su puesto. De pronto sintió frío, por la pérdida de sangre. El comandante tomó nota mentalmente para suspender el café durante unas horas. Quizá viera al médico cuando fuera posible. Si es que llegaba a ser posible. Iban a estar tres días en Norfolk. Entonces podría descansar un poco. Sabía que necesitaba ese descanso. La fatiga que había estado acumulando durante tantas jornadas lo golpeaba ahora. El comandante movió la cabeza. Suponía que el vómito le haría sentirse mejor.

VIRGINIA BEACH, VIRGINIA.

Morris encontró su casa vacía. Por sugerencia suya, su esposa se había ido a Kansas, con su familia. No tenía sentido que ella y los niños se quedasen allí preocupándose por él. Ahora estaba arrepentido de haberles dicho eso. Morris necesitaba la compañía, le hacía falta un abrazo, ansiaba ver a sus hijos. No había pasado un minuto desde que abriera la puerta, cuando ya se encontraba junto al teléfono. Su mujer sabía lo ocurrido a su buque, pero lo había ocultado a los niños. Tardó dos minutos en convencerla de que él estaba realmente bien, en casa y sin heridas. Después habló con los chicos y, por último, se enteró de que no podrían conseguir un vuelo para regresar a casa. Todas las líneas aéreas estaban ocupadas, o bien llevando hombres y abastecimientos al exterior, o con pasaje completo hasta mediados de agosto. Ed comprendió que no era razonable hacer viajar a su familia en automóvil todo el trayecto desde Salinas hasta Kansas City, para esperar en las listas de pasajeros condicionales. Las despedidas fueron duras.

Pero lo que seguía era aún más duro. El capitán de fragata Edward Morris se puso su uniforme blanco y sacó de su cartera la lista de familias a las que tenía que visitar. Todos habían recibido ya las comunicaciones oficiales, pero otro de los deberes inherentes al comandante era efectuar esas visitas personalmente. La viuda de su oficial ejecutivo vivía a poco más de quinientos metros. Su oficial ejecutivo había sido un hombre hábil para el asado, recordó Morris. ¿Cuántos fines de semana pasaron en el patio de ellos contemplando cómo se doraba la carne sobre el fuego? ¿Qué le diría ahora a la mujer? ¿Qué les diría al resto de las viudas? ¿Qué les diría a los niños?

Morris caminó hacia su coche y sintió la burla de la matrícula: FF-1094. No todos los hombres tenían que llevar con ellos su fracaso de un lado a otro. La mayoría eran lo bastante afortunados como para dejarlo atrás. Mientras ponía en marcha el motor, Morris se preguntó si alguna vez podría dormir sin el temor de revivir aquel horrible momento sobre el puente de su buque.

ISLANDIA.

Por primera vez, Edwards había superado al sargento en su propio juego. A pesar de toda su cacareada experiencia con la caña de pescar, Smith no había logrado sacar nada después de una hora de esfuerzo, y entregó disgustado la caña a Mike. Diez minutos después, Edwards pescó una trucha de dos kilos.

—Qué suerte de mierda —gruñó Smith.

Habían tardado once horas en cubrir los últimos diez kilómetros. Comprobaron que el único camino que debían cruzar tenía mucho tránsito. A cada momento pasaba algún vehículo hacia el Norte o el Sur. Los rusos estaban usando ese camino de grava como principal medio para viajar por tierra hasta la costa norte de Islandia. Edwards y su grupo esperaron seis horas escondidos entre las rocas de otro campo de lava, observando y aguardando el momento apropiado para cruzar. Dos veces habían visto helicópteros «Mi-24» patrullando la zona, pero ninguno de ellos se acercó. No vieron patrullas terrestres, y Edwards concluyó que Islandia era demasiado grande para que las fuerzas soviéticas pudieran controlarla. Las tropas enemigas estaban concentradas en un arco que se extendía al norte y al sur de la península de Reykiavik. Transmitió esa información por radio a Escocia y pasó diez minutos describiendo la simbología rusa.

El tránsito disminuyó al anochecer, lo que les permitió cruzar el camino a la carrera. Se encontraban sin alimentos, en otra zona de lagos y arroyos. Era suficiente, decidió Edwards. Tenían que descansar de nuevo y empezaron a pescar para prepararse algo que comer. El siguiente tramo de su viaje iba a mantenerlos bien alejados de cualquier sector habitado.

Apoyó su fusil y el resto del equipo junto a una roca y cubrió todo con su chaqueta camuflada. Vidgis se hallaba a su lado. Casi no se había apartado de él en todo el día. Smith y los infantes de Marina ya habían encontrado sitios para descansar, mientras su teniente hacía la mayor parte del trabajo.

La población de insectos locales había aparecido con todas sus fuerzas. El suéter evitaba que la mayoría de ellos se posaran sobre su piel, pero la cara atraía a muchos. Intentó ignorarlos. Algunos insectos se acercaban a la superficie del arroyo, y las truchas los perseguían. Cada vez que Edwards veía agitarse el agua, lanzaba el anzuelo hacia ese lugar. La caña se inclinó de nuevo.

—¡Pesqué otra! —gritó entusiasmado.

La cabeza de Smith se asomó, se sacudió con fastidio y volvió a desaparecer entre los árboles, a cincuenta metros de allí.

Edwards nunca había practicado esa clase de pesca. Toda su experiencia era la recogida en la lancha de su padre, pero los principios eran bastante parecidos. Dejó que la trucha tirara del sedal, aunque no demasiado, sólo lo suficiente como para que se cansara, mientras Edwards trabajaba arriba y abajo con la caña, atrayendo al pez hasta las rocas. De pronto resbaló sobre una y cayó en el agua de la playa; pero logró mantener la caña en alto. Luchando para ponerse de pie, dio un paso atrás, con sus pantalones de fajina, negros y húmedos, pegados a las piernas.

—Ésta sí que es grande.

Se volvió para ver cómo reía Vidgis. La muchacha lo observó mientras él trabajaba con el pez, y empezó a acercarse una vez más. Un minuto después, agarró rápidamente el hilo y sacó la trucha del agua.

—Tres kilos, ésta —dijo Vidgis, y la mantuvo en alto.

Cuando tenía diez años, Mike había capturado un albacora de cincuenta kilos, pero esa trucha marrón le pareció mucho más grande. Recogió el sedal mientras Vidgis caminaba hacia él. *Cinco kilos de pescado en veinte minutos* —pensó— *Todavía podríamos vivir de la Naturaleza.*

El helicóptero apareció sin ningún aviso. El viento soplaba del Oeste. Probablemente había estado patrullando el camino en el sector este y se hallaba a menos de mil quinientos metros antes de que ellos oyeran el ruido tartamudeante de su rotor de cinco palas que se acercaba.

—¡Quieto todo el mundo! —chilló Smith.

Los infantes de Marina estaban con buena cubierta, pero Mike y Vidgis se hallaban en terreno abierto.

—Oh, Dios —respiró profundamente Edwards, y terminó de recoger el hilo— Quita el pez del anzuelo. Tranquilízate.

Ella lo miró mientras el helicóptero se acercaba; temerosa de volverse en dirección a la máquina. las manos le temblaban al quitar el anzuelo a la trucha, que aún se agitaba.

—Todo saldrá bien, Vidgis.

Rodeó con el brazo la cintura de la muchacha y caminó lentamente, alejándose del arroyo. Ella le apretó el cuerpo contra el suyo. Edwards sintió una conmoción mayor que la del helicóptero ruso. Era más fuerte de lo que él había imaginado, y su brazo fue un contacto agradable y cálido.

El helicóptero estaba a menos de quinientos metros, volando hacia ellos hacia abajo, y el cañón multitubo apuntando directamente a Mike y Vidgis.

No tenía ninguna posibilidad de llegar a tiempo, comprendió Edwards. Su fusil se hallaba a unos quince metros, debajo de su chaqueta camuflada. Si él corría para llegar allí, ellos sabrían por qué, Sintió que se le aflojaban las piernas mientras veía acercarse la muerte.

Lenta y cuidadosamente, Vidgis movió la mano en la que sostenía el pescado. Con dos dedos tomó la mano que Mike tenía en su cintura y la deslizó hacia arriba, hasta apoyarla sobre su pecho izquierdo. Después levantó el pescado tan alto como pudo por sobre su cabeza. Mike dejó caer la caña y se inclinó para tomar la otra trucha. Vidgis siguió sus movimientos y se las arregló para mantener la mano de él en su lugar. Mike levantó su pescado mientras el «Mi-24» se mantenía en el aire, detenido a unos cincuenta metros de distancia. Su rotor levantaba un círculo de agua pulverizada del pantano que había allí cerca.

—Que se vaya —dijo Mike con voz áspera y entre dientes.

—A mi padre le encanta pescar —dijo el primer teniente, mientras operaba los controles para que el helicóptero se mantuviera en vuelo estacionario.

—A la mierda con el pescado —le espetó el artillero—. Lo que yo quiero es cazar a una de ésas. ¡Mira dónde tiene puesta la mano ese hijo de puta!

Probablemente ellos ni siquiera saben lo que está sucediendo —pensó— O, si lo saben, tienen suficiente sentido común para no hacer nada al respecto. Es bueno ver que a algunas personas no las ha afectado la locura que está azotando al mundo...

El piloto bajó la vista para controlar sus indicadores de combustible.

—Parecen bastante inofensivos. Tenemos menos de treinta minutos de combustible. Es hora de volver.

El helicóptero bajó la cola y, por un terrible momento, Edwards pensó que pudiera estar disponiéndose a aterrizar. Luego viró rápidamente y se alejó hacia el Sudoeste. Uno de los soldados que viajaba en la cabina posterior los saludó con el brazo. Vidgis le respondió de la misma manera. Ambos permanecieron inmóviles hasta que el helicóptero desapareció. Sus

manos bajaron, y el brazo izquierdo de la muchacha mantuvo apretado el de él contra ella. Edwards no se había dado cuenta de que Vidgis no usaba sostén. Tenía miedo de volver la mano, miedo de parecer que quería propasarse. ¿Por qué habría hecho ella eso? ¿Para ayudar a engañar a los rusos..., para darle confianza a él, o a ella misma? Parecía no tener importancia que hubiera dado resultado. Los infantes de Marina aún estaban escondidos. Ellos dos se encontraban allí de pie, solos, y la mano izquierda de él parecía quemarle mientras la cabeza le daba vueltas tratando de decidir qué hacer.

Vidgis actuó por él. La mano de Edwards se deslizó hasta apartarse cuando ella giró hasta colocarse de frente y enterró la cabeza en su hombro. Aquí estoy, con la muchacha más bonita que he conocido en mi vida en una mano —pensaba Edwards—, y un maldito pescado en la otra. Eso se resolvió fácilmente; Edwards dejó caer el pescado, pasó ambos brazos alrededor de Vidgis y la apretó con fuerza.

—¿Estás bien?

Ella levantó la cabeza y lo miró a la cara.

—Creo que si.

Había solamente una palabra para lo que él sentía hacia la muchacha que tenía en sus brazos. Edwards sabía que no era ése el momento, ni el lugar, pero la mirada y la palabra permanecían allí. La besó suavemente en la mejilla. La sonrisa con que ella le respondió tuvo más peso que todos los encuentros apasionados de su vida.

—Discúlpenme, amigos —dijo el sargento Smíth desde pocos metros de distancia.

—Sí. —Edwards se separó—. Empecemos a movernos antes de que decidan volver.

USS CHICAGO.

Las cosas marchaban bien. Los «P-3C Orion» norteamericanos y los «Nimrod» británicos estaban patrullando la ruta hacia el pack de hielo. Habían obligado a los submarinistas a que dieran un rodeo por el Este alrededor de la sospecha de un submarino ruso, pero eso era todo. Iván estaba enviando a la mayoría de sus submarinos al Sur, aparentemente en la confianza de que el mar de Noruega se hallaba bajo su control. Otras seis horas hasta el pack.

El Chicago navegaba ahora a velocidad reducida, una vez terminado su turno a la cabeza de la procesión de submarinos que se desplazaba como un «tren de carga». Su equipo de sonar buscaba en las negras aguas el ruido revelador de algún submarino ruso. No oían otra cosa que el lejano fragor del pack de hielo.

El grupo de seguimiento exploró la posición de los otros submarinos norteamericanos. McCafferty se alegró al comprobar que tenían dificultad para hacerlo, aun con el mejor equipo norteamericano de sonar. Si ellos tenían dificultad, lo mismo les ocurriría a los rusos. Su tripulación parecía encontrarse en magnífica forma. Los tres días en puerto habían hecho mucho. La cerveza del comandante noruego, más la noticia acerca de lo que había logrado aquel «Harpoon» en el único ataque real del Chicago, habían contribuido todavía más. Él ya había explicado a la dotación sobre la misión que estaban cumpliendo ahora. Aceptaron en silencio todo lo que les informó, e hicieron un par de bromas referidas a la vuelta a casa..., al mar de Barents.

—Ése era el Boston, jefe —dijo el oficial ejecutivo—. Ahora nosotros somos el furgón de cola.

McCafferty volvió a examinar la carta de navegación. Todo se veía normal, pero él comprobó una vez más. Con tantos submarinos que navegaban en la misma ruta, el riesgo de colisión era grande. Un suboficial de guardia revisó la lista de los submarinos hermanos que ya habían sobrepasado al Chicago. El comandante se mostró satisfecho.

—Todo adelante, dos tercios —ordenó.

El timonel repitió la orden y giró el dial del anunciador.

—Sala de máquinas responde, todo adelante dos tercios.

—Muy bien. Timón a la izquierda diez grados. Nuevo rumbo tres cuatro ocho.

El Chicago aceleró a quince nudos, ocupando su posición al final de la columna mientras el tren de carga avanzaba hacia el Ártico.

31. DEMONIOS.

VIRGINIA BEACH, VIRGINIA.

—¡Todo timón a la izquierda! —gritó Morris, señalando la estela del torpedo.

—¡Todo timón a la izquierda, comprendido! —replicó el timonel, haciendo girar la rueda a la derecha, después a la izquierda y finalmente centrándola.

Morris se hallaba de pie en el alerón del puente del lado de babor. El mar estaba absolutamente calmo y la estela del torpedo se veía con toda claridad, siguiendo todos los giros y maniobras que hacía la fragata. Hasta intentó invertir el sentido de avance, pero tampoco eso dio resultado..., el torpedo parecía desplazarse de costado. Se detuvo completamente en el agua y se levantó a la superficie para que él pudiera verlo. Era blanco, con algo parecido a una estrella roja en la punta..., y tenía ojos, como todos los torpedos autoguiados. Ordenó avanzar a toda máquina, velocidad de flanco, pero el torpedo se mantuvo junto a él, ahora en la superficie, rozando el agua como un pez volador, claramente visible para todos los que miraran..., pero solamente Morris lo veía.

Continuó acercándose lentamente mientras la fragata maniobraba. Quince metros, diez, cinco...

—¿A dónde fue mi papá? —preguntaba la niñita—. ¡Quiero que venga mi papá!

—¿Qué problema hay, jefe? —preguntaba el oficial ejecutivo.

Esto era muy extraño, porque no tenía cabeza...

El sudor cubría la cara de Morris cuando se sentó como un resorte en la cama, con el corazón latiendo fuertemente. El reloj digital instalado en la cabecera indicaba las cuatro cincuenta y cuatro. Ed se levantó de un salto y caminó inseguro hasta el cuarto de baño para mojarse la cara con agua fría. La segunda vez esta noche, pensó. Otras dos veces había tenido la pesadilla durante el remolque a Boston, privándolo de las pocas horas de descanso que podía permitirse. Morris se preguntaba si habría gritado en sueños.

Hiciste todo lo que pudiste. No es culpa tuya, le dijo a la cara en el espejo.

Pero tú eras el comandante, le respondía.

Morris visitó cinco hogares, y entonces tuvo que parar. Una cosa era hablar con esposas y padres. Ellos comprendían. Sus hijos y esposos eran marinos, y habían asumido los riesgos de todo marino. Pero la hija de cuatro años del auxiliar de artillería, suboficial segundo Jeff Evans, no había podido comprender por qué su papá no iba a volver nunca a casa. Un suboficial segundo no ganaba mucho dinero. Morris lo sabía. Evans debía de haber trabajado como un loco en aquella casita para ponerla en las perfectas condiciones en que estaba. Un hombre hábil con sus manos, recordó, un buen auxiliar de artillero. Todas las paredes estaban recién pintadas. La mayor parte de las maderas interiores había sido renovada. Sólo hacía siete meses que vivían en esa casa, y Morris se preguntó cómo había encontrado tiempo el suboficial para hacer todo ese trabajo. Porque seguramente lo había hecho él mismo. De ninguna manera podría haber gastado dinero en contratar a otros. El cuarto de Ginny era un testimonio del amor de su padre. Muñecas de todo el mundo se alineaban sobre estantes hechos a mano. Tan pronto como vio la habitación de Ginny, Morris tuvo que marcharse. Se había sentido al borde de un profundo quebranto; y por algún absurdo código de conducta no podía permitir tal cosa delante de extraños. Por eso se había marchado. Iba a su casa en el auto y llevaba el resto de la lista guardado en la cartera. Seguramente el cansancio que sentía le permitiría dormir esta noche...

Pero ahora se quedó frente al espejo, mirando a un hombre de ojos hundidos que hubiera deseado estar junto a su esposa.

Morris fue a la cocina y cumplió sin pensar todo el proceso de preparar el café. El diario de la mañana estaba en el umbral de la puerta. Comenzó a leer relatos sobre la guerra, inexactos según él sabía, o atrasados. las cosas estaban ocurriendo con demasiada velocidad para que los periodistas pudieran mantenerse al día. Había un informe de un testigo acerca de un destructor que no nombraba, y sobre el misil que se había filtrado a través de sus defensas para misiles. Un comentario «de análisis» explicaba que los buques de guerra de superficie eran obsoletos frente a los ataques de determinados misiles, y se preguntaba dónde estaban los tan cacareados portaaviones. «Ésa —pensó—, era una pregunta muy buena.»

Terminó el café y volvió al cuarto de baño para ducharse. Ya que estaba despierto, pensó, mejor sería ponerse a trabajar. Se vistió un uniforme de diario y pocos minutos después subió a su automóvil. Ya asomaban las primeras luces cuando partió hacia la base naval de Norfolk.

Cuarenta minutos después se hallaba en una de las diversas salas de operaciones, donde examinaban las posiciones conocidas de los convoyes y las sospechadas con respecto a los submarinos rusos. En la pared del fondo de la sala, un gran tablero estimaba los efectivos soviéticos y la cantidad y tipo de hundimientos acumulados hasta la fecha. Otra pared mostraba las pérdidas. «Si los de Inteligencia llevaban razón —pensó—, la guerra en el mar tenía la apariencia de un empate..., mas para los rusos un empate era lo mismo que una victoria.»

—Buenos días, capitán —dijo el comandante de las fuerzas navales de superficie de la flota del Atlántico, otro hombre que no había dormido mucho—. Lo veo un poco mejor.

¿Mejor que qué?, se preguntó Morris.

—Tenemos algunas buenas noticias, para variar.

ATLANTICO NORTE.

Las tripulaciones de los «B-52» estaban nerviosas a pesar de su fuerte escolta de cazas. Mil quinientos metros por encima de ellos volaba dándoles cubierta un escuadrón de «F-14 Tomcat», que acababa de reabastecerse de combustible de los aviones cisterna «KC-135». El otro escuadrón lo estaba haciendo ahora para cumplir su papel en la misión. El sol comenzaba a asomar en el horizonte y debajo de ellos el océano aún permanecía oscuro. Eran las tres de la madrugada, hora local, cuando los tiempos de reacción humanos están en su peor momento.

KEFLAVIK, ISLANDIA.

La corneta de alarma hizo saltar de sus camastros a los pilotos rusos. Los mecánicos y especialistas de tierra tardaron menos de diez segundos en iniciar los procedimientos de prevuelo mientras los pilotos trepaban por las escalerillas de acero para entrar en sus cabinas y se enchufaban los auriculares de sus cascos para saber de qué se trataba esa emergencia.

—Fuerte actividad enemiga de contramedidas electrónicas hacia el Oeste —anunció el comandante del regimiento— Plan Tres. Repito: Plan Tres.

En el camión de control, los operadores de radar acababan de ver que sus pantallas se convertían en una confusa pesadilla de blanca y ruidosa perturbación electrónica. Se acercaba un ataque norteamericano..., quizá «B-52», lo más probable en grupo. Pronto los aviones norteamericanos estarían tan cerca, que los radares con base en tierra podrían atravesar el campo de perturbación. Hasta entonces, los cazas tratarían de encontrar al enemigo todo lo lejos que pudieran, para reducir el número de bombarderos antes de que ellos lograran atacar el blanco.

Durante su estancia en Islandia, los pilotos soviéticos habían sido bien instruidos. En menos de dos minutos el primer par de «MiG-29» estaba despegando; en siete minutos se hallaban todos en el aire. El plan soviético dejaba un tercio de los cazas sobre Keflavik, mientras los otros volaban hacia el Oeste, a la zona donde se originaban las perturbaciones electrónicas. Llevaban ya encendidos sus radares para guía de misiles a los blancos, que iban efectuando la consiguiente búsqueda. Hacía diez minutos que habían despegado cuando las perturbaciones cesaron. Un «MiG» aislado obtuvo un contacto de radar emitido por un avión de contramedidas electrónicas que se retiraba, y lo comunicó a Keflavik, pero sus controladores terrestres le respondieron que no tenían nada en sus pantallas en un radio de trescientos kilómetros.

Un minuto después la interferencia electrónica empezó de nuevo, esta vez desde el Sur y el Este. Los «MiG», ahora con mayor cautela, volaron en dirección al Sur. Cumpliendo órdenes, mantuvieron apagados sus sistemas de radar hasta que estuvieron a ciento cincuenta kilómetros de la costa; pero cuando los encendieron no encontraron nada. Quien estuviera produciendo las perturbaciones lo hacía desde gran distancia. Los controladores de tierra informaron que en el primer incidente habían participado tres aviones de contramedidas electrónicas y cuatro en el segundo. Son muchos perturbadores —pensó el comandante del regimiento— Están tratando de hacernos correr de un lado a otro; quieren que agotemos nuestro combustible.

—Vengan al Este —ordenó a los jefes de escuadrillas.

Las tripulaciones de los «B-52» se habían puesto realmente nerviosas. Uno de los «Prowler» de escolta captó en su radio las voces de órdenes de los «MiG», y otro detectó una fugaz emisión de sus radares de intercepción aérea hacia el Sudoeste. Los cazas aflojaban la presión sobre el Sur. Se encontraban a unos doscientos cincuenta kilómetros de Keflavik, cruzando las costas de Islandia. El comandante de la operación evaluó la situación y ordenó a los bombarderos que alteraran su rumbo ligeramente al Norte.

Los «B-52» no llevaban bombas, solamente los poderosos perturbadores de radar diseñados para permitir a otros bombarderos alcanzar blancos dentro de la Unión Soviética. Debajo de ellos, el segundo escuadrón de «Tomcat» se dirigía a las vertientes occidentales del glaciar Vatna. Volaban con ellos cuatro «Prowler» navales para protección adicional contra misiles aire-aire, en caso de que los «MiG» se acercaran demasiado.

—Empiezo a captar algunos radares aéreos, con marcación dos cinco ocho. Parecen acercarse —informó uno de los «Prowler». Otro recibió la misma señal y pudieron triangular

la distancia a ochenta kilómetros. Bastante cerca. El comandante de la misión estaba volando en un «Prowler».

—Amber Moon. Repito. Amber Moon.

Los «B-52» volvieron a tomar rumbo Este y empezaron a descender, abriendo las compuertas de bombas para descargar toneladas de chaff de aluminio, que ninguna señal de radar podría penetrar. Tan pronto como vieron eso, los cazas norteamericanos lanzaron todos sus depósitos exteriores suplementarios de combustible, y los «Prowler» se separaron de los bombarderos para orbitar al oeste de la nube de chaff. Ahora venía la parte astuta del plan. Los cazas de ambos bandos se acercaban a una velocidad combinada de más de mil millas por hora.

—Queer, control —emitió por radio el comandante de la misión.

—Blackie, control —contestó el comandante de la sección VF-41.

—Jolly, control —respondió el comandante de la seccíón VF-84.

Todos estaban en posición.

—Ejecuten.

Los cuatro «Prowler» conectaron sus equipos de interferencia antimisiles.

Los doce «Tomcat» del escuadrón «Jolly Rogers» estaban formados en una línea a nueve mil metros de altura. Impartida la orden, activaron sus radares de guía de misiles.

—¡Cazas norteamericanos! —gritaron varios pilotos rusos.

Sus receptores de alarma les informaron instantáneamente que existían radares de tiro de aviones de caza enemigos que habían detectado a sus propios aviones.

El comandante soviético no se sorprendió. Seguramente los norteamericanos no iban a arriesgar otra vez sus bombarderos pesados sin una escolta apropiada. Él los ignoraría y procuraría atacar a los «B-52», como su entrenamiento le había enseñado. Los radares de los «MiG» tenían grandes interferencias, sus alcances se hallaban reducidos a la mitad, e imposibilitados de seguir blanco alguno. Ordenó a sus pilotos que estuvieran atentos a los misiles que se acercaran, confiando que pudieran evitarlos cuando los avistaran; hizo aumentar la potencia de sus aviones. Luego ordenó a todos, menos a dos de la fuerza de reserva, que abandonaran Keflavik y fueran al Este, a apoyarlo.

Los norteamericanos sólo necesitaron segundos para detectar y aferrar blancos. Cada «Tomcat» llevaba cuatro «Sparrow» y cuatro «Sidewinder». Dispararon primero los «Sparrow». Había dieciséis «MiG» en el aire, La mayor parte de ellos era en ese momento blanco para dos misiles por lo menos, pero los «Sparrow» debían ser guiados por radar. Cada uno de los cazas norteamericanos había de permanecer apuntando a su blanco hasta que el misil hiciera impacto. Esto determinaba el riesgo de acercarse dentro del alcance de los misiles soviéticos, y los «Tomcat» no estaban equipados con protectores por interferencia.

Los aparatos norteamericanos se habían colocado del lado del sol con respecto a sus enemigos, Cuando los radares rusos empezaban a atravesar la zona de intervención norteamericana, llegaron los «Sparrow»; el primero de ellos directamente desde el sol, causando la explosión de su «MiG» en pleno vuelo y sirviendo de advertencia a los demás de la escuadrilla. Los aviones soviéticos iniciaron violentas maniobras evasivas de virajes cerrados, ascensos y picadas bruscas cuando vieron llegar a los misiles de veinte centímetros de diámetro, pero cuatro alcanzaron a sus blancos y en pocos segundos se produjeron tres destrucciones totales y otro avión gravemente dañado, que viró y descendió, tratando de llegar a la pista.

Los aviones del escuadrón «Jolly Rogers» viraron tan pronto como agotaron sus misiles y aceleraron hacia el Noreste perseguidos por los soviéticos. El comandante ruso sintió alivio

ante lo que consideraba un pobre rendimiento de los misiles norteamericanos, aunque enfurecido por la pérdida de cinco aviones. Los interceptores restantes encendieron los posquemadores cuando sus radares de tiro empezaron a penetrar el campo de interferencia electrónica de los norteamericanos. «Los escoltas de ellos habían tenido su turno —pensó— Ahora era el suyo.» Volaban a gran velocidad hacia el Noreste y sus ojos, protegidos a medias por los visores, alternaban rápidas miradas en dirección al sol y a las pantallas de sus radares en busca de los blancos. En ningún momento miraron hacia abajo. El «MiG» líder finalmente captó un blanco y lanzó dos misiles.

Seis mil metros debajo de ellos, escudados del radar de tierra por un par de montañas, doce «Tomcat» del escuadrón de los «Black Aces» conectaron los posquemadores; sus radares aún estaban apagados mientras los cazas bimotores trepaban como cohetes hacia el cielo. Antes de noventa segundos, los pilotos empezaron a oir el zumbido de la señal de los misiles infrarrojos «Sidewinder», indicando que habían detectado algún blanco. Segundos después, desde una distancia de tres kilómetros, los norteamericanos dispararon dieciséis misiles.

Seis de los pilotos rusos nunca supieron qué los había destruido. De los once «MiG», ocho fueron derribados en cuestión de segundos. La suerte de su comandante persistió por un momento, mientras ponía su avión en un viraje escarpado; con ello logró que uno de los «Sidewinder» se desorientara y continuara su trayectoria hacia el sol..., pero, ahora, ¿qué podía hacer? Vio dos «Tomcat» que volaban hacia el Sur, alejándose de los interceptores que a él le quedaban. Era demasiado tarde para organizar un ataque; su pareja había desaparecido, y el único avión soviético que veía se encontraba hacia el norte de su posición; entonces el coronel lanzó su «MiG» en un viraje descendente de ocho «g» y picó hacia los norteamericanos, completamente inconsciente del zumbido de advertencia de su receptor de alarma. Los dos «Sparrow» lanzados por el segundo grupo de «Black Aces» hicieron impacto en una de sus alas. El «MiG» se desintegró.

Los militares norteamericanos no tuvieron tiempo de disfrutarlo. El comandante de misión informó que un segundo grupo de «MiG» se dirigía hacia ellos y los escuadrones se reagruparon para hacerles frente, formando una sólida pared de veinticuatro aviones, con los radares apagados durante unos dos minutos mientras los «MiG» entraban velozmente en la nube de interferencia. El segundo comandante de los rusos estaba cometiendo un grave error. Sus camaradas pilotos se hallaban en peligro. Tenía que acudir en su rescate. Un grupo de «Tomcat» lanzó una descarga de sus restantes «Sparrow»; el otro disparó «Sidewinder». Un total de treinta y ocho misiles se cerraron sobre ocho aviones soviéticos, que no tenían un cuadro claro de la situación en que se estaban metiendo. La mitad nunca llegó a saberlo; fueron borrados del cielo por los misiles aire-aire norteamericanos. Otros tres resultaron dañados.

Todos los pilotos de los «Tomcat» querían acercarse, pero el comandante les ordenó que se alejaran. Estaban escasos de combustible, y Stornoway se encontraba a más de mil cien kilómetros. Viraron hacia el Este, pasando por debajo de la nube de chaff de aluminio dejada por los «B-52». Los norteamericanos declararían luego treinta y siete derribos, un resultado maravilloso, ya que ellos sólo habían esperado un total de veintisiete aviones rusos. En la realidad, de veintidós «MiG», sólo cinco quedaron indemnes. El asombrado comandante de la base aérea comenzó inmediatamente las operaciones de rescate. Pronto salieron hacia el Noreste los helicópteros de ataque de la división de paracaidistas, en busca de los pilotos derribados.

STENDAL, REPúBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

Treinta kilómetros desde Alfeld hasta Hameln, pensó Alekseyev. una hora de viaje en tanque. Elementos de tres divisiones estaban cubriendo ese trayecto, pero desde que lograron cruzar el río, habían avanzado un total de sólo dieciocho kilómetros. Esta vez eran los ingleses: los tanques del real regimiento blindado y 21 de lanceros habían detenido a sus elementos de vanguardia, que desde hacía dieciocho horas no se movían.

Había verdadero peligro allí. Para una formación mecanizada, la seguridad residía en el movimiento. Los soviéticos estaban llevando unidades a través de la brecha, pero la OTAN empleaba al máximo el poder aéreo. Los puentes sobre el Leine quedaban destruidos casi con la misma rapidez con que los reparaban. Los ingenieros habían preparado puntos de cruce en las orillas, y ahora los rusos podían cruzar directamente con sus vehículos de asalto de infantería; pero los tanques no eran anfibios y cada vez que intentaron pasar por el agua (se suponía que estaban preparados para eso) el esfuerzo había fracasado. Se habían visto obligados a despegar demasiadas unidades para proteger la brecha en las líneas de la OTAN, y eran muy pocas las que podían explotarla. Alekseyev había logrado una perfecta ruptura según los libros de texto..., sólo para descubrir que el otro bando tenía su propio libro de texto para contenerla y deshacerla. El teatro del Oeste disponía de un total de seis divisiones clase-A de reserva para enviar al combate. Después de eso, tendrían que empezar a usar unidades clase-B, compuestas de reservistas, con hombres y equipos más viejos. Había muchas de ellas, pero no se desenvolverían (no podrían hacerlo) tan bien como los soldados jóvenes. El general se resistía a la necesidad de enviar al combate unidades que con seguridad sufrirían mayores pérdidas de lo normal. Pero no tenía otra alternativa. Sus amos políticos lo deseaban, y él era solamente el ejecutor de la política de los políticos.

—Tengo que volver al frente —dijo Alekseyev a su jefe.

—Sí, pero a no menos de cinco kilómetros de la primera línea, Pasha. No puedo permitirme perderlo ahora.

BRUSELAS, BÉLGICA.

El supremo comandante aliado en Europa, «SACEUR», miró su propia planilla de cuentas. Ahora casi todas sus reservas estaban empeñadas en la lucha, y los rusos parecían tener una interminable provisión de hombres y vehículos que avanzaban. Sus unidades no disponían de tiempo para reorganizarse y desplegarse nuevamente. La OTAN se enfrentaba a la pesadilla de todos los ejércitos: sólo podían reaccionar a los movimientos del enemigo, sin tener prácticamente posibilidad de lanzar sus propias iniciativas. Hasta ese momento las cosas se mantenían armadas..., aunque apenas. En el sudeste de Hameln su carta mostraba una brigada Británica. En la realidad se trataba náda mas de un regimiento reforzado, integrado por hombres exhaustos y material averiado. La artillería y los aviones eran lo único que le permitía impedir un colapso, y ni siquiera eso sería suficiente si sus unidades no recibían muchos más equipos de remplazo. Y lo peor era que la munición de que disponía la OTAN había descendido a niveles de dos semanas de empleo, y el reabastecimiento que venía de los Estados Unidos había sido seriamente dificultado por los ataques a los convoyes. ¿Qué podía decir él a sus hombres? ¿Reducir el consumo de munición..., cuando lo único que podía detener a los rusos era usar sin restricciones todas las armas que tenían a mano?

Estaba comenzando su reunión de información de Inteligencia de la mañana. El oficial jefe de Inteligencia de la OTAN era un general alemán a quien acompañaban un mayor holandés provisto de un cassette de vídeo. El oficial de Inteligencia sabía que SACEUR quería ver la información original, y no solamente el análisis. El oficial holandés preparó la máquina.

Apareció un mapa confeccionado por ordenador y luego se vieron las unidades, La cinta tardaba menos de dos minutos en mostrar cinco horas de información, y lo repetía varias veces para que los oficiales pudieran sacar conclusiones.

—General, estimamos que los soviéticos están destacando varias divisiones completas hacia Alfeld. El movimiento que usted ve aquí sobre la carretera principal desde Braunschweig es la primera de ellas. las otras vienen de las reservas de su teatro, y estas dos que avanzan desde el Sur son formaciones de reserva de su grupo de ejércitos del Norte.

—Entonces, ¿usted cree que se han propuesto que éste sea su punto principal de ataque? —preguntó SACEUR.

—Ja —asintió el general alemán—. El Schwerpunk está aquí.

SACEUR arrugó el entrecejo. La actitud razonable sería retirarse detrás del río Weser, para acortar su línea defensiva y reorganizar sus fuerzas. Pero eso significaría abandonar Hannover. Los alemanes jamás aceptarían tal cosa. Su propia estrategia nacional de defender cada hogar y cada campo había costado mucho a los rusos..., y estirado las fuerzas de la OTAN casi hasta el punto de ruptura. Políticamente, ellos no admitirían nunca dicha retirada estratégica. Las unidades de Alemania Occidental continuarían peleando solas si debían hacerlo: él podía verlo bastante claramente en los ojos de su propio jefe de Inteligencia. *Y si alguien invadiera New Hampshire* —admitió para sus adentros—*, ¿me retiraría yo hasta Pensilvania?*. una hora después, la mitad de las reservas existentes de la OTAN se desplazaban hacia el Este, desde Osnabrück hasta Bameln. La batalla por Alemania se ganaría o se perdería en la margen derecha del Weser.

STORNOWAY, ESCOCIA.

Los «Tomcat» que regresaron no tuvieron mucho descanso. Tan pronto como aterrizaron, los mecánicos y especialistas de tierra, británicos y norteamericanos, cargaron combustible y armas en los cazas. Ahora los rusos atacaban con más cuidado a los aeródromos del norte de Gran Bretaña. Los aviones radares norteamericanos que apoyaban a los «Nimrod» y «Shackleton» británicos estaban haciendo dura la vida a los bombarderos bimotores «Blinder», que salían de Andoya, en Noruega. Los «Tornado» de la Real Fuerza Aérea volaban en misiones de patrullas aéreas de combate a más de trescientos kilómetros mar adentro mientras los pilotos norteamericanos descansaban, algunos entusiastas suboficiales mecánicos pintaban estrellas rojas en el costado de las cabinas, y los oficiales de Inteligencia evaluaban los vídeos de las miras de las armas y las grabaciones de los radares soviéticos para misiles.

—Parece que les hemos dado fuerte —rezongó Toland. Los informes de derribos eran demasiado altos, pero con los pilotos de caza siempre sucedía así.

—¡Puede apostar el alma! —respondió el comandante del «Jolly Rogers».

El capitán de fragata aviador naval mordía un cigarro. Había informado que él, personalmente, derribó un par de «MiG».

—Y ahora pregunto: ¿Irán a reforzar? Lo nuestro dio resultado una vez, pero ellos no caerán de nuevo en ese juego. Dígame, Toland, ¿pueden remplazar lo que nosotros les destruimos?

—No lo creo. El «MiG-29» es prácticamente el único avión de caza que pueden enviar a tanta distancia. El resto de ellos está en Alemania y también allá los han castigado bastante. Si los rusos resuelven desprenderse de algunos «MiG—31», creo que pueden alcanzar tanta distancia, pero yo no los veo dispuestos a privarse de su principal interceptor de bombarderos para cumplir esta clase de misión.

—Muy bien. —El comandante del «Jolly Rogers» asintió— Entonces, el próximo paso será poner una patrulla aérea de combate cerca de Islandia y empezar a golpear de verdad esos ataques de los «Backfire».

—También ellos podrían venir a buscarnos a nosotros —advirtió Toland— Ahora tienen que saber lo que hicimos y desde dónde lo hicimos.

El comandante de la sección VF-41 miró por la ventana. Un «Tomcat» se hallaba a unos ochocientos metros, estacionado entre dos pilas de bolsas de arena. Se veían cuatro misiles en sus estaciones. Pasó los dedos sobre el emblema del «As de Espadas» que tenía sobre el pecho y se dio la vuelta.

—Bien. Si quieren combatir con nosotros en nuestro campo, con nuestra cubierta de radar, magnífico.

ALFELD, REPÚBLICA FEDERAL ALEMANA.

Alekseyev dejó su helicóptero en las afueras de la población y trepó a otro vehículo de apoyo de fuego de infantería, «BMP». Había dos puentes articulados en operación. las orillas del río estaban llenas de restos de por lo menos otros cinco puentes, junto con innumerables tanques y camiones incendiados. El comandante de la división 20 de tanques viajaba con ellos.

—Los ataques aéreos de la OTAN son feroces —dijo el general Beregovoy— Nunca había visto nada parecido. A pesar de nuestros «SAM», se acercan y entran. Nosotros sacamos nuestra parte, pero no es suficiente, y las cosas van poniéndose peor a medida que nos acercamos al frente.

—¿Qué progreso han hecho hoy?

—Por el momento, la principal oposición es inglesa. Como mínimo, una brigada de tanques. Desde el amanecer hemos podido hacerles retroceder dos kilómetros.

—Se suponía que también había una fuerza belga allí —señaló Sergetov.

—Han desaparecido. No sabemos dónde están y..., sí, eso también me preocupa. He colocado una de nuestras nuevas divisiones en nuestro flanco izquierdo para protegernos de un contraataque. La otra se unirá a la 20 de tanques cuando reiniciemos el ataque esta tarde.

—¿Qué potencial? —preguntó Alekseyev.

—La vigésima está reducida a noventa tanques en servicio. Tal vez menos —dijo el general— Esa cifra es de hace dos horas. A nuestra infantería le ha ido mejor; pero la división está ahora por debajo del cincuenta por ciento de su potencial nominal.

El vehículo enfiló en ángulo hacia el puente flotante articulado. Cada segmento, en forma de caja, estaba sujeto con pernos y tornillos a otros dos, y el vehículo se mecía arriba y abajo como un pequeño bote en la corriente, mientras iban cruzando el Leine. Los tres oficiales dominaron sus sensaciones, pero a ninguno le gustaba sentirse encerrado dentro de una caja de acero sobre el agua. Técnicamente, el vehículo de infantería de asalto «BMP» era anfibio, pero muchos se habían hundido sin aviso, y era raro que alguien escapara cuando eso sucedía. Oyeron un fuego distante de artillería. Los ataques aéreos a Alfeld se producían sin advertencia ni alarma alguna. Tardaron poco más de un minuto en cruzar.

—En caso de que tengan curiosidad, ese puente que acabamos de atravesar mantiene el récord de mayor supervivencia. —Miró el reloj—. Siete horas.

—¿Qué fue de aquel mayor para el que usted pidió la Estrella de Oro? —preguntó Alekseyev.

—Lo hirieron en un ataque aéreo. Pero vivirá.

—Entréguele esto. Tal vez acelere su recuperación.

Alekseyev buscó en un bolsillo y sacó una Estrella de Oro de cinco puntas, adherida a una cinta color rojo sangre. El general la recibió. Ahora el mayor de ingenieros era un héroe de la Unión Soviética.

USS CHICAGO.

Todos los submarinos disminuyeron la velocidad al llegar al pack de hielo. McCafferty lo inspeccionó a través de su periscopio: era una delgada línea blanca que se hallaba a menos de dos millas. No había nadie visible. Pocos buques se acercaban tanto al hielo y tampoco se divisaba ningún avión.

El sonar informó un tranquilizador incremento de ruido. Los dentellados bordes del pack estaban formados por miles de témpanos independientes, bloques de hielo de escaso espesor y de tamaños muy variables. Todos los años se desprendían con el deshielo de la primavera y derivaban al azar hasta que comenzaba de nuevo el congelamiento. Mientras avanzaban sueltos durante el breve verano ártico, se rozaban unos contra otros rechinando y cumpliendo un proceso que destruía a los témpanos de menor tamaño. Eso se sumaba a los interminables crujidos y golpes secos que producía el hielo sólido que cubría todo el Polo hasta la vertiente norte de Alaska.

—¿Qué es eso?

McCafferty ajustó ligeramente el visor, girando las empuñaduras hasta la posición de doce aumentos. Había visto fugazmente algo que podía ser un periscopio. Ahora había desaparecido.... pero reapareció: la aleta dorsal con forma de espada de una ballena macho, de las llamadas asesinas. Una nubecita de agua pulverizada marcó su expulsión de aire, y se condensó en vapor en el frío polar; luego aparecieron unas cuantas ballenas más. Quizás estarían cazando focas. Se preguntó si sería un presagio bueno o malo. Su nombre científico era Orcínus orca: Portador de Muerte.

—Sonar, ¿tiene algo en uno tres nueve?

—Control, tenemos once ballenas asesinas en esa marcación. Creo que son tres machos, seis hembras y dos adolescentes. Bastante cerca, me parece. La marcación cambia lentamente.

El suboficial sonarista contestó como si lo hubieran insultado. Había órdenes permanentes de no informar detecciones «biológicas», a menos que se ordenara lo contrario.

—Muy bien.

McCafferty tuvo que sonreír a pesar suyo.

Los otros submarinos de la «Operación Doolittle» navegaban en columna en una longitud de diez millas. Uno por uno fueron aumentando la profundidad y poniéndose frente al pack para introducirse debajo. una hora después, el tren de carga viró hacia el Este cinco millas dentro del borde nominal del pack. A tres mil seiscientos metros debajo de ellos estaba el suelo de la planicie Abisal de Barents.

ISLANDIA.

—No hemos visto un helicóptero en todo el día —comentó el sargento Smith.

Edwards observó que la conversación constituía una conveniente distracción del hecho de estar comiendo pescado crudo. Miró su reloj. Era hora de volver a llamar por radio. A esa altura ya era capaz de armar la antena dormido.

—Doghouse, aquí Beagle, y las cosas podrían andar mucho mejor, cambio.

—Beagle, lo estamos recibiendo. ¿Dónde se encuentra ahora?

—A unos cuarenta y seis kilómetros de nuestro objetivo —contestó Edwards, y les dio las coordenadas del mapa; todavía tendrían que cruzar un camino más y sólo una cadena de montañas, según el plano— No tengo mucho que informarles, excepto que hoy no hemos visto un solo helicóptero. En realidad, tampoco hemos visto ninguna clase de avión.

Edwards levantó la vista. El cielo estaba bastante claro. Por lo general, avistaban aviones de caza una o dos veces por día, cuando patrullaban en la zona.

—Comprendido, Beagle. Le comunico que la Marina envió allá algunos cazas y los golpeó muy fuerte, alrededor del amanecer.

—¡Muy bien! No hemos visto rusos desde que el helicóptero estuvo inspeccionándonos.

En Escocia, su controlador se estremeció al oír eso. Edwards continuó:

—Nos hemos reducido a comer los peces que pescamos, pero la pesca es abundante.

—¿Cómo está su amiga?

Mike tuvo que reír ante la pregunta.

—No nos está retrasando, si eso es lo que quiere decir. ¿Alguna otra cosa?

—Negativo.

—Muy bien, llamaré de nuevo si vemos algo. Cambio y corto. —Cerró el contacto de la radiomochila—. Nuestros amigos dicen que la Marina se comió algunos cazas rusos hoy.

—Ya era hora —dijo Smith.

No le quedaban más que cinco cigarrillos, y miró fijamente uno de ellos, indeciso ante la posibilidad de reducir o no sus reservas a cuatro. Mientras Edwards lo observaba, abrió el encendedor para envenenarse una vez más.

—¿Vamos a Hvammsfjijrdur? —preguntó Vidgis— ¿Por qué?

—Alguien quiere saber qué hay allá —dijo Edwards.

Desplegó el mapa táctico. Mostraba que la entrada a la bahía estaba llena de rocas. Necesitó un momento para darse cuenta de que las elevaciones del terreno estaban en metros, y las curvas de profundidad, en brazas...

KEFLAVIK.

—¿Cuántos?

El comandante del regimiento de caza recibió ayuda para bajar suavemente del helicóptero: tenía el brazo atado junto al pecho. Al arrojarse de su avión que se desintegraba, el coronel se había dislocado el hombro, y luego el paracaídas aterrizó en un sector montañoso, provocándole una torcedura de tobillo y varios cortes en la cara. Tardaron once horas en encontrarlo. En general, el coronel se consideraba afortunado..., para ser un tonto que había permitido que su unidad cayera en la celada dispuesta por fuerzas superiores.

—Cinco aviones están en condiciones de operar —le dijeron— Y de los dañados, podemos reparar dos.

El coronel lanzó una maldición, enfurecido a pesar de la morfina que corría por sus venas.

—¿Mis hombres?

—Hemos encontrado seis, incluido usted. Dos de ellos se hallan ilesos y todavía pueden volar. El resto está en el hospital.

Otro helicóptero aterrizó cerca. El general de paracaidistas descendíó y caminó hacia ellos.

—Me alegro de verlo vivo.

—Gracias, camarada general. ¿Usted continúa la búsqueda?

—Sí. He destinado dos helicópteros a esa tarea. ¿Qué sucedió?

—Los norteamericanos representaron un ataque con bombarderos pesados. En ningún momento los vimos, pero lo supimos por las contramedidas electrónicas. Tenían cazas mezclados entre ellos. Cuando nosotros nos aproximamos, los bombarderos huyeron.

El coronel de la Fuerza Aérea trató de presentar los hechos lo mejor posible, y el general no lo presionó. Era un cargo de riesgo, y ese tipo de cosas debían esperarse. Los «MiG» difícilmente podrían haber ignorado el ataque norteamericano. No tenía sentido castigar a aquel hombre.

El general ya había transmitido por radio la solicitud de más cazas, aunque no esperaba ninguno. El plan decía que no serían necesarios, pero el plan también había dicho que su división sólo tendría que ocupar la isla sin refuerzos durante dos semanas. para ese tiempo se suponía que Alemania ya estaría completamente derrotada, y la guerra terrestre en Europa prácticamente terminada. Estaba recibiendo informes del frente que eran mero embellecimiento de las noticias de «Radio Moscú». El Ejército Rojo estaba presionando sobre el Rin..., ¡y habían estado presionando sobre el Rin desde el primer día de la maldita guerra! Extrañamente, omitían los nombres de las ciudades sometidas a ataques diarios. Su jefe de Inteligencia arriesgaba la vida al escuchar las emisoras occidentales (la KGB consideraba que eso era un acto desleal), para poder tener una idea de cómo iba desarrollándose la lucha. Si los informes de Occidente eran ciertos, tampoco creía del todo en ellos, la campaña de Alemania era una espantosa confusión. Hasta que eso no terminara, él estaba en posición vulnerable.

¿Intentaría invadir la OTAN? Su oficial de operación decía que era imposible, a menos que los norteamericanos pudieran destruir antes a los bombarderos de largo alcance que partían desde Kirovsk, y la intención posterior de apoderarse de Islandia había sido impedir que los portaaviones norteamericanos ocuparan una posición desde la cual pudieran hacer justamente eso. En los papeles, entonces, el general sólo esperaba un aumento de los ataques aéreos, y tenía misiles superficie-aire para defenderse de ellos. Pero él no había llegado a ser comandante divisional para limitarse a barajar papeles.

ATLANTICO NORTE.

—¿Qué diablos ha pasado?

El comandante levantó la vista y vio el tubo que tenía insertado en el brazo. Lo último que recordaba era haber estado en el puente cuando transcurría la mitad de la guardia de la tarde. Ahora, la portilla del lado de estribor de su cámara estaba cubierta. Buque oscurecido: afuera era de noche.

—Usted se desmayó, comandante —dijo el suboficial enfermero—. No...

El comandante había tratado de incorporarse. Su cabeza se separó unos cincuenta centímetros de la almohada, pero sus fuerzas cedieron.

—Debe descansar. Tiene una hemorragia interna, jefe. Anoche vomitó sangre. Creo que es una úlcera perforada. Me dio un susto bárbaro. ¿Por qué no vino a verme? —El suboficial le mostró un frasco de tabletas «Maalox»; *¿por qué la gente tendrá que ser tan condenadamente lista para todas las cosas?*— Su presión sanguínea bajó veinte puntos y estuvo al borde de sufrir un ataque. Esto que usted tiene no es un dolor de barriga, comandante. Es probable que tenga que ir a cirugía. En este momento viene un helicóptero para llevarlo a tierra.

—No puedo abandonar el buque. Yo...

—Son órdenes del médico, señor. Si usted se me muere, yo pierdo mis perfectos antecedentes. Lo siento, señor, pero si no recibe verdadera atención médica muy pronto, podría sufrir graves consecuencias. Tendrá que ir a tierra.

32. NUEVOS NOMBRES, NUEVAS CARAS.

NORFOLK, VIRGINIA.

—Buenos días, Ed.

El comandante de las fuerzas navales de superficie de la flota del Atlántico estaba sentado detrás de un escritorio cubierto de despachos que parecían ordenados en pilas. Buen día..., media hora después de medianoche. Morris no había salido de Norfolk desde su llegada, al amanecer del día anterior. Si se iba a su casa, tendría que dormir de nuevo...

—Buenos días, señor. ¿Qué puedo hacer por usted?

Morris no quería sentarse.

—¿Desea volver a salir? —le preguntó secamente COMNAVSURFLANT.[53]

—¿Con quién?

—El comandante del Reuben James cayó con una úlcera perforada. Lo trajeron esta mañana en vuelo. La fragata llegará dentro de una hora con los anfibios de PACFLT, la flota del Pacífico. Voy a destinarle a tareas de escolta de convoyes. Tenemos uno muy grande que se está reuniendo en el puerto de Nueva York. Ochenta buques, todos grandes, todos rápidos, cargados con abundante equipo para Alemania. Zarpará dentro de cuatro días con una fuerte escolta de Estados Unidos y Gran Bretaña, además de apoyo de portaaviones. La fragata Reuben James permanecerá en puerto lo suficiente como para reaprovisionarse y cargar combustible. Zarpará esta noche hacia Nueva York en compañía del HMS Battleaxe. Si usted está de acuerdo, quiero que se haga cargo de ella. —El vicealmirante miró fijamente a Morris—. Es suya, si la quiere. ¿Está decidido?

—Mi equipo personal todavía se encuentra a bordo de la Pharris.

Morris trataba de ganar tiempo. ¿Realmente quería volver a salir?

—Su equipaje está hecho y listo para retirarlo, Ed.

Había muchos hombres que podían hacerse cargo, pensó Morris. El personal del Estado Mayor de operaciones, con el que había estado trabajando desde su llegada a Norfolk, estaba lleno de gente que hubiera saltado de alegría en su caso. Volver al mar y recobrar otra vez la línea..., ¿o volver en el auto todas las noches a su casa vacía y a las pesadillas?

—Si usted lo desea, me haré cargo de ella.

[53] COMNAVSURFLANT: Comandante de las Fuerzas Navales de Superficie del Atlántico.

FOWIEHAUSEN, REPúBLICA FEDERAL ALEMANA.

Hacia el Norte, el horizonte se encendía con el fuego de artillería que iluminaba los árboles. En ningún momento el cielo quedaba libre del trueno. El viaje hasta el puesto de comando divisional era de apenas quince kilómetros desde Alfeld. Tres violentos ataques aéreos y veinte descargas separadas de artillería habían convertido el viaje de la mañana en una pesadilla que duró hasta el crepúsculo y aún más.

El Cuartel General adelantado de la 20 de tanques era ahora el puesto de mando para toda la ofensiva hacia Hameln. El general de brigada Beregovoy, que había relevado a Alekseyev, llevaba las dos gorras: comandante de la división 20 de tanques y comandante del grupo de maniobra de operaciones (OMG). El concepto de los grupos de maniobras de operaciones había sido una de las más preciosas ideas soviéticas de preguerra. La «osada ofensiva» iba a abrir un corredor hasta la retaguardia del enemigo, y el grupo de maniobra de operaciones se encargaría de explotarlo, avanzando velozmente por él para tomar los blancos económica o políticamente importantes.

Alekseyev permanecía con la espalda apoyada contra un vehículo blindado, mirando hacia el Norte, donde los relámpagos delineaban la silueta del bosque. *Otra cosa que no ha funcionado de acuerdo al plan* —pensó—*. ¡Como si nosotros hubiésemos esperado que la OTAN cooperara con nuestros planes!*

Hubo un enorme destello amarillo sobre su cabeza. Alekseyev parpadeó para aclarar la vista y observó la bola de fuego que se convertía en un cohete y caía a tierra, a varios kilómetros de allí. *¿Nuestro o de ellos?* —se preguntó— *Otra prometedora vida joven extinguida por un misil. Ahora matamos a nuestros jóvenes con robots. ¿Quién dijo que la Humanidad no estaba usando su tecnología para fines útiles?*

Él habíase preparado durante toda su vida para esto. Cuatro años en la escuela de oficiales. La difícil iniciación como oficial joven; la promoción a comandante de compañía. Otros tres años en la Academia Militar de Frunze, en Moscú, después de haber sido reconocido como estrella en ascenso. Luego, comandante de batallón. Vuelta a Moscú para la Academia de Estado Mayor General de Voroshilov. El primero de su clase. Comando de un regimiento; después, de una división. ¿Y todo para esto?

A quinientos metros, entre los árboles, había un hospital de campaña, y el viento llevaba los quejidos de los heridos hasta el puesto de mando. No era como en las películas que había visto de niño..., y que aún le gustaban. Se suponía que los heridos sufrían en silencio, con firme dignidad, aspirando cigarrillos ofrecidos por médicos bondadosos y atareados, esperando su turno para que los vieran los también atareados y valientes cirujanos y las enfermeras bonitas y delicadas. una maldita mentira, todo eso era una infame y monstruosa mentira, se dijo. La profesión a la cual había consagrado su vida era el crimen organizado. Enviaba muchachitos con hoyuelos en las mejillas a territorios sembrados de acero y regados con sangre. Lo peor eran las quemaduras. las tripulaciones de tanques que escapaban de sus ardientes vehículos con sus ropas en llamas..., ésos no dejaban nunca de gritar. Los que morían por un ataque al corazón o por el tiro de un piadoso oficial, eran sustituidos por otros. Los más afortunados, que llegaban a los puestos donde se daba de alta a los heridos, encontraban médicos demasiado ocupados para ofrecer cigarrillos, y otros que se estaban cayendo de cansancio.

Su brillante éxito táctico en Alfeld todavía no había conducido a ninguna parte, y se preguntaba de corazón si alguna vez sería útil, o si había derrochado vidas jóvenes para nada más que palabras, palabras escritas en los libros por hombres que hacían todo lo que podían para olvidar los horrores que ellos habían infligido y soportado.

¿Arrepentido ahora, Pasha? —se preguntó— *¿Y qué dices de aquellos cuatro coroneles que tú hiciste fusilar? Es algo tarde para descubrir tu conciencia, ¿no?* Pero ahora no se trataba de un juego sobre una mesa de mapas o un ejercicio en Shpola, ni unos cuantos incidentes en los entrenamientos de rutina. una cosa era que un comandante de compañía viera todo eso después de cumplir órdenes de arriba. Otra, que el hombre que había dado las órdenes pudiera ver su obra.

«No hay nada tan terrible como una batalla ganada..., excepto una batalla perdida.» Alekseyev recordó la cita del comentario de WeIlington sobre Waterloo, en uno de los dos millones de libros que había en la Biblioteca de Frunze. Por cierto, no era algo escrito por un general ruso. ¿Por qué le habían permitido alguna vez leer eso? Si los soldados leían más sobre esas observaciones y menos sobre la gloria, ¿qué harían cuando sus amos políticos les ordenaran marchar? *Vamos, vamos* —se dijo el general—, *ésa es una idea subversiva...* Orinó contra un árbol y volvió caminando hacia el puesto de mando.

Encontró a Beregovoy inclinado sobre la carta de situación. Un buen hombre y un soldado efectivo, Alekseyev lo sabía, ¿y qué pensaba de todo esto?

—Camarada, aquella brigada belga acaba de reaparecer. Está atacando nuestro flanco izquierdo. Sorprendieron a dos regimientos cuando iban a ocupar nuevas posiciones. Tenemos un problema aquí.

Alekseyev apresuró el paso para instalarse junto a Beregovoy, y buscó cuáles eran las unidades disponibles. La OTAN aún no estaba cooperando. El ataque había sido dirigido exactamente al punto de unión de dos divisiones, una de ellas muy disminuida; la otra fresca pero sin experiencia. Un teniente desplazó las fichas representativas. Los regimientos soviéticos habían empezado a retirarse.

—Que el regimiento reserva mantenga su posición —ordenó Alekseyev—. Haga desplazar éste hacia el Noroeste. Vamos a tratar de coger a los belgas por el flanco cuando se aproximen a este cruce de caminos.

El profesionalismo cala hondo en un soldado.

ISLANDIA.

—Bueno, allá está.

Edwards tendió los binoculares al sargento Smith. Hvammsfiórdur se hallaba todavía a varios kilómetros de distancia. La primera vez que lo vieron fue desde lo alto de una montaña de seiscientos metros. Debajo de ellos, un brillante río descargaba sus aguas en el fiordo, a más de quince kilómetros.

Todos se mantenían agachados, temerosos de que el sol, bajo y a sus espaldas, pudiera destacar sus figuras. Edwards encendió la radio.

—Doghouse, aquí Beagle. El objetivo está a la vista.

Edwards se dio cuenta de que había dicho una tontería. Hvammsfffirdur tenía casi cincuenta kilómetros de largo y unos quince de ancho en su abertura máxima.

El hombre de Escocia quedó impresionado. El grupo de Edwards había cubierto quince kilómetros en las últimas diez horas.

—¿En qué condiciones están?

—Si ustedes quieren que sigamos avanzando, mi amigo, esta radio podría dejar de funcionar.

—Recibido, comprendido. —El mayor trató de contener la risa— ¿Dónde se hallan exactamente?

—Unos ocho kilómetros al este de la Colina 578. Ahora que estamos aquí, tal vez usted pueda decirnos para qué —sugirió Edwards.

—Si llegan a ver cualquier, repito, cualquier actividad rusa, queremos saberlo inmediatamente. Si un tipo orina contra una roca, queremos saberlo. ¿Comprendido?

—Comprendido. Ustedes desean el tamaño en centímetros. Todavía no hay ningún rusito a la vista. A nuestra izquierda se ven algunas ruinas, y una granja río abajo, bastante lejos. No se mueve nada en ninguno de los dos lugares. ¿Quieren que tomemos alguna posición en particular?

—Estamos trabajando en eso. Por el momento, manténganse unidos allí. Busquen un buen lugar para esconderse y acomódense. ¿Cómo está la situación de alimentos?

—Tenemos pescado suficiente para todo el día, y se ve un lago donde puede haber muchos más. ¿Recuerda cuando dijo que nos haría enviar algunas pizzas, Doghouse? En este momento sería capaz de matar a alguien para comerme una. De cebolla y pimientos.

—El pescado le sienta bien, Beagle. La fuerza de su transmisión está bajando. Tendrá que empezar a pensar en ahorrar baterías. ¿Algo más que informar?

—Negativo. Llamaremos de nuevo si vemos algo. Cambio y corto. —Edwards cerró de un golpe el interruptor de la radio— ¡Muchachos, nos encontramos en casa!

—Muy bueno, jefe —rió Smith—. ¿Dónde está la casa?

—Budhardalur está al otro lado de esa montaña —dijo Vidgis—. Mi tío Belgi vivir allí.

Podríamos conseguir una comida decente —pensó Edwards— *Tal vez un poco de cordero, unas cuantas cervezas o algo más fuerte, y una cama..., una cama blanda, de verdad, con sábanas y los edredones que usan aquí. Un baño, agua caliente para afeitarse. Dentífrico.* Edwards sentía los olores de todo su cuerpo. Trataban de lavarse en los arroyos cuando podían; pero no podían casi nunca. *Huelo como los chivos* —pensó Edwards—*, cualquiera*

que sea el olor que tienen los chivos. Pero no hemos caminado toda esta distancia para hacer luego algo tan estúpido como eso.

—Sargento, vamos a asegurar este lugar.

—Como usted diga, jefe. Rodgers, a dormir. García, usted y yo haremos la primera guardia. Cuatro horas. Usted vaya a ese pequeño montículo que hay allá. Yo iré hacia la derecha. —Smith se puso de pie y miró a Edwards—. Es una buena idea que todos descansemos un poco mientras podamos, jefe.

—A mí me parece bueno. Si ve algo importante, deme un puntapié.

Smith asintió y se alejó unos cien metros.

Rodgers ya estaba medio dormido, con la cabeza apoyada en la chaqueta, que había doblado en forma de almohada. El fusil del soldado se hallaba cruzado sobre su pecho.

—¿Quedamos aquí? —preguntó Vidgis.

—Me gustaría mucho ir a visitar a tu tío, pero puede haber rusos en ese pueblo. ¿Cómo te sientes?

—Cansada.

—¿Cansada como nosotros? —preguntó él con una sonrisa.

—Sí, cansada como ustedes —admitió la muchacha, y se acostó cerca de Edwards; estaba sucia, tenía desgarrado el suéter en varias partes, y las botas gastadas sin remedio—. ¿Qué nos pasará ahora?

—No lo sé. Ellos querían que viniésemos aquí por alguna razón.

—¡Pero ellos no te dicen la razón! —protestó ella.

Ésa sí que es una observación inteligente, pensó Edwards.

—¿Ellos te dicen y tú no dices a nosotros? —preguntó Vidgis.

—No, tú sabes tanto como yo.

—Michael, ¿por qué pasa todo esto? ¿Por qué vienen rusos aquí?

—No lo sé.

—Pero tú eres oficial. Tú tienes que saber.

Vidgis se incorporó sobre los codos. Parecía sinceramente sorprendida. Edwards sonrió. No podía culparla de que estuviera confundida. La única fuerza armada de Islandia era su Policía. El país era un reino pacífico de la vida real, y no tenía militares propiamente dichos. Unos barcos armados para protección de la pesca, y la Policía, eran lo único que Islandia necesitaba para mantener su seguridad. Esta guerra había arruinado esos antecedentes perfectos. Durante mil años, sin Ejército ni Armada, Islandia nunca había sido atacada. Sólo había ocurrido ahora, porque estaba en el camino. Se preguntó si hubiera sucedido lo mismo si la OTAN no hubiese construido su base en Keflavik. ¡Por supuesto que no...! *«¡Idiota, ya has visto qué tipos maravillosos son los rusos!» Con la base de la OTAN, o sin ella, Islandia se interponía en su camino. Pero, ¿por qué diablos había sucedido todo esto?*

—Vídgis, yo soy un meteorólogo, un pronosticador. Yo pronostico el estado del tiempo para la Fuerza Aérea.

Eso sólo logró confundirla más.

—¿No soldado? ¿No... soldado infante de Marina?

Mike negó con un movimiento de cabeza.

—Soy oficial de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, sí, pero no soy realmente un soldado, como el sargento. Tengo un trabajo distinto.

—Pero tú salvar mi vida. Tú eres soldado.

—Sí, supongo que lo soy..., por accidente.

—Cuando esto pasa todo, ¿qué vas a hacer? —Y sus ojos mostraron gran interés.

—Una cosa cada vez.

Edwards estaba pensando en término de horas, no de días ni de semanas. Si sobrevivimos, ¿luego qué? Dejémoslo por ahora. Lo primero es sobrevivir. Tú piensas en «después de la guerra», y no habrá ningún después.

—Estoy demasiado cansado para pensar en eso. Vamos a dormir un poco.

Ella se resistía. Mike comprendió que quería saber cosas que él no había considerado a conciencia, pero estaba más cansada de lo que confesaba, y diez minutos después se durmió. Roncaba. Mike no lo había notado antes. No era ninguna muñequita de porcelana. Tenía fortalezas y debilidades, puntos buenos y malos. Su carita era la de un ángel, pero se había dejado embarazar... *¡ Y qué!* —pensó Edwards— *Es más valiente que hermosa. Salvó mi vida cuando ese helicóptero se detuvo sobre nosotros. Un hombre no lo habría hecho mejor.*

Edwards se ordenó acostarse y dormir. No podía pensar en eso. Primero tenía que sobrevivir.

ESCOCIA.

—¿Si la zona se comunicó? —preguntó el mayor,

En realidad, él no había esperado en ningún momento que Edwards y su grupo llegaran a semejante distancia, y menos con los ocho mil rusos que había en la isla. Cada vez que pensaba en esas cinco personas que caminaban penosamente sobre aquel terreno desnudo y rocoso, con helicópteros soviéticos que daban vueltas sobre sus cabezas, se le ponían los pelos de punta.

—Alrededor de medianoche, creo —dijo el hombre del SOE; se podían ver las arrugas provocadas por la sonrisa, a pesar del parche en el ojo—. Muchachos, será mejor que condecoren a este joven. Yo mismo he estado en su lugar. Ustedes no pueden imaginarse qué difícil es hacer lo que ha hecho esta gente. ¡Y con un maldito helicóptero «Hind» sobre la cabeza! Siempre he dicho que es a los tipos listos y callados a los que hay que vigilar y cuidar.

—En ese caso, ya es hora de que les enviemos algunos profesionales para que los respalden —se pronunció el capitán de los infantes de Marina británicos.

—Asegúrese de que lleven un poco de comida —sugirió el mayor de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

BASE LANGLEY DE LA FUERZA AÉREA, VIRGINIA.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó Nakamura.

—Hay algunas irregularidades en ciertas cubiertas del motor cohete —explicó el ingeniero.

—¿Irregularidades significa que puede estallar?

—Es posible —admitió el ingeniero.

—Formidable —dijo la mayor Nakamura—. ¡Pretenden que yo lleve ese monstruo hasta meterlo treinta kilómetros arriba en el maldito cielo y que luego descubra quién se queda en órbita, si él o yo!

—Cuando esta clase de cohetes explota, no hace mucho barullo. Sólo se rompe en un par de secciones que se incendian solas.

—Me imagino que a treinta kilómetros de distancia no parece mucho..., pero, ¿qué pasa cuando el muy estúpido entra en ignición a seis metros de mi «F-15»?

Una larga picada desde el cielo hasta el infierno, pensó Buns.

—Lo siento, mayor. Este motor cohete tiene casi diez años. Nadie controló nuestra hoja de especificaciones sobre almacenamiento adecuado después de que lo adaptaron para la cabeza de guerra «ASAT». Lo hemos inspeccionado con rayos X y ultrasonido. Yo creo que está bien, pero podría equivocarme —dijo el hombre de «Lockheed», que de los seis misiles «ASAT» restantes, había descartado tres por grietas en el combustible sólido propulsor, y otros tres eran un interrogante—. ¿Usted quiere la verdad, o quiere canto y baile?

—Es usted quien tiene que volarlo, mayor —dijo el segundo comandante del Comando Aéreo Táctico—. La decisión es suya.

—¿No podemos regularlo para que el pájaro no entre en ignición hasta que yo me haya separado?

—¿Cuánto tiempo necesita? —preguntó el ingeniero.

Buns pensó en su velocidad y maniobrabilidad a esa altura.

—Digamos, diez o quince segundos.

—Tendré que hacer un pequeño cambio en la programación, aunque no será un gran problema. Pero vamos a asegurarnos de que el misil conserve suficiente velocidad hacia delante para mantener su actitud de lanzamiento. ¿Está segura de que ese tiempo es suficiente?

—No, habrá que controlar eso también en el simulador. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Mínimo dos días, máximo seis. Depende de la Marina —replicó el general.

—Bravo.

STORNOWAY, ESCOCIA.

—Aquí tenemos algunas buenas noticias —anunció Toland—. Un caza «F-15 Eagle» de la Fuerza Aérea estaba volando sobre un convoy rápido, al norte de las Azores. Llegaron dos «Bear» buscando los buques, y el «Eagle» se los comió a los dos. Con eso ya son tres en los últimos cuatro días. El ataque de los «Backfire» parece haber abortado.

—¿Cuál es su posición? —preguntó el comodoro.

Toland pasó la mano a lo largo de la carta, buscando latitud y longitud según las cifras del formulario de mensaje.

—Parece que justo por aquí, y ese informe ya tiene veinte minutos.

—Si es así, estarán sobre Islandia en poco menos de dos horas.

—¿Y las cisternas? —preguntó el comandante de los cazas navales.

—No es posible con tan poco tiempo de aviso.

—Podemos llegar hasta esa distancia con dos cazas, usando otros dos con tanques suplementarios para reabastecimiento, pero sólo tendrán unos veinte minutos en la posición, menos de cinco de posquemador y una reserva de diez minutos cuando regresen. —El jefe de los cazas lanzó un silbido—. Justo. Demasiado justo. Tendremos que olvidarlo.

Sonó un teléfono. El comandante de la base británica lo atendió.

—Comandante Mallory. Sí..., muy bien, alarma inmediata. —Colgó. Las estridentes bocinas comenzaron a sonar en el alojamiento de alerta, a ochocientos metros de distancia. Los pilotos de combate corrieron a sus aviones—. Al final, Iván fue el que resolvió la discusión, capitán. Su avión radar informó intensa actividad de contramedidas electrónicas aproximándose desde el Norte.

El comandante de los cazas navales salió corriendo y subió de un salto a un jeep.

NORFOLK, VIRGINIA.

El viaje en auto desde el cuartel general del comandante supremo aliado en el Atlántico tardó diez minutos. Los infantes de Marina apostados en el portón principal controlaban a todos y a todo cuidadosamente, inclusive el «Chevy» con una banderola de tres estrellas. Avanzaron hasta el puerto en medio de una interminable y agitada actividad. Circulaban trenes sobre las vías tendidas en las calles y los talleres de reparación e instalaciones de prueba trabajaban de sol a sol. Hasta el «McDonald's» situado sobre el camino paralelo inmediatamente fuera de la base estaba abierto las veinticuatro horas del día, vendiendo hamburguesas y patatas fritas a los hombres que se tomaban unos minutos para alimentarse. Para los marinos que pasaban uno o dos días en tierra, era una importante, aunque aparentemente trivial, piedra de toque. El auto dobló a la derecha cuando llegó a los muelles, pasó el atracadero de los submarinos y continuó hasta el de los destructores.

—Esta fragata es completamente nueva, tiene sólo un mes de servicio, justo lo suficiente para las calibraciones electrónicas, y deben de haber ahorrado algún tiempo en eso —dijo el almirante— El comandante Wilkens realizó continuas comprobaciones en el viaje desde San Diego, aunque nada todavía con helicóptero. La Flota del Pacífico se quedó con los suyos, y yo tampoco puedo darles un complemento normal en materia de helicópteros. Todo lo que hemos retenido es una variante del «Seahawk-F», un prototipo de helicóptero que estaban evaluando en Jacksonville.

—¿El que tiene el sonar de profundidad? —preguntó Ed Morris—. Me gusta esa máquina. ¿Se puede conseguir un piloto que sepa usarlo?

—Está cubierto. El capitán de corbeta O'Malley. Lo sacamos de una lista de entrenamiento en Jacksonville.

—He oído ese nombre. Estaba haciendo comprobación de sistemas en el Moosbrugger cuando yo era oficial de acción táctica en el John Rodgers. Sí, es un hombre que conoce su trabajo.

—Tengo que dejarlo aquí. Volveré dentro de una hora, después que eche un vistazo a lo que queda del Kidd.

Reuben James.Su inclinada proa de clíper, marcada en el casco con el número 57, se alzaba sobre el muelle como una hoja de guillotina. Olvidando por un momento su fatiga, Morris bajó del «Chevy» para examinar su nuevo buque con todo el silencioso entusiasmo de un hombre que mira a su hijo recién nacido.

Él había visto fragatas clase «FFG-7», pero nunca había estado a bordo de una de ellas. las severas líneas de su casco le recordaron un yate de regata «Cigarette». Seis cabos de amarre de catorce centímetros de diámetro la mantenían asegurada al muelle, pero su mole lisa y brillante parecía tenerlos ya en tensión. Con sólo tres mil novecientas toneladas con carga completa, no era un buque grande, pero sí evidentemente rápido como arma ofensiva.

Su superestructura era desconcertante en materia de estética, con toda la gracia de un garaje de ladrillos, rematada con chicotes de antenas y mástiles de radares que parecían construidos con alguno de esos juegos para armar que tienen los niños. Pero Morris vio la simplicidad funcional del diseño. Los cuarenta misiles de la fragata estaban almacenados a proa en perchas circulares. El hangar, de forma cuadrada, ubicado cerca de la popa, tenía sitio para dos mortíferos helicópteros «ASW». El casco era completamente liso, porque la velocidad así lo exigía. La superestructura era cuadrada porque tenía que serlo. Era un buque de guerra, y si alguna belleza tenía la fragata Reuben James, era completamente casual.

Algunos marineros vestidos con jeans y camisas azules se movían rápidamente utilizando tres planchadas para llevar provisiones a bordo, para una partida inmediata. Morris caminó vivamente hasta la planchada más próxima a popa. Un infante de Marina de guardia lo saludó al llegar a ella, y un oficial que se hallaba sobre la cubierta de la fragata ordenó frenéticamente los preparativos para recibir a su nuevo comandante. Se oyeron cuatro toques de campana, y el comandante Ed Morris asumió su nueva identidad.

—Reubens James, presente.

Morris saludó al pabellón y luego al oficial de guardia.

—Señor, no lo esperábamos hasta... —empezó a decir con torpeza el teniente.

—¿Cómo van los trabajos? —le interrumpió Morris.

—Dos horas más a lo sumo, señor.

—Bien. —Morris sonrió— Luego podremos ocuparnos del «Ratón Mickey». Vuelva a su trabajo, señor...

—Lyles, señor. Oficial de control del buque.

¿Y donde demonios es eso?, se preguntó Morris.

—Muy bien, Lyles. ¿Dónde está el oficial ejecutivo?

—Aquí estoy, jefe. —El oficial ejecutivo tenía grasa en la camísa y tizne en la mejilla— Había bajado a la sala del generador. Disculpe mi aspecto.

—¿En qué grado de alistamiento estamos?

—Todo andará bien. Carga completa de combustible y armamento. El sonar de cola quedó perfectamente calibrado...

—¿Cómo hizo todo eso tan rápido?

—No fue fácil, señor, pero conseguimos terminarlo. ¿Cómo se encuentra el capitán Wilkens?

—El médico dice que se pondrá bien; pero..., bueno, estará fuera de servicio por un tiempo. Yo soy Ed Morris.

El comandante y el oficial ejecutivo se dieron las manos.

—Frank Ernst. Es la primera vez que voy a operar en la Flota del Atlántico. —El capitán de corbeta sonrió de mala gana—. Elegí un buen momento. De todas maneras, estamos en buena forma, jefe. Todo funciona bien. El piloto de nuestro helicóptero ha subido a la Central de Informaciones de Combate, con los tipos tácticos. Tenemos a Jerry the Hammer. Jugué con él a la pelota en Annápolis. Es buena gente. Tenemos tres suboficiales realmente buenos. Uno de ellos, calificado como oficial de guardia en el puente. La dotación es casi toda de muchachos jóvenes, pero diría que estamos tan bien preparados como usted desea, señor. Listos para zarpar en dos o tres horas, como máximo. ¿Dónde dejó su equipo personal, señor?

—Deberán traerlo dentro de media hora. ¿Cuál era el problema abajo?

—Nada importante. una tubería de aceite suelta en el generador diesel número tres. una chapuza del astillero; no estaba bien colocada. Ahora ya quedó arreglada. Le va a gustar mucho la sala de máquinas, jefe. Durante las pruebas del constructor, con mar cinco alcanzamos una velocidad máxima de treinta y un nudos y medio. —Ernst levantó las cejas—. ¿Suficiente?

—¿Y los estabilizadores? —preguntó Morris.

—Trabajan perfectamente, jefe.

—¿El personal de «ASW»?

—Vamos, señor; se los presentaré.

Morris siguió a su oficial ejecutivo al interior de la superestructura. Continuaron al frente, entre los hangares de los dos helicópteros, luego a la izquierda, pasando el sector de oficiales, y subieron una escala. La Central de Informaciones de Combate estaba un piso debajo del puente y detrás de éste, junto a la cámara del comandante del buque. Oscura como una cueva, era más moderna que la del Pharris y más grande, aunque no menos atestada. Había más de veinte personas trabajando en un ejercicio simulado.

—¡No, maldita sea! —bramó con furia una voz— Tiene que reaccionar más rápido. ¡Éste es un «Victor», y no va a esperar que usted se decida a tomar su condenada determinación!

—¡Atención en la sala! ¡El señor comandante, presente! —ordenó Ernst.

—En descanso —dijo Morris— ¿Quién es ese energúmeno que estaba gritando?

De entre las sombras surgió un hombre fornido. Tenía los ojos rodeados de arrugas, de tanto mirar salidas y puestas de sol. Así que ése era Jerry the Hammer O'Malley. Él lo conocía solamente a través de la voz entrecortada de una radio UHF, y por su reputación de cazador de submarinos que se preocupaba más por su especialidad que por las planillas de ascensos.

—Supongo que se refiere a mí, señor. Yo soy O'Malley, el que debe guiar su «Seahawk-Foxtrot».

—Tiene razón con respecto a «Víctor». Uno de esos bastardos hizo volar mi primer buque casi por la mitad.

—Lamento oír eso, pero usted debe saber que Iván está poniendo sus mejores comandantes en los «Victor». Esos submarinos se comportan mejor que cualquier otro, y eso recompensa a un buen conductor. De modo que usted estaba enfrentado a la adversidad. ¿Lo tuvo fuera del convoy?

Morris negó moviendo la cabeza.

—Nos demoramos mucho para detectarlo, justo cuando salíamos de un avance rápido y las condiciones acústicas no eran muy buenas, pero lo detectamos; no podía estar a más de cinco millas. Lanzamos el helicóptero tras él y ya casi lo teníamos localizado, pero en ese momento rompió limpiamente el contacto y se metió dentro de nosotros.

—Sí, el «Victor» es bueno para eso. Yo le llamo «falso bombeo». Empieza avanzando en una dirección. Después vira violentamente en la otra, describe en el agua un giro cerrado y, probablemente, deja también un productor de ruido en medio del giro. Después se sumerge debajo de la capa y acelera rápidamente para entrar. Hace varios años que están perfeccionando esa táctica, y nosotros hemos tenido dificultades para contrarrestarla. Se necesita una tripulación muy hábil en el helicóptero, y un buen equipo de trabajo con estos tipos de aquí.

—O usted ha leído mi informe, amigo mío, o sabe leer el pensamiento.

—Es cierto, señor. Pero todos los pensamientos que leo son en ruso. El falso bombeo es lo que mejor hace el «Victor», y hay que prestar mucha atención, con esa capacidad que tiene para acelerar y virar tan rápido. Lo que yo he estado tratando de enseñarle a la gente es que, cuando él muestra que vira a babor, uno debe empezar a pensar que realmente va a ir a estribor; entonces uno se desliza a un lado tal vez unos dos mil metros y espera un minuto o dos; después golpea al hijo de puta bien duro y mata al pescado antes de que pueda reaccionar.

—¿Y si usted se ha equivocado?

—En ese caso, se equivocó, jefe. Pero, en general, es posible pronosticar lo que hará Iván..., siempre que usted piense como submarinista y estudie la situación táctica de él en vez de la

suya. Usted no puede evitar que escape, pero su misión consiste en cerrarse sobre ese blanco, y si lo hace..., puede hacerle la vida tremendamente difícil.

Morris miró fijamente a los ojos a O'Malley. No le gustaba que le analizaran la pérdida de su primer buque con aires de superioridad. Pero no había tiempo para esos pensamientos. O'Malley era un profesional, y si había alguien que pudiera manejar bien otro «Victor», él podía ser ese hombre.

—¿Tiene todo listo?

—El pájaro está en la estación aérea. Nos uniremos después que ustedes salgan con los cabos. Yo quería hablar de algunas cosas con el grupo de «ASW» mientras tuviéramos tiempo. ¿Vamos a operar como piquete exteríor de «ASW»?

—Probablemente. Con un sonar de arrastre no creo que nos situemos muy cerca. Y tal vez forme equipo con nosotros un británico para el convoy.

—¡Muy bien! Si quiere mi opinión, aquí tenemos un grupo «ASW» bastante sólido. Podemos hacerles pasar un mal rato a esos bandidos. ¿Usted no estaba en el Rodgers hace unos años?

—Cuando usted trabajaba con el Moose. Cooperamos entre nosotros dos veces, pero nunca nos conocimos. Yo era «X-Ray Mike» cuando hicimos el ejercicio contra Skate.

—Me pareció que lo recordaba. —O'Malley se acercó y bajó la voz— ¿Están muy mal las cosas allá fuera?

—Bastante mal. Perdimos la línea Groenlandia-Islandia-Reino Unido. Estamos recibiendo información relativamente buena de los buques atuneros con sonares de arrastre, los SURTASS, pero podría apostar que Iván los atacará muy pronto. Entre la amenaza aérea y la amenaza submarina... no sé.

Su expresión mostró mucho más que sus palabras. Con amigos muy cercanos muertos o desaparecidos, con su primer buque volado en parte, Morris estaba cansado, y su cansancio no era fácil de aliviar.

O'Malley asintió.

—Jefe, tenemos una flamante fragata, un helicóptero nuevo muy bueno, y un sonar de arrastre. Podremos defender bien nuestra posición.

—Bueno, pronto habrá oportunidad de verlo. Vamos a salir hacia Nueva York dentro de dos horas, y sacaremos un convoy el miércoles.

—¿Solos? —preguntó O'Malley.

—No, tendremos la compañía del británico para el viaje hasta Nueva York: HMS Battleaxe. Todavía no ha firmado las órdenes, pero parece que seguiremos trabajando juntos todo el cruce.

—Eso será útil —aprobó Ernst—. Venga hacia popa, jefe, le mostraré lo que tenemos.

La sala de sonar estaba detrás de la Central de Informaciones de Combate, aislada por una cortina. Allí había buena luz, a diferencia del oscurecido mundo de luz roja de Combate.

—¡Bien, a mí nunca me dicen nada! —rezongó un joven capitán de corbeta—. Buenos días, señor. Yo soy Lenner, el oficial de sistemas de combate.

—¿Por qué no está frente a su pantalla?

—Hemos detenido el ejercicio, jefe, y yo quería con»trolar la presentación volviendo a pasar la cinta.

—Yo traje la cinta del ejercicio —explicó O'Malley—. Éste es el seguimiento de un «Victor-III» que engañó a uno de nuestros portaaviones el año pasado en el Mediterráneo

oriental. ¿Ve esto? Ése es el falso bombeo. Usted notará que el contacto se desvanece, y después aparece intenso de nuevo. Es el señuelo de ruido en el interior de la curva cerrada de regreso. En ese momento él se sumerge debajo de la capa y acelera penetrando la cortina de escolta. Podría haber atacado al portaaviones también, porque se retrasaron otros diez minutos hasta que lo detectaron. Eso —pasó el dedo sobre la presentación en la pantalla— es lo que uno debe buscar. Esto nos indica que nos hallamos frente a un comandante que conoce su oficio, y que se halla dispuesto a terminar con uno.

Morris examinó la pantalla con detenimiento, para reconocer el patrón. Ya lo había visto antes.

—¿Y si emplea esa maniobra para desprenderse y huir? —preguntó Lenner.

—Pero, si él puede quebrar el contacto, ¿por qué no hacerlo hacia el blanco? —preguntó Morris con calma, notando que tenía un oficial de sistemas de combate muy joven.

—Exacto, jefe —asintió tristemente O'Malley—. Como les dije, ésta es una táctica habitual para ellos, y premia a un comandante inteligente. Los que sean agresivos, siempre lograrán entrar. Los que rompen el contacto..., van a ser hundidos con seguridad. Nosotros tenemos que volver a detectarlos; pero ellos también. Con una velocidad de avance de veinte nudos, una vez que los hayamos pasado, ellos tienen que intentar darnos caza. Eso significa hacer ruido. El tipo que escapa, probablemente no correrá el riesgo o, si lo hace, lo hará mal y nosotros lo cazaremos. No, esta táctica es para el tipo que realmente quiere meterse bien cerca. La duda es: ¿Cuántos de sus comandantes son así de agresivos?

—Bastantes, —Morris apartó la vista un momento—. ¿Cómo es el complemento del helicóptero?

—Tenemos solamente una tripulación de vuelo para el pájaro. Mi copiloto está bastante verde, pero nuestro operador de sistemas de a bordo es un suboficial de primera clase, con mucha experiencia. Los tipos de mantenimiento son un grupo recién reunido, muchos de ellos del curso de alistamiento de Jacksonville. He hablado con ellos; trabajarán bien.

—¿Tenemos literas para todos? —preguntó Morris.

Ernst negó con la cabeza.

—No. Ya estamos bastante apretados.

—O'Malley, ¿su copiloto está habilitado para operar desde cubierta?

—No desde una fragata. Yo soy..., diablos, yo hice algunos de los primeros ensayos del sistema en 1978. Tendremos que realizar algunas prácticas durante el viaje a Nueva York, tanto de día como de noche, para poner en forma a mi alférez. Es una tripulación sin experiencia, jefe. El helicóptero ni siquiera pertenece a un escuadrón operativo.

—Pero usted tenía mucha confianza hace unos minutos —objetó Morris.

—Yo tengo mucha confianza —dijo O'Malley—. Mi gente sabe usar las herramientas que tiene. Son chicos listos. Aprenderán rápido. Y hasta hemos estado eligiendo nuestros propios indicativos de llamada.

Una amplia sonrisa. Algunas cosas son importantes para los aviadores.

Hubo uno de esos mensajes no hablados: cuando O'Malley se refirió al departamento de aviación como «mi gente», significaba que él no quería ninguna interferencia en cuanto a la conducción de sus subordinados. Morris lo ignoró. No quería tener discusiones en ese momento.

—Muy bien, oficial ejecutivo, vamos a observar un poco. O'Malley, espero que nos encontremos cuando salgamos de los cabos.

—El helicóptero está listo para despegar ya, Estaremos allá cuando usted quiera.

Morris asintió y avanzó hacia proa. La escala personal del comandante para subir al puente estaba apenas a un metro de la puerta de la CIC y de la suya. Quiso trepar corriendo..., al menos lo intentó, pero sentía las piernas de goma por el cansancio.

—¡Comandante en el puente! —anunció el suboficial.

Morris no estaba impresionado. Se sintió pasmado cuando vio que la «rueda» del buque era sólo un dial de bronce del tamaño aproximado del de un teléfono. El timonel tenía una verdadera butaca, situada fuera del eje central, y a su derecha había una caja de plástico transparente que contenía el acelerador de control directo de las máquinas del buque: turbinas jet. Una barra metálica colgada del techo recorría totalmente de un lado a otro del puente de navegación, a una altura que permitía agarrarse fácilmente a ella cuando había mar gruesa; indicio elocuente de la estabilidad del buque.

—¿Ha prestado servicios antes en un fig, señor? —Preguntó el oficial ejecutivo.

—Nunca había estado a bordo de uno de éstos —respondió Morris; y al escuchar eso, las cabezas de los cuatro hombres de guardia en el puente giraron imperceptiblemente—. Conozco los sistemas de armas; formé parte del grupo que los diseñó hace varios años, y sé más o menos cómo navega.

—Se la conduce, señor, como un auto deportivo —le aseguró Ernst—. Le gustará especialmente la forma en que podemos parar máquinas, derivar tan silenciosamente como un leño y después alcanzar treinta nudos en dos minutos justos.

—¿Cuánto tiempo tarda en zarpar?

—Diez minutos desde que usted lo ordene, señor. El aceite lubricante de las máquinas ya está calentado. Hay un remolcador del puerto en espera, para ayudarnos a salir del muelle.

—¡COMNAVSURFLANT presente! —atronó el sistema anunciador. Dos minutos después, el almirante apareció en el puente de navegación.

—Tengo un hombre que le trae su equipo. ¿Qué le parece?

—Oficial ejecutivo, ¿quiere controlar el aprovisionamiento? —dijo Morris a Ernst, y luego—: ¿Desea que descubramos juntos mi cámara, almirante?

Abajo los estaba esperando un camarero, con café y emparedados. Morris se sirvió una taza, y otra para el almirante, pero ignoró la comida.

—Señor, nunca conduje uno de éstos. No conozco las máquinas...

—Tiene un gran jefe de máquinas y la nave es un sueño para conducirla. Además, están sus oficiales de control. Usted es un hombre para las tácticas y el armamento, Ed. Todo su trabajo se hace desde la CIC. Le necesitamos allí.

—Está bien, señor.

—Oficial ejecutivo, saque el buque —ordenó Morris dos horas después.

Observó cada movimiento de Ernst, molesto por el hecho de que tuviera que depender de otro para hacerlo. Pero resultó asombrosamente fácil. El viento soplaba hacia fuera del muelle, y la fragata tenía superficies verticales enormes, lo que ayudaba al movimiento. Cuando se soltaron los cabos de amarre, el viento y las unidades auxiliares de potencia, instaladas en el casco directamente debajo del puente, empujaron la proa de la nave a la zona abierta; luego las turbinas a gas la llevaron al canal. Ernst se tomó tiempo, aunque se notaba que era capaz de hacerlo mucho más rápido. Morris se dio cuenta y lo registró en su memoria. El hombre no quería que su comandante se sintiera mal.

De allí en adelante todo fue muy fácil, y Ed Morris observó trabajar a su nueva dotación. Había oído cuentos, no muy favorables, sobre la «Armada de California»; pero los

suboficiales de guardia en la mesa de la carta de navegación iban actualizando la posición con absoluta seguridad, a pesar de no conocer previamente ese puerto. Se deslizaron en silencio hasta sobrepasar los diques del astillero naval. Vio muchos amarraderos vacíos que no se llenarían muy pronto, y bastantes buques cuyos grises y pulidos cascos estaban estropeados con agujeros y chapas de acero retorcidas. El Kidd se hallaba allí; la parte anterior de la superestructura del buque aparecía destrozada: un misil ruso había logrado penetrar todas sus cortinas de defensa. Uno de sus marineros también miraba en esa dirección, era un muchachito adolescente que fumaba un cigarrillo hasta que lo arrojó por la borda. Morris hubiera querido preguntarle qué pensaba, pero apenas habría podido describir sus propios pensamientos.

Después, todo se sucedió con rapidez. Viraron al Este al llegar a los amarraderos vacíos de los portaaviones, sobre el puente-túnel Hampton y luego pasaron la dársena Pie llena de anfibios en Little Creek. Ahora ya los solicitaba el mar, con su severo color gris bajo el cielo cubierto de nubes.

La fragata HMS Battleaxe ya estaba allí fuera, tres millas delante, con una sutil diferencia en el tono de su casco, y el pabellón blanco flameando en el mástil. Empezó a transmitirles un mensaje luminoso con su destellador.

QUÉ DEMONIOS ES UN REUBENS JAMES, quería saber el Battleaxe.

—¿Cómo quiere que conteste a eso, señor? —preguntó el encargado de señales.

Morris se echó a reír, repuesto de su sorpresa.

—Transmítale: ***«Por lo menos nosotros no nombramos nuestros buques de guerra en recuerdo de nuestra suegra.»***

—¡Comprendido! —El suboficial quedó encantado.

STORNOWAY, ESCOCIA.

—Se supone que el «Blinder» no puede llevar misiles —dijo Toland.

Pero lo que veía desmentía esa afirmación de Inteligencia. Seis misiles habían pasado entre los cazas de defensa y caído dentro del perímetro de la base de la RAF. A poco menos de un kilómetro se veían dos aviones que se incendiaban, y uno de los radares de la base estaba destruido.

—Bueno, ahora sabemos por qué tuvieron poca actividad en los últimos días. Estaban poniendo a punto los bombarderos para hacer frente a nuestra nueva fuerza de interceptores —dijo el comandante Mallory, observando los daños sufridos por su base—. Acción, reacción. Aprendemos nosotros, aprenden ellos.

Estaban regresando los cazas. Toland los contaba mentalmente. A su juicio faltaban dos «Tornado» y un «Tomcat». Tan pronto como terminaban la carrera de aterrizaje, cada avión rodaba hasta su refugio. La RAF no tenía suficientes refugios permanentes. Tres de los cazas norteamericanos se detuvieron entre sacos de arena, donde los auxiliares de tierra de inmediato les cargaron combustible y volvieron a completar su armamento. Los tripulantes bajaron por las escalerillas hasta los jeeps que los esperaban y partieron hacia el interrogatorio para Inteligencia.

—¡Esos hijos de puta usaron nuestro propio truco contra nosotros! —exclamó uno de los pilotos de «Tomcat».

—Muy bien, ¿con qué se encontraron?

—Había dos grupos, separados unos quince kilómetros. El grupo líder era de «MiG-23 Flogger», y detrás venían los «Blinder». Los «MiG» lanzaron antes que nosotros. En realidad, pusieron nuestros radares fuera de servicio con ruido blanco, y algunos de sus cazas estaban usando algo muy nuevo, un equipo de interferencia electrónica engañosa que no habíamos visto hasta ahora. Deben de haber estado en el límite de su radio de acción, porque no trataron de mezclarse con nosotros. Creo que sólo querían mantenernos alejados de los bombarderos hasta que ellos hicieran los lanzamientos. Maldita sea, y casi les da resultado. Llegó una escuadrilla de «Tornado», los rodeó por la izquierda y creo que derribó cuatro «Blinder». Nosotros cazamos un par de «MiG», ningún «Blinder», y el jefe mandó al resto de los «Tom» contra los misiles. Yo pude destruir dos. De cualquier manera, Iván cambió sus tácticas contra nosotros. Perdimos un «Tomcat», no sé qué lo derribó.

—La próxima vez —dijo otro piloto—, vamos a salir con algunos de nuestros misiles precalibrados para que busquen a los perturbadores. No tuvimos tiempo suficiente para hacerlo. Si podemos destruir primero a los perturbadores electrónicos, será fácil derribar a los cazas.

Y entonces los rusos volverán a cambiar sus tácticas —*pensó Toland*— Bueno, por lo menos ahora son ellos los que reaccionan ante nosotros, para variar.

FOLVEHAUSEN, REPUBLICA FEDERAL ALEMANA.

Después de ocho horas de horrible lucha durante la cual cayó fuego de artillería sobre el puesto de comando adelantado, Beregovoy y Alekseyev detuvieron el contraataque belga. Pero detenerlo no era suficiente. Habían avanzado seis kilómetros antes de encontrarse con una sólida pared de tanques y misiles, y la artillería belga estaba batiendo con fuego intermitente de grueso calibre el camino principal por donde avanzaban los rusos hacia Hameln. *Con seguridad, se estaban preparando para otro ataque*, pensó Alekseyev. *Tenemos que golpearlos primero..., pero, ¿con qué?* Necesitaba sus tres divisiones para avanzar sobre las formaciones británicas que ocupaban posiciones frente a Hameln.

—Cada vez que conseguimos penetrar —observó en voz baja el mayor Sergetov—, ellos nos frenan y contraatacan. No suponíamos que fuera a ocurrir esto.

—¡Espléndida observación! —gruñó Alekseyev, pero en seguida recuperó su disposición natural—. Esperábamos que una ruptura tendría el mismo efecto que en la última guerra contra los alemanes. El problema son estos nuevos misiles antitanque ligeros. Tres hombres y un jeep(hasta él usaba el nombre de los norteamericanos) pueden correr velozmente por el camino, tomar posición, disparar uno o dos misiles y escapar antes de que nosotros podamos reaccionar; y luego repetir el procedimiento unos cuantos cientos de metros más adelante. La potencia de fuego defensiva nunca había sido tan fuerte, y nosotros nos equivocamos al apreciar con cuánta efectividad podía un puñado de tropas de infantería de retaguardia detener una columna en avance. Nuestra seguridad se basa en el movimiento. —Alekseyev explicaba una lección básica de la escuela de blindados—. Una fuerza móvil en estas condiciones no puede pagar el precio de que la frenen. ¡Una simple ruptura no es suficiente! Debemos abrir una enorme brecha en el frente y avanzar muy rápido por lo menos veinte kilómetros para quedar libres de estos equipos ambulantes lanzamisiles. Sólo así podremos cumplir la verdadera doctrina de movilidad.

—¿Usted está diciendo que no podemos ganar? —Sergetov había empezado a tener sus propias dudas, pero no esperaba oírlas de su comandante.

—Estoy diciendo lo mismo que dije hace cuatro meses, y tenía razón: esta campaña nuestra se ha convertido en una guerra de desgaste y agotamiento. Por el momento, la tecnología ha superado al arte militar, nuestro y de ellos. Lo que estamos viendo ahora es a quién se le terminan primero los hombres y las armas.

—Nosotros tenemos más, de ambas cosas —dijo Sergetov.

—Eso es cierto, Iván Mikhailovich. Tengo muchos más hombres jóvenes para derrochar.

Seguían ingresando heridos en el hospital de campaña. las filas de camiones que llegaban y partían no terminaban nunca.

—Camarada general, recibí un mensaje de mi padre. Desea saber cómo progresan las cosas en el frente. ¿Qué debo decirle?

Alekseyev se apartó un minuto de su ayudante, para pensarlo con especial cuidado.

—Iván Mikhailovich, diga al ministro que la oposición de la OTAN es mucho más grave de lo que esperábamos. Ahora, la clave son los abastecimientos. Necesitamos la mejor información que se pueda conseguir acerca de la situación de los abastecimientos de la OTAN, y un decidido esfuerzo para empeorarla. Hemos recibido pocos datos sobre el mayor o menor éxito que están logrando las operaciones navales para destruir los convoyes de la OTAN. Necesito eso a fin de poder apreciar la resistencia que tienen. No quiero análisis efectuados en Moscú. Quiero la información de primera mano.

—¿No le satisface lo que recibimos de Moscú?

—Nos dijeron que la OTAN estaba políticamente dividida y carecía de coordinación militar. ¿Cómo evaluaría usted ese informe, camarada mayor? —preguntó vivamente Alekseyev— Yo no puedo pasar por toda la escala jerárquica para hacer esta clase de pedidos, ¿verdad? Escriba sus órdenes de viaje. Quiero que esté de regreso dentro de treinta y seis horas. Tengo la seguridad de que todavía estaremos aquí.

ISLANDIA.

—Tendrían que encontrarse allí dentro de media hora.

—Comprendido, Doghouse —contestó Edwards—. Como le dije, no hay rusos a la vista. No hemos avistado un solo avión en todo el día. Hubo algún movimiento sobre el camino, al oeste de nosotros hace seis horas. Cuatro vehículos tipo jeep. Demasiado lejos para ver qué había en ellos; se dirigían al Sur. La costa está despejada. Cambio.

—Muy bien, avísenos cuando lleguen al lugar.

—Lo haré. Cambio y corto. —Edwards cortó la comunicación— Muchachos, van a venir algunos amigos.

—¿Quiénes y cuándo, jefe? —preguntó en el acto Smith.

—No lo dijeron, pero estarán aquí dentro de media hora. Tiene que ser un lanzamiento desde el aire.

—¿Vienen a sacarnos de este sitio? —preguntó Vidgis.

—No, no pueden aterrizar aquí con un avión. Sargento, ¿usted tiene alguna opinión?

—La misma que usted..., sospecho.

El avión llegó antes de tiempo, y esta vez fue Edwards el que lo vio primero. El «C-130 Hércules», transporte de cuatro motores, descendió desde el Noroeste hasta unos cuantos metros sobre la ladera oriental del cerro donde ellos se encontraban. una brisa débil y constante soplaba desde el Oeste cuando emergieron cuatro pequeñas figuras por la puerta de carga, y el «Hércules» viró bruscamente al Norte para alejarse de la zona. Edwards se concentró en los paracaídas que descendían. En vez de derivar hacia el valle que se extendía debajo de ellos, los paracaidistas estaban cayendo directamente sobre la ladera llena de rocas.

—Oh, mierda, ¡apreció mal el viento! ¡Vamos!

Mientras bajaban corriendo la montaña, los paracaidistas cayeron más abajo. Uno tras otro tocaron tierra y perdieron sus formas en la semioscuridad. Edwards y su grupo acudieron rápidamente, tratando de recordar dónde habían caído. Sus paracaídas camuflados los habían hecho invisibles en cuanto tocaron el terreno.

—¡Alto!

—Está bien, está bien. Estamos aquí para esperarlos —dijo Edwards.

—¡Identifíquese! —La voz tenía acento británico.

—Nombre clave Beagle.

—¿Nombre propio?

—Edwards, primer teniente. Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

—Acérquese despacio, compañero.

Mike se adelantó solo. Finalmente vio una sombra vaga, medio oculta por una roca. La forma sostenía una pistola ametralladora.

—¿Quién es usted?

—Sargento Nichols, Real Infantería de Marina. Eligió un maldito lugar para recibirnos, teniente.

—¡No fui yo quien lo hizo! —contestó Edwards— Hasta hace una hora no sabíamos que ustedes iban a venir.

—Inservibles..., otro maldito inservible. —El hombre se puso de pie y caminó con una marcada cojera— ¡Lanzarse en paracaídas ya es bastante peligroso, como para que todavía lo hagan caer a uno en un jardín de rocas!

Apareció otra figura.

—Encontramos al teniente..., ¡creo que está muerto!

—¿Necesitan ayuda? —preguntó Mike.

—Necesito despertarme y descubrir que estoy en mi cama, en mi casa.

Edwards no tardó en advertir que el grupo enviado para rescatarlos, o para lo que fuera, había tenido un desastroso comienzo. El teniente que lo comandaba había caído sobre una piedra de gran tamaño, y después había rebotado contra otra; la cabeza le quedó colgando, como si pendiera de una cuerda. Nichols se había torcido seriamente el tobillo, y los otros dos estaban ilesos, pero conmocionados. Encontrar todos sus equipos les costó más de una hora. No había tiempo para sentimientos; envolvieron al teniente en su paracaídas y lo cubrieron con piedras y rocas sueltas. Edwards condujo al resto hasta su escondite en lo alto de la montaña. Por lo menos, había llevado baterías nuevas para su radio.

—Doghouse, aquí Beagle, y las cosas como el diablo, cambio.

—¿Por qué ha tardado tanto?

—Dígale a ese chófer del pájaro que se busque un nuevo especialista de ojos. Los infantes de Marina que ustedes enviaron perdieron a su jefe; se mató contra una roca. Y el sargento se fracturó un tobillo.

—¿Los han descubierto?

—Negativo. Cayeron sobre las rocas. Es un milagro que no se hayan matado todos. Ahora estamos de vuelta en lo alto del monte. Cubrimos nuestras huellas.

El sargento Nichols era fumador. Smith y él encontraron un lugar resguardado para encender sus cigarrillos.

—Tu teniente parece bastante nervioso.

—No es más que un especialista de la Fuerza Aérea, pero está haciendo las cosas bastante bien. ¿Cómo va el tobillo?

—Tendré que caminar con él..., esté bien o no. Él entiende algo de todo esto?

—¿El jefe? Lo vi matar a tres rusos con un cuchillo. ¿Es suficiente?

—¡Vaya sí lo es!

33. CONTACTO.

USS REUBEN JAMES.

—¿Comandante?

Morris se sobresaltó al sentir la mano sobre su hombro. Le habría gustado descansar unos minutos en su cámara, después de dirigir una práctica de aterrizaje nocturno del helicóptero, y... Miró el reloj. Apenas pasada la medianoche. Tenía la cara cubierta de sudor. El sueño volvía a repetirse. Levantó la vista hacia su oficial ejecutivo.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Tenemos un requerimiento para que controlemos algo. Probablemente sea un pinzón de las nieves, pero..., bueno, véalo usted mismo.

Morris tomó el mensaje y lo llevó con él a su cuarto de baño privado; se lo metió en el bolsillo y se lavó rápidamente la cara.

—***«Contacto desconocido repetido en varias ocasiones, se intentó localizarlo sin éxito.»*** ¿Qué diablos se supone que es esto? —preguntó mientras terminaba de secarse.

—No tengo la menor idea, jefe. Cuarenta grados, treinta minutos Norte; sesenta y nueve, cincuenta Oeste. Pudieron localizarlo, pero no identificarlo. Estoy haciendo preparar la carta.

Morris se pasó la mano por el pelo. Dos horas de sueño eran mejor que nada, ¿verdad?

—Muy bien, vamos a ver cómo se ve desde la CIC.

El oficial de acción táctica había extendido la carta de navegación sobre una mesa junto al sillón del comandante. Morris controló la pantalla principal de presentación táctica. Se hallaban todavía lejos de las costas, de acuerdo con sus órdenes de controlar la curva de profundidad de las cien brazas.

—Eso está más lejos de aquí que el diablo —observó de inmediato Morris. La situación tenía algo de familiar. El comandante se inclinó sobre la carta.

—Sí, señor, son aproximadamente sesenta millas de distancia —confirmó Ernst— Y, además, aguas poco profundas. Allí no se puede usar el sonar de arrastre.

—¡Ah, ya sé cuál es ese lugar! Allí es donde se hundió el Andrea Doria. Probablemente alguien hizo un contacto MAD y no se molestó en consultar la carta.

—No lo creo. —O'Malley emergió de entre las sombras— una fragata oyó algo. El cabrestante de su sonar de arrastre se rompió. Ellos no querían perderlo, entonces pusieron rumbo a Newport, en vez de a Nueva York, porque las aguas son más profundas en ese puerto. Dicen que recibieron un contacto del sonar pasivo bastante extraño y que se desvaneció en seguida. Hicieron un análisis del movimiento con respecto al blanco y obtuvieron esta posición. Su helicóptero hizo unas cuantas pasadas, y su detector de anomalías magnético registró la posición exactamente sobre el Andrea Doria. Así fue todo.

—¿Cómo lo supo usted?

O'Malley le entregó el mensaje.

—Llegó poco después de que el oficial ejecutivo fuera a buscarlo a usted. Ellos enviaron un «Orion» para controlar. La misma historia. Oyeron algo extraño y luego se perdió.

Morris frunció la frente. Estaban a la caza de un fantasma, pero las órdenes venían de Norfolk, lo cual la convertía en una caza oficial de fantasma.

—¿En qué situación está el helicóptero?

—Puede despegar en diez minutos. Con un torpedo y un depósito auxiliar. Todo el equipo se halla en servicio.

—Ordene al puente que nos lleve allá a veinticinco nudos. ¿La fragata Battleaxe está enterada de esto? —La respuesta fue afirmativa— Muy bien, transmítanle por destellador que nos vamos allá. Recojan el sonar de arrastre. No nos servirá para nada en aquel lugar. O'Malley, vamos a acercarnos hasta unas quince millas del contacto y usted saldrá a buscarlo. Es decir, que tendrá que despegar alrededor de las dos y media. Si me necesita, estaré en la cámara de oficiales.

Morris había decidido probar las «mid—rats»[54] de su nuevo buque. O'Malley se dirigió hacia el mismo lugar.

—Estos buques son un poco extraños —dijo el aviador.

Morris farfulló que pensaba lo mismo. El pasadizo principal de proa a popa se hallaba sobre el lado de babor, en vez de ocupar la línea central. Las fragatas «fig» quebraban una cantidad de tradiciones de larga data en lo referente a diseño naval.

O'Malley bajó por la escalerilla y abrió al comandante la puerta de la cámara de oficiales. Encontraron a dos oficiales jóvenes que miraban una película con autos veloces y mujeres desnudas. La videocassette se manejaba desde la cámara de suboficiales, según le habían informado a Morris. Uno de los resultados de esto era que, cuando aparecía algún pecho particularmente atractivo, instantáneamente repetían la escena para todo el mundo.

Las Raciones de la mitad de guardia (de doce de la noche a cuatro de la madrugada), o «mid—rats», consistían en un gran pan abierto al medio y un plato de tajadas de carne fría. Morris se sirvió una taza de café y se hizo un bocadillo. O'Malley optó por un vaso de jugo de frutas, que obtuvo de un depósito frigorífico instalado sobre el mamparo del fondo. La denominación naval oficial que le habían dado era jugo de chinches.

—¿No quiere café? —preguntó Morris. O'Malley negó con un movimiento de cabeza.

—Si tomo demasiado, me pongo muy nervioso. Y uno no quiere que le tiemblen las manos cuando está aterrizando un helicóptero en la oscuridad. —Sonrió— En realidad, me estoy haciendo muy viejo para esta mierda.

—¿Tiene hijos?

—Tres varones, y si depende de mí, ninguno de ellos va a ser marinero. ¿Y usted?

—Un chico y una chica. Quedaron en Kansas, con su madre.

Morris mordió su bocadillo. El pan estaba un poco rancio y la carne no tenía nada de fría, pero necesitaba comer. Era la primera vez en tres días que comía acompañado. O'Malley empujó las patatas fritas.

—Aquí tiene todos sus carbohidratos, señor.

—Ese jugo de chinches va a matarlo —dijo Morris, indicando el vaso de zumo con un movimiento de cabeza.

—Ya lo han intentado antes. Volé dos años sobre Vietnam. Casi todas misiones de búsqueda y rescate. Me derribaron dos veces. Pero nunca resulté herido. Solamente muerto de miedo.

54 Idiomático por Midwatch rations, = raciones de la mitad de guardia.

«¿Es tan viejo?», se preguntó Morris. Debían de haberlo postergado varias veces en los ascensos. El comandante tomó nota mental para acordarse de averiguar desde qué fecha tenía O'Malley su actual jerarquía.

—¿Cómo es que estaba en la CIC? —preguntó el comandante.

—No tenía mucho sueño, y quería ver qué tal estaba trabajando el sonar de remolque.

Morris quedó sorprendido. Generalmente, los aviadores no mostraban tanto interés por los equipos del buque.

—Se dice que usted actuó muy bien con la Pharris.

—No lo suficiente.

—Esas cosas también ocurren.

O'Malley observó muy atentamente a su jefe. Era el único hombre a bordo con prolongada experiencia de guerra, y O'Malley reconoció en él algo que no había visto desde los tiempos de Vietnam. El aviador se encogió de hombros. No era problema suyo. Buscó en su uniforme de vuelo y sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Le molesta que fume?

—Yo mismo volví a fumar hace unos días.

—¡Gracias a Dios! —O'Malley alzó la voz— ¡Con todos estos chicos virtuosos en la cámara, creí que yo era el único viejo sucio aquí!

Los dos jóvenes tenientes sonrieron al oírlo, sin apartar los ojos del televisor.

—¿Cuánta experiencia tiene en estas fragatas «fig»?

—Yo he estado casi todo el tiempo en portaaviones, jefe. Los últimos catorce meses fui instructor en Jacksonville. He realizado muchísimos trabajos raros, la mayoría de ellos con el «Seahawk». Creo que le gustará mi helicóptero. El sonar de inmersión es el mejor de todos los que he utilizado.

—¿Qué piensa de este informe de contacto?

O'Malley se echó hacia atrás y aspiró el cigarrillo con una mirada al vacío.

—Es interesante. Recuerdo haber visto algo en televisión sobre el Doria, Se hundió sobre su banda de estribor. Mucha gente se ha sumergido para observar el buque hundido. Son unos sesenta metros de agua; una profundidad accesible para los aficionados. Y hay un millón de cables que lo cubren.

—¿Cables? —preguntó Morris.

—Artes de pesca y rastreo. Allí se hace mucha pesca comercial. Y las redes se quedan enredadas en los restos de la nave. Parece Gulliver en la playa, en el país de Lilliput.

—¡Tiene razón! —dijo Morris—. Y eso explica el ruido. Es la marea, o las corrientes, que silban a través de todos esos cables.

O'Malley asintió.

—Sí, eso podría explicarlo. Pero quiero ir a echarle una mirada.

—¿Por qué?

—Todo el tráfico que sale de Nueva York tiene que pasar exactamente sobre ese lugar; esto por una parte. Iván sabe que tenemos un importante convoy formándose en Nueva York..., tiene que saberlo, a menos que la KGB haya abandonado sus actividades. Ése es un sitio endemoniadamente bueno para situar un submarino si quisieran que luego siguiera al convoy. Piénselo. Si usted obtiene allí un contacto MAD, lo descarta. El ruido de una planta de un reactor a baja potencia probablemente no sea más alto que el ruido de ese flujo a través del

buque hundido, si es que se ha acercado lo suficiente. Si yo fuera un comandante de submarinos realmente audaz, tendría muy en cuenta la posibilidad de usar un lugar como ése para esconderme.

—Usted piensa realmente como ellos —observó Morris—. Muy bien, vamos a ver cómo debemos manejar esto...

Las dos y media. Desde la torre de control Morris observó los procedimientos para el despegue; luego se dirigió a proa, hacia la CIC. En la fragata se hallaban todos en sus puestos de combate; el buque avanzaba a ocho nudos, con sus sistemas Prairie/Masker en funcionamiento. Si allí, a unas quince millas, había un submarino ruso, no existía forma de que sospechara la proximidad de una fragata. En la CIC, la investigación de radar mostraba al helicóptero que se acercaba a su posición.

—Romeo, aquí Hammer. Control de radio. Cambio —dijo O'Malley.

El sistema de a bordo del helicóptero para transmisión de datos también envió un mensaje de prueba a la fragata. El suboficial a cargo del tablero de comunicaciones del helicóptero lo controló, y gruñó satisfecho. ¿Cuál era la expresión que había oído? Sí, correcto..., tenían un «dulce contacto sobre el juguete de mamá». Sonrió.

El helicóptero empezó la búsqueda a dos millas de la tumba del Andrea Doria. O'Malley detuvo en el aire su aeronave y se mantuvo en vuelo estacionario a unos quince metros sobre la superficie del mar.

—Abajo el domo, Willy,

Atrás, el suboficial destrabó los controles del torno y empezó a bajar el sonar de profundidad por un agujero de la panza del helicóptero. El «Scahawk» tenía más de trescientos metros de cable, el suficiente para sumergir el transductor del sonar por debajo de la más profunda de las capas de gradiente térmico. No había más de sesenta metros de profundidad en ese lugar, y tuvieron que tener cuidado de que el transductor no llegara demasiado cerca del fondo por el riesgo de daños. El suboficial observó atentamente el cable y detuvo el torno cuando el transductor había bajado treinta metros. Como en los buques de superficie, la lectura del sonar era tanto visual como auditiva. una pantalla del tipo de las de televisión empezó a mostrar líneas de frecuencia.

«Ése es el punto difícil», pensó O'Malley. Hacer vuelo estacionario con un helicóptero en esas condiciones de viento requería una atención constante, pues no había piloto automático, y la caza de un submarino era siempre un ejercicio de paciencia. Pasarían varios minutos antes de que el sonar pasivo les indicara algo, y no podían usar sus sistemas de sonar activo. Las emisiones ping sólo servirían para alertar a un posible blanco.

Después de cinco minutos no habían detectado nada, excepto ruidos fortuitos. Levantaron el sonar y se desplazaron hacia el Este. Tampoco allí obtuvieron nada. Paciencia, se dijo el piloto. Odiaba tener que ser paciente. Otro desplazamiento al Este, y otra espera.

—Tengo algo en cero cuatro ocho. No sé muy bien lo que es, un silbido o algo parecido, en la escala de altas frecuencias.

Esperaron otros dos minutos para asegurarse de que no era una falsa señal.

—Arriba el domo.

O'Malley tomó altura con el helicóptero y se corrió unos tres mil metros hacia el Noreste. Tres minutos después bajaron de nuevo el sonar. Nada. O'Malley volvió a cambiar de posición. *Si alguna vez escribo una canción sobre caza de submarinos* —pensó—*, le pondré por título «Otra vez y Otra Vez y OTRA VEZ».* Ahora recibieron una señal..., en realidad, dos señales.

—Es interesante —comentó el oficial de «ASW» a bordo del Reuben James— ¿A qué distancia del buque hundido está eso?

—Muy cerca —respondió Morris— Y casi la misma marcación también.

—Podría ser un ruido de corriente —dijo Willy a O'Malley— Muy débil, igual que la última vez.

El piloto levantó el brazo y conectó un interruptor para escuchar la señal del sonar en sus auriculares. Estamos buscando una señal muy débil, recordó O'Malley.

—También podría ser ruido de vapor. Prepárese para levantar el domo, voy hacia el Este para triangular.

Dos minutos después, el transductor del sonar entró en el agua por sexta vez. Ahora observaron el contacto en la pantalla de presentación táctica de a bordo, que el helicóptero tenía montada en el tablero de control, entre piloto y copiloto.

—Aquí tenemos dos señales —dijo Ralston— Separadas por unos seiscientos metros.

—Yo también lo percibo así. Vamos a ver la más próxima, Willy...

—Cable dentro de los límites, listo para levantar, jefe.

—Arriba el domo. Romeo, Hammer. ¿Ustedes tienen lo mismo que nosotros?

—Afirmativo, Hammer —contestó Morris— Controlen la del Sur.

—Ahora mismo voy a hacerlo. Quede atento. —O'Malley observaba fijamente sus instrumentos mientras volaba hacia el más cercano de los dos contactos, y volvió a detener el helicóptero en el aire— Abajo el domo.

—¡Contacto! —dijo el suboficial un minuto después. Examinó las líneas de tono en su pantalla y las comparó mentalmente con la información que tenía sobre los submarinos rusos—. Evalúo este contacto como vapor de agua a presión y ruidos de una planta de un submarino nuclear; marcación dos seis dos.

O'Malley escuchó durante treinta segundos. Su rostro se iluminó con una ligera sonrisa.

—¡Es un submarino nuclear, sin duda! Romeo, Hammer, tenemos un probable contacto con submarino, con marcación dos seis dos desde nuestra posición. Voy a moverme para afirmar esta señal.

Diez minutos después tenían ya aferrado el contacto. O'Malley voló directamente hacia allí y bajó su sonar exactamente sobre él.

—Es un clase «Victor» —dijo el sonarista a bordo de la fragata— ¿Ve esta línea de frecuencia? Es de un «Victor» con su reactor reducido a la mínima potencia.

—Hammer —llamó Morris— Romeo. ¿Alguna sugerencia?

O'Malley estaba alejándose del contacto, después de dejar una baliza de humo para marcarlo. El submarino probablemente no los había oído debido a las condiciones de la superficie..., y si los había oído, sabía que el modo de acción mejor y más seguro era mantenerse apoyado en el fondo. Los norteamericanos llevaban solamente torpedos autoguiados, que no podían detectar un sumergible en esa posición. Una vez lanzados, seguían una trayectoria en círculos continuados hasta agotar el combustible, o chocaban directamente contra el fondo. Podía actuar con emisiones activas y tratar de hacer salir de su refugio al submarino, pensó; pero el sonar activo no era tan efectivo en aguas poco profundas, ¿y qué hacer si Iván no se movía? Al «Seahawk» sólo le quedaba una hora de combustible. El piloto tomó una resolución.

—Battleaxe, aquí Hammer. ¿Me recibe? Cambio.

—Ha tardado bastante en llamarnos, Hammer —contestó en el acto el capitán Perrin.

La fragata británica había estado siguiendo atentamente toda la búsqueda.

—¿Tiene algunos «Mark-II» a bordo?

—Podemos cargarlos en diez minutos.

—Estaremos esperando. Romeo, ¿usted aprueba un VECTAC?

—Afirmativo —respondió Morris; el VECTAC (ataque de aproximación por vectores guiados) era perfecto, y él estaba demasiado entusiasmado con lo que tenía entre manos para sentirse molesto por el hecho de que O'Malley hubiera pasado por encima de su autoridad—. Armamento sin restricciones.

O'Malley voló en círculos con su helicóptero a trescientos metros, mientras esperaba. En realidad eso era una locura; ¿no haría Iván otra cosa que quedarse allí quieto? ¿Estaba esperando que pasara un convoy? Había tantas probabilidades a favor como en contra de que hubiera oído al helicóptero. Si lo habían oído, ¿quería que la fragata se acercara para poder atacarla? El operador de sistemas de O'Malley vigilaba atentamente las indicaciones del sonar por cualquier cambio en la señal originada en el contacto. Hasta ese momento no había oído ninguna. Ni aumento de potencia en el reactor, ni ruidos metálicos accidentales y pasajeros. Nada, excepto el silbido de una planta de reactor con potencia reducida, sonido que no era detectable a más de dos millas de distancia. No era de extrañar que varias personas hubieran mirado sin hallar nada. De pronto se encontró admirando el valor y la audacia del comandante del submarino soviético.

—Hammer, aquí «Hatchet».

O'Malley sonrió. A diferencia de las costumbres norteamericanas, los británicos daban a sus helicópteros nombres relacionados con los de sus buques madres. El helicóptero del HMS Brazen era «Hussy». El del Battleaxe, «Hatchet».[55]

—Adelante, «Hatchet», lo recibo. ¿Dónde está?

—Dieciséis kilómetros al sur de usted. Tenemos a bordo dos cargas de profundidad.

O'Malley volvió a encender sus luces de navegación.

—Muy bien, quede atento. Romeo, ésta es la forma en que quiero proceder; usted guía a «Hatchet» por radar en un rumbo que lo lleve a la sonoboya, y nosotros usaremos nuestro sonar para que él haga el lanzamiento cuando intercepte la marcación cruzada. ¿Está de acuerdo? Cambio.

—Recibido, de acuerdo —contestó Morris.

—Arme el pescado —dijo O'Malley a su copiloto.

—¿Para qué?

—Si las cargas no dan en el blanco, puede apostar a que saldrá del fondo como el salmón en época de desove.

O'Malley acercó su helicóptero y avistó el destello de las luces de anticolísión del helicóptero «Lynx» británico,

—«Hatchet», tallyho. Ahora lo tengo a las nueve. Por favor, mantenga esa posición mientras nosotros nos preparamos. Killy, ¿algún cambio en el contacto?

—No, señor. Este tipo tiene una sangre fría a toda prueba, señor.

Pobre valiente hijo de puta, pensó O'Malley para sus adentros, La baliza de humo sobre el contacto ya iba a terminar de quemarse. Lanzó otra. Después de controlar una vez más su pantalla de presentación táctica, se desplazó hasta una posición a mil metros al este del

[55] Brazen = Descarado. Hussy = Pícaro. Battleaxe = Hacha de Guerra. Hatchet = Hachuela

contacto, detuvo el helicóptero y, haciendo vuelo estacionario, bajó el sonar de profundidad desde quince metros sobre la superficie.

—Allí está —informó el suboficial— Marcación dos seis ocho.

—«Hatchet», Hammer. Estamos listos para que inicie su VECTAC. Va a guiarlo Romeo.

El control del rumbo del helicóptero británico se hizo ahora desde el radar de la fragata Reuben James, que lo guió en un exacto rumbo Norte. O'Malley observó cómo se aproximaba el «Lynx», verificando que el viento no lo apartara a él de su correcta posición.

—Deberá lanzar las cargas, una cada vez, cuando yo le indique. Atento, «Hatchet».

—Quedo atento.

—Carga uno... ¡Ya, ya! Carga dos... ¡Ya, ya! ¡Aléjese!

El piloto del «Lynx» no necesitaba que lo alentaran. Apenas se desprendió la segunda carga, el helicóptero tomó altura bruscamente y se alejó hacia el Noreste. Simultáneamente, O'Malley ascendió también para sacar del agua a su delicado transductor de sonar.

Desde el fondo llegó un extraño relámpago luminoso, luego otro. La superficie del mar se convirtió en espuma que se levantó hacia el cielo estrellado. O'Malley se acercó y encendió los faros de aterrizaje. La agitada superficie estaba sucia de barro y..., ¿aceite? Igual que en el cine, pensó, y lanzó al agua otra sonoboya.

Surgían del fondo reverberaciones con el rumor de las cargas de profundidad, pero el sistema las filtraba y sólo dejaba pasar los sonidos de frecuencia más alta. Oyeron escapes de aire y corrientes intensas de agua. Alguien a bordo del submarino quizás hubiera abierto los controles de lastre en un vano intento de soplar la nave para llevarla hasta la superficie. Después hubo algo más, un ruido como el que produce el agua cuando cae sobre un plato caliente. Pasó un momento antes de que O'Malley lo interpretara.

—¿Qué es eso, jefe? —preguntó O'Malley por el intercomunicador—. Jamás lo he oído.

—El contenedor del reactor se ha fracturado, Lo que usted está oyendo es un escape nuclear del reactor.

¡Dios mío, qué desastre va a ser eso, tan cerca de la costa!, —pensó— *Durante varios años no se podrán hacer inmersiones hasta el Andrea Doria...*O'Malley conectó el circuito de la radio.

—«Hatchet», aquí Hammer. Yo recibo ruidos de roturas. Nosotros lo calificamos como hundimiento. ¿Lo hicieron ustedes? Cambio.

—Sí, es nuestro zorro, Hammer. Gracias por la guía.

O'Malley se echó a reír.

—Comprendido, «Hatchet». Ya que ustedes reclaman la autoría del hundimiento, también tendrán que ser ustedes los que presenten la declaración sobre agresión al ambiente. Cambio y corto.

A bordo del «Lynx», piloto y copiloto se miraron.

—¿Qué diablos es eso?

Los dos helicópteros regresaron en formación abierta e hicieron pasadas tanto sobre la fragata británica como sobre la norteamericana para celebrar el hundimiento. Era el segundo para la Battleaxe, y la Reuben James ya podría pintar medio submarino en la pared lateral del puente de navegación. Ambos buques recuperaron sus helicópteros y viraron al Oeste, hacia Nueva York.

MOSCU, URSS.

Mikhail Sergetov abrazó a su hijo a la manera rusa, con pasión y besos en ambas mejillas para darle la bienvenida a su regreso del frente. El miembro del Politburó tomó a su sucesor por un brazo y lo condujo hasta su Zil, donde los esperaba el chófer para llevarlos a Moscú.

—Te han herido, Vanya.

—Me corté la mano con unos vidrios. —Iván se encogió de hombros, restándole importancia; su padre le ofreció un vasito de vodka y él lo tomó— Hace dos semanas que no pruebo un trago.

—¿Cómo?

—El general no permite beber en su puesto de mando —explicó Iván.

—¿Es un oficial tan bueno como yo pensaba?

—Tal vez mejor aún. Le he visto mandar en el frente. Es un conductor verdaderamente dotado.

—Entonces, ¿por qué no hemos conquistado Alemania?

Iván Mikhailovich Sergetov había crecido mientras su padre escalaba posiciones en el Partido hasta llegar casi al tope, y muchas veces lo había visto cambiar en segundos, de una actitud amable a otra de áspero militante político. Pero ésa era la primera vez que le ocurría a él.

—La OTAN se hallaba mucho mejor preparada de lo que nos hicieron creer, padre. Estaban esperando que llegáramos, y su primera misión en la guerra, antes de que nosotros hubiésemos cruzado siquiera la frontera en fuerza, nos cayó como una brutal conmoción.

Explicó los efectos de la «Operación Dreamland».

—No nos dijeron que fuera tan malo. ¿Estás seguro?

—Yo he visto algunos de los puentes. Esos mismos aviones efectuaron un ataque contra un puesto de mando simulado en las afueras de Stendal. las bombas ya estaban cayendo antes de que nosotros supiésemos que los aviones se hallaban allí. Si su Inteligencia hubiera sido mejor, es probable que ahora yo no estuviera vivo.

—¿De manera que se trata de su poder aéreo?

—Ésa es la mayor parte del problema. He visto a sus cazabombarderos cortar a través de una columna de tanques como una cosechadora en un campo de trigo. Fue horrible.

—Pero..., ¿y nuestros misiles?

—Nuestras tropas de misiles practican una o dos veces al año, disparando contra blancos inermes que pasan en línea recta y a una altura a la que todos pueden verlos, Los cazas de la OTAN vuelan entre los árboles. Si los misiles antiaéreos de ambos bandos actuaran tan bien como dicen sus fabricantes, ya habrían derribado por lo menos dos veces a todos los aviones del mundo. Pero lo peor de todo son sus misiles antitanques..., tú sabes, son como los nuestros, funcionan demasiado bien. —El joven Sergetov hizo un gesto con las manos— Tres hombres en un vehículo con ruedas. Un conductor, un auxiliar de carga, un artillero. Se esconden detrás de un árbol en una curva del camino, y esperan. Cuando nuestra columna aparece a la vista de ellos, disparan desde una distancia de.... digamos, dos kilómetros. Están instruidos para buscar el tanque comando, el que lleva levantada la antena de la radio. Con mayor frecuencia que la deseable, el primer aviso que tenemos es ya el impacto de la primera descarga. Disparan otro misil más y destruyen otro tanque, y luego huyen velozmente antes de

que nosotros podamos pedir fuego de artillería. Cinco minutos después, desde otra posición, vuelve a ocurrir lo mismo. Nos están desgastando una barbaridad —dijo el mayor, haciéndose eco de las palabras de su comandante.

—¿Quieres decir que estamos perdiendo?

—No. Yo digo que no estamos ganando —respondió Iván—. Pero eso, para nosotros, es la misma cosa.

Continuó con el mensaje de su comandante y vio que su padre se aplastaba contra el respaldo del asiento de cuero de su automóvil.

—Yo lo sabía. Se lo previne. ¡Imbéciles!

Iván hizo un gesto con la cabeza, señalando al conductor. Su padre sonrió e hizo otro gesto, como quitándole importancia. Vitaly era servidor de Sergetov desde hacía años. Su hija era doctora gracias al apoyo del ministro; su hijo se hallaba seguro en la Universidad mientras la mayoría de los jóvenes del país estaban bajo las armas.

—Los consumos de petróleo crecieron un veinticinco por ciento por encima de mis predicciones ministeriales. Y un cuarenta más que las predicciones del Ministerio de Defensa. Nunca se le ocurrió a nadie que los aviones de la OTAN iban a ser capaces de descubrir nuestras instalaciones ocultas de almacenamiento de petróleo. En estos momentos mi personal está volviendo a evaluar las reservas nacionales. Si lo terminan a tiempo, tengo que recibir el informe provisional esta tarde. Mira alrededor, Vanya. Fíjate tú mismo.

Apenas se veía vehículo alguno, ni siquiera camiones. Moscú nunca había sido una ciudad muy animada, pero ahora se veía triste aun para los propios ojos rusos. La gente caminaba apresurada por calles prácticamente desiertas, sin mirar en torno, sin levantar la vista. Eran tantos los hombres que faltaban, comprendió Iván. Y muchos de ellos jamás regresarían. Como siempre, su padre leyó sus pensamientos.

—¿Son muy grandes las pérdidas?

—Espantosas. Muchas más de lo estimado. No tengo las cifras exactas.... mi especialidad es Inteligencia, no administración, pero las bajas son tremendas.

—Todo esto es un error, Vanya —dijo el ministro en voz baja—. Pero el Partido siempre tiene razón. ¿Durante cuántos años creíste eso?

—Ahora ya no se puede hacer nada al respecto, padre. También necesitamos información sobre los abastecimientos de la OTAN. las cifras que nos llegan al frente han tenido..., un exceso de procesamiento, digamos. Necesitamos mejor información para hacer nuestras propias apreciaciones.

Al frente, pensó Mikhail. Su irritación ante esas palabras no alcanzaba a borrar por completo el orgullo que sentía por lo que había llegado a ser su hijo. Muchas veces llegó a preocuparse ante la posibilidad de que se convirtiera en otro joven «noble» de la familia del Partido. Alekseyev no era de los que ascendían gente porque sí; y de sus propias fuentes sabía que Iván acompañó al general a la primera línea de batalla en repetidas ocasiones. El muchacho se había transformado en hombre. Lástima que hubiera hecho falta una guerra para que eso sucediera.

—Veré lo que puedo hacer.

USS CHICAGO.

La depresión Svyatana Anna era el último y corto tramo de aguas profundas que debían atravesar. El tren de carga de submarinos de ataque rápido disminuyó la velocidad hasta casi detenerse, al aproximarse al borde del pack de hielo. Esperaban encontrar allí dos submarinos amigos, aunque «amigo» no era una palabra apropiada en operaciones de guerra. Todos los submarinos norteamericanos tenían su personal en los puestos de combate. McCafferty controló la hora y la posición. Hasta ese momento, todo iba saliendo de acuerdo con el plan. Asombroso, pensó.

No le gustaba nada ser el submarino líder. Si había un ruso patrullando al borde del pack..., sería a él a quien le dispararía primero, y McCafferty lo sabía. Aunque se preguntaba si el que iba a recibir el primer impacto sería el aliado o el ruso.

—Control, aquí sonar; recibo ruidos débiles de mecanismos, con marcación uno nueve uno.

—¿La marcación cambia?

—Acabo de recibirlo, señor. Por el momento, no está cambiando.

McCafferty extendió el brazo por el puesto del electricista de turno y conectó el «gertrude», un teléfono de sonar tan arcaico como efectivo. El único ruido era el que producía el pack de hielo crujiendo y retumbando. Detrás de él, el oficial ejecutivo puso a trabajar al grupo de control de seguimiento de fuego en busca de una solución para torpedo sobre el posible nuevo blanco.

Por el megáfono se oyó un conjunto de sílabas confusas y mutiladas.

McCafferty levantó el auricular del «gertrude» y presionó la tecla de transmisión.

—Zulu X ray.

Una pausa de varios segundos, y luego una áspera respuesta.

—Hotel Bravo —respondió el HMS Sceptre.

McCafferty soltó un largo suspiro de alivio que pasó inadvertido para el resto del personal de la central de ataque; aunque todos ellos estaban haciendo exactamente lo mismo.

—Todo adelante un tercio —dijo el comandante.

Diez minutos después se hallaban en mejor posición para el alcance del «gertrude». El Chicago se detuvo para comunicarse.

—Bien venido al jardín trasero soviético, viejo. Hay un pequeño cambio en los planes. Keyboard (el nombre clave del HMS Superb) se encuentra a dos cero millas al Sur para controlar más adelante su ruta. No hemos hallado actividad hostil durante las últimas treinta horas. La costa está despejada. Buena caza.

—Gracias, Keylock. Aquí está la banda completa. Cambio y corto. —McCafferty colgó— Caballeros, ¡la misión está en marcha! ¡Todo adelante dos tercios!

El submarino nuclear de ataque aumentó la velocidad a doce nudos con un rumbo de uno nueve siete grados. El HMS Sceptre contó los submarinos norteamericanos a medida que iban pasando, luego reinició su tarea, describiendo lentos círculos cerca del borde del pack de hielo.

—Buena suerte, muchachos —dijo por lo bajo su comandante.

—No tendrán problemas para entrar.

—No es la entrada lo que me preocupa, Jimmy —replicó el comandante, usando el nombre tradicional para el primer oficial de un submarino británico— Lo peliagudo es la salida.

STORNOWAY, ESCOCIA.

—Télex para usted, capitán.

Un sargento de la RAF tendió el formulario de mensaje a Toland.

—Gracias.

Leyó el contenido.

—¿Nos deja? —preguntó el comandante Mallory.

—Quieren que vuele a Northwood. Eso queda cerca de Londres, ¿no es así?

Mallory asintió.

—No hay ningún problema para llevarlo.

—Me alegro. Dice «de inmediato».

NORTHWOOD, ESCOCIA.

Había estado muchas veces en Inglaterra, siempre para tratar asuntos con sus números opuestos en el Cuartel General de Comunicaciones Gubernamentales, cerca de Cheltenham. Parecía destinado a que todos sus vuelos llegaran de noche. Estaba volando de noche en ese momento, y algo extraño ocurría. Algo obvio...

Oscurecimiento. Había pocas luces abajo. ¿En verdad importaba esa medida, ahora que los aviones tenían avanzadas ayudas de navegación, o era sobre todo una actitud psicológica para recordar a la gente lo que estaba sucediendo? ¡Como si el cubrimiento continuo de la televisión, parte de él «en vivo» desde el frente de batalla, no fuera ya suficiente! Toland se había perdido la mayor parte; pues, como la mayoría de los hombres de uniforme, no tenía tiempo para contemplar el cuadro general de la situación mientras se concentraba en la pequeña parte que le tocaba a él. Imaginó que a Ed Morris y Danny McCafferty les ocurriría lo mismo..., y entonces se dio cuenta de que era la primera vez que pensaba en ellos desde hacía más de una semana. ¿Cómo les iría en lo suyo? Hasta el momento, ellos estaban más expuestos al peligro que él, aunque su experiencia en el Nimitz, en el segundo día de la guerra, le había producido suficiente terror como para sentirlo por el resto de su vida. Toland todavía no sabía que un mensaje de télex de rutina enviado por él una semana antes, afectaría directamente sus vidas por segunda vez en ese año.

El «Boeing 737» de transporte de pasajeros aterrizó diez minutos después. Sólo veinte personas estaban a bordo, casi todas ellas de uniforme. Esperaba a Toland un automóvil con chófer, que lo llevó velozmente a Northwood.

—¿Usted es el capitán de fragata Toland? —le preguntó un teniente de la Marina Real—. Por favor, acompáñeme, señor. El comandante del Atlántico del Este quiere verlo.

Encontró al almirante Sir Charles Beattie mordiendo una pipa apagada frente a un enorme mapa del Atlántico Norte y del Este.

—Capitán de fragata Toland, señor.

—Gracias —dijo el almirante, sin volverse— Té y café en ese rincón.

Toland se sirvió una taza de té. Solamente lo bebía en el Reino Unido, y después de varias semanas se descubrió preguntándose por qué no lo tomaba en su casa.

—Sus «Tomcat» se han portado muy bien allá en Escocia —dijo Beattie.

—Fue el radar aéreo el que marcó la verdadera diferencia, señor. Más de la mitad de los derribos fueron logrados por la RAF.

—La semana pasada usted envió un mensaje a nuestros muchachos de operaciones aéreas referido a que sus «Tomcat» podían seguir visualmente a los «Backfire» a muy larga distancia.

Toland tardó unos segundos en recordarlo.

—Ah, sí. Es el sistema de cámara de vídeo que tienen, almirante. Está diseñado para identificar aviones del tamaño de un caza a cincuenta kilómetros más o menos. Y si se trata de seguir a algo del tamaño de un «Backfire», pueden hacerlo a ochenta kilómetros aproximadamente, si el tiempo es bueno.

—¿Y los «Backfire» no detectan que los están siguiendo?

—No es probable, señor.

—¿Hasta qué distancia pueden seguir a un «Backfire»?

—Ésa es una pregunta para un piloto, señor. Con apoyo de aviones cisterna, podemos mantener un «Tomcat» en vuelo durante casi cuatro horas. Dos horas en cada sentido. Los llevaría casi todo el camino hasta sus bases de operaciones.

Beattie se volvió para mirar a Toland de frente por primera vez. Sir Charles había sido aviador, y el último comandante del viejo Ark Royal, también el último portaaviones verdadero de Gran Bretaña.

—¿Qué seguridad tiene usted de cuáles son las bases aéreas de operaciones de Iván?

—¿Para los «Backfire», señor? Operan desde las cuatro pistas que rodean Kirovsk. Supongo que tendrá fotografías de satélites de sus posiciones, señor.

—Aquí.

Beattie le entregó una carpeta.

Todo aquello tenía cierto grado de irrealidad, pensó Toland. Los almirantes de cuatro estrellas no conversaban con capitanes de fragata recién ascendidos, a menos que no tuvieran otra cosa que hacer, y Beattie tenía muchas. Bob abrió la carpeta.

—¡Oh!

Miró un juego de fotografías de Umbozero, la base aérea situada al este de Kirovsk. Durante el pasaje del satélite habían encendido fuego en recipientes colocados en diversos lugares, y el humo negro resultante ocultaba completamente las pistas de aterrizaje a la visión directa; había también bengalas que dificultaban las fotografías por el sistema infrarrojo.

—Bueno, se distinguen los refugios de cemento, y tal vez unos tres aviones. ¿Tomaron esto cuando ellos estaban efectuando un ataque?

—Exacto. Muy bien, capitán. La fuerza de «Backfire» dejó la base tres horas antes de que pasara el satélite.

—También hay camiones.... ¿cargan combustible a presión? —El almirante asintió— ¿Lo hacen en cuanto terminan de aterrizar?

—Creemos que sí, antes de entrar en los refugios. Evidentemente no les gusta la idea de cargar combustible dentro de una construcción. Parece bastante razonable. Iván ha tenido problemas con explosiones accidentales en los últimos años.

Toland asintió, recordando la explosión ocurrida en las instalaciones principales de almacenamiento de munición de la flota rusa del Norte, en 1984.

—Sería maravillosamente divertido pescarlos en tierra..., pero no tenemos aviones tácticos que lleguen cerca de esa distancia. Los «B-52» podrían hacerlo, pero los aniquilarían. Ya aprendimos eso sobre Islandia.

—¿Un «Tomcat» estaría en condiciones de seguir a los «Backfire» casi hasta el umbral ruso, y eso podría permitir una predicción exacta sobre el momento de su aterrizaje? —insistió Sir Charles.

Toland observó el mapa. Los «Backfire» volvían a entrar bajo la cobertura aérea de sus cazas a unos treinta minutos de vuelo de sus bases.

—En unos quince minutos, sí, almirante. Creo que podemos hacerlo. Me pregunto cuánto tiempo tardarían en cargar combustible en un «Backfire».

Toland vio que detrás de aquellos ojos azules había un cerebro que pensaba intensamente.

—Capitán, mi oficial de operaciones va a explicarle algo llamado «Operación Doolittle». Le pusimos ese nombre en homenaje a uno de sus muchachos, que también hizo posible un pequeño e inteligente recurso para destruir instalaciones mediante la Armada. Por el momento, esta información es estrictamente secreta, y para su exclusivo conocimiento.

Vuelva dentro de una hora. Quiero su apreciación sobre cómo podemos mejorar el concepto operacional básico.

—Sí, señor.

USS REUBEN JAMES.

Estaban en el puerto de Nueva York. O'Malley se hallaba en la cámara de oficiales terminando de escribir el informe sobre la destrucción del submarino soviético cuando empezó a sonar el teléfono instalado en el mamparo de babor. Levantó la vista y descubrió que era el único oficial en el salón, lo cual significaba que tendría que contestar él.

—Cámara de oficiales. Capitán de corbeta O'Malley.

—Aquí Battleaxe. ¿Puedo hablar con su comandante, por favor?

—Está durmiendo la siesta. ¿Me es posible ayudarle, o es algo importante?

—Si no está demasiado ocupado, el comandante quiere invitarlo a cenar. Dentro de media hora. Y a su oficial ejecutivo, y al piloto del helicóptero también, si están disponibles.

El piloto se rió.

—El oficial ejecutivo está en tierra, pero el chófer del helicóptero está disponible, si es que en el buque de la Reina todavía queda algo líquido.

—Por cierto que todavía queda, capitán.

—Muy bien, voy a ir a despertarlo. Le llamaré dentro de unos minutos.

O'Malley colgó y salió de la cámara. En la puerta tropezó con Willy.

—Discúlpeme, señor. ¿La práctica de carga de torpedos?

—Está bien, de todos modos, voy a ver al comandante. —Willy se había quejado de que la última práctica había sido un poco lenta; O'Malley entregó su informe al suboficial—. Lleve esto abajo, a la oficina del buque, y dígales que lo mecanografíen.

Siguió su camino y encontró cerrada la puerta de la cámara del comandante, pero la luz de advertencia de «No molestar» estaba apagada. Golpeó con los nudillos y entró. El ruido lo sorprendió.

—¡Es que usted no lo ve!

Las palabras surgían con voz entrecortada. Morris estaba acostado de espaldas, con las manos agarrotadas sobre la manta. Tenía la cara cubierta de sudor y jadeaba como si acabara de finalizar una maratón.

—Cristo.

O'Malley vaciló. En realidad, no conocía bien a ese hombre.

—¡Cuidado!

Esto ya fue casi un grito, y el piloto se preguntó si podría oírlo cualquiera que pasara por el corredor y pensara que el comandante estaba... Tenía que hacer algo.

—¡Despierte, señor!

Jerry cogió a Morris por los hombros y lo levantó hasta ponerlo en posición de sentado...

—¡Es que usted no lo ve! —gritó Morris, aún no despierto del todo.

—Tranquilícese, compañero. Está amarrado al muelle en el puerto de Nueva York. Se encuentra a salvo. El buque también. Vamos, comandante. No pasa nada.

Morris parpadeó casi diez veces. Vio la cara de O'Malley a quince centímetros de la suya.

—¿Qué diablos está haciendo usted aquí?

—Me alegro de haber venido. ¿Está bien ahora?

El piloto encendió un cigarrillo y lo pasó al comandante.

Morris no lo aceptó y se puso de pie. Caminó hasta el lavabo y se sirvió un vaso de agua.

—Era sólo un estúpido sueño. ¿Qué quiere?

—Nos han invitado a cenar en la casa de al lado dentro de media hora... Supongo que es en reconocimiento por haberles dado el «Victor». Además, señor, quisiera que sus tripulantes de cubierta practicaran la carga de torpedos en mi pájaro. La última vez fue un poco lenta, según dice mi suboficial.

—¿Cuándo quiere que lo hagan?

—Tan pronto como sea de noche, señor. Es mejor que aprendan en la forma más difícil.

—Muy bien. ¿Media hora para la cena?

—Sí, señor. Sería bueno tomar una copa.

Morris sonrió con gran entusiasmo.

—Supongo que sí. Voy a lavarme. Nos encontraremos en la cámara. ¿Este asunto es formal?

—No dijeron nada. Yo no pensaba cambiarme, si a usted le parece bien, jefe.

O'Malley tenía puesta la ropa de vuelo. Se sentía perdido cuando le faltaban todos sus bolsillos.

—Veinte minutos.

O'Malley fue a su camarote y se pasó un trapo sobre las botas. El traje de vuelo era nuevo, y él pensaba que con eso estaba suficientemente bien vestido. Morris le preocupaba. El hombre podía derrumbarse, y eso era algo que no debía ocurrirle a un comandante de buque. En parte era ahora también su problema. *Además* —se dijo O'Malley—, *es un gran tipo*.

Tenía mejor aspecto cuando volvieron a encontrarse. Era asombroso lo que pudo hacer una ducha. Se había cepillado hacia atrás el cabello y llevaba un uniforme bien planchado. Los dos oficiales caminaron hacia popa, pasaron junto a la plataforma del helicóptero y luego bajaron por la plancha hasta el muelle.

La fragata HMS Battleaxe parecía ser una nave más grande que la norteamericana. En realidad, era unos tres metros y medio más corta, pero setecientas toneladas más pesada. Varias diferencias de diseño reflejaban las filosofías de sus constructores. No se podía negar que era más bonita que su equivalente norteamericana; las líneas simples y comunes de su casco estaban más que compensadas por una superestructura que parecía esculpida con el único propósito de apoyarse sobre un buque..., y no en un muelle.

Morris se alegró de ver que las cosas eran informales.

Al pie de la planchada los esperaba un guardiamarina jovencito, que los acompañó para subir a bordo, mientras les explicaba que el comandante estaba hablando por radio en ese momento. Después de los saludos de costumbre al pabellón y al oficial de guardia, los llevó hasta el sector del buque equipado con aire acondicionado y luego hacia popa, hasta la cámara de oficiales.

—¡Fantástico, un piano! —exclamó O'Malley.

Un desvencijado piano vertical estaba asegurado contra el mamparo de babor con un cable de cinco centímetros. Varios oficiales se pusieron de pie y empezaron a presentarse.

—¿Quieren tomar algo, caballeros? —preguntó un camarero.

O'Malley tomó una lata de cerveza y se acercó al piano. Un minuto después estaba aporreándolo a su manera para interpretar algo de Scott Joplin. Se abrió la puerta anterior de la cámara.

—¡Jerr-O! —exclamó el hombre que tenía cuatro galones en las insignias de grado sobre los hombros.

—¡Doug! —O'Malley se levantó de un salto y corrió a darle la mano—. ¿Cómo diablos estás?

—Sabía que era tu voz la que oí por la radio. Hammer, seguro. A la Armada norteamericana se le acabaron los pilotos competentes y echaron mano de ti, ¿eh?

Ambos hombres rieron a carcajadas. O'Malley hizo un gesto en dirección a su comandante.

—Capitán Ed Morris, le presento al capitán Doug Perrin, MBE, RN, y una tonelada de otras siglas. Fíjese en su «pavo», jefe; antes de enmendarse era comandante de submarinos.

—Veo que ustedes se conocen bien, muchachos.

—Algún maldito imbécil decidió enviarlo a dar clases en el HMA Dryad, nuestro buque escuela de lucha antisubmarina, cuando yo seguía el curso avanzado. Por eso nos conocemos desde hace cien años.

—¿Pudieron volver a armar el «Fox and Fence»? —preguntó O'Malley—. Jefe, era un pub que estaba cerca, y una noche, Doug y yo...

—Estoy tratando de olvidar aquella noche, Jerr'O. Susan me hizo la vida imposible durante varias semanas por eso. —Los llevó unos metros atrás y se sirvió una copa— ¡Fue maravilloso el trabajo de anoche con ese «Victor»! Capitán Morris, tengo entendido que usted actuó muy bien con su buque anterior.

—Hundimos un «Charlie» y participamos en otros dos hundimientos.

—Nosotros nos encontramos con un «Echo» en nuestro último convoy. Es un submarino viejo, pero tenía un buen comandante. Nos costó seis horas. Pero un par de submarinos diesel, probablemente «Tango», pudieron filtrarse y hundieron cinco buques y un escolta. La fragata Diomede puede haber hundido uno de ellos. No estamos seguros.

—¿El «Echo» lo estaba persiguiendo usted? —preguntó Morris.

—Era muy probable —respondió Perrin— Parece que Iván busca los buques escolta de modo deliberado. Durante el último ataque de «Backfire» nos dispararon dos misiles. Uno se desorientó en nuestra nube chaff, y al otro, afortunadamente, lo interceptó nuestro «Sea Wolf». Por desgracia, el que explotó detrás de nosotros nos amputó el sonar de remolque, de manera que ahora tenemos solamente el sonar «2016».

—¿Por eso los han asignado para que operen con nosotros forzosamente?

—Así parece.

Los comandantes siguieron conversando de temas profesionales, lo que en realidad había sido el propósito de la cena. O'Malley se encontró con el piloto del Linx inglés mientras preparaban las mesas, y ambos conversaron de su especialidad, mientras el norteamericano tocaba el piano. En alguna parte de la Marina Real había una directriz: cuando traten con oficiales norteamericanos invítenlos temprano, háganlos beber unas copas primero y luego hablen del tema que interesa.

La cena fue excelente, aunque el juicio de los norteamericanos estaba en parte afectado por los refrescos líquidos. O'Malley escuchó atentamente cuando su comandante describió la pérdida de la fragata Pharris, las tácticas empleadas por los rusos y por qué él no había logrado contrarrestarlas debidamente. Era como escuchar a un hombre que relata la muerte de su hija.

—En esas circunstancias, es difícil saber qué otra cosa podría haber hecho usted —dijo Doug Perrin, en actitud comprensiva—. El «Victor» es un enemigo muy eficaz, y es posible que haya calculado con precisión el tiempo en que usted terminaría la carrera delante del convoy.

Morris movió la cabeza.

—No, nosotros salimos de la carrera muy lejos de su posición y de esa manera su solución de tiro quedó malograda. Si yo hubiera hecho mejor las cosas, aquellos hombres no estarían muertos. Yo era el comandante. Fue culpa mía.

—Yo he estado en submarinos —dijo Perrin—, usted lo sabe. El submarino tiene la ventaja, porque ya venía siguiéndolo.

Echó una rápida mirada a O'Malley.

La cena terminó a las ocho. Los comandantes de los buques escolta debían reunirse a la tarde siguiente, y el convoy iba a zarpar a la puesta del sol. O'Malley y Morris salieron juntos, pero el piloto se detuvo.

—Olvidé la gorra. Volveré en un minuto.

Regresó apresuradamente a la cámara. El capitán Perrin todavía estaba allí.

—Doug, necesito una opinión.

—Morris no debería salir de nuevo en su estado actual. Lo siento, Jerry, pero así es como veo yo las cosas.

—Tienes razón. Pero hay algo que puedo intentar.

O'Malley hizo una pequeña compra y se reunió nuevamente con Morris dos minutos después.

—Señor, ¿tiene algún motivo en particular para volver directamente al buque? —preguntó con calma—. Hay algo que necesito hablar con usted y no quiero hacerlo a bordo. Es un asunto personal. ¿Está bien?

El piloto se mostraba muy turbado.

—¿Qué le parece si caminamos un poco? —propuso Morris.

Los dos oficiales se dirigieron al Este. O'Malley miraba hacia uno y otro lado de la calle hasta que encontró uno de esos típicos bares del puerto, frecuentado por marineros. Entraron y buscaron un lugar apartado en el fondo.

—Dos vasos —dijo O'Malley a la camarera.

Abrió el cierre de cremallera del bolsillo que tenía en la pierna del traje de vuelo y sacó una botella de whisky irlandés «Black Bush».

—Si quiere beber aquí, tiene que comprar aquí.

O'Malley dio a la muchacha dos billetes de veinte dólares.

—Dos vasos y hielo. —El tono de su voz no admitía discusiones— Y que no nos molesten.

El servicio fue inmediato.

—Esta tarde estuve revisando mi libreta de vuelo —dijo O'Malley, después de beberse de un trago la mitad del vaso— Cuatro mil trescientas sesenta horas de vuelo. Contando lo de anoche, trescientas once horas de combate.

—Vietnam. Usted dijo que había estado allá. —Morris bebió a su vez.

—Último día, última misión. Búsqueda y rescate de un piloto de «A-7» derribado a unos treinta kilómetros al sur de Haiphong. —O'Malley nunca había hablado de eso, ni siquiera con

su esposa— Vi un relámpago en el suelo, y cometí el error de no hacerle caso. Pensé que era un reflejo de una ventana o de un arroyo..., o cualquier cosa. Seguí adelante. Resultó que probablemente había sido el posible reflejo de la mira de un cañón, tal vez un par de binoculares. Un minuto después nos envuelve una descarga de artillería antiaérea de algunos cientos de milímetros. El helicóptero parece que se desarma. Consigo aterrizar, nos estamos incendiando. Miro a la izquierda..., el copiloto está destrozado, partes de su cerebro se encuentran sobre mis rodillas. El suboficial encargado de tripulantes, un tercera clase de nombre Ricky, está en la parte de atrás. Me doy vuelta y miro. Tiene arrancadas las dos piernas. Creo que en ese momento todavía estaba con vida, pero no había una maldita cosa que yo pudiera hacer..., ni siquiera podía llegar a él, por la forma en que había quedado todo... Y aparecen tres tipos que vienen hacia nosotros. Lo único que hice fue huir. A lo mejor no me vieron. O no les importó..., no sé. Otro helicóptero me encontró al cabo de doce horas. —Se sirvió otro whisky y llenó el vaso de Morris—. No me haga beber solo.

—Ya he tomado suficiente.

—No. Ni yo tampoco. Me costó un año sobreponerme a eso. Usted no tiene un año; todo lo que tiene es esta noche. Debe hablar de aquello, comandante. Yo lo sé. ¿Ahora le parece malo? Después se hace peor.

Bebió otra vez. *«Por lo menos la bebida es buena»*, se dijo O'Malley. Observó a Morris durante cinco minutos, sentado en silencio, bebiendo lentamente y preguntándose si no sería mejor regresar al buque. El orgulloso comandante. Como todos los comandantes, condenado a vivir solo, y éste se encontraba más solo que cualquier otro. *Teme que yo tenga razón* —pensó O'Malley—. *Tiene miedo de que sea cada vez peor. Pobre hombre. Si tú supieras.*

—Repítalo —dijo en voz baja— Analice un solo paso cada vez.

—Usted ya hizo eso por mí.

—Yo tengo una boca demasiado grande. Debe de ser para que mis pies entren en ella. Usted lo hace en sueños, Ed. También podría hacerlo mientras está despierto.

Y entonces, lentamente, lo hizo. O'Malley le ayudaba por momentos. Condiciones de tiempo, rumbo y velocidad del buque. Qué sensores estaban operando. En una hora habían consumido las tres cuartas partes de la botella.

Finalmente, llegaron a los torpedos. La voz de Morris empezo a entrecortarse.

—¡Es que, simplemente, yo no podía hacer nada! Esa maldita cosa llegó hasta nosotros. Teníamos fuera solamente un nixie, y el primer pescado lo hizo volar y lo mandó al diablo. Traté de maniobrar con el buque, pero...

—Pero usted estaba combatiendo con un torpedo autoguiado. No se les puede ganar en velocidad, ni tampoco en maniobras.

—Pero yo no puedo dejar...

—¡Oh, mierda! —El piloto volvió a llenar los vasos—. ¿Usted cree que es el primer tipo que pierde una de esas latas? ¿No ha jugado nunca a la pelota, Ed? Diablos, hay dos bandos, y los dos juegan a ganar. ¿Espera que esos comandantes rusos se queden quietos y le digan «Húndame, húndame»? Usted debe de ser más tonto de lo que yo pensé.

—Mis hombres...

—Algunos de ellos están muertos, la mayoría no lo están. Lo siento mucho por los primeros. Lamento que Ricky muriera, el chico ni siquiera tenía diecinueve años. Pero yo no lo maté, y usted no mató a sus hombres. Usted salvó su buque. Lo trajo de vuelta con la mayor parte de su dotación.

Morris vació su vaso de un largo trago. Jerry volvió a llenarlo, sin preocuparse de ponerle hielo.

—Era mi responsabilidad. Mire, cuando volví a Norfolk, visité ... , es decir, tuve que visitar a sus familias. Yo soy el comandante. Tengo que..., allí estaba esa niñita, Y... Cristo, O'Malley, ¿qué diablos dice uno? —preguntó Morris. Estaba sollozando, Jerry vio que había lágrimas en sus ojos. Bien. Eso era bueno.

—Esas cosas no vienen en los libros —coincidió O'Malley. *Uno piensa que en esos momentos ya deben saberlo*.

—Una niñita encantadora. ¿Qué les dice uno a los chicos?

Las lágrimas ya rodaban. Le había costado casi dos horas.

—Uno le dice a la niñita que su papá era bueno y que hizo lo mejor que pudo, y que uno hizo lo mejor que pudo, porque eso es todo lo que podemos hacer, Ed. Actuó perfectamente; pero a veces no importa.

No era la primera vez que O'Malley consolaba el llanto de un hombre. También él había llorado. *Qué miserable puede llegar a ser esta vida* —pensó—*, capaz de poner así a hombres buenos como éste.*

Morris se recuperó pocos minutos después, y cuando terminaron de vaciar la botella, ambos estaban más borrachos que nunca. O'Malley ayudó a su comandante a levantarse y lo llevó hasta la puerta.

—¿Qué le pasa, marinero, no es capaz de aguantarlo? —preguntó un marino mercante que se hallaba solo, de pie junto al bar. No debía haberlo dicho...

El traje de vuelo abolsado que tenía puesto O'Malley no dejaba ver que el piloto era un hombre fuerte. Con el brazo izquierdo sostenía a Morris. Con la mano derecha agarró al hombre por la garganta y lo separó del bar de un tírón.

—¿Tienes algo más que decir de mi amigo, imbécil?

O'Malley apretó los dedos. La respuesta llegó en un susurro:

—Lo único que dije fue que si había bebido demasiado.

El piloto lo soltó.

—Buenas noches.

Maniobrar con el comandante para llevarlo de vuelta al buque resultó difícil en parte porque O'Malley también estaba borracho, pero sobre todo porque Morris estaba a punto de desmayarse. Eso también formaba parte del plan, pero el piloto se había acercado demasiado a su objetivo. Desde el muelle, la planchada parecía espantosamente vertical.

—¿Hay algún problema?

—Buenas noches, suboficial mayor.

—Buenas noches, capitán. ¿Trae con usted al comandante?

—Y necesitaría que me echara una mano.

—Parece que no es broma.

El suboficial bajó por la planchada. Juntos llevaron al comandante a bordo. Lo más difícil fue subir la escalerilla hasta su cámara; debieron llamar a otro marinero.

—¡Ajá! —exclamó el muchachito, y luego comentó—: ¡Parece que el viejo sabe cómo pescarse una buena!

—Hace falta ser un verdadero marino para ser capaz de llegar hasta el fondo —sentenció el suboficial.

Entre los tres lograron hacerle subir la escalerilla. Desde allí se hizo cargo solamente O'Malley, hasta dar con Morris en la litera. El comandante estaba profundamente dormido, y el piloto rogó que la pesadilla no volviera. La suya aún se repetía.

NORTHWOOD, INGLATERRA.

—¿Qué, capitán?

—Sí, señor. Creo que dará resultado. Veo que casi todos los factores decisivos se ajustan perfectamente.

—El plan original tenía menos probabilidades de éxito. Estoy seguro de que los habrá preocupado, por supuesto, pero de esta manera podemos pensar que tendremos capacidad para dañarles gravemente.

Toland levantó la vista hacia el mapa.

—La coordinación en tiempo sigue siendo bastante difícil, aunque no mucho más que en aquel ataque que hicimos contra los aviones cisterna. Me gusta, señor. Con toda seguridad nos resolverá unos cuantos problemas. ¿Cuál es la situación del convoy?

—Hay ochenta buques reunidos en el puerto de Nueva York. Zarparán dentro de veinticuatro horas. Con fuerte escolta, apoyo de portaaviones, y hasta un nuevo crucero clase «Aegis» con los mercantes. Y el próximo paso después de eso, por supuesto...

Beattie siguió hablando.

—Sí, señor. Y la clave es Doolittle.

—Exactamente. Quiero que usted vuelva a Stornoway. Voy a enviar también a uno de mis hombres de operaciones aéreas para que trabaje con sus muchachos. Lo mantendremos informado durante todo el desarrollo. Recuerde que la difusión de esto debe quedar estrictamente limitada al personal que participa.

—Comprendido, señor.

—Puede retirarse, entonces.

34. SONDEOS.

USS REUBEN JAMES.

Para Jerry O'Malley, las siete llegaron relativamente pronto esa mañana. Tenía la litera baja de un camarote para dos hombres (su copiloto usaba la de arriba) y su primer movimiento consciente fue tomar tres aspirinas y volver a sentarse. Era casi una ironía, pensó. Hammer, su nombre clave. Y era un martilleo lo que sentía dentro de la cabeza. *No*; él mismo se corrigió, *allí dentro estaba su sonar de inmersión, emitiendo pings automáticamente*. Pero, en medio de todo, había realizado un acto que recordaba de su juventud como una obra de caridad, y eso contribuía a justificar su sufrimiento. Esperó diez minutos para que las aspirinas tuvieran tiempo de entrar en su corriente sanguínea, y luego se dirigió a la ducha. Primero agua fría y luego caliente, para aclarar la cabeza.

El comedor estaba lleno, pero silencioso; los oficiales se habían reunido según sus edades, en pequeños grupos que conversaban en voz baja. Estos jóvenes oficiales nunca se habían enfrentado al combate, y las muestras de valentía que hubieran podido exhibir al abandonar San Diego, pocas semanas antes, eran remplazadas ahora por la seria realidad de la tarea que debían cumplir. Muchos buques habían resultado hundidos. Hombres que ellos conocían estaban muertos. para esos muchachos, el miedo era una incógnita mucho más terrible que los aspectos técnicos del combate, para los cuales se habían preparado. O'Malley podía ver el interrogante en sus rostros; sólo el tiempo podría contestarlo. Aprenderían a soportarlo, o no lo lograrían. para él, el combate no tenía misterios. Sabía que sentiría miedo, y que lo echaría a un lado tanto como pudiera. No tenía sentido vivir pendiente de él. Ya no faltaba mucho para que llegara.

—¡Buenos días, oficial ejecutivo!

—Buenos días, Jerry. Iba a ir a llamar al comandante.

—Necesita dormir, Frank.

El piloto había desconectado el reloj despertador de Morris antes de salir de su cámara. Ernst comprendió la expresión de O'Malley.

—Bueno, en realidad no lo necesitamos para nada hasta las once.

—Yo sabía que eras un buen oficial ejecutivo, Frank.

O'Malley dudó entre el jugo de frutas y el café. Esa mañana el jugo era supuestamente de naranja... El sabor no tenía semejanza con ninguna fruta en particular. A O'Malley le gustaba el color rojizo, pero no el anaranjado. Se sirvió un poco de café.

—Anoche estuve supervisando la carga de torpedos. Pudimos reducir en un minuto nuestro mejor tiempo anterior..., y en la oscuridad.

—Me parece muy bien. ¿Cuándo es la reunión para las directrices previas a la partida?

—A las dos, en un teatro que está a dos manzanas de aquí. Los comandantes, los oficiales y algunos otros elegidos. ¿Supongo que tú también querrás venir?

—Sí.

Ernst bajó bastante la voz:

—¿Estás seguro de que el comandante se encuentra bien? No hay secretos a bordo de un buque.

—Ha estado en operaciones de combate directo desde el Día Uno de esta pelea. Necesita relajarse un poco, una antigua y honorable tradición naval. —Levantó la voz—. ¡Es una maldita lástima que todos estos muchachitos sean demasiado jóvenes para conocerla y tomar parte! ¿Nadie pensó en conseguir un periódico? En todo el país se han iniciado los campeonatos nocturnos de verano, ¡y no tenemos periódicos! ¿Qué clase de cámara de oficiales es ésta?

—Es la primera vez en mi vida que veo un dinosaurio —comentó sotto voce un joven oficial de máquinas.

—Ya te acostumbrarás a él —replicó el alférez Realston.

ISLANDIA.

El médico ordenó dos días de descanso para todos. El sargento Nichols podía caminar casi normalmente, ya superado su problema en el tobillo, y los norteamericanos, que estaban empezando a mirar el pescado con creciente rechazo, pudieron ponerse al día con las raciones extra que habían llevado los compañeros de la Real Infantería de Marina.

Los ojos de Edwards barrieron una vez más el horizonte. El ojo humano repara automáticamente en el movimiento, y ella se estaba moviendo. Era difícil no mirar. Casi imposible. En realidad, se dijo Edwards, era imposible hacer guardia sin mirar alrededor. Y lo peor era que ella lo consideraba gracioso. La patrulla de rescate —Edwards lo sabía, pero, ¿para qué inquietarla?— también había llevado jabón. El sitio designado para los baños era una diminuta laguna situada a unos ochocientos metros de la posición en lo alto de la colina. En territorio hostil nadie se alejaba solo a tanta distancia, y el teniente era el encargado natural de cuidarla..., y ella, de cuidarlo a él. Vigilar para protegerla con un fusil cargado mientras Vidgis se bañaba parecía absurdo, aun con rusos en los alrededores. Los cardenales de la muchacha ya casi habían desaparecido, observó Edwards mientras ella se vestía.

—Ya terminé, Michael. —No tenían toallas, pero ése era un detalle sin importancia; por fin volvían a oler como humanos; se le acercó con el pelo todavía mojado y una pícara sonrisa en el rostro— Tienes vergüenza por mí. Lo siento.

—No es culpa tuya.

También era imposible enojarse con ella.

—El bebé me hace gorda —dijo Vidgis.

Mike apenas podía notarlo, pero, claro, no era su figura la que estaba cambiando.

—Estás muy bien. Lo lamento si miré cuando no debía haberlo hecho.

—¿Qué tiene de malo?

Edwards se encontró de nuevo luchando para encontrar las palabras.

—Bueno, después..., después de lo que te sucedió, quiero decir, no te agradará que haya una pandilla de tipos desconocidos mirándote cuando estás..., bueno..., desnuda.

—Michael, tú no eres como aquél. Yo sé que tú nunca me harías daño. Todavía, después de lo que me hizo, tú dices que soy bonita..., cuando me pongo gorda.

—Vidgis, con bebé o sin él, eres la muchacha más bonita que he conocido en mi vida. Eres fuerte, y eres valiente. —Y yo creo que te amo, pero temo decirlo—. Sólo que elegimos un mal momento para conocernos, eso es todo.

—Para mí fue un momento muy bueno, Michael.

Le cogió la mano. Ahora sonreía con frecuencia; tenía una sonrisa agradable y amistosa.

—Pero, mientras seamos amigos, cada vez que pienses en mí recordarás a ese... ruso.

—Sí, Michael, recordaré aquello. Recordaré que tú me salvaste la vida. Pregunté al sargento Smith. Él dice que tú tienes órdenes de no acercarte a los rusos porque es peligroso para ti. Dice que tú vienes por mí. Tú ni siquiera me conoces entonces, pero vienes.

—Hice lo que correspondía hacer.

Mike le sostenía ambas manos. *¿Qué debo decirle? «Querida, si salimos con vida de esto ...», suena como una mala película*. Hacía mucho tiempo que Edwards había pasado los dieciséis años, pero ahora volvía a él toda aquella torpeza que había envenenado su

adolescencia. Mike no había sido justamente el rey de los estudiantes en la Escuela Secundaria de Eastpoint.

—Vidgis, yo no soy bueno para esto. Fue diferente con Sandy. Ella me comprendía. Yo no sé cómo hablar con las chicas..., diablos, ni siquiera soy bueno para hablar con la gente. Sé hacer mapas del tiempo y trabajar con ordenadores, pero generalmente tengo que beber unas cuantas cervezas para tener el valor de decir...

—Yo sé que me amas, Michael.

Los ojos de Vidgis echaban chispas cuando reveló el secreto.

—Bueno, sí.

Ella le entregó el jabón.

—Ahora debes lavarte tú. Yo no voy a mirar demasiado.

FOWIEHAUSEN, REPUBLICA FEDERAL ALEMANA.

El mayor Sergetov entregó sus notas. Habían forzado el cruce del Leine en un segundo lugar —Gronau, quince kilómetros al norte de Alfeld— y ahora eran seis las divisiones que intervenían en la ofensiva contra Hameln, mientras otras intentaban ensanchar la brecha. Pero todavía estaban en desventaja. Había relativamente pocos caminos en esa parte de Alemania, y las rutas que ellos controlaban seguían sufriendo ataques aéreos y de artillería que desangraban las columnas de refuerzo mucho antes de que pudieran empeñarse en la batalla.

Lo que había comenzado con el intento de tres divisiones de infantería mecanizada para abrir una brecha por donde pudiera penetrar una división de tanques, se había convertido en el objetivo de dos ejércitos soviéticos completos. Donde ellos habían atacado a un par de brigadas alemanas reducidas, hacían frente ahora a una mezcolanza de unidades de casi todos los miembros de la OTAN. Alekseyev se sentía atormentado por las oportunidades perdidas. ¿Qué habría pasado si la artillería divisional no hubiera lanzado aquel ataque múltiple con cohetes sobre los puentes? ¿Podrían haber alcanzado el Weser en un día, como él había pensado? Eso ya pertenece al pasado, se dijo Pasha. Buscó la información sobre disponibilidad de combustible.

—¿Un mes?

—Con el ritmo actual de operaciones, sí —dijo gravemente Sergetov—. Y para hacer esto hemos perjudicado toda la economía nacional. Mi padre pregunta si podemos reducir los consumos en el frente...

—Seguro —explotó el general—. ¡Podemos perder la guerra! ¡Eso le ahorraría su precioso combustible!

—Camarada general, usted pidió que yo le proveyera ínformación exacta. Eso es lo que he hecho. Mi padre también pudo darme esto. —El mayor sacó un documento del bolsillo de su abrigo; tenía diez páginas y era una apreciación de inteligencia de la KGB, marcada ***PARA CONOCIMIENTO EXCLUSIVO DEL POLITBURó***—. Es muy interesante. Mi padre me pide que destaque el riesgo que ha asumido para entregarle este documento a usted.

El general era un lector rápido y no demostraba fácilmente sus emociones. El Gobierno de Alemania Occidental había establecido contacto directo con los soviéticos a través de las Embajadas que ambas naciones mantenían en la India. las conversaciones preliminares habían constituido una investigación sobre la posibilidad de un acuerdo negociado. La apreciación de la KGB era que el sondeo reflejaba la fragmentación política de la OTAN, y posiblemente una grave situación de abastecimientos al otro lado del frente de batalla. La KGB calculaba que los abastecimientos de la OTAN ya habían descendido al nivel de dos semanas, a pesar de todos los buques que habían llegado hasta la fecha. Ninguna de las dos partes había entregado munición de consumo ni combustible suficiente para mantener sus fuerzas.

—Mi padre considera que este informe sobre los alemanes es particularmente significativo.

—Lo es en potencia —dijo Alekseyev con cautela—. Ellos no aflojarán en la lucha mientras su conducción política trabaje para lograr un arreglo; pero si nosotros podemos hacerles una oferta aceptable y separar a los alemanes de la OTAN, nuestro objetivo estará cumplido, y podremos apoderarnos fácilmente del Golfo Pérsico. ¿Qué oferta vamos a hacer a los alemanes?

—Eso aún no se ha decidido. Han pedido que nos retiremos a las posiciones previas a la iniciación de la guerra, y que las condiciones definitivas sean negociadas de modo más formal, bajo supervisión internacional. Su retiro de la OTAN dependerá de los términos del tratado.

—No es aceptable. No nos dan nada. Yo me pregunto: ¿Por qué están negociando ellos, después de todo?

—Es evidente que se ha producido bastante alboroto en su Gobierno a raíz del desalojo de civiles y la destrucción de bienes económicos.

—Ah. —El daño económico a Alemania era algo en lo que Alekseyev no tenía el menor interés, aunque el Gobierno alemán no dejaba de observar cómo los explosivos soviéticos destruían el trabajo de dos generaciones— Pero, ¿por qué no nos lo han dicho?

—El Politburó piensa que la noticia de un posible arreglo negociado desalentaría nuestra presión sobre los alemanes.

—Idiotas. ¡Esa clase de cosas nos indican qué debemos atacar!

—Eso es lo que dijo mi padre. Quiere su opinión sobre todo esto.

—Diga al ministro que yo no veo indicación alguna de que se haya debilitado la decisión de la OTAN en el frente de batalla. La moral alemana en particular se mantiene elevada. Resisten en todas partes.

—El Gobierno de ellos podría estar haciendo esto sin que lo supiera su propio Ejército. Si están engañando a sus propios aliados de la OTAN, ¿por qué no hacerlo también con su alto comando? —sugirió Sergetov— Después de todo, así funcionan las cosas en su país.

—Es una posibilidad, Iván Mikhailovich. Pero también hay otra. —Alekseyev se dio vuelta, señalando los papeles—. Que todo esto sea una impostura.

NUEVA YORK.

Un capitán de navío condujo la reunión explicativa previa a la partida. Mientras hablaba, los comandantes de los buques escolta y los oficiales más antiguos iban pasando las páginas de los documentos aclaratorios, como estudiantes de escuela secundaria en una representación de Shakespeare.

—Los piquetes exteriores de sonar tomarán posiciones a lo largo del eje de amenaza, aquí.

El capitán movió el puntero sobre la imagen proyectada. las fragatas Reuben James y Battleaxe deberían colocarse a casi treinta millas del resto de la formación. Eso las ponía fuera del alcance de protección de los «SAM» instalados en los otros buques. Ellos tenían sus propios misiles superficie-aire, pero quedarían completamente librados a su propia suerte.

—Tendremos apoyo de los buques «SURTASS» durante la mayor parte del viaje. En este momento están ocupando sus nuevas posiciones. Podemos esperar ataques de los submarinos soviéticos y de sus aviones. para hacer frente a los ataques aéreos, los portaaviones Independence y America darán también apoyo al convoy. Y el nuevo crucero de la clase «Aegis», el Bunker Hill, como tal vez ustedes ya lo hayan notado, viajará en el convoy. Además, la Fuerza Aérea va a eliminar el satélite ruso de reconocimiento oceánico por radar en su próximo viaje, alrededor de las doce Zulú, mañana.

—¡Muy bien! —comentó el comandante de un destructor.

—Caballeros, vamos a transportar una carga total de más de una división blindada completa, integrada con formaciones de reserva y de la Guardia Nacional. Sin contar los refuerzos materiales, estos abastecimientos son suficientes para mantener en acción a la OTAN durante tres semanas. Éste tiene que pasar... ¿Hay preguntas ... ? ¿No? Entonces.... buena suerte.

El teatro se vació a medida que los oficiales iban pasando junto a los guardias armados y salían a la calle soleada.

—¿Jerry? —dijo en voz alta Morris.

—¿Dígame, señor?

El piloto se había puesto las gafas oscuras que usaba en vuelo.

—Con respecto a anoche...

—Señor, anoche bebimos demasiado y, para decirle la verdad, no recuerdo prácticamente nada. Tal vez dentro de seis meses podamos saber lo que ocurrió. ¿Durmió bien?

—Casi doce horas. Mi despertador no sonó.

—Tal vez debería comprar uno nuevo.

Pasaron caminando frente al bar donde habían estado juntos la noche anterior. El comandante y el piloto lo miraron de reojo; luego, ambos rieron.

—¡Otra vez en la brecha, queridos amigos!

Doug Perrin se unió a ellos.

—Pero no nos vengas con esas historias sobre tus hazañas con el enemigo —le advirtió O'Malley—. Esas historias son peligrosas.

—Tu trabajo es mantener alejados de nosotros a esos bastardos, Jerry-O. ¿Estás listo?

—Más vale que lo esté —observó Morris con buen humor—. ¡No quiero pensar que sea pura charla!

—Ésta sí que es una buena compañía —observó el piloto, fingiendo enojo—. Vaya, yo hago todo mi vuelo solo, encuentro un maldito submarino, se lo regalo a mi amigo Dough..., ¿y acaso consigo siquiera un poco de respeto?

—Ése es el problema con los aviadores. Si uno no les dice cada cinco minutos qué grandes son, se enojan y les entra la depresión —dijo Morris, sonriendo; era una persona diferente de la que había gruñido durante toda la cena la noche anterior—. ¿Necesita algo que nosotros podamos darle, Doug?

—¿Tal vez podríamos intercambiar algunas comidas?

—No hay problema. Envíeme a su oficial de abastecimiento. Estoy seguro de que podremos negociar algo. —Morris miró el reloj—. Faltan tres horas todavía para zarpar. Vamos a comer un emparedado y a conversar de algunas cosas. Tengo una idea para engañar a esos «Backfire» y quiero que me den su opinión...

Tres horas después, un par de remolcadores de puerto apartaron a las fragatas del muelle. La Reuben James se movió despacio; sus máquinas a turbina la impulsaban suavemente sobre las aguas contaminadas, a poco más de seis nudos. O'Malley observaba desde el asiento derecho de su helicóptero, alerta ante la posibilidad de que hubiera algún submarino ruso cerca de la entrada del puerto, aunque cuatro aviones patrulleros «Orion» ya estaban desinfectando vigorosamente la zona. Era muy probable que el «Victor» que ellos habían hundido dos días antes hubiera sido destacado para seguir al convoy e informar su posición; primero, para dirigir un ataque de los «Backfire»; luego, para acercarse y lanzar su propio ataque. El perseguidor estaba eliminado, pero eso no significaba que la partida fuera un secreto. Nueva York era una ciudad de ocho millones de habitantes y, con toda seguridad, alguien estaba junto a su ventana con un par de binoculares, catalogando los tipos y número de buques. Él o ella haría luego una inocente llamada telefónica y la información estaría en Moscú pocas horas después. Otros submarinos se acercarían a la ruta prevista. Tan pronto como se hallaran fuera de la protección aérea con base en tierra, aviones soviéticos de reconocimiento llegarían a observar, y detrás de ellos volarían los «Backfire» armados con misiles.

Tantos buques, pensaba O'Malley. Pasaron junto a una serie de «Ro/Ros», buques de contenedores cargados con tanques, vehículos de combate, y los hombres de toda una división blindada. Otros llevaban altas pilas de contenedores que se podían descargar directamente sobre los camiones que los transportarían al frente. Sus contenidos estaban registrados en ordenadores para una rápida entrega al destino correspondiente. Pensó en los últimos informes, las escenas en vídeo sobre el combate terrestre en Alemania. Para eso era todo esto. La misión de la Armada consistía en mantener abiertas las rutas marítimas para llevar las herramientas que necesitaban esos hombres en Alemania. Conseguir que los buques pasaran.

—¿Qué tal navega? —preguntó Calloway.

—No del todo mal —contestó Morris al periodista—. Tenemos aletas estabilizadoras. No se mueve demasiado. Si usted tiene algún problema, nuestro enfermero podrá darle algo. No tenga vergüenza de pedirle.

—Trataré de no molestarlo.

Morris hizo un amistoso movimiento de cabeza al hombre de «Reuter». Había llegado con un aviso previo de sólo una hora, pero parecía ser un buen profesional, o por lo menos con experiencia suficiente como para tener toda su ropa lista en una maleta. Le dieron el último camastro disponible en el sector de oficiales.

—Su almirante dice que usted es uno de sus mejores comandantes.

—Supongo que eso habremos de verlo —repuso Morris.

35. A TIEMPO PARA EL BLANCO.

USS REUBEN JAMES.

Los dos primeros días todo anduvo bien. La fuerza de escolta navegaba al frente, azotando con sus sonares las aguas costeras poco profundas en busca de posibles submarinos, pero no encontraron ninguno. Seguían los buques mercantes, formando lentamente ocho columnas de diez naves cada una. El convoy, de veinte nudos, tenía prisa por entregar su mercancía. Cubierto por una sólida sombrilla de aviones con base en tierra, forzó la navegación durante las primeras cuarenta y ocho horas, efectuando solamente un ligero zigzagueo mientras cruzaba frente a las costas de Nueva Inglaterra y Canadá Oriental, la Isla Sable y los Grand Banks. La parte fácil ya había quedado atrás. Cuando abandonaron las aguas costeras para internarse en el Atlántico, entraron en territorio desconocido.

—Para transmitir mis despachos... —empezó a decir Calloway a Morris.

—Dos veces al día puede usar mi transmisor por satélite, mientras no interfiera el tráfico oficial. ¿Sabe que sus comunicados pasarán por Norfolk para control de la información secreta?

—Por supuesto, comandante. ¡Y puede creerme si le digo que mientras esté aquí con usted no revelaré nada que pueda poner en peligro a su buque! Ya tuve suficientes emociones este año en Moscú.

—¿Qué? —Morris se volvió y bajó los binoculares. Calloway le explicó sus actividades en Rusia.

—Patrick Flynn, mi colega de «Associated Press», está a bordo de la fragata Battleaxe. Bebiendo cerveza, sin duda —concluyó.

—De manera que usted estaba allá cuando todo esto explotó. ¿Sabe por qué comenzó?

Calloway movió la cabeza.

—Si lo supiera, comandante, ya habría escrito la historia hace tiempo.

En el alerón del puente apareció un mensajero que llevaba una tablilla con formularios. Morris la tomó, leyó los mensajes y firmó su conformidad.

—¿Algo importante? —preguntó Calloway, esperanzado.

—El informe actualizado sobre el pronóstico para la flota y algo acerca de ese satélite ruso de reconocimiento. Pasará por aquí arriba dentro de tres horas. La Fuerza Aérea va a intentar destruirlo antes de que llegue hasta nosotros. Nada muy importante. ¿Se encuentra usted cómodo? ¿Algún problema?

—Ninguno, comandante. No hay nada mejor que un hermoso viaje por mar.

—Eso es muy cierto. —Morris metió la cabeza en el puente de navegación— Zafarrancho general, ataque aéreo.

Morris condujo al periodista hacia la Central de Información de Combate, explicándole que el ejercicio que iba a presenciar tenía por objeto asegurarse de que sus hombres podían hacer todo correctamente, incluso en la oscuridad.

—¿Alguno de esos despachos era una advertencia para usted?

—No, pero dentro de seis horas estaremos fuera de la cobertura aérea de los aviones con base en tierra. Eso significa que Iván vendrá pronto a buscarnos.

Y nos sentiremos terriblemente solos aquí fuera y librados a nuestra propia suerte, pensó Morris. Hizo practicar a sus hombres durante una hora. El personal de la CIC efectuó un par de operaciones simuladas por ordenador. Durante la segunda, un misil enemigo logró penetrar sus defensas.

BASE LANGLEY DE LA FUERZA AÉREA, VIRGINIA.

El «F-15» rodó hasta detenerse exactamente frente al edificio del refugio. El suboficial mecánico afirmó la escalerilla al fuselaje, y la mayor Nakamura descendió mirando el sector de su avión parcialmente chamuscado. Se acercó a examinar los daños.

—No parece tan malo, mayor —le aseguró el sargento; al explotar el motor cohete, un fragmento había hecho un agujero del tamaño de una lata de cerveza en el ala izquierda, a menos de diez centímetros de uno de los depósitos de combustible—. Puedo arreglarlo en un par de horas.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el ingeniero de «Lockheed».

—Estalló a quince metros..., ¡y estalló como todos los diablos! Con respecto a eso, usted estaba equivocado. Cuando explotan, es algo espectacular. Vuelan pedazos por todas partes. Yo tuve suerte porque sólo me golpeó uno de ellos.

Había pasado un susto tremendo, pero luego tuvo una hora para recuperarse. Ahora estaba solamente enojada.

—Lo siento, mayor. Y quisiera poder decir algo más que eso.

—Habrá que intentarlo de nuevo —dijo Buns, mirando al cielo a través del agujero— ¿Cuándo es el próximo pasaje?

—Once horas, dieciséis minutos.

—Ése será el momento, entonces.

Caminó hacia el interior del edificio y luego subió la escalera hasta el salón de pilotos. Las paredes estaban tapizadas para absorción del ruido. También se evitaba así que los pilotos se lastimaran seriamente los puños.

KIROVSK, URSS.

Sin impedimentos, el satélite de reconocimiento oceánico por radar continuaba su órbita, y en su pasaje siguiente sobre el Atlántico Norte encontró y detectó allá abajo una colección de casi cien buques en columnas iguales. Debía ser el convoy del que daban cuenta los informes de Inteligencia, dedujeron los analistas rusos, y notaron con satisfacción que se encontraba en mar abierto, justo donde ellos podían alcanzarlo.

Noventa minutos después, dos regimientos de bombarderos «Backfire», armados con misiles, precedidos por aviones de reconocimiento «Bear-D», despegaron de las cuatro pistas que rodeaban Kirovsk, con sus depósitos de combustible completos, y pusieron rumbo al sector libre de radares, sobre Islandia.

USS REUBEN JAMES.

—¿De manera que ésta es la sorpresa que tienen preparada para ellos? —preguntó Calloway. Tocó ligeramente algunos símbolos sobre la pantalla principal de situación táctica.

Morris asintió pensativo.

—Hasta ahora, hemos enviado todos los convoyes en modo EMCON —control de emisión— durante el cruce, con sus radares inactivos para que fuera más difícil encontrarlos. Esta vez vamos a hacer algo un poquito diferente. Ésta es la presentación del radar «SPS-49»...

—¿Ese monstruo negro que está sobre el puente de navegación?

—Exacto. Estos símbolos son «Tomcat» del portaaviones America. Éste es un avión cisterna «KC-135», y este bebé que está aquí es un pájaro radar «E-2C Hawkeye». El radar del «Hawkeye» permanece apagado. Cuando aparece Iván, está obligado a acercarse si quiere ver qué hay aquí.

—Pero él ya sabe —objetó Calloway.

—No, él sabe que hay un convoy por aquí, en alguna parte. Eso no es suficiente para lanzar misiles. De lo único que está seguro, es de que hay un radar «SPS-49» operando. Tendrá que esconder su propio radar para ver qué hay en el agua. Si el señor Bear lo hace, podremos detectarlo, y nuestros cazas se le montarán tan rápido en el trasero que él nunca sabrá qué o quién lo derribó.

—¿Y si los «Backfire» no vienen hoy?

—Entonces los veremos en algún otro momento. Los «Bear» también informan a los submarinos, Calloway, Siempre vale la pena eliminarlos.

ISLANDIA.

Era la primera vez que se aburrían. Edwards y su grupo habían estado aterrorizados en muchas ocasiones, pero nunca aburridos. Ahora llevaban cuatro días completos en el mismo sitio y todavía no les llegaba la orden de moverse. Observaron e informaron actividades menores de los rusos pero, sin tener nada importante que hacer, el tiempo les parecía eterno.

—Teniente —llamó García, señalando algo—. Veo aviones con rumbo Sur.

Edwards sacó sus binoculares. El cielo estaba sembrado de nubes blancas aborregadas. No se veían estelas de condensación, pero..., ¡allá! alcanzó a ver un relámpago, un reflejo producido por algo. Forzó la vista para identificarlo.

—Níchols, ¿qué le parece? Le pasó los anteojos.

—Es un «Backfire» ruso —dijo simplemente Nichols.

—¿Está seguro?

—Totalmente seguro, teniente. Los he visto muchas veces.

—Traten de contarlos.

—Llevan rumbo Sur, señor.

—¿Está seguro de que son «Backfire»? —insistió Edwards.

—¡Estoy segurísimo, teniente Edwards! —contestó Nichols con firmeza, y observó que el oficial encendía la radio.

—Doghouse, aquí Beagle llamando, cambio.

La estación de comunicaciones tardó un poco en contestar. Tuvo que llamar tres veces antes de obtener una respuesta.

—Doghouse, aquí Beagle, y tengo información para usted. Estamos viendo bombarderos «Backfire» que pasan con rumbo Sur sobre nuestra posición.

—¿Cómo sabe que son «Backfire»? —quiso saber Doghouse.

—Porque el teniente Nichols, de la Real Infantería de Marina, dice que está segurísimo de que son «Backfire». Vemos cuatro... —En ese momento Nichols levantó cinco dedos—. Corrección, cinco aviones con rumbo Sur.

—Comprendido, gracias, Beagle. ¿Alguna otra cosa?

—Negativo. ¿Cuánto tiempo esperan ustedes que nos quedemos en esta colina? Cambio.

—Se lo haremos saber. Paciencia, Beagle. No nos olvidamos de ustedes, cambio y corto.

ATLANTICO NORTE.

Los «Bear» avanzaban en línea oblicua; sus hombres exploraban visualmente el aire y probaban las frecuencias de radio y radar. De pronto, el «Bear» líder detectó las emisiones de un solo radar norteamericano, y tardaron apenas un minuto en identificarlo como un modelo «SPS-49» de búsqueda aérea, del tipo usado por las fragatas lanzamisiles de la clase «Perry». Los técnicos de a bordo midieron la intensidad de la señal y calcularon su posición, estimando que se hallaban aún lejos, fuera del alcance de detección de ese radar.

El comandante de la operación, que volaba en el tercer «Bear», recibió la información y la comparó con la que Inteligencia le había dado sobre el convoy. La posición estaba exactamente en el centro del círculo que él había dibujado sobre el mapa. Las cosas tan exactas siempre le despertaban sospechas. ¿El convoy había tomado un rumbo directo a Europa? ¿Por qué? Hasta ese momento, la mayor parte de los convoyes había seguido rutas más evasivas, desviándose bastante lejos hacia el Sur, en dirección a las Azores, para forzar a sus aviones a ampliar el vuelo más allá de lo deseado..., obligándolos, por lo tanto, a que los «Backfire» que seguían a los exploradores llevaran solamente un misil en vez de dos. Allí había algo extraño. Dio una orden y la patrulla adoptó una formación norte-sur; luego, comenzó a reducir la altura para mantenerse por debajo de la zona de alcance del radar norteamericano.

USS REUBEN JAMES.

—¿Hasta qué distancia pueden ver ustedes? —preguntó Calloway.

—Depende de la altura y del tamaño del blanco, y de las condiciones atmosféricas —respondió Morris, observando desde su sillón las presentaciones electrónicas. Dos «Tomcat» navales estaban listos para el combate—. En el caso del «Bear», a diez mil metros de altura, más o menos, probablemente podríamos detectarlo a unas doscientas cincuenta millas de distancia. Pero cuanto más bajo vuele, más podrá acercarse sin ser detectado. El radar no puede ver debajo del horizonte.

—Pero, si vuela muy bajo, consumirá mucho combustible.

Morris miró al periodista.

—Esas malditas cosas llevan tanto combustible como para quedarse toda la semana en el aire —exageró.

—Mensaje de la Flota del Atlántico, señor.

El oficial de comunicaciones le entregó un formulario: ***INFORMO POSIBLE ATAQUE DE «BACKFIRE». PASÓ SOBRE ISLANDIA A LAS 10: 17 Z CON RUMBO SUR.*** Morris entregó el mensaje a su oficial de acción táctica, quien de inmediato miró la carta.

—¿Buenas noticias? —preguntó Calloway. Tenía suficiente sentido común para no pedir que le enseñaran el mensaje.

—Es posible que tengamos bombarderos «Backfire» a la vista dentro de unas dos horas.

—¿Atacarán el convoy?

—No, probablemente querrán atacarnos a nosotros primero. Tienen cuatro largos días para hacer volar el convoy. Y quitar de en medio a los buques escolta les facilita mucho la tarea.

—¿Está preocupado?

Morris esbozó una sonrisa.

—Señor Calloway, yo siempre estoy preocupado.

El comandante controló detenidamente los diversos tableros de situación. Todas sus armas y sistemas de sensores se hallaban en perfecto estado operativo... ¡Qué bueno era tener un buque flamante! El tablero de alerta no mostraba ninguna actividad submarina conocida en la zona inmediata, información que debía ser tomada con considerable escepticismo. Podía llamar a zafarrancho general, pero la mayoría de la dotación estaba comiendo. Era mejor tener a todos bien alimentados y en actitud de alerta.

La maldita espera, pensó Morris. Observó en silencio las pantallas de situación táctica. Los puntos luminosos que indicaban aviones propios orbitaban lentamente mientras sus pilotos también esperaban.

—Están llegando más «PAC» —informó un oficial.

Apareció en la pantalla otro par de «Tomcat», parte de la patrulla aérea de combate. El America había recibido la misma alerta de ataque. El portaaviones se hallaba a doscientas millas, navegando con rumbo Oeste, hacia Norfolk. Otro tanto ocurría con el Independence, que regresaba de las Azores. Los portaaviones permanecían en el mar desde el comienzo de la guerra, navegando hacia uno y otro lado para evitar a los satélites rusos de reconocimiento oceánico. Habían logrado proporcionar defensa antisubmarina a una cantidad de convoyes, si bien con gran riesgo para los propios portaaviones. Hasta ese momento, ninguna de las dos naves norteamericanas había podido operar como suponía que debían hacerlo. Todavía no

eran armas ofensivas. La suerte del grupo del Nimitz había sido una amarga lección. Morris encendió otro cigarrillo. Ahora recordaba por qué lo había dejado antes. Demasiados cigarrillos le producían dolor de garganta, destruían su sentido del gusto y le hacían llorar los ojos. Por otra parte, le daban algo que hacer mientras esperaba.

ATLANTICO NORTE.

Los «Bear» continuaban en una exacta línea norte—sur, centrada ahora en la posición de señales del radar de la fragata. El comandante de la operación de ataque les ordenó virar al Oeste y reducir la altura. Dos de los aviones no respondieron a la orden y tuvo que repetirla.

USS REUBEN JAMES.

Doscientas millas al Oeste, a bordo del avión de reconocimiento «E-2C Hawkeye» que volaba en círculos, un técnico levantó bruscamente la cabeza, Acababa de oír a alguien que hablaba en ruso; en clave, pero decididamente en ruso.

En pocos minutos todos los buques de la fuerza escolta tuvieron la información, y todos ellos hicieron la misma apreciación: los «Backfire» no podían estar allí todavía. Éstos eran «Bear». Todo el mundo quería derribarlos. El portaaviones América empezó a lanzar sus aviones de combate y aviones adicionales de radar. Después de todo, tal vez los rusos estuvieran buscándolo a él.

—Tienen que haber puesto rumbo directo hacia nosotros —dijo el oficial de acción táctica.

—Ésa es justamente la idea —coincidió Morris.

—¿Desde qué distancia? —preguntó Calloway.

—No hay forma de saberlo. En el «Hawkeye» escucharon una voz en una transmisión de radio. Es probable que esté bastante cerca, pero a veces las condiciones atmosféricas extrañas pueden hacer que se oigan cosas desde otro mundo de distancia. Señor Lenner, vamos a ordenar puestos de combate para acción directa.

A los cinco minutos la fragata estaba lista.

ATLANTICO NORTE.

—Buenos días, señor «Bear».

El piloto del «Tomcat» miraba fijamente la pantalla de su equipo de TV. El avión ruso se encontraba a unas cuarenta millas de distancia y el sol hacía brillar los discos de sus hélices menores. El piloto del caza decidió acercarse sin utilizar por el momento su radar; adelantó los aceleradores hasta el ochenta por ciento de la potencia y activó los controles de sus misiles. La velocidad de acercamíento resultante de la suma de velocidades de ambos aviones superaba las mil millas por hora, diecisiete millas por minuto. Entonces el piloto ordenó:

—¡Encienda!

Instantáneamente el oficial de radar de intercepción, que volaba en el asiento posterior, conectó el radar «AWG-9» del avión de caza.

—Lo tenemos —informó el oficial de intercepción un momento después.

—¡Fuego!

Dos misiles se desprendieron del «Tomcat» y aceleraron hasta más de tres mil millas por hora.

El técnico soviético en guerra electrónica estaba tratando de identificar las características particulares del radar de búsqueda de la fragata cuando sonó un beep en un receptor de alarma separado. Se volvió para ver qué era el ruido y palideció.

—¡Alerta de ataque aéreo! —gritó por el intercomunicador.

En una reacción inmediata, el piloto inclinó el «Bear» a la izquierda y picó hacia la superficie del océano, mientras atrás, el técnico de guerra electrónica activaba los sistemas de protección por interferencia. Pero el viraje había dejado ocultos los contenedores de partículas para perturbación electrónica con respecto a la línea de ataque de los misiles.

—¿Qué está pasando? —preguntó el comandante de la operación por el intercomunicador.

—Nos ha detectado un radar de intercepción —contestó el técnico, asustado pero con frialdad—. El sistema de interferencia está activado.

El comandante de la operación se dirigió a su hombre de comunicaciones.

—Transmita de inmediato una alarma: actividad aérea de combate enemiga en esta posición.

Pero no hubo tiempo. Los misiles «Phoenix» cubrieron la distancia en menos de veinte segundos. El primero perdió el control y erró el blanco; pero el segundo se autoorientó hacia el bombardero que picaba y le hizo volar la cola. El «Bear» cayó al mar con tan poca gracia como una hoja de papel.

USS REUBEN JAMES.

El radar mostraba al «Tomcat», y todos vieron cuando lanzaba los misiles que desaparecieron inmediatamente; y luego, en silencio, cómo el «Tomcat» continuaba hacia el Este durante treinta segundos. Después, hizo un viraje y puso rumbo de regreso al Oeste.

—Eso, caballeros, es un derribo —dijo Morris—. «Bear» al agua.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Calloway.

—¿Usted cree que si hubiera errado habría virado para regresar? Y si era otra cosa y no un «Bear», habría roto el silencio de radio. Suboficial, ¿hemos escuchado algún tráfico de radio desde cero ocho cero?

El suboficial encargado de medidas de apoyo electrónicas, instalado en la parte anterior de estribor del compartimiento, no levantó la vista.

—No, señor, absolutamente nada.

—Maldita sea —dijo Morris—. Funciona.

—Y si el tipo no consiguió transmitir un mensaje...

Calloway comprendió.

—Nosotros somos los únicos que lo sabemos. Tal vez podamos hacer caer en la trampa a toda la fuerza de ataque. —Morris dio unos pasos hasta la pantalla de situación táctica; todos los cazas del América estaban ahora en el aire, setenta millas al sur del convoy; miró el reloj instalado en el mamparo: los «Backfire» se hallaban a cuarenta minutos de vuelo; entonces, cogió el teléfono—. Puente, aquí Combate. Haga señales a Battleaxe para que se acerque.

En pocos segundos, la fragata efectuó un cerrado giro a babor y puso proa al Oeste, hacia la Reuben James. Una cosa nueva había dado buen resultado, pensaba Morris. ¿Por qué no otra?

—Prepárense para lanzar el helicóptero —ordenó.

O'Malley estaba sentado en la cabina leyendo una revista, o por lo menos dejando que sus ojos miraran las ilustraciones, mientras su mente luchaba para aislarse de lo que sucedía a su alrededor. El anuncio por el altavoz lo arrancó de Miss Julio. De inmediato, el alférez Ralston inició el procedimiento de puesta en marcha del motor mientras O'Malley inspeccionaba el tablero de fallos para verificar si había algún problema mecánico. Luego, se asomó por la puerta para verificar que los mecánicos de cubierta se hubieran alejado.

—¿Qué se supone que estamos haciendo, señor? —preguntó el operador de sistemas.

—Se supone que somos carnada para misiles, Willy —respondió amablemente O'Malley, y despegó.

ATLANTICO NORTE.

El «Bear» que volaba más al Sur se hallaba dentro de las sesenta millas del convoy, pero aún no lo sabía, ni tampoco los norteamericanos, porque el avión se mantenía debajo del horizonte para el radar de la Reuben James. El piloto del «Bear» sí sabía que ya era hora de tomar altura y encender sus propios radares de búsqueda. Pero todavía no recibía la orden del comandante de la operación. Aunque no había indicación alguna de que existieran problemas, el piloto estaba preocupado. Su instinto le decía que algo extraño estaba ocurriendo. Uno de los «Bear» desaparecidos la semana anterior había informado que iba siguiendo la emisión de radar de una fragata aislada norteamericana..., nada más. Igual que ahora... Entonces el comandante de la operación de ataque había ordenado abortar la misión por temor a que hubiera actividad de cazas enemigos, y fue severamente criticado por supuesta cobardía. Como solía suceder en el combate, la única información disponible era negativa. Sabían que cuatro «Bear» no habían regresado. Él sabía que no existía señal alguna de posibles problemas. Y también sabía que él no se sentía nada feliz.

—¿Distancia estimada a la fragata norteamericana? —preguntó por el intercomunicador.

—Ciento treinta kilómetros —contestó el navegante.

Mantener silencio de radio —se dijo el piloto— *Ésas son las órdenes...*

—¡A la mierda las órdenes! —exclamó en voz alta, extendió el brazo y encendió la radio—. Gull Dos a Gull Uno, cambio.

Nada. Repitió la llamada dos veces más.

Lo oyeron varios receptores de radio, y en menos de un minuto la posición del «Bear» quedó localizada: cuarenta millas al Sureste del convoy. Un «Tomcat» picó en busca del enemigo.

El comandante de la operación de ataque no contestaba..., *él habría contestado*, se dijo el piloto. *Él habría contestado. Los «Backfire» debían estar ahora a menos de doscientos kilómetros. ¿A qué los estamos llevando?*

—¡Active el radar! —ordenó.

Todos los buques de la escolta detectaron la característica emisión del radar «Big Bulge». El más cercano de los buques equipados con misiles «SAM», la fragata Groves, activó de inmediato sus radares de misiles y disparó uno de ellos hacia el «Bear» que se aproximaba..., pero el caza «Tomcat», que también volaba velozmente en dirección al «Bear», se hallaba demasiado cerca. La fragata apagó el radar de seguimiento y el misil «SAM», descontrolado, se autodestruyó en el acto.

A bordo del «Bear», las alarmas se oyeron una tras otra, primero la del misil superficie-aire, después la de un radar de intercepción. Y en ese momento el operador de radar detectó el convoy.

—Muchos buques hacia el Noroeste —dijo, y pasó la información al navegador, quien hizo los cálculos para un informe de posición a los «Backfire». El «Bear» apagó su radar y picó mientras el oficial de comunicaciones transmitía su informe de avistaje. Y entonces los radares de todos se encendieron.

USS REUBEN JAMES.

—Allí están los «Backfire» —dijo el oficial de acción táctica cuando aparecieron los símbolos en la pantalla—. Marcación cero cuatro uno, distancia ciento ochenta millas.

Sobre el puente, el oficial ejecutivo estaba tan nervioso como jamás volvería a estarlo. Además del esperado ataque de los bombarderos, se hallaba en ese momento al mando del buque, llevándolo a exactamente quince metros del lado de la HMS Battleaxe. Ambas naves se encontraban tan cerca una de otra que, en una pantalla de radar, aparecerían como un solo blanco. A cinco millas de distancia, O'Malley y el helicóptero del buque inglés volaban también en formación cerrada sobre el océano, a veinte nudos. Los dos habían encendido el transponder que magnificaba su señal. Los helicópteros, por lo común demasiado pequeños para ser registrados en esta clase de radares, aparecerían ahora como un buque, algo que merecía un ataque con misiles.

ATLANTICO NORTE.

La acción aérea tenía ahora toda la elegancia de una pelea de taberna. Los «Tomcat» que formaban la patrulla aérea de combate cerca del convoy, volaron hacia los tres «Bear»; el primero de ellos tenía ya un misil que se le acercaba a la velocidad del rayo. Los otros dos todavía no habían detectado el convoy, y ya nunca lo harían, porque estaban volando hacia el Este para escapar. Fue un vano intento. Los aviones patrulleros a hélice no pueden escapar de los cazas supersónicos.

Gull Dos murió primero. El piloto consiguió emitir su informe de contacto antes de que un par de misiles «Sparrow» explotaran muy cerca, provocando el incendio de un ala. Ordenó a sus hombres que se lanzaran en paracaídas, mantuvo nivelado el avión para que pudieran hacerlo y un minuto después salió rápidamente del asiento y saltó al vacío a través de la escotilla de escape que había en el suelo. El «Bear» explotó cinco segundos después de abrirse su paracaídas. Mientras el piloto contemplaba su avión convertido en una bola de fuego que se precipitaba al mar, se preguntó si él se ahogaría.

Allá arriba, un escuadrón de «Tomcat» volaba hacia los «Backfire», y se desarrollaba una verdadera carrera para ver quién llegaba antes a colocarse en posición para disparar los misiles. Los bombarderos soviéticos treparon violentamente con posquemadores y activaron sus propios radares de búsqueda para encontrar blancos para sus misiles. Sus órdenes eran localizar y hundir a los buques escolta, y encontraron lo que estaban buscando a treinta millas del cuerpo del convoy: dos signos luminosos. Hacia el más grande, que navegaba atrás, dispararon seis misiles. Hacia el más pequeño, a cinco millas de distancia, dispararon cuatro.

STORNOWAY, ESCOCIA.

—Se está cumpliendo en este momento una operación de ataque con más de un regimiento de «Backfire». A cuarenta y cinco grados norte, cuarenta y nueve oeste.

Toland tenía el télex en las manos.

—¿Qué dice de eso el Comando del Atlántico del Este?

—Probablemente lo esté considerando ahora. ¿Está listo? —preguntó al piloto de combate.

—¡Seguro que estoy listo!

La impresora del teletipo, en el rincón de la sala, comenzó a golpetear: ***INICIO «OPERACIÓN DOOLITTLE».***

USS REUBEN JAMES.

—¡Vampiros, vampiros! Ataque con misiles.

Ya empezamos de nuevo, pensó Morris. La pantalla táctica era más moderna que la que tenía en la Pharris. Cada uno de los misiles que se acercaban estaba marcado con un vector de velocidad que indicaba no sólo la velocidad, sino también la dirección. Venían a muy baja altura. Morris levantó el teléfono.

—Puente, Combate. Ejecute la maniobra de separación.

—Puente, comprendido. Separándose ya —dijo Ernst—. ¡Detención de choque! ¡Todo atrás, emergencia!

El timonel llevó hacia atrás el control del acelerador y luego invirtió bruscamente el paso de las palas de la hélice, cambiando el buque de la actitud de avance a la de máximo retroceso. La Reuben James redujo la velocidad tan rápidamente, que los hombres tuvieron que apoyarse para no caer, y la Battleaxe avanzó acelerando a veinticinco nudos. Tan pronto como era seguro hacerlo, la fragata británica cayó violentamente a babor, y la Reuben James pasó a «todo adelante» y se apresuró a virar a estribor.

Cualquier operador soviético de radar que estuviera observando desde atrás, habría quedado impresionado y decepcionado. Los misiles «AS-4» habían sido lanzados contra un solo símbolo en el radar. Ahora había dos, y estaban separándose. Los misiles dividieron igualmente su atención: tres se dirigieron a un blanco y tres al otro.

Morris observaba con atención su pantalla. La distancia entre su buque y el británico se ampliaba rápidamente.

—¡Nos siguen misiles! —gritó el operador de «ESM»—. Tenemos múltiples misiles de cabezas buscadoras

—Todo timón a la derecha, invierta el rumbo. ¡Disparen cohetes chaff!

En la central de información de combate todos dieron un salto cuando los cuatro contenedores explotaron directamente sobre sus cabezas, llenando el aire de partículas de aluminio y creando un blanco de radar para que atrajera a los misiles mientras la fragata se inclinaba violentamente a babor y viraba. Su lanzador de misiles de proa giró junto con ella. Ya había un «SAM» asignado al primer misil ruso que se acercaba. La fragata se enderezó con rumbo Norte, tres millas detrás de la Battleaxe.

—Ahí vamos —dijo el oficial de armamento.

La luz que indicaba la solución automática del problema de tiro brilló en la consola de control de fuego.

El primero de los misiles «SM1»[56] de color blanco partió hacia el cielo. Apenas había sobrepasado el riel de lanzamiento cuando el mecanismo lanzador giró en dos dimensiones para recibir otro misil del almacén cargador circular; después giró y se elevó otra vez; efectuó el disparo tan sólo siete segundos después de haber lanzado el primer misil. Luego se repitió el ciclo dos veces más.

—¡Aquí vienen! —exclamó O'Malley cuando vio la primera estela de humo; en seguida apretó el botón del amplificador de señal— ¡Hatchet, apaga tu emisor y rompe a la izquierda!

[56] Standard Missile 1 = Misil Estándar de intercepcción antiaérea tipo 1

Ambos helicópteros aplicaron la potencia máxima y escaparon. Cuatro misiles se encontraron de pronto sin blancos. Mantuvieron su rumbo hacia el Oeste buscando otros, pero no pudieron hallar ninguno.

—Más chaff —ordenó Morris, observando los trazos electrónicos de la convergencia de misiles propios y enemigos.

La CIC se estremeció de nuevo cuando explotó en el aire otra nube de aluminio, y el viento la llevó hacia los misiles que se acercaban.

—¡Todavía vienen misiles hacia nosotros!

—¡Impacto! —gritó el oficial de armamento.

El primer misil desapareció de la pantalla, interceptado a dieciséis millas de distancia, pero el segundo misil soviético seguía su trayectoria. El primer «SAM» disparado contra él erró y explotó detrás sin provocarle daños; y luego el segundo misil norteamericano erró también. Lanzaron otro «SAM». La distancia estaba disminuyendo a seis millas. Cinco. Cuatro. Tres.

—¡Impacto! Queda un misil..., que se está desviando. ¡Se ha enfrentado al chaff! ¡Ya pasó!

El misil cayó al agua a dos mil metros de la Reuben James. A pesar de la distancia, el ruido fue impresionante. En la CIC, lo siguió un silencio total. Los hombres continuaban observando fijamente sus instrumentos buscando más misiles, y tardaron algunos segundos antes de quedar satisfechos al comprobar que no había más. Uno por uno, los marinos miraron a sus camaradas y empezaron a respirar otra vez normalmente.

—Lo que al combate moderno le falta de humanidad —observó Calloway—, lo suple en exceso con intensidad.

Morris se echó hacia atrás en su sillón.

—O algo parecido. ¿Qué sabemos de la Battleaxe?

—Todavía está en el radar, señor —contestó el oficial de acción táctica, y Morris levantó el radioteléfono.

—Bravo, aquí Romeo. ¿Me recibe? Cambio.

—Ahora sí creo que todavía estamos vivos. —Perrin examinaba su pantalla de situación táctica mientras movía la cabeza, asombrado.

—¿Algún daño?

—Ninguno. Hatchet está regresando. También se halla revisándonos por daños en el casco. Notable —dijo el comandante Perrin—. ¿Algún tráfico más hacia nosotros? Aquí no vemos ninguno.

—Negativo. Los «Tomcat» cazaron a los «Backfire» y los sacaron de la pantalla. Volvamos a formar.

—Comprendido, Romeo.

Morris colgó el teléfono y paseó la mirada por la CIC.

—Muy bien, muchachos.

Los marinos que estaban en la sala se miraron unos a otros y empezaron a esbozar algunas sonrisas. Pero no duraron mucho.

El oficial de acción táctica alzó la vista.

—Para su información, señor, Iván disparó contra nosotros la cuarta parte de sus misiles. Por lo que yo puedo decirle, los «Tomcat» derribaron unos seis, y el crucero Bunker Hill dio cuenta de casi todo el resto..., pero nosotros tuvimos un impacto en una fragata y en tres

mercantes. Los cazas están volviendo —agregó con un tono neutral—. Informan que no derribaron ningún avión de la fuerza de «Backfire».

—¡Maldición! —dijo Morris. La trampa había fallado..., y él no sabía por qué.

No tenía idea de que Stornoway la consideraba todo un éxito.

STORNOWAY, ESCOCIA.

La clave de la operación, como en todas las operaciones militares, eran las comunicaciones, y a ésta en particular no se le había dedicado el tiempo necesario para organizarlas convenientemente, Toland no estaba del todo conforme. Los aviones radar del América siguieron a los «Backfire» durante el vuelo fuera de la pantalla. La información de los aviones se recibía en el portaaviones, luego por satélite, a Norfolk, y, otra vez por satélite, a Northwood. La información para Toland llegaba por línea terrestre desde el Cuartel General de la Marina Real. La misión de la OTAN más importante de la guerra dependía de transistores y cable telefónico más que de las armas que iban a ser empleadas.

—Muy bien, su último rumbo era cero dos nueve. velocidad seiscientos diez nudos.

—Eso los llevará sobre la costa norte de Islandia en dos horas y diecisiete minutos. ¿Cuánto tiempo usaron los posquemadores? —preguntó el capitán Winters.

—Según el América, aproximadamente cinco minutos.

Toland frunció la frente. Era una información de Inteligencia bastante débil.

—De cualquier manera, sus reservas de combustible, han quedado reducidas. Bueno, muy bien. Tres aviones, separados ochenta millas uno de otro. —Inspeccionó la última fotografía de satélite meteorológico—. Hay buena visibilidad. Los encontraremos. Quienquiera que los vea, que siga. Los otros aviones regresan de inmediato a la base.

—Buena suerte, capitán.

ATLANTICO NORTE.

Los tres «Tomcat» ascendieron lentamente hasta la altura establecida, siguiendo un rumbo Noroeste desde Stornoway, y a diez mil quinientos metros se unieron a los aviones cisterna. A varios cientos de millas de distancia, las tripulaciones de los «Backfire» hacían otro tanto. La presencia en gran número de los cazas norteamericanos sobre el convoy había sido para ellos una verdadera conmoción, pero el tiempo y la distancia jugaron a su favor y lograron escapar sin sufrir pérdidas. Los tripulantes de cada avión hablaban entre sí, liberadas sus emociones por la culminación de otra peligrosa misión. Discutían el informe sobre resultados obtenidos que presentarían al regresar a Kirovsk, y se basaban en una fórmula matemática directa. Juzgaban que uno de cada tres misiles habría dado en el blanco, aun teniendo en cuenta el fuego «SAM» enemigo. Ese día la oposición «SAM» había sido débil..., aunque ninguno de ellos se había detenido a evaluarla con exactitud. Por consenso resolvieron declarar dieciséis buques hundidos, además de ambos piquetes exteriores de sonar, que tantos malos ratos habían causado a sus camaradas de los submarinos. Los tripulantes se relajaron y bebieron el té que llevaban en sus termos, mientras consideraban su próxima visita al convoy de ochenta buques.

Los «Tomcat» se separaron cuando divisaron las montañas de Islandia. No intercambiaron comunicaciones por radio; los pilotos se hicieron señas con las manos, antes de dirigirse cada uno a su posición de patrullaje. Sabían que los radares no los podían detectar allí. El capitán de fragata Winters consultó su reloj. Los «Backfire» debían llegar dentro de unos treinta minutos.

—Qué hermosa isla —comentó el piloto de uno de los «Backfire» a su copiloto.

—Es linda para mirarla; pero, en cuanto a vivir allí..., no estoy tan seguro. Me pregunto si las mujeres serán tan bonitas como oí decir. Algún día deberemos tener «problemas mecánicos», así aterrizamos allí y lo comprobamos.

—Tenemos que conseguir que te cases, Volodya.

El copiloto rió.

—¡Cuántas lágrimas se derramarían! ¿Cómo puedo negar mi persona a las mujeres del mundo?

El piloto encendió la radio.

—Keflavik, aquí Sea Beagle Dos-Seis, control de situación.

—Sea Beagle, no tenemos contactos excepto los de su grupo. La cuenta es correcta. Los transponders de IFF acusan todo normal.

—Recibido. Cambio y corto. —El piloto apagó la radio— Así que nuestros amigos todavía están aquí, Volodya— Un lugar solitario.

—Si hay mujeres allí, y tú eres kulturny, no tienes por qué sentirte nunca solitario.

Otra voz entró en el intercomunicador:

—¿Por qué no hacen callar a ese bastardo obsesionado sexual? —sugirió el navegante.

—¿Estás estudiando para ser oficial político? —preguntó el copiloto—. ¿Cuánto falta para llegar a casa?

—Dos horas veinticinco minutos.

Cuando pasó por el desolado centro de la isla, el «Backfire» continuaba con rumbo Noroeste a seiscientos nudos.

—¡Tallyho! —dijo el piloto con calma—. A la una del reloj y más abajo. —El sistema de televisión de a bordo del «Tomcat» mostraba la silueta característica del bombardero ruso. Digan lo que quieran de los rusos —pensó Wínters—, pero los construyen hermosos.

Desvió un poco el avión, lo que apartó del blanco a la cámara montada en el morro, pero el oficial que ocupaba el asiento posterior apuntó sus binoculares al «Backfire» y pronto vio otros dos, que volaban en formación abierta.

De acuerdo con lo esperado, su rumbo era Noreste y volaban a unos nueve mil metros de altura. Winters buscó una nube grande para esconderse y la encontró. La visibilidad se redujo a pocos metros. Podría haber otro «Bacfire» allí fuera —pensó Winters, y tal vez a él también le guste volar dentro de las nubes. Eso podría arruinar la misión.

Momentos después salió de la nube, inclinó violentamente su avión y se zambulló otra vez dentro, computando tiempos y distancias. Ya tendrían que haber pasado todos los «Backfire». Tiró de la palanca de mando y su avión salió de golpe por la parte superior de la nube.

—Allí están —dijo el oficial del asiento posterior—. ¡Cuidado! Veo que hay más a las tres del reloj.

El piloto volvió a desaparecer en el interior de la nube durante otros diez minutos.

—No hay nada hacia el sur de nosotros. Ya tendrían que haber pasado todos, ¿no le parece?

—Sí, vamos a ver.

Un minuto después, Winters se preguntaba inquieto si no los había dejado alejarse demasiado, pues su sistema de televisión barrió el cielo sin encontrar nada. Paciencia, se dijo, y aumentó la velocidad a seiscientos noventa nudos. Al cabo de cinco minutos apareció un punto en la pantalla. Creció hasta convertirse en tres puntos. Estimó que se hallaba unas treinta millas detrás de los «Backfire» y con el sol a su espalda; no había forma de que pudieran verlo. El oficial del asiento posterior hizo una comprobación con el receptor de alarma de radar con respecto al aire detrás de ellos, pensando que pudiera haber más aviones; ese procedimiento se repetía tres veces por minuto. Si un caza norteamericano se encontraba volando en esa zona, ¿por qué no podía estar uno ruso?

El piloto miraba pasar los números en el indicador de su sistema de navegación inercial, mantenía un ojo en el combustible y vigilaba delante por si se producía cualquier cambio en la formación de los bombarderos rusos. Era a la vez apasionante y aburrido. Sabía el significado de lo que estaba haciendo, pero la acción en sí no era más emocionante que comandar un «747» desde Nueva York hasta Los Angeles. Volaron durante una hora, cubriendo las setecientas millas entre Islandia y la costa de Noruega.

—Aquí es donde se pone lindo —dijo el hombre de atrás—. Adelante hay un radar de advertencia aérea, parece que es Andoya. Todavía estamos a más de ciento sesenta kilómetros; probablemente nos detectarán dentro de dos o tres minutos.

—Muy bueno. —Donde había un radar de búsqueda aérea, seguramente habría también cazas— ¿Calculó ya su posición?

—Sí.

—Empiece a transmitir.

Winters hizo un viraje y puso rumbo de regreso para salir al mar.

A doscientas millas, un «Nimrod» británico que volaba en círculos recibió el mensaje y lo retransmitió a un satélite de comunicaciones.

NORTHWOOD, INGLATERRA.

El almirante Beattie hacía esfuerzos por mantener la calma, pero no le resultaba fácil, pues sus nervios permanecían tensos, sufriendo una crisis tras otra, desde el comienzo de la guerra. Doolittle era su bebé. Durante las dos horas pasadas había estado esperando el mensaje del «Tomcat». Dos habían regresado sin avisar a los rusos. Uno no lo había hecho. ¿Los estaba siguiendo de acuerdo con lo planificado, o simplemente había caído al mar?

La impresora instalada en un rincón de la sala empezó a hacer el ruido característico que el almirante había llegado a odiar: ***EYEBALLS INFORMA LIEBRES A 69/20 N, 15/45 E, A LAS 1543 Z, RUMBO 021, VELOCIDAD 580 NUDOS, ALTURA 9.***

Beattie arrancó la hoja y la entregó a su oficial de operaciones.

—Eso significa que estarán en tierra dentro de treinta y siete minutos. Suponiendo que sea el último grupo, y con quince minutos de separación, los primeros bombarderos estarán aterrizando dentro de veintidós minutos.

—¿Quince minutos a partir de ahora, entonces?

—Sí, almirante.

—¡Saque la orden de inmediato!

En treinta segundos, media docena de canales de satélite separados empezaron a transmitir el mismo mensaje.

USS CHICAGO.

Los tres submarinos norteamericanos permanecieron apoyados en el fondo del mar de Barents, cerca de la costa rusa, tan cerca, que sólo había cincuenta y dos metros de profundidad, durante un lapso que les pareció interminable, hasta que al fin recibieron la orden de desplazarse hacia el Sur. McCafferty sonrió aliviado. Los tres submarinos británicos, incluyendo al HMS Torbay, ya habían cumplido su tarea. Se habían filtrado hasta una fragata rusa y cuatro lanchas que patrullaban la línea de costa ruso—noruega, y las atacaron con torpedos. Los rusos sólo atinaron a suponer que se estaba desarrollando un esfuerzo mayor para penetrar su barrera de patrullaje, y por lo tanto enviaron su fuerza de patrullaje antisubmarino hacia el Oeste, para hacerle frente.

Con lo cual dejaban el camino libre para el Chicago y sus compañeros. Al menos eso era lo que esperaba McCafferty.

A medida que se acercaban, sus técnicos en electrónica examinaban y volvían a examinar sus marcaciones. Cuando dispararan sus misiles tenían que encontrarse en el lugar establecido.

—¿Cuánto falta para que disparemos? —preguntó el oficial ejecutivo.

—Nos lo harán saber —dijo McCafferty.

Y en ese momento, con el tableteo del mensaje enviado desde Northwood, lo supieron.

Deberían lanzar a las dieciséis cero dos Zulú.

—Arriba el periscopio.

McCafferty hizo girar el instrumento en un círculo completo. Por encima, la tormenta producía olas de más de un metro.

—A mí me parece que está despejado —dijo el oficial ejecutivo observando la pantalla táctica.

El comandante cerró de un golpe las empuñaduras del periscopio, que descendió en seguida dentro de su pozo.

—¿Ayudas electrónicas?

—Hay muchas emisiones de radar, señor —contestó el técnico— Tengo diez transmisiones diferentes en operación.

McCafferty inspeccionó el tablero informativo sobre el estado de los misiles «Tomahawk», situado sobre el lado de estribor de la central de ataque. Los tubos de los torpedos estaban cargados con dos «Mark-48» y dos misiles «Harpoon». El reloj iba desplazando sus agujas hacia las cuatro y dos minutos.

—Comenzar la secuencia de lanzamiento.

Empezaron a operar las llaves interruptoras, y las luces indicadoras de situación de las armas se encendieron en color rojo: el comandante y el oficial de armamento insertaron sus llaves en el tablero y las hicieron girar; el suboficial a cargo del panel de armas movió hacia la izquierda la palanca de disparo.... y el procedimiento de armado quedó concluido. Delante, en la proa del submarino, los sistemas de guiado de doce misiles crucero «Tomahawk» se hallaban completamente activados. Se programó en sus ordenadores de a bordo dónde comenzaría su vuelo. Ellos ya sabían dónde se esperaba que terminara.

—Inicien el lanzamiento —ordenó McCafferty.

La Ametist no formaba parte de la Marina soviética regular. Asignada principalmente a operaciones de seguridad, esa fragata de patrullaje de la clase «Grisha» estaba tripulada por hombres de la KGB, y su comandante había pasado las últimas doce horas realizando rápidas carreras cortas a gran velocidad, derivando luego con la potencia completamente reducida, hundiendo su sonar de profundidad, del tipo de helicóptero y escuchando a la manera norteamericana, más que a la rusa. Con sus motores diesel apagados, no producía ningún ruido, y su perfil corto era difícil de captar desde más de una milla. No había oído acercarse a los submarinos norteamericanos.

El primer «Tomahawk» rompió la superficie del mar de Barents a las 16:01:58, a dos mil metros de la fragata rusa. El vigía tardó uno o dos segundos en reaccionar. Cuando vio la forma cilíndrica que ascendía sobre su cohete impulsor y comenzaba a describir un arco hacia el Sudoeste, se le formó una helada pelota en el estómago.

—¡Comandante! ¡Un misil lanzado a estribor!

El comandante corrió hacia el alerón del puente y miró pasmado, en el momento en que un segundo misil cortaba la superficie; después, entró de un salto en el puente cubierto.

—¡A sus puestos de combate! Sala de radio, llame al comando de la flota, informe lanzamiento de misiles enemigos desde el cuadro de la parrilla 451/679..., ¡de inmediato! ¡Adelante a toda máquina! ¡Timón a la derecha!

Los motores diesel de la fragata rugieron con la máxima potencia.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó el suboficial sonarista.

El submarino se estremecía cada cuatro segundos por los lanzamientos de los misiles, pero...

—Control, aquí sonar, tenemos un contacto con marcación cero nueve ocho. Diesel, buque de superficie, suena como una «Grisha», ¡y está cerca, señor!

—¡Arriba el periscopio! —McCafferty hizo girar el periscopio y colocó las empuñaduras en la posición de máximo aumento; vio la fragata rusa que viraba violentamente—. ¡Tiro de urgencia! ¡Preparen! Blanco de superficie, marcación cero nueve siete, distancia. —Trabajó un instante con el control del telémetro—. Uno seiscientos, rumbo, ¡mierda!, está alejándose en viraje. Que sea cero nueve cero, velocidad veinte. —Demasiado cerca para un tiro con misil, tenía que atacar con torpedos—. ¡Abajo el periscopio!

El hombre del control de fuego pulsó las cifras en el ordenador, el cual tardó once segundos en digerir la información.

—¡Listo! Tubos uno y tres.

—Inundando los tubos, puertas exteriores abiertas... ¡Listo! —dijo el oficial ejecutivo.

—Ajusten marcaciones y abran... ¡Fuego!

—Uno disparado, tres disparado. —El oficial ejecutivo luchaba para imponerse a sus emociones; *¿de dónde había salido esa «Grisha»?*—. Recarguen con torpedos 48.

—¡Último pájaro fuera! —comunicó el técnico en misiles— Lanzamiento terminado.

—¡Todo timón a la izquierda!

La fragata Ametist nunca llegó a ver el lanzamiento de misiles detrás de ella. Los hombres estaban demasiado ocupados corriendo a sus puestos de combate, mientras el comandante ordenaba plena potencia y el oficial de armamento del buque subía corriendo en calzoncillos para operar los lanzadores de cohetes. No necesitaban el sonar para eso; podían ver demasiado bien dónde se encontraba el submarino... ¡Lanzando misiles contra la Madrepatria!

—¡Disparen cuando esté listo! —gritó el comandante.

El pulgar del teniente oprimió la llave del disparo. Doce cohetes antisubmarino describieron un arco en el aire.

—¡Ametist! —chilló la radio—. Repita su mensaje... ¿Qué misiles? ¿Qué clase de misiles?

El USS Providence descargó su último misil exactamente cuando la fragata disparó contra él. El comandante ordenó velocidad máxima y un brusco viraje en el momento en que los cohetes llegaban al punto más alto, giraban y caían en dirección a su submarino. Cayeron en un amplio sector circular, diseñado para cubrir la mayor zona posible. Dos explotaron a unos cien metros, lo bastante cerca como para provocar un sobresalto, pero no para producir años. El último entró en el agua directamente sobre la torreta del submarino. Un segundo después, explotó la cabeza de guerra de veintitrés kilogramos.

El comandante de la Ametist ignoró la radio mientras trataba de decidir si su primera salva había dado en el blanco o no. El último cohete había explotado más rápido que los otros. Estaba a punto de dar la orden de disparar de nuevo cuando el oficial del sonar le informó que se acercaban dos objetos desde atrás, y en el acto gritó órdenes al timonel. La nave ya llevaba la máxima velocidad mientras el altavoz de la radio seguía lanzando fuertes gritos.

—¡Los dos pescados captaron el blanco!

—¡Arriba periscopio!

McCafferty lo dejó subir todo el recorrido antes de bajar las empuñaduras. Con el aumento máximo, la fragata «Grisha» casi llenaba las lentes, y en ese momento ambos torpedos hicieron impacto en la banda de babor y la fragata patrullera de mil toneladas se desintegró ante sus ojos. Hizo dar una vuelta completa al periscopio, barriendo el horizonte para comprobar que no hubiera otros buques enemigos.

—Muy bien, está todo despejado.

—Eso no va a durar mucho. Estaba atacando al Providence, señor.

—Sonar, ¿qué tiene en cero nueve cero? —preguntó McCafferty.

—Mucho ruido producido por el pescado, señor, pero creo que también están soplando aire en cero nueve ocho. —Vamos hacia allá.

McCafferty mantuvo alto el periscopio mientras el oficial ejecutivo conducía el submarino hacia el Providence. La patrullera «Grisha» había quedado totalmente destruida. Sumados, ambos torpedos llevaban una carga de casi setecientos cincuenta kilos de alto explosivo. Vio dos balsas salvavidas que se habían inflado automáticamente al tocar el agua, pero ningún hombre.

—El Boston lo está llamando por el gertrude, jefe. Quiere saber qué diablos pasó.

—Dígaselo. —El comandante ajustó ligeramente el periscopio—. Bueno, allá está, ya sale a superficie..., ¡cielo santo!

La torreta del submarino estaba dañada, su tercio posterior había desaparecido por entero, y el resto se veía desgarrado. Uno de los planos de inmersión colgaba como el ala de un pájaro herido, y los periscopios y mástiles que surgían de la estructura se hallaban doblados con la forma de una escultura moderna.

—Trate de conseguir comunicación con el Providence por el gertrude.

En esos momentos había sesenta misiles «Tomahawk» en el aire. Al abandonar el agua, los cohetes de combustible sólido los habían impulsado a una altura de trescientos metros; allí habían desplegado sus pequeñas alas y las aletas de entrada de aire para el motor de reacción. Tan pronto como empezaron a funcionar sus motores jet, los «Tomahawk» iniciaron un suave descenso que terminó a diez metros sobre la tierra. Los sistemas de radares de a bordo barrían hacia delante para mantener a los misiles cerca de la superficie, y para seguir además los accidentes del terreno según las coordenadas del mapa, almacenadas en la memoria de sus

ordenadores. Seis radares soviéticos distintos detectaron la fase de impulsión de los misiles, pero luego los perdieron cuando aquéllos descendieron a baja altura.

Los técnicos rusos cuya tarea consistía en vigilar ante un posible ataque nuclear contra su madre patria, tenían los nervios tan tensos como sus contrapartes occidentales, y las semanas que llevaban de conflicto convencional, sumadas a las continuas situaciones de alerta máxima, estaban a punto de producirles una crisis nerviosa. En cuanto detectaron a los «Tomahawk» surgiendo del mar, la alarma de ataque con misiles balísticos fue transmitida en el acto a Moscú. La alerta visual contra misiles del Ametist llegó al comando general naval en Severomorsk casi con la misma velocidad, y se envió de inmediato una alerta Thunderbolt; el prefijo de la palabra clave garantizaba la instantánea retransmisión al Ministerio de Defensa. La autoridad de lanzamiento para los misiles antibalísticos desplegados alrededor de Moscú quedó automáticamente delegada a los comandantes de las baterías, y aunque pasaron varios minutos antes de que los oficiales de radar pudieran confirmar a Moscú, y para su satisfacción, que los misiles habían caído de sus pantallas y no se hallaba0n cumpliendo trayectorias balísticas, las defensas permanecieron alerta, y en todo el norte de Rusia los interceptores de defensa aérea despegaron con suma urgencia.

Los misiles no podrían haber tenido conciencia del furor que habían desatado. En ese punto, la costa rusa estaba formada por acantilados rocosos que luego daban paso a la tundra, zona pantanosa de los climas septentrionales. Era un terreno ideal para los misiles crucero, que se estabilizaron en trayectorias de vuelo a escasos metros sobre las ciénagas a una velocidad de quinientos nudos. Todos pasaron volando sobre el lago Babozero, su primer punto de referencia en la navegación, y desde allí sus rumbos se diferenciaron.

Los cazas soviéticos que estaban despegando no tenían idea de cuál era su objetivo. La información de radar les había dado rumbo y velocidad de los blancos, pero si eran misiles crucero podían llegar hasta las costas del mar Negro. También podían estar apuntados hacia Moscú, y encontrarse ahora volando en un rumbo de engaño muy apartado de la trayectoria directa a la capital soviética. Siguiendo órdenes de sus controladores de tierra, los interceptores se situaron al sur del mar Blanco, y encendieron sus radares de búsqueda para ver si podían detectar a los misiles que iban cruzando la superficie llana.

Pero no estaban dirigidos a Moscú. Esquivando las ocasionales elevaciones, los misiles continuaron volando en un rumbo de dos uno tres hasta que llegaron al monte de pinos. Uno a uno viraron pronunciadamente a la derecha y cambiaron el rumbo a dos nueve cero. Uno de los misiles quedó fuera de control y se precipitó a tierra; otro falló en el cambio de rumbo y continuó hacia el Sur. El resto siguió hacia sus blancos.

SEA EAGLE DOS-SEIS.

El último bombardero «Backfire» volaba en círculos sobre Umbozero-Sur, esperando para aterrizar. El piloto observó el combustible. Le quedaban unos treinta minutos, no había tanta prisa. Por razones de seguridad habían dividido a los tres regimientos entre cuatro bases aéreas agrupadas al sur de la ciudad minera de Kirovsk. las altas montañas que rodeaban la ciudad tenían poderosos radares y baterías móviles de «SAM» para rechazar un eventual ataque aéreo de la OTAN. El piloto vio que la mayor parte de las fundiciones aún estaban trabajando, y el humo se levantaba de las altas chimeneas.

—Sea Eagle Dos-Seis, está autorizado a aterrizar —dijo finalmente la torre.

—¿Quién será esta noche, Volodya?

—Flaps, veinte grados. Velocidad doscientos. Tren de aterrizaje abajo y trabado. Irina Petrovna, creo. Aquella flaca, alta, de la oficina telefónica.

—¿Qué es eso? —preguntó el piloto.

Un objeto pequeño y blanco apareció de pronto en la pista, frente a él.

El primero de los doce misiles «Tomahawk» asignados a Umbozero-Sur atravesó la pista en un suave ángulo y, en ese instante, la cubierta de la nariz roma se desprendió de la estructura y varios cientos de pequeñas bombas empezaron a llenar la zona. Diecisiete «Backfire» se hallaban ya en tierra. A diez de ellos los estaban reabasteciendo de combustible los camiones cisterna en lugares abiertos; los otros ya se hallaban rearmados y listos para una nueva misión, dispersados en plataformas de cemento. Cada pequeña bomba equivalía a una granada de mortero. El «Tomahawk» dejó caer su carga completa; luego, tomó altura en la vertical, entró en pérdida de velocidad y se precipitó a tierra, añadiendo su propia carga de combustible a la destrucción. Uno de los «Backfire» que ya estaba listo fue el primero. Dos pequeñas bombas cayeron sobre sus alas y el bombardero estalló y se elevó al cielo convertido en una bola de fuego.

El piloto del Dos-Seis adelantó los aceleradores y trepó, alejándose del circuito de pista, observando horrorizado cómo explotaban diez bombarderos ante sus ojos. Reveladoras nubecitas de humo le indicaban que muchos otros habían sufrido daños menos serios. En dos minutos había pasado todo. Los camiones para accidentes corrían como juguetes a lo largo de las pistas de cemento, mientras muchos hombres actuaban con mangueras de extinción de incendios sobre los camiones y aviones en llamas. El piloto puso rumbo Norte y vio que también desde allí se elevaba humo.

—Quince minutos de combustible. Será mejor que encuentres pronto un lugar —advirtió Volodya.

Viraron a la izquierda, hacia Kirovsk-Sur, donde se repetía la misma historia. El tiempo del ataque había sido calculado de manera que los misiles alcanzaran los cuatro blancos simultáneamente.

—Afrikanda, aquí Sea Eagle Dos-Seis. Tenemos poco combustible y necesitamos aterrizar de inmediato. ¿Nos autoriza a hacerlo allí?

—Afirmativo, Dos-Seis. Tiene pista libre. El víento sopla desde los dos seis cinco, a veinte.

—Muy bien, estamos en recta final. Corto. —El piloto preparó el avión— ¿Qué diablos fue eso? —preguntó a Volodya.

USS CHICAGO.

—Hemos perdido las comunicaciones, control de fuego no funciona, planos de transmisión averiados. Hemos detenido las entradas de agua. Los motores están bien, podemos navegar —dijo el comandante del USS Providence a través del gertrude.

—Muy bien, quede atento. —El Boston también se hallaba cerca—. Todd, aquí Danny. ¿Qué piensas?

—No podrá salir solo. Sugiero que enviemos fuera al resto. Tú y yo lo escoltaremos.

—De acuerdo. Tú sígueme en la salida. Trataremos de despejar tan pronto como podamos.

—Buena suerte, Danny. —El Boston levantó su antena de radio e hizo una rápida transmisión. Un minuto después, el sonar del Chicago recibió el ruido de los otros submarinos que iniciaban su navegación hacia el Norte.

—Providence, recomiendo que venga a rumbo cero uno cinco a la mayor velocidad que pueda. Nosotros le cubriremos la popa. El Boston se reunirá más tarde con usted y ambos lo escoltaremos hasta el pack de hielo.

—Ustedes no deben arriesgarse, nosotros podemos...

—¡Mueva ya su maldito buque! —gritó McCafferty por el micrófono.

Era exactamente tres meses más antiguo en jerarquía que su colega del Providence. El submarino herido se sumergió y puso rumbo a quince nudos. La estructura de su torreta dañada sonaba como un vagón de chatarra dentro del agua, pero nada podían hacer para evitarlo. Si los submarinos querían tener alguna posibilidad de sobrevivir, habían de poner toda la distancia posible entre ellos y el punto de disparo.

MOSCú, URSS.

Mikhail Sergetov miró al grupo de hombres todavía pálidos por lo que podría haber ocurrido.

—Camarada ministro de Defensa —dijo el secretario general— ¿Puede informarnos de lo que ha sucedido?

—Parecía que submarinos enemigos lanzaron varios misiles crucero contra algunas de nuestras bases aéreas del Norte. Evidentemente, su objetivo era destruir unos cuantos de nuestros bombarderos «Backfire». Cuál fue el éxito logrado..., aún no lo sé.

—¿Desde dónde lanzaron esos misiles? —preguntó Pyotr Bromkovskii,

—Estaban al este de Múrmansk, a menos de treinta kilómetros de nuestra costa. Una fragata vio e informó sobre el lanzamiento, luego desapareció. En este momento hemos puesto aviones para buscarla.

—¡Cómo demonios llegaron hasta aquí! Si ese submarino hubiera lanzado misiles balísticos contra nosotros —preguntó indignado Bromkovskii—, ¿cuánto tiempo de advertencia habríamos tenido?

—Seis o siete minutos.

—¡Maravilloso! Nosotros no podemos reaccionar tan rápido. ¿Cómo puede permitirles que lleguen tan cerca?

—Pero no saldrán, Petya, ¡eso se lo prometo! —replicó el ministro de Defensa con vehemencia.

El secretario general se inclinó hacia delante.

—¡Usted se encargará de que esto no vuelva a ocurrir nunca más!

—Ya que estamos todos aquí, camaradas —intervino Sergetov—, ¿podría el camarada ministro de Defensa referirse a los hechos que se han desarrollado entre ayer y hoy en el frente alemán?

—Las fuerzas de la OTAN están muy agotadas, al límite del punto de quebranto. Como nos lo ha informado la KGB sus abastecimientos han descendido a un nivel críticamente bajo, y con los sondeos diplomáticos de los últimos días pienso que podemos suponer con cierto grado de seguridad que la OTAN está al borde de la desintegración política. Todo lo que debemos hacer es seguir ejerciendo nuestra presión, ¡y ellos tendrán que derrumbarse!

—¡Pero nosotros también nos estamos quedando sin combustible! —dijo Bromkovskii—. El ofrecimiento que nos han hecho los alemanes es razonable.

—No —El ministro de Relaciones Exteriores meneó enfáticamente la cabeza— Eso no nos da nada.

—Nos da la paz, camarada —dijo Bromkovskii con calma— Si nosotros continuamos..... tengan en cuenta, mis amigos, tengan en cuenta lo que todos estábamos pensando hace unas pocas horas cuando llegó la alarma de los misiles.

Por primera vez, comprendió Sergetov, el viejo había destacado un punto en el que todos estaban de acuerdo. Después de semanas y meses de promesas, planes y seguridades sobre cómo podrían mantenerse las cosas bajo control, esa falsa alarma en particular les había obligado a mirar lo que se presentaba junto al borde del abismo. Durante diez minutos temieron que se hubiera perdido el control, y todas las bravatas del ministro de Defensa no lograron que lo olvidaran.

Después de un momento de consideración, habló el secretario general.

—Nuestros representantes se reunirán con los alemanes dentro de pocas horas. El ministro de Relaciones Exteriores nos informará mañana sobre lo sustancial de su nuevo ofrecimiento.

De esta manera finalizó la sesión. Sergetov juntó sus notas en el portafolio de cuero, abandonó la sala y bajó la escalera hasta su automóvil oficial. Un joven ayudante le abría la puerta, cuando se oyó una voz que llamaba:

—Mikhail Eduardovich, ¿puedo ir con usted? Mi automóvil está averiado.

Era Boris Kosov, presidente del Comité de Seguridad del Estado, la KGB.

MOSCU, URSS.

—¿Quiere que viajemos juntos, Mikhail Eduardovich? ¿Tal vez podamos hablar?

A Sergetov se le heló la sangre, aunque logró ocultarlo. «¿Sería posible que el jefe de la KGB no pareciera siniestro?» se preguntó. Nacido en Leningrado, como Sergetov, Kosov era un hombre bajo y gordo que se había hecho cargo de la KGB después de dirigir el sombrío «Departamento General» del Comité Central. Tenía una risa alegre cuando quería y, en otra personificación, podía parecerse al Abuelo de las Nieves, la versión de Santa Claus aceptable para el Estado. Pero en ese momento no interpretaba otro papel que el de su cargo.

—Por cierto, Boris Georgiyevich —dijo Sergetov, y señaló a su conductor—, puede hablar abiertamente. Vitaly es un buen hombre.

—Ya lo sé —replicó Kosov—. Hace diez años que trabaja para nosotros. —Sergetov no necesitó más que mirar la parte posterior del cuello de su chófer para saber que Kosov decía la verdad.

—¿Y de qué hablaremos?

El director de la KGB buscó en el interior de su portafolios y extrajo un aparato del tamaño de un libro de bolsillo. Movió una llavecita y se oyó un desagradable zumbido.

—Es un aparatito nuevo diseñado en Holanda, muy útil —explicó— Produce un ruido que anula la capacidad de casi todos los micrófonos. Algo que tiene que ver con las armónicas, según me dijo mi gente.

Luego su actitud cambió bruscamente.

—Mikhail Eduardovich, ¿usted comprende el significado del ataque norteamericano sobre nuestras bases aéreas ?

—Un hecho alarmante, por cierto, pero...

—Yo no lo veo así. Varios convoyes de la OTAN están en el mar. Uno muy importante zarpó de Nueva York hace varios días. Lleva a Europa dos millones de toneladas de material esencial de guerra, además de una división norteamericana completa. Al destruir cierta cantidad de nuestros bombarderos, la OTAN ha reducido significativamente nuestra capacidad para atacar los convoyes. También han despejado el camino para efectuar ataques directos contra el suelo soviético.

—Pero Islandia...

—Ha sido neutralizada.

Kosov explicó lo que había ocurrido con los cazas soviéticos en Keflavik.

—¿Usted me está diciendo que vamos mal en la guerra? Entonces, ¿por qué Alemania está haciendo sondeos de paz?

—Sí, ésa es una muy buena pregunta.

—Si usted tiene sospechas, camarada director, ¡no debería traérmelas a mí!

—Voy a contarle una historia. En el pasado mes de enero, cuando me hicieron la cirugía del bypass, el control diario de la KGB pasó al primer vicepresidente, Josef Larionov. ¿Usted conoce al pequeño Larionov?

—No, nunca ocupó su puesto en las reuniones del Politburó... ¿Y qué ocurrió con el Consejo de Defensa? —La cabeza de Sergetov giró de golpe— ¿Ellos no le consultaron? Usted ya se estaba recuperando.

—Una exageración. Yo estuve muy enfermo durante dos semanas; pero, como es natural, esa información se mantuvo en secreto. Pasó otro mes entero hasta que yo pudiera hacerme cargo completamente. Los miembros del Consejo de Defensa no quisieron dificultar mi recuperación y, por lo tanto, llamaron al joven y ambicioso Josef Larionov para que les proporcionara el asesoramiento oficial de la KGB en cuanto a Inteligencia. Como usted puede imaginarse, en los servicios de Inteligencia tenemos muchas escuelas de pensamiento..., no es como su preciosa ingeniería, en la que todo se descompone en pequeños y definidos números y gráficos. Nosotros tenemos que mirar dentro de las cabezas de hombres que con demasiada frecuencia ignoran ellos mismos que piensan sobre determinado asunto. A veces me pregunto por qué no empleamos gitanas adivinas..., pero me estoy apartando del tema.

»La KGB mantiene lo que llamamos la Apreciación Estratégica de Inteligencia. Éste es un documento que se actualiza diariamente y que nos proporciona la estimación del potencial político y militar de nuestros adversarios. Por la naturaleza del trabajo que hacemos y por los serios errores cometidos en el pasado, tenemos tres grupos de asesoramiento que hacen la apreciación: Mejor Caso, Peor Caso y Caso Intermedio. Los nombres son autoexplicativos, ¿verdad? Cuando hacemos una presentación ante el Politburó, generalmente usamos el Caso Intermedio y, por obvias razones, anotamos nuestras apreciaciones con información de las otras dos.

—De modo que cuando lo llamaron a él para hacer su asesoramiento al Politburó...

—Sí, el joven Josef, el ambicioso hijo de puta que quiere mi puesto como un lobo quiere una oveja, fue lo suficientemente listo como para llevar las tres con él. Cuando vio lo que ellos querían, les dio lo que ellos querían.

—Pero, cuando usted volvió, ¿por qué no corrigió el error?

Kosov sonrió con ironía.

—Misha, Misha, a veces parece encantadoramente ingenuo. Yo debí haber matado a ese hijo de perra, pero no fue posible. Josef está muy enfermo, aunque él no lo sabe. El momento aún no ha llegado —dijo Kosov, como si estuviera hablando de las vacaciones— Por ahora, la KGB se halla dividida en varias facciones. Josef controla una. Yo controlo otra. La mía es más grande, pero no decisivamente. A él lo escuchan el secretario general y el ministro de Defensa. Yo soy un hombre viejo y enfermo..., ellos me lo han dicho. De no haber sido por la guerra, ya me habrían remplazado.

—¡Pero él mintió al Politburó! —exclamó Sergetov.

—De ninguna manera. ¿Usted cree que Josef es estúpido? Él entregó una apreciación de Inteligencia oficial de la KGB hecha durante mi dirección, por mis jefes de departamentos.

—Usted me está diciendo que esto es un error. ¿Por qué me está diciendo todo esto? Teme perder su puesto, y busca el apoyo de otro miembro del Politburó. ¿Es eso todo?

—Exactamente —contestó Kosov— Mala suerte y falta de juicio en nuestra industria del petróleo..., no es culpa suya, por supuesto. Agréguele ciertos temores en los corazones de la jerarquía de nuestro Partido, cierta ambición en uno de mis subordinados, el sentido de importancia del ministro de Defensa, y la total estupidez de Occidente..., y aquí estamos.

—Entonces, ¿qué cree usted que deberíamos hacer? —preguntó cautelosamente Sergetov.

—Nada. Pero le pido que no olvide que tal vez en la próxima semana se decida la culminación de la guerra. ¡Ah! —exclamó— Mire, ya han reparado mi automóvil. Puede detenerse aquí, Vitaly. Gracias por el paseo, Misha. Buenos días.

Kosov guardó su aparatito de interferencia y bajó del auto.

Mikhail Eduardovich Sergetov contempló un momento la limusina de la KGB, que arrancó y desapareció al dar la vuelta en la esquina. A lo largo de su vida había intervenido en muchas

jugadas por el poder, la trepada de Sergetov en la escala del Partido había sido algo más que un ejercicio de eficiencia. Muchos hombres se habían interpuesto en su camino y debió barrerlos a un lado; muchas carreras prometedoras habían quedado destruidas para que él pudiera sentarse en su automóvil Zil y aspirar al verdadero poder de su país. Pero ningún juego había sido tan peligroso como éste. No conocía las reglas; no sabía con seguridad qué era lo que en realidad se proponía Kosov. ¿Sería cierta la historia que acababa de contarle? ¿Podría estar tratando de cubrir sus propios flancos por errores cometidos por él mismo, con la intención de cargarlos todos a la cuenta de Josef Larionov? Sergetov no recordaba haber conocido nunca al primer vicepresidente.

—Directo a la oficina, Vitaly —ordenó Sergetov. Estaba demasiado inmerso en sus pensamientos para preocuparse por las otras actividades de su chófer.

NORTHWOOD, INGLATERRA.

Toland inspeccionó las fotografías del satélite con gran interés. El satélite «KH-11» había pasado sobre Kirovsk cuatro horas después del ataque con los misiles y sus señales fueron recibidas en el acto en el centro de comando de la OTAN. Había tres fotos de cada una de las bases de los «Backfire». El oficial de Inteligencia tomó una agenda e inició su cuenta, decidido a hacer un cálculo más bien conservador. Los únicos aviones que contó como destruidos fueron los que tenían destrozadas partes muy grandes de sus estructuras o estaban incendiados.

—Estimamos que la fuerza total era de unos ochenta y cinco aviones. Creo que hay veintiuno totalmente destruidos y otros treinta, aproximadamente, con averías. las instalaciones de las bases recibieron un fuerte castigo. Lo único que me gustaría saber es qué gravedad alcanzaron las bajas de personal. Si matamos muchas tripulaciones también..., los «Backfire» están fuera de servicio durante una semana por lo menos. Aún cuentan con los «Badger»; pero esos pájaros tienen patas más cortas y son mucho más fáciles de destruir. Almirante, hemos ganado otro juego de pelota.

El almirante Sir Charles Beattie sonrió. Su propio especialista de Inteligencia había dicho casi exactamente lo mismo.

BASE LANGLEY DE LA FUERZA AÉREA, VIRGINIA.

El interceptor «F-15» pasó velozmente sobre la pista, a una altura de treinta metros. Cuando cruzaba frente a la torre, la mayor Nakamura efectuó un tonel lento con su caza; luego completó un viraje para aterrizar. ¡Era un as! ¡Tres bombarderos «Badger» y dos satélites! La primera mujer as en la historia de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. El primer As del Espacio.

Rodó hasta detenerse frente al refugio, bajó de un salto por la escalerilla y corrió hacia el comité de recepción. El segundo comandante del Comando Aéreo Táctico tenía la cara roja de ira.

—Mayor, ¡si usted vuelve a hacer una cosa como ésa, le daré un puntapié en el trasero y la mandaré de vuelta al primer año de la Academia!

—Sí, señor. Lo siento, señor —sonrió, pues nada podría arruinarle el día—. No volverá a suceder, señor. Uno llega a ser as solamente una vez, señor.

—Inteligencia dice que Iván tiene un «RORSAT» más, listo para lanzar. Probablemente lo pensarán un poco antes del lanzamiento —dijo el general, en parte ya calmado.

—¿Han armado algunos otros pájaros? —preguntó Buns.

—Están trabajando en dos, y podríamos tenerlos para fin de semana. Si lo conseguimos, su próximo blanco será el satélite ruso de reconocimiento fotográfico. Hasta ahora, los «RORSAT» tienen la más alta prioridad. —El general sonrió brevemente— No se olvide de pintar esa quinta estrella en el pájaro, mayor.

NORFOLK, VIRGINIA.

Habrían zarpado de todos modos. La destrucción del «RORSAT» soviético sólo aumentaba la seguridad. Primero iban los destructores y las fragatas, abriéndose en abanico, buscando submarinos bajo una sombrilla protectora de aviones de patrullaje. Después, los cruceros y los portaaviones. En último término, los buques de Little Creck, Tarawa, Guam, Nassau, Inchon y otros veinte. Más de sesenta buques en total formaron en tres grupos e iniciaron la navegación hacia el Nordeste a veinte nudos. Sería un viaje de seis días.

USS PREVAIL.

Ni siquiera a tres nudos navegaba bien. El buque tenía apenas un poco más de sesenta metros de eslora, y respondía a cada ola como un caballo a una valla. Llevaba una tripulación mixta; no era realmente naval, ni tampoco realmente civil. Los civiles comandaban el buque, y el personal naval tenía a su cargo el equipamiento electrónico. Todos coincidían en que lo verdaderamente asombroso era que todavía estuvieran vivos.

El Prevail era un barco de pesca modificado. En vez de llevar una red, tiraba de un sonar de arrastre enganchado al final de un cable de mil ochocientos metros lleno de sensores de sonar. las señales que recibían las preprocesaban en los ordenadores de a bordo y luego las enviaban vía satélite a Norfolk, a una velocidad de treinta y dos mil bits de información por segundo. El buque navegaba impulsado por silenciosos motores eléctricos, y en su casco habían instalado el sistema «Prairie/Masker» para eliminar hasta el mínimo ruido que producían sus máquinas. Las estructuras superiores estaban construidas con fibra de vidrio, para reducir las posibilidades de detección por radar. En un sentido muy realista, era uno de los primeros buques «Stealth», y a pesar de que no llevaba más armas que un rifle para defenderse de los tiburones, era también la plataforma antisubmarina más peligrosa que se hubiera construido en la Historia. El Prevail y otros buques hermanos iban cruzando el Atlántico Norte en una ruta que describía un gran círculo entre Terranova e Irlanda, escuchando el ruido delator de algún submarino soviético en tránsito. Dos de ellos ya tenían pintadas en sus puertas las siluetas de submarinos hundidos, dado que cada uno viajaba apoyado por un avión patrullero «Orion» que se hallaba en continua espera, y los soviéticos habían tenido dos veces la mala suerte de acercarse a uno de ellos. Pero su misión no consistía en destruir submarinos. Sólo debían advertir a otros acerca de su presencia, a la mayor distancia posible.

En la central de operaciones que tenía el Prevail, un grupo de técnicos oceanográficos observaba un banco de pantallas tipo televisión, mientras otros tripulantes trabajaban sobre los rastros de cualquier cosa que pudiera hallarse lo bastante cerca como para significar una amenaza.

Un suboficial pasó el dedo sobre una línea borrosa que aparecía en una de las pantallas.

—Ése debe de ser el convoy que salió de Nueva York.

—Sí —confirmó el técnico que estaba a su lado— Y allí están los tipos que quieren encontrarlos.

USS REUBEN JAMES.

—Al menos no vamos a estar solos —observó O'Malley.

—¿Siempre tienes esa actitud positiva? —le preguntó Ernst.

—Nuestros amigos rusos deben contar con una Inteligencia excelente. Quiero decir que los muchachos de la Fuerza Aérea efectivamente consiguieron destruir el satélite soviético.

El capitán de fragata Perrin depositó en la mesa su taza de café. Los cinco oficiales estaban reunidos en la cámara de Morris. Perrin había llegado en el helicóptero de la Battleaxe.

—Sí, de manera que ellos conocen nuestra composición —dijo Morris— Y estarán deseando reducir el grupo todo lo posible.

El mensaje de Norfolk afirmaba crudamente que por lo menos seis submarinos soviéticos se dirigían hacia el convoy, según lo estimado. Cuatro estarían en el Norte. Ésa era su área de responsabilidad.

—Ya tendríamos que estar recibiendo alguna información del sonar de arrastre en estos momentos —dijo Morris— Jerry, ¿usted puede cumplir tres días de operaciones continuadas?

O'Malley rió.

—Si digo que no, ¿le importa?

—Yo creo que debemos mantenernos juntos y cerca —opinó Perrin— Cinco millas de separación, como máximo. Lo que debemos hacer es coordinar en tiempo nuestras carreras al frente. El convoy quiere mantener el rumbo más recto posible. ¿Correcto?

—Sí —asintió Morris— No se puede culpar al comandante por ello. Zigzaguear con todos esos buques causaría quizá tanta confusión como un verdadero ataque.

—Oigan, la buena noticia es que no habrá más «Backfire» por un tiempo —señaló O'Malley—. Volvemos a la amenaza en una sola dimensión.

El avance del buque se redujo al disminuir la potencia. La fragata estaba terminando una carrera de veintiocho nudos y ahora derivaría durante varios minutos a cinco nudos para permitir que funcionara su sonar pasivo.

USS CHICAGO.

—Contacto de sonar, marcación tres cuatro seis.

Setecientas millas hasta el pack de hielo —pensó McCafferty, mientras se dirigía a proa— *A cinco nudos*.

Se hallaban en aguas profundas. Había sido una jugada arriesgada, pero buena, escapar de la costa a quince nudos, a pesar del ruido que hacía el Providence. Alcanzar la curva de profundidad de cien brazas les había costado cuatro horas, durante las cuales sufrieron una tensión constante, preocupados por la reacción de los rusos frente al ataque con los misiles. Ante todo, ellos habían enviado aviones de patrullaje antisubmarino, los omnipresentes «Bear», que lanzaban sonoboyas. Pero pudieron evitarlas. El Providence aún tenía en operaciones la mayor parte de sus sistemas de sonar, y si bien no podía defenderse, por lo menos estaban en condiciones de oír llegar el peligro.

Durante esas cuatro horas de navegación, el submarino herido sonaba como un conjunto de gaitas, y McCafferty no quería ni pensar cómo había hecho para continuar, con sus planos de inmersión colgando como ropa a secar al viento. Pero eso había quedado atrás. Ahora estaban en doscientos metros de agua. Con sus sonares de arrastre extendidos, disponían de un medio extra de advertencia ante un peligro que se aproximara. El Boston y el Chicago navegaban a tres millas a cada lado de su hermano herido. *Setecientas millas a cinco nudos* —pensó McCafferty— *Casi seis días...*

—Muy bien, ¿qué tenemos aquí, suboficial?

—Entró despacio, señor, así que tal vez se trate de una trayectoria directa. El régimen de cambio de marcación también es muy lento. Mi primera estimación es que podría ser un submarino diesel navegando con baterías, y cerca.

El suboficial sonarista no mostraba emoción alguna. El comandante se echó hacia atrás en la central de ataque.

—Caiga a la derecha, a cero dos cinco.

El timonel aplicó cinco grados de timón derecho, llevando suavemente el submarino a un rumbo general Nordeste. A cinco grados, el Chicago era «un agujero en el océano» que prácticamente no hacía ningún ruido, pero el contacto estaba casi igualmente silencioso. McCafferty observó en la pantalla los ligeros cambios de forma de la línea, durante un período de varios minutos.

—Perfecto, tenemos un cambio de marcación al contacto, Ahora es tres cuatro uno.

—¿Joe? —preguntó McCafferty a su oficial ejecutivo.

—Aprecio la distancia en ocho mil metros, más o menos. Está en rumbo recíproco, velocidad alrededor de cuatro nudos.

Demasiado cerca —pensó el comandante— *Aunque quizás aún no nos oiga.*

—Vamos a atacarlo.

Regularon un torpedo «Mark—48» regulado con la mayor velocidad, que viró cuarenta grados a la izquierda al salir del tubo y luego se estabilizó en dirección al contacto, con sus cables de guiado extendidos hacia atrás, hasta el submarino. Los sonaristas dirigieron el pescado hacia su blanco mientras el Chicago se alejaba lentamente del punto de lanzamiento. De pronto, el sonarista jefe levantó la cabeza como movida por un resorte.

—¡Lo ha oído! Acaba de acelerar los motores. Puedo contar las vueltas de hélice... Es un «Foxtrot», y está girando para quince nudos. Ruidos metálicos, está inundando los tubos.

El torpedo aceleró y encendió su radar de autoguiado. El «Foxtrot» sabía que lo habían encontrado y su comandante reaccionó automáticamente, aumentando la velocidad y ordenando un pronunciado viraje a estribor; luego, lanzó un torpedo autoguiado sobre la línea de marcación de su atacante. Por último se sumergió profundamente, esperando poder quitarse de encima el pescado que se acercaba.

El brusco viraje dejó un remolino en el agua, una zona de turbulencia que confundió brevemente al «Mark-48», pero luego el torpedo cargó para atravesarla y, al salir otra vez a aguas tranquilas, encontró de nuevo su blanco. Descendió en dirección al «Foxtrot» y se estrelló contra él a una profundidad de ciento veinte metros.

—La marcación cambia rápidamente en el que viene hacia aquí —dijo el suboficial del sonar— Va a pasar bastante detrás de nosotros... ¡Impacto; dimos en el blanco!

El ruido retumbó a través del casco de acero como un trueno distante. McCafferty enchufó unos auriculares a tiempo de oír los frenéticos intentos del «Foxtrot» para soplar aire y salir a superficie, y el chirriar de los mamparos que cedían. Pero no oyó el último acto del comandante: ordenó lanzar la boya de rescate situada en el rincón posterior de la torreta. La boya llegó a la superficie, quedó flotando y empezó a transmitir un mensaje continuamente repetido. A bordo del «Foxtrot», todos los hombres ya habían muerto, pero la boya de rescate informó al cuartel general de la flota dónde habían muerto..., y varios submarinos y buques de superficie partieron en seguida hacia ese punto.

USS REUBEN JAMES.

O'Malley operó los controles y ascendió a ciento cincuenta metros. Desde esa altura podía ver el borde norte del convoy, que se extendía hacia el Sudoeste. Había varios helicópteros en el aire..., alguien tuvo esa buena idea. Muchos de los buques mercantes llevaban como carga de cubierta helicópteros del Ejército, y muchos estaban en condiciones de vuelo. Sus tripulantes salían en ellos a patrullar el perímetro del convoy, buscando periscopios. Si hay algo que un submarinista admite temer, es un helicóptero. Este procedimiento se llamaba «ASW» «cielonegro». En todo el convoy se ordenaba a los soldados que vigilaran el océano e informaran de cualquier cosa que vieran; eso provocaba falsos informes de avistajes, pero daba algo que hacer a los hombres y, tarde o temprano, podría darse el caso de que divisaran un verdadero periscopio. El «Seahaw» se desplazó veinte millas al Este antes de empezar a describir círculos. Estaban buscando un posible submarino, detectado por el sonar pasivo de la fragata durante su última deriva.

—Bueno, Willy, lanza una sonoboya... ¡Ya, ya, ya!

El suboficial apretó un botón para lanzar el artefacto. El helicóptero continuó avanzando y lanzó cuatro boyas adicionales a intervalos de dos millas, para crear una barrera de diez; luego O'Malley efectuó un amplio círculo con su aeronave; él observaba atentamente el mar mientras el suboficial examinaba la presentación de sonar en su pantalla.

—Señor, ¿qué es eso que he oído acerca del comandante? Aquello sobre la noche anterior a la zarpada —preguntó el copiloto.

—Yo tenía ganas de emborracharme, y él fue lo suficientemente generoso como para no dejarme beber solo. ¿Tú no te has emborrachado nunca?

—No, señor. Yo no bebo.

—¡A lo que está llegando la Marina! Toma los mandos por un minuto. —O'Malley retiró la mano de la palanca y se acomodó el casco; era nuevo y todavía no se había acostumbrado a él—. ¿Tienes algo, Willy?

—Todavía no estoy seguro, señor. Deme uno o dos minutos más.

—Está bien. —El piloto verificó los instrumentos y volvió a mirar hacia fuera, siempre buscando— ¿Te conté alguna vez lo que le pasó a aquel yate en la regata de Bermudas a Newport? Le cogió una tormenta que casi lo deshace. Y resulta que la tripulación estaba compuesta en su totalidad por mujeres, y cuando el barco se llenó de agua todas perdieron sus...

—Jefe, tengo una señal débil en la número cuatro.

—Y cuando las rescataron no se cansaban de mostrar su agradecimiento... —O'Malley tomó la palanca y efectuó un viraje con el helicóptero, poniendo rumbo al Noroeste— ¿Tampoco haces nada de eso, Ralston?

—La bebida fuerte aumenta el deseo, señor, pero anula la capacidad —dijo el copiloto— Dos millas más, señor.

—Hasta eres capaz de citar a Shakespeare. Pero todavía puede haber esperanzas para ti. Háblame, Willy.

—Todavía una «débil» en la número cuatro. Nada más.

—Una milla —dijo Ralston, observando la pantalla táctica.

Los ojos de O'Malley se esforzaban mirando la superficie, buscando una línea recta vertical o alguna señal de espuma.

—La fuerza de emisión de la número cuatro ahora es mediana, señor. Y hay un poquito en la cinco.

—Romeo, aquí Hammer, creo que quizá tenemos algo. Voy a lanzar otra sonoboya entre cuatro y cinco. Considérenla número seis. Lanzando.... ¡ya!

Otra sonoboya salió eyectada desde el helicóptero.

—Hammer, aquí Romeo —llamó el controlador—. Nos parece que el contacto está al norte de la línea, repito, al norte.

—Comprendido, de acuerdo con eso. Vamos a saber algo dentro de un minuto.

—Jefe —llamó Willy—. Tengo una «mediana» en la seis.

—Romeo, Hammer; vamos a sondear ahora mismo sobre este fulano.

A bordo de la Reuben James marcaron la posición del helicóptero junto con la línea de sonoboyas.

O'Malley operó los mandos para matar la velocidad de avance e hizo descender el helicóptero hasta ponerlo en vuelo estacionario a quince metros sobre la superficie del agua. Willy destrabó el sonar de inmersión y lo bajó hasta una profundidad de sesenta metros.

—Contacto sonar, señor. Clasificado como posible submarino, marcación tres cinco seis.

—¡Arriba el sonar! —ordenó O'Malley.

El «Seahawk» cobró altura y se desplazó una milla hacia el Norte. Nuevamente en vuelo estacionario, O'Malley hundió el sonar por segunda vez.

—¡Contacto! Marcación uno siete cinco. Suena como hélices dobles que giran para unos diez nudos más o menos.

—Lo hemos encerrado —dijo el piloto— Vamos a resolverlo.

Ralston introdujo en el ordenador táctico las cifras correspondientes.

—La marcación cambia, parece que está virando a babor..., sí —confirmó Willy— Virando a babor.

—¿Él nos oye? —preguntó Ralston.

—Podría estar oyendo al convoy, y vira para buscar una solución de tiro sobre ellos. Willy, arriba el sonar —ordenó O'Malley—. Romeo, aquí Hammer, tenemos un blanco que está maniobrando, clasificado como probable submarino. Solicito autorización fuego libre.

—Comprendido, Hammer; fuego libre, repito, fuego libre.

El piloto voló hacia el Sudeste unos mil metros. El equipo del sonar bajó de nuevo y el helicóptero quedó en vuelo estacionario enfrentado al viento.

—Lo tengo otra vez, señor —dijo Willy entusiasmado—. Marcación tres cinco cinco. La marcación está cambiando de derecha a izquierda, señor.

—Está pasándonos en este momento —dijo Ralston mirando la pantalla táctica.

—Romeo, aquí Hammer. Lo definimos positivamente como un submarino y vamos a hacer un ataque deliberado sobre este contacto. —O'Malley mantenía el helicóptero estacionario mientras el suboficial comunicaba el cambio de marcación—. Secuencia de ataque.

—Tablero de armamento. —Ralston deslizó sus manos a través de los botones— Selector de torpedos, posición uno.

—Coloque profundidad inicial de búsqueda seis cinco; selección de trayectoria, Víbora.

Ralston efectuó las correspondientes regulaciones.

—Listo.

—Muy bien, Willy, prepárate para una búsqueda yanqui —ordenó O'Malley, refiriéndose a una clase de búsqueda en la que se emplea el sonar activo.

—Listo, señor. Ahora la marcación al contacto es dos cero cero, cambiando rápidamente de derecha a izquierda.

—¡Martíllale hasta el culo! —O'Malley conectó las señales de sonar a sus auriculares.

Willy apretó el botón y el transductor del sonar disparó una serie de pings. Las ondas de energía de sonido rebotaron contra el casco del submarino y volvieron al transductor. El contacto aumentó de golpe la potencia de sus motores.

—Contacto positivo, marcación uno ocho ocho, distancia ochocientos metros.

Ralston alimentó con las últimas cifras el sistema de control de fuego.

—¡Listo!

El piloto deslizó el pulgar por la empuñadura de la palanca de mando hasta un botón situado en el lado derecho, y lo apretó a fondo. El torpedo «Mark—46» se desprendió de sus agarraderas y se precipitó al mar.

—Torpedo fuera.

—Willy, suspende sonar activo. —O'Malley cambió el selector de la radio— Romeo, acabamos de lanzar sobre un submarino de dos hélices que aumenta su profundidad; aproximadamente a ochocientos metros de nosotros con una marcación de uno ocho ocho. El torpedo ya está en el agua. Quede atento.

El torpedo «Mark46» estaba regulado para seguir una trayectoria «víbora» en la persecución, una serie de curvas ondulantes que lo llevaba en dirección hacia el Sur. Alertado por el sonar del helicóptero, el submarino soviético navegaba a su velocidad máxima, a la vez que se sumergía a mayor profundidad para escapar al torpedo.

—Hammer, aquí Romeo. Le informo que Hatchet vuela hacia usted para el caso de que su torpedo no dé en el blanco, cambio.

—Comprendido —contestó O'Malley.

—¡Ya lo tiene! —dijo Willy, excitado.

El torpedo ya estaba funcionando sobre la base de sus propias emisiones ping, y se iba acercando al submarino. El comandante cayó a la derecha en un violento viraje, pero el pescado se hallaba demasiado cerca para que lograran engañarlo.

—¡Impacto! ¡Fue un impacto! —gritó Willy, casi tan fuerte como el ruido de la explosión.

Justo delante de ellos, la superficie del mar pareció saltar, pero no surgió el menor rastro de espuma. El torpedo había explotado a demasiada profundidad.

—Bueno.., —dijo O'Malley.

En todos sus años de práctica nunca había lanzado un torpedo verdadero a un submarino verdadero. Los ruidos del sumergible que moría le parecieron la cosa más triste que había oído en su vida. Un poco de aceite hizo burbujas en la superficie.

—Romeo, le informo que el submarino está destruido. Avise al contramaestre para que prepare su pincel y pintura. Vamos a orbitar en busca de restos y posibles supervivientes.

Otra fragata había rescatado a toda la tripulación de un «Bear» derribado el día anterior. Ya estaban en tierra para ser interrogados. Pero de este incidente no quedaría ninguno. O'Malley voló en círculos durante diez minutos; luego, hizo un viraje final para regresar a su buque.

ISLANDIA.

—Beagle, ¿han comido y descansado todos? —preguntó Doghouse.

—Supongo que se puede considerar así.

Edwards había esperado ese momento, pero ahora que había llegado le pareció bastante amenazador.

—Queremos que patrullen la costa sur del Hvammsfjórdur y nos informen sobre cualquier actividad rusa que vean. Estamos particularmente interesados en el pueblo de Stykkisholmur. Es un pequeño puerto a unos sesenta y cinco kilómetros al oeste de ustedes. Como siempre, sus órdenes consisten en evadir, observar e informar. ¿Comprendido?

—Comprendido. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—No puedo decírselo, Beagle. No lo sé. Pero deben ponerse en marcha de inmediato.

—Muy bien, partiremos en diez minutos. Cambio y corto. —Edwards desarmó la antena y guardó el aparato de radio en la mochila—, Muchachos, llegó la hora de dejar este abrigo en la montaña. ¿Sargento Nichols?

—¿Dígame, señor?

Nichols y Smith se acercaron juntos.

—¿Le explicaron a usted qué querían de nosotros?

—No, señor. Nuestras órdenes fueron colaborar con su grupo y esperar nuevas instrucciones.

Edwards ya había visto el estuche de mapas que llevaba el sargento. Tenía cartas de toda la costa oeste de Islandia y se hallaban en perfecto estado, excepto la de su zona de lanzamiento. Por supuesto, el propósito del reconocimiento costero que debían hacer estaba suficientemente claro, ¿no? El teniente extrajo un mapa táctico y marcó su ruta hacia el Oeste.

—Muy bien, nos dividiremos en parejas. Sargento Smith, usted tome la punta junto con uno de nuestros nuevos amigos. Nichols, usted lleve a Rodgers; y cubran la retaguardia. Ambos tienen radios, yo tomaré la tercera y el resto del grupo se quedará conmigo. Todos nos mantendremos a distancia visual unos de otros. Trataremos de marchar por terrenos altos en la medida de lo posible. El primer camino consolidado que encontraremos se halla a dieciséis kilómetros al oeste de aquí. Si ven algo, vienen de inmediato a informarme. Se supone que debemos evitar todo contacto. Nada de heroísmos imbéciles, ¿de acuerdo? Muy bien. Saldremos dentro de diez minutos.

Edwards empezó a juntar sus cosas.

—¿A dónde vamos, Michael? —preguntó Vidgis.

—A Stykkisholmur —le respondió él—. ¿Te sientes bien?

—Yo puedo caminar contigo, sí. —Se sentó a su lado—. ¿Y cuando lleguemos a Stykkisholmur?

Mike sonrió.

—Eso no me lo dijeron.

—¿Por qué ellos nunca te dicen nada?

—Le llaman seguridad. Significa que cuanto menos sepamos, mejor será para nosotros.

—Es estúpido —replicó ella.

Edwards no supo cómo explicarle que estaba a la vez en lo cierto y equivocada.

—Creo que cuando estemos allí podremos empezar a pensar otra vez en una vida normal.

La cara de la muchacha cambió.

—¿Qué es vida normal, Michael?

Otra buena pregunta —pensó Edwards— *Pero tengo demasiadas cosas en la cabeza para resolver eso.*

—Ya lo veremos.

STENDAL, REPúBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

La batalla por Hameln y la batalla por Hannover eran ahora esencialmente la misma acción. Dos horas antes, las fuerzas de la OTAN se habían retirado hacia el Oeste, al sur de la ciudad industrial, lo que les permitía acortar sus líneas y consolidarse. las unidades soviéticas aleteaban cautelosamente su avance, sospechando una nueva trampa alemana. Alekseyev y el comandante en jefe del Oeste estudiaban sus mapas, tratando de analizar las consecuencias de la retirada de la OTAN.

—*Esto les permite poner en reserva una brigada, probablemente dos* —pensaba Alekseyev— Pueden usar esta autopista 217 para trasladar tropas rápidamente de un sector a otro.

—¿Cuándo ha visto que los alemanes cedieran terreno por voluntad propia? —preguntó su superior—. No han hecho esto porque quisieran. Sus líneas estaban extendidas en exceso. Sus unidades se hallan agotadas.

—También las nuestras. Las unidades Categoría-B que estamos lanzando al combate sufren pérdidas casi un tercio mayores que las unidades «A» que remplazan. Ahora estamos pagando muy caro nuestros avances.

—¡Ya hemos pagado muy caro! Si fracasamos ahora, todo habrá sido para nada. Pasha, debemos atacar con fuerza. Todo este sector se encuentra a punto de derrumbarse.

—Camarada general, mi impresión no es ésa. La resistencia es enérgica. La moral alemana se mantiene elevada a pesar de sus pérdidas. Nos han provocado graves daños y lo saben.

Hacía sólo tres horas que Alekseyev había regresado del puesto de mando adelantado en Fülzeiechausen.

—Observar las acciones desde las líneas del frente es muy útil, Pasha, pero entorpece nuestra capacidad para apreciar el cuadro en mayor escala.

Alekseyev arrugó el entrecejo al escuchar eso. «El cuadro en mayor escala» era a menudo una ilusión. Su comandante se lo había dicho muchas veces.

—Quiero que organice un ataque a lo largo de todo este frente. las formaciones de la OTAN están seriamente disminuidas. Su nivel de abastecimientos es bajo; han tenido enormes pérdidas. Un enérgico ataque ahora quebrará sus líneas en un frente de cincuenta kilómetros.

—No tenemos suficientes unidades «A» como para atacar en esa escala —objetó Alekseyev.

—Manténgalas en reserva para explotar la ruptura. Lanzaremos el ataque con nuestras mejores divisiones de reserva, desde Hannover, en el Norte, hasta Bodenwerder, en el Sur.

—Carecemos de la fuerza necesaria para eso, y el consumo de combustible será excesivo —previno Alekseyev—. Si debemos atacar, yo sugeriría un asalto sobre un frente de dos divisiones aquí, al sur de Hameln. las unidades están en posición. Lo que usted propone es demasiado ambicioso.

—¡Éste no es momento de acciones a medias, Pasha! —gritó el comandante en jefe del Oeste.

Nunca le había levantado la voz a Alekseyev. El más joven de los dos hombres empezó a preguntarse qué presión le estarían aplicando a su comandante, que en ese momento pareció calmarse.

—Un ataque a lo largo de un solo eje permite un contraataque a lo largo de un solo eje —continuó— De esta manera podemos complicarle muchísimo la tarea al enemigo. No puede ser fuerte en todas partes. Encontraremos el punto débil, haremos la ruptura y lo conduciremos por allí a nuestras restantes unidades «A» hasta el Rin.

USS REUBEN JAMES.

—¡Lancen ya, ya, ya! —gritó O'Malley.

La octava sonoboya salió proyectada del costado del «Seahawk», y el piloto hizo un viraje con su helicóptero y puso proa de regreso al Este.

Hacía tres largas y penosas horas que O'Malley estaba en el aire esta vez, y era muy poco lo que había podido hacer. Detenerse, hundir el sonar, escuchar; detenerse, hundir, escuchar. Él sabía que allá abajo había un submarino, pero siempre que creía estar empezando a localizarlo, ¡la maldita cosa se le escapaba! ¿Qué era lo que estaba ocurriendo de manera diferente?

Hatchet tenía el mismo problema, excepto que su submarino había efectuado un giro completo y estuvo a punto de lograr un impacto en la Battleaxe. La violenta turbulencia de la estela de la fragata había causado la detonación del torpedo ruso detrás de la popa, pero había llegado muy cerca. Puso el helicóptero en vuelo estacionario.

—¡Abajo el sonar!

Se mantuvieron en el lugar durante un minuto. Nada. Todo empezó de nuevo.

—Romeo, aquí Hammer. ¿Tienen algo? Cambio.

—Hammer, hace un momento desapareció. Nuestra última marcación fue tres cuatro uno.

—Precioso. Este tipo está escuchando cuando ustedes suspenden la carrera, y entonces corta sus motores.

—Es una buena apreciación, Hammer —comentó Morris.

—Muy bien. Yo he colocado una barrera al Oeste, por si va en esa dirección. Creo que ha puesto rumbo al Sur, y ahora estamos sondeando para buscarlo. Cambio y corto. —O'Malley pasó la llave al intercomunicador—. ¿Tienes algo, Willy?

—Nada, señor.

—Prepárate para levantar el sonar.

Un minuto después el helicóptero se desplazaba de nuevo. Bajaron el sonar de profundidad seis veces más en los veinte minutos siguientes, sin obtener ningún resultado.

—Otra vez, Willy. Prepárate para bajar. Colócalo a... doscientos cincuenta metros.

—Listo, señor.

—Abajo el sonar.

O'Malley se acomodó en el asiento. La temperatura exterior era moderada, pero el sol convertía la cabina en un invernadero. Necesitaría una ducha cuando volviera a la fragata.

—Buscando a doscientos cincuenta metros, señor —dijo el suboficial; también él tenía calor, aunque se había llevado un par de latas de bebida helada para el viaje—. Señor, tengo algo..., posible contacto con una marcación uno ocho cinco.

—¡Arriba el sonar! Romeo, Hammer, tenemos un posible contacto al sur de donde estamos. Vamos tras él ahora.

—Hammer, nosotros no tenemos nada cerca de ustedes. Le informo. Bravo y Hatcher están trabajando un contacto. Han lanzado dos torpedos sin lograr impactos.

Nadie dijo que fuera fácil, pensó el piloto. Se trasladó a unos tres mil metros y bajó de nuevo el sonar.

—Contacto, esta vez es seguro. Planta de motores tipo dos, marcación uno ocho tres.

O'Malley observó su medidor de combustible. Cuarenta minutos. Tenía que acabar pronto con éste. Ordenó levantar el sonar una vez más y se desplazó otros tres mil metros hacia el Sur. Le dolían los hombros, presionado por las correas del asiento. Le pareció que el sonar no llegaba nunca a la profundidad de búsqueda.

—Allí se encuentran otra vez, señor, al norte de nosotros, marcación cero uno tres. Pero está cambiando; ahora es cero uno cinco.

—¡Preparen lanzamiento!

Treinta minutos de combustible. Su verdadero enemigo era ya el tiempo. Ralston se ocupó del tablero de armamento y los botones selectores.

—Willy: ¡Martilla!

El sonar comenzó a emitir cinco pings para distancia.

—Cero uno nueve, ¡distancia novecientos!

Ralston colocó la profundidad y la modalidad de búsqueda. O'Malley deslizó el pulgar en la palanca y lanzó el torpedo.

El submarino adoptó la máxima velocidad y viró a la izquierda alejándose del helicóptero mientras el torpedo se sumergía a doscientos cincuenta metros antes de iniciar la búsqueda. O'Malley protestó contra sí mismo: había lanzado en un mal ángulo, pero habría necesitado demasiado tiempo para empezar todo de nuevo y volver a detectarlo. Mantuvo el helicóptero en vuelo estacionario y escuchó en los auriculares el zumbido de las hélices del torpedo que avanzaba para dar caza al «Charlie» siguiendo el ruido más grave e intenso de las poderosas hélices dobles del submarino. La nave nuclear maniobró frenéticamente, tratando de virar para desorientar al torpedo.

—Ahora están en la misma marcación —informó Willy—. Creo que el pescado ya lo tiene... ¡Impacto!

Pero el «Charlie» no murió. Oyeron el sonido del aire soplado, luego cesó. Mientras el contacto se alejaba hacia el Norte, pudieron escuchar una serie de extraños ruidos metálicos que fueron perdiendo intensidad cuando el submarino redujo la potencia de su planta propulsora. O'Malley no tenía suficiente combustible para continuar. Hizo un viraje al Oeste y puso rumbo a la Reuben James.

—Hammer, Romeo, ¿qué pasó?

—Le dimos, pero siguió navegando. Atención, Romeo, estamos entrando con muy poco combustible. A cinco minutos de ustedes.

—Comprendido, estaremos listos para reabastecimiento. Vamos a dirigir otro helicóptero hacia el «Charlie». Quiero que usted se una a Hatchet.

—¿Por qué no lo hundimos? —preguntó Ralston.

—Casi todos los submarinos rusos tienen doble casco, y esa cabecita de guerra del «Mark-46» no dispone de potencia destructora suficiente como para hundir siempre un blanco. Hay que tratar de atacarlo por la popa, si se puede; pero esta vez no podíamos. Si se consigue un impacto en la popa, se rompen las juntas de los ejes y se inunda la sala de máquinas. Eso termina con cualquiera. ¿No te enseñaron en la escuela que siempre se debía buscar el impacto en la popa?

—No exactamente.

—Me lo imaginaba —gruñó O'Malley.

Se alegraron al ver a la fragata después de cuatro horas. Y hubiera sido mejor todavía que pudieran visitar el cuarto de baño de oficiales, pensó desolado O'Malley. Llevó el «Sehawk» hasta la esquina de babor de la popa de la fragata y reguló la velocidad para acompañar al buque sin aterrizar. Atrás, Willy abrió la puerta corrediza y lanzó un cabo mensajero. El personal de cubierta de la fragata aseguró una manguera de combustible al cabo y Willy la levantó e introdujo el extremo en la boca del depósito de combustible. El procedimiento se llamaba HIFR, reabastecimiento de combustible a helicóptero en vuelo. Mientras O'Malley luchaba para mantener quieto su helicóptero en el aire revuelto sobre la popa de la fragata, bombeaban el combustible a sus depósitos, dándole otras cuatro horas de autonomía. Ralston mantenía la vista en los indicadores de combustible mientras O'Malley pilotaba el aparato.

—Ya estamos al tope, Willy. Terminado.

El suboficial bajó la manguera y levantó su cabo. Se sintió mejor cuando pudo cerrar la puerta y ajustarse las correas de su asiento. *«Los oficiales* —se dijo—, *son demasiado listos para hacer lo que acabo de hacer.»*

—Bravo, aquí Hammer, ¿a dónde quiere que vayamos? Cambio.

—Hammer, Bravo, venga a uno tres cero para unirse con Hatchet a ocho millas de Bravo.

—Allá voy.

O'Malley efectuó un viraje alrededor de la Reuben James y puso rumbo al Sudeste.

—Hammer, Romeo, le informo que el «Sea Sprit» de la fragata Sims, terminó con ese «Charlie» para usted. Recibimos una felicitación del comandante de la escolta por ese procedimiento, cambio.

—Dígale que «de nada». Bravo, Hammer, ¿qué estamos persiguiendo? Cambio.

—Creíamos que era un submarino de doble hélice. Ahora no estamos tan seguros, Hammer —contestó Perrin—. Ya hemos disparado tres torpedos contra ese blanco, sin conseguir ningún impacto. Él nos disparó uno; pero explotó prematuramente en nuestra estela.

—¿A qué distancia estaba?

—A cincuenta metros.

¡*Aaauu*!, pensó el piloto.

—Muy bien, tengo a Hatchet a la vista. Bravo, este partido es suyo. ¿A dónde quiere que vaya ahora?

Morris se había quedado bastante atrás en la caza del ya destruido «Charlie». Ordenó acelerar a la máxima velocidad y se acercó a la Battleaxe a veinticinco nudos. En respuesta a los numerosos contactos con submarinos, el convoy estaba modificando ligeramente su rumbo en suave viraje hacia el Sur.

El «Seahawk» de O'Malley volaba casi estacionario a siete millas de la fragata británica mientras Hatchet regresaba urgente al buque en busca de combustible y sonoboyas. Otra vez empezó el procedimiento de hundir el sonar y desplazarse a cierta distancia.

—Nada —informó Willy.

—Bravo, Hammer, ¿puede transmitirme una síntesis de lo que ha estado haciendo este blanco?

—Dos veces nos hemos hallado a punto de cazarlo sobre la capa. Su rumbo es generalmente Sur.

—Suena como un submarino lanzamisiles.

—De acuerdo —respondió Perrin—. La última posición que hemos detectado ha sido a menos de mil metros de nosotros. Ahora no tenemos nada.

O'Malley examinó la información transmitida sobre la localización de la 'Battleaxe. Como ocurría normalmente en los seguimientos de submarinos, era una colección de opiniones vagas, apreciaciones inseguras y no pocas suposiciones descabelladas.

—Bravo, usted es un submarinista. Explíqueme, cambio.

Era un despreciable procedimiento; pero..., ¡qué diablos!

—Hammer, lo único que tiene algo de sentido es que viaja a una gran velocidad.

O'Malley examinó la presentación táctica con más detenimiento.

—Tiene razón, Bravo.

O'Malley razonó un momento. «¿Un "Papa". tal vez? —se preguntó—, Hélices dobles, misiles crucero, rápido como un ladrón.»

—Hammer, Bravo, si procedemos suponiendo que es muy veloz, recomiendo que se dirija al Este hasta que Romeo finalice su carrera y pueda darnos una demarcación.

—De acuerdo, Bravo. Deme un vector.

Siguiendo instrucciones de la fragata Battleaxe, el «Seahawk» se desplazó veinte millas al Este y empezó a hundir su sonar de profundidad.

Hatchet tardó quince minutos en cargar otro par de torpedos «Stingray», además de combustible y sonoboyas.

—¿Usted qué cree que estamos buscando, jefe? —preguntó Ralston.

—¿Qué te parece un «Papa»? —preguntó a su vez O'Malley.

—Pero los rusos tienen solamente uno de ésos —objetó el copiloto.

—Lo que no significa que lo estén guardando para el museo, mi amigo.

—Nada, señor —informó Willy.

La fragata Reuben James terminó su veloz carrera y viró hacia el Sur para que su sonar pudiera obtener una marcación sobre el contacto subsistente. *Si la Battleaxe tuviera todavía su sonar de arrastre* —pensaba Morris—*, podríamos triangular cada contacto, y con dos helicópteros...*

—Contacto, evaluado como posible submarino; marcación cero ocho uno, cambiando lentamente, parece. Sí, la marcación está cambiando de Norte a Sur.

La información fue de inmediato a la Battleaxe y al comandante de la escolta. Otro helicóptero se unió a la caza.

—¡Abajo el sonar! —Era la trigésima vez en el día, pensó O'Malley—. Tengo el culo dormido.

—Ojalá lo estuviera el mío —rió Ralston sin muchas ganas.

Una vez más, no detectaron nada.

—¿Cómo puede haber algo que sea a la vez emocionante y aburrido? —preguntó el alférez, repitiendo sin saberlo el pensamiento del piloto del «Tomcat» unos días antes.

—¡Arriba el sonar! ¿Sabes? Yo mismo me he preguntado eso muchas veces. —O'Malley oprimió la tecla de su radio— Bravo, Hammer, tengo una idea para usted.

—Lo escuchamos, Hammer.

—Ustedes tienen a Hatchet lanzando una línea de boyas al sur de nosotros. Tiendan otra línea al oeste. En tonces yo empezaré a emitir pings. Tal vez podamos obligar al tipo a que haga algo. ¿Alguna vez le arreó un helicóptero con sonar de profundidad cuando comandaba submarinos?

—No me arrearon, Hammer, pero tuve que apartarme mucho de mi ruta para evitarlo. Quede atento mientras organizo las cosas.

—Se habrá dado cuenta de que este tipo es un hijo de puta con agallas. Tiene que saber que estamos sobre él, pero no escapa. Realmente, piensa que nos puede ganar.

—Y lo está logrando desde hace cuatro horas, jefe —comentó Willy.

—¿Tú sabes cuál es la parte más importante del juego? Tienes que saber cuándo ha llegado el momento de marcharte.

O'Malley volaba en círculos, bastante alto, y encendió su radar de búsqueda por primera vez ese día. No era muy útil para detectar un periscopio, pero por lo menos podía asustar a cualquier submarino que navegara cerca de la superficie, obligándolo a volver a refugiarse bajo la capa térmica. El sol estaba ocultándose, y por sus luces de posición, O'Malley pudo distinguir a los otros dos helicópteros que participaban en la búsqueda. Lanzaron dos líneas de sonoboyas pasivas, cada una de ocho millas de longitud y dispuestas en ángulo recto.

—Las líneas están en su lugar, Hammer —informó el capitán de fragata Perrin— Comience.

—Willy: ¡Empiece a martillar!

A ciento ochenta metros debajo del helicóptero, el transductor del sonar descargó sus golpes en el agua con pulsos de alta frecuencia. Lo hizo durante un minuto, luego lo interrumpió y voló hacia el Sudeste. El proceso duró media hora. para entonces al piloto ya se le estaban agarrotando las piernas, lo cual entorpecía sus movimientos en los mandos.

—Hazte cargo por unos minutos. —O'Malley retiró los pies de los pedales y movió las piernas para restablecer la circulación.

—Hammer, Bravo, tenemos un contacto. Boya seis, línea Echo. —Era la línea Este-Oeste. La boya número seis era la tercera desde el extremo oeste, donde comenzaba la línea «November», Norte-Sur— Señal débil por el momento.

O'Malley volvió a tomar los mandos y se dirigió al Oeste, mientras los otros dos helicópteros volaban en círculo, detrás de sus respectivas líneas.

—Despacio, despacio —murmuró por el intercomunicador— No lo asustemos demasiado.

Tomó con cuidado el rumbo elegido, sin volar directamente hacia el contacto ni alejarse tampoco de él. Pasó otra media hora; cada miserable segundo duraba una eternidad. Finalmente consiguieron el contacto; estaba navegando hacia el Este a unos diez nudos y bastante debajo de la capa.

—Ahora lo tenemos en tres boyas —informó Perrin—. Hatchet está poniéndose en posición.

O'Malley observaba las luces rojas que parpadeaban a unas tres millas. Hatchet lanzó un par de sonoboyas direccionales y esperó. La presentación apareció en la pantalla de O'Malley. El contacto pasó exactamente entre las dos sonoboyas direccionales.

—¡Afuera el torpedo! —gritó Hatchet.

El «Stingray», pintado de negro, se desprendió y cayó invisible al agua, media milla delante del submarino, que se acercaba. O'Malley lanzó su propia sonoboya para escuchar, mientras ponía su «Seahawk» en vuelo estacionario.

Al igual que el torpedo norteamericano «Mark-48», el «Stingray» no tenía hélices convencionales, lo que dificultaba su localización tanto a O'Malley como al submarino. De pronto oyeron el ruido de cavitación de hélices cuando el submarino aumentó la potencia al máximo e inició un viraje. Después se oyeron los sonidos producidos por el casco al cambiar

bruscamente de profundidad para desprenderse del pescado. Pero no le dio resultado. El siguiente ruido fue el estruendo metálico de la cabeza de guerra que explotaba.

—¡Impacto! —gritó Hatchet.

—¡Abajo el sonar!

Willy bajó el transductor del sonar una vez más. El submarino estaba ascendiendo.

—¡Otra vez! —dijo Ralston— Van dos seguidos.

—¡Listo, Willy, empieza a martillar!

—Distancia cuatrocientos, marcación uno seis tres.

—Búsqueda circular; búsqueda inicial, profundidad treinta.

—Listo —contestó Ralston.

O'Malley lanzó de inmediato su torpedo.

—¡Arriba el sonar! Bravo, el impacto no destruyó el blanco, acabamos de lanzarle otro torpedo.

—Puede haber estado tratando de salir a la superficie para que pudiera escapar la tripulación —dijo Ralston.

—O ha querido disparar sus misiles. Debió haber escapado mientras tuvo la oportunidad. Yo lo habría hecho.

El segundo impacto terminó con el submarino. O'Malley voló de regreso directamente hacia la Reuben James. Dejó que Ralston aterrizara el «Seahawk». Tan pronto como las ruedas estuvieron calzadas y enganchadas, bajó y caminó con paso rápido. Morris se encontró con él en la pasarela, entre los hangares de helicópteros.

—Gran trabajo, Jerry.

—Gracias, jefe.

O'Malley había dejado el casco de vuelo en el helicóptero. Tenía el pelo mojado y adherido a la cabeza, y los ojos enrojecidos le ardían por las horas pasadas.

—Quiero hablar con usted de algunas cosas.

—¿Podemos hacerlo mientras me doy una ducha y me cambio, comandante?

O'Malley atravesó la cámara de oficiales y entró en su camarote. Se quitó las ropas en menos de un minuto y se dirigió a la ducha.

—¿Cuántos kilos pierde sudando en un día como éste? —le preguntó Morris.

—Varios. —El piloto apretó el botón de la ducha y cerró los ojos cuando el agua fría le cayó sobre el cuerpo— ¿Sabe? Hace diez años que vengo diciendo que el «46» necesita una cabeza de guerra más grande. ¡Espero que esos bastardos de armamentos me escuchen ahora!

—El segundo, ¿qué era?

—Si yo tuviera que apostar, diría que se trataba de un «Papa». Gran trabajo de los tipos de sonar. Esos vectores que usted nos dio fueron preciosos.

Apretó otra vez el botón para recibir más agua. O'Malley salió un minuto después. Ahora parecía y se sentía humano de nuevo.

—El comandante va a recomendarlo para algo. Su tercera Cruz de Vuelo Distinguido, supongo.

O'Malley pensó por un momento. Sus dos primeras habían sido por rescates, no por matar hombres.

—¿Cuánto tiempo necesita para salir otra vez?

—¿Qué le parece la semana que viene?

—Vístase. Hablaremos en la cámara.

El piloto se peinó y se puso ropa limpia. Recordó la última vez que su esposa le había dicho que usara talco para bebés a fin de protegerse la piel del exceso de sudor y las ropas ajustadas, y lo estúpido que había sido él al rechazar la sugerencia porque no correspondía al machismo de un aviador. A pesar de la ducha, tenía algunos sectores de epidermis que le seguirían ardiendo. Cuando llegó a la cámara se encontró con que Morris lo esperaba con una jarra de jugo helado.

—Usted operó contra un submarino diesel y dos submarinos lanzamisiles. ¿Cómo estaban actuando? ¿Algo fuera de lo común?

—Sumamente agresivos. Ese «Papa» debió haberse retirado. El «Charlie» eligió un camino mejor, pero también había penetrado demasiado. —O'Malley pensaba mientras vaciaba su primer vaso— Tiene razón. Están apretando muy fuerte.

—Más fuerte de lo que yo esperaba. Corren riesgos que no afrontarían normalmente. ¿Qué nos dice eso?

—Nos dice que tenemos por delante otros dos días de mucho trabajo, supongo. Lo siento, comandante; por el momento estoy demasiado cansado para pensamientos profundos.

—Descanse un poco.

37. LA CARRERA DE LOS LISIADOS.

STENDAL, REPúBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

Las dos de la mañana. El ataque iba a comenzar dentro de cuatro horas a pesar de todos sus esfuerzos para cambiarlo. Alekseyev miraba fijamente el mapa con sus símbolos de unidades propias y los de las apreciaciones de Inteligencia sobre las enemigas.

—¡Arriba ese ánimo, Pasha! —dijo el comandante en jefe del Oeste— Sé que usted piensa que consumiremos demasiado combustible. Pero les destruirá sus existencias de abastecimientos de guerra.

—Ellos también pueden reabastecerse.

—Tonterías. Sus convoyes han sufrido graves pérdidas, según nos han dicho los informes de Inteligencia. En estos momentos están trayendo un enorme cargamento, pero la Marina me comunica que han enviado contra ellos todo lo que tienen. Y, en último caso, llegará demasiado tarde.

Alekseyev se dijo que tal vez su jefe tuviera razón. Después de todo, había alcanzado la jerarquía que tenía sobre la base de una distinguida carrera. Pero, con todo...

—¿Dónde quiere que actúe hoy?

—En el puesto de Comando del Grupo de Maniobra Operativo. No me conviene que vuelva a estar cerca del frente.

El puesto de Comando del Grupo de Maniobra Operativo, pensó irónicamente Pavel. Primero, fue la 20 División de Tanques la que debía constituirse en grupo de maniobra operativa; después, fue una formación de dos divisiones, luego tres divisiones. Y siempre se había frustrado la maniobra de ruptura, hasta que la misma denominación, «grupo de maniobra operativo», sonaba como si hubiera sido alguna broma absurda. Su pesimismo volvió a hacerse presente. las formaciones de reserva, retenidas para la explotación del ataque, se encontraban bastante lejos de la línea de combate, de manera tal que pudieran desplazarse hacia donde se produjera la mejor penetración de las filas de la OTAN. Podrían tardar horas en llegar a la posición adecuada. La OTAN había demostrado una notable capacidad para recuperarse ante repentinas rupturas, se recordó a sí mismo.

Alekseyev apartó esta idea, como lo había hecho con tantas otras, y abandonó el comando. Fue en busca de Sergetov y una vez más obtuvo un helicóptero para que lo llevara hacia el Oeste. La aeronave esperó en tierra hasta que llegó la acostumbrada escolta de cazas.

El empleo de cazas para escoltar un helicóptero aislado que despegaba desde Stendal era un procedimiento que los oficiales de control aéreo de la OTAN ya habían advertido, pero nunca contaron con las unidades disponibles para hacer algo al respecto. Esta vez fue diferente. Un avión «AWACS» que volaba sobre el Rin observó al helicóptero que despegaba mientras tres «MiG» volaban sobre él en espera. El controlador del sector tenía un par de «F-4 Phantom» que volvían de una misión de defensa aérea al sur de Berlín, y los dirigió hacia el Norte. Los cazas volaron casi rasantes sobre los árboles, con los radares apagados, ya que seguían una faja de libre tránsito utilizada por los aviones rusos.

Alekseyev y Sergetov iban sentados solos en la parte posterior del helicóptero de ataque «Mi-24». Había lugar para ocho soldados de infantería con todo su equipo de combate, de modo que ambos disponían de espacio para estirarse, y Sergetov aprovechó la oportunidad para dormitar un poco. Los «MiG» de su escolta volaban a unos mil metros más arriba,

describiendo continuos círculos mientras vigilaban buscando cazas de la OTAN que pudieran acercarse por abajo.

—Diez kilómetros —informó el «AWACS».

Uno de los «Phamtom» tomó altura con brusquedad, iluminó electrónicamente con su radar a dos «MiG», y lanzó un par de misiles «Sparrow». El otro disparó dos «Sidewinder» al helicóptero.

El repentino sonido de sus receptores de amenaza sorprendió a los «MiG» en la peor situación. Uno de ellos picó violentamente, se pegó al suelo y logró evadir, El otro explotó en pleno vuelo en el instante en que su compañero le transmitía la alarma por radio. Alekseyev parpadeó sorprendido ante el imprevisto resplandor que llegó desde arriba y después tuvo que agarrarse con fuerza a su cinturón de seguridad al tiempo que el helicóptero viraba de golpe a la izquierda y caía a tierra como una piedra. Estaba casi a la altura de los árboles cuando el «Sidewinder» le arrancó el rotor de cola. Sergetov se despertó gritando, sorprendido y alarmado. El «Mi-24» dio varias vueltas en el aire, cayó sobre los árboles y rebotó los últimos quince metros hasta el suelo. El rotor principal se desarmó y comenzó a lanzar trozos en todas direcciones, y la portezuela corrediza del lado izquierdo del helicóptero se desprendió y saltó hacia fuera como si hubiera sido de plástico. Alekseyev salió inmediatamente detrás de ella, arrastrando con él a Sergetov. una vez más, su instinto le había salvado. Los dos oficiales se habían alejado más de veinte metros cuando explotaron los depósitos de combustible. En ningún momento vieron ni oyeron a los «Phantom», que ya volaban hacia el Oeste y la seguridad.

—¿Estás herido, Vanya? —preguntó el general.

—Ni siquiera mojé los pantalones. Eso debe querer decir que ya soy todo un veterano. —La broma no dio resultado; la voz del mayor temblaba tanto como sus manos— ¿Dónde diablos estamos?

—Una excelente pregunta. —Alekseyev miró alrededor; esperaba ver luces, pero todo el país estaba realizando un oscurecimiento, y las unidades soviéticas habían aprendido, a fuerza de sufrir pérdidas, que no debían usar luces en las carreteras— Tenemos que encontrar un camino. Iremos hacia el Sur hasta que demos con uno.

—¿Dónde está el Sur?

—Opuesto al Norte. Y el Norte está allá. —El general señaló una estrella, y luego se dio vuelta para buscar otra—. Aquélla nos guiará hacia el Sur.

SEVEROMORSK, URSS.

El almirante Yuri Novikov seguía el progreso de la batalla en el monitor, desde su puesto de mando subterráneo, a pocos kilómetros de la base principal de la flota. Estaba fastidiado por la pérdida de su principal arma de largo alcance, los bombarderos «Backfire», pero mayor era su indignación por la forma en que había reaccionado el Politburó ante el ataque con los misiles. En cierta forma, los políticos pensaban que entonces era posible un ataque con misiles balísticos desde la misma zona, y ningún argumento en contra había podido hacerles cambiar de idea. ¡Como si los norteamericanos fueran a arriesgar sus preciosos submarinos de misiles balísticos en aguas tan restringidas! gruñó para sus adentros el almirante. Él opinaba que se trataba de rápidos submarinos de ataque, estaba seguro, y se veía obligado a tratar de impedir su escape yendo tras ellos con la mitad de sus efectivos, pues no tenía tantos como para enviarlos a todas partes.

El comandante en jefe de la Flota soviética del Norte había logrado bastante éxito en la guerra hasta ese momento. La operación para tomar Islandia se había desarrollado casi a la perfección. ¡El más audaz de los ataques soviéticos de la Historia! Tan sólo un día después, había logrado destruir el grupo de batalla de un portaaviones, una victoria épica para sus fuerzas. Su plan de ataque combinado (mediante submarinos y bombarderos armados con misiles) contra los convoyes había salido muy bien, particularmente después de su decisión de utilizar los bombarderos para eliminar primero a los buques escolta. las pérdidas de submarinos hasta la fecha habían sido graves; pero él ya lo había esperado así. las Marinas de la OTAN practicaban la guerra antisubmarina desde hacía varias generaciones. Las pérdidas eran inevitables. Había cometido errores, admitió Novikov para si mismo. Debió haber atacado antes a los buques escolta en forma sistemática, pero Moscú quería ante todo la destrucción de los mercantes, y él había accedido a la «sugerencia».

Ahora las cosas estaban cambiando. La repentina pérdida de su fuerza de «Backfire» (estaría fuera de servicio durante otros cinco días) lo obligaba a recurrir a sus grupos de submarinos dedicados al ataque a portaaviones, para enviarlos contra los convoyes. Eso significaba tener que cruzar la línea adelantada de submarinos de la OTAN, y las pérdidas allí también eran grandes. Su fuerza de bombarderos de reconocimiento «Bear» había recibido duros golpes. Se suponía que esta maldita guerra ya tendría que haber terminado, pensó enfurecido Novikov. Tenía una poderosa fuerza de superficie a la espera, para escoltar tropas adicionales hacia Islandia, pero no podía mover ese grupo hasta que la campaña de Alemania tuviera el fin al alcance de la vista. *«Ningún plan de batalla sobrevive al primer contacto con el enemigo»*, recordó.

—Camarada almirante, han llegado las fotografías del satélite.

Su ayudante le entregó una carpeta de cuero. El jefe de Inteligencia de la flota llegó pocos minutos después, con su experto en interpretación fotográfica. Distribuyeron las fotos sobre una mesa.

—Ah, aquí tenemos un problema —dijo el experto.

Novikov no necesitaba que el experto se lo dijera. Los muelles de Little Creek, Virginia, estaban vacíos. La fuerza anfibia norteamericana de asalto había zarpado con una división completa de infantería de Marina. Novikov había observado con gran interés el progreso de las unidades de la Flota del Pacífico hasta Norfolk, pero luego le habían destruido dos satélites de reconocimiento oceánico, y después le negaron autorización para lanzar el último de ellos. La toma siguiente mostraba los fondeaderos de los portaaviones, también vacíos.

—El Nimitz está todavía en Southampton —dijo su jefe de Inteligencia— Entró a puerto con una fuerte escora, y no hay dique seco lo bastante grande como para recibirlo. Está

amarrado al Muelle Oceánico; no saldrá a ninguna parte. Eso deja a los norteamericanos con tres portaaviones: Coral Sea, America e Independence. El Saratoga está cumpliendo tareas de escolta de convoyes. El resto de los portaaviones de su Flota del Atlántico se encuentra en el océano Indico.

Novikov lanzó un gruñido. Ésa sería una mala noticia para el escuadrón del océano Indico, pero ellos eran parte de la Flota soviética del Pacífico. No era problema suyo. Ya tenía bastante con los propios. Por primera vez se enfrentaba al mismo dilema que él les había planteado a las Marinas de la OTAN: tenía más tareas que buques, ¡y enviar la mitad de sus mejores fuerzas «ASW» tras submarinos que ya se estaban retirando, no contribuía mucho a mejorar las cosas!

NORTHWOOD, INGLATERRA.

—¡Hola de nuevo, almirante! —dijo Toland.

Beattie parecía estar mucho mejor; ahora sus ojos azules tenían el brillo del cristal, y su espalda se mantenía erguida. Se hallaba de pie frente al mapa mural, con los brazos cruzados.

—¿Cómo andan las cosas en Escocia, capitán?

—Bien, señor. Los dos últimos ataques fracasaron. ¿Puedo preguntar cómo le fue a la fuerza Doolittle? El comandante de uno de los submarinos es muy amigo mío,

Beattie se volvió.

—¿ Cuál?

—El del Chicago, Dan McCafferty.

—Ah. Parece ser que uno de los submarinos ha sufrido daños. El Chicago y otro lo están escoltando para que pueda salir. En realidad, están armando un revuelo tremendo en el Barents del este. Tenemos indicaciones de que los soviéticos han enviado una fuerza considerable tras ellos. De cualquier manera, usted regresará a su flota de portaaviones y se encontrará con mi estado mayor de Inteligencia, de modo que podrá poner al día a sus muchachos cuando llegue allá. Yo quería verlo personalmente para darle las gracias por aquel télex que usted envió, sobre la posibilidad de seguir a los «Backfire» hasta el umbral de su casa. Esa idea fue muy útil para nosotros. Entiendo que usted es reservista. ¿Cómo diablos le dejaron irse?

—Cierta vez encallé mi destructor en un banco de arena.

—Comprendo. Ya ha expiado ese error, capitán.

Beattie le tendió la mano.

—¡Detenga ese maldito camión! —gritó Alekseyev.

De pie en medio del camino, se arriesgaban a que el vehículo siguiera avanzando y los arrollara. El camión se detuvo y él corrió hasta la cabina.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó el conductor.

—Soy el general coronel Alekseyev —contestó con fingida amabilidad— ¿Y quién podría ser usted, camarada?

—Soy el cabo Vladimir Ivanovich Maryakhin —logró decir el hombre, pese a haberse quedado completamente boquiabierto al ver el distintivo de grado en los hombros del general.

—Como, al parecer, tengo más rango que usted, cabo, deberá llevarme, junto con mi ayudante, hasta el próximo punto de control de tráfico tan pronto como pueda hacerlo con este camión. ¡Muévase!

Alekseyev y Sergetov subieron atrás. Encontraron un montón de cajones, pero había lugar para sentarse sobre ellos.

—Tres horas perdidas —protestó el general.

—Pudo haber sido peor.

BRUSELAS, BÉLGICA.

—Es un ataque importante, señor. Han empezado a avanzar en lo que parece un frente de ochenta kilómetros.

SACEUR miró impasible el mapa. No era que no lo hubieran esperado. Inteligencia lo había previsto doce horas antes, basándose en los movimientos de tránsito soviéticos. Él tenía exactamente cuatro brigadas de reserva que podía usar en ese sector. Gracias a Dios —pensó—, que pude persuadir a los alemanes para que acortaran la línea de Hannover. La mitad de sus reservas provenía de allí. Y lo hizo justo a tiempo.

—¿El eje principal del ataque? —preguntó el general a su oficial de operaciones.

—Por el momento no hay ninguno evidente. Parece un ataque general...

—Que busca ejercer una fuerte presión para encontrar algún punto débil —completó SACEUR— ¿Dónde está su fuerza de reserva?

—Señor, hemos identificado elementos de tres divisiones aquí, al sur de Fülziehausen. Parecen ser unidades A. En el ataque que ya han lanzado intervienen, según parece, formaciones B en su mayor parte.

—¿Tantas pérdidas les hemos producido? —preguntó retóricamente SACEUR.

Sus oficiales de Inteligencia trabajaban sin descanso para establecer justamente la magnitud de las bajas del enemigo, y él recibía un informe todas las noches. Hacía ya cinco días que habían empezado a aparecer en el frente las unidades de reserva clase-B, hecho que resultaba curioso. Sabía que los soviéticos tenían por lo menos seis unidades categoría-A en reserva en el sur de Ucrania, pero no había indicación alguna de que estuvieran desplazándolas. ¿Por qué no empleaban esas fuerzas en el frente alemán? ¿Por qué estaban enviando reservistas en su lugar? Llevaba varios días formulando esa pregunta, pero sólo había conseguido que su jefe de Inteligencia se encogiera de hombros. No es que me queje, pensó. Esos ejércitos habrían bastado para producir la ruptura total de su frente.

—¿Qué lugar es bueno para contraatacar?

—Señor, tenemos esas dos brigadas de tanques alemanes en Springe. Parece que el ataque ruso tiene dos divisiones de infantería mecanizada de reserva, con un límite divisional justo aquí, a diez kilómetros de ellos. Hace dos días que están fuera del frente; yo no diría que han descansado bastante; pero...

—Sí. —SACEUR tenía la costumbre de interrumpir a sus oficiales— Que empiecen a moverse.

USS REUBEN JAMES.

O'Malley volaba en círculo sobre la fragata, después de pasar toda una mañana de prolongada búsqueda sin encontrar nada. En las tres últimas horas el enemigo había hundido tres buques mercantes, dos con misiles que lograron penetrar las defensas «SAM» del convoy, y uno con un torpedo. Persiguieron a ambos submarinos, y uno de ellos resultó hundido por el helicóptero de la Gallery, en el interior mismo del convoy. Faltaba poco para que llegara al punto donde dispondrían del continente europeo, y el piloto tenía la impresión de que habían ganado esa batalla. El convoy llegaba al fin del cruce con pérdidas aceptables. Treinta y seis horas más y arribarían a tierra.

El aterrizaje del helicóptero fue como de rutina, y después de pasar por el cuarto de baño, O'Malley se dirigió a la cámara de oficiales a beber un trago y comer un emparedado. Encontró allí a Calloway, que lo estaba esperando. El piloto había tenido breves contactos con el periodista, pero no había llegado a conversar con él.

—¿Aterrizar su helicóptero en este buquecito de juguete es tan peligroso como parece?

—Los portaaviones tienen una cubierta de vuelo un poquitín más grande. No estará pensando en escribir una nota sobre mí, ¿verdad?

—¿Por qué no? Usted hundió tres submarinos ayer. O'Malley meneó la cabeza.

—Lo hicieron dos buques y dos helicópteros, con la ayuda del resto de la fuerza de escolta. Lo único que hago yo es ir adonde me mandan. Cazar un submarino requiere muchas cosas. Tienen que trabajar todas las partes; de lo contrario, gana el otro tipo.

—¿Es eso lo que sucedió anoche?

—A veces el otro tipo también hace algo bueno. Yo me pasé cuatro horas buscando y volví con las manos vacías. Tal vez aquello era un submarino, tal vez no. Ayer fue un día de mucha suerte, en general.

—¿Le molesta hundirlos? —preguntó Calloway.

—Llevo diecisiete años en la Marina y nunca he conocido a nadie que le gustara matar gente. Ni siquiera lo llamamos así, excepto, quizá, cuando estamos borrachos. Hundimos buques y pensamos que son sólo buques..., cosas que no tienen personas en su interior. No es honesto, pero lo hacemos de todos modos. Diablos, ésta es la primera vez que he cumplido realmente lo que se supone debe ser mi trabajo específico. Hasta ahora, toda mi experiencia de combate ha consistido en misiones de búsqueda y rescate. Hasta ayer, jamás había lanzado una verdadera arma de guerra sobre un submarino real. No lo he pensado lo suficiente como para saber si me gusta o no. —Hizo una pausa— Es un ruido horrible. Usted oye el aire a presión. Si perfora el casco a mucha profundidad, dicen que el brusco cambio de presión en el interior causa la ignición del aire, y todos los que están dentro del submarino se queman. Yo no sé si es verdad, pero alguien me lo dijo cierta vez. De cualquier manera, se oye el aire presurizado, después se escucha el chirrido..., parecido al que produce un automóvil cuando clava los frenos. Son los mamparos, que ceden. A continuación, viene el ruido del casco que se parte..., una especie de eco sordo y profundo. Y eso es todo: cien personas acaban de morir. No, no me gusta mucho.

»Y, lo peor del asunto, es que es excitante —continuó O'Malley—. Lo que uno está haciendo es extremadamente difícil. Requiere concentración y práctica y mucha abstracción. Uno tiene que meterse dentro de la cabeza del otro tipo; pero, al mismo tiempo, pensar en su misión como si estuviera destruyendo un objeto inanimado. No tiene mucho sentido, ¿verdad? Por eso, lo que uno hace es no pensar sobre ese aspecto de la tarea. De lo contrario, la misión no se cumpliría.

—¿Vamos a ganar?

—Eso depende de los tipos de tierra. Todo lo que nosotros hacemos es apoyarlos. Este convoy logrará pasar con éxito.

FóWIEHAUSEN, REPUBLICA FEDERAL ALEMANA.

—Me dijeron que usted había muerto —declaró Beregovoy.

—Ni siquiera un rasguño esta vez. Pero Vanya estaba dormido y se llevó un buen susto. ¿Cómo va el ataque?

—Los signos iniciales son promisorios. Aquí hemos avanzado seis kilómetros, y casi otro tanto aquí, en Springe. Podríamos tener completamente rodeada Hannover para mañana.

Alekseyev empezó a pensar si su superior no habría tenido razón. Tal vez las líneas de la OTAN estaban tan debilitadas que se habían visto obligadas a ceder terreno.

—Camarada general —dijo el oficial de Inteligencia del Ejército—, tengo un informe sobre tanques alemanes en Eldagsen. Acaba de..., de salir al aire.

—¿Dónde diablos está Eldagsen? —Beregovoy miró el mapa—. ¡Eso queda a diez kilómetros detrás de la línea! ¡Confirme ese informe!

La tierra tembló, y en seguida se oyó un rugido de motores jet y lanzamiento de misíles.

—Acaban de destruir nuestros transmisores de radio —informó el oficial de comunicaciones.

—¡Cambien al equipo de emergencia! —gritó Alekseyev.

—Ese era el de emergencia. Anoche nos dejaron sin el principal —contestó Beregovoy, Ahora están armando otro, así que usaremos lo que tenemos aquí.

—No —dijo Alekseyev— Si hacemos eso, habrá de ser sobre la marcha.

—¡De esa manera no puedo coordinar bien!

—Si lo matan, no podrá coordinar nada.

USS CHICAGO.

Era el infierno entero que se estaba desatando. Parecía una pesadilla, pero de ellas uno se despierta, pensó McCafferty. Por lo menos tres aviones patrulleros «Bear-F» volaban allá arriba, lanzando sonoboyas por todas partes; en el sonar habían aparecido dos fragatas tipo «Krivak» y seis patrulleras «Grisha», y un submarino «Victor-III» había decidido unirse a la fiesta.

Hasta cierto punto, el Chicago había logrado superar el desequilibrio. Durante las últimas horas, con jugadas hábiles e imaginativas, había hundido al «Victor» y una «Grisha» y provocado daños a una «Krivak», pero la situación se iba deteriorando. Los rusos lo acosaban y no podría mantenerlos a raya durante mucho más tiempo. Mientras él se dedicaba a localizar y hundir al «Victor», los grupos de superficie se habían acercado a cinco millas de él. Como un boxeador enfrentado a un peleador, sólo podría conservar su ventaja mientras pudiera mantenerlos a distancia.

Lo que McCafferty quería y necesitaba hacer era hablar con Todd Simms, del Boston, para coordinar sus actividades. Pero no podía, porque el teléfono submarino no tenía un alcance tan grande y además producía demasiado ruido. Y para intentar una emisión de radio, el Boston habría tenido que estar cerca de la superficie y con su antena levantada, para poder oírlo. Él estaba seguro de que Todd tendría su submarino a la mayor profundidad posible. La doctrina norteamericana sobre guerra submarina era que cada unidad debía operar sola. Los soviéticos practicaban tácticas de cooperación, pero los norteamericanos nunca sintieron esa necesidad. McCafferty sí necesitaba ahora algunas ideas. La solución del «libro» al problema táctico que se le había presentado consistía en maniobrar y buscar espacios abiertos, pero el Chicago estaba esencialmente atado a una posición fija y no podía alejarse demasiado de sus hermanos. En cuanto los rusos descubrieran que allí había un lisiado, se acercarían como una jauría para acabar con el Providence, y él no podría detenerlos. Iván cambiaría con gusto alguna de sus naves pequeñas por un «688».

—¿Ideas, ejecutivo? —preguntó McCafferty.

—¿Qué le parece: «Scotty, ilumínanos»? —El oficial ejecutivo intentó animar un poco la situación; pero no dio resultado; bueno, a lo mejor el jefe no era admirador de Viaje a las estrellas— La única forma que yo veo para alejarlos de nuestros amigos es hacer que salgan a cazarnos a nosotros por algún tiempo.

—¿Navegar hacia el Este y atacar al grupo por el través?

—Es una jugada —admitió el ejecutivo—. Pero, ¿qué no lo es?

—Hágase cargo. Dos tercios, y péguese al fondo.

El Chicago viró al Sudeste y aumentó la velocidad a dieciocho nudos. «*Es una buena oportunidad para comprobar si nuestras cartas son exactas* —pensó McCafferty—. *¿Tendrá Iván campos minados en esos lugares?»* Hubo de descartar esa idea. Si chocaban contra una mina, él nunca lo sabría. El oficial ejecutivo mantuvo el submarino a unos quince metros de donde la carta decía que estaba el fondo... En realidad, el nivel variaba, pues mantenía quince metros por encima del punto más alto del fondo en un círculo de una milla. Ni siquiera eso serviría en caso de que encontraran restos de un naufragio no registrado en la carta. McCafferty recordó su primer viaje al mar de Barents. En algún lugar, no lejos de allí, estaban aquellos destructores hundidos como blancos. Si chocaba contra alguno de ellos a dieciocho nudos... La carrera duró cuarenta minutos.

—¡Todo adelante un tercio! —ordenó McCafferty cuando no Pudo aguantarlo más; el Chicago disminuyó la velocidad a cinco nudos, y luego ordenó al oficial de inmersión—: Arriba, a profundidad de periscopio.

Los hombres encargados de los planos de profundidad llevaron atrás sus mandos. Hubo algunos crujidos menores en el casco al empezar a disminuir la presión exterior del agua, permitiendo que se expandiera dos o tres centímetros. Por orden de McCafferty levantaron primero el mástil «ESM». Como antes, había varias fuentes de radar. Subió el periscopio de búsqueda.

Estaba entrando un frente de tormenta, con chaparrones hacia el Oeste. *Fabuloso* —pensó McCafferty— *Allí va el diez por ciento del rendimiento de nuestro sonar.*

—Tengo un mástil en dos seis cuatro..., ¿qué es?

—No hay señal de radar en esa marcación —dijo un técnico.

—Está quebrado..., es la «Krivak». Le destruimos una parte, vamos a terminarla. Yo...

Una sombra cruzó por la lente. McCafferty inclinó el instrumento hacia arriba y vio las alas en flecha y las hélices de un «Bear».

—Control, sonar, isonoboyas múltiples atrás! McCafferty levantó de golpe las empuñaduras del periscopio y ordenó bajarlo.

—¡Vamos abajo! Profundidad ciento veinte metros, timón todo a la izquierda, todo adelante, máxima.

Una sonoboya cayó a menos de doscientos metros del submarino; el sonido metálico de sus pings vibró a través del casco.

¿Cuánto tardará el «Bear» en virar y hacer un lanzamiento sobre nosotros? Cumpliendo una orden de McCafferty, lanzaron al agua un señuelo productor de ruido. No funcionó, y dispararon otro. Pasó un minuto. Primero va a tratar de conseguir un rumbo magnético hacia donde estamos.

—Rebobine la cinta.

El electricista de turno se alegró de tener algo que hacer. La grabación de vídeo de la exposición de cinco segundos del periscopio mostró algo que parecían los restos de las bandas de una «Krivak».

—Pasando por noventa metros. Velocidad veinte y en aumento.

—A rascar el fondo, Joe —dijo McCafferty.

Observaba la repetición de la cinta de vídeo, pero no era más que para dar algo que hacer a sus ojos.

—¡Torpedo en el agua por el cuarto de estribor! Marcación del torpedo cero uno cinco.

—¡Timón quince grados a la derecha! ¡Todo adelante maxima velocidad! Caiga a nuevo rumbo uno siete cinco.

McCafferty puso el torpedo a popa. De forma automática su mente repasó con rapidez la situación táctica. Torpedo ruso «ASW»: dieciséis pulgadas de diámetro, velocidad alrededor de treinta y seis nudos, alcance cuatro millas, funciona unos nueve minutos. Nosotros llevamos (consultó el instrumento) veinticinco nudos. Está detrás de nosotros. Entonces, si se encuentra una milla atrás..., siete minutos para cubrir la distancia. Puede alcanzarnos. Pero nosotros estamos acelerando a diez nudos por minuto... No, no puede.

—¡Emisiones ping de alta frecuencia desde atrás! Suena como un sonar de torpedo.

Tranquilos, muchachos. No creo que pueda alcanzarnos.

Pero cualquier buque ruso que esté cerca nos puede oír.

—Pasando por ciento veinte metros; empezamos a nivelar.

—El torpedo se acerca, señor —informó el suboficial sonarista—. Los pings suenan algo raros, como...

El submarino fue sacudido por una tremenda explosión atrás.

—Todo adelante un tercio, timón diez grados a la derecha, caiga a nuevo rumbo dos seis cinco. Lo que acaban de oír fue la explosión del torpedo al chocar con el fondo. Sonar, empiece a darme información.

Los rusos tenían una nueva línea de sonoboyas al norte del Chicago, probablemente demasiado lejos para oírlos. las marcaciones a los buques soviéticos más cercanos se habían estabilizado: navegaban directamente hacia el Chicago.

—Bueno, eso los mantendrá lejos de nuestros amigos por un tiempo, ejecutivo.

—Formidable.

—Vamos un poco más al Sur y veremos si podemos lograr que nos pasen. Después, les recordaremos qué han venido a atacar.

ISLANDIA.

Si alguna vez salgo con vida de esta roca —pensaba Edwards—*, me iré a vivir a Nebraska.* Recordaba haber volado muchas veces sobre ese Estado. Se veía tan agradablemente llano. Hasta los Condados eran cuadrados bonitos y cuidados. No sucedía lo mismo en Islandia. Con todo, era más fácil ahora que cuando abandonaron Keflavik. Edwards y su grupo avanzaban sobre la curva de nivel de los ciento cincuenta metros de elevación, lo que los mantenía por lo menos a tres kilómetros del camino de grava de la costa, con montañas a sus espaldas y un buen campo visual sumamente amplio. Hasta ese momento no habían visto otra cosa que actividades de rutina. Suponían que cada vehículo que pasaba llevaba rusos a bordo. Probablemente eso no fuera exacto, pero, como las tropas soviéticas se habían apropiado de tantos coches civiles, no había forma de distinguir las ovejas de las cabras. En consecuencia, las veían a todas cabras.

—¿Disfrutando de un descanso, sargento?

Edwards y su grupo alcanzaron a Smith. Unos ochocientos metros más adelante había un camino, el primero que veían en los dos últimos días.

—¿Ve allá arriba, en la montaña? —señaló Smith—. Hace veinte minutos aterrizó ahí un helicóptero.

—Estupendo, —Edwards desplegó un mapa y se sentó—. Altura 1063... Tiene mil cincuenta metros.

—Es un buen lugar de observación, ¿verdad?

—¿Le parece que pueden vernos desde allá?

—Son dieciséis o dieciocho kilómetros. Depende, jefe. Supongo que están usando esa montaña para vigilar el agua hacia ambos lados. Si tienen algo de cerebro, echarán también una ojeada a las rocas.

—¿Tiene idea de cuántos son los que están allá arriba? —preguntó Edwards.

—No hay forma de saberlo. A lo mejor no hay nadie... Diablos, tal vez hayan estado recogiendo algo, aunque yo no apostaría a eso. Puede ser una sección, o bien un pelotón. Uno tiene que pensar que cuentan con un buen par de binoculares y una radio.

—¿Y cómo vamos a hacer para pasar al otro lado? —preguntó Edwards.

El terreno era en su mayor parte abierto; sólo había unos pocos arbustos a la vista.

—Ésa sí que es una buena pregunta, jefe. Vamos a elegir con mucho cuidado nuestras rutas, a mantenernos abajo y a usar tierras áridas..., como siempre. Pero en el mapa hay una pequeña bahía que se extiende hasta seis kilómetros de donde están ellos. No podemos hacer un rodeo por el lado más lejano sin caer en el camino principal...

—¿Cuál es el problema? —preguntó el sargento Nichols, que llegaba en ese momento.

Smith se lo explicó. Edwards empezó a hablar por radio.

—Ustedes sólo saben que están en lo alto de la montaña; no conocen sus fuerzas ni armamento, ¿no es así? —preguntó Doghouse.

—Exacto.

—Maldita sea. Nosotros queríamos que ustedes subieran a esa montaña. —Vaya con la sorpresa, pensó Edwards— ¿No hay ninguna posibilidad de que puedan hacerlo?

—Ninguna. Repito: no hay ninguna posibilidad. Conozco formas más fáciles de suicidarse, amigo. Déjeme pensar algo y volveré a llamarles. ¿De acuerdo?

—Muy bien, estaremos esperando. Cambio y corto.

Edwards se reunió con sus dos sargentos y empezaron a explorar el mapa.

—Realmente, la duda es cuántos hombres tienen allá, y en qué grado de alerta están —reflexionó Nichols— Si hay un pelotón, podemos esperar alguna actividad de patrullaje. Lo que no sabemos es cuánta. A mí no me gustaría tener que subir y bajar esa montaña dos veces al día.

—¿Cuántos hombres pondría usted allá? —preguntó Edwards.

—Iván tiene aquí una división de paracaidistas completa, además de otros destacamentos. Calculen unos diez mil hombres en total. No pueden convertir en guarnición toda la isla, ¿verdad? Entonces, tendrá un pelotón de infantería en ésta o cualquier otra montaña, o solamente un equipo de observadores, para reglaje de artillería, y esas cosas. Están esperando su fuerza invasora, y desde allá arriba, un hombre con unos anteojos decentes para espiar puede cubrir toda esta bahía hacia el Norte, y probablemente verá hasta la maldita Keflavik hacia el otro lado. También buscarán aviones.

—¿Estás tratando de que parezca fácil? —preguntó Smith.

—Yo creo que podemos acercarnos a la montaña con seguridad, esperar hasta que oscurezca y entonces tratar de pasar por debajo de ellos. Recuerden que ellos tendrán el sol en los ojos.

—¿Ha hecho antes algo parecido? —preguntó Edwards.

Nichols asintió con un movimiento de cabeza.

—Malvinas. Estuvimos allá una semana antes de la invasión, para explorar varias cosas. Lo mismo que estamos haciendo ahora.

—Por la radio no han dicho nada sobre una invasión.

—Teniente —dijo Nichols, con marcado acento inglés—, aquí es donde van a desembarcar sus infantes de Marina. Nadie me lo ha dicho, pero no nos han enviado para buscar una cancha de fútbol, ¿verdad?

El sargento británico tenía alrededor de treinta y cinco años, y se acercaba a los veinte de servicio. Era por mucho el hombre más viejo del grupo, y estaba bastante molesto por haber tenido que pasar aquellos últimos días acatando órdenes de un aficionado al mando. Pero lo bueno que tenía ese joven meteorólogo, sin embargo, era su disposición para escuchar.

—Muy bien, también ellos querían que nosotros subiésemos a esa montaña para observar. ¿Qué les parece aquel pico un poco más bajo hacia el oeste de la altura principal?

—Vamos a tener que desviarnos muy lejos de nuestra ruta para poder subir sin que nos vean, pero..., sí, podemos instalarnos allí, creo. Siempre que ellos no estén demasiado alerta.

—Muy bien, una vez que crucemos este camino, nos mantendremos juntos, en un solo grupo, Usted marchará en la punta, sargento Nichols. Yo sugiero que ahora descansemos un rato. una vez que empecemos a movernos, me parece que tendremos que seguir haciéndolo durante bastante tiempo.

—Trece kilómetros hasta el pie de la colina. Hemos de estar allá antes de la puesta del sol.

Edwards consultó su reloj.

—Muy bien, nos pondremos en marcha dentro de una hora.

Se acercó caminando a Vidgis.

—Bueno, Michael, ¿qué hacemos ahora?

Él le explicó la situación con todo detalle.

—Vamos a pasar cerca de algunos rusos. Podría ser peligroso.

—¿Tú preguntas si yo quiero no ir contigo?

Dile que sí y herirás sus sentimientos. Di que no y..., ¡mierda!

—No quiero volver a verte lastimada, nunca más.

—Yo quedo contigo, Michael. Estoy segura contigo.

SOUTHAMPTON, INGLATERRA.

Tardaron varias horas en extraer con bombas el agua que había entrado a causa de la falsa escora, impresión reforzada por las ostentosas actividades de los hombresrana. Los poderosos remolcadores Catacombe y Vecta lo movieron lentamente hacia atrás para entrarlo en el Solent. Los astilleros «Vosper» habían reparado totalmente la cubierta de vuelo, aunque muchas partes de acero gris mostraban los chapuceros remiendos de un trabajo en el que la prisa había tenido prioridad a la consideración hacia el orgulloso nombre de la nave. Dos mil hombres realizaron las tareas. Desde los Estados Unidos habían llevado por avión los nuevos cables y equipos de frenado, junto con el material electrónico que no soñaba remplazar lo que habían destruido los misiles rusos. Los remolcadores lo acompañaron hasta Calshot Castle, y después continuó solo en dirección al Sur hacia Thorn Channel, luego al Este, junto a los yates amarrados en Cowes. En Porthsmouth lo estaban esperando sus escoltas. Entonces la pequeña formación viró hacia el Sur y el Oeste para entrar en el canal de la Mancha.

Las operaciones de vuelo comenzaron de inmediato. Los primeros aviones que llegaron fueron los bombarderos de ataque «Corsair»; después, los más pesados «Intruder» y los cazasubmarinos «Vikings». El USS Nimitz, había vuelto a entrar en operaciones.

USS CHICAGO.

—¡...y fuego!

Tres horas de trabajo agotador que culminaba en medio segundo. El aire comprimido, con su ya familiar estremecimiento, lanzó un par de torpedos hacia las negras aguas del mar de Barents.

El comandante soviético se había mostrado demasiado ansioso por verificar la destrucción del Chicago, y permitió que su fragata entrara muy cerca detrás de sus dos restantes «Grisha». Los tres buques emitían pings contra el fondo, buscando un submarino hundido. No pensaste nunca que pudiéramos navegar hacia el Sur, ¿no es cierto? Norte o Este, quizá, pero no al Sur. McCafferty había maniobrado con su submarino en un amplio círculo alrededor de la fragata rusa, manteniéndose en el borde del alcance de su sonar; luego volvió a cerrarse, dos mil metros detrás de ella. Un pescado para la «Krivak» y otro para la lancha patrullera más cercana.

—No hay cambios en el rumbo y velocidad del blanco, señor. —El torpedo avanzaba velozmente hacia la fragata soviética—. Sigue emitiendo Pings hacia el otro lado, señor.

La presentación electrónica en cascada se iluminó; apareció un punto brillante en la línea de tono del contacto. Simultáneamente resonó en el casco la atronadora explosión.

—¡Arriba el periscopio! —McCafferty acercó los ojos al visor desde muy abajo y fue subiendo lentamente— La destruimos. Le rompimos el espinazo. Bueno... —Se volvió hacia la marcación de la «Grisha» más próxima—. Muy bien, el blanco número dos está virando..., uuaau, ha puesto al máximo sus máquinas. Aumenta la velocidad y vira a la izquierda.

—Jefe, el cable del pescado se cortó.

—¿Cuánto tiempo de carrera lleva?

—Le quedan cuatro minutos, señor.

En cuatro minutos a máxima velocidad, la «Grisha» estaría fuera del radio de detección y autoorientación del torpedo.

—Maldito sea, va a errar. Abajo el periscopio. Vamos a salir de aquí. Esta vez iremos al Este. Inmersión a ciento veinte metros. Todo adelante dos tercios. Caiga a la derecha a cero cinco cinco.

—Tiene que haber sido el golpe de la explosión, señor. Medio segundo después, los cables de control se desprendieron del pescado número dos.

McCafferty y su oficial de armamento volvieron a examinar el piloto.

—Tiene razón. Yo corté demasiado cerca. Muy bien. —El comandante se acercó a la mesa de la carta—. ¿Dónde calcula que están nuestros amigos?

—Alrededor de este punto, señor. Veinte a veinticinco millas.

—Creo que ya les hemos sacado bastante presión de encima. Vamos a ver si podemos volver allá mientras Iván trata de descubrir qué está pasando.

—Hemos tenido suerte, jefe —comentó el ejecutivo.

—Eso es muy cierto. Yo quiero saber dónde están sus submarinos. Ese «Victor» que hundimos pasó justo frente a nosotros. ¿Dónde se halla el resto? No pueden estar tratando de cazarnos solamente con éstos.

Por supuesto que no, comprendió McCafferty. Los rusos establecían cotos de caza, sectores limitados a tipos de buques. Sus buques de superficie y aviones se instalarían en un sector; a su lado, sus submarinos tendrían derechos de caza exclusivos...

Él Pensó que hasta ese momento había hecho bien las cosas. Tres lanchas patrulleras, una fragata de tonelaje completo, y un submarino, una notable semana para el legajo de cualquiera. Pero no estaba todo terminado. No lo estaría mientras no llevaran al Providence al hielo.

38. CON SIGILO ENTRE LAS ROCAS.

ISLANDIA.

La primera parte de la marcha tenía sólo unos trece kilómetros en línea recta, pero la línea por la que viajaban no era recta en ninguna de las dimensiones. Además, allí el terreno era volcánico, cubierto de rocas grandes y pequeñas. las más grandes proyectaban sombras, y siempre que podían se quedaban junto a ellas; pero a cada paso tenían que hacer también un rodeo, hacia arriba de la montaña o hacia abajo, a la izquierda o a la derecha, y cada metro de avance en el viaje sumaba un metro más en otra dirección, y los trece kilómetros se convirtieron en veintiséis.

Por primera vez, Edwards supo que estaba bajo posible observación. Aun cuando la elevación que ellos estaban esquivando quedaba oculta por otra sierra, ¿quién podía asegurar que los rusos no tuvieran en los alrededores una patrulla de exploración? ¿Quién podía estar seguro de que no los estaban observando, de que algún sargento ruso no había descubierto con sus binoculares los fusiles y mochilas, y que entonces no hubiera tomado su radio portátil y solicitado un helicóptero armado? El esfuerzo de la caminata había acelerado los latidos de sus corazones. Y el miedo los hacía latir más rápido todavía, multiplicando su fatiga como los intereses en los préstamos de un usurero.

El sargento Nichols demostró ser un líder eficiente, y de gran resistencia física. A pesar de ser el más viejo de los miembros del grupo, su vigor, con el tobillo hinchado y todo, asombró a Edwards. Se mantenían en silencio, nadie quería hacer ruido, y Nichols no podía gruñir a los demasiado lentos que no seguían el ritmo. Pero su mirada despreciativa era suficiente. Tiene diez años más que yo —se dijo Edwards—, y yo soy un hombre que hace atletismo. Puedo mantenerme a la par de este bastardo. ¿No?

Nichols se las arregló para que no se acercaran al camino de la costa durante la mayor parte del viaje, pero había un punto donde el camino seguía una curva cerrada alrededor de una pequeña ensenada, y pasaba a menos de mil quinientos metros de su ruta. En ese sitio se enfrentaron a una cruel alternativa: arriesgarse a que los vieran desde el camino, donde el tránsito era probablemente ruso, o desde lo alto de la montaña. Eligieron el camino y avanzaron lentamente y con cautela, observando que entre un vehículo y otro transcurrían generalmente unos quince minutos. En el cielo del Noroeste el sol ya estaba bajo cuando hubieron de trepar por un barranco de paredes muy empinadas. Encontraron un buen sitio entre las rocas, para descansar un rato antes de pasar rápidamente debajo del puesto de observación.

—Bueno, ha sido un bonito paseo, ¿verdad? —preguntó el sargento de la Real Infantería de Marina, que ni siquiera sudaba.

—¿Está tratando de probar algo, sargento? —preguntó Edwards.

Y así era.

—Lo siento, teniente. Sus amigos me dijeron que usted estaba en muy buena forma.

—No creo que vaya a sufrir un ataque al corazón por el momento, si eso es lo que quiere decir. ¿Y ahora qué?

—Yo propondría que esperásemos una hora, hasta que el sol se hunda un poco más, y que después sigamos adelante, otros quince kilómetros. Tenemos que movernos lo más de prisa que podamos.

¡Dios mío!, pensó Edwards. Su rostro se mantuvo impasible.

—¿Está seguro de que no nos verán?

—¿Seguro? No, no estoy seguro, teniente. El crepúsculo es la peor hora para ver, por lo menos. El ojo no puede ajustarse desde el cielo brillante a la tierra oscura.

—Muy bien, usted nos ha traído hasta aquí. Voy a ir a ver cómo está la muchacha.

Nichols lo observó mientras se alejaba.

—A mí también me gustaría ir a ver cómo está la muchacha.

—No debes pensar así, Nick —observó Smith en voz baja.

—Vamos, tú sabes lo que él...

—Nick, no hables mal de la señorita —le advirtió Smith; estaba cansado, pero no tanto como para no reaccionar— Esa chica pasó momentos muy duros. Y el jefe es un caballero, ¿me entiendes? Vaya, yo también pensé mal de él al principio. Pero estaba equivocado. De cualquier manera, la señorita Vidgis, mi amigo, es una verdadera dama.

Mike la encontró acurrucada en posición fetal junto a una roca. Rodgers la estaba cuidando, y se alejó cuando llegó el teniente.

—¿Cómo estás? —preguntó Mike.

Ella volvió la cabeza.

—Muerta, Michael, estoy tan cansada.

—Yo también, nena. —Se sentó a su lado y estiró las piernas, preguntándose si la carne no se le desprendería de los huesos; no obstante, aún tenía la fuerza necesaria para acariciarle el cabello; estaba pegajoso de sudor, pero a Mike no le importó— Sólo falta un poquito más. Oye, fuiste tú quien quiso quedarse con nosotros, ¿recuerdas?

—¡Soy una tonta!

Había una nota de humor en su voz. *Mientras seas capaz de reír* —pensó Mike, recordando palabras de su padre—*, no estás derrotado*.

—Vamos, será mejor que estires esas piernas o se te van a agarrotar. Anda, date vuelta. —Edwards le enderezó las piernas y le masajeó un poco las pantorrillas— Lo que necesitamos son algunos plátanos.

—¿Qué? —Vidgís levantó la cabeza.

—Los plátanos tienen mucho potasio, que ayuda a evitar los calambres.

«¿O era calcio para las mujeres embarazadas?», se preguntó.

—¿Qué hacemos cuando llegamos a nuestra nueva montaña?

—Esperamos a los muchachos buenos.

—¿Vendrán? —Su voz cambió ligeramente.

—Creo que sí.

—¿Y tú te vas entonces?

Mike se quedó callado durante un momento, luchando entre su audacia y su timidez. Y si ella dice...

—No sin ti, no lo haré. —Dudó de nuevo— Quiero decir, si tú...

—Sí, Michael.

Se tendió junto a ella. Edwards se sintió sorprendido ante el hecho de que ahora la deseaba. Ya no era la víctima de una violación, ni una muchacha embarazada por otro hombre, ni una

persona extraña y de otra cultura. Estaba impresionado por su fuerza interior y por otras cosas para las cuales no encontraba nombre, aunque no lo necesitaba.

—Tienes razón. Es verdad que te amo.

Hijo de puta. Le apretó la mano mientras ambos descansaban para el esfuerzo que tenían por delante.

USS CHICAGO.

—Ése es uno de ellos, señor. El Providence, creo. Se oyen algunos ruidos extraños, como si fueran piezas metálicas que golpean unas con otras.

Habían estado siguiendo el blanco —todo contacto era un blanco— durante dos horas, acercándose con mucho ruido a medida que la posible fuente se convertía en probable. La tormenta que había arriba degradaba mucho el rendimiento de su sonar, y el sigilo del blanco impedía que se identificaran sus características. Aquello duró un tiempo interminable. ¿Podría ser un submarino ruso que se deslizaba en busca de su propio blanco? Finalmente, el débil golpeteo de la torreta dañada lo traicionó. McCafferty ordenó que acercaran su submarino al blanco, a ocho nudos.

¿El Providence habría reparado sus sistemas de radar? Con toda seguridad que lo habrían intentado, pensó McCafferty, y si ellos detectaban entonces un submarino que se les acercaba muy cautelosamente desde atrás, ¿pensarian que se trataba de su viejo amigo el Chicago, o de otro «Victor III»? Y en ese sentido, ¿qué grado de certeza tenían ellos de que su blanco fuera el Providence? Por eso los norteamericanos entrenaban a sus submarinistas para que operaran solos. las operaciones conjuntas traían aparejadas demasiadas incertidumbres.

Habían dejado atrás a las fuerzas soviéticas de superficie. La maniobra de McCafferty, de atacar y escapar, los había engañado, y antes de que el ruido se desvaneciera escucharon indicios de enérgicas operaciones de búsqueda con aviones y buques de superficie, que ahora habían quedado a popa, a treinta millas de ellos. Esa evolución de los hechos era positiva, pero la ausencia de buques de superficie en aquella zona inquietó a McCafferty. Podría encontrarse ahora en un sector asignado a submarinos, y éstos eran, sin comparación, los oponentes más peligrosos. Su anterior éxito contra el «Victor» fue pura suerte. Ese comandante soviético había estado demasiado interesado en comenzar su propia caza y olvidó controlar sus flancos. Fue un error, y él no esperaba que se repitiera.

—¿Distancia? —preguntó McCafferty a su grupo de seguimiento.

—Unas dos millas, señor.

Ése era el límite del alcance del gertrude, pero McCafferty quería acercarse mucho más. Paciencia, se dijo. La actividad submarina era un continuo ejercicio de paciencia. Pasaban horas de preparación para unos pocos segundos de actividad. Es un milagro que no tengamos todos úlceras. Veinte minutos después, se habían acercado a menos de mil metros del Providence. McCafferty levantó el teléfono del gertrude.

—Chicago llamando al Providence, cambio.

—Se tomó su buen tiempo, Danny.

—¿Dónde está Todd?

—Salió hacia el Oeste persiguiendo algo hace dos horas. Lo perdimos. No oímos ningún ruido desde esa dirección.

—¿En qué condiciones se encuentra usted?

—El sonar de cola funciona. El resto de nuestros sonares han quedado fuera de servicio. Podemos disparar pescados desde los sistemas de control de la sala de torpedos. Todavía tenemos lluvia en la sala de control, pero podemos continuar con ella siempre que nos mantengamos por encima de los cien metros.

—¿Pueden aumentar la velocidad?

—Hemos tratado de navegar a ocho nudos, pero descubrimos que no podíamos seguir. La torreta se está desarmando. El ruido se hace cada vez mayor. Puedo ir a seis, nada más.

—Muy bien. Si tiene un sonar de cola en funcionamiento, nosotros trataremos de colocarnos en posición unas cuantas millas más adelante. Digamos cinco millas.

—Gracias, Danny.

McCafferty colgó el teléfono.

—Sonar, ¿tiene algo que por lo menos parezca que podría ser algo?

—No, señor, está todo despejado en este momento.

—Todo adelante dos tercios.

Entonces, ¿dónde diablos está el Boston?, se preguntó el comandante.

—Es extraño que todo se halle tan silencioso —observó el ejecutivo.

—Dígamelo a mí. Yo sé que estoy actuando como un paranoico, pero, ¿seré lo suficientemente paranoico? —McCafferty necesitaba reírse— Muy bien, vamos a hacer corridas y derivas siempre hacia el Norte, quince minutos de corridas, diez de derivas, hasta que estemos cinco millas delante del Providence. Entonces nos estabilizaremos a seis nudos y continuaremos la misión. Voy a dormir un rato. Despiérteme dentro de dos horas. Hable con los oficiales y suboficiales, asegúrese de que todos se estén tomando algún descanso. Hemos estado trabajando bastante duro. No quiero que nadie se doble.

McCafferty tomó medio emparedado mientras caminaba hacia su camarote. Sólo eran ocho pasos. Cuando los completó ya había tragado todo el emparedado.

—¡Comandante a control!

Le pareció que apenas había cerrado los ojos cuando sonó el megáfono que tenía sobre la cabecera. En el camino a la puerta, McCafferty miró el reloj. Había dormido noventa minutos. Tenía que ser suficiente.

—¿Qué tenemos? —preguntó al ejecutivo.

—Posible contacto de submarino en el cuarto de babor. Acabamos de oírlo. Ya poseemos un cambio de marcación... Está cerca. Todavía no hay identificación.

—¿El Boston?

—Podría ser.

Hubiera querido que Todd no se fuera así, pensó McCafferty. Dudó si no debería decir al Providence que tomara su máxima velocidad y a la mierda con el ruido. Era la fatiga lo que le hacía pensar así, lo sabía. La gente cansada comete errores, especialmente errores de juicio. *Y los comandantes no pueden permitirse el lujo de cometerlos,* Danny.

El Chicago estaba haciendo seis nudos. *Ningún ruido en absoluto* —pensó el comandante— *Nadie puede oírnos..., tal vez, probablemente*. En realidad tú ya no sabes nada, ¿verdad? Se dirigió a la sala del sonar.

—¿Cómo va eso, suboficial?

—Esperando, jefe. Este contacto es una belleza. Fíjese cómo aparece y desaparece. Está allí, seguro, pero es una bruja de hierro fundido para agarrarlo.

—El Boston se fue hacia el Oeste hace unas horas.

—Podría ser él que está regresando, señor. Viene muy silencioso. O podría ser un «Tango» navegando con baterías, señor. No tengo una señal suficiente para notar la diferencia. Lo siento, señor. No lo sé.

El suboficial se pasó la mano por los ojos y lanzó un largo suspiro.

—¿Cuánto tiempo hace que no descansa?

—Eso tampoco lo sé, señor.

—Cuando terminemos con éste, se irá a dormir, suboficial.

El oficial del grupo de seguimiento llamó en ese momento.

—Tengo un cálculo de distancia, señor. Cinco mil metros. Creo que lleva rumbo general Este. Estoy tratando de confirmarlo.

McCafferty ordenó preparar una solución de tiro sobre el contacto.

—¿Qué es esto? —preguntó el suboficial—. Otro contacto de sonar detrás del primero, con marcación dos cinco tres. ¡Está siguiendo al otro tipo!

—Necesito una identificación, suboficial.

—No tengo suficiente información, comandante. Los dos navegan muy lentamente.

¿Será el Boston uno de ellos? Si es así, ¿cuál? Si es el de delante, ¿lo prevenimos y revelamos nuestra posición? ¿O abrimos fuego y arriesgamos disparar contra el que no debíamos? ¿O simplemente no hacemos absolutamente nada?

McCafferty fue hacia atrás, al tablero de operaciones.

—¿A qué distancia se halla éste del Providence?

—A un poco más de cuatro mil metros, entrando por su proa a babor.

—Entonces, él debe de haberlo detectado —pensó el comandante en voz alta.

—Pero, ¿quién diablos es? —preguntó en voz baja el oficial de seguimiento— ¿Y qué es este contacto? ¿«Sierra-2» detrás de él?

—¡Ruidos variables! —gritó el suboficial sonarista—. ¡Ruidos mecánicos variables en el «Sierra-2»!

—Timón quince grados a la izquierda —ordenó McCafferty con calma.

—¡Torpedo en el agua, marcación dos cuatro nueve!

—¡Todo adelante dos tercios!

Esta vez la orden se oyó más fuerte.

—Control, sonar, tenemos aumento de ruido de maquinaria en el «Sierra-I». Bueno, el contacto de delante es un submarino de doble hélice; la cuenta de vueltas de palas indica una velocidad de diez nudos en aumento; recibo algo de cavitación. El blanco «Sierra-I» está maniobrando. Clasifico este blanco como un clase «Tango».

—El Boston es el que viene detrás. Todo adelante un tercio. —McCafferty ordenó disminuir la velocidad de su submarino— ¡Agárralo, Todd!

Quince segundos después su deseo se vio recompensado con una explosión. Simms había procedido con la misma táctica de su amigo del Chicago. Acercarse a unos cuantos miles de metros del blanco y no darle oportunidad de alejarse maniobrando. Quince minutos después, el Boston se unió a su saludable hermano.

—Fueron cuatro horas muy duras. ¡Ese «Tango» era bueno! —dijo Simms por el gertrude— ¿Tú estás en buena forma?

—Sí. Tenemos la posición de guardia al frente. ¿Quieres ponerte atrás por un rato?

—De acuerdo, Danny. Nos veremos.

ISLANDIA.

—Vaya usted delante, sargento Nichols.

El puesto destacado de los rusos estaba cinco kilómetros al Sur y novecientos metros más arriba. Ellos treparon las paredes del barranco y salieron a un terreno relativamente abierto. Se hallaban entre el sol y el puesto soviético. Edwards pensó que de algún modo creía lo que Nichols había dicho sobre las condiciones de la luz y cómo reaccionaba a ellas el ojo humano. ¿Hasta qué punto era fácil distinguir algo a una distancia de cinco kilómetros? Pero mientras caminaba por allí se sentía como si lo hubiera estado haciendo desnudo por la calle a la hora de mayor concurrencia. Se habían oscurecido las caras con maquillaje para camuflaje, y sus uniformes se confundían con el color y la clase del terreno. *Pero el ojo humano busca el movimiento* —se dijo Edwards—, *y nosotros nos estamos moviendo. ¿Qué estoy haciendo yo aquí?*

Un paso más cada vez. Caminen con suavidad. No levanten polvo. Ritmo lento y tranquilo. No hagan movimientos bruscos. Cabezas agachadas. Todas las cosas que había dicho Nichols resonaban en su mente. Mírenme, soy invisible.

Se propuso no mirar hacia arriba, pero habría sido menos que humano si no hubiera arriesgado una mirada ocasional. El cerro (montaña) se elevaba muy alto sobre ellos. Y se hacía realmente escarpado cerca, en la cumbre. A lo mejor no había nadie allí. *Está bien. Hágannos un favor y sean ciegos, o estén dormidos, o comiendo, o buscando aviones*. Tuvo que apartar la vista.

Las rocas que ellos pasaban por encima y por los lados se unieron después de un trecho. Cada miembro del grupo caminaba solo. Nadie decía nada. Todos los rostros tenían una expresión neutra, que podía haber significado una silenciosa decisión o un oculto agotamiento. El solo hecho de caminar con seguridad sobre las rocas requería concentración.

Esto es el final de todo. La última caminata. La última montaña por trepar. El fin —se prometió Edwards a sí mismo—. *Después de esto, iré en coche a buscar el diario de la mañana, Si no puedo tener una casa de planta baja solamente, juro que me haré instalar un ascensor. Haré que los chicos corten el césped y yo me sentaré en el porche a mirarlos.*

Finalmente, la cumbre de la montaña quedó detrás de él. Ahora tenía que espiar por encima del hombro. Por alguna razón, el helicóptero lleno de paracaidistas rusos no llegó. Ahora estaban algo más seguros. Entonces Nichols aceleró el paso.

Al cabo de cuatro horas, la montaña había quedado detrás de una elevación de roca volcánica cuya cima parecía el filo mellado de un cuchillo. Nichols propuso un alto, Hacía siete horas que estaban caminando.

—Bueno —dijo el sargento— Fue bastante fácil, ¿verdad?

—Sargento, la próxima vez que salte desde un avión, por favor, rómpase el tobillo —sugirió Mike.

—La peor parte ha quedado atrás. Ahora lo único que nos queda es trepar esa pequeña colina —comentó Nichols.

—Antes podríamos tratar de conseguir un poco de agua —dijo Smith. Indicó un arroyo que corría a unos cien metros.

—Buena idea. Teniente, yo creo realmente que deberíamos estar en la cumbre de esa colina tan pronto como podamos.

—De acuerdo. ¡Pero ésta es la última maldita colina que treparé en mi vida!

—Yo también he dicho eso mismo una o dos veces, señor —sonrió Nichols.

—No le creo.

USS INDEPENDENCE.

—¡Bien venido a bordo, Toland

El comandante de la Flota de Choque del Atlántico debía ser un oficial superior de tres estrellas, pero el vicealmirante Scott Jacobsen, por el momento, tendría que conformarse con el puesto en vez del grado. Aviador de toda una vida, era el comandante de división de portaaviones más antiguo de la Armada, y sustituto del fallecido almirante Baker.

—Tiene una impresionante carta de presentación del almirante Beattie.

—Dio demasiada importancia a aquello. Lo único que yo hice fue transmitir una idea que había tenido otro.

—Está bien. Usted se hallaba a bordo del Nimitz cuando atacaron a la fuerza de tareas, ¿no es cierto?

—Sí, señor. Yo estaba en la CIC.

—¿Y el otro tipo que salió de allí fue Sonny Svenson? ¿Ustedes fueron los únicos?

—Sí, señor, el capitán de navío Svenson y yo.

Jacobsen cogió el teléfono y pulsó tres números.

—Diga al capitán Spaulding que venga a verme. Gracias. Toland, usted, mi oficial de operaciones y yo vamos a revivir aquella experiencia. Quiero ver si hubo algo que dejó de decirse en nuestra reunión de instrucciones previas a la partida. No me van a hacer más agujeros en mis portaaviones, hijo.

—Almirante, no los infravalore —advirtió Toland.

—No voy a hacerlo, Toland. Por eso lo tengo a usted aquí. A su grupo lo atacaron demasiado lejos en el Norte, dadas las circunstancias. Haber tomado Islandia fue una brillante jugada de la otra parte, Nos arruinaron bastante bien nuestros planes. Pero eso lo vamos a arreglar, capitán.

—Comprendo, señor.

USS REUBEN JAMES.

—¿No es hermoso? —dijo O'Malley. Lanzó el cigarrillo por la borda y se cruzó de brazos, contemplando fijamente el enorme portaaviones que se destacaba en el horizonte. Era apenas una forma gris oscura, con aviones que aterrizaban en su larga cubierta de vuelo.

—Se supone que mi nota se refiere al convoy —dijo Calloway con cierto desdén.

—Bueno, ellos están entrando a puerto en este mismo momento. Final de la nota. —El piloto se volvió con una amplia sonrisa— Diablos, usted me hizo famoso, ¿no es así?

—Ustedes, condenados aviadores, ¡son todos lo mismo! —le espetó el corresponsal de «Reuter»—. El comandante ni siquiera me ha dicho a dónde vamos.

—¿No lo sabe? —preguntó sorprendido O'Malley.

—Bien, ¿a dónde vamos?

—Al Norte.

EL HAVRE, FRANCIA.

Habían despejado el puerto a la espera del convoy. Los mercantes pasaron a remolque junto a varios restos de buques destruidos por las minas soviéticas, algunas colocadas antes de la guerra, otras lanzadas desde aviones. El puerto también había sufrido seis bombardeos, aunque los cazabombarderos que los efectuaron, aviones de gran radio de acción, habían pagado cada vez un elevado precio a las fuerzas francesas de defensa aérea.

Los primeros buques que entraron fueron los grandes «Ro/Ros», cargados con contenedores. Ocho de ellos habían transportado una división blindada completa. Los llevaron rápidamente a la dársena Théophile Ducrocq. Uno a uno, los buques fueron bajando sus curvas rampas de popa hasta el muelle, y los tanques empezaron a desembarcar. Encontraron un verdadero tren de trailers arrastrados por tractores y lo suficientemente bajos como para facilitar la carga. Cada uno de ellos llevaría un tanque, u otro vehículo de combate, hasta las líneas del frente. Una vez cargados, circularon de uno en uno hasta el punto de reunión en la planta «Renault», adyacente al puerto. El desembarco de toda la división iba a durar varias horas; no obstante, habían decidido el traslado de todo el conjunto en un solo cuerpo hasta el frente de combate, a menos de quinientos kilómetros.

Después de un viaje que les pareció tenso e interminable, la llegada fue una conmoción cultural para las tropas norteamericanas, muchos de cuyos hombres pertenecían a la Guardia Nacional y rara vez viajaban al extranjero. Los trabajadores del puerto y la Policía de Tráfico estaban demasiado exhaustos, después de varias semanas de frenética actividad, para demostrarles cualquier tipo de emoción; pero la gente común, enterada, a pesar de las rigurosas medidas de seguridad, de que arribarían tropas de refuerzo, fueron a ver a los recién llegados, primero en pequeños grupos, y luego en gran número. las fuerzas norteamericanas no tenían permiso para dejar los sectores de sus compañías. Después de algunas negociaciones informales, se decidió que reducidas delegaciones fueran autorizadas a reunirse brevemente con algunos de los soldados. El riesgo de la seguridad era mínimo (las líneas telefónicas que entraban y salían de todos los puertos de la OTAN estaban bajo riguroso control) y este ejercicio de simple cortesía tuvo resultados inesperados. Al igual que sus padres y abuelos, los soldados aprendieron que Europa merecía luchar por ella. Esa gente que con frecuencia sólo se veía como amenaza para los puestos de trabajo de los norteamericanos, tenía rostros, esperanzas y sueños. Todo eso se hallaba en peligro. No estaban peleando por un principio, o una decisión política, o un tratado de papel. Estaban allí por esas personas y por otras, que no eran en nada diferentes de las que ellos habían dejado en los Estados Unidos.

Tardaron dos horas más de lo estimado. Algunos vehículos se rompieron, pero los funcionarios del puerto y de la Policía habían organizado hábilmente los puntos de reunión. La división partió en las primeras horas de la tarde, avanzando a una velocidad permanente de cincuenta kilómetros por hora, a lo largo de una autopista de varios carriles, despejada para facilitar su paso. Cada tanto había alguien detenido junto al camino para saludar con los brazos a las tropas que efectuaban los últimos controles en sus equipos. La parte fácil de su viaje estaba a punto de terminar.

ISLANDIA.

Eran las cuatro de la mañana cuando llegaron a la cumbre, aunque sólo para encontrarse con que esa montaña tenía muchas «cumbres». Los rusos poseían la más alta, a cinco kilómetros. El grupo de Edwards debería elegir entre otros dos picos; ambos tenían unas cuantas decenas de metros menos que el más alto, de mil metros. Eligieron el más elevado de los dos; desde allí se veía el pequeño puerto pesquero de Stykkisholmur, casi exactamente al Norte, y la amplia bahía llena de rocas que el mapa llamaba HvammsfjÓrdur.

—Parece un buen puesto de observación, teniente Edwards —juzgó Nichols.

—Me alegro, sargento, porque no voy a dar un paso más. —Edwards ya había enfocado sus binoculares sobre el pico más al Este— No veo ningún movimiento.

—Están allí —dijo Nichols.

—Sí —coincidió Smith— Seguro como el diablo.

Edwards descendió un poco de la línea de la cresta y extrajo la radio.

—Doghouse, aquí Beagle, ya estamos donde ustedes querían, cambio.

—Deme su posición exacta.

Edwards abrió el mapa y leyó las coordenadas.

—Creemos que hay un puesto de observación ruso en el pico vecino. Están a unos cinco kilómetros de aquí, según este mapa. Nosotros nos hallamos bien escondidos y tenemos comida y agua para dos días. Podemos ver los caminos que entran a Stykkisholmur. En realidad, ahora hay tiempo bueno y claro, y alcanzamos a ver hasta Keflavik. No se distinguen detalles, pero vemos la península.

—Muy bien. Quiero que mire al Norte y nos diga todo lo que ve.

Edwards entregó la antena de la radio a Smith, después se volvió y apuntó sus anteojos de campaña sobre la población.

—Bueno. El terreno es bastante llano, pero más alto que el agua, como una plataforma. Hay algunas pequeñas lanchas pesqueras amarradas a los muelles... Cuento nueve. La rada que se extiende al norte y al este del puerto está llena de rocas en una superficie de muchos kilómetros. No veo ningún vehículo blindado, ni signos evidentes de tropas rusas... Espere. Hay dos todo terreno estacionados en medio de la calle, parece, pero no hay nadie al lado. El sol todavía está bajo y hay muchas sombras. En los caminos no se mueve nada. Creo que eso es todo.

—Muy bien, Beagle. Buen informe. Avísenos si ve cualquier clase de personal soviético. Aunque sea uno, queremos saber de él. Manténganse atentos.

—¿Vendrá alguien a buscarnos?

—Beagle, no sé de qué está hablando.

USS INDEPENDENCE.

Toland se hallaba de pie en la Central de Informaciones de Combate, observando las pantallas. Lo que más le preocupaba eran los submarinos. Ocho submarinos aliados estaban en el estrecho de Dinamarca, al oeste de Islandia, formando una barrera que pocos enemigos serían capaces de pasar. Los apoyaban aviones navales «Orion» que operaban desde Sondrestrom, Groenlandia; algo imposible hasta que pudieran eliminar a los cazas rusos de Keflavik. Eso cerraba un posible camino de acceso hacia la Flota de Choque del Atlántico. Otros submarinos formaban una línea paralela al frente de avance de la flota, apoyados por los «S-3A Viking», que operaban continuamente desde las cubiertas de vuelo.

El Pentágono había hecho trascender a la Prensa que esa división de infantería de Marina se hallaba en viaje a Alemania, donde la batalla continuaba equilibrada. En realidad, la cerrada formación de anfibios navegaba a veinte millas de su portaaviones con rumbo cero tres nueve, a cuatrocientas millas de su verdadero objetivo.

USS REUBEN JAMES.

—Ya no estamos navegando hacia el Norte —dijo Calloway.

Se hallaban cenando en la cámara de oficiales. Todos escarbaban en las últimas hojas de lechuga fresca que había a bordo.

—Creo que tiene razón —observó O'Malley—. Me parece que ahora hemos puesto rumbo al Oeste.

—También podrían decirme qué diablos estamos haciendo. Me han prohibido usar su transmisor por satélite.

—Estamos escoltando en cortina al grupo de batalla del Nimitz, pero cuando uno va caminando a veinticinco nudos, no es tan fácil.

A O'Malley no le gustaba eso. Estaban corriendo un riesgo. Era parte de la guerra, pero al piloto no le agradaba ninguna parte de la guerra. Especialmente los riesgos. Me *pagan para hacerlo, no para que me guste.*

—La escolta es en su mayor parte británica, ¿no es así?

—Sí, ¿por qué?

—Eso es algo que puedo usar para informar a la gente de nuestro país. Qué importancia...

—Mire, señor Calloway, supongamos que usted envía su nota y se publica en los periódicos locales. Entonces, supongamos que un agente soviético lee la nota y le transmite a...

—¿Cómo podría hacer eso? Indudablemente, el Gobierno ha puesto severas restricciones a toda clase de comunicaciones.

—Iván tiene un montón de satélites de comunicaciones, lo mismo que nosotros. En esta pequeña fragata tenemos dos transmisores para satélites. Usted los ha visto. ¿Cuánto le parece que cuestan? Piense que tal vez usted mismo podría tener uno en el jardín de su casa, dentro de algún arbusto... Además, a todo el grupo se le han restringido las comunicaciones. EMCON, control de emisiones, total. Nadie transporta nada por el momento.

Llegó Morris y se sentó a la cabecera de la mesa.

—Comandante, ¿hacia dónde estamos navegando? —preguntó Calloway.

—Acabo de enterarme. Lo siento, pero no puedo decírselo. La fragata Battleaxe y nosotros vamos a continuar trabajando juntos durante un tiempo como guardia de popa del grupo Nimitz. Nuestra designación ahora es «Fuerza Mike».

—¿Tendremos alguna otra cooperación? —preguntó O'Malley.

—El Bunker Hill viene hacia aquí. Tuvo que recargar munición y reunirse con el HMS Mustrious. Van a operar uno cerca de otro. Nosotros seremos otra vez piquete exterior. Empezaremos a cumplir realmente las tareas «ASW» dentro de cuatro horas. Pero va a ser dificilísimo tratar de mantenerse a la par del portaaviones.

USS CHICAGO.

Había tres contactos. Todos se produjeron en menos de diez minutos. Dos de ellos se hallaban delante del Chicago, a la izquierda y a la derecha de su proa. El tercero estaba por el través de babor. McCafferty comprendió que, de alguna manera, los rusos sabían de los submarinos que habían hundido. Probablemente alguna clase de radioboya, estaba seguro. Eso significaba que lo único que en verdad habían conseguido sus éxitos tácticos era atraer más peligro sobre el trío de submarinos norteamericanos.

—Control, sonar. Tenemos algunas señales de sonoboyas a dos seis seis. Cuento tres boyas..., cuatro, que sean cuatro.

¿Más «Bear»? —se preguntó McCafferty—. *¿Una caza en cooperación?*

—Jefe, será mejor que venga aquí delante —llamó el suboficial sonarista.

—¿Qué sucede?

La pantalla de presentación en cascada se había cubierto repentinamente de señales.

—Señor, tenemos tres líneas de sonoboyas que se están formando en este momento. Tiene que haber por lo menos tres aviones allá arriba. Ésta se encuentra muy cerca; parece que se va a extender detrás de nosotros, tal vez justo sobre nuestros amigos.

McCafferty observó las nuevas líneas de señales, que iban apareciendo a razón de una por minuto. Cada una de ellas representaba una sonoboya rusa, y la orientación era hacia el Este, mientras otras dos iban creciendo con otros rumbos.

—Están tratando de encajonarnos, suboficial.

—Parece que sí, señor.

Siempre que destruimos submarinos rusos les dimos una referencia de posición. Ellos han podido confirmar muchas veces nuestro rumbo y velocidad. McCafferty había llevado su submarino de regreso hasta la Depresión Svyatana Anna. Su paso hasta el pack de hielo tenía cien millas de ancho y trescientas brazas de profundidad. Pero, ¿cuántos submarinos rusos había allí? Los sonaristas continuaban anunciando marcaciones a los contactos del submarino mientras el comandante observaba cómo se extendían las líneas de las boyas.

—Creo que éste es el Providence, señor. Acaba de aumentar la velocidad..., sí, fíjese en el ruido ahora; realmente ha aumentado bastante la velocidad. Esta boya tiene que estar muy cerca de él. Pero todavía no puedo encontrar al Boston.

La marcación era constante con respecto a los dos contactos de submarinos hacía delante. No podía calcular una distancia a menos que él o ellos maniobraran. Si viraba a la izquierda se acercaría a un tercer contacto, lo que podía no ser una buena idea. Si viraba a la derecha, escaparía del submarino, que podría entonces acercarse al Providence. Si no hacía nada, nada lograría. McCafferty no sabía qué hacer.

—Tenemos otra boya, señor.

Esta última se hallaba entre las marcaciones de los dos contactos existentes. Trataban de localizar al Providence.

—Ahí está el Boston. Sí, va pasando rápido una boya. Una nueva línea de contacto apareció súbitamente brillante donde hasta ese momento no había nada. *Todd ha aumentado la potencia y se ha propuesto dejar que lo detecten* —pensó McCafferty— *Entonces se va a sumergir rápidamente para evadir.*

Veámoslo desde el punto de vista ruso —se dijo el comandante— *Ellos no saben realmente detrás de qué andan, ¿no es así? Tal vez se imaginan que están contra más de uno, pero, ¿cuántos más? Eso no pueden saberlo. Por lo tanto, querrán levantar el juego antes de disparar, tan sólo para ver qué hay aquí.*

—¡Torpedo en el agua, marcación uno nueve tres!

Un «Bear» ruso había lanzado sobre el Boston. McCafferty observó la pantalla del sonar mientras Simms sumergía profundamente su nave, seguido por el torpedo. Aumentaría la profundidad y haría unos cuantos cambios bruscos en rumbo y velocidad, tratando de evadir el pescado. Apareció la línea brillante de un productor de ruidos, manteniendo una marcación constante mientras el Boston continuaba maniobrando. El torpedo dio caza al señuelo productor de ruido, corriendo otros tres minutos antes de agotar el combustible.

La pantalla quedó otra vez relativamente clara. las señales de las sonoboyas permanecían allí. El Boston y el Providence habían reducido la potencia y desaparecieron..., pero lo mismo sucedió con las señales del submarino ruso.

¿Qué están haciendo? ¿Cuál es su plan? —se preguntó el comandante— *¿Qué submarinos están allí?*

«Tango», tienen que ser «Tango». Reducen completamente sus motores eléctricos y disminuyen la velocidad hasta el límite gobernable. Por eso desaparecieron de las pantallas. Muy bien, ya no vienen en busca de nosotros. Se inmovilizaron cuando el avión detectó al Providence y al Boston. ¡Están trabajando en forma coordinada con los «Bear»! Lo cual significa que tienen que estar a poca profundidad, y el rendimiento de sus sonares es bajo porque se hallan cerca de la superficie.

—Suboficial, suponga que esos dos contactos que tenían fueran «Tango» haciendo unos diez nudos. ¿Un cálculo aproximado nos daría un alcance de detección de cuánto?

—En estas condiciones del agua..., diez o doce millas. Y yo tendría mucho cuidado al usar ese número, señor.

Tres líneas más de sonoboyas empezaron a aparecer al norte del Chicago. McCafferty fue atrás para ver cómo las situaban. Calcularon aproximadamente un espacio de dos millas entre las líneas de sonoboyas, y eso les dio cifras de distancia.

—No están actuando con demasiada astucia, ¿verdad? —observó el ejecutivo.

—¿Para qué molestarse cuando no es necesario? Vamos a ver si podemos pasar entre las boyas.

—¿Qué están haciendo nuestros amigos?

—Espero que también estén navegando hacia el Norte. No quiero pensar en qué otros efectivos están enviando contra nosotros. Vamos a pasar directamente por aquí.

El oficial ejecutivo dio las órdenes. El Chicago empezó a avanzar de nuevo. Ahora comprobaría realmente si las planchuelas anecoicas de goma instaladas en el casco absorbían o no las ondas del sonar. Examinaron las últimas marcaciones sobre los submarinos rusos. McCafferty sabía que ellos podían estar moviéndose igualmente detrás de esa pared de ruido. Cuando los detectara de nuevo estaría peligrosamente cerca. Aumentaron la profundidad. El submarino descendió a trescientos metros, exactamente frente al punto medio entre un par de sonoboyas activas.

Otro torpedo apareció atrás en el agua, y McCafferty maniobró rápidamente para evadir, pero entonces se dio cuenta de que estaba apuntando a otro blanco, o a nada. Lo escucharon en su carrera durante varios minutos, luego desapareció. *Una manera perfecta de quebrar la concentración de un hombre,* pensó McCafferty, *y volvió a llevar su submarino a un rumbo general norte.*

Las marcaciones hacia las sonoboyas cambiaron a medida que se acercaban. Estaban separadas casi dos millas; quedó una milla a cada lado cuando el Chicago cruzó la primera línea, casi raspando el fondo. Estaban emitiendo en una frecuencia que se podía oír con claridad a través del casco. *Exactamente igual que en el cine,* pensó el comandante. Los tripulantes que no tenían en ese momento tarea alguna para la conducción del submarino, miraban hacia arriba y a los costados del casco como si pensaran que el ruido lo estaba acariciando. Vaya con las caricias... La segunda línea estaba tres millas más allá de la primera. El Chicago viró ligeramente a la izquierda en busca de otro claro entre las sonoboyas.

Ahora la velocidad había descendido a cuatro nudos. El sonar detectó un posible contacto hacia el Norte, que se desvaneció casi de inmediato. Tal vez un «Tango», tal vez nada. De todos modos lo registraron, ya que el submarino tardó casi una hora en alcanzar la segunda línea de boyas activas.

—¡Torpedo en el agua, sobre el través de babor! —gritó el sonarista.

—¡Timón todo a la derecha; fuerza máxima todo adelante!

La hélice del Chicago revolvió el agua y creó un paraíso de ruido para los aviones rusos, que habían lanzado un pescado sobre un posible contacto. El submarino continuó avanzando durante tres minutos, esperando información adicional sobre el torpedo.

—¿Dónde está el torpedo?

—Está emitiendo pings, señor..., pero lo hace para el otro lado; la marcación está cambiando al Sur, de izquierda a derecha, y se debilita.

—Todo adelante un tercio, timón a la vía —ordenó McCafferty— Otro más..., torpedo en el agua marcación cero cuatro seis. Todo timón a la derecha, máxima fuerza todo adelante —ordenó McCafferty una vez más; se volvió en dirección al ejecutivo—: ¿Sabe lo que acaban de hacer? ¡Lanzaron un pescado para engañarnos y obligarnos a movernos. ¡Malditos!

Una buena táctica, seas quien seas. Sabes muy bien que no podemos permitirnos ignorar un torpedo.

—Pero, ¿cómo sabían que estábamos aquí?

—Quizá solamente acertaron, o tal vez tuvieron algún indicio. Entonces, nosotros les dimos el contacto.

—Marcación del torpedo cero cuatro uno. Está emitiendo pings contra nosotros, no sé si ya nos tiene, señor. Comandante, tengo un nuevo contacto con marcación cero nueve cinco. Suena como ruido de máquinas..., posible submarino.

—¿Y ahora qué? —susurró McCafferty.

Puso al torpedo ruso sobre su popa y se aferró al fondo. El rendimiento del sonar cayó a cero cuando el Chicago aceleró pasando los veinte nudos. Sin embargo, sus instrumentos todavía podían oír los pings ultrasónicos del torpedo, y McCafferty maniobró para mantenerlo detrás de él cuando picaba atacando al submarino norteamericano.

—¡Vamos arriba! Profundidad treinta metros. Disparen un señuelo de ruido.

—¡Planos en ascenso máximo!

El oficial de inmersión ordenó un corto soplado de los tanques compensadores de proa para ayudar a la maniobra, Sumado esto al señuelo de ruido, se creó una tremenda perturbación en el agua. El torpedo se lanzó hacia ella, pasando por debajo del Chicago. Una buena maniobra, si bien había sido a la vez una maniobra desesperada. El submarino ascendió muy rápido; su casco elástico producía ruidos secos y crujidos a medida que la presión del agua disminuía sobre el acero. Había un submarino enemigo cerca, y oyó ahora toda clase de ruidos del Chicago. Lo único que podía hacer McCafferty era correr. Confiaba en que el otro submarino

intentara darle caza con un torpedo autoguiado que describiera círculos más abajo, pero no comprendía por qué estaba allí el otro submarino. Redujo la velocidad del Chicago a cinco nudos y viró, al mismo tiempo que el torpedo se quedaba sin combustible debajo de él. El siguiente problema: había un submarino soviético cerca.

—Tiene que saber dónde estamos, jefe.

—Lleva razón, ejecutivo. Sonar, control, ¡búsqueda Yanqui! —Ambas partes podían emplear tácticas poco comunes—. Grupo control de fuego, atentos, esto va a ser una instantánea.

El poderoso —aunque rara vez usado— sonar activo instalado en la proa del Chicago castigó el agua con energía de baja frecuencia.

—¡Contacto, marcación cero ocho seis, distancia cuatro mil seiscientos!

—¡Preparen!

Tres segundos después el casco de acero del Chicago sintió las ondas del sonar soviético.

—¡Preparado! Lísto para tubos tres y dos.

—¡Iguales marcaciones y disparen! —Los torpedos salieron con pocos segundos de diferencia—. ¡Corten los cables! ¡Vamos abajo! ¡Profundidad trescientos metros, fuerza máxima todo adelante, timón todo a la izquierda, nuevo rumbo dos seis cinco. —El submarino giró y avanzó velozmente hacia el Oeste mientras sus torpedos corrían hacia su blanco.

—Ruidos pasajeros..., torpedos en el agua atrás, marcación cero ocho cinco.

—Paciencia —dijo McCafferty; *no esperabas que hiciéramos eso, ¿verdad?* —¡Buen trabajo, control de fuego! Hicimos nuestros disparos un minuto más rápido que el otro tipo, ¿Velocidad?

—Veinticuatro nudos y en aumento, señor —contestó el timonel— Pasando ciento veinte metros, señor.

—Sonar, ¿cuántos pescados están dándonos caza?

—Por lo menos tres, señor. Señor, nuestras unidades, están haciendo emisiones activas. Creo que tienen el blanco.

—Oficial ejecutivo, dentro de pocos segundos vamos a virar y a cambiar profundidad. Cuando lo hagamos, quiero que dispare cuatro señuelos de ruido con quince segundos de intervalo entre sí.

—Comprendido, señor.

McCafferty se situó detrás del timonel, que había cumplido veinte años el día anterior. El indicador del timón estaba a la vía, con diez grados de ángulo negativo en los planos, y el submarino pasaba en ese momento por los ciento cincuenta metros y en violento descenso. El indicador de velocidad mostraba ahora treinta nudos. El régimen de aceleración disminuyó cuando el Chicago se acercó a su máxima velocidad. McCafferty dio unas palmadas en el hombro del muchacho.

—Ahora. Diez grados arriba en los planos y caiga a la derecha con veinte grados de timón.

—¡Sí, señor!

El casco resonó con la noticia de que sus pescados habían encontrado su blanco. Todos saltaron o se agacharon: cada uno había tenido su propio problema durante la caza. La maniobra del Chicago dejó un enorme remolino en el agua, que el oficial ejecutivo marcó con los cuatro señuelos de ruido. Las pequeñas latas de gas llenaron de burbujas la zona de perturbación, excelentes blancos para sonar, mientras el Chicago escapaba hacia el Norte.

Pasó exactamente debajo de una sonoboya, pero los rusos no podían lanzar otro torpedo sin riesgo de que interfiriera a los que ya estaban actuando.

—Las marcaciones están cambiando en todos los contactos, señor —informó el sonar.

McCafferty empezó a respirar normalmente otra vez.

—Adelante un tercio.

El timonel transmitió la orden mediante el anunciador. Los maquinistas respondieron, y una vez más el Chicago redujo la velocidad.

—Trataremos de desaparecer de nuevo. Probablemente ellos todavía no están seguros con respecto a quién mató a quién. Vamos a usar ese tiempo para volver abajo hasta el fondo y arrastrarnos hacia el Nordeste. Muy bien, muchachos: estuvo bastante difícil.

El timonel levantó la vista.

—Jefe, ¡la zona sur de Chicago ya no es la peor parte de la ciudad!

Pero puedes estar seguro de que es la más cansada de todas —pensó el comandante— *No pueden seguir viniendo así contra nosotros. Tienen que retirarse y volver a pensarlo todo, ¿no es cierto?* Había memorizado la carta. Otras ciento cincuenta millas hasta el pack de hielo.

39. LAS COSTAS DE STYKKISHOLMUR.

HUNZEN, REPUBLICA FEDERAL ALEMANA.

Finalmente habían derrotado el contraataque. *No*, se dijo Alekseyev, *no los derrotamos, los forzamos a ceder terreno*. Los alemanes se habían retirado espontáneamente después de debilitar y desorganizar la mitad del ataque ruso. La victoria requería mucho más que estar en posesión del campo de batalla.

Solo que todo se hizo más difícil. Beregovoy había tenido razón cuando dijo que coordinar una gran batalla sobre la marcha era mucho más complicado que hacerlo desde un puesto fijo de mando. Solamente el esfuerzo de poder abrir bien el mapa dentro de un estrecho vehículo ya era una batalla contra tiempo y espacio, y ochenta kilómetros de frente exigían demasiados mapas tácticos. El contraataque había obligado a los generales a desplazar hacia el Norte una de sus preciosas formaciones A de la reserva, justo en el momento en que alcanzaron a ver a los alemanes que se retiraban después de aniquilar las retaguardias de tres divisiones B de infantería motorizada, sembrando el pánico entre los miles de reservistas que estaban tratando de resistir con viejos equipos y un entrenamiento del que apenas se acordaban.

—¿Por qué se retiraron? —preguntó Sergetov a su general.

Alekseyev no respondió. Era una buena pregunta, que él se había formulado ya media docena de veces. Probablemente habían dos razones, pensó. Primero, les había faltado la fuerza necesaria para proseguir el esfuerzo y habían tenido que conformarse con un ataque de desarticulación para desequilibrar nuestra ofensiva. Segundo, el eje central de nuestro ataque estaba a punto de alcanzar el Weser, y es posible que los hayan hecho retroceder para enfrentarse a esa grave crisis y superarla. Se acercó el oficial de Inteligencia del grupo de ejército.

—Camarada general, tenemos un inquietante informe de uno de nuestros aviones de reconocimiento.

El oficial se refirió al breve mensaje de radio emitido por un avión que había hecho ciertas observaciones volando a muy baja altura. El control del aire por parte de la OTAN había producido pérdidas particularmente serias a esas importantes unidades. El piloto de este «MiG-21» vio, e informó sobre ella, una gran columna de blindados aliados sobre la Autopista E8, al sur de Osnabrück, pero luego desapareció. El general inmediatamente cogió el radioteléfono para llamar a Stendal.

—¿Por qué no nos informaron sobre eso tan pronto como lo recibieron ustedes? —preguntó Alekseyev a su superior.

—Es un informe no confirmado —replicó el comandante en jefe del Oeste.

—¡Maldición! ¡Nosotros sabemos que los norteamericanos han desembarcado en El Havre!

—Que no podrán llegar al frente antes de un día más, por lo menos. ¿Cuánto tardará usted en tener una cabeza de puente sobre el Weser?

—Ya tenemos unidades cerca del río, en Rühle...

—¡Entonces que avancen hasta allí sus unidades de puentes y hágalos cruzar!

—Camarada, mi flanco derecho todavía está desorganizado, ¡y ahora tenemos este informe sobre una posible división enemiga desplazándose hacia allí!

—¡Usted preocúpese por cruzar el Weser y deje que yo me preocupe por esa división fantasma! ¡Es una orden, Pavel Leonidovich!

Alekseyev colgó el teléfono. Él tiene un cuadro general mejor sobre todo lo que está sucediendo, se dijo Pasha. Después que pasemos el Weser no tendremos realmente ningún obstáculo serio a nuestro frente en más de cien kilómetros. Después del río Weser, podemos entrar rápidamente al Ruhr, el corazón industrial de Alemania. Si les destruímos eso (o por lo menos se lo amenazamos) quizá los alemanes busquen su solución política, y la guerra ya estará ganada. Eso es lo que él me está diciendo.

El general consultó sus mapas. Pronto el regimiento de vanguardia intentará forzar con sus hombres el paso del río, en Rühle. Un regimiento de puentes ya estaba en camino. Y él tenía sus órdenes.

—Empiece a mover las tropas del Grupo de Maniobra de Operaciones.

—¡Pero nuestro flanco derecho! —protestó Beregovoy.

—Tendrá que cuidarse solo.

BRUSELAS, BÉLGICA.

SACEUR todavía estaba preocupado por sus abastecimientos. Además, se había visto obligado a realizar una jugada al dar la más alta prioridad en el transporte a la división blindada que se acercaba ahora a Springe. Los buques de contenedores cargados con munición, repuestos y millones de otros artículos especiales empezaban a enviar sus cargas al frente. Su formación de reserva más grande, la fuerza de tanques, estaba próxima a reunirse con dos brigadas alemanas y lo que quedaba del Regimiento de Caballería Número 11, que en una época había sido brigada en todo menos en el nombre, y estaba ahora reducido a sólo dos batallones de hombres agotados.

Su situación de abastecimientos era aún poco sólida. Muchas de sus unidades de primera línea tenían sus disponibilidades reducidas a cuatro días, y el esfuerzo de reabastecimiento tardaría dos jornadas más, incluso si las cosas marchaban a la perfección. Era un margen muy estrecho, que en un ejercicio de preguerra podría haber parecido suficiente, pero no ahora, cuando los hombres y las naciones estaban en peligro. Pero ¿qué alternativa le quedaba?

—¿Qué tenemos nosotros allí?

—Un batallón de Landwehr, que ya está bastante golpeado. Hay dos compañías de tanques en camino; tendrían que estar allí dentro de algo más de una hora. Hay indicaciones preliminares de que los refuerzos soviéticos se dirigen hacia ese lugar. Ése podría ser el eje principal de su ataque; por lo menos, parece que estuvieran orientándose en esa dirección.

SACEUR se echó hacia atrás en su sillón, levantando la vista para observar la situación pintada en el mapa. Tenía un regimiento de reserva a menos de tres horas de Rühle. El general era un hombre a quien le encantaba jugar. Nunca podía sentirse más feliz que cuando se hallaba sentado a una mesa con un mazo de cartas y unos cuantos cientos de dólares en fichas. Generalmente ganaba. *Si atacaba hacia el Sur desde Springe y fracasaba..., los rusos pasarían dos o tres divisiones al otro lado del Weser, y él tenía precisamente un regimiento para oponérseles. Si él llevaba allá su nueva división de tanques y por milagro llegaban a tiempo, habría desperdiciado su mejor oportunidad para un contraataque, reaccionando otra vez a cualquier movimiento soviético. No, ya no podía seguir limitándose a reaccionar*. Señaló en dirección a Spríngе.

—¿Cuánto tardarán hasta que estén listos para marchar?

—Toda la división..., seis horas como mínimo. Podemos desviar las unidades que todavía están en el camino al sur de...

—No.

SACEUR negó con la cabeza y esbozó su plan...

ISLANDIA.

—Veo uno —avisó García.

Edwards y Nichols estuvieron junto a él en un instante.

—Hola, Iván —dijo Nichols en voz baja.

Aun con binoculares, la distancia seguía siendo algo más de cinco kilómetros. Edwards vio una diminuta figura que caminaba por la cresta en la cumbre de la montaña. Llevaba un fusil y parecía tener puesto un cubrecabeza blando, tal vez un birrete, en lugar de casco. La figura se detuvo y levantó las manos hasta la cara. También él tenía binoculares, notó Edwards. El hombre miró hacia el Norte, ligeramente abajo, apuntando sus anteojos de campaña de izquierda a derecha una y otra vez. Después se dio vuelta y observó en dirección a Keflavik.

Apareció otro hombre, que se acercó al primero. Tal vez estaban hablando, pero era imposible saberlo a esa distancia. El que tenía los binoculares señaló algo hacia el Sur.

—¿Qué le parece que puede ser? —preguntó Edwards.

—Estarán hablando del tiempo, de chicas, de deportes, de comida.... ¿quién puede saberlo? —contestó Nichols—. ¡Otro más!

Entró en escena una tercera figura, y el trío de paracaidistas rusos se mantuvo reunido, de pie, haciendo lo que fuera que estuviesen haciendo. Uno de ellos tenía que ser un oficial, decidió Edwards. Dijo algo y los otros dos se movieron rápidamente y desaparecieron detrás de la cresta. ¿Qué orden acabas de dar? En ese momento apareció un grupo de hombres. La luz era mala, y les costó hacer una cuenta exacta, pero debían ser por lo menos diez. Aproximadamente la mitad llevaban armas personales, y empezaron a bajar la montaña. Hacia el Oeste.

—Exacto. Es un buen soldado —dijo Nichols—. Ha ordenado salir una patrulla para tener la certeza de que la zona está segura.

—¿Qué haremos nosotros ahora? —preguntó Edwards.

—¿Qué piensa usted, teniente?

—Nuestras órdenes son quedarnos quietos. Por lo tanto, nos quedaremos inmóviles y esperemos que no nos vean.

—No es probable que nos descubran. Yo no creo que vayan a descender..., deben de ser unos doscientos cincuenta metros..., y luego cruzar esa extensión rocosa y finalmente subir hasta este lugar nada más que para ver si hay algunos yanquis por aquí. Recuerden, la única razón por la que sabemos que están allí es porque vimos su helicóptero.

De lo contrario, podríamos habernos encontrado con ellos, y allí habría acabado todo, pensó Edwards. No estaré seguro hasta que no vuelva a mi casa, en Maine.

—¿Ésos son otros más?

—Debe de haber por lo menos un pelotón allá arriba. Son bastante listos nuestros amigos, ¿no?

Edwards encendió la radio para informar la novedad a Doghouse, mientras los infantes de Marina seguían a los rusos con la vista.

—¿Un pelotón?

—Ésa es la apreciación del sargento Nichols. Es un poco difícil contar cabezas desde cinco kilómetros, amigo.

—Está bien. Vamos a retransmitir eso. ¿Alguna actividad aérea?

—No hemos visto ningún avión desde ayer.

—¿Y qué hay de Stykkisholmur?

—Es demasiado lejos para distinguir nada. Todavía podemos ver esos todo terreno estacionados en la calle, pero no hay vehículos blindados. Yo diría que tienen una pequeña guarnición allí para vigilar el puerto. las lanchas de pesca no salen a ningún lado.

—Muy bien. Buen informe, Beagle. Permanezcan ahí —El mayor apagó el equipo y se volvió hacia su vecino en la consola de comunicaciones— Es una vergüenza mantenerlos así en la oscuridad, ¿no?

El hombre del Ejecutivo de Operaciones Especiales contínuó bebiendo el té, Luego dijo:

—La vergüenza sería mayor si la operación se malograra.

Edwards no guardó otra vez la radio sino que la dejó apoyada contra una roca. Vidgis aún dormía sobre un borde liso, seis metros más abajo de la cumbre. El sueño era casi lo más atractivo que podía ocurrírsele a Edwards por el momento.

—Vienen en esta dirección —dijo García.

Pasó los anteojos a Edwards. Smith y Nichols hablaban entre ellos a unos metros de allí.

Mike apuntó los binoculares hacia los rusos. Pensó que el grado de probabilidades de que vinieran justo a esa posición era muy bajo. Sigue diciéndote eso. Movió los prismáticos para mirar el puesto de observación ruso.

—Ahí está de nuevo —dijo el sargento a su teniente.

—¿Qué es eso?

—Vi un destello en aquel cerro; el sol reflejó en algo.

—Una roca brillante —dijo el teniente, sin molestarse en mirar.

—¡Camarada teniente! —el oficial se dio vuelta ante el tono de urgencia y vio la roca que volaba hacia su cara. La tomó en el aire, y su sorpresa fue demasiado grande para sentirse enojado— ¿Le parece que esa roca tiene brillo?

—¡Entonces una lata vieja! Hemos encontrado bastante basura por aquí, de los turistas y escaladores de montañas, ¿no es así?

—¿Y por qué aparece y desaparece, y vuelve a aparecer?

Finalmente el teniente se enojó.

—Sargento, yo sé que usted tiene un año de experiencia en combate en Afganistán. Sé que yo soy un oficial nuevo. ¡Pero yo soy un maldito oficial y usted un maldito sargento!

Los milagros de nuestra sociedad sin clases, pensó el sargento sin dejar de mirar al teniente. *Pocos oficiales podían sostener su mirada*.

—Muy bien, sargento. Infórmeles —dijo el teniente señalando la radio.

—Markhovskii, antes de volver controlen el cerro que está a su derecha.

—¡Pero tiene doscientos metros de altura! —respondió el jefe de la patrulla.

—Exacto. Por eso no tardarán mucho —dijo el sargento del pelotón, a modo de consuelo.

USS INDEPENDENCE.

Toland acomodó los gráficos transparentes en el proyector.

—Muy bien, estas fotos de satélite tienen menos de tres horas. Iván ha instalado tres radares móviles, aquí, aquí y aquí. Los desplaza de un lado a otro diariamente, lo cual significa que tal vez ya haya movido alguno, y por lo general hace trabajar a dos de ellos sin interrupción. En Keflavik tenemos cinco vehículos de lanzamiento «SA-11», cuatro pájaros por vehículo. Este «SAM» significa una muy mala noticia. Todos ustedes han recibido instrucciones sobre sus capacidades conocidas. Además, sería conveniente que imaginen unos cuantos cientos de «SAM» portátiles, de lanzamiento sobre el hombro. La foto muestra seis cañones antiaéreos móviles. No se ve ninguno fijo, pero están allí, caballeros, sólo que están camuflados. En cuanto a los cazas interceptores, hay por lo menos cinco, y tal vez hasta diez «MiG-29». Antes tenían un regimiento completo, hasta que los muchachos del Nimitz les cortaron bastante los efectivos. Recuerden que los que han quedado son los que sobrevivieron a dos escuadrones de «Tomcat». Ésa es la oposición en Keflavit.

Toland dio un paso al lado mientras el oficial de operaciones del grupo continuó tratando el perfil de la misión. Toland quedó impresionado. Esperaba que a los rusos les ocurriera otro tanto.

Cincuenta minutos después se levantó el telón. Los primeros aviones lanzados para el ataque fueron los «E-2C Hawkeye». Acompañados por cazas de escolta, volaron hasta ciento treinta kilómetros de la costa de Islandia, proporcionando su cobertura de radar a toda la formación. Otros «Hawkeye» llegaron aún más lejos para cubrir la formación ante posibles ataques de misiles lanzados por aviones o submarinos.

KEFLAVIK, ISLANDIA.

Los radares soviéticos con base en tierra detectaron a los «Hawkeye» aun antes de que sus poderosos sistemas comenzaran a operar. Pudieron ver a dos de los lentos aviones de motores de hélice orbitando más allá del alcance de los «SAM», cada uno acompañado por otros dos aviones, cuyas trayectorias, que describían circuitos en forma de ocho, los denunciaban como «Tomcat» interceptores volando en escolta para los «Hawkeye». Sonaron las alarmas. Los pilotos de caza subieron a sus aviones mientras el personal de los misiles y cañones corrían a sus puestos.

El comandante de la fuerza de interceptores rusos era un mayor que contaba en su haber con tres derribos..., pero que había adquirido la virtud de la cautela. Ya lo habían derribado una vez. Los norteamericanos habían tendido una trampa a su regimiento, y él no tenía ningún deseo de caer en una segunda. Si éste era un ataque, y no un engaño para hacer salir a los cazas que quedaban en Islandia, ¿¿cómo podía saberlo? Tomó una decisión. Con la conducción del mayor, los cazas interceptores despegaron, ascendieron para tomar seis mil metros y orbitaron sobre la península, ahorrando combustible y permaneciendo sobre tierra; donde podían recibir la ayuda de los «SAM» propios. En los días previos habían practicado cuidadosamente esas tácticas, y tenían mucha confianza en la capacidad del personal de los misiles tierra—aire para distinguir entre aviones amigos y enemigos. Cuando llegaron al nivel de vuelo propuesto, sus receptores de amenaza de radares les informaron que había más «Hawkeye» norteamericanos hacia el Este y el Oeste. Ellos transmitieron a su base la información junto con un pedido de ataque con «Backfire». La base lo retransmitió a su comando. Lo que obtuvieron en respuesta fue a su vez un pedido para que descubrieran la posición y composición de la flota norteamericana. El comandante de la base aérea no se molestó en comunicarlo. El comandante soviético de los cazas profirió un juramento. Los aviones radares norteamericanos eran blancos de primera categoría y, lo que resultaba muy tentador, se encontraban dentro de su alcance. Con un regimiento completo, él habría salido en seguida tras ellos, arriesgándose a sufrir pérdidas causadas por los escoltas, pero estaba seguro de que eso era precisamente lo que los norteamericanos esperaban que él hiciera.

Los «Intruder» entraron primero, volando a quinientos nudos, casi rasantes sobre las copas de los árboles. De sus alas colgaban los misiles «Standard-ARM». Detrás de ellos venían más cazas «Tomcat», a gran altura. Cuando los cazas pasaron a los aviones radar, iluminaron electrónicamente con sus propios radares a los «MiG» que estaban orbitando, y empezaron a disparar misiles «Phoenix».

Los «MiG» no podían ignorarlos. Los cazas soviéticos se separaron en elementos de dos aviones cada uno y se dispersaron, dirigidos por los controladores de su radar con base en tierra.

Los «Intruder» treparon bruscamente cuando se hallaban a una distancia de cincuenta kilómetros, apenas fuera del alcance de los «SAM», y soltaron cuatro misiles «Standard—ARM» cada uno, que se autoguiaron hacia los radares soviéticos de búsqueda. Los operadores de los radares rusos se vieron ante una difícil disyuntiva: podían dejar encendidos sus radares de búsqueda y casi con seguridad provocar que los destruyeran, o apagarlos para reducir las probabilidades..., y perder por completo el control de la situación en la batalla aérea. Eligieron el término medio. El comandante soviético de los «SAM» ordenó a sus hombres que encendieran y apagaran sus equipos con intervalos irregulares, esperando confundir a los misiles que se acercaban mientras mantenían una relativa cobertura del ataque enemigo. El tiempo de vuelo de los misiles era de un minuto, y la mayoría de los operadores de los radares mantuvieron durante ese tiempo sus equipos apagados..., tergiversando así la orden en el sentido más ventajoso para ellos.

Los «Phoenix» llegaron primero. Los pilotos de los «MiG» perdieron de repente su control de tierra, pero siguieron maniobrando. Uno de los aviones era perseguido por cuatro misiles: pudo evadirse de dos de ellos, pero fue a chocar contra otro. El mayor que los conducía no cesaba de maldecir por su imposibilidad de devolver los golpes, mientras trataba de pensar en algo que diera resultado. Luego llegaron los «Standard-ARM». Los rusos tenían tres radares de búsqueda aérea y otros tres para detección de misiles. Cuando sonó la primera alarma los habían encendido todos; luego, los habían apagado al detectar a los misiles en el aire. Los «Standard» sólo quedaron confundidos en parte. Sus sistemas de guiado estaban diseñados para grabar la posición de un radar, para el caso de que sus emisiones desaparecieran del aire, y ahora los misiles continuaron hacia la posición que habían registrado previamente. Destruyeron por completo dos transmisores y dañaron otros dos.

El comandante norteamericano de la misión estaba fastidiado. Los cazas rusos no estaban cooperando. No habían salido ni siquiera cuando los «Intruder» cobraron altura (él había tenido más cazas esperando a baja altura para ese caso). Pero los radares soviéticos estaban destruidos. Dio la siguiente orden. Tres escuadrones de «F/A-18 Hornet» aparecieron velozmente en vuelo bajo desde el Norte.

El comandante ruso de defensa aérea ordenó encender de nuevo los radares, vio que no había más misiles en el aire, y no tardó en detectar a los «Hornet» que se acercaban volando bajo. Luego, fue el comandante de los «MiG» quien vio a los «Hornet», y con elloS su oportunidad. El «MiG-29» era un virtual hermano mellizo del nuevo avión norteamericano.

Los «Hornet» buscaron los lanzadores «SAM» rusos y empezaron a atacarlos con sus armas dirigidas. Los misiles cruzaban el cielo de un lado a otro. Dos «Hornet» cayeron abatidos por misiles, otros dos fueron derribados por cañones, mientras los cazabombarderos norteamericanos cubrían el terreno con bombas y fuego de cañones. Entonces llegaron los «MiG».

Los pilotos norteamericanos estaban advertidos, pero se hallaban demasiado cerca de sus blancos de bombardeo para poder reaccionar de inmediato. Cuando quedaron libres de sus pesadas cargas ofensivas volvieron a ser cazas aptos para el combate aéreo, y tomaron altura rápidamente. Temían más a los «MiG» que a los misiles. La batalla aérea resultante fue una obra maestra de confusión. Habría sido difícil distinguir a esos dos tipos de aviones estacionados en tierra uno junto a otro. A seiscientos nudos y en medio del combate la tarea era casi imposible; y los norteamericanos, con su mayor número, tenían que demorar la apertura de fuego hasta estar seguros de sus blancos. Los rusos conocían los que estaban atacando, pero también ellos evitaban disparar sin absoluta seguridad a un blanco que se parecía mucho al avión de uno de sus camaradas. El resultado fue una mezcla hirviente de cazas que se acercaban a distancias demasiado cortas para los misiles mientras sus pilotos procuraban una positiva identificación del blanco, y un anacrónico duelo aéreo con cañones, en medio de las trayectorias de los misiles superficie-aire disparados por los dos lanzadores rusos sobrevivientes. Los controladores de a bordo de los aviones norteamericanos y los de la estación rusa de control terrestre no tuvieron en ningún momento la menor posibilidad de dirigir las cosas. Todo había quedado absolutamente en manos de los pilotos. Los cazas conectaron sus posquemadores y se lanzaron a realizar torturadoras maniobras con cerrados virajes de elevadas «g», mientras las cabezas giraban con violencia y los ojos se entrecerraban para enfocar mejor tratando de decidir si los colores y diseños de las pinturas eran propios o enemigos. Ese aspecto de la lucha era bastante semejante para ambas partes. Los aviones norteamericanos eran de color grisniebla y por lo tanto más difíciles de distinguir, lo que permitía una identificación del blanco más fácil a larga distancia que de cerca. Dos «Hornet» cayeron primero, seguidos por un «MiG». Después, los cañones derribaron otro «MiG», y un «Hornet» recibió el impacto de un misil disparado por sorpresa. Un «SAM» errante causó la explosión de un «MiG» y un «Hornet» juntos. El mayor soviético lo vio y gritó por radio a los «SAM» que detuvieran el fuego; después disparó su cañón contra un «Hornet» que pasó como un rayo frente a su nariz; erró, y viró violentamente para perseguirlo. Observó al

norteamericano que se acercaba para abrir fuego contra un «MiG» en un ángulo muy abierto y lo alcanzaba dándole en el motor. El mayor no sabía cuantos quedaban de sus aviones. Estaba más allá de eso. Se encontraba atrapado en una lucha por la supervivencia personal..., que suponía iba a perder. Olvidó toda prudencia y conectó el posquemador para acercarse, sin prestar atención a su indicador de combustible que le advertía, con la luz de alarma encendida, que sus depósitos estaban casi vacíos. Su blanco viró hacia el Norte y lo llevó sobre el agua. El mayor disparó su último misil y lo siguió con la vista hasta comprobar que hacía impacto en el motor derecho del «Hornet». En ese mismo instante sus propios motores se detuvieron. La cola del «Hornet» se deshizo en pedazos y el mayor lanzó un grito de alegría mientras ambos, él y el piloto norteamericano, salían proyectados a pocos cientos de metros de distancia uno de otro. Cuatro derribos, pensó el mayor. Por lo menos he cumplido con mi deber. Treinta segundos después entraba en el agua.

El capitán de fragata Davies trepó al interior de su balsa a pesar de la muñeca rota, insultando y bendiciendo su suerte al mismo tiempo. Su primer acto consciente fue encender su radio de rescate. Miró alrededor y vio otra balsa amarilla a poca distancia. No era fácil remar con un solo brazo, pero el otro tipo también estaba remando hacia él. Lo que siguió fue una verdadera sorpresa.

—¡Usted queda prisionero!

El hombre le estaba apuntando con una pistola. El revólver de Davies se hallaba en el fondo del mar.

—¿Quién diablos es usted?

—Yo soy el mayor Alexandr Georgiyevich Chapayev, de la Fuerza Aérea soviética.

—Hola. Yo soy el capitán de fragata Gus Davies, de la Marina de los Estados Unidos. ¿Quién lo derribó?

—¡Nadie me derriba! ¡Yo quedo sin combustible! —agitó la pistola con gesto amenazador— Y usted es mi prisionero.

—¡Vamos! ¡No diga bobadas!

El mayor Chapayev meneó la cabeza. Al igual que Davies, estaba próximo a la conmoción, como consecuencia de la tensión del combate y lo cerca que había estado de la muerte.

—Pero cuide esa arma, mayor. No sé si aquí hay tiburones o no.

—¿Tiburones?

Davies tuvo que pensar un momento. El nombre clave de ese nuevo submarino ruso.

—Akula. Akula en el agua.

Chapayev se puso pálido.

—¿AkuIa?

Davies abrió el cierre de cremallera de su traje de vuelo y metió su brazo herido.

—Sí, mayor. Ésta es la tercera vez que tengo que nadar. La última estuve en la balsa durante doce horas, y vi un par de esas malditas cosas. ¿Usted tiene repelente en su balsa?

—¿Qué? —Ahora Chapayev ya estaba totalmente confundido.

—Este producto. —Davies hundió el sobre de plástico en el agua— Vamos a atar su balsa a la mía. Así será más seguro. Se supone que este repelente deberá mantener alejados a los akula.

Davies trató de atar las balsas con una sola mano y fracasó. Chapayev bajó la pistola para ayudarle. Después de sufrir un derribo y sobrevivir a una batalla aérea, el mayor parecía

obsesionado por la idea de mantenerse con vida. Pensar que un pez carnívoro se lo podía comer le horrorizaba. Miró el agua por encima del borde de la balsa.

—Cristo, qué mañana —gruñó Davies, cuya muñeca le dolía bastante.

Chapayev emitió un gruñido. Miró por primera vez en torno suyo y se dio cuenta de que no veía tierra. Entonces estiró el brazo para buscar su radio de rescate y se encontró con que tenía la pierna lastimada y desgarrado el bolsillo de su traje de vuelo en el que guardaba la radio.

—Somos un par de infelices meados por los perros —dijo en ruso.

—¿Qué es eso?

—¿Dónde está la tierra? —el mar nunca le había parecido tan inmenso.

—A unas veinticinco millas en aquella dirección, creo. Esa pierna no parece estar muy bien, mayor. —Davies soltó una risita—. Debemos tener la misma clase de asiento expulsor. ¡Oh, mierda! Cómo me duele el brazo.

—¡Demonios! ¿Qué le parece que es todo aquello? —preguntó Edwards en voz alta. Estaban demasiado lejos para oír algo, pero no podían dejar de ver el humo que se levantaba desde Keflavik.

No obstante, la preocupación más inmediata en ese momento era la patrulla de rusos que había llegado ya a la base de la montaña. Nichols, Smith y los cuatro soldados se habían dispersado en un frente de unos cien metros con Edwards en el centro. Tenían pintadas las caras, estaban agachados detrás de las rocas y observaban a los rusos, que ahora se hallaban a poco más de quinientos metros.

—Doghouse, aquí Beagle, y tenemos problemas en este momento, cambio.

Tuvo que llamar dos veces más para obtener una respuesta.

—¿Cuál es el problema, Beagle?

—Hay cinco o seis rusos que están trepando por nuestra montaña. Han llegado hasta unos ciento ochenta metros debajo de nosotros, y quinientos de distancia. Y otra cosa, ¿qué está pasando en Keflavik?

—Estamos lanzando un ataque aéreo allí; eso es todo lo que sé por el momento. Mantengámonos informados, Beagle. Veré si puedo enviarles alguna ayuda.

—Gracias, cambio y corto.

—¿Michael?

—Buenos días. Qué estupendo que alguno de nosotros haya podido disfrutar de una noche decente de sueño.

Vidgis se sentó junto a él, apoyándole la mano sobre una pierna, y el miedo cedió por un momento.

—Juraría que acabo de ver algún movimiento allá arriba, en la cumbre —dijo el sargento del pelotón.

—Déjeme mirar. —El teniente movió sus poderosos anteojos de campaña para apuntarlos al pico— Nada. Allá no hay nada. A lo mejor usted vio un pájaro. Esas nubecitas de polvo se ven por todas partes.

—Es posible —accedió el sargento. Estaba empezando a sentirse culpable por haber enviado allá arriba a Markhovskii. Si este teniente tuviera por lo menos la mitad del cerebro, pensó, habría mandado una fuerza más grande, y tal vez conducida por él mismo, como debería hacerlo un oficial.

—Han lanzado un fuerte ataque contra la base aérea.

—¿Se han comunicado por radio?

—Intenté hacerlo. Por el momento han desaparecido del aire.

Había preocupación en su voz. Casi cien kilómetros era demasiada distancia para las pequeñas radios tácticas. Su pesado equipo «VHF» informaba a la base aérea. Tanto como hubiera querido estar con la patrulla, el teniente sabía que su lugar estaba allí.

—Advierta a Markhovskii.

Edwards vio que uno de los rusos se detenía y manipulaba su walkie—talkie. *Díganle que está trepando una montaña equivocada... díganle que vuelva a casa con mamá.*

—Mantén baja la cabeza, nena.

—¿Qué pasa, Michael?

—Hay algunos tipos escalando este pico.

—¿Quiénes?

—Adivina.

—Jefe, ahora es seguro que vienen aquí arriba —advirtió Smith por la radio.

—Sí, ya lo veo. ¿Todos tienen una buena cubierta?

—Teniente, le recomiendo mucho que los dejemos acercar bastante antes de abrir fuego —dijo Nichols.

—Tiene sentido, jefe —apoyó Smith, sobre el mismo circuito.

—Está bien, Ustedes tienen ideas, caballeros, y yo quiero oírlas ahora mismo. Ah, he llamado para pedir ayuda. Tal vez nos llegue algún apoyo aéreo.

Mike accionó hacia atrás la manivela de carga de su fusil, para asegurarse de que había munición en la recámara; luego, colocó el seguro y por último apoyó a su lado el «M-16». Los infantes de Marina tenían todas las granadas de mano. Edwards nunca había recibido instrucción acerca de cómo usarlas, y le daban miedo.

Vamos muchachos, váyanse bien lejos, y nosotros los dejaremos tranquilos muy contentos. Pero seguían avanzando. Cada uno de los paracaidistas trepaba lentamente; en una mano llevaban el fusil y con la otra se agarraban a las rocas. Dividían el tiempo en partes iguales, mirando hacia arriba en dirección a Edwards y abajo para ver dónde pisaban. Mike estaba realmente asustado. Aquellos rusos eran soldados de élite. También sus infantes de Marina..., pero no él. Éste no era un lugar para él. las otras veces que se había enfrentado a los rusos, en la casa de Vigdis, y durante el aterrador episodio con el helicóptero, ya habían quedado atrás y, por el momento, olvidadas. Quería escapar, salir corriendo, pero..., ¿qué sucedería si lo hacía? ¿Qué pasaría con Vigdis ... ? ¿Podía ponerse a correr delante de ella? ¿De qué estás más asustado, Mike?

—Quédate tranquilo —murmuró para sí.

—¿Qué? —preguntó Vigdis, que también tenía miedo, sólo de verle la cara a él.

—Nada. —Trató de sonreír y lo logró a medias. No puedes dejarla, ¿no es cierto?

Los rusos ya estaban a menos de quinientos metros, pero todavía muy por debajo de ellos. Su aproximación se hizo más cautelosa. Eran seis, y se movían de dos en dos, abriéndose en abanico después de abandonar la ruta más fácil de ascenso a la cumbre.

—Jefe, tenemos un problema —dijo Smith— Creo que ellos saben que estamos aquí.

—Nichols, quiero oír su opinión.

—Esperemos hasta que lleguen a unos cien metros, y por amor de Dios, ¡mantengan las cabezas abajo! Si puede conseguir algún apoyo, le sugiero que lo pida.

Edwards conectó la radio.

—Doghouse, aquí Beagle; necesitamos ayuda ahora mismo.

—Trabajamos en ello. Estamos tratando de conseguir... de conseguir unos amigos que escuchen en esta frecuencia. Lleva tiempo, teniente.

—Todavía tengo unos cinco minutos, a lo sumo, antes de que comience el tiroteo.

—Mantenga abierto este canal.

¿Dónde están? se preguntó Edwards, Ahora ya no podía ver a ninguno. las rocas y cubiertas que tantas veces habían jugado a favor de ellos, ahora se les volvían en contra. Dejó de mover la cabeza arriba y abajo. Él era el oficial, él estaba al mando, él tenía el punto de observación más ventajoso, y tenía que ver lo que estaba sucediendo. Se movió ligeramente para obtener una visión decente de lo que sucedía abajo.

—¡Hay alguien allá! —dijo el sargento del pelotón, tomando en seguida la radio—. ¡Markhovskii, va a caer en una trampa! Veo un hombre con casco en lo alto de la montaña.

—Tiene razón —dijo el teniente y se volvió—. ¡Preparen el mortero!

El oficial corrió hacia el equipo grande de radio «VHF» y trató de comunicarse con Keflavik. Tropas armadas sobre esa montaña solamente podían significar una cosa..., pero Keflavik todavía estaba incomunicada.

Edwards vio que uno de los rusos se levantaba y luego volvía a dejarse caer al oír un grito de alguno de los otros. Cuando la figura reapareció empuñaba un fusil. Edwards oyó un silbido en el aire y luego una explosión a unos cincuenta metros.

—¡Oh, mierda! —Edwards se lanzó al suelo y se encogió temeroso contra la roca. Pequeños trozos de otras rocas cayeron alrededor. Miró a Vigdis, que parecía estar bien; luego, dirigió la vista hacia el pico lejano, donde los hombres corrían descendiendo la montaña. Otra granada de mortero cayó a su derecha, y a continuación se oyeron disparos de fusiles automáticos. Cogió otra vez la radio.

—Doghouse, aquí Beagle. Ahora nos están atacando.

—Beagle, ya estamos en contacto con un portaaviones de la Armada. Quede atento. —La tierra se estremeció de nuevo, y una granada cayó a menos de diez metros al frente de su posición, pero él estaba bien protegido—. Beagle, el portaaviones está ahora en su frecuencia. Transmítale a él directamente. Su indicativo de llamada es Starbase, y ellos saben quién es usted.

—Starbase, aquí Beagle, cambio.

—Recibido Beagle, entiendo su posición cinco kilómetros al oeste de la altura 1064. Informe qué está sucediendo.

—Starbase, nos hallamos bajo ataque de una patrulla de infantes rusos, que cuentan con refuerzos en camino. Su puesto de observación en 1064 tiene un mortero y nos están haciendo fuego con él. Necesitamos ayuda rápido.

—Recibido, comprendido, Beagle. Quede atento.., Beagle, le informo que le estamos enviando ayuda. Hora estimada de llegada: dos cinco minutos. ¿Puede mantener su posición?

—Negativo, no tenemos nada con que hacerlo.

—Recibido, comprendido. Manténgase atento, Beagle. Volveremos, cambio y corto.

Edwards oyó un grito a su izquierda. Asomó un poco la cabeza y pudo ver las granadas de mortero que estaban cayendo cerca de la posición de Nichols... y algunos rusos a menos de cien metros al frente. Mike agarró el fusil y apuntó hacia una figura que se movía, pero en seguida volvió a desaparecer de su vista. Levantó el walkie—talkie con la mano libre.

—Nichols, Smith, aquí Edwards, informen situación.

—Aquí Nichols. El que tiene ese mortero sabe bien lo que debe hacer. Aquí hay dos hombres heridos.

—Estamos bien, jefe. Vimos a dos rusos que caían. Envié a García a cubrirlo a usted.

—Muy bien, muchachos; nuestra cubierta aérea está en camino. Yo... —La figura volvió a levantarse, Edwards dejó la radio, apuntó el fusil y efectuó tres disparos, pero erró a la figura, que volvió a esconderse; la radio—: Nichols, ¿necesita ayuda?

—Todavía quedamos dos que podemos tirar. Lamento decirle que su Rodgers ha muerto. Allí... —La radio quedó en silencio durante un momento— Muy bien, muy bien. Matamos uno, y el otro se alejó retrocediendo. Cuidado, teniente, hay dos a cincuenta metros de usted, al frente y a la izquierda.

Mike miró alrededor de su roca y sintió que le disparaban. Él contestó el disparo sin dar en ningún blanco.

—¡Hola, jefe! —García se lanzó a tierra a su lado.

—Hay dos bandidos, en esa dirección.

Edwards señaló. El infante asintió y se desplazó hacia la izquierda detrás de la cubierta de la cresta más alta de la montaña. Había avanzado unos diez metros cuando otra granada de mortero explotó cuatro pasos detrás de él. García cayó pesadamente y no se movió.

No es justo, no es justo. ¡Los traje hasta aquí, y no es justo!

—Smith, García ha caído. Vuelvan a subir aquí. Nichols, si puede venir a mi posición, ¡muévase! —cambió de radio— Starbase, aquí Beagle. Diga a sus pájaros que se den prisa.

—Están a dos cero minutos, Beagle. Cuatro «A—7». Tenemos otra ayuda que llegará en cualquier momento, pero irán primero adonde están ustedes.

Edwards tomó su fusil y se acercó a García. El infante aún respiraba, pero tenía la espalda y las piernas acribilladas por fragmentos. El teniente se arrastró hasta la cresta y vio un ruso agachado, a unos diez metros. Le apuntó con su fusil y disparó dos veces. El ruso cayó, disparando su propia arma en un arco amplio que erró a Edwards por menos de un metro. ¿Dónde estaba el otro? Mike levantó la cabeza y vio algo del tamaño de una pelota de béisbol que volaba hacia él. Corrió retrocediendo y la granada cayó y explotó a tres metros de donde había estado. Mike se movió un poco a la derecha y volvió a subir la montaña.

El ruso desapareció otra vez, pero Edwards vio que los otros habían llegado ya al pie de su montaña y estaban empezando a trepar hacia su posición. Hizo esfuerzos para ver y mantener la cabeza baja al mismo tiempo. El otro... ¡allá! Estaba descendiendo dificultosamente la montaña, al parecer arrastrando con él a un herido. El fuego de mortero empezó a caer a sus espaldas, cubriendo la retirada del hombre.

—¿Está bien, teniente? —Era Smith y tenía una herida en un brazo—. No sé quién estará tirando con ese mortero, ¡pero debe de ser un Davy Crockett ruso!

Nichols llegó tres minutos después. Estaba ileso, pero el hombre de la Real Infantería de Marina que venía con él sangraba por el abdomen. Edwards miró el reloj.

—Tendremos apoyo aéreo dentro de unos diez minutos. Si nosotros nos quedamos aquí arriba en la cumbre, en un solo lugar, ellos pueden lanzar en todo el resto de la zona.

Los hombres tomaron posiciones dentro de los quince metros de Edwards. Mike cogió a Vigdis por un brazo y la dejó entre dos grandes rocas.

—Michael, yo tengo...

—Yo también tengo miedo, Quédate aquí pase lo que pase, ¡quieta aquí! Puedes...

El sonido sibilante se oyó de nuevo, y esta vez venía cerca. Mike se tambaleó y cayó sobre ella. Le pareció sentir que una aguja caliente le penetraba la pantorrilla.

—¡Mierda! —La herida estaba apenas sobre el borde de la bota, intentó levantarse, pero la pierna no aguantaba ningún peso; miró alrededor buscando la radio y se acercó saltando hasta ella, maldiciendo durante todo el trayecto—. Starbase, aquí Beagle, cambio.

—Están a nueve minutos, Beagle —dijo la voz con paciencia.

—Starbase, estamos en la cumbre de esta montaña, ¿comprende? Nos hallamos todos dentro de los quince metros de la cúspide. —Alzó la cabeza— Hay unos quince «bandidos» que vienen hacia nosotros, están más o menos a setecientos metros. Pudimos rechazar el primer ataque, pero sólo hemos quedado..., cuatro, creo, y tres estamos heridos. Por amor de Dios, eliminen primero ese mortero; nos está asesinando.

—Recibido y comprendido. Manténganse unidos, hijo. Ya llega la ayuda.

—Usted está herido, teniente —dijo Nichols.

—Lo sé. Los aviones estarán aquí dentro de ocho o nueve minutos. Les dije que acabaran primero con la posición del mortero.

—Muy bien. Iván está enamorado de esa maldita cosa. —Nichols cortó el pantalón sobre la herida y le ató un vendaje— Por un tiempo no podrá bailar mucho.

—¿Qué podemos hacer para entretenerlos?

—Abriremos fuego a quinientos. Eso les hará proceder con mayor cautela, espero. Vamos.

Nichols lo asió del brazo y le ayudó a llegar hasta la cresta.

Los rusos estaban avanzando con gran habilidad. Alternaban cortas y rápidas corridas con zambullidas debajo de cualquier cubierta que encontraran. Por el momento, el mortero se mantenía callado, pero cambiaría tan pronto como los paracaidistas llegaran lo suficientemente cerca para su asalto final. Nichols había dejado a un lado su pistola ametralladora y apuntaba con un fusil semiautomático. Cuando calculó que la distancia era de quinientos metros, el sargento apuntó con cuidado y tiró del gatillo. Erró, pero todos los rusos que estaban en la montaña se arrojaron cuerpo a tierra.

—¿Usted sabe lo que acaba de hacer? —preguntó Edwards.

—Sí. He invitado al mortero a que siga haciendo fuego sobre nosotros. —Nichols se volvió a mirar a su teniente— Pero no tenemos otra maldita alternativa, ¿no es cierto?

—Michael, tú necesitas esto. —Vigdis se agachó junto a él.

—Te dije que no te movieras...

—Aquí está tu radio. Yo voy...

—¡Abajo!

Mike la obligó a agacharse de un tirón, haciéndola caer a su lado en el momento en que una granada chocaba contra el suelo a diez metros de ellos. Cayó una serie de cinco, cruzando su posición.

—¡Aquí vienen! —gritó Smith.

Los infantes de Marina abrieron fuego y los rusos respondieron de la misma forma, saltando rápidamente de una cubierta a otra, en un avance de a dos que amenazaba con rodear la cumbre de la montaña. Mike volvió a llamar por la radio.

—Starbase, aquí Beagle, cambio.

—Adelante, Beagle.

—Ya están sobre nosotros.

—Beagle, nuestros «A-7» los tienen a la vista. Quiero saber exactamente dónde está usted y su gente..., repito, exactamente.

—Starbase, hay dos picos secundarios en esta montaña, a unos cinco kilómetros al oeste de la altura 1064. Nosotros estamos en el de más al norte. Mi grupo se encuentra todo reunido a menos de uno cinco metros de la cumbre. Cualquier cosa que se mueva es el enemigo, nosotros estamos todos quietos. El mortero se halla sobre la montaña 1064, y necesitamos que lo eliminen pronto.

Hubo una larga pausa.

—Está bien, Beagle, ya les hemos dicho dónde están. Agachen la cabeza. Llegarán dentro de un minuto, aproximándose desde el Sur. Buena suerte. Cambio y corto.

—Doscientos metros —dijo Nichols, Edwards se unió a él y alzó su «M-16».

Tres hombres se levantaron al mismo tiempo; ellos dispararon, pero Edwards no habría podido decidir si había dado a alguien o no. Los proyectiles rusos desprendieron fragmentos de roca y polvo a pocos metros, y el silbido de nuevas granadas de mortero se dejó oír una vez más. Un grupo de cinco cayó exactamente en la cresta, en el momento en que Edwards alcanzó a ver la figura color gris niebla de un cazabombardero que picaba desde su derecha.

El gordo «Corsair A-7E» niveló a trescientos metros sobre la cima de la montaña a cinco kilómetros de distancia. Cayeron cuatro bombas racimo que se abrieron en el aire. una pequeña nube de bombitas llovió sobre el puesto de observación ruso. A distancia, se oyó algo parecido a las detonaciones de los cohetes buscapiés, y el pico de la montaña desapareció entre el polvo y las chispas. Veinte segundos después, otro avión repitió la maniobra. Ya no podía quedar nada con vida en esa cumbre.

Los rusos atacantes se detuvieron bruscamente y se volvieron para ver qué había sucedido con su campamento base. Luego, descubrieron que había más aviones volando en círculo a sólo dos mil metros de distancia. Quedó claro para todos que sus mayores posibilidades de continuar con vida en los próximos cinco años era acercarse a los norteamericanos todo lo que pudieran. Como un solo hombre, los patrulleros rusos se levantaron disparando sus armas y corrieron subiendo la montaña. Otros dos «Corsair» viraron en el cielo y picaron pronunciadamente: el movimiento había atraído a sus pilotos. Restablecieron el vuelo nivelado a treinta metros sobre la ladera y soltaron también bombas racimo. Edwards oyó los gritos por encima del ruido de las explosiones, pero no pudo ver nada en medio del polvo que se levantó ante sus ojos.

—Cristo, no pueden lanzar mucho más cerca que eso.

—No pueden lanzar nada más cerca que eso —dijo Nichols, limpiándose la sangre que tenía en la cara.

Todavía pudieron oír fuego de fusiles desde el interior de la nube de polvo. El viento la dispersó, y se vieron entonces por lo menos cinco rusos que continuaban en pie y avanzando

hacia ellos. Los «Corsair» navales hicieron otra pasada pero debieron alejarse imposibilitados de lanzar bombas tan cerca de sus propias tropas. Volvieron en pocos segundos haciendo fuego con sus cañones. Los proyectiles explosivos se abrieron en sus trayectorias y algunos detonaron a diez metros de la cara de Edwards.

—¿A dónde se han ido?

—A la izquierda, creo —respondió Nichols— ¿No puedo hablar directamente con los cazas?

Edwards negó moviendo la cabeza.

—Con esa clase de radio, no, sargento.

Los «A-7» volaban en círculo a cierta altura, mientras sus pilotos observaban el terreno buscando movimiento. Edwards pensó agitar los brazos, pero no sabía si reconocerían el gesto o no. Uno de ellos efectuó una rápida picada a su izquierda y disparó una ráfaga con el cañón contra las rocas. Edwards oyó un grito, pero no vio nada.

—Estamos en un punto muerto. —Edwards se volvió para mirar su radio por satélite. La última serie de granadas de mortero había lanzado un fragmento que atravesó la mochila.

—¡Abajo! —Nichols agarró al teniente en el momento en que una granada de mano describía un arco en el aire. Explotó a pocos metros—. Aquí vienen de nuevo.

Edwards se dio vuelta para colocar un nuevo cargador en su fusil. Vio dos rusos a unos quince metros y disparó una ráfaga. Uno de ellos cayó de bruces. El otro devolvió el fuego y se escondió hacia la izquierda. Sintió de repente un peso sobre sus piernas y vio a Nichols que caía de espaldas con tres agujeros rojos en el hombro. Edwards puso el último cargador en su fusil y se desplazó torpemente a través de la montaña hacia el lado izquierdo, aunque no podía descargar su peso sobre la pierna derecha.

—Michael...

—Vete al otro lado —replicó Edwards—. ¡Cuidado!

Vio una cara, un fusil... y un relámpago. Edwards se arrojó a la derecha, demasiado tarde para evitar la bala que lo hirió en el pecho. Solamente la conmoción impedía que el dolor se hiciera insoportable. Efectuó unos cuantos disparos al aire para que el hombre mantuviera agachada la cabeza mientras él se impulsaba hacia atrás con los pies, intentando escapar. ¿Dónde estaban todos? Había fuego de fusiles hacia su derecha. ¿Por qué no venía nadie a ayudarle? Oyó el rugir de los motores jet de los «A-7», que continuaban volando en círculo, imposibilitados para hacer nada excepto observar en medio de su frustración. Los insultó... y seguía sangrando. Su pierna herida se resistía a que la usara, y su brazo izquierdo estaba inutilizado. Edwards empuñaba el fusil como si hubiera sido un revólver de gran tamaño, y esperaba que volviera a aparecer el ruso. Debajo de sus brazos sintió unas manos que lo arrastraban hacia atrás.

—Déjame, Vigdis, por amor de Dios, déjame y escapa.

Ella no contestó. Respiraba agitada mientras luchaba, tambaleante, para poner a Mike sobre las rocas. Él estaba perdiendo el conocimiento, a causa de las hemorragias, y alcanzó a mirar hacia arriba cuando los «A-7» se alejaban. Se oía otro ruido, que parecía extraño. Un fuerte viento repentino levantó mucho polvo a su alrededor y hubo otra ráfaga de fuego de ametralladora en el momento en que una figura verde y negra aparecía sobre su cabeza. Saltaron unos hombres a tierra, y todo había terminado. Cerró los ojos. El comandante ruso se había comunicado con Keflavik, y aquí estaba el «Mi-24» para reforzar el destacamento... Edwards se sentía demasiado débil para reaccionar. Había corrido una buena carrera..., pero perdió. Se oyó algún disparo de fusil; luego, silencio después que el helicóptero se retiró. ¿Cómo tratarían los rusos a los prisioneros que habían matado a hombres indefensos?

—¿Su nombre es Beagle?

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para abrir los ojos. Vio un hombre negro de pie junto a él.

—¿Quién es usted?

—Sam Potter. Soy teniente y estoy en la Segunda Fuerza de Reconocimiento. Usted es Beagle, ¿no? —Se volvió. —¡Necesitamos un enfermero aquí!

—Mis hombres están todos heridos.

—Nos hallamos trabajando en eso. Los sacaremos de aquí dentro de cinco minutos. Espéreme allí, Beagle. Tengo que hacer un trabajo. Bueno, muchachos —gritó con fuerza—. Vamos a revisar si hay más rusos. Si agarramos a alguno vivo, ¡lo vamos a sacar a patadas de esta isla ahora mismo!

—¿Michael?

Edwards todavía estaba confundido. La cara de ella se encontraba justo sobre la de él cuando se quedó sin sentido.

—¿Quién diablos es este tipo? —preguntó el teniente Potter cinco minutos después.

—Meteorólogo de la Fuerza Aérea. Ha llevado muy bien las cosas —dijo Smith, haciendo muecas a causa de sus heridas.

—¿Cómo llegaron hasta aquí? —Potter hizo un gesto a su radiooperador.

—Caminamos como bestias todo el trayecto desde Keflavik, señor.

—Un tremendo viaje, sargento. —Potter parecía impresionado, dio una breve orden por radio— El helicóptero ya viene hacia aquí. Supongo que la señorita también se va.

—Sí, señor. Bien venido a Islandia, señor. Hemos estado esperándolos.

El brazo de Potter describió un arco hacia el Oeste. una serie de pequeños bultos grises que se destacaban en el horizonte se dirigían al Este, hacia Stykkisholmur.

USS CHICAGO.

McCafferty estaba seguro de que se mantenían todavía en la zona..., pero ¿dónde? Después de hundir el último «Tango», no habían podido restablecer los contactos con los otros dos submarinos rusos. Ocho horas de relativa calma recompensaron sus maniobras evasivas. Los aviones rusos «ASW» seguían volando cerca, aún lanzaban sonoboyas, pero algo les había salido mal. En esos momentos no lograban acercarse mucho. Él había tenido que maniobrar para evadirse solamente cuatro veces. Eso habría sido mucho en tiempo de paz, pero después de los últimos días parecía un período de vacaciones.

El comandante había aprovechado para hacer descansar a su dotación y dormir un poco él también. Aunque todos habrían aceptado agradecidos un mes en la cama, las cuatro o cinco horas de sueño que habían tenido fueron como un vaso de agua para un hombre en el desierto, suficientes para ayudarles a llegar un poco más lejos. Y era sólo un poco más lejos adonde tenían que llegar: exactamente cien millas hasta los dentados bordes del hielo ártico. Dieciséis horas aproximadamente.

El Chicago navegaba unas cinco millas delante de sus hermanos. Cada hora, McCafferty ponía rumbo este con su submarino y permitía que su sonar de arrastre captara la exacta posición de ambos. Era bastante difícil: tanto el Boston como el Providence daban mucho trabajo para detectarlos, incluso a esa distancia.

Se preguntó qué estarían pensando los rusos. Las tácticas de ataque de los equipos «Krivak-Grisha» habían fracasado. Aprendieron que una cosa era emplear esas naves para operaciones de barrera contra el equipo «Keypunch», y otra muy diferente perseguir a un submarino provisto de armas de largo alcance y control de fuego computerizado. Su dependencia de las sonoboyas activas había reducido la eficacia de sus aviones patrulleros «ASW», y lo único que estuvo a punto de darles buen resultado, situar un submarino diesel entre dos líneas de sonoboyas y luego incitar al blanco a que se moviera con un torpedo lanzado al azar, también había fracasado finalmente. Gracias a Dios, nunca supieron qué cerca habían estado con eso, pensó McCafferty. Sus submarinos clase «Tango» eran oponentes formidables, silenciosos y difíciles de localizar, pero los rusos todavía estaban pagando por sus sonares poco efectivos. En medio de todo, McCafferty tenía ahora más confianza que en las últimas semanas.

—¿Qué? —preguntó a su oficial de operaciones.

—Parece que siguen navegando como antes, señor, unos diez mil metros detrás de nosotros. Creo que éste es el Boston. Está maniobrando mucho más. El Providence, aquí está, sigue avanzando penosamente y bastante derecho. Tenemos bien tomada su posición.

—Timón diez grados a la izquierda, caiga a nuevo rumbo tres cinco cinco —ordenó McCafferty.

—Timón diez grados a la izquierda, comprendido, cayendo a nuevo rumbo tres cinco cinco. Señor, he puesto el timón diez grados a la izquierda.

—Muy bien.

El comandante bebió un trago de chocolate caliente. Era una buena variante del café. El Chicago viraba despacio hacia el Norte. A popa, en el sector de máquinas, el personal especializado vigilaba los instrumentos de la planta del reactor, que estaba entregando en forma constante un diez por ciento de su potencia.

En cierta forma la única mala noticia era la tormenta que azotaba la superficie. Por alguna razón, una serie de tempestades estaba desfilando alrededor del techo del mundo, y la que tenían arriba parecía particularmente severa. Los sonaristas estimaban olas de más de cuatro metros y vientos de cuarenta nudos, algo poco frecuente en el verano ártico. Reducía entre un

diez y un veinte por ciento el rendimiento de sus sonares, pero contribuiría a crear condiciones ideales cuando se acercaran al pack de hielo. El estado del mar provocaría la rotura de grandes témpanos hasta convertirlos en pequeños bloques y todo ese ruido haría que los submarinos norteamericanos fueran muy difíciles de detectar. Dieciséis horas, se dijo McCafferty. Dieciséis horas y estaremos fuera de aquí.

—Control, sonar, tenemos un contacto con marcación tres cuatro cero. No hay información suficiente por el momento para clasificarlo.

McCafferty se acercó al sonar.

—Muéstreme.

—Aquí, jefe. —El suboficial dio unos golpecitos en la pantalla—. Todavía no puedo darle una cuenta de vueltas de hélice; es demasiado débil para cualquier cosa. Bueno, me huele como un submarino nuclear —aventuró el oficial.

—Presente su modelo.

El suboficial pulsó un botón y en una pantalla secundaria apareció la distancia sonar calculada, generada por una computadora partiendo de las condiciones conocidas del agua. La distancia de sonar, medida sobre una trayectoria directa, era de poco más de treinta mil metros. El agua todavía no tenía la profundidad suficiente para que hubiera zonas de convergencia, y estaban empezando a recibir ruido de fondo, de baja frecuencia, procedente del pack de hielo. Les perturbaría su capacidad para distinguir contactos de sonar, así como la brillante luz del sol disminuye en apariencia la intensidad de la luz eléctrica.

—Aquí estoy recibiendo un lento cambio de marcación. De izquierda a derecha; ahora la marcación al blanco es de tres cuatro dos..., debilitándose un poco. ¿Qué es esto? —El suboficial miraba una nueva y difusa línea en el fondo de la presentación—. Posible nuevo contacto con marcación cero cero cuatro.

La línea se fue desvaneciendo hasta desaparecer por completo. Durante dos minutos no se vio; luego, volvió con marcación cero cero seis.

McCafferty dudó si debía ordenar que ocuparan los puestos de combate. Por una parte, era posible que tuviera que atacar un blanco muy pronto..., aunque no lo consideraba probable. ¿No sería mejor dar a su tripulación unos minutos más de descanso? Decidió esperar.

—Se afirman. Ahora tenemos dos posibles contactos de submarinos, con marcación tres cuatro cero y cero cero cuatro.

McCafferty volvió a Control y ordenó un giro hacia el Este, lo que situaría mejor a su sonar de arrastre para detectar los nuevos blancos, y además le proporcionaría una marcación cruzada de cada uno y con eso podría calcular la distancia. Le dio más de lo que él esperaba.

—El Boston está maniobrando hacia el Oeste, señor. No puedo detectar nada en esa dirección, pero decididamente se dirige al Oeste.

—Llame a ocupar puestos de combate —ordenó McCafferty.

No era forma de despertar de un sueño que realmente se necesitaba, y el comandante lo sabía. En los sectores de camastros en todo el submarino, los hombres dieron un salto instantáneamente despiertos, y se lanzaron de sus literas, algunos cayendo al suelo, otros poniéndose de pie muy erguidos entre otros hombres, todos apretujados. Corrieron a sus puestos, relevando a los guardias de rutina que a su vez corrieron a sus propias posiciones de combate.

—Todos los puestos informan ocupados y listos, señor.

Vuelta a trabajar. El comandante se instaló de pie frente a la mesa de operaciones y consideró la situación táctica. Dos posibles submarinos enemigos se habían colocado a caballo de su ruta hacia el hielo. Si el Boston estaba maniobrando, probablemente Simms

también tendría algo, tal vez en el Oeste, tal vez atrás. En veinte minutos, McCafferty había pasado nuevamente de una fría seguridad a la paranoia. ¿Qué estaban haciendo? ¿Por qué había dos submarinos casi directamente en su camino?

—Vamos, arriba, a profundidad de periscopio. —El Chicago empezó a ascender desde su profundidad de crucero de doscientos metros; tardó cinco minutos— Levanten la antena ESM.

El delgado mástil subió impulsado por energía hidráulica, proporcionando información al técnico en guerra electrónica.

—Jefe, tengo tres equipos aéreos de búsqueda en banda J. —Leyó en voz alta las marcaciones.

«Bear» o «May» pensó McCafferty.

—Miraré un poco. Arriba el periscopio. —Tuvo que dejar que subiera hasta el punto más alto para poder ver por encima de las olas— Bueno. Tengo un «May» con marcación uno siete uno, cerca del horizonte y con rumbo Oeste... ¡Está lanzando boyas! Abajo el periscopio. Sonar, ¿tiene algo en el Sur?

—Nada, excepto los dos contactos propios. El Boston parece estar alejándose, señor.

—Vamos de nuevo abajo, a ciento ochenta metros. Parece que los rusos dependen casi exclusivamente de las sonoboyas activas, maldita sea.

Ordenó virar hacia el Norte una vez que alcanzaron la profundidad deseada, y disminuyeron a cinco nudos.

Así que ahora están tratando de detectarnos pasivamente. Tienen que haber hallado un indicio en alguna parte..., o tal vez en ninguna parte. La detección y seguimiento con sonar pasivo era técnicamente muy difícil, y hasta los modernos equipos de procesamiento de señales que tenían las Armadas de Occidente producían muchos falsos contactos... Además, nosotros prácticamente les hemos telegrafiado nuestra ruta. Ellos pueden haber saturado el área. ¿Por qué no intentamos algo diferente? ¿Pero qué? Sólo había otro pasaje hacia el Norte, y era aún más estrecho que éste. La ruta por el Oeste, entre Bear Island y el cabo Norte de Noruega, era más amplia, pero la mitad de la Flota soviética del Norte tenía una barrera allí. Se preguntó si el Pittsburgh y el resto habrían escapado a salvo. Probablemente. Debieron haber tenido la capacidad de navegar más rápido que la posibilidad de Iván para cazarlos. Lo opuesto a nuestro caso.

Nosotros cazamos así a los rusos, pensó McCafferty. Ellos no pueden oír nuestras sonoboyas pasivas, y no saben nunca cuándo los están persiguiendo. El comandante se apoyó contra la barandilla que rodeaba el pedestal del periscopio. La buena noticia, se dijo, es que somos muy difíciles de oír. Tal vez Iván tuvo algún indicio, pero no es probable. Si nos hubieran oído seguramente tendríamos ya un torpedo en el agua detrás de nosotros. Si no lo tenemos, es que no nos han oído.

—Las marcaciones sobre los dos contactos al frente se están afirmando.

En las aguas abiertas del océano, habrían tenido la capa de gradiente térmico para aprovecharla en sus maniobras, pero allí no había nada. La combinación de aguas bastante poco profundas y la tormenta sobre la superficie eliminaba cualquier posibilidad que existiera. Buenas noticias y malas noticias, pensó McCafferty.

—Control, sonar, nuevo contacto con marcación dos ocho seis, probable submarino. Estoy tratando de contar sus vueltas de hélice.

—Caiga a la izquierda, a tres cuatro ocho. ¡Detenga eso! —McCafferty cambió de idea, pues allí era mejor actuar con cautela que con audacia— Caiga a la derecha, a cero uno cinco.

Luego, ordenó descender a trescientos metros. Cuanto más lejos de la superficie se situara, mejores condiciones de sonar iba a tener. Si los rusos estaban cerca de la superficie para comunicarse con sus aviones, el rendimiento de sus sonares se reduciría de manera considerable. McCafferty iba a jugar todas las cartas que tenía, antes de empeñarse en combate. Pero si...

Pensó en la posibilidad de que uno o más contactos fueran de submarinos propios. Tal vez el Sceptre y el Superb hubieran recibido nuevas órdenes a causa de los daños sufridos por el Providence, El nuevo contacto en dos ocho seis también podía ser propio, en ese caso.

¡Maldición! No había nada previsto para eso. Los británicos habían dicho que ellos se irían tan pronto como los submarinos llegaran al pack, porque tenían otras misiones que cumplir..., pero, ¿cuántas veces le habían cambiado a él sus órdenes desde mayo?, se preguntó McCafferty.

¡Vamos, Danny! Tú eres el comandante, se supone que debes saber qué hacer..., aun cuando no lo sepas.

Lo único que podía hacer era tratar de establecer la distancia y la identidad de sus tres contactos. El sonar estuvo otros diez minutos trabajando con ellos.

—Los tres son submarinos de una sola hélice —dijo finalmente el suboficial.

McCafferty hizo una mueca. Eso le decía más sobre lo que no eran que sobre lo que eran. Los submarinos británicos eran todos de una sola hélice. Y lo mismo ocurría con las clases «Alfa» y «Victor» de los rusos.

—¿Características de máquinas?

—Están navegando a muy baja potencia, jefe. No suficiente para clasificarlos. Tengo ruidos de vapor en los tres; con eso sabemos que son nucleares, pero si usted mira aquí, verá que no se reciben señales bastante fuertes como para saber algo más. Lo siento, señor, eso es todo lo que tengo.

Cuanto más lejos fueran hacia el Este, sabía McCafferty, menos señales tendría su sonar para trabajar sobre ellas, Ordenó un giro para invertir el rumbo, llevando al Chicago hacia el Sudoeste.

Por lo menos, tenía la distancia. Los blancos del Norte se hallaban a once y trece millas respectivamente. El del Oeste, a nueve. Todos estaban dentro del alcance de sus torpedos.

—Control, sonar, se oyó una explosión con marcación uno nueve ocho... y otra cosa, un posible torpedo, en dos cero cinco, muy débil; entra y se pierde. Nada más en esa zona, señor. Tal vez algunos ruidos de roturas en uno nueve ocho. Lo siento, señor, esas señales son muy débiles. De lo único que estoy seguro es de la explosión.

El comandante se acercó una vez más al sonar.

—Está bien, suboficial. Si fuera fácil no lo necesitaría a usted. —McCafferty observó la pantalla y vio que el torpedo continuaba su trayectoria, cambiando ligeramente de marcación; pero no constituía peligro alguno para el Chicago— Concéntrese en los contactos de los tres submarinos.

—Comprendido, señor.

Cualquiera pensaría que con toda la práctica que he tenido ya debería conocer lo que es la paciencia.

El Chicago continuaba hacia el Sudoeste. Ahora McCafferty estaba persiguiendo a su blanco del Oeste. Pensó que era el que menos probabilidades tenía de ser propio. La distancia se fue acortando a ocho millas, luego a siete.

—¡Señor, clasifico el blanco en dos ocho cero como una clase «Alfa»!

—¿Está seguro?

—Sí, señor. La planta de máquinas es del tipo «Alfa». Ahora lo tengo con toda claridad.

—¡Preparen! Vamos a lanzar un pescado en profundidad; quiero que lo regulen a baja velocidad y que luego suba de golpe cuando esté debajo del blanco.

El personal de control de fuego trabajaba cada día mejor. Parecía casi que lo hacían más rápido que la computadora de apoyo.

—Jefe, si disparamos desde esta profundidad consumirá mucho de nuestra reserva de aire comprimido —advirtió el ejecutivo.

—Tiene razón. Vamos a treinta metros.

McCafferty hizo una mueca. ¿Cómo diablos pudiste olvidarte de eso?

—¡Quince grados arriba en los planos!

—Preparado... La solución está dispuesta, señor.

—Quede atento.

El comandante observaba la aguja del indicador de profundidad mientras giraba en sentido contrario a las del reloj.

—¿Control de fuego?

—¡Listo!

—¡Igualen las marcaciones y disparen!

—Dos disparado, señor.

El «Alfa» podría escuchar el choque de presión del aire, o tal vez no, y McCafferty lo sabía. El torpedo se desplazaba a una velocidad de cuarenta nudos y en un rumbo de tres cinco cero, bien apartado de la marcación hacia el blanco. Cuando se encontraba a tres mil metros, una orden enviada por los cables de control obligó al torpedo a virar y aumentar la profundidad. McCafferty obraba con mucho cuidado con ese disparo, más de lo que habría preferido. Cuando el «Alfa» detectara el pescado que se le acercaba, lo estaría haciendo desde una marcación en la que no se encontraba ya el Chicago..., y si él disparaba en respuesta, el torpedo no iría hacia ellos. La desventaja de esto era el aumento de probabilidad de perder los cables de control y errar el blanco. El torpedo corría en profundidad para aprovechar la presión del agua, que reducía el ruido de cavitación y, con ello, la distancia a la cual el «Alfa» podría detectarlo. Había que tomar toda esa serie de medidas porque el submarino soviético tenía una velocidad máxima de más de cuarenta nudos y era casi tan rápido como el mismo torpedo. El Chicago continuó navegando hacia el Sudeste, poniendo tanta distancia como era posible entre él y su mortífero perseguidor.

—El torpedo continúa normalmente la trayectoria, señor —informó el sonar.

—¿Distancia al blanco? —preguntó McCafferty.

—Unos seis mil metros, señor. Recomiendo que le hagamos subir cuando esté a cuatro mil y lo pongamos en alta velocidad —sugirió el oficial de armamento.

—Muy bien.

El grupo de seguimiento estudiaba la trayectoria del torpedo y de su blanco.

—Control, sonar, el «Alfa» acaba de aumentar la fuerza de sus máquinas.

—Lo ha oído. Lleven ya el pescado arriba, máxima velocidad, encienda el sonar.

—Ruidos de casco, señor. El «Alfa» está cambiando de profundidad —dijo el sonarista, con emoción en la voz—. Tengo el sonar del torpedo en mi pantalla. Nuestra unidad está emitiendo pings. Parece que el blanco lo hace también.

—Señor, perdimos los cables, el pescado ha perdido los cables.

—No debería importar ahora. Sonar, informe una cuenta de hélice del «Alfa».

—Está girando para cuarenta y dos nudos, señor, mucho ruido de cavitación. Como si estuviera virando. Podría haber lanzado un señuelo de ruido.

—¿Alguien disparó contra un «Alfa» alguna vez? —preguntó el oficial ejecutivo.

—No que yo sepa.

—¡Erró! Control, sonar, el pescado pasó hacia atrás del blanco. El blanco parece dirigirse al Este. El pescado está quieto..., no, ahora está virando. El torpedo sigue emitiendo pings, señor. El torpedo también se dirige al Este..., virando de nuevo, tengo un cambio de marcación del pescado. Jefe, creo que está cazando al señuelo de ruido. Veo que se amplía la diferencia de marcación entre el pescado y el blanco.

—Maldita sea, pensé que lo teníamos agarrado —gruñó el oficial de armamento.

—¿A qué distancia estamos del punto de lanzamiento?

—A unos siete mil metros, señor.

—¿Marcación al «Alfa»?

—Tres cuatro ocho, la marcación del blanco se está moviendo hacia el Este, los ruidos de máquinas han disminuido, la cuenta de hélice de alrededor de veinte nudos.

—Seguirá poniendo distancia entre él y el torpedo —dijo McCaf ferty.

Mientras este último continuara en movimiento y emitiendo impulsos activos de sonar, nadie querría ponerse cerca de él. El pescado seguiría describiendo círculos hasta consumir todo su combustible, pero cualquier cosa que pusiera dentro del alcance de su sonar, de cuatro mil metros, se arriesgaba a la detección.

—¿Qué hay de los otros dos contactos?

—Sin cambios, señor —dijo el oficial de operaciones—. Parece como si estuvieran manteniendo sus posiciones.

—Eso significa que son rusos.

McCafferty miró fijamente las señales. Si fuesen británicos, habrían maniobrado y disparado sus propios torpedos tan pronto como escucharan al «Alfa», y probablemente todo el mundo en veinte millas a la redonda lo habría oído.

Tres a uno, y ahora ellos están alertados. McCafferty se encogió de hombros. Por lo menos, sé detrás de qué voy. El sonar informó sobre otro contacto hacia el Sur. Tendría que ser el Boston, pensó Danny. Si no lo fuese, el Providence habría hecho algo. Ordenó dirigir el Chicago hacia el Sur. Si tenía que abrir un agujero entre tres submarinos, quería ayuda. una hora después se reunió con el Boston.

—Oí un «Alfa».

—Le erramos. ¿Qué encontraste tú?

—Tenía dos hélices, y está hundido —contestó Simms, cuyos teléfonos gertrude estaban regulados con muy baja intensidad.

—Hay tres submarinos al frente, a unas catorce millas. Uno es el «Alfa». No sé nada respecto a los otros.

McCafferty esbozó rápidamente su plan. Los submarinos iban a navegar hacia el Norte con diez millas de separación, e intentarían atacar a los blancos desde sus flancos. Aunque erraran, el Providence podría pasar directamente cuando los rusos se dividieran para seguirlos. Simms estuvo de acuerdo, y ambos submarinos volvieron a separarse.

McCafferty notó que aún se encontraba a unas dieciséis horas del hielo. Probablemente habría todavía aviones de patrullaje soviéticos allá arriba. Él había desperdiciado un torpedo... *No*, se dijo, *fue un ataque bien pensado. Sólo que no dio resultado, como tantas veces ocurre.*

Hacia el Nordeste, apareció una línea de sonoboyas, que en esta ocasión eran activas. Deseaba con cierto fastidio que los rusos eligieran algún patrón de maniobras tácticas y se ajustaran a él. ¡Diablos, lo único que él quería era salir de allí! Por supuesto, había lanzado misiles hacia el propio territorio soviético y probablemente ellos aún estaban furiosos por eso. Nadie le había dicho si la misión tuvo éxito o no. McCafferty se ordenó a sí mismo dejar a un lado esos pensamientos. Bastantes problemas tenía allí donde estaba.

El Chicago navegó hacia el Noroeste. Cuando lo hizo, la marcación a todos sus contactos de sonar cambió a la derecha. El «Alfa» todavía estaba allí; el ruido de sus máquinas se oía débilmente y luego desaparecería. Técnicamente hablando, él podía dispararle, pero ya había comprobado que su velocidad y maniobrabilidad eran suficientes para superar a un torpedo «Mark-48». Se preguntaba qué había hecho el comandante del «Alfa». Sorprendentemente, él no había disparado un torpedo hacia la marcación del pescado que se le acercaba. ¿Qué significa eso? Era una táctica norteamericana, y se suponía que fuera también una táctica soviética. ¿Se debía a que él sabía que había submarinos propios en la zona? McCafferty no lo pensó más. Otro caso en el que los rusos no estaban actuando en la forma en que se esperaba que actuaran.

El rumbo Noroeste iba acortando marcadamente la distancia a uno de los contactos. El «Alfa» y el otro desco»nocido maniobraron al Este, manteniendo la distancia de un poco más de diez millas..., sin saberlo, pensó el comandante. Estaba de pie junto al tablero de operaciones. Ya tenían preparada una solución de control de fuego sobre el contacto más cercano. La distancia había bajado a ocho millas. McCafferty fue otra vez a la sala de sonar.

—¿Qué me puede decir de éste?

—Empieza a parecer una planta de reactor «Tipo-2», la nueva versión. Puede ser un «Victor-III». En cinco minutos más lo sabré seguro, señor. Cuanto más cerca estemos, más claro se verá.

—¿Con qué fuerza navega?

—Bastante baja, señor. Hace unos minutos creí que podría hacer una cuenta de hélice, pero no dio resultado. Probablemente está sólo derivando.

McCafferty se apoyó contra el mamparo que separaba la sala de la monstruosa computadora que usaban para procesar señales. La línea en la presentación en cascada, que debería mostrar la frecuencia exclusiva de las características de las máquinas del «Victor-III», se veía borrosa, pero iba estrechándose. Tres minutos después se había convertido en una definida y vertical línea de luz.

—Señor, ahora puede llamar al blanco «Sierra-2» un «Victor» clase III, submarino ruso.

McCafferty pasó hacia atrás, a la sala de control.

—¿Distancia al blanco «Sierra-2»?

—Catorce mil quinientos metros, señor.

—La solución está preparada, señor —informó el oficial de armamento— Listos para tubo uno. Tubo uno inundado, puerta exterior cerrada.

—Timón diez grados a la derecha —ordenó McCafferty.

El Chicago viró para adoptar una posición que no interfiriera el lanzamiento del torpedo que estaba listo. Comprobó la profundidad: sesenta metros. Después del disparo, iba a dirigirse rápidamente al Este y a sumergirse hasta los trescientos metros. El submarino giró

después, a seis nudos; la marcación al blanco era tres cinco uno, y los tubos de torpedo del Chicago estaban alineados ligeramente hacia fuera con respecto al eje central.

—¿Solución?

—¡Lista!

—Abran la puerta exterior.

El suboficial a cargo del tablero de torpedos apretó el correspondiente botón y esperó que cambiara la luz indicadora.

—Puerta exterior abierta, señor.

—¡Igualen marcaciones y disparen!

Las siete mil toneladas del Chicago se estremecieron otra vez al lanzar el torpedo.

—Uno disparado, señor.

McCafferty dio órdenes para cambiar el rumbo y profundidad, aumentando la velocidad a diez nudos.

Otro ejercicio de paciencia, ¿Cuánto tardará en oír que se le acerca el pescado? El torpedo corría a poca profundidad. McCafferty confiaba en que los ruidos de su sistema de propulsión se perdieran entre los que había en la superficie. ¿Qué eficacia tendrá el sonar del «Victor»?, se preguntaba.

—Un minuto.

El oficial de armamento tenía un cronómetro en la mano. El «Mark-48» corría unos mil trescientos metros por minuto a la velocidad con que lo habían regulado. Tardaría unos diez minutos. Era como estar presenciando la finalización de un partido de fútbol, en el que unos pocos minutos pueden variar completamente el resultado. Pero ellos no estaban tratando de marcar puntos.

—Tres minutos. Faltan siete.

El Chicago interrumpió la inmersión a trescientos metros y el comandante ordenó una reducción de la velocidad otra vez a seis nudos. Ya tenía preparadas las soluciones de control de fuego para los otros dos blancos. Pero habrían de esperar.

—Cinco minutos. Faltan cinco.

—Control, sonar. El blanco «Sierra-2» acaba de aumentar la fuerza de sus máquinas. Hay ruidos de cavitación, la cuenta de vueltas de hélices indica veinte nudos y en aumento.

—Ordenen máxima velocidad al pescado —dijo McCafferty.

El «Mark-48» aceleró a una velocidad de cuarenta y ocho nudos: más de mil quinientos metros por minuto.

—El blanco está virando al Este, la cuenta de vueltas indica ahora treinta y un nudos, señor; estoy recibiendo una extraña señal un poco atrás del blanco. La marcación del blanco pasó a tres cinco ocho. La nueva señal está en tres cinco seis.

—¿Un señuelo de ruido?

—No suena así. Es algo diferente... Tampoco un torpedo señuelo, pero se le parece, señor. El blanco continúa virando, señor; ahora la marcación es tres cinco siete. Pienso que puede estar invirtiendo el rumbo.

—Vamos arriba, a sesenta metros —ordenó el comandante.

—¿Qué diablos está haciendo? —se preguntó el ejecutivo cuando el submarino empezó a subir de nuevo.

—Señor, aquella señal nueva ha ocultado el blanco —anunció el encargado del sonar.

—Ahora el pescado está haciendo emisiones activas.

—Si ha desplegado un señuelo..., lo ha puesto entre él y el pescado —dijo el comandante con calma—. Control de fuego, quiero otro pescado sobre el blanco «Sierra-2», y que actualicen la solución sobre «Sierra-1».

Alimentaron nuevamente la Victor-III con distancia y marcación en sus cifras del momento.

—Preparen tubo tres sobre el blanco «Sierra-2», y tubo dos para el blanco «Sierra-1».

El submarino pasó por los noventa metros de profundidad.

—Igualen marcaciones y disparen. —McCafferty dio la orden con tranquilidad, luego llevó otra vez abajo a su submarino—. Esa protuberancia que tiene el «Victor-III», que nosotros pensábamos era el alojamiento de un sonar de arrastre, ¿no será un señuelo como nuestro nixie?

Nosotros no los usamos con los submarinos, pensó McCafferty, *pero Iván hace las cosas a su manera.*

—El pescado podría ignorarlo todavía.

—Él no piensa igual. Piensa que funcionará... Entonces podrá virar por detrás del ruido de explosión y lanzarnos uno a nosotros.

McCafferty se acercó a la mesa de operaciones. El segundo de los nuevos pescados corría hacia lo que probablemente era otro clase «Victor». El segundo blanco ahora estaba maniobrando hacia el Este. También el «Alfa». La jugada táctica obvia era salir de la zona de peligro, virar, y empezar la propia caza. Mientras ambos estaban virando, su posición haría que los sonares fueran ineficaces en dirección al rumbo del torpedo que avanzaba.

—Señor —llamó el sonar—, tengo una explosión con marcación tres cinco cuatro. Hemos perdido contacto con el blanco «Sierra-2». No sé si el pescado le dio o no. Los otros dos pescados parecen estar corriendo normalmente.

—Paciencia —respondió el comandante.

—Control, sonar, hay algunas sonoboyas que están lanzando atrás.

Las marcaciones habían sido establecidas. Se hallaban en una línea Norte—Sur, dos millas detrás del Chicago.

—Alguno de los otros submarinos envió un mensaje a sus amigos —sugirió el ejecutivo.

—Bien pensado. Estas tácticas de cooperación van a ser difíciles de superar si alguna vez aciertan a hacerlas bien.

—El «Sierra-2» ha vuelto, señor. Tengo señales características de máquinas «Tipo-2» en tres cuatro nueve. Algunos ruidos posibles de casco por cambio de profundidad. «Sierra-2» lo está haciendo.

El oficial de armamento ordenó a uno de los torpedos que estaban corriendo un giro a la izquierda, de pocos grados. McCafferty cogió un lápiz y empezó a morderlo.

—Bueno, es probable que su sonar esté un poco confundido. Apostaría que está tratando de subir una antena para decir a sus amigos desde dónde estamos disparando. Todo adelante dos tercios.

—¡Torpedos en el agua con marcación cero tres uno!

—¿Tenemos algo más en esa marcación?

—No, señor. Yo no tengo nada.

McCafferty controló la operación. Estaba dando resultado, por Dios. Había forzado a los rusos a que se movieran al Este, ¡hacia Todd Simms en el Boston!

—Control, sonar, ¡torpedo en el agua a popa, marcación dos ocho seis!

—Vamos a profundidad trescientos sesenta metros —dijo de repente el comandante— Timón todo a la derecha, caiga de nuevo rumbo uno seis cinco. Nuestro amigo el «Victor» recibió el aviso de sus guardianes.

—Señor, perdimos los cables de los dos pescados —informó Armamento.

—¿Distancia estimada al «Sierra-2»?

—El pescado debe de haber estado a unos seis mil metros; está programado para empezar a emitir activo dentro de un minuto.

—Esta vez el señor «Victor» cometió un error. Debió haberse cubierto el trasero antes de subir a llamar por radio a los aviones. Sonar, ¿cuál es la posición del torpedo que tenemos a popa?

—La marcación está cambiando..., señor, estoy perdiendo rendimiento en el sonar debido a ruido de flujo. La última marcación sobre el pescado ruso es dos siete ocho.

—¡Todo adelante un tercio! —McCafferty volvió a poner su submarino en velocidad baja y silenciosa. En dos minutos se dieron cuenta de que el torpedo lanzado desde el aire estaba bastante lejos de ellos, y que el segundo disparo del Chicago contra el «Victor» se hallaba cerca de su blanco.

Ya en esos momentos la pantalla del sonar era una confusión total. El blanco «Sierra-2» había detectado tarde al pescado que se le acercaba, pero estaba alejándose a máxima velocidad ahora. El torpedo disparado por ellos contra el otro «Victor» seguía aún corriendo, pero ese blanco se hallaba maniobrando para evadir otro pescado lanzado por el Boston. El «Alfa» navegaba a su máxima velocidad hasta el Norte, perseguido por otro «Mark-48». Otros dos torpedos rusos estaban en el agua y viajaban hacia el Este, probablemente en busca del Boston, pero el Chicago no tenía en su sonar al submarino hermano. Había cinco submarinos maniobrando en la zona, cuatro de ellos perseguidos por torpedos.

—Señor, tengo otro señuelo desplegado por «Sierra-2». El «Sierra-1» también ha desplegado el suyo. Nuestro pescado está emitiendo activo contra el «2». Otro pescado, no sé de quién, está emitiendo contra el «1», y un pescado ruso emite a cero tres cinco..., señor. Tengo una explosión con marcación tres tres nueve.

Papá quería que yo fuera contable, pensó McCafferty. *Entonces yo habría podido manejar bien todos estos malditos números*. Se acercó una vez más a la mesa de operaciones.

El gráfico no estaba mucho más claro. las líneas de lápiz que representaban los contactos de sonar y las trayectorias de los torpedos parecían cables eléctricos volcados al azar sobre la carta.

—Señor, tengo ruidos muy fuertes de máquinas en marcación tres tres nueve. Suena como una cosa que está rota, señor, muchos ruidos metálicos. Ahora estoy recibiendo algo de ruido de aire, está soplando los tanques. Pero todavía no hay ruidos de rajaduras o quebraduras.

—Timón todo a la izquierda, caiga a nuevo rumbo cero uno cero.

—¿No destruiríamos al «Victor»?

—Me conformaré con un pequeño trozo de él, si es que eso lo manda de vuelta a su casa. Lo registraremos como dañado. ¿Qué está pasando con los otros?

—El pescado que sigue al «Sierra-1» emite activo, y lo mismo el del Boston.

La confusión disminuyó en parte, pero sólo durante diez minutos. El segundo blanco puso la popa a los dos torpedos y escapó hacia el Noroeste. Aparecieron más sonoboyas cruzadas

sobre la ruta del Chicago. Detectaron al Oeste otro torpedo lanzado desde el aire, pero no sabían sobre qué lo habían lanzado... sólo que no estaban lo suficientemente cerca como para preocuparse. El torpedo que ellos habían puesto en persecución del segundo submarino clase «Victor» estaba luchando para cazar un blanco que escapaba todo lo rápido que podía, y otro pescado llegaba en ángulo en ese momento desde la dirección opuesta. Posiblemente el Boston había disparado también contra el «Alfa», pero éste escapaba a una velocidad casi tan grande como la del torpedo. McCafferty restableció el contacto sonar con el Providence y continuó hacia el Norte. El caos trabajaba a su favor, y él lo aprovechó todo lo que pudo. Esperaba que el Boston lograra evadir los torpedos que habían lanzado en dirección a él, pero no estaba fuera de su alcance.

—Dos explosiones con marcación cero tres, señor.

Ésa era la última marcación al segundo «Victor», pero el sonar no detectó nada más. ¿Los pescados habían destruido al submarino, al señuelo, o se habían destruido entre sí?

El Chicago siguió navegando al Norte, aumentando su velocidad a diez nudos mientras zigzagueaba a través de las líneas de sonoboyas para aumentar su distancia al herido Providence. El personal de la central de ataque estaba emocionalmente exhausto, tan agotado como su comandante después del frenético ejercicio de seguimiento y tiro. Los aspectos técnicos de la tarea se habían practicado a la perfección en los entrenamientos previos a la guerra; pero nada podía simular la tensión de disparar armas verdaderas. El comandante los envió, de dos en dos, a la cocina a buscar comida y a tomarse media hora de descanso. Los cocineros llevaron una bandeja de emparedados para los que no podían abandonar sus puestos. McCafferty se sentó detrás del periscopio, con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás y apoyada en algo metálico, mientras masticaba un bocadillo de jamón. Recordaba haber visto cargar las latas a bordo. La Marina había conseguido un buen precio en los primeros meses del año para comprar jamones polacos enlatados. *Jamones polacos*, pensó. *Estamos locos*.

Al cabo de una hora, autorizó a su dotación a abandonar los puestos de combate. La mitad de los hombres quedó libre de guardias y servicios. No fueron a la cocina a buscar comida. Todos prefirieron dormir. El comandante sabía que él también lo necesitaba, por lo menos tanto como sus subordinados. *Después que lleguemos al suelo*, se prometió a sí mismo, *dormiré durante un mes.*

Detectaron al Boston con el sonar, un trazo fantasmal en la pantalla, al este de ellos. El Providence todavía estaba atrás, seguía navegando a seis nudos y produciendo demasiado ruido con su maltrecha torreta. Ahora el tiempo pasaba más rápidamente. El comandante permaneció sentado, olvidando su dignidad y escuchando los informes de... nada.

La cabeza de McCafferty se levantó bruscamente. Miró el reloj y comprobó que había dormitado durante media hora. Cinco horas más hasta el hielo. Ahora se oía claramente en el sonar; un ruido sordo y grave, de baja frecuencia, que cubría treinta grados a cada lado de la proa.

¿Adónde fue el «Alfa»? Diez segundos después de haberse formulado esa pregunta, MeCafferty estaba en el sonar.

—¿Cuál fue su última marcación sobre el «Alfa»?

—Señor, lo perdimos hace tres horas. Lo último que tuvimos fue que navegaba a su máxima velocidad en un rumbo constante hacia el nordeste. Se desvaneció y no ha vuelto, señor.

—¿Qué probabilidad hay de que esté en el hielo esperándonos?

—Sí está allí, nosotros lo detectaremos a él antes de que él nos detecte a nosotros, señor. Si se está moviendo, la planta de su motor produce mucho ruido de media y alta frecuencia —explicó el suboficial sonarista, y aunque McCafferty sabía todo eso, quería oírlo una vez

más— El ruido de baja frecuencia del hielo le quitará la posibilidad de detectarnos a larga distancia, pero nosotros tendríamos que poder oírlo desde muy lejos si se está moviendo.

El comandante asintió y se dirigió a popa.

—Oficial ejecutivo, si usted se hallara comandando ese «Alfa», ¿dónde estaría?

—¡En casa! —sonrió el ejecutivo—. Él tiene que saber que aquí hay por lo menos dos submarinos. Sus posibilidades son muy pocas. Nosotros les dañamos aquel «Victor», y el Boston probablemente destruyó el otro. ¿Qué va a pensar? Iván es valiente, pero no loco. Si tiene algo de sentido común, informará sobre un contacto perdido y dejará así las cosas.

—No lo creo. Venció a nuestro pescado, y probablemente venció uno del Boston —dijo el comandante en voz baja.

—Usted podría tener razón, jefe, pero no aparece en el sonar.

McCafferty tuvo que aceptar ese argumento.

—Llevaremos mucho cuidado cuando nos acerquemos al hielo.

—De acuerdo, señor. Ya estamos bastante paranoicos.

McCafferty no opinaba lo mismo, pero no sabía por qué. *¿Qué estoy pasando por alto?*

Sus datos sobre la posición del borde del pack de hielo eran viejos. las corrientes y el viento habrían movido los témpanos unas cuantas millas más hacia el Sur, a medida que las temperaturas en aumento del verano debilitaran el espeso techo blanco sobre el océano. ¿Tal vez signifique una hora?, se preguntó esperanzado el comandante.

El gráfico mostraba al Boston quince millas hacia el Este, y al Providence ocho al Sudeste. Tres horas más hasta el hielo. Dieciocho millas náuticas, tal vez menos, y estarían a salvo.

¿Por qué tenía que haber algo más cuando llegaran allá? No pueden enviar tras nosotros a toda su flota. Tienen otros problemas de que preocuparse. McCafferty dormitó de nuevo.

—¡Control, sonar!

La cabeza de McCafferty se enderezó otra vez.

—Aquí control —contestó el ejecutivo.

—El Providence ha aumentado un poco su velocidad, señor. Estimo que está haciendo diez nudos.

—Muy bien.

—¿Cuánto tiempo estuve dormido? —preguntó el comandante.

—Una hora y media, más o menos. Usted ha estado despierto demasiado tiempo, señor, y no roncaba tan fuerte como para molestar a nadie. El sonar sigue todavía en. blanco, excepto nuestros dos amigos.

McCafferty se levantó y se desperezó. Eso no era suficiente. Me estoy acostumbrando. Si sigo así, seré mucho más peligroso para mi propia tripulación que para los rusos.

—¿Distancia al hielo?

—Unos doce mil metros, cerca como para verlo.

McCafferty se acercó a la carta para observarla. El Providence lo había alcanzado y navegaba en su misma línea ahora. No le gustó eso.

—Aumente a doce nudos y caiga a la derecha a cero cuatro cinco. Está demasiado ansioso.

—Usted tiene razón —dijo el ejecutivo después de dar las órdenes necesarias—, pero, ¿quién puede culparlo?

—Yo puedo. ¿Qué diablos importan unos cuantos minutos más después de todo el tiempo que ha costado llegar hasta aquí?

—Control, sonar, tenemos un posible contacto con marcación cero seis tres. Suena como ruido de máquinas, muy débil. Ahora se desvanece. Estamos recibiendo ruido de flujo que tapa al otro.

—¿Reducimos velocidad? —preguntó el ejecutivo.

El comandante negó con la cabeza.

—Todo adelante dos tercios.

El Chicago aceleró a dieciocho nudos. McCafferty miró fijamente la carta. Allí había algo importante que él no estaba viendo. El submarino se hallaba todavía a bastante profundidad, trescientos metros. El Providence mantenía en funcionamiento su sonar de arrastre, pero navegaba ahora cerca de la superficie, y eso disminuía el rendimiento de su sonar. ¿Estaría también el Boston cerca de la superficie? Los suboficiales del grupo de seguimiento, de control de fuego, adelantaban continuamente las posiciones de los dos submarinos norteamericanos según el rumbo y la velocidad conocidos de cada uno. El Chicago achicó rápidamente la distancia. Después de media hora se hallaba al lado del Providence, a babor de su proa, y McCafferty ordenó reducir la velocidad a seis nudos otra vez. A medida que el submarino disminuía la velocidad, el ruido del flujo exterior iba desapareciendo y sus sonares volvieron a tener su máximo rendimiento.

—¡Contacto sonar, marcación cero nueve cinco!

El grupo de operaciones trazó una línea cruzando la carta. Interceptaba a la anterior línea de marcación... ¡casi exactamente entre el Boston y el Providence! MeCafferty se agachó para comprobar cuál era la profundidad allí... Quinientos setenta metros. Mayor que la que podía alcanzar un submarino clase «688» en su máxima inmersión... Pero no demasiada para un «Alfa»...

—¡La mierda!

No podía disparar sobre el contacto. La marcación al blanco estaba excesivamente cerca del Providence. Si los cables de control se rompían, el pescado avanzaría en forma automática, y le importaría un comino que el Providence fuera propio.

—Sonar, pase a activo; ¡búsqueda yanqui sobre la marcación cero nueve cinco!

Se tardó un momento en dar energía al sistema. Luego, el profundo sonido *bawah* sacudió el océano. McCafferty se había propuesto alertar a sus camaradas. También había alertado al «Alfa».

—Control, sonar, tengo ruido de variación de presión en un casco y de aumento de fuerza en máquinas, con marcación cero nueve cinco. Todavía no hay blanco en la pantalla.

—¡Vamos, Todd! —urgió el comandante.

—¡Ruidos transitorios! El Boston acaba de aumentar potencia, señor... allí va el Providence. ¡Torpedos en el agua, marcación cero nueve cinco! ¡Múltiples torpedos en el agua en cero nueve cinco!

—¡Todo adelante a toda máquina!

McCafferty observó el gráfico. El «Alfa» estaba peligrosamente cerca de ambos submarinos, detrás de ellos, y el Providence no podía aumentar su velocidad, y tampoco sumergirse. ¡No podía hacer ninguna MALDITA cosa! Y él, lo único que pudo hacer fue contemplar cómo preparaban dos torpedos sus hombres de control de fuego. El «Alfa» había disparado cuatro pescados, dos a cada uno de los submarinos norteamericanos. El Boston cambió el rumbo hacia el Oeste, y otro tanto hizo el Providence. MeCafferty y su ejecutivo fueron a la sala de sonar.

Miró cómo oscilaban a derecha e izquierda, a través de la pantalla, las líneas de los contactos. las más gruesas representaban a los submarinos; las finas y brillantes, a cada uno de los cuatro torpedos. Los dos que estaban apuntados al Providence se acercaban rápidamente. El submarino herido había acelerado a veinte nudos, y hacía el mismo ruido que un camión cargado de piedras que tratara de correr. Estaba claro que no lo conseguiría nunca. Aparecieron en la pantalla tres señuelos de ruido, pero los torpedos los ignoraron. Las líneas convergieron en un punto, que se encendió con intensa luz en la pantalla.

—Le dieron, señor —dijo en voz baja el suboficial.

El Boston tenía mejores probabilidades. Simms navegaba ahora a velocidad máxima, y los torpedos los perseguían a menos de mil metros. También él lanzó señuelos de ruido y efectuó cambios bruscos de rumbo y profundidad. Uno de los torpedos perdió la orientación y se descontroló, picó contra un señuelo y explotó en el fondo. El otro siguió autoorientado hacia el Boston y fue disminuyendo poco a poco la distancia. Apareció en la pantalla otro punto brillante, y eso fue todo.

—Búsqueda yanqui para el «Alfa» —dijo McCafferty con boz baja y alterada por la ira.

El submarino vibró con los poderosos impulsos del sonar.

—Marcación uno cero nueve, distancia trece mil.

—¡Preparados!

—¡Igualen y disparen!

El «Alfa» no esperó oír los torpedos que se acercaban. Su comandante sabía que había allí un tercer submarino, y supo que lo estaban localizando con pings de sonar activo. El submarino soviético adoptó su máxima velocidad y viró hacia el Este. El oficial de armamento del Chicago intentó llevar los torpedos a un rumbo de acercamiento, pero apenas tenían cinco nudos de ventaja sobre el «Alfa», y las cifras no ofrecían dudas: les faltarían casi dos mil metros para alcanzarlo cuando se les terminara el combustible. A McCafferty no le importó. Ordenó él también nuevamente a cinco nudos tres minutos antes de que los torpedos volvieran a agotar el combustible. Al desaparecer el ruido de flujo, sus equipos de sonar recuperaron efectividad justo a tiempo para oír que el «Alfa» desaceleraba a salvo.

—Muy bien, vamos a intentarlo de nuevo.

Ahora se hallaba a tres millas del hielo, y el Chicago se mantenía en silencio. El «Alfa» viró hacia el Oeste, y el grupo de seguimiento de McCafferty reunió información para computar la distancia. El giro al Oeste había sido un error. Evidentemente, pensó que el Chicago iba a correr al hielo y la seguridad.

—Control, sonar. Nuevo contacto, marcación cero cero tres.

¿Y ahora qué? ¿Otra trampa rusa?

—¡Necesito información!

—Muy débil, pero tengo un cambio de marcación; ahora es cero cero cuatro.

Un suboficial levantó la vista de su regla de cálculos.

—¡La distancia tiene que ser menos de diez mil metros, señor!

—¡Ruidos transitorios ... ! ¡Torpedo en el agua marcación cero cero cinco!

—¡Todo timón a la izquierda, adelante a toda máquina!

—¡La marcación cambia! ¡Ahora el torpedo está en cero cero ocho!

—¡Anule la orden! —gritó McCafferty.

El nuevo contacto estaba disparando contra el «Alfa».

—¡Cristo! ¿Qué es esta cosa? —preguntó el suboficial sonarista.

El «Alfa» oyó el nuevo pescado e invirtió el rumbo. Otra vez oyeron y vieron en pantalla el tronar de las máquinas del «Alfa»..., pero el torpedo reducía rápidamente la distancia.

—Es un británico. Es uno de sus nuevos «Spearfish». No sabía que hubiera ya algunos en la flota.

—¿Qué velocidad tienen?— preguntó el suboficial sonarista.

—Sesenta o setenta nudos.

—¡Diablos! Tenemos que comprar algunos de ésos.

El «Alfa» continuó en línea recta tres millas; luego, viró al Norte para enfrentar el hielo. Pero no llegó. El «Spearfish» le cortó el camino. En la pantalla del sonar, las líneas convergieron una vez más, y apareció un brillante punto final.

—Vamos hacia el Norte —dijo McCafferty al ejecutivo—. Acelere a dieciocho nudos. Quiero estar seguro de que él sabe quiénes somos.

—Nosotros somos el HMS Torbay. ¿Quiénes son ustedes?

—Chicago

—Oímos hace un rato toda la conmoción. ¿Está solo? —preguntó el comandante James Little.

—Sí. El «Alfa» nos tendió una emboscada. Estamos solos.

—Nosotros los escoltaremos.

—Comprendido. ¿Sabe usted si la misión tuvo éxito?

—Sí, lo tuvo.

40. TIERRA DE MUERTE.

STYKKISHOLMUR, ISLANDIA.

Había mucho que hacer, y el tiempo era escaso.

El teniente Potter y su grupo de comandos de la Fuerza de Reconocimiento encontraron ocho soldados rusos en el pueblo. Estaban tratando de escapar por el único camino que llevaba al Sur cuando cayeron en una emboscada que costó la vida o hirió a cinco de ellos. Eran los últimos que podrían haber alertado a Keflavik sobre los buques que se veían en el horizonte.

Las primeras tropas regulares llegaron en helicóptero. Unidades con efectivos de pelotón o compañía ocuparon todas las alturas en los cerros que dominaban la bahía. Tuvieron particular cuidado en mantener las aeronaves por debajo del horizonte de los radares en Keflavik, donde sólo continuaba en servicio un transmisor ruso, a pesar de todos los esfuerzos en contra. Un helicóptero «CH-53 Super Stallion» levantó los componentes de un transmisor de radar móvil y los trasladó hasta la cumbre de una montaña sobre la costa noroeste de la isla, y un grupo de técnicos del Ejército subió de inmediato a trabajar para ponerlo en condiciones operativas. Cuando los buques entraron en esa pesadilla llena de rocas que se llamaba el puerto de Stykkisholmur, cinco mil soldados estaban ya en posición sobre los caminos que conducían al pueblo.

El comandante de uno de los grandes «LTS» (buques de desembarco, tanques) había intentado contar las rocas y bancos encontrados en el viaje desde Norfolk. Dejó de hacerlo al alcanzar quinientos, y se concentró en memorizar su particular zona de responsabilidad: Verde Dos-Charlie. La luz del día y la marea baja ayudaron. Muchas de las rocas habían quedado a la vista por debajo del nivel de las agujas, y las tripulaciones de los helicópteros que habían finalizado ya su misión de desembarcar tropas lanzaron reflectores radar y balizas encendidas sobre muchas de ellas, lo que mejoró bastante las cosas. La tarea siguiente era apenas más segura que cruzar una autopista con los ojos vendados. Los «LST» entraron primero, serpentearon entre las rocas a la temeraria velocidad de diez nudos, confiando en sus impulsores auxiliares de proa para ayudar al timón a gobernar el buque a través del infernal laberinto.

El equipo de comandos del teniente Potter colaboró de nuevo en ese aspecto. Fueron de casa en casa, localizando a los capitanes y oficiales de las lanchas pesqueras locales. Los experimentados marinos subieron a los helicópteros, que los llevaron a los buques líderes. Allí ayudaron a pilotar a los grandes anfibios grises a través de los pasajes más estrechos. Hacia mediodía, el primer «LST» había bajado a tierra su rampa, y los primeros tanques de infantería de Marina rodaron hacia la isla. Inmediatamente detrás de ellos iban camiones cargados con material de planchas perforadas de acero para pistas de vuelo. las despacharon al Este, hasta un campo llano previamente elegido para base de los helicópteros de infantería de Marina y los cazas «Harrier» de despegue corto.

Cuando los helicópteros de la flota completaron su tarea de marcar las rocas y bancos, volvieron a trasladar soldados. Los transportadores de tropas fueron escoltados por cañoneros «SeaCobra» y aviones «Harriers» mientras extendían el perímetro de ocupación de la infantería de Marina hasta las montañas que se alzaban sobre el río Hvita. Allí hicieron contacto con los puestos de observación destacados de los rusos, y comenzó la primera lucha verdadera.

KEFLAVIK, ISLANDIA.

—Bravo por nuestros informes de Inteligencia —murmuró el general Andreyev.

Desde su cuartel general podía ver las enormes siluetas que navegaban lentamente. Eran los acorazados Iowa y New Jersey, acompañados por cruceros lanzamisiles para la defensa aérea.

—Podemos atacarlos ahora —dijo el jefe de artillería.

—Hágalo, entonces. —Mientras pueda, pensó, y se volvió hacia su oficial de comunicaciones—. ¿Han informado ya a Severomorsk?

—Si. La Flota del Norte lanzará hoy mismo sus aviones, y también los submarinos.

—Dígales que sus blancos primarios son los buques anfibios norteamericanos en Stykkisholmur.

—Pero nosotros no estamos seguros de que estén allí. El puerto es demasiado peligroso para...

—¿Dónde diablos podrían estar? —preguntó Andreyev—. Nuestros puestos de observación destacados allá no nos contestan, y tenemos informes sobre helicópteros enemigos que se mueven desde esa dirección hacia el Este y el Sur. ¡Piense, hombre!

—Camarada general, el objetivo primario de la Marina será la fuerza de portaaviones enemiga.

—Entonces explíqueles a nuestros camaradas de azul que los portaaviones no pueden quitarnos Islandia, ¡pero sus piojosos infantes de Marina sí pueden!

Andreyev vio que se levantaba humo desde una de sus baterías de cañones de gran calibre. Pocos segundos después llegó el estampido. La primera salva rusa cayó varios miles de metros corta.

—¡Misión de fuego!

El Iowa no había disparado sus cañones en combate desde Corea; pero ahora sus inmensos «fusiles» de sesenta y cinco centímetros giraron lentamente hacia estribor. En la estación central de control de artillería, un técnico operaba la pequeña palanca de mando de un vehículo «Mastiff» de pilotaje remoto. El avioncito miniatura, comprado varios años antes a Israel, volaba en círculo a dos mil cuatrocientos metros sobre la batería de artillería rusa, y su cámara de televisión enfocaba uno y otro emplazamiento.

—Cuento seis cañones... Parecen de ciento cincuenta y cinco, más o menos. Digamos que son de quince centímetros.

La situación exacta de la batería rusa quedó establecida. La computadora analizó luego la información sobre densidad del aire, presión barométrica, humedad relativa, dirección y velocidad del viento, y otra docena de factores. El oficial artillero observó su tablero indicador hasta que se encendió la luz de la solución.

—Comience el fuego.

El cañón central de la torre número dos disparó un solo proyectil. Un radar de banda milimétrica desde lo alto de la torre de dirección siguió la trayectoria de la granada, comparándola con la preestablecida por la computadora de control de fuego. Como no era de sorprender, había algunos errores en la velocidad pronosticada del viento. La propia computadora del radar envió las nuevas lecturas empíricas al sistema maestro, y los restantes ocho cañones de la batería principal alteraron ligeramente su posición. Dispararon aun antes de que la primera granada llegara a tierra.

—¡Madre de Dios! —susurró Andreyev.

El relámpago color naranja ocultó momentáneamente la nave. Alguien a su izquierda lanzó un grito, pensando quizá que uno de los tiros de la artillería rusa había dado en el blanco. Andreyev no se hizo semejante ilusión. Sus artilleros estaban fuera de práctica y todavía no habían afinado su puntería. Giró la cabeza para orientar los binoculares hacia su batería, a cuatro kilómetros de allí.

El primer tiro fue a parar mil quinientos metros al sudeste del cañón más próximo. Los ocho siguientes cayeron a doscientos metros detrás de ellos.

—¡Muevan inmediatamente esa batería!

—¡Caigan doscientos y disparen para efecto!

Los cañones ya estaban pasando por su ciclo de treinta segundos de recarga. El gas inerte expulsaba los fragmentos de las bolsas propulsoras de seda que salían por las bocas, para limpiar las ánimas de los tubos; luego, se abrían las recámaras, y las rampas de carga se desplegaban colocándose en su lugar. Se controlaban las almas en busca de peligrosos residuos, después subían los elevadores desde las salas de manipulación hasta el borde posterior de las rampas y se introducían las granadas en los tubos de los cañones. las pesadas bolsas impulsoras caían en las rampas y las introducían detrás de las granadas. La rampa subía, las recámaras se cerraban hidráulicamente y los cañones se elevaban. Los artilleros de la torre salían de los compartimientos de carga y apretaban con las manos los protectores de los oídos. En control de fuego, algunos dedos oprimían las llaves, y las recámaras retrocedían una vez más. El ciclo comenzaba de nuevo, los marineros adolescentes cumplían las mismas tareas desempeñadas por sus abuelos cuarenta años antes.

Andreyev salió del cuartel general para observar desde afuera, poseído por una espantosa fascinación. Podía oír ese sonido de tela rasgada que anunciaba el pasaje de los monstruosos proyectiles, y se volvía para mirar su batería. Había camiones que estaban arrastrando los cañones en cuanto sus artilleros disparaban las últimas granadas, y comenzaban los frenéticos preparativos para ocupar las nuevas posiciones. La batería tenía seis piezas de ciento cincuenta y dos milímetros y muchos camiones para el personal y la munición. Apareció una cortina de polvo y rocas, seguida por tres explosiones secundarias; después, cuatro salvas más cuando el New Jersey se unió a su hermano más viejo en el bombardeo.

—¿Qué es eso? —preguntó un teniente señalando un punto en el cielo.

El comandante de artillería logró apartar los ojos de lo que había sido la tercera parte de sus cañones pesados, e identificó el vehículo de pilotaje remoto.

—Puedo hacerlo derribar.

—¡No! —gritó Andreyev—. ¿Usted quiere que vean dónde están nuestros últimos lanzadores «SAM»?

En general se había enfrentado en Afganistán a fuego de morteros y de cohetes. Pero ésta era su primera experiencia en el extremo batido por los cañones de grueso calibre.

—Mis otras baterías están todas camufladas.

—Quiero que tenga preparadas por lo menos tres posiciones alternativas para cada uno de sus cañones, todas ellas completamente camufladas.

El general volvió a entrar en el edificio. Confiaba en que los norteamericanos no iban a bombardear la ciudad de Keflavik, por lo menos no en seguida. La sala de mapas tenía cartas geográficas de la costa oeste de Islandia del tamaño de toda la pared. Su personal de estado mayor de Inteligencia ya estaba colocando banderitas para marcar las posiciones de las unidades norteamericanas apreciadas.

—¿Qué tenemos sobre el Hvita? —preguntó a su jefe de operaciones.

—Un batallón. Diez carros de infantería ««BMP»; el resto del transporte son camiones y vehículos requisados. Tienen morteros, misiles antitanque y «SAM» portátiles. Están desplegados de manera tal que cubren el puente de la autopista sobre Bogarnes.

—Los norteamericanos ya los están mirando desde esta montaña.

—¿Qué clases de aviones hemos visto?

—Los norteamericanos tienen varios portaaviones dentro del radio de ataque a nosotros. Veinticuatro cazas y treinta y cuatro aviones de ataque por cada uno de los portaaviones. Si además desembarcaron toda una división de infantes de Marina tendremos que enfrentarnos a un significativo número de helicópteros y «Harrier» de ala fija. Estos últimos pueden operar desde los buques anfibios preparados para eso, o desde bases en tierra acondicionadas. Con los materiales apropiados ese trabajo se puede hacer en cuatro a seis horas. Una división de infantes de Marina es aproximadamente el doble de nuestro potencial en hombres, un batallón pesado de tanques, más fuerte en artillería, pero no tantos morteros. Lo que me preocupa es su movilidad. Pueden bailar alrededor de nosotros, usando helicópteros y vehículos de desembarco para poner tropas donde se les antoje.

—Tal como lo hicimos nosotros cuando desembarcamos. Sí —coincidió sensatamente—. ¿Son realmente buenos?

—Los infantes de Marina norteamericanos se consideran tropas de élite, igual que nosotros. Sin duda, algunos de sus oficiales más antiguos y suboficiales más jóvenes deben de haber visto o participado en acciones verdaderas.

—¿Está muy mala la situación?

Un hombre entró en la sala. Era el jefe de la KGB en la base.

—¡Chekista infame! Usted me dijo que la división de infantería de Marina iba a Europa. Están matando a mis hombres mientras hablamos.

El trueno lejano de los cañones pesados subrayó las palabras de Andreyev. Los acorazados batían ahora un depósito de abastecimientos. Afortunadamente no había quedado mucho allí.

—Camarada general, yo...

—¡Váyase de aquí! Tengo mucho que hacer. —Andreyev ya se estaba preguntando si su misión no tenía esperanza alguna, pero era un general de paracaidistas y no estaba acostumbrado al fracaso, y tenía diez helicópteros de ataque dispersos y ocultos después del ataque a la base aérea de Keflavik—. ¿Qué posibilidades hay de enviar a alguien para que observe ese puerto?

—Estamos bajo vigilancia continua de los aviones radar norteamericanos. Nuestro helicóptero tendría que volar sobre posiciones enemigas para llegar allá. Los norteamericanos poseen sus propios helicópteros armados y cazas jet... Es una misión suicida, y haría falta un milagro para que nuestro hombre pudiera acercarse lo suficiente para ver algo, y más que un milagro para que viviera el tiempo necesario para informarnos de algo útil.

—Entonces vea si nos puede conseguir un avión de reconocimiento desde el continente, o apoyo de satélite. Yo tengo que saber contra qué estamos enfrentándonos. Si podemos deshacer su playa de invasión, tenemos buenas probabilidades de derrotar las tropas que ya tienen en tierra, ¡y al diablo con sus aviones navales!

Era complicado hacerlo; pero un pedido FLASH de información del comandante de la Flota del Norte cortaba mucho camino a través de la burocracia. Uno de los satélites soviéticos de reconocimiento tuvo que consumir la cuarta parte de su combustible para maniobras a fin de cambiar su órbita y pasar a baja altura sobre Islandia dos horas después. Y minutos más tarde, el último «Rorsat» soviético fue lanzado hacia el Sur desde el cosmódromo de Baikonur, y en su primera vuelta tuvo a Islandia dentro del alcance de su radar. Cuatro horas después del

mensaje de Andreyev, los rusos disponían de un cuadro muy claro del despliegue enemigo en Islandia.

BRUSELAS, BÉLGICA.

—¿Están listos? —preguntó SACEUR.

—Sería mejor contar con otras doce horas, pero están listos. —El oficial de operaciones miró su reloj— Saldrán a la hora en punto. Diez minutos.

Habían usado provechosamente las horas transcurridas mientras colocaban en posición la nueva división. Varias brigadas adicionales fueron reunidas en un par de nuevas divisiones políglotas. para hacerlo, habían sacado del frente casi todas las reservas, luego, respondiendo a un plan precipitadamente ideado para encubrir y engañar al enemigo, establecieron unidades de comunicaciones a lo largo de todo el frente y comenzaron a lanzar mensajes que simulaban la presencia de las formaciones que habían cambiado de posición. La OTAN había limitado adrede su propia maskirova hasta ese momento, permitiendo que SACEUR apostara toda la Europa Occidental a un par de cincos.

HUNZEN, REPUBLICA FEDERAL ALEMANA.

Fue un ejercicio estimulante. Alekseyev tuvo que mover hacia delante sus fuerzas A, con las que iba a explotar la situación, mientras una castigada división de infantería motorizada B se desangraba para forzar el cruce del Weser. En todo momento el general, nervioso, esperaba noticias de su debilitado flanco derecho. No tuvo ninguna. El comandante en jefe del Oeste era tan bueno como su palabra, y lanzó un ataque de diversión contra Hamburgo para atraer fuerzas de la OTAN y sustraerlas de la última ruptura soviética.

No era una maniobra fácil. Habían llevado misiles antiaéreos y unidades de artillería desde otros sectores. Cuando la OTAN apreciara cuáles eran las perspectivas, realizarían cualquier esfuerzo para impedir un avance soviético sobre el Ruhr. Hasta ese momento la resistencia había sido débil. Tal vez ellos no hubieran comprendido lo que estaba sucediendo; o tal vez, pensó Alekseyev, estaban realmente tocando fondo en cuanto a personal y logística.

La primera unidad A era la división ciento veinte de infantería motorizada, los famosos Guardias Rogachev, cuyos elementos de vanguardia ya estaban cruzando en Rühle, e inmediatamente detrás estaba la octava división de infantería blindada. Otras dos divisiones de tanques se hallaban agrupadas en los caminos que conducían a Rühle, mientras un regimiento de ingenieros trabajaba para tender siete puentes. Inteligencia estimaba que serían dos, tal vez tres, los regimientos de la OTAN que saldrían a hacerles frente. No es suficiente, pensó Alekseyev. Esta vez no. Hasta su poder aéreo estaba agotado. Sus grupos de aviación frontal habían informado una oposición menor, y sólo alrededor de Rühle. Tal vez mi superior tenía razón después de todo.

—Fuerte actividad aérea enemiga en Salzhemmendorf —informó un oficial de comunicaciones de la fuerza aérea.

Allí es donde está la cuarenta de tanques, pensó Alekseyev. Esa unidad B había quedado terriblemente disminuida después del ataque alemán de circulación...

—La división cuarenta de tanques informa que se está produciendo un intenso ataque enemigo en su frente.

—¿Qué quieren decir con «intenso»?

—El informe viene del puesto de mando alternativo. No puedo comunicarme con el cuartel general de la división. El segundo comandante informa que hay tanques norteamericanos y alemanes que avanzan en fuerza equivalente a una brigada.

¿Fuerza de brigada? ¿Otro ataque de desarticulación?

—Ataque enemigo lanzado en Dunsen.

—¿Dunsen? Eso está cerca de Gronau. ¿Cómo diablos llegaron allí? —Se sobresaltó Alekseyev— ¡Confirme ese informe! ¿Es un ataque aéreo o terrestre?

—La ciento veinte de infantería motorizada ha pasado ya un regimiento completo al otro lado del Weser. Están avanzando sobre Brókeln. La octava de tanques tiene el Weser a la vista de su vanguardia. Unidades «SAM» están tomando posición para cubrir el punto de cruce.

Era como tener gente que le leyera diferentes partes del periódico simultáneamente, pensó Alekseyev. El general Beregovoy estaba en el frente, coordinando el control de tráfico y asignando tareas finales para la maniobra posterior al cruce. Pasha sabía que ése era su puesto adecuado; pero, como antes, se sentía molesto por hallarse lejos de la verdadera acción, dando órdenes como jerarca de Partido en vez de comandante combatiente. La artillería de todas las

divisiones en avance se encontraba bastante adelantada para proteger el cruce contra cualquier contraataque. Mi retaguardia está terriblemente debilitada...

—Camarada general, el ataque en Dunsen está compuesto por tanques enemigos y tropas motorizadas con fuerte apoyo aéreo táctico. El comandante de regimiento de Dunsen aprecia efectivos equivalentes a una brigada.

¿Una brigada en Dunsen, y una brigada en Salzhemmendorf? Ésos son comandantes de unidades B. Fuera de práctica sin experiencia. Si fueran oficiales efectivos, estarían en unidades A, y no cuidando reservistas fuera de forma.

—Unidades terrestres enemigas en Breinke, fuerza desconocida.

¡Eso está a sólo quince kilómetros de aquí! Alekseyev buscó algunos mapas. Estaba apretado en el vehículo de comando; descendió y desplegó las cartas sobre el suelo. Su oficial de Inteligencia se colocó a su lado.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —Su mano se movió sobre el mapa— Esto es un ataque con veipte kilómetros de frente.

—Se supone que la nueva división enemiga aún no está en posición, e Inteligencia del Teatro dice que la van a fraccionar para reforzar puntos especiales en toda la zona del frente Norte.

—¡El cuartel general de Foulziehausen informó de un fuerte ataque aéreo y dejó de transmitir!

Como para dar énfasis a ese último informe, se oyó una impresionante explosión en el Norte, en dirección a Bremke, donde la división veinticuatro de tanques tenía sus principales depósitos de combustible y munición. De pronto empezaron a aparecer aviones volando bajo sobre el horizonte, El puesto móvil de mando se hallaba en el bosque vecino a la pequeña población de Hunzen.

El pueblo estaba en gran parte desierto, y los transmisores de radio de las unidades se encontraban allí. Los aviones de la OTAN habían demostrado hasta ese momento su voluntad de no dañar construcciones civiles a menos que se vieran obligados a hacerlo...

Pero no hoy. Cuatro cazas tácticos arrasaron el centro del pueblo, donde se hallaban los transmisores, con bombas de alto poder explosivo.

—Que Alternativo Uno se ponga en marcha de inmediato —ordenó Alekseyev.

Pasaron velozmente más aviones sobre sus cabezas, con rumbo sudeste, hacia la Autopista 240, donde las unidades A de Alekseyev estaban desplazándose hacia Rühle. El general encontró una radio que funcionaba y llamó a Stendal, al comandante en jefe del Oeste.

—Tenemos un importante ataque enemigo procedente del sudeste desde Springe. Estimo sus efectivos equivalentes a dos divisiones por lo menos.

—Imposible, Pasha... ¡Ellos no tienen dos divisiones de reserva!

—He recibido informes sobre unidades terrestres enemigas en Breinke, Salzhemmendorf y Dunsen. En mi opinión, mi flanco derecho está en grave peligro, y debo cambiar la orientación de mis fuerzas para defenderlo. Solicito permiso para suspender el ataque en Rühle a fin de superar esta amenaza.

—Permiso denegado.

—Camarada general, yo soy el comandante del sector. La situación se puede manejar si tengo autoridad para actuar apropiadamente.

—General Alekseyev, su objetivo es el Ruhr. Si usted no es capaz de lograr ese objetivo, encontraré un comandante que lo sea.

Alekseyev miró incrédulo el radioteléfono. Había trabajado para ese hombre durante..., dos años. Eran amigos. Siempre ha confiado en mi juicio.

—¿Usted me ordena continuar el ataque a pesar de la acción enemiga?

—Pasha, están haciendo otro ataque de desarticulación... No es más serio que eso. Pase esas cuatro divisiones al otro lado del Weser —dijo el hombre con más suavidad—. Cambio y corto.

—¡Mayor Sergetov! —llamó Alekseyev, y el joven oficial apareció al cabo de un instante—. Consiga un vehículo y vaya a Dunsen. Quiero su observación personal sobre lo que encuentre. Tenga cuidado, Iván Mikhailovich. Lo quiero de regreso aquí en menos de dos horas. Proceda.

—¿Usted no hará ninguna otra cosa? —preguntó el oficial de Inteligencia.

Pasha observó a Sergetov cuando subía a un camioncito ligero. No pudo mirar a la cara a su oficial.

—Cumplo órdenes. La operación para cruzar el Weser continúa. Tenemos un batallón antitanque en Holle. Dígales que se desplacen al Norte y estén alerta ante fuerzas enemigas sobre el camino de Bremke.

El general Beregovoy sabe lo que debe hacer. Si yo lo prevengo, él cambiará sus disposiciones. Entonces acusarán a Beregovoy de violar las órdenes. Ésa es una jugada segura. Le paso prudentemente la advertencia, y, ¡no! Si yo no puedo violar las órdenes, no puedo tampoco elegir a otro para que lo haga.

¿Y si tuvieran razón? Éste puede ser otro ataque de desarticulación. El Ruhr es un objetivo estratégico de enorme importancia.

Alekseyev levantó la vista.

—Las órdenes de batalla se mantienen.

—Sí, camarada general.

—El informe sobre tanques enemigos en Bremke era incorrecto. —Se acercó un joven oficial—. El observador vio a nuestros tanques avanzando hacia el Sur ¡y se equivocó en la identificación!

—¿Y ésas son buenas noticias? —preguntó Alekseyev.

—Por supuesto, camarada general —respondió sin mucha convicción el capitán.

—¿No se le ha ocurrido a usted preguntarse por qué nuestros tanques se dirigían al Sur? Maldita sea. ¿Debo ser yo el único que piense aquí?

Como no podía gritar a quien realmente quería, tenía que gritar a alguien. El capitán languideció ante sus ojos. Una parte de Alekseyev se sintió avergonzada, pero otra parte había necesitado ese desahogo.

Ocupaban el cargo porque tenían mayor experiencia de combate que cualquier otro. Nunca se le había ocurrido a nadie que en esa clase de operación no tuvieran absolutamente ninguna experiencia. Estaban avanzando. Excepto en los contraataques locales, ninguna unidad de la OTAN había hecho mucho en ese sentido; pero el teniente Mackall, todavía seguía pensando como un sargento, sabía que ellos eran los que estaban en mejores condiciones para aquello. El tanque «M-1» tenía un limitador en el motor que no permitía que la velocidad excediera los setenta kilómetros por hora. Era siempre lo primero que quitaban los tripulantes.

Su «M-1» se dirigía hacia el Sur a noventa kilómetros por hora. El traqueteo era suficiente para agitar el cerebro hasta aflojarlo dentro del cráneo; pero él jamás se había sentido más optimista y emocionado. Su vida estaba en equilibrio en el filo de la navaja, entre la audacia y la locura. Algunos helicópteros armados volaban delante de su compañía, patrullando la ruta y declarándola despejada en todo el trayecto hasta Alfeld. Los rusos no estaban usando esa ruta para nada. No era un verdadero camino, sino el derecho de paso de una tubería subterránea, una franja cubierta de hierbas, de unos treinta metros de ancho, y que seguía en línea recta a través de los bosques. las gruesas orugas del tanque levantaban polvo como la estela de una veloz lancha, a medida que el tanque corría hacia el Sur.

El conductor redujo un poco la velocidad para tomar una curva; Mackall aguzaba la vista en dirección al frente, tratando de ver cualquier vehículo enemigo que se les hubiera pasado a los helicópteros. No tenía que ser necesariamente un vehículo. Podía ocurrir que fueran sólo tres tipos con un lanzador de misiles... y la señora Mackall recibiría El Telegrama, en el que lamentaban informarle que su hijo...

Treinta kilómetros, pensó. *¡Maldición!* Hacía solamente media hora que los granaderos alemanes habían perforado un agujero en las líneas rusas, y, ¡zoom!, ¡entraba la Caballería Black Horse! Era una locura, pero, diablos, era una locura seguir con vida desde su primer combate..., una hora después de haber empezado la guerra. Faltaban diez kilómetros.

—¡Mire eso! Más tanques nuestros van hacia el Sur. ¿Qué diablos está pasando? —dijo Sergetov gruñendo a su conductor, e imitando ahora la expresión de su general,

—¿Ésos son tanques nuestros? —preguntó el conductor.

El nuevo mayor movió la cabeza. Pasó otro a través de un claro entre los árboles... ¡La torreta tenía un techo plano, no era la acostumbrada forma de domo de los tanques soviéticos!

Apareció un helicóptero sobre el claro y pivoteó en el cielo. Sergetov no lo confundió con un ruso, y las cortas alas a cada lado del fuselaje lo distinguían como un helicóptero armado, de ataque. El conductor dobló bruscamente a la derecha justo antes de que la ametralladora montada en la cara del helicóptero les disparara. Sergetov saltó del vehículo cuando ya lo alcanzaban las trazadoras. Cayó de espaldas y rodó de lado hacia el borde de los árboles. Había agachado la cabeza, pero pudo sentir la onda de calor cuando los proyectiles trazadores de la ametralladora incendiaron el depósito auxiliar del combustible que llevaba el camión en la parte de atrás. El joven oficial corrió para refugiarse entre los árboles y miró, asomado, detrás de un alto pino. El helicóptero norteamericano se acercó a menos de cien metros de su vehículo para asegurarse de su destrucción, luego viró y se alejó hacia el Sur. La radio de Sergetov estaba en el camión volcado e incendiado.

—Búfalo Tres-Uno, aquí Comanche, cambio.

—Comanche, aquí Tres-Uno. Adelante, cambio.

—Acabamos de reventar un camión ruso. Todo lo demás parece despejado. ¡Rodando, cowboy! —urgió el piloto del helicóptero.

Mackall se rió al oírlo. Tuvo que recordarse a sí mismo que esto no era una broma. Varios conductores de tanques se habían metido en problemas por aventurarse demasiado en los campos alemanes, ¡y ahora les ordenaban que lo hicieran! Dos minutos más y pasaron otros tres kilómetros.

Aquí es donde se pone dudoso.

—Búfalo Tres-Uno, vemos tres vehículos rusos de guardia en lo alto de la montaña. Parecen «Bravo-Tango-Romeos». Todo el tráfico del puente aparentemente es de camiones. El taller de reparaciones se encuentra sobre la orilla del este, al norte del pueblo.

El tanque redujo la velocidad cuando se acercaban a la última curva. Mackall ordenó que sacaran la oruga del camino y pasaran sobre los pastos, doblando pesadamente junto a un grupo de árboles.

—¡Blanco BTR. a las once, dos mil setecientos! ¡Dispara cuando estés listo, Woody!

El primero de los vehículos de ocho ruedas explotó antes de que ninguno de sus tripulantes supiera que había un tanque cerca. Estaban buscando aviones, no tanques enemigos, cuarenta kilómetros hacia atrás. Los dos siguientes quedaron destruidos antes de que pasara un minuto, y el pelotón de cuatro tanques de Mackall avanzó veloz.

Llegaron todos a la sierra en tres minutos. De uno en uno, los enormes tanques «Abram» ascendieron hasta la cresta de la montaña, que dominaba lo que alguna vez fuera una pequeña ciudad. Muchos días de continuos ataques aéreos y fuego de artillería habían terminado con eso, Había cuatro puentes de campaña en operación, y numerosos camiones estaban cruzando o esperando para cruzar.

Primero los tanques localizaban y atacaban cualquier cosa que pareciera vagamente peligrosa. Después, el fuego de ametralladoras empezó a trabajar sobre los camiones, mientras los cañones principales alcanzaban la explanada de reparaciones de tanques, situada en campos al norte del pueblo. En esos momentos había dos compañías completas en posición, y los vehículos de infantería atacaron a los camiones con sus cañones ligeros de veinticinco milímetros. Antes de quince minutos ardían más de cien camiones, junto con abastecimientos suficientes para mantener toda una división rusa durante un día de combate. Pero la destrucción de los abastecimientos era incidental. El resto del escuadrón ya estaba alcanzando al grupo de avanzada, y su tarea consistía en apoderarse de ese nexo de comunicaciones ruso hasta que fueran relevados. Los alemanes ya tenían Gronau, y las fuerzas rusas situadas al este del Leine habían quedado aisladas de sus abastecimientos. Dos de los puentes rusos estaban despejados, y una compañía de carros de infantería «M-2 Bradley» cruzó rápidamente para tomar posiciones sobre el linde este de la población.

Iván Sergetov se arrastró hasta el borde del camino de hierba (él no sabía qué era) y miró pasar las unidades sintiendo una bola de hielo en el estómago. Eran norteamericanos, con efectivos de un batallón como mínimo, estimó. No había camiones, solamente los vehículos oruga. Mantuvo su presencia de ánimo lo suficiente como para comenzar a contar los tanques y vehículos de transporte de personal que cruzaban frente a él a una velocidad que nunca había apreciado realmente. El ruido era lo que más impresionaba. Los tanques «M-1» impulsados por turbinas no producían el rugido de los otros tanques equipados con motores diesel. Hasta que no se encontraban a pocos cientos de metros, no se sabía siquiera que estaban allí.... la combinación de bajo nivel de ruido y alta velocidad... ¡Se dirigen a Alfeld!

Tengo que informar esto. Pero ¿cómo? su radio había desaparecido, y Sergetov tuvo que pensar por un momento para determinar dónde estaba... A dos kilómetros del Leine, justo al otro lado de esa montaña boscosa. Tenía una alternativa difícil. Si regresaba al puesto de mando, era una caminata de veinte kilómetros. Si corría hacia atrás, podía tal vez encontrar unidades propias en la mitad del tiempo y dar la alarma. Pero correr en esa dirección se le antojaba cobardía.

Cobardía o no, debía marchar hacia el Este. Sergetov tenía la agobiante sensación de que nadie había dado la alarma. Caminó hasta el borde de la arboleda y esperó un claro en la columna norteamericana. Eran sólo treinta metros hasta el otro lado. Cinco segundos para cruzarlos, pensó. Menos.

Otro «M-1» pasó frente a él a gran velocidad. Miró a la izquierda y vio que el siguiente venía a unos trescientos metros. Sergetov respiró profundamente y corrió hacia el terreno abierto.

El comandante del tanque lo vio, pero no pudo accionar su ametralladora con la suficiente rapidez. Además, un hombre a pie, sin un fusil siquiera, no merecía que se detuviera. Informó por radio que lo había visto y volvió a la misión que tenía entre manos.

Sergetov no dejó de correr hasta penetrar cien metros entre los árboles. Tan corta distancia.... pero él sentía que el corazón le saltaba en el pecho. Se sentó con la espalda apoyada contra un tronco para recuperar el aliento y continuó observando pasar los vehículos. Tardó varios minutos hasta poder moverse de nuevo; después, tuvo que trepar la empinada montaña y finalmente se encontró una vez más mirando hacia abajo en dirección al Leine.

La conmoción de haber visto los tanques norteamericanos ya había sido bastante desgraciada. Pero lo que contempló ahora lo era mucho más. La explanada de reparación de tanques del Ejército era una ruina humeante. Por todas partes había camiones que se estaban quemando. Por lo menos debía seguir cuesta abajo. Corrió descendiendo por la ladera este de la montaña directamente hacia el río. Quitándose el cinturón y la pistolera, Sergetov saltó a la rápida corriente.

—¿Qué es aquello? ¡Eeeh, veo un ruso nadando!

Un infante hizo girar la ametralladora calibre cincuenta para apuntarle. El comandante del vehículo lo detuvo.

—¡Ahorre munición para los «MiG», soldado!

Trepó la orilla este y se volvió para mirar hacia atrás. Los vehículos norteamericanos estaban ocupando posiciones defensivas cavadas. Corrió para tomar cubierta y se detuvo de nuevo, contando otra vez antes de continuar. Había un control de tráfico en Sack. Hacia allí se dirigió Sergetov corriendo.

Después de la primera hora, las cosas se estabilizaron. El teniente Mackall bajó de su tanque para inspeccionar las posiciones del pelotón. Uno de los carros de munición que, en escaso número, acompañaban a la compañía, se detuvo brevemente junto a cada tanque y sus hombres entregaron quince proyectiles. No eran suficientes para remplazar lo que habían consumido, pero no estaba mal. Ahora vendrían los ataques aéreos. Los tripulantes cortaron árboles y arbustos para camuflar sus vehículos. La infantería acompañante preparó sus operadores de Stinger y los cazas de la fuerza aérea ya se hallaban volando en círculos por encima de ellos, La Inteligencia decía que en la margen oeste de ese río había ocho divisiones rusas. Mackall se había instalado sobre el camino de sus abastecimientos. Eso lo convertía en un lote sumamente importante en materia de bienes raíces.

USS INDEPENDENCE.

Un cambio total respecto a la última vez, pensó Toland. La fuerza aérea tenía un «E-3» operando desde Sondrestrom para proteger la flota, y estaban además en el aire cuatro de sus propios «E-2C Hawkeye». Hasta disponían de un radar terrestre a cargo del ejército que acababa de llegar a Islandia. Dos cruceros «Aegis» acompañaban a los portaaviones, y un tercero a la fuerza anfibia.

—¿Usted cree que nos atacarán primero? ¿O será a los anfibios? —preguntó el almirante Jacobsen.

—Habría que lanzar la moneda, almirante —contestó Toland—. Depende de quién dé las órdenes. Su Marina querrá destruirnos primero a nosotros. Su Ejército querrá destruir a los anfibios.

Jacobsen cruzó los brazos y miró fijamente el mapa.

—Estando tan cerca, pueden venir de cualquier dirección que quieran.

No esperaban más de cincuenta «Backfire», pero aún había muchos «Badger», aunque más viejos, y la flota se encontraba a sólo mil quinientas millas de las bases de los bombarderos soviéticos: podían llegar hasta allí con casi toda su carga máxima de armamento. Para detener a los rusos, la Marina tenía seis escuadrones de «Tomcat» y seis más de «Hornet», aproximadamente un total de ciento cuarenta aviones de combate. Veinticuatro de ellos estaban en vuelo en ese momento, apoyados por aviones cisterna, mientras los aviones de ataque terrestre golpeaban continuamente las posiciones rusas. Los acorazados habían terminado su primera visita a la zona de Keflavik y se encontraban ahora en Hvalfjürdur (bahía Ballena) proporcionando apoyo de fuego a los infantes de Marina que se hallaban al norte de Bogarnes. Toda la operación estaba planificada sin dejar de considerar la posibilidad de un ataque ruso con misiles aire-superficie. Habría más vampiros.

La pérdida de Noruega septentrional había acabado con la utilidad de «Realtime». El submarino estaba todavía en posición, reuniendo inteligencia de comunicaciones, pero la tarea de detectar las corrientes de bombardeos rusos que salían pasó a los aviones patrulleros británicos y noruegos que operaban desde Escocia. Uno de esos últimos detectó una formación de tres aviones «Badger» que volaban hacia el Sudoeste y transmitió por radio la alarma. Los aviones rusos estaban apenas a setenta minutos de la flota.

El puesto de Toland en la CIC se hallaba inmediatamente debajo de la cubierta de vuelo. Escuchó el rugir de los motores jet allá arriba cuando catapultaron a los cazas. Se sentía nervioso. Toland sabía que la situación táctica era ahora muy diferente de la del segundo día de guerra, pero también recordaba que él era uno de los dos hombres que habían escapado vivos de un compartimiento exactamente igual a ése. Un torrente de informaciones llegó a la sala. El radar con la base en tierra, el «E-3» de la fuerza aérea y los «E-2» de la Marina enviaron su información a los portaaviones. Había tanta energía electromagnética en el aire como para cocinar a los pájaros en vuelo. La pantalla de situación mostraba a los cazas que se dirigían a sus posiciones. Los «Tomcat» llegaron hasta la costa norte de Islandia y comenzaron a describir círculos mientras esperaban que aparecieran los bombarderos rusos.

—Ideas, Toland. ¡Quiero ideas! —dijo en voz baja el almirante.

—Si vienen por nosotros, entrarán directamente. No tendrían sentido las tácticas de engaño si se dirigen a Stykkisholmur.

—Así lo creo también yo —asintió Jacobsen.

Los golpes en la cubierta de vuelo continuaron arriba cuando los aviones de ataque aterrizaron para volver a armarse y efectuar nuevos bombardeos. Además del esperado efecto material, confiaban en destruir la moral de los paracaidistas soviéticos mediante ataques aéreos violentos y continuados. Los «Harrier» de la infantería de Marina también estaban actuando, junto con los helicópteros de ataque. El progreso inicial fue bastante mejor de lo esperado. Los rusos no tenían sus tropas tan ampliamente desplegadas como ellos habían pensado, y las concentraciones conocidas recibían constantemente huracanadas de bombas y cohetes.

—Starbase, aquí Hawk-Blue-Tres. Estoy recibiendo un poco de interferencia, con marcación cero dos cuatro... Ahora va en aumento.

La información fue transmitida directamente al portaaviones, y las gruesas señales amarillas aparecieron en la pantalla electrónica. Los otros «Hawkeye» enviaron casi en seguida la misma información.

El oficial de operaciones aéreas de la flota sonrió levemente mientras levantaba su micrófono. Sus unidades estaban todas en las posiciones establecidas, y eso le daba varias opciones.

—«Plan Delta».

En el Hawk-Green-Uno viajaba el comandante del grupo aéreo del Independence. Un piloto de caza que habría preferido encontrarse a bordo de su «Tomcat» para esa misión, envió ahora dos cazas de cada escuadrón de «Tomcat» para buscar el avión, o los aviones rusos perturbadores electrónicos. Los «Badger» convertidos volaban abiertos en un amplio frente para cubrir la aproximación de los bombarderos armados con misiles. Avanzaban a quinientos nudos y se hallaban ahora a unos quinientos kilómetros de la línea de radares aéreos adelantados. Los «Tomcat» se dirigieron hacia ellos, también a quinientos nudos.

Cada avión perturbador creaba un «estorbo», una señal opaca con forma de cuña, en las pantallas de los radares norteamericanos; parecían los rayos de la rueda de un carro. Como cada uno de esos rayos provenía de uno de los transmisores radares, los controladores podían comparar datos, triangular y establecer la posición de los perturbadores. Los «Tomcat» se acercaron rápidamente mientras los oficiales de los radares de intercepción, situados en los asientos traseros de los aviones, regulaban los buscadores de los misiles «Phoenix» en la posición de autoguía hacia las señales de perturbación electrónica. En vez de depender del propio radar de su avión para dirigirse, los misiles buscarían así el ruido transmitido desde los «Badger».

Localizaron veinte aviones de perturbación electrónica. Dieciocho cazas volaron hacia ellos, dirigiendo por lo menos dos misiles a cada uno.

—«Delta»..., ¡ejecutar!

Los «Tomcat», cumpliendo las órdenes, lanzaron a unos sesenta y cinco kilómetros de sus blancos. Una vez más, los misiles «Phoenix» rasgaron el aire. El tiempo de vuelo sería apenas de cincuenta y seis segundos. Dieciséis de los «Badger» desaparecieron. Los cuatro restantes apagaron sus equipos cuando vieron las estelas de humo de los misiles y picaron violentamente, perseguidos por los «Tomcat».

—Numerosos contactos de radar. Ataque-Uno está formado por cincuenta aviones, marcación cero cero nueve, distancia tres seis cero, velocidad seiscientos nudos, altura cero nueve mil. Ataque-Dos... —El informador continuó mientras situaban a los aviones enemigos.

—El ataque principal, probablemente «Badger», va en busca de los anfibios. Estos otros serán «Backfire». Tratarán de lanzar sobre nosotros, probablemente desde lejos, para atraer a nuestros cazas —dijo Toland.

Jacobsen habló brevemente a su oficial de operaciones. Hawk-Blue-Cuatro, del Nimitz, defendería los grupos de portaaviones. Los cazas se dividieron de acuerdo con el plan y empezaron a trabajar. Toland notó que Jacobsen estaba dejando el mundo de la acción aérea a los oficiales de la flota, a bordo del USS Yorktown, comandaba los buques «SAM», los cuales entraron en alerta máxima, pero dejaron sus transmisores de radar en espera.

—Lo único que me preocupa es que vayan a intentar otra vez aquella basura de los misiles señuelo —murmuró Jacobsen.

—Dio resultado una vez —admitió Toland—. Pero no los teníamos detectados desde tan lejos.

Los «Tomcat» se separaron en formaciones de cuatro aviones, cada una controlada por radar. También ellos habían sido advertidos acerca de los misiles señuelo que engañaron al Nimitz. Los cazas mantuvieron apagados sus radares hasta que estuvieron a menos de ochenta kilómetros de sus blancos; luego, los usaron para localizarlos para sus sistemas de televisión de a bordo.

—Hawk-Blue-Cuatro —llamó uno—. Tallyho, estoy viendo un «Backfire». Ataco ahora. Cambio y corto.

El plan de ataque ruso había previsto que los cazas norteamericanos iban a tratar de perforar la cortina de aviones perturbadores en el Norte, y luego serían cogidos por sorpresa con los «Backfire» desde el Este. Pero los perturbadores habían desaparecido y los «Backfire» aún no tenían en sus radares a la flota norteamericana de portaaviones y no podían lanzar sus misiles sobre la base de fotografías de satélites de varias horas antes. Tampoco podían escapar. Los bombarderos supersónicos rusos conectaron los posquemadores y activaron sus radares, en una competencia con el tiempo, la distancia y los interceptores norteamericanos.

Una vez más, aquello era como observar un juego de vídeo. Los símbolos que representaban a los «Backfire» cambiaban cuando los aviones encendían sus propios equipos de interferencia electrónica, la cual reducía la efectividad de los misiles «Phoenix», pero las pérdidas rusas ya eran muy graves. Los «Backfire» se hallaban a quinientos kilómetros de distancia. Sus radares tenían un alcance efectivo de sólo la mitad, y ya los cazas estaban deshaciendo sus formaciones. Los gritos «Tallyho» (especie de grito de guerra previo al ataque) saturaban las comunicaciones radiofónicas: eran los «Tomcat» que convergían para atacar a los bombarderos rusos, y los símbolos empezaban a desaparecer de las pantallas de los radares. Los «Backfire» se acercaban a veintisiete kilómetros por minuto, y sus radares buscaban desesperadamente a la flota norteamericana.

—Algunos se van a filtrar —dijo Toland.

—Seis u ocho —coincidió Jacobsen.

—Calcule tres misiles por cada uno.

En esos momentos, los «Tomcat» ya habían disparado todos sus misiles, y se retiraron para que los «Hornet» se unieran a la acción con sus «Sparrow» y «Sidewinder». No era fácil para los cazas seguir a sus blancos. La velocidad de los «Backfire» obligaba a describir difíciles curvas de persecución, y los cazas estaban escasos de combustible. Sin embargo, sus misiles continuaron logrando derribos, y no hubo interferencias ni ninguna otra forma de evitarlos a todos. Finalmente, un avión consiguió detectar un radar de superficie y transmitió una posición. Los siete «Backfire» restantes dispararon sus misiles y viraron rápidamente hacia el Norte volando a «Mach 2». Tres cayeron víctimas de misiles antes de que los cazas se vieran obligados a regresar.

Otra vez el grito de Vampiro se oyó en la nave, y Toland se encogió. Localizaron veinte misiles que se acercaban. La formación activó todos los medios de interferencia electrónica y sistemas «SAM», con un par de cruceros «Aegis» sobre el eje de amenaza. En segundos se lanzaron los primeros misiles, y los otros buques «SAM», equipados con «SM2» apuntados a

ellos. Sólo tres lograron pasar la nube «SAM», y sólo uno se dirigía a un portaaviones. Los tres cañones de defensa de punto del America siguieron al «AS-6» y lo destruyeron a trescientos metros del buque. Los otros dos misiles encontraron juntos al crucero Wainwright y causaron su explosión a cuatro millas del Independence.

—Maldición. —El rostro de Jacobsen adquirió una expresión dura— Creí que los habíamos rechazado totalmente. Empecemos a recuperar aviones. Tenemos algunos cazas que ya están allá arriba con los depósitos secos.

La atencíón de todos volvió a los «Badger». Los grupos de «Tomcat» del Norte estaban colocándose dentro del alcance de los viejos bombarderos. las tripulaciones de los «Badger» habían esperado poder entrar siguiendo a sus perturbadores, invirtiendo anteriores tácticas. Algunos tardaron en darse cuenta de que ya no tenían ninguna pared electrónica para refugiarse detrás, pero no les quedaba otra alternativa. Detectaron a los cazas que se aproximaban cuando todavía faltaban cinco minutos para llegar al punto de lanzamiento. Los «Badger» mantuvieron el rumbo y aumentaron la velocidad para disminuir el tiempo de vulnerabilidad, mientras sus tripulantes buscaban con ansiedad los misiles.

Los pilotos de los «Tomcat» se sorprendieron al comprobar que sus blancos seguían acercándose sin cambiar de rumbo, lo que hacía parecer aún más probable la posibilidad de que se tratara de misiles señuelo. Continuaron acercándose para tener una identificación visual de sus blancos, temiendo que los engañaran de nuevo.

—¡Tallyho! ¡«Badger» a las doce y a nivel!

El primer «Tomcat» soltó un par de misiles desde sesenta y cinco kilómetros de distancia.

A diferencia de los «Backfire», los «Badger» tenían ya perfectamente localizada la posición de sus blancos, lo que les permitió lanzar sus «AS-4» desde su máximo alcance. Uno a uno, los bombarderos de veinte años efectuaron el lanzamiento y, para escapar, viraron con toda la brusquedad de que fueron capaces sus pilotos, cuyas maniobras de escape permitieron que sobreviviera la mitad, dado que los cazas navales no pudieron perseguirlos. A bordo del avión radar iban contando los derribos cuando aún volaban los misiles hacia Stykkisholmur. La Aviación Naval soviética acababa de experimentar gravísimas pérdidas.

USS NASSAU.

Edwards estaba todavía dormido a medias por los efectos de la anestesia cuando oyó el sonido electrónico de la alarma general. Sólo tenía una vaga impresión respecto al lugar donde se encontraba. Le parecía recordar el viaje en helicóptero, pero después de eso no había más que un camastro donde lo acostaron, con agujas y tubos colocados en varias partes del cuerpo. Sabía lo que significaba la alarma, y sabía que debería sentir miedo. Pero no podía desarrollar del todo sus emociones en medio de aquella bruma inducida por las drogas. Logró levantar la cabeza.

Vigdis estaba sentada en una silla junto a la cama, y le sostenía la mano derecha. Él le apretó la suya, sin saber que la muchacha estaba dormida. Un momento después, también él dormía.

Cinco niveles más arriba, el comandante del Nassau se hallaba de pie en el alerón del puente. Su puesto normal de combate era en la CIC, pero la nave no se encontraba en movimiento, y él pensó que ese sitio era tan bueno como cualquier otro para observar. Desde el nordeste les habían disparado más de cien misiles. Tan pronto como recibieron la alerta del ataque, una hora antes, todos los tripulantes de su buque se habían dedicado a encender los recipientes productores de humo distribuidos en las rocas del llamado fondeadero. Ésa era su mejor defensa, él lo sabía, aunque apenas podía creerlo. Los cañones de defensa situados en las esquinas de la cubierta de vuelo estaban en la posición automática. Llamados «R202» por su forma, los cañones «Gatling» del Sistema de Armas de Defensa Cercana se hallaban elevados en un ángulo de veinte grados y apuntados en el eje del probable ataque. Eso era todo lo que podía hacer él. Los expertos de defensa aérea habían decidido que el disparo de los cohetes de chaff haría más mal que bien. El comandante se encogió de hombros. De una forma o de otra, él lo sabría antes de cinco minutos.

Observó hacia el Este el crucero Vincennes, navegando lentamente en círculos. De pronto, cuatro estelas de humo surgieron de sus lanzadores, y así comenzó el ciclo de fuego de misiles. El cielo del nordeste se convirtió pronto en una sólida masa de humo gris. A través de sus binoculares, el comandante empezó a distinguir las repentinas nubecitas negras de las intercepciones afortunadas. Al parecer se iban acercando, y comprobó que también los misiles se aproximaban. Y el crucero Aegis no pudo derribarlos a todos. El Vincennes vació sus depósitos de proyectiles en cuatro minutos; luego, viró a toda máquina y se metió velozmente entre dos islas rocosas. El comandante quedó asombrado al verlo. ¡Alguien estaba metiendo un crucero de un billón de dólares en un jardín de rocas a veinticinco nudos!

Una explosión sacudió la isla Hrappsey, a cuatro millas de allí. Luego, otra sobre Seley. ¡Estaba dando resultado! Cuando se hallaban aún lejos y a gran altura, los misiles rusos conectaron sus cabezas buscadoras con radar y encontraron sus indicadores de blancos saturados de señales. Ante esa sobrecarga, automáticamente recurrieron a las que emitían ondas infrarrojas más grandes. Muchas de las señales se originaban en calor, y los misiles eligieron las de mayores dimensiones cuando iniciaron sus picadas finales a Mach 3. No tenían forma de saber que estaban atacando rocas volcánicas. Treinta misiles perforaron las defensas «SAM». Solamente cinco de ellos se autoorientaron hacia buques.

Dos de los «R202» del Nassau giraron juntos y dispararon contra un misil que viajaba demasiado rápido para verlo. El comandante miró en la dirección de los tubos justo a tiempo para ver un relámpago blanco a trescientos metros de altura. El ruido que siguió estuvo a punto de ensordecerlo, y se dio cuenta de lo tonto que era permanecer expuesto cuando algunos fragmentos dieron en el puente de navegación cubierto, justo a donde él se encontraba. Otros dos misiles cayeron en el pueblo, al Oeste. Y luego el cielo se iluminó. una bola de fuego le indicó que por lo menos un buque había sufrido un impacto. ¡Pero no el mío!

—Hijo de puta. —Cogió el teléfono y llamó a la Central de Informaciones de Combate—. Combate, aquí Puente; dos misiles cayeron en Stykkisholmur. Envíen allá un helicóptero, tiene que haber algunas bajas.

Mientras Toland observaba, volvieron a pasar las cintas del combate aéreo, pero a alta velocidad. una computadora contaba los derribos. Todo estaba automatizado ahora.

—Uuaau —exclamó el oficial de Inteligencia.

—No fue como antes, ¿verdad, hijo? —observó Jacobsen—. Spaulding, ¡quiero noticias de los anfibios!

—Justamente están llegando, señor. El Charleston recibió un impacto y se partió por la mitad. Otros buques que tuvieron daños menores son el Guam y el Ponce... ¡Eso es todo, almirante!

—Además del Wainwright.

Jacobsen lanzó un suspiro. Dos valiosos buques y mil quinientos hombres habían desaparecido; sin embargo, él tenía que considerarlo un éxito.

KEFLAVIK, ISLANDIA.

—El ataque ya tendría que haber terminado. Andreyev no esperaba una información rápida. Finalmente los norteamericanos habían conseguido inutilizar su último radar, y él no tenía forma de seguir la batalla aérea. Su personal de radiointercepción había escuchado numerosas transmisiones verbales, pero demasiado débiles y rápidas para cualquier conclusión que no fuera la única posible: la batalla realmente se había desarrollado.

—La última vez que encontramos una fuerza de portaaviones de la OTAN la hicimos pedazos —dijo esperanzado el oficial de operaciones.

—Nuestras tropas sobre Bogarnes todavía están bajo intenso fuego —informó otro oficial— Los acorazados norteamericanos los habían estado bombardeando durante más de una hora. Están sufriendo serias pérdidas.

—Camarada general, tengo un... Será mejor que usted mismo escuche esto. Viene por nuestro propio circuito de mando.

El mensaje se repitió cuatro veces, en ruso: —Comandante Fuerzas Soviéticas Islandia, aquí el Comandante Fuerza de Choque del Atlántico. Si usted no recibe esto, alguien se lo hará llegar. Diga a sus bombarderos que tengan mejor suerte la próxima vez. Pronto volveremos a vernos. Cambio y corto.

SACK, REPUBLICA FEDERAL ALEMANA.

Sergetov llegó tambaleándose al punto de control de tráfico a tiempo para ver un batallón de tanques que pasaba por el camino en dirección a Alfeld. Se desplomó con las manos en las rodillas mientras miraba cómo seguían rodando los tanques.

—¡Identifíquese!

Era un teniente de la KGB, la cual se había hecho cargo del control del tráfico. Ellos conseguían fácilmente la autorización para fusilar a los violadores.

—Mayor Sergetov. Debo ver de inmediato al comandante de la zona.

—¿A qué unidad pertenece, Sergetov?

Iván se irguió en toda su altura. No lo había llamado Camarada mayor, ni camarada, simplemente Sergetov.

—Soy comandante personal del general Alekseyev, Segundo Comandante del Teatro Oeste. ¡Y ahora, lléveme como un tiro a su comandante!

—Documentos.

El teniente estiró el brazo, con una mirada arrogante. Sergetov esbozó una sonrisa. Sus documentos de identificación estaban en un sobre de plástico a prueba de agua. Puso en la mano del oficial de la KGB la tarjeta que había acomodado sobre los demás papeles. Era algo que su padre había logrado obtener para él antes de que lo movilizaran.

—¿Y se puede saber qué está haciendo usted con un pase Clase Prioridad l? —El teniente hablaba ahora con cierta cautela.

—¿Y quién mierda es usted para preguntar? —El hijo de un miembro del Politburó puso la cara a menos de un centímetro de la del otro hombre—. ¡Lléveme a su comandante ya mismo o veremos a quién fusilan hoy aquí!

El chekista se desinfló de golpe y lo condujo a la casa de una granja. El comandante del puesto de control de tráfico era un mayor. Bien.

—Necesito una radio para el circuito de mando del Ejército —dijo bruscamente Sergetov.

—Lo único que tengo es para nivel de regimiento y división —contestó el mayor.

—¿Cuál es el comando divisional más próximo?

—El de la Cuarenta de Tanques, en...

—Está destruida. Maldición. Necesito un vehículo. ¡Ahora! Hay una fuerza norteamericana en Alfeld.

—Acabamos de enviar un batallón...

—Lo sé. Ordénele volver.

—No tengo autoridad para eso.

—¡Pedazo de estúpido, van a caer en una trampa! ¡Llámelos ahora!

—No tengo autorid...

—¿Usted es un agente alemán? ¿No ha visto lo que está pasando aquí?

—Fue un ataque aéreo, ¿no?

—Hay tanques norteamericanos en Alfeld, idiota. Tenemos que lanzar un contraataque, pero un solo batallón no es suficiente. Nosotros... —Empezaron las primeras explosiones, a

seis kilómetros de donde estaban—. Mayor, quiero una de estas dos cosas. O me da un transporte ahora mismo o me dice su nombre y número de servicio de manera que pueda denunciarlo como corresponde.

Los dos oficiales de la KGB intercambiaron una mirada de incredulidad. Nadie les hablaba de esa manera, pero si alguien lo hacía... Sergetov obtuvo su vehículo y partió velozmente. Media hora después llegó a la base de abastecimiento, en Holle. Allí encontró una radio.

—¿Dónde está, mayor? —preguntó Alekseyev.

—En Holle. Los norteamericanos cruzaron nuestras líneas. Tienen por lo menos un batallón de tanques en Alfeld.

—¿Qué? —La radio quedó en silencio por un momento—. ¿Está seguro?

—Camarada general, tuve que atravesar a nado el maldito río para llegar aquí, Conté en una columna veinticinco blindados, pocos kilómetros al norte de la población. Atacaron, destruyeron la zona de reparación de tanques, y machacaron una columna de camiones. Le repito, general, hay una fuerza norteamericana en Alfeld, con efectivos de por lo menos un batallón.

—Consiga un transporte hacia Stendal e informe personalmente al Comandante en Jefe del Oeste.

USS INDEPENDENCE.

—Buenas noches, mayor Chapayev. ¿Cómo va la pierna? —preguntó Toland, sentándose junto a la cama de la enfermería— ¿Lo están tratando bien?

—No tengo quejas. Usted habla muy bien ruso.

—No es frecuente que pueda practicarlo con un ciudadano soviético. Tal vez usted pueda ayudarme un poco.

Mayor Alexandr Georgiyevich Chapayev, se podía leer en la hoja impresa por la computadora. Edad, treinta años. Segundo hijo del general Georgiy Konstantinovich Chapayev, Comandante del Distrito de Defensa Aérea de Moscú. Casado con la hija menor de un miembro del Comité Central, Dya Nikolayevich Govorov. Y en consecuencia y muy probablemente, un joven con acceso a una cantidad de información confidencial...

—¿En gramática? —dijo, bufando, Chapayev.

—¿Usted era el comandante de los «MIG»? Cálmese, mayor; ahora ya están todos destruidos. Usted lo sabe.

—Yo era el oficial más antiguo en vuelo, sí.

—Me han dicho que debo felicitarlo. Yo no soy piloto, pero me informaron que sus tácticas sobre Keflavik fueron excelentes. Entiendo que usted tenía cinco «MIG». Nosotros perdimos ayer un total de siete aviones, tres por los «MIG», dos por misiles, y dos por fuego desde tierra. Considerando las proporciones, tuvimos una desagradable sorpresa.

—Era mi deber.

—Da. Todos tenemos nuestro deber —coincidió Toland—. Si está preocupado con respecto a cómo lo trataremos, no debe estarlo. Será tratado como corresponde, en todos los aspectos. No sé qué le habrán dicho que debe esperar, pero probablemente habrá notado una o dos veces que no todo lo que dice el Partido es absolutamente cierto. Por sus papeles de identificación he visto que tiene esposa y dos hijos. Yo también tengo familia. Ambos viviremos para volver a verlos, mayor. Bueno, es probable.

—¿Y cuando nuestros bombarderos los ataquen a ustedes?

—Eso ocurrió hace tres horas. ¿No se lo dijo nadie?

—¡Ja! La primera vez...

—Yo estaba en el Nimitz. Recibimos dos impactos —Toland describió brevemente el ataque— Esta vez las cosas resultaron diferentes. Ahora estamos cumpliendo operaciones de rescate. Seguramente usted se enterará cuando traigamos algunos supervivientes. Su fuerza aérea ya no representa una amenaza para nosotros. Los submarinos son otra cosa, pero no tiene sentido hacer preguntas sobre eso a un piloto de caza. En realidad, tampoco esto es un interrogatorio.

—Entonces, ¿para qué está usted aquí?

—Más tarde le haré algunas preguntas. Solamente quise bajar a saludarlo. ¿Hay algo que pueda hacer por usted? ¿Algo que necesite?

Chapayev no sabía cómo tomarlo. Aparte de la posibilidad de que los norteamericanos lo mataran directamente de un tiro, no sabía qué otra cosa esperar. Le habían impartido la acostumbrada instrucción militar sobre cómo escapar, pero resultaba claro que eso era inaplicable si se encontraba a bordo de un buque en medio del océano.

—No lo creo —dijo finalmente.

—Camarada mayor, no tiene sentido preguntarle nada sobre el «MIG-29» porque no queda ninguno en Islandia. Todos los demás de la Fuerza Aérea soviética están en Europa central, y nosotros no iremos allá. Carece de lógica interrogarle sobre las posiciones de defensa terrestre en Islandia; usted es piloto y no sabe nada de eso. Lo mismo puede decirse con relación a la otra amenaza que aún tenemos: los submarinos. ¿Qué sabe usted sobre submarinos, eh? Piense, mayor, usted es un hombre instruido. ¿Usted cree que tiene información que necesitamos nosotros? Lo dudo. Cuando llegue el momento será canjeado por nuestros prisioneros..., un problema político, para nuestras autoridades políticas. Hasta entonces, lo trataremos correctamente. —Toland hizo una pausa— Háble me, mayor...

—Tengo hambre —dijo Chapayev después de un momento.

—Tendremos la cena dentro de una media hora.

—Ustedes me enviarán simplemente a mi casa, después...

—Nosotros no tenemos campos de trabajo y no matamos a los prisioneros. Si tuviésemos la intención de maltratarlo, ¿para qué iba a coserle la pierna el médico y prescribirle medicamentos para el dolor?

—¿Las fotografías que yo tenía?

—Casi lo olvido. —Toland entregó al ruso su cartera—. ¿No va contra los reglamentos llevar esto con usted?

—La llevo para la suerte —dijo el mayor.

Luego extrajo la foto en blanco y negro de su esposa y dos hijas mellizas. *Las veré de nuevo. Tal vez pasen meses, pero las veré de nuevo.*

—Le dio buen resultado, camarada mayor —bromeó Bob— Aquí están los míos.

—Su esposa es demasiado flaca, pero usted también es un hombre con suerte. —Chapayev hizo una pausa y sus ojos se humedecieron por un momento; parpadeó— Me gustaría beber un trago —dijo esperanzado.

—A mí también. Pero no está permitido en nuestros buques. —Contempló las fotografías— Sus hijas son hermosas, mayor. Sabe... Tenemos que estar locos para dejarlas.

—Tenemos que cumplir con nuestro deber —dijo Chapayev.

Toland gesticuló enojado.

—Son los malditos políticos. Ellos nos dicen simplemente que vayamos... y nosotros vamos, ¡como idiotas! ¡Diablos, si ni siquiera sabemos por qué empezó la asquerosa guerra!

—¿Quiere decir que usted no lo sabe?

Bingo. Codeína y simpatía... El grabador que tenía en el bolsillo ya estaba en marcha.

HUNZEN, REPUBLICA FEDERAL ALEMANA.

—Si yo continúo el ataque, ¡nos destruirán aquí! —protestó Alekseyev— Tengo dos divisiones completas sobre mi flanco, y he recibido el informe de que los tanques norteamericanos están en Alfeld.

—¡Imposible! —replicó enfurecido el Comandante en Jefe del Oeste.

—El informe vino del mayor Sergetov. Él los vio llegar. Le he ordenado que vaya a Stendal para informárselo a usted personalmente.

—En este momento tengo a la veintiséis división de infantería motorizada en aproximación a Alfeld. Si hay norteamericanos allí, arreglarán cuentas.

Ésa es una unidad Categoría—C, pensó Alekseyev. Reservistas, con escaso equipamiento y entrenamiento anticuado.

—¿Qué progresos ha hecho en el cruce?

—Han pasado dos regimientos; el tercero lo está haciendo ahora. La actividad aérea enemiga ha aumentado..., ¡maldición! ¡Tengo unidades enemigas en mi retaguardia!

—Vuelva a Stendal, Pasha. Beregovoy queda en el comando en Hunzen. Lo necesito a usted aquí.

Me está relevando. ¡Me está relevando de mi comando!

—Entendido, camarada general —respondió Alekseyev, y apagó la radio.

¿Puedo permitir que contraataquen mis tropas en el estado de vulnerabilidad en que están? ¿Puedo dejar de prevenir a mis comandantes? Alekseyev dio un fuerte golpe con el puño sobre la mesa.

—¡Que venga el general Beregovoy!

ALFELD, REPUBLICA FEDERAL ALEMANA.

Era demasiado lejos para recibir el apoyo de artillería desde las líneas de la OTAN, y ellos se habían visto obligados a dejar atrás sus propios cañones. Mackall apuntó las miras de su armamento a través de la bruma y vio las formaciones rusas que avanzaban. Las estimó en dos regimientos. Eso significaba un ataque equivalente a una división, a la manera clásica de dos arriba y uno atrás. *Hmm. No veo lanzadores «SAM» delante.* El coronel al mando de la fuerza empezó a dar sus órdenes por el circuito de mando. El apoyo aéreo propio se acercaba.

Helicópteros de ataque «Apache» aparecieron de golpe desde atrás de las posiciones de la caballería blindada. Se dirigieron hacia el Sur para atacar de flanco a las fuerzas rusas que avanzaban. Volaron zigzagueando y deslizándose para lanzar sus misiles «Hellfine» al escalón de vanguardia de los tanques. Los pilotos buscaban vehículos lanzadores de misiles pero no encontraron ninguno. Después llegaron los «A-10». Los feos aviones bimotores entraron en vuelo muy bajo, libres por una vez de la amenaza de los «SAM». Sus cañones rotativos y bombas racimo continuaron la tarea de los «Apaches».

—Están atacando como locos, jefe —comentó el artillero.

—Tal vez son muy nuevos, Woody.

—Yo no tengo problema.

Los carros de infantería «Bradley» que se hallaban en el borde este de la población intervinieron luego atacando con sus misiles. las filas soviéticas de vanguardia quedaron aniquiladas aun antes de ponerse al alcance de los tanques que estaban sobre el río. El ataque empezó a desfallecer. Los tanques rusos se detuvieron para abrir fuego. Empezaron a lanzar humo y a disparar salvajemente desde el interior de la nube que los envolvía. Algunas granadas cayeron cerca de la posición de Mackall, pero no eran tiros apuntados. El ataque fue detenido dos kilómetros antes de llegar a la población.

—Ponga rumbo al Norte —dijo Alekseyev por el intercomunicador.

—Camarada general, si ponemos rumbo norte... —empezó a decir el piloto.

—¡Dije que ponga rumbo norte! Manténgase bajo —agregó el general.

El «Mi-24», pesadamente armado, cayó violentamente hasta muy bajo. A Alekseyev le pareció que el estómago se le subía hasta la garganta; el piloto estaba tratando de desquitarse por la peligrosa y estúpida orden que le había dado. Alekseyev iba sentado atrás, agarrado al cinturón de seguridad y asomando medio cuerpo fuera de la puerta lateral izquierda, para ver lo más posible. El helicóptero serpenteaba bruscamente, a izquierda y a derecha, arriba y abajo... El piloto conocía el peligro en esa zona.

—¡Allá! —gritó Alekseyev—. A las diez. Veo..., ¿alemán o norteamericano? Tanques a las diez.

—Yo veo también algunos vehículos lanzamisiles, camarada general. ¿Quiere observarlos más de cerca? —preguntó incisivo el piloto, y lanzó hacia abajo el helicóptero en medio de un camino flanqueado por árboles; lo estabilizó a menos de dos metros del suelo como para desaparecer de la vista.

—Eso era por lo menos un batallón —dijo el general.

—Yo diría que era más —comentó el piloto, que volaba a la máxima potencia, con la cara hacia abajo para ganar velocidad, y sus ojos exploraban adelante en busca de aviones enemigos.

El general quiso desplegar el mapa. Tuvo que sentarse y colocarse las correas de seguridad para poder usar ambas manos.

—¡Dios! ¿Han llegado tan lejos hacia el Sur?

—Como le dije —contestó el piloto por el intercomunicador—, han logrado una ruptura.

—¿Hasta dónde puede acercarse a Alfeld?

—Eso depende del tiempo que quiera mantenerse vivo esta noche el general.

Alekseyev notó el temor y el fastidio en las palabras, y recordó que el capitán que estaba pilotando el helicóptero ya había sido declarado dos veces Héroe de la Unión Soviética, por su valor sobre el campo de batalla.

—Tan cerca como lo crea seguro, camarada capitán. Debo ver personalmente lo que está haciendo el enemigo.

—Comprendido. Ajústese el cinturón, va a ser un tramo muy movido.

El «Mi-24» dio un salto para cruzar un tendido eléctrico y luego cayó de nuevo como una piedra. Alekseyev hizo una mueca al notar lo cerca del suelo que habían llegado.

—Aviones enemigos arriba. Parecen la Cruz del Diablo..., son cuatro, y van hacia el Oeste.

Pasaron sobre..., no era un camino, pensó Alekseyev. Sólo una faja de hierba, y había tanques en ella. La hierba había quedado aplastada y en parte convertida en tierra. Consultó su mapa. Esa ruta conducía a Alfeld.

—Voy a cruzar sobre el Leine y me acercaré a Alfeld desde el Este. De esa manera estaremos sobre tropas propias en caso de que suceda algo —anunció el piloto, e inmediatamente el helicóptero volvió a saltar y caer. Alekseyev miró de reojo los tanques sobre la sierra mientras pasaban velozmente y vio que eran muchos; pero, en ese momento, unas líneas de munición trazadora surgieron en dirección al helicóptero, pero pasaron por detrás— Unos cuantos tanques aquí, camarada general, Yo diría que es un regimiento. La zona de reparación de tanques está hacia el Sur..., lo que queda de ella..., ¡mierda! ¡Helicópteros enemigos en el Sur!

El helicóptero se detuvo en el aire y pivoteó bruscamente. Se oyó un rugido cuando un misíl aire-aire se desprendió de la punta de la pequeña ala; luego, el «Mi-24» empezó a moverse de nuevo. Subió bruscamente, después bajó de golpe, y el general vio una estela de humo que pasaba por arriba.

—Eso estuvo cerca.

—¿Usted le dio?

—¿Quiere el general que me detenga para ver? ¿Qué es aquello? No estaba antes aquí.

El helicóptero se detuvo un instante. Alekseyev vio vehículos que se incendiaban y hombres que corrían. Los tanques eran viejos «T—55»... ¡Ése era el contraataque que le habían dicho! Deshecho. Un minuto después pudo ver vehículos que se reunían para un nuevo esfuerzo.

—Ya he visto suficiente. Directo a Stendal todo lo rápido que pueda.

El general se echó hacia atrás con sus mapas y trató de formarse un cuadro claro de lo que había observado. Media hora después el helicóptero aterrizó.

—Usted tenía razón, Pasha —dijo el Comandante en Jefe del Oeste en cuanto entró en la sala de operaciones, que tenía en la mano tres fotografías de reconocimiento.

—El ataque inicial de la veintiséis división de infantería motorizada resultó aplastado dos kilómetros frente a las líneas enemigas. Cuando volé allí arriba, estaban volviendo a formar para lanzar otro ataque. Eso es un error —dijo Alekseyev con tranquila urgencia— Si queremos recuperar esa posición, tenemos que atacar con una preparación bien planificada.

—Debemos volver a tener en nuestras manos esa cabeza de puente tan pronto como sea posible.

—Muy bien. Ordene a Beregovoy que destaque dos de sus unidades y se retire hacia el Este.

—¡No podemos abandonar el cruce del Weser!

—Camarada general, o hacemos retirar esas unidades o dejamos que la OTAN las destruya en su posición. Es la única alternativa que tenemos por el momento.

—No. Una vez que recuperemos Alfeld podremos reforzar. Eso vencerá al contraataque sobre el flanco y nos permitirá continuar el avance.

—¿Con qué contamos para atacar Alfeld?

—En este momento hay tres divisiones en camino...

Alekseyev se fijó en la designación de las unidades en el mapa.

—¡Son todas formaciones C!

—Sí. Tuve que enviar la mayor parte de mis unidades B al Norte. La OTAN contraatacó también Hamburgo. Animo, Pasha, tenemos muchas unidades C en marcha hacia el frente.

Maravilloso. Todos esos reservistas gordos y viejos, sin entrenamiento, van marchando hacia un frente defendido por tropas fogueadas en combate.

—Espere hasta que las tres divisiones estén en posición. Que lleven primero su artillería al frente de manera que puedan reblandecer las posiciones de la OTAN. ¿Qué hay de Gronau?

—Los alemanes cruzaron el Leine allí, pero los hemos contenido. Dos divisiones se están desplazando para atacar también en ese lugar,

Alekseyev caminó unos pasos hacia el mapa principal y estudió los cambios en la situación táctica desde la última vez que estuvo allí. las líneas de batalla en el Norte no habían cambiado en forma apreciable, y el contraataque de la OTAN en la saliente Alfeld-Rühle sólo ahora lo estaban marcando. En Gronau y Alfeld había banderas azules. Allí estaba el contrataque en Hamburgo.

Hemos perdido la iniciativa. ¿Cómo haremos para recuperarla?

El Ejército soviético había iniciado la guerra con veinte divisiones A basadas en Alemania, otras diez fueron llevadas allí desde el comienzo, y más desde entonces. Ya todas ellas habían sido empeñadas en combate, y muchas fueron retiradas de primera línea por sus pérdidas. La última reserva de formaciones de primera categoría estaba en Rühle, y a punto de ser atrapada. Beregovoy era un soldado demasiado bueno para violar órdenes, aunque supiera que debería hacer retirar sus fuerzas antes de que resultaran irremediablemente aniquiladas.

—Debemos abandonar el ataque. Si presionamos, esas divisiones quedarán atrapadas detrás de dos ríos, no sólo uno.

—El ataque es una necesidad militar y política —respondió el Comandante en Jefe— Si ellos empujan al frente, la OTAN tendrá que sustraer fuerzas de este ataque para defender el Ruhr. Entonces los tendremos.

Alekseyev no discutió más. El pensamiento que ocupó su mente le cayó como un balde de agua fría. *¿Hemos fracasado?*

USS INDEPENDENCE.

—Almirante, necesito ver a alguien en la MAF[57].

—¿Quién?

—Chuck Lowe..., es un comandante de regimiento. Antes de que se hiciera cargo trabajábamos juntos en Inteligencia del Comando en Jefe del Atlántico.

—¿Por qué no ... ?

—Es bueno, almirante, es muy bueno en estos asuntos.

—¿Usted cree que la información es tan importante? —preguntó Jacobsen.

—Estoy seguro, señor, pero necesito una segunda opinión. Chuck es el mejor de los tipos que están a mano.

Jacobsen cogió el teléfono.

—Comuníqueme con el general Emerson, rápido... ¿Billy? Scott. ¿Tú tienes un coronel Chuck Lowe en algún destino a tus órdenes? ¿Dónde? Muy bien. Uno de mis hombres de Inteligencia necesita verlo de inmediato..., suficientemente importante, Billy. Muy bien, saldrá hacia allá dentro de diez minutos. —El almirante colgó el teléfono—. ¿Hizo una copia de esa cinta?

—Sí, señor. Ésta es una de las copias. La original se halla en la caja fuerte.

—Un helicóptero lo estará esperando.

Había una hora de vuelo hasta Stykkisholmur. Desde allí un helicóptero de infantería de Marina lo llevó hacia el sudeste. Encontró a Chuck Lowe en una tienda revisando unos mapas.

—Te encuentro muy bien. Oí lo del Nimitz, Bob. Me alegra ver que no te pasó nada. ¿Qué te trae?

—Quiero que escuches esta cinta. Dura unos veinte minutos.

Toland le explicó quién era el ruso. Le entregó una pequeña grabadora personal japonesa con auriculares. Los dos oficiales salieron de la tienda y caminaron hasta un lugar relativamente silencioso. Lowe rebobinó dos veces la cinta para repetir una parte.

—Hijo de puta —dijo en voz baja cuando hubo terminado.

—Creyó que nosotros ya lo sabíamos.

El coronel Lowe se agachó, cogió una piedra del suelo. Por unos instantes la tuvo en la mano tanteando el peso y luego la arrojó con todas sus fuerzas.

—¿Por qué no? Nosotros suponemos que la KGB es competente, ¿por qué habrían de suponer ellos que nosotros no lo somos? Tuvimos la información en todo momento... ¡y no la aprovechamos! —Su voz estaba llena a la vez de asombro y disgusto—. ¿Estás seguro de que no es un cuento fantástico?

—Cuando lo sacamos del agua tenía un feo corte en la pierna. Los médicos lo cosieron y le dieron píldoras para el dolor. Yo lo encontré debilitado por la pérdida de sangre, y bastante saturado de codeína. Es un poco difícil mentir cuando uno no está del todo en sus cabales, ¿verdad? Chuck, necesito realmente tu opinión.

[57] Fuerza Anfibia de la Infantería de Marina

—¿Estás tratando de arrastrarme de nuevo al asunto de la Inteligencia? —sonrió brevemente Lowe— Bob, no hay duda alguna de que tiene todo el sentido del mundo. Esto tendría que ir muy rápido hacia arriba.

—Creo que SACEUR debería saberlo.

—No puedes pedir simplemente una audiencia, Bob.

—Puedo llegar a través del Comandante del Atlántico del Este. El original irá a Washington. La CIA querrá usar una máquina de análisis de tensión de la voz de esa cinta. Pero yo vi los ojos del hombre, Chuck.

—De acuerdo. Esto debe ir muy rápido a lo más alto, lo más rápido que puedas hacerlo llegar... y SACEUR puede usarlo con más rapidez que nadie.

—Gracias, Chuck. ¿Cómo hago venir el helicóptero?

—Yo me ocuparé de eso. A propósito, bien venido a Islandia.

—¿Cómo van las cosas?

Toland siguió al coronel y ambos regresaron a la tienda.

—Estamos frente a tropas eficientes, pero aquí se enfrentan a un problema defensivo muy difícil, y nosotros disponemos de toda la potencia de fuego que necesitamos. ¡Los tenemos agarrados por el trasero! —El coronel hizo una pausa—. ¡Buen trabajo, muchacho!

Dos horas después, Toland se hallaba a bordo de un avión con destino a Heathrow.

MOSCU, URSS.

El mariscal Fyodr Borissovich Bukharin era quien efectuaba la exposición. La KGB había arrestado a los mariscales Shavyrin y Rozhkov el día anterior, circunstancia que decía mucho más al ministro Sergetov que todas las exposiciones del mundo.

—El ataque hacia el Oeste desde Alfeld ha quedado atascado debido a la deficiente planificación y ejecución por parte del Comandante en Jefe del Oeste. Necesitamos recuperar la iniciativa. Afortunadamente disponemos de las tropas, y nada cambia el hecho de que la OTAN ha sufrido tremendas pérdidas.

—Propongo el remplazo del estado mayor del comando del Teatro Oeste y...

—Un momento. Quiero decir algo —interrumpió Sergetov.

—Le escuchamos, Mikhail Eduardovich —dijo el ministro de Defensa, con evidente fastidio.

—Mariscal Bukharin, ¿usted propone un remplazo de todo el estado mayor?

Las consecuencias prácticas de los remplazos no se mencionaban, pensó Sergetov, pero eran suficientemente claras.

—Mi hijo está en el estado mayor del Segundo Comandante del Oeste, el general Alekseyev. Este general es quien condujo la ruptura en Alfeld, ¡y la de Rühle! Ha sido herido dos veces y su helicóptero fue derribado por aviones enemigos..., después de lo cual se incautó de un camión y acudió a toda velocidad al frente, para conducir todavía otro ataque con éxito. Es el único general efectivo que tenemos, que yo sepa, y usted quiere remplazarlo con alguien que no estará familiarizado con la situación... ¿Qué locura es ésa? —preguntó enfurecido.

El ministro del Interior se inclinó hacia delante.

—Sólo porque su hijo está en su estado mayor...

La cara de Sergetov se puso roja como una remolacha.

—¿«Sólo porque mi hijo», ha dicho? Mi hijo está en el frente, sirviendo al Estado. Lo han herido, y apenas escapó a la muerte cuando lo derribaron junto a su general. ¿Quién más puede decir eso de los que están a la mesa, camaradas? ¿Dónde se encuentran sus hijos? —dio un fuerte puñetazo sobre la mesa, lleno de ira; luego, concluyó con voz más suave, hiriendo a sus colegas en una forma que tenía mucho peso, realmente importaba—: ¿Dónde están aquí los comunistas?

Hubo un silencio breve pero mortal. Sergetov sabía que, o había terminado para siempre su carrera política, o la había impulsado hacia arriba sin medida. Su destino quedaría decidido por quien hablara a continuación.

—En la Gran Guerra Patriótica —dijo Pyotr Brornkovskiy con la dignidad de un anciano—, los miembros del Politburó vivían en el frente. Muchos perdieron hijos. Hasta el camarada Stalin dio los suyos al Estado, sirviendo junto con los hijos de trabajadores y campesinos comunes. Mikhail Eduardovich habla bien. Camarada mariscal. ¿Su evaluación del general Alekseyev, por favor? ¿Es correcta la estimación del camarada Sergetov?

Bukharin se mostró incómodo.

—Alekseyev es un joven y brillante oficial y, sí, se ha portado bastante bien en su actual cargo.

—Pero usted quiere remplazarlo con uno de sus propios hombres. ¿No es así?

Bromkovskiy no esperó la respuesta.

—Es asombroso, las cosas que aprendemos y las cosas que olvidamos. Olvidamos que es necesario que todo los ciudadanos soviéticos compartan juntos la carga..., pero recordamos los errores cometidos en 1941, al arrestar buenos oficiales porque sus superiores se equivocaron, ¡y remplazaron a todos con compinches políticos responsables de llevarnos al desastre! Si Alekseyev es un joven y brillante oficial que sabe luchar, ¿por qué lo remplaza?

—Tal vez nos apresuramos —admitió el ministro de Defensa al observar que el ambiente alrededor de la mesa había cambiado radicalmente.

Me las pagarás. Mikhail Eduardovich. Si quieres aliarte con el más viejo de nuestros miembros, me parece muy bien. No vivirá para siempre. Tampoco tú.

—Eso queda decidido, entonces —dijo el presidente del Partido— El punto siguiente, Bukharin, ¿cómo está la situación en Islandia?

—Tenemos informes de que han desembarcado algunas tropas enemigas, pero nosotros atacamos de inmediato a la flota de la OTAN. Ahora estamos esperando una estimación sobre las pérdidas que les hemos causado. Tendremos que esperar el reconocimiento del satélite antes de poder estar seguros sobre eso.

Solamente Bukharin conocía cuáles eran las pérdidas soviéticas, y no estaba dispuesto a revelarlas hasta que pudiera informar resultados favorables en sus ataques.

STENDAL, REPUBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

Los oficiales de la KGB llegaron poco después del anochecer, vestidos con uniformes de combate. Alekseyev estaba trabajando en el despliegue de las recién llegadas divisiones C, y no los vio entrar en el despacho del comandante en jefe del Oeste. Cinco minutos después lo llamaron.

—Camarada general Alekseyev, a partir de este momento usted es el comandante en jefe del Teatro Oeste de operaciones militares —dijo con sencillez su superior—. Le deseo suerte.

Alekseyev sintió que se le erizaba el pelo en la nuca al percibir el tono del general. El hombre estaba flanqueado por dos coroneles de la KGB, vestidos con el uniforme común de combate de la institución: confeccionado en tela de camuflaje según el modelo de los uniformes clase A, con las hombreras que llevaban los emblemas GB de «Seguridad de Estado». Era una forma de arrogancia de la organización, que sentaba a la KGB tan perfectamente como la expresión en las caras de los coroneles.

¿Qué digo? ¿Qué puedo hacer? Él es mi amigo.

El ex comandante en jefe del Teatro Oeste de operaciones militares lo dijo por él:

—Adiós, Pasha.

Salieron llevando al general. Alekseyev lo observó dar unos pasos y detenerse un instante en la puerta. Se volvió con una mirada de profundo y desesperado fatalismo, y luego continuó caminando. Lo último que vio Alekseyev fue el cinturón del general con la pistolera; tenía suelta la solapa de cuero y estaba vacía. Se volvió y encontró sobre el escritorio un télex que confirmaba su nombramiento como comandante. Le decía que contaba con la absoluta confianza del Partido, del Politburó y del pueblo. Lo arrugó en la mano y lo arrojó contra la pared. Pocas semanas antes había visto las mismas palabras en el mismo formulario. El destinatario de aquel mensaje de confianza estaba ahora en un auto que lo llevaba hacia el Este.

¿Cuánto tiempo tengo yo? Alekseyev llamó a su oficial de comunicaciones.

—¡Llame al general Beregovoy!

BRUSELAS, BÉLGICA.

SACEUR se autoconcedió una comida. Había adelgazado cinco kilos desde el comienzo de la guerra, subsistiendo a base de café, emparedados y jugo gástrico. Alejandro conducía ejércitos desde antes de los veinte años... y tal vez por eso lo hacía tan bien, pensó el general. Era lo bastante joven como para aguantarlo.

Estaba funcionando. La caballería blindada se hallaba en Alfeld. Los alemanes ejercían un firme control sobre Gronau y Brüggen y, a menos que Iván reaccionara rápidamente, sus divisiones sobre el Weser se preparaban para darle una muy fea sorpresa. Se abrió la puerta de su oficina. Era su oficial de Inteligencia alemán.

—Con su permiso, Herr general, tengo aquí un oficial de Inteligencia naval.

—¿Es importante, Joachim?

—Ja.

SACEUR lanzó una mirada a su plato.

—Hágalo pasar.

El general no se sintió muy impresionado. El hombre estaba vestido con su uniforme de a bordo de uso diario. Sólo un ojo muy agudo habría podido descubrir dónde habían estado las rayas de los pantalones.

—General, soy el capitán de fragata Bob Toland. Hasta hace unas pocas horas pertenecía al grupo de Inteligencia de la Flota de Choque del Atlántico...

—¿Como van las cosas en Islandia?

—El ataque aéreo sobre la flota pudo rechazarse, señor. Todavía hay que afrontar el peligro de los submarinos, pero los infantes de Marina se están moviendo. Creo que ésta la ganaremos, general.

—Bueno, cuantos más submarinos envíen contra los portaaviones menos tendrán para atacar mis convoyes.

Es una forma de ver las cosas, pensó Toland.

—General, capturamos un piloto ruso de combate. Pertenece a una familia importante. Yo lo interrogué; aquí está la cinta. Creo que ya sabemos por qué se inició la guerra.

—Joachim, ¿usted comprobó esta información?

—No, señor. Él ya ha explicado todo al comandante del Atlántico del Este, y el almirante Beattie quiso que la información viniera directamente a usted.

Los ojos de SACEUR se entrecerraron.

—Quiero oírlo, hijo.

—Petróleo.

41. BLANCOS DE OPORTUNIDAD.

BRUSELAS, BÉLGICA.

Se hicieron tres copias de la cinta. una de ellas se entregó al estado mayor de Inteligencia de SACEUR para que efectuaran una nueva traducción que habría de compararse con la de Toland. Otra se llevó a la Inteligencia francesa para un análisis electrónico. La tercera fue estudiada por un psiquiatra belga que hablaba muy bien el ruso. Mientras se hacía todo eso, la mitad de los oficiales de Inteligencia del cuartel general de la OTAN ponían al día toda la información referida al consumo soviético de combustible. La CIA y otros servicios nacionales de Inteligencia comenzaron una frenética investigación respecto a la producción soviética de petróleo y su utilización. Toland predijo los resultados horas antes de que llegaran: datos insuficientes, La escala de conclusiones posibles expresaba que los rusos tenían combustible para varios meses..., ¡o ya lo habían agotado completamente!

SACEUR se tomó tiempo antes de aceptar los informes en su valor aparente. Los interrogatorios a los prisioneros habían proporcionado a su personal de Inteligencia una gran riqueza de información..., en su mayor parte falsa o contradictoria. Como los oficiales de abastecimiento permanecían generalmente a retaguardia de las tropas combatientes, eran muy pocos los capturados. La fuerza aérea fue la primera en creer la historia. Ellos sabían que los depósitos de abastecimiento de combustible del enemigo eran más pequeños que lo acostumbrado. En vez de la Gran Instalación única tan empleada en todos los aspectos de la sociedad rusa (y después de la destrucción total del gran depósito en Wittenburg), los rusos habían pasado a tenerlos pequeños, aceptando el coste de un aumento de requerimientos en materia de defensa aérea y seguridad. las misiones de ataque aéreo de la OTAN, de profunda penetración, se habían concentrado en bases aéreas, depósitos de munición, confluencia de transportes, y las columnas de tanques que se acercaban al frente..., todos blancos más lucrativos que los depósitos de combustible más pequeños que lo esperado y que, además, eran más difíciles de descubrir. las señales características de tráficos intensos, comunes en los grandes depósitos de combustible, generalmente mostraban cientos de camiones entrando y saliendo. Los más pequeños, a los que concurrían menos vehículos, eran más difíciles de detectar por los aviones equipados con radares de exploración. Todos estos factores habían determinado una diferente prioridad de blancos.

Después de quince minutos de conversación con su asesor aéreo del estado mayor, SACEUR cambió todo eso.

STENDAL, REPUBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

—No puedo hacer ambas cosas —susurró Alekseyev para sí mismo.

Había pasado las últimas doce horas tratando de encontrar una forma, pero no lo había conseguido. Era maravilloso lo que significaba estar finalmente él mismo al mando; ya no era el agresivo subordinado. Ahora era responsable del éxito o del fracaso. Un error era su error. Una derrota era su derrota. Había sido mucho más cómodo de la otra manera. Como su predecesor, Alekseyev había de imponer sus órdenes, aunque sus órdenes fueran imposibles. Tenía que mantener la saliente y continuar el avance. Iría hacia el Noroeste desde el Weser, aislando las fuerzas del flanco derecho de las tropas en avance, y preparando el camino para un ataque decisivo en el valle del Ruhr. Quien había emitido esas órdenes, o bien no sabía o no le importaba que eso fuera imposible.

Pero la OTAN lo sabía. Su poder aéreo había destruido convoyes en todos los caminos entre Rühle y Alfeld. Las dos divisiones B de tanques que guardaban el flanco norte de Beregovoy, fueron sorprendidas y puestas en retirada. Fuerzas de bloqueo con efectivos de batallón ocupaban los principales cruces de caminos mientras los comandantes de la OTAN reforzaban el regimiento de Alfeld. Probablemente dos divisiones de tanques completas estaban al acecho en los bosques al norte de Rühle, pero hasta ese momento no habían atacado a Beregovoy. En cambio, su falta de acción lo desafiaba a cruzar y lo invitaba a contraatacar al Norte.

Alekseyev recordó una importante lección de la Academia de Frunze: la Ofensiva de Jarkov de 1942. Los alemanes habían dejado que las fuerzas en avance del Ejército Rojo penetraran profundamente..., luego las aislaron y aniquilaron. El Alto Comandante (refiriéndose a Stalin) ignoró las realidades objetivas de la situación (violando, por lo tanto, la Segunda Ley del Combate Armado), y concentrándose, en cambio, en impresiones subjetivas de progreso aparente que, por desgracia, demostraron ser falsas, concluía la lección. El general se preguntó si esta batalla sería motivo de una lección para alguna clase futura de capitanes y mayores, que entonces escribirían en las respuestas a sus cuestionarios y en sus ensayos, ¡señalando qué burro era el general coronel Pavel Leonidovich Alekseyev!

O podía hacerlas retirar..., y admitir la derrota, y tal vez ser fusilado. para que lo recordaran luego —en caso de que así fuera— como un traidor a la Madre Patria. Era tan justo... Después de haber enviado al fuego a tantos miles de chicos, ahora también él se enfrentaba a la muerte, aunque desde una dirección inesperada.

—Mayor Sergetov, quiero que regrese a Moscú para decirles personalmente lo que pienso hacer. Voy a sacar una división a Beregovoy para llevarla al Este y abrir de nuevo el camino en Alfeld. El ataque será lanzado desde dos direcciones, y después que se logre la victoria estaremos en condiciones de continuar el cruce del Weser sin temor a que nos aíslen nuestra punta de lanza.

—Una muy hábil solución de compromiso —dijo con optimismo el mayor.

¡Ésa es justo la clase de cosas que necesito oír!

BITBURG, REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA.

Quedaban doce «Frisbee». Dos veces los habían sacado brevemente de servicio para determinar qué nuevas tácticas podrían disminuir los riesgos. Y se logró cierto éxito, pensó el

coronel Ellington. Algunos sistemas soviéticos habían demostrado tener capacidades insospechadas, pero la mitad de sus pérdidas no tenían explicación. ¿Deberían considerarse dentro de ese tipo de accidentes que se producen cuando se vuelan aviones pesadamente cargados a mínima altura, o habría que aplicar simplemente la ley de la probabilidad que rige para todos? Un piloto puede pensar que es aceptable una probabilidad del uno por ciento de que lo derriben en una misión impuesta; pero debe darse cuenta de que cincuenta misiones como ésa determinan una probabilidad del cuarenta por ciento.

Sus tripulaciones de vuelo estaban insólitamente silenciosas. El escuadrón de élite de los aviones «Frisbee» era una familia de hombres muy unidos, y de ellos había desaparecido ya la tercera parte. El profesionalismo que les permitía no hablar de eso para afuera y llorar en privado tenía sus límites, los cuales ya se habían alcanzado y pasado. El rendimiento de las misiones era bajo. Pero los requerimientos de combate seguían siendo los mismos, y Ellington sabía que el lugar de los sentimientos en el orden general militar está muy por debajo de la necesidad de atacar los blancos enemigos.

Despegó de la pista pavimentada y dirigió su avión hacia el Este; su «Frisbee» era el único que volaba en esa misión. Aquella noche no llevaba otras armas que los «Sidewinder» y misiles antirradar para defensa propia. Su avión estaba cargado con depósitos suplementarios de combustible, en vez de bombas. Adoptó una altura de vuelo inicial de novecientos metros y verificó sus instrumentos; efectuó pequeños ajustes en las superficies compensadoras y luego inició un suave descenso hasta ciento cincuenta metros. Ésa era su altura cuando cruzó el Weser.

—Estoy detectando alguna actividad en tierra, Duque —informó Eisly—. Parece una columna de tanques y camiones de tropas que se dirigen al Nordeste por la Autopista 64.

—Transmite el informe.

En ese sector, todo lo que se movía era un blanco. Un minuto después cruzaron el Leine al norte de Alfeld. Vieron los fogonazos distantes de la artillería, y Ellington inclinó su avión y viró a la izquierda para alejarse. Una granada de quince centímetros no iba a fijarse en su trayectoria si el «Frisbee» era invisible o no.

Esto tendría que ser más seguro que una misión de ataque, pensó Ellington. Volaban hacia el Este, a tres kilómetros de un camino secundario que Eisly mantenía bajo vigilancia con la cámara de televisión montada en el morro del avión. El receptor de alerta de amenaza se mantenía encendido a causa de los radares de los «SAM» que barrían el cielo buscando incursores.

—Tanques —dijo con calma—. Y son muchos.

—¿Se mueven?

—No lo creo. Parece que están detenidos a lo largo del camino cerca de la línea de árboles. Espera... ¡Alarma de lanzamiento de misil! ¡«SAM» a las tres!

Ellington empujó la palanca y la llevó a la izquierda. En cuestión de segundos tuvo que picar el avión hacia un lado, dar vuelta la cabeza hacia el otro para ver el misil que se acercaba y volverla otra vez a fin de asegurarse de que no araba un surco en el suelo con su avión de cincuenta millones de dólares. Todo lo que vio del «SAM» fue una especie de gota de fuego de color amarillo blancuzco, que se dirigía hacia él. Tan pronto como niveló, forzó su «Frisbee» en un brusco viraje a la derecha. Atrás, Eisly mantenía los ojos en el misil.

—Nos desprendimos, Duque... ¡Sí! —El misil niveló detrás del «F-19» a la altura de las copas de los árboles, pero se hundió y explotó en el bosque— Los instrumentos dicen que era un «SA-6». El radar de búsqueda está a la una y muy cerca.

—Muy bien —dijo Ellington.

Activó un misil antirradar «Sidearm» y lo disparó contra el transmisor desde una distancia de unos seis kilómetros. Los rusos tardaron en detectarlo. Ellington vio la explosión. ¡Toma eso, Darth Vader!

—Creo que tienes razón sobre la forma en que nos están derribando, Duque.

—Aja.

El «Frisbee» estaba diseñado para burlar radares situados en lo alto. Algo que mirara hacia arriba tenía probabilidades mucho mayores de detectarlos. Podían superar eso volando muy bajo, pero entonces no podían ver tan bien como querían. Viró para echar otra mirada a los tanques.

—¿Cuántos crees que son, Don?

—Muchos; más de cien.

—Infórmalo.

Ellington volvió a virar hacia el Norte mientras el mayor Eisly enviaba su informe. Pocos minutos después, algunos jets «Phantom» alemanes llegaron a visitar el punto de reunión de los tanques. Tantos tanques estacionados allí inmóviles probablemente significaba un sitio de abastecimiento de combustible, pensó. O los camiones cisterna se encontraban ya allí o estaban en camino. Los camiones de combustible eran ahora sus blancos principales, un sorprendente cambio después de varias semanas de búsqueda de depósitos de abastecimientos y columnas móviles... ¿Qué es eso?

—¡Camiones al frente!

Duque observó la imagen aumentada en la pantalla del visor que tenía a la altura de los ojos, el «HUD». una larga columna de... camiones de combustible, que viajaban muy juntos uno detrás de otro, oscurecidos y desplazándose con gran rapidez. las formas curvadas de las superficies metálicas superiores facilitaban la identificación. Viró una vez más con su avión describiendo un círculo a tres kilómetros del camino. La imagen infrarroja de Eisly mostraba el brillo que delataba a los motores y tubos de escape, mucho más calientes que el aire frío de la noche. Era como una procesión de fantasmas a lo largo del camino flanqueado por árboles.

—Se dirigen a la agrupación de tanques.

Casi veinte mil litros por camión, pensó Ellington, un millón de litros de combustible diesel..., suficiente para llenar todos los depósitos de dos divisiones soviéticas.

Eisly transmitió también la información.

—Shade Tres —contestó por radio el controlador del «AWAC»—. Tenemos ocho pájaros en camino, tiempo estimado de llegada cuatro minutos. Orbiten y evalúen.

Ellington no acusó su habitual comprendido. Puso su avión a la altura de los árboles durante varios minutos, preguntándose cuántos árboles esconderían a su lado soldados rusos de pie con sus misiles «SA—7» de lanzamiento manual.

Había pasado mucho tiempo desde que volara en Vietnam, y desde que comprendiera por primera vez que cualquier circunstancia fortuita podía alcanzarlo allá en el cielo y terminar con su vida, a pesar de toda su habilidad. Sus años de vuelo en tiempo de paz le habían permitido olvidarlo; Ellington no pensó nunca que un accidente podría matarlo. Pero un hombre con un «SA—7» sí podía, y no había forma de saber cuándo estaba volando sobre uno de ellos... *Deja de pensar en eso, Duke.*

Los «Tornado» de la real fuerza aérea llegaron como rayos desde el Este. El primer avión lanzó sus bombas racimo frente a la columna. El resto barrió el camino en suave ángulo de picada, lanzando pequeñas bombitas como lluvia sobre el convoy. Los camiones explotaban expulsando combustible ardiente hacia arriba. Ellington distinguió las siluetas de dos cazabombarderos contra las llamas color naranja cuando ya regresaban a su base con rumbo

Oeste. El combustible se había derramado a ambos lados del camino, y alcanzó a ver algunos camiones que no habían sufrido daños, que frenaban y doblaban tratando desesperadamente de escapar al desastre. Muchos conductores abandonaron sus camiones. Otros intentaron alejarse del fuego y continuar hacia el Sur. Unos pocos lo lograron. La mayoría quedó atascada, con cargas demasiado pesadas para moverse sobre el suelo blando.

—Diles que batieron la mitad más o menos. No está del todo mal.

Un minuto después, el «Frisbee» recibió la orden de poner otra vez rumbo al Nordeste.

En Bruselas, las señales recibidas por transmisión del avión equipado con radar de exploración terrestre establecieron el recorrido del convoy de combustible. Programaron una computadora para desempeñar la función de un grabador de vídeo; entonces trazó hacia atrás los movimientos del convoy hasta su punto de origen. Otros ocho aviones de ataque se dirigieron hacia ese sector de los bosques. Pero el «Frisbee» llegó primero.

—Estoy detectando radares de «SAM», Duke —dijo Eisly—. Estimo una batería de «SA-6» y otra de «SA—11». Deben pensar que este lugar es importante.

—Y otros cien pequeños bastardos con los «SAM» portátiles —agregó Ellington— ¿Tiempo estimado para el parque?

—Cuatro minutos.

Dos baterías de «SAM» serían muy mala noticia para los aviones de ataque.

—Vamos a reducirles un poco la ventaja.

Eisly individualizó el radar de adquisición de los «SA—11». Ellington se dirigió hacia allí a cuatrocientos nudos, aprovechando un camino para volar debajo del nivel de los árboles hasta llegar a tres kilómetros del lugar. Otro «Sidearm» se desprendió del «Frisbee» y partió velozmente hacia el transmisor del radar. En el mismo momento dos misiles se acercaron a ellos. Duke aceleró al máximo y viró violentamente al Este, lanzando chaff y bengalas mientras lo hacía. Uno de los misiles fue derecho a la nube de chaff y explotó sin producir daños. El otro se mantuvo autoguiado por la borrosa señal de radar reflejada por el «Frisbee» y no parecía desprenderse. Ellington levantó bruscamente el avión y lo puso en un viraje de máxima «g», con la esperanza de apartarse del misil con maniobras más cerradas. Pero el «SA—11» era demasiado rápido. Explotó a treinta metros del «Frisbee». Los dos hombres se expulsaron del avión que se desintegraba y sus paracaídas se abrieron apenas a cien metros del suelo.

Ellington cayó cerca del borde de un pequeño claro. Se quitó de inmediato el correaje y conectó su radio de rescate antes de sacar el revólver. Alcanzó a ver el paracaídas de Eisly que desaparecía entre la arboleda, y corrió en esa dirección.

—¡Malditos árboles! —dijo Eisly.

Sus pies habían quedado colgando lejos del suelo. Ellington pudo trepar y cortar las cuerdas para bajarlo. La cara del mayor estaba sangrando.

En el Norte se oyeron tronar las explosiones.

—¡Lo batieron! —dijo Ellington.

—Sí, pero ¿quién nos batió a nosotros? —preguntó Eisly— Me duele la espalda.

—¿Puedes moverte, Don?

—¡Diablos, sí!

STENDAL, REPUBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

La dispersión de las reservas de combustible en pequeños depósitos había reducido casi a cero los ataques de la OTAN. La sensación de seguridad resultante duró aproximadamente un mes. Los ataques a las columnas de tanques y a los depósitos de munición eran graves, pero tenían abundancia de repuestos para ambas cosas. El combustible era una historia diferente.

—Camarada general, la OTAN ha cambiado la prioridad de sus ataques aéreos.

Alekseyev, que estaba observando la situación en el mapa, se volvió para escuchar a su oficial de Inteligencia aérea. Cinco minutos después entró su jefe de abastecimientos.

—¿Cómo es de grave?

—En total, quizás alcance a un diez por ciento de nuestras disponibilidades adelantadas. En el sector de Alfeld, más del treinta por ciento.

En ese momento sonó el teléfono. Era el general cuyas divisiones debían atacar Alfeld cinco horas más tarde.

—¡Me he quedado sin combustible! Atacaron y destruyeron el convoy a veinte kilómetros de aquí.

—¿Puede actuar con lo que tiene? —preguntó Alekseyev.

—Puedo, ¡pero no podré maniobrar prácticamente nada con mis unidades!

—Debe atacar con lo que tiene.

—Pero...

—Hay cuatro divisiones de soldados soviéticos que morirán si usted no los releva. ¡El ataque se hará como está planificado!

Alekseyev colgó el teléfono. A Beregovoy también le escaseaba el combustible. Un tanque podía tener combustible suficiente para recorrer trescientos kilómetros en línea recta, pero casi nunca viajaban en línea recta y, a pesar de las órdenes, las tripulaciones, invariablemente, dejaban los motores en marcha cuando se detenían por completo. El tiempo necesario para hacer arrancar los diesel podía significar la muerte si caía de improviso un ataque aéreo sobre ellos. Beregovoy se había visto obligado a dar todo su combustible de reserva a sus tanques que se dirigían al Este, de manera que pudieran llegar a Alfeld simultáneamente con las divisiones C que venían desde el Oeste. las dos divisiones que se hallaban sobre la margen izquierda del Weser habían quedado, de hecho, inmovilizadas. Alekseyev estaba jugando la ofensiva a su capacidad para restablecer sus rutas de abastecimiento. Ordenó a su jefe de abastecimiento que consiguiera más combustible. Y si su ataque tenía éxito necesitaría aún más.

MOSCU, URSS.

La transición era ridícula..., menos de dos horas de vuelo en jet desde Stendal hasta Moscú, desde la guerra hasta la paz, desde el peligro hasta la seguridad. El chófer de su padre, Vitaly, lo esperaba en el aeropuerto militar y lo condujo de inmediato a la dacha oficial del ministro, en el bosque de abedules en las afueras de la ciudad. Entró a la sala anterior y vio que su padre estaba acompañado por un extraño.

—De modo que éste es el famoso Iván Mikhailovich Sergetov, mayor del Ejército soviético.

—Discúlpeme, camarada, pero no creo que nos conozcamos.

—Vanya, te presento a Boris Kosov.

El rostro del joven oficial traicionó apenas una fracción de su emoción al ser presentado al director de la KGB. Se echó hacia atrás en el sillón y observó al hombre que había ordenado colocar las bombas en el Kremlin, después de organizar la presencia de niños en el lugar. Eran las dos de la mañana. Tropas de la KGB leales —consideradas leales, se corrigió a sí mismo el ministro Sergetov— a Kosov, patrullaban afuera para mantener el secreto de esa reunión.

—Iván Mikhailovich —dijo afablemente Kosov—, ¿cuál es su apreciación de la situación en el frente?

El joven oficial dominó el deseo de mirar a su padre para tener una guía.

—El éxito o el fracaso de la operación depende del equilibrio..., recuerde que yo soy un oficial de poca jerarquía y carezco de la experiencia necesaria para una apreciación responsable. Pero, a mi modo de ver, la campaña podría evolucionar todavía para uno u otro lado. La OTAN tiene escasez de potencial humano, pero han recibido una repentina inyección de abastecimientos.

—Para unas dos semanas.

—Probablemente menos —dijo Sergetov— una cosa que hemos aprendido en el frente es que los suministros se agotan antes de lo esperado. El combustible, la munición, todo parece evaporarse. Así es que nuestros amigos de la Marina deben seguir golpeando los convoyes.

—Nuestra capacidad para hacer eso ha quedado seriamente reducida —dijo Kosov—. Yo no esperaría... La verdad es que la Marina ha sido derrotada. Islandia pronto volverá a estar en manos de la OTAN.

—¡Pero Bukharin no dijo eso! —objetó el mayor de los Sergetov.

—Él no nos dijo tampoco que los aviones de largo alcance de la Flota del Norte estaban casi liquidados, pero lo estaban. ¡Los norteamericanos ya tienen una división completa en Islandia, con apoyo masivo de su flota! A menos que nuestros submarinos puedan vencer esa colección de buques, y recuerde que mientras permanezcan allí no pueden atacar a los convoyes, Islandia estará perdida en el término de una semana. Con eso quedará eliminada la estrategia de nuestra armada para aislar Europa. Si la OTAN puede abastecerse a voluntad, ¿qué ocurrirá entonces?

Iván Sergetov se acomodó nerviosamente en su sillón. Podía ver a dónde llevaba la conversación.

—Entonces, posiblemente habremos perdido.

—¿Posiblemente? —protestó Kosov— En ese caso estamos condenados. Habremos perdido nuestra guerra contra la OTAN, seguiremos contando solamente con una fracción de

nuestras necesidades energéticas, y nuestras fuerzas armadas son ya una sombra de lo que eran. ¿Y qué hará entonces el Politburó?

—Pero si la ofensiva sobre Alfeld tiene éxito...

Ambos miembros del Politburó ignoraron la posibilidad.

—¿Y las negociaciones secretas de Alemania en la India? —preguntó el ministro Sergetov.

—¡Ah! ¿No notó usted que el ministro de Relaciones Exteriores trató de tapar el asunto? —Kosov sonrió maliciosamente, pues era un hombre nacido para la conspiración— Ellos no han cambiado ni una coma de su original posición negociadora. En el mejor de los casos, era una cuña contra el colapso de las fuerzas de la OTAN. También puede haber sido una jugarreta desde el principio. No estamos seguros. —El jefe de la KGB se sirvió un vaso de agua mineral— El Politburó se reúne dentro de ocho horas. Yo no me encontraré allí. Siento que está a punto de darme un ataque a causa de mi corazón enfermo.

—¿Entonces su informe lo hará Larionov?

—Sí —sonrió Kosov—. Pobre Josef. Está atrapado por sus propias apreciaciones de Inteligencia. Informará que las cosas no están marchando de acuerdo a lo planificado, pero siguen adelante. Dirá que el actual ataque de la OTAN es un intento desesperado para impedir la ofensiva sobre Alfeld, y que las negociaciones alemanas todavía constituyen una promesa. Debo advertirle, mayor, que uno de sus hombres revisa en su estado mayor. Yo conozco su nombre, pero no he visto sus informes. Probablemente fue él quien proporcionó la información que concluyó con el arresto del anterior comandante y el nombramiento de su general en su lugar.

—¿Qué le ocurrirá? —preguntó el oficial.

—Eso no es de su interés —contestó fríamente Kosov.

En las últimas treinta y seis horas habían sido arrestados un total de siete oficiales superiores. Todos estaban ahora en la prisión de Lefortovo, y Kosov no hubiera podido cambiar sus destinos aunque hubiese deseado hacerlo.

—Padre, necesito conocer la situación de combustible.

—Hemos descendido al mínimo de las reservas nacionales... Ustedes tienen combustible para una semana, entregado o a punto de ser enviado, y aproximadamente el suministro de una semana para las fuerzas desplegadas en Alemania, más otra semana para los ejércitos designados para entrar en el golfo Pérsico.

—Por lo tanto, diga a su comandante que tiene dos semanas para ganar la guerra. Si fracasa, le costará la cabeza. Larionov echará las culpas al Ejército por sus propios errores de Inteligencia. Su vida estará en peligro, joven.

—¿Quién es el espía de la KGB en nuestro estado mayor?

—El Oficial de Operaciones del Teatro. Lo nombraron hace años, pero su oficial de control está en la facción de Larionov. Yo no sé exactamente lo que informa.

—El general Alekseyev está..., técnicamente está violando las órdenes al sacar una división del Weser para enviarla hacia el Este a cooperar en Alfeld.

—Entonces él ya está en peligro, y yo no puedo ayudarle. No sin algún soborno.

—Vanya, tú deberías regresar ahora. El camarada Kosov y yo tenemos que conversar de otras cosas.

Sergetov abrazó a su hijo y lo acompañó hasta la puerta. Quedó esperando hasta que vio desaparecer entre los abedules las rojas luces traseras del automóvil.

—¡No me gusta usar a mi propio hijo en esto!

—¿En quién otro podría confiar, Mikhail Eduardovich? La Rodina se enfrenta a su posible destrucción, la conducción del Partido se ha vuelto loca, y yo ni siquiera tengo el control total de la KGB. No lo comprende: ¡hemos perdido! Ahora debemos salvar lo que podamos.

—Pero todavía conservamos territorio enemigo...

—El ayer no importa. El hoy no importa. Lo que importa es qué habrá dentro de una semana a partir de hoy. ¿Qué hará nuestro ministro de Defensa cuando resulte obvio, aun para él, que hemos fracasado? ¿Ha considerado usted eso? Cuando los hombres desesperados se dan cuenta de que han fracasado... y esos hombres desesperados tienen el control de las armas atómicas, ¿entonces qué?

¿Entonces qué, ciertamente?, se preguntó Sergetov. Y, luego, consideró otros dos interrogantes. *¿Qué hago yo, que hacemos nosotros, al respecto?* Después miró a Kosov y se planteó a sí mismo la segunda pregunta.

ALFELD, REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA.

Mackall se sorprendió al ver que los rusos no estaban respondiendo muy rápido. Se habían producido ataques aéreos y varios bombardeos intensos de la artillería durante la noche, pero el esperado ataque terrestre no llegó a materializarse. Eso fue un error crucial para los rusos. Habían recibido más munición, completando sus niveles máximos de abastecimiento por primera vez en varias semanas. Mejor aún, toda una brigada de Granaderos Panzer alemanes había reforzado las disminuidas filas del undécimo de Caballería, y Mackall había aprendido a confiar en esos hombres como confiaba en el blindaje de su tanque. Sus posiciones defensivas estaban dispuestas en profundidad hacia el Este y el Oeste. las fuerzas blindadas, presionando desde el Norte, podían ahora apoyar a Alfeld con sus cañones de gran alcance. Los ingenieros consiguieron reparar los puentes rusos sobre el Leine, y Mackall se disponía a desplazar sus tanques al Este para apoyar a las tropas mecanizadas en su defensa de las ruinas en que se había convertido Alfeld.

Fue extraño atravesar el puente soviético de campaña. ¡Ya el solo hecho de estar avanzando hacia el Este era de por sí extraño!, pensó Mackall, y su conductor estaba nervioso, cruzando esa estructura angosta y de apariencia débil a menos de diez kilómetros por hora. Después de hacerlo se dirigieron al Norte costeando el río y rodeando la ciudad. Caía una fina llovizna, había un poco de niebla y colgantes nubes bajas, típico tiempo del verano europeo, y la visibilidad estaba reducida a menos de mil metros. Lo esperaban unos soldados que guiaban a los tanques recién llegados hasta posiciones defensivas elegidas. Por una vez, los soviéticos habían ayudado. En sus constantes esfuerzos para despejar de escombros los caminos, proporcionaron a los americanos pilas de ladrillos y piedras de unos dos metros de altura, casi exactamente el tamaño necesario para que los tanques se escondieran detrás de ellas. El teniente bajó de su vehículo para revisar la situación en que habían sido estacionados sus cuatro tanques; después conferenció con el comandante de la compañía de infantería a la que tenía que apoyar. Había dos batallones de infantería en trincheras profundamente cavadas en los alrededores de Alfeld, apoyados por un escuadrón de tanques. Mackall oyó silbar allá arriba las granadas de artillería; eran de esa nueva clase que dejaban caer minas sobre el campo de batalla cubierto por la niebla que se extendía frente a él. El silbido cambió mientras subía a su tanque. Se acercaba.

STENDAL, REPUBLICA DEMOCRáTICA ALEMANA.

—Han tardado mucho en ponerlas en marcha —gruñó Alekseyev a su oficial de operaciones.

—Son tres divisiones, y ahora se están moviendo.

—Pero ¿cuántos refuerzos han llegado?

El hombre de operaciones había advertido a Alekseyev su opinión contraria a coordinar un ataque de pinza, pero el general se había ajustado al plan. La división A de tanques, de Beregovoy, ya estaba en posición para atacar desde el Oeste, mientras las tres divisiones C de reserva lo hacían desde el Este. La fuerza regular de tanques no tenía artillería, pues había tenido que moverse demasiado rápido para llevarla; pero trescientos tanques y seiscientos camiones de tropa constituían una fuerza formidable por sí solos, pensaba el general..., aunque..., ¿contra qué iban a pelear, y cuántos vehículos habían resultado destruidos o dañados por los ataques aéreos en la marcha de aproximación?

Llegó Sergetov. Su uniforme de la clase A estaba arrugado por los viajes.

—¿Cómo estaba Moscú? —preguntó Alekseyev.

—Oscuro, camarada general. ¿Qué tal fue el ataque?

—Va a empezar ahora.

—¿Qué?

El mayor quedó sorprendido por la demora. Miró detenidamente al Oficial de operaciones del Teatro, que estaba inclinado sobre un mapa extendido en la mesa, frunció la frente por el despliegue, mientras los oficiales de operaciones se preparaban para ir marcando los progresos del ataque.

—Tengo un mensaje del alto mando para usted, camarada general.

Sergetov le entregó un formulario de apariencia oficial. Alekseyev le echó un vistazo..., y suspendió la lectura. Sus dedos se pusieron tensos sobre el papel durante unos segundos hasta que recuperó su autodominio.

—Venga a mi oficina. —El general no dijo nada más hasta que la puerta estuvo cerrada— ¿Está seguro de esto?

Alekseyev se sentó en una esquina del escritorio. Encendió un fósforo y quemó el formulario del mensaje, contemplando cómo avanzaba la llama a través del papel hasta casi llegar a las puntas de sus dedos.

—Esa podrida comadreja. ¡Stukach! ¡Un informante en mi propio estado mayor! ¿Qué más?

Sergetov relató las otras informaciones que había conocido. El general guardó silencio durante un minuto, calculando sus requerimientos de combustible en relación con las reservas.

—Si el ataque de hoy fracasa..., hemos...

Se volvió; no quería, no podía permitirse decirlo en voz alta. *¡Yo no me he preparado toda mi vida para fracasar!* Recordó la primera noticia que había tenido sobre la campaña contra la OTAN. *Les dije que atacaran de inmediato. Les dije que necesitábamos la sorpresa estratégica, y que tendríamos dificultad para obtenerla si esperábamos tanto tiempo. Les dije que tendríamos que cerrar el Atlántico Norte para impedir el reabastecimiento de las fuerzas de la OTAN. Y qué. Ahora, que no hemos logrado nada de eso, mi amigo está en una prisión*

de la KGB y mi propia vida se halla en peligro porque no puedo fallar al hacer lo que yo mismo les dije que no podíamos hacer..., ¡porque yo tuve razón en todo momento!

Vamos, vamos, Pasha. ¿Por qué habría de escuchar a sus soldados el Politburó si con la misma facilidad puede fusilarlos?

El Oficial de Operaciones del Teatro asomó la cabeza por la jamba de la puerta.

—Las tropas están en movimiento.

—Gracias, Yevgeny Eych —contestó amablemente Alekseyev, y se levantó del escritorio— Vamos, mayor, ¡veamos cuánto tardamos en romper las líneas de la OTAN!

ALFELD, REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA.

—Pelea callejera —dijo Woody desde su puesto de artillero.

—Eso parece —coincidió Mackall.

Les habían dicho que debían esperar dos o tres divisiones soviéticas de la reserva. Juntas tendrían tal vez la potencia de fuego de dos unidades regulares, y ahora estaban disparando a ambos lados del río. La pésima visibilidad perjudicaba los dos bandos. Los rusos no podían dirigir bien el fuego de su artillería, y las tropas de la OTAN tendrían un apoyo aéreo mínimo. Como de costumbre, la peor parte del bombardeo preliminar fue la de los cohetes, que duró dos minutos: los misiles no dirigidos caían como granizo. Aunque murieron hombres y explotaron vehículos, la fuerza defensiva estaba bien preparada, y las bajas no fueron considerables.

Woody encendió su visor de imágenes térmicas. Le permitía ver aproximadamente a mil metros, el doble del alcance visual. En el lado izquierdo de la torreta, el auxiliar de carga estaba sentado muy nervioso; su pie descansaba sin presionar sobre el pedal que controlaba las portezuelas del compartimiento de munición. El conductor, en su caja del tamaño de un ataúd, debajo del cañón principal, tamborileaba con los dedos sobre la barra de control.

—Animo, muchachos. Está llegando tropa nuestra —dijo Mackall a su tripulación—. Informe de movimiento hacia el Este.

—Los veo —confirmó Woody.

Unos pocos hombres de infantería regresaban de sus puestos de escucha adelantados. *No tantos como debieran haber sido,* pensó Mackall*. Tantas bajas en los últimos...*

—Blanco tanque, a las doce —dijo Woody. Apretó los disparadores y el tanque pareció saltar con el primer tiro. La vaina vacía salió expulsada de la recámara. El auxiliar de carga empujó el pedal con el pie. La portezuela del compartimiento de munición se abrió deslizándose y él extrajo otro obús, lo hizo girar en un cerrado círculo y lo metió de un golpe en la recámara.

—¡Listo!

Woody tenía ya un nuevo blanco. Actuaba, en general, por su propia iniciativa mientras Mackall vigilaba el frente de todo el pelotón. El comandante de la compañía estaba pidiendo fuego de artillería. Inmediatamente detrás de la primera fila de tanques, vieron infantes en tierra que corrían para seguirlos. Entre ellos iban mezclados también carros de infantería de ocho ruedas. Los «Bradley» los atacaron con sus cañones de veinticinco milímetros, mientras los proyectiles de artillería con espoletas de proximidad empezaban a explotar a seis metros del suelo, regando a los infantes con sus fragmentos.

No podían errar. Los tanques rusos avanzaban con intervalos que eran la mitad de los normales de cien metros, concentrados en un angosto frente. Woody vio que eran los viejos «T—55», con sus obsoletos cañones de cien milímetros. Destruyó tres antes de que pudieran ver siquiera las posiciones de la OTAN. Una granada cayó en la pila de piedras delante de su tanque, despidiendo una mezcla de fragmentos de acero y trozos de roca que cayeron sobre el vehículo. Woody despachó el tanque agresor. Empezaron a llover granadas de humo..., que no ayudaban a los rusos. las miras electrónicas de los vehículos de la OTAN podían ver a través de él. Cayó más fuego de artillería sobre los tanques norteamericanos ahora que los rusos podían ver lo suficiente como para dirigir el fuego sobre sus posiciones, y con eso se inició un duelo de artillería cuando los cañones de la OTAN buscaron las baterías rusas.

—¡Tanque con antena! ¡Sabot!

El artillero centró sus miras en el «T—55» y disparó. Esta vez erró el tiro, y volvieron a cargar. El segundo disparo hizo volar la torreta hacia el cielo. La mira térmica mostró los puntos brillantes de misiles antitanques que corrían hacia el pie de la montaña, y el chorro de explosiones de los vehículos en que hacían impacto. Repentinamente los rusos se detuvieron. La mayor parte de los vehículos quedaron destruidos en la posición que tenían, pero algunos alcanzaron a dar vuelta y escapar.

—¡Alto el fuego, alto el fuego! —ordenó Mackall a su pelotón— Informen situación.

—Tres dos tiene destruida una oruga —respondió uno de los tanques. Los otros estaban intactos, protegidos por los refugios de piedra.

—Hicimos nueve disparos, jefe —dijo Woody.

Mackall y el auxiliar de carga abrieron sus escotillas para ventilar el olor acre del propulsor. El artillero se quitó el casco de cuero y sacudió la cabeza. Su pelo rubio estaba sucio.

—¿Saben? Hay una cosa que echo de menos en el «M—60».

—¿Qué es, Woody?

—Que no tenemos escotilla en el fondo. Es bueno poder hacer un pis sin tener que salir.

—¡Para qué lo dijiste! —gimió el conductor.

Mackall se rió. Y pasó un momento antes de que se diera cuenta del porqué. Por primera vez habían logrado detener a Iván decididamente, sin tener que retirarse en lo más mínimo... ¡Afortunadamente, dado que su posición esta vez no les habría permitido esa posibilidad! ¿Y cómo reaccionaban los tripulantes? Haciendo chistes.

USS REUBEN JAMES.

O'Malley despegó de nuevo. Estaba haciendo un promedio de diez horas diarias de vuelo. En los cuatro últimos días, tres buques habían sido torpedeados, otros dos sufrieron daños por misiles lanzados por submarinos, pero los rusos habían pagado mortalmente caro por todo eso. Habían enviado unos veinte submarinos a las aguas de Islandia. Ocho resultaron destruidos cuando trataban de atravesar la línea del piquete de submarinos que formaban la defensa exterior de la flota. Otros desaparecieron por acción de la línea de buques de sonares de arrastre, cuyos helicópteros volaban ahora apoyados por los del HMS Ilustrious. El audaz comandante de un «Tango» había logrado penetrar uno de los grupos de portaaviones, colocando un torpedo contra el resistente pellejo del America, aunque de inmediato fue atacado y hundido por el destructor Caron. El portaaviones ahora sólo podía navegar a veinticinco nudos, apenas lo suficiente para realizar operaciones de vuelo, pero aún estaba allí.

La Fuerza Mike (Reuben James, Battleaxe e Illustrious) estaba escoltando hacia el Sur a un grupo anfibio, para otro desembarco. Todavía quedaban lobos en el bosque, e Iván saldría a atacar a los buques de guerra anfibia tan pronto como tuviera la oportunidad. Desde trescientos metros de altura, O'Malley podía ver hacia el Norte al Nassau y otros tres buques. Se levantaba humo desde Keflavik. las tropas rusas no tenían descanso.

—No les será fácil detectarnos —pensó Ralston en voz alta.

—¿Tú crees que esas tropas rusas tienen radios? —preguntó O'Malley.

—Seguro.

—¿Y que tal vez puedan vernos desde esas montañas..., y transmitir a un submarino lo que ven?

—No lo pensé —admitió el alférez.

—Bien. Estoy seguro de que Iván lo ha hecho.

O'Malley miró de nuevo hacia el Norte. Había tres mil infantes de Marina en aquellos bosques. Los infantes de Marina le habían salvado el trasero en Vietnam en más de una ocasión.

La fragata Reuben James y O'Malley se hallaban sobre el lado de la costa con respecto al pequeño convoy, mientras que los buques británicos y sus helicópteros custodiaban el lado del mar. las aguas tenían relativamente poca profundidad. Tuvieron que recoger sus sonares de arrastre.

—Willy, lanza..., ¡ya, ya, ya!

Proyectaron la primera sonoboya activa. En los cinco minutos siguientes lanzaron otras cinco. Allí no se debían utilizar las boyas pasivas que se empleaban en las búsquedas en océano abierto. El sigilo no estaba en las cartas si los submarinos rusos recibían información y sabían donde tenían que ir. Era mejor asustarlos para que se fueran, que tratarlos con delicadeza.

Tres horas, pensó O'Malley.

—Hammer, aquí Romeo —llamó Morris—. Bravo e India están trabajando un posible contacto hacia mar afuera, dos nueve millas, marcación dos cuatro siete.

—Recibido, comprendido, Romeo —contestó O'Malley—. Ese bastardo está dentro del alcance de los misiles —dijo a Ralston— Eso tendría que llenar de felicidad a los infantes de Marina.

—¡Contacto! Posible contacto sobre boya cuatro —anunció Willy, observando la pantalla del sonar— La señal es débil.

O'Malley hizo un viraje con su helicóptero y volvió sobre la línea.

KEFLAVIK, ISLANDIA.

—¿Dónde le parece que están? —preguntó Andreyev a su oficial de enlace naval.

Varias estaciones de observación sobre las montañas habían informado la posición de la formación y ellos la habían localizado en el mapa.

El oficial movió la cabeza.

—Tratando de llegar a los blancos.

El general recordó su propia experiencia a bordo de un buque; qué vulnerable se había sentido, qué peligroso había sido. una parte remota de su conciencia sentía simpatía por los infantes de Marina norteamericanos. Pero la generosidad era un lujo que el general no podía permitirse. Sus paracaidistas estaban luchando con un enemigo fuerte, y no podía ver con buenos ojos que llegaran más tropas y equipos..., ¡por supuesto!

Había desplegado su división para mantener a los norteamericanos lejos de la zona de Reykiavik-Keflavik todo el tiempo que fuera posible. Sus órdenes originales continuaban en vigencia: negar la base aérea de Keflavik a la OTAN. Eso podía hacerlo, aunque significara el posible aniquilamiento de sus soldados de élite. Su problema consistía en que el aeropuerto de Reykiavik sería igualmente útil para el enemigo, y una división ligera no era suficiente para cubrir ambos lugares.

Y ahora los norteamericanos navegaban a lo largo de sus costas a simple vista de sus observadores: un regimiento completo, además de armas pesadas y helicópteros, que podían desembarcar en cualquier lugar que desearan. Si él modificaba su despliegue para contener esa amenaza se arriesgaba al desastre al retirar de la lucha a sus unidades adelantadas. Si movía sus reservas, quedarían en terreno expuesto, donde los cañones navales y los aviones podrían aniquilarlos. Esta unidad se estaba desplazando no para unirse a las otras ya desplegadas contra sus infantes paracaidistas, sino para explotar una debilidad en el término de minutos en vez de horas. una vez en posición, los buques de desembarco podían esperar la relativa oscuridad, o una tormenta, y moverse a través del agua sin ser vistos hasta que los hombres saltaran a tierra. ¿Cómo podía él desplegar sus fuerzas para contrarrestar eso? Sus radares estaban acabados, sólo le quedaba un lanzador «SAM», y los acorazados habían destruido sistemáticamente casi toda su artillería.

—¿Cuántos submarinos hay allá?

—No lo sé, camarada general.

USS REUBEN JAMES.

Morrís observaba la información del sonar. Al cabo de unos minutos, el contacto de la sonoboya había desaparecido. Un cardumen de arenques, tal vez. las aguas del océano estaban llenas de peces y un número suficiente de ellos producían en el sonar activo el efecto de un submarino. Su propio sonar estaba virtualmente inutilizado mientras su buque se esforzaba para mantenerse a la par con los anfibios. Un posible submarino hacia el lado del mar abierto (cualquier contacto de submarino podía ser un submarino de misiles—crucero) fue todo lo que necesitó el comandante para ordenar velocidad máxima.

Ahora O'Malley estaba hundiendo su sonar de inmersión, tratando de recuperar el contacto perdido. Era el único capaz de seguir el ritmo de las cosas.

—Romeo, aquí Bravo. Le informo que estamos persiguiendo un posible submarino lanzamisiles.

Doug Perrin tenía que asumir el peor de los casos.

—Recibido, Bravo; comprendido.

De acuerdo con el cuadro de situación, había tres helicópteros en apoyo de la Battleaxe, y la fragata británica se había interpuesto en la línea que unía el contacto con los buques anfibios. Ten cuidado, Doug.

—¡Contacto! —dijo Willy— Tengo un contacto de sonar activo con marcación tres cero tres, distancia dos trescientos.

O'Malley no necesitaba mirar su pantalla táctica. El submarino estaba entre él y los anfibios.

—¡Arriba el sonar! —El piloto se mantuvo en vuelo estacionario mientras el transductor del sonar era izado, pues ahora el contacto estaba alertado, y eso lo hacía más difícil— Romeo, Hammer, tenemos un contacto aquí.

—Recibido, comprendido.

Morris estaba observando la pantalla. Ordenó que la fragata se acercara a velocidad máxima. No era una táctica hábil, pero no tenía otra alternativa: debía atacar al contacto antes de que tuviera a su alcance a los anfibios.

—Transmita señales al Nassau: estamos trabajando un posible contacto.

—¡Abajo el sonar! —ordenó O'Malley—. ¡Que caiga a ciento veinte y martille!

Willy activó el sonar tan pronto como alcanzó la profundidad deseada. La pantalla se llenó de ecos. El transductor estaba tan cerca del lecho de rocas que aparecieron casi veinte agujas rocosas. una marea que avanzaba velozmente no ayudaba nada. El ruido de flujo alrededor de macizos daba numerosas lecturas falsas también en el sondeo pasivo.

—Señor, aquí tengo un montón de nadas.

—Puedo sentirlo, Willy. La última vez que pusimos el sonar activo, apuesto que teníamos al tipo a profundidad de periscopio, y se sumergió hondo mientras nosotros volvíamos.

—¿Tan rápido? —preguntó Ralston.

—Tan rápido.

—Jefe, una de estas cosas podría estar moviéndose un poquito.

O'Malley pulsó la tecla de la radio y obtuvo permiso de Morris para lanzar. Ralston graduó el torpedo para búsqueda circular y el piloto lo lanzó al mar. Luego, conectó el sonar a sus

auriculares. Oyó el gemido de las hélices del torpedo y después los pings de alta frecuencia de su sonar de autoguiado. Continuó girando durante cinco minutos; y entonces cambió la emisión activa a continua..., y explotó.

—Esa explosión sonó extraña, señor —observó Willy.

—Hammer, Romeo; informe.

—Romeo, Hammer, creo que acabamos de destruir una roca. —O'Malley hizo una pausa— Romeo, aquí hay un submarino, pero todavía no lo puedo probar.

—¿Qué le hace pensar eso, Hammer?

—Este maldito lugar es hermoso para esconderse, Romeo.

—De acuerdo. —Morris había aprendido a confiar en las corazonadas de O'Malley, así que llamó al comandante de las fuerzas anfibias a bordo del Nassau— November, aquí Romeo, tenemos un posible contacto. Recomiendo que maniobre al Norte mientras continuamos.

—Negativo, Romeo —replicó de inmediato el comandante—. India está trabajando un probable, repito, probable contacto que actúa como un submarino lanzamisiles. Seguimos con rumbo a nuestro objetivo a máxima velocidad. Atrápenlo, Romeo.

—Comprendido, cambio y corto. —Morris colgó el teléfono y miró a su oficial de acción táctica— Continúe acercándose al punto establecido.

—¿No es peligroso esto? ¿Correr detrás de un contacto de submarino? —preguntó Calloway—. ¿No tiene su helicóptero para mantenerlo a raya?

—Está aprendiendo, señor Calloway. Es peligroso, es cierto. Creo que mencionaron que nuestro trabajo podía serlo, cuando estaba en Anápolis...

Sus dos turbinas jet funcionaban a plena potencia, y la filosa proa de la fragata cortaba el agua a más de treinta nudos. El par de torsión de su única hélice daba a la nave una escora de cuatro grados a babor, mientras navegaba velozmente acercándose al submarino.

—Esto se está poniendo feo. —O'Malley podía ver claramente el mástil de la fragata con su diseño característico bastante arriba del horizonte, mientras él se mantenía a quince metros sobre el agua en vuelo estacionario—. ¡Háblame, Willy!

—Hay un montón de ecos de fondo, que debe de parecer una ciudad, con todas esas malditas cosas en punta hacia arriba. Hay remolinos..., hay demasiadas cosas aquí, señor. ¡El rendimiento del sonar está arruinado!

—Usemos el pasivo.

El piloto levantó el brazo y cambió la llave para escuchar. Willy tenía razón. Demasiado ruido de flujo. ¡Piensa!, se dijo a sí mismo. El piloto miró su pantalla táctica. Los anfibios se hallaban a escasas diez millas. No podía oírlos en su sonar, pero había una probabilidad de un treinta por ciento de que un submarino sí pudiera. Si antes lo tuvimos a profundidad de antena, probablemente tiene una idea de dónde se encuentran, pero no lo bastante buena como para disparar.

—Romeo, Hammer, ¿puede advertir a los anfibios para que se alejen? Cambio.

—Negativo, Hammer. Están escapando de un probable contacto hacia mar abierto.

—¡Grande! —gruñó O'Malley por el intercomunicador—. Prepárate para levantar el sonar, Willy.

Un minuto después habían puesto rumbo oeste.

—Este piloto de submarino tiene bien puestas las pelotas —dijo el piloto— Y también tiene sesos... —O'Malley pulsó la tecla de la radio.

—Romeo, Hammer, ponga el recorrido de November en su pantalla táctica y transmítalo a mi receptor.

Tardó un minuto. O'Malley bendijo al desconocido ingeniero que había diseñado y construido aquel equipo integrado al ordenador táctico del «Seahawk». El piloto trazó una línea imaginaria desde el único contacto obtenido del submarino y el recorrido proyectado del Nassau. Calculó que el submarino está navegando a veinte o veinticinco nudos... El piloto bajó el brazo y clavó su dedo sobre el vidrio de la pantalla.

—¡Aquí es donde se encuentra ese bastardo!

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Ralston.

O'Malley ya había puesto rumbo hacia ese lugar.

—¡Porque si yo fuera él, allí es donde estaría! Willy, la próxima vez que hundamos el sonar deberás mantenerlo exactamente a treinta metros. Y te diré otra cosa, señor Ralston..., este tipo cree que nos ha ganado. ¡Nadie le gana a Hammer!

O'Malley describió un círculo sobre el lugar que había elegido y puso el «Seahawk» en vuelo estacionario.

—Abajo el sonar, Willy. Búsqueda pasiva solamente.

—Treinta metros, escuchando, jefe. —Los segundos se convirtieron en minutos mientras el piloto operaba los controles para mantener quieto el helicóptero—. Posible contacto, marcación uno seis dos.

—¿Pasamos a activo? —preguntó Ralston.

—Todavía no.

—La marcación está cambiando lentamente, ahora uno cinco nueve.

—Romeo, Hammer, tenemos un posible contacto de submarino.

El ordenador de a bordo del helicóptero transmitió los datos a la Reuben James. Morris alteró el rumbo para acercarse al contacto. O'Malley levantó el sonar de inmersión lanzando una sonoboya para marcar la situación y mantener el contacto mientras él se desplazaba a otra posición. La fragata se hallaba ahora a cuatro millas del helicóptero.

—¡Abajo el sonar!

Otro minuto de espera.

—Contacto, marcación uno nueve siete. La boya seis indica una marcación al contacto de uno cuatro dos.

—¡Te agarré, estúpido! ¡Arriba el sonar, vamos a hundirlo!

Ralston preparó el sistema de ataque mientras O'Malley se desplazaba hacia el Sur para colocarse justo detrás del blanco. Reguló su último torpedo para una profundidad de búsqueda de sesenta metros y una trayectoria adelante.

—¡Abajo el sonar!

—Contacto, marcación dos nueve ocho.

—¡Martille!

Willy apretó el botón del sonar activo.

—Contacto positivo, marcación dos nueve ocho, distancia seiscientos.

—¡Listo! —dijo Ralston inmediatamente; el piloto oprimió con el pulgar el botón rojo del lanzamiento, y el bruñido torpedo verde cayó al agua. Pero no ocurrió nada.

—Jefe, el torpedo no se activó..., ha fallado, señor.

No había tiempo para maldecir.

—Romeo, Hammer, acabamos de lanzar sobre un contacto positivo..., torpedo defectuoso, no funcionó.

Morris apretó el puño sobre el receptor del radioteléfono. Dio órdenes para rumbo y timón.

—Hammer, Romeo, ¿puede continuar el seguimiento del blanco?

—Afirmativo, está navegando muy rápido con rumbo dos dos cero..., espere, ahora vira al Norte..., parece estar disminuyendo la velocidad.

La Reuben James se hallaba en ese momento a seis mil metros del submarino. las naves llevaban rumbos convergentes, y cada uno de ellos se encontraba dentro del alcance de tiro de la otra.

—¡Detención de emergencia! —ordenó Morris. Segundos después todo el buque vibraba al invertir la fuerza. En menos de un minuto la fragata redujo la velocidad a cinco nudos, y Morris ordenó disminuirla a tres nudos, apenas lo necesario para gobernarla.

—¿«Prairie—Masker»?

—Está operando, señor —confirmó el oficial de control del buque.

Calloway se había mantenido fuera del paso y con la boca cerrada..., pero esto era demasiado.

—Capitán Morris, ¿no somos un blanco demasiado fácil?

—Ajá —asintió Morris— Pero nosotros podemos detenernos con más rapidez que él. Su sonar debería estar otra vez en escucha..., y ahora no hacemos suficiente ruido como para que nos oiga. las condiciones de sonar son malas para todos. Es una jugada —admitió el comandante de la fragata.

Pidió otro helicóptero. El Ilustrious iba a enviarle uno dentro de quince minutos.

Morris observaba el helicóptero de O'Malley en el radar. El submarino ruso había vuelto a disminuir la velocidad y se sumergía ahora más profundamente.

—¡Vampiro, vampiro! —gritó el técnico del radar—. Dos misiles en el aire...

—¡Bravo ha destruido un misil, señor! El otro se dirige hacia India!

Los ojos de Morris enfocaron la pantalla táctica principal, Un símbolo en forma de pequeña cuña se acercaba al Mustrious a mucha velocidad.

—Estimo ese vampiro como un «SS-N-19». Bravo aprecia su contacto como un clase «Oscar». Informa impacto, señor.

Cuatro helicópteros evolucionaban alrededor del símbolo del contacto del submarino.

—Romeo, Hammer, ese hijo de puta está ahora directamente debajo de nosotros..., su marcación se invirtió al pasar por aquí.

—¡Sonar, búsqueda yanqui sobre marcación uno uno tres! —Morris cogió el radioteléfono—: ¡November, vire al Norte ya! —ordenó al Nassau.

—El India está tocado, señor. El vampiro hizo impacto en el India..., espere, ¡helicóptero del India informa que lanzó otro torpedo sobre el contacto!

El Mustrious tendría que cuidarse a sí mismo, pensó Morris.

—Contacto, sonar, señor, marcación uno uno ocho, distancia mil quinientos.

Las cifras entraron al director del control de fuego. La luz de la solución del problema de tiro se encendió.

—¡Listo!

—¡Fuego! —Morris hizo una pausa—. Puente, Combate: ¡todo adelante flanco. Caiga a la derecha a cero uno cero.

—¡Santo Dios! —comentó Calloway.

En la banda de estribor de la fragata, el montaje triple de torpedos giró y lanzó un solo pescado. Abajo, los maquinistas escuchaban cómo sus máquinas pasaban de fuerza mínima a máxima. La fragata se apoyó sobre la popa cuando su hélice batió el agua convirtiéndola en espuma. las poderosas turbinas jet aceleraron el buque casi como un automóvil.

—¡Romeo, Hammer: cuidado, cuidado, el blanco acaba de dispararle a usted un pescado!

—¿Nixie? —preguntó Morris.

La fragata se movía demasiado rápida para que trabajara su propio sonar.

—Uno en el agua y otro listo para lanzar, señor —respondió un suboficial.

—Bueno, ya está, entonces —dijo Morris; buscó un cigarrillo en el bolsillo, lo miró, y luego arrojó todo el paquete a un cesto de basura.

—Romeo, Hammer, este contacto es de una planta de potencia Tipo-Dos. Lo aprecio como un clase «Victor». A máxima velocidad ahora, virando al Norte. Su torpedo está emitiendo pings contra el blanco. Hemos perdido el pescado que les lanzó a ustedes.

—Recibido, manténgase con el submarino, Hammer.

—¡Vaya un tipo frío! —dijo O'Malley por el intercomunicador.

Alcanzó a ver que se elevaba humo del Illustrious. Idiota, se dijo el piloto a sí mismo. ¡No deberías haber lanzado el primer torpedo! Todo lo que podía hacer ahora era seguir emitiendo con su sonar activo.

—Jefe, el torpedo entró en emisión activa continua. Parece que se está acercando al blanco; el intervalo entre los pings se va acortando. Se oyen ruidos de casco; el submarino está cambiando otra vez de profundidad. Está subiendo, creo.

O'Malley vio una perturbación en el agua. De pronto, la proa esférica del «Victor» apareció en la superficie... El submarino había perdido el control de la profundidad tratando de evadir el torpedo. Lo que siguió un momento después fue la primera explosión de una cabeza de guerra que O'Malley veía en su vida. El submarino estaba deslizándose y volvía a sumergirse cuando surgió un elevado chorro de agua a treinta metros del lugar donde había aparecido la proa.

—Romeo, Hammer, hicieron impacto... ¡Yo vi al hijo de puta! ¡Repito, fue impacto!

Morris verificó con su oficial de sonar. Ellos no habían detectado el sonar de autoguiado del torpedo ruso. Había errado.

El capitán Perrin apenas podía creerlo. El «Oscar» había recibido tres impactos de torpedo hasta ese momento, y aún no se oían ecos de fracturas. Pero los ruidos de máquinas habían cesado, y él tenía al submarino en su sonar activo. La fragata Battleaxe se acercaba a quince nudos cuando la forma negra apareció en medio de una masa de burbujas sobre la superficie. El comandante corrió al puente y enfocó sus binoculares sobre la nave rusa. El submarino estaba apenas a mil quinientos metros. En lo alto de la torreta se vio aparecer un hombre que agitaba desesperadamente los brazos.

—¡No hagan fuego! ¡No hagan fuego! —gritó—. ¡Control del buque, llévenos al lado tan pronto como pueda!

No lo creía. El «Oscar» mostraba un par de orificios dentados en la parte superior del casco, y flotaba con una escora de treinta grados ocasionada por los tanques de lastre desgarrados. Los hombres salían precipitadamente por la torreta y la escotilla anterior.

—Bravo, Romeo. Acabamos de hundir un clase «Victor» cerca de la costa. Por favor, informe su situación. Cambio. Perrin cogió el teléfono.

—Romeo, tenemos un «Oscar» herido sobre la superficie, la tripulación está abandonando la nave. Disparó dos misiles. Nuestros «Sea Wolfes» destruyeron uno. El otro hizo impacto en la proa del India. Nos estamos preparando para las operaciones de rescate. Informe a November que puede continuar su paseo. Cambio.

—¡Felicitaciones, Bravo! Cambio y corto —utilizó otro canal— November, aquí Romeo. ¿Recibió la última transmisión de Bravo? Cambio.

—Afirmativo, Romeo. Sigamos este desfile hasta la playa.

El general Andreyev tomó personalmente el informe del puesto de observación, antes de pasar el radioteléfono a su oficial de operaciones. Los buques de desembarco norteamericanos se encontraban ya a cinco kilómetros del faro de Akranes. Probablemente continuarían hasta la antigua estación ballenera de Hvaljórdur para esperar la oportunidad.

—Resistiremos hasta el fin —dijo el coronel de la KGB—. ¡Les enseñaremos cómo pueden pelear los soldados soviéticos!

—Admiro su espíritu, camarada coronel. —Fue hacia un rincón y tomó un fusil— Aquí tiene, puede llevarlo al frente.

—Pero...

—Teniente Gasporenki, llame un conductor para el coronel. Va a ir al frente para enseñar a los norteamericanos cómo es capaz de pelear un soldado soviético.

Andreyev observó tristemente divertido. El chekista no podía echarse atrás. Después que se hubo marchado, el general citó a su oficial de comunicaciones divisional. Todos los transmisores de gran alcance, excepto dos, debían ser destruidos. Andreyev sabía que no podía rendirse todavía. Sus hombres tendrían que pagar primero una cuota de sangre, y el general sufriría por cada gota. Pero sabía que pronto llegarían a un punto en el que continuar la resistencia sería inútil, y él no iba a sacrificar a sus hombres por nada.

ALFELD, REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA.

Estaba terminado, por ahora. El segundo ataque casi lo había conseguido, pensaba Mackall. Los rusos avanzaron con sus tanques como para llevarse todo por delante. Llegaron hasta menos de cincuenta metros de las posiciones norteamericanas; lo bastante cerca como para que sus viejos y obsoletos cañones destruyeran la mitad de los tanques de la compañía. Pero ese ataque había desfallecido cuando estaba al borde del triunfo, y el tercer asalto, en el crepúsculo, fue algo débil, realizado sin la fuerza del entusiasmo, por hombres demasiado cansados para entrar en la zona de la muerte. Oyó a sus espaldas el ruido de una nueva acción que acababa de lanzar. Al oeste de la ciudad, los alemanes se encontraban bajo intensa agresión.

STENDAL, REPUBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

—El general Beregovoy informa que han comenzado una fuerte defensa desde el Norte, hacia Alfeld.

Alekseyev recibió impasible la noticia. Su jugada había fallado. *Por eso se llama jugada, Pasha*.

¿Y ahora qué?

Todo estaba muy silencioso en la sala de mapas. Los oficiales jóvenes, que estudiaban los movimientos de las fuerzas propias y enemigas nunca habían hablado demasiado, y ahora ni siquiera miraban los otros sectores del plano. Ya no era una carrera para ver qué fuerzas lograban primero sus objetivos.

La palabra que estás buscando, Pasha, es tristeza. El general se acercó a su oficial de operaciones.

—Yevgeny Ilych, estoy dispuesto a escuchar sugerencias.

El hombre se encogió de hombros.

—Debemos continuar. Nuestras tropas están cansadas. Y también las de ellos.

—Estamos lanzando soldados sin experiencia contra veteranos. Tenemos que cambiar eso. Tomaremos oficiales y suboficiales de las unidades A que se encuentran fuera del frente y las emplearemos para fortalecer a las unidades C que están llegando ahora. Estos reservistas deben tener soldados experimentados en combate, para que ayuden y estimulen a sus filas; de lo contrario, los estamos enviando como ganado al matadero. Además, suspenderemos por un tiempo las operaciones ofensivas...

—Camarada general, si hacemos eso...

—Tenemos fuerzas suficientes para una última embestida sólida. Esa embestida se hará en el lugar y el momento que yo elija, y será un ataque perfectamente preparado. Voy a ordenar a Beregovoy que escape en la mejor forma que pueda... Yo no debo confiar esta orden a la radio. Yevgeny Dych, quiero que usted vuele al puesto de mando de Beregovoy esta noche. Necesitará un buen cerebro operativo para que le ayude. Ésa será su misión.

Voy a darte una oportunidad para que puedas redimirte, traicionero hijo de puta. úsala bien. Y lo que era más importante, se quitaba de encima al informante de la KGB. El oficial de operaciones salió para preparar su transporte. Alekseyev hizo entrar de nuevo a Sergetov en su oficina.

—Mayor, deberá regresar a Moscú.

42. LA RESOLUCION DEL CONFLICTO.

BRUSELAS, BÉLGICA.

—Es asombroso lo que pueden hacer un par de cincos...

—¿Qué dijo, general? —preguntó su jefe de Inteligencia.

SACEUR meneó la cabeza mirando el mapa; por una vez se sentía confiado. Alfeld aún se sostenía. En el Oeste, los alemanes habían sufrido un tremendo castigo; pero si bien sus líneas se plegaron, no se habían quebrado. Iba a llegarles más ayuda; una brigada de tanques se acercaba para reforzarlos. La recién llegada división blindada estaba presionando hacia el Sur para aislar esa división rusa de las que estaban sobre el Weser. Las divisiones soviéticas que más lejos habían llegado en su avance tenían agotadas sus existencias de misiles superficie-aire, y el poder aéreo de la OTAN estaba golpeando sus posiciones con terrible regularidad.

El reconocimiento aéreo mostraba el campo abierto al este de Alfeld convertido en un osario de tanques incendiados. También había refuerzos que se dirigían hacia allí. Iván volvería; pero los cielos se estaban aclarando otra vez. Todo el peso de los aviones de la OTAN estaba entrando en juego.

—Joachim, creo que los hemos detenido.

—¡Ja, Herr general! Ahora empezaremos a hacerles retroceder.

MOSCU, URSS.

—Padre, el general Alekseyev me ha ordenado que te diga que él no cree posible derrotar a la OTAN.

—¿Estás seguro?

—Sí, padre. —El joven se sentó en la oficina del ministro— No pudimos lograr la sorpresa estratégica. Menospreciamos el poder aéreo de la OTAN..., demasiadas cosas. Fracasamos en nuestro esfuerzo por impedir su reabastecimiento. De no haber sido por ese último contraataque podríamos haberlo logrado, pero... Hay una oportunidad más. El general va a suspender las operaciones ofensivas en preparación para un asalto final. Y para eso...

—Si está todo perdido, ¿de qué estás hablando?

—Pero sí podemos infligir daños suficientes a las fuerzas de la OTAN como para impedir una contraofensiva importante, nos aferraremos a nuestros éxitos, y eso le permitirá al Politburó negociar desde una posición de fuerza. Ni siquiera esto es seguro, pero es la mejor opción que ve el general. Pide que tú expliques al Politburó que es necesario un acuerdo diplomático, y rápido, antes de que la OTAN recupere su fuerza lo suficiente como para lanzar su propia ofensiva.

El ministro asintió. Hizo girar su sillón para mirar hacia la ventana durante unos minutos mientras su hijo esperaba una respuesta.

—Antes de que eso sea posible —dijo finalmente el ministro—, ordenarán el arresto de Alekseyev. ¿Tú sabes lo que ha sido de los otros que arrestaron, no?

Necesitó un momento para comprender las palabras de su padre.

—¡No puede ser!

—Anoche, a los siete, incluyendo a tu ex comandante en jefe.

—Pero era un comandante efectivo...

—Fracasó, Vanya —dijo en voz baja el mayor de los Sergetov—. El Estado no admite el fracaso, y yo, personalmente, me he aliado, por tu bien, con Alekseyev...—Su voz se fue perdiendo—. Ahora ya no tengo alternativa. Debo cooperar con Kosov, bastardo o no, consecuente o no. Y debo arriesgar también tu vida, Vanya.

—Vitaly te llevará a la dacha —continuó— Te cambiarás, te pondrás ropas civiles y me esperarás. No debes salir, ni permitas que nadie te vea.

—¡Pero seguramente tú estás bajo vigilancia!

—Por supuesto. —Su padre sonrió ligeramente— Me están vigilando oficiales del comité para la seguridad del Estado, oficiales del Estado Mayor personal de Kosov.

—¿Y si él te engaña?

—Entonces soy hombre muerto, Vanya, y tú también. Perdóname, nunca soñé que esto pudiera..., tú me has hecho sentirme muy orgulloso en estas últimas semanas. —Se puso de pie y abrazó a su hijo—. Vete ya, debes confiar en mí.

Cuando su hijo se hubo marchado, Sergetov cogió el teléfono y marcó el número de la KGB. El director Kosov no estaba, y el ministro del petróleo dejó un mensaje: las cifras que Kosov había solicitado sobre producción de petróleo en los Estados del Golfo estaban listas.

La reunión pedida en la frase clave usada por el ministro se efectuó poco después de la puesta del sol. Cuando llegó la medianoche, Iván Mikhailovich estaba otra vez en un avión, volando con destino a Alemania.

STENDAL, REPUBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

—El director Kosov aplaude su método para tratar al traidor. Dijo que, de haberlo matado, aun accidentalmente, podría haber despertado sospechas, pero ahora que está seguro detrás de las líneas enemigas y cumpliendo con su deber, tendrán la certeza de que no se encuentra bajo sospecha.

—La próxima vez que vea a ese bastardo, le da las gracias.

—Hace treinta y seis horas fusilaron a un amigo —dijo luego Sergetov.

El general se incorporó de un salto.

—¿Qué?

—Fusilaron al ex comandante en jefe del Oeste, junto con los mariscales Shavyrin, Rozhkov y otros cuatro.

—Y ese maldito Kosov me felicita por...

—Dijo que él no pudo hacer nada al respecto y le ofrece sus condolencias.

Condolencias del comité para la seguridad del Estado —pensó Alekseyev— *Ya llegará el momento, camarada Kosov...*

—El siguiente soy yo, naturalmente.

—Estuvo acertado al enviarme para transmitir a mi padre su apreciación acerca de futuras operaciones. Él y Kosov piensan que si usted propone esto al alto mando militar soviético significaría su arresto en el acto. El Politburó considera todavía que la victoria es posible. Cuando pierdan esa confianza, puede ocurrir cualquier cosa.

Alekseyev sabía exactamente lo que significa cualquier cosa.

—Continúe.

—Su idea de poner tropas experimentadas en las divisiones C que van a llegar tiene ventajas..., cualquiera podría verlo. Una cantidad de divisiones así circulan por Moscú todos los días.

Sergetov se interrumpió para permitir que el general dedujera sus propias conclusiones.

Todo el cuerpo de Alekseyev pareció estremecerse.

—Vanya, usted está hablando de traición.

—Estamos hablando de la supervivencia de la madre Patria...

—¡No confunda la importancia de su propia piel con la importancia de nuestro país! Usted es un soldado, Iván Mikhailovich, como lo soy yo. Nuestras vidas son elementos de consumo.. .

—¿Para nuestra dirigencia política? —se burló Sergetov—. Su respeto por el Partido llega tarde, camarada general.

—Yo esperaba que su padre pudiera convencer al Politburó de que pusiera en práctica un curso de acción más moderado. No intentaba incitar a una rebelión.

—El tiempo para la moderación ha pasado hace tiempo —replicó Sergetov, hablando como un joven caudillo del Partido— Mi padre habló en contra de la guerra, como lo hicieron otros, sin éxito. Si usted propone una solución diplomática lo arrestarán y fusilarán; primero, por fracasar en la obtención de su objetivo asignado, y segundo por atreverse a proponer políticas

a la jerarquía del Partido. ¿Con quién lo sustituirán a usted, y cuál será el resultado? Mi padre teme que el Politburó se incline hacia una resolución nuclear del conflicto.

Mi padre tenía razón —pensó Sergetov—, *a pesar de toda su cólera contra el Partido; Alekseyev ha servido al Estado demasiado tiempo y demasiado bien como para permitirse pensar en la traición de forma realista.*

—El Partido y la revolución han sido traicionados, camarada general. Si nosotros no los salvamos, ambos están perdidos. Mi padre dice que deberá decidir a quién y a qué sirve usted.

—¿Y si yo decido equivocadamente?

—Entonces moriré yo, mi padre y otros. Y usted no se habrá salvado tampoco.

Tiene razón. Tiene razón en todo. La revolución ha sido traicionada. La idea del Partido ha sido traicionada..., pero...

—¡Ustedes tratan de manipularme como un niño! Su padre le dijo que yo no iba a cooperar a menos que usted me convenciera de la... —el general balbuceó un momento, buscando la palabra exacta—, rectitud, la rectitud idealista de su acción.

—Mi padre me dijo que usted ha sido condicionado, tal como dice la conciencia del comunismo, que se puede condicionar a los hombres. Durante toda su vida le han dicho que el Ejército sirve al Partido, que usted es el guardián del Estado. Me encargó que le recordara que usted es un hombre del Partido, que ya es hora de que el pueblo reclame el Partido para sí.

—¡Ah, por eso conspira con el director de la KGB!

—¿Tal vez usted preferiría que tuviésemos algunos sacerdotes barbudos de la Iglesia ortodoxa, o algunos judíos disidentes del Gulag para hacer que la revolución fuese pura? Debemos pelear con lo que tenemos.

Era realmente duro para Sergetov tener que hablarle así a un hombre con quien había servido en combate bajo el fuego; pero él sabía que su padre estaba en lo cierto. Dos veces en cincuenta años, el Partido había destruido al Ejército a voluntad. A pesar de todo su orgullo y poder, los generales del Ejército soviético tenían tanto instinto para la rebelión como un perro faldero. Pero una vez que la decisión está tomada..., le había dicho su padre...

—La Rodina pide a gritos que la rescaten, camarada general.

—¡No me hable a mí de la madre Patria!

El partido es el alma del pueblo. Alekseyev recordaba el eslogan después de miles de repeticiones.

—¿Y qué dice usted de los niños de Pskov?

—¡Eso lo hizo la KGB!

—¿Usted culpa a la espada en vez de a la mano que la empuña? Si es así, ¿en qué lo convierte eso a usted?

Alekseyev vaciló.

—No es una cosa fácil derrumbar al Estado, Iván Mikhailovich.

—Camarada general, ¿es su deber cumplir órdenes que sólo provocarán su destrucción? Nosotros no queremos derrumbar el Estado —dijo suavemente Sergetov— Queremos restaurar el Estado.

—Probablemente fracasaremos. —Alekseyev sintió un perverso alivio en la afirmación, y se sentó frente al escritorio— Pero si debo morir, es mejor que sea como un hombre y no como un perro.

El general sacó una agenda y un lápiz. Empezó a formular un plan para asegurarse de que no fracasarían, y de que él no moriría hasta que no hubiera logrado por lo menos una cosa.

COLINA 914, ISLANDIA.

Eran buenas tropas las de allá arriba, y el coronel Lowe lo sabía. Casi toda la artillería de la división estaba batiendo la colina, además de los ataques aéreos continuos, y además de los cañones de trece centímetros de los acorazados. Observó avanzar a sus tropas por las empinadas laderas bajo el fuego de los rusos que habían quedado. Los carros de combate se encontraban cerca sobre la costa, lanzando granadas con espoletas de proximidad desde sus baterías secundarias. Las granadas explotaban a unos seis metros sobre el suelo, produciendo feas nubecitas negras que sembraban de fragmentos la montaña, mientras que los propios cañones pesados de los infantes de Marina cubrían la cima. De tanto en tanto la artillería suspendía el fuego por un momento para permitir que los aviones acometieran a baja altura lanzando napalm y bombas racimo..., y los rusos todavía seguían peleando.

—Ahora... ¡Muevan los helicópteros ya! —ordenó Lowe.

Diez minutos después oyó el tartamudeo de los rotores cuando quince helicópteros pasaron por su puesto de mando, dirigiéndose al Este y virando por detrás de la colina. Su coordinador de artillería ordenó detener brevemente el fuego mientras dos compañías de hombres aterrizaban en el borde sur de la montaña. Los apoyaban helicópteros de ataque «SeaCobra», y avanzaron a la carrera hacia las posiciones rusas en las crestas del lado norte.

El comandante ruso estaba herido y su segundo en el mando tardó en darse cuenta de que tenía tropas enemigas a sus espaldas. Cuando lo hizo, su difícil situación se tornó desesperada. La voz fue pasando lentamente. Destruyeron muchas de las radios rusas. Algunos de los soldados no alcanzaron a recibir las órdenes y hubo que matarlos en sus hoyos de tirador. Pero fueron la excepción. Casi todos tuvieron las manos levantadas después de oír cómo iban disminuyendo los disparos. Con una mezcla de vergüenza y alivio, descargaron sus armas y esperaron la captura. La batalla por la colina había durado cuatro horas.

—La colina 914 no contesta, camarada general —dijo el oficial de comunicaciones.

—No hay esperanza —murmuró Andreyev para sí mismo.

Su artillería estaba destruida, sus «SAM» se habían terminado. Le habían ordenado sostener la isla por unas pocas semanas; le prometieron refuerzos por mar; le dijeron que la guerra en Europa sólo iba a durar dos semanas, como máximo. Él se había mantenido más tiempo que ése. Uno de sus regimientos resultó destruido al norte de Reykiavik, y ahora que los norteamericanos tenían la colina 914 podían entrar a la capital de la isla. Dos mil de sus hombres estaban muertos o desaparecidos; otros mil, heridos. Era suficiente.

—Vea si puede comunicarse con el comandante norteamericano por la radio. Dígale que solicito un cese el fuego y deseo reunirme con él en el lugar que elija.

USS NASSAU.

—¿Así que usted es Beagle?

—Sí, general.

Edwards trató de incorporarse un poco más en la cama. Los tubos que tenía en el brazo y el yeso en la pierna se lo impedían. La enfermería del buque de desembarco estaba llena de hombres heridos.

—Y usted debe de ser Miss Vigdis. Me habían dicho que era muy bonita. Yo tengo una hija que es más o menos de su edad.

Los enfermeros de la Marina le habían conseguido ropas que eran casi de su medida, La había examinado un médico, quien declaró que su embarazo era normal y saludable. Estaba bañada y descansada; para Mike y todos los que la habían visto, era un recuerdo de épocas y cosas mejores.

—Si no fuera por Michael, yo estaría muerta.

—Eso he oído; ¿hay algo que necesite, señorita?

Ella bajó la vista hacia Edwards, y eso contestó la pregunta.

—Se ha portado muy bien para ser un meteorólogo, teniente.

—Señor, lo único que hicimos fue evitar que nos descubrieran.

—Usted y su gente hicieron mucho más que eso, hijo. —El general sacó una cajita del bolsillo— ¡Felicitaciones, infante de Marina!

—Señor, yo soy de la fuerza aérea.

—¿Ah, sí? Bueno, pero aquí dice que usted es infante de Marina.

El general prendió sobre la almohada una Cruz Naval. Un mayor se le acercó y le entregó un formulario de mensaje. El general lo guardó y echó una mirada a las filas de camas del hospital.

—Ya era hora —suspiró— Miss Vigdis, ¿quiere cuidarnos a este hombre, por favor?

SVERDLOVSK, URSS.

Dos días más y partirían hacia el frente. La setenta y siete división motorizada de infantería era una unidad categoría C y, como todas esas unidades, estaba integrada por reservistas de más de treinta años y poseía, aproximadamente, un tercio de su equipamiento normal. Desde la movilización habían estado entrenándose en forma incesante: los hombres mayores y con experiencia militar transmitían sus conocimientos a los recién incorporados. Era una extraña competencia. Los jóvenes nuevos se hallaban en buena forma física; pero ignoraban la vida militar. Los hombres maduros recordaban mucho de su propio servicio militar, pero la edad los había aflojado. Los jóvenes tenían todo el ardor de la juventud, y si bien temían, naturalmente, exponerse al peligro del campo de batalla, no habrían dudado en defender a su país. Los más viejos, con familia, tenían mucho que perder. Algunas exposiciones dadas a sus oficiales por un veterano oficial combatiente se habían filtrado llegando hasta la tropa. Alemania no iba a ser nada agradable. Un sargento de comunicaciones recibió el mensaje, y la voz corrió rápidamente: oficiales y suboficiales con experiencia en combate se iban a unir a ellos en Moscú. Los reservistas experimentados sabían que necesitarían hombres así para que les dieran las lecciones que ellos habían aprendido en el frente por el camino más duro.

Sabían que significaba otra cosa: la setenta y siete división de infantería motorizada iba a ser empeñada en combate antes de una semana. Todo estaba tranquilo y silencioso aquella noche en el campamento. Los hombres permanecían fuera de las frías barracas, mirando los bosques de pinos sobre las faldas orientales de los montes Urales.

MOSCU, URSS.

—¿Por qué no estamos atacando? —inquirió el secretario general.

—El general Alekseyev me ha informado que se está preparando para un ataque importante. Dice que necesita tiempo para organizar sus fuerzas si se quiere lograr un golpe de peso —respondió Bukharin.

—Diga al camarada general Alekseyev —dijo el ministro de Defensa— ¡que queremos acción y no palabras!

—Camaradas —dijo Sergetov— Creo recordar, de mi propio servicio militar, que uno no debe atacar hasta que no tiene una decisiva ventaja en hombres y armas. Si ordenamos a Alekseyev que ataque antes de estar listo, estamos condenando a nuestro Ejército al fracaso. Debemos darle tiempo para que cumpla su tarea de forma adecuada.

—¿Así que ahora es experto en cuestiones defensivas? —le preguntó el ministro de Defensa— Es una lástima que no sea igualmente experto en su propio campo; ¡entonces no estaríamos en esta situación!

—Camarada ministro, le dije a usted que sus planificaciones sobre consumo de petróleo en el frente eran excesivamente optimistas, y yo tenía razón. Usted respondió: «Entréguenos el combustible y nosotros nos ocuparemos de que sea convenientemente usado.» ¿No fue así? Usted dijo que sería una campaña de dos semanas..., cuatro en el peor de los casos. ¿No dijo eso? —Sergetov paseó la mirada alrededor de la mesa—. ¡Capacidades como ésa son las que nos han traído a este desastre!

—¡No fracasaremos! ¡Derrotaremos a Occidente!

—Camaradas —dijo Kosov entrando en la sala—. Perdónenme por llegar tarde. Acabo de recibir un informe de que nuestras fuerzas en Islandia se están rindiendo. El general que se encuentra al mando menciona un treinta por ciento de bajas y una situación táctica desesperada.

—¡Haga que lo arresten de inmediato! —rugió Defensa— Y también a la familia del traidor.

—Nuestro camarada el ministro de Defensa parece mucho más eficiente para arrestar a nuestra propia gente que para derrotar a nuestros enemigos —observó secamente Sergetov.

—¡Usted es un inmaduro atrevido! —exclamó el ministro de Defensa, blanco de ira.

—Yo no digo que hemos sido vencidos, pero está claro que todavía no hemos logrado la victoria. Ya es hora de que busquemos una conclusión política de esta guerra.

—Podríamos aceptar las condiciones alemanas —dijo con optimismo el ministro de Asuntos Exteriores.

—Lamento informarles que eso ya no es posible —replicó Kosov— Tengo razones para creer que todo eso no fue más que un engaño..., una maskirova alemana.

—Pero su segundo dijo hace solamente dos días...

—Yo les advertí, a él y a ustedes, que tenía mis dudas. Hoy ha aparecido una nota en el periódico francés Le Monde según la cual los alemanes han rechazado un ofrecimiento soviético para un arreglo político de la guerra. Informan las fechas y lugares exactos en que se celebraron las reuniones. La historia sólo podría haber salido de los canales oficiales alemanes, y la conclusión muy clara es que esto fue en todo momento un esfuerzo de la OTAN para afectar nuestro pensamiento estratégico. Nos están enviando un mensaje, camaradas. Dicen que están preparados para luchar hasta el final de esta guerra.

—Mariscal Bukharin, ¿qué potencialidad militar tienen las fuerzas de la OTAN? —preguntó el secretario general.

—Han sufrido cuantiosas pérdidas en material y personal. Sus ejércitos están exhaustos. Tienen que estarlo. De lo contrario ya hubieran contraatacado con toda energía.

—Una embestida más, entonces —dijo Defensa, y miró a la cabecera de la mesa, buscando apoyo—. una embestida más, muy vigorosa. Tal vez Alekseyev tenga razón..., necesitamos coordinar un solo ataque masivo para destruir sus líneas.

Ahora te estás aferrando a las ideas ajenas, pensó Sergetov.

—El consejo de defensa considerará esto en privado —declaró el secretario general.

—¡No! —objetó Sergetov— Ahora esto es un asunto político que debe tratar todo el Politburó. ¡El destino del país no debe ser decidido por cinco hombres solamente!

—Usted carece de motivos para protestar, Mikhail Eduardovich. No tiene voto en esta mesa.

Sergetov quedó pasmado al oír esas palabras en boca de Kosov.

—Tal vez debería tenerlo —dijo Bronikovskyi.

—Ése no es un tema que deba decidirse ahora —decidió el secretario general.

Sergetov observó las caras que rodeaban la mesa de roble. Ahora nadie tuvo el coraje de alzar la voz. Él había casi alterado el equilibrio de poder dentro del Politburó, pero hasta que no resultara claro cuál era la facción más fuerte, prevalecerían las viejas reglas. Se levantó la sesión. Los componentes fueron saliendo, excepto los cinco miembros del Consejo de Defensa, que mantuvieron con ellos a Bukharin.

El miembro candidato permaneció afuera un momento, buscando aliados. Sus camaradas desfilaron junto a él. Algunos dejaron que sus ojos se encontraran, pero luego apartaron la vista.

—Mikhail Eduardovich —planteó el ministro de Agricultura—, ¿cuánto combustible tendremos para la distribución de alimentos?

—¿Qué cantidad de alimentos habrá? —preguntó Sergetov.

¿Qué cantidad de alimentos puede haber?

—Más de lo que usted cree. Hemos triplicado el tamaño de las parcelas privadas en toda la república rusa...

—¿Qué?

—Sí, la gente vieja de las granjas está produciendo ahora mucha cantidad de alimentos..., por lo menos lo suficiente para que comamos durante algún tiempo. Pero tenemos el problema de la distribución.

—Nadie me lo dijo.

¿Alguna noticia buena?, se sorprendió Sergetov.

—¿Sabe usted cuántas veces lo he propuesto yo? No, usted no estuvo aquí el pasado julio, ¿no es así? Todos estos años he estado diciendo que si lo hacíamos así podríamos resolver muchos problemas, ¡y finalmente me escucharon! Tenemos alimentos, Mikhail Eduardovich... ¡Lo único que espero es que tengamos también gente que se los coma! Necesito combustible para transportarlo a las ciudades. ¿Dispondré de ese combustible?

—Veré qué puedo hacer, Filip Moiseyevich.

—Usted ha hablado bien, camarada. Espero que algunos escuchen.

—¿Su hijo está bien?

—La última vez que supe de él, sí.

—Yo me avergüenzo de que mi hijo no esté también allá. —El ministro de Agricultura hizo una pausa— Debemos..., bueno, ahora no tenemos tiempo para eso. Consígame las cifras de combustible en cuanto pueda.

¿Un convertido? ¿O un agent provocateur?

STENDAL, REPUBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

Alekseyev tenía el mensaje en la mano: ***«VUELE DE INMEDIATO A MOSCú PARA CONSULTAS.»*** ¿Era su sentencia de muerte? El general llamó a su segundo.

—Nada nuevo. Tenemos algunos tanteos alrededor de Hamburgo, y lo que parece la preparación de un ataque al norte de Hannover; pero nada que no seamos capaces de manejar.

—Debo ir a Moscú. —Alekseyev vio la preocupación que reflejaba la cara del hombre— No se preocupe, Anatoliy, no tengo suficiente tiempo de mando como para que me fusilen. Habrá que disponer nuestras transferencias de personal de una manera sistemática si queremos que haya alguna esperanza de transformar esas unidades C en una fuerza combativa. Debería estar de regreso en veinticuatro horas, o menos. Dígale al mayor Sergetov que busque mi estuche de mapas y se encuentre afuera conmigo dentro de diez minutos.

Con una sonrisa irónica, Alekseyev mostró el formulario de mensaje a su ayudante, en el asiento trasero del automóvil oficial.

—¿Qué significa esto?

—Lo sabremos dentro de pocas horas, Vanya.

MOSCU, URSS.

—Están realmente enojados.

—Usted tendría que elegir con más cuidado sus palabras, Boris Georgiyevich —dijo Sergetov—. ¿Qué ha hecho ahora la OTAN?

El jefe de la KGB movió la cabeza sorprendido.

—Me refiero al Consejo de Defensa, ¡tonto!

—Este tonto que habla no tiene voto en el Politburó. Usted mismo lo dijo.

Sergetov había abrigado la fugaz esperanza de que el Politburó pudiera haber recuperado el sentido común.

—Mikhail Eduardovich, he trabajado mucho para protegerlo a usted hasta ahora. Por favor, no haga que deba arrepentirme de eso. Si hubiera logrado forzar una decisión del Politburó abiertamente, habría perdido la partida y posiblemente se habría destruido usted mismo. Como están las cosas —Kosov hizo una pausa para exhibir otra de sus sonrisas—, me han pedido que trate la decisión de ellos con usted, en la esperanza de conseguir que los apoye. Están doblemente locos —continuó Kosov— Primero, el ministro de Defensa quiere iniciar el uso de unas pocas cabezas de guerra nucleares de reducido tamaño. Segundo, espera su apoyo. Proponen otra vez la maskirova. Harían explotar un pequeño dispositivo nuclear táctico en la República Democrática Alemana, obligándonos a tomar represalias mientras proclamamos que la OTAN ha violado el acuerdo del no primer uso. Pero podría ser peor. Han llamado a Alekseyev a Moscú para pedirle su asesoramiento sobre dicho plan, y cómo sería la mejor forma de ponerlo en práctica. Ya debe de estar en camino hacia aquí.

—El Politburó jamás aprobará eso. No estamos todos locos, ¿no es cierto? ¿Les ha dicho usted cómo reaccionará la OTAN?

—Desde luego. Les he dicho que la OTAN no tendrá ninguna reacción al principio, se hallarán sumamente confundidos.

—¿Usted los ha alentado?

—Yo quiero que no olvide que ellos prefieren las opiniones de Larionov a las mías.

Camarada Kosov —pensó Sergetov—, *usted se interesa menos por el peligro para la Rodina, que por su propio futuro. Usted se sentiría muy contento de derrumbar todo el país si logra derrumbarlos a ellos, ¿verdad?*

—Los votos en el Politburó...

—Apoyarán al Consejo de Defensa. Piense. Brornkovskyi votará por el no, quizás Agricultura también, aunque lo dudo. Ellos quieren que sea usted quien hable en favor del plan. Eso reducirá la oposición del viejo Peyta. Es un viejo bueno, pero ya nadie lo escucha realmente.

—¡Jamás haré eso!

—Pues debe hacerlo. Y Alekseyev debe acceder. —Kosov se puso de pie y miró por la ventana— No hay que temer..., no se usarán bombas nucleares. Yo ya he tomado las medidas para ello.

—¿Qué quiere decir?

—Seguramente usted sabe quién controla el armamento nuclear en este país, ¿no?

—Naturalmente, las fuerzas de cohetería estratégica, los artilleros del Ejército...

—Discúlpeme, no empleé las palabras adecuadas en mi pregunta. Sí, ellos controlan los cohetes. Pero es mi gente la que controla las ojivas nucleares, ¡y la facción de Josef Larionov no incluye ese sector de la KGB1 Por eso debe usted seguir la corriente.

—Muy bien. Entonces hemos de advertir a Alekseyev.

—Pero con mucho cuidado ahora. Parece que nadie ha notado que su hijo ha hecho varios viajes a Moscú, pero si lo ven a usted con el general Alekseyev antes de que él se reúna con ellos...

—Sí, comprendo. —Sergetov meditó un momento— ¿Tal vez Vitaly puede encontrarse con ellos en el aeropuerto y pasarles un mensaje?

—¡Muy bien! ¡Creo que voy a hacer de usted un buen chekista!

Llamaron al conductor del ministro y le entregaron en mano una nota escrita. Partió en seguida con el Zil en dirección al aeropuerto. Se retrasó en el camino, a causa de un convoy de carros blindados de transporte de personal. Cuarenta minutos después notó que el indicador de gasolina estaba muy bajo. Era extraño, había llenado el tanque el día anterior (a los miembros del Politburó jamás les escaseaba nada). Pero el indicador siguió bajando, Se detuvo el motor. Vitaly estacionó el automóvil a un lado, a siete kilómetros del aeropuerto; bajó del vehículo y abrió el capó. El chófer controló correas y conexiones eléctricas. Todo parecía normal. Volvió a subir al auto e intentó poner el motor en marcha pero no pudo hacerlo. Momentos después se dio cuenta de que se había estropeado el alternador y que el automóvil había estado funcionando con la energía de la batería. Probó el teléfono del vehículo. La batería se hallaba completamente descargada.

El avión de transporte de Alekseyev estaba llegando en ese momento. Un automóvil oficial provisto por el comandante del distrito militar de Moscú se acercó hasta el avión y el general y su ayudante subieron de inmediato a fin de trasladarse al Kremlin. para Alekseyev, la parte más temida del vuelo era bajar del avión en tierra después de la llegada..., no le habría extrañado lo más mínimo que lo estuvieran esperando tropas de la KGB en vez del automóvil oficial. Casi habría sido un alivio que lo arrestaran.

El general y su ayudante viajaron en silencio —todo lo que tenían que hablar lo habían hecho en el ruidoso avión, donde cualquier dispositivo de escucha no habría podido funcionar—. Alekseyev notó las calles vacías, la ausencia de camiones, pues casi todos estaban ahora en el frente, y hasta las colas más cortas de lo normal frente a las tiendas de comestibles. Un país en guerra, pensó.

Alekseyev había esperado que el viaje le pareciera lento. Ocurrió lo contrario. En un abrir y cerrar de ojos el auto atravesó los portones del Kremlin. Un sargento parado al frente del edificio del Consejo de Ministros les abrió la puerta y se cuadró con energía. Alekseyev respondió a su saludo y subió la escalera hasta otra puerta, también custodiada por un sargento. El general caminaba como un soldado, con la espalda erguida y una expresión severa en el rostro. Brillaban sus botas recién lustradas. Sus ojos captaban el reflejo de las luces del techo mientras cruzaba el vestíbulo. Desdeñó el ascensor, prefiriendo subir una larga escalera hasta el piso de la sala de conferencias. Observó que habían reparado el edificio después del incidente de las bombas.

Un capitán de la guardia «Taman», la unidad de ceremonial instalada en Alabino, en las afueras de Moscú, esperaba al general en lo alto de la escalera y lo acompañó hasta las puertas dobles de la sala de conferencias. Alekseyev ordenó a su ayudante que lo esperara mientras iba entrando con su gorra apretada debajo del brazo.

—Camaradas: ¡general coronel P. L. Alekseyev se presenta cumpliendo lo ordenado!

—Bien venido a Moscú, camarada general —dijo el ministro de Defensa—. ¿Cómo está la situación en Alemania?

—Ambos bandos se hallan exhaustos pero continúan luchando. La actual situación táctica es de estancamiento. Tenemos más tropas y armas disponibles, pero la disponibilidad de combustible es crítica.

—¿Puede vencer? —preguntó el secretario general.

—¡Sí, camarada secretario! Si me dan varios días para organizar mis fuerzas, y si puedo cumplir algunas tareas cruciales con las formaciones de reserva que van llegando, creo muy probable que podamos romper el frente de la OTAN.

—¿Probable? ¿No seguro? —preguntó el ministro de Defensa.

—En la guerra nada es seguro —contestó Alekseyev con sencillez.

—Eso lo hemos comprendido —dijo secamente el ministro de Asuntos Exteriores— ¿Por qué no hemos ganado todavía?

—Camaradas, inicialmente fracasamos en el logro de la sorpresa estratégica..., y también la táctica. La sorpresa es el factor variable más importante de la guerra. Con ella, es casi seguro que habríamos obtenido la victoria en dos o tres semanas.

—Para una victoria cierta ahora, ¿qué otra cosa necesita?

—Camarada ministro de Defensa, me hace falta el apoyo del pueblo y del Partido, y también un poco de tiempo.

—¡Está evadiendo la pregunta! —dijo el mariscal Bukharin.

—Nunca nos permitieron usar nuestras armas químicas en el ataque inicial. Eso pudo habernos dado una ventaja decisiva...

—El coste político de esas armas se estimó excesivo —argumentó el ministro de Asuntos Exteriores en defensa propia.

—¿Podría emplearlas ahora en forma provechosa? —preguntó el secretario general.

—Creo que no. Esas armas debieron haber sido usadas desde el principio contra depósitos de almacenamiento de equipos, los cuales están ahora casi todos vacíos, y atacarlos sólo permitiría lograr efectos limitados. El empleo de armas químicas en el frente ya no es una opción viable. las formaciones C que están llegando no tienen el equipamiento moderno necesario para operar con eficiencia en un ambiente de guerra química.

—Le haré de nuevo la pregunta —insistió el ministro de Defensa—: ¿Qué necesita para obtener una victoria segura?

—Para lograr una ruptura decisiva tenemos que ser capaces de abrir una brecha en las filas de la OTAN de por lo menos treinta kilómetros de ancho y veinte de profundidad. Y, para eso, necesito en el frente diez divisiones con todo su potencial y listas para el avance. Debo tener varios días para preparar esa fuerza.

—¿Y qué le parecen las armas nucleares tácticas?

La cara de Alekseyev no cambió de expresión. ¿*Está loco, camarada secretario general*?

—Los riesgos son muy altos.

Excelente afirmación atemperada.

—¿Y si podemos impedir, políticamente, la represalia de la OTAN? —preguntó Defensa.

—Yo no sé si eso es posible. Y ustedes tampoco.

—Pero ¿si logramos que sea posible?

—Entonces aumentarían extraordinariamente nuestras posibilidades.

Alekseyev hizo una pausa, interiormente helado ante lo que vio en esas caras.

Quieren usar armas nucleares en el frente, y cuando la OTAN responda con la misma moneda y vaporice mis tropas..., ¿entonces qué? ¿Cesará con un solo intercambio, o serán usadas cada vez más, con explosiones que avancen hacia el Oeste y hacia el Este? Si yo les digo que están locos, encontrarán un general que no lo hará.

—El problema es el control, camaradas.

—Explíquese.

—Camarada secretario general, las armas nucleares son, ante todo, armas políticas para ambas partes, manejadas por líderes políticos. Esto limita su utilidad en el campo de batalla. La decisión de usar una ojiva atómica en el campo táctico debe ser transmitida por esos líderes. Cuando llega el momento en que se otorga la autorización, es casi seguro que la situación táctica ya ha cambiado y el arma ya no es útil. La OTAN parece no haberlo comprendido nunca. las armas que ellos tienen están en su mayoría diseñadas para que las empleen los comandantes en el campo de batalla. Sin embargo, yo mismo he pensado que la dirigencia política de la OTAN nunca accedería ligeramente a autorizar el uso a esos comandantes de campo de batalla. Por este motivo, las armas que con más probabilidad emplearán contra nosotros son en realidad armas estratégicas dirigidas contra objetivos estratégicos, no las armas tácticas en el campo de combate.

—Eso es lo que ellos dicen —objetó Defensa.

—Ustedes notarán que cuando nosotros obtuvimos nuestras rupturas de Alfeld y Rühle, ellos no emplearon armas nucleares en las cabezas de puente, aunque algunos documentos de preguerra de la OTAN parecerían sugerir que debieron haberlo hecho. Yo llego a la conclusión de que en esta ecuación hay más factores variables que los apreciados en su integridad. Nosotros mismos hemos aprendido que la realidad de la guerra puede ser diferente de la teoría.

—¿Entonces usted apoya nuestra decisión de usar armas nucleares tácticas? —preguntó el ministro del Exterior.

¡No! La mentira empezó a desarrollarse entre sus labios.

—Si ustedes están seguros de que pueden impedir las represalias, por supuesto que la apoyo. Les prevengo, sin embargo, que mi apreciación sobre la reacción de la OTAN podría ser muy diferente de lo que nosotros esperásemos. Yo me inclinaría a pensar que la represalia se producirá algunas horas después de lo que pensamos, y contra blancos estratégicos más que tácticos. Lo más probable es que ataquen cruces viales y ferroviarios, bases aéreas e instalaciones de abastecimientos. Esto no se mueve. Nuestros tanques sí.

Piensen en lo que acabo de decir, camaradas: las cosas quedarán rápidamente fuera de control. ¡Hagan la paz, imbéciles!

—¿Entonces usted piensa que podemos usar armas tácticas con impunidad si arriesgamos nuestros propios blancos estratégicos? —preguntó el secretario general esperanzado.

—Ésa es, en esencia, la doctrina de preguerra de la OTAN. Pasa por alto el hecho de que el empleo de armas nucleares sobre territorio aliado no es una cosa que se acepte con ligereza. Camaradas, les advierto que impedir una reacción de la OTAN no será una empresa fácil.

—Usted preocúpese por el campo de batalla, camarada general —sugirió suavemente el ministro de Defensa—. Nosotros nos preocuparemos por los asuntos políticos.

Sólo quedaba una cosa más que podía decirles para desalentarlos.

—Muy bien. En ese caso yo necesitaré el control directo de las armas.

—¿Para qué? —preguntó el secretario general.

¡Para que nadie las dispare, pedazo de idiota!

—Se trata de una cuestión práctica. Los blancos aparecen y desaparecen en materia de minutos. Si quieren que yo abra una brecha en las líneas de la OTAN con armas atómicas, no tendré tiempo para obtener la aprobación de ustedes.

Alekseyev se horrorizó al ver que esto no lograba disuadirlos.

—¿Cuántas necesitaría? —quiso saber el ministro de Defensa.

—Ésa es una cuestión que depende del lugar y del momento de la operación de ruptura, y emplearíamos armas pequeñas contra blancos concretos discretos.... ningún centro poblado. Yo estimaría un máximo de treinta armas, en la gama de cinco a diez kilotones. Haríamos el lanzamiento con cohetes de artillería de trayectoria libre.

—¿Cuándo estará listo para su ataque? —preguntó el mariscal Bukharin.

—Eso depende de la rapidez con que pueda colocar tropas veteranas en las nuevas divisiones. Si queremos que estos reservistas sobrevivan en el campo de batalla, debemos tener hombres experimentados para apoyar sus filas.

—Una buena idea, camarada general —aprobó el ministro de Defensa—. No lo detendremos más. Dentro de dos días quiero ver los planes detallados para su ruptura.

Los cinco miembros del Consejo de Defensa observaron a Alekseyev mientras saludaba, giraba sobre sus talones y se retiraba. Kosov miró al mariscal Bukharin.

—¿Y éste era el hombre que usted quería remplazar?

El secretario general estuvo de acuerdo.

—Es el primer soldado combatiente verdadero que he visto en los últimos años.

Alekseyev hizo una señal al mayor Sergetov para que lo siguiera. Sólo él sentía el plomo frío que le pesaba en el estómago. Sólo él sabía qué débiles estaban sus piernas mientras descendían los escalones de mármol. Alekseyev no creía en Dios, pero pensó que acababa de ver ya entreabierta la puerta del infierno.

—Mayor —dijo con toda naturalidad mientras subían al coche oficial—, ya que estamos en Moscú, ¿tal vez quiera usted visitar a su padre el ministro antes de regresar al frente?

—Es muy amable, camarada general.

—Usted se lo ha ganado, camarada mayor. Además, quiero algunas cifras sobre nuestro abastecimiento de petróleo.

El conductor iba a informar lo que había oído, por supuesto.

—¡Quieren que yo use armas nucleares en el frente! —susurró Alekseyev tan pronto como quedó cerrada la puerta del ministro.

—Sí, me lo temía.

—¡Hay que detenerlos! Es imposible predecir qué catástrofe puede derivar de eso.

—El ministro de Defensa asegura que se podría controlar fácilmente un ambiente nuclear táctico.

—¡Está hablando como uno de esos idiotas de la OTAN! No hay una pared entre un intercambio táctico y uno estratégico, solamente una línea borrosa en la imaginación de los aficionados y académicos que asesoran a sus líderes políticos. La única cosa que quedaría entonces entre nosotros y un holocausto nuclear..., nuestra supervivencia estaría a merced del líder de la OTAN que sea el menos estable.

—¿Qué les dijo? —preguntó el ministro.

¿Habría conservado Alekseyev su sentido común e ingenio lo suficiente para expresar lo más acertado?

—Debo mantenerme vivo para detenerlos... ¡Les dije que es una idea maravillosa! —El general se sentó— También les dije que necesito control táctico de las armas. Creo que van a acceder. Yo me aseguraré de que esas armas no se usen nunca. Y justo tengo en mi Estado Mayor el hombre que lo hará.

—¿Usted está de acuerdo entonces con que el Consejo de Defensa debe ser detenido?

—Sí. —El general bajó la vista hacia el suelo, y después volvió a levantarla—. De lo contrario..., no sé. Es posible que su plan pueda iniciar algo que nadie sea capaz de detener. Si nosotros morimos, moriremos por una buena causa.

—¿Cómo los detenemos?

—¿Cuándo se reúne el Politburó?

—Ahora, todos los días. Solemos hacerlo a las nueve y media.

—¿En quiénes podemos confiar?

—Kosov está con nosotros. Y habrá algunos más; pero no sé con quién iniciar una aproximación.

Maravilloso..., ¡nuestro único aliado seguro es la KGB!

—Necesito un poco de tiempo.

—Tal vez esto ayude. —Sergetov le entregó una carpeta que había recibido de Kosov— Aquí hay una lista de oficiales suyos, sospechosos de merecer poca confianza política.

Alekseyev revisó la lista. Reconoció los nombres de tres oficiales que se habían distinguido en el servicio como comandantes de batallones y regimientos..., un buen oficial de Estado Mayor y otro terrible. *¡Hasta cuando mis hombres luchan en una guerra por la madre Patria, inspiran sospechas!*

—Ellos esperan que yo formule mi plan de ataque antes de regresar al frente. Estaré en el cuartel general del Ejército.

—Buena suerte, Pavel Leonidovich.

—Lo mismo le deseo a usted, Mikhail Eduardovich.

El general observó el abrazo que se dieron padre e hijo. Se preguntó qué habría pensado de esto su propio padre. ¿A quién debo volverme en busca de una guia?

KEFLAVIK, ISLANDIA.

—Buenas tardes, soy el mayor general William Emerson. Él es el coronel Lowe. Será mi intérprete.

—General mayor Andreyev. Yo hablo inglés.

—¿Propone una rendición? —preguntó Emerson.

—Propongo que negociemos —respondió Andreyev.

—Yo exijo que sus fuerzas cesen las hostilidades de inmediato y rindan sus armas.

—¿Y qué pasará con mis hombres?

—Serán internados como prisioneros de guerra. Sus heridos recibirán atención médica adecuada y todos serán tratados de acuerdo con las habituales convenciones internacionales.

—¿Cómo sé que usted dice la verdad?

—No lo sabe.

Andreyev notó la respuesta franca y honesta, *Pero ¿qué alternativa tengo?*

—Propongo el cese del fuego —miró su reloj— a las tres de la tarde.

—De acuerdo.

BRUSELAS, BÉLGICA.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó SACEUR.

—Tres días. Podremos atacar con cuatro divisiones.

Lo que queda de cuatro divisiones —pensó SACEUR—. *Los hemos detenido, muy bien, pero..., ¿con qué contamos para hacerlos retroceder?*

Sin embargo, tenían confianza. La OTAN había comenzado la guerra con la sola ventaja de su tecnología, la cual era aún más pronunciada ese día. Las disponibilidades rusas de tanques y cañones nuevos habían quedado destruidas, y las divisiones que llegaban ahora al frente estaban equipadas con materiales de desecho, de hacía veinte años. Pero todavía poseían cantidades, y cualquier ofensiva que planeara SACEUR tenía que estar cuidadosamente planificada y ejecutada. Solamente en el aire disponía el general de una importante ventaja, pero él pensaba que el poder aéreo no había ganado nunca una guerra. Los alemanes estaban haciendo presión para lanzar un contraataque. Eran demasiado extensos sus territorios y muy cuantiosos sus ciudadanos que se encontraban del lado malo de la línea. La Bundeswehr ya estaba tanteando en forma agresiva en varios frentes, pero tendrían que esperar. El Ejército alemán no era tan fuerte como para llevar solo una intensa ofensiva. Habían sufrido excesivas pérdidas en su primera actuación para detener el avance soviético.

KAZAN, URSS.

Los más jóvenes estaban demasiado nerviosos para dormir. Los más viejos se encontraban tremendamente preocupados, y tampoco podían hacerlo. Las condiciones no ayudaban. Los hombres de la setenta y siete división de infantería motorizada viajaban en los vagones de pasajeros y, si bien todos tenían asientos, era a costa de apretujarse unos contra otros casi sin poder respirar. Los trenes de tropas corrían a una velocidad de cien kilómetros por hora. las vías estaban colocadas a la manera rusa: cada segmento de riel tenía cortado su extremo en forma recta, y no oblicua. Entonces, en vez de producir las uniones ese ruido familiar para los pasajeros de Occidente, los hombres de esta división oían sólo una serie de golpes secos. Era una prueba para los nervios, ya muy agotados.

El intervalo entre desgarrantes golpes fue aumentando, la velocidad se reducía. Algunos soldados se asomaron y vieron que el tren se detenía en Kazán. Los oficiales se sorprendieron. No estaba prevista ninguna parada hasta llegar a Moscú. Pronto quedó resuelto el misterio. Apenas el tren de veinte vagones se detuvo por completo, más hombres subieron a cada vagón.

—¡Atención! —se oyó una voz que gritaba— ¡Llegan los soldados combatientes!

Aunque les habían entregado nuevos uniformes, sus botas mostraban semanas de malos tratos. Su manera de caminar pavoneándose los marcaba como veteranos. En cada coche de pasajeros entraron unos veinte, y en seguida obtuvieron asientos cómodos. Los desplazados tendrían que continuar a pie. Había oficiales también, y se unieron a sus pares. Los oficiales de la setenta y siete empezaron a recibir información de primera mano sobre las doctrinas y tácticas de la OTAN, qué procedimientos eran buenos y cuáles no lo eran; lecciones pagadas en sangre por otros soldados que no se unieron a la división en Kazán. Los reclutas no recibían esas lecciones. Contemplaban a hombres que podían dormir aunque estuvieran en viaje hacia el frente de combate.

FASLANE, ESCOCIA.

El Chicago estaba pegado al muelle, cargando torpedos y misiles para su próxima misión. La mitad de la tripulación estaba en tierra estirando las piernas o invitando a beber a la tripulación del Torbay.

Su embarcación había adquirido una sólida reputación por su trabajo en el mar de Barents, hasta el punto de que deberían regresar en cuanto estuvieran listos, para escoltar a los portaaviones que se hallaban ahora en el mar del Norte, dirigiéndose a las bases soviéticas en la península de Kola.

McCafferty estaba sentado solo en su camarote, preguntándose por qué una misión que había acabado en desastre se consideraba un éxito, y confiaba en que no volvieran a enviarle otra vez..., aunque en el fondo estaba seguro de que lo harían...

MOSCU, URSS.

—¡Buenas noticias, camarada general! —Un coronel asomó su cabeza en la oficina que Alekseyev había ocupado—. Su gente pudo unirse con los del setenta y siete en Kazán.

—Gracias. —La cabeza de Alekseyev se volvió a sus mapas cuando el coronel se retiró.

—Es sorprendente.

—¿De qué se trata, Vanya?

—Los hombres que usted seleccionó para la setenta y siete, los planes, las órdenes..., las cumplieron sin más.

—Un traslado rutinario de personal. ¿Por qué no tendría que cumplirse? —preguntó el general—. El Politburó aprobó el procedimiento.

—Pero éste es el único grupo de hombres que ha huido.

—Tenían que ir lo más lejos posible. —Alekseyev cogió un formulario de mensaje que acababa de rellenar. Capitán.... no, ahora era el mayor Arkadi Semionovich Sorokin, de la setenta y seis división aerotransportada de guardias, que recibió la orden de presentarse en Moscú inmediatamente. Él también volaría. Era una lástima que el capitán no trajera consigo a algunos de sus hombres, pero estaban fuera del alcance de cualquier general soviético.

—Así, pues, Mikhail Eduardovich, ¿qué planea el general Alekseyev?

Sergetov pasó varias notas. Kosov ojeó los papeles en pocos minutos.

—Sí tiene éxito, al menos una «Orden de Lenin» por nuestra parte, ¿no es verdad?

—Ese general es demasiado listo. Peor para él.

—Estamos lejos de ese punto. ¿Qué me dice del tiempo que nos queda? Dependemos de usted para arreglar el escenario.

—Tengo un coronel especialista en estos trabajos.

—No lo dudo.

—Otra cosa que deberíamos hacer —dijo Kosov, y estuvo dándole una explicación durante varios minutos antes de marcharse.

Sergetov rompió las notas de Alekseyev que tenía y se las dio a Vitaly para que las quemara.

La luz y el zumbador que anunciaban peligro llamaron en el acto la atención del encargado. Algo malo ocurría en las vías sobre el puente Elektrozavodskaya, tres kilómetros al este de la estación de Kazán.

—Que vaya un inspector.

—Hay un tren a medio kilómetro —advirtió su ayudante.

—¡Dígale que se detenga de inmediato! —y movió la llave que controlaba la señal de la torre.

El auxiliar cogió su radioteléfono:

—Tren once noventa y uno, aquí despacho central de Kazán. Hay un problema en el puente que tiene al frente, ¡deténgase ahora mismo!

—¡Veo la señal! Estoy frenando —contestó el maquinista— ¡Pero no podemos parar!

Y no pudo. El once noventa y uno era una unidad de cien vagones abiertos cargados con vehículos blindados y cajones de munición. Volaron chispas en la media luz del amanecer cuando el maquinista aplicó los frenos de cada vagón, pero necesitaba más que unos pocos cientos de metros para detener por completo el tren. Aguzó la vista hacia delante tratando de ver cuál era el problema..., esperó que se tratara de una señal defectuosa.

¡No! una vía estaba suelta justo antes del extremo oeste del puente. El maquinista gritó una advertencia a sus ayudantes; se encogió. La locomotora saltó de los rieles y cruzó de costado la tierra hasta quedar inmóvil, lo cual no pudo impedir que tres máquinas detrás de ella y ocho vagones abiertos continuaran hacia delante. También descarrilaron, y habrían caído al río Yauza de no haber sido por la estructura de acero del puente. El inspector de las vías llegó un minuto después. No cesó de lanzar insultos en todo el camino hasta el teléfono.

—¡Aquí necesitamos dos encarriladores grandes!

—¿Es grave?

—No tan grave como el de agosto último. Doce horas, tal vez dieciséis.

—¿Qué falló?

—Todo el tráfico que tiene este puente..., ¿qué le parece?

—¿Hay heridos?

—No lo creo..., no iban demasiado rápido.

—Dentro de diez minutos tendrán ahí un grupo de auxilio.

El hombre levantó la vista para mirar la gran pizarra con la lista de los trenes que llegaban.

—¡Maldición! ¿Qué vamos a hacer con éstos?

—No podemos separarlos, es una división del Ejército que viaja como unidad. Estaba previsto que entraran por el lado norte. Tampoco podemos mandarlos hacia el Sur. El puente Novodanilovskiy está ocupado por muchas horas.

—Cámbieles el recorrido y envíelos a la estación Kursk. Yo llamaré al jefe de estación de Rzhevskaya y veré si él puede abrirnos una vía en su trayecto.

Los trenes llegaron a las siete y media. Uno a uno los hicieron maniobrar y detenerse en las vías laterales de la estación Kursk. Muchos de los soldados que estaban a bordo no conocían Moscú; pero, excepto los que se hallaban en los lados exteriores, todo lo que podían ver eran los trenes de sus compañeros soldados.

—¡Un intento deliberado para sabotear los ferrocarriles del Estado! —dijo el coronel de la KGB.

—Es más que probable que se deba a las vías desgastadas, camarada —dijo el encargado de la estación de Kazán—. Pero usted tiene razón en que hay que ser prudente.

—¿Vías desgastadas? —se burló el coronel, pues él estaba seguro de que la causa había sido otra—. Creo que tal vez usted no tome esto con la seriedad suficiente.

La sangre del jefe de estación se heló ante la afirmación.

—Yo también tengo mis responsabilidades. Por el momento debo hacer limpiar y quitar de ese maldito puente todo el material que se ha amontonado a causa del accidente, para que mis trenes puedan pasar de nuevo. Ahora, tengo una unidad de siete vagones esperando en Kursk, y a menos que pueda hacerlos circular hacia el Norte. ..

—Por lo que veo en su mapa, hacer mover todo el tráfico alrededor del perímetro norte de la ciudad depende de una sola llave.

—Bueno, sí, pero eso es responsabilidad del jefe de Rzhevskaya.

—¿Se le ha ocurrido a usted alguna vez que los saboteadores no están distribuidos igual que los guardaagujas? ¡Tal vez el mismo hombre puede operar en un distrito diferente! ¿Ha controlado nadie esa llave?

—No lo sé.

—¡Bueno, averígüelo! No, no, yo voy a enviar a mi propia gente para que investiguen, antes que sus imbéciles ferroviarios arruinen alguna otra cosa.

—Pero, mis horarios...

El encargado era un hombre orgulloso, pero sabía que ya había forzado demasiado la suerte.

—Bienvenido a Moscú —dijo amablemente Alekseyev. El mayor Arkady Semyonovich Sorokin era un hombre bajo, como la mayoría de los oficiales paracaidistas. Un joven guapo, de cabello castaño claro; tenía unos ojos azules que quemaban, por una razón que Alekseyev comprendía mejor que el mismo mayor. Cojeaba ligeramente, por dos balas que había recibido en una pierna durante el ataque inicial a la base aérea de Keflavik, en Islandia. Sobre su pecho lucía la cinta de la «Orden de la Bandera Roja», ganada por conducir su compañía hacia el fuego enemigo. Habían traído a Sorokin, como a la mayoría de los primeros heridos, en avión, para someterlo a tratamiento médico. Esperaban nuevos destinos, ya que su división había sido capturada en Islandia.

—¿Cómo puedo servir al general? —preguntó Sorokin.

—Necesito un nuevo ayudante, y prefiero oficiales con experiencia en combate. Más que eso, Arkady Semyonovich, lo necesitaré a usted para realizar una tarea muy delicada. Pero antes de que hablemos de ello, hay algo que necesito explicarle. Por favor, siéntese. ¿Cómo está su pierna?

—Los médicos me aconsejaron que por una semana más evitara correr. Tenían razón. Ayer intenté hacer mis diez kilómetros y empecé a cojear después de hacer solamente dos.

No sonrió. Alekseyev se imaginó que el muchacho no había sonreído nunca más desde mayo. El general le explicó por primera vez cuál era la verdad. Cinco minutos después, la mano de Sorokin se abría y se cerraba junto al brazo del sillón de cuero, aproximadamente donde habría tenido su pistolera de haberse hallado de pie.

—Mayor, la esencia de un soldado es la disciplina —concluyó Alekseyev—. Yo lo he traído a usted aquí por una razón, pero debo saber que cumplirá las órdenes exactamente. Comprenderé si usted no puede hacerlo.

Su rostro no reflejó la menor emoción, pero la mano se aflojó.

—Sí, camarada general, y le agradezco con toda mi alma que me haya traído aquí. Todo será exactamente como usted diga.

—Entonces venga, tenemos trabajo por hacer.

El automóvil del general ya estaba esperando. Alekseyev y Sorokin se dirigieron hasta la avenida de circunvalación interior, alrededor del centro de Moscú, que cambia de nombre cada tantos kilómetros. Se llama Chkalova el tramo que pasa ante el «Teatro Star» hasta la estación de ferrocarril de Kursk.

El comandante de la setenta y siete división de infantería motorizada estaba dormitando. Tenía un nuevo segundo comandante, un brigadier que había llegado del frente para sustituir al coronel de excesiva edad que había ocupado el cargo hasta entonces. Estuvieron hablando durante diez horas sobre las tácticas de la OTAN, y ahora los generales aprovechaban la inesperada y prolongada detención en Moscú para dormir un poco.

—¡Qué diablos es eso!

El comandante de la setenta y siete abrió los ojos y vio un general de cuatro estrellas que lo miraba fijamente desde arriba. Dio un salto como un cadete y tomó una rígida posición militar.

—¡Buenos días, camarada general!

—¡Buenos días a usted! ¡Qué diablos hace una división del Ejército soviético durmiendo en la vía muerta de una maldita estación ferroviaria mientras muchos hombres mueren en Alemania! —le dijo Alekseyev, casi a gritos.

—Nosotros..., nosotros no podemos hacer mover los trenes, hay algún problema en las vías.

—¿Hay un problema en las vías? Ustedes tienen sus vehículos, ¿no?

—El tren va a la estación Kiev, y allí cambiamos locomotoras para el viaje a Polonia.

—Yo les arreglaré el transporte. No tenemos tiempo —explicó Alekseyev, como si lo hiciera a un chico porfiado— para que una división combatiente esté aquí inmovilizada calentando el trasero. ¡Si el tren no puede moverse, ustedes sí pueden! Bajen sus vehículos de los vagones abiertos, nosotros los conduciremos para que crucen Moscú, y podrán llegar a la estación Kiev por sus propios medios. Ahora..., ¡restriéguese bien los ojos para quitarse el sueño y ponga en marcha esta división antes de que yo encuentre alguien que sea capaz de hacerlo!

Nunca dejaba de asombrar al general lo que podía lograrse chillando sólo un poco. Observó al comandante de la división cuando gritaba a sus comandantes de los regimientos; éstos, a su vez, salieron a gritar a los comandantes de los batallones. En diez minutos, los gritos habían llegado al nivel de pelotón. Diez minutos después de eso ya estaban quitando las cadenas que aseguraban a los carros de infantería «BTR-60» y el primero de ellos descendía del tren para empezar a reunirse en el Plaza Korskogo, frente a la estación. Los infantes subieron en sus vehículos. Parecían realmente amenazadores, con sus uniformes de combate y sus armas en las manos.

—¿Llegaron sus nuevos oficiales de comunicaciones? —preguntó Alekseyev.

—Sí, ellos remplazaron totalmente a mis propios hombres —asintió el comandante de la división.

—Bien. Nosotros tuvimos muchos problemas en el frente hasta que aprendimos lo referente a seguridad en las comunicaciones. Sus nuevos hombres le prestarán buenos servicios. ¿Y los nuevos fusileros?

—Una compañía de veteranos en cada regimiento, y otros distribuidos individualmente en distintas compañías de tiradores.

El comandante también se sentía satisfecho de tener algunos oficiales combatientes para que ocupasen el lugar de ciertos subordinados no muy bien conceptuados. Era evidente que Alekseyev le había enviado gente muy buena.

—Bien, haga formar su división en columnas de regimientos. Vamos a mostrar algo al pueblo, camarada. Les enseñaremos lo que es una división del Ejército soviético. Lo necesitan.

—¿Cómo efectuaremos el cruce de la ciudad?

—Tengo algunos guardias de frontera de la KGB para el control del tráfico. Mantenga a sus hombres en el orden que corresponde. ¡No quiero que nadie se pierda!

Llegó corriendo un mayor.

—Estamos listos para iniciar la marcha dentro de veinte minutos.

—¡Quince! —insistió el comandante.

—Muy bien —acordó Alekseyev—. General, yo voy a acompañarlo. Quiero ver si su personal está familiarizado ya con el equipo.

Mikhail Sergetov llegó temprano a la reunión del Politburó, como era su costumbre. El complemento habitual de los guardias del Kremlin, una compañía de infantería con armas ligeras, estaban en su lugar. Pertenecían a la división de la Guardia Taman, tropas de ceremonial que tenían un entrenamiento mínimo con armas, una guardia pretoriana sin dientes; y, como muchas unidades de ceremonial, practicaban desfiles, lustraban botas y cuidaban su aspecto de soldados, aunque en Alabino sí tenían los tanques y cañones correspondientes a una división completa. Los verdaderos guardianes del Kremlin eran los guardias de frontera de la KGB y la división de soldados de la MVD con guarnición en las afueras de Moscú. En el sistema soviético era típico que debieran existir tres formaciones armadas leales a tres ministerios separados. La división Taman tenía las mejores armas pero el menor entrenamiento. La KGB, el mejor entrenamiento pero sólo armas ligeras. La MVD, que respondía al Ministerio del Interior, disponía de pocas armas y estaba entrenada fundamentalmente como fuerza policial paramilitar, aunque se hallaba integrada por tártaros, tropas de conocida ferocidad y antipatía hacia la gente étnicamente rusa. Las relaciones entre las tres eran más que complicadas.

—¿Mikhail Eduardovich?

Era el ministro de Agricultura.

—Buenos días, Filip Moiseyevich.

—Estoy preparado —dijo el hombre en voz baja.

—¿Por qué motivo?

—Me temo que ellos, el Consejo de Defensa, puedan estar pensando en armas atómicas.

—No pueden estar tan desesperados.

Si tú eres un agent provocateur, camarada, sabes que me lo han dicho. Será mejor que me entere ahora de lo que realmente eres tú.

La expresión de la cara eslava del hombre no cambió.

—Espero que tenga razón. Yo no me he esforzado tanto en lograr alimentar bien a todo el país, por una vez, ¡para que venga alguien y lo haga volar!

¡Un aliado!, se dijo Sergetov.

—¿Y si lo someten a votación?

—Yo no sé, Misha, y quisiera saberlo. Los hechos están barriendo a demasiados de nosotros.

—¿Usted hablará en contra de esta locura?

—¡Sí! Pronto voy a tener un nieto, y quiero que él tenga un país donde crecer, ¡aunque eso me cueste la vida!

Perdóname, camarada, perdóname por todas las cosas que pensé antes de ti.

—¿Siempre el pájaro del amanecer, Mikhail Eduardovich?

Kosov y el ministro de Defensa llegaron juntos.

—Filip y yo teníamos que conversar sobre las entregas de combustible para transporte de alimentos.

—¡Usted preocúpese por mis tanques! Los alimentos pueden esperar.

Defensa caminó hacia la sala de conferencias pasando junto a ellos. Sergetov y su compatriota intercambiaron una mirada.

La reunión se inició con diez minutos de retraso. El secretario general declaró abierta la sesión y pasó de inmediato la palabra a Defensa.

—Tenemos que hacer un movimiento decisivo en Alemania.

—Lleva varias semanas prometiendo eso —dijo Bromkovskyi.

—Esta vez lo lograremos. El general Alekseyev estará aquí dentro de una hora para presentar su plan. Por el momento, hablaremos sobre el uso de armas nucleares tácticas en el frente, y cómo impedir una respuesta nuclear de la OTAN.

La cara de Sergetov fue una de las que se mantuvieron impasibles. Contó cuatro que expresaron su horror en forma evidente. La discusión que siguió fue sumamente acalorada.

Alekseyev viajó junto al comandante de la división durante los primeros kilómetros, pasando frente a la Embajada de la India y el Ministerio de Justicia. Este último provocó una irónica mirada del general, ¡Qué oportuno es que yo tenga que pasar hoy frente a ese edificio! El vehículo de mando era más bien una radio con ocho ruedas. Seis oficiales de comunicaciones ocupaban la parte posterior, para permitir que el comandante dirigiera desde allí mismo su división. Los oficiales de comunicaciones habían venido del frente, y eran leales a los oficiales combatientes que los trajeron de vuelta.

Avanzaban despacio. Esos vehículos estaban diseñados para moverse con más celeridad; pero la velocidad favorecía las averías, y tan pronto como excedían los veinte kilómetros por hora los tanques podrían destrozar el pavimento. En consecuencia, viajaban plácidamente, atrayendo pequeños grupos de gente que observaban, saludaban y vitoreaban a los soldados que pasaban. La procesión no era tan exacta como uno de los desfiles que practicaban todos los días los integrantes de la Guardia Taman. Pero justamente aquello provocaba un mayor entusiasmo en el público. Éstos eran verdaderos soldados que iban hacia el frente. Los oficiales de la KGB se encontraban de pie a lo largo del recorrido, «aconsejando» a los oficiales de la Milicia de Moscú que dejaran pasar a la división. Habían explicado el motivo, el problema en el ramal ferroviario del Este, y los policías de tráfico se mostraban felices por abrir el paso a los soldados de la madre Patria.

Alekseyev se puso de pie en la escotilla del artillero cuando la columna alcanzó la plaza Nogina.

—Ha trabajado muy bien para poner a sus hombres en este nivel de entrenamiento —dijo al comandante de división— Ahora quiero apearme y observar cómo se está portando el resto de sus tropas. Lo veré de nuevo en Stendal.

Alekseyev se apeó con la agilidad de un joven cabo y se mantuvo de pie en la calle, agitando el brazo hacia los vehículos que pasaban y saludando a los oficiales que viajaban orgullosos en ellos. Pasaron cinco minutos hasta que llegó frente a él el segundo regimiento; esperó el segundo batallón, y se inclinó para agarrar la mano del general y quitarlo de las filas.

—Un viejo como usted podría lastimarse haciendo esto, camarada general —comentó Sorokin.

—¡Mocoso atrevido! —Alekseyev estaba orgulloso de su estado físico; miró al comandante del batallón, un hombre recién llegado del frente— ¿Listo?

—Estoy listo, camarada general.

—Recuerde sus órdenes y mantenga controlados a sus hombres.

Alekseyev abrió la tapa de su pistolera. Sorokin llevaba un fusil «AK-47».

Ya se podía ver San Basilio, la colección de torres y cúpulas en forma de cebolla, al final de la calle Razina. Uno a uno, los vehículos de la comitiva doblaron a la derecha y pasaron la antigua catedral. Detrás del general, todos los soldados que ocupaban los carros de infantería

habían levantado la cabeza, mirando alrededor. Era el modelo más antiguo de «GTR» y no tenía cubierta superior.

¡Allá está!, se dijo Alekseyev. El portón construido por Iván el Terrible, que conducía directamente al edificio del Consejo de Ministros. Del otro lado, y bajo la torre del reloj. Eran las diez y veinte. Faltaban diez minutos para su entrevista con el Politburó.

—¿Estamos todos locos? —preguntó el ministro de Agricultura— ¿Pensamos que podemos jugar con armas atómicas como si fueran fuegos artificiales?

Un buen hombre —pensó Sergetov—, *pero nunca ha sido elocuente. El ministro del Petróleo se restregó las manos sudorosas en las perneras de los pantalones.*

—Camarada ministro de Defensa, usted nos ha llevado al borde de la destrucción —dijo Bromkovskyi— ¡Ahora quiere que demos el salto detrás de usted!

—Es demasiado tarde para detenerse —dijo el secretario general— La decisión ya está tomada.

Una explosión desmintió esa afirmación.

—¡Ahora! —dijo Alekseyev. En la parte posterior del vehículo de mando, los oficiales de comunicaciones activaron la red de radio divisional y anunciaron una explosión en el Kremlin. Un batallón de infantería, a las órdenes del general Alekseyev, iba a entrar a investigar.

Alekseyev ya se estaba moviendo. Tres «BTR» atravesaron velozmente el portón destrozado y se detuvieron frente a los escalones del edificio del Consejo de Ministros.

—¿Qué diablos está pasando? —gritó Alekseyev al capitán de la Guardia Taman.

—No lo sé... Usted no puede estar aquí, usted no está autorizado, debe.. .

Sorokin lo cortó con una ráfaga de tres disparos. Saltó del vehículo, estuvo a punto de caer a causa de su pierna herida, y corrió hacia el edificio, perseguido por el general. Alekseyev se dio vuelta junto a la puerta.

—¡Aíslen la zona, hay un complot para matar al Politburó!

La orden se fue retransmitiendo a las tropas que llegaban. Los hombres de la Guardia Taman corrían atravesando lugares abiertos, desde el antiguo Edificio Arsenal. Y se dispararon varios tiros de advertencia. Los guardias vacilaron, pero un teniente disparó todo el cargador de su fusil, y entonces comenzó un tiroteo dentro de los muros del Kremlin. Dos cuerpos de soldados soviéticos, de los cuales sólo diez sabían realmente qué estaba ocurriendo, empezaron a intercambiar fuego de fusiles, mientras los miembros del Politburó observaban desde las ventanas.

Alekseyev odió a Sorokin por tomar la delantera, pero el mayor sabía cuál de las dos vidas valía más la pena arriesgar. Encontró un capitán de la guardia en el descansillo de la escalera del segundo piso, y lo mató. Siguió subiendo, con Alekseyev y el comandante del batallón detrás, recordando el diagrama del edificio, especialmente en su cuarto piso. Otro soldado, éste era un mayor, estaba allí con un fusil. Logró efectuar un disparo, errando al blanco que se había arrojado al suelo. El mayor de paracaidistas rodó rápidamente y lo mató a él. La sala de conferencias se hallaba sólo a veinte metros de distancia. Encontraron a un coronel de la KGB que tendió las manos hacia delante.

—¿Dónde está Alekseyev?

—¡Aquí!

El general tenía la pistola en la mano.

—En este piso no quedan ya guardias vivos —dijo el chekista.

Él mismo acababa de matar cuatro con una automática con silenciador que llevaba oculta bajo la chaquetilla.

—La puerta —indicó Alekseyev a Sorokin.

No la derribó a puntapiés; estaba sin llave y conducía a una antecámara. Otra puerta de roble, de doble hoja, franqueaba el paso hacia el Politburó.

Sorokin entró primero.

Encontraron veintiún hombres, viejos y de edad mediana, en su mayoría de pie junto a las ventanas, observando el pequeño combate de infantería que ya parecía haber terminado. La Guardia Taman estacionada en los terrenos del Kremlin no estaba organizada para esa clase de asaltos, y carecía de la menor probabilidad de vencer a una compañía de experimentados fusileros.

Luego entró Alekseyev guardando su pistola.

—Camaradas, por favor, regresen a sus asientos. Evidentemente hay un complot para tomar el Kremlin. Por fortuna yo estaba llegando para mi entrevista cuando pasó esta columna de tropas. ¡Siéntense, camaradas! —ordenó el general.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó el ministro de Defensa.

—Cuando ingresé en el colegio militar, hace treinta y cuatro años, presté juramento para defender al Estado y al Partido de todos sus enemigos —dijo fríamente Alekseyev—. ¡Incluyendo aquellos que matarían a mi país porque no saben qué otra maldita cosa hacer! ¿Camarada Sergetov? —El ministro del Petróleo señaló a dos hombres—. Ustedes, camaradas, y el camarada Kosov se quedarán. Los otros saldrán conmigo dentro de pocos minutos.

—Alekseyev, acaba de firmar su propia condena de muerte —dijo el ministro del Interior.

Estiró el brazo hacia un teléfono. El mayor Sorokin levantó su fusil y destruyó el aparato de un solo disparo.

—No cometan ese error de nuevo. Podemos matarlos a todos muy fácilmente. Eso sería mucho más conveniente que lo que hemos pensado. —Alekseyev esperó un momento; otro oficial entró corriendo en la sala e hizo un movimiento con la cabeza—. Ahora saldremos, camaradas. Si cualquiera de ustedes intenta hablar con alguien, los mataremos a todos inmediatamente. De a dos..., ¡empiecen a caminar!

El coronel de la KGB, que pocos momentos antes había hecho estallar su segunda bomba en el Kremlin, se hizo cargo del primer grupo.

Cuando se fueron, Sergetov y Kosov se acercaron al general.

—Lo ha hecho muy bien —dijo el director de la KGB—. Está todo listo en Lefortovo. Los hombres de turno son de los míos.

—No vamos a ir a Lefortovo. Hay un cambio en los planes —explicó Alekseyev—. Van al viejo aeropuerto, y después yo lo llevaré en helicóptero a un campamento militar comandado por alguien en quien confío.

—¡Pero yo ya tengo todo arreglado!

—Estoy seguro de eso. Aquí está mi nuevo ayudante, el mayor Sorokin. El mayor Sergetov está ya en el campamento, haciendo los arreglos finales. Dígame, camarada director, ¿le resulta familiar Sorokin?

Le parecía realmente familiar, pero Kosov no podía identificarlo.

—Era capitán, antes de su promoción por un acto de valor, en la setenta y seis división de infantería aerotransportada.

—¿Ah, sí? —Kosov sintió el peligro, pero no sabía el motivo.

—El mayor Sorokin tenía una hija en las «Jóvenes Octubristas». La aerotransportada setenta y seis tiene su guarnición en Pskov —explicó Alekseyev.

—Por mi pequeña Svetlana —dijo Sorokin—, que murió sin cara.

Todo lo que Kosov tuvo tiempo de ver fue un fusil y un relámpago blanco.

Sergetov dio un salto para apartarse y miró a Alekseyev, impresionado.

—Aunque usted hubiera tenido razón en confiar en el chekista, yo no estaba dispuesto a recibir órdenes de uno de ellos. Lo dejo con una compañía de tropas leales. Debo tomar el control del Ejército. Su tarea ahora es lograr el control del aparato del Partido.

—¿Cómo podemos confiar en usted? —preguntó Agricultura.

—Nosotros tendríamos que estar ya en camino para custodiar las líneas de comunicaciones. Haremos todo de acuerdo con nuestro plan. Ellos anunciarán un intento para derrocar al Gobierno, impedido por tropas leales. Hoy mismo, más tarde, uno de ustedes aparecerá en televisión. Debo irme. Buena suerte.

Dirigidos por sus guías de la KGB, los batallones motorizados se trasladaron a las estaciones de radio y televisión y a las principales centrales telefónicas. Se movieron con rapidez, respondiendo a las llamadas de emergencia para tomar la ciudad en contra de un desconocido número de contrarrevolucionarios. En realidad, no tenían la más mínima idea de lo que estaban haciendo; sólo sabían que cumplían órdenes de un general de cuatro estrellas, para los oficiales de la setenta y siete de infantería motorizada, eso era suficiente. Los equipos de comunicaciones habían actuado bien. El oficial político de la división apareció en el Consejo de Ministros y se encontró con cuatro miembros del Politburó que impartían órdenes por teléfono. No estaba todo como debía estar; pero los hombres del Partido parecían tener las cosas bajo control. Se enteró de que habían matado o herido a los otros miembros, ¡en un perverso ataque de los propios guardias del Kremlin! El director de la KGB había descubierto el complot justo a tiempo para convocar tropas leales, pero había muerto heroicamente al resistir a los atacantes. Nada de esto tenía mucho sentido para el Zampolit divisional, pero no era necesario que lo tuviera. Sus órdenes sí tenían perfecto sentido, y procedió a transmitir por radio instrucciones al comandante de división.

Sergetov estaba sorprendido por lo fácil que había sido. La cantidad de personas que sabían realmente qué había pasado no excedía de doscientas. La lucha se había producido dentro de los muros del Kremlin y, si bien muchos habían oído el ruido, la historia inventada para explicarlo bastaba por el momento. Él tenía varios amigos en el Comité Central, y ellos hicieron en la emergencia lo que se les decía. Hacia el fin del día, las riendas del poder quedaron compartidas entre tres hombres del Partido. Los otros miembros del Politburó se hallaban fuera de la ciudad bajo guardia armada, con el mayor Sergetov a cargo de su vigilancia. Sin instrucciones del ministro del Interior, las tropas de la MVD aceptaron las órdenes del Politburó, mientras la KGB vacilaba sin su líder. La ironía final del sistema soviético fue que, acéfalo, no pudo salvarse a sí mismo. El control omnipresente del Politburó en todos los aspectos de la vida soviética impidió que ahora la gente hiciera las preguntas que debían hacerse antes de que pudiera comenzar una resistencia organizada, y cada hora que pasaba iba dando a Sergetov y a su grupo más tiempo para consolidar su dominio. El anciano y distinguido Pyotr Bromkovskyi quedó como líder del aparato del Partido y actuaba también como ministro de Defensa. Recordado en el Ejército como un comisario que se preocupaba por los hombres con quienes servía, Petya pudo ungir a Alekseyev como viceministro de Defensa y jefe del Estado Mayor. Filip Moiseyevich Krylov retuvo Agricultura y tomó Asuntos Interiores. Sergetov actuaría como secretario general. Los tres hombres formaban una

troika que lograría la aceptación de sus compatriotas hasta que pudieran incorporar otros de sus hombres. Restaba por hacer una tarea suprema.

43. UN PASEO POR EL BOSQUE.

BRUSELAS, BÉLGICA.

No hay mayor miedo natural que el que produce lo desconocido, y cuanto más grande es lo desconocido, mayor se hace el miedo. SACEUR tenía sobre su escritorio cuatro informes de Inteligencia. En lo único en que estaban de acuerdo era que no sabían lo que estaba sucediendo; pero que podía ser malo.

¿Para eso necesito un experto?, pensó SACEUR.

Un trocito de información de un satélite espía le dio la noticia de que había cierta lucha en Moscú, y le hizo saber que existían movimientos de tropas a los centros de comunicaciones. Pero la Televisión y la Radio del Estado habían mantenido sus horarios y programas normales durante doce horas, hasta que la difusión de un noticiario a las cinco de la mañana, hora de Moscú, había dado la palabra oficial.

¿Un intento de golpe de Estado por parte del ministro de Defensa? Ésa no sería una buena noticia, y el hecho de que lo habían destituido era sólo mejor por un estrecho margen. Las estaciones de escucha acababan de oír un breve discurso de Pyotr Bromkovskyi, conocido como el último de los hombres de línea dura de Stalin: mantengan la calma y no pierdan su fe en el Partido.

¿Qué diablos quería decir eso?, se preguntaba SACEUR.

—Necesito información —dijo a su jefe de Inteligencia— ¿Qué sabemos sobre la estructura del mando ruso?

—Alekseyev, el nuevo comandante en jefe del Oeste, no se encuentra en su puesto de mando, y eso es evidente. Buenas noticias para nosotros, porque nuestro ataque deberá comenzar dentro de diez horas.

El zumbador del teléfono de SACEUR comenzó a sonar.

—Le dije que no quería llamadas..., adelante, Franz... ¿Cuatro horas? Postdam. No responda todavía. Yo lo llamaré dentro de un momento. —Colgó el teléfono—. Hace unos minutos hemos recibido por radio un mensaje en texto claro; dice que el jefe del Estado Mayor soviético desea encontrarse urgentemente conmigo en Postdam.

—¿«Urgentemente», general?

—Eso es lo que dice el mensaje. Yo puedo ir con un helicóptero y él proveerá una escolta con otros helicópteros hasta el lugar de la reunión. —SACEUR se echó hacia atrás— ¿Usted cree que se proponen derribarme y matarme porque he hecho tan buen trabajo?

El comandante supremo aliado de Europa se permitió una sonrisa irónica.

—Tenemos concentradas a sus tropas al norte de Hannover —le recordó el jefe de Inteligencia.

—Lo sé, Joachim.

—No vaya. Envíe un representante.

—¿Por qué él no lo pidió de esa manera? —se preguntó SACEUR— Así se hace normalmente.

—Está muy apurado —dijo Joachim— Ellos no han ganado. Tampoco han perdido realmente nada todavía; pero hemos detenido sus avances. Tienen problemas de combustible.

¿Y si un bloque totalmente nuevo se ha hecho cargo en Moscú? Silencian los medios de información mientras tratan de consolidar el poder, y querrán terminar las hostilidades. No necesitan la distracción. Es un buen momento para ejercer presión —concluyó.

—¿Cuando están desesperados? —preguntó SACEUR—. Todavía tienen muchos submarinos nucleares. ¿Hay algún indicio insólito de actitudes soviéticas, algo que parezca insólito?

—Aparte de las nuevas divisiones de reserva recién llegadas, no.

¿Y si yo pudiera detener esta maldita guerra?

—Voy a ir.

SACEUR cogió el teléfono e informó al secretario general del consejo del Atlántico Norte sobre su decisión.

No era difícil estar nervioso con un par de helicópteros rusos de ataque volando en formación cerrada. SACEUR resistía la tentación de mirarlos por las ventanillas, y se concentró, en cambio, en las carpetas de Inteligencia. Tenía los legajos, confeccionados por la OTAN, de cinco oficiales superiores que actuaban como comandantes soviéticos. No sabía con quién habría de encontrarse. Su ayudante iba sentado frente al general. Él sí miraba por las ventanillas.

POSTDAM, REPUBLICA DEMOCRATICA ALEMANA.

Alekseyev se paseaba esperando, nervioso por tener que estar fuera de Moscú, donde los nuevos amos del Partido (pero amos del Partido al fin, no pudo menos que recordar) estaban tratando de ordenar las cosas. ¡Ese idiota que preguntó cómo podían confiar en mí!, pensó. Repasó las informaciones ilustrativas sobre su contraparte de la OTAN. Edad, cincuenta y nueve años. Hijo y nieto de soldados. El padre, un oficial paracaidista muerto por los alemanes al oeste de St. Vith durante la batalla del Bulge. Educado en West Point y decimoquinto de su clase. Vietnam: cuatro períodos de servicio, el último en calidad de comandante del ciento uno aerotransportado; considerado por los norvietnamitas como un táctico peligroso de iniciativa poco frecuente. *Así lo había demostrado*, gruñó para sí Alekseyev. Título universitario en relaciones internacionales; de supuesta gran facilidad para los idiomas. Casado, dos hijos y una hija; ninguno de ellos militar... *Alguien había decidido que tres generaciones eran suficientes* —pensó Alekseyev— Cuatro nietos... Cuando un hombre tiene nietos... Le gusta jugar a las cartas, su único vicio. Moderado bebedor. No se le conocen desviaciones sexuales, decía el informe. Alekseyev sonrió al ver eso. ¡Los dos somos demasiado viejos para esas tonterías! ¿Y quién tiene tiempo?

El ruido de los rotores de los helicópteros se filtró entre los árboles. Alekseyev se hallaba de pie en un pequeño claro, cerca de un vehículo de mando, cuyos tripulantes estaban entre los árboles, junto con un pelotón de fusileros. Era poco probable, pero la OTAN podía aprovechar esa oportunidad para atacar y matar..., no, nosotros no somos tan locos, y ellos tampoco, pensó el general.

Era uno de sus nuevos «Blackhawks». El helicóptero redujo potencia y se asentó suavemente sobre los pastos, mientras un par de «MI-24» volaban arriba en círculo. La puerta no se abrió de inmediato. El piloto detuvo los motores y el rotor continuó dos minutos hasta inmovilizarse por completo. Luego, se abrió la puerta corrediza y el general salió sin gorra y descendió a tierra.

Es alto para ser paracaidista, pensó Alekseyev.

SACEUR podía haber llevado el «Colt 45» con empuñadura de hueso que le habían regalado en Vietnam, pero juzgó mejor impresionar a los rusos acudiendo a la cita desarmado y con su uniforme de diario. Cuatro estrellas negras adornaban su cuello, y sobre el pecho llevaba cosidas las insignias de paracaidistas veterano y combatiente de infantería. Sobre el lado derecho, un sencillo rectángulo con su nombre: ROBINSON. Yo no necesito exhibicionismo, Iván. Yo he ganado.

—Diga a los hombres que están en el bosque que pueden retirarse.

—¡Pero, camarada general! —Era un ayudante nuevo y aún no lo conocía bien.

—Rápido. Si necesito un intérprete, haré señas.

Alekseyev caminó hacia el comandante de la OTAN. Los ayudantes se reunieron a un lado.

Intercambiaron saludos, pero ninguno de los dos quiso tender su mano primero.

—Usted es Alekseyev —dijo el general Robinson— Esperaba a otra persona.

—El mariscal Bukharin se ha retirado..., usted habla muy bien el ruso, general Robinson.

—General Alekseyev. Hace algunos años me sentí atraído por las obras de Chejov. Sólo se puede comprender una obra si está en su idioma original. Desde entonces he leído mucha literatura rusa.

Alekseyev asintió.

—Es lo mejor para entender a su enemigo —continuó en inglés—. Es muy inteligente de su parte. ¿Quiere que demos un paseo?

—¿Cuántos hombres tiene entre los árboles?

—Un pelotón de infantería motorizada. —Alekseyev volvió a usar su idioma nativo, pues Robinson dominaba el ruso mejor que él el inglés, y Pasha ya había dicho lo suyo—. ¿Cómo podíamos saber que iba a salir del helicóptero?

—Es verdad —concedió SACEUR. *Sin embargo tú estabas fuera, en terreno descubierto..., para demostrarme que eres audaz*— ¿De qué vamos a hablar?

—De una terminación de las hostilidades, tal vez.

—Le escucho.

—Usted sabe, por supuesto, que yo no tuve parte en el inicio de esta locura.

Robinson giró la cabeza.

—¿Qué soldado la tiene alguna vez, general? Nosotros solamente derramamos la sangre y recibimos las culpas. Su padre fue soldado, ¿no?

—Tanquista. Tuvo más suerte que su padre.

—Así es a menudo, ¿verdad? En el fondo se trata de suerte.

—No deberíamos decírselo a nuestros líderes políticos.

Alekseyev casi aventuró una sonrisa, pero se dio cuenta de que había dado una apertura a Robinson.

—¿Quiénes son sus líderes políticos? Si hemos de llegar a un acuerdo viable, debo poder decir a los míos quién está a cargo.

—El secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética es Mikhail Eduardovich Sergetov.

¿Quién?, se preguntó SACEUR. No recordaba ese nombre. Había refrescado su memoria con respecto a todos los miembros titulares del Politburó, pero ese nombre no estaba en la lista. Debió adaptarse a las circunstancias.

—¿Qué diablos sucedió?

Alekseyev pudo ver la perplejidad que mostraba el rostro de Robinson, y esta vez sí aventuró la sonrisa. ¿Tú no sabes quién es, verdad, camarada general? Hay algo desconocido que tendrás que considerar.

—Como les gusta decir a ustedes los norteamericanos, ya era hora de hacer un cambio.

¿Quién te enseñó a jugar al póquer, hijo? —pensó SACEUR—. *Pero yo tengo ases y reyes. ¿Qué tienes tú?*

—¿Cuál es su propuesta?

—Yo no sé ser diplomático, sólo soy soldado —confesó Alekseyev—. Proponemos un cese del fuego en las actuales posiciones, seguido por una retirada en etapas hasta alcanzar las posiciones de preguerra en un período de dos semanas.

—En dos semanas yo puedo lograr eso sin un cese del fuego —dijo fríamente Robinson.

—Con un coste muy grande..., y un riesgo aún mayor —observó el ruso.

—Sabemos que ustedes tienen una gran escasez de combustible. Se derrumbaría toda su economía nacional.

—Así es, general Robinson, y si nuestro Ejército se derrumba, como usted dice, a nosotros nos queda solamente una alternativa para salvaguardar el Estado.

—Su país ha lanzado una guerra de agresión contra la alianza de la OTAN. ¿Supone usted que podemos dejarlos volver al statu quo anterior y nada más? —preguntó SACEUR con calma; estaba conteniendo con firmeza las riendas de su emoción. Ya había cometido un desliz, y eso era demasiado— Y no me hable del complot de las bombas del Kremlin..., ustedes saben que nosotros no intervenimos en eso.

—Ya le dije que yo no tuve nada que ver en todo aquéllo. Cumplo órdenes..., pero ¿ustedes esperaban que el Politburó se quedara quieto mientras nuestra economía nacional se paralizaba? ¿Qué presión política habrían ejercido sobre nosotros, eh? Si ustedes se enteraban de nuestra escasez de petróleo...

—No lo supimos hasta hace pocos días.

¿La maskirova había dado resultado?

—¿Por qué no nos dijeron que necesitaban petróleo? —preguntó Robinson.

—¿Acaso ustedes nos lo habrían dado? Robinson, yo no tengo su título en relaciones internacionales, pero no soy tan tonto.

—Les habríamos exigido, y conseguido, concesiones de algún tipo, pero..., ¿no cree que hubiéramos intentado impedir todo esto?

Alekseyev arrancó una hoja de un árbol. Por un momento miró fijamente esa maravillosa red de venas, todo interconectado con lo demás. Acabas de matar otra cosa viviente, Pasha.

—Supongo que el Politburó nunca pensó en eso.

—Lanzaron una guerra de agresión —repitió Robinson— ¿Cuántos han muerto por culpa de ellos?

—Los hombres que tomaron esa decisión están arrestados. Serán juzgados en una Corte del Pueblo por crímenes contra el Estado. El camarada Sergetov habló en contra de la guerra y ha arriesgado su vida, como yo he arriesgado la mía, para llevarla a un justo final.

—Queremos juzgarlos nosotros. Convocaremos al tribunal de Nüremberg y los llevaremos ante él por crímenes contra la Humanidad.

—Sólo podrán tenerlos después que nosotros hayamos terminado con ellos..., va a ser un juicio sombrío, general Robinson —agregó Alekseyev; ambos hablaban ahora como soldados, no como diplomáticos—. ¿Usted cree que sus países han sufrido? ¡Algún día le diré los sufrimientos que hemos soportado nosotros por tales políticos corruptos!

—¿Y su nuevo Gobierno cambiará eso?

—¿Cómo puedo saberlo? Pero lo intentaremos. De todos modos, ¡ése no es un tema de su interés!

¡Diablos que no lo es!

—Usted habla con mucha confianza para ser el representante de un Gobierno nuevo y poco firme.

—¡Y usted, camarada general, habla demasiado seguro para un hombre que hace menos de dos semanas estaba al borde de la derrota! ¿Recuerda lo que dijo sobre la suerte? Presionen mucho sobre nosotros, si quieren. La Unión soviética ya no puede ganar, pero ambas partes todavía pueden perder. Usted sabe qué cerca estuvo. Casi los vencimos. Si esos malditos bombarderos invisibles de ustedes no hubieran destruido nuestros puentes el primer día, o si hubiésemos logrado aplastar otros tres o cuatro de sus convoyes, ahora usted estaría ofreciéndome condiciones a mí.

Con que sólo hubieran sido uno o dos convoyes más —se recordó Robinson— *Así de cerca estuvieron.*

—Le ofrezco un cese del fuego en las actuales posiciones —repitió Alekseyev—. Podría comenzar ya, a medianoche. Después de eso, en dos semanas regresamos a nuestras líneas de preguerra, y la matanza terminará.

—¿Intercambio de prisioneros?

—Eso podemos resolverlo más adelante. Por el momento, pienso que el lugar obvio es Berlín.

Como se esperaba, Berlín había permanecido prácticamente intacto durante la guerra.

—¿Qué se hará con los civiles alemanes que se encuentran detrás de sus líneas?

Alekseyev lo pensó unos instantes.

—Pueden marcharse libremente después del cese el fuego..., o mejor todavía: yo autorizaré que el suministro de alimentos pueda pasar a ellos a través de nuestras líneas, bajo nuestra supervisión.

—¿Y los malos tratos a los civiles alemanes?

—Eso es asunto mío. Cualquiera que haya violado los reglamentos del servicio en campaña será llevado a la corte marcial.

—¿Cómo sé que usted no empleará las dos semanas para preparar una nueva ofensiva?

—¿Cómo sé yo que usted no lanzará el contraataque que tiene planificado para mañana? —replicó Alekseyev.

—En realidad, dentro de pocas horas —aceptó Robinson— ¿Sus líderes políticos aceptarán sus condiciones?

—Sí. ¿Y los suyos?

—Debo presentárselas, pero tengo autoridad para comprometer bajo palabra un cese del fuego.

—Entonces la decisión es de ustedes, general Robinson.

Los ayudantes de los generales esperaban juntos e inquietos cerca del lindero del bosque. Observaban también todos los hombres del pelotón soviético de infantería y la tripulación del helicóptero. El general Robinson tendió su mano.

—Gracias a Dios —dijo el ayudante soviético.

—Da —coincidió su contraparte norteamericana.

Alekseyev sacó de un bolsillo una botella de vodka de medio litro.

—Hace varios meses que no bebo; pero nosotros los rusos no podemos celebrar un acuerdo sin hacerlo.

Robinson bebió un trago y devolvió la botella. Alekseyev hizo otro tanto y la arrojó contra un árbol. No se rompió. Los dos hombres lanzaron una fuerte carcajada. Era una forma de exteriorizar el inmenso alivio que sentían ambos después del acuerdo que acababan de sellar.

—Sabe, Alekseyev, si fuésemos diplomáticos en vez de soldados...

—Sí, por eso estoy yo aquí. Es más fácil que puedan detener una guerra los hombres que la comprenden.

—Uno tiene ese derecho.

—Dígame, Robinson. —Alekseyev hizo una pausa recordando el primer nombre de SACEUR: Eugene; el nombre de su padre; Stephen— Dígame, Ycvgeni Stepanovich, cuando hicimos la ruptura en Alfeld, ¿estuvimos cerca de ... ?

—Muy cerca. Tan cerca que ni yo mismo lo sé con seguridad. En un momento dado no nos quedaban más que cinco días de abastecimientos, pero un par de convoyes pasaron casi intactos, y eso nos permitió continuar. —Robinson detuvo sus pasos de golpe— ¿Qué van a hacer ustedes con su país?

—No puedo decirlo: no lo sé; el camarada Sergetov tampoco lo sabe. Pero el Partido debe responder al pueblo. Los líderes han de ser responsables ante alguien; eso lo hemos aprendido.

—Debo irme. Pavel Leonidovich, le deseo suerte. Tal vez más adelante...

—Sí, tal vez más adelante.

Volvieron a estrecharse las manos.

Alekseyev observó a SACEUR cuando llamaba a su ayudante, que dio también un apretón de manos al ayudante ruso. Juntos subieron al helicóptero. las turbinas gimieron al ponerse en marcha, el rotor principal de cuatro palas comenzó a girar, y la máquina despegó. El «Blackhawk» describió un círculo sobre el campo para dar oportunidad a los escoltas de que formaran, luego puso rumbo al Oeste.

Nunca lo sabrás, Robinson. Alekseyev sonrió cuando aún estaba allí, de pie, en el campo. Nunca sabrás que cuando Kosov murió no pudimos encontrar sus claves personales para controlar nuestras armas nucleares. Habría pasado por lo menos otro día antes de que pudiésemos usarlas. El general y su ayudante caminaron hacia el vehículo de mando, y desde allí Alekseyev emitió un conciso comunicado de radio que sería retransmitido a Moscú.

SACK, REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA.

El coronel Ellington ayudaba a Eisly a avanzar a través de los árboles. Ambos hombres habían realizado entrenamientos de escape y evasión, un curso tan duro que Ellington llegó a jurar que si tenía que hacerlo de nuevo, devolvería su brevet de aviador militar. Y justamente por ese motivo, recordaba muy bien las lecciones. Había esperado catorce horas para cruzar una simple y maldita ruta. Calculó unos veinticinco kilómetros desde el lugar donde habían caído hasta las propias líneas. Un paseo por el campo, que se convirtió en una semana de esconderse, beber agua de los arroyos, como los animales, y avanzar de árbol en árbol.

Ahora se encontraban al borde de un terreno descubierto. Estaba oscuro y sospechosamente silencioso. ¿Habrían retrocedido allí los rusos?

—Vamos a intentarlo, Duke —dijo Eisly. Su espalda había empeorado y sólo podía caminar con ayuda.

—Está bien.

Caminaron hacia delante tan rápido como pudieron. Caminaron unos cien metros, cuando se vieron rodeados por sombras.

—¡Mierda! —murmuró Eisly— Lo siento, Duke.

—Yo también —estuvo de acuerdo el coronel. Ni siquiera pensó en sacar el revólver. Contó por lo menos ocho hombres, y todos parecían tener fusiles. Se cerraron rápidamente sobre los dos norteamericanos.

—Wer sind Sie? —preguntó una voz.

—Ich bin Amerikaner —respondió Ellington.

Gracias a Dios..., son alemanes. Pero no lo eran. La forma de los cascos hizo que se diera cuenta un momento después. ¡Mierda! ¡Habíamos llegado tan cerca!

El teniente ruso les examinó las caras con una linterna. Extrañamente no quitó el revólver a Ellington. Entonces ocurrió algo extraño. El hombre los rodeó con sus brazos y los besó. Señaló hacia el Oeste.

—Para allá, dos kilómetros.

—No discutas con él, Duke —susurró Eisly.

Mientras se alejaban les parecía sentir los ojos de los rusos como un peso físico sobre sus espaldas. Los dos pilotos llegaron a las líneas propias una hora más tarde, donde se enteraron del cese del fuego.

USS INDEPENDENCE.

El grupo de batalla navegaba con rumbo Sudoeste. Un día más y habrían estado en posición para atacar las bases rusas alrededor de Múrmanks, y Toland trabajaba en apreciaciones sobre los cazas rusos y las disponibilidades de «SAM», cuando llegó la orden de regreso. Cerró la carpeta y la guardó en la caja de seguridad, después bajó a decir al mayor Chapayev que con toda seguridad iban a vivir para volver a ver a sus familiares.

ATLANTICO NORTE.

También volaba hacia el Sudoeste el avión-hospital «C-9 Nightingale», con destino a la base Andrews de la fuerza aérea, cerca de Washington D. C. Viajaba lleno de infantes de Marina heridos en los últimos combates en Islandia, además de un teniente de la fuerza aérea y una persona civil. La tripulación del avión había puesto objeciones para el traslado de esta última, hasta que un general de infantería de Marina, de dos estrellas, les explicó por radio que el cuerpo lo tomaría como un asunto personal si alguien separaba a la señorita del lado del teniente. Ahora Mike pasaba la mayor parte del tiempo despierto. Su pierna necesitaba otras operaciones. El tendón de Aquiles estaba desgarrado; pero nada de eso importaba. Dentro de cuatro meses y medio iba a ser padre. Después, podrían pensar en tener un hijo que fuera suyo.

NORFOLK, VIRGINIA.

O'Malley ya había volado a tierra, llevando consigo al periodista. Morris esperaba que el corresponsal de «Reuter» pudiera entregar su última historia sobre la guerra antes de que le encomendaran alguna otra cosa..., una nota sobre la posguerra, sin duda. La fragata Reuben James había escoltado al averiado America hasta Norfolk, para su reparación. Morris miró desde el alerón del puente hacia allá abajo, el puerto que él conocía tan bien, concentrado en la marea y el viento mientras arrimaba al muelle su fragata. una parte de su cerebro reflexionaba por sí misma. Qué había significado todo aquello.

Un buque perdido, amigos desaparecidos, las muertes que él había causado, y las personas que él mismo había visto...

—Timón a la vía —ordenó Morris.

Una ráfaga de viento del Sur ayudó a la nave en la maniobra.

A popa, un marinero arrojó un cabo mensajero a los hombres que estaban en el muelle. El oficial a cargo de servicios especiales de mar hizo señas a un suboficial, quien conectó el sistema anunciador.

Lo que significa todo esto —decidió Morris— *es que ya pasó*.

Se oyó una ligera crepitación de electricidad estática, y luego la voz del suboficial.

—Amarrando.

FIN